El Conde de Montecristo

Alexandre Dumas



Colección Oro

Alexandre Dumas

El conde de Montecristo

Traductor: Celia Akram



Traducción: Celia Akram

Diseño de cubierta y maquetación: Saul Rojas

Edita: Plutón Ediciones X, s. l.,

E-mail: contacto@plutonediciones.com
http://www.plutonediciones.com

Impreso en España / Printed in Spain

I.S.B.N: 978-84-18211-38-6

Estudio Preliminar

El conde de Montecristo es una de las novelas de aventuras más famosas de todos los tiempos. Escrita por el autor francés Alexandre Dumas (1802-1870), la novela fue terminada en 1844 y publicada de forma serial entre agosto de ese mismo año y enero de 1846 en el periódico *Journal des debats*. Su primera aparición como libro ocurrió también durante 1846, en París, después que varias versiones ilegales y copiadas se encargaran de reunir por primera vez el texto en un solo volumen. *El conde de Montecristo* fue un fenómeno comercial al momento de su publicación, gracias en parte a la acogida de otra novela reciente de Dumas, *Los tres mosqueteros* (1844). Los lectores franceses estaban listos para seguir devorando el estilo fresco y aventurero del autor, las historias complejas y dramáticas, pero indiscutiblemente enraizadas en la realidad y memoria colectiva del país, la naturalidad de sus diálogos y muchas cosas más que hicieron de la mayoría de la prosa de Dumas un éxito de ventas durante su vida, incluso hasta nuestros días.

La novela narra la vida de Edmundo Dantés desde que fue apresado injustamente en el castillo de If por un falso cargo de traición, hasta que regresa años después, convertido en el conde de Montecristo, para ejercer su venganza sobre aquellos que destruyeron su vida.

Dantés era el primer oficial a bordo de El Faraón, una fragata de la marina mercante, quien regresaba a Marsella para contraer matrimonio con su prometida, Mercedes. Allí fue víctima de una conspiración en la que lo acusan de Bonapartista, en un momento histórico en que serlo significaba traición y cárcel. Francia vivía la Restauración Borbónica y con el regreso de la familia real, cualquier nexo con Napoleón Bonaparte era prohibido y perseguido. Dantés fue incriminado por tres hombres: Fernando Mondego, primo y enamorado de Mercedes y celoso por la futura boda; Danglars, colega de Dantés y envidioso del vertiginoso ascenso del mismo en

la tripulación de El Faraón; y Caderousse, borracho y vecino de Edmundo que se mantiene silente ante la acusación. Dantés es puesto en prisión y seis años después conoce al abate Faria, que durante ocho años más lo educa y lo ayuda a escapar. Faria le revela el secreto del tesoro de Montecristo con el cual Dantés financia su título nobiliario y su larga y minuciosa revancha.

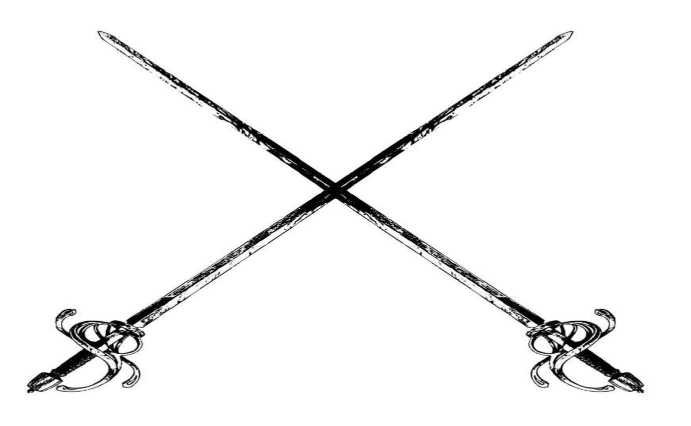
La novela trata temas como la ceguera aristocrática, la ambición, el honor, los cambios de una época tumultuosa en la historia de Francia, la naturaleza del odio y el peso de la maldad sobre el alma humana. Es una ventana a un momento turbio de manipulaciones sociales y políticas, de intriga cortesana y de fascinación por lo exótico y lo desconocido, y sobre todo de lo que está dispuesto a hacer un hombre por rehacer su vida y restaurar su felicidad. Muchos de estos temas siguen vigentes hoy en día, y vistos a través de los ojos del lector moderno algunos de ellos son menos importantes que otros, pero la historia del conde de Montecristo sigue produciendo fascinación en la cultura popular por la inmortalidad de sus ideales sobre la justicia y el temple del ser humano.

El conde de Montecristo ha sido adaptada a todos los medios imaginables, como el cine, la televisión, novelas gráficas y hasta dibujos animados, y su estructura y modelo arquetípico ha sido utilizado por muchos autores a través del tiempo para narrar historias diferentes, pero que le deben mucho a las vicisitudes de Edmundo Dantés y su búsqueda de la justicia.

Vale la pena mencionar que Alexandre Dumas no trabajó solo en sus novelas más famosas, contó con la colaboración de Auguste Maquet, que sirvió de escritor fantasma e investigador, y *El conde de Montecristo* no fue la excepción. Maquet generaba un boceto de historia, el esqueleto de la estructura y detalles de la ubicación histórica y geográfica, y después Dumas procedía a “limpiar” y editar profundamente el texto con su prosa distendida, con personajes más o personajes menos, con diálogos vibrantes y otra serie de detalles que distinguían sus obras del resto de sus contemporáneos. El nombre de Maquet nunca figuró en los manuscritos y publicaciones, por recomendación del editor de Dumas, sin

embargo, fue recompensado generosamente por su trabajo, y su relación laboral con Dumas le hizo un hombre pudiente. Hay varias conjeturas acerca de la necesidad de Alexandre Dumas de utilizar una figura como la de Maquet. Unos dicen que su vida social no le permitía el tiempo para dedicarse de lleno a la pre producción de sus obras, algunos piensan que el fuerte del autor era precisamente embellecer y mejorar las historias concebidas por otros autores, otros alegan que simplemente había perdido el fuego literario de su juventud y necesitaba de otros para mantener su reputación y estilo de vida. La verdad es que sean cuales fuesen las razones de Dumas, su genio personal y muy particular quedó innegablemente imbuido en su obra y dejó el legado de algunas de las novelas más importantes de todos los tiempos.

El conde de Montecristo



Primera Parte: *El castillo de If*

Capítulo uno: Marsella. La llegada

El 24 de febrero de 1815, el vigía de Nuestra Señora de la Guarda dio la señal de que se hallaba a la vista el bergantín El Faraón procedente de Esmirna, Trieste y Nápoles. Como suele hacerse en tales casos, salió inmediatamente en su busca un práctico, que pasó por delante del castillo de If y subió a bordo del buque entre la isla de Rión y el cabo Mongión. En un instante, y también como de costumbre, se llenó de curiosos la plataforma del castillo de San Juan, porque en Marsella se daba gran importancia a la llegada de un buque y sobre todo si le sucedía lo que a El Faraón, cuyo casco había salido de los astilleros de la antigua Focia y pertenecía a un naviero de la ciudad.

Mientras tanto, el buque seguía avanzando; habiendo pasado felizmente el estrecho producido por alguna erupción volcánica entre las islas de Calasapeigne y de Jaros, dobló la punta de Pomegue hendiendo las olas bajo sus tres gavias, su gran foque y la mesana. Lo hacía con tanta lentitud y tan penosos movimientos, que los curiosos, que por instinto presienten la desgracia, se preguntaban unos a otros qué accidente podía haber sobrevenido al buque. Los más peritos en navegación reconocieron al punto que, de haber sucedido alguna desgracia, no debía de haber sido al buque, puesto que, aun cuando con mucha lentitud, seguía este avanzando con todas las condiciones de los buques bien gobernados.

En su puesto estaba preparada el ancla, sueltos los cabos del bauprés, y al lado del piloto, que se disponía a hacer que El Faraón enfilase la estrecha boca del puerto de Marsella, se hallaba un joven de fisonomía inteligente que, con mirada muy viva, observaba cada

uno de los movimientos del buque y repetía las órdenes del piloto.

Entre los espectadores que se hallaban reunidos en la explanada de San Juan, había uno que parecía más inquieto que los demás y que, no pudiendo contenerse y esperar a que el buque fondeara, saltó a un bote y ordenó que le llevasen a El Faraón, al que alcanzó frente al muelle de la Reserva.

Viendo acercarse al bote y al que lo ocupaba, el marino abandonó su puesto al lado del piloto y se apoyó, sombrero en mano, en el filarete del buque. Era un joven de unos dieciocho a veinte años, de elevada estatura, cuerpo bien proporcionado, hermoso cabello y ojos negros, observándose en toda su persona ese aire de calma y de resolución peculiares a los hombres avezados a luchar con los peligros desde su infancia.

—¡Ah! ¡Es usted Edmundo! ¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó el del bote—. ¿Qué significan esas caras tan tristes que tienen todos los de la tripulación?

—Una gran desgracia, para mí al menos, señor Morrel —respondió Edmundo—. Al llegar a la altura de Civita-Vecchia, falleció el valiente capitán Leclerc...

—¿Y el cargamento? —preguntó con ansia el naviero.

—Intacto, sin novedad. El capitán Leclerc...

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó el naviero, ya más tranquilo—. ¿Qué le ocurrió a ese valiente capitán?

—Murió.

—¿Cayó al mar?

—No, señor; murió de una calentura cerebral, en medio de horribles padecimientos.

Volviéndose luego hacia la tripulación:

—¡Hola! —dijo—. Cada uno a su puesto, vamos a anclar.

La tripulación obedeció, lanzándose inmediatamente los ocho o diez marineros que la componían unos a las escotas, otros a las drizas y otros a cargar velas.

Edmundo observó con una mirada indiferente el principio de la maniobra, y viendo a punto de ejecutarse sus órdenes, se volvió hacia su interlocutor.

—Pero ¿cómo sucedió esa desgracia? —continuó el naviero.

—¡Oh, Dios mío!, de un modo inesperado. Después de una larga conversación con el comandante del puerto, el capitán Leclerc salió de Nápoles bastante agitado, y no habían transcurrido veinticuatro horas cuando le acometió la fiebre... y a los tres días había fallecido. Le hicimos los funerales de ordenanza, y reposa decorosamente envuelto en una hamaca, con una bala del treinta y seis a los pies y otra a la cabeza, a la altura de la isla de Giglio. La cruz de la Legión de Honor y la espada las conservamos y las traemos a su viuda.

—Es muy triste, ciertamente —prosiguió el joven con melancólica sonrisa— haber hecho la guerra a los ingleses por espacio de diez años, y morir después en su cama como otro cualquiera.

—¿Y qué podemos hacer, señor Edmundo? —replicó el naviero, cada vez más tranquilo—; somos mortales, y es necesario que los viejos cedan su puesto a los jóvenes; de no ser así no habría ascensos, y puesto que me asegura que el cargamento...

—Se halla en buen estado, señor Morrel. Le aconsejo, pues, que no lo ceda ni aun con veinticinco mil francos de ganancia.

Acto seguido, y viendo que habían pasado ya la torre Redonda, gritó Edmundo:

—Larguen las velas de las escotas, el foque y las de mesana.

La orden se ejecutó casi con la misma exactitud que en un buque de guerra.

—Amainen y carguen por todas partes.

A esta última orden se plegaron todas las velas, y el barco avanzó de un modo casi imperceptible.

—Si quiere subir ahora, señor Morrel —dijo Dantés dándose cuenta de la impaciencia del armador—, aquí viene su encargado, el señor Danglars, que sale de su camarote, y que le informará de todos los detalles que desee. Por lo que a mí respecta, he de vigilar las maniobras hasta que quede El Faraón anclado y de luto.

No dejó el naviero que le repitieran la invitación, y asiéndose a un cable que le arrojó Dantés, subió por la escala del costado del buque con una ligereza que honrara a un marinero, mientras que Dantés, volviendo a su puesto, cedió el que ocupaba últimamente a aquel que había anunciado con el nombre de Danglars, y que saliendo de su camarote se dirigía adonde estaba el naviero.

El recién llegado era un hombre de veinticinco o veintiséis años, de semblante algo sombrío, humilde con los superiores, insolente con los inferiores; de modo que con esto y con su calidad de sobrecargo, siempre tan mal visto, le aborrecía toda la tripulación, tanto como quería a Dantés.

—¡Y bien!, señor Morrel —dijo Danglars—, ya sabe la desgracia, ¿no es cierto?

—Sí, sí, ¡pobre capitán Leclerc! Era muy bueno y valeroso.

—Y buen marino sobre todo, encanecido entre el cielo y el agua, como debe ser el hombre encargado de los intereses de una casa tan respetable como la de Morrel e hijos —respondió Danglars.

—Sin embargo —repuso el naviero mirando a Dantés, que fondeaba en este instante—, me parece que no se necesita ser marino viejo, como dice, para ser ducho en el oficio. Y si no, ahí tiene a nuestro amigo Edmundo, que de tal modo conoce el suyo, que no ha de necesitar lecciones de nadie.

—¡Oh, sí! —dijo Danglars dirigiéndole una aviesa mirada en la que se reflejaba un odio reconcentrado—; parece que este joven todo lo sabe. Nada más morir el capitán, se apoderó del mando del buque sin consultar a nadie, y aún nos hizo perder día y medio en la isla de Elba en vez de proseguir rumbo a Marsella.

—Al tomar el mando del buque —repuso el naviero— cumplió con su deber; en cuanto a perder día y medio en la isla de Elba, obró mal, si es que no tuvo que reparar alguna avería.

—Señor Morrel, el bergantín se hallaba en excelente estado y aquella demora fue puro capricho, deseos de bajar a tierra, no lo dude.

—Dantés —dijo el naviero encarándose con el joven—, venga aquí.

—Discúlpeme, señor Morrel —dijo Dantés—, voy en seguida.

Y en seguida ordenó a la tripulación: “Fondo”; e inmediatamente cayó el anda al agua, haciendo rodar la cadena con gran estrépito. Dantés permaneció en su puesto, a pesar de la presencia del piloto, hasta que esta última maniobra hubo concluido.

—¡Bajen el gallardete hasta la mitad del mastelero! —gritó en seguida—. ¡Iza el pabellón, cruza las vergas!

—¿Lo ve? —observó Danglars—, ya se cree capitán.
—Y de hecho lo es —contestó el naviero.
—Sí, pero sin su consentimiento ni el de su asociado, señor Morrel.
—¡Diablos! ¿Y por qué no le hemos de dejar con ese cargo? —repuso Morrel—. Es joven, ya lo sé, pero me parece que le sobra experiencia para ejercerlo...
Una nube ensombreció la frente de Danglars.
—Discúlpeme, señor Morrel —dijo Dantés acercándose—, y puesto que ya hemos fondeado, aquí me tiene a sus órdenes. Me ha llamado, ¿no es verdad?
Danglars hizo ademán de retirarse.
—Quería preguntarle por qué se ha detenido en la isla de Elba.
—Lo ignoro, señor Morrel: fue para cumplir las últimas órdenes del capitán Leclerc, que me entregó, al morir, un paquete para el mariscal Bertrand.
—¿Lo pudo ver, Edmundo?
—¿A quién?
—Al mariscal.
—Sí.
Morrel miró a su alrededor, y llevando a Dantés aparte:
—¿Cómo está el emperador? —le preguntó con interés.
—Según he podido juzgar por mí mismo, muy bien.
—¡Cómo! ¿También ha visto al emperador?...
—Sí, señor; entró en casa del mariscal cuando yo estaba en ella...
—¿Y le habló?
—Al contrario, él me habló a mí —repuso Dantés sonriéndole.
—¿Y qué fue lo que le dijo?
—Me hizo mil preguntas acerca del buque, de la época de su salida de Marsella, el rumbo que había seguido y del cargamento que traía. Creo que al haber venido en lastre, y al ser yo su dueño, su intención era el comprármelo; pero le dije que no era más que un simple segundo, y que el buque pertenecía a la casa Morrel e hijos. “¡Ah —dijo entonces—, la conozco. Los Morrel han sido siempre navieros, y uno de ellos servía en el mismo regimiento que yo, cuando estábamos de guarnición en Valence”.
—¡Es verdad! —exclamó el naviero, loco de alegría—. Ese era

Policarpo Morrel, mi tío, que es ahora capitán. Dantés, si le dice a mi tío que el emperador se ha acordado de él, lo verá llorar como un niño. ¡Pobre viejo! Vamos, vamos —añadió el naviero dando cariñosas palmadas en el hombro del joven—; ha hecho bien en seguir las instrucciones del capitán Leclerc deteniéndose en la isla de Elba, a pesar de que podría comprometerle el que se supiese que ha entregado un pliego al mariscal y hablado con el emperador.

—¿Y por qué tendría que comprometerme? —dijo Dantés—. Puedo asegurar que no sabía de qué se trataba; y en cuanto al emperador, no me hizo preguntas que no hubiera hecho a otro cualquiera. Pero con su permiso —continuó Dantés—: vienen los aduaneros, le dejo...

—Sí, sí, querido Dantés, cumpla con su deber.

El joven se alejó, mientras iba aproximándose Danglars.

—Vamos —preguntó—, ¿le explicó el motivo por el cual se detuvo en Porto-Ferrajo?

—Sí, señor Danglars.

—Vaya, tanto mejor —respondió—, porque no me gusta tener un compañero que no cumple con su deber.

—Dantés ya ha cumplido con el suyo —respondió el naviero—, y no hay por qué reprenderle. Cumplió una orden del capitán Leclerc.

—A propósito del capitán Leclerc, ¿le ha entregado una carta de su parte?

—¿Quién?

—Dantés.

—¿A mí?, no. ¿Le dio alguna carta para mí?

—Suponía que además del pliego le hubiese confiado también el capitán una carta.

—Pero ¿de qué pliego habla, Danglars?

—Del que Dantés ha dejado al pasar en Porto-Ferrajo.

—Cómo, ¿sabe que Dantés llevaba un pliego para dejarlo en Porto-Ferrajo...?

Danglars se sonrojó.

—Pasaba casualmente por delante de la puerta del capitán, estaba entreabierta, y le vi entregar a Dantés un paquete y una carta.

—Nada me dijo aún —contestó el naviero—, pero si trae esa carta,

él me la dará.

Danglars reflexionó un instante.

—En ese caso, señor Morrel, le suplico que no diga nada de esto a Dantés; me habré equivocado.

En esto volvió el joven y Danglars se alejó.

—Querido Dantés, ¿está ya libre? —le preguntó el naviero.

—Sí, señor.

—La operación no ha sido larga, vamos.

—No, he dado a los aduaneros la factura de nuestras mercancías, y los papeles de mar a un oficial del puerto que vino con el práctico.

—¿Conque nada tiene que hacer aquí?

Dantés cruzó una ojeada a su alrededor.

—No, todo está en orden.

—Puede venir a comer con nosotros, ¿verdad?

—Discúlpeme, señor Morrel, discúlpeme, se lo ruego, porque antes quiero ver a mi padre. Sin embargo, le agradezco profundamente el honor que me hace.

—Es muy justo, Dantés, es muy justo; ya sé que es usted un buen hijo.

—¿Sabe cómo está mi padre? —preguntó Dantés con interés.

—Creo que bien, querido Edmundo, aunque no lo he visto.

—Continuará encerrado en su mísero cuartucho.

—Eso demuestra al menos que nada le ha hecho falta cuando usted está ausente.

Dantés sonrió.

—Mi padre es demasiado orgulloso, señor Morrel, y aunque hubiera carecido de lo más necesario, dudo que pidiera nada a nadie, excepto a Dios.

—Bien, entonces después de esa primera visita cuento con usted.

—Le repito mis excusas, señor Morrel; pero después de esa primera visita quiero hacer otra no menos interesante a mi corazón.

—¡Ah!, es verdad, Dantés, me olvidaba de que en el barrio de los Catalanes hay una persona que debe esperarle con tanta impaciencia como su padre, la hermosa Mercedes.

Dantés se sonrojó intensamente.

—Ya, ya —repuso el naviero—; por eso no me asombra que haya

ido tres veces a pedir información acerca de la vuelta de El Faraón. ¡Caramba! Edmundo, en verdad que es hombre que entiende del asunto. Tiene una querida muy guapa.

—No es querida, señor Morrel —dijo con gravedad el marino—; es mi novia.

—Es lo mismo —contestó el naviero, riéndose.

—Para nosotros no, señor Morrel.

—Vamos, vamos, mi querido Edmundo —replicó el señor Morrel—, no quiero entretenerle por más tiempo. Ha desempeñado harto bien mis negocios para que yo le impida que se ocupe de los suyos. ¿Necesitas dinero?

—No, señor; conservo todos mis sueldos de viaje.

—Es un muchacho muy ahorrativo, Edmundo.

—Y añada que tengo un padre pobre, señor Morrel.

—Sí, ya sé que es buen hijo. Vaya a ver a su padre.

El joven dijo, saludando:

—Con su permiso.

—Pero ¿no tiene nada que decirme?

—No, señor.

—El capitán Leclerc, ¿no le dio al morir una carta para mí?

—¡Oh!, no; le hubiera sido imposible escribirla; pero esto me recuerda que tendré que pedirle licencia por unos días.

—¿Para casarse?

—Primeramente, para eso, y luego para ir a París.

—Bueno, bueno, por el tiempo que quiera, Dantés. La operación de descargar el buque nos ocupará como mínimo seis semanas, de manera que no podrá darse a la vela otra vez hasta dentro de tres meses. Para esa época sí necesito que esté de vuelta, porque El Faraón —continuó el naviero tocando en el hombro al joven marino — no podría volver a partir sin su capitán.

—¡Sin su capitán! —exclamó Dantés con los ojos radiantes de alegría—. Piense lo que dice, señor Morrel, porque esas palabras hacen nacer las ilusiones más queridas de mi corazón. ¿Piensa nombrarme capitán de El Faraón?

—Si solo dependiera de mí, le daría la mano, mi querido Dantés, diciéndole... "es cosa hecha"; pero tengo un socio, y ya sabe el

refrán italiano: *Che a compagne a padrone*. Sin embargo, mucho es que de dos votos tenga ya uno; en cuanto al otro confíe en mí, que yo haré lo posible por que lo obtenga también.

—¡Oh, señor Morrel! —exclamó el joven con los ojos inundados en lágrimas y estrechando la mano del naviero—; señor Morrel, le doy gracias en nombre de mi padre y de Mercedes.

—Basta, basta —dijo Morrel—. Siempre hay Dios en el cielo para la gente honrada; vaya a verlos y vuelva después a mi encuentro.

—¿No quiere que le conduzca a tierra?

—No, gracias: tengo aún que arreglar mis cuentas con Danglars. ¿Se llevó bien con él durante el viaje?

—Según el sentido que dé a esa pregunta. Como camarada, no, porque creo que no me desea bien, desde el día en que a consecuencia de cierta disputa le propuse que nos detuviésemos los dos solos diez minutos en la isla de Montecristo, proposición que no aceptó. Como agente de sus negocios, nada tengo que decir y quedará satisfecho.

—Si llega a ser capitán de El Faraón*,* ¿se llevará bien con Danglars?

—Capitán o segundo, señor Morrel —respondió Dantés—, guardaré siempre las mayores consideraciones a aquellos que posean la confianza de mis principales.

—Vamos, vamos, Dantés, veo que es cabalmente un excelente muchacho. No quiero detenerle más, porque noto que está ardiendo de impaciencia.

—¿Me permite..., entonces?

—Sí, ya puede irse.

—¿Podré usar la lancha que le trajo?

—¡No faltaba más!

—Hasta la vista, señor Morrel, y gracias por todo.

—Que Dios le guíe.

—Hasta la vista, señor Morrel.

—Hasta la vista, mi querido Edmundo.

El joven saltó a la lancha, y sentándose en la popa dio orden de abordar a la Cannebière. Dos marineros iban al remo, y la lancha se deslizó con toda la rapidez que es posible en medio de los mil

buques que obstruyen la especie de callejón formado por dos filas de barcos desde la entrada del puerto al muelle de Orleáns.

El naviero le siguió con la mirada, sonriendo hasta que le vio saltar a los escalones del muelle y confundirse entre la multitud, que desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche llena la famosa calle de la Cannebière, de la que tan orgullosos se sienten los modernos focenses, que dicen con la mayor seriedad: “Si París tuviese la Cannebière, sería una Marsella en pequeño”.

Al volverse el naviero, vio detrás de sí a Danglars, que aparentemente esperaba sus órdenes; pero que en realidad vigilaba al joven marino. Sin embargo, esas dos miradas dirigidas al mismo hombre eran muy diferentes.

Capítulo dos:
El padre y el hijo

Y dejando que Danglars diera rienda suelta a su odio inventando alguna calumnia contra su camarada, sigamos a Dantés, que después de haber recorrido la Cannebière en toda su longitud, se dirigió a la calle de Noailles, entró en una casita situada al lado izquierdo de las alamedas de Meillán, subió de prisa los cuatro tramos de una escalera oscurísima, y comprimiendo con una mano los latidos de su corazón se detuvo delante de una puerta entreabierta que dejaba ver hasta el fondo de aquella estancia; allí era donde vivía el padre de Dantés.

La noticia de la arribada de El Faraón no había llegado aún hasta el anciano, que encaramado en una silla, se ocupaba en clavar estacas con mano temblorosa para unas capuchinas y enredaderas que trepaban hasta la ventana.

De pronto sintió que le abrazaban por la espalda, y oyó una voz que exclamaba:

—¡Padre! ..., ¡padre mío!

El anciano, dando un grito, volvió la cabeza; pero al ver a su hijo se dejó caer en sus brazos pálido y tembloroso.

—¿Qué tienes, padre? —exclamó el joven lleno de inquietud—. ¿Te encuentras mal?

—No, no, querido Edmundo, hijo mío, hijo de mi alma, no; pero no lo esperaba, y la alegría... la alegría de verte así..., tan de repente... ¡Dios mío!, me parece que voy a morir...

—Cálmate, padre: yo soy, no lo dudes; entré sin prepararte, porque dicen que la alegría no mata. Vamos, sonríe, y no me mires con esos ojos tan asustados. Ya me tienes de vuelta y vamos a ser felices.

—¡Ah!, ¿conque es verdad? —replicó el anciano—: ¿conque vamos a ser muy felices? ¿Conque no me dejarás otra vez? Cuéntamelo todo.

—Dios me perdone —dijo el joven—, si me alegro de una desgracia que ha llenado de luto a una familia, pues el mismo Dios sabe que nunca anhelé esta clase de felicidad; pero sucedió, y confieso que no lo lamento. El capitán Leclerc ha muerto, y es probable que, con la protección del señor Morrel, ocupe yo su plaza... ¡Capitán a los veinte años, con cien luises de sueldo y una parte en las ganancias! ¿No es mucho más de lo que podía esperar yo, un pobre marinero?

—Sí, hijo mío, sí —dijo el anciano—, ¡eso es una gran felicidad!

—Así pues, quiero, padre, que del primer dinero que gane alquiles una casa con jardín, para que puedas plantar tus propias enredaderas y tus capuchinas..., pero ¿qué tienes, padre? Parece que te encuentras mal.

—No, no, hijo mío, no es nada.

Las fuerzas faltaron al anciano, que cayó hacia atrás.

—Vamos, vamos —dijo el joven—, un vaso de vino lo reanimará. ¿Dónde lo tienes?

—No, gracias, no tengo necesidad de nada —dijo el anciano procurando detener a su hijo.

—Sí, padre, sí, es necesario; dime dónde está.

Y abrió dos o tres armarios.

—No te molestes —dijo el anciano—, no hay vino en casa.

—¡Cómo! ¿No tienes vino? —exclamó Dantés palideciendo a su vez y mirando alternativamente las mejillas flacas y descarnadas del

viejo—. ¿Y por qué no tienes? ¿Por ventura te ha hecho falta dinero, padre mío?

—Nada me ha hecho falta, pues ya lo veo —dijo el anciano.

—No obstante —replicó Dantés limpiándose el sudor que corría por su frente—, yo le dejé doscientos francos... hace tres meses, al partir.

—Sí, sí, Edmundo, es verdad. Pero olvidaste cierta deudilla que tenías con nuestro vecino Caderousse; me lo recordó, diciéndome que si no se la pagaba iría a casa del señor Morrel... y yo, temiendo que esto te perjudicase, ¿qué debía hacer? Le pagué.

—Pero eran ciento cuarenta francos los que yo debía a Caderousse... —exclamó Dantés—. ¿Se los pagaste de los doscientos que yo dejé?

El anciano hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—De modo que has vivido tres meses con sesenta francos... —murmuró el joven.

—Ya sabes que con poco me basta —dijo su padre.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¡Perdonadme! —exclamó Edmundo arrodillándose ante aquel buen anciano.

—¿Qué haces?

—Me desgarraste el corazón.

—¡Bah!, puesto que ya estás aquí —dijo el anciano sonriendo—, todo lo olvido.

—Sí, aquí estoy —dijo el joven—, soy rico de porvenir y rico un tanto de dinero. Toma, toma, padre, y envía al instante por cualquier cosa.

Y vació sobre la mesa sus bolsillos, que contenían una docena de monedas de oro, cinco o seis escudos de cinco francos cada uno y varias monedas pequeñas.

El viejo Dantés se quedó asombrado.

—¿Para quién es esto? —le preguntó.

—Para mí, para ti, para nosotros. Toma, compra provisiones, sé feliz; mañana, Dios dirá.

—Despacio, despacito —dijo sonriendo el anciano—; con tu permiso gastaré, pero con moderación, pues creerían al verme comprar muchas cosas que me he visto obligado a esperar tu vuelta

para tener dinero.

—Puedes hacer lo que quieras. Pero, ante todo, toma una criada, padre mío. No quiero que te quedes solo. Traigo café de contrabando y buen tabaco en un cofrecito; mañana estará aquí. Pero, silencio, que viene gente.

—Será Caderousse, que conociendo tu llegada vendrá a felicitarte.

—Bueno, siempre hay labios que dicen lo que el corazón no siente —murmuró Edmundo—; pero no importa, al fin es un vecino y nos ha hecho un favor.

En efecto, cuando Edmundo decía esta frase en voz baja, apareció en la puerta de la escalera la cabeza barbuda de Caderousse. Era un hombre de veinticinco o veintiséis años, y llevaba en la mano un trozo de paño, que en su calidad de sastre se disponía a convertir en forro de un traje.

—¡Hola, bien venido, Edmundo! —dijo con un acento marsellés de los más pronunciado, y con una sonrisa que descubría unos dientes blanquísimos.

—Tan bueno como de costumbre, vecino Caderousse, y siempre dispuesto a servirle en lo que le plazca —respondió Dantés disimulando su frialdad con aquella oferta servicial.

—Gracias, gracias; afortunadamente yo no necesito de nada, sino que por el contrario, los demás son los que necesitan algunas veces de mí (Dantés hizo un movimiento). No digo esto por ti, muchacho: te he prestado dinero, pero me lo has devuelto, eso es cosa corriente entre buenos vecinos, y estamos en paz.

—Nunca se está en paz con los que nos hacen un favor —dijo Dantés—, porque aunque se pague el dinero, se debe la gratitud.

—¿Para qué hablar de eso? Lo pasado, pasado; hablemos de tu feliz llegada, muchacho. Iba hacia el puerto a comprar paño, cuando me encontré con el amigo Danglars. “¿Tú en Marsella?”, le dije. “¿No lo ves?”, me respondió. “¡Pues yo lo creía en Esmirna!”. “¡Toma!, si ahora he vuelto de allá”. “¿Y sabes dónde está Edmundo?”. “En casa de su padre, sin duda”, respondió Danglars. Entonces vine presuroso —continuó Caderousse—, para estrechar la mano a un amigo.

—¡Qué bueno es este Caderousse! —dijo el anciano—. ¡Cuánto

nos ama!

—Ciertamente que los amo y los estimo, porque son muy honrados, y esta clase de hombres no abunda... Pero por lo que veo vienes rico, muchacho —añadió el sastre reparando en el montón de oro y plata que Dantés había dejado sobre la mesa.

El joven observó el rayo de codicia que iluminaba los ojos de su vecino.

—¡Bah! —dijo con sencillez—, ese dinero no es mío. Manifesté a mi padre temor de que hubiera necesitado algo durante mi ausencia, y para tranquilizarme vació su bolsa aquí. Vamos, padre —siguió diciendo Dantés—, guarda ese dinero, si es que a su vez no lo necesita el vecino Caderousse, en cuyo caso lo tiene a su disposición.

—No, muchacho —dijo Caderousse—, nada necesito, que a Dios gracias el oficio alimenta al hombre. Guarda tu dinero, y Dios te dé mucho más; eso no impide que yo deje de agradecértelo como si me hubiera aprovechado de él.

—Yo lo ofrezco de buena voluntad —dijo Dantés.

—No lo dudo. A otra cosa. ¿Conque eres ya el favorito de Morrel? ¡Pícaro!

—El señor Morrel ha sido siempre muy bondadoso conmigo —respondió Dantés.

—En ese caso, has hecho muy mal en rehusar su invitación.

—¡Cómo! ¿Rehusar su invitación? —exclamó el viejo Dantés—. ¿Te ha convidado a comer?

—Sí, padre mío —replicó Edmundo sonriéndose al ver la sorpresa de su padre.

—¿Y por qué has rehusado, hijo? —preguntó el anciano.

—Para abrazarle antes, padre mío —respondió el joven—; ¡tenía tantas ganas de verle!

—Pero no debiste contrariar a ese buen señor Morrel —replicó Caderousse—, que el que desea ser capitán, no debe desairar a su naviero.

—Ya le expliqué la causa de mi negativa —replicó Dantés—, y espero que lo haya comprendido.

—Para calzarse la capitanía hay que lisonjear un tanto a los

patrones.
—Espero ser capitán sin necesidad de eso —respondió Dantés.
—Tanto mejor para ti y tus antiguos conocidos, sobre todo para alguien que vive allá abajo, detrás de la Ciudadela de San Nicolás.
—¿Mercedes? —dijo el anciano.
—Sí, padre mío —replicó Dantés—; y con su permiso, pues ya que le he visto, y sé que está bien y que tendrá todo lo que le haga falta, si no le incomoda, iré a hacer una visita a los Catalanes.
—Ve, hijo mío, ve —dijo el viejo Dantés—, ¡Dios te bendiga en tu mujer, como me ha bendecido en mi hijo!
—¡Su mujer! —dijo Caderousse—; si aún no lo es, padre Dantés; si aún no lo es, según creo.
—No; pero según todas las probabilidades —respondió Edmundo, no tardará mucho en serlo.
—No importa, no importa —dijo Caderousse—, has hecho bien en apresurarte a venir, muchacho.
—¿Por qué? —le preguntó.
—Porque Mercedes es una buena moza, y a las buenas mozas nunca les faltan pretendientes, a esa sobre todo. La persiguen a docenas.
—¿De veras? —dijo Edmundo con una sonrisa que revelaba inquietud, aunque leve.
—¡Oh! ¡Sí! —replicó Caderousse—, y se le presentan también buenos partidos, pero no temas, como vas a ser capitán, no hay miedo de que te dé calabazas.
—Eso quiere decir —replicó Dantés, con sonrisa que disfrazaba mal su inquietud—, que si no fuese capitán...
—Hem... —balbució Caderousse.
—Vamos, vamos —dijo el joven—, yo tengo mejor opinión que usted de las mujeres en general, y de Mercedes en particular, y estoy convencido de que, capitán o no, siempre me será fiel.
—Tanto mejor —dijo el sastre—, siempre es bueno tener fe, cuando uno va a casarse; ¡pero no importa!, créeme, muchacho, no pierdas tiempo en irle a anunciar tu llegada y en participarle tus esperanzas.
—Allá voy —dijo Edmundo, y abrazó a su padre, saludó a

Caderousse y salió.

Al poco rato, Caderousse se despidió del viejo Dantés, bajó a su vez la escalera y fue a reunirse con Danglars, que le estaba esperando al extremo de la calle de Senac.

—Conque —dijo Danglars—, ¿le has visto?

—Acabo de separarme de él —contestó Caderousse.

—¿Y te ha hablado de sus esperanzas de ser capitán?

—Ya lo da por seguro.

—¡Paciencia! —dijo Danglars—; va muy de prisa, según creo.

—¡Diablos!, no parece sino que le haya dado palabra formal el señor Morrel.

—¿Estará muy contento?

—Está más que contento, está insolente. Ya me ha ofrecido sus servicios, como si fuese un gran señor, y dinero como si fuese un capitalista.

—Por supuesto que habrás rehusado, ¿no?

—Sí, aunque bastantes motivos tenía para aceptar, puesto que yo fui el que le prestó el primer dinero que tuvo en su vida; pero ahora el señor Dantés no necesitará de nadie, pues va a ser capitán.

—Pero aún no lo es —observó Danglars.

—Mejor que no lo fuese —dijo Caderousse—, porque entonces, ¿quién lo toleraba?

—De nosotros depende —dijo Danglars— que no llegue a serlo, y hasta que sea menos de lo que es.

—¿Qué dices?

—Yo me entiendo. ¿Y sigue amándole la catalana?

—Con frenesí; ahora estará en su casa. Pero, o mucho me engaño, o algún disgusto le va a dar ella.

—Explícate.

—¿Para qué?

—Es mucho más importante de lo que tú te imaginas.

—Tú no lo quieres bien, ¿es verdad?

—No me gustan los orgullosos.

—Entonces dime todo lo que sepas de la catalana.

—Nada sé de positivo; pero he visto cosas que me hacen creer, como lo dije, que esperaba al futuro capitán algún disgusto por los

alrededores de las Vieilles-Infirmeries.
—¿Qué has visto? Vamos, di.
—Observé que siempre que Mercedes viene por la ciudad, la acompaña un joven catalán, de ojos negros, de piel tostada, moreno, muy ardiente, y a quien llama primo.
—¡Ah! ¿De veras? Y ¿te crees que ese primo le hace la corte?
—Por lo menos lo supongo. ¿Qué otra cosa puede haber entre un muchacho de veintiún años y una joven de diecisiete?
—¿Y Dantés ha ido a los Catalanes?
—Ha salido de su casa antes que yo.
—Si fuésemos por el mismo lado, nos detendríamos en la Reserva, en casa del compadre Pánfilo, y bebiendo un vaso de vino, sabríamos algunas noticias...
—¿Y quién nos las dará?
—Estaremos al acecho, y cuando pase Dantés adivinaremos en la expresión de su rostro lo que haya pasado.
—Vamos allá —dijo Caderousse—, pero ¿pagas tú?
—Pues claro —respondió Danglars.
Los dos se encaminaron apresuradamente hacia el lugar indicado, donde pidieron una botella y dos vasos. El compadre Pánfilo acababa, según dijo, de ver pasar a Dantés diez minutos antes. Seguros de que se hallaba en los Catalanes, se sentaron bajo el follaje naciente de los plátanos y sicómoros, en cuyas ramas una alegre bandada de pajarillos saludaba con sus gorjeos los primeros días de la primavera.

Capítulo tres: Los catalanes

A cien pasos del lugar en que los dos amigos, con los ojos fijos en el horizonte y el oído atento, paladeaban el vino de Lamalgue, detrás de un promontorio desnudo y agostado por el sol y por el viento nordeste, se encontraba el modesto barrio de los Catalanes.
Una colonia misteriosa abandonó en cierto tiempo España, yendo

a establecerse en la lengua de tierra en que permanece aún. Nadie supo de dónde venía, y hasta hablaba un dialecto desconocido. Uno de sus jefes, el único que se hacía entender un poco en lengua provenzal, pidió a la municipalidad de Marsella que les concediese aquel árido promontorio, en el cual, como los antiguos marinos, acababan de dejar sus barcos. Su petición les fue aceptada, y tres meses después aquellos gitanos del mar habían edificado un pueblecito en torno a sus quince o veinte barcas.

Construido en el día de hoy de una manera extraña y pintoresca, medio árabe, medio española, es el mismo que se ve hoy habitado por los descendientes de aquellos hombres que hasta conservan el idioma de sus padres. Tres o cuatro siglos han pasado, y aún permanecen fieles al promontorio en que se dejaron caer como una bandada de aves marinas. No solo no se mezclan con la población de Marsella, sino que se casan entre sí, conservando los hábitos y costumbres de la madre patria, del mismo modo que su idioma.

Es preciso que nuestros lectores nos sigan a través de la única calle de este pueblecito, y entren con nosotros en una de aquellas casas, a cuyo exterior ha dado el sol el bello colorido de las hojas secas, común a todos los edificios del país, y cuyo interior pule una capa de cal, esa tinta blanca, único adorno de las posadas españolas.

Una bella joven de pelo negro como el ébano y ojos dulcísimos como los de la gacela, estaba de pie, apoyada en una silla, oprimiendo entre sus dedos afilados una inocente rosa cuyas hojas arrancaba, y los pedazos se veían ya esparcidos por el suelo. Sus brazos desnudos hasta el codo, brazos árabes, pero que parecían modelados por los de la Venus de Arlés, temblaban con impaciencia febril, y golpeaba de tal modo la tierra con su diminuto pie, que se entreveían las formas puras de su pierna, ceñida por una media de algodón encarnado a cuadros azules.

A tres pasos de ella, sentado en una silla, balanceándose a compás y apoyando su codo en un mueble antiguo, se encontraba un mocetón de veinte o veintidós años que la miraba con un aire en que se traslucía inquietud y despecho: sus miradas parecían interrogadoras; pero la mirada firme y fija de la joven le dominaba

enteramente.

—Vamos, Mercedes —decía el joven—, las pascuas se acercan, es el mejor tiempo para casarse. ¿No lo crees?

—Ya te dije cien veces lo que pensaba, Fernando, y en poco lo estimas, pues aún sigues preguntándome.

—Repítemelo, te lo suplico, repítemelo por centésima vez para que yo pueda creerlo. Dime que desprecias mi amor, el amor que aprobaba tu madre. Haz que comprenda que te burlas de mi felicidad; que mi vida o mi muerte no son nada para ti... ¡Ah, Dios mío, Dios mío!, haber soñado diez años con la dicha de ser tu esposo, y perder esta esperanza, la única de mi vida.

—No soy yo por cierto quien ha alimentado en ti esa esperanza con mis coqueterías, Fernando —respondió Mercedes—. Siempre lo he dicho: “Te amo como hermano; pero no exijas de mí otra cosa, porque mi corazón pertenece a otro. ¿No te he dicho siempre esto?

—Sí, ya lo sé, Mercedes —respondió Fernando—; hasta el horrible atractivo de la franqueza tienes conmigo. Pero ¿olvidas que es ley sagrada entre los nuestros el casarse catalanes con catalanes?

—Te equivocas, Fernando, no es una ley, sino una costumbre; y, créeme, no debes de invocar esta costumbre en tu favor. Has entrado en quintas. La libertad de que gozas la debes únicamente a la tolerancia. De un momento a otro pueden reclamarte tus banderas, y una vez seas soldado, ¿qué sería de mí, pobre huérfana, sin otra fortuna que una mísera cabaña casi arruinada y unas malas redes, herencia única de mis padres? Hace un año que murió mi madre, y desde entonces, bien lo sabes, vivo casi a expensas de la caridad pública. Tal vez me dices que te soy útil, para partir conmigo tu pesca, y yo la acepto, Fernando, porque eres hijo del hermano de mi padre, porque nos hemos criado juntos, y porque además sé que te disgustarías si la rehusase. Pero sé muy bien que ese pescado que yo vendo, y ese dinero que me dan por él, y con el cual compro el estambre que luego hilo, no es más que una limosna, y como tal la recibo.

—¿Y eso qué importa, Mercedes? Pobre y sola como vives, me convienes más que la hija del naviero más rico de Marsella. Yo quiero una mujer honrada y hacendosa, y ninguna como tú posee

esas cualidades.

—Fernando —respondió Mercedes con un movimiento de cabeza —, no puede responder de ser siempre honrada y hacendosa, la que ama a otro hombre que no sea su marido. Confórmate con mi amistad, porque te repito que esto es todo lo que yo puedo prometerte. Yo no ofrezco sino lo que estoy segura de poder dar.

—Sí, sí, ya lo comprendo —dijo Fernando—; soportas con resignación tu miseria, pero te asusta la mía. Pero, oye, Mercedes, si me amas probaré fortuna y llegaré a ser rico. Puedo dejar el oficio de pescador; puedo entrar de dependiente en alguna casa de comercio, y llegar a ser comerciante.

—Tú no puedes hacer nada de eso, Fernando. Eres soldado, y si permaneces en los Catalanes todavía es porque no hay guerra; sigue con el oficio de pescador, no hagas castillos en el aire, y confórmate con mi amistad, pues no te puedo dar otra cosa.

—Pues bien, tienes razón, Mercedes, me haré marinero, dejaré el trabajo de nuestros padres que tú tanto desprecias, y me pondré un sombrero de suela, una camisa rayada y una chaqueta azul con anclas en los botones. ¿No es así como hay que vestirse para agradarte?

—¿Qué quieres decir con eso? No lo comprendo...

—Quiero decir que no serías tan cruel conmigo, si no esperaras a uno que usa el traje consabido. Pero quizás él no te es fiel, y aunque lo fuera, el mar no lo habrá sido con él.

—¡Fernando! —exclamó Mercedes—, ¡te creía bueno, pero me engañaba! Eso es prueba de mal corazón. Sí, no te lo oculto, espero y amo a ese que dices, y si no volviese, en lugar de acusarle de inconstancia, creería que ha muerto adorándome.

Fernando hizo un gesto de rabia.

—Adivino tus pensamientos, Fernando, querrás vengar en él los desdenes míos... querrás desafiarle... Pero ¿qué conseguirás con esto? Perder mi amistad si eres vencido, ganar mi odio si eres vencedor. Créeme, Fernando: no es batirse con un hombre el medio de agradar a la mujer que lo ama. Convencido de que te es imposible tenerme por esposa, no, Fernando, no lo harás, te conformarás con que sea tu amiga y tu hermana. Por otra parte —

añadió con los ojos preñados de lágrimas—, tú lo has dicho hace poco, el mar es pérfido: espera, Fernando, espera. Han pasado cuatro meses desde que partió... ¡cuatro meses, y durante ellos he contado tantas tempestades!...

Permaneció Fernando impasible sin cuidarse de enjugar las lágrimas que resbalaban por las mejillas de Mercedes, aunque a decir verdad, por cada una de aquellas lágrimas hubiera dado mil gotas de su sangre..., pero aquellas lágrimas las derramaba por otro. Se puso en pie, dio una vuelta por la cabaña, volvió, se detuvo delante de Mercedes, y con una mirada sombría y los puños crispados exclamó:

—Mercedes, te lo repito, responde, ¿estás decidida?

—¡Amo a Edmundo Dantés —dijo fríamente Mercedes—, y ningún otro que Edmundo será mi esposo!

—¿Y lo amarás siempre?

—Hasta la muerte.

Fernando bajó la cabeza desalentado; exhaló un suspiro que más bien parecía un gemido, y levantando de repente la cabeza y rechinando los dientes de cólera exclamó:

—Pero, ¿y si hubiese muerto?

—Si hubiese muerto... ¡Entonces yo también me moriría!

—¿Y si te olvidase?

—¡Mercedes! —gritó una voz jovial y sonora desde fuera—. ¡Mercedes!

—¡Ah! —exclamó la joven sonrojándose de alegría y de amor—; bien ves que no me ha olvidado, pues ya ha llegado.

Y lanzándose a la puerta la abrió exclamando:

—¡Aquí, Edmundo, aquí estoy!

Fernando, lívido y furioso, retrocedió como un caminante al ver una serpiente, cayendo anonadado sobre una silla, mientras que Edmundo y Mercedes se abrazaban. El ardiente sol de Marsella penetrando a través de la puerta, los inundaba de sus dorados reflejos. Nada veían en torno suyo. Una inmensa felicidad los separaba del mundo y solamente pronunciaban palabras entrecortadas que revelaban la alegría de su corazón.

De pronto Edmundo vislumbró la cara sombría de Fernando, que

se dibujaba en la sombra, pálida y amenazadora, y quizá, sin que él mismo comprendiese la razón, el joven catalán tenía apoyada la mano sobre el cuchillo que llevaba en la cintura.

—¡Ah! —dijo Edmundo frunciendo las cejas a su vez—; no había reparado en que somos tres.

Volviéndose en seguida a Mercedes:

—¿Quién es ese hombre? —le preguntó.

—Un hombre que será de aquí en adelante tu mejor amigo, Dantés, porque lo es mío, es mi primo, mi hermano Fernando, es decir, el hombre a quien después de ti amo más en la tierra.

—Está bien —respondió Edmundo.

Y sin soltar a Mercedes, cuyas manos estrechaba con la izquierda, presentó con un movimiento cordialísimo la diestra al catalán. Pero lejos de responder Fernando a este ademán amistoso, permaneció mudo e inmóvil como una estatua. Entonces dirigió Edmundo miradas interrogadoras a Mercedes, que estaba temblando, y al sombrío y amenazador catalán alternativamente. Estas miradas le revelaron todo el misterio, y la cólera se apoderó de su corazón.

—Al darme tanta prisa en venir a su casa, no creía encontrar en ella un enemigo.

—¡Un enemigo! —exclamó Mercedes dirigiendo una mirada de odio a su primo—; ¿un enemigo en mi casa? De ser cierto, yo lo cogería del brazo y me iría a Marsella, abandonando esta casa para no volver a pisar sus umbrales.

La mirada de Fernando centelleó.

—Y si te sucediese alguna desgracia, Edmundo mío —continuó con aquella calma implacable que daba a conocer a Fernando cuán bien leía en su siniestra mente—, si te aconteciese alguna desgracia, treparía al cabo del Morgión para arrojarme de cabeza contra las rocas.

Fernando se puso lívido.

—Pero te engañas, Edmundo —prosiguió Mercedes—. Aquí no hay enemigo alguno, sino mi primo Fernando, que va a darte la mano como a su más íntimo amigo.

Y la joven fijó, al decir estas palabras, su imperiosa mirada en el catalán, quien, como fascinado por ella, se acercó lentamente a

Edmundo y le tendió la mano.

Su odio desaparecía ante el ascendiente de Mercedes. Pero apenas hubo tocado la mano de Edmundo, se dio cuenta que había ya hecho todo lo que podía hacer, y se marchó fuera de la casa.

—¡Oh! —exclamaba corriendo como un insensato, y mesándose los cabellos—. ¡Oh! ¿Quién me librará de ese hombre? ¡Desgraciado de mí!

—¡Eh!, catalán, ¡eh! ¡Fernando! ¿Adónde vas? —dijo una voz.

El joven se detuvo para mirar a su alrededor y vio a Caderousse sentado con Danglars bajo el emparrado.

—¡Eh! —le dijo Caderousse—. ¿Por qué no te acercas? ¿Tanta prisa tienes que no te queda tiempo para dar los buenos días a tus amigos?

—Especialmente cuando tienen delante una botella casi llena —dijo Danglars.

Fernando miró a los dos hombres como atontado y sin responderles.

—Afligido parece —dijo Danglars tocando a Caderousse con la rodilla—. ¿Nos habremos engañado, y se saldrá Dantés con su tema contra todas nuestras previsiones?

—¡Vaya! Es preciso averiguar esto —contestó Caderousse; y volviéndose hacia el joven le gritó—: Catalán, ¿te decides?

Fernando se enjugó el sudor que corría por su frente, y entró a paso lento bajo el emparrado, cuya sombra puso un tanto de calma en sus sentidos, y la frescura, vigor en sus cansados miembros.

—Buenos días, me ha llamado, ¿verdad? —dijo desplomándose sobre uno de los bancos que rodeaban la mesa.

—Corrías como loco, y temí que te arrojases al mar —respondió Caderousse riendo—. ¡Qué demonio! A los amigos no solamente se les debe ofrecer un vaso de vino, sino también impedirles que se beban tres o cuatro vasos de agua.

Fernando exhaló un suspiro que pareció un sollozo, y hundió la cabeza entre las manos.

—¡Hum! ¿Quieres que te hable con franqueza, Fernando? —dijo Caderousse, entablando la conversación con esa brutalidad grosera de la gente del pueblo, que con la curiosidad olvidan toda clase de

diplomacia—, pues tienes todo el aire de un amante desdeñado.

Y acompañó esta broma con una estrepitosa carcajada.

—¡Bah! —replicó Danglars—; un muchacho como este no ha nacido para ser desgraciado en amores. Tú te burlas, Caderousse.

—No —replicó este—, fíjate, ¡qué suspiros!... Vamos, vamos, Fernando, levanta la cabeza y respóndenos. No está bien que calles a las preguntas de quien se interesa por tu salud.

—Estoy bien —murmuró Fernando apretando los puños, aunque sin levantar la cabeza.

—¡Ah!, ya lo ves, Danglars —repuso Caderousse guiñando el ojo a su amigo—. Lo que pasa es esto: que Fernando, catalán valiente, como todos los catalanes, y uno de los mejores pescadores de Marsella, está enamorado de una linda muchacha llamada Mercedes; pero desgraciadamente, a lo que creo, la muchacha ama por su parte al segundo de El Faraón; y como El Faraón ha entrado hoy mismo en el puerto... ¿Me comprendes?

—Que me muera, si lo entiendo —respondió Danglars:

—El pobre Fernando habrá recibido el pasaporte.

—¡Y bien! ¿Qué más? —dijo Fernando levantando la cabeza y mirando a Caderousse como aquel que busca en quién descargar su cólera—. Mercedes no depende de nadie, ¿no es así? ¿No puede amar a quien se le antoje?

—¡Ah!, ¡si lo tomas de ese modo —dijo Caderousse—, eso es otra cosa! Yo te tenía por catalán. Me han dicho que los catalanes no son hombres para dejarse vencer por un rival, y también me han asegurado que Fernando, sobre todo, es temible en la venganza.

—Un enamorado nunca es temible —repuso Fernando sonriendo.

—¡Pobre muchacho! —replicó Danglars fingiendo compadecer al joven—. ¿Qué quieres? No esperaba, sin duda, que volviese Dantés tan pronto. Quizá lo creería muerto, quizás infiel, ¡quién sabe! Esas cosas son tanto más sensibles cuanto que nos están sucediendo a cada paso.

—Seguramente que no dices más que la verdad —respondió Caderousse, que bebía al compás que hablaba, y a quien el espumoso vino de Lamalgue comenzaba a hacer efecto—. Fernando no es el único que siente la llegada de Dantés, ¿no es así,

Danglars?

—Sí, y casi puedo asegurarte que eso le ha de traer alguna desgracia.

—Pero no importa —añadió Caderousse llenando un vaso de vino para el joven, y haciendo lo mismo por duodécima vez con el suyo —; no importa, mientras tanto se casa con Mercedes, con la bella Mercedes... se sale con la suya.

Durante este coloquio, Danglars observaba con mirada escudriñadora al joven. Las palabras de Caderousse caían como plomo derretido sobre su corazón.

—¿Y cuándo es la boda? —preguntó.

—¡Oh!, todavía no ha sido fijada —murmuró Fernando.

—No, pero lo será —dijo Caderousse—; lo será tan cierto como que Dantés será capitán de El Faraón: ¿no opinas tú lo mismo, Danglars?

Danglars se estremeció al oír esta salida inesperada, volviéndose a Caderousse, en cuya fisonomía estudió a su vez si el golpe estaba premeditado; pero solo leyó la envidia en aquel rostro casi trastornado por la borrachera.

—¡Ea! —dijo llenando los vasos—. ¡Bebamos a la salud del capitán Edmundo Dantés, marido de la bella catalana!

Caderousse llevó el vaso a sus labios con mano temblorosa, y lo apuró de un sorbo. Fernando tomó el suyo y lo arrojó con furia al suelo.

—¡Vaya! —exclamó Caderousse—. ¿Qué es lo que veo allá abajo en dirección a los Catalanes? Mira, Fernando, tú tienes mejores ojos que yo: me parece que empiezo a ver demasiado, y bien sabes que el vino engaña mucho... Se diría que se trata de dos amantes que van agarrados de la mano... ¡Dios me perdone! ¡No presumen que los estamos viendo, y mira cómo se abrazan!

Danglars no dejaba de mirar a Fernando, cuyo rostro se contraía horriblemente.

—¡Calle! ¿Los conoce, señor Fernando? —dijo.

—Sí —respondió este con voz sorda—. ¡Son Edmundo y Mercedes!

—¡Digo! —exclamó Caderousse—. ¡Y yo no los conocía! ¡Dantés!

¡Muchacha! Venga aquí, y decidnos cuándo es la boda, porque el testarudo de Fernando no nos lo quiere decir.

—¿Quieres callarte? —dijo Danglars, fingiendo detener a Caderousse, que tenaz como todos los que han bebido mucho se disponía a interrumpirles—. Haz por tenerte en pie, y deja tranquilos a los enamorados. Mira, mira a Fernando, y toma ejemplo de él.

Acaso este, incitado por Danglars, como el toro por los toreros, iba al fin a arrojarse sobre su rival, pues ya de pie tomaba una actitud siniestra, cuando Mercedes, risueña y gozosa, levantó su linda cabeza y clavó en Fernando su brillante mirada. Entonces el catalán se acordó de que le había prometido morir si Edmundo moría, y volvió a caer desesperado sobre su asiento.

Danglars miró sucesivamente a los dos hombres, el uno embrutecido por la embriaguez y el otro dominado por los celos.

—¡Oh! No sacaré ningún partido de estos dos hombres —murmuró—, y casi tengo miedo de estar en su compañía. Este bellaco se embriaga de vino, cuando solo debía embriagarse de odio; el otro es un imbécil que le acaban de quitar la novia en sus mismas narices, y se contenta solamente con llorar y quejarse como un chiquillo. Sin embargo, tiene la mirada torva como los españoles, los sicilianos y los calabreses que saben vengarse muy bien; tiene unos puños capaces de estrujar la cabeza de un buey tan pronto como la cuchilla del carnicero... Decididamente el destino le favorece; se casará con Mercedes, será capitán y se burlará de nosotros como no... (una sonrisa siniestra apareció en los labios de Danglars), como no tercie yo en el asunto.

—¡Hola! —seguía llamando Caderousse a medio levantar de su asiento—. ¡Hola!, Edmundo, ¿no ves a los amigos, o te has vuelto ya tan orgulloso que no quieres siquiera dirigirles la palabra?

—No, mi querido Caderousse —respondió Dantés—; no soy orgulloso, sino feliz, y la felicidad ciega algunas veces más que el orgullo.

—Enhorabuena, ya eso es decir algo —replicó Caderousse—. ¡Buenos días, señora Dantés!

Mercedes saludó gravemente.

—Todavía no es ese mi apellido —dijo—, y en mi país es de mal

agüero algunas veces el llamar a las muchachas con el nombre de su prometido antes que se casen. Llamadme Mercedes.

—Es menester perdonar a este buen vecino —añadió Dantés—. Falta tan poco tiempo...

—¿Conque, es decir, que la boda se efectuará pronto, señor Dantés? —dijo Danglars saludando a los dos jóvenes.

—Lo más pronto que se pueda, señor Danglars: nos toman hoy los dichos en casa de mi padre, y mañana o pasado mañana a más tardar será la comida de boda, aquí, en La Reserva; los amigos asistirán a ella; lo que quiere decir que está usted invitado desde ahora, señor Danglars, y tú también, Caderousse.

—¿Y Fernando? —dijo Caderousse sonriendo con malicia—; ¿Fernando lo está también?

—El hermano de mi mujer lo es también mío —respondió Edmundo—, y con muchísima pena le veríamos lejos de nosotros en semejante momento.

Fernando abrió la boca para contestar; pero la voz se apagó en sus labios y no pudo articular una sola palabra.

—¡Hoy los dichos, mañana o pasado la boda!... ¡Diablos!, mucha prisa se da, capitán.

—Danglars —repuso Edmundo sonriendo—, digo lo que Mercedes decía hace poco a Caderousse: no me dé ese título que aún no poseo, que podría ser de mal agüero para mí.

—Discúlpeme —respondió Danglars—. Decía, pues, que se da demasiada prisa. ¡Qué diablos!, tiempo sobra: El Faraón no se volverá a hacer a la mar hasta dentro de tres meses.

—Siempre tiene uno prisa por ser feliz, señor Danglars; porque quien ha sufrido mucho, apenas puede creer en la dicha. Pero no es solo el egoísmo el que me hace obrar de esta manera; tengo que ir a París.

—¡Ah! ¿A París? ¿Y es la primera vez que va allí, Dantés?

—Sí.

—Algún negocio, ¿no es así?

—No mío; es una comisión de nuestro pobre capitán Leclerc. Ya comprenderá que esto es sagrado. Sin embargo, tranquilícese, no emplearé más tiempo que el de ida y vuelta.

—Sí, sí, ya entiendo —dijo Danglars. Y después añadió en voz sumamente baja—: A París... Sin duda, para llevar alguna carta que el capitán le ha entregado. ¡Ah!, ¡diablos! Esa carta me acaba de sugerir una idea... una excelente idea. ¡Ah! ¡Dantés!, amigo mío, aún no tienes el número 1 en el registro de El Faraón. —Y volviéndose en seguida hacia Edmundo, que se alejaba—: ¡Buen viaje! —le gritó.

—Gracias —respondió Edmundo volviendo la cabeza, y acompañando este movimiento con cierto ademán amistoso.

Y los dos enamorados prosiguieron su camino, tranquilos y alborozados como dos ángeles que se elevan al cielo.

Capítulo cuatro: Complot

Danglars siguió con la mirada a Edmundo y a Mercedes hasta que desaparecieron por uno de los ángulos del puerto de San Nicolás; y volviéndose en seguida vislumbró a Fernando que se arrojaba otra vez sobre su silla, pálido y desesperado, mientras que Caderousse entonaba una canción.

—¡Ay, señor mío —dijo Danglars a Fernando—, creo que esa boda no le hace feliz a todo el mundo!

—A mí me tiene desesperado —respondió Fernando.

—¿Ama, pues, a Mercedes?

—La adoro.

—¿Hace mucho tiempo?

—Desde que nos conocimos.

—¿Y está ahí arrancándose los cabellos en lugar de buscar remedio a sus pesares? ¡Qué diablos!, no creí que obrase de esa manera la gente de su país.

—¿Y qué quiere que haga? —preguntó Fernando.

—¿Qué sé yo? ¿Acaso tengo yo algo que ver con...? Me parece que no soy yo, sino usted, el que está enamorado de Mercedes. “Buscad —dice el Evangelio—, y encontraréis”.

—Yo había encontrado ya.
—¿Cómo?
—Quería asesinar al hombre, pero la mujer me ha dicho que si llegara a suceder tal cosa a su futuro, ella se mataría después.
—¡Bah!, ¡bah!, esas cosas se dicen, pero no se hacen.
—Usted no conoce a Mercedes, amigo mío, es mujer que dice y hace.
“¡Imbécil! —murmuró para sí Danglars—. ¿Qué me importa que ella muera o no, con tal que Dantés no sea capitán?”.
—Y antes que muera Mercedes, moriría yo —replicó Fernando con un acento que expresaba resolución irrevocable.
—¡Eso sí que es amor! —gritó Caderousse con una voz dominada cada vez más por la embriaguez—. Eso sí que es amor, o yo no lo entiendo.
—Veamos —dijo Danglars—; me parece usted un buen muchacho, y que me lleve el diablo si no me dan ganas de sacarlo de penas; pero...
—Sí, sí —dijo Caderousse—, veamos.
—Mira —replicó Danglars—, ya te falta poco para emborracharte, de modo que acábate de beber la botella y lo estarás completamente. Bebe, y no te metas en lo que nosotros hacemos. Porque para tomar parte en esta conversación es indispensable estar en su sano juicio.
—¡Yo borracho —exclamó Caderousse—, yo! Si todavía me atrevería a beber cuatro de tus botellas, que por cierto son como frascos de agua de colonia... —Y añadiendo el dicho al hecho, gritó: — ¡Tío Pánfilo, más vino! —Caderousse empezó a golpear fuertemente la mesa con su vaso.
—¿Decía?... —replicó Fernando, esperando anheloso la continuación de la frase interrumpida.
—¿Qué decía? Ya no me acuerdo. Ese borracho me ha hecho perder el hilo de mis ideas.
—¡Borracho!, eso me gusta; ¡ay de los que no gustan del vino!, tienen algún mal pensamiento, y temen que el vino se lo haga revelar.
Y Caderousse se puso a cantar los últimos versos de una canción

muy en boga por aquel entonces.

Los que beben agua sola
son hombres de mala ley,
y prueba es de ello... el diluvio de Noé.

—Conque decía —replicó Fernando—, que le gustaría sacarme de penas; pero añadía...

—Sí, añadía que para sacarle de penas, basta con que Dantés no se case, y me parece que la boda puede impedirse sin que Dantés muera.

—¡Oh!, solo la muerte puede separarlos —dijo Fernando.

—Razona usted como un pobre hombre, amigo mío —exclamó Caderousse—; aquí tiene a Danglars, pícaro redomado, que le probará en un santiamén que no sabe una palabra. Demuéstraselo, Danglars, yo he respondido por ti, dile que no es necesario que Dantés muera. Por otro lado, sería muy triste que muriese Dantés; es un buen muchacho; le quiero mucho, mucho; ¡a tu salud, Dantés! ¡A tu salud!

Fernando se levantó dando muestras de impaciencia.

—Déjele —dijo Danglars deteniendo al joven—. ¿Quién le hace caso? Además, no va tan desencaminado: la ausencia separa a las personas casi mejor que la muerte. Suponga ahora que entre Edmundo y Mercedes se levantan de pronto los muros de una cárcel; estarán tan separados como si los dividiese la losa de una tumba.

—Sí, pero saldrá de la cárcel —dijo Caderousse, que con la sombra de juicio que aún le quedaba se mezclaba en la conversación—; y cuando uno sale de la cárcel y se llama Edmundo Dantés, se venga.

—¿Qué importa? —murmuró Fernando.

—Además —replicó Caderousse—, ¿por qué han de encarcelar a Dantés si él no ha robado ni matado a nadie?...

—Cállate —dijo Danglars.

—No quiero —contestó Caderousse—; lo que yo quiero que me digan es por qué habían de detener a Dantés; yo quiero mucho a

Dantés; ¡a tu salud, Dantés, a tu salud!

Y se bebió otro vaso de vino.

Danglars observó en los ojos extraviados del sastre el progreso de la borrachera, y volviéndose hacia Fernando, le dijo:

—¿Comprende ya que no habría necesidad de matarle?

—Desde luego que no, si pudiéramos lograr que lo detuviesen. Pero ¿por qué medio...?

—Buscando bien —dijo Danglars—, ya se encontraría la manera. Pero ¿en qué lío voy a meterme? ¿Acaso tengo yo algo que ver...?

—Yo no sé si esto te interesa —dijo Fernando cogiéndole por el brazo—; pero lo que sí sé es que tiene usted algún motivo de odio particular contra Dantés, porque el que odia no se engaña en los sentimientos de los demás.

—¡Yo motivos de odio contra Dantés!, ninguno, ¡palabra de honor! Lo vi desgraciado, y su desgracia me conmovió; esto es todo. Pero desde el momento en que cree que obro con miras interesadas, adiós, mi querido amigo, salga como pueda de ese atolladero.

Y Danglars hizo ademán de irse.

—No —dijo Fernando deteniéndolo—, quédese. Poco me importa que odie o no a Dantés; pero yo sí lo odio; lo confieso francamente. Dígame un medio y lo ejecuto al instante..., como no sea matarlo, porque Mercedes ha dicho que se daría muerte si matasen a Dantés.

Caderousse levantó la cabeza que había dejado caer sobre la mesa, y mirando a Fernando y a Danglars estúpidamente:

—¡Matar a Dantés...! —dijo—. ¿Quién habla de matar a Dantés? ¡No quiero que lo maten...!, es mi amigo... esta mañana me ofreció su dinero..., del mismo modo que yo compartí en otro tiempo el mío con él... ¡No quiero que maten a Dantés...!, no..., no...

—Y ¿quién habla de matarlo, imbécil? —replicó Danglars—. Solo se trata de una simple broma. Bebe a su salud —añadió llenándole un vaso—, y déjanos en paz.

—Sí, sí, a la salud de Dantés —dijo Caderousse apurando el contenido de su vaso—; a su salud... a su salud... a su...

—Pero ¿el medio...?, ¿el medio? —murmuró Fernando.

—¿No lo ha hallado usted aún?

—No, usted se había encargado de eso.
—Es cierto —repuso Danglars—, los franceses tienen sobre los españoles la ventaja de que los españoles piensan y los franceses improvisan.
—Improvise, pues —dijo Fernando con impaciencia.
—Muchacho —dijo Danglars—, trae recado de escribir.
—¡Recado de escribir! —murmuró Fernando.
—Puesto que soy editor responsable, ¿de qué instrumentos me he de servir sino de pluma, tinta y papel?
—¿Traes eso? —exclamó Fernando a su vez.
—En esa mesa hay recado de escribir —respondió el mozo señalando una inmediata.
—Tráelo.
El mozo lo cogió y lo colocó encima de la mesa de los bebedores.
—¡Cuando pienso —observó Caderousse, dejando caer su mano sobre el papel— que con esos medios se puede matar a un hombre con mayor seguridad que en un camino a puñaladas! Siempre tuve más miedo a una pluma y a un tintero, que a una espada o a una pistola.
—Ese tunante no está tan borracho como parece —dijo Danglars —. Sírvale más vino, Fernando.
Fernando llenó el vaso de Caderousse, observándolo atentamente, hasta que lo vio, casi vencido por ese nuevo exceso, colocar, o más bien, soltar su vaso sobre la mesa.
—Conque... —murmuró el catalán, conociendo que ya no podía estorbarle Caderousse, pues la poca razón que conservaba iba a desaparecer con aquel último vaso de vino.
—Pues, señor, decía —prosiguió Danglars—, que si después de un viaje como el que acaba de hacer Dantés tocando a Nápoles y en la isla de Elba, lo denunciase alguien al procurador del rey como agente bonapartista...
—Yo lo denunciaré —dijo vivamente el joven.
—Sí, pero le harán firmar a usted su declaración, le carearán con el reo, y aunque yo le dé pruebas para sostener la acusación, eso es poco; Dantés no puede permanecer preso eternamente; un día u otro tendrá que salir, y el día que salga, ¡desdichado de usted!

—¡Oh! solo deseo una cosa —dijo Fernando—, y es que me venga a buscar.

—Sí, pero Mercedes lo aborrecerá si toca el pelo de la ropa a su adorado Edmundo.

—Es verdad —repuso Fernando.

—Nada, si nos decidimos, lo mejor es coger esta pluma simplemente, y escribir una denuncia con la mano izquierda para que no sea conocida la letra —contestó Danglars; y diciendo esto, escribió con la mano izquierda y con una letra que en nada se parecía a la suya, los siguientes renglones, que Fernando leyó a media voz:

Un amigo del trono y de la religión previene al señor procurador del rey que un tal Edmundo Dantés, segundo de El Faraón, que llegó esta mañana de Esmirna, después de haber tocado en Nápoles y en Porto-Ferrajo, ha recibido de Murat una misiva para el usurpador, y de este otra carta para la junta bonapartista de París.

Fácilmente se tendrá la prueba de su crimen, arrestándolo, porque la carta la llevará consigo, o estará en casa de su padre, o en su camarote, a bordo de El Faraón.

—Está bien —añadió Danglars—. De este modo su venganza tendría sentido común, y de lo contrario podría recaer sobre usted mismo, ¿entiende? Ya no queda sino cerrar la carta, escribir el sobre —y Danglars hizo como decía—: *Al señor procurador del rey*, y asunto concluido.

—Sí, asunto concluido —exclamó Caderousse, quien con los últimos resplandores de su inteligencia había escuchado la lectura, y comprendiendo por instinto todas las desgracias que podría causar tal denuncia; sí, negocio concluido; pero sería una infamia.

Y alargó el brazo para coger la carta.

—Por supuesto —dijo Danglars, apartándole la mano—, lo que digo no es más que una broma; y soy el primero que sentiría mucho que le sucediese algo a Dantés, a ese bueno de Dantés. Vamos, ¡no faltaba más...! —y cogiendo la carta, la estrujó entre los dedos, y la tiró a un rincón.

—¡Muy bien! —exclamó Caderousse—. Dantés es mi amigo, y no quiero que le hagan ningún daño.

—¿Quién diablos piensa en hacerle daño? Por lo menos no seremos ni Fernando ni yo —dijo Danglars levantándose y mirando al joven, cuyos ojos estaban clavados en el papel delator tirado en el suelo.

—En tal caso —replicó Caderousse—, que nos den más vino, quiero beber a la salud de Edmundo y de la bella Mercedes.

—Bastante has bebido, ¡borracho! —dijo Danglars—; y como sigas bebiendo te verás obligado a dormir aquí, porque seguramente no podrás tenerte en pie.

—¡Yo! —balbuceó Caderousse levantándose con la arrogancia del borracho—; ¡yo no poder tenerme! ¿Apuestas algo a que me atrevo a subir al campanario de las Accoules derechito, sin dar traspiés?

—Está bien —dijo Danglars—, hago la apuesta; pero la dejaremos para mañana. Ya es tiempo de que nos vayamos; dame el brazo.

—Vamos allá —dijo Caderousse—; mas para andar no necesito de tu brazo. ¿Vienes, Fernando? ¿Vuelves a Marsella con nosotros?

—No —respondió Fernando—; me vuelvo a los Catalanes.

—Haces mal; ven con nosotros a Marsella.

—Nada tengo que hacer en Marsella, y no quiero ir.

—Bueno, bueno, no quieres, ¿eh? Pues haz lo que te parezca: libertad para todos en todo. Ven, Danglars, y dejémosle que vuelva a los Catalanes, si así lo quiere.

Danglars aprovechó este instante de docilidad de Caderousse para llevarlo hacia Marsella; pero para dejar a Fernando más a sus anchas, en vez de irse por el muelle de la Rive-Neuve, echó por la puerta de Saint-Victor. Caderousse lo seguía tambaleándose, cogido de su brazo. Apenas anduvieron unos veinte pasos, Danglars volvió la cabeza tan a tiempo, que pudo ver al joven abalanzarse al papel, que guardó en su bolsillo, dirigiéndose en seguida hacia Pillon.

—¡Calla! ¿Qué está haciendo? —dijo Caderousse—. Nos ha dicho que iba a los Catalanes, y se dirige a la ciudad. ¡Oye, Fernando, vas descaminado, oye!

—Tú eres el que no ves bien —dijo Danglars—. ¡Si sigue derecho el camino de las Vieilles-Infirmeries...!

—Es cierto —respondió Caderousse—; pero hubiera jurado que iba por la derecha. Decididamente el vino es un traidor, que hace ver visiones.
—Vamos, vamos —murmuró Danglars—, que la cosa marcha, y solo cabe dejarla marchar.

Capítulo cinco:
El banquete de boda

Amaneció un día magnífico. El sol se levantó, puro y brillante, y sus primeros rayos, de un rojo purpúreo, doraban las espumas de las olas.
La comida había sido preparada en el primer piso de La Reserva, cuyo emparrado ya conocemos. Se componía aquel de un gran salón iluminado por cinco o seis ventanas; encima de cada una se veía escrito el nombre de una de las mejores ciudades de Francia. Todas estas ventanas caían a un balcón de madera: como era también todo el edificio.
Si bien la comida estaba anunciada para las doce, desde las once de la mañana llenaban el balcón multitud de curiosos impacientes. Eran estos los marineros privilegiados de El Faraón y algunos soldados amigos de Dantés. Todos se habían puesto de gala para honrar a los novios. Entre los convidados circulaba cierto murmullo ocasionado porque los consignatarios de El Faraón tenían que honrar con su presencia la comida de boda del segundo. Era tan grande este honor, que nadie se atrevía a creerlo, hasta que Danglars, que llegaba con Caderousse, confirmó la noticia, porque aquella mañana había visto al señor Morrel, y le dijo que asistiría a la comida de La Reserva.
Efectivamente, un instante después Morrel entró en la sala y fue saludado por los marineros con un unánime viva y con aplausos. La presencia del naviero les confirmaba las voces que corrían de que Dantés iba a ser su capitán; y como todos aquellos valientes marineros lo querían tanto, le daban gracias, porque pocas veces la

elección de un jefe está en armonía con los deseos de los subordinados. En cuanto bien entró Morrel, cuando eligieron a Danglars y a Caderousse para que saliesen al encuentro de los novios, y les previniesen de la llegada del personaje que había producido tan viva sensación, para que se apresuraran a venir pronto. Danglars y Caderousse se marcharon en seguida, pero a los cien pasos vieron que la comitiva se acercaba.

Esta se componía de cuatro jóvenes amigas de Mercedes, catalanas también, que acompañaban a la novia, a quien daba el brazo Edmundo, junto a la futura caminaba el padre de Dantés, y detrás de ellos venía Fernando con su siniestra sonrisa. Ni Mercedes ni Edmundo se dieron cuenta de esa sonrisa, los pobres muchachos eran tan felices que solo pensaban en sí mismos, y no tenían ojos más que para aquel hermoso cielo que los bendecía.

Danglars y Caderousse cumplieron con su misión de embajadores, y dando después un fuerte apretón de manos a Edmundo, Danglars se fue a colocar al lado de Fernando, y Caderousse al del padre de Dantés, objeto de la atención general. El anciano vestía una casaca de tafetán, con grandes botones de acero tallados. Cubrían sus delgadas, aunque vigorosas piernas, unas medias de algodón que a la legua olían a contrabando inglés. De su sombrero apuntado pendían con pintoresca profusión cintas blancas y azules; se apoyaba en fin, en un nudoso bastón de madera, encorvado por el puño como el *pedum* antiguo. Parecía uno de esos figurones que adornaban en 1796 los jardines de Luxemburgo y de las Tullerías.

Junto a él se había colocado, como ya hemos dicho, Caderousse, a quien la esperanza de una buena comida acabó de reconciliar con los Dantés; Caderousse conservaba un vago recuerdo de lo que había sucedido el día anterior, como cuando al despertar por la mañana nos representa la imaginación el sueño que hemos tenido por la noche.

Al acercarse Danglars a Fernando, dirigió una mirada penetrante al amante desdeñado. Este, que caminaba detrás de los novios, completamente olvidado de Mercedes, que con ese egoísmo sublime del amor solo pensaba en Edmundo; Fernando, repetimos, pálido y sombrío, de vez en cuando dirigía una mirada a Marsella, y

entonces un temblor convulsivo se apoderaba de sus miembros. Parecía como si esperase, o más bien previese algún acontecimiento.

Dantés vestía con elegante sencillez, como perteneciente a la marina mercante; su traje participaba del uniforme militar y del traje civil; y con él y con la alegría y gentileza de la novia, parecía más alegre y más bonita.

Mercedes estaba tan hermosa como una griega de Chipre o de Ceos, de ojos de ébano y labios de coral. Su andar gracioso y desenvuelto parecía de andaluza o de arlesiana. Una joven cortesana quizás hubiera procurado disimular su alegría; pero Mercedes miraba a todos sonriéndose, como si con aquella sonrisa y aquellas miradas les dijese: “Puesto que son mis amigos, alégrense como yo, porque soy muy dichosa”.

Tan pronto como fueron divisados los novios desde La Reserva*,* salió el señor Morrel a su encuentro, seguido de los marineros y de los soldados, a los cuales renovó la promesa de que Dantés sucedería al capitán Leclerc. Al verle Edmundo dejó el brazo de su novia, y tomó el del naviero que con la joven dieron la señal subiendo los primeros la escalera de madera que conducía a la sala del banquete.

—Padre mío —dijo Mercedes deteniéndose junto a la mesa—, usted a mi derecha, se lo ruego. A mi izquierda pondré al que me ha servido de hermano —añadió con una dulzura que penetró como la punta de un puñal hasta lo más profundo del corazón de Fernando. Sus labios palidecieron, y bajo el matiz de su rostro fue fácil distinguir cómo se retiraba poco a poco la sangre para agolparse al corazón.

Dantés había hecho entretanto lo mismo con Morrel, colocándolo a su derecha, y con Danglars, que colocó a su izquierda, haciendo en seguida señas con la mano a todos para que se colocaran a su gusto. Ya corrían de mano en mano por toda la mesa los salchichones de Arlés, las brillantes langostas, las sabrosas ostras del Norte, los exquisitos mariscos envueltos en su áspera concha, como la castaña en su erizo, y las almejas que las gentes meridionales prefieren a las anchoas; en fin, toda esa multitud de

entremeses delicados que arrojan las olas a la arenosa playa, y los pescadores designan con el nombre genérico de frutos de mar.

—¡Qué silencio! —dijo el anciano saboreando un vaso de vino amarillo como el topacio, que el tío Pánfilo acababa de traer a Mercedes—. ¿Quién diría que hay aquí treinta personas que solo desean hablar?

—¡Bah!, un marido no siempre está alegre —dijo Caderousse.

—El caso es —dijo Dantés—, que soy en este momento demasiado feliz para estar alegre.

—Tiene razón, vecino; la alegría causa a veces una sensación extraña, que oprime el corazón casi tanto como el dolor.

Danglars observaba a Edmundo, cuyo espíritu impresionable absorbía y devolvía toda emoción.

—Qué —le dijo—, ¿teme algo? Me parece que todo marcha según sus deseos.

—Justamente es eso lo que me espanta —respondió Dantés—, me parece que el hombre no ha nacido para ser feliz con tanta facilidad. La dicha es como esos palacios de las islas encantadas, cuyas puertas guardan formidables dragones; es preciso combatir para conquistar, y yo, en verdad, no sé qué he hecho para merecer la dicha de ser marido de Mercedes.

—¡Marido! ¡Marido! —dijo Caderousse riendo—; aún no, mi capitán. Haz de marido un poco, y ya verás la que se arma.

Mercedes se ruborizó.

Fernando estaba muy agitado en su silla, estremeciéndose al menor ruido, y limpiándose las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente como las primeras gotas de una lluvia de tormenta.

—A fe mía, vecino Caderousse —dijo Dantés—, que no vale la pena que me desmienta por tan poca cosa. Mercedes no es aún mi mujer, tiene razón —y sacó su reloj—; pero dentro de hora y media lo será.

Los presentes profirieron un grito de sorpresa, excepto el padre de Dantés, cuya sonrisa dejaba ver una fila de dientes bien conservados. Mercedes sonrió sin ruborizarse, y Fernando apretó convulsivamente el mango de su cuchillo.

—¡Dentro de hora y media! —dijo Danglars, palideciendo también

—, ¿cómo es eso?
—Sí, amigos míos —respondió Dantés—; gracias al señor Morrel, al hombre a quien debo más en el mundo después de mi padre, todos los obstáculos se han allanado; hemos obtenido dispensa de las amonestaciones, y a las dos y media el alcalde de Marsella nos espera en el ayuntamiento. Por lo tanto, como acaba de dar la una y cuarto, creo no haberme engañado mucho al decir que dentro de una hora y treinta minutos, Mercedes se llamará la señora Dantés.
Fernando cerró los ojos; una nube de fuego le abrasaba los párpados; se apoyó sobre la mesa, y a pesar de todos sus esfuerzos no pudo contener un sordo gemido, que se perdió en el rumor causado por las risas y por las felicitaciones de la concurrencia.
—A eso le llamo yo ser activo —dijo el padre de Dantés—. Ayer llegó y hoy se casa..., nadie gana a los marinos en actividad.
—Pero ¿y las formalidades? —preguntó tímidamente Danglars— ¿el contrato... ?
—El contrato —le interrumpió Dantés riendo—, el contrato está ya hecho. Mercedes no tiene nada, yo tampoco; nos casamos en iguales condiciones; conque ya se le alcanzará que ni se habrá tardado en escribir el contrato, ni costará mucho dinero.
Esta broma excitó una nueva explosión de alegría y de enhorabuenas.
—Así que este es el banquete de bodas —dijo Danglars.
—No —repuso Dantés—, no se lo perderán por eso, pueden estar tranquilos. Mañana parto para París: cuatro días de ida, cuatro de vuelta y uno para desempeñar puntualmente la misión de la que estoy encargado; el primero de marzo estoy ya aquí; el verdadero banquete de bodas se aplaza para el 2 de marzo.
La promesa de un nuevo banquete aumentó la alegría hasta tal punto, que el padre de Dantés, que al principio de la comida se quejaba del silencio, hacía ahora vanos esfuerzos para expresar sus deseos de que Dios hiciera felices a los esposos.
Dantés adivinó el pensamiento de su padre, y se lo pagó con una sonrisa llena de amor. Mercedes entretanto miraba la hora en el reloj de la sala, haciendo picarescamente cierta señal a Edmundo.

Reinaba en la mesa esa alegría ruidosa y esa libertad individual que siempre se toman las personas de clase inferior al fin de la comida. Los que no estaban contentos en sus sitios, se habían levantado para ocupar otros nuevos.

Todos empezaban ya a hablar en confusión, y nadie respondía a su interlocutor, sino a sus propios pensamientos.

La palidez de Fernando se comunicaba por minutos a Danglars. Aquel, sobre todo, parecía presa de mil tormentos horribles. Había sido de los primeros en levantarse y se paseaba por la sala, procurando apartar su oído de la algazara, de las canciones y del choque de los vasos.

Se acercó a él Caderousse en el momento en que Danglars, de quien parecía huir, acababa de reunírsele en un ángulo de la sala.

—En verdad —dijo Caderousse, a quien la amabilidad de Dantés, y sobre todo el vino del tío Pánfilo, habían hecho olvidar enteramente el odio que inspiró la repentina felicidad de Edmundo—; en verdad que Dantés es un guapo mozo, y cuando le veo sentado junto a su novia, digo para mí, que hubiera sido una lástima jugarle la mala pasada que intentaba usted ayer.

—Pero ya has visto —respondió Danglars— que aquello no pasó de una conversación. Ese pobre Fernando estaba ayer tan fuera de sí, que me causó lástima al principio; pero, desde que decidió asistir a la boda de su rival, no hay ya temor alguno.

Caderousse miró entonces a Fernando, que estaba lívido.

—El sacrificio es tanto mayor —prosiguió Danglars— cuanto que la muchacha es muy hermosa. ¡Diablos!, miren si es dichoso mi futuro capitán. Quisiera llamarme Dantés, aunque solo fuera por doce horas.

—¿Vámonos? —dijo en este punto con dulce voz Mercedes—; acaban de dar las dos, a las dos y cuarto nos esperan.

—Sí, sí —contestó Dantés levantándose inmediatamente.

—Vamos —repitieron a coro todos los convidados.

Fernando estaba sentado en el antepecho de la ventana, y Danglars, que no le perdía de vista un momento, le vio observar a Dantés con inquieta mirada, levantarse como por un movimiento convulsivo, y volver a desplomarse en el sitio donde se hallaba

antes.

Se oyó en aquel momento un ruido sordo, como de pasos recios, voces confusas y armas, ahogando las exclamaciones de los convidados e imponiendo a toda la asamblea el silencio del estupor. El ruido se oyó más cerca: en la puerta resonaron tres golpes...; cada cual miraba a su alrededor con asombro.

—¡En nombre de la ley! —gritó una voz sonora.

La puerta se abrió al punto, dando paso a un comisario con su faja y a cuatro soldados y un cabo. Con esto, a la inquietud sucedió el terror.

—¿Qué ocurre? —preguntó Morrel avanzando hacia el comisario, a quien conocía—; sin duda se trata de un error.

—Si ha sido así, señor Morrel —respondió el comisario—, crea que pronto se deshará la equivocación. Entretanto, y por muy sensible que me sea, debo cumplir con la orden que tengo. ¿Quién de ustedes, señores, se llama Edmundo Dantés?

Las miradas de todos se volvieron hacia el joven, que muy conmovido, aunque conservando toda su dignidad, dio un paso hacia delante y respondió:

—Yo soy, caballero, ¿qué quiere?

—Edmundo Dantés —repuso el comisario—, en nombre de la ley, queda usted detenido.

—¡Detenido yo! —dijo Edmundo, cuyo rostro se cubrió de una leve palidez—. ¡Detenido yo!, pero ¿por qué?

—Lo ignoro, caballero. Ya lo sabrá en el primer interrogatorio al que será sometido.

El señor Morrel comprendió que nada podía intentarse, un comisario con su faja no es ya un hombre, es la estatua de la ley, fría, sorda, muda. El viejo, por el contrario, se precipitó hacia el comisario, hay ciertas cosas que nunca podrá comprender el corazón de un padre o de una madre. Rogó, suplicó; pero ruegos y lágrimas fueron inútiles. Sin embargo, su desesperación era tan grande, que el comisario al fin se conmovió.

—Tranquilícese, caballero —le dijo—, quizá se habrá olvidado su hijo de algunos de los requisitos que exigen la aduana o la sanidad. Yo así lo creo. Cuando se hayan tomado los informes que se

desean, le pondrán en libertad.
—¿Qué significa esto? —preguntó Caderousse frunciendo el entrecejo y mirando a Danglars, que aparentaba sorpresa.
—¿Qué sé yo? —respondió Danglars—; como tú, veo y estoy perplejo, sin comprender nada de todo ello.
Caderousse buscó con los ojos a Fernando, pero este había desaparecido.
Toda la escena de la víspera se le representó entonces con todos sus pormenores. Aquella catástrofe acababa de arrancar el velo que la embriaguez había echado entre su entendimiento y su memoria.
—¡Oh! —dijo con voz ronca—, ¿quién sabe si esto será el resultado de la broma de lo que hablaban ayer, Danglars? En ese caso, desgraciado de usted, porque es muy triste broma por cierto.
—Ya viste que rompí aquel papel —balbució Danglars.
—No lo rompiste; lo arrugaste y lo arrojaste a un rincón.
—¡Calla! Tú estabas borracho.
—¿Qué es de Fernando?
—¡Qué sé yo! Habrá tenido algo que hacer. Pero en vez de ocuparte de él, consolemos a esos pobres afligidos.
Efectivamente, durante la conversación, Dantés había dado la mano sonriendo a sus amigos, y después de abrazar a Mercedes, se había entregado al comisario, diciendo:
—Tranquilícense, pronto se aclarará el error, y probablemente no llegaré a entrar en la cárcel.
—¡Oh!, seguramente —dijo Danglars, que, como ya hemos dicho, se acercaba en este momento al grupo principal.
Dantés bajó la escalera precedido del comisario de policía y rodeado de soldados. Un coche los esperaba a la puerta, y subió a él, seguido de los soldados y del comisario. La portezuela se cerró, y el carruaje tomó el camino de Marsella.
—¡Adiós, Dantés! ¡Adiós, Edmundo! —exclamó Mercedes desde el balcón, adonde salió desesperada.
El preso escuchó este último grito, salido del corazón doliente de su novia como un sollozo, y asomando la cabeza por la ventanilla del coche, le contestó:
—¡Hasta la vista, Mercedes!

Y en esto desapareció por uno de los ángulos del fuerte de San Nicolás.

—Espérenme aquí —dijo el naviero—; voy a tomar el primer carruaje que encuentre, corro a Marsella, y les traeré noticias suyas.

—Sí, sí, vaya —exclamaron todos a un tiempo—; vaya, y vuelva pronto.

A esta segunda marcha siguió un momento de terrible estupor en todos los que se quedaban. El anciano y Mercedes permanecieron algún tiempo sumidos en el más profundo abatimiento; pero al fin se encontraron sus ojos, y reconociéndose por dos víctimas heridas del mismo golpe, se arrojaron en brazos uno de otro.

En todo este tiempo, Fernando, de vuelta a la sala, bebió un vaso de agua y fue a sentarse en una silla. La casualidad hizo que Mercedes, al desasirse del anciano, cayese sobre una silla próxima a aquella donde él se hallaba, por lo que Fernando, por un movimiento instintivo, retiró hacia atrás la suya.

—Ha sido él —dijo Caderousse a Danglars, que no perdía de vista al catalán.

—Creo que no —respondió Danglars—; es demasiado tonto. En todo caso, suya es la responsabilidad.

—Y del que se lo aconsejó —repuso Caderousse.

—¡Ah! Si fuese uno responsable de todo lo que inadvertidamente dice...

—Sí, cuando lo que se dice inadvertidamente trae desgracias como esta.

Mientras tanto, los grupos comentaban de mil maneras el arresto de Dantés.

—Y usted, Danglars —dijo una voz—, ¿qué piensa de este acontecimiento?

—Yo —dijo Danglars— creo que traería algo de contrabando en El Faraón...

—Pero si así fuera, usted lo sabría, Danglars; ¿no es usted el responsable?

—Sí, pero no lo soy sino de lo que viene en factura. Lo que sé es que traemos algunas piezas de algodón, tomadas en Alejandría en casa de Pastret, y en Esmirna en casa de Pascal. No me pregunte

más.

—¡Oh!, ahora recuerdo —murmuró el pobre anciano al oír esto—, ahora recuerdo... Ayer me dijo que traía una caja de café y otra de tabaco.

—Ya lo ve —dijo Danglars—, eso será sin duda; durante nuestra ausencia, los aduaneros habrán registrado El Faraón y lo habrán descubierto.

Casi insensible hasta el momento, Mercedes dio al fin rienda suelta a su dolor.

—¡Vamos, vamos, no hay que perder la esperanza! —dijo el padre de Dantés, sin saber siquiera lo que decía.

—¡Esperanza! —repitió Danglars.

—¡Esperanza! —murmuró Fernando; pero esta palabra le ahogaba; sus labios se agitaron sin articular ningún sonido.

—¡Señores! —gritó uno de los invitados que se había quedado en una de las ventanas—; señores, un carruaje... ¡Ah! ¡Es el señor Morrel! ¡Valor! Sin duda trae buenas noticias.

Mercedes y el anciano le salieron al encuentro, y se reunieron con él en la puerta: el señor Morrel estaba sumamente pálido.

—¿Qué hay? —exclamaron todos a un tiempo.

—¡Ay!, amigos míos —respondió Morrel moviendo la cabeza—, la cosa es más grave de lo que nosotros suponíamos...

—Señor —exclamó Mercedes—, ¡es inocente!

—Lo creo —respondió Morrel—; pero le acusan...

—¿De qué? —preguntó el viejo Dantés.

—De agente bonapartista.

Aquellos de nuestros lectores que hayan vivido en la época de esta historia recordarán cuán terrible era en aquel tiempo tal acusación. Mercedes exhaló un grito, y el anciano se dejó caer en una silla.

—¡Oh! —murmuró Caderousse—, me ha engañado, Danglars, y al fin hizo lo de ayer. Pero no quiero dejar morir a ese anciano y a esa joven, y voy a contárselo todo.

—¡Calla, infeliz! —exclamó Danglars agarrando la mano de Caderousse—, ¡calla!, o no respondo de ti. ¿Quién dice que Dantés no es culpable? El buque tocó en la isla de Elba; él desembarcó, permaneciendo todo el día en Porto-Ferrajo. Si lo han hallado con

alguna carta que lo comprometa, los que lo defiendan, pasarán por cómplices suyos.

Con el rápido instinto del egoísmo, Caderousse comprendió lo atinado de la observación, miró a Danglars con admiración, y retrocedió dos pasos.

—Esperemos, pues —murmuró.

—Sí, esperemos —dijo Danglars—; si es inocente, lo pondrán en libertad; si es culpable, no vale la pena comprometerse por un conspirador.

—Vámonos, no puedo permanecer aquí por más tiempo.

—Sí, ven —dijo Danglars, satisfecho al alejarse acompañado—; ven, y dejemos que salgan como puedan de ese atolladero.

Tan pronto como partieron, Fernando, que había vuelto a ser el apoyo de la joven, cogió a Mercedes de la mano y la condujo a los Catalanes. Los amigos de Dantés condujeron a su vez a la alameda de Meillán al anciano casi desmayado.

En seguida se esparció por la ciudad el rumor de que Dantés acababa de ser detenido por agente bonapartista.

—¿Quién lo hubiera creído, mi querido Danglars? —dijo el señor Morrel reuniéndose a este y a Caderousse, en el camino de Marsella, adonde se dirigía apresuradamente para adquirir algunas noticias directas de Edmundo por el sustituto del procurador del rey, señor de Villefort, con quien tenía algunas relaciones—. ¿Lo hubiera usted creído?

—¡Diablos! —exclamó Danglars—, ya le dije que Dantés hizo escala en la isla de Elba sin motivo alguno, lo cual me pareció sospechoso.

—Pero ¿comunicó sus sospechas a alguien más que a mí?

—Líbreme Dios de ello, señor Morrel —dijo en voz baja Danglars —; bien sabe que por culpa de su tío, el señor Policarpo Morrel, que ha servido en sus ejércitos, y que no oculta sus opiniones, sospechan que lamenta la caída de Napoleón, y mucho me disgustaría el causar algún perjuicio a Edmundo o a usted. Hay ciertas cosas que un subordinado debe decir a su principal, y ocultar cuidadosamente a los demás.

—¡Bien! Danglars, ¡bien! —contestó el naviero—, es un hombre

honrado. Hice bien al pensar en usted para cuando ese pobre Dantés hubiese llegado a ser capitán de El Faraón.

—Pues ¿cómo...?

—Sí, ya había preguntado a Dantés qué pensaba de usted y si tenía alguna repugnancia en que se quedara usted en su puesto, pues, yo no sé por qué, me pareció notar que se trataban con alguna frialdad.

—¿Y qué le respondió?

—Que creía efectivamente que, por una causa que no me dijo, le guardaba usted cierto rencor; pero que todo el que poseía la confianza del consignatario, poseía la suya también.

—¡Hipócrita! —murmuró Danglars.

—¡Pobrecillo! —dijo Caderousse— Era un muchacho excelente.

—Sí, pero entretanto —dijo el señor Morrel—, tenemos a El Faraón sin capitán.

—¡Oh! —dijo Danglars—, bien podemos esperar, puesto que no partimos hasta dentro de tres meses, que para entonces ya estará libre Dantés.

—Sí, pero mientras tanto...

—¡Mientras tanto..., aquí me tiene, señor Morrel! —dijo Danglars—. Bien sabe que conozco el manejo de un buque tan bien como el mejor capitán. Esto no le obligará a nada, pues cuando Dantés salga de la prisión volverá a su puesto, yo al mío, y eso es todo.

—Gracias, Danglars, así se concilia todo, en efecto. Tomad, pues, el mando, le autorizo a ello, y presencie el desembarque. Los asuntos no deben entorpecerse porque suceda una desgracia a alguno de la tripulación.

—Sí, señor, confíe en mí. ¿Y podré ver al pobre Edmundo?

—Pronto se lo diré, Danglars. Voy a hablar al señor de Villefort, y a influir con él en favor del preso. Bien sé que es un realista furioso; pero, aunque realista y procurador del rey, también es hombre, y no le creo de muy mal corazón.

—No —repuso Danglars—; pero me han dicho que es ambicioso, y entonces...

—En fin —repuso Morrel suspirando—, allá veremos. Vaya a bordo, que yo voy en seguida.

Y se separó de los dos amigos para tomar el camino del Palacio de Justicia.

—Ya ves el giro que va tomando el asunto —dijo Danglars a Caderousse—; ¿piensas todavía en defender a Dantés?

—No a fe; pero, sin embargo, es bien terrible que tenga tales consecuencias una broma.

—¿Y quién ha tenido la culpa? No seremos ni tú ni yo, ciertamente; en todo caso, la culpa es de Fernando. Bien viste que yo, por mi parte, tiré el papel a un rincón; y hasta creo haberlo roto.

—No, no —dijo Caderousse—; en cuanto a eso estoy seguro, lo vi en un rincón, doblado y arrugado; ojalá estuviese aún allí.

—¿Qué quieres? Si Fernando lo cogió lo habrá copiado o hecho copiar, y aun sabe Dios si se tomaría esa molestia. Ahora que caigo en ello, ¡Dios mío!, quizás envió mi propia carta. Afortunadamente yo desfiguré mucho la letra.

—Pero ¿sabías tú que Dantés conspiraba?

—¿Qué había de saber? Aquello fue una broma, como ya lo dije. Pero me parece que, al igual que los arlequines, dije la verdad al bromear.

—Lo mismo da —replicó Caderousse—. Yo, sin embargo, daría cualquier cosa por que no ocurriera lo que ha ocurrido, o por lo menos por no haberme metido en nada: ya verás como por esto nos sucede también a nosotros alguna desgracia, Danglars.

—En todo caso, la desgracia caerá sobre el verdadero culpable, y el verdadero culpable es Fernando y no nosotros. ¿Qué desgracia quieres que nos sobrevenga? Vivamos tranquilos, que ya pasará la tempestad.

—¡Amén! —dijo Caderousse, haciendo una señal de despedida a Danglars y dirigiéndose a la alameda de Meillán, moviendo la cabeza y hablando consigo mismo, como aquellas personas que están muy preocupadas con sus pensamientos.

—¡Magnífico! —murmuró Danglars—, las cosas toman el giro que yo esperaba. De momento ya soy capitán, y si ese imbécil de Caderousse se calla, capitán para siempre... solo me atormenta el pensar que si la justicia diera libertad a Dantés... ¡Oh...!, no —añadió, sonriendo con satisfacción—, la justicia es la justicia, y en

ella confío.

Y dicho esto saltó a una barca y dio orden al barquero para que le condujera a bordo de El Faraón, adonde, como ya recordará el lector, lo había citado el señor Morrel.

Capítulo seis: El sustituto del procurador del rey

En la calle de Grand Cours, lindando con la fuente de las Medusas, en una de esas antiguas casas de arquitectura aristocrática, edificadas por Puget, se celebraba también en el mismo día y en la misma hora un banquete de bodas, con la diferencia de que en lugar de ser los personajes y anfitriones gente del pueblo, marineros y soldados, pertenecían a la más alta sociedad de Marsella.

Se trataba de antiguos magistrados que habían dimitido sus empleos en tiempo del usurpador, antiguos oficiales desertores de sus filas para pasarse a las del ejército de Condé, y jóvenes de ilustre alcurnia, todavía poco elevados a pesar de lo que habían sufrido ya por el odio hacia aquel a quien cinco años de destierro debían convertir en un mártir, y quince de restauración en un dios.

Se hallaban sentados a la mesa, y la conversación chispeaba a impulsos de todas las pasiones de la época, pasiones tanto más terribles y encarnizadas en el Mediodía de Francia, cuanto que al cabo de quinientos años, los odios religiosos venían a añadirse a los odios políticos.

El emperador rey de la isla de Elba, que después de haber sido soberano en una parte del mundo, reinaba sobre una población de cinco a seis mil almas, y después de haber oído gritar “¡Viva Napoleón!” por ciento veinte millones de vasallos, en diez lenguas diferentes, era tratado allí como un hombre perdido sin remedio para Francia y para el trono. Los magistrados anatematizaban sus errores políticos; los militares murmuraban de Moscú y de Leipzig; las mujeres, de su divorcio de Josefina; y no parecía sino que aquel mundo alegre y triunfante, no por la caída del hombre, sino por la

derrota del príncipe, creyese que la vida comenzaba de nuevo para él, que despertaba de un sueño penoso.

Un anciano condecorado con la cruz de San Luis se levantó brindando por la salud del rey Luis XVIII. Era el marqués de Saint Meran. Con este brindis, que recordaba a la vez al desterrado de Hartwell y al rey pacificador de Francia, se aumentó el barullo, los vasos chocaron unos con otros, las mujeres se quitaron las flores de la cabeza y las esparcieron sobre el mantel; fue este en verdad un momento de entusiasmo casi poético.

—Ya confesarían de plano si estuviesen aquí —dijo la marquesa de Saint Meran, mujer de mirada dura, labios delgados y continente aristocrático, mujer aún a la moda, a pesar de sus cincuenta años— ya confesarían de plano todos esos revolucionarios que nos han secuestrado, a quienes dejamos a nuestra vez conspirar tranquilamente en nuestros castillos antiguos comprados por un pedazo de pan en tiempo del Terror; ya confesarían que el verdadero desinterés estaba de nuestra parte, puesto que nosotros nos uníamos a la agonizante monarquía, mientras ellos, por el contrario, saludaban al sol que nacía, y labraban sus fortunas, mientras que nosotros perdíamos la nuestra; confesarían que nuestro soberano era verdaderamente Luis, el muy amado, mientras que su usurpador no fue nunca más que Napoleón, el maldito. ¿No es verdad, Villefort?

—¿Qué dice..., señora marquesa...? —respondió aquel a quien se dirigía esta pregunta—. Perdóneme, no atendía a la conversación.

—Deje a esos jóvenes, marquesa —replicó el viejo que había brindado—. Van a casarse, y naturalmente tendrán que hablar de otra cosa que no de política.

—Discúlpeme, madre —dijo una preciosa joven de cabellos rubios y ojos azules—. Le devuelvo al señor de Villefort, al que entretuve un instante. Señor de Villefort, mi madre le preguntaba...

—Estoy pronto a responder a la señora marquesa, si se digna repetir su pregunta que antes no oí.

—Estás dispensada, Renata —dijo la marquesa con una sonrisa de ternura que rara vez brillaba en su rostro áspero y seco; sin embargo, el corazón de la mujer es de tal naturaleza que aunque

árido y endurecido por las exigencias sociales, siempre guarda un rincón fértil y amable, el que Dios ha consagrado al amor de madre.

—Estás perdonada... Ahora escuche, Villefort: dije que los bonapartistas no tenían ni nuestra convicción, ni nuestro entusiasmo, ni nuestro desinterés.

—¡Oh, señora! Por lo menos tienen algo que reemplace a eso: el fanatismo. Napoleón es el Mahoma de Occidente; es para todos esos hombres vulgares, aunque ambiciosos como nunca los hubo, no solo un legislador, sino un tipo, el tipo de la igualdad.

—¡De la igualdad! —exclamó la marquesa—. ¡Napoleón, tipo de la igualdad! Y entonces, ¿qué es el señor de Robespierre? Creo que le quita de su lugar para colocar en él al corso; le bastaba con su usurpación.

—No, señora —repuso Villefort—, dejo a cada cual en su puesto: a Robespierre en la plaza de Luis XV sobre el cadalso; a Napoleón, en la plaza de Vendôme sobre su columna; con la diferencia de que el uno ha creado la igualdad que abate; el otro, la igualdad que eleva; el uno ha puesto a los reyes al nivel de la guillotina; el otro ha elevado al pueblo al nivel del trono. Pero eso no impide —añadió Villefort riendo— que los dos sean unos infames revolucionarios, y que el 9 de Termidor y el 4 de abril de 1814 sean dos días felices para Francia, y dignos de ser igualmente celebrados por los amigos del orden y de la monarquía; pero esto explica también cómo, aunque caído para no levantarse jamás, Napoleón ha conservado sus adeptos. ¿Qué quiere usted, marquesa? Cromwell, que no fue ni la mitad de lo que Napoleón, tuvo también los suyos.

—¿Sabe, Villefort, que lo que está diciendo presenta un matiz algo revolucionario? Pero le perdono: le es imposible a un hijo de un girondino no conservar cierto apego al terror.

Villefort, sonrojándose, repuso:

—Es cierto que mi padre era girondino, señora, es verdad; pero mi padre no votó la muerte del rey; estuvo proscrito por ese mismo terror que usted proscribe, y poco le faltó para perder la cabeza en el mismo cadalso en que la perdió su padre.

—Sí —dijo la marquesa, sin alterarse por este horrible recuerdo—; con la diferencia que hubieran alcanzado un mismo fin por

diferentes medios, como lo demuestra el que toda mi familia haya permanecido siempre unida a los príncipes desterrados, mientras que su padre ha tenido a bien unirse al nuevo gobierno, y tras haber sido girondino el ciudadano Noirtier, el conde Noirtier se haya hecho senador.

—¡Madre! ¡Madre! —balbució Renata—. Usted sabe que hemos convenido en no renovar tristes recuerdos.

—Señora —respondió Villefort—, uno mis ruegos con los de la señorita de Saint Meran para que olvide lo pasado. ¿A qué echarnos unos a otros en cara cosas que el mismo Dios no puede impedir? Porque Dios puede cambiar el porvenir, mas no el pasado. Lo que nosotros, los hombres, podemos solamente es cubrirlo con un velo. ¡Pues bien!, yo me he separado no solamente de la opinión, sino del nombre de mi padre. Mi padre ha sido o es aún bonapartista, y se llama Noirtier; yo soy realista y me llamo Villefort. Deje que en el caduco tronco se seque un resto de savia revolucionaria, y no mire, señora, sino al retoño que se separa de este mismo tronco, sin poder, y acaso diga... sin querer separarse enteramente.

—¡Muy bien, Villefort! —dijo el marqués—, ¡muy bien! ¡Buena respuesta! Yo suplico continuamente a la marquesa que olvide lo pasado, sin poder conseguirlo. Veremos si usted es más afortunado.

—Sí, está bien —respondió la marquesa—; olvidemos lo pasado; no deseo otra cosa; mas, por lo menos, que Villefort sea inflexible en adelante. No se olvide de que hemos respondido por usted ante S. M.; que S. M. ha tenido a bien olvidarlo todo, de la misma manera que yo lo hago accediendo a su súplica. Pero si cayese en sus manos un conspirador, cuenta con lo que hace, porque ha de darse cuenta de que se le vigila muy particularmente, por pertenecer a una familia que puede estar relacionada con los conspiradores.

—¡Ay, señora! —dijo Villefort—; mi profesión, y sobre todo los tiempos en que vivimos me obligan a ser muy severo. Pues bien, lo seré. He tenido que sostener algunas acusaciones políticas, y estoy ya como quien dice probado. Por desgracia, todavía no hemos concluido.

—Pues ¿cómo? —dijo la marquesa.

—Tengo temores casi ciertos. Napoleón en la isla de Elba no está

muy lejos de Francia; su presencia casi a vista de nuestras costas sostiene la esperanza de sus partidarios. Marsella está llena de oficiales sin colocación, que disputan todos los días con los realistas, de lo cual resultan duelos entre personas de clase elevada, asesinatos entre el vulgo.

—A propósito —dijo el conde de Salvieux, antiguo amigo del señor de Saint Meran y chambelán del conde de Artois—; ¿ignora usted que la Santa Alianza desaloja a Napoleón de donde está?

—Sí, cuando salimos de París no se hablaba de otra cosa —respondió el señor de Saint Meran—. ¿Y adónde lo envían?

—A Santa Elena.

—¿A Santa Elena? ¿Y eso qué es? —preguntó la marquesa.

—Una isla situada a dos mil leguas de aquí, más allá del Ecuador —respondió el conde.

—Gran locura era en verdad, como dice Villefort, dejar a semejante hombre entre Córcega, donde ha nacido, entre Nápoles, donde aún reina su cuñado, y enfrente de Italia, de la que iba a formar un reino para su hijo.

—Por desgracia —dijo Villefort—, los tratados de 1814 impiden que se toque ni aun el pelo de la ropa de Napoleón.

—Pues se faltará a esos tratados —repuso el señor de Salvieux. ¿Tuvo él tantos escrúpulos en fusilar al desgraciado duque de Enghien?

—Sí —añadió la marquesa—, está convenido. La Santa Alianza libra a Europa de Napoleón, y Villefort libra a Marsella de sus partidarios. O el rey reina o no reina. Si reina, su gobierno debe ser fuerte y sus agentes inflexibles; único medio de impedir el mal.

—Desgraciadamente, señora —dijo Villefort sonriendo—, un sustituto del procurador del rey acude siempre cuando el mal está hecho.

—Entonces su deber es repararlo.

—También podría yo decirle, señora, que a él no le toca repararlo, aunque sí vengarlo.

—¡Oh, señor de Villefort! —dijo una hermosa joven, hija del conde de Salvieux y amiga de la señorita de Saint Meran—; procure que se vea alguna causa de esas mientras residimos en Marsella. Nunca

he asistido a un tribunal, y me han dicho que es cosa curiosa.

—¡Oh!, sí, muy curiosa en efecto, señorita —respondió el sustituto—, porque en lugar de una tragedia fingida, lo que allí se representa es un verdadero drama; en lugar de los dolores aparentes, son dolores reales. El hombre que se presenta allí, en lugar de volver, cuando se corre el telón, a entrar tranquilamente en su casa, a cenar con su familia, a acostarse y conciliar pronto el sueño para volver a sus tareas al día siguiente, entra en una prisión donde le espera tal vez el verdugo. Bien ve que para las personas nerviosas que desean emociones fuertes no hay otro espectáculo mejor que ese. Descuide, señorita, si se presentase la ocasión, ya la avisaré.

—¡Nos hace temblar..., y se ríe! —dijo Renata palideciendo.

—¿Qué quiere? —replicó Villefort—; esto es como si dijéramos... un desafío... Por mi parte he pedido ya cinco o seis veces la pena de muerte contra acusados por delitos políticos... ¿Quién sabe cuántos puñales se afilan a esta hora o están ya afilados contra mí?

—¡Oh, Dios mío! —dijo Renata cada vez más espantada—; ¿habla en serio, señor de Villefort?

—Lo más serio posible —replicó el joven magistrado sonriéndose—. Y con los procesos que desea esta señorita para satisfacer su curiosidad, y yo también deseo para satisfacer mi ambición, la situación no hará sino agravarse. ¿Piensa que esos veteranos de Napoleón que no vacilaban en acometer ciegamente al enemigo, en quemar cartuchos o en cargar a la bayoneta, vacilarán en matar a un hombre que tienen por enemigo personal, cuando no vacilaron en matar a un ruso, a un austriaco o a un húngaro a quien nunca habían visto? Además, todo es necesario, porque de no ser así no cumpliríamos con nuestro deber. Yo mismo, cuando veo brillar de rabia los ojos de un acusado, me animo, me exalto; entonces ya no es un proceso, es un combate; lucho con él, y el combate acaba, como todos los combates, en una victoria o en una derrota. A esto se le llama acusar; esos son los resultados de la elocuencia. Un acusado que se sonriera después de mi réplica me haría creer que hablé mal, que lo que dije era pálido, flojo, insuficiente. Figuraos, en cambio, qué sensación de orgullo experimentará un procurador del rey cuando, convencido de la culpabilidad del acusado, le ve

inclinarse bajo el peso de las pruebas y bajo los rayos de su elocuencia... La cabeza que se inclina caerá inevitablemente.

Renata profirió una exclamación.

—Eso es saber hablar —dijo uno de los invitados.

—Ese es el hombre que necesitamos en estos tiempos —añadió otro.

—Cuando estuvo inspiradísimo, querido Villefort —indicó un tercero— fue cuando... esa última causa..., ¿no recuerda?, la de aquel hombre que asesinó a su padre. En realidad, primero lo mató usted que el verdugo.

—¡Oh...!, para los parricidas no debe haber perdón —dijo Renata —; para esos crímenes no hay suplicio bastante grande; mas para los desgraciados reos políticos...

—¡Para los reos políticos, mucho menos aún, Renata —exclamó la marquesa—, porque el rey es el padre de la nación, y querer destronar o matar al rey, es querer matar al padre de treinta y dos millones de almas!

—También admito eso, señor Villefort —repuso Renata—, si me promete ser indulgente con aquellos que le recomiende yo.

—Descuide —dijo Villefort con una sonrisa muy tierna—, sentenciaremos juntos.

—Hija mía —dijo la marquesa—, atiende usted a sus fruslerías caseras y deje a su futuro esposo cumplir con su deber. Hoy las armas han cedido su puesto a la toga, como dice cierta frase latina...

—*Cedant arma togae* —añadió Villefort inclinándose.

—No me atrevía a hablar en latín —prosiguió la marquesa.

—Me parece que estaría más contenta si fuese usted médico —replicó Renata—. El ángel exterminador, aunque ángel, me asusta mucho.

—¡Qué buena es usted! —murmuró Villefort con una mirada amorosa.

—Hija mía —añadió el marqués—, el señor Villefort será médico moral y político de este departamento. El cargo no puede ser más honroso.

—Y así hará olvidar el que ejerció su padre —añadió la incorregible marquesa.

—Señora —repuso Villefort con triste sonrisa—, ya he tenido el honor de decirle que mi padre abjuró los errores de su vida pasada; que se ha hecho partidario acérrimo de la religión y del orden, realista, y acaso mejor realista que yo, pues lo es por arrepentimiento, y yo lo soy por pasión.

Dicha esta frase, para juzgar Villefort del efecto que producía, miró alternativamente a todos lados, como hubiera mirado en la audiencia a su auditorio tras una frase por el estilo.

—Exactamente, querido Villefort —repuso el conde de Salvieux—, eso mismo decía yo anteayer en las Tullerías al ministro que se admiraba de este enlace singular entre el hijo de un girondino y la hija de un oficial del ejército de Condé: mis razones le convencieron. Luis XVIII profesa también el sistema de fusión, y como nos estuviese escuchando sin nosotros saberlo, salió de repente y dijo: "Villefort (reparen que no pronunció el apellido Noirtier, sino que recalcó el de Villefort), Villefort hará fortuna. Además de pertenecer en cuerpo y alma a mi partido, tiene experiencia y talento. Vi con gusto que el marqués y la marquesa de Saint Meran le concedan la mano de su hija, y yo mismo se lo aconsejaría de no habérmelo ellos consultado y pedido mi autorización".

—¿Eso dijo el rey? —exclamó Villefort encantado.

—Textualmente, y si el marqués es franco se lo confirmará. Una escena semejante le ocurrió con S. M. cuando le habló de esta boda hace seis meses.

—Es verdad —añadió el marqués.

—¡Todo en el mundo lo deberé a ese gran monarca! ¿Qué no haría yo por su servicio?

—Así me gusta —añadió la marquesa—. Vengan ahora conspiradores y ya verán...

—Yo, madre mía —dijo al punto Renata—, ruego a Dios que no la escuche, y que solamente envíe al señor de Villefort rateros y asesinos. Así dormiré tranquila.

—Es como si para un médico deseara calenturas, jaquecas, sarampiones, enfermedades, en fin, de nonada —repuso Villefort sonriendo—. Si desea que ascienda pronto a procurador del rey, pida por el contrario esos males agudos cuya curación honra.

En aquel momento, como si hubiese la casualidad esperado el deseo de Villefort para satisfacérselo, un criado entró a decirle algunas palabras al oído. Inmediatamente se levantó de la mesa el sustituto, excusándose, y regresó poco después lleno de alegría.

Renata le contemplaba amorosa, porque en aquel momento Villefort, con sus ojos azules, su pálida tez y sus patillas negras, estaba, en verdad, apuesto y elegante. La joven parecía pendiente de sus labios, como en espera de que explicase aquella momentánea desaparición.

—A propósito, señorita —dijo al fin Villefort—, ¿no quería tener por marido a un médico? Pues sepa que tengo siquiera con los discípulos de Esculapio (frase a la usanza de 1815) una semejanza, y es que jamás puedo disponer de mi persona, y que hasta de su lado me arrancan en el mismo banquete de bodas.

—¿Y para qué? —le preguntó la joven un tanto inquieta.

—¡Ay! Para un enfermo, que si no me engaño está *in extremis*. La enfermedad es tan grave que quizá termine en el cadalso.

—¡Dios mío! —exclamó Renata palideciendo.

—¿De veras? —dijeron a coro todos los presentes.

—Según parece, se acaba de descubrir un complot bonapartista.

—¿Será posible? —exclamó la marquesa.

—He aquí lo que dice la delación —y leyó Villefort en voz alta—: “Un amigo del trono y de la religión previene al señor procurador del rey que un tal Edmundo Dantés, segundo de El Faraón, que llegó esta mañana de Esmirna, después de haber tocado en Nápoles y en Porto-Ferrajo, ha recibido de Murat una carta para el usurpador, y de este otra carta para la junta bonapartista de París. Fácilmente se tendrá la prueba de su delito, prendiéndole, porque la carta se hallará en su persona, o en casa de su padre, o en su camarote, a bordo de El Faraón.

—Pero esta carta —dijo Renata—, además de ser un anónimo, no se dirige a usted, sino al procurador del rey.

—Sí, pero con la ausencia del procurador, el secretario que abre sus cartas abrió esta, me mandó buscar, y como no me encontrasen, dispuso inmediatamente el arresto del culpable.

—¿De modo que está preso el culpable? —preguntó la marquesa.

—Diga mejor el acusado —repuso Renata.
—Sí, señora, y conforme a lo que hace unos instantes tuve el honor de decirles, si damos con la carta consabida, el enfermo no tiene cura.
—¿Y dónde está ese desdichado? —le preguntó Renata.
—En mi casa.
—Pues corra, amigo mío —dijo el marqués—. No descuide por nuestra causa el servicio de S. M.
—¡Oh, Villefort! —balbució Renata juntando las manos—. ¡Indulgencia! Hoy es el día de nuestra boda.
Villefort dio una vuelta a la mesa, y apoyándose en el respaldo de la silla de la joven, le dijo:
—Por no disgustarla, haré cuanto me sea posible, querida Renata; pero si no mienten las señas, si es cierta la acusación, me veré obligado a cortar esa mala hierba bonapartista.
Se estremeció Renata al oír la palabra cortar, porque la hierba en cuestión tenía una cabeza sobre los hombros.
—¡Bah! —dijo la marquesa—, no se preocupe por esa niña, Villefort; ya se irá acostumbrando.
Diciendo esto, presentó al sustituto una mano descarnada, que él besó, aunque con los ojos clavados en Renata, como si le dijese:
"Su mano es la que beso..., o la que quisiera besar ahora".
—¡Mal agüero! —murmuró Renata.
—¿Qué bobadas son esas? —le contestó su madre—. ¿Qué tiene que ver la salud del Estado con su sentimentalismo ni con sus manías?
—¡Oh, madre mía! —murmuró Renata.
—Disculpe a esa mala realista, señora marquesa —dijo Villefort—. Yo, en cambio, le prometo cumplir mis obligaciones de sustituto de procurador del rey a conciencia, es decir, con atroz severidad.
Pero al decir estas palabras, las miradas que a hurtadillas dirigía a su novia le decían a esta:
—"Tranquilícese, Renata: por su amor seré indulgente".
Renata le pagó estas miradas con una tan dulce sonrisa, que Villefort salió de la estancia lleno de alborozo.

Capítulo siete:
El interrogatorio

Apenas hubo salido del comedor, se despojó el sustituto de su risueña máscara, tomando el aspecto grave de quien va a decidir la vida o la muerte de un hombre. Sin embargo, aunque obligado a mudar su fisonomía, cosa que alcanzó el sustituto a fuerza de trabajo y tal vez ensayando ante el espejo como los cómicos, en esta ocasión le fue doblemente difícil fruncir las cejas y dar a sus facciones la gravedad oportuna.

Puesto que, dejando a un lado el recuerdo de las opiniones políticas de su padre, que podían en lo futuro impedirle su fortuna, Gerardo de Villefort era completamente feliz en aquel momento. Rico de suyo, además de gozar a los veintinueve años de una posición brillante en la magistratura, iba a casarse con una joven hermosa, a quien amaba, si no con ciega pasión, por lo menos razonablemente, como puede amar un sustituto del procurador del rey. Además de su belleza, notable sin duda alguna, la señorita de Saint Meran, su futura esposa, pertenecía a una de las familias más importantes por aquel entonces, y con la influencia de su padre, que por ser hija única Renata pasaría al yerno enteramente, llevaba en dote cincuenta mil escudos, que con las esperanzas —palabra horrible inventada por los que hacen del matrimonio un juego de cubiletes— podía aumentarse un día hasta medio millón con una herencia. Todos estos elementos reunidos componían, pues, para Villefort, una suma increíble de felicidad, de tal manera que le faltaba poco para escupir al sol.

El comisario de policía le esperaba a la puerta. La vista de este hombre le hizo caer de su cielo a nuestro mundo material. Reformó su semblante de la manera que hemos dicho, y acercándose al oficial de justicia:

—Ya me tiene aquí —le dijo— He leído su carta: hizo bien al detener a ese hombre. Refiérame ahora cuanto sepa de él y de su conspiración.

—De la conspiración, señor, no sabemos nada todavía. En un

legajo sellado está sobre su bufete cuantos papeles le hemos encontrado. Del preso tan solo podré decirle que, según reza la carta que ha visto, es un tal Edmundo Dantés, segundo de El Faraón, bergantín propio de la casa Morrel, que hace el comercio de algodón con Alejandría y Esmirna.

—Antes de pertenecer a la marina mercante, ¿había servido quizás en la de guerra?

—No, señor. ¡Si es muy joven!

—¿Qué edad tiene?

—Diecinueve o veinte años, a lo sumo.

En este momento llegaba Villefort con el comisario a la parte de la calle Grande en que desemboca la de los Consejos. Un hombre que estaba como esperándole, salió a su encuentro. Era el señor Morrel.

—¡Ah!, señor de Villefort —exclamó el buen hombre al ver al sustituto—. ¡Gracias a Dios que le encuentro! Sepa que acaba de cometerse la más escandalosa, la más terrible arbitrariedad. Acaban de detener al segundo de mi barco, El Faraón, al joven Edmundo Dantés.

—Ya lo sé, caballero —respondió Villefort—; y ahora voy a tomarle declaración.

—¡Oh, caballero! —prosiguió el naviero, llevado de su amistad hacia el joven—, usted no conoce al acusado, yo sí, yo lo conozco. Es el hombre más honrado y digno, y aún diré más entendido en su oficio que haya en toda la marina mercante. ¡Oh, señor de Villefort! ¡Se lo recomiendo encarecidamente!

Como ya habrán comprendido los lectores, pertenecía Villefort al partido noble de la ciudad, y Morrel al plebeyo: con lo que el primero era ultrarrealista, y al segundo se le tildaba de bonapartista.

Miró Villefort desdeñosamente a Morrel, y le dijo con frialdad:

—Debe comprender, caballero, que puede un hombre ser amable en su vida privada, honrado en sus relaciones comerciales, y ser, sin embargo, un gran culpable en política. Lo comprende así, ¿no es verdad?

Y recalcó el magistrado estas últimas palabras, como queriéndolas aplicar al armador, mientras con su mirada escrutadora penetraba al fondo del corazón de aquel hombre, que se atrevía a interceder por

otro, necesitando él mismo de indulgencia. Morrel se sonrojó, porque en cuanto a cosas políticas no tenía muy limpia la conciencia, y porque no se le apartaba de la memoria lo que Edmundo le había dicho de su entrevista con el gran mariscal, y de las palabras del emperador. Sin embargo, añadió con el interés más vivo:

—Le suplico, señor de Villefort, que justo como debe de serlo, y bondadoso como es, nos devuelva pronto al pobre Dantés.

Este "nos devuelva" resonó revolucionariamente en los oídos del sustituto.

—¡Vaya! ¡Vaya! —murmuró para su capote—: "nos devuelva...". ¿Si estará afiliado este Dantés en alguna sociedad secreta? Cuando su protector usa sencillamente de la fórmula colectiva... Creo que el comisario dice que lo detuvo en una taberna en medio de mucha gente... Esto merece la pena de pensarlo seriamente.

Luego añadió en voz alta:

—Puede, caballero, estar tranquilo, que no en vano apela a mi justicia si el preso es inocente; pero si es culpable, me veré obligado a cumplir con mi obligación, pues en las circunstancias difíciles y azarosas en que nos hallamos, sería la impunidad muy mal ejemplo.

Y habiendo llegado Villefort a la puerta de su casa, inmediata al Palacio de Justicia, entró en ella majestuosamente, después de saludar con mucha ceremonia al desdichado naviero, que se quedó como petrificado.

Estaba llena la antecámara de gendarmes y agentes de policía, y entre ellos el preso, de pie, inmóvil y tranquilo, aunque todos lo miraban con expresión rencorosa.

Atravesó Villefort la antecámara mirando a Dantés de reojo, y después de recibir un legajo de manos de un agente, desapareció diciendo:

—Que traigan aquí al preso.

Por rápida que fuese, aquella mirada bastó a Villefort para formarse una idea del hombre a quien iba a interrogar. En aquella frente despejada y ancha había adivinado la inteligencia, el valor en aquellos ojos fijos y aquel fruncido entrecejo, y la franqueza en aquellos labios gruesos y entreabiertos, que dejaban ver sus

dientes, blancos como el marfil.

La primera impresión había sido favorable a Dantés; pero como Villefort había oído asegurar muchas veces como máxima de profunda política, que es bueno desconfiar de nuestro primer impulso, aplicó a la ocasión la máxima, sin tener en cuenta la diferencia que va del impulso a la impresión.

Por lo tanto, ahogó los sanos instintos que se despertaban en su corazón, compuso al espejo su fisonomía como para caso tan grave, y sombrío y amenazador se sentó delante de su bufete.

Un instante después entró Edmundo, que estaba muy pálido, aunque tranquilo y sonriendo. Saludó a su juez con cortés desembarazo, y se puso a buscar con los ojos una silla, como si estuviese en casa de su armador.

Entonces sus ojos tropezaron con la mirada impasible de Villefort, con aquella impasible mirada propia de los hombres de mundo, sin transparencia. Y esto hizo que el pobre joven reconociese cuál era su verdadera situación.

—¿Quién es usted, y cómo se llama? —le preguntó Villefort hojeando las notas que recibiera del agente al entrar, notas que en una hora habían alcanzado más que mediano volumen: tanto obra la corrupción de los espías en esto de prisiones.

—Me llamo Edmundo Dantés —respondió el joven con voz sonora y tranquila—; soy segundo de El Faraón, buque perteneciente a los señores Morrel e hijos.

—¿Su edad?

—Diecinueve años —respondió Dantés.

—¿Qué hacía cuando le detuvieron?

—Me hallaba en la comida de mi compromiso, señor —repuso el joven con voz literalmente conmovida, por el contraste que hacía aquel recuerdo con su situación, y el sombrío rostro del sustituto, con la hermosa figura de Mercedes.

—¡Comida de compromiso! —repitió Villefort, estremeciéndose a pesar suyo.

—Sí, señor; voy a casarme pronto con una mujer a quien amo hace tres años.

A pesar de su ordinario estoicismo, conmovió a Villefort esta

coincidencia, que junto con la voz melancólica de Dantés, despertaba en el fondo de su alma una dulce simpatía. Él también, como aquel joven, se casaba; él también era dichoso, y fueron a turbar su dicha para que él turbara a su vez la de aquel joven.

“Esta homogeneidad filosófica —pensó interiormente— sorprenderá mucho a los convidados, cuando yo vuelva a casa de Saint Meran”.

En seguida, mientras Dantés esperaba que siguiese el interrogatorio, se puso a componer en su imaginación el discurso que debía de pronunciar, lleno de antítesis sorprendentes, y de esas frases pretenciosas que tal vez son tenidas por la verdadera elocuencia.

Terminada en su mente la elocuente perorata, sonrió Villefort seguro de su éxito, y encarándose con Dantés:

—Prosiga —le dijo.

—¿Qué quiere que diga?

—Todo aquello que pueda ilustrar a la justicia.

—Dígame la justicia en qué quiere que la ilustre, y obedeceré de todo en todo; aunque le prevengo —añadió con una sonrisa— que cuanto puedo decir es de poca monta.

—¿Ha servido usted bajo el mando del usurpador?

—Su caída estorbó que me viese incorporado a la marina de guerra.

—Dicen que sus opiniones políticas son exageradas —prosiguió Villefort, que aunque nada sabía de esto, quiso darlo por seguro, porque le sirviera de añagaza.

—¡Yo opiniones políticas, señor! ¡Ah!, casi me da vergüenza el decirlo, pero nunca he tenido opinión. Con mis diecinueve años escasos, como ya le dije, ni sé nada, ni estoy destinado a otra cosa que a la plaza que mis navieros quieran otorgarme. Así, pues, todas mis opiniones, no digo políticas, sino privadas, se resumen en tres sentimientos: el cariño de mi padre, el respeto al señor Morrel y el amor de Mercedes. Es cuanto puedo decir a la justicia. Supongo que no le debe de importar mucho.

A medida que Dantés hablaba, Villefort estudiaba aquel rostro tan franco y dulce a la vez, y recordaba las palabras de Renata, que sin

conocerle intercedió por aquel preso. Ayudado del conocimiento que ya tenía de los crímenes y de los criminales, hallaba en cada frase de Dantés una prueba de su inocencia. Aquel joven, o mejor dicho, aquel muchacho sencillo, natural, elocuente, con esa elocuencia del corazón que jamás encuentra el que la busca, henchido de afectos para todos, porque era dichoso, cosa que trueca en buenos a los hombres malos, contagiaba en su dulce afabilidad hasta a su mismo juez. A pesar de lo severo que se le mostraba Villefort, ni en sus miradas, ni en su voz, ni en sus acciones, tenía Edmundo para él más que bondad y dulzura.

"¡Cáspita! —exclamó para sí Villefort—. ¡Qué joven tan interesante! No me costará mucho trabajo cumplir el primer deseo de Renata..., lo que me valdrá además un buen apretón de manos de todo el mundo".

De tal modo serenó esta esperanza el ceño de Villefort, que cuando volvió a ocuparse de Dantés, el joven, que había observado atentamente las mudanzas de su rostro, le sonreía también como su pensamiento.

—¿Tiene enemigos? —le preguntó Villefort.

—¡Enemigos yo! —repuso Dantés—. Afortunadamente valgo poco para tenerlos. Aunque mi carácter es tal vez demasiado vivo, procuro siempre refrenarlo con mis subordinados. Diez o doce marineros tengo a mis órdenes. Que se les pregunte y le responderán que me aprecian y me respetan, no diré como a un padre, que soy muy joven para eso, sino como a un hermano mayor.

—Si no enemigos, puede tener rivales. Va a ser capitán a los diecinueve años, lo que para los suyos es una posición elevada: va a casarse con una mujer que le quiere, felicidad rarísima en la tierra. Estos favores del destino le pueden acaso granjear envidias.

—Sí, tiene razón. Es muy posible, cuando usted lo dice, que debe conocer el mundo mejor que yo; pero si estos rivales fuesen amigos míos, le declaro que no deseo conocerlos por no verme obligado a aborrecerlos.

—Se equivoca, Dantés. Importa mucho conocer el terreno que pisamos, y de mí sé decir que me parece tan bueno, que por usted me separaré de las ordinarias fórmulas de la justicia, ayudándole a

descubrir quién es el que le denuncia. Aquí tiene la carta que me han dirigido. ¿Reconoce la letra?

Y sacando la denuncia de su bolsillo la presentó Villefort a Dantés. Al leerla este pasó como una sombra por sus ojos, y respondió:

—No conozco la letra, porque está a propósito disfrazada, aunque correcta y firme. De seguro la trazó mano habilísima. ¡Cuán feliz soy —añadió, mirando a Villefort con gratitud—, cuán feliz soy en haber dado con un hombre como usted, pues reconozco en efecto que el que ha escrito ese papel es un verdadero enemigo!

Y en la fulminante mirada con que acompañó el joven estas frases, pudo comprender Villefort cuánta energía se ocultaba bajo aquella apariencia de dulzura.

—Seamos francos —dijo el sustituto—, háblame no como preso al juez, sino como hombre en una posición falsa a otro que se interesa por él. ¿Qué hay de verdad en esto de la acusación anónima?

Y Villefort arrojó con disgusto sobre su bufete la carta que Dantés acababa de devolverle.

—Todo y nada, señor; voy a decirle la pura verdad, por mi honor de marino, por el amor de Mercedes y por la vida de mi padre.

—Hable —dijo en voz alta Villefort.

Luego añadió para sí:

“Si Renata me viese, creo que quedaría contenta de mí, y no me llamaría ya cortacabezas”.

—Escuche, señor. Al salir de Nápoles, el capitán Leclerc se sintió atacado de calentura cerebral. Como no había médico a bordo, y el capitán se negaba a que desembarcásemos en cualquier punto de la costa, porque tenía prisa en llegar a la isla de Elba, su enfermedad subió de punto hasta que a los tres días, sintiéndose acabar, me llamó y me dijo:

»—Querido Dantés, júreme por su honor que hará lo que le voy a encargar ahora. De ello dependen los mayores intereses.

»—Lo juro, capitán —le respondí.

»—Pues escuche. Como después de que yo muera le pertenece el mando de El Faraón*,* en calidad de segundo, lo tomará, y poniendo rumbo a la isla de Elba desembarcará en Porto-Ferrajo, preguntará por el gran mariscal y le entregará esta carta. Acaso entonces le

dará otra con una comisión, que me estaba reservada a mí. La cumpliré y todo el honor será suyo.

»—Así lo haré, mi capitán; pero supongo que no será tan fácil como piensa el llegar hasta el gran mariscal.

»—Esta sortija le abrirá todas las puertas, y allanará todas las dificultades —respondió Leclerc.

»Y me entregó la sortija. Ya era tiempo, porque dos horas después deliraba, y a la mañana siguiente había ya muerto.

—¿Qué hizo entonces?

—Lo que debía, señor, lo que otro cualquiera en mi lugar hubiera hecho. Siempre son sagrados los deseos de un moribundo, y entre los marinos, órdenes. Puse, pues, rumbo a la isla de Elba, adonde llegué a la mañana siguiente, desembarcando yo solo, después de mandar que nadie se moviese. Conforme había previsto se me presentaron algunas dificultades para ver al gran mariscal, pero todas las allanó la sortija. Tras rogarme que le refiriera los detalles de la muerte de Leclerc, como el pobre capitán había sospechado, me entregó una carta encargándome que la llevara en persona a París. Se lo prometí resueltamente porque así cumplía también la última voluntad de mi capitán.

»Lo demás ya lo sabe. Desembarqué en Marsella, arreglé todos los asuntos de aduana y sanidad, y corrí por último a ver a mi novia, que he encontrado más bella y más encantadora que nunca. Gracias al señor Morrel todas las diligencias eclesiásticas se apresuraron, de modo que cuando me detuvieron asistía como dije a la comida de compromiso. Una hora después pensaba casarme y partir mañana a París, cuando esta maldita denuncia que parece desprecia tanto como yo...

—Sí, sí —murmuró Villefort—, todo lo creo, y a ser culpable lo es de imprudencia, aunque imprudencia legítima, pues su capitán se la impuso. Por consiguiente, deme esa carta de la isla de Elba, y con palabra de presentarse cuando le llame, puede volver al lado de sus amigos.

—¿Es decir, que ya estoy libre, señor? —exclamó Dantés lleno de júbilo.

—Sí, pero deme primero esa carta.

—Debe de estar en su poder, porque en ese paquete reconozco algunos papeles de los que me cogieron.

—Espere —dijo el sustituto a Dantés, que ya cogía su sombrero y sus guantes—; ¿a quién iba dirigida?

—Al señor Noirtier, calle de Coq-Heron, París.

Un rayo que hiriera a Villefort no le trastornara más que este imprevisto golpe. Se dejó caer sobre su asiento, del que se había separado para asir el legajo, y ojeándolo precipitadamente, entresacó la carta fatal, contemplándola con terror indescriptible.

—¡Al señor Noirtier, calle de Coq-Heron, número 13! —murmuró palideciendo cada vez más.

—Sí, señor —respondió Dantés—. ¿Lo conoce?

—No —respondió el sustituto vivamente—. Un fiel servidor del rey no conoce a los conspiradores.

—¿Es una conspiración? —le preguntó Edmundo, que después de haberse creído libre empezaba de nuevo a asustarse—. De todos modos, se lo repito, señor, ignoraba el contenido de esa carta.

—Sí —repuso Villefort con voz sorda—, pero no ignoraba el nombre de la persona a quien va dirigida.

—Era preciso que lo supiese para poder entregársela a él mismo.

—¿Y no se la ha enseñado a nadie? —dijo Villefort leyendo y demudándose al mismo tiempo.

—A nadie; se lo juro por mi honor.

—¿Ignora todo el mundo que es portador de una carta de la isla de Elba para el señor Noirtier?

—Todo el mundo, señor..., salvo la persona que me la entregó.

—Eso ya es mucho..., muchísimo —murmuró Villefort.

Su frente se fruncía cada vez más, a medida que proseguía la lectura de la carta: sus labios blancos, sus manos temblorosas, sus ojos sanguinolentos, hacían cruzar por el cerebro de Dantés las más dolorosas fantasías.

Terminada la lectura, el sustituto dejó caer la cabeza entre las manos, permaneciendo un instante como fuera de sí.

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre de nuevo? —preguntó tímidamente Dantés.

Villefort no respondió, y al cabo de un rato volvió a levantar su

rostro descompuesto para releer la misiva.
—¿Dice que no sabe el contenido de esta carta? —volvió a preguntar a Edmundo.
—Le juro por mi honor —respondió Dantés—, que lo ignoraba, pero, ¡Dios mío!, ¿qué tiene? ¿Está enfermo? ¿Quiere que llame?
—No, señor —dijo el sustituto levantándose vivamente—; no abra la boca, no diga una palabra. Yo soy quien manda aquí, no usted.
—Era, señor, solo por ayudarle —dijo Dantés un tanto herido en su amor propio.
—No necesito nada; fue un mareo pasajero. Ocúpese de usted: déjeme a mí. Responda.
Dantés esperó el interrogatorio que auguraba este mandato; pero vanamente. Volvió el sustituto a caer en el sillón, y pasándose por la frente su mano fría se puso a leer la carta por tercera vez.
—¡Oh! ¡Si sabe lo que contiene esta carta, si sabe que Noirtier es padre de Villefort, estoy perdido, perdido para siempre!
Y de vez en cuando miraba de reojo a Dantés, como si quisiese penetrar ese velo impenetrable que cubre en el corazón los secretos que no suben a los labios.
—¡Oh! No vacilemos —exclamó de repente.
—Pero en nombre del cielo —exclamó el desdichado joven—, si duda de mí, si sospecha de mi honradez, interrógueme, que estoy dispuesto a contestarle.
Hizo Villefort un violento esfuerzo sobre sí mismo, y con un acento que en vano procuraba fuese firme:
—Caballero —le dijo—, resultan contra usted los más graves cargos. No está ya en mi poder, como creía antes, el ponerlo en libertad ahora mismo. Antes de paso tan grave, debo consultar al juez de instrucción. Mientras tanto, ya ha visto de qué manera le traté...
—¡Oh!, sí, señor —exclamó Dantés—, y se lo agradezco en el alma que ha sido para mí más un amigo que un juez.
—Pues, amigo, voy a tenerle preso algún tiempo todavía, lo menos que pueda. El principal cargo que existe contra usted es esta carta, y ahora verá...
Villefort se acercó a la chimenea, y arrojó la carta al fuego, sin

apartarse de allí hasta verla convertida en cenizas.

—Mire..., ya no existe.

—¡Oh, señor! —exclamó Dantés—; no es usted la justicia: es usted la Providencia.

—Escúcheme —prosiguió Villefort—: con lo que acabo de hacer me parece que confiará en mí, ¿no es verdad?

—¡Oh, señor! Mande y será obedecido.

—No —dijo Villefort, aproximándose al joven—; no son órdenes lo que quiero darle, sino consejos.

—Pues bien, los tomaré como si fueran órdenes.

—Hasta la noche le tendré aquí en el palacio de justicia: si otra persona viniese a interrogarle, dígale todo lo que me ha dicho, excepto lo de la carta.

—Se lo prometo, señor.

Era como si el juez rogase y el preso concediese.

—Ya comprende —añadió mirando las cenizas que aún conservaban la forma de papel, y revoloteaban en torno a la llama —; ya comprende que destruida esta carta y guardando el secreto por usted y por mí, nadie se la volverá a presentar. Niegue, pues, si le hablan de ella, negadlo todo, y se habrá salvado.

—Se lo prometo, señor —dijo Dantés.

—¡Bien! ¡Bien! —añadió Villefort llevando la mano al cordón de la campanilla; pero se detuvo al ir a cogerlo.

—¿No tiene más carta que esa? —le preguntó.

—No, señor, era la única.

—Júrelo.

—Lo juro —dijo Dantés extendiendo la mano.

Villefort llamó, y apareció un comisario de policía.

Se acercó Villefort al comisario para decirle al oído ciertas palabras, a las que respondió aquel con una leve inclinación de cabeza.

—Sígale —dijo Villefort a Dantés.

Hizo el joven una genuflexión, y con una postrera mirada de gratitud salió de la estancia.

Apenas se cerró tras él la puerta, cuando faltaron las fuerzas al sustituto, y cayendo en un sillón casi desvanecido, murmuró:

—¡Oh, Dios mío! ¡De qué sirven la vida y la fortuna! Si hubiese estado en Marsella el procurador del rey, si hubieran llamado al juez de instrucción en lugar mío, segura era mi ruina. Y todo por ese papel, ¡por ese papel maldito! ¡Ah, padre mío, padre mío! ¿Ha de ser siempre un obstáculo para mi felicidad en este mundo? ¿He de luchar yo siempre con su vida pasada?

De repente, brilló en toda su fisonomía un fulgor extraordinario: se dibujó en sus labios contraídos aún una sonrisa; sus ojos vagos parecían como si se fijasen con un solo pensamiento.

—Eso es, sí... —dijo—. Esa carta, que debía perderme, labrará acaso mi fortuna. Ea, Villefort, manos a la obra.

Y asegurándose de que el reo no estaba ya en la antecámara, salió a su vez el sustituto del procurador del rey, y se encaminó apresuradamente hacia la casa de su prometida.

Capítulo ocho: El castillo de If

Al atravesar la antecámara, el comisario de policía hizo una seña a dos gendarmes, que en seguida se colocaron a la derecha y a la izquierda de Dantés. Se abrió una puerta que conducía desde la habitación del procurador del rey al tribunal de Justicia, y echaron a andar por uno de esos pasadizos sombríos que hacen temblar a los que por ellos pasan, aunque no tengan por qué temblar.

Así como el despacho de Villefort comunicaba con el tribunal de Justicia, este comunicaba con la cárcel, edificio sombrío pegado al palacio. Por todas sus ventanas y balcones se ve el famoso campanario de los Acoules, que se eleva enfrente.

Tras haber andado un sinnúmero de corredores, Dantés vio abrirse una puerta con un candado de hierro, como en respuesta a tres golpes que dio el comisario con un martillo de hierro, y que sonaron lúgubremente en el corazón del preso. Recelaba este en entrar; pero los dos gendarmes le empujaron ligeramente, y la puerta volvió a cerrarse. Ya respiraba otro aire, pesado y mefítico: ya estaba en

los calabozos.
Se le condujo a uno, aunque decente, bien guardado de barrotes y cerrojos; pero su aspecto no era para infundir serios temores. Por otra parte, las palabras del sustituto del procurador del rey, que habían parecido tan sinceras a Dantés, resonaban en sus oídos todavía como una promesa de esperanza.
Eran las cuatro cuando Dantés entró en su prisión, de manera que la noche llegó muy pronto. Corría, como hemos dicho, el primero de marzo.
Falto de empleo el sentido de la vista, se le aumentó grandemente el del oído. Creyendo que venían a ponerle en libertad al rumor más leve, se levantaba al punto encaminándose a la puerta; pero bien pronto el rumor se perdía en otra dirección, y el preso volvía a caer desesperado sobre su banquillo.
A las diez de la noche, en fin, cuando iba ya perdiendo toda esperanza le pareció que un nuevo ruido se acercaba en efecto a su prisión. Y así fue. Se oyeron en el corredor unos pasos, que junto a su puerta cesaron; giró una llave, rechinaron los cerrojos, la pesada puerta de encina se abrió, inundando de luz deslumbradora la estancia.
Al resplandor veía Edmundo brillar los sables y las alabardas de cuatro gendarmes.
Había dado ya un paso hacia la puerta; pero se detuvo al ver aquel inusitado aparato militar.
—¿Vienen a buscarme? —inquirió.
—Sí —respondió uno de los gendarmes.
—¿De parte del sustituto del procurador del rey?
—Eso es lo que creo.
—Estoy pronto a seguirles —dijo entonces Dantés.
Persuadido de que le buscaban de parte de Villefort, no tenía ningún recelo. Se adelantó, pues, con rostro tranquilo y paso firme, y se colocó él mismo en medio de su escolta.
En la puerta de la calle esperaba un coche. Junto al cochero estaba sentado un guardia municipal.
—¿Es para mí ese carruaje? —preguntó Dantés.
—Para usted —respondió un gendarme—, suba.

Quiso Dantés hacer algunas observaciones; pero la portezuela se abrió, sintiéndose empujado para que subiese, y como no tenía ni posibilidad ni intención de resistirse, se halló al punto en el fondo del carruaje, sentado entre dos gendarmes. Ocuparon los otros dos el asiento de la delantera, y el pesado vehículo se puso en marcha, causando un ruido sordo y siniestro.

El preso dirigió sus ojos a las ventanillas, pero todas tenían rejas: no había hecho sino mudar de prisión; solamente que esta se movía, transportándole a un sitio de por él ignorado. A través de los barrotes, tan espesos que apenas cabía la mano entre ellos, reconoció Dantés que pasaban por la calle de la Tesorería, y que bajaban al muelle por la calle de San Lorenzo y la de Taramis.

Luego, a través de la reja del coche, vio brillar las luces de la Consigna.

El carruaje se paró, se apeó el municipal y se acercó al cuerpo de guardia, de donde salió al punto una docena de soldados que se pusieron en fila, viendo Dantés relucir sus fusiles al resplandor de los reverberos del muelle.

—¿Se desplegará para mí ese aparato de fuerza militar? —murmuró para sus adentros.

Al abrir el municipal la portezuela, que estaba cerrada con llave, respondió a la pregunta de Dantés sin pronunciar una sola palabra, porque pudo ver entonces entre las dos filas de soldados como un camino preparado para él desde el carruaje al puerto.

Los dos gendarmes que ocupaban el asiento delantero bajaron los primeros, haciéndole a su vez apearse, en lo que le imitaron luego los dos que llevaba al lado. Se dirigieron hacia una lancha que un aduanero de la marina sujetaba a la orilla con una cadena, mientras los soldados contemplaban al preso con aire de estúpida curiosidad. Inmediatamente se encontró instalado en la popa, siempre entre los cuatro gendarmes, y el municipal a la proa. Una violenta sacudida separó el barco de la orilla, y cuatro remeros vigorosos lo enderezaron hacia el Pillón. A un grito de los remeros bajó la cadena que cierra el puente, y se encontró Edmundo en lo que se llama el *freón,* es decir, fuera del puerto.

Al salir al aire libre el primer impulso del preso fue de alborozo,

porque el aire significa libertad. Así, pues, respiró a sus anchas esa brisa ligera que lleva en sus alas los dulcísimos e incomprensibles misterios de la noche y del mar. Pronto, sin embargo, exhaló un suspiro, porque pasaba por delante de aquella Reserva donde tan feliz había sido aquella misma mañana, antes de su prisión. Para mayor dolor, a través de las luminosas rendijas de dos ventanas, los alegres rumores de un baile llegaban a sus oídos.

Dantés, con las manos puestas en actitud de orar, levantó los ojos al cielo.

El bote proseguía su camino, y pasada ya la *Téte-de-More,* se encontró enfrente de la columna del Faro, donde dobló. Esta maniobra era incomprensible para Dantés.

—Pero ¿adónde me llevan? —preguntó a uno de los gendarmes.

—Ahora lo sabrá.

—Pero...

—Nos está prohibido dar ninguna explicación.

Tenía Dantés mucho de soldado, y calló por parecerle cosa absurda el preguntar a hombres a quienes estaba prohibido responder, y entonces las más bizarras fantasías cruzaron por su imaginación. Como en tal barco era humanamente imposible hacer una larga travesía, y como no se veía ningún otro buque anclado por aquellos alrededores, se imaginó que le iban a desembarcar en algún punto lejano de la costa, diciéndole que estaba libre. Todo contribuía a reforzar con buenos agüeros esta imaginación. Ni estaba atado, ni intentaron siquiera ponerle grillos. Luego, el sustituto, que tan bien le tratara, ¿no le había dicho que con tal de que nunca pronunciase aquel nombre fatal de Noirtier nada le sucedería? Ante sus mismos ojos, ¿no había quemado Villefort aquella carta peligrosa, única prueba que había contra él?

Se decidió, pues, a esperar mudo y pensativo. Sus ojos, acostumbrados a las tinieblas como los de todo marino, devoraban la oscuridad y el espacio.

Habían dejado a la derecha la isla de Ratonneau con su faro, y bordeando la costa llegaban a la sazón a la altura de los Catalanes. Aquí fueron dobles y devoradoras las miradas del preso; porque estaba cerca de Mercedes, y a cada instante creía ver dibujarse

entre las tinieblas de la orilla la forma indecisa y vaga de una mujer.

¿Cómo el corazón no decía a Mercedes que pasaba su amado a trescientos pasos de ella?

Una luz solamente brillaba en los Catalanes. Al buscar Dantés la posición de esta luz, llegó a comprender que alumbraba a su novia: Mercedes era, a no dudar, la única que velaba en la colonia. Con un solo grito que él diera podía oírle y reconocerle.

Un falso amor propio le detuvo, sin embargo. ¿Qué dirían los gendarmes oyéndole gritar como un demente?

Silencioso y con los ojos clavados en la luz quedó, mientras el barco proseguía su camino, sin pensar ni en el barco ni en el camino, sino solo en Mercedes.

Un accidente topográfico hizo que la luz se perdiese de vista. Se volvió Dantés al punto, y conoció que la embarcación entraba en alta mar.

A pesar de la repugnancia que experimentaba Dantés en dirigir nuevas preguntas al gendarme, acercándose a él, y tomándole una mano:

—Camarada —le dijo—, le suplico por su conciencia y su calidad de soldado que tenga piedad de mí y me responda. Yo soy el capitán Edmundo Dantés, francés bueno y leal, aunque acusado de no sé qué traición. ¿Adónde me llevan? Dígamelo, que le doy mi palabra de marino de resignarme a mi suerte.

El gendarme se rascó la oreja mirando a su camarada, que hizo un ademán como si dijese:

—A la altura en que nos hallamos creo que ya no hay peligro.

Y volviéndose el primero a Edmundo:

—¡Siendo marino y marsellés pregunta adónde vamos! —le dijo.

—Sí, puesto que lo ignoro, palabra de honor.

—¿No sospecha nada?

—No lo sospecho.

—Es imposible.

—Se lo juro por lo más sagrado. Contésteme en nombre del cielo.

—Pero la consigna...

—La consigna no le prohíbe decirme lo que yo sabré dentro de diez minutos, o tal vez antes. Con decírmelo me ahorra siglos de

incertidumbre. Se lo pregunto como si fuese mi amigo. Mire: ni puedo ni quiero moverme ni huir. ¿Adónde vamos?

—Si no está ciego, si ha salido alguna vez por mar de Marsella, podrá adivinarlo.

—Pues no acierto.

—Mire a su alrededor.

Se puso Dantés de pie, y mirando hacia donde el barco parecía dirigirse, distinguió en la oscuridad, a cien toesas, la negra y descarnada roca en que campea como una esfinge el sombrío castillo de If.

Esta mole informe, esta prisión terrorífica que provee a Marsella de consejas y tradiciones lúgubres, como Dantés no pensaba en ella, le hizo al distinguirla aquel efecto que el cadalso hace al que va a morir.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡El castillo de If! ¿Qué vamos a hacer allí?

El gendarme sonrió.

—No se me conducirá allí para dejarme preso —prosiguió Dantés —, porque el castillo de If es una prisión de Estado donde entran solo los grandes criminales políticos. ¿Hay allí quizá jueces o magistrado?

—Yo supongo —dijo el gendarme— que no hay sino murallas de piedra, gobernador, carceleros y guarnición. Vamos, vamos, amiguito, no se haga el sorprendido, que no parece sino que me agradece con burlas mi complacencia.

Dantés apretó la mano del gendarme.

—¿Sospecha que me llevan a encerrar al castillo de If?

—Es probable, camarada; pero no sé a qué viene el apretarme tanto la mano.

—¿Sin más formalidades? ¿Sin más averiguaciones?

—Las formalidades están cumplidas, y las averiguaciones hechas.

—¿De modo que a pesar de la promesa del señor de Villefort...?

—Ignoro si el señor de Villefort le ha prometido algo —dijo el gendarme—, pero sé que vamos al castillo de If. ¡Eh! ¿Qué hace? ¡Camaradas, a mí!

Rápido como el rayo, Dantés había querido arrojarse al mar; pero

los ojos infatigables y peritos del gendarme lo habían adivinado, y cuatro brazos vigorosos le sujetaron cuando ya sus pies iban a abandonar el suelo de la barca, después de lo cual volvió a caer en el fondo de esta, rugiendo de cólera.

—¡Muy bien! —exclamó el gendarme poniéndole sobre el pecho una rodilla—. ¡Muy bien! ¡Así cumple sus palabras de marino! ¡Quién se fía de moscas muertas! Ahora, amiguito, si se mueve tan siquiera, le soplo una bala en el cráneo. Falté a la primera parte de mi consigna, pero le juro que no faltaré a la segunda.

Y Dantés sintió, en efecto, apoyado en su sien el cañón del mosquetón.

De momento estuvo tentado de hacer el movimiento que se le prohibía para acabar de una vez con aquella serie de inesperadas desgracias; pero por lo mismo que eran inesperadas, no pudo creerlas duraderas, y con esto, y con recordar las promesas de Villefort, y con parecerle indigna, preciso es decirlo, aquella muerte a manos de un gendarme en el fondo de una lancha, volvió a su sitio primero, sollozando de ira y retorciéndose las manos con furor.

Casi en el mismo instante hizo temblar el barco un choque violentísimo. Saltó uno de los remeros a la roca en que acababa de tocar la proa; crujió una maroma enroscándose en una polea, y pudo comprender Edmundo que había llegado al término del viaje y amarraban el bote.

En efecto, sus guardias, que lo sujetaban a la vez por los brazos y por el cuello, lo obligaron a levantarse y a saltar a tierra, impeliéndole hacia los escalones que conducían a la ciudadela, mientras que el municipal los seguía detrás con la bayoneta calada.

Ya no hizo Dantés vanas resistencias. Su lentitud en el andar más le producía la inercia que la resistencia, y daba traspiés como un borracho. Veía escalonarse soldados por el camino; conoció que subía una escalera que le obligaba a alzar los pies, y que entraba por una puerta, y que esta puerta se cerraba detrás de él; pero todo maquinalmente, como a través de una nube, sin distinguir nada con claridad. Ya ni siquiera veía el mar, esa fuente de dolores para los presos, que contemplan su espacio afligidos por no poderlo salvar.

En un momento que hicieron alto, procuró Edmundo recogerse en

sí mismo, y darse cuenta de su situación. Miró a su alrededor, y vio que se encontraba en un patio cuadrado de altísimas paredes; se oía a lo lejos el paso acompasado de los centinelas, y tal vez cuando pasaban al resplandor proyectado en los muros por dos o tres luces que había dentro del castillo, veía brillar el cañón de sus fusiles.

Aguardaron allí como por espacio de diez minutos. Seguros de que ya no podría escapárseles, los gendarmes habían abandonado a Dantés. Parecía que esperasen órdenes, órdenes que al fin llegaron.

—¿Dónde está el preso? —preguntó una voz.

—Aquí —respondieron los gendarmes.

—Que venga conmigo, voy a llevarlo a su departamento.

—Vaya —dijeron los gendarmes a Dantés.

Siguió el preso a su guía, que, en efecto, lo condujo a una sala casi subterránea, cuyas paredes negras y húmedas parecía que sudasen lágrimas. Una especie de lámpara, de fétida grasa en vez de aceite, ardía sobre un banco iluminando aquella mansión horrible. Con su luz pudo reconocer Dantés a su conductor, carcelero subalterno, mal vestido y de mala facha.

—He aquí su cuarto para esta noche —le dijo—. Es ya tarde y el señor gobernador está acostado. Cuando mañana se levante, según las órdenes que tenga, quizá lo cambien de domicilio. Mientras tanto, aquí tiene pan, agua en ese cántaro, y paja allí en un rincón. Es cuanto puede un preso desear. Buenas noches.

Y antes de que Dantés hubiera pensado en contestar, antes que reparase dónde ponía el pan el carcelero, antes que comprendiese dónde estaba el cántaro ni en qué rincón la paja, había el carcelero cogido la lamparilla, y cerrando la puerta, le había robado aquella mezquina luz, que como la de un relámpago hizo distinguir al preso las grasientas paredes de su calabozo.

Por consiguiente, se encontró solo, en silencio y oscuridad, mudo y triste como aquellas paredes cuyo frío glacial helaba el sudor de su frente.

Cuando el primer albor de la aurora envió a aquel antro un poco de claridad, volvió el carcelero con orden de dejarlo en el mismo

calabozo. Dantés ni siquiera había mudado de sitio, cual si una mano de hierro le hubiese clavado en él la víspera. Inmóvil y con la cabeza baja, se le notaba una alteración solamente: casi cubiertos los ojos por una hinchazón producida por la humedad.

Así había pasado toda la noche: de pie, sin dormir un solo instante.

Se le acercó el carcelero, y aún dio en torno suyo algunas vueltas: pero parecía que Dantés no lo veía. Al fin le dio un golpecito en la espalda, que lo hizo estremecer.

—¿Ha dormido? —le preguntó el carcelero.

—No lo sé —respondió Dantés.

El carcelero lo miró sorprendido.

—¿Tiene hambre? —prosiguió.

—No lo sé —respondió de nuevo Dantés.

—¿Quiere algo?

—Quisiera ver al gobernador.

El carcelero se encogió de hombros y se marchó.

Le siguió Dantés con la vista, extendiendo los brazos a la puerta entreabierta, pero esta se cerró de repente.

Entonces su pecho se desgarró, por decirlo así, en un interminable sollozo. Corrieron a torrentes las lágrimas que hinchaban sus pupilas; se puso de hinojos con la frente pegada al suelo, y a rezar por largo rato, repasando en su imaginación toda su vida pasada, y preguntándose qué crimen había cometido en aquella vida tan corta aún para merecer tan duro castigo, y así pasó todo el día.

Algunos bocados de pan y algunas gotas de agua fueron todo su alimento. Ora se sentaba absorto en sus meditaciones, ora giraba en torno de su cuarto como una fiera enjaulada.

Una idea le atormentaba sobre todas. Durante la travesía, ignorando su destino, permaneció tranquilo e inmóvil, cuando pudo muchas veces arrojarse al mar, donde gracias a que era gran nadador y buzo de los más célebres de Marsella, hubiera escapado por debajo del agua a la persecución de los gendarmes, y ganada la costa, huido a una isla desierta, con la esperanza de que algún navío genovés o catalán le llevase a Italia o a España. Desde allí escribiría a Mercedes que viniera a reunirse con él. Ni por asomo le inquietaba la miseria en ninguna parte del mundo a que fuese, pues

los buenos marinos en todas son raros, sin contar que hablaba el italiano como un toscano, y el español como un castellano viejo. De este modo, pues, habría vivido libre y feliz con Mercedes y con su padre, que también se les juntaría, mientras en la presente situación, encerrado en el castillo de If, sin esperanzas, ni aun el consuelo tendría de saber de su padre y de Mercedes. ¡Y todo por haberse fiado de las palabras de Villefort! Motivo era para perder el juicio.

A la misma hora de la mañana siguiente volvió el carcelero.

—¿Será ya más razonable? —le preguntó.

Dantés no le respondía.

—Vamos, valor —prosiguió aquel—. ¿Desea algo que yo pueda proporcionarle? Dígalo.

—Deseo ver al gobernador.

—¡Vamos!, ya le dije que es imposible —repuso el carcelero con impaciencia.

—¿Por qué?

—Porque el reglamento no lo permite a los presos.

—¿Qué es lo que les permite, entonces?

—Que coman mejor, si lo pagan, que salgan a pasear y tal vez lean.

—Ni quiero leer, ni pasear, ni comer mejor, solo quiero ver al gobernador.

—Si me fastidia repitiéndome lo mismo —prosiguió el carcelero—, no le traeré de comer.

—Pues me moriré de hambre, no me importa —dijo Dantés.

El acento de estas palabras dio a entender al carcelero que no sería el morir desagradable a Edmundo; y como por cada preso tenía diez cuartos diarios sobre poco más o menos, calculando el déficit que su falta le ocasionaría, respondió en tono más dulce:

—Escuche: ese deseo es imposible; olvídelo, porque no hay ejemplo de que haya bajado una sola vez el gobernador al calabozo de un preso; pero si se porta cuerdamente se le concederá pasear, con lo que tal vez algún día vea al gobernador, y entonces podrá hablar con él.

—Pero ¿cuánto tiempo —dijo Edmundo— tendré que esperar a

que se presente esa ocasión?

—¡Diablos! —respondió el carcelero—: Un mes, tres meses, medio año o quizás un año entero.

—Eso es mucho —exclamó Dantés—. Quiero verlo en seguida.

—No sea terco; no se empeñe en ese imposible, o antes de quince días se habrá vuelto loco.

—¿Lo cree así? —dijo Dantés.

—Sí, loco; así es como empieza la locura. Aquí tenemos un ejemplar. Con el tema de ofrecer un millón al gobernador si le ponía en libertad, ha perdido el seso un abate que antes que llegara usted ocupaba este calabozo.

—¿Y cuánto tiempo hace que salió de aquí?

—Dos años.

—¿En libertad?

—No, se le ha trasladado al subterráneo.

—Escucha —dijo Dantés—; yo no soy abate ni loco, que por desdicha tengo aún completo mi juicio; voy a hacerte una proposición.

—¿Cuál?

—No voy a ofrecerte un millón, porque no podría dártelo, pero sí cien escudos, si el primer día que vayas a Marsella haces llegar a los Catalanes con una carta mía, para una joven que se llama Mercedes... ¿Qué digo carta? Cuatro letras.

—Si se descubriera que había llevado esas cuatro letras, perdería mi destino, que vale mil libras anuales, sin contar las propinas y la comida. ¿No será imbecilidad que yo aventure mil libras por trescientas?

—Pues oye, y tenlo presente —dijo Edmundo—. Si te niegas a avisar al gobernador de que deseo hablarle; si te niegas a llevar mi carta a Mercedes, o siquiera a notificarle que estoy preso aquí, te esperaré el día menos pensado detrás de la puerta, y cuando entres te romperé el alma con ese banco.

—¡Amenazas a mí! —exclamó el carcelero retrocediendo y poniéndose en guardia—. Por lo visto se le trastorna el juicio. Como usted empezó el abate: dentro de tres días estará como él, loco de atar. Por fortuna hay subterráneos en el castillo de If.

Dantés cogió el banco y lo hizo girar en ademán amenazador.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo el carcelero—; usted lo ha querido. Voy a prevenir al gobernador.

—¡Enhorabuena! —respondió Dantés colocando el banco en su sitio, y sentándose con la cabeza baja y la mirada vaga, como si realmente se hubiera vuelto loco.

Salió el carcelero, y un momento después volvió con cuatro soldados y un cabo.

—Por orden del gobernador —les dijo—, lleven a este hombre a los calabozos del piso bajo.

—¿Al subterráneo? —preguntó el cabo.

—Al subterráneo: los locos deben estar con los locos.

Los cuatro soldados cogieron a Dantés, que los seguía sin ofrecer resistencia.

Bajaron quince escalones, y se abrió la puerta de un subterráneo, en el que entró murmurando:

—Tienen razón: los locos, con los locos.

La puerta se cerró y Dantés caminó hacia delante hasta tropezar con la pared: entonces se acurrucó inmóvil en un ángulo, mientras sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, comenzaban a distinguir los objetos.

El carcelero tenía razón. Poco le faltaba a Dantés para perder el juicio.

Capítulo nueve: La noche de bodas

Como hemos dicho, Villefort tomó el camino de la plaza del Grand Cours, y de la casa de la marquesa de Saint Meran, donde encontró a los convidados tomando café en el salón, después de los postres.

Renata le aguardaba con una impaciencia de que participaban todos, por lo que la acogida que tuvo fue una exclamación general.

—¡Hola, señor cortacabezas, columna del Estado, moderno Bruto realista! —exclamó uno de los presentes—; ¿qué hay de nuevo?

—¿Nos amenaza quizás otro régimen del *Terror*? —preguntó otro.

—¿Ha salido de su caverna el ogro de Córcega? —añadió un tercero.

—Señora marquesa —dijo Villefort acercándose a su futura suegra —, vengo a suplicarle que me perdone. La necesidad me obliga a dejarla. ¿Tendré el honor, señor marqués, de hablarle un instante en secreto?

—¿Tan grave es el asunto...? —murmuró la marquesa al notar la nube que ensombrecía el rostro de Villefort.

—Tan grave que me obliga a despedirme de usted para una corta ausencia. ¡Mire si será grave! —añadió volviéndose a Renata.

—¿Va a partir? —exclamó Renata, sin poder ocultar la emoción que le causaba esta noticia inesperada.

—¡Ay, señorita!, es necesario —respondió Villefort.

—¿Adónde va? —preguntó la marquesa.

—Es un secreto, señora; sin embargo, si alguno de estos señores tiene algo que mandar para París, sepa que un amigo mío, que está a sus órdenes, partirá esta misma noche.

Todos se miraron unos a otros.

—¿No me ha pedido una entrevista? —preguntó el marqués.

—Sí, pasemos, si le place, a su gabinete.

El marqués cogió del brazo a Villefort y salió con él.

—Vamos, hable, ¿qué es lo que ocurre? —exclamó el marqués cuando llegaron al gabinete.

—Cosas que creo de alta importancia, y que exigen que me traslade a París inmediatamente. Ante todo, marqués, y perdóneme lo indiscreto de la pregunta que le hago, ¿tiene papel del Estado?

—Tengo en papel toda mi fortuna. Unos seiscientos o setecientos mil francos.

—Pues véndalo, véndalo en seguida, o de lo contrario se va a ver arruinado.

—¿Cómo quiere que desde aquí lo venda?

—¿Verdad que tiene un corresponsal banquero?

—Sí.

—Deme una carta para él, encargándole que venda esos créditos sin perder tiempo. Quizá llegaré tarde.

—¡Diablos! —exclamó el marqués—; entonces no perdamos ni un minuto.

Y sentándose a la mesa se puso a escribir a su banquero una carta, encargándole que vendiera a cualquier precio.

—Ahora que tengo esta carta —dijo Villefort guardándola cuidadosamente en su cartera—, necesito otra.

—¿Para quién?

—Para el rey.

—¿Para el rey?

—Sí.

—Pero yo no me atrevo a escribir directamente a Su Majestad.

—Tampoco se la pido a usted, sino que le encargo que se la pida al señor de Salvieux. Es necesario que me dé una carta que me ayude a llegar hasta el rey sin las formalidades y etiquetas que me harían perder un tiempo precioso.

—Pero ¿no podría servirte el guardasellos de intermediario? Tiene entrada en las Tullerías a todas horas.

—Sí, mas no quiero compartir con otro el mérito de la nueva de que soy portador. ¿Comprende? El guardasellos se lo apropiaría todo, hasta mi parte en los beneficios. Baste, marqués, con esto que digo. Mi fortuna está asegurada si llego antes que nadie a las Tullerías, porque voy a prestar al rey un servicio que jamás podrá olvidar.

—En ese caso, amigo mío, vaya a hacer sus preparativos, mientras hago yo que Salvieux escriba esa carta.

—No pierda tiempo. Dentro de un cuarto de hora tengo que estar en la silla de postas.

—Haga parar el carruaje en la puerta.

—Me disculpará, ¿no es verdad?, con la señora marquesa y con Renata, a quien dejo en ocasión tan grata con el más profundo sentimiento.

—En mi gabinete las encontrará a la hora de su partida.

—Gracias mil veces. No olvide la carta.

El marqués llamó y poco después se presentó un lacayo.

—Diga al conde de Salvieux que lo espero aquí. Ya puede irse —continuó el marqués dirigiéndose a Villefort.

—Bueno; al instante estoy de vuelta.

Y Villefort salió de la estancia apresuradamente; pero se le ocurrió al llegar a la calle que un sustituto del procurador del rey podría ocasionar la alarma de un pueblo con que se le viese andar muy de prisa. Volvió, pues, a su paso ordinario, que era en verdad, digno de un juez.

Junto a la puerta de su casa le pareció distinguir una cosa como un fantasma blanco que le esperaba inmóvil.

Era la linda catalana, que al no tener noticias de Edmundo, iba a enterarse por sí misma de la causa del arresto de su amante.

Al acercarse Villefort le salió al paso, destacándose de la pared en que se apoyaba. Como Dantés le había hablado ya de su novia, nada tuvo que hacer Mercedes para que la reconociera. Villefort, sorprendido de la belleza y dignidad de aquella mujer, y cuando le preguntó el paradero de su amado, le pareció que él era el acusado y ella el juez.

—El hombre de quien habla —dijo Villefort— es un gran criminal, y en nada puedo favorecerle, señorita.

Mercedes lanzó un gemido, y detuvo a Villefort al ver que este intentaba proseguir su camino.

—Pero dígame al menos dónde está, para que pueda siquiera informarme de si vive aún o ha muerto.

—Ni lo sé, ni eso me atañe a mí —respondió Villefort.

Y molestado por aquellos ojos penetrantes y aquel ademán de súplica, rechazó Villefort a Mercedes, y entró en su casa cerrando apresuradamente la puerta y dejando a la joven entregada al dolor y a la desesperación.

Pero el dolor no se deja rechazar tan fácilmente. Parecido a la flecha mortal de que habla Virgilio, el hombre herido por él lo lleva siempre consigo.

Aunque había cerrado la puerta, al llegar Villefort a su gabinete sintió que sus piernas flaqueaban, y lanzando, más que un suspiro, un sollozo, se dejó caer en un sillón.

Entonces brotó en el fondo de aquel pecho enfermo el primer germen de una úlcera mortal. Aquel hombre sacrificado a su ambición, aquel inocente que pagaba culpas de su propio padre, se

le apareció pálido y amenazador, acompañado de su novia, pálida como él, y seguido del remordimiento, no del remordimiento que hace enloquecer al que lo sufre como en los antiguos sistemas fatalistas, sino de ese sordo y doloroso golpear sobre el corazón, que a veces nos hiere como el recuerdo de un crimen casi olvidado, herida cuyos dolores ahondan la llaga que nos conduce a la muerte.

El alma de Villefort todavía vaciló un instante. Había pronunciado muchas sentencias de muerte sin otra emoción que la de la lucha moral del juez con los reos; y aquellos reos ajusticiados gracias a su terrible elocuencia, que convenció al jurado y a los jueces, no puso en su frente una sola arruga, porque aquellos hombres eran criminales, por lo menos en la opinión del sustituto. Mas ahora variaba la cuestión; acababa de aplicar la reclusión perpetua a un inocente que iba a ser feliz, arrebatándole la felicidad y además la libertad; ya no era juez, era verdugo. Y al pensar en esto empezaba a sentir ese sordo golpear que hemos descrito, desconocido de él hasta entonces; oído en el fondo de su corazón, llenando su mente de quimeras. De este modo un dolor instintivo y violento notifica a los que sufren que no deben sin temblar poner el dedo en sus llagas antes que se cicatricen.

Pero la de Villefort era de esas que no se cicatrizan nunca, o que se cierran aparentemente para volver a abrirse más enconadas y dolorosas.

Si en esta situación la dulce voz de Renata le hubiera recomendado clemencia; si entrara la bella Mercedes a decirle: "En nombre de Dios que nos ve y nos juzga, devuélvame a mi prometido". ¡Oh!, sí, aquella voluntad doblegada al cálculo hubiese cedido, y sin duda con sus manos frías, a riesgo de perderlo todo, hubiera firmado inmediatamente la orden de poner a Dantés en libertad; sin embargo, ninguna voz le habló al oído, ni se abrió la puerta sino para el criado que vino a anunciarle que los caballos estaban ya enganchados a la silla de posta.

El sustituto se levantó, o mejor dicho, saltó de la silla como aquel que triunfa en una lucha secreta, y corriendo a su bufete puso en sus bolsillos todo el oro que encerraban sus cajones. Luego dio por la estancia dos o tres vueltas con las manos en la frente, articulando

palabras sin sentido, hasta que los pasos del ayuda de cámara que venía a ponerle la capa, le sacaron de su éxtasis, y lanzándose al carruaje ordenó lacónicamente que parara en la calle de Grand Cours, en casa del marqués de Saint Meran.

El infortunado Dantés estaba condenado.

Como le había prometido el señor de Saint Meran, Renata y la marquesa estaban en su gabinete. Al ver a la joven tembló el sustituto: porque pensaba que le pediría de nuevo la libertad del preso; pero, ¡ay!, que es forzoso decirlo para afrenta de nuestro egoísmo, la linda joven solo pensaba en una cosa: en el viaje que Villefort iba a emprender.

Lo amaba, y Villefort iba a partir en el mismo instante en que habían de enlazarse para siempre, y sin anunciar cuándo volvería. En vez de compadecer a Edmundo, Renata maldijo al hombre que con su crimen la separaba de su amado.

¿Qué era entretanto de Mercedes?

La pobre había encontrado a Fernando en la esquina de la calle de la Logia, que había seguido sus huellas, y volviendo a los Catalanes se arrojó en su lecho moribunda y desesperada. De rodillas y acariciando una de sus heladas manos, que Mercedes no pensaba en retirar, Fernando la cubría de ardientes besos, ni siquiera sentidos de ella.

Así transcurrió la noche. Cuando no tuvo aceite se apagó la lámpara; pero Mercedes no advirtió la oscuridad, como no había advertido la luz. Hasta la aurora vino sin que ella la advirtiese.

El dolor había puesto en sus ojos una venda que no la dejaba ver más que a Edmundo.

—¡Ah! ¿Está aquí? —exclamó al fin volviéndose a Fernando.

—Desde ayer no la he abandonado un momento —respondió este lanzando un suspiro.

El señor Morrel, por su parte, no se había desanimado: supo que Dantés, después de su interrogatorio, fue conducido a una prisión, y entonces corrió a casa de todos sus amigos, y con todas aquellas personas de Marsella que gozaban de alguna influencia; pero ya corría el rumor de que Dantés había sido detenido por agente bonapartista, y como en esa época hasta los visionarios tenían por

insensatez cualquier tentativa de Napoleón para recobrar su trono, el buen Morrel, acogido con frialdad de todos, regresó a su casa desesperado, aunque confesando que el lance era crítico, y que nadie podría disminuir su gravedad.

Caderousse también se había inquietado mucho por su parte. En lugar de revolver el mundo como Morrel, en vez de hacer algo por Edmundo, se encerró con dos botellas en su cuarto, e intentó ahogar su inquietud por medio de la embriaguez.

Pero en la situación moral en que se hallaba era poco dos botellas para hacerle perder el juicio. Lo perdió, sin embargo, lo suficiente para impedirle que fuese a buscar más vino, y demasiado poco para borrar sus recuerdos; con lo que, puesta la cabeza entre las manos sobre la mesa coja, y al lado de sus dos botellas, se quedó como si dijéramos entre dos luces, viendo danzar a la de su candil aquellos espectros de que ha henchido Hoffman sus libros empapados en ron.

Danglars era el único que no estaba inquieto ni atormentado, sino más bien alegre, por haberse vengado de un enemigo, asegurando en El Faraón su empleo que temía perder. Danglars era uno de esos hombres calculistas que nacen con una pluma detrás de la oreja y un tintero por corazón. Para él todas las cosas del mundo eran sumas o restas, y un número de más importancia que un hombre, cuando el número podía aumentar la suma que el hombre podía disminuir.

Danglars se había acostado a la hora de costumbre y durmió tranquilamente.

Después de recibir Villefort la carta del señor Salvieux, y besado a Renata en las dos mejillas y en la mano a la marquesa de Saint Meran, y de despedirse del marqués con un apretón de manos, corría la posta por el camino de Aix.

El padre de Dantés se moría de dolor y de inquietud.

En cuanto a Edmundo, ya sabemos cuál era su suerte.

Capítulo diez:

El gabinete de las Tullerías

Dejemos entretanto a Villefort camino de París, gracias a ir derramando dinero, y atravesando los dos o tres salones que le preceden, penetremos en aquel gabinetito ovalado de las Tullerías, famoso por haber sido la estancia favorita de Napoleón, de Luis XVIII y de Luis Felipe.

Sentado a una mesa, que procedía de Hartwell, y que por una de esas manías comunes a los altos personajes tenía en particular estimación, el rey Luis XVIII escuchaba distraído a un hombre de cincuenta o cincuenta y dos años, cabello cano y continente aristocrático y pulcro.

Sin dejar de escucharlo iba haciendo anotaciones en el margen de un volumen de Horacio, de la edición de Griphins, que aunque incorrecta es la más estimada, y que se prestaba mucho a las sagaces observaciones filosóficas del rey.

—¿Decía, pues, caballero...? —murmuró el rey.

—Que estoy muy inquieto, señor.

—¿De veras? ¿Ha visto acaso en sueños siete vacas gordas y siete flacas?

—No, señor, pues esto anunciaría solamente siete años de abundancia y otros siete de hambre, que con un rey tan previsor como Su Majestad no se deben de temer.

—Pues ¿qué otros cuidados le apenan, mi querido Blacas?

—Creo, señor, y lo creo fundamentalmente, que se va formando una tempestad hacia el lado del Mediodía.

—Y bien, mi querido conde —respondió Luis XVIII—; le creo mal informado, y sé positivamente que hace muy buen tiempo allá abajo.

Aunque hombre de talento, Luis XVIII gustaba a veces de burlarse.

—Señor —dijo el señor de Blacas—, aunque no fuese sino para tranquilizar a un fiel servidor, ¿no podría Su Majestad enviar al Languedoc, a la Provenza y al Delfinado hombres fieles que informaran sobre la situación política de aquellas tres provincias.

—*Canimus surdis* —respondió el rey, prosiguiendo en sus notas a Horacio.

—Señor —repuso el cortesano, sonriéndose para dar a entender que comprendía el hemistiquio del poeta de Venusa—; señor, Su Majestad puede confiar en el espíritu público reinante en Francia; pero yo creo tener también mis razones para temer alguna tentativa desesperada.

—¿De quién?

—De Bonaparte, o por lo menos, de sus partidarios.

—Mi querido Blacas —dijo el rey—, sus temores no me dejan trabajar.

—Y usted, señor, con vivir tan tranquilo, me quita el sueño.

—Espere, espere. Se me ocurre una excelente nota acerca de aquello del *Pastor cum traheret.* Ya continuará luego.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Luis XVIII escribió con una letra todo lo microscópica que pudo, una nota nueva al margen de su Horacio, y dijo luego, levantándose con la satisfacción del que se imagina haber concebido una idea, cuando no ha hecho sino comentar las de otro:

—Prosiga, querido conde, prosiga.

—Señor —dijo Blacas, que por un momento abrigó la esperanza de explotar a Villefort en su favor—, obligado me veo a decirle que no son simples rumores lo que sin fundamento me inquieta. Un hombre merecedor de mi confianza, un hombre de saber, a quien he dado el encargo de vigilar el Mediodía (el conde vaciló al pronunciar estas palabras), llega en posta en este mismo instante a decirme: "El rey está amenazado por un gran peligro". Por eso he venido a advertirle, señor.

—*Mala ducis avi domum* —continuó anotando Luis XVIII.

—¿Me ordena Su Majestad que no insista en eso otra vez?

—No, mi querido conde, pero alargue la mano.

—¿Cuál?

—La que quiera..., ahí a la izquierda...

—¿Aquí, señor?

—Le digo que a la izquierda y busca a la derecha... quise decir a mi izquierda. Hallará ahí un informe del ministro de policía con fecha de ayer. Pero, ¡calla!, aquí aparece en persona el señor Dandré... ¿No ha dicho que era el señor Dandré? —exclamó Luis XVIII

dirigiéndose al ujier, que en efecto acababa de anunciar al ministro de la policía.
—Sí, señor, el barón de Dandré —repuso el ujier.
—Justamente —repuso Luis XVIII con imperceptible sonrisa—. Entre, barón, entre, y diga al duque lo que sepa más reciente del señor de Bonaparte. No disimule la gravedad de la situación, si la tiene, sea lo que fuere... Veamos: ¿es en efecto la isla de Elba un volcán pronto a vomitar sobre nosotros las llamas de la guerra: *bella, horrida bella?*
El señor Dandré se pavoneó con gracia, apoyando las manos en el respaldo de un sillón, y contestó:
—¿Se ha dignado Su Majestad a pasar los ojos por mi informe de ayer?
—Sí, sí, pero dígaselo al conde, dígale lo que reza este informe, que no puede encontrar. Explíquele lo que hace el usurpador en su isla.
—Señor —dijo el barón al conde—, todos los vasallos de Su Majestad deben de regocijarse con las noticias que tenemos de la isla de Elba. Bonaparte...
Y el señor Dandré fijó los ojos en Luis XVIII, que, ocupado en escribir una nota, no levantó la cabeza.
—Bonaparte —continuó el barón— se aburre mucho, y pasa los días de sol a sol viendo trabajar a los mineros de Porto-Longonne.
—Y se rasca para distraerse —añadió el monarca.
—¿Se rasca? —preguntó el conde—; ¿qué quiere decir Su Majestad?
—¿Olvide, mi querido conde, que ese coloso, ese héroe, ese semidiós sufre de una enfermedad cutánea que le consume?
—Y hay más, señor conde —continuó el ministro de policía—: estamos casi seguros de que dentro de poco tiempo estará loco.
—¿Loco?
—De remate; su cabeza se debilita. Tan pronto llora a mares como ríe a carcajadas. Otras veces se pasa las horas muertas arrojando al agua piedrecitas, y al verlas rebotar en la superficie se queda tan satisfecho como si hubiera ganado otro Marengo, o un nuevo Austerlitz. No me negará que estos son síntomas de locura.

—O de sobrado juicio, señor barón —dijo Luis XVIII riendo—; arrojando piedrecitas a la mar se solazaban los grandes capitanes del tiempo antiguo. Lea si no en Plutarco la vida de Escipión el Africano.

A la vista de estos dos hombres tan tranquilos, el señor de Blacas vaciló unos instantes; porque Villefort no había querido decirle todo lo que sabía, sino lo que bastaba a alarmarle, para no perder todo el valor de su secreto.

—Vamos, vamos, Dandré —dijo Luis XVIII—, Blacas aún no está convencido. Cuéntele la conversión del usurpador.

El ministro de policía se inclinó.

—¿Conversión del usurpador? —murmuró el conde mirando al rey y a Dandré—. ¿El usurpador se ha convertido?

—Del todo, querido conde.

—Pero ¿a qué?

—A los buenos principios. Vamos, explíqueselo, barón.

—Escuche, pues... —dijo el ministro con mucha gravedad—. Hace unos días, ha pasado Napoleón una revista, en que dos o tres de sus viejos gruñones, como él los llama, manifestaron deseos de volver a Francia, en lo que consintió exhortándoles a servir a su buen rey. Tales fueron sus propias palabras, señor conde, lo sé de buena tinta.

—Y ahora, Blacas, ¿qué dirá usted? —exclamó el triunfante monarca dejando de compulsar el volumen que tenía abierto delante de él.

—Digo, señor, que o el ministro de policía o yo nos equivocamos; pero como es imposible que el equivocado sea él, que tiene el cargo de velar por Su Majestad, es más probable que yo lo sea. No obstante, señor, yo en su lugar interrogaría por mí mismo a la persona que aludo; y por mi parte insistiré en que siga Su Majestad este consejo.

—Enhorabuena, conde. Preséntemelo y lo recibiré; pero con las armas en la mano. Señor ministro, ¿tiene algún parte de fecha más moderna que este, que es del 20 de febrero y estamos a 3 de marzo?

—No, señor; pero lo estaba esperando de un momento a otro,

cuando salí esta mañana, y es posible que haya llegado durante mi ausencia.

—Vaya, pues, a la prefectura, y si no ha llegado..., ejem..., ejem... —dijo riendo Luis XVIII—, invente uno. ¿Sería la primera vez...? ¿Eh?

—¡Oh, señor! —dijo el ministro—, a Dios gracias, nada hay que inventar en cuanto a eso; porque todos los días nos llueven denuncias, y muy detalladas, de infelices que creen hacer un servicio y esperan que se les pague. La mayor parte ve visiones; pero esperan que la casualidad las convierta hoy o mañana en realidad.

—Está bien, vaya, y tenga en cuenta que lo espero —dijo el rey Luis XVIII.

—No haré sino ir y volver. Antes de diez minutos estoy de vuelta.

—Yo, señor, voy en busca de mi mensajero —dijo el señor de Blacas.

—Espere, espere un instante —respondió Luis XVIII—. A decir verdad, conde, debo cambiarle las armas del escudo: pondré desde ahora un águila volando con una presa entre sus garras que pugna en vano por escapársele, y esta divisa: Tenax.

—Ya escucho, señor —dijo impaciente el señor de Blacas.

—Quería consultarle sobre este pasaje: *Molli fugies anhelitu*..., ya sabe..., se trata del ciervo que huye del lobo. ¿No es usted cazador, y de lobos? Entonces, ¿qué le parece el *molli anhelitu?*

—¡Admirable, señor!, pero mi hombre es como el ciervo del que habla. En tres días escasos ha recorrido doscientas veinte leguas, en silla de posta.

—Buena tontería, cuando el telégrafo sin cansarse nada gasta tres o cuatro horas solamente.

—¡Ah, señor!, qué mal paga a ese pobre joven, que viene tan apresurado a dar a Su Majestad un aviso útil. Aunque no sea sino por el señor de Salvieux que me lo recomienda, le ruego que lo reciba bien.

—¿El señor de Salvieux, el chambelán de mi hermano?

—El mismo.

—Está efectivamente en Marsella.

—Desde allí me ha escrito,
—¿Le habla también de esa conspiración?
—No; pero me recomienda al señor de Villefort, encargándome que lo traiga a la presencia de Su Majestad.
—¡El señor de Villefort! —exclamó el rey—. ¿Ese mensajero es el señor de Villefort?
—Sí, señor.
—¿Y es el que viene de Marsella?
—En persona.
—¿Por qué no me dijo su nombre desde un principio? —exclamó el rey, cuyo semblante reflejó de repente cierto aire de inquietud.
—Creía que le era desconocido.
—No, no, Blacas; es un hombre de talento, de miras elevadas y sobre todo ambicioso. Me parece que usted conoce de nombre a su padre.
—¿A su padre?
—Sí, a Noirtier.
—¿Noirtier, el girondino? ¿Noirtier, el senador?
—Exacto.
—¡Y Su Majestad emplea al hijo de semejante hombre!
—Blacas, amigo mío, usted no sabe vivir. ¿No le dije que Villefort es ambicioso? Por medrar sacrificará hasta a su padre.
—Entonces ¿le traigo?
—En seguida, en seguida... ¿Dónde está?
—Debe de esperarme abajo, en su carruaje.
—Vaya a buscarle.
—Voy en seguida.
El conde salió de la cámara con la rapidez de un joven, porque su sincero realismo le prestaba el ardor propio de los veinte años, y se quedó Luis XVIII solo, volviendo a hojear el libro entreabierto y murmurando:
—*Justum et tenacem propositi virum.*
Con la misma rapidez volvió el señor de Blacas; pero en la antecámara se vio obligado a invocar la autoridad del rey, porque el traje empolvado y no conforme a la etiqueta de Villefort alarmó al señor de Brezé, que no comprendía cómo un hombre pudiera

atreverse a presentarse al rey de aquella manera.

Pero el conde allanó todos los obstáculos con esta sola frase: *Por orden de Su Majestad;* y a pesar de cuantas reflexiones hizo el maestro de ceremonias, penetró Villefort en la cámara regia.

El rey se hallaba sentado donde le dejara Blacas, por lo que al abrir la puerta Villefort se halló frente a frente del monarca. En el primer momento, el joven magistrado se detuvo, titubeando.

—Entre, señor de Villefort —le dijo el rey—, entre.

Saludó el sustituto adelantándose algunos pasos y esperando que le interrogaran.

—Señor de Villefort —continuó Luis XVIII—, asegura el señor de Blacas que tiene que hacernos importantes revelaciones.

—Señor, el conde tiene razón, y espero que Su Majestad se la dará también por su parte.

—Pero, ante todo, dígame, ¿es en su opinión el mal tan grave como me lo quieren hacer creer?

—Señor, yo lo creo gravísimo, pero no irreparable, gracias a mis precauciones. Así lo espero.

—Hable, hable todo lo que quiera, caballero —dijo el rey, que empezaba a contagiarse del temor del señor Blacas y del que revelaba también la voz de Villefort—; hable y, sobre todo, comience por el principio, porque me gusta el orden en todas las cosas.

—Señor —dijo Villefort—, haré a Su Majestad una relación muy fiel del asunto; pero suplicándole de paso que disculpe la oscuridad que acaso ponga en mis palabras mi presente turbación.

Una mirada del rey después de este exordio insinuante, aseguró a Villefort de que se le escuchaba con benevolencia.

—Señor —continuó—, he venido a París con toda la celeridad posible, a anunciar a Su Majestad que en el ejercicio de mis funciones he descubierto, no una de esas conspiraciones vulgares e insignificantes, como las que se urden todos los días, así por el ejército como por las gentes del pueblo, sino una verdadera conspiración que amenaza nada menos que al trono de Su Majestad. Señor, el usurpador se ocupa en armar tres navíos: medita un proyecto, insensato quizá, pero por esto mismo, terrible. En estos momentos debe de haber salido de la isla de Elba, ignoro

en qué dirección, pero seguramente intentará un desembarco en Nápoles, en las costas de Toscana, o quizás en nuestro mismo suelo. Su Majestad no ignora que el soberano de la isla de Elba mantiene aún relaciones con Italia y con Francia.

—Sí, lo sé, caballero —dijo el rey muy conmovido—, y hace poco nos avisaron de que en la calle de Santiago se efectuaban reuniones bonapartistas. Pero continúe, se lo ruego. ¿Cómo obtuvo esas noticias?

—Son el resultado de un interrogatorio que hice a un hombre de Marsella a quien de mucho tiempo atrás vigilaba. Lo hice detener el mismo día de mi marcha. Aquel hombre, marino revoltoso, y bonapartista acérrimo, ha ido a la isla de Elba secretamente, donde el gran mariscal le encargó una misión verbal para cierto bonapartista de París, cuyo nombre no he podido arrancarle: esta misión se reducía a encargar al bonapartista que preparase los ánimos a una restauración (tenga presente, señor, que copio el interrogatorio), restauración que no puede menos de estar próxima.

—¿Y qué ha sido de ese hombre? —preguntó Luis XVIII.

—Está preso, señor.

—Así, pues, ¿le parece tan grave el asunto?

—Tan grave, señor, que la primera noticia me sorprendió en una fiesta de familia, el día de mi compromiso, y lo he abandonado todo en el mismo momento para venir a demostrar a Su Majestad mis temores y mi adhesión.

—Es cierto —dijo Luis XVIII—. ¿No existía un proyecto de matrimonio entre usted y la señorita de Saint Meran?

—Hija de uno de los más fieles servidores de Su Majestad.

—Sí, sí; pero volvamos a ese complot, señor de Villefort.

—Temo que sea más que un complot, una conspiración.

—Una conspiración en estos tiempos —repuso sonriendo Luis XVIII—, es cosa muy fácil de proyectar, pero difícil de llevar a cabo, porque restablecidos como quien dice ayer en el trono de nuestros abuelos, estamos amaestrados por el presente, por el pasado y para el porvenir. De diez meses a esta parte redoblan mis ministros su vigilancia en el litoral del Mediterráneo. Si desembarcara Napoleón en Nápoles, antes de que llegase a Piombino, se levantarían en

masa los pueblos coaligados; si desembarca en Toscana, aquel país es su enemigo; si en Francia, ¿quién le seguiría?: un puñado de hombres, y fácilmente le haríamos desistir de su intento, mayormente cuando tanto le aborrece el pueblo. Tranquilícese pues, caballero; mas no por eso esté menos seguro de nuestra real gratitud.

—Aquí está el señor barón de Dandré —exclamó en esto el conde de Blacas.

En efecto, en este mismo instante asomaba en la puerta el ministro de policía, pálido y tembloroso: sus miradas vacilaban como si estuviese a punto de desmayarse.

Villefort dio un paso para salir; pero le retuvo un apretón de manos del señor de Blacas.

Capítulo once: El ogro de Córcega

Al contemplar aquel rostro tan alterado, el rey Luis XVIII rechazó violentamente la mesa a que estaba sentado.

—¿Qué le pasa, señor barón? —exclamó—. ¡Está turbado y vacilante! ¿Tiene alguna relación eso con lo que decía el conde de Blacas, y lo que acaba de confirmarme el señor de Villefort?

Por su parte el conde de Blacas se acercó también al barón; pero el miedo del cortesano impedía el triunfo del orgullo del hombre. En efecto, en aquella sazón era más ventajoso para él verse humillado por el ministro de policía, que humillarle en cosa de tanto interés.

—Señor... —balbució el barón.

—Acabe —dijo Luis XVIII.

Cediendo entonces el ministro de policía a un impulso de desesperación, corrió a postrarse a los pies del rey, que dio un paso hacia atrás frunciendo las cejas.

—¿No hablará? —dijo.

—¡Oh, señor! ¡Qué espantosa desgracia! ¿No soy digno de lástima? Jamás me consolaré.

—Caballero —dijo Luis XVIII—, le mando que hable.

—Pues bien, señor, el usurpador ha salido de la isla de Elba el 26 de febrero, y ha desembarcado el 1 de marzo.

—¿Dónde? —preguntó el rey vivamente.

—En Francia, señor, en un puerto cercano a Antibes, en el golfo Juan.

—¡Cómo! El usurpador ha desembarcado en Francia, cerca de Antibes, en el golfo Juan, a doscientas cincuenta leguas de París el día 1 de marzo, y hasta hoy, 3, no sabe esta noticia... ¡Eso es imposible, caballero! Le han informado mal o está loco.

—¡Ay, señor! Ojalá fuera como dice.

Hizo Luis XVIII un inexplicable gesto de cólera y de espanto, levantándose de repente como si este golpe imprevisto le hiriese a la par en el corazón y en el rostro.

—¡En Francia! —exclamó—. ¡El usurpador en Francia!, pero ¿no se vigilaba a ese hombre? ¿Quién sabe si estarían de acuerdo con él?

—¡Oh, señor! —exclamó el conde de Blacas—, a una persona como el barón de Dandré no se le puede acusar de traición. Todos estábamos ciegos, alcanzando también nuestra ceguera al ministro de policía. Este es todo su crimen.

—Pero... —dijo Villefort, y repuso al momento reportándose—. Perdón, señor, perdón, mi celo me hace audaz. Dígnese Su Majestad excusarme.

—Hable, caballero, hable libremente —contestó el rey Luis XVIII—. Ya que nos ha prevenido del mal, ayúdenos a buscarle el remedio.

—Todo el mundo, señor, aborrece a Bonaparte en el Mediodía; me parece que si osa penetrar en su territorio, fácilmente se logrará que la Provenza y el Languedoc se subleven contra él.

—Sin duda —dijo el ministro—; pero viene por Gap y Sisteron.

—¡Viene! —exclamó Luis XVIII—. ¿Viene a París?

El silencio del ministro equivalía a una confesión.

—¿Y cree, caballero, que podamos sublevar el Delfinado como la Provenza? —preguntó el rey a Villefort.

—Lamento infinito, señor, decir a Su Majestad una verdad cruel; pero las opiniones del Delfinado son muy diferentes de las de la

Provenza y el Languedoc. Los montañeses, señor, son bonapartistas.

—Vamos —murmuró Luis XVIII—, bien sabe lo que se hace. ¿Y cuántos hombres tiene?

—Señor, me es imposible decirlo a Su Majestad porque lo ignoro —dijo el ministro de policía.

—¡No lo sabe! ¿No le han informado de esta circunstancia? En verdad que no es importante —añadió el rey con una sonrisa irónica.

—No pude informarme, señor. El despacho anunciaba solamente el desembarco y el camino que trae el usurpador.

—¿Por qué medio ha recibido ese despacho?

El ministro bajó la cabeza, y el bochorno se pintaba en su semblante.

—Por el telégrafo, señor —dijo Dandré.

Luis XVIII dio un paso hacia atrás cruzándose de brazos, como Napoleón hubiera hecho, y dijo pálido de cólera:

—¡Así que una coalición de siete ejércitos ha derrocado a ese hombre, así que un milagro de Dios me ha restituido el trono de mis padres tras veintitrés años de exilio, así que he estudiado, sondeado y analizado en ese destierro los hombres y las cosas de esta Francia, mi tierra de promisión, para que, al llegar al goce de mis anhelos, el mismo poder de que dispongo se escape de mis manos para aniquilarme!

—Señor, es la fatalidad... —murmuró el ministro, aplastado por aquellas abrumadoras palabras.

—¿De modo que es verdad lo que murmuraban nuestros enemigos? ¿Nada hemos aprendido? ¿Nada hemos olvidado? Si me vendiesen como a él le vendieron, me consolaría; pero estar rodeado de personas encumbradas por mí, que deben velar por mí, con más cuidado que por ellas mismas, porque mi fortuna es su fortuna, porque no eran nada antes que yo subiese al trono, porque nada serán si yo caigo, y caer, y por torpeza, y por incapacidad. ¡Ah! ¡Cuánta razón tiene, señor mío, la fatalidad...!

El ministro se inclinaba bajo el peso de tan terrible anatema; Blacas se limpiaba la frente cubierta de sudor, y Villefort, viendo

crecer su importancia, estaba satisfecho en su fuero interno.

—¡Caer...! —prosiguió Luis XVIII, que de una sola mirada sondeó el abismo que amenazaba tragar su trono—. ¡Caer! ¡Y saber por el telégrafo la noticia! ¡Oh!, mejor quisiera subir al cadalso de mi hermano Luis XVI, que bajar así las escaleras de las Tullerías, expuesto de ese modo al ridículo... ¿Sabe, caballero, lo que el ridículo puede en Francia? No lo sabe, aunque tenía que saberlo.

—Señor, ¡señor! —murmuró el ministro—, ¡por piedad!

—Acérquese, señor de Villefort —continuó el rey encarándose con el joven, que de pie y un tanto retirado observaba el desarrollo de esta conversación, en que se trataba el destino de un reino—, acérquese y diga a este caballero que pudo saber antes lo que no supo.

—Señor, era materialmente imposible adivinar proyectos que el usurpador ocultaba a todo el mundo.

—¡Materialmente imposible! ¡Gran palabra! Desgraciadamente hay palabras tan grandes como grandes hombres; ya las conozco a ellas y a ellos. ¡Imposible a un ministro que cuenta con una administración, con oficinas, con agentes, con gendarmes, con espías, con un millón y quinientos mil francos de fondos secretos, imposible saber lo que pasa a sesenta leguas de las costas de Francia! Pues escuche: este caballero no contaba con ninguno de tales recursos; este caballero, simple magistrado, sabía más que usted con toda su policía, y hubiese salvado mi corona a tener como usted el derecho de dirigir un telégrafo.

El ministro miró con una expresión de despecho a Villefort, que inclinó la cabeza con la modestia del triunfo.

—No lo digo por usted, Blacas —continuó Luis XVIII—, pues si bien nada ha descubierto, tuvo al menos la cordura de sospechar, y sospechar con perseverancia. Otro hombre, acaso hubiera tenido por intrascendente la revelación del señor Villefort, o por hija de una innoble ambición.

Estas palabras aludían a las que el ministro de policía pronunció tan sobre seguro una hora antes.

Villefort comprendió perfectamente al rey. Otro en su lugar acaso se desvaneciera con el humo de la alabanza; pero temió, crearse un

enemigo mortal en el ministro de policía, aunque lo tuviese por hombre perdido sin remedio. En efecto, aquel ministro que en la plenitud de su poder no supo adivinar el secreto de Napoleón, podía en sus últimos instantes de vida política descubrir el de Villefort, solamente con interrogar a Dantés. Por esto, en vez de cebarse en el caído le alargó la mano.

—Señor —dijo—, la rapidez de este suceso debe probar a Su Majestad que solo Dios podía impedirlo. Lo que Su Majestad achaca en mí a una perspicacia notable, es hijo del azar pura y simplemente. Lo he aprovechado como un servidor fiel, y nada más. No me conceda mérito mayor que el que tengo, para no verse obligado a recobrar la primera opinión que se formó de mí.

El ministro de policía, agradecido, dirigió al joven una elocuente mirada, con lo que conoció Villefort que había logrado su deseo, es decir, que sin perder la gratitud del rey, acababa de ganar un amigo con quien podía contar siempre.

—Está bien —dijo Luis XVIII.

Y añadió luego, volviéndose al ministro de policía y al señor de Blacas:

—Pueden retirarse, señores. Lo que hay que hacer ahora atañe al ministro de la Guerra.

—Afortunadamente —dijo el señor de Blacas—, podemos contar con la marina, Su Majestad sabe cuán adicta es a su gobierno, según todos los informes.

—No me hable, conde, de informes, que ya sé la confianza que puedo poner en ellos. Y a propósito de informes, señor barón, ¿ha sabido algo nuevo sobre el asunto de la calle de Santiago?

—¡El asunto de la calle de Santiago! —exclamó el sustituto sin poder reprimir una exclamación.

Pero en seguida repuso:

—Perdón, señor, si mi adhesión a Su Majestad hace que me olvide, no del respeto que le debo, que ese está grabado profundamente, en mi corazón, sino de la etiqueta de palacio.

—Diga y haga lo que quiera, caballero —respondió el rey Luis XVIII —; en esta ocasión ha adquirido el derecho de interrogar.

—Señor —respondió el ministro de policía—, venía justamente

ahora a comunicar a Su Majestad las últimas noticias que he adquirido sobre el asunto que nos ocupa. La muerte del general Quesnel nos va a dar el hilo de un gran complot.

El nombre del general Quesnel hizo estremecer a Villefort.

—En efecto, señor —prosiguió el ministro de policía—, todo induce a creer que esta muerte no ha sido un suicidio, como al principio creía todo el mundo, sino un asesinato. Cuando desapareció, salía, al parecer, el general Quesnel de un club bonapartista. Un hombre desconocido le fue a buscar aquella misma mañana, citándole en la calle de Santiago: desgraciadamente el ayuda de cámara del general, que le estaba peinando al entrar el desconocido en el gabinete, aunque recuerda bien que la calle era la de Santiago, no se acuerda del número de la casa.

A medida que el ministro daba estos pormenores al rey, Villefort, como pendiente de sus labios, mudaba instantáneamente de color.

El monarca se volvió hacia él.

—¿No supone como yo, señor de Villefort, que el general, a quien se tenía justamente por adicto al usurpador, pero que en el fondo era todo mío, haya muerto víctima de una venganza bonapartista?

—Es probable, señor —respondió Villefort—; pero ¿no se conocen más detalles?

—Hemos dado con el hombre de la cita, y se le sigue la pista.

—¡Se le sigue la pista! —repitió el sustituto.

—Sí; el ayuda de cámara dio sus señas. Es un hombre de cincuenta o cincuenta y dos años; moreno, ojos negros, cejas espesas y bigote. Lleva un levitón azul abotonado, y en un ojal la insignia de oficial de la Legión de Honor. Ayer la policía siguió a un individuo exactamente igual en todo a ese sujeto; pero le perdió de vista en la esquina de la calle de Coq-Heron.

Villefort tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón, porque a medida que el ministro hablaba, se negaban sus piernas a sostenerlo; pero cuando supo que el desconocido había escapado al agente que le seguía, respiró a sus anchas.

—Busque a ese hombre, caballero —dijo el rey al ministro de policía—, porque si es verdad, como todo hace suponer, que el general Quesnel que tan útil nos hubiera sido en estas

circunstancias, ha caído bajo el puñal de un asesino, bonapartistas o no, quiero que los criminales sean castigados como se merecen.

Villefort necesitó de toda su sangre fría para no dejar traslucir los terrores que le inspiraban estas palabras del rey.

—¡Cosa extraña! —prosiguió el rey, como bromeando—; la policía cree haberlo dicho todo cuando dice: se ha cometido un asesinato; y haberlo hecho todo cuando añade: he encontrado la pista de los culpables.

—Señor, confío en que Su Majestad quede satisfecho esta vez.

—Ya veremos. No quiero entretenerlo más, barón; vaya a descansar, señor de Villefort, que debe estar muy fatigado del viaje. ¿Se aloja en casa de su padre?

Villefort se turbó visiblemente.

—No, señor —dijo—. Me hospedo en el hotel de Madrid, situado en la calle de Tournon.

—Pero supongo que lo habrá visto.

—Señor, en cuanto llegué fui a buscar al conde de Blacas.

—Pero ¿le verá?

—Ni siquiera trataré de hacerlo.

—¡Ah!, es justo —dijo el rey sonriéndose como para probar que todas sus preguntas encerraban intención—; me olvidaba de que está algo enfadado con el señor Noirtier, nuevo sacrificio a la causa real, que debo recompensarle.

—La bondad con que me trata Su Majestad es ya recompensa sobre todos mis deseos, que nada más tengo que pedir al rey.

—No importa, caballero, le tendremos presente, descuide, entretanto, esta cruz...

Y quitándose el rey la cruz de la Legión de Honor que solía llevar en el pecho cerca de la cruz de San Luis, y por encima de las placas de la orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo y de San Lázaro, se la dio a Villefort, que repuso:

—Señor, Su Majestad se equivoca, esta cruz es de oficial.

—Tómela, a fe mía, sea la que fuere —dijo el rey—, que no tengo tiempo para pedir otra. Blacas, haga que extiendan el diploma al señor de Villefort.

Los ojos de este se humedecieron con una lágrima de orgullosa

alegría; tomó la cruz y la besó.

—¿Qué órdenes —dijo— tiene Su Majestad que darme en este momento?

—Descanse el tiempo que le haga falta, y tenga presente que si en París no puede servirme en nada, en Marsella puede ser muy al contrario.

—Señor —respondió inclinándose Villefort—, dentro de una hora habré salido de París.

—Marche, caballero —dijo el rey—, y si yo lo olvidase, que los reyes son desmemoriados, no tema el hacerse recordar... Señor barón, ordene que busquen al ministro de la Guerra. Blacas, quédese.

—¡Ah, señor! —dijo al magistrado el ministro de policía, cuando salieron de palacio—. ¡Entre con buen pie: su fortuna es cosa hecha!

—¿Durará mucho? —murmuró el magistrado saludando al ministro, cuya fortuna se deshacía, y buscando con los ojos un coche para volver a su casa.

A una seña de Villefort se acercó un coche, a cuyo conductor dio las señas de su casa, lanzándose al fondo en seguida, donde se entregó a sus sueños ambiciosos.

Diez minutos más tarde, el magistrado estaba ya en su casa, y mandó que le sirviesen el almuerzo y que preparasen los caballos para dentro de dos horas.

Iba ya a sentarse a la mesa, cuando sonó fuertemente la campanilla, como agitada por una mano vigorosa. El ayuda de cámara fue a abrir, y Villefort pudo oír que pronunciaban su nombre.

—¿Quién puede saber que estoy en París? —murmuró.

En este momento entró el ayuda de cámara.

—¿Y bien? —le dijo Villefort—. ¿Quién ha llamado? ¿Quién pregunta por mí?

—Una persona que no quiere decir su nombre.

—¡Una persona que no quiere decir su nombre! ¿Y qué quiere?

—Desea hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, señor.

—¿Ha dado mis señas? ¿Sabe quién soy yo?
—Indudablemente.
—¿Qué aspecto tiene?
—Es un hombre de unos cincuenta años.
—¿Alto? ¿Bajo?
—De la estatura del señor, sobre poco más o menos.
—¿Blanco o moreno?
—Muy moreno; de cabellos, ojos y cejas negros.
—¿Y cómo va vestido? —preguntó vivamente el magistrado.
—Una levita azul, abotonada hasta arriba, con la roseta de la Legión de Honor.
—¡Él es! —murmuró Villefort palideciendo.
—¡Diablos! —dijo asomando en la puerta el hombre que hemos descrito ya dos veces—. ¡Diablos! ¡Qué conducta tan extraña! ¿Así hacen en Marsella esperar los hijos a sus padres en la antecámara?
—¡Padre mío...! —exclamó el sustituto—, no me equivoqué..., sospechaba que fuese usted.
—Si lo sospechabas —contestó el recién llegado dejando el bastón en un rincón y el sombrero en una silla—, permíteme entonces, querido Gerardo, hacerte ver que has obrado mal haciéndome esperar.
—Déjenos, Germán —dijo Villefort.
El criado se retiró, y se veía que le sorprendía lo ocurrido.

Capítulo doce:
Padre e hijo

El señor Noirtier, porque, en efecto, era él quien acababa de llegar, siguió con la vista al criado hasta que cerró la puerta, y luego, sin duda receloso de que se quedase a escuchar en la antecámara, la volvió a abrir por su propia mano. No fue inútil esta precaución, y la presteza con que salía Germán de la antecámara dio a entender que no estaba puro del pecado que perdió a nuestro primer padre. El señor Noirtier se tomó entonces el trabajo de cerrar por sí mismo

la puerta de la antecámara, y echando el cerrojo a la de la alcoba, se acercó, tendiéndole la mano, a Villefort, que aún no había dominado la sorpresa que le causaban aquellas operaciones.

—¿Sabes, querido Gerardo —le dijo mirándolo de una manera indefinible—, sabes que me parece que no te alegras mucho de verme?

—Padre mío —respondió Villefort—, me alegro con toda el alma; pero no esperaba su visita y me ha sorprendido.

—Mas ahora que caigo en ello —respondió el señor Noirtier—, que yo le podría decir otro tanto. Me anuncia desde Marsella su compromiso para el 28 de febrero, ¡y está en París el 3 de marzo!

—No se queje, padre mío, de mi estancia en París —dijo Gerardo acercándose al señor Noirtier—. He venido por usted, y mi viaje puede salvarlo.

—¿De veras? —dijo el señor Noirtier acomodándose en un sillón —; ¿de veras? Cuénteme eso, señor magistrado, que debe de ser cosa curiosa.

—¿Ha oído hablar, padre mío, de cierto club bonapartista de la calle de Santiago?

—¿Número 53? ¡Ya lo creo! Como que soy su vicepresidente.

—Su sangre fría me hace temblar, padre.

—¿Qué quieres? Quien ha sido proscrito por la Montaña, quien ha huido de París en un carro de heno, quien ha corrido por las Landas de Burdeos perseguido por los sabuesos de Robespierre, se acostumbra a todo en esta vida. Sigue. ¿Qué ha pasado en ese club de la calle de Santiago?

—Lo que ha pasado es que han citado a él al general Quesnel, y este, que salió a las nueve de la noche de su casa, ha sido hallado muerto en el Sena.

—¿Y quién le contó esa historia?

—El mismo rey, señor.

—Pues a cambio de ella voy a darle una noticia —prosiguió Noirtier.

—Supongo que ya sé de qué se trata.

—¡Ah! ¿Sabe el desembarco de Su Majestad el emperador?

—¡Silencio, padre! Se lo suplico por usted y por mí. Ya sabía yo

esa noticia, y aún antes que usted, porque hace tres días que bebo los vientos desde Marsella a París, rabioso por no poder apartar de mi imaginación esa idea que me la trastorna.

—¡Hace tres días! ¿Está loco? Hace tres días no se había embarcado todavía el emperador.

—No importa. Yo sabía su intento.

—¿Cómo?

—Por una carta que le dirigían a usted desde la isla de Elba.

—¿A mí?

—A usted: la he sorprendido, así como al mensajero. Si aquella carta hubiera caído en otras manos, quizás estaría fusilado a estas horas, padre mío.

El señor Noirtier se echó a reír.

—No parece —dijo— sino que la restauración haya aprendido del imperio el modo de dar remate pronto a los asuntos. ¡Fusilado! ¿Adónde vamos a parar? ¿Y qué es de esa carta? Le conozco bien para temer que haya dejado de destruirla.

—La quemé, temeroso de que hubiese en el mundo un solo fragmento; porque aquella carta era su perdición.

—Y la pérdida de su carrera —repuso fríamente Noirtier—. Ya lo comprendo todo; pero no hay por qué temer, pues me protege por su interés.

—Más que eso aún: lo salvo.

—¡Vaya, vaya! El interés dramático sube de punto. Explíquese.

—Volvamos a hablar del club de la calle de Santiago.

—Parece que el tal club ocupa mucho a la policía. Si lo buscasen mejor ya darían con él.

Ya han dado con la pista.

—Esa es la frase sacramental. Cuando la policía no ve más allá de sus narices en un asunto, asegura que ha dado con la pista; y con esto espera el gobierno tranquilamente a que venga a decirle con las orejas gachas: he perdido la pista.

—Sí, pero encontró un cadáver. Al general le han matado y en todas partes del mundo se llama eso un asesinato.

—¿Un asesinato dice? ¿Quién prueba que el general ha sido víctima de un asesinato? Todos los días se encuentran en el Sena

cadáveres de desesperados o de personas que no saben nadar.

—Sabe muy bien, padre mío, que el general no se ha suicidado, así como que en el mes de enero nadie se baña. No, no, no se engañe a usted mismo. Su muerte está bien calificada de asesinato.

—¿Y quién la califica así?

—El propio rey.

—¿El rey? Lo tenía por filósofo: ¿cómo cree que en política haya asesinatos? En política, querido mío, y usted lo sabe tan bien como yo, no hay hombres, sino ideas; no sentimientos, sino intereses; en política no se mata a un hombre, sino se allana un obstáculo. ¿Quiere que le diga cómo ha acaecido lo del general Quesnel? Pues voy a decírselo. Creíamos poder contar con él, y aun nos lo habían recomendado de la isla de Elba. Uno de nosotros fue a su casa a invitarlo para que asistiera a una reunión de amigos en la calle de Santiago. Accede a ello, se le descubre el plan, la fuga de la isla de Elba, el desembarco, todo en fin; y cuando lo sabe, cuando ya nada le queda por saber, nos declara que es realista. Entonces nos miramos unos a otros; le hacemos jurar, pero jura de tan mala gana que parecía como si tentase a Dios... Pues oye, a pesar de esto, se le deja salir en libertad, en libertad absoluta... Si no ha vuelto a su casa..., ¿qué sé yo? Habrá errado el camino, porque él se separó de nosotros sano y salvo. ¡Asesinato dice! Me sorprende en verdad, Villefort, que usted, sustituto del procurador del rey, base una acusación en tan malas pruebas. ¿Me ha ocurrido nunca a mí, cuando cumpliendo su deber de realista corta la cabeza a uno de los míos, me ha ocurrido nunca el ir a decirle: ha cometido un asesinato? No, sino que le he dicho: bien, muy bien; mañana tomaremos el desquite.

—Pero tenga en cuenta, padre mío, que cuando nosotros la tomemos será terrible.

—No lo comprendo.

—¿Usted cuenta con la vuelta del usurpador?

—Confieso que sí.

—Pues se engaña. No avanzará diez leguas al corazón de Francia, sin verse perseguido y acosado como un animal feroz.

—Mi querido amigo, el emperador está ahora camino de Grenoble;

el día 10 o 12 llegará a Lyon, y el 20 o 25, a París.

—Los pueblos van a sublevarse en masa.

—En su favor.

—Solo trae algunos hombres y se enviarán ejércitos numerosos contra él.

—Que le escoltarán el día de su entrada en la capital. En verdad, querido Gerardo, que es usted un niño todavía, pues se cree bien informado porque el telégrafo dice con tres días de atraso: “El usurpador ha desembarcado en Cannes con algunos hombres. Ya se le persigue”. Sin embargo, ignora lo que hace y la posición que ocupa. Ya se le persigue, es el *non plus* de sus noticias. Si son ciertas se le perseguirá hasta París sin quemar un cartucho.

—Grenoble y Lyon son dos ciudades fieles que le opondrán una barrera infranqueable.

—Grenoble le abrirá sus puertas con entusiasmo, y Lyon le saldrá al encuentro en masa. Créame: estamos tan bien informados como ustedes, y nuestra policía vale tanto como la suya... ¿Quiere que se lo pruebe? Intentaba ocultarme su llegada y sin embargo la he sabido a la media hora. A nadie sino al cochero dio las señas de su casa, y no obstante yo las sé, pues que llego precisamente cuando se iba a sentar a la mesa. A propósito, pida otro cubierto y almorzaremos juntos.

—En efecto —respondió Villefort mirando a su padre con asombro—; en efecto está bien informado.

—Es muy natural. Ustedes están en el poder, no disponen de otros recursos que los que procura el oro, mientras nosotros, que esperamos el poder, disponemos de los que proporciona la adhesión.

—¿La adhesión? —repuso riendo Villefort.

—Sí, la adhesión, que así en términos decorosos se llama a la ambición que espera.

Y diciendo esto Noirtier alargó la mano al cordón de la campanilla para llamar al criado, viendo que su hijo no le llamaba; pero este le detuvo, diciéndole:

—Espere, padre mío, escuche una palabra.

—Dígala.

—A pesar de su torpeza, la policía realista sabe una cosa terrible.
—¿Cuál?
—La descripción del hombre que se presentó en casa del general Quesnel la mañana del día en que desapareció.
—¡Ah! ¿Conque sabe eso? ¡Miren la policía! ¿Y cuál es su descripción?
—Tez morena, cabellos, ojos y patillas negros, levitón azul abotonado hasta la barba, roseta de oficial de la Legión de Honor, sombrero de alas anchas y bastón de junco.
—¡Vaya! ¿Conque se sabe eso? —dijo Noirtier—. ¿Y por qué no le ha echado el guante?
—Porque ayer le perdió de vista en la esquina de la calle de Coq-Heron.
—¡Cuando yo le digo que es estúpida la policía!
—Sí, pero de un momento a otro puede dar con él.
—Sí, si no estuviese sobre aviso —dijo Noirtier mirando a su alrededor con la mayor calma—; pero como lo está, va a cambiar de rostro y de traje.
Y levantándose al decirlo, se quitó el levitón y la corbata, tomó del neceser de su hijo, que estaba sobre una mesa, una navaja de afeitar, se enjabonó la cara, y con mano firme se quitó aquellas patillas negras que tanto le comprometían.
Su hijo le miraba con un terror que tenía algo de admiración.
Cortadas las patillas, se peinó Noirtier de modo diferente, cambió su corbata negra por otra de color que había en una maleta abierta, su gabán azul cerrado, por otro de su hijo de color claro, observó ante el espejo si le sentaría bien el sombrero de alas estrechas de Villefort, y dejando el bastón de junco en el rincón de la chimenea donde lo había puesto agitó en su nerviosa mano un ligerísimo junco del cual Villefort se servía para presentarse y andar con desenvoltura, que era una de sus principales cualidades distintivas.
—¿Y ahora crees que me reconocerá la policía? —preguntó volviéndose hacia su estupefacto hijo.
—No, señor —balbució el sustituto—. Por lo menos, así lo espero.
—Encomiendo a la prudencia —prosiguió Noirtier— estos trastos que dejo aquí.

—¡Oh! Vaya tranquilo, padre mío —respondió Villefort.
—Ya lo creo. Oye: empiezo a comprender que en efecto puedes haberme salvado la vida; pero, anda, que muy pronto te lo pagaré.
Villefort inclinó la cabeza.
—Creo que se engaña, padre mío.
—¿Volverás a ver al rey?
—¿Quieres pasar a sus ojos por profeta?
—Los profetas de desgracias no son en la corte bien recibidos, padre.
—Pero a la corta o a la larga se les hace justicia. En el caso de una segunda restauración pasarás por un gran hombre.
—¿Y qué he de decir al rey?
—“Señor, le engañan acerca del espíritu reinante en Francia, y en las ciudades y en el ejército. Al que en París llaman el ogro de Córcega, al que se llama todavía en Nevers el usurpador, se llama ya en Lyon Bonaparte, y el emperador en Grenoble. Se lo imagina fugitivo, acosado, y en realidad vuela como el águila de sus banderas. Sus soldados, que creen muertos de hambre y de fatiga, dispuestos a desertar, se multiplican como los copos de nieve en torno del alud que cae. Parta, señor, abandone Francia a su verdadero dueño, al que no la ha comprado, sino conquistado; parta, señor, y no porque esté en peligro, que él es bastante poderoso para no tocarle el pelo de la ropa; sino porque sería una mengua para un nieto de San Luis, deber la vida al hombre de Arcolea, de Marengo de Austerlitz”. Dile esto, Gerardo..., o mejor será que no le digas nada. Disimula tu viaje a todo el mundo; no te vanaglories de lo que has venido a hacer, ni de lo que hiciste en París; si has bebido los vientos a la venida, devóralos a la vuelta, entra en tu casa de modo que nadie lo sospeche y en particular sé desde ahora humilde, inofensivo, astuto; porque te juro que obraremos como aquel que conoce a sus enemigos y es fuerte de suyo. Ve, ve, mi querido Gerardo, que con obedecer las órdenes paternales, o mejor dicho, si quieres, con atender a los consejos de un amigo, te sostendremos en tu destino. Así podrás —añadió Noirtier sonriendo—, salvarme por segunda vez si la rueda de la fortuna política te vuelve a levantar y a bajarme a mí. Adiós, mi

querido Gerardo: en el primer viaje que hagas, ven a parar en mi casa.

Y con esto se marchó tranquilo, como no había dejado de estarlo un solo momento durante esta conversación, mientras que Villefort, pálido y agitado, corrió a la ventana, desde donde lo pudo ver pasar impasible entre dos o tres hombres de mala traza, que emboscados detrás de la esquina, y en los portales, esperaban quizás al de las patillas negras, el gabán azul y el sombrero de alas anchas, para echarle el guante.

Villefort permaneció de pie y lleno de ansiedad, hasta que, viéndole desaparecer en la encrucijada de Bussy, se precipitó sobre el malhadado traje, ocultó en el fondo de su maleta el levitón azul y la corbata negra, aplastó el sombrero escondiéndolo debajo de un armario, hizo pedazos el bastón arrojándolos al fuego, y poniéndose la gorra de viaje llamó al ayuda de cámara, vedándole con un gesto las mil preguntas que este ansiaba hacer; le pagó la cuenta y se precipitó al carruaje que ya le estaba aguardando. En Lyon supo que Bonaparte acababa de entrar en Grenoble, y participando de la agitación que reinaba en los pueblos del tránsito llegó a Marsella henchida el alma con las angustias con que la ambición y los primeros medros suelen envenenarla.

Capítulo trece:
Los cien días

El señor Noirtier resultó un profeta verídico. Tal cual los auguró pasaron los sucesos. Todo el mundo conoce lo de la vuelta de la isla de Elba, suceso extraño, milagroso, que no tiene ejemplo en lo pasado ni tendrá imitadores en lo porvenir, probablemente.

Luis XVIII no trató de parar golpe tan duro sino con mucha parsimonia. Su desconfianza de los hombres le hacía desconfiar de los acontecimientos. El realismo, o mejor dicho, la monarquía restaurada por él vaciló en sus cimientos mal afirmados aún; un solo gesto del emperador acabó de demoler el caduco edificio, mezcla

heterogénea de preocupaciones y de nuevas ideas. Villefort no alcanzó de su rey sino aquella gratitud inútil a la sazón y hasta peligrosa, y aquella cruz de la Legión de Honor, que tuvo la prudencia de no enseñar a nadie, aunque el señor de Blacas le envió el diploma a vuelta de correo, cumpliendo la orden de Su Majestad.

Napoleón hubiera destituido a Villefort, de no protegerle Noirtier, que gozaba de mucha influencia en la corte de los Cien Días, tanto por los peligros que había corrido, como por los servicios que había prestado. El girondino del 93, el senador de 1806, protegió pues a su protector de la víspera; tal como se lo había prometido.

Durante la resurrección del imperio, resurrección que hasta a los menos avisados se alcanzaba poco duradera, se limitó Villefort a ahogar el terrible secreto que Dantés había estado en trance de divulgar.

El procurador del rey fue destituido de su cargo por sospechas de tibieza en sus opiniones bonapartistas. Sin embargo, restablecido apenas el imperio, es decir, apenas habitó Napoleón en las Tullerías que acababa de abandonar Luis XVIII, apenas lanzó sus numerosas y diferentes órdenes desde aquel gabinete que conocemos, donde encontró abierta aún y casi llena sobre la mesa de nogal la caja de tabaco del rey Luis XVIII, Marsella, a pesar del vigor de sus magistrados, empezó a dejar traslucir en su seno las chispas de la guerra civil, nunca apagadas enteramente en el Mediodía. Muy poco faltó para que las represalias fuesen algo más que cencerradas a los realistas metidos en su concha, los cuales se vieron obligados a no poder salir de su casa, porque en las calles los perseguían cruelmente si se dejaban ver.

Por un cambio natural, el naviero, que como dijimos pertenecía al partido del pueblo, llegó a ser en esta ocasión, si no muy poderoso, porque Morrel era prudente y algo tímido, como aquel que con su laborioso trabajo va amasando lentamente una fortuna, por lo menos, alentado por los bonapartistas furibundos que criticaban su moderación, se halló, repetimos, bastante fuerte para levantar la voz y hacer una reclamación, que como ya se adivinará, fue en favor de Dantés.

Villefort continuaba siendo sustituto, a pesar de la caída del procurador: su boda, aunque resuelta, se había aplazado para mejores tiempos. Si el emperador se afianzaba en el trono, necesitaba Gerardo de otra alianza, que su padre buscaría y ajustaría; pero como una segunda restauración devolviese Francia al rey Luis XVIII, crecería la influencia del marqués de Saint Meran, y la suya propia, con lo que llegara a ser la proyectada unión más ventajosa que nunca.

El sustituto del procurador del rey era el primer magistrado de Marsella, cuando una mañana se abrió la puerta de su despacho y le anunciaron al señor Morrel.

Otro cualquiera se hubiera alarmado con el solo anuncio de semejante visita; pero el sustituto era un hombre superior, que tenía, si no la práctica, el instinto de todas las cosas. Hizo aguardar al señor Morrel en la antecámara, tal como había hecho en otro tiempo, y no porque estuviera ocupado con alguien, sino porque es costumbre que se haga antesala al sustituto del procurador del rey. Hasta después de un cuarto de hora, pasado en leer tres o cuatro periódicos de diferentes colores políticos, no dio orden de que entrase el naviero, que esperaba encontrar a Villefort abatido, y le halló como seis semanas antes, firme, grave, y con esa ceremoniosa política que es la más alta de todas las barreras que separan al hombre vulgar del hombre encumbrado.

Había entrado en el despacho de Villefort convencido de que el magistrado iba a temblar a su vista, y como sucedió al revés, él fue quien se vio tembloroso y conmovido ante aquel personaje interrogador, que le esperaba con el codo apoyado en la mesa y la barba en la palma de la mano.

El señor Morrel se detuvo a la puerta. Le miró Villefort como si le costase trabajo reconocerle, y después de una larga pausa, durante la cual no hacía el digno naviero sino darle vueltas y más vueltas a su sombrero entre las manos, el sustituto dijo:

—Si no me engaño..., usted es... el señor Morrel.

—Sí, señor; el mismo —respondió Morrel.

—Acérquese, pues —prosiguió el juez, haciéndole con la mano un signo protector—; acérquese y dígame a qué debo el honor de esta

visita.

—¿No lo sospecha, caballero? —le preguntó el señor Morrel.

—No, ni remotamente; aunque eso no impide que esté dispuesto a servirle en cuanto de mí dependa.

—Todo depende de usted —repuso el naviero.

—Explíquese, pues.

—Señor —prosiguió Morrel animándose a medida que iba hablando y conociendo así lo fuerte de su posición, como la justicia de su causa—; señor, ya recordará que pocos días antes de saberse el desembarco de Su Majestad el emperador, vine a recomendar a su indulgencia a un desdichado joven, segundo de mi barco, a quien se acusaba, como seguramente recordará, se acusaba de mantener relaciones en la isla de Elba. Aquellas relaciones, entonces criminales, son hoy títulos de favor. Entonces usted servía a Luis XVIII y le castigó, caballero..., fue su deber. Hoy sirve a Napoleón, debe protegerle, porque también es su deber. Vengo a preguntarle qué ha sido de aquel joven.

Villefort hizo un violento esfuerzo para decir:

—¿Cuál es su nombre? Tenga la bondad de decírmelo.

—Edmundo Dantés.

De seguro Villefort hubiera preferido batirse en duelo a veinticinco pasos, que oír pronunciar este nombre así a boca de jarro; pero ni pestañeó.

“Con esto —dijo para sí—, nadie me podrá acusar de haber hecho una cuestión personal de la prisión de ese hombre”.

—¿Dantés? —repitió—: ¿Dice Edmundo Dantés?

—Sí, señor.

Abrió entonces Villefort un grueso libro que yacía en un cajón de su mesa, y después de hojearlo mil y mil veces, se volvió a decir al naviero, con el aire más natural del mundo:

—¿Está bien seguro de no equivocarse?

Si Morrel hubiese sido un hombre más versado en estas materias, le hubiera chocado que el sustituto del procurador del rey se dignase responderle en cosas ajenas de todo a su jurisdicción. Entonces se hubiera preguntado por qué no le hacía Villefort recurrir al registro general de cárceles, a los gobernadores de las prisiones,

o al prefecto del departamento.

Pero Morrel, que había esperado encontrar a Villefort temeroso, creía hallarle condescendiente. El sustituto lo había comprendido.

—No, caballero, no me equivoco —respondió Morrel—. Conozco hace diez años a ese joven, y hace cuatro que le tengo a mi servicio. Hace seis semanas, ¿no se acuerda?, vine a rogarle que fuera con él clemente, así como hoy vengo a rogarle que sea justo. ¡Harto mal me recibió entonces, y aún me contestó peor; que los realistas entonces trataban a la baqueta a los bonapartistas!

—¡Caballero! —respondió Villefort parando el golpe con su acostumbrada sangre fría—, yo era entonces realista porque creía ver en los Borbones no solamente los herederos legítimos del trono, sino los electos del pueblo; pero las jornadas milagrosas de que hemos sido testigos me prueban que me engañaba. El genio de Bonaparte sale vencedor. El monarca legítimo es el monarca amado.

—Enhorabuena —exclamó Morrel con su natural franqueza—; me gusta oírle hablar así, y ya pronostico buenas cosas al pobre Edmundo.

—Aguarde —repuso Villefort hojeando otro registro—: ya caigo..., ¿no es un marino que se iba a casar con una catalana? Sí..., sí..., ya recuerdo. Era un asunto muy grave.

—¿Cómo?

—¿No sabe que desde mi casa se le llevó a las prisiones del Palacio de Justicia?

—Sí; ¿y bien?

—Di cuenta a París, enviando los papeles que le hallé..., ¿qué quiere? Mi deber lo exigía. Ocho días después de su prisión me arrebataron al reo.

—¿Se lo arrebataron? —exclamó Morrel—; ¿y qué han hecho con él?

—¡Oh, tranquilícese! Seguramente habrá sido transportado a Fenestrelles, a Pignerol o a las islas de Santa Margarita..., lo que se llama deportación en lenguaje jurídico, y el día menos pensado le verá volver a tomar el mando de su buque.

—Que venga cuando quiera, le reservo su puesto. Pero ¿cómo no

ha venido ya? Me parece que el primer cuidado de la policía debió de ser poner en libertad a los presos de la justicia realista.

—Mi querido señor Morrel, esa es una acusación temeraria —respondió Villefort—. Para todo hay una fórmula legal. La orden de prisión vino de arriba y de arriba ha de venir la de ponerlo en libertad.

Ahora bien, como apenas hace quince días de la vuelta de Napoleón, todavía no es tarde.

—Pero habrá algún medio de activar el asunto, ahora que nosotros mandamos, ¿verdad? Tengo amigos y alguna influencia: puedo lograr que se eche tierra a la sentencia.

—No ha sido sentencia.

—Pues que lo borren del registro general de cárceles.

—En materia de política tampoco hay registros. Muchas veces importa a los gobiernos que un hombre desaparezca sin dejar rastro alguno. Las anotaciones del registro general podrían servir de hilo conductor al que lo buscara.

—Eso sucedería quizás en tiempo de los Borbones; pero ahora...

—En todos los tiempos sucede lo mismo, mi querido señor Morrel. Los gobiernos se suceden unos a otros imitándose siempre. La máquina penitenciaria inventada por Luis XIV sigue hoy en uso, y es muy parecida a la Bastilla. El emperador ha sido más severo al reglamentar sus prisiones que el gran rey mismo, y el número de los presos que no constan en el registro general de cárceles es incalculable.

Tanta benevolencia hubiese borrado hasta las sospechas más evidentes, que Morrel no tenía por otra parte.

—Pero, en fin, señor de Villefort —le dijo—, ¿qué le parece que haga para apresurar la vuelta del pobre Dantés?

—Una sola cosa, haga una solicitud al ministro de Justicia.

—¡Oh!, caballero, ya sabemos el destino de las solicitudes; el ministro recibe doscientas cada día y no lee cuatro.

—Sí —respondió Villefort—, pero leería una dirigida por mi conducto, recomendada al margen por mí, y remitida directamente por mí.

—¿De modo que se encargará de que llegue a sus manos esa

solicitud?

—Con mucho gusto. Dantés podía ser entonces culpable; pero ahora es inocente, y es mi deber el devolverle la libertad, como entonces lo fue quitársela.

Villefort evitaba así una requisitoria, aunque poco probable, posible; requisitoria que sin remedio lo perdería.

—¿Cómo se escribe al ministro?

—Siéntese ahí, señor Morrel —dijo Villefort levantándose y cediéndole su asiento—. Voy a dictarle.

—¿Usted tendría tanta bondad?

—Desde luego. No perdamos tiempo, que ya hemos perdido demasiado.

—Sí, caballero. Pensemos en que el pobre muchacho aguarda, sufre y quizá se desespera.

Villefort tembló al recuerdo de aquel desgraciado que lo maldeciría desde el fondo de su prisión; pero había ya avanzado mucho para retroceder. Dantés debía desaparecer ante su ambición.

—Dicte —dijo el naviero sentado en la silla de Villefort y con la pluma en la mano.

Villefort dictó entonces una instancia, en la que exageraba el patriotismo de Dantés, sus servicios a la causa bonapartista, y pintándole, en fin, como uno de los agentes más activos de la vuelta de Napoleón. Era evidente que a tal solicitud el ministro haría al punto justicia, si ya no la había hecho.

Terminada la solicitud, Villefort la volvió a leer en voz alta.

—Así está bien —dijo—. Ahora confíe en mí.

—¿Y partirá pronto esta solicitud, caballero?

—Hoy mismo.

—¿Recomendada por usted?

—La mejor recomendación que yo podría ponerle es certificar que es cierto cuanto dice en la solicitud.

Y sentándose a su vez, escribió Villefort al margen su certificado.

—Y ahora ¿qué hay que hacer, caballero? —le preguntó el armador.

—Esperar —repuso Villefort— yo me encargo de todo.

Esta seguridad volvió las esperanzas a Morrel; de modo que

cuando dejó al sustituto le había ganado enteramente. El naviero fue en seguida a anunciar al padre de Edmundo que no tardaría en volver a ver a su hijo.

En cuanto a Villefort, guardó cuidadosamente aquella solicitud que para salvar en lo presente a Dantés le comprometía tanto en lo futuro, en caso de que sucediese una cosa que ya los sucesos y el aspecto de Europa dejaban entrever: otra restauración.

Por lo tanto, Edmundo continuó en la cárcel. Aletargado en su calabozo no oyó el rumor espantoso de la caída del trono de Luis XVIII, ni el más espantoso aún de la del trono del emperador.

Sin embargo, el sustituto lo había observado todo con ojo avizor. Durante esta corta aparición imperial llamada los Cien Días, Morrel había vuelto a la carga insistiendo siempre por la libertad de Dantés; pero Villefort le había tranquilizado con promesas y esperanzas. Al fin llegó el día de Waterloo.

Morrel había hecho por su joven amigo cuanto humanamente le había sido posible. Ensayar nuevos medios durante la segunda restauración hubiese sido comprometerse en vano.

Luis XVIII volvió a subir al trono. Villefort, para quien Marsella estaba llena de recuerdos que eran para él otros tantos remordimientos, solicitó y obtuvo la plaza de procurador del rey en Tolosa.

Quince días después de su instalación en esta ciudad se verificó su matrimonio con la señorita Renata de Saint Meran, cuyo padre tenía más influencia que nunca.

Y con esto Dantés permaneció preso, así durante los Cien Días como después de Waterloo, y olvidado, si no de los hombres, de Dios por lo menos.

Danglars comprendió toda la extensión del golpe con que había perdido a Dantés, al ver volver a Francia a Napoleón. Su denuncia acertó por casualidad, y como aquellos hombres que tienen cierta aptitud para el crimen y un mediano arte de saber vivir, llamó a esta rara casualidad *decreto de la Providencia.*

Pero cuando Napoleón volvió a París, y al resonar su voz imperiosa y potente, Danglars tuvo miedo, ya que esperaba a cada instante ver aparecer a Dantés, a su víctima, enterado de todo, y

amenazador y terrible en la venganza. Manifestó entonces al señor Morrel su deseo de abandonar la vida marítima, logrando que el naviero le recomendase a un comerciante español, a cuyo servicio entró a finales de marzo, es decir, diez o doce días después de la vuelta de Napoleón a las Tullerías.

Partió, pues, para Madrid, y ninguno de sus amigos volvió a saber de su paradero.

Fernando no comprendió nada de lo sucedido. Dantés estaba ausente. Con esto se contentaba.

¿Qué le había sucedido?

No trató de averiguarlo; solo con el respiro que le dejaba su ausencia se las ingenió como pudo, ora para engañar a Mercedes sobre las causas de la desaparición de Edmundo, ora para meditar planes de emigración y robo. Quizás, y eran estos momentos los más tristes de su vida, se sentaba a la punta del cabo Pharo, desde donde se distinguen a la par Marsella y los Catalanes, contemplándolos triste e inmóvil como un ave de rapiña, y soñando a cada instante ver venir a su rival vivo y erguido, y para él también mensajero de terribles venganzas. Para entonces estaba tomada su decisión: mataba a Edmundo de un tiro, y después se suicidaba; pero esto se lo decía a sí mismo para disculpar su asesinato.

Fernando se engañaba a sí mismo. Nunca se hubiera él suicidado, porque tenía esperanzas aún.

En medio de estos tristes y dolorosos acontecimientos, el imperio llamó a sus banderas la última quinta, y todos cuantos podían empuñar las armas se lanzaron fuera del territorio francés a la voz del emperador. Fernando fue de estos; abandonó a Mercedes y su cabaña con doble dolor, pues temía que en su ausencia volviese su rival y se casase con la que adoraba. Si alguna vez debió Fernando matarse fue al abandonar a su amada Mercedes. Sus atenciones con ella, la compasión que demostraba a su desdicha, el cuidado con que adivinaba sus menores deseos, habían producido el efecto que producen siempre las apariencias de adhesión en los corazones generosos. Mercedes había querido mucho a Fernando como amigo; y su amistad creció con el agradecimiento.

—Hermano mío —le dijo atando a la espalda del catalán la mochila

del quinto— hermano mío, mi único amigo, no se deje matar, no me dejes sola en este mundo en que lloro, y en el que estaré enteramente abandonada si tú me faltas.

Estas palabras, dichas por despedida, fueron para Fernando un rayo de esperanza. Si Dantés no regresaba, quizá Mercedes llegaría a ser suya.

Esta se quedó, pues, enteramente sola en aquella tierra árida, que nunca se lo había parecido tanto, con el mar inmenso por único horizonte. Bañada en lágrimas, como aquella loca cuya doliente vida cuenta el pueblo, se la veía de continuo errante en torno a los Catalanes; ora quedándose muda e inmóvil como una estatua bajo el ardiente sol del Mediodía, para contemplar a Marsella; ora sentándose a la orilla del mar, como si escuchara sus gemidos, eternos como su dolor, y preguntándose al propio tiempo a sí misma si no le fuera mejor que esperar sin esperanza, inclinarse hacia delante y dejarse caer por su propio peso en aquel abismo que la tragaría. Mas no fue valor lo que le faltó, sino que vino en su ayuda la religión a salvarla del suicidio.

Caderousse fue, como Fernando, llamado por la patria; pero tenía ocho años más y estaba casado, con lo que se le destinó a las costas. El viejo Dantés, a quien solo la esperanza sostenía, la perdió con la caída del imperio, y cinco meses más tarde, día por día de la ausencia de su hijo, y a la misma hora en que Edmundo fue preso, expiró en brazos de Mercedes. El señor Morrel cubrió todos los gastos del entierro y las mezquinas deudas que el pobre viejo había contraído durante su enfermedad. Esto, más que filantropía, era valor, porque el país estaba en llamas, y socorrer, aunque moribundo, al padre de un bonapartista tan peligroso como Dantés, podía ser tomado por un verdadero crimen político.

Capítulo catorce: El preso furioso y el preso loco

Al cabo de un año aproximadamente después de la vuelta de Luis

XVIII, el inspector general de cárceles efectuó una visita a las del reino.

Desde su calabozo, Dantés percibía el rumor de los preparativos que se hacían en el castillo, y no por el alboroto que ocasionaban, aunque no era grande, sino porque los presos oyen en el silencio de la noche hasta la araña que teje su tela, hasta la caída periódica de la gota de agua que tarda una hora en filtrarse por el techo de su calabozo, y adivinó que algo nuevo sucedía en el mundo de los vivos: hacía tanto tiempo que le habían encerrado en una tumba, que podía muy bien tenerse por muerto.

En efecto, el inspector iba visitando una tras otra las prisiones, calabozos y subterráneos. A muchos presos interrogaba, particularmente a aquellos cuya dulzura o estupidez los hacía recomendables a la benevolencia de la administración: sus preguntas se redujeron a cómo estaban alimentados y qué reclamaciones tenían que hacer a su autoridad. Todos convinieron unánimemente en que la comida era detestable, y pedían la libertad. El inspector les preguntó entonces si tenían otra cosa que decirle. Su respuesta fue un ademán de cabeza. ¿Qué otra cosa que la libertad pueden pedir los presos?

El inspector se volvió sonriendo, y dijo al gobernador del castillo:

—No sé para qué nos obligan a estas visitas inútiles. Quien ve a un preso los ve a todos. ¡Siempre lo mismo! Todos están mal alimentados y son inocentes por añadidura. ¿Hay algunos más?

—Sí, tenemos los peligrosos y los dementes, que están en los subterráneos.

—Vamos —dijo el inspector con aire de aburrimiento—. Cumplamos nuestra obligación en regla. Bajemos a los subterráneos.

—Aguarde por lo menos a que vayan a buscar dos hombres —respondió el gobernador— que los presos, sea por hastío de la vida, sea para hacerse condenar a muerte, intentan tal vez crímenes desesperados, y podría ser víctima de alguno.

—Tome, pues, precauciones —dijo el inspector.

En efecto, enviaron a buscar dos soldados, y comenzaron a bajar una escalera, tan empinada, tan infecta y tan húmeda, que el olfato

y la respiración se lastimaban a la par.

—¡Oh! ¿Quién diablos habita este calabozo? —dijo el inspector a la mitad del camino.

—Un conspirador de los más temibles: nos lo han recomendado particularmente como hombre capaz de cualquier cosa.

—¿Está solo?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo hace?

—Un año, con corta diferencia.

—¿Y desde su entrada en el castillo está en el subterráneo?

—No, señor, sino desde que quiso matar al llavero encargado de traerle la comida.

—¿Ha querido matar al llavero?

—Sí, señor: a ese mismo que nos viene alumbrando. ¿No es cierto, Antonio? —le preguntó el gobernador.

—Como lo oye, señor —respondió el llavero.

—¿Está loco este hombre?

—Peor que loco, es el diablo.

—¿Quiere que demos cuenta a la superioridad? —preguntó el inspector al gobernador.

—Es inútil. Bastante castigado está. Ya raya en la locura, y según la experiencia que nuestras observaciones nos dan, dentro de un año estará completamente loco.

—Mejor para él —dijo el inspector—, pues sufrirá menos.

Como se ve, era este inspector un hombre muy humano, y digno del filantrópico empleo que gozaba.

—Tiene razón, caballero —repuso el gobernador— y su reflexión da a entender que ha estudiado la materia a fondo. En otro subterráneo que está separado de este unos veinte pies y al cual se desciende por otra escalera, tenemos un viejo abate, jefe del partido de Italia *in illo tempore*, preso aquí desde 1811. Desde fines de 1813 se le ha trastornado la cabeza, y ya nadie le podría reconocer físicamente. Antes lloraba, ahora ríe; antes enflaquecía, ahora engorda. ¿Quiere verle antes que a este? Su locura es divertida y le aseguro que no le entristecerá.

—A uno y otro veré —respondió el inspector—. Hagamos las cosas

como se deben hacer.

Era esta la primera vez que el inspector hacía una visita de cárceles, por lo que deseaba dar a sus jefes buena idea de sí.

—Entremos, pues, en este —dijo.

—Bien —respondió el gobernador, haciendo una seña al llavero, el cual abrió la puerta.

Al rechinar de las macizas cerraduras; al rumor de los pesados cerrojos, Dantés, que estaba acurrucado en un rincón del calabozo recreándose deleitosamente en el exiguo rayo de luz que penetraba por un tragaluz con gruesísimos barrotes, Dantés, repetimos, levantó la cabeza. Viendo a un desconocido alumbrado por dos llaveros que llevaban antorchas encendidas, custodiado por dos soldados y respetado por el gobernador de tal manera que le hablaba con el sombrero en la mano, comprendió Dantés el objeto de su visita, y viendo en fin que se le presentaba coyuntura de hablar a una autoridad superior, saltó hacia él con las manos en actitud de súplica. Los soldados calaron bayoneta, temiendo que el preso se dirigiese al inspector con malas intenciones; este retrocedió un paso, asustado. Dantés comprendió que le habían pintado a sus ojos como un hombre temible. Procuró entonces poner en su mirada cuanto de humildad y mansedumbre hay en el corazón humano, y con una elocuencia piadosa que admiró a todos los circunstantes trató de conmover al recién llegado. Escuchó hasta el fin el inspector el discurso de Dantés, y volviéndose al gobernador le dijo en voz baja:

—Ya va haciéndose humano, y los sentimientos dulces empiezan a dominarle. Observe cómo el temor obra en él su efecto; retrocedió ante las bayonetas, y el loco no retrocede ante peligro alguno. Sobre este síntoma he hecho ya en Charentón observaciones muy curiosas. Después, volviéndose al preso:

—En resumen —le dijo—, ¿qué pide?

—Pido que me digan el crimen que he cometido; que se me nombren jueces; que se me juzgue; que se me fusile si soy culpable, pero que me pongan en libertad si soy inocente.

—¿Come bien? —le preguntó el inspector.

—Sí, yo lo creo..., no lo sé; pero eso importa poco. Lo que debe

importar, no solamente a mí, pobre preso, sino a todos los que se ocupan en hacer justicia, y sobre todo al rey que nos manda, es que el inocente no sea víctima de una delación infame, y no muera entre cerrojos maldiciendo a sus verdugos.

—¡Qué humilde está hoy! —le dijo el gobernador—. No siempre sucede lo mismo, de otra manera hablabas el día que quiso asesinar a su guardián.

—Es verdad, señor —respondió Dantés—, y por ello pido humildemente perdón a este hombre, que ha sido siempre bondadoso conmigo. Pero ¿qué quiere? Yo estaba loco, yo estaba furioso.

—¿Y ahora, ya no lo está?

—No, señor; porque la prisión me doma, me anonada. ¡Hace tanto tiempo que estoy aquí!

—¡Mucho tiempo! ¿En qué época lo detuvieron? —le preguntó el inspector.

—El 28 de febrero de 1815, a las dos de la tarde.

El inspector se puso a calcular.

—Estamos a 30 de julio de 1816; desde hace diecisiete meses que está preso.

—¿No hace más? —repuso Dantés—. ¿Le parecen pocos diecisiete meses? ¡Ah!, señor, ignora lo que son diecisiete meses de cárcel; diecisiete años, diecisiete siglos, sobre todo para un hombre como yo, que estaba próximo a ser feliz; para un hombre que vela abierta una carrera honrosa, y que todo lo pierde en aquel mismo instante, que del día más claro y hermoso pasa a la noche más profunda, que ve su carrera destruida, que no sabe si lo ama aún la mujer que antes lo amaba, que ignora en fin si su anciano padre está muerto o vivo. Diecisiete meses de cárcel para un hombre acostumbrado al aire del mar, a la independencia del marino, al espacio, a la inmensidad, al infinito; caballero, diecisiete meses de cárcel es el mayor castigo que pueden merecer los crímenes más horribles del vocabulario humano. Tenga piedad de mí, caballero, y pida para mí no indulgencia, sino rigor, no indulto, sino justicia. Justicia, señor, yo no pido más que justicia. ¿Quién se la niega a un preso?

—Está bien, ya veremos —dijo el inspector.

Y volviéndose hacia su acompañante añadió:

—En verdad me da lástima este pobre diablo. Luego me enseñará en el libro de registro su partida.

—Con mucho gusto —respondió el gobernador—, pero creo que hallará notas tremendas contra él.

—Caballero —prosiguió Edmundo—, bien sé que usted no puede hacerme salir de aquí por su propia decisión, pero puede transmitir mi súplica a la autoridad, provocar una requisitoria, hacer en fin que se me juzgue. ¡Justicia es todo lo que pido! Sepa yo al menos de qué crimen se me acusa, y a qué castigo se me sentencia. La incertidumbre es el peor de todos los suplicios.

—Cuénteme, pues, detalles del asunto —dijo el inspector.

—Señor —exclamó Dantés—, por su voz comprendo que está conmovido. ¡Señor! ¡Dígame que tenga esperanza!

—No puedo decírselo —respondió el inspector—, sino solamente prometerle examinar su causa.

—¡Oh! Entonces, caballero, estoy libre, ¡me he salvado!

—¿Quién le mandó detener? —preguntó el inspector.

—El señor de Villefort —respondió Edmundo Dantés—. Véalo y entiéndase con él.

—Desde hace un año que el señor de Villefort no está en Marsella, sino en Tolosa.

—¡Ah!, no me extraña —balbució Dantés—. ¡He perdido a mi único protector!

—¿Tenía el señor de Villefort algún motivo para estar resentido con usted?

—Ninguno, señor; antes al contrario, fue muy bondadoso conmigo.

—¿Podré fiarme de las notas que haya dejado escritas sobre usted, o que me proporcione él mismo?

—Sí, señor.

—Pues bien: tenga esperanza.

Dantés cayó de rodillas levantando las manos al cielo, y recomendándole en una oración aquel hombre que había bajado a su calabozo como el Salvador a sacar almas del infierno. La puerta se volvió a cerrar, pero la esperanza que acompañaba al inspector

se quedó encerrada en el calabozo de Dantés.

—¿Quiere ver ahora el libro de registro —dijo el gobernador—, o bajamos antes al calabozo del abate?

—Acabemos la visita —respondió el inspector—. Si volviese a salir al aire libre quizá no tendría valor para acabarla.

—Este preso no es por el estilo del otro, que su locura entristece menos que la razón de su vecino.

—¿Cuál es su locura?

—¡Oh!, muy extraña. Se cree poseedor de un tesoro inmenso. El primer año ofreció al gobierno un millón si le ponía en libertad; el segundo año le ofreció dos millones; el tercero, tres, y así progresivamente. Ahora está en el quinto año, es probable que le pida una entrevista, y le ofrezca cinco millones.

—Manía rara es, en efecto —dijo el inspector—. ¿Y cómo se llama ese millonario?

—El abate Faria.

—Número 27 —dijo el inspector.

—Aquí es. Abra, Antonio.

El llavero obedeció, con lo que pudo el inspector pasear su mirada curiosa por el calabozo del “abate loco”, que así solían llamar a aquel preso.

En mitad de la estancia, dentro de un círculo trazado en el suelo con un pedazo de yeso de la pared, se veía agazapado un hombre casi desnudo, tan roto estaba su traje. Se ocupaba en aquellos momentos en hacer dentro del círculo líneas geométricas muy bien trazadas, y parecía tan preocupado con su problema como Arquímedes cuando lo mató el soldado de Marcelo. Ni siquiera pestañeó al rumor de la puerta que se abría, ni dio muestra alguna de sorpresa cuando el resplandor de las antorchas iluminó con desusado brillo el húmedo suelo en que trabajaba. Se volvió entonces y vio con gran sorpresa la numerosa comitiva que acababa de entrar en su calabozo.

Acto continuo se puso en pie y cogió un cobertor que yacía a los pies de su miserable lecho para envolverse y recibir con mayor decencia a los recién venidos.

—¿Qué es lo que pide? —le dijo el inspector sin alterar la fórmula.

—¿Yo, caballero...?, no pido nada —respondió el abate como admirado.

—Sin duda no me comprende —dijo el inspector—. Yo soy un delegado del gobierno para visitar las cárceles y atender las reclamaciones de los presos.

—¡Oh!, entonces es otra cosa, caballero —exclamó vivamente el abate—. Creo que vamos a entendernos.

—¿Lo ve? —dijo el gobernador por lo bajo—. El principio, ¿no le indica que va a parar a lo que yo le decía?

—Caballero —prosiguió el preso—, yo soy el abate Faria, natural de Roma. A los veinte años era secretario del cardenal Rospigliossi. Sin saber por qué, me detuvieron a principios de 1811, y desde entonces suplico vanamente mi libertad a las autoridades italianas y francesas.

—¿Y por qué a las francesas? —le preguntó el gobernador.

—Porque me prendieron en Piombino, y supongo que, como Milán y Florencia, Piombino será actualmente capital de un departamento francés.

El inspector y el gobernador se miraron sonriendo.

—¿Sabe, amigo mío —le dijo el inspector—, que no son muy frescas sus noticias de Italia?

—Datan del día en que fui detenido, caballero —repuso el abate Faria— y como Su Majestad el emperador había creado el reino de Roma para el hijo que el cielo acababa de darle, supongo que, siguiendo el curso de sus conquistas, haya realizado el sueño de Maquiavelo y de César Borgia, que era hacer de Italia entera un solo y único reino.

—Caballero —dijo el inspector—, la Providencia, por fortuna, ha modificado ese gigantesco plan de que parece partidario tan ardiente.

—Ese es el único medio de hacer de Italia un Estado fuerte, independiente y feliz —respondió el abate.

—Puede ser —repuso el inspector—; pero yo no he venido a estudiar un curso de política ultramontana, sino a preguntarle, como ya lo hice, si tiene algo que reclamar sobre su habitación, trato y comida.

—La comida es igual a la de todas las cárceles, quiero decir, malísima —respondió el abate— la habitación ya lo ve, húmeda e insalubre, aunque muy buena para calabozo. Pero no tratemos de eso sino de revelaciones de la más alta importancia que tengo que hacer al gobierno.

—Ya va a su negocio —dijo en voz baja el gobernador al inspector.

—Me alegro, pues, de verlo —prosiguió el abate—, aunque me ha interrumpido un cálculo excelente que de no fallarme cambiaría quizás el sistema de Newton. ¿Puede concederme una entrevista secreta?

—¿Eh? ¿Qué decía yo? —dijo el gobernador al inspector.

—Bien conoce a su gente —respondió este último sonriendo, y volviéndose a Faria le dijo—: Caballero, lo que me pide es imposible.

—Sin embargo, ¿y si se tratase, caballero —repuso el abate—, de hacer ganar al gobierno una suma enorme, una suma de cinco millones?

—A fe mía que hasta la cantidad adivinaste —dijo el inspector volviéndose otra vez hacia el gobernador.

—Vamos —prosiguió el abate, conociendo que el inspector iba a marcharse—, no hay necesidad de que estemos absolutamente solos. El señor gobernador puede asistir a nuestra entrevista.

—Amigo mío —dijo el gobernador—, sabemos por desgracia de antemano lo que quiere decirnos. De sus tesoros, ¿no es verdad?

Miró Faria a este hombre burlón con ojos en que un observador desinteresado hubiera leído la razón y la verdad.

—Sin duda alguna —le respondió—. ¿De qué quiere que yo le hable, sino de mis tesoros?

—Señor inspector —repuso el gobernador—, puedo contarle esa historia tan bien como el abate, porque hace cuatro o cinco años que no me habla de otra cosa.

—Eso demuestra, señor gobernador —dijo Faria—, que usted es como aquellos de que habla la Escritura, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen.

—Amigo —añadió el inspector—, el gobierno es rico, y a Dios gracias no necesita de su dinero. Guárdelo, pues, para cuando

salga de su encierro.

Se dilataron los ojos del abate, y asiendo de la mano al inspector, le dijo:

—Pero, ¿y si no salgo nunca? ¿Y si contra toda justicia permanezco siempre en este calabozo? ¿Y si muero sin haber legado a nadie mi secreto? ¡El tesoro se perderá! ¿No es preferible que lo poseamos el gobierno y yo? Daré hasta seis millones, caballero, sí, le daré hasta seis millones, y me contentaré con el resto si se me pone en libertad.

—A fe mía —dijo a media voz el inspector—, habla con tal acento de convicción, que se le creería de no saber que está loco.

—No estoy loco, caballero, digo la verdad —repuso Faria, que con ese oído finísimo de los presos no perdió una sola palabra—. El tesoro del que hablo existe ciertamente, y me comprometo a firmar con usted un tratado por el cual me llevará adonde yo designe, se cavará en la tierra, y si yo miento, si no se encuentra nada, si estoy loco como dice, consentiré en volver al calabozo, y en permanecer toda mi vida, y en esperar la muerte sin volver a pedir nada ni a usted ni a nadie.

El gobernador se echó a reír.

—¿Y está muy lejos el lugar de su tesoro?

—A cien leguas de aquí, sobre poco más o menos.

—No está mal imaginado —dijo el gobernador—. Si todos los presos se divirtiesen en pasear a sus guardias por un espacio de cien leguas, y si los guardias consintiesen en tales paseos, sería un magnífico motivo para que los presos tomaran las de Villadiego a la primera ocasión, que no dejaría de presentarse, ciertamente, en tan larga correría.

—Es un ardid muy gastado —dijo el inspector—. Ni siquiera tiene el mérito de la invención.

Después, volviéndose al abate, le dijo:

—Ya le he preguntado si le dan bien de comer.

—Caballero —respondió Faria—, júreme por Cristo nuestro Señor que me pondrá en libertad si no miento, y le diré dónde está el tesoro.

—¿Le dan buen alimento? —repitió el inspector.

—Nada aventura, caballero, y no será un truco para escaparme, pero consiento en permanecer aquí mientras usted vaya...

—¿No contesta a mi pregunta? —repuso impaciente el inspector.

—¡Ni usted a mi solicitud! —respondió el abate—. ¡Maldito sea como los insensatos que no han querido creerme! ¿No quiere mi oro? Para mí será. ¿Me niega la libertad? Dios me la dará. Váyase. Ya nada tengo que decir.

Y el abate tiró el cobertor sobre la cama, recogió su pedazo de yeso, y fue a sentarse en medio de su círculo, donde continuó trazando sus figuras.

—¿Qué hace? —decía el inspector al irse.

—Cuenta sus tesoros —le contestó el gobernador.

Faria respondió a este sarcasmo con una mirada sublime de desprecio.

Salieron y el llavero cerró la puerta.

—¿Si habrá poseído, en efecto, algún tesoro? —decía el inspector subiendo la escalera.

—O habrá soñado que lo poseía, y despertó demente —repuso el gobernador.

—Si realmente fuera tan rico, no estaría preso —añadió el inspector con la sencillez del hombre corrompido.

Así concluyó para el abate Faria esta aventura. Siguió preso sin que lograse con la visita otra cosa que afirmar su fama de loco.

Calígula o Nerón, aquellos célebres rebuscadores de tesoros, que se dieron de cabezadas por todo lo imposible, hubiesen atendido a este pobre hombre, le hubiesen concedido el aire que deseaba, el espacio que en tanto tenía, la libertad que tan cara quería pagar; pero los reyes de ahora, encerrados en los límites de lo probable, no tienen la audacia de la voluntad, temen el oído que escucha las órdenes que ellos mismos dan, el ojo que ve sus acciones; no sienten en sí lo superior de la esencia divina, son hombres coronados, en una palabra. En otro tiempo se creían o a lo menos se decían hijos de Júpiter, y conservaban algo del ser de su padre; que no se plagian fácilmente las cosas de *ultra-nubes.* Ahora los reyes se hacen muy a menudo vulgares. Sin embargo, como ha repugnado siempre al gobierno despótico que se vean a la luz

pública los efectos de la prisión y de la tortura; como hay pocos ejemplos de que una víctima de la inquisición haya podido pasear por el mundo sus huesos triturados y sus sangrientas llagas, así la locura, esta úlcera causada por el fango de los calabozos, se esconde casi siempre cuidadosamente en el sitio en que ha nacido, o si sale de él es para enterrarse en un hospital sombrío, donde el médico no puede distinguir ni al hombre ni al pensamiento entre las informes ruinas que el carcelero le entrega.

Vuelto loco en la prisión el abate Faria, por su misma locura, estaba condenado a no salir nunca de ella. En cuanto a Dantés, el inspector le cumplió su palabra, examinando el libro de registro cuando volvió a los aposentos del gobernador. Así decía la nota referente a él:

Edmundo Dantés: Bonapartista acérrimo. Ha tomado una parte muy activa en la vuelta de Napoleón. Téngase muy vigilado y con el mayor secreto.

Esta nota era de otra letra y de otra tinta que las demás del registro, lo que prueba que no ha sido anotada de la prisión de Edmundo. La acusación era bastante positiva para dudar de ella. El inspector escribió, pues, debajo:

Nada se puede hacer por él.

Esta visita había hecho revivir a Dantés. Desde su entrada en el calabozo se había olvidado de contar los días; pero el inspector le había dado una fecha nueva, y no la olvidó esta vez, sino que arrancando de la pared un pedazo de yeso escribió en el muro: “30 de julio de 1816”. Desde este momento señaló con una raya cada día que pasaba para poder calcular el tiempo.

Transcurrieron días, semanas y meses, y Dantés seguía confiado. Empezó por fijar para su salida de la cárcel un término de quince días, pues suponiendo que el inspector no tuviese en su asunto sino la mitad del interés que él mismo tenía, le bastaba con ese plazo. Transcurrido también este, pensó que era absurdo creer que el inspector se ocupase en tal cosa antes de su regreso a París, y

como su vuelta era imposible sin terminar la visita, que debía durar por lo menos un mes o dos, alargó Edmundo su plazo hasta tres meses. Pasados estos hizo otro cálculo, prolongándolos hasta seis; pero cuando estos pasaron también, halló que juntos los primeros días con los meses había esperado diez y medio.

Durante dicho tiempo en nada había cambiado su situación; ninguna nueva de consuelo había tenido, y seguía como siempre mudo su carcelero. Dantés empezó a dudar de sus sentidos, a creer que lo que tomaba por un recuerdo no era sino una visión de su fantasía, y que aquel ángel consolador solamente había bajado a su calabozo en alas de un sueño.

Al cabo de un año trasladaron al gobernador del castillo, obteniendo el antiguo el mando de la fortaleza de Ham, a la que se llevó muchos de sus dependientes, entre ellos el carcelero de Edmundo. Llegó el nuevo gobernador, y como le costase mucho trabajo recordar los nombres de los presos, se los hizo representar por números. Este horrible hotel tenía unas cincuenta habitaciones, cuyos números respectivos tomaron sus habitantes. ¡El desgraciado marino dejó de llamarse Edmundo Dantés, conociéndose tan solo por el número 34!

Capítulo quince: El número 34 y el número 27

Dantés pasó por todos los grados de desventura que experimentan los presos olvidados en el fondo de sus calabozos. Comenzó por recurrir al orgullo, que es una consecuencia de la esperanza y un íntimo convencimiento de la propia inocencia; después dudó de su inocencia, lo que no dejaba de justificar un tanto las suposiciones de locura del gobernador, y por último cayó del pedestal de su orgullo, y no para implorar a Dios, sino a los hombres. Dios es el último recurso. El desgraciado que debería comenzar por él, no llega a implorarle sino después de haber agotado todas sus esperanzas.

Pidió, pues, que le sacasen de su calabozo para ponerle en otro,

aunque fuese más negro y más oscuro. Un cambio, aunque perdiendo, era siempre un cambio, y le proporcionaría por algún tiempo distracción. Pidió asimismo que le concediesen el pasear, y el tomar el aire, y libros e instrumentos. Nada le fue concedido; pero no por eso dejó de pedir, pues se había acostumbrado a hablar con su carcelero, que era más mudo que el anterior si es posible. Hablar con un hombre, aunque no le respondiese, había llegado a parecerle una gran felicidad. Hablaba para escuchar su propia voz, pues cierta vez que ensayó en hablar a solas, su voz le dio miedo.

Muchas veces, cuando estaba en libertad, se había horrorizado Dantés al recuerdo de esas cárceles comunes de las poblaciones, donde los vagabundos están mezclados con los bandoleros y con los asesinos, que con innoble placer contraen horribles lazos, haciendo de la vida de la cárcel una orgía espantosa. Pues, a pesar de todo, llegó incluso a sentir deseos de encontrarse en uno de estos antros, por ver otras caras que la de aquel carcelero impasible y mudo; llegó a echar de menos el presidio con su infamante traje, su cadena asida al pie, y la marca en la espalda. Los presidiarios al menos viven en sociedad con sus semejantes, respiran el aire libre y ven el cielo, los presidiarios deben ser muy dichosos.

Un día suplicó a su guardián que pidiese para él un compañero, aunque fuese el abate loco del cual había oído hablar. Bajo la corteza de un carcelero, por más que sea muy ruda, queda siempre algo de humanidad, y este, a pesar de que nunca lo había demostrado ostensiblemente, en lo íntimo de su alma compadeció muchas veces a aquel desgraciado joven, sujeto a tan dura cautividad, por lo que transmitió al gobernador la solicitud del número 34; pero el gobernador, prudentísimo como si fuera un hombre político, se figuró que Dantés quería insurreccionar a los presos, fraguar una conspiración, contar con algún amigo para alguna tentativa; y le negó lo que pedía.

Habiendo agotado todos los recursos humanos, y no encontrando remedio de ninguna clase para sus males, fue cuando se dirigió a Dios. Vinieron entonces a vivificar su alma todos esos pensamientos piadosos que baten sus alas sobre los desgraciados. Recordó las oraciones que le enseñaba su madre, hallándoles un significado

para él entonces desconocido, porque las oraciones para el hombre que es dichoso son a veces palabras vacías de sentido, hasta que el dolor viene a explicar al infortunio ese lenguaje sublime con que nos habla Dios.

Oró, pues, mas no con fervor sino con rabia. Rezando en voz alta no le asustaban sus palabras, caía en una especie de éxtasis; a cada palabra que pronunciaba se le aparecía Dios; sacaba lecciones de todos los hechos de su vida humilde y oscura, atribuyéndolos a Dios, imponiéndose deberes para el porvenir, y al final de cada rezo intercalaba ese deseo egoísta que los hombres dirigen a sus semejantes más a menudo que a Dios:

"(...) Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores".

Y esto le puso sombrío, y un velo cubrió sus ojos. Dantés era un hombre sencillo y sin educación. Lo pasado permanecía para él envuelto en ese misterio que la ciencia desvanece. En la soledad de un calabozo, en el desierto de su imaginación, no le era posible resucitar los tiempos pasados, reanimar los pueblos muertos, restaurar las antiguas ciudades, que el pensamiento poetiza y agiganta, y que pasan delante de los ojos alumbradas por el fuego del cielo, como los cuadros babilónicos de Martin. Dantés no conocía más que su pasado, tan breve; su presente, tan sombrío, y su futuro tan dudoso. ¡A la luz de los diecinueve años ver la oscuridad de una noche eterna! Como ninguna distracción le entretenía, su espíritu enérgico, a cuyas aspiraciones bastara solamente el tender su vuelo a través de las edades, se veía obligado a ceñirse a su calabozo como un águila encerrada en una jaula. Entonces se aferraba, por decirlo así, a una idea, a la de su ventura, desvanecida sin causa aparente por una fatalidad inconcebible; se aferraba, pues, a este pensamiento, le daba mil vueltas examinándolo bajo todas sus fases, devorándolo como el implacable Ugolino devora el cráneo del arzobispo Roger en el Infierno de Dante. Edmundo, que solo tenía una fe pasajera en el poder, la perdió como la pierden otros después del triunfo, con la única diferencia de que él no había sabido aprovecharla.

La rabia sucedió al ascetismo. Tales blasfemias decía Edmundo,

que el carcelero retrocedía espantado, se daba golpes contra las paredes, y con cuanto tenía a la mano, principalmente en sí mismo se vengaba de las contrariedades que le hacía sufrir un grano de arena, una paja o una ráfaga de viento. Entonces aquella carta acusadora que él había visto, que él había tocado, que le enseñó Villefort, volvía a clavársele en el magín y cada línea brillaba en la pared como el *Mane Thécel Pharés*, de Baltasar. Decía para sí que era el odio de los hombres, no la venganza de Dios el que lo hundió en aquella sima; entregaba aquellos hombres desconocidos a todos los suplicios que inventaba su exaltada imaginación, y aún le parecían dulces los más tremendos, y sobre todo livianos para ellos, porque tras el suplicio viene la muerte, y la muerte es, si no el reposo, la insensibilidad, que se le parece mucho.

A fuerza de repetirse a sí mismo, a propósito de sus enemigos, que la calma es la muerte, y el que desea castigar con crueldad necesita de otros recursos que no son los de la muerte, cayó en el horrible ensimismamiento que ocasiona la idea del suicidio. ¡Pobre de aquel a quien detienen en la pendiente de la desgracia estas tristes ideas! ¡Son como uno de esos mares muertos que reflejan el purísimo azul del cielo; pero que si el nadador se arroja a ellos, siente hundirse sus pies en un suelo fangoso, que lo atrae, lo aspira y lo traga! En esta situación, sin auxilio divino, no hay remedio para él, y cada esfuerzo que hace lo hunde más, y lo arrastra más y más a la muerte.

Esta agonía moral es, sin embargo, menos terrible que el dolor que la precede y el castigo que acaso la sigue; es una especie de consuelo vertiginoso, que nos muestra la profundidad del abismo, pero que también en su fondo nos muestra la nada. Edmundo se consoló, pues, un tanto con esta idea. Todos sus dolores, todos sus sufrimientos, con su lúgubre cortejo de fantasmas, huyeron hacia aquel rincón del calabozo, donde parecía que el ángel de la muerte pudiese fijar su silenciosa planta. Contempló ya con tranquilidad su vida pasada, con terror su vida futura, y eligió ese término medio que le ofrecía un asilo.

—Tal vez en mis lejanas correrías, cuando yo era aún hombre, y cuando este hombre libre y potente daba a otros hombres órdenes

que eran ejecutadas en el acto, tal vez (decía para sí) he visto nublarse el cielo, bramar las olas y encresparse, nacer la tempestad en un extremo del espacio, y como un águila gigantesca venir llenando con sus alas los dos horizontes. Quizá conocía ya entonces que mi barco era un refugio despreciable, puesto que parecía temblar y estremecerse, ligero como una pluma en la mano de un gigante. Después el terrible mugido de las olas, la vista de los escollos me anunciaban la muerte, y la muerte me espantaba, y hacía inauditos esfuerzos para librarme de ella, y reunía en un punto todas las energías del hombre y toda la inteligencia del marino para luchar con Dios. Y esto, porque yo entonces era feliz; porque volver a la vida era para mí volver a la felicidad; porque aquella muerte yo no la había llamado ni la había elegido; porque el sueño, en fin, me parecía intolerable en aquel lecho de algas y de légamo..., era que me indignaba a mí, criatura, imagen de Dios, el servir de pasto a los albatros o a los tiburones. Pero hoy ya es otra cosa, he perdido cuanto me encariñaba con la existencia; hoy la muerte me sonríe como una nodriza al niño que va a amamantar; hoy muero como se me antoja; muero cansado, como dormía en aquellas noches de desesperación y rabia después de haber dado tres mil vueltas en mi camarote; es decir, treinta mil pasos; es decir, diez leguas sobre poco más o menos.

En cuanto esta idea germinó en la imaginación del joven, se puso un tanto más alegre, más risueño, se conformó más con su pan negro y con su dura cama, comió menos, dejó de dormir, y comenzó a parecerle soportable aquel resto de existencia, que podría dejar cuando quisiese, como se deja un vestido viejo.

Dos maneras tenía de morir; una era sencilla: atar su pañuelo a un hierro de la ventana y ahorcarse; otra era dejarse morir de hambre, sin que su carcelero se diera cuenta de ello. La primera repugnaba mucho a Dantés, porque recordaba a los piratas que mueren ahorcados en las vergas de los navíos que los apresan, tenía pues a la horca por un suplicio infamante y no quería aplicárselo a sí mismo, por lo que adoptó el segundo medio, empezando desde aquel día a ponerlo en práctica.

Cerca de cuatro años habían transcurrido en las alternativas que

hemos referido. A fines del segundo dejó de contar los días, y había vuelto a esa ignorancia del tiempo, de que le sacara en otra época el inspector.

Habiendo dicho Dantés "quiero morir", y habiendo elegido hasta la muerte que se daría, lo calculó bien todo, y por temor de arrepentirse hizo juramento consigo mismo de morir de aquella manera. "Cuando me traigan las provisiones las tiraré por la ventana —se decía—, y aparentaré que las he comido".

Lo hizo como se lo había prometido. Dos veces cada día tiraba su comida por la ventanilla con reja, que apenas le dejaba ver el cielo, primeramente con alegría, después con reflexión, y por último con pesar. Para fortalecerse en tan horrible lucha, necesitaba recordarse a cada instante el juramento que se había hecho. Aquella comida que otras veces le repugnaba, gracias al aguijón del hambre, le parecía tentadora a la vista, exquisita al olfato, y más de una vez pasó horas enteras con la cazuela en las manos contemplándola fijamente, le hizo figurarse que Dios se compadecía al fin de sus sufrimientos con aquella carne nauseabunda, aquel pescado podrido, y aquel pan negro. Dominaban aún en él los postreros instintos de la vida. Su calabozo le parecía menos sombrío y su situación menos desesperada siempre que pensaba en sus amigos y seres queridos. Todavía era joven, puesto que debía contar veinticinco o veintiséis años, y le quedaban con corta diferencia cincuenta que vivir, o sea el doble de lo que había vivido. Pero no, sin duda Edmundo se engañaba; aquello no era más que una de esas visiones fantásticas que se forjan a las puertas de lamentos, y ¿no trataría de disminuir la distancia que los separaba?

Durante este tiempo, ¡cuántos acontecimientos podrían abrir las murallas del castillo de If, romper las puertas y volverle a la libertad! Entonces aproximaba a su boca aquella comida que, Tántalo voluntario, apartaba al punto con mano firme, pues con el recuerdo de su juramento, esta generosa naturaleza temía despreciarse a sí mismo si lo quebrantaba. Riguroso e implacable consigo mismo, gastó, pues, el asomo de existencia que le quedaba, llegando un día en que no tuvo fuerzas para levantarse a arrojar la comida. Al día siguiente ya no veía, y oía con mucha dificultad. El carcelero creyó

que estaba enfermo de gravedad, y Edmundo confió ya en su muerte próxima. Así pasó todo el día. Cierto aturdimiento vago y una sensación nada agradable, empezaba a apoderarse de él.

Ya se habían adormecido las convulsiones nerviosas de su estómago; se habían calmado los ardores de su sed. Al cerrar los ojos veía una multitud de resplandores brillantes, como esos fuegos fatuos que oscilan por la noche a flor de los terrenos fangosos, era el crepúsculo de ese ignoto país que se llama la muerte.

De repente, a las nueve de aquella misma noche, oyó en la pared en que se apoyaba su cama un ruido sordo y lento. Venían tantos animales inmundos a hacer ruido por aquel lado, que poco a poco se había acostumbrado Dantés a no despertar siquiera de sus sueños por cosa tan común allí; pero esta vez, ya que la abstinencia tuviese exaltados sus sentidos, ya que fuese el ruido, en efecto, extraordinario, o ya porque en los momentos supremos todo tiene importancia, Edmundo levantó la cabeza para oír mejor. Era una especie de frotamiento acompasado, que parecía provenir, o de unas enormes uñas o de unos dientes fortísimos, o en fin, de un instrumento que chocara con la piedra. Aunque debilitada, en la imaginación del joven bulló al punto esta idea falaz, fija constantemente en la de todo preso: ¡La libertad! La ocasión en que escuchaba aquel ruido, justamente cuando todo ruido muere. El ruido seguía oyéndose, sin embargo, y duró hasta tres horas más o menos, terminando en una especie de roce, como al arrastrar una cosa.

Horas más tarde se repitió más fuerte y más cercano. Empezaba Edmundo a interesarse en aquel trabajo que le hacía compañía, cuando entró el carcelero.

Habían pasado ocho días desde que decidió morir, y cuatro desde que empezó a poner en práctica su proyecto, y en todo este tiempo no había Edmundo dirigido la palabra a aquel hombre, ni respondido a las que él le dirigía preguntándole por su enfermedad, sino que por el contrario, siempre se volvía del otro lado cuando el carcelero lo contemplaba atentamente. Mas hoy podía el carcelero oír aquel sordo ruido y alarmarse, y destruir acaso aquel yo no sé qué de esperanza, cuya idea deleitaba los últimos momentos de Dantés.

El carcelero le traía el almuerzo y Edmundo se incorporó en su cama, y ahuecando la voz se puso a hablar de todas las cosas posibles, de la mala calidad de su alimento, del frío que reinaba en el calabozo, maldiciendo y gruñendo, para tener el derecho de gritar más fuertemente, y agotando la paciencia del carcelero, que precisamente aquel día había pedido para el preso enfermo caldo y pan tierno, y le llevaba ambas cosas. Por fortuna creyó que Dantés deliraba, y salió del calabozo, poniendo el almuerzo en la mesilla coja donde lo solía dejar. Libre entonces Edmundo, volvió a escuchar con deleite. El ruido era ya tan claro que el joven lo escuchaba sin trabajo alguno.

—¡No hay nada! —exclamó para sí—; puesto que, a pesar de la luz del día prosigue este ruido, lo ocasiona algún desdichado preso para escaparse. ¡Oh! ¡Si yo estuviera con él, cómo le ayudaría!

De pronto, una nube sombría pasó eclipsando esta aurora de esperanza por aquella mente, solo habituada a la desgracia, y que no podía sin mucho trabajo volver a concebir la felicidad. Era, pues, la idea de que quizás aquel rumor lo ocasionaban algunos albañiles que se ocupasen por orden del gobernador, en arreglar el calabozo inmediato.

Fácil era cerciorarse; pero ¿cómo se atrevía a preguntarlo? Nada más fácil, repetimos, que esperar la llegada del carcelero, hacerle darse cuenta del ruido, y observar la impresión que le causaba; pero con esta nimia satisfacción de su curiosidad, ¿no podría arriesgar intereses muy altos? Por desgracia, la cabeza de Edmundo, como una campana vacía, estaba aturdida, y tan débil, que su cerebro, flotante como un vapor, no podía condensarse para concebir una idea. No vio más que un medio para dar fuerza a su reflexión y lucidez a su juicio; volvió los ojos hacia el caldo, humeante aún, que el carcelero acababa de poner sobre la mesa, y levantándose como pudo tomó la taza y bebió de un sorbo, sintiendo al punto un indecible bienestar. Y tuvo fuerzas para contenerse, aunque había ya cogido el pan para comerlo; pero el recuerdo de que muchos náufragos, extenuados de hambre, habían muerto por comer mucho de repente, le hizo dejar el pan sobre la mesa y volver a acostarse. Edmundo ya no quería morir.

Pronto sintió penetrar la luz en su cerebro. Sus ideas vagas e incomprensibles empezaban a reflejarse en ese espejo maravilloso cuya lucidez distingue al hombre del animal. Pudo, pues, pensar, fortificando su pensamiento con el raciocinio.

—Puedo hacer una prueba —dijo entonces para sí—, pero sin comprometer a nadie. Si el ruido procede de un albañil, en cuanto yo golpee la pared, cesará, porque él intentará saber quién llama y por qué llama; pero como será su trabajo no solamente lícito sino obligatorio, al punto lo proseguirá. Si, por lo contrario, es un preso, el ruido que yo haga debe sobresaltarle, y temiendo ser descubierto abandonará su trabajo hasta la noche cuando todos duerman en el castillo.

Acto seguido volvió a levantarse Edmundo, y esta vez, ni sus piernas vacilaban ni sus ojos se desvanecían. Se dirigió a un rincón del calabozo, arrancó una piedra, que con la humedad iba ya desprendiéndose, y con ella dio tres golpes en la pared, donde parecía sentirse más cercano el ruido. Al primer golpe, el ruido cesó como por ensalmo. Se puso a escuchar Edmundo con toda su alma, y pasó una hora, y pasaron dos, sin que el ruido prosiguiese. Del otro lado de la pared respondía a sus golpes un silencio absoluto. Lleno de esperanza, comió algunos bocados de pan, bebió unos sorbos de agua, y gracias a la poderosa constitución de que le dotara la naturaleza, se halló poco más o menos como antes. Llegó la noche y no se oyó el ruido.

—¡Es un preso! —exclamó Dantés con indecible júbilo.

Desde entonces su cabeza fue un volcán, y se hizo su vida violenta a fuerza de ser activa. Pasó la noche sin que él cerrara los ojos ni se oyera el más leve ruido. Con el alba llegó el carcelero a traer las provisiones. Edmundo había agotado las del día anterior, y agotó también las nuevas, escuchando incesantemente aquel ruido que no continuaba, temiendo que no volviese a repetirse, andando al día diez o doce leguas en su calabozo, asiéndose a la reja de hierro de la ventanilla para recobrar la elasticidad de sus miembros, y disponiéndose, en fin, a luchar cuerpo a cuerpo con el porvenir, al igual que los gladiadores, que ejercitaban su cuerpo y lo frotaban con aceite antes de bajar a la arena. En los intervalos de esta febril

actividad, escuchaba por si volvía el ruido, impacientándose con la prudencia de aquel preso, que no adivinaba que quien le había interrumpido en sus tareas de libertad era otro preso que deseaba recobrarla tanto como él.

Transcurrieron tres días... setenta y dos horas mortales contadas minuto por minuto. Al fin una noche, cuando el carcelero acababa de hacerle su última visita, tenía Edmundo por centésima vez pegado el oído a la pared, y le pareció que un rumor imperceptible vibraba sordamente en su cabeza, puesta en contacto con la pared. Se apartó un poco para refrescar su cerebro exaltado, dio algunas vueltas por la habitación, y volvió a colocarse en el mismo sitio. No había duda: algo pasaba al el otro lado. El preso había reconocido lo arriesgado de su empresa y la proseguía de otro modo. Sin duda había sustituido el cincel por la palanca. Animado por este descubrimiento, Edmundo decidió ayudar a aquel obrero infatigable. Empezando por apartar su cama, pues detrás de ella creía que sonaba el rumor, buscó con los ojos un objeto que le sirviese para rascar la pared y arrancar una piedra de sus húmedos cimientos. No tenía cuchillo ni instrumento cortante alguno, sino solo los barrotes de la reja, y como más de una vez se había convencido de que era imposible arrancarlos, ni siquiera lo intentó. Todos sus muebles se reducían a la cama, una silla, una mesa, un jarro y un cántaro. La cama tenía los pies de hierro; pero los tenía unidos a las tablas con tornillos. Para poder arrancarlos necesitaba de un destornillador.

Solo le quedaba un recurso: romper el cántaro, y emprender su tarea con uno de los pedazos que tuviesen forma puntiaguda. Dicho y hecho: dejó caer el cántaro al suelo, con lo que se hizo mil pedazos. Eligió dos o tres de los más agudos y los ocultó en su jergón, dejando los otros en el suelo. El romperse el cántaro era una cosa tan natural, que no le daba cuidado alguno. Edmundo tenía toda la noche para trabajar; pero con la oscuridad no se daba mucha maña, pues tenía que trabajar a tientas, y conoció bien pronto que su primitiva herramienta se embotaba contra un cuerpo más duro. Volvió, pues, a acostarse y esperó que amaneciera: con la esperanza había recobrado la paciencia, y durante toda la noche no dejó de oír al zapador anónimo que continuaba su trabajo

subterráneo.

Al amanecer entró el carcelero. Le dijo el joven que bebiendo, la víspera, con el cántaro, se le había caído de las manos, rompiéndose. El carcelero, refunfuñando, fue a traer otra vasija nueva, sin tomarse el trabajo de llevarse los restos de la rota. Volvió con ella un instante después, encargando al preso que tuviese más cuidado, y se marchó.

Dantés escuchó con alegría inexplicable rechinar la cerradura, que en otros tiempos cada vez que se cerraba le oprimía el corazón. Oyó alejarse el ruido de los pasos, y cuando se extinguieron enteramente corrió a retirar la cama de su sitio, con lo que pudo ver, al débil rayo de luz que penetraba en el calabozo, lo inútil de su tarea de la noche anterior, ya que había rascado la piedra y no la cal que por sus extremos la rodeaba y que la humedad había reblandecido bastante. Latiéndole con fuerza el corazón observó Dantés que se caía a pedazos, y que aunque los pedazos eran átomos, en realidad, en media hora arrancó un puñado poco más o menos. Un matemático hubiera podido calcular que con dos años de este trabajo, si no se tropezaba con piedra viva, podría practicarse un boquete de dos pies cuadrados y veinte de profundidad. Entonces el preso se reprendió a sí mismo por no haber ocupado en aquella manera las largas horas que había perdido esperando, rezando y desesperándose. Eran cerca de seis años que llevaba en el calabozo. ¿Qué trabajo no hubiera podido acabar por lento que fuese? Esta idea le infundió ánimos.

A los tres días logró, con infinitas precauciones, arrancar todo el cimiento, dejando la piedra al aire. La pared se componía de morrillos interpolados de piedras para mayor solidez. Una de estas piedras era la que había casi desprendido y que ahora anhelaba arrancar de su base. Recurrió Dantés a sus dedos, pero fueron insuficientes, y los pedazos del cántaro, introducidos a manera de palanca en los huecos, se rompían cuando él apretaba. Después de una hora de inútiles tentativas se levantó con la frente bañada en sudor, lleno de angustia el corazón, preguntándose si tendría que renunciar al principio de su empresa. ¿Tendría que esperar, inerte y pasivo, a que su compañero, que quizá se cansaría, lo hiciese todo

por su parte?

Pasó entonces por su imaginación una idea que le hizo quedarse parado y sonriendo. Su frente húmeda de sudor se secó al punto. El carcelero le llevaba todos los días la sopa en una cacerola de cinc. Además de su sopa, contenía esta cacerola seguramente la de otro preso, puesto que había observado Dantés que unas veces estaba enteramente llena y otras hasta la mitad únicamente, según el carcelero empezara a distribuir por él o por su compañero.

La cacerola tenía un mango de hierro, que era justamente lo que Edmundo necesitaba, y lo que hubiera pagado con diez años de su vida. El carcelero solía vaciar la cacerola en la cazuela de Dantés, quien después de comerse la sopa con una cuchara de palo, lavaba la cazuela para que le sirviera al siguiente día. Aquella noche Edmundo colocó la cazuela en el suelo entre la puerta y la mesilla, de modo que al entrar el carcelero la pisó y la hizo mil pedazos sin que pudiese decir nada a Dantés: si este había cometido la torpeza de dejarla en el suelo, el carcelero había cometido la de no mirar dónde ponía los pies; por lo que tuvo que contentarse con refunfuñar. Miró luego a su alrededor para hallar donde dejarle la comida; pero Dantés no tenía más vasija que la cazuela.

—Déjeme la cacerola —dijo Edmundo—, mañana podrá recogerla cuando me traiga el desayuno.

Este consejo convenía tanto a la pereza del carcelero, como que así no necesitaba subir y bajar otra vez la escalera. Dejó pues la cacerola. Edmundo tembló de alegría, y comiendo esta vez a toda prisa la sopa y el resto de sus provisiones, que, según costumbre de las cárceles, se juntaban en una sola vasija, esperó más de una hora para cerciorarse de que el carcelero no volvería; separó la cama de la pared, cogió la cacerola, e introduciendo el mango por la junta de piedra, se sirvió de él como de una palanca.

Una ligera oscilación de la piedra le probó que su ensayo tenía buen resultado; al cabo de una hora, la piedra había salido de la pared, dejando un hueco como de un pie de diámetro. Recogió con cuidado toda la cal, y la esparció en los rincones del calabozo. Luego raspó el suelo con uno de los pedazos del cántaro y mezcló aquella cal con tierra negruzca. Queriendo después aprovechar

aquella noche, en que la casualidad, o mejor dicho, su sabia combinación le proveyera de tan precioso instrumento, siguió cavando con mucho afán. Al amanecer volvió a colocar la piedra en su agujero, colocó también la cama en su sitio y se acostó. Su almuerzo consistía en un pedazo de pan, que poco después vino a traerle el carcelero.

—¡Cómo! ¿No me baja otra cazuela? —le preguntó Edmundo.

—No, porque todo lo rompe —respondió aquel—. Ha roto un cántaro, y tenido la culpa de que yo rompiese la cazuela. Si todos los presos hiciesen tanto gasto como usted, el gobierno no podría soportarlo. Le dejaré la cacerola, y en ella le echaré la sopa de hoy en adelante, acaso no la romperá.

Dantés levantó los ojos al cielo y cruzó las manos debajo de su cobertor porque aquel pedazo de hierro, de que dispondría ya a todas horas, le inspiraba una gratitud al cielo, más viva que la que le habían inspirado todas las venturas de su vida anterior. Había observado solamente que su compañero no trabajaba desde que él había comenzado su tarea. Pero ni esto importaba, ni era razón para desmayar: si su compañero no llegaba hasta él, él llegaría hasta su compañero. Todo el día trabajó sin descanso, de manera que por la noche, gracias a su nuevo instrumento, había arrancado de la pared sobre diez puñados, entre morrillos, cal y piedra del cimiento.

A la hora de la visita enderezó lo mejor que pudo el mango de su cacerola, colocándola en su sitio. Vertió en ella el carcelero su ordinaria ración de sopa y de provisiones, o mejor dicho de pescado, porque aquel día, así como tres veces por semana, hacían comer los viernes a los presos. Este habría sido un medio de calcular el tiempo, si Edmundo no hubiera renunciado a él desde hacía mucho.

Se fue el carcelero y esta vez quiso Dantés asegurarse de si su vecino había en efecto renunciado o no a su empresa, y se puso a escuchar atentamente. Todo permaneció en silencio como durante aquellos tres días en que los trabajos se habían interrumpido. Suspiró, convencido de que el preso desconfiaba de él. Con todo, no por esto dejó de trabajar toda la noche; pero a las dos o tres horas tropezó con un obstáculo. El hierro no se hundía, sino que

resbalaba sobre una superficie plana. Metió la mano, y pudo cerciorarse de que había tropezado con una viga que atravesaba, o, mejor dicho, cubría enteramente el agujero comenzado por él. Era preciso cavar por debajo de ella o por encima. El desgraciado no había pensado en este obstáculo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó—, tanto le recé, que confié que me oyera. ¡Dios mío!, después de haberme quitado la libertad en vida... ¡Dios mío!, después de haber hecho renunciar al reposo de la muerte... ¡Dios mío!, que me ha devuelto al mundo... ¡Dios mío! ¡Apiádate de mí, no me dejes morir entregado a la desesperación!

—¿Quién es el que habla de Dios y se desespera? —murmuró una voz, que como salida del centro de la tierra, llegaba a Edmundo opaca, por decirlo así, y con un acento sepulcral.

Se le erizaron los cabellos y retrocedió, aunque estaba de rodillas.

—¡Ah! —dijo—, oigo la voz de un hombre.

Ya hacía cuatro o cinco años que Edmundo no hablaba sino con el carcelero, y para los presos, el carcelero no es un hombre, es una puerta viva que se aumenta a la puerta de encina, es una barra de carne sujetada a los hierros de su ventana.

—En nombre del cielo, quienquiera que sea el que habló, imploro que siga hablando, aunque su voz me asuste: ¿quién es?

—¿Y usted, quién es? —le preguntó la voz.

—Un preso desdichado —respondió Edmundo, que no tenía ningún inconveniente en responder.

—¿De dónde es?

—Francés.

—¿Se llama?

—Edmundo Dantés.

—¿Su profesión?

—Marino.

—¿Cuánto tiempo hace que está preso?

—Desde el 28 de febrero de 1815.

—¿Cuál es su delito?

—Soy inocente.

—Pero ¿de qué le acusan?

—De haber conspirado para que volviera el emperador.
—¿El emperador no está ya en el trono?
—Abdicó en Fontainebleau en 1814, y fue desterrado a la isla de Elba. Pero ¿desde cuándo está usted aquí que ignora todo esto?
—Desde 1811.
Dantés se estremeció; aquel hombre estaba preso cuatro años antes que él.
—Está bien, no cave más —dijo la voz muy aprisa—. Dígame solamente: ¿a qué altura está su excavación?
—Al nivel del suelo.
—¿Y cómo puede ocultarse?
—Con mi cama.
—¿No le han mudado la cama desde que está preso?
—Nunca.
—¿Adónde cae su calabozo?
—A un corredor.
—¿Y el corredor?
—Al patio.
—¡Ay! —murmuró la voz.
—¡Dios mío! ¿Qué ocurre? —preguntó Dantés.
—Que me equivoqué; que lo imperfecto de mi croquis me engañó; que la falta de compás me ha perdido, pues una línea equivocada en mi croquis equivale en realidad a quince pies. He creído que esta pared que nos separa era la muralla.
—Pero entonces hubieras salido al mar.
—Era lo que yo quería.
—¿Y si lo hubiese logrado?
—Nadaría hasta llegar a una de esas islas que rodean al castillo de If, la isla de Daume o la de Tiboulen, o la costa, y me hubiera salvado.
—¿Habría podido nadar tanto?
—Dios me habría dado fuerzas. Ahora todo está perdido.
—¿Todo?
—Sí, tape muy bien ese agujero, no trabaje más, no se ocupe en nada, y espere que yo le avise...
—¿Quién es usted? Dígame quién es, por lo menos.

—Soy... soy el número 27.
—¿Desconfía de mí? —le preguntó Dantés.
Y creyó oír por toda respuesta una risa amarga.
—¡Oh! Soy buen cristiano —exclamó en seguida, adivinando instintivamente que aquel hombre pensaba abandonarlo—. Le juro por Cristo que primero consentiré que me maten, que dejar entrever a sus verdugos y a los míos un átomo de la verdad; pero, en nombre del cielo, no me prive de su presencia, no me prive de su voz, porque, se lo juro, me van abandonando ya las fuerzas... porque me estrellaría contra la pared y tendría que reprocharse mi muerte.
—¿Qué edad tiene? Su voz parece la de un joven.
—No sé mi edad a punto fijo, como no sé el tiempo que he pasado aquí. Solamente sé que iba a cumplir diecinueve años cuando me detuvieron en 1815.
—No ha cumplido aún veintiséis años —murmuró la voz. A esa edad el hombre no es traidor todavía.
—¡Oh! No, no, se lo juro —repitió Dantés—. Se lo dije, consentiré que me despedacen antes que hacerle traición.
—Hizo bien en hablarme, hizo bien en rogarme, porque ya iba yo a trazar otro plan y a separarme de usted. Pero su edad me tranquiliza; espéreme, que me reuniré con usted.
—¿Cuándo?
—Antes calcularé nuestros recursos, deje a mi cargo el avisarle.
—Pero no me abandonará, no me dejará solo, ¿verdad? Vendrá a reunirse conmigo o consentirá en que vaya a reunirme con usted. Huiremos juntos, y si no podemos huir, hablaremos, usted de las personas a quienes ama, yo de aquellas a quienes amo. Usted debe amar a alguien.
—Estoy solo en el mundo.
—Entonces me amará a mí. Si es joven seré su amigo; si viejo, su hijo. Mi padre debe de contar ahora setenta años, si aún vive; yo solo lo amaba a él y a una joven llamada Mercedes. Estoy seguro de que mi padre no me ha olvidado; pero ella... sabe Dios si aún piensa en mí. Lo amaré como amaba a mi padre.
—Está bien —dijo el preso—. Hasta mañana.
Aunque pocas, el acento de estas palabras convenció a Dantés,

que sin hacer ninguna pregunta más se levantó, y tomando para ocultar los escombros las mismas precauciones de otros días, volvió a arrimar su cama a la pared. Desde aquel instante se entregó en cuerpo y alma a su felicidad: ya no estaría solo, quizás iba a ser libre; y lo peor que podría sucederle, si seguía preso, era tener un compañero, y como es sabido, la prisión en compañía es solo media prisión. Las quejas exhaladas en común son casi oraciones; las oraciones en común son casi himnos de gratitud.

Dantés no hizo en todo el día más que pasear de un extremo al otro de su calabozo, saltándosele el corazón de júbilo, júbilo que en algunos intervalos lo ahogaba. Se sentaba en la cama, apretándose el pecho con las manos, y al menor ruido que se oía en el corredor se lanzaba hacia la puerta; porque una o dos veces le pasó por su imaginación la idea horrible de que le separasen de aquel hombre, a quien ya amaba aún sin conocerlo. Entonces tomó una resolución: si el carcelero separaba su cama de la pared, y veía la excavación, y se inclinaba para examinarla, él lo asesinaría al punto con la baldosa en que colocaba el cántaro de agua.

Lo condenarían a muerte, bien lo sabía; pero ¿no iba él a morir de fastidio y desesperación cuando aquel ruido milagroso le volvió a la vida?

A la noche volvió el carcelero. Dantés estaba acostado, porque le parecía que así ocultaba mejor la excavación. Con ojos muy extrañados debió de mirar sin duda al inoportuno carcelero, porque este le dijo:

—Vamos, ¿va a volverse loco otra vez?

Dantés no respondió, porque temía que lo conmovido de su acento le delatase. El carcelero se fue, moviendo la cabeza. Al llegar la noche creyó Dantés que su vecino se aprovecharía del silencio y de la oscuridad para reanudar la conversación; pero nada menos que eso: transcurrió la noche sin que ningún ruido respondiese a su febril ansiedad; pero, por la mañana, después de la visita de costumbre, cuando ya él había separado su cama de la pared, sonaron tres golpecitos acompasados, que le hicieron ponerse apresuradamente de radillas.

—¿Es usted? —dijo— ¡Aquí estoy!

—¿Se ha marchado ya el carcelero? —preguntó la voz.

—Sí, y no volverá hasta la noche —contestó Dantés—. Tenemos doce horas a nuestra disposición.

—¿Puedo, pues, trabajar? —preguntó la voz.

—Sí, sí, ¡al instante! ¡Al instante! Yo se lo suplico.

Y en el mismo momento la tierra en que apoyaba Dantés ambas manos, pues tenía la mitad del cuerpo metido en el agujero, vaciló como si le faltara la base. Se echó hacia atrás Dantés, y una porción de tierra y piedras se precipitó por otro agujero que acababa de abrirse debajo del que había abierto él. Entonces, en el fondo de aquel lóbrego antro, cuya profundidad no podía calcularse a primera vista, apareció una cabeza, unos hombros, y un hombre, por último, que salía con bastante agilidad.

Capítulo dieciséis: Un sabio italiano

Dantés recibió en sus brazos a aquel nuevo amigo, por tanto tiempo esperado, y lo llevó junto a su ventana para que le alumbrase por entero la tenue luz del calabozo.

Era un hombre pequeño de estatura, encanecido más por las penas que por los años, ojos de mirada penetrante, ocultos por espesas cejas, también un tanto canas, y de larguísima barba que todavía se conservaba negra. Lo demacrado de su rostro en el que surcaban arrugas profundísimas, la línea atrevida de sus facciones, todo en él, en fin, revelaba al hombre más acostumbrado a ejercer las facultades del alma que las del cuerpo. La frente del recién llegado estaba bañada en sudor y en cuanto al traje, era imposible distinguir la forma primitiva, porque se le caía a pedazos. Lo menos representaba sesenta y cinco años, aunque cierto vigor en las acciones demostraba que tal vez tenía menos edad que la que le hacía representar su prolongado encierro.

Acogió el recién llegado las entusiastas protestas del joven con una especie de agrado, y parecía como si su alma helada reviviese

por un instante para confundirse con aquella alma ardiente. Le agradeció, pues, efusivamente su cordialidad, aunque le había causado una impresión muy terrible hallar un segundo calabozo donde creyó encontrar la libertad.

—Veamos primeramente —le dijo— si hay medio de que los carceleros no den con el quid de nuestras entrevistas. Nuestra tranquilidad futura consiste en que ellos ignoren lo que ha pasado.

Y, al decir esto, se inclinó hacia la excavación, y alzando la piedra en vilo, aunque era grande su peso, la volvió a colocar en su sitio.

—Esta piedra ha sido arrancada con poca precaución —dijo al inclinarse—. ¿Tiene herramientas?

—¿Y usted —le respondió Dantés admirado—, las tiene acaso?

—He construido algunas. A excepción de lima, tengo todas las que necesito: escoplo, tenazas y palanca.

—¡Oh! Cuánta curiosidad tengo de ver esos productos de su paciencia y de su industria —dijo Dantés.

—Mire, aquí traigo el escoplo.

Y diciendo esto, le enseñó una hoja de hierro fuerte y aguda: el mango era de madera.

—¿Cómo ha hecho esto? —le dijo Dantés.

—Con uno de los goznes de mi cama. Con esta herramienta he abierto todo el camino que me condujo aquí: cerca de cincuenta pies.

—¡Cincuenta pies! —exclamó el preso con una especie de terror.

—Hable más quedo, joven, hable más quedo. Muchas veces hay detrás de las puertas quien escucha a los presos.

—Saben que estoy solo.

—No importa.

—¿Y dice que ha cavado cincuenta pies para llegar hasta aquí?

—Tal es, poco más o menos, la distancia que separa mi calabozo del suyo. Empero, como me faltaban instrumentos de geometría para tirar la escala de proporción, he trazado mal una curva, de modo que en vez de cuarenta pies de elipse he hallado cincuenta. Mi intención, como ya le dije, era salir a la muralla exterior, horadarla también y arrojarme al mar. En vez de pasar por debajo de su calabozo, he costeado el corredor a que sale, lo que hace que todo

mi trabajo sea inútil, pues el corredor cae a un patio lleno de centinelas.

—Es verdad —dijo Dantés—, pero ese corredor solo pertenece a una de las paredes de este calabozo, y este, como ve, tiene cuatro.

—Desde luego; pero esta pared primera está edificada en la piedra viva: necesitarían para horadarla diez mineros con buenas herramientas diez años, esta otra debe empalmar con los cimientos de las habitaciones del gobernador; saldríamos a las cuevas, que están cerradas con llave, allí nos atraparían. La pared cae..., espere, espere..., ¿adónde cae la otra pared?

Esta pared era la del tragaluz por donde entraba la luz. A imitación de las troneras, este respiradero iba estrechándose hasta el fin de un modo tal, que sin contar las tres hileras de hierros, capaces de hacer dormir tranquilo al gobernador más pusilánime, no hubiera podido escaparse ni un niño por allí. Al hacer esta pregunta el recién llegado, arrastró la mesa hasta colocarla debajo del tragaluz.

—Suba —dijo a Dantés.

Dantés obedeció, subió sobre la mesa, y adivinando el intento de su compañero apoyó la espalda en la pared y le alargó ambas manos desde encima de la mesa. Entonces el hombre que se había llamado a sí mismo con el número de su calabozo, y cuyo verdadero nombre ignoraba Dantés aún, con más ligereza que la que su edad hacía presumir, subió del suelo a la mesa, y luego, flexible como un gato o un reptil, de la mesa a las manos de Dantés, y de las manos a las espaldas. De este modo, doblándose extremadamente, porque no le permitía otra cosa el techo del calabozo, pudo meter la cabeza entre la primera fila de hierros y mirar arriba y abajo, retirando al momento la cabeza con mucha prima a la vez que exclamaba:

—¡Oh!, ¡oh! ¡Ya lo sospechaba yo!

Y volvió a bajar a la mesa, y de la mesa saltó al suelo.

—¿Qué sospechaba? —le preguntó ansioso el joven, saltando también.

El anciano se quedó meditabundo.

—Sí —dijo—, eso es... la cuarta pared del calabozo da a una galería exterior, a una especie de ronda por donde pasan patrullas y donde hay centinelas.

—¿Está seguro de ello?
—He visto el morrión de un soldado y la boca de su fusil. Me retiré tan pronto por miedo de que él también me viese.
—En resumen... —dijo Dantés.
—Ya ve que es imposible huir por su calabozo.
—¿De modo que...? —preguntó el joven con acento interrogador.
—Aunque ¡hágase la voluntad de Dios! —contestó. Y las facciones del anciano se cubrieron de un aspecto de resignación.
Dantés no pudo menos de mirar con extrañeza que rayaba en admiración, a un hombre que con tanta filosofía renunciaba a una esperanza alimentada tantos años.
—¿Quiere decirme ahora quién es usted? —le preguntó.
—¡Oh!, sí, como le interesa todavía, aunque no pueda ya servirle para nada.
—Puede servirme de consuelo y de sostén, puesto que me parece sin igual su fortaleza de espíritu.
—Yo soy —dijo el anciano sonriendo tristemente— el abate Faria, preso, como ya sabe, desde 1811 en el castillo de If; pero antes de esa fecha llevaba ya tres años en la fortaleza de Fenestrelle. En esa fecha me trasladaron del Piamonte a Francia. Supe entonces que el destino, hasta allí su vasallo, había dado un hijo al emperador Napoleón, hijo que en la misma cuna se llamaba ya rey de Roma. Estaba yo entonces muy lejos de sospechar lo que me ha dicho, a saber que cuatro años más tarde el coloso se haría pedazos. ¿Quién reina ahora en Francia? ¿Es acaso Napoleón II?
—No; Luis XVIII.
—¿El hermano de Luis XVI? ¡Extraños y misteriosos decretos del Altísimo! ¿Cuál es el objeto de la Providencia haciendo caer al hombre que había elevado, y elevar al que había hecho caer?
Dantés seguía con la vista a aquel hombre que olvidaba un momento su propio destino para ocuparse del destino del mundo.
—Sí, sí —prosiguió—, lo mismo que en Inglaterra. Después de Carlos I, Cromwell; después de Cromwell, Carlos II, y quizá después de Jacobo II, algún pariente, algún príncipe de Orange, algún Statuder que se corone rey, y con él nuevas concesiones al pueblo, y ¡constitución y libertad! Usted lo verá, joven —dijo volviéndose

hacia Dantés, y mirándole con ojos brillantes y profundos, como debían de tenerlos los profetas—. Usted lo verá, puesto que todavía tiene edad para verlo.

—¡Ay!, si salgo de aquí.

—Justamente —respondió el abate Faria—. Estamos presos aunque hay momentos en que lo olvido y que me creo libre, atravesando mi vista por entre los muros que me encierran.

—Pero ¿por qué está preso?

—Por haber soñado en 1807 lo que Napoleón quiso realizar en 1811; porque como él, quise formar con todos esos principados que hacen de Italia un nido de reyezuelos tiránicos y débiles, un imperio compacto y fortísimo; porque creí hallar mi César Borgia en un bobo coronado que aparentó comprenderme para engañarme mejor. Mi proyecto era el de Alejandro VI y el de Clemente VII; siempre fracasará, puesto que ellos lo emprendieron inútilmente, y Napoleón no pudo acabar de realizarlo. No hay duda: ¡Italia está maldita!

El anciano inclinó la cabeza... Dantés no comprendía cómo un hombre puede arriesgar su existencia por semejantes intereses; bien que a decir verdad, si conocía a Napoleón por haberle visto y haberle hablado, en cambio, ignoraba completamente quiénes fuesen Clemente VII y Alejandro VI. Con lo cual fue contagiándose de la creencia de su carcelero, creencia general en el castillo de If, y dijo al anciano:

—¿No es usted el eclesiástico a quien se cree... enfermo?

—A quien se cree loco, quiere decir, ¿no es verdad?

—No me atrevía —dijo sonriendo Dantés.

—Sí, sí —prosiguió el abate con amarga sonrisa— yo soy el que pasa por loco, soy el que divierte donde hace mucho tiempo a los huéspedes de este castillo, y el que divertiría a los niños, si los hubiera en esta mansión del duelo sin esperanza.

Se quedó Dantés un momento inmóvil y mudo.

—¿Así que renuncia a huir? —dijo al cabo.

—Lo reconozco imposible. Es volverse contra Dios intentar lo que Dios no quiere.

—¿Por qué se desanima? También es pedir mucho a la Providencia querer a la primera tentativa, de manera que ¿no puede

volver a la excavación por otro lado?

—Pero ¿así habla de volver? ¿No sabe lo que ya he hecho? ¿Ignora que he necesitado cuatro años para construir las herramientas que poseo? ¿No sabe que hace diez años que pico y cavo una tierra tan dura como el granito? ¿Sabe que he necesitado desencajar piedras que en otro tiempo hubiera yo creído imposible mover; que he pasado días enteros en esa empresa titánica, creyéndome dichoso por la noche con haber minado una pulgada en cuadro de ese vetusto cimiento, que hoy está ya tan duro como la misma piedra? ¿Ignora acaso que para ocultar los escombros que sacaba, he necesitado horadar la bóveda de una escalera, y que en ella los he ido depositando hasta el punto de que hoy no puede ya contener un puñado de polvo más? ¿No sabe, por último, que ya creía tocar al fin de mi trabajo, que no me quedaban más fuerzas que las precisas para esto, cuando Dios no solamente lo aleja sino que lo alarga indefinidamente? Así, le repito lo que le dije: nada haré desde ahora para alcanzar mi libertad, puesto que Dios quiere que por siempre la haya perdido.

Edmundo bajó la cabeza para no revelar a aquel hombre que la alegría de tener un compañero le impedía compartir como debiera el dolor que experimentaba el preso, de no haber podido salvarse. El abate se dejó caer sobre la cama de Edmundo, que permaneció de pie. Jamás había pensado en la fuga el joven. Tienen algunas cosas tal aire de imposibles, que no se nos ocurre la idea de intentarlas, y hasta las evitamos instintivamente. Efectuar una mina de cincuenta pies, empleando tres años para salir por todo triunfo a un precipicio que cae al mar; arrojarse desde cincuenta, sesenta, setenta o acaso cien pies de altura, para hacerse pedazos en una roca, si antes la bala del centinela no ha hecho su oficio; verse obligado, si se escape de tantos peligros, nada menos que a nadar una legua, era lo bastante para que cualquiera se resignara, y ya hemos visto que a Dantés le faltó poco para llevar esta resignación hasta el suicidio.

Pero ahora que el joven había visto a un anciano agarrarse a su vida con tanta energía, dándole ejemplo de resoluciones desesperadas, se puso a reflexionar y hacer cuentas con su valor. Otro hombre había intentado lo que él no se imaginó siquiera; otro,

menos joven, menos fuerte, menos atrevido que él, a fuerza de astucia y de paciencia, se había procurado cuantas herramientas necesitaba para esta operación increíble, que solo pudo fracasar por una línea mal trazada; todo esto lo había hecho otro hombre, conque nada era imposible a Dantés; Faria había minado cincuenta pies; él minaría ciento; Faria, con cincuenta años de edad, había consagrado tres a su obra; él, que solo tenía la mitad de los años de Faria, consagraría seis; Faria, hombre de iglesia, abate y sabio, no había temido aventurarse a ir nadando desde el castillo de If a la isla de Daume, de Ratonneau, o de Lemaire; ¿cómo él, Edmundo el marino, el hábil nadador que tantas veces había bajado al fondo del mar a coger una rama de coral, vacilaría para pasar una legua a nado? ¿Una hora solamente, cuando él había estado horas enteras en el mar sin hacer pie ni descanso alguno? No, no, Dantés no tenía necesidad más que de ser estimulado por un ejemplo. Todo lo que pudiese hacer otro hombre lo haría él. Se quedó pensativo diciendo al cabo al anciano:

—Ya encontré lo que buscaba.

Faria se conmovió.

—¿Usted? —exclamó levantando la cabeza, como si diera a entender a Edmundo que a decir verdad, su desaliento no sería de gran duración—. Veamos, ¿qué encontró?

—El túnel que hizo para llegar hasta aquí tiene la misma dirección que la galería exterior, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Debe de estar a una distancia de cincuenta pasos?

—A lo sumo.

—Pues bien, hacia la mitad del túnel abrimos otro que forme como los brazos de una cruz. Esta vez tome mejor sus medidas; salimos a la galería exterior, matamos al centinela y nos escapamos. Solo dos cosas se necesitan para llevar adelante este plan: ánimo, usted lo tiene; fuerzas, no me faltan a mí. No hablo de paciencia, usted me ha probado ya la suya, y yo le probaré la mía.

—Aguardad, que aún no sabe, mi querido compañero, de qué clase son mis ánimos —respondió el abate—, y qué uso puedo hacer de mis fuerzas. En cuanto a la paciencia, creo que demostré

bastante al volver a empezar por la mañana la tarea de la noche, y por la noche la tarea del día. Pero cuando lo hice, me imaginaba servir a Dios dando libertad a una de sus criaturas, que por ser inocente no podía ser condenado.

—Y ¿no sucede lo mismo ahora que entonces? —le preguntó Dantés—. ¿O es que se reconoce culpable desde que me ha encontrado?

—No; pero no quiero llegar a serlo. Hasta ahora no creí tener que vérmelas sino con las cosas, pero según su plan, tendré que vérmelas con los hombres. Yo he podido muy bien atravesar una pared y destruir una escalera, pero no atravesaré un pecho ni destruiré una existencia.

—¡Cómo! —le dijo Dantés haciendo un leve ademán de sorpresa— ¡pudiendo escaparse, renunciaría por semejante escrúpulo!

—Y usted —repuso Faria—, ¿por qué no ha asesinado a su carcelero y ha huido disfrazado con su traje?

—Porque nunca se me ocurrió tal cosa.

—No; no lo hizo porque el crimen le inspira horror instintivo, por eso no se le ocurrió tal cosa —replicó el anciano—. Nuestro mismo instinto nos advierte que lo natural y lo sencillo es no apartarnos de la línea del deber. El tigre que se alimenta de sangre, y cuyo destino es bañarse en sangre, solo necesita que le indique su olfato dónde hay una presa que devorar. Al punto se abalanza contra ella y la destroza. Este es su instinto, obedece a él, pero al hombre, por el contrario, le repugna la sangre, y no crea que son las leyes sociales las que le prohíben el asesinato, no, que son las leyes de la naturaleza.

Dantés se quedó confundido. Aquellas palabras eran en efecto la explicación de las ideas que habían pasado por su cerebro, o dicho mejor, por su alma, porque hay ideas que brotan del cerebro e ideas que brotan del corazón.

—Además —añadió Faria—, en los doce años que llevo de calabozo, he recordado las fugas célebres, y aunque pocas, las que ha coronado el éxito fueron las meditadas a sangre fría y preparadas lentamente. Así huyó de Vincennes el duque de Beaufort, así de Fort Peveque el abate de Buquoi, y así Latude de la

Bastilla. Ha habido además otras fugas deparadas por la casualidad, y esas son las mejores. Créame, esperemos una ocasión, y si se presenta la aprovecharemos.

—A usted le ha sido fácil esperar —dijo Dantés suspirando—. Su continua tarea le ocupaba todos los instantes, y cuando no, tenía esperanza para consolarse.

—Tenga presente que no me ocupaba solo en eso —dijo el abate.

—Pues ¿qué hacía?

—Escribir o estudiar.

—¿Le dan papel, tinta y plumas?

—No, pero yo me los he hecho.

—¡Usted hace papel, tinta y plumas! —exclamó Dantés.

—Sí.

Dantés, admirado, miró a aquel hombre, aunque costándole trabajo creer lo que le decía. Faria notó esta ligera duda y le dijo:

—Cuando venga a mi cuarto, le enseñaré una obra completa, resultado de todos los pensamientos, reflexiones e indagaciones de toda mi vida. La había imaginado a la sombra del Coliseo, en Roma, al pie de la columna de San Marcos, en Venecia, y a orillas del Arno, en Florencia. Entonces yo no sospechaba siquiera que mis verdugos me obligarían a escribirla en un calabozo del castillo de If. Se intitula mi libro *Tratado sobre la posibilidad de una sola monarquía italiana.* Formará un volumen en cuarto muy abultado.

—¿Y la ha escrito...?

—En dos camisas. He inventado una preparación que pone al lienzo liso y compacto como el pergamino.

—¿Es también químico?

—Poca cosa. He conocido a Lavoisier, y tratado amistosamente a Cabanis.

—Pero para esa obra habrá necesitado apuntes históricos. ¿Tiene libros?

—En Roma tenía una biblioteca de cerca de cinco mil volúmenes, y a fuerza de leerlos y releerlos comprendí que con ciento cincuenta obras elegidas con inteligencia, se posee, si no el resumen completo del saber humano, lo más útil tan siquiera. Dediqué tres años de mi vida a leer y releer esas ciento cincuenta obras, de modo que

cuando me prendieron las sabía casi de memoria, y con un leve esfuerzo las he ido recordando todas en mi prisión. De cabo a rabo podría recitarle a Tucídides, Jenofonte, Plutarco, Tito Livio, Tácito, Strada, Jornandés, Dante, Montaigne, Shakespeare, Espinosa, Maquiavelo y Bossuet. Solamente le cito los más importantes.

—¿Sabe muchos idiomas?

—Hablo cinco lenguas: el alemán, el francés, el italiano, el inglés y el español. Con ayuda del griego antiguo comprendo el griego moderno; aunque lo hablo mal, lo estoy al presente estudiando.

—¿Lo está estudiando? —dijo Dantés.

—Sí, ciertamente. He hecho un vocabulario de las palabras que sé, combinándolas de todas las maneras para que puedan expresar lo que pienso. Sé cerca de mil palabras, y en rigor no necesito de más, aunque haya cien mil en los diccionarios, si no me equivoco. No seré quizás elocuente, pero me daré a entender, y con esto me basta.

Cada vez más asombrado, Edmundo empezaba a juzgar sobrenaturales las facultades de aquel hombre. Puso empeño en cogerle en descubierto en algún punto y continuó:

—Pero si no le han dado plumas, ¿cómo ha podido escribir esta obra tan voluminosa?

—He hecho plumas excelentes que, a ser conocidas, las preferiría todo el mundo, con los cartílagos de la cabeza de esas enormes pescadillas que algunas veces nos dan a comer los días de vigilia. Por lo cual, veo con mucho placer llegar los miércoles, los viernes y los sábados, porque espero aumentar mi provisión de plumas, y porque son mi tarea más dulce los trabajos históricos, yo lo confieso. Absorbiéndome en el pasado me olvido del presente, volando libre y a mis anchas por la historia, me olvido de que no tengo libertad.

—Pero ¿y la tinta? ¿Con qué hace la tinta? —dijo Dantés.

—En otro tiempo —contestó Faria— había en mi calabozo una chimenea, que sin duda estuvo tapiada antes de mi llegada, pero por espacio de muchos años han encendido en ella lumbre, puesto que todo el cañón está cubierto de hollín. He disuelto este hollín en el vino que me dan todos los domingos, y he ahí una tinta magnífica.

Para las notas, y para aquellos pasajes que han de atraer poderosamente la atención de los lectores, me pico los dedos con un alfiler y los escribo con mi sangre.

—Y ¿cuándo podré yo ver todo eso? —le preguntó Dantés.

—Cuando quiera —respondió Faria.

—¡Oh! ¡Ahora! ¡Ahora mismo! —exclamó el joven.

—Pues sígame —dijo Faria, y se metió en el camino subterráneo. Dantés le siguió.

Capítulo diecisiete: El calabozo del abate Faria

Después de haber pasado encorvado, pero con bastante facilidad, por el camino subterráneo, llegó Dantés al extremo opuesto, que lindaba con el calabozo del abate. Allí el paso era más difícil, y tan estrecho, que apenas bastaba a un hombre.

El calabozo del abate estaba embaldosado, y levantando una de estas baldosas del rincón más oscuro fue como empezó la maravillosa empresa cuyo término vio Dantés, y de pie todavía, se puso a examinar el cuarto con suma atención. A primera vista no presentaba nada de particular.

—Bueno —dijo el abate—, no son más que las doce y cuarto, podemos disponer aún de algunas horas.

Dantés miró a su alrededor buscando el reloj, en que el abate había podido ver la hora con tanta seguridad.

—Observe —le dijo Faria— ese rayo de luz que entra por mi ventana, y repare en la pared las líneas que yo he trazado. Gracias a esas líneas, combinadas con el doble movimiento de la Tierra, y la elipse que ella describe alrededor del Sol, sé con más exactitud la hora que si tuviese reloj, porque el reloj se descompone, y el Sol y la Tierra no se descomponen jamás.

Dantés no había comprendido nada de esta explicación. Al ver salir el Sol detrás de las montañas y ponerse en el Mediterráneo, siempre había creído que era el Sol quien giraba, no la Tierra. Este

doble movimiento del globo que habitamos, y que él, sin embargo, no echaba de ver, se le antojaba casi imposible, conque en cada una de las palabras de su interlocutor entreveía misterios profundos de ciencia tan admirables, como las minas de oro y de diamantes que visitó años atrás en un viaje que hizo a Guzarate y Golconda.

—Veamos —dijo al abate—. Estoy impaciente por examinar sus tesoros.

Se dirigió Faria a la chimenea, y levantó, con ayuda del cincel que tenía siempre en la mano, la piedra que en otro tiempo sirvió de hogar, que ocultaba un hoyo bastante profundo. En este hoyo estaban guardados todos los objetos de que habló a Dantés.

El abate le preguntó:

—¿Qué quiere ver primero?

—Enséñeme su obra sobre Italia.

Faria sacó de su precioso armario tres o cuatro rollos de lienzo, semejantes a hojas de papiro. Eran retazos de tela, de cuatro pulgadas sobre poco más o menos de ancho, por dieciocho de largo. Estaban todos numerados y llenos de un texto que Dantés pudo leer porque era italiano, lengua materna del abate, y que Dantés, como provenzal, conocía perfectamente.

—Vea, todo está aquí. Hace ocho días que he escrito la palabra fin en el lienzo sexagésimo octavo. Me he quedado sin dos camisas y sin todos mis pañuelos, pero si algún día salgo de aquí, y si logro encontrar en Italia un impresor que se atreva a imprimirla, tengo asegurada mi reputación.

—Sí —respondió Dantés—, bien lo veo. Enséñeme ahora, yo se lo suplico, las plumas con que ha escrito esta obra.

—Mírelas —dijo Faria.

Y enseñó al joven una varita como de seis pulgadas de largo, y como el mango de un pincel de grueso, a cuyo extremo había puesto y atado con un hilo uno de los tales cartílagos, aún manchado con la tinta de que había hablado a Dantés. Era picudo y tenía puntos como una pluma ordinaria. Dantés lo examinó buscando con la mirada el cuarto instrumento con que había sido cortado.

—¡Ah! Busca el cortaplumas, ¿no es cierto? —le preguntó Faria—.

Esa es mi obra maestra. Lo he hecho, así como este cuchillo, del hierro de un candelero viejo.

El cortaplumas cortaba como una navaja de afeitar, y en cuanto al cuchillo, reunía la ventaja de poder servir de cuchillo y de puñal.

Dantés contempló estos diferentes objetos con la misma curiosidad con que en las tiendas de quincalla de Marsella había examinado otras veces las chucherías construidas por los salvajes, y traídas de los mares del Sur por marinos aventureros.

—En cuanto a la tinta —dijo Faria—, ya sabe cómo me la proporciono; sepa además que la voy haciendo a medida que la necesito.

—Pero lo que más me admira —dijo Dantés— es que los días le hayan bastado para trabajos tan grandes.

—Disponía también de las noches —respondió el abate.

—¿Es como los gatos? ¿Ve a oscuras?

—No, pero Dios ha dado al hombre la inteligencia para remediar la pobreza de sus sentidos; la luz me la procuré.

—¿De qué modo?

—De la comida que me traen, extraigo la grasa, la derrito y hago una especie de aceite muy espeso; mire mi luz.

Y el abate enseñó a Edmundo una especie de lamparilla, semejante a las que suelen emplear en los festejos públicos.

—Pero ¿y el fuego?

—He aquí dos pedernales con su correspondiente yesca. Con pretexto de una enfermedad cutánea pedí un poco de azufre, que me concedieron.

Dantés puso sobre la mesa los objetos que tenía en la mano, e inclinó la cabeza sintiéndose humillado por tanta perseverancia y fortaleza de espíritu.

—Y esto no es todo —prosiguió Faria—, porque nadie debe ocultar sus tesoros en un mismo sitio; vamos a otra cosa.

En seguida colocaron la baldosa en su sitio. Echó un poco de tierra por encima el abate, la pisoteó para que desapareciese todo rastro de solución de continuidad, y en seguida separó su cama del sitio en que se hallaba.

Detrás de la cabecera, oculto con una piedra que lo cerraba casi

herméticamente, había un agujero que contenía una escala de cuerda de veinticinco a treinta pies de largo.

Dantés la examinó y la encontró de una solidez a toda prueba.

—¿Quién le dio la cuerda que habrá necesitado para esta obra maravillosa?

—Al principio algunas camisas que yo tenía, y después la ropa de mi cama que he deshilachado en tres años de mi prisión en Fenestrelle. Cuando me transportaron al castillo de If hallé medio para traerme las hilas, y aquí continué mi trabajo.

—Pero ¿no advirtieron que las sábanas de su cama se iban quedando sin dobladillos?

—No, que yo las cosía.

—¿Con qué?

—Con esta aguja.

Y de uno de los jirones de su vestido sacó Faria una espina larga y afilada que llevaba consigo.

—Sí —prosiguió Faria—, tuve primeramente intenciones de limar los hierros y huir por esa ventana, que como ve, es más grande que la suya, y aún la hubiese agrandado para escaparme, pero descubrí que caía a un patio interior y renuncié a mi proyecto por aventurado. Conservo, sin embargo, la escala para cualquier caso imprevisto, para una de esas fugas que proporciona la casualidad, como antes le decía.

Aunque, al parecer, Dantés examinaba la escala, pensaba en realidad en otra cosa. Se le había ocurrido de repente que aquel hombre tan ingenioso, tan sabio, tan profundo, quizás acertaría a ver claro en las tinieblas de su propia desgracia, que él nunca había podido penetrar.

—¿En qué piensa? —le preguntó el abate con una sonrisa, creyendo que el ensimismamiento de Dantés procedía de su admiración.

—Pienso, en primer lugar, en la inmensa inteligencia que ha empleado para llegar a esta situación. ¿Qué no habría hecho gozando de libertad?

—Quizá nada; acaso mi cerebro exuberante se hubiera evaporado en cosas pequeñas. Así como es necesaria la presión para hacer

estallar la pólvora, así el infortunio es necesario también para descubrir ciertas minas misteriosas ocultas en la inteligencia humana. La prisión ha concentrado todas mis facultades intelectuales en un solo punto, que por ser estrecho ha ocasionado que ellas choquen unas con otras. Como ya sabe, del choque de las nubes resulta la electricidad, de la electricidad el relámpago y del relámpago la luz.

—Yo no sé nada —contestó Dantés humillado por su ignorancia—, casi todas las palabras que pronuncia carecen para mí de sentido. ¡Qué dichoso es sabiendo tanto!

El abate sonrió.

—¿No decía ahora que pensaba en dos cosas?

—Sí.

—Solo me ha dicho la primera. ¿Cuál es la segunda?

—La segunda es que usted me ha contado su historia y yo no le he referido la mía.

—Su historia, joven, es demasiado corta para encerrar sucesos de importancia.

—Sin embargo —repuso Dantés—, contiene una desgracia inmensa, una desgracia inmerecida, y quisiera, para no blasfemar de Dios, como lo he hecho hartas veces, poder quejarme de los hombres.

—¿Se cree inocente del crimen del cual le acusan?

—Completamente. Lo juro por las únicas personas caras a mi corazón, por mi padre y por Mercedes.

—Veamos, cuénteme su historia —dijo Faria, cerrando su escondrijo y volviendo a poner la cama en su lugar.

Dantés hizo la relación de todo lo que él llamaba su historia, que se limitaba a un viaje a la India, y dos o tres a Levante, llegando al fin a su último viaje, a la muerte del capitán Leclerc, al encargo que le dio para el gran mariscal, a su plática con este, a la misiva que le confió para un tal señor Noirtier, a su llegada a Marsella, a su entrevista con su padre, a sus amores, a su desposorio con Mercedes, a la comida de aquel día, y por último, a su detención, a su interrogatorio, a su prisión provisional en el palacio de justicia, y a su traslación definitiva al castillo de If. Desde este punto no sabía nada

más, ni aun el tiempo que llevaba encerrado. Acabada la relación, el abate se puso a reflexionar profundamente. Después de un corto espacio, dijo:

—Hay en legislación un axioma profundísimo, que prueba lo que hace poco yo le decía, esto es, que a no nacer los malos pensamientos de una organización mala también, el crimen repugna a la naturaleza humana. Sin embargo, la civilización nos ha creado necesidades, vicios y falsos apetitos, cuya influencia llega tal vez a ahogar en nosotros los buenos instintos, arrastrándonos al mal. De aquí esta máxima: Para descubrir al culpable, averigüe quién se aprovecha del crimen. ¿A quién podía ser provechosa su desaparición?

—A nadie, ¡Dios mío! ¡Yo era tan poca cosa!

—No responda así, que falta a su respuesta lógica y filosofía. Todo es relativo, querido amigo, desde el rey, que estorba a su futuro sucesor, hasta el empleado, que estorba a su supernumerario. Si el rey muere, el sucesor hereda una corona; si el empleado muere, el supernumerario hereda su sueldo y sus gajes. Este sueldo es su lista civil, su presupuesto, necesita de él para vivir, como el rey precisa de sus millones.

»En torno a cada individuo, así en lo más alto como en lo más bajo de la escala social, se agrupa constantemente un mundo entero de intereses, con sus torbellinos y sus átomos, como los mundos de Descartes.

»Volvamos, pues, a su mundo. ¿Dice que iba a ser nombrado capitán de El Faraón?

—Sí.

—¿Podía interesar a alguno que no fuese capitán de El Faraón? Podía interesar a alguno que no se casase con Mercedes? Conteste ante todo a mi primera pregunta, porque el orden es la clave de los problemas. ¿Podía interesar a alguno que no fuese capitán de El Faraón?

—No, porque yo era muy querido a bordo. Si los marineros hubiesen podido elegir a su jefe, estoy seguro de que lo habría sido yo. Un solo hombre estaba algo picado conmigo, porque cierto día tuvimos una disputa, le desafié, y él no aceptó.

—Veamos, veamos. ¿Cómo se llamaba ese hombre?
—Danglars.
—¿Cuál era su empleo a bordo?
—Sobrecargo.
—Si hubiese llegado a ser capitán, ¿le conservaría en su empleo?
—No; a depender de mí, porque creí encontrar en sus cuentas algún error.
—Bien. Dígame ahora, ¿presenció alguien su última entrevista con el capitán Leclerc?
—No, porque estábamos solos.
—¿Pudo oír alguien la conversación?
—Sí, porque la puerta estaba abierta y aún... espere... sí... sí... Danglars pasó precisamente en el instante en que el capitán Leclerc me entregaba el paquete para el gran mariscal.
—Bien —murmuró el abate—, ya dimos con la pista. Cuando desembarcó en la isla de Elba ¿le acompañó alguien?
—Nadie.
—¿Y le entregaron una misiva?
—Sí, el gran mariscal.
—¿Qué hizo con ella?
—La guardé en mi cartera.
—¿Llevaba su cartera? ¿Y cómo una cartera capaz de contener una carta oficial podía caber en un bolsillo?
—Tiene razón. Mi cartera estaba a bordo.
—Luego fue a bordo donde colocó la carta en la cartera.
—Sí.
—Desde Porto-Ferrajo a bordo, ¿qué hizo con la carta?
—La tuve en la mano.
—Cuando abordó de nuevo a El Faraón, ¿pudieron ver todos que llevaba una carta?
—Sí.
—¿Y Danglars también lo vio?
—También.
—Poco a poco. Escuche bien: refresque su memoria. ¿Se acuerda de los términos en que estaba concebida la denuncia?
—¡Oh!, sí, sí, la he leído y releído muchas veces, y tengo sus

palabras muy presentes.
—Repítamelas.
Dantés reflexionó un instante y repuso:
—Así decía textualmente:

Un amigo del trono y de la religión previene al señor procurador del rey que un tal Edmundo Dantés, segundo de El Faraón, que llegó esta mañana de Esmirna, después de haber tocado en Nápoles y en Porto-Ferrajo, ha recibido de Murat una carta para el usurpador, y de este otra carta para la junta bonapartista de París.
Fácilmente se tendrá la prueba de su crimen prendiéndole, porque la carta se hallará en su poder, o en casa de su padre, o en su camarote, a bordo de El Faraón.

El abate se encogió de hombros.
—Eso está claro como la luz del día —dijo—, y es necesario tener un alma muy buena, y muy inocente, para no comprenderlo todo desde el principio.
—¿Lo cree así? —exclamó Edmundo—. ¡Oh! ¡Sería una acción muy infame!
—¿Cuál era la letra ordinaria de Danglars?
—Cursiva, y muy hermosa.
—¿Y la del anónimo?
—Inclinada a la izquierda.
El abate sonrió:
—Una letra desfigurada, ¿no es verdad?
—Muy correcta era para estar desfigurada.
—Espere —dijo.
Y diciendo esto, cogió el abate su pluma, o lo que él llamaba pluma, la mojó en tinta, y escribió con la mano izquierda en un lienzo de los que tenía preparados, los dos o tres primeros renglones de la denuncia.
Edmundo retrocedió, mirando al abate con terror:
—¡Oh! ¡Es asombroso! —exclamó—. ¡Cómo se parece esa letra a la otra!
—Es que sin duda se escribió la denuncia con la mano izquierda.

He observado siempre una cosa —prosiguió el abate.
—¿Cuál?
—Todas las letras escritas con la mano derecha son varias, y semejantes todas las escritas con la mano izquierda.
—¡Cuánto ha visto! ¡Cuánto ha observado!
—Continuemos.
—¡Oh!, sí, sí.
—Pasemos a mi segunda pregunta.
—Le escucho.
—¿Podía interesar a alguien que no se casase con Mercedes?
—Sí, a un joven que la amaba.
—¿Su nombre?
—Fernando.
—Ese es un nombre español.
—Era catalán.
—¿Y cree que ese haya sido capaz de escribir la carta?
—No, lo que él hubiera hecho era darme una puñalada.
—Eso es muy español. Una puñalada sí, una bajeza, no.
—Además, ignoraba todos los pormenores que contiene la delación —indicó Edmundo—. ¿No se los había contado a nadie?
—A nadie.
—¿Ni a su novia?
—Ni a mi novia.
—Pues ya no me cabe duda alguna: fue Danglars.
—¡Oh!, ahora estoy seguro.
—Espere un poco... ¿Conocía Danglars a Fernando?
—No... sí... ahora me acuerdo...
—¿Qué?
—La víspera de mi boda los vi sentados juntos a la puerta de la taberna de Pánfilo. Danglars estaba afectuoso y al mismo tiempo burlón, y Fernando pálido y como turbado.
—¿Estaban solos?
—No; se hallaba con ellos otro compañero, muy conocido mío, y que fue sin duda el que los relacionó..., un sastre llamado Caderousse; este estaba ya borracho... Espere, espere... ¿cómo no he recordado esto antes de ahora? Junto a su mesa había un

tintero..., papel y pluma... —murmuró Edmundo llevándose la mano a la frente—. ¡Oh! ¡Infames! ¡Infames!
—¿Quiere aún saber más? —le dijo el abate, sonriendo.
—Sí, sí; puesto que ve claro en todo, y todo lo adivina, quiero saber por qué no he sido interrogado más que una sola vez y por qué he sido condenado sin formación de causa.
—¡Oh!, eso es más difícil —dijo el abate—. La policía tiene misterios casi imposibles de penetrar. Lo averiguado hasta ahora en eso de sus dos enemigos es una bagatela. En esto de la justicia tendrá que darme informes más exactos.
—Pregúnteme, pues, porque a decir verdad, más claro ve usted en mis asuntos que yo mismo.
—¿Quién le tomó declaración? ¿El sustituto, el procurador del rey o el juez de instrucción?
—El sustituto.
—¿Era joven o viejo?
—Joven, como de veintisiete a veintiocho años.
—No estaría corrompido aún; pero ya podía tener ambición —dijo el abate—. ¿Que tal se portó con usted?
—Más bien amable que severo.
—¿Se lo contó todo?
—Todo.
—¿Y cambió de maneras durante el interrogatorio?
—Cuando leyó la denuncia, me pareció que sentía mi desgracia.
—¿Su desgracia?
—Sí.
—¿Estaba seguro de que era su desgracia lo que le apenaba?
—Por lo menos me dio una prueba muy grande de su simpatía hacia mí.
—¿Cuál?
—Quemó el único documento que podía comprometerme.
—¿Qué documento? ¿La denuncia?
—No, la carta.
—¿Está seguro?
—Lo vi con mis propios ojos.
—La cuestión varía. Este hombre puede ser más perverso de lo

que usted cree.

—¡Me hace estremecer! —dijo Dantés—. ¿No estará poblado el mundo sino de tigres y cocodrilos?

—Sí, con la diferencia de que los tigres y cocodrilos de dos pies son más temibles que los otros. ¿Conque dice que quemó la carta?

—Sí, diciéndome por añadidura: “Ya lo ve, esta es la única prueba que existe contra usted, y la destruyo”.

—Muy sublime es esa conducta para ser natural.

—¿De veras?

—Estoy seguro. ¿A quién iba dirigida esa carta?

—Al señor Noirtier, calle de Coq-Heron, número 13, en París.

—¿Y no sospecha que el sustituto pudiera tener interés en que desapareciese esa carta?

—Quizá, porque diciéndome que por mi interés lo hacía, me obligó a jurarle dos o tres veces que a nadie hablaría de la carta, ni menos de la persona a quien iba dirigida.

—¡Noirtier! ¡Noirtier! —murmuró el abate—. Yo he conocido un Noirtier en la corte de la antigua reina de Etruria, un Noirtier que había sido girondino en tiempo de la revolución. ¿Cómo se llama el sustituto de que ha hablado?

—Villefort es su apellido.

El abate se echó a reír a carcajadas. Dantés lo miraba estupefacto.

—¿De qué se ríe?

—¿Ve ese rayo de luz? —le preguntó Faria.

—Sí.

—Pues todo está tan claro como ese rayo transparente. ¡Pobre muchacho! ¡Pobre joven! ¿Así que era muy bondadoso el magistrado?

—Sí.

—¿De modo que el digno sustituto quemó la carta?

—Sí.

—¿De modo que el honrado abastecedor del verdugo le hizo jurar que a nadie hablaría de Noirtier?

—Sí.

—Pues ese Noirtier, ¡qué pobre ciego es usted! Ese Noirtier, ¿no sabe quién era? Ese Noirtier era su padre.

Un rayo caído a sus pies, que abriera la boca del infierno, para tragárselo, habría causado a Edmundo menos impresión que aquellas palabras inesperadas. Como un loco recorría la habitación, sujetándose la cabeza con las manos por temor de que estallara.

—¡Su padre! ¡Su padre! —exclamaba.

—Sí, su padre, que se llama Noirtier de Villefort —repuso el abate.

Entonces un resplandor vivísimo iluminó la inteligencia del preso. Todo lo que hasta entonces le había parecido oscuro, se le apareció con la mayor claridad. Las bruscas alteraciones de Villefort durante el interrogatorio, la carta quemada, el juramento que le exigió, el tono casi de súplica el magistrado, que en vez de amenazar parecía que suplicase, todo le vino a la memoria. Profirió un grito, vaciló un instante como si estuviera borracho y lanzándose al agujero que conducía a su calabozo, exclamó:

—¡Oh!, necesito estar a solas para pensar en todo esto.

Y al llegar a su calabozo se arrojó sobre la cama, donde le halló por la noche el carcelero, sentado, con los ojos fijos, las facciones contraídas, e inmóvil y mudo como una estatua. Durante aquellas horas de meditación que habían corrido para él unos segundos, tomó una resolución terrible e hizo un juramento atroz.

Una voz sacó a Edmundo de sus reflexiones, era la del abate Faria, que habiendo recibido también la visita del carcelero, venía a convidar a Edmundo a comer. Su calidad de loco, y en particular de loco divertido, le proporcionaba algunos privilegios, como eran un pan más blando y una copa de vino los domingos. Precisamente aquel día era domingo, y el abate brindaba a su joven compañero la mitad de su pan y su vino.

Dantés le siguió. Se había serenado su rostro; pero al recobrar su ordinario aspecto le quedaba un no sé qué de sequedad y firmeza, que demostraba una resolución invariable. El abate le miró fijamente.

—Siento —le dijo el abate— el haberte ayudado en sus averiguaciones de ayer y haberle dicho lo que le dije.

—¿Por qué?

—Porque he engendrado en su corazón un sentimiento que antes no abrigaba: la venganza.

Dantés sonrió y dijo:
—Hablemos de otra cosa.
Le contempló el abate un momento todavía, y bajó tristemente la cabeza. Después, como Dantés le había exigido, se puso a hablar de otra cosa. El anciano era uno de esos hombres cuya conversación, como la de todos aquellos que han sufrido mucho, a la par que sirve de enseñanza, interesa y conmueve, empero no era egoísta, pues nunca hablaba de desgracias. Dantés escuchaba todas sus palabras con admiración, unas le revelaban ciertas ideas, de que él ya tenía noción por rozarse con la marina, que profesaba, y otras, referente a cosas desconocidas, le abrían horizontes nuevos, como esas auroras polares que alumbran a los navegantes en las regiones australes. Dantés comprendió entonces cuánta felicidad sería para una inteligencia bien organizada, seguir a la del abate en su vuelo por las esferas morales, filosóficas y sociales, en que ordinariamente se cernía.
—Tendría que enseñarme algo de lo que sabe, aunque no fuese sino para no cansarse de mí —le dijo una vez—. Me parece que la soledad le sería preferible a un compañero sin educación ni modales, como yo. Si accede a lo que le pido, empeño mi palabra en no hablarle más de la fuga.
El abate sonrió.
—¡Ay, hijo mío! —le contestó—. El saber humano es tan limitado que cuando le enseñe las matemáticas, la física, la historia y las tres o cuatro lenguas que poseo, sabrá tanto como yo; ahora, pues, siempre necesitaré dos años para enseñarle toda mi ciencia.
—¡Dos años! —exclamó Dantés—. ¿Cree que podré aprender tantas cosas en dos años?
—En su aplicación, no; en sus principios, sí. Aprender no es saber, de aquí nacen los eruditos y los sabios, la memoria forma a los unos, y la filosofía a los otros.
—Pero ¿no se puede aprender la filosofía?
—La filosofía no se aprende. La filosofía es el matrimonio entre las ciencias y el genio que las aplica. La filosofía es la nube resplandeciente en que puso Dios el pie para subir a la gloria.
—Veamos —dijo Dantés—. ¿Qué me enseñará primero? Tengo

deseos de empezar, tengo sed de aprender.

—Todo —contestó el abate.

En efecto, aquella noche imaginaron los dos presos un sistema de educación, que desde el día siguiente se puso en práctica. Tenía Dantés una memoria prodigiosa y una extremada facilidad en concebir las ideas. La inclinación matemática de su inteligencia le predisponía a comprenderlo todo con ayuda del cálculo, al paso que el instinto poético del marino corregía lo que hubiese de aridez sobrada y materialismo en la demostración reducida a números o a líneas. Sabía ya, como se ha dicho, el italiano y un poco del románico o griego moderno, aprendido en sus viajes a Oriente. Estas dos lenguas le hicieron comprender fácilmente el mecanismo de las demás, por lo que a los seis meses empezaba a hablar el español, el inglés y el alemán.

Tal como le había prometido al abate Faria, bien que la distracción del estudio le sirviese como de libertad, o que él fuese rígido cumplidor de su palabra, como hemos visto, Edmundo no hablaba ya de escaparse, y los días pasaban para él tan rápidos como instructivos. Al año estaba convertido en otro hombre.

En cuanto al abate Faria, reparaba Dantés que, a pesar de la distracción que en su cautividad le había proporcionado su compañía, cada día se iba poniendo más taciturno. Como si le dominase un pensamiento persistente e incesante, caía en profundas abstracciones, suspiraba involuntariamente, se incorporaba de súbito, y cruzando los brazos se ponía muy meditabundo a dar vueltas por su calabozo. Cierto día se paró de repente en medio de uno de esos círculos que sin tregua trazaba en derredor de la estancia, y exclamó:

—¡Ah! ¡Si no hubiera centinela!

—Si usted quiere, no lo habrá —dijo Dantés, que había seguido el curso de su pensamiento a través de las arrugas de su frente, como a través de un cristal.

—Ya le dije que el crimen me repugna —repuso el abate.

—Y, sin embargo, si cometiéramos ese crimen, sería por instinto de conservación, por un sentimiento de defensa personal.

—No importa, yo sería incapaz de...

—Pero ¿piensa en ello?
—A todas horas, a todas horas —murmuró el abate.
—Y ha encontrado algún medio, ¿no es así? —dijo Edmundo.
—Sí, como pusieran en la galería un centinela ciego y sordo.
—Será ciego y sordo —respondió Dantés con una resolución que asustaba al abate.
—¡No!, ¡no!, ¡imposible! —exclamó este.
Dantés quiso seguir hablando de aquello, pero Faria movió la cabeza y se negó a decir nada más. Pasaron tres meses.
—¿Tiene fuerza? —le preguntó el abate un día.
Dantés, sin responderle, cogió el escoplo, lo dobló como un cayado, y lo volvió a su forma primitiva.
—¿Me promete no matar al centinela, sino en el último extremo?
—Bajo palabra de honor.
—Entonces podemos ejecutar nuestro plan —dijo el abate.
—¿Cuánto tiempo necesitaremos?
—Un año, por lo menos.
—Pero ¿cuándo podemos empezar nuestros trabajos?
—Al instante.
—Ya lo ve, hemos perdido un año —exclamó Dantés.
—¿Cree que lo hemos perdido? —le replicó el abate.
—¡Oh! ¡Perdóneme! —dijo Edmundo sonrojándose.
—¡Calle! El hombre siempre es hombre, y usted uno de los mejores que yo haya conocido. Escuche mi plan.
El abate mostró entonces a Dantés un plano que había trazado, conteniendo su calabozo, el de Dantés y la excavación que juntaba uno con otro. En medio de este corredor estableció un ramal semejante a los que se abren en las minas; por él llegaban a la galería del centinela, y una vez allí desprendían del suelo una baldosa, que en un momento dado se hundiría bajo el peso del centinela, que desaparecería en la excavación. Edmundo se abalanzaba entonces a él, cuando aturdido por el golpe de la caída no pudiera defenderse, le sujetaba, le ataba, y luego, saliendo por una de las ventanas de aquella galería, se descolgaban ambos por la muralla exterior, para lo cual les serviría la escala del abate.
Este plan era tan sencillo, que no podía menos de salir bien, y

Dantés lo aplaudió con entusiasmo. Desde aquel instante se pusieron a trabajar los mineros con tanto más ardor cuanto que habían descansado mucho tiempo, y aquel trabajo, según todas las probabilidades, no era sino continuación del pensamiento íntimo y secreto de cada uno de ellos.

Solo lo interrumpían en la hora en que se veían obligados a estar en su calabozo para recibir cada uno la visita de su carcelero. Se habían además acostumbrado tanto a distinguir el rumor imperceptible de los pasos de aquel hombre cuando bajaba la escalera, que nunca los sorprendió de improviso. La tierra que sacaban de la nueva mina, que habría llenado sin duda la cavidad antigua, la arrojaban puñado a puñado con precauciones inauditas por una a otra ventana, así del calabozo de Dantés como del abate, pulverizándola con mucho esmero, y el viento de la noche se la llevaba sin dejar la menor huella.

Más de un año se pasó en este trabajo, ejecutado con un escoplo, un cuchillo y una palanca de madera. En este período, y al mismo tiempo que trabajaban, el abate seguía instruyendo a Dantés, hablándole ora en una lengua, ora en otra, enseñándole la historia de los pueblos y la de los grandes hombres que dejan en pos de sí de siglo en siglo una de esas estelas brillantes que llaman la gloria. Hombre de mundo, Faria, y del gran mundo, tenía además en sus maneras una grandeza melancólica que Dantés, gracias al espíritu de asimilación que le había dotado la naturaleza, supo convertir en la finura elegante que le faltaba, y en esas maneras aristocráticas que no se adquieren sino con las costumbres y el continuo trato de las clases elevadas o de los hombres distinguidos.

Al cabo de quince meses, la excavación estaba terminada debajo de la galería. Se oían los pasos del centinela, y los dos obreros, precisados a esperar una noche sin luna para que su evasión tuviese más probabilidades aún de buen éxito, tenían solo un temor, y era que el suelo, falto de su base, se hundiera por sí mismo bajo los pies del soldado. Este inconveniente se remedió un tanto, colocando una especie de puntal que habían encontrado en sus excavaciones. Ocupado en asegurarlo estaba Dantés, cuando de pronto oyó al abate Faria, que se había quedado en el calabozo del

joven aguzando una clavija para asegurar la escala, oyó, repetimos, que lo llamaba con acento de dolorosa angustia. Acudió Dantés al punto y encontró al abate de pie en medio de la estancia, pálido, con las manos crispadas, e inundada la frente de sudor.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Dantés—, ¿qué sucede? ¿Qué tiene?

—¡Pronto! ¡Pronto! —respondió el abate—, escúcheme.

Se fijó Dantés en su rostro lívido, sus ojos rodeados de una aureola negruzca, sus labios blancos, sus cabellos erizados, y lleno de terror dejó caer al suelo el escoplo que tenía en la mano.

—Pero ¿qué sucede?

—¡Estoy perdido! —dijo el abate—, escúcheme. Una enfermedad horrible y acaso mortal, va a acometerme, ya la siento llegar, ya la siento. El año antes de mi prisión me acometió también. solo tiene un remedio y se lo voy a decir: corra a mi calabozo, levante el pie de mi cama, que está hueco, y allí encontrará un frasquito de cristal medio lleno de un líquido rojo, tráigamelo... O si no... antes... es verdad, podrían sorprenderme fuera de mi calabozo... ayúdeme a volver, ahora que tengo algunas fuerzas todavía. ¿Quién sabe lo que va a suceder y el tiempo que durará el acceso?

Sin aturdirse Dantés, aunque aquella desdicha fue inmensa, bajó a la excavación remolcando, por decirlo así, a su desventurado compañero, y con muchísimo trabajo pudo llegar al calabozo del abate, al cual depositó en su lecho.

—Gracias —dijo el anciano, estremeciéndose—. Siento que la enfermedad se acerca, voy a caer en un estado de catalepsia, acaso no haré ni un movimiento siquiera, acaso no podré tampoco quejarme, pero acaso también echaré espuma por la boca, y gritaré y batallaré en extremo. Procure que no oigan mis gritos, que es lo más importante, porque tal vez me trasladarían a otro calabozo, separándonos para siempre. Cuando me vea inmóvil, frío y como muerto, solo entonces, téngalo bien entendido, me separará los dientes con el cuchillo, me echará en la boca ocho o diez gotas de ese licor, y acaso volveré a la vida.

—¿Acaso? —exclamó Dantés, suspirando.

—¡Acuda...! ya... ahora —exclamó el abate—, yo... me... mue...

El acceso fue tan súbito y violento, que ni aun pudo el desgraciado

preso terminar la frase, una nube envolvió su frente, rápida y sombría como las tempestades del mar, la crisis le hizo abrir desmesuradamente los ojos, torció su boca y coloreó sus mejillas, rugió, forcejeó, vomitó espuma, pero Dantés ahogó sus gritos con la ropa de la cama, tal como se lo había pedido. El ataque duró dos horas. Después, inerte, más pálido y más frío que el mármol, y más destrozado que una caña que se pisotea, se agitó violentamente en una postrera convulsión, y se puso lívido.

Esto era lo único que esperaba Edmundo, a que aquella muerte aparente se hubiese apoderado de todo el cuerpo y helado el corazón. Cogió entonces el cuchillo, introdujo la punta entre los dientes, separó con muchísimo trabajo las mandíbulas contraídas, le echó, contándolas con exactitud, diez gotas de aquel licor rojo y esperó.

Dos horas pasaron sin que el viejo hiciera movimiento alguno. Temió Dantés haber acudido demasiado tarde, y le contemplaba fijamente con las manos puestas en la cabeza. Al fin sus mejillas se colorearon un poco, sus ojos constantemente abiertos e inmóviles volvieron a mirar, un débil suspiro salió de su boca, y por último hizo un movimiento.

—¡Se ha salvado! ¡Se ha salvado! —exclamó Dantés.

El enfermo, que no podía hablar aún, extendió con ansiedad visible la mano hacia la puerta. Se puso Dantés a escuchar, y oyó en efecto los pasos del carcelero. Iban a dar las siete; Dantés no había podido ocuparse en calcular el tiempo.

Al punto se precipitó por el agujero, volvió a colocar la baldosa sobre su cabeza y pasó a su calabozo.

Un instante después se abrió la puerta, y el carcelero, como siempre, encontró al joven sentado en su cama.

No bien había vuelto la espalda, apenas se perdió en el corredor el ruido de sus pasos, cuando Dantés, lleno de inquietud, sin pensar en la comida, tomó otra vez el camino que siguiera antes, y levantando la baldosa con su cabeza, entró en el calabozo del abate.

Este había recobrado ya el conocimiento, pero seguía tendido sobre su lecho.

—Ya creía no volverle a ver —dijo a Edmundo.

—¿Por qué? —le preguntó el joven—. ¿Pensaba morir?

—No, pero como todo está dispuesto para la fuga, creí que se escaparía.

La indignación se pintó en el rostro de Dantés.

—¡Sin usted! ¡Me ha creído capaz de escaparme solo! ¿De veras? —exclamó.

—Ya veo que estaba equivocado —dijo el enfermo—. ¡Qué débil y qué rendido estoy!

—¡Valor! Pronto recobrará las fuerzas —le dijo Edmundo sentándose junto a la cama y cogiendo una de sus manos.

El abate Faria movió la cabeza:

—La otra vez —le dijo— el ataque me duró una hora, y luego tuve hambre y pude andar solo. Hoy no puedo levantar mi pierna ni mi brazo derecho, y mi cabeza está aturdida, lo que prueba un derrame cerebral. A la tercera vez quedaré enteramente paralítico o tal vez moriré de repente.

—No, no, tranquilícese; no morirá. Cuando le dé, si le da, ese tercer ataque, ya estaremos libres, entonces le salvaremos como ahora y mejor que ahora, porque tendremos todos los recursos necesarios.

—Amigo mío —le contestó el anciano—, no se engañe a usted mismo. La crisis que acabo de pasar me ha condenado a prisión eterna. Para huir es preciso poder nadar.

—Pues bien, esperaremos ocho días, un mes, dos meses si es necesario. En ese intervalo recobrará sus fuerzas. Todo está preparado para nuestra fuga, y hasta podremos elegir la hora y la ocasión que más nos convenga. El día que se sienta capaz de nadar, aquel mismo día pondremos nuestro proyecto en ejecución.

—Yo jamás podré nadar —dijo Faria—, este brazo está paralítico, y no para un día, sino para siempre. Levántelo usted mismo y verá cuánto pesa.

El joven levantó aquel brazo, y volvió a caer inerte por su propio peso.

Edmundo suspiró.

—Ya está convencido, ¿no es cierto? —le preguntó Faria—.

Créame, sé bien lo que me digo. Desde que sufrí el primer ataque de este mal, no he dejado un momento de pensar en él. Ya me lo esperaba, porque es hereditario en mi familia. Mi padre murió al tercer ataque, y mi abuelo también. El médico que preparó ese licor, que no es otro que el famoso Cabanis, me predijo la misma suerte.

—¡El médico se engaña! —exclamó Dantés—. Y tocante a la parálisis, no me importa. Cargaré con usted y nadaré llevándole a la espalda.

—Joven —repuso el abate—, es marino y nadador, y debe saber por consiguiente que con tal peso ningún hombre es capaz de nadar cincuenta brazas. Deje de alucinar con quimeras, que no puede creer ni su mismo corazón, tan generoso. Yo permaneceré aquí hasta que suene la hora de mi libertad, que será la de la muerte. Usted huya, huya. Es joven, diestro y fuerte, no se preocupe por mí, le devuelvo su palabra.

—¡Oh! Entonces —dijo Edmundo—, también yo permaneceré aquí.

Luego, levantándose y extendiendo su mano sobre Faria, añadió solemnemente:

—Por la sangre de Cristo, juro no abandonarlo hasta la muerte.

El abate contempló a aquel joven tan noble y sencillo, tan grande, leyendo en sus facciones, animadas con el fuego del entusiasmo más puro, la sinceridad de su afecto y la lealtad de su juramento.

—Lo acepto —contestó—. Gracias.

Y tendiéndole la mano añadió:

—Quizá será recompensado por ese afecto tan desinteresado, empero como yo no puedo escaparme y usted no quiere, lo que importa es cegar el subterráneo que hemos hecho debajo de la galería. El soldado puede advertir que el suelo repite el eco de sus pasos, y avisar al gobernador, con lo cual nos descubrirían. Vaya, pues, a cegarlo usted, ya que desgraciadamente yo no puedo ayudarle. Emplee toda la noche si es preciso, y no vuelva a verme hasta mañana después de la visita del carcelero. Entonces quizá tendré que decirle alguna cosa importante.

Dantés estrechó la mano del abate, que él pagó con una sonrisa, y salió de la prisión, obediente y respetuoso, como era en todas ocasiones con su anciano amigo.

Capítulo dieciocho:
El tesoro

Cuando Dantés entró a la mañana siguiente en el calabozo de su compañero, le encontró sentado y tranquilo. Iluminándole el único rayo de luz que penetraba por su angosta ventana, tenía en su mano derecha, la única de la que ya podía servirse, un pedazo de papel, que por haber estado arrollado mucho tiempo conservaba la forma cilíndrica, que sería muy difícil quitarle. El abate se lo enseñó a Dantés, sin decir una palabra.

—¿Qué es esto? —le preguntó el joven.

—Mírelo bien —repuso el abate sonriendo.

—Por más que miro —dijo Dantés—, no veo sino un papel medio quemado, que contiene algunas letras góticas, escritas con una tinta muy extraña.

—Este papel, amigo mío, ya puedo decírselo todo, puesto que le he probado, este papel es mi tesoro; la mitad le pertenece desde hoy.

Un sudor frío corrió por la frente de Dantés. Hasta entonces, ¡y ya hemos visto cuánto tiempo había transcurrido entonces!, evitó cuidadosamente el hablar a Faria de aquel tesoro, ocasión de su pretendida locura. Con su instintiva delicadeza, no había querido Edmundo herir esta fibra dolorosa; y por su parte Faria también calló, haciéndole tomar aquel silencio por el recobro de la razón, pero ahora sus palabras, justamente después de una enfermedad tan grave, anunciaban que recaía en la locura.

—¿Su tesoro? —balbuceó Dantés.

El abate sonrió.

—Sí —le dijo—. Su corazón, Edmundo, es noble en todo y de su palidez y su temblor infiero lo que le sucede en este instante. Pero tranquilícese, que no estoy loco. Este tesoro existe, Dantés, y ya que no he podido poseerlo, usted lo poseerá. Nadie quiso escucharme ni creerme, teniéndome por loco, pero usted que debe saber que no lo soy, me creerá después de lo que voy a decirle. Escúcheme.

“¡Ay! —murmuró Edmundo para sí—. Ha vuelto a recaer; esa desgracia me faltaba únicamente”.

Luego añadió en voz alta:

—Amigo mío, su enfermedad le habrá fatigado, tal vez. ¿No quiere descansar? Mañana, si le place, me contará su historia, pero hoy quiero cuidarle. Además —prosiguió sonriéndose—, un tesoro, ¿qué prisa nos corre?

—¡Mucha! ¡Mucha, Edmundo! —prosiguió el viejo—. ¿Quién sabe si mañana o pasado me dará el tercer ataque? Reflexioné que entonces todo se perdería. Sí, muchas veces he recordado con amargo placer esas riquezas, que harían la felicidad de diez familias, perdidas para esos hombres que no han querido atenderme. Esta idea me servía de venganza, y la saboreaba deliciosamente en la noche de mi calabozo y en la desesperación de mi estado. Mas ahora que por su cariño perdono al mundo, ahora que le veo joven y rico de porvenir, ahora que pienso en la fortuna que puedo proporcionarle con esta revelación, me asusta la tardanza, y temo no dejar seguras en manos de un propietario tan digno como usted, tantas riquezas sepultadas.

Edmundo volvió la cabeza suspirando.

—Persiste en su incredulidad, Edmundo —prosiguió Faria— mi voz no le ha convencido. Veo que necesita pruebas. Pues bien, lea ese papel que a nadie he mostrado aún.

—Mañana, amigo mío —respondió Dantés, rehusando acceder a lo que él creía locura del anciano—. Creí que estaba ya convencido que no hablaríamos de esto hasta mañana.

—No hablaremos hasta mañana, pero lea hoy este papel.

“No lo exasperemos”, se dijo Dantés.

Y tomando aquel papel, cuya mitad faltaba sin duda por haber sido consumida por algún accidente, leyó:

que puede ascender a dos
manos con corta diferenci
tando la roca vigésima, a c
Este en línea recta. Dos
grutas: el tesoro yace en

segunda. Como a mi úni
clusiva propiedad el refe
25 de abril de 14

—¡Y bien! —dijo Faria cuando el joven acabó su lectura.

—Yo aquí no encuentro —respondió Dantés— sino renglones cortados, palabras sin sentido. El fuego, además, ha puesto ininteligibles las letras.

—Para usted, amigo mío, que las lee por primera vez, pero no para mí, que he pasado leyéndolas muchas noches de claro en claro, reconstruyendo a mi modo cada frase, y completando cada pensamiento.

—¿Y cree haber encontrado ese sentido interrumpido?

—Estoy seguro, y usted mismo lo conocerá, pero ahora escuche la historia de ese papel.

—¡Silencio! —exclamó Dantés—, oigo pasos... se acercan... me voy... Adiós.

Y Dantés, feliz por haberse librado de la historia y de la explicación que esperaba le confirmasen la desgracia de su amigo, se deslizó ágilmente por el estrecho subterráneo, mientras Faria, con una especie de actividad producida por el terror, colocaba en su sitio la baldosa, dándole con el pie, y cubriéndola con un pedazo de estera, para que no se advirtiese la solución de continuidad que no había podido evitar con la prisa.

Era el gobernador, quien, informado por el carcelero de la enfermedad del abate, venía por sí mismo a asegurarse de su gravedad.

Lo recibió Faria sentado, y evitando todo movimiento que pudiera comprometerlo, logró ocultar al gobernador la parálisis que había invadido la mitad del cuerpo. Y lo hizo porque temía que el gobernador, compadecido de él, quisiese trasladarlo a un calabozo más saludable, separándolo de su joven compañero, pero no sucedió así por fortuna, y el gobernador se retiró convencido de que su pobre loco, por quien sentía cierta simpatía en el fondo de su corazón, no tenía más que una ligera indisposición.

En este intervalo, Edmundo, sentado en su cama, con la cabeza

entre las manos, procuraba coordinar sus ideas. Todo lo que había visto en Faria desde que lo conoció, era tan razonable, tan lógico y tan sublime, que no podía comprender tanta cordura en tantas cosas y la demencia en una sola. ¿Sería que Faria se engañaba con esto de su tesoro, o que todo el mundo se equivocaba al juzgar a Faria?

Dantés permaneció todo el día en su calabozo sin atreverse a volver al de su amigo. Por este medio esperaba retardar la hora en que adquiriese la certidumbre de la locura del abate. Esta creencia iba a serle muy dolorosa.

Pero, por la noche, después de la visita ordinaria, viendo el anciano que Edmundo no venía, intentó salvar el espacio que los separaba. Edmundo tembló de pies a cabeza al oír los dolorosos esfuerzos que hacía para arrastrarse, porque una de sus piernas estaba paralítica, y el brazo no podía servirle de nada. Edmundo, pues, se vio precisado a ayudarlo, porque de lo contrario nunca hubiera podido salir por la estrecha boca del subterráneo que daba a su calabozo.

—Aquí me tiene, persiguiéndolo con tenacidad —le dijo con una sonrisa muy benévola.

—Sin duda creyó poder librarse de mi munificencia, pero no será así. Escúcheme, pues.

Edmundo comprendió que ya no le era posible retroceder. Hizo sentar al viejo en su cama, y se colocó a su lado en el banquillo.

—Ya sabe —dijo el abate— que yo era secretario, familiar y amigo del cardenal Spada, último de los príncipes de este nombre. A aquel prelado dignísimo debo cuanta felicidad haya gozado en mi vida. A pesar de que las riquezas de su familia eran proverbiales, y muchas veces oí decir: “Rico como un Spada”, no era rico, pero vivía a costa de esta reputación de riquezas. Así viven de sí mismas casi todas las reputaciones populares. Su palacio fue mi paraíso. Eduqué yo a sus sobrinos, que ya han muerto, y apenas se quedó él solo en el mundo, le pagué en adhesión cuanto había hecho por mí durante diez años.

»La casa del Cardenal no tuvo ya secretos de ninguna especie para mí. Muchas veces había yo visto ocupado a monseñor en

compulsar los libros antiguos y hojear ávidamente los manuscritos, olvidados entre el polvo del archivo de la familia. Un día que yo le hice ver la inutilidad de sus afanes, pues no conseguía como premio de ellos más que quedarse muy abatido, me miró sonriendo con amargura, y por respuesta abrió un libro, que es la historia de la ciudad de Roma. En el capítulo XX de la vida del papa Alejandro VI, leí las siguientes líneas, que desde entonces no pude olvidar:

»Terminadas las tremendas guerras de la Romaña, César Borgia, su conquistador, necesitaba dinero para comprar el resto de Italia, y el Papa por su parte necesitaba también dinero para acabar con Luis XII rey de Francia, que a pesar de sus últimos reveses era un enemigo poderoso todavía. Resolvieron, pues, de común acuerdo, hacer un buen negocio, lo que era muy difícil en aquella pobre Italia, exhausta de recursos.

»Su Santidad concibió una idea muy feliz. Determinó crear dos cardenales.

»Al nombrar dos grandes personajes en Roma, es decir, a dos de los más ricos, hacía a la vez Su Santidad dos buenos negocios: primeramente podía vender los altos cargos y los magníficos empleos que aquellos dos cardenales poseían, y podía aprovecharse, en segundo lugar, del subido precio a que los dos capelos se venderían. Otra tercera especulación resultaba de esto, que podremos conocer muy pronto.

»Al momento encontraron el Papa y César Borgia a sus futuros cardenales. Uno era Juan Rospigliosi, que ostentaba las más altas dignidades de la Santa Sede, y el otro César Spada, uno de los romanos más notables y más ricos. Uno y otro podían apreciar en su verdadero valor el precio de semejante favor papal. Los dos eran ambiciosos.

»En cuanto ellos aceptaron, encontró César Borgia compradores para sus empleos. La consecuencia de esto fue que Rospigliosi y Spada pagaron por ser cardenales, y otros ocho pagaron también por ser lo que eran los cardenales antes de su creación. Ochocientos mil escudos ingresaron en las arcas papales.

»Finalmente, ya es tiempo que pasemos a la última parte de la especulación. Rospigliosi y Spada se vieron colmados de halagos

por el Papa, que habiéndoles conferido por sí mismo las insignias del cardenalato, estaba seguro de que ellos, por demostrar dignamente su gratitud, realizarían toda su fortuna para fijar en Roma su residencia. Así en efecto sucedió, y el Papa y César Borgia los convidaron a comer.

»Este convite dio ocasión a una grave disputa entre el Santo Padre y su hijo. César opinaba que se debía recurrir a uno de esos medios que él solía emplear con sus amigos íntimos, a saber: la famosa llave con que se rogaba a ciertas personas que abriesen cierto armario. Esta llave, sin duda por un olvido inocente del cerrajero tenía una especie de púa pequeña de hierro, que al hacer fuerza la persona que abría el armario, que era difícil de abrir, se clavaba en la mano, ocasionando la muerte al otro día. Había también la sortija de cabeza de león: César se la ponía para dar la mano a ciertas personas, el león las mordía imperceptiblemente, y a las veinticuatro horas..., *requiescant in pace.*

»César propuso pues a su padre mandar abrir el armario a Rospigliosi y a Spada, o darles un cordial apretón de manos, pero Alejandro VI le respondió:

»—Tratándose de esos excelentes cardenales Spada y Rospigliosi, me parece que no debemos rehuir los gastos de un gran banquete, porque un presentimiento me dice que hemos de quedarnos con ese dinero. Sin duda olvida, César, además, que una indigestión hace su efecto en el acto, mientras un mordisco o una picadura tardan uno o dos días.

»César se rindió a ese razonamiento y he aquí que los dos cardenales fueron invitados a comer. El banquete se debía efectuar cerca de San Pedro ad Vincula, en una hermosa posesión del Papa, muy conocida de los cardenales por su celebridad.

»Envanecido Rospigliosi con su nueva dignidad, preparó su estómago para el banquete, pero Spada, hombre prudentísimo y que amaba con extremo a su sobrino, un capitán joven de mucho porvenir, tomó papel y pluma e hizo testamento.

»En seguida envió un recado a su sobrino encargándole que le esperase por los alrededores de San Pedro, pero, según parece, el mensajero no lo encontró. Spada conocía la costumbre de aquellos

convites. Desde que el cristianismo, eminentemente civilizador, introdujo el progreso en Roma, no era un centurión el que venía de parte del tirano a decirle: “César quiere que mueras”, sino que era un legado *ad latere*, que con la sonrisa en los labios venía a decirle de parte del Papa: “Su Santidad quiere que coma en su compañía”.

»Spada se dirigió a las dos a San Pedro ad Vincula; ya le estaba esperando el Papa allí. La primera persona que vieron sus ojos fue a su sobrino el capitán, muy ataviado y muy tranquilo. César Borgia le colmaba de halagos y caricias. Spada palideció, porque César, con una mirada irónica, le daba a entender que todo lo había previsto y que estaba bien tendido el lazo. En el transcurso de la comida, el cardenal no pudo hacer otra cosa que preguntar a su sobrino:

»—¿Recibiste mi recado?

»El capitán respondió que no, pero había comprendido la pregunta. Sin embargo, ya era tarde, porque acababa de beber un vaso de excelente vino, escanciado ex profeso para él por el copero del Papa. En el mismo instante ofrecían liberalmente a Spada vino de otra botella. Una hora después un médico declaró que ambos estaban envenenados con Betas. Spada murió allí mismo, y el capitán a la puerta de su casa, haciendo una seña a su mujer, que no pudo comprenderle.

»César Borgia y el Papa se apresuraron al punto a apoderarse de la herencia, a pretexto de registrar los papeles de los difuntos, pero todo el caudal de Spada consistía en un pedazo de papel en que había escrito él mismo:

»Lego a mi muy amado sobrino mis baúles y mis libros, entre los cuales se halla mi hermoso breviario con cantos de oro, que deseo conserve en memoria de su querido tío.

»Sorprendidos los herederos de que Spada, el hombre poderoso, fuese en efecto, el más pobre de los tíos, lo registraron todo, revolvieron los muebles, y admiraron el breviario. Ningún tesoro apareció, como no se cuenten los tesoros científicos encerrados en la biblioteca y en los laboratorios. Esto fue todo. Las pesquisas de César y de su padre fueron inútiles.

»Nada se encontró, o al menos, poquísimo, es decir, unos mil

escudos en alhajas, y otro tanto en dinero. Su sobrino, sin embargo, había vivido bastante tiempo para decir a su mujer:

»—Busquen entre los papeles de mi tío, porque sé que existe un testamento real y verdadero.

»Con esto se hicieron más diligencias aún que las que habían hecho los augustos herederos; pero todo en vano. Los dos palacios de Spada y la posesión que tenía detrás del Palatino, como los bienes inmuebles en aquella época valían poco, quedaron a favor de la familia, por indignos de la rapacidad del Papa y de su hijo.

»Los meses y los años fueron transcurriendo. Alejandro VI, como sabe, murió envenenado por una equivocación, César, envenenado también, se salvó, cambiando de piel como las culebras. En su nueva piel el veneno había dejado unas manchas semejantes a las del tigre. Por último, obligado a abandonar Roma, fue a hacerse matar oscuramente en una escaramuza nocturna, casi olvidada por la historia.

»Tras la muerte del Papa y el destierro de su hijo César, todo el mundo esperaba que la familia volviera al fausto que tenía en los tiempos del cardenal Spada; pero no fue así. Los Spada siguieron viviendo en una dudosa medianía, un misterio eterno envolvió este asunto lúgubre. La opinión general fue que César, mejor político que su padre, le había robado la fortuna de los dos cardenales, y digo los dos, porque Rospigliosi, que no había tomado precaución alguna, fue despojado del todo”.

»Hasta aquí —dijo Faria interrumpiéndose y sonriendo—, no le parece este cuento de locos, ¿es verdad?

—¡Oh, amigo mío! —le contestó Dantés—, me parece, al contrario, que leo una crónica interesantísima. Continúe, se lo suplico.

—Ya continúo: La familia se acostumbró a esta situación; pasaron años y años. Entre sus descendientes unos fueron soldados; otros, diplomáticos; varios, eclesiásticos, y otros, banqueros. Se enriquecieron algunos, y otros se acabaron de arruinar. Vayamos ahora al último de esta familia, a aquel de quien fui secretario, al conde de Spada.

»Yo le había oído quejarse frecuentemente de la desproporción que guardaba con su rango su fortuna, le aconsejé que la colocara a

renta vitalicia, siguió mi consejo y dobló su renta.

»El famoso breviario que no había salido de la familia, pertenecía a este conde Spada. Se lo habían ido legando de padres a hijos, porque aquella rara cláusula que se encontró en el testamento hizo de él una verdadera reliquia, mirada con supersticiosa veneración. Era un libro con magníficas iluminaciones góticas, tan cargado de oro que en los días de grandes solemnidades lo llevada un criado delante del cardenal.

»Como todos los secretarios y administradores que me habían precedido, yo me dediqué también a registrar los archivos de la familia, llenos de toda clase de títulos, papeles y pergaminos, pero a pesar de mi actividad y esmero fueron inútiles mis pesquisas. Y hay que tener en cuenta que yo había leído y hasta había escrito, una historia, o por mejor decir unas efemérides de la casa de Borgia, con idea de descubrir si a la muerte del cardenal César Spada había tenido algún aumento la fortuna de aquellos príncipes, y no encontré otro que el ocasionado por los bienes del cardenal Rospigliosi, su compañero de infortunio.

»Yo estaba casi seguro de que ni los Borgias ni la familia Spada se habían aprovechado de la herencia, que sin duda había quedado sin dueño, como esos tesoros de los cuentos árabes que yacen en las entrañas de la tierra guardados por un genio. Mil y mil veces conté y rectifiqué los capitales, las rentas y los gastos de la familia durante trescientos años, todo fue inútil. Permanecí en mi ignorancia y el conde Spada en su miseria.

»Por este tiempo murió él. De su renta vitalicia había exceptuado sus papeles de familia, su biblioteca, compuesta de 5 000 volúmenes, y su famoso breviario.

»Esto y unos mil escudos romanos, que poseía en dinero, me lo legó, a condición de componer una historia de su casa y un árbol genealógico, y de mandar decir misas en el aniversario de su muerte, lo cual cumplí exactamente.

»No se impaciente, mi querido Edmundo, que ya llegamos al fin.

»En 1807, un mes antes de mi encarcelamiento y quince días después de la muerte del conde Spada, el día 29 de diciembre (ahora comprenderá por qué se me ha quedado tan fija esta fecha

importante), me hallaba yo leyendo por centésima vez aquellos papeles, que iba coordinando, porque el palacio iba a pasar a ser posesión de un extranjero. Yo pensaba salir de Roma y establecerme en Florencia con todo el dinero que poseía, que eran unas doce mil libras, mi biblioteca y mi famoso breviario. Me hallaba, pues, como digo, fatigado por aquella tarea, y algo indispuesto por un exceso que había hecho en la comida, y dejé caer la cabeza entre las manos y me quedé dormido.

»Eran las tres de la tarde. Cuando desperté, el reloj daba las seis.

»Al levantar la cabeza, me hallé en la más profunda oscuridad. Llamé para que me trajesen luz, pero nadie acudió. Entonces resolví servirme de mí mismo, que era además un hábito filosófico, que iba a serme muy necesario. Con una mano cogí la bujía ya preparada, y con la otra busqué un papel para encenderlo en la moribunda llama que quedaba en la chimenea, pero por miedo a que, debido a la oscuridad, cogiera un papel interesante en vez de otro inútil, me hallaba perplejo, cuando recordé haber visto en el famoso breviario que estaba sobre la mesa un papel viejísimo, ya casi negro, que seguramente servía de registro o seña, y sin duda había durado tantos años en aquel libro por la veneración con que los herederos lo miraban. Lo busqué, pues, a tientas, lo encontré, lo retorcí, y acercándolo a la llama lo encendí.

»Pero al mismo tiempo y como por encanto, a medida que el fuego se propagaba, vi aparecer una letras negruzcas, que por momentos iban convirtiéndose en pavesa. Me asusté, estrujé en mis manos el papel para apagarlo, encendí la bujía en la luz de la chimenea, examiné conmovido el papel quemado, y comprendí que una tinta misteriosa y simpática había trazado aquellas letras, que solo el fuego pudo hacer inteligibles.

»Lo quemado era como una tercera parte del papel, y el resto lo que ha leído esta mañana. Vuélvalo a leer, Dantés, que luego, para que lo entienda, yo completaré las frases y el sentido”.

Y el abate, con aire de triunfo, presentó el papel al joven, que en esta ocasión leyó ávidamente estas palabras, escritas con una tinta como herrumbrosa:

Hoy 25 de abril de 149
mer S. S. Alejandro VI, co
contento con haberme hec
heredarme, y me reserve l
Caprara y Bentivoglio, qu
dos. Declaro pues a mi sobr
redero universal, que he esc
conoce por haberlo visitado
grutas de la isla de Monte-Cris
rras de oro, dinero acuñado,
joyas. Yo solo conozco la e
que puede ascender a dos
manos con corta diferenci
tando la roca vigésima, a c
Este en línea recta. Dos
grutas: el tesoro yace en
segunda. Como a mi úni
clusiva propiedad el refe
25 de abril de 14
CES

—Ahora —añadió el abate—, lea este otro.

Y presentó a Edmundo otro papel con otros fragmentos de renglones.

Lo tomó Edmundo y leyó:

8 me ha convidado a con
que me presumo que no
ho pagar el capelo quiera
a suerte de los cardenales
e han muerto envenena
ino Guido Spada, mi he
ondido en un sitio que él
en mi compañía, en las
to, cuanto poseo en ba
pedrería, diamantes y

xistencia de este tesoro,
millones de escudos ro
a, y se encontrará levan
ontar desde el ancón del
aberturas hay en estas
el ángulo más lejano de la
co heredero, le dejo en ex
rido tesoro.
AR SPADA.

El abate observaba con ansia las impresiones de Dantés.

—Ahora —dijo, viendo que este había llegado al último renglón—, ahora junte los dos fragmentos, y juzgue por usted mismo.

Dantés obedeció; de los fragmentos unidos resultaba lo siguiente:

Hoy 25 de abril de 149...8, me ha convidado a co
mer S. S. Alejandro VI, co...n que me presumo que no
contento con haberme hec...ho pagar el capelo quiera
heredarme, y me reserve l...a suerte de los cardenales
Caprara y Bentivoglio, qu...e han muerto envenena
dos. Declaro pues a mi sobr...ino Guido Spada, mi he
redero universal, que he esc...ondido en un sitio que él
conoce por habeslo visitado... en mi compañía, en las
grutas de la isla de Montecris...to cuanto poseo en ba
rras de oro, dinero acuñado... pedrería, diamantes y
joyas. Yo solo conozco la e... xistencia de este tesoro,
que puede ascender a dos... millones de escudos ro
manos con corta diferenci...a, y se encontrará levan
tando la roca vigésima, a c... ontar desde el ancón del
Este en línea recta. Dos... aberturas hay en estas
grutas: el tesoro yace en... el ángulo más lejano de la
segunda. Como a mi úni... co heredero, le dejo en ex
clusiva propiedad el refe... rido tesoro.
25 de abril de 14...98.
CES...AR SPADA

—¿Lo comprende ahora? —dijo Faria.

—Esta era la declaración del cardenal Spada, el testamento tan buscado en vano —contestó Edmundo, sin osar aún creerlo.

—Sí, mil veces sí.

—Pero ¿quién lo ha completado de este modo?

—Yo, con la ayuda del fragmento existente, adiviné el resto, calculando la longitud de las líneas por la del papel, y deduciendo de lo no quemado lo que debía decir lo quemado, como un átomo de luz que viene del cielo, guía a aquel que camina por un subterráneo.

—¿Y qué hizo cuando pensó haber adquirido esa convicción?

—Determiné marchar, y marché al instante, llevando conmigo el principio de mi gran obra sobre Italia, pero hacía mucho tiempo que la policía imperial no me perdía de vista. Napoleón quería entonces dividir el reino en provincias, al contrario de lo que quiso apenas tuvo un heredero. Mi precipitada marcha despertó, pues, las sospechas de la policía, que estaba muy lejos de poder adivinar su verdadero objeto, y me detuvieron cuando iba a desembarcar en Piombino.

»Ahora, amigo mío —prosiguió Faria mirando a Dantés con ternura casi paternal—, ahora sabe tanto como yo. Si nos escapamos juntos, la mitad del tesoro es suyo, si muero aquí y se salva solo, le pertenece por entero.

—Pero ¿no tiene en el mundo ese tesoro dueño más legítimo? —preguntó Dantés vacilando.

—No, no, tranquilícese. La familia se ha extinguido del todo. Además, el último conde Spada me hizo su heredero. Legándome aquel breviario simbólico, me legó cuanto contenía. No, no, tranquilícese. Si llegamos a apoderarnos de esta fortuna, podemos gozarla sin remordimientos.

—¿Y dice que ese tesoro asciende...?

—Asciende a dos millones de escudos romanos, trece millones de nuestra moneda.

—¡Imposible! —exclamó Dantés, asustado ante lo enorme de la suma.

—¡Imposible! ¿Y por qué? —repuso el anciano—. La familia Spada era una de las más antiguas y poderosas en el siglo XV. Además, en aquellos tiempos no se conocían ni especulaciones ni industria, esta

acumulación de dinero y joyas no es inverosímil. Todavía existen familias romanas que se mueren de hambre, teniendo vinculado un millón en diamantes y pedrerías de que no pueden disponer.

Edmundo, vacilando entre la alegría y la incredulidad, creía estar soñando.

—Si le he ocultado este secreto tanto tiempo —prosiguió Faria—, ha sido para probarlo y sorprenderlo. Si nos hubiéramos escapado antes de mi ataque de catalepsia, le habría llevado a la isla de Montecristo, pero ahora —añadió con un suspiro—, usted me llevará a mí. Venga, Dantés, ¿no me da las gracias?

—Ese tesoro le pertenece, amigo mío —respondió el joven—, le pertenece a usted solo, yo no tengo ningún derecho a él, ni siquiera soy pariente suyo.

—¡Usted es hijo mío, Dantés! —exclamó el anciano—. Es el hijo de mi prisión. Mi estado me condenaba al celibato, y Dios le envió a mí para consuelo justamente del hombre que no podía ser padre, y del preso que no podía ser libre.

Y el abate tendió el brazo que tenía libre y Dantés se arrojó a su cuello, sollozando.

Capítulo diecinueve:
El tercer ataque

Ese tesoro tanto tiempo objeto de las meditaciones del abate, que podía asegurar la dicha futura del que amaba en realidad como a un hijo, había ganado a sus ojos en valor. No hablaba de otra cosa todo el día más que de aquella inmensa cantidad, explicando a Dantés cuánto puede servir a sus amigos en los tiempos modernos el hombre que posee trece o catorce millones. Estas palabras hicieron que el rostro de Dantés se contrajera, porque el juramento que había hecho de vengarse cruzó por su imaginación, haciéndole pensar también cuánto mal puede hacer a sus enemigos en los tiempos modernos el hombre que posee un caudal de trece o catorce millones.

El abate no conocía la isla de Montecristo, pero sí la conocía Dantés, que había pasado muchas veces por delante y una de ellas hizo escala en ella; está situada a veinticinco millas de la Pianosa, entre Córcega y la isla de Elba. Montecristo, que ha estado siempre y está todavía enteramente desierta, es una peña de forma casi cónica, que parece lanzada por un cataclismo volcánico desde el fondo del mar a la superficie.

Dantés le hizo a Faria el plano de la isla, y Faria dio consejos a Dantés sobre los medios que había de emplear para apoderarse del tesoro.

Pero estaba muy lejos de participar del entusiasmo y sobre todo de la confianza del anciano. Aunque ya se hubiese convencido de que no estaba loco, y la manera con que adquirió este convencimiento contribuyera a admirarle más y más, no podía creer humanamente que aquel tesoro, aún suponiendo que en efecto hubiera existido, existiese todavía, y cuando no lo mirase como cosa quimérica, lo miraba al menos como dudosa.

Parecía como si el destino se empeñase en quitar a los presos su última esperanza y darles a entender que estaban condenados a prisión eterna. Una nueva desgracia les sobrevino por entonces. La galería que daba al mar, ruinosa desde mucho tiempo antes, había sido reparada. Se reforzaron los cimientos, y se rellenó con enormes bloques de granito la excavación que a medias había cegado Dantés. Sin esta precaución, que el abate sugirió al joven, como se recordará, su desgracia hubiera sido mayor aún, porque descubierta su tentativa de evasión los hubieran separado inevitablemente. Una nueva puerta, más maciza y más inexorable que las otras, se había cerrado para ellos.

—Ya ve —decía Dantés con tristeza—, ya ve que Dios quiere quitarme hasta el mérito de lo que usted llama adhesión. Le prometo permanecer aquí eternamente, y ahora ni aún libre soy para cumplir mi promesa. Me quedaré sin el tesoro, como usted, y ni uno ni otro saldremos de este castillo. Por lo demás, mi verdadero tesoro, amigo mío, no es el que esperaba hallar en los antros lúgubres de Montecristo, sino su presencia, nuestra unión de cinco o seis horas cada día, a pesar de nuestros carceleros, y sobre todo estos

torrentes de inteligencia que ha derramado en la mía, estos idiomas que me ha dado a conocer con todas sus ramificaciones filológicas, estas ciencias que tan fácilmente me comunicó gracias a la profundidad con que las conoce y los sencillos principios a que las ha reducido. Este es mi verdadero tesoro, amigo mío, con esto sí que me ha dado riqueza y felicidad. Créame y consuélese, esto vale más para mí que montes de oro y de diamantes, aunque no fuesen tan problemáticos como esas nubes que en las alboradas se ven flotar sobre el mar, que a primera vista las cree uno tierra firme, y a medida que se va acercando a ellas se evaporan, se volatilizan y se esfuman. Tenerlo a mi lado el tiempo mayor posible, escuchar su elocuente voz, adornar mi inteligencia, fortalecer mi alma, predisponer mi organización entera a grandes y terribles cosas para cuando goce de libertad, ejecutarlas de manera que no vuelva a dominarme la desesperación, de que ya estaba casi poseído cuando lo conocí; esta es la fortuna que le debo, y no quimérica, sino tan verdadera, que todos los soberanos del mundo, aunque fuesen como César Borgia, no podrían arrebatármela.

Esto hizo que para los dos infelices fuesen los días, si no venturosos, menos largos y más tranquilos. Faria, que en tantos años ni una palabra había dicho de su tesoro, hablaba de él a cada instante.

Según había previsto, se quedó enteramente paralítico del brazo derecho y la pierna izquierda, y casi perdió toda esperanza de poder servirse de ellos, pero soñaba siempre con la libertad o la fuga de su compañero, y gozaba por él con esta idea.

Temeroso de que el papel se perdiese o se extraviase algún día, obligó a Dantés a aprenderlo de memoria, y lo aprendió en efecto desde la primera palabra hasta la última. Seguros entonces de que nadie por el primer trozo podría adivinar su contenido completo, hicieron pedazos el segundo.

A veces pasaba Faria horas enteras dando instrucciones a Edmundo, instrucciones que debían servirle al hallarse en libertad.

Desde el mismo día, desde la misma hora, desde el mismo instante que se viera libre, su único y exclusivo pensamiento debía ser el de ir a Montecristo, de cualquier modo, idear un puesto que no

despertase sospechas para quedarse allí solo, y una vez solo, enteramente solo, buscar las maravillosas grutas, y cavar en el sitio indicado.

El sitio indicado, como recordará el lector, era el ángulo más lejano de la segunda abertura.

Con esta esperanza se pasaban las horas, si no rápidas, por lo menos soportables.

Como ya hemos dicho, Faria, aunque sin volver al uso de su pie y de su mano, había vuelto completamente al de su inteligencia, enseñando poco a poco a su joven compañero, además de las nociones morales que hemos dicho, ese calmoso oficio de preso, que consiste en hacer algo de lo que no es nada en el fondo. Así, pues, estaban constantemente ocupados, Faria por temor de envejecer y Edmundo por temor de recordar su pasado, ya casi olvidado, y que no quedaba en su memoria sino como una luz lejana, perdida en las tinieblas de la noche. Tal era su vida, semejante a la de esos hombres a quienes la desgracia no ha herido nunca, y que vegetan tranquila y maquinalmente bajo la mano de la Providencia.

Pero bajo esa calma aparente, había en el corazón del joven y en el del anciano tal vez, muchos ímpetus reprimidos, muchos suspiros ahogados, que estallaban cuando Faria se quedaba solo y Edmundo volvía a su prisión.

Una noche se despertó este último sobresaltado, figurándose haber oído que lo llamaban. Abrió los ojos y procuró saber de dónde procedía aquel sonido. Su nombre, o más bien una voz doliente que se esforzaba en pronunciarlo, llegó hasta sus oídos. Se incorporó en la cama lleno de angustia y sudoroso, y escuchó atentamente. No había duda. La voz venía del calabozo de su compañero.

—¡Gran Dios! —murmuró Edmundo—. Si será que...

Y separando su cama de la pared, retiró la piedra, se lanzó al subterráneo y llegó al extremo opuesto. La baldosa estaba levantada.

Al vacilante resplandor de aquella lámpara tosca de que ya hemos hablado, vio Dantés al abate pálido en extremo, y aunque en pie, agarrado a su cama para poder sostenerse. Sus facciones estaban

trastornadas por aquellos horribles síntomas que Dantés ya conocía y que tanto le asustaran anteriormente.

—¿Comprende..., amigo mío? ¿No es verdad? —le dijo Faria resignado—. Nada tengo que decirle.

Edmundo lanzó un grito de dolor, y perdiendo completamente la cabeza se dirigió a la puerta gritando:

—¡Socorro!¡Socorro!

Faria tuvo suficientes fuerzas aún para detenerlo.

—¡Silencio o está perdido! —le dijo—. No pensemos sino en usted, amigo mío, en hacerle soportable la prisión y posible la fuga. Años enteros necesitaría para volver a hacer lo que yo hasta aquí hice, y sería vano en cuanto nuestros carceleros conociesen que estamos de acuerdo. Por otra parte, tranquilícese, amigo, que no estará vacío mucho tiempo este calabozo que yo voy a abandonar. Otro desgraciado vendrá a ocupar mi puesto. Acaso él será joven, y fuerte, y sufrido como usted, y podrá ayudarle en su fuga, que yo impedía. Ya no tendrá un semicadáver adherido a usted, que paralizará todos sus esfuerzos. Decididamente Dios se acuerda de usted, le da más que lo que le quita, pues ya es tiempo de que yo muera.

Edmundo no pudo hacer otra cosa más que cruzar las manos y exclamar:

—¡Oh, amigo mío! ¡Amigo mío! ¡Calle!

Luego, recobrando su fortaleza, que le abandonó un instante por aquel golpe imprevisto, y su valor, vencido por las palabras del viejo, repuso:

—¡Oh! Ya lo salvé una vez, bien puedo salvarlo otra.

Y levantó el pie de la cama, y sacó el frasco, que contenía aún una tercera parte del licor rojo.

—Mire —le dijo—, aún nos queda esta medicina salvadora. Pronto, pronto, dígame lo que necesito hacer. ¿Se toman esta vez otras precauciones? Hable, amigo mío, que yo le escucho.

—No hay esperanza —respondió el abate inclinando la cabeza—, pero no importa, la voluntad de Dios es que el hombre que ha creado y en cuyo corazón ha puesto con tantas raíces el amor a la vida, haga cuanto pueda por conservar esta vida, tan trabajosa

algunas veces y siempre tan amada.

—¡Sí, sí! —exclamó Dantés—, lo salvaré, sí, se lo repito.

—Pues ea, procúrelo, el frío me acomete, siento que la sangre se agolpa a mi cerebro, este horrible temblor que hace rechinar mis dientes, y parece que disloca todos mis huesos, este espantoso temblor invade mi cuerpo, dentro de cinco minutos me dará el ataque, dentro de un cuarto de hora no le quedará de mí más que un cadáver.

—¡Oh! —exclamó Dantés con desesperado acento.

—Haga lo que la otra vez, con la diferencia de no esperar tanto tiempo. Todos los resortes de mi vida están ahora muy gastados, y la muerte —prosiguió mostrándole su brazo y su pierna paralíticos —, la muerte recorrió ya la mitad de su camino. Si después de haberme echado en la boca doce gotas, en lugar de diez, viese que no vuelvo en mí, me echa el resto. Ahora, lléveme a la cama, porque apenas puedo sostenerme.

Edmundo cogió en sus brazos al viejo y lo puso en la cama.

—Ahora acérquese, amigo mío, único consuelo de mi triste vida — le dijo Faria— don del cielo, aunque algo tardío, pero, en fin, don del cielo, y don inapreciable, de que le doy infinitas gracias..., en este momento en que me separo de usted para siempre, le deseo todas las dichas, toda la prosperidad que merece. ¡Hijo mío! ¡Yo lo bendigo!

El joven se arrodilló, apoyando la cabeza en la cama de Faria.

—Sobre todo, hijo mío, escuche bien lo que le digo en este instante supremo: el tesoro de los Spada existe efectivamente. Dios me concede que en este momento no haya para mí ni obstáculo ni distancias. Lo estoy viendo en el fondo de la segunda gruta, mis ojos penetran en las entrañas de la tierra y se deslumbran con tantas riquezas. Si consigue evadirse, recuerde que el pobre abate, a quien todo el mundo creía loco, no lo estaba. ¡Corra a Montecristo, apodérese de nuestra fortuna, y gócela, que bastante sufrió!

Una violenta sacudida interrumpió al anciano. Edmundo levantó la cabeza y vio que sus ojos se enrojecían, parecía que una ola de sangre le subía desde el pecho a la frente.

—¡Adiós! ¡Adiós! —murmuró Faria, apretando convulsivamente la

mano del joven—. ¡Adiós!

—¡Oh! ¡Todavía no! ¡Todavía no! —exclamaba este—. No me abandone... ¡Oh, Dios mío! ¡Ayúdenlo...! ¡Socorro! ¡Vengan...!

—¡Silencio! —murmuró el moribundo—. ¡Silencio!, que luego nos separarán si me salva.

—Es cierto. ¡Oh! Sí, sí, confianza; lo salvaré. Además, aunque parece que sufre mucho, no es tanto como la otra vez.

—Desengáñese..., sufro menos porque tengo menos fuerzas para sufrir. A su edad se tiene fe en la vida; que es el privilegio de la juventud creer y esperar; pero los viejos ven la muerte con más claridad... ¡Oh...!, ya está aquí..., ya se aproxima... todo se acaba... pierdo la vista... ¡y la razón! Deme la mano, Dantés... ¡Adiós! ¡Adiós!

E incorporándose por un esfuerzo supremo, repuso:

—¡Montecristo...! ¡No se olvide de Montecristo!

Y volvió a caer en la cama.

La crisis fue terrible. Un cuerpo con los miembros retorcidos, las pupilas hinchadas, una espuma sanguinolenta en la boca, fue lo que en aquel lecho de dolor ocupó el puesto del ser tan inteligente que se había acostado pocos minutos antes.

Dantés tomó la lámpara, la colocó en la cabecera de la cama, sobre una piedra que sobresalía de la pared, de modo que su trémula luz alumbraba con reflejos extraños y fantásticos aquella fisonomía desencajada, aquel cuerpo inerte y aniquilado.

Con la mirada fija en él esperó valerosamente la ocasión de administrarle la medicina salvadora. Cuando creyó que había llegado esta ocasión, cogió el cuchillo, separó los dientes, que le ofrecieron menos resistencia que la vez anterior, contó las doce gotas y esperó. El frasco podría tener otro tanto de licor que el gastado.

Esperó diez minutos, un cuarto de hora, media hora, ¡y nada! Tembloroso, con los cabellos lacios y la frente inundada de sudor, contó los minutos por los latidos de su corazón. Entonces pensó que era ya tiempo de arriesgar la última prueba, acercó el frasco a los labios sanguinolentos de Faria, y sin necesidad de separarle las mandíbulas, que no habían vuelto a juntarse, echó en la boca el resto del líquido. El efecto fue galvánico y una violenta contracción

sacudió todos los miembros de Faria, sus ojos volvieron a abrirse con una expresión horrorosa, exhaló un suspiro que parecía un grito, y fue luego, poco a poco, quedándose inmóvil; únicamente los ojos le quedaron abiertos.

Media hora, una y hasta hora y media pasaron, siendo de agonía para Edmundo. Inclinado hacia su amigo con la mano sobre su pecho, sintió sucesivamente irse el cuerpo enfriando, y el latido del corazón hacerse sordo y profundo. Todo acabó bien pronto, se apagó el último latido, la cara se puso lívida y aunque los ojos seguían abiertos, ya no veían.

Ya eran las seis de la mañana, y rayaba el día; su luz indecisa, penetrando en el calabozo, amenguaba la de la lamparilla moribunda. Sus ráfagas extrañas y fantásticas daban tal vez al cadáver apariencias de vida. En tanto duró la lucha del día con la noche, Dantés pudo dudar aún, pero cuando se hizo enteramente de día llegó a comprender que se hallaba solo con un cadáver. Entonces se apoderó de él un terror profundo e invencible. No osaba estrechar aquella mano que caía fuera de la cama, ni menos fijar sus ojos en aquellos ojos blancos e inmóviles, que en vano trató de cerrar muchas veces. Apagó la lamparilla, la ocultó con mucho cuidado, y desapareció, colocando como pudo la baldosa sobre su cabeza. Por otra parte, ya era hora; el carcelero iba a venir de un momento a otro.

Nada indicó en el carcelero que tuviese ya conocimiento de la desgracia. Cuando salió, se sintió Edmundo impaciente por saber lo que iba a pasar en el calabozo de su desgraciado amigo, y para saberlo penetró en el subterráneo, llegando a tiempo de oír las exclamaciones del carcelero pidiendo auxilio.

Pronto acudieron los otros carceleros, se oyó después ese paso regular y sordo que usan los soldados, aunque no estén de servicio. Tras los soldados se presentó el gobernador.

Edmundo oyó rechinar la cama, como si diesen vuelta al cadáver, y la voz del gobernador que ordenaba que le echasen agua a la cara y que viendo que esta no le causaba efecto alguno, mandó a buscar al médico.

El gobernador salió, y algunas frases compasivas llegaron a oídos

de Dantés, mezcladas con risas burlonas.

—Vamos, el loco ha ido a reunirse con su tesoro —decía uno—. ¡Buen viaje!

—Con todos sus millones no tendrá para pagar la mortaja —añadía otro.

—¡Oh!, las mortajas del castillo de If no cuestan muy caras —respondía un tercero.

—Quizá como eclesiástico, hagan algunos gastos más por él —dijo uno de los primeros interlocutores.

—Este irá al saco.

Edmundo no perdió una sola palabra, pero apenas comprendía lo que decían.

A poco dejaron de oírse las voces, y juzgó que habían salido del calabozo. Sin embargo, no se atrevió a entrar en él, porque era fácil que alguno se hubiera quedado a velar al muerto. Conteniendo su respiración, permaneció mudo e inmóvil.

Transcurrida una hora, sobre poco más o menos, interrumpió el silencio un leve ruido que iba aumentándose. Era el gobernador, que volvía acompañado del médico y de algunos oficiales. Hubo un momento de silencio. Era evidente que el médico se acercaba a la cama y examinaba el cadáver. Pronto comenzó la discusión.

El médico analizó la enfermedad de que había sido atacado el preso y declaró que estaba muerto. La conversación tenía un tono de indiferencia que indignó a Dantés, pareciéndole que todo el mundo debía profesar al pobre abate una parte de la afección que le profesaba él.

—Lo siento mucho —dijo el gobernador respondiendo a la declaración del médico—, lo siento mucho, porque era un preso amable, inofensivo, que nos divertía con su locura, y sobre todo fácil de guardar.

—¡Oh! —repuso el carcelero—, aunque no lo hubiéramos guardado tan bien, hubiera permanecido aquí cincuenta años, sin intentar una sola vez escaparse, yo lo aseguro.

—No obstante —indicó el gobernador—, creo que sería oportuno, a pesar de su declaración, y no porque yo dude de su ciencia, sino para poner a cubierto mi responsabilidad, sería conveniente que nos

asegurásemos de que está efectivamente muerto.

Hubo otro intervalo de silencio absoluto, durante el cual Dantés, que seguía acechando, creyó que el médico examinaba y tocaba el cadáver por segunda vez.

—Puede estar tranquilo —dijo al gobernador—. Está bien muerto, respondo por ello.

—Ya sabe, caballero —repuso el gobernador con insistencia—, que en estos casos no nos contentamos con un simple examen, así que dejando a un lado las apariencias, sírvase cumplir las formalidades prescritas por la ley.

—Que calienten los hierros —ordenó el doctor—, aunque es en verdad una precaución inútil.

Esta orden de calentar los hierros hizo estremecer a Dantés.

Se oyeron pasos precipitados, el rechinar de la puerta, idas y venidas, y después entró un mozo diciendo:

—Aquí tiene el brasero con un hierro.

Hubo otro instante de silencio, se oyó después un chirrido como de carne quemada, y un olor nauseabundo llegó hasta el horrorizado Dantés a través de la baldosa. Aquel olor de carne humana carbonizada hizo que Edmundo estuviera a punto de desmayarse.

—Bien ve, caballero, que está muerto efectivamente —dijo el doctor—, esta quemadura en el talón es la última prueba que podíamos hacer. Ya el pobre loco se curó de su locura, y se libró de su cautividad.

—¿No se llamaba Faria? —inquirió uno de los oficiales que acompañaban al gobernador.

—Sí, señor, y pretendía que su nombre era muy aristocrático. Por lo demás, le creía hombre muy entendido y muy razonable en todas las cosas que no fuesen su tesoro, pero en esto debo confesar que era intratable.

—Nosotros llamamos monomanía a esa enfermedad —observó el médico.

—¿No ha tenido nunca queja de él? —preguntó el gobernador al carcelero encargado de llevar la comida al abate.

—Nunca, señor gobernador —respondió el carcelero—. Al contrario, muchas veces me divertía contándome historietas, y hasta

una vez que mi mujer estuvo enferma me dio una receta que la hizo sanar al momento.

—¡Vaya, vaya! ¡Y yo que ignoraba que tenía aquí un colega! —dijo el médico—. Espero, señor gobernador —añadió sonriendo—, que lo tratará como a tal.

—Sí, sí, desde luego. Lo meteremos decentemente en el saco más nuevo que se encuentre. ¿Está contento?

—¿Tenemos que cumplir esa formalidad en su presencia? —le preguntó el mozo.

—Sin duda alguna, pero dese prisa, que no pienso estar aquí todo el día.

Dantés volvió a oír nuevas idas y venidas, y poco después el roce como de una tela, giró la cama sobre sus goznes, y un pie pesado, como de un hombre que levanta una carga, conmovió la baldosa que ocultaba a Dantés. Luego volvió a rechinar la cama como si el cadáver tornase a su sitio.

—Esta noche... —dijo el gobernador.

—¿Se le dirá misa? —preguntó uno de los oficiales.

—¡Imposible! —respondió el gobernador—. Precisamente ayer me pidió el capellán del castillo permiso para ir a Hyeres por ocho días, y se lo concedí respondiéndole de todos mis presos. Si el pobre abate se hubiera dado menos prisa, no se hubiera quedado sin su réquiem.

—Bah, bah —dijo el médico con esa impiedad familiar a los de su profesión—, es sacerdote y Dios se lo tomará en cuenta, por no dar al infierno el gusto de enviarle un sacerdote.

Una carcajada general acogió esta horrible burla. Entretanto seguían amortajando al abate.

—Esta noche... —dijo el gobernador, viendo la tarea acabada.

—¿A qué hora? —le preguntó el mozo.

—A eso de las diez o las once.

—¿Y se ha de velar al muerto?

—¿Para qué? Se cierra el calabozo como si estuviese vivo.

Las voces se fueron perdiendo y los pasos alejándose, crujió la cerradura de la puerta y sus pesados cerrojos, y un silencio más medroso que el de la soledad, el de la muerte, invadió el calabozo y

hasta el alma petrificada del joven. Entonces levantó lentamente la baldosa con la cabeza, y echó una mirada investigadora por el calabozo. Estaba desierto.

Edmundo salió de la galería.

Capítulo veinte: El cementerio del castillo de If

Sobre la cama, tendido a lo largo e iluminado débilmente por la claridad de la luz nebulosa que penetraba por la ventana, se veía un saco de grosera tela, cuyos informes pliegues dibujaban los contornos de un cuerpo humano: aquel era el sudario del abate, aquel era el sudario que, según decían los carceleros, costaba tan poco. Todo había terminado. La separación material existía ya entre Dantés y su anciano amigo. Ya no podría ver aquellos ojos que habían quedado abiertos como para mirar más allá de la muerte, ni podría estrechar aquella mano instructora que descorriera el velo a tantos misterios para que él los penetrase. Faria, su útil y buen compañero, a cuya presencia tanto se había acostumbrado, no existía ya más que en su memoria. Entonces se sentó a la cabecera de la cama, dominado de una triste y lúgubre melancolía.

¡Solo! ¡Había vuelto a quedarse solo! ¡Había vuelto al silencio y a la nada!

¡Solo! ¡Sin compañía y hasta sin la voz del único ser amigo que le quedaba en la tierra!

¿No sería mejor que fuera a resolver con Dios el problema de la vida, como había hecho el abate Faria, aun pasando por tantos dolores como él?

La idea del suicidio, desterrada por la presencia y la amistad del abate, vino entonces a colocarse como un fantasma al lado del cadáver de este.

—Si pudiera morir iría adonde él va —dijo—, y volvería a encontrarlo seguramente. Pero ¿cómo morir? Bien fácil es —añadió sonriendo—. Me quedo aquí, me abalanzo al primero que entre, lo

ahogo y me guillotinan.

Sin embargo, como ocurre siempre, así en los grandes dolores como en las grandes tempestades, que damos con el abismo al dar en los extremos, horrorizó a Dantés la idea de esta muerte infamante, y de súbito pasó de esta desesperación a una sed ardiente de libertad.

—¡Morir! ¡Oh!, no —exclamó—, no valdría la pena de haber vivido tanto y sufrido tanto, para morir así. Ahora sería verdaderamente conspirar en favor de mi destino miserable. No, quiero vivir, quiero luchar hasta el fin, quiero recobrar la dicha que me han robado. Con la idea de la muerte me olvidaba de que tengo verdugos que castigar, y quién sabe si recompensar amigos. Pero, ¡ay!; ahora van a olvidarme, y no saldré ya de aquí sino como el abate Faria.

Al pronunciar estas palabras quedó petrificado, como aquel a quien se le ocurre una idea aterradora. De pronto se incorporó, se llevó la mano a la frente como si le diera un vértigo, dio dos o tres vueltas por la habitación, y fue a detenerse delante de la cama.

—¡Oh!, ¡oh! —murmuró—. ¿Quién me envía este pensamiento? ¿Es usted, Dios mío? Pues que solo los muertos salen de aquí, ocupemos el lugar de los muertos.

Y sin vacilar un momento siquiera, por no cambiar aquella resolución desesperada, se inclinó sobre el nauseabundo saco, lo abrió con el cuchillo que Faria había hecho, sacó el cadáver, lo llevó a su propio calabozo, lo acostó en su cama, poniéndole en la cabeza el pañuelo de hilo que él acostumbraba llevar puesto, lo cubrió con su cobertor, besó por última vez aquella frente helada, pugnó por cerrar aquellos ojos rebeldes que seguían abiertos y horribles en su inmovilidad, le puso el rostro vuelto a la pared, para que el carcelero al traerle la cena creyese que estaba acostado como solía, volvió al subterráneo, sacó de su escondite la aguja y el hilo, se quitó sus harapos para que se sintiera por el tacto la carne desnuda, se metió en el saco embreado, se colocó en la misma situación que el cadáver tenía, y sujetó por dentro la costura. Si por desgracia hubiesen entrado en este momento, hubieran podido oír los latidos de su corazón.

Le había sido posible esperar que pasase la visita de la noche,

pero temía que el gobernador cambiase de idea, mandando sacar el cadáver. Con esto perdería su última esperanza. Ahora lo que tenía que temer era muy poco. He aquí su plan:

Si por el camino los enterradores conocían que llevaban un vivo en lugar de un muerto, no les daba tiempo para nada, con una cuchillada vigorosa abría de arriba abajo el saco, y se aprovechaba de su terror para escaparse. Si querían apoderarse de él, ¿no llevaba un cuchillo? Si lo conducían hasta el cementerio y le metían en una fosa, se dejaba cubrir de tierra, y apenas los enterradores volviesen la espalda, se abría paso a través de la tierra removida, y como era de noche, escapaba. Pensaba que el peso no sería tan grande que no lo pudiera resistir.

Si se equivocaba, si, por el contrario, la tierra le pesaba mucho y le ahogaba, ¡tanto mejor para él!, todo concluiría entonces.

No había comido desde la víspera, pero ni aquella mañana había pensado en el hambre, ni ahora pensaba tampoco. Era demasiado precaria su situación para que pudiera ocuparse de otra cosa.

El primer peligro a que estaba expuesto era que el carcelero, al llevarle su comida a las siete, echase de ver la sustitución verificada. Por fortuna, veinte veces había recibido Dantés acostado al carcelero, ya fuese por misantropía, ya por cansancio, y en este caso generalmente aquel hombre dejaba sobre la mesa el pan y la sopa y se iba sin hablarle.

Pero esa vez el carcelero podía hablarle y como Dantés no le respondería, acercarse a la cama y descubrirlo todo.

Hacia las siete de la noche fue cuando empezaron, a decir verdad, las agonías de Dantés. Con una mano apoyada en el pecho trataba de ahogar los latidos de su corazón mientras enjugaba con la otra el sudor de su frente, que corría hasta por sus mejillas. De vez en cuando todo su cuerpo se estremecía con un temblor convulsivo, oprimiéndosele el corazón como si estuviese sometido a la presión de un torno. Transcurrían las horas sin que en el castillo se notase ningún movimiento por lo que comprendió que se había librado del primer peligro. Esto era de buen agüero. Por último, a la hora señalada por el gobernador, se oyeron pasos en la escalera. Edmundo conoció que el momento había llegado, y llamó en su

ayuda todo su valor, conteniendo su aliento. Feliz él si hubiera podido contener de igual modo los violentos latidos de su corazón.

Los pasos, que iban en aumento, se detuvieron a la puerta. Dantés supuso que eran dos los enterradores que iban a buscarle. Esta sospecha se trocó en certidumbre cuando oyó el ruido que hacían al poner en el suelo las parihuelas.

Se abrió la puerta y una luz confusa hirió los ojos de Edmundo. A través del lienzo que le envolvía, vio acercarse dos sombras a su cama, en tanto que otra, con un farol en la mano, se quedó a la puerta. Cada uno de los que se acercaron a la cama cogió el saco por uno de sus extremos.

—Para ser viejo y tan flaco, pesa bastante —dijo uno de ellos levantando la cabeza de Dantés.

—He oído decir que el peso de los huesos aumenta media libra todos los años —contestó el otro asiéndole por los pies.

—¿Has hecho el nudo? —preguntó el primero.

—Buena tontería fuera añadir un peso inútil. Allá lo haré.

—Tienes razón. Vamos.

“¿Para qué será ese nudo?”, se preguntaba Dantés.

Desde la cama trasladaron a las angarillas al falso muerto. Edmundo se puso todo lo rígido que pudo para desempeñar mejor su papel de cadáver. Le pusieron, pues, en las angarillas, y alumbrados por el del farol, que iba delante, empezaron a subir la escalera.

De súbito, el aire fresco de la noche, en el que Dantés reconoció al mistral, azotó su cuerpo. Esta súbita sensación fue a la vez angustiosa y dulcísima.

A unos veinte pasos se detuvieron los que le llevaban, y pusieron en el suelo las angarillas. Uno de ellos debió de alejarse un tanto, porque Edmundo oyó sus pisadas en las losas.

“¿Dónde estoy?”, se preguntó.

—¿Sabes que no pesa poco? —dijo el que había permanecido junto a Dantés, sentándose al borde de las angarillas.

La primera idea de Dantés fue escaparse entonces, pero por fortuna se contuvo.

—Alúmbrame, animal —dijo el que se había separado—,

alúmbrame o no podré encontrar lo que busco.

El hombre de la linterna obedeció a la demanda del enterrador, aunque, como se ha visto, no tenía nada de cortés.

"¿Qué buscará? —dijo para sí Dantés—, sin duda un azadón".

Una exclamación dio a entender que el enterrador había encontrado al fin lo que buscaba.

—Menudo trabajo ha costado —dijo el otro.

—Sí, pero nada se ha perdido por esperar —contestó el primero.

Y dicho esto se acercó a Edmundo, que oyó poner a su lado una cosa pesada y sonora. Al mismo tiempo una cuerda atada a sus pies le causó viva y dolorosa impresión.

—¿Está ya hecho el nudo? —preguntó el enterrador que no se había movido de allí.

—Y bien hecho —respondió el otro.

—Pues en marcha.

Y volviendo a coger las angarillas siguieron su camino.

A los cincuenta pasos sobre poco más o menos hicieron alto para abrir una puerta, y volvieron a proseguir su camino.

El rumor de las olas, estrellándose en las peñas que sirven de base al castillo, iba llegando más distintamente a Dantés a medida que iban avanzando.

—¡Mal tiempo hace! —dijo uno de los hombres—. No está el mar para bromas esta noche.

—El abate corre peligro de fondear.

Y ambos soltaron una carcajada.

Aunque Dantés no los comprendió, sus cabellos se erizaron.

—Bien. Ya hemos llegado —dijo el primero.

—Más allá, más allá —repuso el otro—. ¿No te acuerdas que el último muerto se quedó en el camino, destrozado entre las rocas, y que el gobernador nos regañó al día siguiente?

Subiendo constantemente, dieron cuatro o cinco pasos más, luego sintió Edmundo que le cogían por los pies y por la cabeza y que le balanceaban.

—¡A la una! —dijeron los enterradores.

—¡A las dos!

—¡A las tres!

Dantés se sintió lanzado al mismo tiempo a un inmenso vacío, hendiendo los aires como un pájaro herido de muerte, y bajando, bajando a una velocidad que le helaba el corazón. Aunque le atraía hacia abajo una cosa pesadísima que precipitaba su rápido vuelo, le pareció como si aquella caída durase un siglo, hasta que, por último, con un ruido espantable, se hundió en un agua helada que le hizo exhalar un grito, ahogado en el mismo instante de sumergirse. Edmundo había sido arrojado al mar con una bala de treinta y seis atada a sus pies. El cementerio del castillo de If era el mar.

Capítulo veintiuno:
La isla de Tiboulen

Aunque aturdido y sofocado, tuvo Dantés sin embargo suficiente presencia de ánimo para contener su respiración, y como llevaba de antemano preparada a todo evento su mano derecha, según dijimos, y empuñado el cuchillo, rasgó de un solo corte el saco, con lo cual pudo sacar el brazo y la cabeza, pero a pesar de todos sus esfuerzos para levantar la bala, se sintió más y más agarrotado. Entonces se agachó hasta la cuerda que ataba sus piernas, y con un esfuerzo supremo pudo cortarla cuando ya le iba faltando la respiración. Hizo en seguida un hincapié vigoroso, y subió desembarazado a la superficie del mar, mientras la bala hundía en sus profundos abismos aquella tela grosera que, a poco más, se convierte en su mortaja.

No estuvo en la superficie más que el tiempo necesario, pues volvió a zambullirse acto continuo, porque la primera precaución que debía de tomar era que no lo viesen.

Cuando apareció sobre el agua la segunda vez, se hallaba por lo menos a cincuenta pasos del sitio en que había caído. Sobre su cabeza veía un cielo tempestuoso y negro, en el que el aire hacía rodar nubes ligeras, descubriendo tal vez un pedazo azul en que brillaba una estrella. Ante sus ojos se extendía el mar sombrío y rugiente, cuyas olas comenzaban a hervir como al principio de una

tempestad, y a su espalda, más negro que el cielo y que el mar, se destacaba como un fantasma amenazador el gigante de granito cuya lúgubre cúpula parecía un brazo extendido para recobrar su presa. En la roca más alta se veía brillar un farol alumbrando a dos sombras.

A Edmundo le pareció que estas dos sombras se inclinaban hacia el mar, examinándolo con inquietud. En efecto, aquellos enterradores de nueva especie debieron de oír el grito que exhaló al atravesar el espacio. Se zambulló Dantés de nuevo, y nadando entre dos aguas anduvo bastante trecho. Esta maniobra le había sido muy familiar en otro tiempo, y atraía a su alrededor en la ensenada del Faro a muchos admiradores que le proclamaban el más hábil nadador de Marsella. Cuando volvió a salir a flor de agua, la linterna había desaparecido.

Lo que importaba entonces era orientarse. De todas las islas que rodean el castillo de If, Pomegue y Ratonneau son las más cercanas, pero Pomegue y Ratonneau están habitadas, así como la islilla de Daume. Las que ofrecían más seguridades a Edmundo eran la isla de Tiboulen o la de Lemaire. Ambas están a una legua del castillo de If.

Dantés decidió dirigirse a una de las primeras islas, pero ¿cómo encontrarla en medio de la oscuridad que le rodeaba? En aquel momento vio brillar como una estrella el faro de Planier. Dirigiéndose en derechura al faro, dejaba un tanto a la izquierda la isla de Tiboulen, y torciendo aún más hacia aquel lado, debía de hallar a Tiboulen en su camino.

Pero ya hemos advertido que desde el castillo de If a esta isla hay una legua por lo menos. Faria solía repetir al joven en su prisión:

—Dantés, no se entregue de ese modo a la molicie. Si no ejercita las fuerzas, se ahogará el día que quiera escaparse.

Estas palabras zumbaron en los oídos de Dantés, cuando cortaba por el fondo las saladas olas, y se dio prisa a salir a flor de agua para convencerse de que no había perdido sus fuerzas. Efectivamente, lleno de júbilo vio que su forzosa inacción nada le había quitado de vigor ni de agilidad, y que era todavía señor del elemento con que había jugado siendo niño.

El miedo, por otra parte, ese rápido perseguidor, doblaba sus bríos; agazapado en la cúspide de las olas, se ponía a escuchar por si llegaba a sus oídos algún rumor. Cada vez que en brazos de una ola se levantaba a los cielos, con una mirada rápida abarcaba todo el horizonte visible, tratando de penetrar en las densas tinieblas. Cada ola que fuese un poco más elevada que las demás le parecía un barco que le perseguía, y redoblaba sus esfuerzos, que aunque le alejasen sin duda del castillo iban a agotar muy pronto sus fuerzas.

Seguía, pues, nadando, y ya el terrible castillo se quedaba confundido entre los vapores nocturnos. No lo distinguía ya, pero lo sentía.

De este modo transcurrió una hora, hora en que Dantés, exaltado por el sentimiento de libertad que tan completa y vertiginosamente le dominaba, siguió hendiendo las olas en la dirección que se trazara.

—Vamos —se dijo—, pronto hará una hora que estoy nadando, pero como el viento me es contrario, he debido adelantar una cuarta parte menos. Sin embargo, si no me equivoqué en mis cálculos, no debo de estar ahora muy lejos de Tiboulen. Pero ¡si me equivocase!

Un súbito temblor conmovió todo el cuerpo del nadador. Procuró sostenerse de espaldas sobre el agua para descansar un poco, pero el mar cada vez se iba poniendo más alborotado, y comprendió que le era imposible.

—Sea, pues —dijo—. Seguiré nadando hasta que mis brazos se cansen, y los calambres me acometan, y entonces... me iré al fondo.

Y continuó nadando con la fuerza y el brío de la desesperación. De repente le pareció que el firmamento, ya oscuro, se ennegrecía más y más y que una nube espesa y compacta bajaba hasta él. Al mismo tiempo sintió en la rodilla un dolor vivísimo. Con su rapidez incomparable le hizo creer la imaginación que aquello era la herida de una bala y que en seguida oiría la explosión del tiro, pero la detonación no sonó. Dantés alargó la mano y halló un cuerpo resistente, encogió la otra pierna y tocó el suelo, y reconoció entonces qué cosa era lo que se había figurado una nube.

A veinte pasos se elevaba una mole de peñascos, de extraña forma, que parecía un cráter inmenso petrificado en el momento de su mayor combustión. Era la isla de Tiboulen. Se levantó Dantés, dio

algunos pasos adelante, y alabando a Dios, se tendió sobre aquellos guijarros, que entonces le parecieron más blandos que los colchones del lecho más mullido.

Después, a pesar del viento y de la borrasca, y de la lluvia que empezaba a caer, rendido como estaba de fatiga, se quedó dormido, con ese delicioso sueño que embarga al hombre cuya materia se aletarga, pero cuya alma permanece despierta con la idea de una felicidad inesperada.

Al cabo de una hora, le despertó el espantoso ruido de un trueno. La tempestad se había desencadenado y batía el aire con furia. De vez en cuando caía, como una serpiente de fuego, un rayo del cielo, iluminando las olas y las nubes, que se perseguían las unas a las otras como en inmenso caos.

La vista perspicaz de marino no había engañado a Dantés, aquella era, en efecto, la primera de las dos islas, la de Tiboulen. Sabía que no ofrecía el menor asilo, pero cuando la tempestad cesase pensaba volverse a echar al mar en dirección a la isla de Lemaire, que aunque no menos árida, era más grande, y por consiguiente más hospitalaria.

Una peña cóncava prestó a Dantés abrigo momentáneo; casi al mismo tiempo estalló la tempestad. Edmundo sentía temblar bajo la peña en que se había guarecido, las olas, que azotando la base de aquella pirámide gigantesca, saltaban hasta él. Aunque estaba en paraje seguro, con aquel ruido atronador, y aquellas ráfagas sulfúreas, experimentó una especie de vértigo. Creyó que la isla temblaba debajo de sus pies, y que de un momento a otro iba, como un navío anclado, a perder sus cables y a sepultarse en aquel inmenso torbellino. Entonces recordó que hacía veinticuatro horas que no probaba bocado, tenía hambre y sed. Extendió las manos y la cabeza, y bebió el agua de la tempestad recogida en el hueco de la roca.

Cuando se incorporaba, un relámpago que parecía rasgase el cielo hasta el trono del Altísimo iluminó el espacio, mostrándole con su resplandor, entre la isla de Lemaire y el cabo de Croisille, a un cuarto de legua de distancia, como un espectro que resbala al abismo desde la cima de una ola, un pequeño barco pescador

arrebatado a la vez por el viento y por el mar. Un minuto después volvió a aparecer el fantasma encima de otra ola, acercándose con horrible rapidez. Quiso el joven gritarles, y aun buscó algún trapo que tremolar para hacerles ver que estaban perdidos, pero bien lo conocían ellos. A la luz de otro relámpago, Edmundo pudo vislumbrar a cuatro hombres agarrados a los palos y a los estayes, mientras otro sujetaba el mástil del tronchado timón. Sin duda, hubieron de verle también aquellos hombres, como él los veía, porque llegaron a sus oídos gritos lastimeros en alas del vendaval que silbaba furiosamente. En la punta del palo mayor hecho trizas azotaban el aire los jirones de una vela, que de pronto se acabó de romper y desapareció en los abismos tenebrosos del espacio, semejante a uno de esos enormes pájaros blancos que se dibujaban sobre las nubes negras. Al mismo tiempo, sonó un ruido espantoso, mezclado con gritos de angustia que llegaron hasta Dantés. Asido como una esfinge de las rocas, abarcaba con sus ojos todo el abismo, y a la luz de otro relámpago pudo ver al barco irse a pique, y flotar entre sus restos cabezas de expresión desesperada y brazos levantados hacia el cielo.

Luego todo volvió a quedar sumergido en la oscuridad más completa. Aquel terrible drama había durado lo que un relámpago. Corriendo el peligro de caer al mar, se lanzó Dantés a la pendiente resbaladiza de las rocas a mirar y a escuchar, pero nada vio y nada oyó. Ni gritos ni cosas humanas, solamente la tempestad seguía azotando los vientos y las olas. Poco a poco fue calmándose el viento y rodaron a Occidente las preñadas nubes rojas, que parecían detenidas por la mano de la tempestad. Volvieron a centellear las estrellas en el cielo con su luz vivísima. Luego por el Este una ráfaga azulada, algo negruzca, coloreó el horizonte, y saltaron las ondas tranquilamente, trocando su espumosa superficie en crines de oro. Era el alba.

Edmundo se quedó inmóvil ante aquel gran espectáculo, como si lo viese por primera vez. Lo había olvidado en efecto, desde su entrada en el calabozo. Se volvió hacia el castillo, escudriñando con una penetrante mirada la tierra y el mar. El sombrío edificio se recostaba entre las olas con esa imponente majestad de las cosas

inmóviles, que parece que tengan ojos para vigilar y acento para ordenar.

Serían ya las cinco de la mañana y el mar continuaba calmándose.

"Dentro de dos o tres horas —se dijo Edmundo—, el carcelero irá a mi cuarto, hallará el cadáver de mi desdichado amigo, lo reconocerá, me buscará en vano, y dará el grito de alarma. Descubrirán el subterráneo y la galería, preguntarán a los que me arrojaron al mar, que han debido oír mi grito, saldrán en seguida mil barcas llenas de soldados en persecución del fugitivo, que saben que no puede estar muy lejos, el cañón anunciará a toda la costa que nadie dé asilo a un hombre desnudo y hambriento que andará errante, y saldrán de Marsella los alguaciles y los espías a perseguirme por tierra, mientras el gobernador me persigue por mar. ¿Qué será entonces de mí? Tengo hambre, tengo frío, e incluso he perdido el cuchillo salvador, que me estorbaba para nadar. Estoy a merced del primero que quiera ganarse veinte francos entregándome. Ya no me quedan ni fuerzas, ni resolución, ni ideas. ¡Oh, Dios mío! Mire si he sufrido bastante, y si puede hacer por mí más de lo que yo puedo".

Cuando Edmundo, en una especie de delirio, ocasionado por su abatimiento y el vacío de su inteligencia, pronunciaba tan ardiente plegaria, vuelto con ansiedad a Marsella, vio aparecer en la punta de la isla de Pomegue, dibujando en el horizonte su vela latina, semejante a una gaviota que vuela rozando la superficie de las aguas, un barquichuelo en el que solo el ojo de un marino podía reconocer una tartana genovesa, estando como estaba el mar todavía un tanto nebuloso. Salía del puerto de Marsella, y entraba en alta mar cortando las espumas con su aguda proa, que abría a sus costados redondos un camino más fácil.

"¡Oh! —exclamó Edmundo—. ¡Pensar que si no temiese que me reconocieran por fugitivo y me llevasen a Marsella, podría yo alcanzar aquel barco dentro de media hora! ¿Qué he de hacer? ¿Qué he de decir? ¿Qué fábula inventaré para engañarlos? Esas gentes, que son contrabandistas y casi piratas, y que con pretexto del comercio de cabotaje merodean por las costas, preferirán venderme a hacer una buena acción que no les produzca nada.

»Esperemos.

»Pero esperar es cosa imposible, me estoy muriendo de hambre, dentro de pocas horas perderé las escasas fuerzas que me quedan, se acerca además la hora de la visita del carcelero, todavía no han dado la señal de alarma, acaso no sospecharán nada aún, puedo pasar por uno de los marineros de esa barca pescadora que ha naufragado esta noche. Esto no es inverosímil, ninguno de ellos vendrá a contradecirme, porque todos han muerto.

»Vamos.

Al decir estas palabras, Dantés volvió los ojos hacia el sitio en que la barca se había hecho pedazos, y se estremeció. En la punta de una roca se había quedado agarrado el gorro frigio de uno de los marineros, y flotando cerca de allí los restos de la carena, tablas insignificantes que el mar arrojaba contra el cimiento granítico de la isla.

Dantés se determinó al instante a volver a echarse al mar, nadó hacia el gorro, se lo puso, y cogiendo una de las tablas, se preparó a salir al paso a la tartana.

—¡Ya me he salvado! —murmuró.

Y esta esperanza le infundió nuevas fuerzas.

El barco se dejó ver muy pronto, iba contra viento, entre el castillo de If y la torre de Planier. Dantés llegó a sospechar y temer que en vez de seguir costeando entrase de lleno en alta mar, como de seguro lo hubiese hecho si navegara con rumbo a Córcega o Cerdeña, mas luego dedujo el nadador, de sus maniobras, que iba a pasar entre las islas de Jaros y Calaseraigne, como suelen todos los barcos que van a Italia.

Entretanto, nadador y buque se aproximaban uno a otro insensiblemente. En una de sus bordadas, el barco llegó a estar un cuarto de legua de Dantés, que sacó entonces el cuerpo fuera del agua, agitando su gorro en señal de apuro, pero sin duda no lo vio ningún marinero, puesto que el buque viró de bordo. Dantés pensó dar gritos, pero calculando la distancia, comprendió que su voz no llegaría hasta el buque, perdida y ahogada por las brisas marinas y el rumor de las olas.

Entonces comprendió lo útil que le había sido coger una de las

muchas tablas que arrojó el mar pertenecientes al barco que naufragó y se felicitó a sí mismo por su precaución de extenderse sobre una de ellas. Débil como estaba ya, acaso no hubiese podido sostenerse a flor de agua hasta que la tartana pasase, y de seguro que si esta pasaba sin verle, cosa muy posible, no podría volver a la isla.

Aunque estuviese casi cierto del camino que seguía, los ojos de Edmundo acompañaban a la tartana con cierta ansiedad, hasta que la vio amainar y volverse hacia él. Entonces siguió avanzando hacia su encuentro, pero antes de llegar empezó el barco a virar de bordo. En aquel momento, Dantés, por un esfuerzo supremo, se puso casi de pie sobre el agua, tremolando su gorro y lanzando uno de esos gritos lastimeros que solamente lanzan los marineros cuando están en peligro, gritos que parecen el lamento de algún genio del mar. Esta vez lo vieron y lo oyeron. Interrumpió la tartana su maniobra, torciendo el rumbo hacia él, y hasta distinguió Edmundo al propio tiempo que se preparaban a echar una lancha al agua.

Un instante después, la lancha con dos hombres se dirigió a su encuentro, cortando con sus dos remos el agua. Abandonó entonces Dantés la tabla, que ya no creía necesitar, y nadó con toda su fuerza por ahorrar al barco la mitad del camino.

Sin embargo el nadador contaba con fuerzas ya casi nulas, y conoció entonces cuán útil le era aquella tabla que flotaba ahora a cien pasos de allí. Empezaron a agarrotarse sus brazos, perdieron la flexibilidad sus piernas, sus movimientos eran forzados y vanos, y dificultosa su respiración. A un segundo alarido que lanzó, los remeros redoblaron sus esfuerzos y uno de ellos le gritó:

—¡Ánimo!

Esta palabra llegó a su oído en el momento en que una ola pasaba por encima de su cabeza, cubriéndole de espuma.

Cuando volvió a salir a la superficie, Dantés azotaba el agua con esos ademanes desesperados del hombre que se ahoga. Después exhaló otro grito, y se sintió atraído hacia el fondo del mar como si aún llevara a los pies la bala mortal. A través del agua, que pasaba par encima de su cabeza, veía un cielo lívido con manchas negruzcas. Otro esfuerzo violento volvió a llevarle a la superficie.

Le pareció aquella vez que le agarraban por los cabellos, y luego perdió la vista y el oído. Se había desmayado. Al abrir de nuevo los ojos, se halló Dantés en el puente de la tartana, que seguía su camino, y su primera mirada fue para ver cuál seguía; iba alejándose del castillo de If.

Tan debilitado estaba Dantés, que la exclamación de júbilo que hizo pareció un suspiro de dolor.

Como dejamos dicho, estaba acostado en el puente; un marinero le frotaba los miembros con una manta; otro, en quien reconoció al que le había gritado “¡Ánimo!”, le acercaba a los labios una cantimplora, y otro, en fin, marinero viejo, que era a la par piloto y patrón, le miraba con ese sentimiento de piedad egoísta que inspira generalmente a los hombres un desastre del que se han librado la víspera, y que puede sobrevenirles al día siguiente.

Algunas gotas de ron que contenía la cantimplora reanimaron el desfallecido corazón del joven, al paso que las friegas que seguía dándole el marinero, de rodillas, contribuían a que sus miembros recobrasen la elasticidad.

—¿Quién es usted? —le preguntó en mal francés el patrón.

—Soy —respondió Edmundo en mal italiano—, un marinero maltés. Veníamos de Siracusa con cargamento de vino, cuando la tormenta de esta noche nos sorprendió en el cabo Morgión, estrellándonos en esas rocas que ve allá abajo.

—¿De dónde viene?

—De aquellas rocas, donde tuve la fortuna de agarrarme, mientras nuestro pobre capitán se hacía pedazos, los otros tres compañeros se ahogaron y creo que soy el único que me salvé. Vislumbré su barco, y temeroso de tener que esperar mucho tiempo en esta isla desierta, me atreví a salirle al encuentro en una tabla, resto del naufragio. Gracias, gracias —prosiguió Dantés—, me ha salvado la vida. Si uno de estos camaradas no me coge por los cabellos, era ya hombre muerto.

—Yo fui —dijo un marinero de rostro franco y abierto, sombreado por grandes patillas negras—. Yo fui el que le sacó, y a tiempo, que ya se iba al fondo.

—Sí, amigo mío, sí; le doy las gracias por segunda vez —dijo

Edmundo tendiéndole la mano.

—A fe mía que anduve perplejo y dudoso —dijo el marino—, porque con su barba de seis pulgadas de largo y sus cabellos de un pie, más bien parecía un bandido que no un hombre honrado.

Esto hizo recordar a Dantés que, en efecto, desde su entrada en el castillo de If, ni se había cortado el pelo ni afeitado tampoco.

—Esto —dijo—, es un voto que hice en un momento de grave peligro, a nuestra Señora del Pie de la Grotta, de estar diez años sin afeitarme ni cortarme el pelo. Hoy justamente cumple el voto, y por cierto que a poco más me ahogo en el aniversario.

—¿Y qué hacemos con usted ahora? —le preguntó el patrón.

—¡Ay! —respondió Dantés—, haga lo que le parezca. El falucho que yo tripulaba se ha perdido, el patrón ha muerto, y como ve, me he librado de la misma desgracia absolutamente desnudo. Por fortuna soy un marino bastante bueno, déjeme en el primer puesto en que aborde, que no dejaré de encontrar acomodo en algún barco mercante.

—¿Conoce el Mediterráneo?

—Navego en él desde que era niño.

—¿Y conoce también los buenos fondeaderos?

—Pocos puertos hay, aún entre los peores, en los que yo no pueda entrar y salir con los ojos cerrados.

—Pues bien, patrón —dijo el marinero que había gritado ¡ánimo! a Dantés—, si el camarada dice la verdad, ¿por qué no había de quedarse con nosotros?

—Si dice la verdad, sí —contestó el patrón con un cierto aire de duda—, pero en el estado en que se encuentra el pobre diablo, se promete mucho, y luego...

—Cumpliré más de lo que he prometido —repuso Dantés.

—¡Oh, oh! —murmuró el patrón riéndose—. Ya veremos.

—Cuando quiera lo verá —repuso Dantés levantándose—. ¿Adónde se dirige?

—A Liorna.

—Entonces, en vez de contraventar, perdiendo un tiempo precioso, ¿por qué no carga velas simplemente?

—Porque iríamos derechos a la isla de Rión.

—Pasará a veinte brazas de ella.

—Tome, pues, el timón —dijo el patrón—, y juzgaremos sus conocimientos.

El joven fue a sentarse al timón, y asegurándose con una ligera maniobra de que el barco obedecía bien, aunque no fuese de primera calidad, gritó:

—¡A las vergas y a las bolinas!

Los cuatro marineros que componían la tripulación corrieron a sus puestos. El patrón los observaba a todos.

—¡Halen! —continuó gritando Dantés.

Los marineros obedecieron con bastante exactitud.

—¡Amarren ahora! ¡Está bien!

Ejecutada esta orden como las dos primeras, el barco, en vez de seguir contraventando, empezó a dirigirse a la isla de Rión, cerca de la cual pasó, como Dantés había dicho, dejándola a unas veinte brazas a estribor.

—¡Bravo! —gritó el patrón.

—¡Bravo! —repitieron los marineros.

Y todos contemplaban admirados a aquel hombre, cuya mirada había recobrado una inteligencia y cuyo cuerpo había recobrado un vigor que estaban muy lejos de sospechar en él.

—Ya ve —dijo Dantés apartándose del timón—, que podré servirle de algo, al menos durante la travesía. Si no le convengo, me deja en Liorna, que con el primer dinero que gane pagaré la comida que me dé hasta allá, y las ropas que me va a prestar.

—Está bien, está bien, si es razonable nos arreglaremos.

—Un hombre vale lo que otro hombre —contestó Dantés—. Deme el sueldo que dé a mis camaradas, y negocio concluido.

—Eso no es justo, porque usted sabe más que nosotros —dijo el marinero que le había salvado.

—¿Quién te mete a ti en esto, Jacobo? —repuso el patrón—. Cada uno puede ajustarse por lo que le convenga.

—Exacto —repuso Jacobo—, pero esto no es más que una observación...

—Mejor harías prestando a este bravo camarada, que está desnudo, un pantalón y una chaqueta, si los tienes de repuesto.

—No los tengo —contestó Jacobo—, pero sí una camisa y un pantalón.

—Es cuanto me hace falta —contestó Dantés—. Gracias, amigo mío.

Jacobo bajó por la escotilla, y al poco rato volvió a subir con las prendas ofrecidas, que se puso Dantés con alegría extraordinaria.

—¿Necesita ahora algo más? —le preguntó el patrón.

—Un pedazo de pan, y otro trago de ese ron tan excelente que ya probé, porque hace mucho tiempo que no he tomado nada.

Trajeron a Dantés el pedazo de pan, y Jacobo le presentó la cantimplora.

—¡El mástil a babor! —gritó el capitán volviéndose hacia el timonero.

Al llevarse la cantimplora a la boca, los ojos de Dantés se volvieron hacia aquel lado, pero la cantimplora se quedó a la mitad del camino.

—¡Toma! —preguntó el patrón—, ¿qué es lo que pasa en el castillo de If?

En efecto, hacia el baluarte meridional del castillo, coronando las almenas, acababa de aparecer una nubecilla blanca, nube que ya había llamado la atención de Edmundo. Un momento después, el eco de una explosión lejana retumbó en el puente del navío.

Los marineros levantaron la cabeza mirándose unos a otros.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó el patrón.

—Se habrá escapado algún preso esta noche y dispararán el cañonazo de alarma —repuso Dantés.

El patrón miró de reojo al joven, que cuando dijo esto se llevó la calabaza a la boca, pero le vio saborear el ron con tanta calma, que si alguna sospecha tuvo se desvaneció al momento.

—¡He aquí un ron bastante fuerte! —dijo Dantés limpiando con la manga de la camisa su frente bañada en sudor.

—Después de todo..., si él es, tanto mejor —murmuró el patrón mirándole—. He hecho una gran adquisición.

Con el pretexto de que estaba fatigado, pidió Dantés sentarse en el timón. El timonel, gozoso de verse relevado en su tarea, consultó con una mirada al patrón, que le hizo con la cabeza una seña

afirmativa.

Así sentado, Dantés pudo observar atentamente las cercanías de Marsella.

—¿A cuántos estamos del mes? —le preguntó a Jacobo, que vino a sentarse junto a él cuando ya se perdía de vista el castillo de If.

—A 28 de febrero —respondió este.

—¿De qué año? —volvió a preguntar el joven.

—¡Cómo!, ¿de qué año? ¿Me pregunta de qué año?

—Sí —repuso el joven—, se lo pregunto.

—Pero ¿ha olvidado el año en que vivimos?

—¿Qué quiere? —repuso Dantés sonriendo—, he tenido esta noche tanto miedo, que a poco me vuelvo loco, y lo que es la memoria se me ha quedado turbadísima. Pregunto, pues, que de qué año es hoy el 28 de febrero.

—Del año de 1829 —contestó Jacobo.

Hacía catorce años, día por día, que Dantés había sido detenido.

Entró en el castillo de If con diecinueve años, y salía con treinta y tres.

Una dolorosa sonrisa asomó a sus labios.

"¡Mercedes! —se preguntó a sí mismo—. ¿Qué habrá sido de Mercedes en tantos años teniéndome por muerto?".

Una ráfaga de odio acompañó luego su mirada, al pensar en aquellos tres hombres que le ocasionaron tan duro y prolongado cautiverio.

Y renovó contra Danglars, Fernando y Villefort aquel juramento de venganza implacable que había ya pronunciado en su calabozo.

Ahora este juramento no era una vana amenaza, porque el barco más velero del Mediterráneo no hubiera podido alcanzar en aquel momento a la tartana, que a toda vela hacía rumbo a Liorna.

Capítulo veintidós: Los contrabandistas

Dantés había pasado escasamente un día a bordo, y ya sabía

perfectamente a qué casta de pájaros pertenecía aquella gente. Aunque no hubiese aprendido en la escuela del abate Faria, el digno patrón de *La joven Amelia* (tal era el nombre de la tartana), sabía casi todas las lenguas que se hablan en torno a ese gran lago llamado Mediterráneo, desde el árabe hasta el provenzal. Con ello se ahorraba intérpretes, gentes fastidiosas de suyo y tal vez indiscretas, y le era más fácil y directo entenderse, ya con los buques que encontraba a su paso, ya con las barquillas con las que tropezaba en las costas, ya en fin con esos seres sin nombre, sin patria y sin oficio aparente, que nunca faltan en esos barrios bajos de los puertos de mar, y que se alimentan de ese maná misterioso y oculto atribuido a la Providencia, de quien efectivamente debe venir, pues el observador más perspicaz no descubriría en ellos medio alguno visible de ganarse la vida.

Ya se adivinará fácilmente que Dantés se hallaba a bordo de un barco contrabandista.

Por esto le recibió el patrón al principio con cierta desconfianza. Como se hallaba en tan malas relaciones con los aduaneros de la costa, y como entre él y ellos porfiaban a quién engañaba a quién, pensó al principio que Dantés era simplemente un espía de la Hacienda que empleaba tan ingenioso medio para penetrar los secretos del oficio, pero el modo brillante con que Dantés se defendió cuando trató de sonsacarle, le dejó casi enteramente convencido. Cuando vio flotar después aquella columna de humo sobre el baluarte del castillo de If, y cuando oyó el estampido remoto del cañonazo, se imaginó por un instante que acababa de recibir a bordo a uno de esos por quienes se disparan cañonazos a la entrada y a la salida, como por los reyes. En honor de la verdad, justo es decir que esto le importaba menos que si fuese un aduanero el recién venido, pero también esta segunda suposición se desvaneció como la primera, gracias a la impasible serenidad de Edmundo. Alcanzó, pues, este la ventaja de saber quién era su patrón, sin que su patrón supiera quién era él. No le atacaba ni el patrón ni marinero alguno por lado que no defendiera perfectamente, ya hablando de Nápoles, ya de Malta, que conocía tan bien como Marsella, y todo con una exactitud que hacía mucho

honor a su memoria.

Así, pues, el genovés fue quien se dejó engañar por Edmundo, al cual favorecía su dulzura, su pericia náutica y en particular su refinado disimulo.

¿Quién sabe, además, si el genovés era uno de esos hombres que tienen bastante talento para no saber nunca más que lo que deben saber, ni creer nunca más que aquello que les importa creer? En esta recíproca situación les sorprendió la llegada a Liorna.

Allí debía intentar Edmundo otra prueba, que era saber si se reconocería a sí mismo, al cabo de catorce años que no se veía. Conservaba una idea muy exacta de lo que había sido cuando joven, e iba a ver lo que era cuando hombre. En concepto de sus camaradas, ya estaba cumplido su voto, y entró en la calle de San Fernando, en casa de un barbero a quien conocía de sus anteriores viajes.

El barbero vio con asombro a aquel hombre de larga cabellera y de espesa y negra barba, semejante a esas cabezas tan hermosas que pintó Ticiano. En aquella época no se usaban la barba ni el cabello tan largos.

Cuando Edmundo sintió perfectamente afeitada su barba, cuando sus cabellos quedaron como los llevaban todos comúnmente, pidió un espejo para mirarse.

Como ya dejamos dicho, tenía treinta y tres años, y los catorce que pasó en el castillo de If habían cambiado su fisonomía.

Entró en el castillo con ese rostro risueño e infantil del joven que es feliz, y que da sin trabajo ni pena sus primeros pasos en el sendero de la vida, fiando en lo porvenir, como consecuencia natural de lo pasado. Todo eso había desaparecido. Su cara ovalada era ahora angulosa; su boca risueña formaba esos pliegues tirantes que indican firmeza y resolución, sus cejas se juntaban debajo de una arruga, que aunque única, declaraba la actividad de su pensamiento, sus ojos se habían como impregnado de profundísima tristeza, y a veces emitían fulminantes destellos de odio y de misantropía; su tez, por tanto tiempo privada de la luz del día y de los rayos del sol, había tomado ese color mate que cuando va unido a cabellos negros constituye la belleza aristocrática de los hombres

del Norte. La profunda ciencia que había aprendido ceñía su rostro como una aureola de inteligente superioridad.

Además, aunque de estatura bastante elevada, tenía el vigor de un cuerpo que vive siempre concentrando sus fuerzas. La elegancia de sus formas, nerviosas y enjutas, había adquirido muscular solidez; los sollozos, las oraciones y las blasfemias habían cambiado tanto su voz, que unas veces era de exquisita dulzura y otras tenía un acento agreste y casi bronco.

Como acostumbrados a la oscuridad y a la luz opaca, sus ojos habían adquirido esa rara facultad que tienen los de la hiena y el lobo de distinguir los objetos en medio de la oscuridad. Edmundo sonrió al contemplar su imagen en el espejo. Era imposible que su mejor amigo, si le quedaba algún amigo todavía, le reconociese, puesto que apenas se conocía a sí mismo.

El patrón de La joven Amelia, a quien le importaba mucho tener en su tripulación un hombre del temple de Dantés, le propuso algunos adelantos a cuenta de sus ganancias futuras, y aceptó. Lo primero que hizo al salir de la barbería donde había sufrido su primera metamorfosis, fue entrar en una tienda de ropas a comprarse un vestido de marinero. Este vestido, como todo el mundo sabe, es muy sencillo y se compone de un pantalón blanco, una camisa rayada y un gorro frigio.

Cuando volvió Dantés al barco, llevando a Jacobo la camisa y el pantalón que le había prestado, se vio en la precisión de repetir su historia, pues el patrón no acertaba a reconocer en aquel elegante marinero al hombre de espesa barba que desnudo y moribundo había recogido en La Joven Amelia, con los cabellos llenos de algas y el cuerpo empapado en agua de mar.

Seducido por su buena planta, renovó a Dantés sus proposiciones de enganche, pero como este tenía otros proyectos, no las quiso aceptar sino por tres meses. Pocas tripulaciones se habrán visto tan activas como la de La Joven Amelia, ni pocos patrones como el suyo tan amigos de aprovechar el tiempo. A los ocho días escasos de su estancia en Liorna, estuvieron los redondos costados de la tartana llenos de muselinas pintadas, algodones de contrabando, pólvora inglesa, y tabaco que no quería pagar derechos a la aduana.

Se trataba de sacar todas estas mercancías de Liorna, puerto franco, y desembarcarlas en las costas de Córcega, desde donde se encargarían ciertos especuladores de introducirlas en Francia.

Edmundo volvió a cruzar aquel mar azulado, primer horizonte de su juventud, objeto de todos sus sueños en el calabozo, y dejando a la derecha a la Gorgona, y a la Pianosa a la izquierda, se dirigió a la patria de Paoli y de Napoleón.

Al día siguiente, al subir como acostumbraba todos los días muy temprano, el patrón encontró a Dantés apoyado en la borda, mirando con extraña atención una mole de rocas que el sol coloreaba con su rosada luz. Era la isla de Montecristo. La Joven Amelia la dejó a tres cuartos de legua a estribor, y siguió su ruta a Córcega.

Dantés pensaba, al mirar aquella isla de tan dulce nombre para él, que con echarse al agua llegaría en media hora a la tierra prometida, pero ¿qué haría allí, sin herramientas para sacar su tesoro, y sin armas para defenderlo? ¿Qué dirían, además, los marineros? ¿Qué pensaría el patrón? Era preciso esperar.

Por fortuna sabía esperar. Había esperado catorce años la libertad, de manera que ahora que era libre podía esperar mejor seis meses o un año la riqueza. Si le hubieran brindado la libertad sin riqueza, ¿no la habría aceptado? Además, ¿no era aquella riqueza enteramente fantástica? Nacida en la imaginación enferma del pobre abate Faria, ¿no habría muerto con él? Aunque, en realidad, la carta del cardenal Spada era una prueba concluyente. Y repetía la carta en su memoria de cabo a rabo, sin olvidar una letra.

Por fin llegó la noche. Edmundo vio pasar a su isla por todas las gradaciones de las tintas del crepúsculo, y perderse para todos en la oscuridad, menos para él, que, acostumbrado a las tinieblas de su prisión, continuó viéndola sin duda, puesto que fue el último que quedó sobre cubierta.

El día siguiente les amaneció a la altura de Aleria, y se pasó todo en contraventear. Por la noche aparecieron unos hombres en la costa, lo que indudablemente constituía la señal de que podía efectuarse el desembarco, puesto que se puso un fanal en el astabandera de la tartana, que llegó a tiro de fusil de la orilla. Dantés

había observado que al aproximarse a la orilla, el patrón de La Joven Amelia se había pertrechado, sin duda para las circunstancias solemnes, con dos culebrinas, que sin hacer mucho ruido por su tamaño podían arrojar a mil pasos balas de cuarterón. Pero aquella noche fue inútil semejante precaución, porque todo salió a pedir de boca. Se arrimaron a la sordina cuatro chalupas a la tartana, que sin duda, para hacerles los honores botó al mar su propia chalupa, portándose tan bien las cinco, que a las dos de la mañana estaba en tierra todo el cargamento de La Joven Amelia.

Tan hombre de orden era el patrón, que aquella misma noche se repartieron las ganancias, tocándole a cada uno cien libras toscanas o lo que es lo mismo, ochenta francos sobre poco más o menos en moneda francesa.

Pero aún no se había concluido la expedición, sino que pusieron rumbo a Cerdeña, donde tenían que emplear el dinero que acababan de recoger.

Esta segunda operación fue tan afortunada como la primera. Estaba de suerte la tartana.

Se componía el nuevo cargamento casi todo él de cigarros habanos, vinos de Jerez y Málaga, con destino al ducado de Luca. Pero allí tuvieron que sostener una refriega con los aduaneros, eternos enemigos del patrón de La Joven Amelia. Aquellos tuvieron un muerto, y dos heridos la tripulación. Dantés era uno de estos dos heridos; una bala le había atravesado la carne del hombro derecho.

Aquella escaramuza y aquella herida dejaron a Dantés muy satisfecho de sí mismo, pues le demostraron, aunque con la dureza acostumbrada, la influencia que podrían tener los dolores sobre su corazón. Sonriendo había arrostrado el peligro, y al recibir el balazo había dicho como aquel filósofo de Grecia: “Dolor, no eres un mal”.

Además había contemplado al aduanero moribundo, y bien porque le hiciese la lucha sanguinario, bien porque sus sentimientos humanitarios estuviesen ya muy fríos, aquel espectáculo no le causó sino pasajera impresión. Ya estaba Dantés templado como deseaba, ya el objeto de todos sus afanes se realizaba..., ya el corazón se le iba petrificando en el pecho. En desquite, Jacobo, que al verle caer en la acción le tuvo por muerto, se había apresurado a levantarlo del

suelo, y a curarlo como un excelente camarada.

Este mundo no era tan bueno como el doctor Pangloss suponía, pero tampoco era tan malo como se lo figuraba Dantés, puesto que un hombre que si algo podía esperar de su compañero era solo la mezquina herencia de la suma que había ganado, se afligía de tal modo con su desgracia.

Por fortuna, como ya hemos dicho, Dantés no estaba más que herido. Gracias a ciertas hierbas cogidas en épocas determinadas, que venden a los contrabandistas las viejas sardas, la herida se cerró muy pronto. Entonces trató Edmundo de probar a Jacobo, ofreciéndole dinero en recompensa de sus atenciones, pero Jacobo lo rehusó con indignación. La consecuencia de esta simpatía que Jacobo demostró a Edmundo desde el primer momento, fue que Edmundo experimentase también por Jacobo cierto afecto, pero el marinero no exigía más, adivinando instintivamente que el discípulo del abate Faria era muy superior a su posición y a aquellos hombres, superioridad que Edmundo solo de él dejaba traslucir. El pobre marino se contentaba, pues, con esto, aunque era bien poco. En esos días, que tan largos resultan a bordo, cuando la tartana paseaba tranquilamente por aquel mar azul, sin necesitar de otra ayuda que la del timonel, gracias al viento favorable que henchía sus velas, Edmundo, con un mapa en la mano, hacía con Jacobo el papel que con él había desempeñado el pobre abate Faria. Le explicaba la situación de las costas, las alteraciones de la brújula, y enseñándole, en fin, a leer en ese gran libro abierto sobre nuestras cabezas, escrito por Dios con letras de diamantes, en páginas azules.

Y al preguntarle Jacobo:

—¿Para qué ha de aprender todas esas cosas un pobre marino como yo?

Edmundo le respondía:

—¿Quién sabe? Acaso llegues un día a ser capitán de barco. ¿No ha llegado a ser emperador tu compatriota Bonaparte?

Nos habíamos olvidado de decir que Jacobo era corso.

Dos meses y medio pasaron en estos viajes. Edmundo llegó a ser tan excelente costeño, como en otro tiempo había sido hábil marino,

trabando amistad con todos los contrabandistas de la costa y aprendiendo los signos masónicos que sirven a estos semipiratas para entenderse entre sí. Veinte veces habían pasado a la ida o a la vuelta por delante de la isla de Montecristo, pero ni una sola tuvo ocasión de desembarcar en ella.

Había tomado su resolución. Tan pronto como terminara su ajuste con La Joven Amelia, alquilaría una barquilla (que bien lo podría hacer, pues había ahorrado unas cien piastras en sus viajes), y con un pretexto cualquiera se encaminaría a la isla de Montecristo. Allí haría libremente sus pesquisas. Y, con todo, no con libertad entera, pues de seguro le espiarían los que le hubiesen conducido; pero, a la larga, en este mundo es preciso arriesgar algo. La prisión había hecho al joven tan prudente, que hubiera deseado no arriesgar nada. Pero por más que ponía a prueba su resignación, que era tan fecunda, no encontraba otro medio de arribar a la deseada isla.

Dantés luchaba con tales incertidumbres cuando el patrón, que tenía en él mucha confianza, y deseaba retenerle a su servicio, le cogió una noche del brazo y le condujo a una taberna de la calle del Oglio, donde acostumbraba a reunirse la flor de los contrabandistas de Liorna.

Era allí donde generalmente se fraguaban todos los alijos de la Costa. Ya en dos o tres ocasiones había entrado Edmundo en esa bolsa marítima, y al ver reunidos a aquellos audaces marineros, que dominan como señores absolutos en un litoral de dos mil leguas a la redonda, se había preguntado a sí mismo cuán poderoso no sería el hombre que llegara a imponer su voluntad a todas aquellas diferentes voluntades. Se trataba a la sazón de un gran negocio. Se trataba de encontrar un terreno neutral, donde pudiera un barco cargado de tapices turcos, telas de Levante y cachemiras, trasladar su cargamento a los barcos contrabandistas, que se encargarían de despacharlo en Francia.

La ganancia era enorme si el negocio salía bien, cuando menos tocarían cincuenta o sesenta piastras a cada marinero. El patrón de La Joven Amelia propuso para este objeto la isla de Montecristo, que, desierta, sin aduaneros ni soldados, parece colocada a propósito allá en medio del mar en los tiempos olímpicos por el

mismo Mercurio, dios de los comerciantes y de los ladrones, oficios que nosotros hemos hecho diferentes, pero en la antigüedad, según parece, eran hermanos gemelos.

El nombre de Montecristo hizo estremecer a Dantés. Para ocultar su emoción, tuvo que ponerse de pie y dar una vuelta por la taberna, donde se hablaban todos los idiomas del mundo conocido. Cuando volvió a reunirse con sus compañeros, estaba ya resuelto el desembarco en Montecristo, y la partida para la noche siguiente.

La opinión de Dantés, al que consultaron, fue que la isla ofrecía todas las seguridades posibles, y que las grandes empresas, para salir bien, se han de llevar a cabo sobre la marcha. En nada se alteró el programa. A la noche siguiente se aparejaría, y como el viento era favorable, al amanecer se hallarían en las aguas de la isla designada.

Capítulo veintitrés: La isla de Montecristo

Por uno de esos azares inesperados, que tal vez suceden a aquellos que la fortuna se ha cansado de perseguir, iba Dantés al fin a realizar sus ilusiones de una manera sencilla y natural, arribando a la isla sin inspirar sospechas a nadie. Una noche le separaba solamente del viaje tan esperado.

Esta fue una de las noches más agitadas que Dantés pasó en su vida. Todas las probabilidades buenas y malas, todas las dudas y todas las certidumbres, se disputaban el dominio de su fantasía. Si cerraba los ojos, veía en la pared, escrita con letras de fuego, la carta del cardenal Spada; si un instante se rendía al sueño, las más insensatas visiones trastornaban su imaginación.

Ora se creía andando por grutas cuyo suelo eran esmeraldas, las paredes rubíes y las estalactitas diamantes. Como se filtra por lo común el agua subterránea, caían las perlas gota a gota. Absorto y maravillado, se llenaba los bolsillos de piedras preciosas, que al salir fuera se convertían en pedernales. Intentaba volver entonces a las

maravillosas grutas, que apenas había registrado, pero perdía el camino en un dédalo de espirales infinitas. La entrada se había hecho invisible. En vano revolvía su fatigada memoria para recordar aquella palabra mágica y misteriosa que abría al pescador árabe las espléndidas cavernas de Alí Babá. Todo en vano. El tesoro desaparecía, el tesoro había vuelto a ser propiedad de los seres de la tierra, a quienes tuvo esperanzas de quitárselo.

El amanecer le sorprendió tan febril como había estado la noche entera, pero le hizo pensar con lógica y arreglar su proyecto, que hasta ahora vagaba en su cerebro.

Con la llegada de la noche comenzaron los preparativos del viaje, proporcionando a Dantés un medio de ocultar su turbación.

Poco a poco había ido adquiriendo sobre sus compañeros el derecho de mandar como jefe, y como sus órdenes eran siempre claras y facilísimas de ejecutar, le obedecían, no solo con prontitud, sino hasta con alegría.

El patrón le dejaba obrar a su antojo, porque también había reconocido la superioridad de Dantés sobre los marineros, y aun sobre él mismo. Miraba a aquel joven como a su natural sucesor, y sentía no tener una hija para casarla con él.

Los preparativos terminaron a las siete de la noche; a las siete y media doblaba la tartana el faro, en el momento en que se encendía.

El mar estaba tranquilo. Navegaban con un vientecillo fresco de Sudeste, bajo un cielo azul, tachonado de estrellas. Dantés declaró que todos los marineros podían acostarse, puesto que él se encargaba del timón. Semejante declaración del Maltés (así le llamaban a Edmundo Dantés los marineros) era suficiente para que todos se acostaran tranquilos.

Había ya sucedido esto algunas veces. Lanzado el joven desde la soledad al mundo, sentía de cuando en cuando deseos de estar solo. Ahora bien, ¿qué soledad más inmensa y más poética que la de un buque que boga aislado en alta mar, entre las tinieblas de la noche, en el silencio de lo infinito, bajo la mano de Dios?

Y entonces la soledad se poblaba con sus pensamientos, las tinieblas se desvanecían ante sus ilusiones, y el silencio se turbaba

con sus votos y sus proyectos.
Cuando despertó el patrón, el navío navegaba a toda vela, parecía que tuviese alas; más de dos leguas y media avanzaba por hora. La isla de Montecristo se dibujaba en el horizonte.
Dantés entregó al patrón el mando de su barco, y fue a su vez a reclinarse en la hamaca, pero a pesar del insomnio de la noche anterior no pudo cerrar los ojos ni un instante.
Dos horas después volvió a subir al puente. El barco iba a doblar la isla de Elba, y se hallaba a la altura de la Mareciana, por encima de la verde y llana Pianosa. En el azul del cielo se recortaban los contornos del pico brillante de Montecristo.
Con el objeto de dejar la Pianosa a la derecha, mandó Dantés al timonero que pusiese el mástil a babor, porque calculaba que con esta maniobra se abreviaría un tanto el camino.
A las cinco de la tarde se veía ya la isla clara y distintamente. Hasta sus menores detalles saltaban a la vista, gracias a esa limpidez atmosférica que produce la luz poco antes del crepúsculo de la noche.
Edmundo devoraba con sus miradas aquella mole de rocas áridas y secas que iba tiñéndose con todos los colores crepusculares, desde el rosa más vivo hasta el azul más oscuro. Tal vez un fuego incomprensible le subía en llamaradas a su semblante y se enrojecía su frente, y una nube purpúrea pasaba por sus ojos.
Nunca jugador que arriesga a un golpe todo su caudal ha sentido las angustias que Edmundo experimentaba en aquel momento.
Llegó la noche. A las diez abordó a la isla la tartana, siendo la primera en acudir a la cita. A pesar del dominio que tenía sobre sí mismo, Dantés no pudo contenerse. Saltó el primero a tierra, y de no faltarle valor la hubiera besado cual otro Bruto.
La noche estaba bastante oscura, pero hacia las once la luna surgió de en medio del mar, plateando sus olas, y a medida que subía por el cielo sus rayos caían en cascadas de luz sobre los informes peñascos de aquella segunda Pelión.
La tripulación de La Joven Amelia conocía muy bien la isla de Montecristo, que era una de sus estaciones ordinarias, pero Dantés, aunque la había visto en cada uno de sus viajes a Levante, nunca

había desembarcado en ella.

Esto hizo que decidiera sonsacar a Jacobo.

—¿Dónde pasaremos la noche? —le preguntó.

—¡Toma!, a bordo —respondió el marinero.

—¿No estaríamos mejor en las grutas?

—¿En qué grutas?

—En las de la isla.

—No sé yo que tenga gruta alguna —dijo Jacobo.

Un sudor frío inundó la frente de Dantés.

—¿Pues no hay en Montecristo unas grutas? —le volvió a preguntar.

—No.

Dantés quedó por un momento aturdido, mas después se le ocurrió la idea de que cualquier accidente podía haberlas cegado, o el mismo cardenal Spada para mayor precaución.

Todo cuanto tendría que hacer en este caso era encontrar la abertura tapada, y pareciéndole vano el buscarla por la noche, lo dejó para el día siguiente.

Además, una señal hecha como media legua mar adentro, señal a la que La Joven Amelia respondió con otra semejante, indicaba que había llegado el momento de poner manos a la obra.

El barco, que se había retardado, convencido por la señal de que no había temor ni peligro alguno, se deslizó silencioso como un fantasma, viniendo a echar el ancla a unas ciento veinte brazas de la ribera.

En seguida empezó el transporte.

En medio de su trabajo, pensaba Dantés en el hurra de júbilo que podría levantar entre aquellas gentes, solo con manifestar en alta voz el pensamiento que sin cesar bullía en su cabeza y resonaba en sus oídos. Pero en lugar de revelar el grandioso secreto, temía haber dicho ya demasiado y haber despertado sospechas con sus idas y venidas, sus numerosas preguntas y sus observaciones minuciosas. Por fortuna (que en esta ocasión era fortuna), su doloroso pasado reflejaba en su fisonomía una tristeza indeleble, y los arranques de su alegría, envueltos en esta nube de tristeza, no eran en verdad sino relámpagos.

Por consiguiente, nadie sospechó nada, y cuando a la mañana siguiente Dantés, tomando su fusil, pólvora y balas, manifestó que quería matar una de las numerosas cabras salvajes que se veían saltar de roca en roca, no se atribuyó su deseo sino a afición a la caza o amor a la soledad. solo Jacobo se empeñó en acompañarle, y Dantés no quiso oponerse, temiendo inspirar sospechas con esta repugnancia en ir acompañado, pero apenas recorrieron como un cuarto de legua, cuando disparó y mató una cabra, y se le ocurrió enviarla con Jacobo a sus compañeros, invitándoles a cocerla y rogándoles que cuando estuviese cocida le avisaran con un tiro de fusil para ir a comerla. Algunas frutas secas y una botella de vino de Monte-Pulciano debían completar el festín.

Dantés prosiguió su camino, volviendo de vez en cuando la cabeza. En el pico de una peña se paró a contemplar a mil pies debajo de él a sus compañeros, ocupados en preparar el desayuno, aumentado, gracias a su destreza, con la cabra que acababa de llevarles Jacobo. Edmundo los contempló un instante con esa sonrisa dulce y melancólica del hombre superior.

—Dentro de dos horas —dijo—, esas gentes se volverán a hacer a la vela, ricas con cincuenta piastras, para ir a ganar otras cincuenta exponiendo su vida. Luego, con seiscientas libras por toda riqueza, irán a derrocharlas en cualquier población, con el orgullo de los sultanes y la arrogancia de los nababs. La esperanza me obliga hoy a despreciar su riqueza y a tenerla por miseria, pero quizá mañana el desengaño me obligue a tener esa misma miseria por la suprema felicidad. ¡Oh, no! —exclamó para sí—. No puede ser. El sabio, el infalible Faria, no se habrá engañado. No, sería preferible para mí la muerte a esta vida miserable y humillada.

Así aquel hombre, que tres meses antes solo aspiraba a la libertad, no tenía ya bastante con la libertad, y ambicionaba las riquezas. La culpa no era de Dantés, sino de la naturaleza, que haciendo tan limitado el poder del hombre, le ha puesto deseos infinitos.

Entretanto se acercaba al sitio donde suponía que debían de estar las grutas, siguiendo una vereda perdida entre rocas y cortada por un torrente. Según todas las probabilidades, nunca planta humana había hollado aquellos parajes. Siguiendo la orilla del mar, y

examinando minuciosamente todos los objetos, creyó advertir en algunas rocas señales hechas por la mano del hombre.

El tiempo, que cubre con su pátina todas las cosas físicas, así como las cosas morales con su manto de olvido, parecía que hubiese respetado estas señales, trazadas con cierta regularidad y con el objeto evidente de indicar una especie de camino. Sin embargo, desaparecían a intervalos bajo el follaje de los mirtos, que extendían sobre las rocas sus ramas cargadas de flores, o bajo parásitas matas de líquenes. A cada paso, Edmundo tenía que apartar las ramas o levantar el musgo, para encontrar las señales indicadoras que le guiaban en aquel nuevo laberinto. Pero estas señales le habían llenado de esperanza. ¿Por qué no había de ser el cardenal Spada quien las hubiese trazado, para que sirviesen de guía a su sobrino, en caso de una catástrofe que no pudo prever tan completa? Aquel lugar solitario era sin duda el conveniente a un hombre que iba a ocultar su tesoro. Solo tenía una duda: ¿Aquellas señales no habrían llamado la atención de otros ojos que de aquellos para quien se grabaron? La isla maravillosa ¿habría guardado fielmente su magnífico secreto?

A sesenta pasos del puerto, más o menos, le pareció a Dantés, siempre oculto a sus amigos por las vueltas y revueltas de las rocas, que las señales terminaban sin que guiasen a gruta alguna. Un gran peñasco redondo, asentado en una base sólida, era el único objeto al que al parecer conducían. Con esto se imaginó que en vez de haber llegado al término, estaba quizás al principio de sus pesquisas, lo que le obligó a volverse por el mismo camino por el que había venido.

Y durante este intervalo, los marineros preparaban la merienda llevando agua, pan y fruta del barco, y cocían la cabra. En el momento en que la sacaban de su improvisado asador, vieron a Dantés saltando de roca en roca, ligero como un gamo y dispararon un tiro para indicarle que viniera a comer. En el mismo momento cambió el cazador de dirección, viniendo corriendo hacia ellos, pero cuando todos contemplaban asombrados la especie de vuelo que tendía sobre sus cabezas, tachándole de temerario, se le fue a Edmundo un pie, se le vio vacilar en la punta de una peña y

desaparecer exhalando un grito de espanto. Todos corrieron en su auxilio como un solo hombre, porque todos le apreciaban. Jacobo fue, sin embargo, el primero que llegó.

Se hallaba Edmundo tendido en el suelo, ensangrentado y casi sin conocimiento; debió haber rodado una altura de doce a quince pies. Le hicieron tragar algunas gotas de ron, y este remedio, tan eficaz en él anteriormente, ahora le produjo el mismo efecto.

Abrió los ojos, quejándose de un dolor muy vivo en la rodilla, de pesadez muy grande en la cabeza, y punzadas horribles en los riñones. Intentaron llevarlo a la orilla, pero aunque fue Jacobo el director de la operación, declaró Edmundo con dolorosos gemidos que no se sentía con fuerzas para soportar el traqueteo del transporte.

Ya se comprenderá con esto que Dantés no pudo almorzar, pero exigió que sus camaradas, que no estaban en el mismo caso, volviesen a su puesto. En cuanto a él, dijo que solo necesitaba reposo, y que a su vuelta le encontrarían mejor. No se hicieron mucho de rogar los marineros; tenían hambre, y llegaba hasta allí el olor de la cabra; la gente de mar no suele gastar cumplidos.

Una hora después volvieron. Todo lo que había podido hacer Edmundo era arrastrarse como cosa de diez pasos para buscar apoyo en una roca cubierta de musgo.

Pero lejos de calmarse sus dolores, eran al parecer más violentos. El viejo patrón, que tenía que salir aquella mañana a desembarcar su contrabando en las fronteras del Piamonte y de Francia, entre Niza y Frejus, insistió en que Dantés probara de levantarse, pero los esfuerzos del joven para conseguirlo fueron infructuosos. A cada esfuerzo caía más pálido, profiriendo gemidos.

—¡Se ha roto el espinazo! —dijo el patrón en voz baja—. No importa, es un buen compañero, y no debemos abandonarlo. Procuremos llevarlo a la tartana.

Pero Edmundo declaró que prefería exponerse a la muerte que a los atroces dolores que le ocasionaría cualquier movimiento, por pequeño que fuese.

—Pues bien, suceda lo que suceda —repuso el patrón—, no se dirá que hemos dejado de socorrer a un compañero tan valeroso

como tú. Hasta la noche no partiremos.

Esta decisión sorprendió mucho a los marineros, aunque ninguno la combatiese, sino todo lo contrario, pero el patrón era un hombre tan rígido, que era aquella la primera vez que se le veía renunciar a una empresa o retardar su ejecución. Por lo mismo, Dantés se opuso a que por su causa se faltara a la disciplina establecida a bordo.

—No, no —le dijo al patrón—. He sido torpe, y es justo que sufra el resultado de mi torpeza. Dejadme provisión de galleta, un fusil, pólvora y balas, para matar cabras o para defenderme en caso de apuro, y una azada para construirme una choza, si tarda mucho en volver por mí.

—Pero vas a morirte de hambre —le dijo el patrón.

—Lo prefiero al horrible dolor que me produce cualquier movimiento —respondió Edmundo.

El patrón a cada instante se volvía a contemplar su tartana ya medio aparejada, que se mecía graciosamente en el puerto, pronta a lanzarse al mar cuando su toilette estuviese concluida.

—¿Qué quieres que hagamos, Maltés? —le dijo—. No podemos abandonarte así, y no podemos tampoco permanecer en la isla.

—Que se vayan —respondió Dantés.

—Mira que vamos a tardar ocho días por lo menos, y que luego tendremos que apartarnos de nuestro camino para venir a buscarte.

—Escuche —repuso Dantés—, si dentro de dos o tres días se topa con algún barquichuelo pescador que se dirigiese hacia aquí, recomiéndeme a él. Le daré veinticinco piastras para que me lleve a Liorna. Si no lo encuentra, vuelva usted mismo.

El patrón movió la cabeza.

—Existe un medio que todo lo concilia, patrón Baldi —dijo Jacobo—. Márchese, y yo me quedaré a cuidar al herido.

—¿Renunciarás por mí a tu parte en las ganancias, Jacobo? —le dijo Edmundo.

—Sin duda alguna.

—Eres un excelente muchacho, Jacobo, y Dios lo tendrá en cuenta, pero gracias..., gracias..., no necesito a nadie. Con un día o dos de reposo me aliviaré, y espero además hallar entre estas rocas

ciertas hierbas excelentes para contusiones.

Una sonrisa extraña asomó a los labios de Dantés, mientras apretaba con efusión la mano de Jacobo, pero seguía tenaz en su intento de quedarse solo.

Le dejaron sus compañeros lo que les había pedido, y se separaron de él, no sin volver el rostro muchas veces, haciéndole signos de cordial despedida, que contestaba Edmundo con la mano solamente como si no pudiera mover el resto del cuerpo. Cuando desaparecieron, murmuró sonriéndose:

—Es extraño que solo se encuentre la amistad y el desinterés entre hombres semejantes.

Arrastrándose con precaución hasta el pico de una peña que le ocultaba el mar, vio a la tartana acabarse de disponer, levar anclas, balancearse graciosamente como una gaviota que tiende su vuelo y partir.

A la hora ya había desaparecido completamente, o por lo menos resultaba imposible verla desde el sitio en que yacía el herido.

Entonces se levantó más ágil que las cabras que moraban en aquellos bosques agrestes, cogió con una mano su fusil, su azada con la otra, y corrió a la peña en que remataban las señales o hendiduras que con tanta alegría había advertido.

—Ahora —exclamó, recordando la historia del pescador árabe que Faria le había contado—, ahora... ¡Sésamo, ábrete!

Segunda Parte:
Simbad el Marino

Capítulo uno:
Fascinación

El sol había recorrido ya la tercera parte de su carrera y sus ardientes rayos se quebraban en las rocas, que parecían sentir su calor. Miles de cigarras ocultas entre el ramaje producían su monótono chirrido; las hojas de los mirtos y de los acebuches se mecían temblorosas, produciendo un sonido casi metálico. Cada paso que daba Edmundo en la roca calcinada ahuyentaba una turba de lagartos, verdes como la esmeralda; las cabras salvajes, que atraen tal vez cazadores a Montecristo, se veían a lo lejos saltar por los despeñaderos; la isla, en resumen, estaba habitada y viva, y Dantés sin embargo se sentía solo bajo la mano de Dios.

Sentía una extraña emoción, muy parecida al miedo, era esa desconfianza que inspira la luz del día, haciéndonos creer, aun en medio del desierto, que nos miran atentamente unos ojos escrutadores.

Era tan fuerte esta emoción, que al ir a emprender Edmundo su tarea, soltó la azada, cogió su fusil y subió por última vez a la roca más elevada de la isla, para examinar con nuevo cuidado sus contornos.

Pero lo que más le llamó su atención no fue ni la poética Córcega, ni esa Cerdeña, casi desconocida, que a continuación la sigue, ni la isla de Elba, con sus grandes recuerdos, ni aquella línea imperceptible, en fin, que se distribuía en el horizonte, y que al ojo experto de un marinero hubiera revelado la soberbia Génova y la comercial Liorna. No, lo que llamó la atención de Dantés fue el bergantín que había salido de Montecristo al amanecer, y la tartana que acababa de hacerse a la mar:

El bergantín estaba a punto de perderse de vista en el estrecho de Bonifacio; la tartana, con opuesto rumbo, costeaba la isa de Córcega, que se disponía a doblar.

Edmundo se tranquilizó, volviéndose para contemplar los objetos que más de cerca le rodeaban, se vio en el punto más elevado de la isla cónica, estatua puntiaguda de aquel inmenso zócalo, ni un hombre, ni una barca en torno suyo, nada más que el mar azulado que batía la base de la isla, adornándola con un cinturón de plata.

Entonces bajó con paso rápido, aunque precavido. En tal ocasión temía que le sucediera un accidente como el que con tanta habilidad había fingido.

Como hemos dicho, Dantés había retrocedido en el camino indicado por las señales hechas en las rocas, y había visto que este camino guiaba a una especie de ancón oculto como el baño de una ninfa de la antigüedad. La entrada era bastante ancha, y por el centro tenía bastante profundidad para que pudiese anclar en él un pequeño buque de guerra y permanecer oculto. De este modo, siguiendo el hilo de las inducciones, ese hilo, que en manos del abate Faria era un guía tan seguro y tan ingenioso en el dédalo de las probabilidades, se le ocurrió que el cardenal Spada, conviniéndole no ser visto, había abordado a este ancón, y ocultando allí su barco había tomado luego el camino que las señales indicaban, para esconder su tesoro en el extremo de esa línea. Esta suposición era la que llevaba a Dantés junto a la roca circular. Solamente una cosa le inquietaba, por ser opuesta a sus conocimientos sobre dinámica. ¿Cómo habían podido, sin emplear fuerzas considerables, levantar aquella enorme roca? De repente se le ocurrió una idea.

—En vez de subirla —dijo—, la habrán hecho bajar.

Y acto seguido trepó por encima del peñasco, en busca del sitio que antes ocupara.

En efecto, pronto reparó en una leve pendiente, hecha sin duda alguna intencionadamente. La roca había caído de su base al sitio que ahora ocupaba; otra piedra, del tamaño común a las que suelen emplearse en las paredes, le había servido de cala, y pedruscos y pedernales aquí y allí sembrados cuidadosamente ocultaban toda

solución de continuidad, habiendo sembrado en las inmediaciones hierbas y musgo, de manera que entrelazándose con los mirtos y los lentiscos, parecía la nueva roca nacida en aquel mismo lugar. Dantés arrancó con precaución algunos terrones y creyó descubrir, o descubrió efectivamente, todo este magnífico artificio. Y se puso inmediatamente a destruir con su azada esta pared intermediaria, endurecida por el tiempo.

Al cabo de diez minutos de estar trabajando, la pared se desmoronó, abriéndose un agujero en que cabía el brazo. Corrió en seguida Edmundo a cortar el olivo más grueso de los alrededores, y despojándolo de las ramas, lo introdujo a guisa de palanca por el agujero. Pero la peña era bastante grande y estaba lo suficientemente adherida a su cimiento artificial, para que la pudiesen arrancar fuerzas humanas, ni aun las del mismo Hércules. Entonces reflexionó Dantés que lo que había que hacer era destruir este cimiento, pero ¿cómo? Tendió los ojos en torno suyo, con aire perplejo, y reparó en el cuerno de oveja griega que, lleno de pólvora, le había dejado su amigo Jacobo. Una sonrisa vagó por sus labios. La invención infernal iba a producir su efecto.

Con ayuda de la azada abrió Dantés entre el peñasco y su base un conducto, como suelen hacer los mineros cuando quieren ahorrarse un trabajo demasiado grande, lo llenó de pólvora hasta arriba, y luego, deshilachando su pañuelo y mojándolo en salitre, hizo una mecha de él. Después lo encendió y en seguida se apartó de allí. La explosión no se hizo esperar, la roca vaciló, conmovida por aquel impulso incalculable, y la base voló hecha añicos. Por el agujero que antes hizo Dantés salió atropellándose una multitud de amedrentados insectos, y una serpiente enorme, guardián de aquel misterioso sendero se deslizó entre el musgo y desapareció.

Se acercó Dantés; la roca, ya sin cimiento, se inclinaba sobre el abismo. Dio la vuelta el intrépido joven, eligió el punto menos firme e introduciendo su palanca de madera entre el suelo y la roca se apoyó con todas sus fuerzas, semejante a Sísifo.

Vaciló la roca con el empuje, y redobló Dantés su impulso. Cualquiera le habría tomado en aquellos momentos por uno de los Titanes que arrancaban las montañas de cuajo para hacer la guerra

a Júpiter. Al fin cedió la roca, y ora rodando, ora rebotando, fue a sepultarse en el mar.

Dejaba descubierta una hondonada circular, en que brillaba una argolla de hierro en medio de una baldosa cuadrada.

Edmundo profirió un grito de admiración y alegría. Ninguna primera tentativa se vio jamás coronada de resultado tan grande e inmediato.

Quiso proseguir su obra, pero le temblaban las piernas de tal modo, y le latía el corazón tan fuertemente, y pasó tal nube por sus ojos, que se vio obligado a contenerse.

Esta vacilación duró, sin embargo, poquísimo. Pasó Edmundo su palanca por la argolla y se abrió con poco trabajo la baldosa, descubriendo una especie de escalera, que se perdía en una gruta, a cada escalón más oscura.

Otro que no fuera él, hubiese bajado en seguida, lanzando gritos de alegría, pero Dantés se detuvo, palideció y dudó.

—¡Venga!, hay que ser hombre —dijo— acostumbrado a la adversidad, no nos dejemos abatir por un desengaño. Si no para eso, ¿para qué he sufrido tanto? Si el corazón padece es porque, dilatado en demasía al fuego de la esperanza, entra a ver cara a cara el hielo de la realidad. Faria soñó. Nada ha guardado en esta gruta el cardenal Spada. Tal vez jamás vino a ella, o si vino, César Borgia, el aventurero intrépido, el ladrón infatigable y sombrío, vino también tras él, descubrió su huella y las mismas señales que he descubierto yo, levantó la roca como yo la he levantado, y no dejó nada, absolutamente nada al que venía detrás de él.

Inmóvil, pensativo, con la mirada fija en el lúgubre agujero, permaneció un instante.

—Ahora que ya no cuento con nada, ahora que ya me he dicho a mí mismo que toda esperanza sería vana, el proseguir esta aventura excita solamente mi curiosidad...

Y volvió a quedar inmóvil y meditabundo.

—Sí, sí; es una aventura digna de figurar en la vida de aquel regio ladrón, mezcla heterogénea de sombra y de luz en el caos de sucesos extraños que componen el tejido de su existencia. Este suceso fabuloso ha debido encadenarse insensiblemente a los

demás. Sí, Borgia ha venido aquí una noche, con una antorcha en una mano y la espada en la otra, mientras a veinte pasos de él, quizá junto a esta roca, dos esbirros amenazadores espiaban la tierra, el aire y el mar, mientras su dueño entraba, como voy a entrar yo, ahuyentando las tinieblas con agitar la antorcha en su temible brazo.

—Sí, pero ¿qué habría hecho César Borgia con los esbirros que conociesen su secreto? —se preguntó Dantés a sí mismo.

—Lo que hicieron con los enterradores de Alarico —se respondió—, que los enterraron con el enterrado.

—Sin embargo —prosiguió Dantés—, en caso de haber venido se habría contentado con apoderarse del tesoro. Borgia, el hombre que comparaba la Italia a una alcachofa que se iba comiendo hoja por hoja, sabía muy bien cuánto vale el tiempo, para haber perdido el suyo volviendo a colocar la roca sobre su base. Bajemos.

Y bajó con la sonrisa de la duda en los labios, murmurando estas últimas palabras de la humana sabiduría:

—¿Quién sabe?

Pero en vez de las tinieblas que creía encontrar, en vez de una atmósfera opaca y enrarecida, halló Dantés una luz suave, azulada. Ella y el aire penetraban no solamente por el agujero que él acababa de abrir, sino también por hendiduras imperceptibles de las rocas, a través de las cuales se veía el cielo y las ramas juguetonas de las verdes encinas.

A los pocos instantes de su permanencia en esta gruta, cuyo ambiente, más bien templado que húmedo, antes aromático que nauseabundo, era a la temperatura de la isla lo que el resplandor al sol. Al momento, Dantés, que estaba acostumbrado a la oscuridad, como ya hemos dicho, pudo reconocer hasta los más ocultos rincones. La gruta era de granito, cuyas facetas relucían como diamantes.

—¡Ay! —dijo sonriendo al verlas—. Estos son seguramente los tesoros que ha dejado el cardenal; y el buen abate, que veía en sueños las paredes resplandecientes, se alimentó de quimeras.

Mas no por esto dejaba de recordar el testamento, que sabía de memoria: “En el ángulo más lejano de la segunda gruta”, decía.

Dantés solo había penetrado en la primera; era pues necesario buscar la entrada de la segunda.

Empezó a orientarse. La segunda gruta debía internarse en la isla. Examinando la capa de las piedras, se puso a dar golpes en una de las paredes, donde le pareció que debía de estar la abertura, cubierta para mayor precaución. La azada resonó un instante, y este sonido hizo que la frente de Edmundo se bañara en sudor. Al fin le pareció que una parte de la granítica pared producía un eco más sordo y más profundo. Aproximó sus ojos febriles y con ese tacto del preso, pudo adivinar lo que nadie quizás hubiera conocido: que allí debía de haber una abertura.

No obstante, para no trabajar en balde, Dantés, que como César Borgia, conocía el valor del tiempo, golpeó con su azada las otras paredes, y el suelo con la culata de su fusil, se puso a cavar en los sitios que le infundían sospechas y viendo en fin que nada sacaba en limpio, volvió a la pared que sonaba un tanto hueca. De nuevo, y más fuertemente, volvió a golpear. Entonces vio una cosa extraña, y es que a los golpes de la azada se despegaba y caía en menudos pedazos una especie de barniz, semejante al que se pone en las paredes para pintar al fresco, dejando al descubierto las piedras blanquecinas, que no eran de mayor tamaño que el común. La entrada, pues, estaba tapiada con piedras de otra clase, que luego se habían cubierto con una capa de este barniz, imitando el color de las demás paredes.

Con esto volvió Dantés a dar golpes, pero con el pico de la azada, que se introdujo bastante en la pared. Allí estaba, indudablemente, la entrada. Por un extraño misterio de la organización humana, cuando más pruebas tenía Dantés de que Faria le había dicho la verdad, más y más su corazón desfallecía, y más y más le dominaban el desaliento y la duda. Este éxito, que debió de conferirle nuevas energías, le quitó las que le quedaban. Se escapó la herramienta de sus manos, la dejó en el suelo, se limpió la frente y salió de la gruta dándose a sí mismo el pretexto de ver si le espiaba alguien, pero en realidad porque necesitaba aire, porque conocía que se iba a desmayar.

La isla estaba desierta. El sol, en su cenit, la abarcaba toda con

sus miradas de fuego. Las olas juguetonas parecían barquillas de zafiro.

No había comido nada en todo el día, pero en aquel momento no pensaba en comer. Tomó algunos tragos de ron y volvió a la gruta más tranquilo.

La azada, que le parecía tan pesada, se le antojó entonces una pluma y prosiguió su tarea.

A los primeros golpes advirtió que las piedras no estaban encaladas, sino sobrepuestas, y luego enjalbegadas con el barniz consabido. Introdujo la punta de la azada entre dos piedras, se apoyó en el mango y vio lleno de júbilo rodar la piedra, como si tuviera goznes a sus pies. A partir de aquel momento, ya no tuvo que hacer otra cosa sino ir sacando con la azada piedra a piedra. Por el espacio que dejó la primera hubiera podido Edmundo introducir su cuerpo, pero dando tregua a la realidad por algunos instantes, conservaba la esperanza. Finalmente, tras una momentánea perplejidad, se atrevió a pasar a la segunda gruta. Era esta más baja, más oscura y de peor aspecto que la primera. No recibiendo aire sino por el agujero que acababa de practicar Edmundo, estaba su atmósfera impregnada de los gases mefíticos que extrañó no hallar en la primera. Para entrar en ella tuvo que dar tiempo a que el aire del exterior renovase aquel ambiente malsano. A la derecha del portillo había un ángulo oscurísimo y profundo.

Ya hemos dicho, empero, que para los ojos de Dantés no había tinieblas. Al primer golpe de vista conoció que la segunda gruta estaba vacía como la primera. El tesoro, si es que lo contenía, estaba enterrado en aquel rincón oscuro. Había llegado la hora de la zozobra; dos pies de tierra, algunos golpes de azada, era lo que separaba a Dantés de su mayor alegría o de su mayor desesperación. Se acercó al ángulo, y como si tomara una determinación repentina, se puso a cavar desaforadamente. Al quinto o sexto golpe, el hierro de la azada resonó como si diera contra un objeto también de hierro.

Nunca el toque de rebato, ni el lúgubre doblar de las campanas causaron mayor impresión en el que los oye. Aunque Dantés hubiera encontrado vacío el lugar de su tesoro, no habría palidecido

más intensamente. Se puso a cavar a un lado de su primera excavación, y halló la misma resistencia, aunque no el mismo sonido.

—Es un arca forrada de hierro —exclamó.

En este momento, una rápida sombra cruzó interceptando la luz que entraba por la abertura. Tiró Edmundo su azada, cogió su fusil, y se lanzó afuera. Una cabra salvaje había saltado por la primera entrada de las grutas y triscaba a pocos pasos de allí.

Buena ocasión era aquella de procurarse alimento, pero Edmundo temió que el disparo llamase la atención de alguien. Reflexionó un momento, y cortando la rama de un árbol resinoso, fue a encenderla en el fuego humeante aún donde los contrabandistas habían guisado su almuerzo, y volvió con aquella antorcha encendida. No quería dejar de ver ninguna cosa de las que le esperaban.

Con acercar la luz al hoyo, pudo convencerse de que no se había equivocado. Sus golpes dieron alternativamente en hierro y en madera. Ahondó en seguida por los lados unos tres pies de ancho y dos de largo, y al fin logró distinguir claramente un arca de madera de encina, guarnecida de hierro cincelado. En medio de la tapa, en una lámina de plata que la tierra no había podido oxidar, brillaban las armas de la familia Spada, es decir, una espada en posición vertical en un escudo redondo como todos los de Italia, coronado por un capelo.

Dantés lo reconoció muy fácilmente. ¡Tanta era la minuciosidad con que se lo había descrito el abate Faria! No cabía la menor duda, el tesoro estaba allí seguramente. No se hubieran tomado tantas precauciones para nada.

En un momento arrancó la tierra de uno y otro lado, lo que le permitió ver aparecer primero la cerradura de en medio, situada entre dos candados y las asas de los lados, todo primorosamente cincelado. Cogió Dantés el arcón por las asas, y trató de levantarlo, mas era imposible. Luego pensó abrirlo, pero la cerradura y los candados estaban cerrados de tal manera que no parecía sino que guardianes fidelísimos se negaran a entregar su tesoro.

Introdujo la punta de la azada en las rendijas de la tapa, y apoyándose en el mango la hizo saltar con un gran chirrido. Se

rompió también la madera de los lados, con lo que fueron inútiles las cerraduras, que también saltaron a su vez, aunque no sin que los goznes se resistieran a desclavarse.

El arca se abrió. Estaba dividida en tres compartimientos.

En el primero brillaban escudos de dorados reflejos. En el segundo, barras casi en bruto, colocadas simétricamente, que no tenían de oro sino el peso y el valor. El tercer compartimiento, por último, solo estaba medio lleno de diamantes, perlas y rubíes, que al cogerlos Edmundo febrilmente a puñados, caían como una cascada deslumbradora, y chocaban unos con otros con un ruido como el de granizo al chocar en los cristales.

Harto de palpar y enterrar sus manos en el oro y en las joyas, se levantó y echó a correr por las grutas, exaltado, como un hombre que está a punto de volverse loco. Saltó una roca, desde donde podía distinguir el mar, pero a nadie vio. Se encontraba solo, enteramente solo con aquellas riquezas incalculables, inverosímiles, fabulosas, que ya le pertenecían. Solamente de quien no estaba seguro era de sí mismo. ¿Era víctima de un sueño, o luchaba cuerpo a cuerpo con la realidad? Necesitaba volver a deleitarse con su tesoro, y, sin embargo, comprendía que le iban a faltar las fuerzas. Se apretó un instante la cabeza con las manos, como para impedir a la razón que se le escapara, y luego se puso a correr por toda la isla, sin seguir, no diré camino, que no lo hay en Montecristo, sino en línea recta, espantando a las cabras salvajes y a las aves marinas, con sus gestos y sus exclamaciones. Al fin, dando un rodeo, volvió al mismo sitio, y aunque todavía vacilante, se lanzó de la primera a la segunda gruta, hallándose frente a frente con aquella mina de oro y de diamantes.

Cayó de rodillas, apretando con sus manos convulsivas su corazón, que saltaba, y murmurando una oración, inteligible solo para el cielo. Esto hizo que se sintiese más tranquilo y más feliz, porque empezó a creer en su felicidad.

Acto seguido, se puso a contar su fortuna. Había mil barras de oro, y su peso como de dos a tres libras cada una. Hizo luego un montón de veinticinco mil escudos de oro, con el busto del Papa Alejandro VI y sus predecesores; cada uno podía valer ochenta francos de la

actual moneda francesa. Y el departamento en que estaban no quedó, sin embargo, sino medio vacío. Finalmente, contó diez puñados de sus dos manos juntas de pedrería y diamantes, que montados por los mejores plateros de aquella época poseían un valor artístico casi igual a su valor intrínseco.

Entretanto, el sol iba acercándose a su ocaso, por lo que temiendo Dantés ser sorprendido en las grutas durante la noche, cogió su fusil y salió al aire libre. Un pedazo de galleta y algunos tragos de vino fueron su cena. Después colocó la baldosa en su sitio, se acostó encima de ella y durmió, aunque pocas horas, cubriendo con su cuerpo la entrada de la gruta. Esta noche fue deliciosa y terrible al mismo tiempo, como las que había pasado ya dos o tres veces en su vida.

Capítulo dos: El desconocido

Al fin amaneció. Hacía muchas horas que Dantés esperaba el día con los ojos abiertos. A los primeros rayos de la aurora se incorporó, y subiendo como el día anterior a la roca más elevada a espiar las cercanías, pudo convencerse de que la isla estaba desierta.

Levantó entonces la baldosa que cubría su gruta, llenó sus bolsillos de piedras preciosas, volvió a componer el arca lo mejor que pudo, cubriéndola con tierra, que apisonó bien, le echó encima una capa de arena, para que lo removido se igualase al resto del suelo, y salió de la gruta volviendo a colocar la baldosa y cubriéndola de piedras de tamaños diferentes. Rellenó de tierra las junturas, plantó en ellas malezas y mirtos y las regó para que pareciesen nacidas allí, borró las huellas de sus pasos, impresas en todo aquel circuito, y esperó con impaciencia la vuelta de sus compañeros.

Efectivamente; no era cosa de permanecer en Montecristo guardando como un dragón de la mitología, sus inútiles tesoros. Se trataba de volver a la vida y a la sociedad, recobrar entre los hombres el rango, la influencia y el poder que da en este mundo el

oro; el oro, la mayor y la más grande de las fuerzas que la criatura humana puede disponer.

Los contrabandistas volvieron al sexto día y, desde lejos reconoció Dantés por su porte y por su marcha a La Joven Amelia. Se acercó a la orilla arrastrándose, como Filoctetes herido, y cuando desembarcaron sus compañeros les anunció con voz quejumbrosa que estaba algo mejor.

A su vez los marineros le dieron cuenta de su expedición. Habían salido bien, es verdad, pero apenas desembarcado el cargamento, tuvieron aviso de que un barco guardacostas de Tolón acababa de salir del puerto y se dirigía hacia ellos. Entonces se pusieron en fuga a toda vela, echando muy de menos a Dantés, que sabía hacer volar a la tartana. En efecto, bien pronto divisaron al guardacostas que les daba caza, pero con ayuda de la noche, doblando el cabo de Córcega, consiguieron eludir su persecución.

En suma, el viaje no había sido malo del todo y los camaradas, en particular Jacobo, lamentaban que Dantés no hubiera ido, con lo cual tendría su parte en las ganancias, que eran nada menos que cincuenta piastras.

Edmundo los escuchaba impasible. Ni una sonrisa le arrancó siquiera la enumeración de las ventajas que le hubiera reportado el dejar a Montecristo, y como La Joven Amelia solo había venido a buscarlo, aquella misma tarde volvió a embarcar para Liorna.

Al llegar a Liorna fue en busca de un judío, y le vendió cuatro de sus diamantes más pequeños, por cinco mil francos cada uno. El mercader hubiera debido informarse de cómo un marinero podía poseer semejantes alhajas, pero se guardó muy bien de hacerlo, puesto que ganaba mil francos en cada una.

Al día siguiente, compró una barca nueva, y se la dio a Jacobo con cien piastras, a fin de que pudiese tripularla, con encargo de ir a Marsella a averiguar qué había sido de un anciano llamado Luis Dantés, que vivía en las alamedas de Meillán, y de una joven llamada Mercedes, que vivía en los Catalanes.

Jacobo creyó que soñaba, y entonces Edmundo le contó que se había hecho marino por una calaverada y porque su familia le negaba hasta lo necesario para su manutención, pero que a su

llegada a Liorna se había enterado de la muerte de un tío suyo, que le dejaba por único heredero. La cultura de Dantés daba a este cuento tal verosimilitud, que Jacobo no tuvo duda alguna de que decía la verdad su antiguo compañero.

Además, como había terminado ya el período de enrolamiento de Edmundo con La Joven Amelia, se despidió del patrón, que hizo muchos esfuerzos por retenerlo, pero que habiendo sabido, como Jacobo, la historia de la herencia, renunció desde luego a la esperanza de que su antiguo marinero alterara su resolución.

A la mañana siguiente, Jacobo emprendió su viaje a Marsella para encontrarse con Edmundo en la isla de Montecristo. El mismo día marchó Dantés, sin decir adónde, habiéndose despedido de la tripulación de La Joven Amelia, gratificándola espléndidamente, y del patrón, ofreciéndole que cualquier día tendría noticias de él. Edmundo se fue a Génova.

Precisamente el día en que llegó estaba probándose en el puerto un yate encargado por un inglés, que habiendo oído decir que los genoveses eran los mejores armadores del Mediterráneo, quería tener el suyo construido en Génova. Lo había ajustado en cuarenta mil francos. Dantés ofreció sesenta mil, bajo la condición de tenerlo en propiedad aquel mismo día. Como el inglés había ido a dar una vuelta por Suiza, para dar tiempo a que el barco se concluyera, y no debía volver hasta dentro de tres o cuatro semanas, calculó el armador que tendría tiempo de hacer otro.

Edmundo llevó al genovés a casa de un judío, que conduciéndolo a la trastienda le entregó sus sesenta mil francos. El armador ofreció al joven sus servicios para organizar una buena tripulación, pero Dantés le dio las gracias, diciéndole que tenía la costumbre de navegar solo, y que lo único que deseaba era que en su camarote, a la cabecera de su cama, se hiciese un armario oculto con tres departamentos o divisiones, secretas también.

Dos horas después salía Edmundo del puerto de Génova, admirado por una muchedumbre curiosa, ávida de conocer al caballero español que acostumbraba navegar solo.

Se lució Dantés a las mil maravillas. Con ayuda del timón, y sin necesidad de abandonarlo, hizo ejecutar a su barco todas las

evoluciones que quiso. No parecía sino que fuese el yate un ser inteligente, siempre dispuesto a obedecer al menor impulso, por lo que Dantés se convenció de que los genoveses merecían la reputación que gozan de primeros constructores del mundo.

Los curiosos siguieron con los ojos la pequeña embarcación hasta que se perdió de vista, y entonces empezaron a discutir adónde se dirigiría. Unos opinaron que a Córcega, otros que a la isla de Elba, apostaron algunos que a África, otros que a España, y ninguno se acordó de la isla de Montecristo. No obstante, era a Montecristo adonde se dirigía Dantés.

Llegó en la tarde del segundo día. El barco, que era muy velero, efectuó el viaje en treinta y cinco horas. Dantés había reconocido minuciosamente la costa, y en vez de desembarcar en el puerto de costumbre, desembarcó en el ancón que ya hemos descrito.

La isla estaba desierta. Nadie, al parecer, había abordado a ella después de Edmundo, que encontró su tesoro tal como lo había dejado.

A la mañana siguiente toda su fortuna estaba ya a bordo, guardada en las tres divisiones del armario secreto.

Permaneció Dantés ocho días, haciendo maniobrar a su barco alrededor de la isla, y estudiándolo como un picador estudia un caballo. Todas sus buenas cualidades y todos sus defectos le fueron ya conocidos, y determinó aumentar las unas y remediar los otros.

Al octavo día vio Dantés acercarse a la isla a velas desplegadas un barquillo que era el de Jacobo. Hizo una señal convenida, le respondió el marinero y dos horas después el barco estaba junto al yate.

Cada una de las preguntas del joven obtuvo una respuesta bien triste. El viejo Dantés había muerto. Mercedes había desaparecido. Dantés escuchó ambas noticias con semblante tranquilo, pero en el acto saltó a tierra, prohibiendo que le siguiesen. Regresó al cabo de dos horas, ordenando que dos marineros de la tripulación de Jacobo pasasen a su yate para ayudarlo, y les ordenó que hiciesen rumbo a Marsella.

La muerte de su padre la esperaba ya, pero ¿qué le habría sucedido a Mercedes?

No podía Edmundo, sin divulgar su secreto, comisionar a un agente para hacer indagaciones, y aun algunas de las que estimaba necesarias, solamente él podría hacerlas. El espejo le había demostrado en Liorna que no era probable que nadie lo reconociera, y esto sin contar que tenía a su disposición todos los medios de disfrazarse. Una mañana, pues, el yate y la barca anclaron en el puerto de Marsella, precisamente en el mismo sitio donde aquella noche de fatal memoria embarcaron a Edmundo para el castillo de If.

No sin temor instintivo, Dantés vio acercarse a un gendarme en el barco de la sanidad, pero con la perfecta calma que ya había adquirido, le presentó un pasaporte inglés que había comprado en Liorna, y gracias a este salvoconducto extranjero, más respetado en Francia que el mismo francés, desembarcó sin ninguna dificultad.

Al llegar a la Cannebière, la primera persona que vio Dantés fue a uno de los marineros de El Faraón*,* que habiendo servido bajo sus órdenes parecía que se encontrase allí para asegurarle del completo cambio que había sufrido. Se acercó a él resueltamente, haciéndole muchas preguntas, a las que respondió sin hacer sospechar siquiera, ni por sus palabras ni por su fisonomía, que recordase haber visto nunca aquel desconocido.

Dantés le dio una moneda en agradecimiento de sus buenos oficios, y un instante después oyó que corría tras él el marinero. Dantés volvió la cara.

—Perdone, caballero, pero sin duda se habrá equivocado, pues creyendo darme una pieza de cuarenta sueldos, me ha dado un napoleón doble.

—En efecto, me equivoqué, amigo mío —contestó Edmundo—, pero como su honradez merece recompensa, tome otro napoleón, que le ruego acepte para beber a mi salud con sus camaradas.

El marinero miró a Edmundo con tanto asombro, que incluso se olvidó de darle las gracias, y murmuraba al verle alejarse:

—Sin duda es algún nabab que viene de la India.

Dantés prosiguió su camino, oprimiéndosele el corazón a cada momento con nuevas sensaciones. Todos los recuerdos de la infancia, recuerdos indelebles en su memoria, renacían en cada

calle, en cada plaza, en cada barrio. Al final de la calle de Noailles, cuando pudo ver las Alamedas de Meillán, sintió que sus piernas flaqueaban y poco le faltó para caer desvanecido entre las ruedas de un coche. Al fin llegó a la casa de su padre. Las capuchinas y las aristoloquias habían desaparecido de la ventana en donde la mano del pobre viejo las había plantado y regado con tanto afán.

Permaneció algún tiempo meditabundo, apoyado en un árbol, contemplando los últimos pisos de aquella humilde vivienda. Al fin se determinó a dirigirse a la puerta, traspasó el umbral, preguntó si había algún cuarto desocupado, y aunque sucedía lo contrario, insistió de tal modo en ver el del quinto piso, que el portero subió a pedir a las personas que lo habitaban, de parte de un extranjero, permiso para visitar la habitación. Los inquilinos eran un joven y una joven que acababan de casarse hacía ocho días. Al verlos, exhaló Dantés un profundo suspiro.

Nada le recordaba el cuarto de su padre. Ni era el mismo el papel de las paredes, ni existían tampoco aquellos muebles antiguos, compañeros de la niñez de Edmundo, presentes en su memoria con toda exactitud. Solo eran las mismas... paredes.

Dantés se volvió hacia la cama, que estaba justamente en el mismo sitio que antes ocupaba la de su padre. Sin querer sus ojos se arrasaron de lágrimas. Allí había debido expirar el pobre anciano, nombrando a su hijo.

Los dos jóvenes contemplaban admirados a aquel hombre de frente severa, en cuyas mejillas brillaban dos gruesas lágrimas, sin que su rostro se alterase, pero como la religión del dolor es respetada por todo el mundo, no solo no hicieron pregunta alguna al desconocido, sino que se apartaron un tanto de él para dejarle llorar libremente, y cuando se marchó lo acompañaron, diciéndole que podría volver cuando gustase, que siempre encontraría abierta su pobre morada.

En el piso de abajo, Dantés se detuvo delante de una puerta a preguntar si habitaba allí todavía el sastre Caderousse, pero el portero respondió que habiendo venido muy a menos el hombre de que hablaba, tenía a la sazón una posada en el camino de Bellegarde a Beaucaire.

Acabó de bajar Dantés, y enterándose de quién era el dueño de la casa de las Alamedas de Meillán, pasó en el acto a verlo, anunciándose con el nombre de lord Wilmore (nombre y título que llevaba en el pasaporte), y le compró la casa por veinticinco mil francos; sin duda valía diez mil francos menos, pero Dantés, si le hubiera pedido por ella medio millón, lo hubiera dado.

Aquel mismo día notificó el notario a los jóvenes del quinto piso que el nuevo propietario les daba a elegir una habitación entre todas, sin aumento alguno de precio, a condición de que le cedieran la que ellos ocupaban.

Este singular acontecimiento dio mucho que hablar durante unos días a todo el barrio de las Alamedas de Meillán, dando origen a mil conjeturas inexactas.

Pero lo que sorprendió y admiró sobre todas las cosas fue ver a la caída de la tarde al mismo hombre de las Alamedas de Meillán pasearse por el barrio de los Catalanes, y penetrar en una casita de pescadores, donde estuvo más de una hora preguntando por personas que habían muerto o desaparecido quince o dieciséis años antes.

A la mañana siguiente, los pescadores en cuya casa había entrado para hacer todas aquellas preguntas, recibieron en agradecimiento una barca catalana, armada en regla, para la pesca.

Bien hubieran querido aquellas pobres gentes dar las gracias al generoso desconocido, pero al separarse de ellos lo habían visto dar algunas órdenes a un marinero, montar a caballo y salir por la puerta de Aix.

Capítulo tres: La posada del puente del Gard

El que como yo haya recorrido a pie el Mediodía de Francia, habrá visto seguramente entre Bellegarde y Beaucaire, a la mitad del camino que separa las dos poblaciones, aunque un tanto más cercana a Beaucaire que a Bellegarde, una sencilla posada que

tiene como por rótulo sobre la puerta, en una plancha de hierro tan delgada que el menor vientecillo la zarandea, una grotesca vista del puente del Gard. Esta posada se encuentra al lado izquierdo del camino, volviendo la espalda al río. La decora eso que se llama huerto en el Languedoc, pero que consiste en lo siguiente: La fachada posterior cae a un cercado donde vegetan algunos olivos raquíticos y algunas higueras de hojas blanquecinas, a causa del polvo que las cubre. Aquí y allá crecen pimientos, tomates y ajos, y en uno de sus rincones, por último, como olvidado centinela, un gran pino de los llamados quitasoles, eleva melancólicamente su tronco flexible, mientras su copa, abierta como un abanico, se tuesta a un sol de treinta grados.

Estos árboles, así los grandes como los pequeños, se inclinan todos naturalmente en la dirección que lleva el mistral cuando sopla. El mistral es una de las tres plagas de la Provenza; las otras dos, como sabe todo el mundo, o como todo el mundo ignora, eran Duranzo y el parlamento.

Esparcidas en la cercana llanura, que parece un lago inconmensurable de polvo, vegetan algunas matas de trigo, sembradas por los horticultores del país, sin duda por curiosidad, pues solo sirven de asilo a las cigarras, que aturden con su canto agudo y monótono a los viajeros extraviados en aquella Tebaida.

Hacía seis o siete años que este mesón pertenecía a un hombre y una mujer que tenían por criada a una muchacha llamada Antoñita, y un mozo llamado Picaud, pareja que por lo demás basta para cubrir el servicio que pudiera necesitarse, desde que un canal abierto desde Beaucaire a Aigues Mortes sustituyó victoriosamente las barcas por los carros, y las sillas de postas por las diligencias.

Este canal, como para hacer más deplorable aún la suerte del posadero, pasaba entre el Ródano, que lo alimenta, y el camino, a cien pasos de la posada de que acabamos de dar una breve, pero exacta descripción. Tampoco olvidaremos un perro, antiguo guardián de noche, y que ladraba ahora a todos los transeúntes, tanto de día como durante las tinieblas, porque ya había perdido la costumbre de ver viajeros.

El posadero era un hombre de cuarenta y dos años, alto, seco y

nervioso, verdadero tipo meridional, con sus ojos hundidos y brillantes, su nariz en forma de pico de ave de rapiña, y sus dientes blancos como los de un animal carnicero; sus cabellos, que parecían no querer encanecer a pesar de los años, eran como su barba, espesos, crespos y sembrados apenas de algunos pelos grises; su tez, naturalmente tostada, se había cubierto aún de una nueva capa morena, debido a la costumbre que tenía el pobre diablo de mantenerse desde la mañana hasta por la noche en el cancel de la puerta, para ver si pasaba alguno, ya fuese a pie ya en coche, pero casi siempre esperaba en vano. Durante este tiempo, y para sustraerse a los ardores del sol, no usaba de otro objeto preservador que un pañuelo encarnado atado a la cabeza a la manera de los carreteros españoles.

Este hombre es nuestro antiguo conocido Gaspar Caderousse. Su mujer, que se llamaba Magdalena Radelle, era pálida, delgada y enfermiza. Nacida en los alrededores de Arlés, conservando las señales primitivas de la belleza tradicional de sus compatriotas, había visto destruirse lentamente su rostro en el acceso casi continuo de una de esas fiebres sordas tan comunes en las poblaciones vecinas a los estanques de Aigues Mortes y a los pantanos de la Camargue. Siempre estaba sentada y tiritando en su cuarto, situado en el primer piso, ya tendida en un sillón o apoyada contra su cama, mientras su marido se ponía a la puerta a continuar su perpetua centinela, lo que prolongaba con tanta mejor gana, cuanto que cada vez que se encontraba con su áspera mirada, esta lo perseguía con sus quejas eternas contra la suerte, quejas a las cuales su marido respondía, como de costumbre, con estas palabras filosóficas:

—Cállate, Carconte. ¡Dios quiere que sea así!

Este sobrenombre provenía de que Magdalena Radelle había nacido en el pueblo de la Carconte, situado entre Salon y Lambese.

Así, pues, siguiendo la costumbre del país que es la de llamar siempre a la gente con un apodo en lugar de llamarla por su nombre, su marido había sustituido con este al de Magdalena, demasiado dulce tal vez para su rudo lenguaje.

No obstante, a pesar de esta fingida resignación a los decretos de

la Providencia, no se crea que nuestro posadero dejara de sentir profundamente el estado de pobreza a que le había reducido el miserable canal de Beaucaire, y que fuese invulnerable a las incesantes quejas con que le acosaba su mujer continuamente.

Era, como todos los habitantes del Mediodía, un hombre sobrio y sin grandes necesidades, pero se pagaba mucho de las apariencias.

Así, pues, en sus tiempos prósperos, no dejaba pasar una feria ni una procesión de la Tarasca, sin presentarse en ella con la Carconte, el uno con ese traje pintoresco de los hombres del Mediodía, y que participa a la vez del gusto catalán y del andaluz; la otra con ese vestido encantador de las mujeres de Arlés que recuerda los de las de Grecia y de Arabia.

Pero poco a poco, cadenas de reloj, collares, cinturones de mil colores, corpiños bordados, chaquetas de terciopelo, medias de seda, botines bordados, zapatos con hebillas de plata, todo había desaparecido, y Gaspar Caderousse, no pudiendo ya mostrarse a la altura de su pasado esplendor, renunció por él y por su mujer a todas esas pompas mundanas, cuya alegre algazara llegaba a desgarrarle el corazón, hasta en su pobre vivienda, que conservaba aún, más bien como un asilo que como lugar de negocio.

Caderousse había permanecido, como tenía por costumbre, parte de la mañana delante de la puerta, paseando su mirada melancólica desde una lechuga que picoteaban algunas gallinas, hasta los dos extremos del camino desierto, que por un lado miraba al Norte y por el otro al Mediodía, cuando de repente la chillona voz de su mujer le obligó a abandonar su puesto. Entró gruñendo y subió al primer piso, dejando la puerta abierta de par en par, como para invitar a los viajeros a que no se olvidasen de entrar si su mala estrella les hacía pasar por allí. En aquellos momentos, el camino de que ya hemos hablado continuaba tan desierto y tan solitario como siempre, extendiéndose entre dos filas de árboles secos, y fácil es comprender que ningún viajero, dueño de escoger otra hora del día, iría a aventurarse en aquel horrible Sáhara.

Sin embargo, a pesar de todas las probabilidades, si Caderousse se hubiese quedado en su puesto, hubiera podido ver, por el lado de Bellegarde, a un caballero y un caballo, marchando con ese

continente sosegado y amistoso, que indicaba las buenas relaciones que mediaban entre el hombre y el animal. Este era, al parecer, muy manso; el caballero era un sacerdote vestido de negro y con un sombrero de tres picos. A pesar del excesivo calor del sol, marchaba el animal a trote bastante largo.

Al llegar a la puerta, el grupo se detuvo, pero difícil hubiera sido decir si fue el caballo el que detuvo al jinete, o el jinete el que detuvo al caballo. En fin, el caballero se apeó, y tirando por la brida del animal, lo amarró a una argolla que había al lado de la puerta. Se adelantó en seguida hacia esta, limpiándose el sudor que inundaba su frente con un pañuelo de algodón encarnado y dio tres golpes en una de las hojas de la puerta con el puño de hierro del bastón que llevaba en la mano.

El enorme perro negro se levantó al punto y dio algunos pasos ladrando y enseñando sus dientes blancos y agudos, doble demostración hostil, prueba de lo poco hecho que estaba a la sociedad. Entonces se oyeron unos pasos recios, bajo los cuales se estremeció la escalera de madera; era el posadero que bajaba dando traspiés, para darse más prisa a satisfacer la curiosidad de saber quién sería el que llamaba.

—¡Allá va! —decía Caderousse, asombrado—. ¡Allá va! ¿Quieres callarte, Margotín? No tema nada, caballero; ladra, pero no muerde. Sin duda querrá vino, porque hace un calor inaguantable. ¡Ah! Perdone —interrumpió Caderousse, al ver qué especie de viajero era el que recibía en su casa—. ¿Qué desea? ¿Qué quiere, señor abate? Estoy a sus órdenes.

El eclesiástico miró a aquel hombre dos o tres segundos con atención extraña, y aun pareció procurar atraer la del posadero sobre sí; después, viendo que las facciones de este no expresaban ningún otro sentimiento que la sorpresa de no recibir una respuesta, juzgó que ya era tiempo de que aquella cesase y dijo con un acento italiano muy pronunciado:

—¿No es usted el señor Caderousse?

—Sí, caballero —dijo el posadero casi más asombrado de la pregunta que del silencio—. Yo soy, en efecto, Gaspar Caderousse, para servirle.

—¿Gaspar Caderousse? Sí, creo que esos son el nombre y el apellido. ¿Vivía en otro tiempo en la alameda de Meillán, en un cuarto piso?

—Precisamente.

—¿Y ejercía el oficio de sastre?

—Sí, pero no prosperaba, y además —añadió para justificarse—, como hace tanto calor en ese demonio de Marsella, creo que acabarán por no vestirse. Pero, a propósito de calor, ¿no quiere refrescarse, señor abate?

—Sí. Deme una botella de su mejor vino y seguiremos hablando.

—Como quiera, señor abate —dijo Caderousse.

Y para no perder la ocasión de despachar una de las últimas botellas de vino de Cahors que le quedaban, Caderousse se apresuró a levantar una trampa practicada en el pavimento de esta especie de cuarto bajo, que hacía las veces de cocina y de sala. Cuando volvió a aparecer al cabo de cinco minutos, encontró al abate sentado sobre un banquillo, con el codo apoyado sobre una mesa larga, mientras que *Margotín,* que parecía haber hecho las paces con él, al oír que contra la costumbre este viajero iba a tomar algo, apoyaba su hocico sobre el muslo de aquel, y le dirigía una lánguida mirada.

—¿Está solo? —preguntó el abate a su posadero, mientras este ponía delante de él la botella y un vaso.

—¡Ah! Dios mío, sí, solo, o poco menos, señor abate, porque tengo una mujer que no me puede ayudar en nada, a causa de hallarse siempre enferma: ¡pobre Carconte!

—¡Ah! ¡Está casado! —dijo el sacerdote con cierto interés y echando a su alrededor una mirada que parecía expresar la lástima que le inspiraba la pobreza de aquella habitación.

—Adivina que no soy rico, ¿no es verdad, señor abate? —dijo Caderousse sonriendo—. Pero ¿qué quiere? No basta ser hombre honrado, para prosperar en este mundo.

El abate clavó en él una mirada penetrante:

—Sí, señor, honrado, puedo vanagloriarme de ello, caballero —dijo el posadero, arrostrando la mirada del abate, poniendo una mano sobre el corazón y mirándole de pies a cabeza—, y en estos

tiempos, no todos pueden decir otro tanto.

—Tanto mejor, si de lo que se jacta es cierto —añadió el abate— porque tarde o temprano, yo estoy firmemente convencido de que el hombre de bien será recompensado, y el malo, castigado.

—Usted debe decir eso, señor abate; usted debe decir eso —replicó Caderousse con una expresión amarga—, pero uno es dueño de creer o no creer lo que dice.

—Hace mal en hablar así —repuso el abate—, porque acaso muy en breve voy a ser yo mismo una prueba de lo que pronostico.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Caderousse asombrado.

—Quiero decir que es necesario que me asegure de si es usted el que yo busco.

—¿Qué prueba quiere que le dé?

—¿Conoció en 1814 o en 1815 a un marino que se llamaba Dantés?

—¡Que si lo conocí! ¡Que si conocí a ese pobre Edmundo! Vaya, ya lo creo, como que era uno de mis mejores amigos —exclamó Caderousse, cuyo rostro se cubrió de una tinta purpúrea, mientras que la mirada fija y tranquila del abate parecía dilatarse para cubrir enteramente a aquel a quien interrogaba.

—Sí, me parece que, en efecto, ese era su nombre.

—¡Que si se llamaba Edmundo! Bien lo creo, tan cierto como yo me llamo Gaspar Caderousse. ¿Y qué ha sido de ese pobre Edmundo? —continuó el posadero—. ¿Lo ha conocido? ¿Vive aún? ¿Está libre? ¿Es dichoso?

—Ha muerto más desesperado y más miserable que los presidiarios que arrastran su cadena en el presidio de Tolón —respondió el abate.

Una mortal palidez sucedió en el rostro de Caderousse, al vivo encarnado que se había apoderado antes de él; se volvió, y el abate vio que enjugaba una lágrima con su pañuelo.

—¡Pobrecillo! —murmuró Caderousse—. ¡Y bien! Ahí tiene una prueba de lo que yo le decía antes, señor abate, que Dios solo es bueno para los malos. ¡Ah! —continuó Caderousse con ese lenguaje particular a los naturales del Mediodía—, este mundo va de mal en peor. Llueva pólvora dos días y fuego una hora, y acabemos de una

vez.

—Al parecer amaba a ese muchacho de corazón, ¿no es verdad? —preguntó el abate.

—Sí, mucho —dijo Caderousse—, aunque tenga que echarme en cara el haberle envidiado por un momento su dicha. Pero, después, se lo juro a fe de Caderousse, compadezco su deplorable suerte.

Hubo una pausa, durante la cual la mirada fija del abate no cesó un instante de interrogar la fisonomía movible del posadero.

—¿Y usted lo ha conocido? —continuó Caderousse.

—He sido llamado a su lecho de muerte para procurarle los socorros de la religión —respondió el abate.

—¿Y de qué ha muerto? —preguntó Caderousse con una angustia mortal.

—¿De qué se muere en la prisión, cuando se muere a los treinta años, sino de la prisión misma?

Caderousse se enjugó el sudor que corría por su frente.

—Lo que más me sorprende en todo esto es que Dantés, en sus últimos momentos, me juró por el Santo Cristo, cuyos pies besaba, que no sabía la verdadera causa de su cautiverio.

—Es verdad, es verdad —murmuró Caderousse—, no podía saberla, no, señor abate, el pobre muchacho no mentía.

—Por consiguiente me encargó que descubriese la causa de su desgracia, que él no pudo descubrir, y reivindicara su buen nombre, por si acaso había sido mancillado.

Y la mirada del abate, cada vez más fija y más penetrante, devoró la expresión casi sombría que se había pintado en el rostro de Caderousse.

—Un rico inglés —continuó el abate—, compañero suyo de infortunio, y que salió de la cárcel al verificarse la segunda restauración, poseía un diamante de un valor inmenso, y habiéndole cuidado Dantés como un hermano, en una enfermedad que tuvo, quiso darle una prueba de reconocimiento y le dejó el diamante. En lugar de servirse de él para seducir a los carceleros que, por otra parte, podían tomarlo y después hacerle traición, Edmundo lo conservó siempre preciosamente para el caso de que saliese en libertad, porque si llegaba a salir, su fortuna estaba asegurada con

solo la venta de aquel diamante.

—¿Y, era como decía —preguntó Caderousse con los ojos inflamados por la codicia—, un diamante muy valioso?

—Todo es relativo —replicó el abate—. Lo era para Edmundo: estaba tasado en cincuenta mil francos.

—¡Cincuenta mil francos! —dijo Caderousse—. ¡Entonces sería tan grueso como una nuez!

—No, pero poco le faltaba —dijo el abate—. Pero usted mismo va a juzgarlo porque lo tengo conmigo.

Caderousse pareció buscar bajo los vestidos del abate el depósito de que hablaba. Este sacó de su bolsillo una cajita de tafilete negro, la abrió e hizo brillar a los ojos atónitos de Caderousse la deslumbrante maravilla, montada en una sortija de un trabajo admirable.

—¿Y esto vale cincuenta mil francos? —preguntó Caderousse.

—Sin el engaste, que vale otro tanto —dijo el abate.

Y cerró la cajita y volvió a colocar en su bolsillo el diamante que, no obstante, continuaba brillando en el pensamiento de Caderousse.

—Pero ¿cómo es que posee ese diamante, señor abate? —preguntó Caderousse—. ¿Le ha hecho Edmundo heredero suyo?

—No, pero sí su ejecutor testamentario: "Yo tenía tres buenos amigos y una muchacha con quien iba a casarme —me dijo—, los cuatro, estoy seguro, sintieron mi suerte amargamente; uno de estos cuatro amigos se llama Caderousse".

Este se estremeció.

—"El otro —continuó el abate, haciendo como que no advertía la emoción de Caderousse—, el otro se llamaba Danglars; el tercero —añadió—, porque mi rival me amaba también...".

Una diabólica sonrisa brilló en el rostro de Caderousse, que hizo un movimiento para interrumpir al abate.

—Espere —dijo este—. Déjeme acabar, y si tiene alguna observación que hacerme, pronto lo escucharé. "El otro, porque mi rival me amaba también, se llamaba Fernando; en cuanto a mi prometida, su nombre era...".

—Mercedes —dijo Caderousse.

—¡Ah! Sí, eso es —replicó el abate con un suspiro ahogado—.

Mercedes.

—¿Y bien? —preguntó Caderousse.

—Deme un poco de agua —dijo el abate.

Caderousse se apresuró a obedecer. El abate llenó el vaso y bebió algunos sorbos.

—¿Dónde estábamos? —inquirió, colocando el vaso sobre la mesa—. La prometida se llamaba Mercedes, sí, eso es. “Irá a Marsella...”. Dantés es quien habla, ¿comprende?

—Perfectamente.

—“Venderá ese diamante, hará cinco partes y las repartirá entre esos buenos amigos, los únicos que me han amado en la tierra”.

—¿Cómo cinco partes? —dijo Caderousse—. ¡No ha nombrado más que cuatro personas!

—Porque, según me han dicho, la quinta ha muerto... La quinta era el padre de Dantés.

—¡Ay! Sí —dijo Caderousse, conmovido por las pasiones que combatían en él—. ¡Ay! Sí, ¡el pobre hombre ha muerto!

—Me enteré de ello en Marsella —respondió el abate haciendo un esfuerzo por parecer indiferente—. Pero hace tanto tiempo que murió que no he podido adquirir más detalles... ¿Sabría usted algo del fin que tuvo ese anciano?

—¡Ah! —dijo Caderousse—, ¿quién puede saberlo mejor que yo...? Vivía al lado de él... ¡Ah, Dios mío! Sí, un año casi después de la desaparición de su hijo murió el pobre anciano.

—Pero ¿de qué murió?

—Los médicos dijeron que de una gastroenteritis... Otros aseguran que murió de dolor, y yo, que casi lo he visto morir, digo que ha muerto...

Caderousse se detuvo.

—¿Muerto de qué? —preguntó el sacerdote con ansiedad.

—De hambre...

—¡De hambre! —exclamó el abate saltando sobre su banquillo—, ¡de hambre! ¡Los animales más viles no mueren de hambre, los perros que vagan por las calles encuentran una mano compasiva que les arroja un pedazo de pan! ¡Y un hombre, un cristiano, ha muerto de hambre en medio de otros hombres que como él se

creían cristianos! ¡Imposible! ¡Oh, eso es imposible!

—Vuelvo a repetir lo que he dicho —dijo Caderousse.

—Y haces muy mal —dijo una voz en la escalera—. ¿Para qué lo mezclas en cosas que nada le importan?

Los dos hombres se volvieron y vieron a través de las barras de la escalera, la cabeza de la Carconte, que había conseguido arrastrarse hasta allí, y escuchaba la conversación sentada en el último escalón, con la cabeza apoyada sobre sus rodillas.

—¿Y tú por qué te metes en esto, mujer? —dijo Caderousse—. El señor me pide informes, la cortesía exige que yo se los dé.

—Sí, pero la prudencia exige que se los rehúses. ¿Quién le ha dicho con qué intención lo quieren hacer hablar, imbécil?

—Muy excelente, señora, le respondo a ello —dijo el abate—. Su marido nada tiene que temer con tal que hable francamente.

—Nada que temer..., sí, siempre se empieza por muy buenas promesas, después se añade que nada hay que temer, luego se deja por cumplir lo prometido, y de la noche a la mañana le cae a uno encima una desgracia, sin saber por dónde ni cómo vino.

—Descuide, buena mujer —respondió el abate—, no le sucederá ninguna desgracia por parte mía, se lo aseguro.

La Carconte murmuró algunas palabras que no se pudieron oír, dejó caer la cabeza sobre sus rodillas, y continuó tiritando, dejando a su marido libre de continuar su conversación. Pero colocada de manera que no perdía una sola palabra. Durante este tiempo, el abate había bebido algunos sorbos de agua, y se había repuesto algún tanto.

—Pero —replicó—, ¿ese infeliz anciano estaba tan abandonado de todo el mundo para que haya muerto de semejante muerte?

—¡Oh!, caballero —replicó Caderousse—, no fue porque Mercedes, la catalana, ni M. Morrel lo hubiesen abandonado, pero el pobre anciano había cobrado una gran antipatía hacia Fernando, ese mismo —continuó Caderousse con una sonrisa irónica—, que Dantés le ha dicho ser uno de sus amigos.

—¿Es que no lo era? —dijo el abate.

—¡Gaspar, Gaspar! —murmuró la mujer desde lo alto de la escalera—. ¡Mira lo que dices!

Caderousse hizo un movimiento de impaciencia, y sin conceder otra respuesta a la pregunta que le hacían más que:

—¿Se puede ser amigo de aquel cuya mujer se desea? —respondió al abate—. Pero Dantés, que tenía un corazón de oro, llamaba a todos amigos suyos... ¡Pobre Edmundo...! En fin, mejor es que no haya sabido nada, porque le hubiese costado algún trabajo perdonarlos al morir... Y digan lo que quieran —continuó Caderousse, en su lenguaje, que no carecía de cierta ruda poesía—, más miedo tengo aún a la maldición de los muertos que al odio de los vivos.

—¡Imbécil! —murmuró la Carconte.

—¿Sabe lo que hizo Fernando contra Dantés?

—¿Que si lo sé? ¡Ya lo creo que lo sé!

—Hable, pues.

—Gaspar, haz lo que quieras, eres dueño —dijo su mujer—, pero deberías creerme y no decir una palabra.

—Me parece que tienes razón, mujer —dijo Caderousse.

—¿Conque no quiere decir nada? —replicó el abate.

—¿Para qué? —dijo Caderousse—. Si el chico estuviese vivo y viniese a preguntarme, no digo que no, pero ya está debajo de tierra, según dice, y de consiguiente no puede odiar, no puede vengarse, dejemos la conversación.

—¿Entonces quiere —dijo el abate— que yo dé a esas personas, que usted considera enemigos, una recompensa destinada a la fidelidad?

—Es cierto, tiene razón —dijo Caderousse—. Por otra parte, ¿de qué les serviría lo que les deja Edmundo...? Lo mismo que una gota de agua que cae en el mar.

—Sin contar que esa gente puede aniquilarte con un solo ademán —dijo la mujer.

—Pues ¿cómo? ¿Han llegado a ser ricos y poderosos?

—¿Entonces no sabe su historia?

—No; cuéntemela.

Caderousse pareció reflexionar un instante.

—No, porque sería muy largo.

—Haga lo que más le convenga, amigo mío —dijo el abate con el

acento de la más profunda indiferencia—, yo respeto sus escrúpulos; por otra parte, lo que hace es propio de un hombre verdaderamente bueno, no hablemos más de ello. ¿De qué estaba yo encargado? De una simple formalidad. Venderé este diamante —y lo sacó de su bolsillo, abrió la cajita y lo hizo brillar por segunda vez a los deslumbrados ojos de Caderousse.

—Ven a verlo, mujer —dijo este con voz ronca.

—¡Un diamante! —dijo la Carconte, levantándose y bajando con paso bastante firme la escalera—. ¿Qué diamante es ese?

—¿No lo has oído, mujer? —dijo Caderousse—. Es un diamante que nos ha legado el pobre chico a su padre, a sus tres amigos Fernando, Danglars y yo, y a Mercedes, su prometida. Este diamante vale cincuenta mil francos.

—¡Oh, qué joya tan preciosa! —dijo ella.

—¿Así que nos pertenece la quinta parte de esta suma? —dijo Caderousse.

—Sí, caballero —respondió el abate—. Además, la parte del padre, que me creo autorizado a repartir entre ustedes cuatro.

—¿Y por qué cuatro? —preguntó la Carconte.

—Porque cuatro son los amigos de Edmundo.

—No son amigos los que hacen traición —murmuró sordamente la mujer.

—Sí, sí —dijo Caderousse—, y esto es lo que yo decía. Es casi una profanación, casi un sacrilegio, recompensar la traición, el crimen tal vez.

—Usted lo ha querido —replicó tranquilamente el abate, volviendo a colocar el diamante en el bolsillo de su sotana—. Ahora deme las señas de los amigos de Edmundo, a fin de que pueda ejecutar su última voluntad.

La frente de Caderousse estaba inundada de sudor; vio que el abate se levantó, se dirigió hacia la puerta como para echar una ojeada a su caballo, y volvió.

Marido y mujer se miraban con una expresión indescriptible.

—¡Sería para nosotros el diamante entero! —dijo Caderousse.

—¿Lo crees así? —respondió la mujer.

—Un eclesiástico no querría engañarnos.

—Haz lo que quieras —dijo la mujer—. En cuanto a mí, no quiero meterme en nada.

Y volvió a subir la escalera, tiritando y dando diente con diente, a pesar del excesivo calor que hacía. En el último escalón se detuvo un instante.

—Reflexiónalo bien, Gaspar —dijo.

—Ya estoy decidido —respondió Caderousse.

La Carconte entró en su cuarto arrojando un suspiro, se oyó el ruido de sus pasos al pasar por el pavimento hasta que hubo llegado al sillón, donde cayó sentada.

—¿A qué está decidido? —preguntó el abate.

—A decírselo todo —respondió.

—Me parece que eso es lo mejor que pudiera hacer —dijo el sacerdote—. No porque yo quiera saber lo que usted quiere ocultarme, pero, en fin, si puede ayudarme a distribuir las mandas según la voluntad del testador será mejor.

—Así lo espero —respondió Caderousse con las mejillas inflamadas por la esperanza y la ambición.

—Lo escucho —dijo el abate.

—Aguarde un momento; podrían interrumpirnos en lo más interesante de mi relación, lo cual sería algo desagradable; por otra parte, es inútil que nadie sepa que ha venido aquí.

Se dirigió a la puerta de su posada, la cual cerró y a la que, para mayor precaución, echó la barra, que solo debía poner por la noche. Durante este tiempo, el abate eligió un lugar para escuchar con toda la comodidad. Se había sentado en un rincón, de manera que quedaba sumergido en la penumbra, mientras que la luz daba de lleno en el rostro de su interlocutor, disponiéndose con la cabeza inclinada, las manos cruzadas o más bien crispadas, a escuchar con todos sus cinco sentidos.

Caderousse acercó un banquillo y se colocó delante de él.

—Acuérdate de que yo no te he inducido a que hables —dijo la temblorosa voz de la Carconte, como si a través del pavimento de su cuarto hubiese podido ver la escena que se preparaba.

—Está bien, está bien —dijo Caderousse—. No hablemos más de ello, déjalo todo a mi cargo.

Capítulo cuatro: Declaraciones

—Ante todo —dijo Caderousse—, debo rogarle, caballero, que me prometa una cosa.

—¿Cuál? —preguntó el abate.

—Que si llega a hacer uso de los detalles que voy a darle, nadie debe saber jamás que los ha adquirido de mí, porque aquellos de quienes voy a hablarle son ricos y poderosos, y conque me tocaran solamente con la punta de un dedo, me harían pedazos como si fuera de cristal.

—Tranquilícese, amigo mío —dijo el abate— soy sacerdote y las confesiones mueren en mi seno. Acuérdese de que no tenemos otro fin más que cumplir dignamente la última voluntad de nuestro amigo. Hable, pues, sin temor y sin odio; diga la pura verdad. Yo no conozco, y probablemente no conoceré jamás, a las personas de que va a hablarme; por otra parte, soy italiano, y no francés, pertenezco a Dios, y no a los hombres, y pronto volveré a entrar en mi convento, del que no he salido más que para cumplir con la última voluntad de un moribundo.

Esta promesa positiva pareció tranquilizar algún tanto a Caderousse.

—¡Pues bien! En ese caso —dijo Caderousse—, quiero, o más bien debo desengañarle acerca de esas amistades que el pobre Edmundo creía sinceras y desinteresadas.

—Empecemos hablando de su padre, si le parece —dijo el abate —. Edmundo me ha hablado mucho de ese anciano, a quien profesaba un amor profundo.

—La historia es triste, señor —dijo Caderousse inclinando la cabeza—. ¿Probablemente sabrá el principio?

—Sí —respondió el abate—, Edmundo me lo contó todo, hasta el momento en que fue detenido en una taberna cerca de Marsella.

—En la Reserva. ¡Oh, Dios mío! Sí, me acuerdo como si lo estuviera viendo.

—¿No fue en la comida de sus bodas?

—Sí, y la comida que tan bien empezó, tuvo un fin bastante triste. Un comisario de policía, seguido de cuatro soldados armados, entró, y Dantés fue detenido.

—Hasta ese suceso es lo que yo sé —dijo el sacerdote—. Dantés mismo no sabía más que lo que le era absolutamente personal, porque no volvió a ver a ninguna de las personas que le he nombrado, ni oído hablar de ellas.

—¡Pues bien! Cuando detuvieron a Dantés, el señor Morrel corrió a tomar informes, que fueron bien tristes. El anciano volvió solo a su casa, dobló su vestido de bodas llorando, pasó todo el día dando paseos por su cuarto, y no se acostó; porque yo vivía debajo de él, y escuché sus pasos toda la noche. Yo mismo he de confesar que tampoco dormí, el dolor de aquel pobre padre me causaba mucho mal, y cada uno de sus pasos me estrujaba el corazón como si hubiese puesto el pie sobre mi pecho. Al día siguiente, Mercedes fue a Marsella para implorar la protección de M. Villefort, pero nada obtuvo; en seguida fue a hacer una visita al anciano. Cuando lo vio tan sombrío y tan abatido, cuando supo que había pasado la noche sin acostarse, y que no había comido desde el día anterior, quiso llevárselo a su casa para prodigarle los cuidados de una hija a un padre, pero el anciano no quiso consentir en ello: “No —decía—, no saldré de esta casa, porque a mí es a quien más ama mi desgraciado hijo, y si sale de la prisión a quien primero correrá a ver será a mí. Y entonces, ¿qué diría si no me viese aquí esperándole?”.

»Yo escuchaba todo esto desde mi cuarto, y hubiera querido que Mercedes determinase al anciano a seguirla, porque aquellos pasos día y noche sobre mi cabeza no me dejaban descansar.

—Pero ¿no subía usted a consolar al anciano?

—¡Ah!, caballero —respondió Caderousse—, no se puede consolar al que no quiere ser consolado, y él era de esta especie; además, no sé por qué, pero me parecía que tenía repugnancia en verme. Pero una noche que oía sus sollozos, no pude resistir por más tiempo, y subí; pero cuando llegué a la puerta, ya no sollozaba, oraba. La elocuencia y ternura de sus palabras, yo no sabré describirla, caballero; aquello era más que piedad, era más que

dolor; así, pues, yo, que no soy muy santurrón y que no gusto mucho de los jesuitas, dije para mí ese día: “Ahora me alegro de ser solo y de que Dios no me haya enviado ningún hijo, porque si fuera padre y sintiese un dolor semejante al de ese anciano, no pudiendo hallar en mi memoria ni en mi corazón todo cuanto él dice al Señor, me precipitaría al mar por no sufrir tanto tiempo”.

—¡Pobre padre! —murmuró el sacerdote.

—Cada vez vivía más solo y aislado. El señor Morrel y Mercedes venían a verle a menudo, pero su puerta seguía cerrada y aunque yo tenía completa seguridad de que estaba en su habitación, él no respondía. Un día que, contra su costumbre recibió a Mercedes, y la pobre joven igualmente desesperada, procuraba socorrerle: “Créeme, hija mía —le dijo—, ha muerto... y, en lugar de esperarle nosotros, él es quien nos espera... de este modo yo soy muy feliz; porque soy el más viejo y, de consiguiente, le veré primero que nadie...”. Por bueno que uno sea, pronto cesa de visitar a las personas que le entristecen; el viejo Dantés acabó por quedarse completamente solo. Yo no veía subir a su casa más que a personas desconocidas, que bajaban con algún paquete mal encubierto; comprendí después lo que eran aquellos paquetes. Iba vendiendo poco a poco, para vivir, lo que tenía. Finalmente, se agotaron los recursos del pobre anciano..., debía tres plazos, le amenazaron con echarle de la casa; entonces pidió ocho días de término y le fueron concedidos. Supe estos pormenores, porque el casero entró en mi casa después de haber salido de la suya. Durante los tres primeros días oía sus pasos como de costumbre, pero al cuarto ya no oía nada. Me atreví a subir, la puerta estaba cerrada y a través del agujero de la llave, le vi tan pálido y tan demudado que, juzgándole muy enfermo, hice avisar al señor Morrel y corrí a casa de Mercedes. Los dos se apresuraron a ir a socorrerle. El señor Morrel llevaba consigo un médico, el cual reconoció que aquella enfermedad era una gastroenteritis, y le mandó que guardase dieta. Yo estaba allí, caballero, y nunca olvidaré la sonrisa del anciano al oír aquella orden. Desde entonces abrió su puerta, ya tenía una excusa para no comer, puesto que el médico le había mandado guardar rigurosa dieta.

El abate lanzó un gemido.
—Esta historia le enternece, ¿no es verdad, caballero? —dijo Caderousse.
—Sí —respondió el abate—, me enternece mucho.
Mercedes volvió y le halló tan demudado, que como la primera vez quiso llevarlo a su casa. Tal era la opinión del señor Morrel, pero el anciano gritó y se desesperó tanto, que tuvieron que dejarlo. Mercedes se quedó a la cabecera de su cama. El señor Morrel se alejó, haciendo señal a la catalana de que dejaba una bolsa sobre la chimenea. Pero, escudado en el mandato del médico, el anciano no quiso tomar nada. En fin, después de nueve días de desesperación y de abstinencia, expiró maldiciendo a los que habían causado su desgracia, y diciendo a Mercedes: “Si vuelve a ver a Edmundo, dígale que muero bendiciéndole”.
El abate se levantó, dio unos cuantos pasos por el cuarto, llevándose ambas manos a la cabeza.
—¿Y usted cree que ha muerto...?
—De hambre, caballero, de hambre —dijo Caderousse—, se lo aseguro, tan cierto como que los dos somos cristianos.
El abate cogió el vaso de agua medio lleno con una mano convulsiva, lo bebió de un solo sorbo, y se volvió a sentar con los ojos inflamados y las mejillas pálidas.
—Confiese que es una desgracia —dijo con voz ronca.
—Tanto mayor cuanto que Dios no se ha mezclado en nada; los hombres únicamente tienen la culpa de todo.
—Pasemos, pues, a hablar de esos hombres —dijo el abate— pero piense que se ha comprometido a decírmelo todo; veamos, ¿qué hombres son esos que han hecho morir al hijo de desesperación y al padre de hambre?
—Dos hombres celosos de él, caballero. El uno por amor, el otro por ambición: Fernando y Danglars.
—Y, dígame, ¿cómo se manifestaron esos celos?
—Denunciaron a Edmundo como agente bonapartista.
—Pero ¿quién de los dos lo denunció? ¿Quién de los dos fue el verdadero culpable?
—Ambos, caballero; el uno escribió la carta, el otro la echó al

correo.

—¿Y dónde se escribió la carta?

—En la misma Reserva, la víspera del casamiento.

—Eso es, eso es —murmuró el abate—. ¡Oh! ¡Faria! ¡Faria! ¡Qué bien conocía los hombres y las cosas!

—¿Qué dice, caballero? —preguntó Caderousse.

—Nada —replicó el sacerdote—. Prosiga.

—Danglars fue quien escribió la denuncia con la mano izquierda, para que su letra no fuese conocida, y Fernando quien la envió.

—Pero —exclamó de repente el abate—, usted estaba allí...

—¿Yo? —dijo Caderousse asombrado—. ¿Quién le ha dicho que yo estaba?

El abate comprendió que se había adelantado demasiado.

—Nadie —dijo—, pero para estar tan al corriente de todos esos detalles, es preciso que haya sido testigo de ellos.

—Es verdad —dijo Caderousse con voz ahogada—, allí estaba.

—¿Y no se opuso a esa infamia? —dijo el abate—. Entonces es su cómplice.

—Caballero —dijo Caderousse—, me habían hecho beber los dos hasta el punto que perdí la razón. Todo lo veía como a través de una nube. Dije cuanto puede decir un hombre en ese estado, pero me dijeron que solo era una chanza lo que habían intentado hacer y que esta chanza no tendría consecuencias.

—Al día siguiente... al día siguiente... ya vio que tuvo consecuencias; sin embargo, no dijo nada, y estaba allí cuando lo detuvieron.

—Sí; estaba allí, y quise hablar, quise decirlo todo, pero Danglars me contuvo: “Y si es culpable, por casualidad, si verdaderamente ha arribado a la isla de Elba, si está encargado de una carta para la Junta bonapartista de París, si le encuentran esa carta, los que le hayan sostenido pasarán por cómplices suyos”. Tuve miedo de la policía tan rigurosa que había en aquel tiempo. Me callé, lo confieso; fue una cobardía, convengo en ello, pero no fue un crimen.

—Comprendo, dejó obrar.

—Sí, caballero —respondió Caderousse— y eso me causa día y noche espantosos remordimientos. Muchas veces pido perdón a

Dios, se lo juro, tanto más, cuanto que esta acción, la única que tengo que echarme en cara en mi vida, es sin duda alguna la causa de mis adversidades. Estoy expiando un instante de egoísmo; así, pues, eso es lo que yo digo siempre a la Carconte cuando me viene con quejas: "Cállate, mujer, Dios lo quiere así".

Y Caderousse bajó la cabeza, dando todas las muestras de un verdadero arrepentimiento.

—Bien, bien —dijo el abate—. Ha hablado con franqueza, acusarse de ese modo es merecer el perdón.

—Por desgracia —dijo Caderousse—, Edmundo ha muerto y no me ha perdonado.

—Sin duda lo ignoraba —dijo el abate.

—Pero ahora lo sabrá tal vez —replicó Caderousse—, dicen que los muertos todo lo saben.

Hubo una pausa. El abate se había levantado y se paseaba pensativo. Después se dirigió al sitio que ocupaba antes y se volvió a sentar con abatimiento.

—Me ha nombrado ya por dos o tres veces a un tal Morrel —le dijo —. ¿Quién es ese hombre?

—Era armador de El Faraón, y principal de Dantés.

—¿Y qué especie de papel ha hecho ese hombre en todo este triste suceso? —preguntó el abate.

—¡Ah!, el papel de un hombre de bien, de un hombre honrado, caballero. Veinte veces intercedió por Edmundo, y cuando el emperador volvió a ocupar el trono, escribió, suplicó, amenazó, en fin, hizo tanto para salvar a aquel desgraciado, que en la segunda restauración fue perseguido como bonapartista. Veinte veces, como ya le he dicho, fue a casa del padre de Dantés para llevarle a la suya, y la víspera o antevíspera de su muerte, como ya le he dicho, también, dejó sobre la chimenea un bolsillo, con el cual pudieran pagarse las deudas de aquel buen hombre y atender a los gastos de su entierro, de manera que aquel desgraciado anciano llegó a morir como había vivido, sin causar ningún perjuicio a nadie; yo mismo conservo aún aquel bolsillo, un bolsillo de seda encarnada.

—¿Y vive aún ese señor Morrel...? —preguntó el abate.

—Sí, señor —dijo Caderousse.

—En ese caso —continuó el abate— a ese hombre le habrá bendecido el cielo... y será rico... feliz...
Caderousse sonrió con amargura.
—Sí, feliz, tan feliz como yo —dijo.
—¡Pues qué! ¡El señor Morrel es tan desgraciado! —exclamó el abate.
—Se halla ya a las puertas de la miseria, caballero, y lo que es peor aún, a las del deshonor.
—¿Pues cómo es eso?
—¿Qué quiere...? —continuó Caderousse—. De esas cosas que suceden; después de veinticinco años de un continuo trabajo, después de haber adquirido un honroso lugar entre los comerciantes de Marsella, el desgraciado señor Morrel se ha arruinado completamente. Ha perdido cinco buques en dos años, ha sufrido tres quiebras espantosas, y todas sus esperanzas están cifradas ahora en El Faraón que mandaba el pobre Dantés, que, según dicen, debe volver de las Indias con un cargamento de cochinilla y de añil. Si El Faraón naufraga también como los otros, el señor Morrel estará perdido.
—¿Y tiene mujer..., tiene hijos ese desgraciado?
—Sí, señor; tiene una mujer que ha sobrellevado las desgracias de su esposo como una santa, tiene una hija que estaba para casarse con un hombre a quien amaba, y cuya familia no quiso consentir en que se casase con la hija de un comerciante en quiebra; y tiene, además, un hijo teniente de no sé qué cuerpo, pero comprenderá muy bien, todo esto aumenta el dolor en vez de dulcificarlo, a ese infeliz y honrado señor Morrel. Si fuese solo, es decir, si no tuviese familia, se levantaría la tapa de los sesos y asunto concluido.
—Pero eso es espantoso —interrumpió el abate.
—He aquí cómo recompensa Dios la virtud, caballero —dijo Caderousse—. Mire, yo, que nunca he hecho ninguna mala acción, excepto la que ya le he contado, me encuentro en la miseria más deplorable. Después de ver morir a mi pobre mujer de una fiebre, sin poder hacer nada por ella, moriré de hambre, como el padre de Dantés, mientras que Fernando y Danglars nadan en oro.
—¿Cómo es eso?

—Porque todo les sale bien, al paso que a mí, que soy un hombre honrado, todo me sale mal.

—¿Qué ha sido de Danglars, el más culpable; no es así?

—¿Qué ha sido de él? Abandonó Marsella, entró por recomendación de M. Morrel, que ignoraba su crimen, de primer dependiente en casa de un banquero español. Durante la guerra de España se encargó de una parte de las provisiones del ejército francés, e hizo fortuna con ese primer dinero, jugó sobre los fondos públicos, y triplicó, cuadruplicó sus capitales, y viudo después de la hija de su principal, se casó con otra viuda llamada madame Nargonne, hija de M. Servieux, canciller del rey actual, y que goza de la mayor influencia. Había llegado a ser millonario, lo hicieron barón, de modo que ahora es barón Danglars, y posee un magnífico palacio en la calle de Mont Blanc, diez soberbios caballos, seis lacayos en la antesala, y no sé cuántos millones en sus cajas.

—¡Ah! —exclamó el abate con un acento singular—, ¿y es feliz?

—¡Ah!, feliz, ¿quién puede decir eso? La desgracia o la felicidad es secreto de las paredes, las paredes oyen, pero no hablan, de manera que si para ser feliz solo se necesita tener una gran fortuna, Danglars goza de la más completa felicidad.

—¿Y Fernando?

—Fernando es también un gran personaje, aunque por otro estilo.

—Pero ¿cómo ha podido hacer fortuna un pobre pescador catalán, sin educación y sin recursos? Estoy asombrado, lo confieso.

—A todo el mundo le sucede lo mismo. Preciso es que en su vida haya algún extraño misterio de todos ignorado.

—Pero, en fin, dígame por qué escalones visibles ha subido a esa fortuna o a esa alta posición social.

—¡A ambas!, tiene fortuna y posición.

—Se diría que me está contando un cuento.

—Y lo parece, en verdad. Pero escúcheme y lo comprenderá.

—Pocos días antes de la vuelta del emperador, Fernando había entrado en quintas. Los Borbones lo dejaron tranquilo en los Catalanes, pero Napoleón decretó a su vuelta una leva extraordinaria, y se vio obligado a marchar. También yo marché, pero como tenía más edad que Fernando, y acababa de casarme,

me destinaron a las costas.

»Agregado Fernando al ejército expedicionario, pasó la frontera con su regimiento y asistió a la batalla de Ligny.

»La noche que siguió a la batalla, se hallaba Fernando de centinela a la puerta de un general que mantenía con el enemigo relaciones secretas, y debía de juntarse con los ingleses aquella misma noche. Propuso a Fernando que lo acompañase, y Fernando aceptó abandonando su puesto.

»Lo que hubiera hecho que se le formara consejo de guerra si Bonaparte hubiera permanecido en el trono, fue para los Borbones recomendación, de manera que entró en Francia con la charretera de subteniente, y como no perdió la protección del general, que gozaba de mucha influencia, era ya capitán cuando la guerra de España en 1823, es decir, cuando Danglars hacía sus primeras especulaciones.

»Fernando era español; fue enviado a Madrid a explorar la opinión pública; allí encontró a Danglars, renovaron las amistades, ofreció a su general el apoyo de los realistas de la corte y de las provincias, le comprometió, comprometiéndose a su vez, guio a su regimiento por sendas de él solo conocidas en las montañas atestadas de realistas, e hizo, en fin, tales servicios en esta corta campaña, que después de la acción del Trocadero fue ascendido a coronel, con la cruz de oficial de la Legión de Honor y el título de conde.

—¡Lo que es el destino! —murmuró el abate.

—¡Sí!, pero escuche, que no es esto todo. Concluida la guerra de España, la carrera de Fernando se hallaba interrumpida por la larga paz que prometía reinar en Europa. Solamente Grecia, sacudiendo el yugo de Turquía, principiaba entonces la guerra de la independencia. Los ojos del mundo entero se fijaban en Atenas. Estuvo de moda compadecer a los griegos y ayudarlos, y el mismo gobierno francés, sin protegerlos abiertamente, como ya sabrá, toleraba las emigraciones parciales. Fernando pidió y obtuvo el permiso de ir a servir a Grecia, sin dejar por eso de pertenecer al ejército francés.

»Algún tiempo después se supo que el conde de Morcef, que este era el título de Fernando, había entrado como general instructor al

servicio de Alí Bajá.

»Como ya sabe, Alí Bajá fue asesinado, pero antes de morir recompensó los servicios de Fernando con una suma considerable, con la cual volvió a Francia, donde se le revalidó su empleo de teniente general.

—¿De manera que hoy...? —preguntó el abate.

—Hoy —respondió Caderousse— posee una casa magnífica en París, calle de Helder, número 27.

El abate permaneció un instante pensativo y como vacilando, y dijo, haciendo un esfuerzo:

—¿Y Mercedes? Me han asegurado que desapareció.

—Desapareció, sí —repuso Caderousse—, como desaparece el sol para volver a salir más esplendoroso al otro día.

—¿También ella ha hecho fortuna? —preguntó el abate con una sonrisa irónica.

—Mercedes es en la actualidad una de las más aristocráticas damas de París.

—Siga, que me parece un sueño todo lo que oigo —dijo el abate—. Pero he visto yo también cosas tan extraordinarias, que ya no me asombran tanto las que me refiere.

—Mercedes se desesperó por la pérdida de Edmundo. Ya le he contado sus instancias a Villefort, y su afecto al padre de Dantés. En esto vino a herirla un nuevo dolor, la ausencia de Fernando, de Fernando, cuyo crimen ignoraba, y a quien miraba como a su hermano. Con esta ausencia quedó Mercedes completamente sola. Tres meses pasaron, llenos para ella de aflicción. No recibía noticias de Dantés ni tampoco de Fernando. Nada tenía presente a sus ojos sino un anciano, que pronto iba a morir también de desesperación.

»A la caída de una tarde, que había pasado entera como de costumbre, sentada en la unión de los dos caminos que van de Marsella a los Catalanes, Mercedes volvió a su casa más abatida que nunca. Ni su prometido ni su amigo regresaban por ninguno de los dos caminos, y ni de uno ni de otro sabía el paradero.

»Le pareció oír de pronto unos pasos muy conocidos, volvió con ansiedad la cabeza, y abriéndose la puerta vio aparecer a Fernando, con su uniforme de subteniente. No recobraba todo, pero sí una

parte de su vida pasada, de lo que tanto sentía y lloraba perdido.

»Mercedes cogió las manos de Fernando con un impulso que este tuvo por amor, no siendo sino de alegría, por verse ya en el mundo menos sola y con un amigo, tras tantas horas de solitaria tristeza. Además, preciso es decirlo, nunca había odiado a Fernando, no le había amado, es verdad, porque era otro el que ocupaba por entero su corazón. Este otro estaba ausente... había desaparecido... quizá muerto... Esta idea hacía prorrumpir a Mercedes en sollozos y retorcerse los brazos; pero esta idea, rechazada cuando otro se la sugería, estaba de suyo siempre fija en su imaginación. Por su parte, el anciano Dantés tampoco hacía otra cosa que decir: Nuestro Edmundo ha muerto, porque de lo contrario él volvería.

»El anciano murió, como ya le he dicho. Sin esto quizá nunca se casara Mercedes con otro, porque habría sido un acusador de su infidelidad. Todo esto lo comprendió Fernando, que regresó a Marsella al saber la muerte del padre de Dantés. Ya era teniente. Cuando su primer viaje, ni una palabra de amor había dicho a Mercedes, pero esta vez le recordó ya cuánto la amaba.

»Mercedes le rogó que la dejase llorar todavía seis meses y esperar a Edmundo.

—El caso es —dijo el abate con sonrisa amarga—, que en total hacía dieciocho meses... ¿Qué más puede exigir el amante más querido?

Y luego murmuró estas palabras del poeta inglés: *Fragility, thy name is woman* (¡Fragilidad, tienes nombre de mujer!).

—Seis meses después —prosiguió el posadero— se efectuó la boda en la iglesia de Accoules.

—En la misma iglesia donde había de casarse con Edmundo —dijo el abate.

—Se casó, pues, Mercedes —prosiguió Caderousse—, pero aunque tranquila en apariencia, al pasar por delante de la Reserva le faltó poco para desmayarse. Dieciocho meses antes se había celebrado allí su comida de boda con aquel a quien, si hubiera consultado a su propio corazón, habría conocido que aún amaba.

»Más dichoso Fernando, pero no más tranquilo, que yo le vi en aquella época, sobresaltado a todas horas, con pensar en la vuelta

de Edmundo. Determinó irse con su mujer a otro lugar, pues eran los Catalanes lugar de muchos peligros y recuerdos. Y por esto se marcharon a los ocho días de la boda.

—¿Ha vuelto a ver a Mercedes? —le preguntó el abate.

—Sí, en Perpiñán, donde la había dejado Fernando para ir a la guerra de España. A la sazón se ocupaba de la educación de su hijo.

El abate se estremeció.

—¿De su hijo?

—Sí —respondió Caderousse—, del niño Alberto.

—Pero, ¿tenía ella educación para dársela a su hijo? —prosiguió el abate—. Creo que le oí decir a Edmundo que era hija de un simple pescador, hermosa, pero ignorante.

—¡Oh! ¡Tan mal conocía a su propia novia! —dijo Caderousse—. Si la corona hubiera de adornar solo las cabezas más lindas e inteligentes, Mercedes habría podido ser reina. A medida que su fortuna crecía, iba creciendo ella moralmente. El dibujo, la música, todo lo aprendía. Creo además (aquí entre nosotros) que esto lo hacía por distraerse, para olvidar, y que solamente llenaba su cabeza con tantas cosas por combatir el vacío de su corazón. Sin embargo, ahora —continuó Caderousse—, será sin duda otra mujer. La fortuna y los honores la habrán consolado. Ahora es rica, es condesa, y sin embargo...

El posadero se contuvo.

—Sin embargo, ¿qué? —le preguntó el abate.

—Estoy seguro de que no es feliz —dijo Caderousse.

—¿Y por qué lo cree así?

—Escuche: cuando más hostigado me vi por la miseria, se me ocurrió que no dejarían de ayudarme un tanto mis antiguos amigos, y me presenté a Danglars, que no quiso recibirme, y a Fernando que me entregó cien francos por mediación de su ayuda de cámara.

—¿Luego no viste ni a uno ni a otro?

—No, pero la señora de Morrel sí que me vio.

—¿Cómo?

—Al salir de su casa cayó a mis pies una bolsa que contenía veinticinco luises. Levanté en seguida la cabeza, y pude ver a

Mercedes, que cerraba la ventana.

—¿Y el señor de Villefort? —inquirió el abate.

—Ni había sido mi amigo, ni yo lo conocía tan siquiera, por lo cual nada tenía que pedirle.

—Pero ¿no sabe qué ha sido de él, ni sabe la parte que tomó en la desgracia de Edmundo?

—No. Solo sé que algún tiempo después de la prisión del pobre chico se casó con la señorita de Saint Meran, y luego se marcharon de Marsella. Sin duda, la fortuna les habrá sonreído como a los otros; sin duda Villefort es rico como Danglars y considerado como Fernando. Yo solo permanezco pobre y olvidado de Dios, como ve.

—Se equivoca, amigo —dijo el abate—. Dios tal vez mientras prepara los rayos de su justicia, aparente olvidar, pero llega un día en que recuerda y así se lo prueba.

Al decir esto el abate sacó de su bolsillo la sortija.

—Tome, amigo mío —dijo a Caderousse—. Tome este diamante, que es suyo.

—¡Cómo! ¡Mío! ¡Mío solo! —exclamó Caderousse—. ¡Ah, señor!, ¿no se burla?

—El precio de este diamante había de repartirse entre sus amigos; de manera que teniendo Edmundo uno solo, es imposible el reparto. Tome este diamante y véndalo. Le repito que vale cincuenta mil francos. Con semejante cantidad saldrá de la miseria.

—¡Oh, señor! —dijo Caderousse alargando la mano tímidamente y enjugándose con la otra el sudor que le bañaba el rostro—. ¡Oh, señor, no tome a chanza la felicidad o la desesperación de un hombre!

—Bien sé lo que es felicidad y lo que es desesperación, para que en esto nunca me chancee. Tome, pues, el diamante, pero en cambio...

Caderousse retiró su mano, que tocaba ya la sortija.

El abate sonrió.

—En cambio —repuso—, puede darme ese bolsillo de seda encarnada que dejó el señor Morrel sobre la chimenea del anciano Dantés, y que usted posee, según me ha dicho.

Cada vez más sorprendido Caderousse, se dirigió a un armario de

encina, lo abrió y entregó al abate un bolsillo largo de torzal encarnado, que adornaban dos anillos de cobre, dorados en otro tiempo.

Lo cogió el abate, y en su lugar entregó al posadero el diamante.

—¡Oh, señor! Es un hombre bajado del cielo —exclamó Caderousse—. Nadie sabía que Edmundo le dio este diamante, y hubiera podido quedarse con él.

—¡Vaya! —dijo para sí el abate—. Según eso tú lo hubieras hecho.

Y cogió su sombrero y sus guantes y se levantó.

—¡Ah! —dijo de repente—, ¿eso que me ha contado es la pura verdad? ¿Puedo creerlo al pie de la letra?

—Espere, señor abate —respondió Caderousse—, en este rincón hay un Santo Cristo de madera, bendito, y sobre aquel baúl el devocionario de mi mujer. Ábralo y colocando una mano sobre él y la otra extendida hacia el crucifijo, le juraré por la salvación de mi alma y por mi fe de cristiano, que le he contado todo tal como pasó, y como el ángel de los hombres lo repetirá al oído de Dios el día del juicio final.

—Bien —repuso el abate, convencido por su acento de que Caderousse decía la verdad—. Está bien. Adiós. Me voy lejos de los hombres, que tanto mal se hacen unos a otros.

Y librándose a duras penas de los transportes de entusiasmo de Caderousse, quitó el abate por sí mismo la tranca a la puerta, volvió a montar a caballo, saludó por última vez al posadero, que le despedía con ruidosas señales de agradecimiento, y partió en la misma dirección que había seguido a la ida.

Cuando Caderousse se volvió vio detrás de él a la Carconte, más pálida y más temblorosa que nunca.

—¿Es cierto lo que he oído? —le dijo.

—¿Qué? ¿Que nos daba el diamante para nosotros solos? —respondió Caderousse loco de júbilo.

—Sí.

—Ciertísimo, y si no, míralo.

La mujer lo contempló un instante y luego dijo, con voz sorda:

—¡Si fuera falso...!

Caderousse palideció y estuvo a punto de caerse.

—¡Falso...! —murmuró—. ¡Falso! ¿Y por qué ese hombre me había de dar un diamante falso?

—Por hacerte hablar sin pagarte, imbécil.

Al peso de esta suposición, Caderousse se quedó como aturdido.

—¡Oh! —dijo después de un instante, cogiendo su sombrero, que se puso sobre el pañuelo encarnado que tenía a la cabeza—, pronto lo sabremos.

—¿Cómo?

—Hoy es la feria de Beaucaire, habrá plateros de París, voy a mostrárselo. Guarda tú la casa, mujer, que dentro de dos horas estoy de vuelta.

Y salió Caderousse precipitadamente de la posada, tomando el camino opuesto al que seguía el desconocido.

—¡Cincuenta mil francos! —murmuró la Carconte al verse sola—, es dinero..., pero no es ningún tesoro.

Capítulo cinco:
Los registros de cárceles

Al día siguiente de aquel en que se desarrolló en la posada del camino de Bellegarde a Beaucaire la escena que acabamos de narrar, un hombre de treinta y dos años con frac azul, pantalón de Nankin, chaleco blanco y aire y acento muy inglés, se presentó en casa del alcalde de Marsella.

—Caballero —le dijo—, yo soy el comisionista principal de la casa Thomson y French, de Roma. Diez años hace que estamos en relaciones con la de Morrel e hijos, de Marsella, y hasta le tenemos confiados unos cien mil francos sobre poco más o menos. Lo que se dice de que amenaza ruina tal casa, nos pone actualmente en suma inquietud, por lo cual vengo de Roma a pedirle noticias sobre este asunto.

—Caballero —respondió el alcalde—, sé efectivamente que de cuatro o cinco años acá parece que persigue la desgracia al señor Morrel. Ha perdido cuatro o cinco barcos, y ha sufrido tres o cuatro

quiebras, pero no me corresponde a mí, aunque soy su acreedor por unos diez mil francos, referirle la situación de su casa. He aquí todo lo que puedo deciros, caballero. Si quiere saber más, vaya al señor de Boville, inspector de cárceles, que vive en la calle de Noailles, número 15. Según creo, tiene colocados doscientos mil francos en la casa de Morrel, y si realmente hay ocasión de que temamos, como su cantidad es mayor que la mía, serán también más exactas sus noticias probablemente.

Al parecer apreció mucho el inglés esta delicadeza del alcalde y saludándole se encaminó a la calle indicada, con ese paso peculiar de los hijos de la Gran Bretaña.

El señor de Boville se encontraba en su despacho. Al verle, hizo el inglés un movimiento de sorpresa, como si no fuera la primera vez que viese a la persona que venía a visitarle. En cuanto al señor de Boville, estaba tan desesperado, que evidentemente el pensamiento que ahora le absorbía todas sus facultades no dejaba a su memoria ni a su imaginación ocasión para retroceder a tiempos pasados.

Con la flema de los de su raza, abordó el inglés la cuestión casi en los mismos términos en que acababa de hablar al alcalde.

—¡Oh, caballero! —exclamó el señor de Boville—, no pueden ser más fundados sus temores, por desdicha. Aquí me tiene sumido en la desesperación. Yo tenía colocados doscientos mil francos en la casa de Morrel; doscientos mil francos que eran la dote de mi hija, y pensaba casarla dentro de quince días, puesto que de esa cantidad, cien mil francos eran reembolsados el 15 de este mes, y los otros cien el 15 del próximo. Ya tenía avisado al señor Morrel que deseaba que fuera exacto en el reembolso, y he aquí que viene él mismo a decirme hace una media hora, que si su barco, El Faraón, no ha vuelto para el 15, no le será posible pagarme.

—Pero eso parece tan solo un aplazamiento —observó el inglés.

—¡Diga mejor que parece una quiebra! —exclamó desesperado el señor de Boville.

El inglés reflexionó un instante y luego dijo:

—¿Tantos temores le inspira ese crédito?

—Lo considero perdido.

—Pues yo se lo compro.

—¡Usted!
—Sí, yo.
—Pero ¿con un descuento enorme, sin duda?
—No, a la par; por doscientos mil francos. Nuestra casa —añadió el inglés sonriendo—, no hace negocios de esa clase.
—¿Y paga...?
—Al contado.
Y sacó el inglés de su bolsillo un fajo de billetes de banco, que podrían importar el doble de la suma que temía perder el señor de Boville. Un destello de alegría iluminó el semblante de este, pero haciendo un esfuerzo añadió:
—Es mi deber advertirle, caballero que es muy probable que no recobre ni el seis por ciento de esa suma.
—Eso no es cuenta mía, sino de la casa de Thomson y French, en cuyo nombre estoy actuando —respondió el inglés—. Acaso tenga ella empeño en apresurar la ruina de otra casa rival; lo que sé, caballero, es que estoy pronto a pagarle el endoso que va a hacerme, y que solo le exigiré un mínimo corretaje.
—¡Cómo, caballero!, nada más justo —exclamó el señor de Boville —. El derecho de comisión suele ser un uno y medio por ciento, ¿quiere el dos? ¿Quiere el tres? ¿Quiere el cinco? ¿Quiere más? Dígame si quiere más.
—Caballero —repuso sonriendo el inglés—, yo, como mis principales, no hago negocios de esa clase; mi corretaje es de otra especie.
—Hable, pues.
—¿Es inspector de cárceles?
—Hace más de catorce años.
—¿Tiene libros de entradas y salidas?
—Sin duda alguna.
—¿En esos libros deben constar las notas relativas a los presos?
—Cada preso tiene las suyas.
—Pues oiga, caballero: me eduqué en Roma por un abate, un pobre diablo, que desapareció de la noche a la mañana. Después supe que estuvo preso en el castillo de If, y quisiera enterarme de los detalles de su muerte.

—¿Cómo se llamaba?
—El abate Faria.
—¡Ah! le recuerdo muy bien —exclamó el señor de Boville—. Estaba loco.
—Eso decían.
—¡Oh!, sí que lo estaba.
—Es posible. ¿Y cuál era su manía?
—Se imaginaba tener noticia de un tesoro inmenso, y ofrecía al gobierno sumas incalculables si accedían a ponerle en libertad.
—¡Pobre diablo! ¿De modo que ha muerto?
—Hace cinco o seis meses; en febrero último.
—Buena memoria tiene, caballero, pues así recuerda las fechas.
—Recuerdo esta, porque la muerte del abate fue seguida de un extraño suceso.
—¿Se puede saber qué suceso fue ese? —preguntó el inglés con tal expresión de curiosidad que hubiera sorprendido a un observador el hallarla en su rostro flemático.
—¡Oh!, sí, caballero. Figúrese que el calabozo del abate distaba cuarenta y cinco o cincuenta pasos del de un antiguo agente bonapartista, uno de aquellos que más habían contribuido a la vuelta del usurpador en 1815, hombre muy audaz y muy peligroso...
—¿De veras? —inquirió el inglés.
—Sí —respondió el señor de Boville—. Yo mismo tuve ocasión de verle en 1816 o 1817; por cierto que solo con un piquete de soldados me atreví a bajar a su calabozo. ¡Qué impresión tan profunda me causó aquel hombre! Jamás olvidaré su rostro.
El inglés sonrió imperceptiblemente. Luego preguntó:
—¿Decía, caballero, que los dos calabozos...?
—Solo distaban cincuenta pies uno del otro; pero, según parece, el tal Edmundo Dantés...
—¿De modo que aquel hombre peligroso se llamaba...?
—Edmundo Dantés. Pues parece que el tal Edmundo Dantés se había procurado herramientas, o las había construido él mismo, pues se descubrió una galería subterránea, por donde los dos presos se comunicaban.
—Ese subterráneo tendría un objeto, sin duda, ¿el de escaparse?

—Justamente; pero, por desdicha de los presos, el abate Faria fue acometido de una catalepsia y murió.

—Comprendo. Eso debió frustrar los proyectos de fuga.

—Para el muerto, sí, mas no para el vivo —repuso el señor de Boville—. En esta desgracia halló, por el contrario, Dantés un medio de apresurar su fuga. Se imaginó, sin duda, que los presos que mueren en el castillo de If se entierran en un cementerio como los comunes, y trasladó al difunto a su calabozo, ocupó su lugar en el saco en que se le había metido, esperando la hora del entierro.

—Era un medio que indicaba valor —repuso el inglés.

—¡Oh!, ya le dije, caballero, que era un hombre muy peligroso. Por fortuna, él mismo libró al gobierno de los temores que le inspiraba.

—¿Cómo?

—¿No lo comprende?

—No.

—El castillo de If no tiene cementerio, sino que sencillamente arrojan los muertos al mar, atándoles a los pies una bala de a treinta y seis.

—¿Y qué... ? —añadió el inglés, como si no acabara de entender.

—Que lo arrojaron al mar con una bala de a treinta y seis.

—¿De veras? —exclamó el inglés.

—Sí, caballero. Ya se puede figurar cuánta debió de ser la sorpresa del fugitivo al sentirse precipitado desde aquella altura. Cualquier cosa daría por haber visto su cara en aquel momento.

—No habría sido fácil.

—No importa —contestó el señor de Boville, a quien la idea de recobrar sus doscientos mil francos ponía de buen humor—. No importa; me la estoy imaginando.

Y se echó a reír.

—Yo también —añadió el inglés.

Y también se echó a reír, pero como ríen los ingleses, de dientes para afuera.

—Según eso —añadió el inglés, que fue el primero en recobrar su sangre fría—, según eso, ¿el fugitivo se ahogó?

—¡Toma!

—De suerte que el gobernador del castillo de If se libró al mismo

tiempo del preso furioso y del preso loco.
—Exacto.
—¿Ese suceso debe constar por algún documento?
—Sí, sí, por un acta de defunción. Ya comprenderá que a la familia de Dantés, en caso de que la tenga, podría interesarle averiguar si estaba muerto o vivo.
—De modo que si le heredan, pueden gozarlo tranquilamente. Está muerto y bien muerto.
—¡Vaya! Hasta se les expedirá certificación el día que la quieran.
—Desde luego —respondió el inglés—. Pero volvamos a los registros.
—Es verdad. Esta historia nos ha hecho divagar un tanto. Discúlpeme.
—¿Por qué? ¿Por la historia? Al contrario, me ha parecido curiosísima.
—Y lo es, en efecto. ¿De modo que desea, caballero, examinar todo lo relativo a su pobre abate, que era la dulzura personificada?
—Tendré mucho gusto.
—Pasemos a mi despacho y le complaceré.
Ambos pasaron al despacho del señor de Boville. En él todo respiraba orden y arreglo. Cada libro tenía su número, cada nota ocupaba su lugar. El inspector hizo que el inglés se sentase en su propio sillón, poniéndole delante el libro y las notas referentes al castillo de If, y dejándole en completa libertad de examinarlas, y él se sentó en un rincón a leer un periódico.
El inglés encontró en seguida lo que buscaba, pero sin duda le habría interesado mucho la historia que le contó el señor de Boville, pues habiendo recorrido muy por encima el registro de Faria, prosiguió hojeando hasta dar con el de Edmundo Dantés. Allí también cada documento lo halló en su sitio. La denuncia, el interrogatorio, la solicitud de Morrel y el informe de Villefort. Dobló con cuidado la denuncia, la guardó en el bolsillo, llegó al interrogatorio, y viendo que no se nombraba siquiera al señor Noirtier, examinó la solicitud del 10 de abril de 1815, en que por consejos del sustituto, Morrel exageraba, con la mejor intención, pues reinaba entonces Napoleón, los servicios de Dantés a la causa

imperial, corroborados por la certificación de Villefort. Ahora lo comprendió todo claramente. Guardando Villefort la solicitud de Morrel había hecho de ella un arma poderosa bajo la segunda Restauración.

Ya no tuvo, pues, ninguna sorpresa al hallar esta nota en el registro, al margen de su nombre:

Edmundo Dantés: Bonapartista acérrimo. Ha tomado una parte muy activa en la vuelta de Napoleón.

Se le ha de tener muy vigilado y bajo la más rigurosa incomunicación.

Debajo de estas líneas había escrito, con diferente clase de letra:

Vista la nota anterior, nada se puede hacer por él.

Solo comparando la letra del margen con la de la recomendación puesta a la solicitud de Morrel, pudo convencerse de que las dos eran iguales, es decir, ambas de Villefort.

Respecto a la última nota, comprendió el inglés que habría sido escrita por algún inspector, a quien Edmundo inspirara un interés pasajero, interés que se desvaneció ante lo terminante y expresivo de la nota marginal.

Ya hemos dicho que, por discreción, el inspector se había puesto a leer aparte *La Bandera Blanca,* por no molestar al discípulo del abate Faria, y por esto no pudo verle doblar y guardarse la denuncia, escrita por Danglars bajo el emparrado de la Reserva, con un sello del correo de Marsella del 27 de febrero, a las seis de la tarde.

Sin embargo, hemos de añadir que aunque lo hubiera visto, daba tan poca importancia a aquel papel, y tanta a sus doscientos mil francos, que no se hubiera opuesto a que se lo llevara.

—Gracias —dijo el inglés, cerrando el libro de repente—. Ya he terminado y ahora debo cumplir mi promesa. Hágame un simple endoso de su crédito, declarando haber recibido el importe, y voy a contarle el dinero.

Y cediendo su sillón al señor de Boville, que se apresuró a hacer el endoso y el recibo, el inglés empezó a contar billetes de banco en el otro extremo de la mesa.

Capítulo seis:
Morrel e hijos

El que hubiera abandonado Marsella algunos años antes, conociendo a fondo la casa de Morrel, y hubiese vuelto en la época a que hemos llegado con nuestros lectores, la habría encontrado muy cambiada.

En vez de ese aroma de vida, de felicidad y de holgura que exhalan, por decirlo así, las casas en estado próspero, en lugar de aquellos alegres rostros que se veían detrás de los visillos de los cristales, en vez de aquellos corredores atareados que cruzaban por los pasillos con la pluma detrás de la oreja, en vez de aquel patio lleno de fardos, retumbando a los gritos y a las carcajadas de los mozos, hallara a primera vista un no sé qué de triste, un no sé qué de muerto.

En aquellas oficinas solo quedaban dos de los numerosos empleados. Uno era un joven de veintitrés o veinticuatro años, llamado Manuel Raymond, que enamorado de la hija de Morrel, permanecía en el escritorio, a pesar de todos los esfuerzos que hacía en contrario su familia. El otro era un viejo empleado en la caja; tenía por apodo Cocles, apodo que le habían dado los jóvenes que en otro tiempo henchían aquella casa poco menos que desierta, y apodo en fin, que había sustituido tan por completo a su propio nombre, que según todas las probabilidades no habría vuelto ahora la cabeza si le llamaran por aquel.

Cocles permanecía al servicio del señor Morrel, habiéndose verificado en la situación de aquel hombre un cambio muy singular. Había ascendido a cajero y descendido a criado. No por esto dejaba de ser siempre el mismo Cocles, bueno, leal, sufrido, pero inflexible en cuanto a la aritmética, en lo cual se las tenía tiesas hasta con el mismo señor Morrel, aunque no conociese otra teoría que su tabla de Pitágoras, que se sabía de memoria, ya de corrido, ya salteado, y a pesar de cuantas artimañas se emplearan para hacerle cometer un error.

Cocles era el único que se mostraba impertérrito en medio de la

general desgracia que pesaba sobre la casa de Morrel, pero no se juzgue mal de esta impasibilidad, que no era falta de cariño, sino todo lo contrario, una convicción invencible.

Así como las ratas, que según dicen, van abandonando poco a poco el buque sentenciado de antemano por las borrascas a irse a pique, así como estos animales egoístas cuando leva el ancla ya lo han abandonado del todo, así la turba de agentes y corredores que vivía de la casa del armador, habían ido poco a poco desertando del despacho y de los almacenes como ya se ha dicho, pero Cocles los vio marcharse sin pensar siquiera en la causa. Todo en él, repetimos, se reducía a cuestión de números, y como en los veinte años que llevaba en el escritorio de Morrel había visto siempre efectuarse los pagos con tanta exactitud, no comprendía que pudiera faltar aquella exactitud, ni suspenderse aquellos pagos, como el molinero que posee un molino en un río muy caudaloso no comprende que pueda secarse el río. Hasta la fecha, en efecto, nada había podido destruir la creencia de Cocles. Los pagos del fin del mes anterior se efectuaron con rigurosa puntualidad. Cocles había rectificado una equivocación de ochenta sueldos cometida por el naviero contra su bolsillo, y el mismo día se los había devuelto. Morrel, con una sonrisa melancólica, los tomó y los echó en un cajón casi vacío, diciéndole:

—Bien, Cocles: es usted el *non plus ultra* de los cajeros.

Y Cocles se marchó reventando de orgullo, porque un elogio del señor Morrel, el *non plus ultra* de los hombres honrados de Marsella, lo apreciaba más que una gratificación de cincuenta escudos.

Pero desde ese fin de mes tan glorioso, había pasado el señor Morrel horas muy crueles. Para atender a aquellos pagos agotó todos sus recursos, y hasta había hecho personalmente un viaje a la feria de Beaucaire a vender algunas alhajas de su mujer y de su hija y una parte de su plata, temeroso de que el recurrir en Marsella a tales extremos hiciera dar por segura su ruina. Con tal sacrificio pudo salir del apuro la casa de Morrel, pero la caja quedó completamente exhausta.

Con su habitual egoísmo, el crédito iba alejándose de ella por los rumores que circulaban, y para hacer frente a los cien mil francos

del señor de Boville a mediados del mes actual, y a otros cien mil que iban a vencer el 15 del mes siguientes, no contaba en verdad el señor Morrel sino con la vuelta de El Faraón, cuya salida había anunciado un buque que acababa de llegar, y que había salido al propio tiempo que él.

Pero la llegada de este buque, procedente, como El Faraón, de Calcuta, fue quince días atrás, mientras que de El Faraón no se tenía noticia alguna.

Este era el estado de la casa de Morrel e hijos, cuando en la misma mañana en que hemos dicho ajustó con el señor de Boville su importantísimo negocio el agente de Thomson y French, de Roma, se presentó en casa del señor Morrel.

Manuel salió a recibirlo, y como toda cara nueva le asustaba, porque en cada cara nueva veía un nuevo acreedor que inquieto por la fortuna de la casa venía a sondear al comerciante, Manuel, repetimos, quiso evitar esta visita al señor Morrel, e hizo mil preguntas al recién venido, el cual le manifestó que nada podía decir al señor Manuel, pues necesitaba entenderse con el señor Morrel en persona.

Llamó el joven suspirando a Cocles, que apareció al punto, recibiendo la orden de llevar al extranjero al gabinete del naviero. Cocles salió y el extranjero lo siguió.

En la escalera tropezaron con una joven muy linda, de dieciséis a diecisiete años, que miró al extranjero con visible inquietud. Cocles no reparó en esta mirada, pero sí, al parecer, el extranjero.

—El señor Morrel está en su despacho, señorita Julia, ¿no es verdad? —le preguntó el cajero.

—Sí..., creo que sí —respondió la joven vacilando—. Cerciórese antes, Cocles, y si está, anuncie a este caballero.

—Será inútil anunciarme, señorita; el señor Morrel no conoce mi nombre —respondió el inglés—. Este caballero solo tiene que decir que soy el comisionista principal de la casa Thomson y French, de Roma, con la cual está en relaciones la de su padre.

La joven se puso pálida y siguió bajando, mientras Cocles y el extranjero seguían subiendo. Ella entró en el despacho de Manuel, y Cocles, con una llave que poseía para entrar a todas horas en el de

su amo, abrió una puerta situada en un rincón del rellano del piso segundo, condujo al extranjero a una antesala, abrió otra puerta, que volvió a cerrar detrás de sí, y dejando un instante a solas al comisionado de la casa de Thomson y French, regresó al punto, haciéndole señas de que podía entrar.

Halló el inglés al señor Morrel sentado delante de una mesa, palideciendo al contemplar las columnas de números de su pasivo.

Al ver al extranjero, cerró el señor Morrel el libro de caja y se levantó para acercar una silla; cuando lo vio sentado, se volvió él también a sentar.

Catorce años habían cambiado al digno negociante a quien conocimos de edad de treinta y seis al principio de esta historia. Ahora rondaba los cincuenta; sus cabellos habían encanecido, su frente, poblada de melancólicas arrugas, y su mirada, en otro tiempo tan firme, era a la sazón irresoluta y vaga, como si temiera a cada momento verse obligado a bajarla ante una idea o ante un hombre.

El inglés lo contempló con un sentimiento de curiosidad mezclado de interés.

—Caballero —le dijo Morrel, a quien parecía molestar el examen de que estaba siendo objeto—. Caballero, ¿desea hablarme?

—Sí, señor. Sabe de parte de quién vengo, ¿no es verdad?

—De parte de la casa Thomson y French, según me ha dicho mi cajero.

—Le ha dicho la verdad. En todo este mes y el próximo necesita la casa de Thomson y French pagar en Francia unos cuatrocientos mil francos, y conociendo su probidad, ha reunido todo el papel que corría suyo, encargándome que lo hiciera efectivo a medida que venciera.

Morrel exhaló profundamente y se pasó la mano por la frente, cubierta de sudor.

—¿Entonces tiene pagarés míos? —le preguntó al inglés.

—Sí, caballero, pagarés que importan una suma considerable.

—¿Cuánto? —preguntó Morrel con acento que en vano quería que pareciese firme.

—Ahí los tiene —respondió el inglés sacando un legajo de su bolsillo—. Aquí tiene un endoso de doscientos mil francos hecho a

nuestra casa por el señor de Boville, inspector de cárceles. ¿Reconoce deber esta cantidad al señor de Boville?

—Sí, caballero. Son unos fondos que colocó en mi casa al cuatro y medio por ciento hará pronto cinco años.

—¿Y debe reembolsársela...?

—La mitad el 15 de este mes, y la otra mitad el 15 del próximo.

—Muy bien. Vea ahora valores importantes: treinta y dos mil quinientos francos, pagaderos a fin de este mes. Son pagarés suyos que nos han traspasado sus tenedores.

—Los reconozco —dijo Morrel, poniéndose colorado de vergüenza al pensar que por primera vez en su vida no podría hacer honor a su firma—. ¿Es esto todo?

—No, caballero, que tengo aún unos cincuenta y cinco mil francos, traspasados a nuestra casa por las de Pascal y Wild y Turner de Marsella. Importan estas sumas doscientos ochenta y siete mil quinientos francos.

Era indescriptible lo que estaba sufriendo en aquellos momentos el pobre Morrel.

—¡Doscientos ochenta y siete mil quinientos francos! —repitió maquinalmente.

—Sí, señor —repuso el comisionista—. Ahora, pues —prosiguió después de una breve pausa—, no debo ocultarle, señor Morrel, que aun reconociendo su probidad sin tacha hasta el presente, se dice por Marsella que no está en disposición de hacer frente a sus créditos.

A esta salida casi brutal, palideció Morrel.

—Caballero —dijo—, hasta el presente, y hace ya veinticuatro años que recibí la casa de manos de mi padre, que a su vez la había regentado treinta y cinco, hasta el presente ni una firma de Morrel e hijos se ha desairado en mi caja.

—Ya lo sé —respondió el inglés—, pero hábleme de hombre honrado a hombre honrado: ¿pagará estas con la misma exactitud?

Morrel se estremeció, mirando al que le hablaba así con una firmeza que antes no había tenido.

—A preguntas hechas con tal franqueza hay que responder necesariamente de la misma manera. Caballero, pagaré si mi buque

llega sano y salvo, como espero, pues con su llegada recobraré el crédito que me han quitado las desgracias de que he sido víctima, pero si me faltase El Faraón, si me faltase mi último recurso...

Las lágrimas se agolparon a los ojos del desdichado armador.

—¿De modo que si le faltase ese último recurso...? —le preguntó su interlocutor.

—Pues bien —repuso Morrel—, mucho me cuesta decirlo..., pero acostumbrado ya a la desgracia, necesito acostumbrarme también a la vergüenza... Pues bien..., me parece que me vería en la precisión de suspender los pagos...

—¿No cuenta con amigos que puedan ayudarlo en esta ocasión?

Morrel sonrió con tristeza.

—Bien sabe, caballero —contestó—, que en el comercio no hay amigos, sino socios.

—Es cierto —murmuró el inglés—. ¿Luego no tiene más que una esperanza?

—Una sola.

—¿Que es la última?

—La última.

—De suerte que si le sale defraudada...

—¡Estoy perdido, caballero, completamente perdido!

—Cuando yo me dirigía a su casa, entraba un buque en el puerto.

—Ya lo sé. Un joven que me ha permanecido fiel, a pesar de mi desgracia, pasa mucha parte del día en un mirador de esta casa, con la idea de poder traerme alguna buena noticia. Por él me enteré de que había llegado ese navío.

—¿Y no es el suyo?

—No, es La Gironda, buque bordelés, que viene también de la India, como el mío.

—Tal vez haya visto a El Faraón y le traiga noticias suyas.

—¿Quiere que le diga una cosa, caballero? Casi tanto temo saber noticias de mi bergantín, como estar en incertidumbre... la incertidumbre encierra algo de esperanza.

Luego añadió el señor Morrel con voz sorda:

—Esta tardanza no es natural. El Faraón salió de Calcuta el 5 de febrero, hace más de un mes que debía haber llegado.

—¿Qué es eso? —dijo el inglés aplicando el oído—. ¿Qué es ese barullo?

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ocurrirá ahora? —exclamó Morrel, palideciendo.

En efecto, en la escalera se oía un ruido extraordinario, gentes que iban y venían y hasta lamentos y suspiros. Se levantó Morrel para abrir la puerta, pero le faltaron las fuerzas, y volvió a caer sobre su sillón. Los dos hombres estaban frente a frente. Morrel temblando de pies a cabeza, el extranjero mirándole con profunda compasión. Aunque había cesado el ruido, Morrel al parecer aguardaba alguna cosa. En efecto, el ruido debía tener su causa y además un resultado. Al extranjero le pareció oír que subían muy quedito la escalera, y que los pasos, que eran como de muchas personas, se paraban en el descansillo.

Alguien introdujo una llave en la cerradura de la primera puerta, cuyos goznes se oyeron rechinar.

—Solo dos personas tienen la llave de esa puerta: Cocles y Julia —murmuró el naviero.

Al mismo tiempo se abrió la segunda puerta, apareciendo la joven, pálida y bañada en llanto. Morrel se levantó temblando de su asiento, teniendo que apoyarse en el brazo de su sillón para no caer. Quería preguntar, pero le faltaba la voz.

—¡Oh, padre mío! —dijo la joven juntando las dos manos—, perdone a su hija el ser portadora de una triste nueva.

Morrel palideció intensamente y Julia se echó en sus brazos.

—¡Oh, padre mío! ¡Padre mío! —murmuraba—. ¡Valor!

—¿De modo que El Faraón se ha perdido? —balbució Morrel.

La joven no respondió, pero con la cabeza, que reclinaba en el seno de su padre, hizo una señal afirmativa.

—¿Y la tripulación? —inquirió Morrel.

—Se ha salvado —respondió la joven—. La ha salvado el navío bordelés que acaba de llegar.

El bueno del señor Morrel levantó las manos al cielo, con un sublime ademán de gratitud y resignación.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó—. Al menos solo me hiere a mí con este golpe.

No obstante su impasibilidad, el inglés se sintió afectado por la escena; una lágrima humedeció sus ojos.

—Entren —añadió Morrel—, entren, pues me presumo que están todos en la puerta.

En efecto, pronunciadas apenas estas palabras, apareció sollozando la señora Morrel, seguida de Manuel. En el fondo de la antecámara se percibían las rudas facciones de siete a ocho marineros medio desnudos.

La vista de estos hombres hizo estremecerse al inglés. Dio un paso como para salirles al encuentro, pero se detuvo, ocultándose, por el contrario, en el rincón más oscuro del gabinete. La señora Morrel fue a sentarse en el sillón, cogiendo una de las manos de su marido, mientras Julia reclinaba la cabeza sobre el pecho de su padre. Manuel se había quedado en medio de la estancia, como lazo que uniese a la familia de Morrel y a los marineros de la puerta.

—¿Cómo sucedió? —preguntó el naviero.

—Acérquese, Penelón —dijo el joven—, y cuénteme cómo ocurrió la desgracia.

Un marinero viejo, tostado por el sol del ecuador, se adelantó dando vueltas entre sus manos a los restos de su sombrero.

—Buenos días, señor Morrel —dijo, como si hubiera salido de Marsella la víspera o si llegase de Aix o de Tolón.

—Buenos días, amigo —contestó Morrel, no pudiendo menos de sonreír, a pesar de sus lágrimas—. Pero ¿dónde está el capitán?

—Por lo que al capitán se refiere, señor Morrel, se ha quedado enfermo en Palma, pero si Dios quiere, aquello no será nada, y dentro de pocos días le verá volver tan bueno y sano como usted y como yo.

—Está bien... Hable ahora, Penelón.

Penelón mudó la mascada de tabaco del carrillo derecho al carrillo izquierdo, se puso la mano sobre la boca, volvió la cabeza para arrojar a la antesala una gran dosis de saliva negruzca, adelantó una pierna y contoneándose dijo:

—Poco antes del naufragio, señor Morrel, estábamos así como quien dice entre el cabo Blanco y el cabo Bojador, con una buena brisa sudsudoeste tras ocho días de calma y contraventeo, cuando

el capitán Gaumard se me arrima, porque yo estaba en el timón, y me dice: “Compadre Penelón, ¿qué me dices de aquellas nubes que se van formando allá abajo?” Justamente yo las atisbaba en aquel momento.

»—¿Lo que yo le digo, capitán? Pues creo que suben más de prisa que lo que deben y que son más negras que lo que conviene a nubes de buena intención.

»—Yo también opino lo mismo —me respondió el capitán—, y voy a tomar mis precauciones. Tenemos muchas velas para el viento que correrá pronto... ¡Atención! ¡Eh! ¡Cierren las escotillas! ¡Halen los foques!

»Ya era tiempo. No bien se había ejecutado la orden, cuando el aire se nos echó encima, poniendo al buque de costado.

»—Bueno —dijo el capitán—, todavía tenemos mucha vela. ¡Carga la grande!

»—Seis minutos más tarde estaba cargada la vela mayor, y navegábamos con la mesana, las gavias y los juanetes.

»—¿Qué es eso, compadre Penelón? —me dijo el capitán—. ¿Por qué mueves la cabeza?

»—Porque en su lugar, es un decir, yo no haría tan poca cosa.

»—Me parece que tienes razón, perro viejo —me contestó—; vamos a tener una bocanada de aire.

»—¡Ah, capitán! —le respondí—. El que cambiara una bocanada de aire por aquello que pasa allá abajo, no saldría perdiendo, a buen seguro. Es una tempestad en regla, o yo soy un topo.

»Es como si dijéramos que se veía venir el viento como se ve venir el polvo en Montedrón. Por suerte se las había cara a cara con un hombre bien templado.

»—¡Cada cual a su puesto! —gritó el capitán—. ¡Cojan dos rizos a las gavias! ¡Larguen las bolinas! ¡Brazas al aire! ¡Recojan las gavias! ¡Pasen los palanquines por las vergas!

—Poco era eso aún para aquellos sitios —dijo el inglés—. En su lugar yo habría cogido cuatro rizos, y me habría deshecho de la mesana.

Aquella voz firme, inesperada y sonora, estremeció a todo el mundo. El marino miró al que con tanto aplomo criticaba las

maniobras de su capitán.

—Hicimos otra cosa, caballero —le contestó con algún respeto—. Cargamos la mesana y pusimos el timón al viento, para dejarnos llevar de la borrasca. Diez minutos más tarde, cargadas también las gavias, navegábamos a palo seco.

—Muy viejo era el buque para atreverse a tanto —dijo el inglés.

—Eso fue precisamente lo que nos perdió. Hacía ya doce horas que andábamos de aquí para allá dados a los demonios, cuando el barco empezó a hacer agua.

»—Penelón, viejo mío —me dijo el capitán—, me parece que nos vamos a fondo. Dame el timón, y baja a la sentina.

»Le di el timón, bajé en efecto... ya había tres pies de agua... Vuelvo a subir gritando: ¡A las bombas! ¡A las bombas! —aunque era ya un poco tarde. Pusimos manos a la obra, pero cuanta más agua sacábamos más entraba.

»—¡Ah! —dije al cabo de cuatro horas de trabajo—, puesto que nos vamos a fondo, dejémonos ir, que solo una vez se muere".

»—¿De ese modo das el ejemplo, maese Penelón? —me dijo el capitán—. Espera, espera un poco.

»Y se fue a su camarote a coger un par de pistolas y salió diciendo:

»—Al primero que se aparte de la bomba le pego un tiro.

—Bien hecho —dijo el inglés.

—Nada hay que reanime tanto como las buenas razones —prosiguió el marinero—, sin contar que en este intervalo el tiempo se había ido aclarando y calmándose el aire. Sin embargo, el agua no cesaba de subir, poco, es verdad, unas dos pulgadas por hora, pero subía. Dos pulgadas por hora, ya ve, parece cosa despreciable, pues a las doce horas suman veinticuatro pulgadas, y veinticuatro pulgadas hacen dos pies. Dos pies, con tres que ya teníamos, sumaban cinco..., ¿eh? ¿Si podrá pasar por hidrópico un buque que tiene en el estómago cinco pies de agua?

»—Vamos —dijo el capitán—, me parece que el señor Morrel no se quejará. Hemos hecho por salvar el barco cuanto estaba en nuestro poder. Pensemos ahora en salvar a los hombres. Muchachos, a la lancha, ¡pronto!

»Tienes que saber, mi amo —dijo Penelón—, nosotros queríamos mucho a El Faraón, pero por mucho que el marinero quiera a su barco, quiere más a su pellejo. Así que no nos lo dijo dos veces. Y repare que también el buque, lamentándose, parecía que nos dijese: “¡Váyanse pronto, pronto!”. Pobre, no se engañaba El Faraón. Materialmente lo sentíamos hundirse bajo nuestros pies.

»En un instante echamos la chalupa al mar, y nosotros saltamos a ella.

»El capitán fue el último, o por mejor decir no lo fue, pues no quería abandonar el navío. Yo, yo fui el que lo cogí a brazo partido, y se lo eché a mis camaradas, saltando detrás de él. Ya era tiempo. No bien había yo saltado, cuando el puente se abrió con un ruido semejante al de las bordadas de un navío de a cuarenta y ocho.

»Diez minutos después se hundió por delante, luego por detrás, se puso a dar vueltas como un perro que quiere morderse la cola, y por último..., ¡adiós, mundo...! ¡Prrrrrrum...! ¡Adiós, Faraón!

»En cuanto a nosotros, estuvimos tres días sin comer ni beber..., como que ya hablábamos de echar suertes a ver a quién le tocaba servir de alimento a los otros, cuando vislumbramos a La Gironda. Le hicimos las señales consabidas, nos vio, se dirigió a nosotros y nos echó su chalupa y nos recogió. Este es el caso, señor Morrel, tal como ha pasado, a fe de marino, bajo la palabra de honor. ¿No es verdad, muchachos?

Un murmullo general de aprobación manifestó que el orador reunía todos los sufragios, así por lo verdadero del fondo, como por lo pintoresco de la forma.

—Bien, amigos míos —dijo el señor Morrel—, fueron valientes y muy bien me figuraba yo que no tendrían la culpa de esta desgracia, sino mi destino. Es voluntad de Dios y no culpa de los hombres. Díganme ahora, ¿cuánto se les debe de sueldo?

—¡Bah!, no hablemos de eso, señor Morrel.

—Al contrario, hablemos —repuso el naviero con una triste sonrisa.

—Pues bien se nos deben tres meses —añadió Penelón.

—Entregue doscientos francos a cada uno de esos valientes, Cocles. En otros tiempos, amigos míos —prosiguió Morrel—, hubiera yo añadido: Dé a cada uno doscientos francos de

gratificación, pero estos tiempos son muy malos, amigos míos, y no me pertenece el poco dinero que me queda. Perdonen, y no por eso me quieran menos.

Penelón hizo un gesto de enternecimiento y volviéndose a sus compañeros, cambió con ellos algunas frases.

—En cuanto a eso, señor Morrel —añadió luego, trasladando al otro carrillo su mascada de tabaco, y arrojando a la antesala otro salivazo, que fue a hacer compañía al primero—, en cuanto a eso...

—¿A qué?

—Al dinero...

—Y bien, ¿qué?

—Que dicen los camaradas, señor Morrel, que por lo de ahora les bastan cincuenta francos a cada uno, que esperarán por lo demás.

—¡Gracias, amigos míos, gracias! —exclamó el naviero, conmovido hasta el fondo del alma—. ¡Qué gran corazón tienen todos! Pero tomen los doscientos francos, tómenlos, y si encuentran un buen empleo, acéptenlo, porque están sin ocupación.

Esta última frase causó una impresión singular a aquellos dignos marineros, que se miraron unos a otros con aire de espanto. Falto de respiración el viejo, por poco se traga el tabaco, pero por fortuna acudió a tiempo con su mano a la garganta.

—¿Cómo, señor Morrel, nos despide? —murmuró con voz ahogada—. ¿Está descontento de nosotros?

—No, hijos míos —contestó Morrel—, sino todo lo contrario. No les despido..., pero... ¿qué quiere?, ya no tengo barcos, ya no necesito marineros.

—¿Que no tiene barcos? —dijo Penelón—. Pues construirá otros..., esperaremos. Gracias a Dios, ya sabemos lo que es esperar.

—No tengo dinero para construir otros, Penelón —repuso Morrel con su melancólica sonrisa—; por lo tanto no puedo aceptar su oferta, aunque me sea muy satisfactoria.

—Pues si no tiene dinero, no debe pagarnos. Haremos como el pobre Faraón, navegar a palo seco.

—Callen, callen, amigos míos —respondió Morrel con voz entrecortada por la emoción—. Les ruego que acepten ese dinero.

Ya nos volveremos a ver en mejores circunstancias. Manuel, acompáñelos —añadió—, y haga que se cumplan mis deseos.

—¿Volveremos a vernos, señor Morrel? —dijo Penelón.

—Sí, amigos míos, por lo menos así lo espero. Váyanse.

E hizo una señal a Cocles, que salió delante, seguido de los marineros y de Manuel.

—Ahora —dijo el armador a su mujer y a su hija—, déjenme solo un instante, que tengo que hablar con este caballero.

Y con la mirada indicaba al comisionista de la casa de Thomson y French, que durante la escena había permanecido inmóvil y de pie en un rincón, sin tomar otra parte en ella que las palabras que ya hemos dicho.

Las dos mujeres miraron al extranjero, de quien ya se habían olvidado completamente, y al retirarse la joven le dirigió una mirada de súplica, mirada a la que él contestó con una sonrisa que parecía imposible en aquel semblante de hielo.

Los dos hombres quedaron a solas.

—Venga, caballero —dijo Morrel dejándose caer de nuevo en su sillón—, ¡ya lo ha visto! ¡Ya lo ha oído! Nada tengo que añadir.

—Ya he visto, caballero —respondió el inglés—, que le viene otra desgracia, tan inmerecida como las anteriores. Esto me afirma más y más en mi propósito de serle útil.

—¡Oh, caballero! —murmuró Morrel.

—Veamos —prosiguió el comisionista—. Yo soy uno de sus principales acreedores, ¿no es cierto?

—Es al menos el que posee créditos a plazo más corto.

—¿Desea una prórroga para pagarme?

—Una prórroga me podría salvar el honor, y por lo tanto la vida —repuso Morrel.

—¿De cuánto tiempo la quiere?

Morrel, vacilante, dijo:

—De dos meses.

—Le concedo tres —respondió el extranjero.

—¿Pero cree que la casa de Thomson y French...?

—Eso corre de mi cuenta. Hoy estamos a 5 de junio.

—Sí.

—Renuéveme entonces todo ese papel para el 5 de septiembre a las once de la mañana. A esa hora vendré a buscarlo. (El reloj marcaba en aquel momento las once de la mañana).

—Lo esperaré, caballero —dijo Morrel—, y usted quedará pagado, o muerto yo.

Se renovaron los pagarés, se rompieron los antiguos, y el desgraciado naviero tuvo por lo menos tres meses de respiro para allegar sus últimos recursos.

Acogió el inglés sus muestras de gratitud con la flema peculiar a los de su nación, y se despidió de Morrel, que lo acompañó hasta la puerta, bendiciéndolo.

En la escalera encontró a Julia, que hizo como si bajara, pero que en realidad estaba esperándole.

—¡Oh, caballero! —dijo juntando las manos.

—Señorita —respondió el inglés—, si en alguna ocasión recibe una carta... firmada por... por Simbad el Marino..., efectúe al pie de la letra lo que le encargue, aunque le parezca extraño mi consejo.

—Lo haré, caballero —respondió Julia.

—¿Me promete hacerlo?

—Se lo juro.

—Bien. Adiós, entonces, señorita. Prosiga como hasta ahora, siendo tan buena hija, que confío que Dios la recompensará dándole a Manuel por marido.

Julia exhaló un grito imperceptible y se puso encarnada como una cereza, apoyándose en la pared para no caer.

El inglés prosiguió su camino, haciéndole un ademán de despedida.

En el patio halló a Penelón con un paquete de cien francos en cada mano, como dudando si debía llevárselos o no.

—Sígame, amigo mío, tengo que hablarle —le dijo.

Capítulo siete: El 5 de septiembre

El plazo concedido a Morrel por la casa de Thomson y French cuando menos lo esperaba, se le antojó al pobre naviero uno de esos vislumbres de felicidad que vienen a anunciarnos que el infortunio se ha cansado de acosarnos. Contó el mismo día el suceso a su hija, a su esposa y a Manuel, con lo que tornó al seno de la triste familia un tanto de esperanza, si no de tranquilidad, mas, por desgracia, Morrel no tenía deudas solo con la casa de Thomson y French, tan fácil de contentar. Como él mismo había dicho, en el comercio no hay amigos, sino socios.

Al pensar en aquella acción de los comerciantes de Roma, solo podía explicársela como un cálculo egoísta e inteligente a la par. Thomson y French habrían dicho para sí: "Más nos conviene sostener a un hombre que nos debe cerca de trescientos mil francos, más nos conviene cobrarlos dentro de tres meses, que no apresurar su quiebra, cobrando solamente el siete o el ocho por ciento del capital".

Desgraciadamente no pensaron de la misma manera los otros corresponsales de Morrel, sea por ceguedad, sea por envidia, y aun los hubo que obraron completamente al contrario. Con nimia exactitud fue presentándose en la caja todo el papel que tenía Morrel en circulación, y gracias al respiro concedido por el inglés, pudo pagarlos el cajero. Con esto prosiguió Cocles en su fatídica impasibilidad, pero no Morrel, que calculó con terror que, a pesar del plazo, era hombre perdido cuando tuviese que abonar los pagarés del comisionista.

La opinión de todo el comercio de Marsella era que el naviero no podría resistir tantos desastres, por lo que causó grandísima admiración ver que se habían cumplido fielmente las obligaciones de fin de mes. Con todo, no por esto volvió la casa a recobrar su crédito, pues unánimemente el público aplazó para fin del mes siguiente la quiebra.

Morrel pasó todo el mes haciendo esfuerzos increíbles para reunir todos sus recursos. En otro tiempo sus pagarés, aunque fuesen a fecha larga, eran tomados en la plaza y hasta pedidos. Procuró ahora negociar algunos de aquellos a noventa días, y halló cerradas todas las cajas. Podía contar afortunadamente con algunos ingresos

suyos propios, que se verificaron exactamente, lo que le puso en disposición de cumplir sus obligaciones de fin de julio.

Al agente de la casa de Thomson y French no se le había vuelto a ver en Marsella desde la mañana siguiente o la otra posterior a su visita al señor Morrel, y como no había tenido en Marsella relaciones sino con el alcalde, el señor Boville y el naviero, no dejó otros recuerdos que los de estas tres personas. En cuanto a los marineros de El Faraón*,* sin duda habían encontrado acomodo, porque también desaparecieron.

Repuesto ya de la enfermedad que le detuvo en Palma, volvió a Marsella el capitán Gaumard, temeroso de presentarse en casa de Morrel, pero este supo su llegada y fue en persona a buscarlo. El digno naviero conocía de antes, por la revelación de Penelón, la conducta valerosa del capitán en aquella desgracia, y él fue quien precisando de consuelos, tuvo que consolar al marino. Le llevaba además su sueldo, que el capitán no se hubiera atrevido a ir a cobrar.

Al bajar la escalera, encontró el señor Morrel a Penelón, que la subía. Al parecer había empleado bravamente sus doscientos francos, porque estaba enteramente vestido de nuevo. La presencia del naviero embarazaba un poco al digno timonel. Se retiró al rincón más apartado del descansillo, pasó alternativamente su mascada de tabaco de un carrillo a otro con ojos espantados, y no aceptó, sino muy tímidamente, el apretón de manos que le ofrecía el señor Morrel con su acostumbrada cordialidad. A la elegancia de su traje atribuyó Morrel la turbación del marinero. Sin duda que no habría costeado él atavío tan lujoso. Tal vez estaba ya enrolado en otro buque, y se avergonzaba de no haber llevado más largo tiempo el luto de El Faraón, si se nos permite la frase. Quizás habría también venido a anunciar su nuevo empleo al capitán Gaumard, o a hacerle alguna proposición de su nuevo amo.

—¡Buenas gentes! —dijo Morrel alejándose—. Ojalá su nuevo dueño les ame como yo les amaba y sea más feliz que yo.

Morrel pasó el mes de agosto haciendo mil tentativas para recobrar su crédito antiguo, o ganarse otro nuevo. El 20 de agosto se supo en Marsella que había tomado un asiento en el correo, y se dijo que

decididamente se declararía en quiebra a fin de mes, y partía anticipadamente para no asistir a este acto cruel, encomendado sin duda a su oficial primero, Manuel, y a su cajero, Cocles. Pero, contra todos los agüeros, el 31 de agosto se abrió la oficina, como de costumbre, apareciendo detrás de la verja Cocles, tranquilo como el justo de Horacio, examinando con su escrupulosidad característica el papel que se le presentaba y pagándolo todo con la misma escrupulosidad. Hasta giros se presentaron que pagó el cajero con la misma exactitud que si fueran pagarés. Los murmuradores se hacían cruces, y con esa tenacidad común a los profetas de desgracias, aplazaban la quiebra para fin de septiembre.

El día primero llegó Morrel. Le esperaba toda su familia, presa de la mayor ansiedad, porque aquel viaje a París era su último recurso. Morrel se había acordado de Danglars, entonces millonario, y en otro tiempo su protegido, puesto que por su recomendación entró en casa del banquero español, donde había empezado a labrar su fortuna. Danglars tenía, al decir de la gente, siete a ocho millones, y un crédito ilimitado, con que habría podido salvar a Morrel sin gastar un escudo, solo con garantizarle un empréstito.

Hacía mucho tiempo que Morrel pensaba en Danglars, pero existen antipatías instintivas, imposibles de vencer, y mientras le alentaron otras esperanzas, renunció a este supremo recurso. Tuvo razón Morrel, porque volvía de París humillado con una negativa.

Sin embargo, no exhaló una queja. Abrazó llorando a su mujer y a su hija, tendió a Manuel una mano, y se encerró con Cocles en su gabinete del piso segundo.

—¡Ahora sí que nuestro mal no tiene remedio! —dijeron las dos mujeres a Manuel.

Entonces se reunieron y decidieron que Julia escribiese a su hermano pidiéndole que viniera al instante. Se hallaba en Nimes de guarnición.

Las pobres mujeres comprendían instintivamente cuán necesarias les eran todas sus fuerzas para resistir el golpe que les amenazaba.

Maximiliano, además, aunque apenas contaba veintidós años, ejercía ya sobre su padre una gran influencia. Maximiliano Morrel era un joven de carácter firme y recto. Cuando llegó a la edad de

elegir carrera, como su padre no había querido imponerle ninguna para que siguiese su inclinación, eligió la militar, efectuando por lo tanto muy notables estudios preparatorios, y entrando por oposición en la Escuela Politécnica, de la cual salió siendo subteniente del regimiento 53 de Línea. Hacía un año de esto, y ya le tenían prometido el ascenso a teniente a la primera ocasión que se presentara. En el regimiento era tenido Maximiliano por muy rígido, no solo en cuanto a los deberes militares, sino también en cuanto a los humanos, de manera que lo llamaban el estoico. No hay que decir que lo llamaban así de oídas, pues sus compañeros no sabían lo que significaba esta palabra. Tal era el joven a quien llamaban su madre y su hermana en los trances que estaban presintiendo. Y no se equivocaban, porque un instante después de haber entrado el cajero en el gabinete del armador, vio Julia salir a aquel, pálido, tembloroso y fuera de sí. Al pasar a su lado intentó preguntarle, pero el buen hombre siguió bajando la escalera con extraordinaria celeridad, contentándose con exclamar, levantando las manos al cielo:

—¡Oh, señorita! ¡Señorita! ¡Qué desgracia tan horrible! ¿Quién lo hubiera creído?

Poco después le vio subir Julita con dos o tres libros muy gruesos, una cartera y un saco de dinero.

Consultó Morrel los registros, abrió la cartera y contó el dinero. Sus existencias en caja consistían en seis a ocho mil francos, que con cuatro o cinco mil que esperaba de diversas entradas, componían, sumando muy por lo largo, un activo de catorce mil francos, para pagar doscientos ochenta y siete mil quinientos. Tampoco había medio de ofrecer ningún crédito a cuenta. Cuando subió a comer parecía estar más tranquilo, aunque esta tranquilidad asustó más a las dos mujeres que si lo vieran muy abatido.

Morrel acostumbraba después de comer ir a tomar café y a leer el periódico *El Semáforo* al círculo de los Focios, pero el día de que hablamos volvió a subir a su despacho.

El pobre Cocles estaba completamente alelado. Casi toda la mañana la pasó en el patio, sentado en una piedra, con la cabeza descubierta, aunque hacía un sol de treinta grados.

Si bien Manuel se afanaba por tranquilizar a las mujeres, le faltaban palabras y elocuencia. Estaba muy al corriente de los negocios de la casa para no conocer que amenazaba a esta una gran catástrofe.

Por la noche no se acostaron ni la madre ni la hija, con la esperanza de que Morrel entrase en su cuarto al bajar al despacho, pero le oyeron pasar por delante de la puerta acelerando el paso, sin duda temeroso de que lo llamaran. Aplicaron el oído y pudieron comprender que había entrado en su cuarto, cerrando la puerta detrás de sí. La señora Morrel mandó a Julia que se acostara, y media hora después, quitándose los zapatos, se deslizó por el corredor para ver por la cerradura lo que hacía su marido. Una sombra salía del corredor cuando ella entraba. Era Julia, que, sobresaltada también, había precedido a su madre con el mismo objeto.

La joven se unió a su madre.

—Está escribiendo —le dijo.

Las dos mujeres se habían comprendido sin hablar.

La señora Morrel se inclinó a mirar por la cerradura. Morrel escribía, en efecto, pero lo que no había advertido la hija lo advirtió la madre, y fue que el naviero escribía en papel sellado. Y esto hizo que le asaltase la terrible idea de que hacía testamento, y aunque tembló de pies a cabeza, tuvo suficiente valor para no despegar sus labios.

Al día siguiente, Morrel estaba al parecer muy tranquilo, pues fue a su despacho, como acostumbraba, bajó a almorzar como solía también y solamente después de comer fue cuando hizo a su hija sentarse a su lado, le cogió la cabeza y la estrechó fuertemente contra su corazón. Aquella tarde dijo Julia a su madre que, aunque tranquilo en apariencia, había reparado que el corazón de Morrel latía violentamente.

Los otros dos días pasaron del mismo modo. El 4 por la noche pidió Morrel a Julia la llave de su gabinete. Esto hizo temblar a la joven, pues le pareció de mal agüero. ¿Por qué le pedía su padre aquella llave, que ella había tenido siempre, y que desde su niñez no le quitaba nunca sino para castigarla?

—¿Qué he hecho yo, padre mío —le dijo, mirándolo de hito en hito —, para que así me pida esa llave?

—Nada, hija mía —respondió el desgraciado Morrel, saltándosele las lágrimas—, nada, pero la necesito.

Julia hizo como si buscara la llave.

—La habré dejado en mi cuarto —murmuró.

Y salió, pero no fue a su cuarto, sino a consultar a Manuel.

—No le des la llave a tu padre —dijo este—, y si puedes, no le abandones un solo instante mañana por la mañana.

En vano trató la joven de sonsacar a Manuel; o no sabía más o no quiso decirle más.

Toda la noche, del 4 al 5 de septiembre, la pasó la señora Morrel con el oído en la cerradura del despacho de su esposo. Hacia las tres de la mañana oyó a este pasear muy agitado por su habitación. A aquella hora fue solamente cuando se reclinó sobre la cama.

Las dos mujeres pasaron la noche juntas; esperaban a Maximiliano desde la tarde anterior. Entró a verlas Morrel a las ocho, sosegado en apariencia, pero revelando con su palidez y su abatimiento la agitación en que había pasado la noche. Ninguna de las dos mujeres se atrevió a preguntarle si había dormido bien. Nunca había estado Morrel tan bondadoso con su mujer, ni tan paternal con su hija. No se hartaba de contemplar y abrazar a la pobre niña. Recordando Julia el consejo de Manuel, quiso seguir a su padre cuando salía de la estancia, pero él, deteniéndola con dulzura, le dijo:

—Quédate con tu madre.

Julia insistió.

—Vamos, te lo ordeno —añadió Morrel.

Era la primera vez que Morrel decía a su hija “te lo ordeno”, pero lo decía con tal acento de paternal dulzura, que la joven no se atrevió a dar un paso más.

Muda e inmóvil permaneció en el mismo sitio. Un instante después se volvió a abrir la puerta y sintió que la abrazaban y besaban en la frente.

Alzó los ojos, y con una exclamación de júbilo dijo:

—¡Maximiliano! ¡Hermano mío!

A estas voces acudió la señora Morrel a arrojarse en brazos de su hijo.

—Madre mía —dijo el joven mirando alternativamente a la madre y a la hija—, ¿qué sucede? Su carta me asustó muchísimo.

—Julia —repuso la señora Morrel haciendo una señal a la joven—, ve a avisar a tu padre la llegada de Maximiliano.

La joven salió corriendo de la habitación, pero al ir a bajar la escalera la detuvo un hombre con una carta en la mano.

—¿Es usted la señorita Julia Morrel? —le dijo con un acento italiano de los más pronunciados.

—Sí, señor —respondió—, pero ¿qué quiere? ¡Yo no le conozco!

—Lea esta carta —dijo el hombre presentándosela.

Julia no se atrevía.

—Va en ella la salvación de su padre —añadió el mensajero.

Julia le arrancó la carta de las manos, y la leyó rápidamente:

Vaya en seguida a las Alamedas de Meillán, entre en la casa número 15, pida al portero la llave del piso quinto, entre, y sobre la chimenea encontrará una bolsa de torxal encarnado; tráigasela a su padre.

Conviene mucho que la tenga antes de las once.

Me ha prometido obediencia absoluta, le recuerdo su promesa.

Simbad el Marino

La joven dio un grito de alegría, y al levantar los ojos al hombre que le había traído la carta, vio que había desaparecido. Entonces quiso leerla por segunda vez, y advirtió que tenía una posdata.

Es importantísimo que vaya usted misma, y sola, pues a no ser usted quien se presente, o de ir acompañada, responderá el portero que no sabe de qué se trata.

Esta posdata hizo suspender la alegría de la joven. ¿No tendría nada que temer? ¿No sería un lazo aquella cita? Su inocencia la tenía ignorante de los peligros que corre una joven de su edad, pero no es necesario conocer el peligro para temerlo. Hasta hemos

hecho una observación, y es que los peligros ignorados son justamente los que infunden mayor terror. Julia resolvió pedir consejo, pero por un sentimiento extraño no recurrió a su madre, ni a su hermano, sino a Manuel.

Bajó a su despacho, y le contó cuanto le había sucedido el día que el comisionista de la casa de Thomson y French se presentó en la suya, y la escena de la escalera y la promesa que le había hecho, y le mostró la carta que acababa de recibir.

—Es necesario que vaya, señorita —dijo Manuel.

—¡Que vaya! —murmuró Julia.

—Sí, yo la acompañaré.

—Pero ¿no ha visto que he de ir sola?

—Irá sola —respondió el joven—. La esperaré en la esquina de la calle del Museo, y si tarda lo bastante como para parecerme sospechoso, iré a buscarla, y le aseguro que ¡ay de aquellos de quienes se quejen a mí!

—¿De modo que su opinión, Manuel, es que acuda a la cita? —añadió la joven, vacilante aún.

—Sí; ¿no le ha dicho el portador que de ello depende la salvación de su padre?

—Pero dígame siquiera qué peligro corre.

Manuel vacilaba, pero el deseo de convencer al punto a la joven, pudo más que sus escrúpulos.

—Escuche —le dijo—. Hoy estamos a 5 de septiembre, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Hoy a las once tiene que pagar su padre cerca de trescientos mil francos?

—Sí, ya lo sabemos.

Manuel dijo:

—¡Pues bien! En caja apenas hay quince mil.

—¿Y qué sucederá?

—Sucederá que si antes de las once no ha encontrado su padre alguien que le ayude a salir del apuro, tendrá que declararse en quiebra al mediodía.

—¡Oh! ¡Venga! ¡Venga! —exclamó la joven arrastrando a Manuel

tras ella.

Mientras tanto la señora Morrel se lo había contado todo a su hijo.

El joven sabía muy bien que por las desgracias sucedidas a su padre, se habían modificado mucho los gastos de la casa, pero ignoraba que se viesen próximos a tal extremo. La revelación lo anonadó. De pronto salió del aposento y bajó la escalera, creyendo que estaría su padre en el despacho, pero en vano llamó a la puerta.

Después de haber llamado inútilmente, oyó abrir una puerta de la planta baja. Era su padre, que en vez de volver directamente a su despacho, había entrado antes en su habitación, y salía ahora. Al ver a su hijo lanzó un grito, pues ignoraba su llegada, quedándose como clavado en el mismo sitio, ocultando con su brazo un bulto que llevaba debajo de su gabán. Maximiliano bajó en seguida la escalera, arrojándose al cuello de su padre, pero de pronto retrocedió, dejando, sin embargo, su mano derecha sobre el pecho de su padre.

—¡Padre mío! —le dijo, palideciendo intensamente—. ¿Por qué lleva debajo del abrigo un par de pistolas?

—¡Esto es lo que yo temía! —exclamó Morrel.

—¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Por Dios! ¿Qué significan esas armas?

—Maximiliano —respondió Morrel, mirando fijamente a su hijo—, tú eres hombre, y hombre de honor. Ven, que voy a contártelo.

Y subió a su gabinete con paso firme. Maximiliano le seguía vacilando.

Morrel abrió la puerta, y la cerró detrás de su hijo, luego atravesó la antesala y poniendo las pistolas sobre su bufete, señaló con el dedo al joven un libro abierto.

En este libro constaba exactamente el estado de la caja.

Antes de que pasase una hora tenía que pagar doscientos ochenta y siete mil quinientos francos.

—Lee —dijo simplemente.

El joven lo leyó, quedándose como petrificado.

Morrel no decía una palabra. ¿Qué hubiera podido añadir a la inexorable elocuencia de los números?

—¿Y para evitar esta desgracia hizo todo lo posible, padre mío? —

inquirió Maximiliano después de un instante.

Morrel respondió:

—Sí.

—¿No cuenta con ninguna entrada?

—Con ninguna.

—¿Agotaste todos los recursos?

—Todos.

—¿Y dentro de media hora... —prosiguió Maximiliano con acento lúgubre—, dentro de media hora quedará deshonrado nuestro nombre?

—La sangre lava la deshonra —dijo Morrel.

—Tiene razón, padre mío; lo comprendo.

Y alargando la mano a las pistolas, añadió:

—Una para usted, otra para mí. Gracias.

Morrel le contuvo.

—¿Qué será de tu madre... y de tu hermana?

Un temblor involuntario se adueñó del joven.

—¡Padre mío! —repuso—, ¿piensa lo que dice? ¿Me aconseja que viva?

—Sí; lo aconsejo, porque es tu deber. Tú tienes, Maximiliano, una inteligencia vigorosa y fría, tú no eres un hombre vulgar, Maximiliano. Nada te mando, nada te aconsejo, te digo únicamente: estudia la situación como si fueras extraño a ella, y júzgala por ti mismo.

Tras un instante de reflexión, animó los ojos del joven un fuego sublime de resignación. Con ademán lento y triste se arrancó la charretera y la capona, insignias de su grado.

—Está bien, padre mío —dijo tendiendo a Morrel la mano—, muera en paz; yo viviré.

Morrel hizo un movimiento para arrojarse a los pies de su hijo, que se lo impidió abrazándolo, con lo que aquellos dos corazones nobles confundieron sus latidos.

—Bien sabes que no es mía la culpa —dijo Morrel.

Maximiliano sonrió.

—Sé que es el hombre más honrado que yo haya conocido nunca, padre mío.

—Todo está dicho ya. Regresa ahora al lado de tu madre y de tu hermana.

—Padre mío —dijo el joven hincando una rodilla en tierra—, bendígame.

Cogió Morrel con ambas manos la cabeza de su hijo, y acercándola a sus labios la besó repetidas veces.

—Sí, sí —exclamaba a la par—, yo lo bendigo en mi nombre y en el de tres generaciones de hombres sin tacha. Escucha lo que con mi voz te dicen: "El edificio que la desgracia destruye, la Providencia puede reedificarlo". Viéndome morir de tan triste manera, los más inexorables te compadecerán; quizá lleguen a concederte a ti treguas que a mí me habrían negado. Trata entonces que nadie pronuncie la palabra pillo. Trabaja, joven, trabaja, lucha con valor y ardientemente. Procura vivir tú y que vivan tu madre y tu hermana con lo estrictamente necesario, a fin de que día por día aumente la fortuna de mis acreedores con tus ahorros. Piensa que no habría día más hermoso, ni más grande, ni más solemne, que el día de la rehabilitación, aquel día que puedas decir en este mismo despacho: "Mi padre murió porque no pudo hacer lo que yo hago hoy; pero murió tranquilo y resignado, porque esperaba de mí esta acción".

—¡Oh, padre mío! —exclamó el joven—. ¡Si pudiera vivir a pesar de todo!

—Si vivo todo se ha perdido. Viviendo yo, el interés se cambia en duda, la piedad en encarnizamiento. Viviendo yo, no soy más que un hombre que faltó a su palabra, que suspendió sus pagos; soy, en fin, un comerciante arruinado. Si muero, piénsalo bien, Maximiliano, si por el contrario, muero, seré un hombre desgraciado, pero honrado. Vivo, hasta mis mejores amigos huyen de mi casa; muerto, Marsella entera acompañará mi cadáver al cementerio; vivo, tienes que avergonzarte de mi apellido; muerto, levantas la cabeza y dices: "Soy hijo de aquel que se mató porque tuvo una vez en su vida que faltar a su palabra".

El joven exhaló un gemido, aunque estaba al parecer resignado. Era la segunda vez que el convencimiento se apoderaba, si no de su corazón, de su espíritu.

—Ahora —dijo Morrel—, déjame solo, y procura alejar de aquí a

las mujeres.

—¿No quiere ver por última vez a mi hermana? —le preguntó Maximiliano.

El joven fundaba en esta entrevista una esperanza sombría y postrera.

Morrel movió la cabeza.

—Ya la he visto esta mañana, y me he despedido de ella.

—¿No tiene que hacerme ningún encargo particular, padre mío? —le preguntó Maximiliano con voz alterada.

—Sí, hijo, un encargo sagrado.

—Diga, padre mío.

—La casa de Thomson y French es la única que por humanidad o tal vez por egoísmo, que no me es dado leer en el corazón humano, ha tenido compasión de mí. Su representante, que se presentará dentro de diez minutos a cobrar los doscientos ochenta y siete mil quinientos francos, no diré que me concedió, sino que me ofreció tres meses de plazo. Hijo mío, te encargo que sea esta casa la primera que cobre, y que sea ese hombre sagrado para ti.

—Sí, padre —respondió Maximiliano.

—Y ahora, adiós otra vez —dijo Morrel—. Vete, vete, que necesito estar solo. Encontrarás mi testamento en el armario de mi alcoba.

El joven permaneció de pie e inmóvil.

—Escucha, Maximiliano —dijo su padre—. Suponte que soy soldado como tú, que me han mandado tomar un reducto, y que sabes que han de matarme ciertamente, ¿no me dirías como hace unos instantes: “Vaya, padre mío, vaya, porque de otro modo se deshonra, y más vale la muerte que la deshonra”?

—Sí, sí —dijo el joven— sí.

Y estrechando convulsivamente a su padre entre sus brazos, añadió:

—Vaya, padre mío, vaya.

Y salió del gabinete precipitadamente.

Después de la marcha de su hijo permaneció el naviero en pie, con los ojos fijos en la puerta. Entonces alargó la mano y tiró del cordón de la campanilla.

Al cabo de unos momentos apareció Cocles. Ya no era el mismo

hombre. Aquellos tres días lo habían transformado. El pensamiento de que la casa Morrel iba a suspender sus pagos le inclinaba a la tierra más que otros veinte años sobre los que tenía de edad.

—Mi buen Cocles —le dijo Morrel con un acento imposible de describir—. Mi buen Cocles, vas a quedarte en la antecámara, y cuando venga aquel caballero de hace tres meses, ya le conoces, el representante de la casa de Thomson y French, cuando venga... me lo anuncias.

Cocles no respondió: hizo con la cabeza una señal de asentimiento y fue a sentarse en la antesala. Morrel se dejó caer en una silla, sus ojos se fijaron en la esfera del reloj. ¡Solo le quedaban siete minutos! El minutero andaba con una rapidez increíble. Se imaginaba que la sentía.

Lo que en aquel supremo instante pensó aquel hombre, que joven aún iba a abandonar el mundo, la vida y las dulzuras de la familia, fundado en un razonamiento falso quizá, pero al menos engañoso, lo que pensó, repetimos, es imposible de describir. Estaba resignado, a pesar de que su frente estaba bañada en sudor, aunque sus ojos se bañaran de lágrimas, estaba resignado.

El minutero seguía avanzando siempre, las pistolas estaban cargadas, alargó la mano y tomó una, murmurando el nombre de su hija. Después dejó el arma mortal, cogió la pluma y se puso a escribir algunas palabras. Le parecía entonces que no se había despedido de su querida hija. Luego se volvió a mirar el reloj. Ya no contaba los minutos, sino los segundos. Con la boca entreabierta y los ojos fijos en el minutero, volvió a coger el arma, estremeciéndose al ruido que él mismo al montarla hacía. El minutero iba a señalar las once. Morrel no se movió, esperando únicamente que Cocles pronunciase estas palabras: “El representante de la casa de Thomson y French”.

Y ya tocaba su boca con el arma.

De pronto sonó un grito..., era la voz de su hija... Al volverse y ver a Julia, la pistola se escapó de sus manos.

—¡Padre mío! —exclamó la joven jadeante y dando muestras de alegría—. ¡Salvado! ¡Se ha salvado!

Y se arrojó en sus brazos, mostrándole una bolsa de seda

encarnada.

—¡Salvado, hija mía! —murmuró Morrel—. ¿Qué quieres decir?

—Sí; mire, mire —repuso la joven.

Morrel cogió la bolsa temblando, porque tuvo un vago recuerdo de que le había pertenecido.

A un lado estaba el pagaré de doscientos ochenta y siete mil quinientos francos, finiquitado.

Y del otro un diamante tan grueso como una avellana, con un pedazo de pergamino en que se leía esta frase: “Dote de Julia”.

Morrel se pasó la mano por la frente, creía estar soñando. En este momento daba el reloj las once. El son de la campana vibraba en su interior como si la campana sonase en su propio corazón.

—Veamos, hija mía —le dijo— cuéntame lo ocurrido. ¿Dónde has hallado esta bolsa?

—En una casa de las Alamedas de Meillán, número 15, sobre la chimenea de un quinto piso muy pobre.

—¡Pero esta bolsa no es tuya! —exclamó Morrel.

Julia alargó a su padre la misiva que tenía en la mano.

—¿Y has ido sola a esta casa? —le preguntó Morrel después de haberla leído.

—Manuel me acompañaba, padre mío. Debía de esperarme en la esquina de la calle del Museo, pero ¡cosa extraña!, ya no estaba cuando volví.

—¡Señor Morrel! —gritó una voz en la escalera—. ¡Señor Morrel!

—Es su voz —murmuró Julia.

Al mismo tiempo entró Manuel fuera de sí por efecto del júbilo y la emoción.

—¡El Faraón! —exclamó—. ¡El Faraón!

—¿Qué es eso? ¿El Faraón? ¿Está loco, Manuel? Ya sabe que se ha perdido.

—¡El Faraón, señor...!, lo señala el vigía del puerto..., está entrando ahora mismo.

Morrel volvió a caer sobre su silla, le faltaron las fuerzas. Su inteligencia se negaba a dar crédito a tantos sucesos increíbles, maravillosos.

Pero entonces llegó también su hijo exclamando:

—¡Padre mío! ¿Cómo decía que El Faraón se ha perdido? El vigía lo señala, y dicen que está entrando en el puerto.
—¡Amigos míos! —exclamó el naviero—, si eso fuera cierto, tendríamos que atribuirlo a un milagro palpable. ¡Imposible! ¡Imposible!
Pero lo que era verdadero y no menos maravilloso, era aquella bolsa que tenía en la mano, aquel pagaré inutilizado, y aquel magnífico diamante.
—¡Ah, señor! —dijo Cocles entrando a su vez. ¿Qué significa todo esto? ¿El Faraón?
—Vamos, hijos míos —dijo Morrel levantándose—. Vamos a verlo, y que Dios se apiade de nosotros si es mentira.
En medio de la escalera los estaba esperando la pobre señora Morrel, que no se había atrevido a subir. Como por encanto llegaron a la Cannebière. En el puerto había mucha gente congregada. Y la muchedumbre se abría para dejar paso a Morrel.
—¡El Faraón! ¡El Faraón! —exclamaban todas las voces.
En efecto, ¡cosa maravillosa!, ¡increíble!, un buque con estas palabras escritas en la popa en letras blancas: “El Faraón, de Morrel e hijos, de Marsella”, completamente igual a El Faraón*,* y cargado asimismo de cochinilla y añil, echaba el ancla y cargaba sus velas enfrente del fuerte de San Juan. Desde el puente daba sus órdenes el capitán Gaumard, y maese Penelón hacía señas al señor Morrel.
Ya no era posible dudarlo. El Faraón estaba allí, a la vista, y diez mil personas confirmaban con sus voces tan inesperado suceso.
Cuando Morrel y su hijo se abrazaban, con aplauso de toda la ciudad, presente a ese prodigio, un hombre de larguísima barba negra que se ocultaba detrás de la garita de un centinela, contemplaba enternecido la escena murmurando:
—Que seas feliz, noble corazón; que Dios te bendiga por el bien que has hecho y que harás todavía, y quede mi gratitud tan ignorada como tu beneficio.
Y con una sonrisa en que brillaba la alegría y la felicidad, abandonó su escondite, sin que nadie reparase en él, tan preocupada estaba la multitud con lo que ocurría, y bajando los escalones que sirven de desembarcadero, gritó tres veces:

—¡Jacobo! ¡Jacobo! ¡Jacobo!

Se aproximó una lancha, que le condujo a un yate ricamente aparejado, a cuyo puente subió con la ligereza de un marinero. Desde allí se puso otra vez a contemplar a Morrel, que llorando de alegría, repartía a todos apretones de manos, mirando a la par al cielo, como si buscase, para darle gracias, a su desconocido protector.

—Ahora —murmuró el desconocido—, adiós, bondad, humanidad y gratitud..., adiós, todos los sentimientos que ennoblecen el alma. He querido ocupar el puesto de la Providencia para recompensar a los buenos..., ahora cédame el suyo el Dios de las venganzas para castigar a los malvados.

Y al decir esto, hizo una señal, que parecía que el barco no esperase otra cosa para hendir la superficie de las aguas.

Capítulo ocho:
Italia. Simbad el Marino

A comienzos del año 1838 se hallaban en Florencia dos jóvenes de la más alta sociedad de París; el vizconde Alberto de Morcef era el uno, y el barón Franz d'Epinay el otro. Ambos habían convenido que irían a pasar aquel año el carnaval en Roma, donde Franz, que hacía cuatro años que vivía en Italia, serviría a Alberto de guía.

Pero como no es tan fácil pasar el carnaval en Roma, sobre todo para el que no quería vivir en la Plaza del Popolo o en el Campo Vaccino, escribieron a maese Pastrini, dueño del Hotel de Londres, en la Plaza de España, que les guardase para entonces una habitación confortable.

Maese Pastrini les respondió que no tenía disponibles más que dos salas y un gabinete del *secondo piano*, que les ofrecía por el módico precio de un luis diario. Los jóvenes aceptaron y queriendo Alberto aprovechar el tiempo que le quedaba, partió para Nápoles, y Franz se quedó en Florencia.

Cuando hubo gozado largo tiempo de la vida que se hace en la

corte de los Médici, después de pasearse a su sabor por ese edén que se llama los Casinos; cuando, finalmente, gozó de las magníficas tertulias de Florencia, le dio el capricho de ir a ver la isla de Elba, ese gran puerto de amparo de Napoleón, puesto que ya había visto Córcega, cuna de Bonaparte.

Una tarde, pues, mandó desatar una barchetta de la argolla que la detenía en el puerto de Liorna, y acostándose en el fondo, embozado en su capa, dijo sencillamente a los marineros:

—¡A la isla de Elba!

La barca salió del puerto como abandonan su nido las aves marinas, y a la mañana siguiente desembarcaba Franz en Porto-Ferrajo.

Atravesó la isla imperial, después de haber seguido todas las huellas que allí dejó el Gigante, y fue a embarcarse en la Marciana.

Dos horas más tarde desembarcó en la Pianosa, donde le aseguraban que podría divertirse matando perdices coloradas, que abundan mucho.

La caza fue mala. Con mucho trabajo mató algunas perdices muy flacas y, como todo cazador que se ha fatigado en balde, tornó a su barca muy malhumorado.

—¡Ah!, si su excelencia quisiera, ¡qué gran cacería podría hacer! —le dijo el patrón.

—¿Dónde?

—¿Ve esa isla? —dijo el patrón, señalando con el dedo al mediodía, en cuya dirección se distinguía en medio del mar una masa cónica de hermoso color añil.

—¿Y qué isla es esa? —preguntó Franz.

—La isla de Montecristo —respondió el liornés.

—Pero no tengo permiso para cazar en ella.

—Su excelencia no lo necesita. La isla está desierta.

—¡Diablos! —exclamó el joven—. ¡Qué cosa tan curiosa es una isla desierta en medio del Mediterráneo!

—Y cosa natural, excelencia. Esa isla es una masa de peñascos. Tal vez en toda ella no hay una fanega de tierra cultivable.

—Y ¿a qué país pertenece esa isla?

—A Toscana.

—Y ¿qué podré cazar?
—Millares de cabras salvajes.
—¿Se alimentan de lamer las piedras? —dijo Franz con sonrisa de incredulidad.
—No, sino paciendo musgo, y despuntando mirtos y lentiscos, que crecen en las hendiduras.
—Pero ¿dónde paso la noche?
—En las grutas de la isla, o a bordo, envuelto en su capa. Además, si quiere su excelencia, podremos regresar así que termine la cacería, pues muy bien sabe que navegamos tan bien de noche como de día, y que a falta de velas tenemos remos.
Como todavía le quedaba a Franz tiempo suficiente para juntarse con su compañero, y no tenía que ocuparse en buscar vivienda en Roma, aceptó la proposición, que iba a desquitarle de su primera cacería. Al oír su respuesta afirmativa, los marineros cambiaron entre sí algunas palabras en voz baja.
—¿Qué ocurre ahora? —preguntó—. ¿Ha surgido alguna dificultad?
—No, pero debemos advertir a su excelencia que la isla está en estado de sitio.
—¿Qué quieren decir?
—Que como la isla de Montecristo no está habitada, sirve de escala muchas veces a los contrabandistas y a los piratas que vienen de Córcega, de Cerdeña o de África. Si a nuestra llegada a Lisboa llegara a saberse que hemos estado en Montecristo, nos veremos obligados a hacer una cuarentena de seis días.
—¡Diablos!, ya varía la cuestión. ¡Seis días! justamente el tiempo que Dios necesitó para crear el mundo. El plazo es largo, hijos míos.
—Pero ¿quién iría a decir que su excelencia ha estado en Montecristo?
—¡Oh!, no seré yo —exclamó Franz.
—Ni menos nosotros —añadieron los marineros.
—Pues a Montecristo.
El patrón empezó a maniobrar y poniendo proa a Montecristo, comenzó el barco a bogar.
Dejó Franz que la operación acabara, y cuando se entró en el

nuevo camino, cuando henchidas las velas por la brisa volvieron los marineros a sus respectivos puestos, tres adelante y uno en el timón, renovó su plática.

—Mi querido Gaetano —dijo al patrón—, acaba de decirme, según creo, que la isla de Montecristo es un nido de piratas, que me parece caza muy distinta de la de cabras.

—Es cierto, excelencia.

—Yo no ignoraba que existen contrabandistas, pero creía que desde la toma de Argel y la destrucción de la Regencia no existían los piratas sino en las novelas de Cooper y del capitán Marryat.

—Pues su excelencia se engañaba. Existen piratas, como existen bandidos, que aunque fueron exterminados por el Papa León XII, roban todos los días a los viajeros a las mismas puertas de Roma. ¿No ha oído decir su excelencia que apenas hace seis meses fue robado a quinientos pasos de Velletri, el encargado de Negocios de Francia cerca de la Santa Sede?

—Desde luego que sí.

—Pues bien; si, como nosotros, viviese en Liorna su excelencia, de vez en cuando oiría contar que un barquichuelo cargado de mercancías o un lindo yate inglés que se esperaba en Bastía, Porto-Ferrajo o Civita-Vecchia, no ha llegado, y que se ignora su paradero, debió de estrellarse contra alguna roca. Pues esa roca es una barquilla estrecha y chata, tripulada por seis o siete hombres, que lo sorprendieron y robaron en una noche oscura, en las inmediaciones de algún islote desierto, como los ladrones detienen y roban una silla de posta en la espesura de un bosque.

—Pero ¿cómo las víctimas no se quejan? —repuso Franz, siempre tendido en su barca—. ¿Cómo no atraen sobre esos piratas la venganza del gobierno francés, del sardo o del toscano?

—¿Por qué? —repuso Gaetano sonriendo.

—Sí, ¿por qué?

—Porque, en primer lugar, transportan del yate o del navío a su barca cuanto hay que valga la pena, y luego atan a la tripulación de pies y manos, y al cuello de cada uno una bala de cañón, y hacen un agujero en la quilla del barco robado, y suben al puente, y cierran las escotillas y se pasan a su barca. A los diez minutos empieza a

quejarse la embarcación y a gemir, y poco a poco se hunde uno de los costados primero, después el otro, luego vuelve a salir a flor y a hundirse, y más y más cada vez. De pronto suena un ruido semejante a un cañonazo: es el aire que rompe el puente. El barco se revuelve entonces como un hombre que se ahoga. Pronto el agua, demasiado comprimida en las cavidades, inunda todo el barco, saliendo por sus agujeros, como los torrentes de humor que arroja por sus poros un gigantesco cetáceo.

»Al fin lanza su último gemido, da sobre sí mismo la última vuelta, y se hunde, formando en el abismo un círculo inmenso, que gira y gira un instante, se calma poco a poco, y acaba por desvanecerse tan completamente que a los cinco minutos se precisaría el ojo de Dios para buscar en el fondo de las tranquilas aguas el buque agujereado.

»¿Comprende ahora —añadió el patrón sonriendo—, cómo el buque no vuelve al puerto y por qué los robados no se quejan?

Si Gaetano hubiera contado esto antes de proponer la expedición, es probable que Franz lo pensara con más madurez, pero ya que la habían emprendido le pareció cobardía el renunciar. Franz era uno de esos hombres que no corren al peligro, pero que si se presenta la ocasión, se enfrentan a él con imperturbable sangre fría. Era uno de esos hombres de voluntad inflexible, que no miran el peligro sino como en un duelo al adversario, calculando hasta sus movimientos, estudiando su fuerza, y que al primer golpe de vista se dan cuenta de todas las ventajas y matan de un solo golpe.

—¡Bah! —respondió—, he atravesado la Sicilia y la Calabria, he navegado por el Archipiélago dos meses, y ni la sombra he visto de un bandido o de un pirata.

—Es que yo no se lo he dicho a su excelencia para hacerle renunciar a su proyecto —añadió Gaetano—. Me preguntó y le respondí.

—Sí, mi caro Gaetano, y su conversación es de las más interesantes, por lo que quiero gozar de ella el mayor tiempo posible. A Montecristo.

Entretanto se iban acercando al término del viaje, y con un vientecillo fresco hacía el barco seis o siete millas por hora. La isla

parecía que brotase del centro del mar a medida que la distancia se acortaba, y a través de la clara atmósfera del crepúsculo se distinguía, como las balas amontonadas en un arsenal, aquella masa de rocas, en cuyos intersticios se veían las matas y los árboles surgir. En cuanto a los marineros, aunque estaban al parecer completamente tranquilos, era evidente que habían redoblado su vigilancia, y que sus miradas escudriñaban aquel mar, terso como un espejo, poblado solo de algunas barcas pescadoras que con sus velas blancas se deslizaban como las gaviotas de ola en ola.

Once millas distaban de Montecristo cuando el sol empezó a ocultarse detrás de la de Córcega, cuyas montañas se vislumbraban a la derecha, dibujando en el cielo sus picos sombríos. Delante de la barca, ocultándole el sol, que ya solo doraba sus últimas rocas, se elevaba amenazador aquel gigante de piedra, parecido a Adamastor. Lentamente subieron las sombras desde el mar, ahuyentando aquel rayo de luz que iba ya a apagarse. Al fin subió aquella estela luminosa hasta la cima del cono, donde se detuvo un instante flameando como el penacho de un volcán, hasta que la sombra invasora se apoderó gradualmente de las alturas, reduciéndose la isla a una nube rojiza que iba por momentos ennegreciéndose. Una hora después se hizo completamente de noche.

En medio de la oscuridad profunda que los envolvía, Franz no dejaba de experimentar alguna inquietud, pero por fortuna los marineros conocían muy bien hasta los puntos más ignotos del archipiélago toscano. La Córcega había desaparecido enteramente, y casi la isla de Montecristo, pero los marineros tenían, como los linces, la facultad de ver en las tinieblas, y el piloto que iba al timón no señalaba ningún obstáculo.

Una hora habría transcurrido desde la puesta del sol, cuando Franz creyó percibir a un cuarto de milla a la derecha una sombra confusa, aunque era imposible el distinguirla bien, y temiendo que burlasen de él los marinos si tomaba por tierra firme algunas nubes flotantes, no dijo ni una palabra, pero de pronto apareció en la orilla un resplandor muy grande. La tierra parecía una nube, pero el fuego no

era un meteoro.

—¿Qué luz es aquella? —inquirió.

—¡Chist! —dijo el patrón—. Es una lumbre.

—Pero ¿no decía que la isla estaba deshabitada?

—Dije que no tiene población fija, pero dije también que es un nido de contrabandistas.

—¿Y de piratas?

—Y de piratas —añadió Gaetano repitiendo las palabras de Franz—. Por eso di orden de que pasáramos más allá de la isla, y ya lo ve, la lumbre cae detrás de nosotros.

—Pero ese fuego —prosiguió Franz— me parece más bien un motivo de seguridad que de inquietud. No lo hubieran encendido gentes que temiesen ser descubiertas.

—¡Oh!, eso no quiere decir nada —repuso Gaetano—. Si pudiese reconocer en medio de la oscuridad la situación de la isla, vería que es tal, que el fuego no se descubre desde la costa ni desde la Pianosa, sino desde alta mar solamente.

—Así que, según eso, ¿teme que sea de mal agüero?

—Es preciso orientarse —repuso Gaetano fijando los ojos en aquella estrella terrestre.

—¿Y cómo?

—Va a verlo.

A estas palabras habló Gaetano en voz baja a sus compañeros, y después de cinco minutos de discusión, ejecutaron en silencio una maniobra, con la cual viró el barco de bordo como por ensalmo. Volvieron entonces a tomar el camino que habían traído, y algunos segundos después desapareció el resplandor, sin duda a causa de las alteraciones topográficas. El piloto dio entonces nueva dirección al barquillo, que se acercó a la isla visiblemente, no distando más de cincuenta pasos. Amainó Gaetano y quedó el barco inmóvil. Esto se había ejecutado con el mayor silencio, y hasta sin pronunciar una palabra, sobre todo desde el cambio de dirección.

Gaetano, que había propuesto la expedición, tomó a su cargo la responsabilidad. Los cuatro marineros no lo perdían de vista, puestos al remo y en disposición de usarlos con todas sus fuerzas, lo que no era difícil, gracias a la oscuridad. Con esa sangre fría que

ya le conocemos, Franz aprestaba sus armas (que eran dos escopetas de dos cañones y una carabina), las cargaba y les ponía el seguro.

En este intervalo el patrón se había quitado su marsellés y su camisa, y asegurándose los pantalones en las caderas, sin quitarse los zapatos ni las medias, que no los usaba, se puso un dedo sobre la boca, como dando a entender que guardasen profundo silencio, se deslizó al mar, nadando hacia la orilla con tanta precaución, que era imposible oír el menor ruido. Solo con ayuda de la fosfórica estela que dejaba en el agua, se podía observar su camino. Esta estela pronto desapareció. Era evidente que el patrón había llegado a la orilla. Todos los del barco permanecieron inmóviles por espacio de media hora, al cabo de la cual vieron aparecer junto a la orilla la misma estela luminosa en dirección a ellos. Un instante después, Gaetano estaba en la barca.

—¿Y bien? —le preguntaron Franz y cuatro marineros al mismo tiempo.

—Son —dijo— contrabandistas españoles, aunque hay también con ellos dos bandidos corsos.

—¿Y qué hacen esos dos bandidos corsos con los contrabandistas españoles?

—¡Toma, excelencia! —repuso Gaetano con aire de sublime caridad—, es preciso ayudarse los unos a los otros. Los bandidos se ven perseguidos con bastante frecuencia en tierra por los gendarmes o los carabineros, y entonces encuentran una barca tripulada por buenos camaradas como nosotros, a quienes pedir hospitalidad, y de quienes recibirla en su mansión flotante. ¿Quién niega protección a un pobre hombre que se ve perseguido? Le recibimos a bordo, y para mayor seguridad nos metemos en alta mar. Esto no nos cuesta nada, y le salva la vida, o la libertad por lo menos, a uno de nuestros semejantes, que el día de mañana en pago del servicio que le hemos hecho, nos indica un buen sitio para desembarcar sin que nos molesten los curiosos.

—¡Ah! ¡Ya! ¿De modo que usted mismo tiene también algo de contrabandista, mi querido Gaetano? —le dijo Franz.

—¿Qué quiere, excelencia? —contestó con una sonrisa imposible

de describir—, bueno es saber algo de todo, porque lo primero es vivir.
—Luego ¿conoce a esa gente que ahora habita en Montecristo?
—Así, así. Los marinos somos como los francmasones, que nos reconocemos unos a otros por ciertas señales.
—¿Y cree que no ofrece peligro nuestro desembarco?
—Ninguno. Los contrabandistas no son ladrones.
—Pero esos bandidos corsos... —murmuró Franz calculando de antemano todas las posibilidades.
—¡Vaya por Dios! —dijo Gaetano—. Ellos no tienen la culpa de ser bandidos, sino la autoridad.
—¿Qué dice?
—Desde luego. Les persiguen por haber hecho una piel, y nada más. ¡Como si el vengarse no fuera en Córcega lo más natural del mundo!
—¿Qué entiende por haber hecho una piel? ¿Haber asesinado a un hombre? —dijo Franz prosiguiendo sus pesquisas.
—Haber matado a un enemigo, que es muy diferente —respondió el patrón.
—Pues bien —añadió el joven—. Vamos a pedir hospitalidad a esos contrabandistas y a esos bandidos. ¿Cree que nos la concederán?
—Seguramente.
—¿Cuántos son?
—Cuatro, excelencia, y con los dos bandidos, seis.
—Justamente el mismo número nuestro; somos seis para seis, por si esos señores se nos pusieran foscos y tuviéramos que traerlos a razones. Por última vez, vamos a Montecristo.
—Correcto, excelencia, pero nos permitirá tomar algunas otras precauciones.
—Desde luego, amigo mío. Sea sabio como Néstor, y astuto como Ulises. Hago más que permitírselo, se lo aconsejo.
—Pues entonces, ¡silencio! —murmuró Gaetano.
Todos se callaron.
Para un hombre observador como Franz, todas las cosas tienen su verdadero punto de vista. Esta situación, sin ser peligrosa, no

carecía de cierta gravedad. Se hallaba en las tinieblas más profundas, en medio del mar, rodeado de marineros que no lo conocían, que no tenían ningún motivo para tenerle afecto, que sabían que llevaba en el cinto algunos miles de francos, y que muchas veces habían examinado, si no con envidia, con curiosidad al menos sus armas, que eran muy hermosas.

Por otra parte, iba a arribar, sin más ayuda que aquellos hombres, a una isla que, a pesar de su nombre religioso, no le prometía al parecer otra hospitalidad que la del Calvario a Cristo, gracias a los bandidos y a los contrabandistas. Después, la historia de aquellas barcas agujereadas en el fondo, que de día la creyó exagerada, le pareció verosímil de noche. Fluctuando, pues, entre este doble peligro, quizás imaginario, no abandonaba su mano el fusil, ni sus ojos se apartaban de aquellos hombres.

Entretanto, los marineros habían izado otra vez sus velas y vuelto a emprender su marcha. En medio de las tinieblas, a las cuales estaba ya un tanto acostumbrado, distinguía Franz el gigante de granito que la barca costeaba, y pasando en fin el ángulo saliente de una peña, pudo ver la lumbre más encendida que nunca, y sentadas a su alrededor cinco o seis personas.

El resplandor del fuego iluminaba una distancia de cien pasos mar adentro, por lo menos. Costeó Gaetano la luz, procurando que su barco no saliese un punto de la sombra, y cuando logró situarse enfrente de la lumbre, se lanzó atrevidamente al círculo formado por el reflejo, entonando una canción de pescadores, y haciéndole el coro sus compañeros. Al oír el primer verso de la canción se habían levantado los que se calentaban, aproximándose al desembarcadero con los ojos fijos en la barca, cuya fuerza e intenciones se esforzaban indudablemente en adivinar. Pronto demostraron que el examen les satisfacía, yendo a sentarse junto a la lumbre, en que asaban un cabrito entero, a excepción de uno, que se quedó de pie en la orilla. Cuando la barca hubo llegado a unos veinte pasos de la orilla, el que estaba de pie hizo maquinalmente con su carabina el ademán de un centinela ante la fuerza armada, y gritó en dialecto sardo:

—¿Quién vive?

Franz preparó fríamente sus dos tiros.

Gaetano cruzó con aquel hombre algunas palabras, que el viajero no pudo comprender, pero que sin duda se referían a él.

—¿Quiere su excelencia dar su nombre o guardar el incógnito? —le preguntó el patrón.

—No quiero que mi nombre suene para nada —contestó Franz—. Dígale que soy un francés que viaja por gusto.

Así que Gaetano hubo transmitido esta respuesta, dio una orden el centinela a uno de los hombres que estaban sentados a la lumbre, el cual se levantó acto seguido y desapareció entre las rocas.

Hubo un instante de silencio. Cada uno pensaba en sus propias cosas. Franz en su desembarco, los marineros en sus velas, los contrabandistas en su cabra, pero a pesar de este aparente descuido, se observaban unos a otros.

De repente, el hombre que se había separado de la lumbre apareció, en opuesta dirección, haciendo con la cabeza una señal al centinela, que volviéndose hacia el barco se contentó con pronunciar estas palabras:

—*S'accommodi.*

El *s'accommodi* italiano es imposible de traducir, porque significa al mismo tiempo: venga, entre, sea bienvenido, está en su casa, todo es suyo. Se parece a aquella frase turca de Molière que tanto admiraba el paleto caballero *(le bourgeois gentilhomme)* por el sinnúmero de cosas que significaba.

Los marineros no se lo hicieron repetir y a los cuatro golpes de remo tocó la barca en la orilla. Saltó Gaetano el primero, volviendo a hablar brevemente con el centinela en voz baja; saltaron los marineros unos tras otros, hasta que le tocó a Franz hacer lo mismo.

Llevaba este al hombro uno de los fusiles, Gaetano el otro, y un marinero su carabina, pero como su traje era una mezcolanza del de los artistas y del de los dandis, no inspiró ninguna sospecha.

Tras amarrar el barco a la orilla dieron algunos pasos en busca de una especie de vivaque donde se colocaron, pero sin duda el punto adonde se dirigían no era del gusto del que hizo el papel de centinela, porque gritó a Gaetano:

—Por ahí no.

Balbució una disculpa Gaetano, y sin insistir se dirigió a la parte opuesta, mientras dos marineros iban a encender en la hoguera antorchas para alumbrar el camino.

Anduvieron como unos treinta pasos y se detuvieron en una pequeña explanada de rocas, en que habían labrado como unos asientos, que querían parecer garitas, donde el centinela pudiera sentarse. En torno crecían en algunos trozos de tierra vegetal encinas enanas y mirtos de ramaje espeso. Por un montón de cenizas, que vio al bajar al suelo una antorcha, comprendió Franz que no era el primero que reconociese la excelencia de aquel sitio, y que debía de ser una de las guaridas habituales de los nómadas visitantes de la isla de Montecristo.

Ya había dejado de estar en alarma y en acecho. Desde que puso el pie en tierra, desde que se dio cuenta de las disposiciones, si no amistosas, indiferentes de sus huéspedes, desapareció toda su desconfianza, cambiándose en apetito con el olor de la cabra que asaban en la cercana lumbre.

Dijo algunas palabras acerca de este nuevo incidente a Gaetano, que le respondió que nada era más sencillo que comer, para quien trajese como ellos en su barco, pan, vino, seis perdices, y un buen fuego para asarlas.

—Además —añadió—, si tanto incita a su excelencia el olor de la cabra, puedo ofrecer a los vecinos dos de nuestras aves por un pedazo de su asado.

—Sí, sí, Gaetano —contestó el joven—. Haga, que parece en verdad nacido para tratar esta clase de negocios.

Entretanto los marineros habían arrancado un buen montón de musgo, y con mirtos y encina verde encendieron una buena lumbre.

Franz, impaciente, esperaba a su negociador, olfateando la cabra, cuando aquel apareció con aire pensativo.

—Ea, ¿qué hay de nuevo? —le preguntó—. ¿Rechazan nuestra oferta?

—Al contrario —dijo Gaetano—. Su jefe, a quien han dicho que usted es un joven francés, le invita a cenar.

—¡Caramba! —exclamó Franz—. ¡Qué hombre tan civilizado debe de ser ese jefe! No tengo motivos para negarme, tanto más cuanto

que le llevo mi parte de bucólica.

—¡Oh!, no es eso. Tiene para cenar y aun algo más. Es que pone a su entrada en su casa una condición muy singular.

—¡En su casa! ¿Ha construido una casa aquí?

—No; pero no deja por eso de tener, según se asegura, al menos, un albergue bastante cómodo.

—¿Conoce, pues, a ese jefe?

—Por haber oído hablar de él.

—¿Bien o mal?

—De las dos maneras.

—¡Diablos! ¿Y cuál es su condición?

—Que se deje vendar los ojos, y que no se quite la venda hasta que él mismo se lo diga.

Franz sondeó cuanto le fue posible la mirada de Gaetano para conocer lo que ocultaba esta proposición.

—¡Ah! —respondió el marinero adivinando su idea—. ¡Bien sé yo que merece reflexionarse!

—¿Qué haría usted en mi lugar? —inquirió el joven.

—Como nada tengo que perder, iría.

—¿No rechazaría el ofrecimiento?

—No, aunque no fuera más que por curiosidad.

—¿Hay algo curioso en casa de ese jefe?

—Escuche —dijo Gaetano bajando la voz—. Yo no sé si es cierto lo que dicen...

Y se detuvo, mirando a su alrededor, por si lo escuchaban.

—¿Qué dicen?

—Dicen que ese jefe vive en una gruta que deja muy atrás al palacio Pitti.

—¡Sueña! —exclamó Franz volviendo a sentarse.

—No es un sueño —contestó el patrón—, sino realidad. Cama, el piloto del San Fernando, entró un día, y salió maravillado, diciendo que solo en los cuentos de hadas hay tales tesoros.

Franz dijo:

—¿Sabe que con esas palabras me haría descender a las cavernas de Alí-Babá?

—Digo lo que me dicen, excelencia.

—¿De modo que me aconseja que acepte?
—No digo tanto. Su excelencia hará lo que sea de su gusto. Yo no quisiera aconsejarle en semejante ocasión.
Franz reflexionó un rato, y comprendiendo que si aquel hombre era tan rico no querría robarle a él, que solo llevaba algunos miles de francos, y como, además, entre todo esto veía en perspectiva una cena excelente, se decidió. Gaetano fue a llevar su respuesta.
Como ya lo hemos dicho, Franz era, sin embargo, prudente, y quiso adquirir todas las noticias posibles de su extraño y maravilloso anfitrión. Se volvió, pues, a un marinero que durante este diálogo se ocupaba en desplumar las perdices con mucha gravedad, y le preguntó en qué habrían podido arribar a la isla los contrabandistas, puesto que ni barca, ni tartana, ni canoa se veía.
—No se inquiete por eso —dijo el marinero—, porque conozco la embarcación que tripulan.
—¿Es buena?
—Una igual deseo a su excelencia para dar la vuelta al mundo.
—¿Es muy grande?
—De unas cien toneladas, sobre poco más o menos. Es un barco de capricho, un yate, pero construido de manera que en todo tiempo anda por el mar.
—¿Dónde lo han construido?
—Lo ignoro, aunque lo tengo por genovés.
—¿Y cómo un jefe de contrabandistas —prosiguió Franz— se atreve a construir en Génova un yate con destino a su comercio?
—Yo no he dicho que él sea contrabandista —respondió el marinero.
—No, pero me parece que Gaetano lo ha dicho.
—Gaetano habrá visto de lejos la tripulación, pero no habló con ninguno.
—Si ese hombre no es un jefe de contrabandistas, ¿qué es entonces?
—Un señor muy rico que viaja por placer.
“Vamos —pensaba Franz—, con ser las relaciones diferentes, se hace más y más misterioso el personaje”.
—¿Cuál es su nombre?

—Cuando se lo preguntan, responde que Simbad el Marino, pero yo dudo que ese sea su nombre verdadero.
—¿Simbad el Marino?
—Sí.
—¿Y dónde habita ese señor?
—En el mar.
—¿De qué pueblo es?
—No lo sé.
—¿Lo ha visto?
—Algunas veces.
—¿Qué clase de hombre es?
—Su excelencia juzgará por sí mismo.
—¿Y dónde va a recibirme?
—Sin duda en ese palacio subterráneo del que Gaetano le habló.
—Y al desembarcar en esta isla, encontrándola desierta, ¿no ha tenido nunca la curiosidad de dar con ese palacio encantado?
—Así es, excelencia —repuso el marino—, y más de una vez, pero siempre fueron inútiles nuestras tentativas. Hemos examinado la gruta de arriba abajo, sin encontrar la menor comunicación. ¡Si dicen que la puerta no se abre con llave, sino con una palabra mágica!
—Vamos, esto es un cuento de *Las mil y una noches* —murmuró Franz.
—Su excelencia le aguarda —dijo detrás de él una voz, que reconoció por la del centinela.
Al recién llegado lo acompañaban dos hombres pertenecientes a la tripulación del yate.
Por toda respuesta, sacó Franz su pañuelo, presentándoselo al que le había dirigido la palabra. Le vendaron los ojos sin decir nada, pero con una escrupulosidad que le daba a entender que no cometiese ninguna indiscreción. Luego le hicieron jurar que no trataría de destaparse. Franz juró. Hecho esto lo cogieron cada uno de ellos por un brazo, y echó a andar, conducido así y guiado por el centinela.
Después de unos treinta pasos, sintió, por el calor de la hoguera y el olor de la cabra, que pasaba por delante del vivaque. Le hicieron

después dar como cincuenta pasos, evidentemente de la parte por donde prohibieron a Gaetano que anduviera, prohibición que ahora se explicaba. Por el cambio de la atmósfera comprendió pronto que entraba en un subterráneo, y a los pocos segundos de marcha oyó un estallido y le pareció que cambiara otra vez la atmósfera, poniéndose perfumada y tibia. Cuando sus pies, por último, resbalaron sobre una muelle alfombra, sus guías lo abandonaron. Hubo un intervalo de silencio, hasta que dijo una voz en buen francés, aunque con marcado acento extranjero:

—Sea, caballero, bienvenido a esta casa. Ya puede quitarse el pañuelo.

Franz no hizo repetir dos veces la invitación. Se quitó su pañuelo y se halló cara a cara con un hombre de unos treinta y ocho o cuarenta años, en traje tunecino, o para que se comprenda mejor, con un casquete colorado con borla de seda azul, una chaquetilla de paño negro bordada de oro, pantalones largos y anchos de color de sangre, calzas del mismo color, bordadas asimismo de oro, Y pantuflas amarillas. Llevaba en la cintura un magnífico chal de cachemira, y sujeto en él un yatagán pequeño y corvo.

El rostro de este hombre era de notable hermosura aunque pálido hasta degenerar en lívido. Sus ojos vivos y penetrantes, su nariz recta y casi al nivel de la frente, como de tipo griego en toda su pureza; sus dientes, blancos como perlas, resaltaban entre su negro bigote. Solo aquella palidez era extraña. Parecía un hombre encerrado mucho tiempo en un sepulcro, que no hubiese podido recobrar después el color de los vivos. No era de alta estatura, pero sí bien formado, y con las manos y los pies muy pequeños, como los meridionales. Pero lo que admiró a Franz, que había tenido por sueño las exageraciones de Gaetano, fue la suntuosidad de los muebles.

Las paredes estaban cubiertas de seda turca carmesí, salpicada de flores de oro. A un lado se veía una especie de diván coronado por un trofeo de armas arabescas con vainas de plata sobredorada incrustadas de pedrería. Pendía del techo una lámpara de cristal de Venecia, preciosísima por su forma y su color, y cubría el suelo un tapiz turco, tan blando, que hasta el tobillo se hundían los pies.

Colgaban grandes cortinajes delante de la puerta por donde había entrado Franz, y de la otra que daba paso a una habitación magníficamente iluminada al parecer.

El jefe dejó un instante a Franz entregado a su sorpresa, examinándole con la misma atención con que él lo examinaba todo, y sin perderle un punto de vista.

—Caballero —le dijo al fin—. Le pido mil veces que me dispense las precauciones tomadas para introducirlo aquí, pero como esta isla está casi desierta, conocido el secreto de esta morada, cualquier día me la encontraría sin duda como Dios fuere servido, lo que me agradaría en verdad muy poco, no por la pérdida de lo que vale, sino porque me quitaría la seguridad que ahora tengo de poder separarme del mundo cuando me da la gana. Procuraré hacerle olvidar ahora esa nimia molestia, ofreciéndole lo que no esperaría encontrar aquí, esto es, una cena regular y una cama bastante buena.

—A fe mía, querido anfitrión, que no necesita ofrecerme disculpas —repuso Franz—. Siempre he visto que se vendaba los ojos a todos los que van a entrar en palacios encantados. Eso sucede a Raúl en *Los Hugonotes*, y en verdad que no debo de quejarme, pues lo que veo me parece una continuación de las maravillas de *Las mil y una noches.*

—¡Ay! Tengo que decirle como Lúculo: “De esperar yo su visita, hubiera hecho algunos preparativos”. En fin, tal como es mi choza, tal como es mi colación, las pongo a su disposición. ¿Estamos ya servidos, Alí?

Casi en el mismo instante se levantó el cortinón de la puerta, apareciendo un negro nubio, tan negro como el ébano, vestido con una sencilla túnica blanca, el cual hizo a su amo una seña, que indicaba que podía pasar al comedor.

—Ahora —dijo el desconocido a Franz—, no sé si será de mi opinión, pero me parece que nada hay más desagradable que estar dos o tres horas hablando sin saber los interlocutores sus nombres respectivos. Como yo respeto demasiado las leyes de la hospitalidad para que le pregunte su nombre ni su título. Le ruego únicamente que me diga uno cualquiera, para que pueda dirigirle la

palabra. Para proporcionarle a usted iguales ventajas, le diré de mí que acostumbran a llamarme Simbad el Marino.

—Por mi parte debo decirle que como ya no me falta para estar en la misma situación de Aladino sino poseer la famosa lámpara maravillosa, no encuentro dificultad alguna en que me llame Aladino interinamente. Me siento tentado a creer que he sido transportado al Oriente por algún genio benéfico, con lo que esta nueva ficción prolongará mis quimeras.

—Pues bien, señor Aladino —dijo el anfitrión—, ha oído que podíamos pasar a la mesa, ¿no es verdad? Entremos, pues, si le place. Su humilde servidor pasa delante para enseñarle el camino.

Y a estas palabras, levantando la cortina, pasó Simbad delante del joven.

Estaba Franz cada vez más maravillado. El servicio de la mesa era espléndido. Seguro ya de este punto tan importante, dirigió sus miradas a otra parte. El comedor, menos suntuoso que el gabinete que acababa de abandonar, era todo de mármol con bajorrelieves antiguos de gran mérito y valor. A ambos extremos de esta habitación, que era oblonga, había dos magníficas estatuas con cestones en la cabeza, que contenían frutas magníficas: ananás de Sicilia, granadas de Málaga, naranjas de las islas Baleares, albérchigos franceses y dátiles de Túnez.

En cuanto a su cena, se componía de un faisán asado con mirlos de Escocia, un jamón de jabalí a la gelatina, un pedazo de cabra a la tártara, un rodaballo magnífico y una langosta colosal. En los intermedios circulaban entremeses delicados. La vajilla era de plata y los portavasos de porcelana.

Franz se frotaba los ojos para cerciorarse de que no soñaba.

Solamente Alí era admitido a servir a su dueño, y como lo hacía perfectamente, recibió Simbad por ello muchas alabanzas de su convidado.

—Sí —contestó aquel haciendo con delicadeza los honores de la cena—, sí, es un pobre diablo que me quiere mucho y se afana por agradarme. Recuerda que le he salvado la vida, y como la apreciaba mucho, al parecer, me lo agradece bastante.

Se acercó Alí a su dueño, le cogió una mano y se la besó.

—¿Pecaré de indiscreto, señor Simbad, preguntándole cómo y cuándo hizo esa bella acción? —le dijo Franz.

—¡Oh, Dios mío! Es una acción muy vulgar —respondió Simbad el Marino—. Según parece, ese pillastre había rondado el serrallo del rey de Túnez más cerca de lo que convenía a un moro de su color, porque el rey le sentenció a cortarle la lengua, la mano y la cabeza. La lengua el primer día, la mano el segundo y la cabeza el tercero. Yo había deseado siempre tener un mudo a mi servicio, por lo que esperé a que le hubiesen cortado la lengua para ir a proponer al rey que me lo diese, a cambio de una magnífica escopeta de dos cañones que me había parecido la víspera agradar a su alteza bastante. Aun con esto vaciló, tanto deseo tenía de acabar con ese pobre diablo, pero yo le di sobre la escopeta un cuchillo inglés de monte, con el cual había yo mellado el yatagán de su alteza, y esto al fin le determinó a perdonarle la mano y la cabeza, aunque a condición de que nunca volviera a Túnez. Tal exigencia era inútil. Por muy de lejos que el infiel distinga cuando navegamos las costas de África, se esconde en seguida en la cala, y no hay medio de hacerle salir de allí hasta que no se haya perdido de vista la tercera parte del mundo.

Franz permaneció un momento sin hablar y preguntándose qué debería pensar de la frialdad horrible con que su anfitrión acababa de contarle aquella cruel historia.

Luego, cambiando de tema, dijo:

—¿Y pasa su vida viajando como el honrado marino cuyo nombre lleva?

—Sí, es un voto que hice en cierta ocasión, cuando menos pensaba poderlo cumplir —dijo sonriendo el desconocido—. Muchos tengo hechos como este, que confío en Dios que se cumplan.

Aunque Simbad pronunció estas palabras con la mayor sangre fría, sus ojos despidieron un fulgor extraño de ferocidad.

—¿Ha sufrido mucho, caballero? —le dijo Franz.

Simbad se estremeció y le miró fijamente.

—¿Por qué lo sospecha? —le preguntó.

—Por todo —contestó Franz. Por su voz, por sus miradas, por su palidez, y hasta por esta clase de vida que lleva.

—¡Yo! ¡Yo llevo la vida más feliz que haya gozado un hombre! ¡Una vida de pachá! Soy el rey del mundo. Me agrada un sitio, permanezco en él; me desagrada, lo abandono. Soy libre como los pájaros, y como ellos tengo alas. A una señal me obedecen todos los que me rodean. En ocasiones me entretengo en burlar a la policía de los hombres, quitándole un bandido que busca o un criminal que persigue. Además, tengo también mi justicia baja y alta, aunque sin papelotes ni apelación, que absuelve o condena, y que nada tiene de común con ella. ¡Oh! ¡Si hubiese probado mi vida, no gustaría de otra alguna, y nunca volvería al mundo, a no ser que tuviese que realizar algún proyecto gigantesco!

—Una venganza, por ejemplo —dijo Franz.

El desconocido clavó en el joven una de esas miradas que penetran hasta lo más profundo del pensamiento y del corazón humano.

—¿Y por qué ha de ser precisamente una venganza? —le preguntó.

—Porque me parece un hombre de esos que, perseguidos por la sociedad, tienen que arreglar cuentas con ella —repuso Franz.

—Pues bien —repuso Simbad, sonriendo de aquella manera extraña que solo dejaba entrever sus dientes blancos y afilados—. Pues bien, no acierta. Tal como me ve, soy un filántropo, *sui géneris*, y acaso un día iré a París a hacer sombra al señor Appert y al hombre de la capa azul.

—¿Será la primera vez que haga ese viaje?

—¡Oh, sí! Denota poca curiosidad en mí, ¿no es cierto? Pero le aseguro que no he tenido la culpa de tardar tanto, y que al fin el día menos pensado iré.

—¿Y piensa hacerlo pronto?

—Todavía no lo sé. Depende de circunstancias y combinaciones muy inciertas.

—Quisiera estar allí cuando usted vaya, para pagarle en la manera que me fuese posible esta hospitalidad tan generosa que me da en la isla de Montecristo.

—Con mucho gusto aceptaría su invitación —repuso Simbad—, si no tuviera que guardar el incógnito en París.

La cena entretanto proseguía. Como si hubiera sido ex profeso para Franz, que hacía razonablemente los honores a ella, el marino apenas probaba los platos del espléndido festín. Al cabo Alí sirvió los postres, o dicho mejor, las cestas que tenían en sus manos las estatuas.

Entre dos de estas puso una copa pequeña de plata sobredorada con tapa del mismo metal. El respeto con que Alí cogió esta copa chocó muchísimo a Franz, que levantando la tapa, halló que contenía una especie de pasta verde, parecida al dulce de angélica y que él no había visto jamás. Cuando volvió a tapar la copa, se hallaba tan ignorante de su contenido como al destaparla. Miró a su huésped y le vio sonreír.

—¿No puede adivinar qué es lo que contiene ese vaso? —le preguntó este.

—Se lo confieso.

—Pues bien, esa especie de dulce verde no es ni más ni menos que la ambrosía que Hebe servía a Júpiter.

—Pero esa ambrosía, sin duda —repuso Franz—, al pasar por la mano de los hombres, habrá perdido su nombre divino para tomar otro humano. ¿Cómo se llama, pues, en lengua vulgar este ingrediente, que a decir verdad no me inspira gran simpatía?

—Ahí tiene precisamente lo que revela nuestro origen material —exclamó el marino—. ¡Cuántas veces pasamos del mismo modo junto a la felicidad, sin verla, sin mirarla, o sin reconocerla, si la vemos o la miramos! Si es un hombre positivista, si su Dios es el oro, pruebe esto, y se le abrirán las minas del Perú, de Guzarate y de Golconda. Si es usted hombre inteligente, si es poeta, pruebe esto, y desaparecerán para usted los límites de lo posible, y se le abrirán los campos de lo infinito, y en libertad absoluta de pensamiento y de alma, volará a su antojo por las inconmensurables esferas de la fantasía. ¿Tiene ambiciones, suspira por las vanidades de la tierra?, pruebe esto, y dentro de una hora será rey, no de un reino miserable, olvidado en un rincón de Europa, como Francia, España e Inglaterra, sino rey del mundo, rey del universo, rey de la creación. Asentará su trono en la montaña adonde llevó Satanás a Jesucristo, y sin que le rinda tributo, sin que le humille hasta besarle

la pezuña, será el soberano de todos los soberanos de la Tierra. ¿No es lo que le ofrezco tentador?, confiéselo; tanto más tentador, cuanto que no hay nada más fácil que hacer esto. Mire.

Al acabar estas palabras descubrió a su vez la copa de plata que contenía la sustancia tan alabada, llenó de ella un cucharilla de café, la llevó a sus labios y la saboreó lentamente, con los ojos medio cerrados y la cabeza echada hacia atrás.

Franz le dejó todo el tiempo necesario para tragarlo, y le dijo al verlo ya vuelto, por decirlo así, a la escena:

—Pero ¿en qué consiste este manjar tan precioso?

—¿Ha oído hablar —le contestó el marino— del viejo de la Montaña, de aquel que quiso asesinar a Felipe Augusto?

—Sí.

—Pues ha de saber que reinaba en un valle fertilísimo, que dominaba la montaña de donde había tomado su pintoresco nombre. Estaba aquel valle lleno de jardines, plantados por Hassenben-Sabad, con pabellones aislados, donde hacía entrar a sus elegidos para darles a masticar, según dice Marco Polo, cierta hierba que los transportaba al paraíso, entre plantas siempre en flor, frutas siempre maduras y mujeres siempre vírgenes.

»Pues bien, lo que aquellos jóvenes bienaventurados tomaban por realidad era un sueño, pero un sueño tan dulce, tan embriagador, tan voluptuoso, que se vendían en cuerpo y alma al que se lo proporcionaba, y obedientes a sus órdenes como a las de Dios, iban a buscar hasta el fin del mundo la víctima indicada para herirla, expirando en medio de sus torturas sin proferir una queja, alentados por la esperanza de que su muerte no era sino una trasmigración a aquella vida de delicias que les daba a probar esta hierba santa, que acaban de servirme en su presencia.

—Entonces —exclamó Franz—, es el hachís, sí, yo lo conozco, de nombre.

—Justamente; ha acertado el nombre, señor Aladino, es el hachís, el hachís mejor y más puro que se hace en Alejandría, el hachís de Abougor, el grande, el único, el hombre a quien se debería edificar un palacio con esta inscripción: “Al fabricante de la felicidad, el mundo agradecido”.

—¿Sabe —dijo Franz—, que me dan ganas de juzgar por mí mismo de la verdad o exageración de sus palabras?
—Juzgue por usted mismo, mi querido huésped, juzgue; pero no por la primera impresión que le produzca. Es conveniente acostumbrar los sentidos a una nueva; como acontece en todas las impresiones, dulce o violenta, triste o alegre, existe una lucha entre esta divina sustancia y la naturaleza, que no está organizada para el placer, y que se aferra mucho al dolor. Es necesario que la naturaleza vencida muera sobre el campo de batalla, es preciso que la realidad suceda al sueño, y entonces es el sueño el que domina absolutamente, y la vida se hace sueño y el sueño se hace vida. ¡Pero qué diferencia en tal transformación! Es decir, que comparando los dolores de la existencia real con los placeres de la existencia ficticia, no querrá vivir nunca, porque querrá estar soñando siempre. Cuando abandone su mundo por el mundo de los demás, le parecerá que pasa de una primavera de Nápoles a un invierno de la Laponia, se le antojará que deja el paraíso por la tierra, y el cielo por el infierno. Pruebe el hachís, mi querido huésped, pruébelo.
Franz cogió por toda respuesta una cucharada de aquella pasta maravillosa, igual a la que había tomado su anfitrión, y se la llevó a los labios.
—¡Diablos! —exclamó cuando se la hubo tragado—, no sé si la consecuencia será tan agradable como dice, pero lo que es como manjar, no me parece tan suculento como a usted.
—Porque su paladar no está acostumbrado a lo sublime de esa sustancia. Dígame, ¿le gustaron en seguida las ostras, el té, las trufas, y todo lo que después ha apreciado en tal manera? ¿Comprende acaso a los romanos, que sazonaban los faisanes con asafétida, y a los chinos, que comen nidos de golondrinas? No, por cierto, no. Pues bien, lo propio sucede con el hachís. Tómelo tan solo por espacio de ocho días seguidos, y ningún manjar del mundo le parecerá que reúne la delicadeza de este, hoy soso y nauseabundo para usted. Pasemos ahora a la habitación de al lado, es decir, a la suya, que va Alí a servirnos el café y a darnos pipas.
Los dos se levantaron y mientras el que a sí mismo se había dado

el nombre de Simbad y que nosotros hemos mencionado de tiempo en tiempo, porque se le pudiera llamar de cualquier modo; mientras Simbad, decimos, daba algunas órdenes a su criado, Franz entró en la pieza inmediata.

Estaba amueblada con sencillez en comparación a la otra, aunque no menos rica, y la forma de ella era redonda. Un diván prolongado se extendía a su alrededor, pero diván, techo, paredes y suelo estaban cubiertos de magníficas pieles, blandas como los más blandos tapices; eran de leones del Atlas, con sus majestuosas crines; de tigres de Bengala, con rayas deslumbradoras, de panteras del Cabo, tachonadas de oro, como la que se aparecía al Dante, y pieles, finalmente, de osos de la Siberia, y zorras de Noruega, arrojadas todas con profusión unas sobre otras, de manera que parecía que se anduviese sobre la alfombra más espesa, o se reposase en el más blando de los lechos.

Ambos se recostaron sobre el diván. Había a mano pipas con boquilla de ámbar y tubos de jazmín, y preparadas para que no hubiese necesidad de fumar dos veces en una misma. Tomaron una de ellas cada uno y Alí las encendió, saliendo luego a buscar el café.

Guardaron silencio, unos instantes, que Simbad pasó entregado a los pensamientos que al parecer le dominaban sin tregua, aun en medio de la conversación, y Franz, abandonado a esa especie de fascinación vertiginosa que acomete siempre al que fuma excelente tabaco. No parece sino que el humo del tabaco bueno tenga la propiedad de quitarnos todas las penas, dándonos ilusiones en cambio.

Alí sirvió el café.

—¿Cómo lo toma? —preguntó a Franz el desconocido—, ¿a la francesa o a la turca? ¿Cargado o claro? ¿Con azúcar o sin él? ¿Pasado o hirviendo? Puede elegir, pues lo hay de todas las maneras.

—Lo tomaré a la turca —respondió Franz.

—Hace bien. Eso prueba que tiene buenas disposiciones para la vida oriental. ¡Ah!, convendrá conmigo en que los orientales son los únicos hombres que saben vivir. Por lo que a mí respecta —añadió

Simbad con una de aquellas singulares sonrisas que no se escapaban a la observación del joven—, tan pronto como despache mis negocios de París iré a morir al Oriente, y si entonces quiere encontrarme, le será preciso irme a buscar al Cairo, a Bagdad o a Ispaham.

—A fe mía que será la cosa más fácil —dijo Franz—, pues me parece que tengo alas de águila, capaces de dar la vuelta al mundo en veinticuatro horas.

—¡Vaya, vaya! ¡Ya empieza a actuar el hachís; abra pues, esas alas, y vuele a las regiones de la fantasía. Nada le arredre, que hay quien vela por usted, y si sus alas se derriten al sol como las de Ícaro, aquí estoy yo para recibirlo.

Tras esto dijo a Alí algunas palabras árabes. El negro hizo un gesto de obediencia y se retiró, aunque sin alejarse.

En cuanto a Franz, sufría una rara transformación. Todas sus fatigas físicas, toda la exaltación originada en su cerebro por los sucesos de aquel día, iban desapareciendo, como en esos primeros instantes del sueño en que se vive todavía. Al parecer, su cuerpo cobraba una ligereza inmaterial y su razón se despejaba de una manera maravillosa y parecían duplicarse las facultades de sus sentidos. Su horizonte se iba ensanchando más y más, pero no ese horizonte sombrío y lleno de terrores en que se arrastraba antes de su sueño, sino un horizonte azul, transparente y vasto, con todo lo que el mar tiene de tintas mágicas, con todo lo que el sol tiene de luz, y todo lo que la brisa tiene de perfumes. Después, entre los cantos de los marineros, cantos puros y claros, que a poder escribirlos compusieran una armonía divina, veía aparecer la isla de Montecristo, no como un escollo terrible entre las olas, sino como un oasis perdido en medio del desierto, y a medida que la barca se acercaba, se hacía el canto más numeroso, porque también la isla exhalaba a Dios una armonía misteriosa, ni más ni menos que si alguna hada, como Lorely, o algún encantador como Anfión, quisiera atraer hacia aquella parte un alma o edificar una ciudad.

Al fin la barca tocó la orilla, aunque sin violencia, sin sacudidas, como toca un labio a otro labio, y penetró en la gruta sin que dejase de sonar aquella música encantadora. Descendió, o mejor dicho, le

pareció que descendía algunos escalones, respirando un aire embalsamado y fresco, como el que debía de soplar en torno a la gruta de Circe, aire lleno de esos perfumes que embriagan la fantasía, de ardores que encienden los sentidos, y vio nuevamente todo cuanto había visto antes de su sueño, desde Simbad, el fantástico marino, hasta Alí, el criado mudo. Luego todo parecía que se confundiese y se borrase a su vista, como las últimas sombras de una linterna mágica que se apaga, hallándose de nuevo en la habitación de las estatuas, iluminada totalmente por una de esas lámparas antiguas de luz pálida, que en medio de la noche acompañan al sueño o a la voluptuosidad.

Eran, en efecto, ricas de formas, en lujuria y poesía, de ojos magnéticos, sonrisa lasciva y larga cabellera. Friné, Cleopatra y Mesalina, las tres cortesanas célebres. Entre aquellas sombras impúdicas aparecía después como un ángel cristiano en medio del Olimpo, como un rayo de luz pura, una visión dulce que se cubría la frente virginal ante aquellas impurezas de mármol.

Entonces le pareció que las tres estatuas habían fundido sus amores en uno para un hombre solo, y que este hombre era él, y que se acercaban a su lecho envueltas en largas túnicas blancas, desnuda la garganta, destrenzados los cabellos, con una de esas actitudes que seducían a los dioses, pero que los santos resistían, con esas miradas inflexibles y ardientes como la de la serpiente que atrae al pájaro, y que se entregaba por último a aquellas caricias dolorosas como un abrazo, y voluptuosas como un beso.

Le pareció a Franz que cerraba los ojos, y que a través de la última mirada veía a la estatua púdica cubrirse el rostro enteramente, y después de cerrados los ojos a las cosas materiales, se abrieron sus sentidos a las fantásticas, gozando de una felicidad sin límites, de un amor incesante, como el que el profeta prometía a sus elegidos.

Entonces, todas aquellas bocas de piedra se animaron y palpitaron aquellos pechos hasta tal punto que para Franz, que por primera vez conocía los efectos del hachís, este amor era casi dolor, esta voluptuosidad casi tortura, sobre todo cuando sentía posarse en su boca ardiente los labios de las estatuas, fríos y petrificados como los

anillos de una serpiente. Sin embargo, cuanto más se esforzaba en rechazar aquel amor imaginario, más se engolfaban sus sentidos en el sueño misterioso, hasta que después de una lucha en que tanto deseaba quedar victorioso como vencido, cedió del todo, abrasado de fatiga, hastiado de voluptuosidad, con los besos de aquellas mujeres de mármol y con los encantos de aquel sueño inconcebible.

Capítulo nueve: Al despertar

Cuando Franz volvió en sí, los objetos exteriores le parecieron una segunda parte de su sueño. Se imaginó en un sepulcro, donde apenas penetraba un rayo de sol como una mirada compasiva. Extendió la mano y tocó la piedra, se incorporó y se halló acostado en un lecho de hojas secas, aromáticas y suaves.

Habían desaparecido las visiones, y como si fueran las estatuas solo sombras salidas de sus sepulcros durante su ensueño, habían huido al despertar. A toda la agitación del sueño sucedía la calma de la realidad. Se encontró en una gruta, se adelantó hacia la abertura. A través de la puerta se veía el azul del mar y del cielo. Aire y agua resplandecían a los primeros rayos del sol de la mañana; a la orilla estaban sentados los marineros riendo y cantando. A diez pasos mar adentro se mecía graciosamente la barquilla sobre sus andotes. Entonces aspiró largo tiempo aquella brisa fresca que le azotaba la frente, escuchó el débil rumor de las olas que se estrellaban en la orilla, salpicando las rocas de blanca espuma, y se entregó instintivamente a este divino éxtasis que la naturaleza produce, sobre todo, después de un sueño fantástico.

La vida exterior, tan pura, tan grande, tan tranquila, le recordó poco a poco lo inverosímil de su sueño, y su memoria empezó a llenarse de recuerdos. Se acordó de su llegada a la isla, y de su presentación a un jefe de contrabandistas, de un palacio espléndido, y de una cena excelente y una cucharada de hachís.

Solo que en medio de esta realidad palpable le parecía que todas

aquellas cosas habían ocurrido por lo menos hacía un mes, tan vivo era el pensamiento de su sueño, y tanta importancia tenía en su imaginación. De vez en cuando, le parecía distinguir entre los marineros, o junto a una roca, o meciéndose sobre el barco, una de aquellas sombras que con besos y miradas poblaron de estrellas el cielo de su noche. Por otra parte, sentía la cabeza completamente despejada y el cuerpo tranquilo, sin peso en el cerebro, sino todo lo contrario, un bienestar general, una predisposición más grande que nunca a absorber el sol y el aire. Se acercó alegremente a sus marineros, que al verlo se levantaron todos, y el patrón se le aproximó diciéndole:

—El señor Simbad nos ha encargado de cumplimentar a su excelencia en su nombre, y de expresarle cuánto siente no poder despedirse de su excelencia, mas confía que le dispensa cuando sepa que un negocio importantísimo le obligó a marchar a Málaga.

—¡Ah!, oye, mi querido Gaetano, ¿es todo esto verdad? ¿Existe un hombre que me recibió en esta isla, que me dio una hospitalidad regia, y se ha marchado mientras yo soñaba?

—Tan cierto es, que por allí va alejándose su yate a velas desplegadas; con su anteojo de larga vista quizá podrá aún reconocer a Simbad el Marino en medio de la tripulación sobre cubierta.

Y al decir estas palabras extendió Gaetano su brazo en dirección a un barquillo, que se dirigía al extremo meridional de Córcega. Franz sacó su anteojo, lo graduó a su vista y se puso a mirar al sitio indicado. No se engañaba Gaetano. A la popa del barco aparecía el misterioso extranjero, de pie, vuelto hacia Franz, y con un anteojo en la mano como él. Iba vestido con el mismo traje con que se presentara a su huésped, y para despedirse agitaba un pañuelo. Franz le devolvió el saludo de la misma forma. Un momento después se divisó en la popa del barco una nubecilla de humo, elevándose al cielo graciosa y lentamente. Una detonación llegó a oídos de Franz.

—¿Oye? —le dijo Gaetano—. Eso significa que se despide de usted.

El joven tomó su carabina y la descargó disparando al aire, pero

sin esperanza de que la detonación pudiese atravesar la distancia que separaba el yate de la costa.

—¿Qué ordena su excelencia? —le preguntó Gaetano.

—Que me dé una luz.

—¡Ah!, ya entiendo —dijo el patrón—; para buscar la entrada de la mansión encantada. Buen provecho le haga, excelencia, puesto que tiene gusto de ello, voy a darle la antorcha que me pide, pero sepa que yo también tuve esa idea, que he tenido ese capricho tres o cuatro veces, y que siempre acabé por renunciar a él. Giovanni —añadió—, enciende una tea y tráela a su excelencia.

Aquel obedeció, y tomando Franz la tea entró en el subterráneo seguido de Gaetano.

Reconoció el sitio en que se había despertado, y su lecho de hojas, hollado todavía, pero por más que examinó con ayuda de la tea toda la superficie exterior de la gruta, nada vio, salvo algunos sitios que por lo ahumados demostraban que otros habían hecho antes que él la misma investigación.

Sin embargo, no dejó de examinar ni un solo pie de aquella muralla granítica, impenetrable como el porvenir; no vio una sola grieta sin introducir en ella su cuchillo de monte, no observó un solo ángulo saliente de una piedra sin apoyarse en él, con la esperanza de que cedería; pero todo fue en vano, y en este trabajo perdió dos horas sin resultado alguno.

Al cabo de este tiempo renunció a sus proyectos. Gaetano había triunfado.

Cuando Franz volvió a la playa, el yate no aparecía ya sino como un punto blanco en el horizonte. Recurrió a su anteojo, pero ni aun así le fue posible distinguir nada.

Gaetano le recordó que había venido a cazar cabras, cosa de la cual él se había olvidado enteramente. Tomó su escopeta y se puso a recorrer la isla más bien como un hombre que cumple una obligación, que como aquel que procura divertirse, y transcurrido un cuarto de hora había muerto una cabra y dos cabritillos. Pero aquellas cabras, aunque salvajes y ligeras como gamuzas, guardaban una gran semejanza con nuestras cabras domésticas, y Franz no las consideraba como caza.

Otras ideas preocupaban, además, su imaginación. Desde la víspera se había constituido en héroe de un cuento de *Las mil y una noches*, y un poder invencible le arrastraba a la gruta.

Entonces, pese a la inutilidad de sus primeras pesquisas, emprendió otras nuevas, mientras Gaetano, por orden suya, asaba una de las cabras.

Mucho tiempo debió de durar esta segunda visita, pues cuando volvió estaba ya asada la cabra y dispuesto el almuerzo. Sentado Franz en el mismo lugar en el que la víspera fueron a invitarle a cenar de parte del misterioso desconocido, distinguió todavía, como una gaviota cerniéndose sobre las aguas, al diminuto yate, que continuaba su camino a Córcega.

—¿Pero no me dijo que el señor Simbad iba a Málaga? —exclamó de repente encarándose con Gaetano—. Me parece que se dirige a Porto-Vecchio.

—¿No se acuerda —repuso el marinero—, que le dije también que entre su tripulación había casualmente dos bandidos corsos?

—En efecto, irá a desembarcarlos a la costa —observó Franz.

—Eso mismo. ¡Ah! Simbad el Marino es un buen sujeto, que no teme al diablo y que por hacer un servicio a un pobre, dicen que andaría diez leguas.

—Pero ese género de servicios le pueden malquistar con las autoridades del país donde los haga —repuso Franz.

—¡Ah! —exclamó sonriéndose Gaetano—. Bastante le importan a él las autoridades. Se burla de ellas y cuando le persiguen no es su yate un buque velero, sino un pájaro, sin contar con que para encontrar amigos, solo tiene que acercarse a la costa.

Lo único que resulta claro de todo esto es que el señor Simbad, el agasajador de Franz, se honraba con estar relacionado con todos los contrabandistas y bandoleros del Mediterráneo, posición asaz excéntrica.

Como nada retenía ya a Franz en la isla de Montecristo, y como había perdido la esperanza de descubrir el encanto de la gruta, se apresuró a almorzar, ordenando a los marineros que preparasen la barca para dentro de una hora.

Media hora después estaba ya a bordo. Echó la última mirada al

yate, que estaba a punto de perderse de vista en el golfo de Porto-Vecchio. Cuando, dada la señal de partir, se ponía su barco en movimiento, aquel desapareció enteramente.

Con el yate se desvanecía la postrera realidad de la noche anterior: la cena, Simbad, el hachís, las estatuas, todo, en fin, empezaba a tomar para el joven el colorido de un sueño.

El día y la noche entera navegó la barca, y a la salida del sol a la mañana siguiente, había perdido también de vista la isla de Montecristo.

Tan pronto como puso Franz el pie en tierra firme, se olvidó, aunque solo por un momento, de los últimos acontecimientos, para terminar sus quehaceres políticos y juveniles en Florencia, y no pensar en otra cosa que en reunirse con su compañero, que lo esperaba en Roma.

Partió, pues, en el correo, y el sábado por la noche llegó a la plaza de la Aduana.

Como ya se ha dicho, la habitación la tenía de antemano preparada, no precisando de otra cosa que dirigirse al hotel de maese Pastrini, cosa que no era muy fácil, pues una inmensa muchedumbre henchía ya las calles, y se miraba aturdida Roma por el rumor febril y sordo que precede a las grandes solemnidades.

Las grandes solemnidades de Roma son cuatro: el Carnaval, la Semana Santa, el Corpus y el día de San Pedro. Todo el resto del año vuelve a caer la ciudad en esa triste apatía, punto medio entre la vida y la muerte, entre este mundo y el otro, apatía sublime, característica y poética, que Franz había estudiado ya cinco o seis veces, encontrándola cada vez más fantástica y maravillosa.

Atravesando, pues, aquella turba que crecía por momentos y se agitaba, llegó a la fonda.

A su primera pregunta, le respondieron con esa impertinencia propia de los cocheros de alquiler que tienen ya viaje aparejado, y de los fondistas que tienen ya sus cuartos llenos, que no había para él habitación en la fonda de Londres. Y por esto se vio obligado a enviar una tarjeta a maese Pastrini y a preguntar por Alberto de Morcef. Este recurso fue excelente, pues maese Pastrini acudió personalmente con mil excusas por haber hecho esperar a su

excelencia, y tomando la bujía de mano de un cicerone que ya se había apoderado del viajero, se preparaba a conducirlo junto a su amigo, cuando este apareció.

La habitación indicada se componía de dos piezas pequeñas y de un gabinete con ventanas que daban a la calle, cualidad que exageró mucho maese Pastrini, añadiendo que era inapreciable su valor. El resto de aquel piso lo tenía alquilado a un personaje muy rico, que pasaba por siciliano o maltés, aunque el fondista no supo decir a ciencia cierta a cuál de las dos naciones pertenecía.

—Está bien, maese Pastrini —dijo Frank—. Necesitamos ahora por lo pronto una cena cualquiera para esta noche, y un carruaje para mañana y los siguientes días.

—En lo de la cena —respondió el fondista—, serán servidos en el acto; pero concerniente al carruaje...

—¿Cómo es eso, maese Pastrini? ¡Duda...! Venga, no se burle, que necesitamos un carruaje.

—¡Oh, caballero!, todo lo imaginable se hará por proporcionárselo, y es cuanto puedo decir.

—¿Y cuándo sabremos la respuesta? —preguntó Franz.

—Mañana por la mañana —respondió el fondista.

—¡Qué diablos! —exclamó Alberto—. Con pagarlo bien, es negocio concluido. Ya sabemos a qué atenernos. Un carruaje de Drake o de Aarón cuesta veinticinco francos los días de trabajo, y treinta o treinta y cinco los domingos y días señalados, conque añadiendo cinco francos diarios de corretaje, suman cuarenta. No se vuelva a hablar de esto.

—Sospecho que aun cuando ofrezcan los señores el doble, no logren proporcionárselo.

—Que pongan entonces caballos al mío, aunque del viaje está algo estropeado, pero no importa...

—No se encontrarán caballos.

Alberto miró a Franz, como a un hombre a quien se le da una respuesta incomprensible.

—¿Oye Franz? —le dijo— ¡No hay caballos! Pero de posta, ¿no podría haberlos?

—Están alquilados todos hace quince días, y solo quedan los

indispensables para el servicio.

—¿Qué es lo que dice?

—Digo que, cuando no comprendo una cosa, acostumbro a no detenerme mucho en ella y paso a otra. ¿Está dispuesta la cena, maese Pastrini?

—Sí, excelencia.

—Pues ante todo, cenemos.

—Pero ¿y el carruaje y los caballos? —dijo Franz.

—No se preocupe, amigo mío, que ellos vendrán por su propio pie. El busilis está en el precio.

Y Morcef, con esa admirable filosofía del hombre que nada juzga imposible mientras tiene llenos los bolsillos, cenó, se acostó y durmió a pierna suelta, soñando que paseaba las calles de Roma en un carruaje tirado por seis caballos.

Capítulo diez: Los bandoleros romanos

Al día siguiente Franz se despertó antes que su compañero, y cuando estuvo vestido, tiró del cordón de la campanilla. Aún vibraba el sonido de esta, cuando maese Pastrini entró en el aposento.

—¡Y bien! —dijo el fondista con aire de triunfo, sin esperar a que Franz le interrogase—, bien lo sospechaba ayer cuando no quería prometerle nada. Ha acudido demasiado tarde ya, y no hay en Roma un solo carruaje desalquilado, para los tres últimos días, se entiende.

—Justamente —exclamó Franz—, para los días que más falta nos hace.

—¿Qué hay? —preguntó Alberto entrando—. ¿No tenemos carruaje?

—Así es, querido amigo —respondió Franz—, lo ha adivinado.

—¡Vaya ciudad! ¡Buena está la tal Roma!

—Es decir —replicó maese Pastrini, que quería mantener dignamente con los extranjeros el pabellón de la capital del mundo

cristiano—, es decir, que no hay carruaje desde el domingo por la mañana, hasta el martes por la noche, pero hasta entonces encontrará cincuenta si quiere.

Alberto dijo:

—¡Ah!, eso ya es algo. Hoy es jueves, ¿quién sabe de aquí al domingo lo que puede suceder?

—Que llegarán diez o doce mil viajeros —respondió Franz—, los cuales harán mayor aún la dificultad.

—Amigo mío —dijo Morcef—, aprovechemos el presente y olvidémonos por ahora del futuro.

—Pero por lo menos —preguntó Franz—, ¿tendremos una ventana?

—¿Dónde?

—En la calle del Corso.

—¡Oh! ¡Una ventana! —exclamó maese Pastrini—, completamente imposible. Una solamente quedaba en el quinto piso del palacio Doria, y ha sido alquilada a un príncipe ruso por veinte cequíes al día.

Los dos jóvenes se miraron atónitos.

—Pues mira, querido —dijo Franz a Alberto—, lo mejor que podemos hacer es irnos a pasar el carnaval en Venecia; al menos allí, si no encontramos carruaje, encontraremos góndolas.

—No, no —exclamó Alberto—. Estoy decidido a ver el carnaval en Roma, y lo veré aunque sea en zancos.

—¡Caramba! —exclamó Franz—. Es una gran idea, sobre todo para apagar los *moccoletti;* nos disfrazaremos de polichinelas, de vampiros o de habitantes de las Landas, y tendremos un éxito magnífico.

—¿Desean aún sus excelencias tener un carruaje para el domingo?

—¡Pues qué! ¿Cree que vamos a recorrer las calles de Roma a pie, como si fuéramos pasantes de escribano?

—¡Bien!, voy a apresurarme a ejecutar las órdenes de sus excelencias —dijo maese Pastrini—, pero les prevengo que el carruaje les costará seis piastras al día.

—Y yo, querido maese Pastrini —dijo Franz—, yo que no soy su

vecino el millonario, le advierto que como es la cuarta vez que vengo a Roma, conozco el precio de los carruajes, tanto los domingos y días de fiesta como los que no lo son, le daremos doce piastras por hoy, mañana y pasado, y aún sacará muy buen producto.

—Con todo, excelencia... —dijo maese Pastrini procurando rebelarse.

—Ande, ande, mi querido huésped —dijo Franz—, o voy yo mismo a ajustar el carruaje con su *affettatore*, que es también el mío. Es un antiguo amigo que durante su vida me ha robado bastante dinero, y que con la esperanza de robarme más, pasará por un precio menor que el que le ofrezco; de este modo perderá la diferencia y será suya la culpa.

—¡Oh!, no se tome esa molestia, excelencia —dijo maese Pastrini con la sonrisa del especulador italiano que se confiesa vencido—, cumpliré su encargo lo mejor que me sea posible y espero que quede contento.

—Estupendo, eso se llama hablar con juicio.

—¿Cuándo quiere el carruaje?

—Dentro de una hora.

—Pues dentro de una hora estará en la puerta.

En efecto, una hora después el carruaje esperaba a los dos jóvenes. Era un modesto simón que, atendida la solemnidad de la circunstancia, habían elevado al rango de carruaje. Pero, a pesar de la mediana apariencia que tuviese, los dos jóvenes se hubieran dado por muy dichosos con tener una covacha semejante para los tres últimos días.

—Excelencia —gritó el cicerone al ver a Franz asomarse a la ventana—, ¿se acerca la carroza al palacio?

Por muy acostumbrado que estuviese Franz al énfasis italiano, su primer movimiento fue mirar a su alrededor, pero a él era a quien se dirigían en efecto aquellas palabras. Franz era la excelencia, la carroza era el fiacre, y el palacio era la fonda de Londres. Todo el genio encomiástico de la nación estaba encerrado en aquella frase.

Franz y Alberto bajaron. La carroza se acercó al palacio, sus excelencias subieron, y el cicerone saltó a la trasera.

—¿Adónde quieren sus excelencias que los lleve?

—Primero a San Pedro y en seguida al Coliseo —dijo Alberto.

Pero este ignoraba que para ver San Pedro se necesitaba un día, y para estudiarlo, un mes.

Por lo que los dos amigos se pasaron el día en ver San Pedro y no notaron que se hacía tarde hasta que el día empezó a declinar. Franz sacó su reloj, eran las cuatro y media. Emprendieron inmediatamente el camino de la fonda y al apearse dio Franz al cochero la orden de estar allí a las ocho. Quería hacer contemplar a Alberto el Coliseo a la luz de la luna, tal como le había hecho ver San Pedro a la luz del sol.

Cuando se hace ver a un amigo una ciudad que uno ya conoce, se usa de la misma coquetería que para enseñarle la mujer a quien se ama; de consiguiente, Franz trazó al cochero su itinerario: debía salir por la puerta del Popolo, costear la muralla exterior y entrar por la puerta de San Juan. Y de esta manera el Coliseo se les aparecería de improviso y sin que el Capitolio, el Foro, el Arco de Septimio Severo, el templo de Antonino Faustino y la Vía Sacra, hubiesen servido de escalones situados en medio del camino para acortarlo.

Se sentaron a la mesa, y aunque maese Pastrini había prometido a sus huéspedes un festín excelente, sin embargo, solo les dio una comida pasable, de la que al menos no tuvieron que quejarse.

Al fin de la comida entró el fondista. Franz creyó que era para recibir las gracias, y se disponía a dárselas cuando le interrumpió a las primeras palabras.

—Excelencia —dijo—, mucho me lisonjea su aprobación, pero no he subido para eso a su cuarto.

—¿Es acaso para decirnos que ha encontrado carruaje? —preguntó Alberto, encendiendo un cigarro.

—Nada de eso. Lo mejor que pueden hacer es no pensar más en ello, y tomar un partido. En Roma las cosas se pueden o no se pueden, y cuando se les ha dicho que no se podía, punto concluido.

—¡Oh! En París es mucho más cómodo; cuando una cosa no se puede se paga el doble, y al instante se tiene lo pedido.

—Sí, sí; ya he oído decir eso a todos los franceses —dijo maese

Pastrini algún tanto picado—, y entonces no comprendo cómo viajan.

—Es que los que viajan —dijo Alberto arrojando flemáticamente una bocanada de humo hacia el techo, y balanceándose sobre las patas traseras de su silla—, son solamente los necios y los locos como yo, pues las personas sensatas no abandonan su habitación en la calle de Helder, el paseo Grand y el café de París.

Excusado es decir que Alberto vivía en dicha calle, daba todos los días su paseo *fashionable* y comía cotidianamente en el único café en que se come cuando se está en relaciones con los jóvenes solteros de París. Maese Pastrini se quedó un instante silencioso. Era evidente que meditaba la respuesta que le había dado Alberto, respuesta que sin duda alguna no le parecía del todo clara.

—Pero, en fin —dijo Franz a su vez interrumpiendo las reflexiones geográficas de su huésped—, usted ha venido aquí para algo; sírvase, pues, indicarnos el objeto de su visita.

—¡Oh! Justamente. ¿Ha mandado venir el carruaje a las ocho?

—Sí.

—¿Tenía intención de visitar el Colosseo?

—Es decir, el Coliseo.

—Es exactamente lo mismo.

—Sea.

—¿Ha dicho a su cochero que saliera por la puerta del Popolo, que diese la vuelta por el lado exterior de las murallas y que entrase por la puerta de San Juan?

—Eso fue lo que dije, en efecto.

—¡Pues bien! Ese itinerario es imposible, o por lo menos muy peligroso.

—¿Y por qué es peligroso?

—A causa del famoso Luigi Vampa.

—Ante todo, mi querido huésped, ¿quién es el famoso Luigi Vampa? —preguntó Alberto—. Puede ser muy famoso en Roma, pero le advierto que en París es completamente desconocido.

—¡Cómo! ¿No lo conoce?

—No tengo ese honor.

—¡Pues bien! Es un bandido junto al cual son niños de teta los

Decesaris y los Gasparone.

—Atención, Franz —exclamó Alberto—. ¡Al fin encontramos un bandido! Le advierto, querido huésped, que no voy a creer una palabra de lo que diga. Sabido esto, hable cuanto quiera, estoy pronto a escucharle. Había una vez... Vaya, ¡y qué! ¿No prosigue?

Maese Pastrini se volvió hacia Franz, que le parecía mucho más juicioso que su compañero, y le dijo gravemente:

—Excelencia, si cree que miento, es inútil que le diga lo que quería decirle; puedo, sin embargo, afirmarle que lo hacía por el interés de sus excelencias.

—Alberto no dice que mienta, querido señor Pastrini —replicó Franz—. Dice que no le creerá enteramente, pero yo sí le creeré; tranquilícese, pues, y hable.

—Mas, sin embargo, excelencia, bien comprende que si pone en duda mi veracidad...

—Amigo mío —interrumpió Franz—, es más susceptible que Casandra, la cual era una profetisa a quien nadie escuchaba; siendo así que usted, por lo menos, está seguro de la mitad de su auditorio. Vamos, siéntese, y dígame quién es ese señor Vampa.

—Ya se lo he dicho, excelencia, es un bandido como no se ha visto otro después del famoso Mastrilla.

—Pero, ¡vamos a ver! ¿Qué tiene que ver ese bandido con la orden que he dado a mi cochero de salir por la puerta del Popolo, y de entrar por la puerta de San Juan?

—Tiene —repuso maese Pastrini— que por una sin duda podrá salir, pero dudo que por la otra pueda entrar.

—¿Y eso por qué, señor Pastrini? —preguntó Franz.

—Porque llegada la noche, ya no se está seguro a cincuenta pasos de las puertas.

—¿Palabra de honor? —exclamó Alberto.

—Señor conde —dijo maese Pastrini, siempre picado por la duda que tenía Alberto de su veracidad—, no hablo con usted, sino con su compañero, que conoce Roma, y que sabe que no se gastan chanzas sobre tal punto.

—Oye, querido —dijo Alberto dirigiéndose a Franz—, puesto que se nos presenta la ocasión de emprender una aventura, oye lo que

podemos hacer: cargamos nuestro coche de pistolas, trabucos y escopetas de dos cañones. Luigi Vampa viene a prendernos, y en lugar de prendernos él a nosotros, lo cogemos nosotros a él. Le llevamos inmediatamente a Su Santidad, que nos pregunta qué puede hacer en reconocimiento a nuestro servicio, y entonces reclamamos lisa y llanamente una carroza y dos caballos de sus caballerizas, sin contar con que probablemente el pueblo romano, reconocido también, nos corone en el Capitolio, y nos proclame, como a Curcio y a Horacio Coclés, salvadores de la patria.

Entretanto Alberto deducía esta consecuencia, maese Pastrini gesticulaba de una manera difícil de describir.

—En primer lugar —preguntó Franz a Alberto—, dime dónde encontrarás esas pistolas, esos trabucos, esas escopetas de dos cañones con que quieres atestar el coche.

—Lo que es en mi armería no será —dijo Alberto—, pues que en la Terracina me despojaron hasta de mi puñal, ¿y a ti?

—A mí me sucedió lo mismo en Acuapendente.

—¡Ah!, querido huésped —dijo Alberto encendiendo su segundo cigarro en la punta del primero—, sube que es muy cómoda para los ladrones esa medida, y que me parece que ha sido tomada de acuerdo con ellos.

Sin duda maese Pastrini encontró aquella pregunta muy embarazosa, pues no respondió sino a medias, dirigiendo aún la palabra a Franz como al único ser razonable con el cual pudiera entenderse.

—¿Sabe su excelencia que cuando uno es atacado por bandidos, no es costumbre defenderse?

—¡Cómo! —exclamó Alberto, cuyo valor se rebelaba a la sola idea de dejarse robar sin decir una palabra—. ¡Cómo! ¿Que no es costumbre defenderse?

—No, porque toda defensa sería inútil. ¿Qué quiere hacer contra una docena de bandidos que salen de un foso, de una choza o de la misma tierra, si así puede decirse, y que le apuntan a boca de jarro todos a un tiempo?

Alberto exclamó:

—Pues quiero que me maten.

El posadero se volvió hacia Franz, con un aire que quería decir: “Decididamente, su camarada está loco”.

—Querido Alberto —replicó Franz—, su respuesta es sublime, y vale tanto como el *qu’il mourût* de Corneille, solo que cuando Horacio respondía esto, se trataba de la salvación de Roma, y la cosa valía por cierto la pena. Pero, en cuanto a nosotros, daos cuenta de que se trata solo de un capricho que queremos satisfacer y que sería ridículo que por este capricho arriesgásemos nuestra vida.

—¡Ah! *¡Per Bacco!* —exclamó maese Pastrini—, eso se llama saber hablar.

Alberto se llenó un vaso de Lacryma-Christi, el cual bebió a pequeños sorbos murmurando palabras ininteligibles.

—Y bien, maese Pastrini —replicó Franz—, ya que mi compañero está tranquilo, y ya que ha podido apreciar mis disposiciones pacíficas, dígame ahora, ¿quién es ese señor Vampa? ¿Es pastor o patricio? ¿Es joven o viejo? ¿Alto o bajo? Descríbanos su figura con objeto de que si le encontramos por casualidad en el mundo, como Juan Sbogard o Lara, podamos por lo menos reconocerlo.

—Pues para obtener detalles exactos, a nadie mejor que a mí pudiera dirigirse, porque he conocido desde la niñez a Luigi Vampa, y un día que había caído en sus manos al ir de Florencia a Alatri, se acordó, felizmente para mí, de nuestro antiguo conocimiento. Me dejó ir entonces, no tan solo sin hacerme pagar nada, sino que quiso dárselas de generoso, me regaló un precioso reloj y me contó su historia.

—Muéstrenos el reloj —dijo Alberto.

Maese Pastrini sacó de su bolsillo un magnífico *Breguet* en que se veía grabado el nombre de su autor, el timbre de París y una corona de conde.

—Aquí está.

—¡Diablos! —exclamó Alberto—. Le doy la enhorabuena. Tengo uno semejante —añadió sacando a su vez el reloj del bolsillo de su chaleco—, que me ha costado tres mil francos.

—Ahora cuéntenos la historia —dijo Franz a su vez, haciendo señas a maese Pastrini para que se sentara.

—Si permiten sus excelencias...

—¡Qué diablos! —dijo Alberto—, no es usted ningún predicador para estar hablando de pie.

El posadero se sentó, después de haber hecho a cada uno de sus oyentes una respetuosa y profunda cortesía, lo cual indicaba que estaba pronto a dar los informes que le pedían acerca del famoso bandido Luigi Vampa.

—A propósito —exclamó Franz deteniendo a maese Pastrini en el momento en que iba a empezar a hablar—, dice que ha conocido a Luigi Vampa desde su niñez; ¿es todavía joven?

—¡Cómo!, pues no ha de ser joven, excelencia, si apenas tiene veintidós años. ¡Oh!, todavía ha de meter mucho ruido.

—¿Qué le parece, Alberto? Es muy raro el haberse adquirido ya a los veintidós años una reputación —dijo Franz.

—Sí, ciertamente, y a su edad Alejandro, César y Napoleón, que después han figurado tanto, no habían adelantado lo que él.

—Así pues —replicó Franz dirigiéndose a su huésped—, ¿el héroe cuya historia va a relatar, tiene veintidós años?

—Tal vez aún no los ha cumplido, como he tenido el honor de decirle.

—¿Es alto o bajo?

—De estatura mediana, así como su excelencia —dijo el huésped, señalando a Alberto.

—Gracias por la comparación —dijo este, inclinándose.

—¡Vaya!, prosiga, maese Pastrini —replicó Franz, sonriendo de la susceptibilidad de su amigo—. ¿Y a qué clase de la sociedad pertenecía?

—Era un pobre pastor de la quinta de San Felice, situada entre Palestrina y el lago de Cabri; había nacido en Pampinara, y entrado a la edad de cinco años al servicio del conde. Su padre, pastor en Anagui, poseía un pequeño rebaño, y vivía de la lana de sus carneros y de la leche de sus ovejas que venía a vender a Roma. De niño, el pequeño Vampa tenía un carácter muy raro. Un día, a la edad de siete años, fue a buscar al cura de Palestrina y le rogó que le enseñase a leer, lo cual era difícil, pues el joven pastor no podía abandonar un instante su ganado, pero el buen cura iba todos los

días a decir misa a una pobre aldea demasiado reducida para pagar un sacerdote, y que no teniendo nombre, era conocida bajo el de Borgo. Le dijo a Luigi que le esperase en el camino por donde él precisamente pasaba a su vuelta, y que de este modo le daría su lección, previniéndole que esta sería corta y que por consiguiente tendría que aprovecharse de ella. El pobre muchacho aceptó lleno de júbilo.

»Diariamente, Luigi llevaba a apacentar su ganado hacia el camino de Palestrina a Borgo, y todos los días, a las nueve de la mañana, el cura y el muchacho se sentaban sobre la hierba y el pastorcillo daba su lección en el breviario del sacerdote. Al cabo de tres meses, sabía leer, pero no era esto suficiente, necesitaba aprender a escribir. Encargó el sacerdote a un profesor de escritura de Roma que le hiciera tres alfabetos: Uno con letra muy gruesa, otro con letra mediana y el tercero con una letra muy pequeña. Al recibirlos, el cura dijo a Luigi que copiando aquellas letras en una pizarra, podía, con ayuda de una punta de hierro, aprender a escribir. Aquella misma noche, apenas hubo metido el ganado en la quinta, Vampa corrió a casa del cerrajero de Palestrina, cogió un grueso clavo, lo forjó, lo machacó, lo redondeó, consiguiendo hacer de él una especie de estilete antiguo. Al día siguiente, había reunido una porción de pizarras y trabajaba en ellas. Al cabo de tres meses ya sabía escribir.

»El cura quedó asombrado de aquella maravillosa inteligencia, e interesándose vivamente por tan rara disposición, le regaló unos cuantos cuadernos de papel, un mazo de plumas y un cortaplumas. Este fue un nuevo estudio, estudio que no era nada al lado del primero, así que ocho días después manejaba la pluma lo mismo que el estilete. Contó el cura esta anécdota al conde de San Felice, que quiso ver al pastorcito, le hizo leer y escribir delante de él, mandó a su mayordomo que le hiciese comer con sus criados, y le dio dos piastras al mes. Con este dinero, Luigi compró libros y lápices.

»Había aplicado a todos los objetos aquella facultad de imitación que tenía, y, como Giotto, dibujaba sobre las pizarras sus ovejas, los árboles, las casas y con la punta de su cortaplumas empezó a tallar

la madera y a darle todas las formas que quería. Así fue como empezó Pinelli, el escultor popular. Una niña de seis o siete años, es decir, un poco más joven que Vampa, guardaba por su parte el rebaño de una quinta próxima a Palestrina; era huérfana, había nacido en Valmontone y se llamaba Teresa. Los dos niños se encontraban, se sentaban uno al lado del otro, dejaban que sus rebaños se mezclasen y paciesen juntos, charlaban, reían y jugaban, y después por la noche, apartaban los carneros del conde de San Felice, de los del barón de Cervetri, y se separaban para volver a sus respectivas quintas, prometiendo reunirse al día siguiente. Cada día volvían a cumplir la cita, y de ese modo fueron creciendo juntos. Vampa llegó a los doce años y Teresa a los once.

»Iban entretanto desarrollándose también sus caracteres diferentes. A su noble afición a las artes, en que había sobresalido cuanto le era posible en su aislamiento, unía Luigi crueles arrebatos de un carácter imperioso, colérico, burlón. Ninguno de los jóvenes de Pampinara, de Palestrina o de Valmontone había podido, tener influencia alguna sobre él, ni llegar a ser su compañero. Altanero era su temperamento, siempre dispuesto a exigir, sin querer nunca conceder, apartaba de su lado todo instinto amistoso, toda demostración simpática. Teresa era la única que mandaba con una palabra, con una mirada, con un gesto, aquel carácter fiero que se humillaba bajo la mano de una mujer, y que bajo la de un hombre cualquiera se hubiera rebelado como una serpiente al sentirse pisoteada.

»El carácter de Teresa era entera y totalmente opuesto; viva, alegre, pero coqueta hasta el extremo, las dos piastras que daba a Luigi el mayordomo del conde de San Felice, y el precio de todos los juguetillos que vendía en Roma, se gastaban en pendientes de perlas, en collares, en alfileres, así es que gracias a la prodigalidad de su joven amigo, Teresa era la aldeana más hermosa y elegante de los alrededores de Roma. Los dos jóvenes seguían creciendo, pasando todo el día juntos, y entregándose sin obstáculos a los instintos de su carácter; así, pues, en sus conversaciones, en sus deseos, en sus sueños, Vampa se veía siempre hecho un capitán de navío, general de ejército o gobernador de una provincia, y Teresa

se imaginaba rica, envidiada, vestida con un hermoso traje, adornada con hermosos diamantes y seguida de lacayos con librea. Luego de pasar el día juntos, adornando su porvenir con aquellos locos y brillantes arabescos, se separaban para conducir los rebaños a los establos y descender desde la elevación de su sueño hasta la real humildad de su posición. Un día, el joven pastor dijo al mayordomo del conde que había visto que un lobo salido de las montañas de la Sabina acechaba su ganado. El mayordomo le entregó una escopeta; esto era lo que quería Vampa.

»El arma aquella tenía por casualidad un excelente cañón de Brescia, que calzaba bala como una carabina inglesa, solo que un día el conde, persiguiendo a un zorro, rompió la culata, y ya habían arrinconado el arma como inútil. Pero no era esto una dificultad para un escultor como Vampa. Examinó la culata primitiva, calculó la figura que había de tener, y al cabo de unos cuantos días hizo otra culata cargada de adornos tan maravillosos que, si hubiera querido venderla sin el cañón, hubiera seguramente ganado quince o veinte piastras; pero él no pensaba hacer tal uso de ella, porque una escopeta había sido durante su vida el pensamiento fijo del joven.

»En la totalidad de los países en que la independencia ha sustituido a la libertad, la primera necesidad que experimenta todo corazón fuerte, toda organización poderosa, es la de un arma que asegure al propio tiempo el ataque y la defensa, y que haciendo terrible al que la lleva, le haga también temido. Desde este momento, Vampa dedicó todo el tiempo que le quedaba libre al ejercicio del arma. Compró pólvora y balas e hizo servir de blanco todos los objetos que se le ponían delante. Tan pronto ensayaba su puntería en el tronco de un olivo, como en el zorro que salía de su cueva al anochecer para dar comienzo a su caza nocturna. Tan pronto era su blanco la mata más insignificante del borde de un camino, como el águila que orgullosamente se cernía en el aire. Pronto llegó a ser tan diestro que Teresa dominó el temor que en un principio experimentara al oír la detonación, y se divertía en ver a su joven compañero poner la bala en el punto que de antemano advertía, con tanta exactitud y limpieza como si la colocara allí con su propia mano.

»Salió, en efecto, una noche un lobo de un bosque cerca del cual tenían por costumbre reunirse los dos jóvenes, pero apenas hubo dado el animal diez pasos por el llano, cayó atravesado por una bala. Envanecido Luigi de tan buen tiro, se cargó el lobo a cuestas y lo llevó a la quinta.

»Estos y parecidos detalles daban a Vampa cierta reputación en todos aquellos alrededores, porque es verdad que el hombre superior, doquiera que se halle y por ignorado que sea, se forma un círculo más o menos mayor de admiradores. Por todos los alrededores se hablaba de aquel joven pastor como del más fuerte y del más valiente *contadino* que había en el circuito de diez leguas, y aunque Teresa por su parte pasase por una de las jóvenes más hermosas de la Sabina, nadie osaba decirle una palabra, porque sabían que Vampa la amaba.

»Y, sin embargo, no se habían confesado nunca tal amor. Habían ido creciendo el uno y el otro como dos árboles que mezclan sus raíces bajo la tierra, sus ramas en el aire, su perfume en el cielo, pero su deseo de vivir juntos era el mismo. Únicamente que este deseo había llegado a ser una necesidad y mejor hubieran preferido la muerte que la separación de un solo día, por más que esta idea no les hubiese venido jamás a la imaginación. Teresa tenía dieciséis años y Vampa diecisiete.

»Fue por entonces cuando se empezó a hablar mucho de una cuadrilla de bandidos que se iba organizando en los montes Lepini.

»Los salteadores no han sido nunca enteramente extinguidos en los alrededores de Roma, y aunque algunas veces les faltan jefes, cuando se presenta uno jamás le falta una partida. El famoso Cucumetto, perseguido en los Abruzzos, arrojado del reino de Nápoles, donde había sostenido una verdadera guerra, atravesó el Garigliano, como Manfredo, y fue a refugiarse entre Sonnino y Juperno, a orillas del Almasina. Este era quien se ocupaba en reorganizar alguna tropa y quien seguía las huellas de Decesaris y de Gasparone, a quienes pronto esperaba sobrepujar. Muchos jóvenes de Palestrina, de Frascati y de Pampinara desaparecieron, y aunque al principio sus amigos y allegados ignoraron su paradero, pronto supieron que se habían ido a unirse a la banda de

Cucumetto. Al cabo de algún tiempo, Cucumetto llegó a ser el objeto de la atención general, citándose a propósito de este jefe rasgos llenos de una audacia y de una brutalidad extraordinarias y casi sin ejemplo.

»Un día raptó a una joven, era la hija del agrimensor de Frosinone. Las leyes de los bandidos son en cuanto a esto terminantes: una joven pertenece al que la ha raptado, después a cada uno por suerte, y la desgraciada sirve para los placeres de toda la compañía hasta que la abandonan o muere. Cuando los parientes son bastante ricos para rescatarla, envían un mensajero que trata del rescate, y la cabeza del prisionero responde de la seguridad del emisario. Pero si son rehusadas las condiciones del rescate, el prisionero es condenado irrevocablemente.

»La joven de que hemos hablado tenía a su amante en la partida de Cucumetto; se llamaba Carlini. Al reconocer al joven, se creyó salvada y le tendió los brazos, pero el pobre Carlini al verla sintió que se le partía el corazón, porque aún ignoraba la suerte que estaría destinada a su amada.

»Sin embargo, como era el favorito de Cucumetto, como había compartido con él sus peligros hacía más de tres años, como le había salvado la vida matando de un pistoletazo a un carabinero que tenía ya el sable levantado sobre su cabeza, esperó que Cucumetto se apiadaría de él. Llamó aparte, pues, a su capitán, mientras que la joven se apoyaba contra el tronco de un gran pino que se elevaba en medio de una plazuela del bosque; había hecho un velo con su adorno, traje pintoresco de las paisanas romanas, y escondía su rostro a las lujuriosas miradas de los bandidos. Allí se lo contó todo: sus amores con la prisionera, sus juramentos de fidelidad, y cómo cada noche, desde que estaban en aquellos alrededores, se daban cita en unas ruinas. Precisamente aquella noche Cucumetto envió a Carlini a un pueblo vecino, y no pudo acudir a la cita. Pero el capitán se había hallado allí por casualidad, según decía, y entonces raptó a la joven.

»Carlini suplicó a su jefe que se le hiciese una excepción en su favor y que respetase a Rita, diciéndole que su padre era rico y que pagaría un buen rescate. Cucumetto pareció rendirse a las súplicas

de su amigo y le encargó que buscase un pastor a quien pudiese enviar a casa del padre de Rita, a Frosinone. Carlini se acercó entonces muy gozoso a la joven, le dijo que estaba salvada, y la invitó a que escribiese a su padre una carta en la cual le contase todo lo que había pasado, y le anunciase que su rescate estaba fijado en trescientas piastras. Concedían al padre por todo término doce horas, es decir, hasta el día siguiente, a las nueve de la mañana.

»Una vez escrita la carta, Carlini la cogió al punto, corrió a la llanura para buscar un mensajero, y encontró a un joven pastor que guardaba un rebaño. Los mensajeros naturales de los bandidos son los pastores que viven entre la ciudad y la montaña, entre la vida salvaje y la vida civilizada. El joven pastor partió en seguida, prometiendo estar en Frosinone antes de una hora, y Carlini volvió lleno de gozo a reunirse con su querida para anunciarle aquella buena noticia.

»Toda la banda se encontraba en la plazuela, donde cenaba alegremente las provisiones que los bandidos exigían de los paisanos como un tributo; tan solo en medio de aquellos alegres compañeros buscó en vano a Cucumetto y a Rita. Preguntó por ellos y los bandidos le respondieron con una carcajada.

»Carlini sintió que un sudor frío empezaba a inundar su frente y que una mortal zozobra empezaba a helar su corazón. Renovó su pregunta; uno de los bandidos llenó un vaso de vino de Orvieto y se lo mostró, diciendo:

»—¡A la salud del valiente Cucumetto y de la hermosa Rita!

»En aquel instante Carlini creyó oír un grito de mujer; todo lo adivinó. Tomó el vaso y lo rompió contra el rostro del que se lo presentaba y se lanzó en dirección de donde oyó el grito. A los cien pasos, a la vuelta de un matorral, vio a Rita desmayada en los brazos de Cucumetto. Al ver a Carlini, Cucumetto se levantó pistola en mano y ambos bandidos se miraron durante un momento, el uno con la sonrisa de la injuria en los labios, el otro con la palidez de la muerte en la frente. Se hubiera creído que iba a suceder alguna escena terrible entre aquellos dos hombres, pero poco a poco las facciones de Carlini se apaciguaron volviendo a su estado normal.

Su mano, que había llegado a una de las pistolas de su cinturón, permaneció inmóvil; Rita estaba tendida entre los dos y la luna iluminaba esta escena.

»—¡Y bien! —le dijo Cucumetto—. ¿Has hecho la comisión que te había encargado?

»—Sí, capitán —respondió Carlini—, y el padre de Rita estará aquí mañana a las nueve, con el dinero.

»—Perfectamente. Mientras tanto vamos a pasar una noche deliciosa. Esta joven es encantadora. Te aseguro que tienes buen gusto, Carlini; así, pues, como no soy egoísta, vamos a volver al lado de los camaradas y sortear a quién tocará ahora.

»—Entonces, ¿está decidido a abandonarla a la ley común? —preguntó Carlini.

»—¿Y por qué había de hacer una excepción en su favor?

»—Creí que mis súplicas...

»—¿Y por qué has de ser tú más que los demás?

»—Es justo.

»—Vamos, tranquilízate —prosiguió Cucumetto riendo—, un poco antes, un poco después, ya llegará tu turno.

»Los dientes de Carlini rechinaban de rabia.

»—Vamos —dijo Cucumetto, dando un paso hacia los bandidos—, ¿vienes?

»—Le sigo al momento.

»Cucumetto se alejó sin perder de vista a Carlini, porque temía que le hiriese por detrás, pero nada anunciaba en el bandido una intención hostil. En pie, con los brazos cruzados, estaba al lado de Rita, que continuaba sin haber recobrado el conocimiento. Cucumetto creyó por un instante que el joven iba a tomarla en sus brazos y huir con ella, pero poco le importaba, había conseguido lo que deseaba, y en cuanto al dinero, trescientas piastras repartidas entre los compañeros hacían una suma tan pobre que le era indiferente el que se las diesen o no. Continuó, pues, su camino hacia la plazuela, pero con gran asombro suyo, Carlini llegó casi al propio tiempo que él.

»—¡El sorteo! ¡El sorteo! —gritaron todos los bandidos al divisar a su jefe.

»Y brillaron de alegría los ojos de aquellos hombres, mientras que la llama de la hoguera esparcía sobre sus rostros un resplandor rojizo que los hacía asemejarse a los demonios.

»Nada más justo que lo que pedían, y por lo tanto hizo el capitán un signo con la cabeza indicando que accedía a su demanda. Se pusieron todos los nombres en un sombrero, así el de Carlini como los de los demás, y el más joven de la compañía sacó una papeleta de aquella improvisada urna y leyó en alta voz el nombre que en ella estaba escrito. Era el de Diavolaccio, el mismo que había propuesto a Carlini un brindis a la salud del jefe y a quien Carlini contestó haciendo pedazos el vaso contra su rostro. Una extensa herida le cogía de la sien hasta la boca, de la que manaba sangre en abundancia. Diavolaccio, al verse así favorecido por la fortuna, soltó una carcajada.

»—Capitán —dijo—, hace poco que Carlini no quiso beber a su salud; propóngale que beba a la mía. Tal vez tenga con usted más condescendencia que conmigo.

»Todos esperaban una explosión de parte de Carlini, pero, con gran asombro de los bandidos, tomó con la mano un vaso, con la otra una botella y llenando el vaso dijo con perfecta mente tranquila:

»—¡A la salud, Diavolaccio! —y bebió el contenido del vaso sin que el más mínimo temblor agitase su mano.

»Hecho esto, fue a sentarse junto a la hoguera.

»—Denme la parte de cena que me toca —dijo—, pues el camino que acabo de hacer me ha abierto el apetito.

»—¡Viva Carlini! —exclamaron los bandidos.

»—Enhorabuena, eso se llama tomar las cosas como buenos compañeros.

»Y todos formaron un círculo en torno a la hoguera, mientras que Diavolaccio se alejaba.

»Carlini comía y bebía como si nada hubiese sucedido.

»Los bandidos le observaban asombrados, sin comprender aquella impasibilidad, cuando oyeron resonar de pronto, junto a ellos, unos pasos lentos y pausados.

»Se volvieron y divisaron a Diavolaccio que conducía a la joven en sus brazos; tenía la cabeza inclinada hacia atrás, de modo que sus

largos cabellos rozaban la tierra. A medida que iban entrando en el círculo de la luz proyectada por la hoguera, notaban la palidez de la joven y del bandido. Esta aparición tenía un aspecto tan extraño y tan solemne, que todos se levantaron, menos Carlini, que se quedó sentado y continuó comiendo y bebiendo, como si nada pasase a su alrededor. Diavolaccio siguió avanzando en medio del más profundo silencio y depositó a Rita a los pies del capitán.

»Entonces todos conocieron la causa de la gran palidez de la joven y del bandido, porque Rita tenía un cuchillo clavado hasta la empuñadura en el corazón.

»Todas las miradas se fijaron en Carlini; la vaina que colgaba de su faja estaba vacía.

»—¡Ya! —dijo el capitán—, ¡ya!, ahora entiendo por qué se quedó atrás Carlini.

»Por salvaje que sea todo carácter, se inclina ante una acción sublime, y aunque es probable que ninguno de los bandidos hubiese hecho lo que Carlini, todos apreciaron el valor de aquella acción.

»—¿Y ahora —dijo Carlini levantándose a su vez con la mano apoyada en el gatillo de una de sus pistolas—, y ahora, se atreverá alguien a disputarme esta mujer?

»—No —dijo el jefe—, es tuya.

»Entonces Carlini la tomó en sus brazos y la condujo fuera del círculo de luz que proyectaba la llama de la hoguera.

»Distribuyó Cucumetto los centinelas como de costumbre, y los bandidos se tendieron en sus capas alrededor de la hoguera.

»A medianoche el centinela dio la señal de alarma y en seguida el capitán y sus compañeros estuvieron en pie. Era el padre de Rita que venía en persona a traer el rescate de su hija.

»—Toma —dijo a Cucumetto, presentándole un saco lleno de dinero—, aquí tienes trescientos doblones; devuélveme a mi hija.

»El jefe, sin pronunciar siquiera una palabra y sin tomar el dinero, le hizo señas de que le siguiese.

»El anciano obedeció. Los dos se alejaron y perdieron entre los árboles, a través de cuyas ramas penetraban los débiles rayos de la luna. Cucumetto se detuvo finalmente, tendió la mano, y mostrando al anciano dos personas agrupadas al pie de un árbol, le dijo:

»—Mira, pide tu hija a Carlini, que él más que nadie puede darte cuenta.

»Y sin decir una sola palabra más, volvió la espalda, encaminándose al sitio donde se hallaban sus compañeros.

»El anciano permaneció inmóvil y con los ojos fijos. Sentía que pesaba sobre su cabeza alguna desgracia desconocida, inmensa, pero tomando de pronto una resolución, dio algunos pasos hacia el grupo.

Con el ruido que hizo, Carlini levantó la cabeza, y las formas de dos personas comenzaron a aparecer más distintas a los ojos del anciano. Vio a una mujer tendida en tierra, con la cabeza apoyada sobre las rodillas de un hombre sentado e inclinado hacia ella. Al levantarse este hombre, fue cuando pudo descubrir el rostro de la mujer que apretaba contra su corazón. El anciano reconoció a su hija y Carlini reconoció al anciano.

»—Te esperaba —dijo el bandido al padre de Rita.

»—¡Miserable! —contestó este—. ¿Qué has hecho?

»Y miraba con terror a Rita, inmóvil, pálida, ensangrentada, con un cuchillo hundido en el pecho. Un rayo de luna la iluminaba con su blanquecina luz.

»—Cucumetto había violado a tu hija —dijo el bandido—, y como yo la amaba más que a mí mismo, la he matado, porque después de él iba a servir de juguete a toda la compañía.

»Los labios del anciano no se entreabrieron para murmurar la más mínima palabra, pero su rostro se volvió tan pálido como el de un cadáver.

»—Ahora —prosiguió Carlini—, si he hecho mal, véngala.

»Y arrancó el cuchillo del seno de la joven, que presentó con una mano al anciano, mientras que con la otra apartaba su camisa y le presentaba su pecho desnudo.

»—Has hecho bien —le dijo el anciano con voz sorda—. ¡Abrázame, hijo mío!

»Carlini se arrojó llorando en los brazos del padre de su amada. Eran aquellas las primeras lágrimas que vertían los ojos de aquel hombre.

»Y ya que todo acabó —dijo con tristeza el anciano a Carlini—,

ayúdame a enterrar a mi hija.

»Carlini fue a buscar dos azadones y el padre y el amante se pusieron a cavar al pie de una encina cuyas espesas ramas debían cubrir la tumba de la joven. Así que hubieron abierto una fosa suficiente, el padre fue el primero en abrazar el cadáver, el amante después, y en seguida levantándolo el uno por los pies y el otro por los brazos, lo colocaron en el hoyo. Luego se arrodillaron a ambos lados y rezaron las oraciones de difuntos. Cuando concluyeron, cubrieron el cadáver con la tierra que habían sacado hasta tanto que la fosa estuvo llena. Entonces, presentándole la mano, dijo el anciano a Carlini:

»—Ahora déjame solo. Gracias, hijo mío.

»—Pero... —replicó este.

»—Déjame solo..., te lo mando.

»Carlini obedeció. Fue a reunirse con sus compañeros, se envolvió en su capa, y pronto pareció tan profundamente dormido como los demás. Como el día anterior se había decidido que iban a cambiar de campamento, cosa de una hora antes de amanecer, Cucumetto despertó a sus camaradas y se dio la orden de partir, pero Carlini no quiso abandonar el bosque sin saber lo que había sido del padre de Rita. Se dirigió hacia el lugar donde le había dejado y encontró al anciano ahorcado de una de las ramas de la encina que daba sombra a la tumba de su hija. Hizo entonces sobre el cadáver del uno y la tumba de la otra, el juramento de vengarlos, mas este juramento no pudo realizarse, porque dos días después, en un encuentro con los carabineros romanos, Carlini fue muerto. Aunque lo que a todos llenó de asombro fue que haciendo frente al enemigo hubiese recibido la bala por la espalda. Cesó, sin embargo, este asombro cuando uno de los bandidos hizo notar a sus compañeros que Cucumetto estaba colocado diez pasos detrás de Carlini cuando este cayó.

»En la madrugada del día en que partieron del bosque de Frosinone, había seguido a Carlini en la oscuridad y escuchado el juramento que hizo, por lo que siento hombre cauto y previsor había tratado de evitar el resultado, que para él podía ser muy desagradable.

»Aún se contaban sobre este terrible jefe de bandidos otras muchas historias no menos curiosas que esta, de manera que desde Fondi a Perusa todo el mundo temblaba al solo nombre de Cucumetto.

»Estas historias habían sido con frecuencia el objeto de las conversaciones de Luigi Vampa y de Teresa. Esta temblaba al oír tales aventuras, pero Vampa la tranquilizaba con una sonrisa dirigiendo una mirada a su soberbia escopeta que tan certero tiro tenía, y si esto no bastaba para tranquilizarla, le mostraba a cien pasos un cuervo sobre alguna rama, lo apuntaba, la bala salía y el animal herido caía al pie del árbol. Sin embargo, el tiempo corría, los dos jóvenes habían proyectado casarse cuando Vampa tuviese veinte años y Teresa diecinueve y como los dos eran huérfanos y no tenían que pedir permiso a nadie más que a sus amos, a estos se lo habían pedido ya y les había sido concedido.

»Hablando de sus futuros proyectos, un día oyeron dos o tres tiros y de repente un hombre salió del bosque, cerca del cual acostumbraban los dos jóvenes llevar a apacentar sus ganados, y corrió hacia ellos.

»Apenas estuvo a distancia de poder ser oído, exclamó:

»—Me persiguen, ¿pueden ocultarme?

»Los jóvenes se dieron cuenta inmediatamente de que aquel fugitivo debía ser algún bandido, pero hay entre el aldeano y el bandido romano una simpatía desconocida que hace que el primero esté siempre pronto a hacer un servicio al segundo. Vampa, sin pronunciar una palabra, corrió a la piedra que encubría la entrada de la gruta, descubrió dicha entrada apartándola, hizo una señal al fugitivo para que se refugiase en aquel sitio desconocido de todos, luego volvió a colocar en su lugar la piedra y se sentó tranquilamente junto a su novia.

»Pocos instantes tardaron en salir de la espesura del bosque cuatro carabineros a caballo; tres de ellos parecían buscar al fugitivo, el cuarto conducía por el cuello a un bandido prisionero. Los tres primeros exploraron el terreno con una ojeada, percibieron a los dos jóvenes, corrieron a galope hacia ellos y les hicieron varias preguntas; nada sabían ni nada habían visto.

»—Lo lamento —dijo el cabo—, porque el bandido a quien buscamos es el capitán.

»—¡Cucumetto! —exclamaron a la vez Luigi Vampa y Teresa.

»—Sí —contestó el cabo—, y como su cabeza está valorada en mil escudos romanos, le darían quinientos a ustedes si nos hubiesen ayudado a descubrirlo.

»Los dos jóvenes se miraron y el cabo tuvo alguna esperanza.

»Quinientos escudos romanos son tres mil francos, y tres mil francos son una inmensa fortuna para dos pobres huérfanos que van a casarse.

»—Sí, también lo siento yo, pero no lo hemos visto —dijo Vampa.

»Entonces los carabineros recorrieron el terreno en diferentes direcciones, pero fueron inútiles todas las pesquisas. Al fin se retiraron.

»Vampa apartó entonces la piedra y Cucumetto salió del escondrijo.

»Había visto, al través de las rendijas de la trampa de granito, a los dos jóvenes hablar con los carabineros, dudó al pronto del resultado de la conversación, pero leyó en el rostro de Luigi Vampa y de Teresa la firme resolución de no entregarlo. Sacó entonces de su bolsillo una bolsa llena de oro y se la ofreció, mas Vampa levantó la cabeza con orgullo, y en cuanto a Teresa, sus ojos brillaron al pensar en las ricas joyas y hermosos vestidos que podría comprar con aquella gran cantidad de oro.

»Cucumetto era un demonio muy astuto, pero había tomado la forma de un bandido en vez de tomar la de una serpiente. Sorprendió aquella mirada, reconoció en Teresa una digna hija de Eva, y entró en el bosque volviendo muchas veces la cabeza bajo el pretexto de saludar a sus libertadores. Transcurrieron muchos días sin que se volviese a ver a Cucumetto, sin que se oyese hablar de él.

Capítulo once: Vampa

»El tiempo del carnaval se acercaba y el conde de San Felice anunció que iba a dar un baile de máscaras, al cual sería convidada toda la elegancia de Roma, y como abrigaba Teresa vivos deseos de ver este baile, Luigi Vampa pidió a su protector el mayordomo, permiso para asistir él y Teresa a la función mezclados entre los sirvientes de la casa, permiso que le fue concedido.

»Si el conde daba este baile, era solo para complacer a su hija Carmela, a quien adoraba. Carmela tenía la misma edad y la misma estatura de Teresa, y Teresa era por lo menos tan hermosa como Carmela.

»La noche del baile, Teresa se puso su traje más bello, se adornó con sus más brillantes alhajas. Llevaba el traje de las mujeres de Frascati. Luigi Vampa vestía el de campesino romano en los días de fiesta y ambos se mezclaron, como se les había permitido, entre los sirvientes y paisanos.

»La fiesta era magnífica. No solamente la quinta estaba profusamente iluminada, sino que millares de linternas de varios colores estaban suspendidas de los árboles del jardín.

»En cada salón había una orquesta y refrescos, las máscaras se detenían, se formaban cuadrillas, y se bailaba donde mejor les parecía. Carmela iba vestida de aldeana de Sonnino, llevaba su gorro bordado de perlas, las agujas de sus cabellos eran de oro y de diamantes, su cinturón era de seda turca con grandes flores, su sobretodo y su jubón de cachemir, su delantal de muselina de las Indias, y por fin los botones de su jubón eran otras tantas piedras preciosas. Otras dos de sus compañeras iban vestidas, la una de mujer de Nettuno, la otra de mujer de la Riccia.

»Cuatro jóvenes de las más ricas familias y más notables de Roma las acompañaban con esa libertad italiana que no tiene igual en ningún otro país del mundo. Iban vestidos de aldeanos de Albano, de Velletri, de Civita Castellana y de Sora. Además, tanto en los trajes de los aldeanos como en los de las aldeanas, el oro y las piedras preciosas deslumbraban.

»Deseó formar Carmela una cuadrilla uniforme, pero faltaba una mujer, y aunque la hija del conde no cesaba de mirar a su alrededor, ninguna de las convidadas llevaba un traje análogo al suyo y a los

de sus compañeros. El conde de San Felice le señaló, en medio de las aldeanas, a Teresa, que se apoyaba en el brazo de Luigi Vampa.

»—¿Me lo permite, padre mío?

»—Sin duda —respondió el conde—, ¿no estamos en carnaval?

»Se inclinó Carmela hacia un joven que la acompañaba y le dijo algunas palabras en voz baja, mostrándole con el dedo a la joven. El caballero siguió con los ojos la dirección de la linda mano que le servía de conductor, hizo un ademán de obediencia y fue a invitar a Teresa para figurar en la cuadrilla dirigida por la hija del conde.

»Teresa sintió que su frente ardía. Interrogó con la mirada a Luigi Vampa, que no podía rehusar. Vampa dejó deslizar lentamente el brazo de Teresa que se apoyaba en el suyo, y Teresa, alejándose conducida por su elegante caballero, fue a ocupar, temblando, su puesto en la aristocrática cuadrilla.

»A los ojos de un artista seguramente el exacto y severo traje de Teresa hubiera tenido un carácter muy distinto del de Carmela y sus compañeras, pero Teresa era una joven frívola y coqueta, y los bordados de muselina, las perlas de los brazaletes y pendientes, el brillo de la cachemira, el reflejo de los zafiros y de los diamantes la enloquecían.

»Por su parte, Luigi sentía nacer en su corazón un sentimiento desconocido, una especie de dolor sordo desgarraba su alma y después circulaba por sus venas y se apoderaba de todo su cuerpo. Seguía con la vista los menores movimientos de Teresa y de su pareja, cuando sus manos se tocaban, sus arterias latían con violencia, y se hubiera dicho que vibraba en sus oídos el sonido de una campana. Cuando se hablaban, aunque Teresa escuchase tímida y con los ojos bajos los discursos de su caballero, como Luigi Vampa leía en los ojos ardientes del bello joven que aquellos discursos eran lisonjas, le parecía que la tierra se abría bajo sus pies y que todas las voces del infierno murmuraban sordamente a su oído palabras de muerte y de asesinato. Luego, temiendo dejarse arrastrar por su locura, se cogía con una mano al sillón en el cual se apoyaba, y con la otra oprimía con un movimiento convulsivo el puñal de mango cincelado que pendía de su cinturón, y que, sin darse cuenta, sacaba algunas veces casi enteramente de la vaina.

»Estaba celoso. Sentía que llevada de su naturaleza ligera y orgullosa, Teresa podía olvidarlo. Y sin embargo la bella aldeana, tímida y casi espantada al principio, pronto se había repuesto. Ya hemos dicho que Teresa era hermosa, pero aún no es esto todo: Teresa era coqueta, con esa coquetería salvaje mucho más poderosa y atractiva que nuestra coquetería afectada. Unido esto a su gracia, a su candor, a su belleza, porque era bella y muy bella, le atrajo todos los obsequios de los caballeros de la cuadrilla, y si bien podemos asegurar que Teresa tenía envidia a la hija del conde, sin embargo, no nos atrevemos a decir que Carmela no estuviese celosa de ella.

»Una vez hubo terminado la danza, su elegante compañero, no sin cesar los cumplidos y obsequios, la volvió a conducir al punto del que la había sacado a bailar y donde la esperaba Luigi.

»Dos o tres veces durante la contradanza, la joven le había dirigido una mirada, y cada vez le había visto pálido y con las facciones alteradas.

»Una vez la hoja de su puñal, medio sacada de su vaina, había brillado a sus ojos con un resplandor siniestro, y he aquí por qué temblaba como el azogue cuando volvió a apoyar su brazo en el de su amante.

»Había obtenido tan grande éxito la cuadrilla, que se trató de repetir la danza, y aunque Carmela se oponía, el conde de San Felice rogó con tanta ternura a su hija, que al fin consintió.

»Al punto uno de los caballeros se dirigió a Teresa, sin la cual era imposible que la contradanza se verificase, pero la joven había desaparecido.

»En efecto, Luigi no se sintió con ánimos para sufrir una segunda prueba, y sea por persuasión o por fuerza, arrastró a Teresa hacia otro punto del jardín. Teresa cedió bien a pesar suyo, pero había visto la alterada fisonomía del joven, y comprendía por su silencio entrecortado, por sus estremecimientos nerviosos que pasaba en él algo raro.

»Ella sentía también una agitación interior, y sin haber hecho, sin embargo, nada malo, comprendía que Luigi tenía derecho para quejarse. ¿De qué...?, lo ignoraba, pero no por eso dejaba de

conocer que sus quejas serían merecidas. No obstante, con gran asombro de Teresa, Luigi permaneció mudo y ni siquiera entreabrió sus labios para pronunciar una palabra durante el resto de la noche. Mas cuando el frío hizo salir de los jardines a los convidados, y cuando las puertas se hubieron cerrado para ellos, pues iba a comenzar una fiesta íntima, se llevó a Teresa, y al entrar en su casa le dijo:

»—Teresa, ¿en qué pensabas cuando estabas bailando frente a la joven condesa de San Felice?

»—Pensaba —respondió la joven con toda la franqueza de su alma—, que daría la mitad de mi vida por tener un traje como el de ella.

»—¿Y qué te decía tu pareja?

»—Que solo me bastaba pronunciar una palabra para tenerlo.

»—Y no le faltaba razón —contestó Luigi con voz sorda—. ¿Deseas, pues, ese traje tan ardientemente como dices?

»—Sí.

»—¡Pues bien!, lo tendrás.

»Levantó asombrada la joven la cabeza para preguntarle, pero su rostro estaba tan sombrío y tan terrible que la voz se le heló en sus labios. Por otra parte, al pronunciar estas palabras Luigi se había alejado. Teresa le siguió con la mirada en la oscuridad mientras pudo, y así que hubo desaparecido entró en su cuarto suspirando.

»Aquella misma noche tuvo lugar un desagradable acontecimiento: tal vez por la poca precaución de algún criado al apagar las luces, el fuego se había apoderado de la quinta de San Felice, justamente en los alrededores de la habitación de la hermosa Carmela.

»En medio de la noche se despertó esta por el resplandor de las llamas, había saltado de su cama, se había envuelto en su bata, y había intentado huir por la puerta, pero el corredor por el cual debía pasar estaba ya invadido por las llamas. Luego entró en su cuarto pidiendo socorro, cuando de repente se abrió el balcón, situado a veinte pies de altura, un joven aldeano se arrojó en el aposento, cogió a la casi exánime joven entre sus brazos, y con una fuerza y agilidad extraordinarias y sobrehumanas, la transportó fuera de la quinta depositándola sobre la hierba del prado, donde quedó desvanecida. Al recobrar el sentido, su padre se hallaba delante de

ella, todos los criados la rodeaban prodigándole socorros. Había sido devorada por el incendio un ala entera del palacio, pero ¡qué importaba si Carmela se había salvado! Buscaron por todas partes a su libertador, pero este no apareció. Preguntaron a todos, pero nadie le había visto. Carmela estaba tan turbada que no le había reconocido. Además, como el conde era inmensamente rico, excepto el peligro que había corrido su hija, y que le pareció por la milagrosa manera con que se había salvado, más bien un nuevo favor de la Providencia que una desgracia real, la pérdida ocasionada por las llamas fue insignificante para él.

»Al día siguiente, a la hora de costumbre, se encontraron los dos jóvenes pastores en su sitio, cerca del bosque. Luigi era quien había llegado primero a la cita, y salió al encuentro de la joven con alborozo. Parecía haber olvidado por completo la escena de la víspera. Teresa estaba visiblemente pensativa, pero al ver a Luigi tan alegre, afectó por su parte un gozo que no sentía, a pesar de ser propio de su carácter cuando alguna otra pasión no venía a turbarla. Luigi tomó del brazo a Teresa y la condujo hasta la entrada de la gruta. Allí se detuvo. Comprendió la joven que había algo de extraordinario en la conducta del joven y en consecuencia lo miró fijamente como queriendo interrogarle con los ojos.

»—Teresa —dijo Luigi—, ayer por la noche me dijiste que darías la mitad de tu vida por tener un traje semejante al de la hija del conde.

»—En efecto —dijo Teresa—, pero estaba loca al desear tal cosa.

»—Y yo respondí: “Está bien, lo tendrás”.

»—Sí —respondió la joven, cuyo asombro crecía a cada palabra de Luigi—, pero sin duda respondiste aquello para no disgustarme.

»—Nunca te he prometido nada que no te haya dado. Teresa —dijo Luigi con orgullo—, entra en la gruta y vístete.

»Y diciendo estas palabras retiró la piedra y mostró a Teresa la gruta iluminada por dos bujías que ardían a cada lado de un soberbio espejo. Sobre la mesa rústica, hecha por Luigi, estaban colocados el collar de perlas y las agujas de diamantes; sobre una silla estaba depositado el resto del adorno.

»Teresa lanzó un grito de júbilo, y sin informarse siquiera de dónde había salido aquel brillante traje, y sin dar tampoco las gracias a

Luigi colocó la piedra detrás de ella, porque acababa de apercibir sobre la cumbre de una pequeña colina que impedía ver a Palestrina, un viajero a caballo, que se detuvo un momento como incierto y vacilante, sin saber qué camino era el que debía seguir.

»Viendo a Luigi, el viajero espoleó su caballo y se acercó a él. Luigi no se había engañado; el viajero que se dirigía de Palestrina a Tívoli no sabía a ciencia cierta cuál era el camino que debía tomar. El joven se lo indicó, pero como a un cuarto de milla de allí el camino se dividía en tres senderos, y llegado a ellos el viajero podía extraviarse de nuevo, rogó a Luigi que le sirviera de guía.

»Luigi se quitó la capa y la colocó en tierra, se echó la escopeta al hombro y marchó delante del viajero con ese paso rápido del montañés, que a duras penas puede seguir el trote de un caballo.

»En diez minutos Luigi y el viajero llegaron al sitio designado por el joven pastor y este entonces, con el soberbio y majestuoso ademán de un emperador, extendió el brazo señalando con el dedo la senda que debía seguir el viajero.

»—Este es su camino —dijo—, ya no es fácil ahora que su excelencia se equivoque.

»—He ahí la recompensa —dijo el viajero ofreciendo al joven pastor algunas monedas.

»—Gracias —dijo Luigi retirando la mano—, le doy un servicio, pero no se lo vendo.

»—Sin embargo —dijo el viajero, que parecía acostumbrado a aquella notable diferencia entre la servidumbre del hombre de las ciudades y el orgullo del campesino—, si rehúsas un salario no desdeñarás un regalo.

»—¡Ah!, eso ya es otra cosa.

»—¡Pues bien! Toma estos dos cequíes venecianos y dáselos a tu novia para unos zarcillos.

»—Y usted tome este puñal —dijo el joven pastor—. No encontrará otro cuyo mango esté mejor tallado desde Albano a Civita Castellana.

»—Lo acepto —dijo el viajero—, pero entonces yo soy el que le queda agradecido, porque este puñal vale mucho más que los cequíes.

»—En la ciudad tal vez, pero como lo he tallado yo mismo, apenas vale una piastra.

»—¿Cuál es su nombre? —preguntó el viajero.

»—Luigi Vampa —respondió el pastor con el mismo tono que si hubiera contestado: Alejandro, rey de Macedonia—. ¿Y usted?

»—Yo... —dijo el viajero—, me llamo Simbad el Marino.

Franz d'Epinay lanzó un grito de sorpresa.

—¡Simbad el Marino! —exclamó.

—Sí —respondió el narrador—, ese es el nombre que el viajero dijo a Vampa.

—¡Y bien! ¿Qué es lo que le admira en ese nombre? —interrumpió Alberto—, es un nombre muy bello, y las aventuras del patrón de este caballero, debo confesarlo, me han divertido mucho en mi juventud.

Franz no quiso insistir más. Aquel nombre de Simbad el Marino, como se comprenderá, despertó en él una multitud de recuerdos.

—Continúe —dijo al posadero.

—Vampa guardó desdeñosamente los dos cequíes en su bolsillo y emprendió de nuevo el camino que trajera al venir. Así que hubo llegado a unos doscientos pasos de la gruta le pareció oír un grito. Se detuvo, procurando descubrir el lado de donde saliera aquel, y al cabo de un segundo oyó su nombre pronunciado distintamente, viniendo el sonido de la voz del lado donde estaba la gruta.

»Saltando como un gamo montó el gatillo de su escopeta a medida que corría, y en menos de un minuto estuvo en lo alto de la colina opuesta a aquella en que vio al viajero. Allí los gritos de socorro llegaron más distintos a sus oídos. Dirigió una mirada por el espacio que dominaba. Un hombre robaba a Teresa como el centauro Neso a Dejanira. Este hombre, que se dirigía hacia el bosque, había ya andado las tres cuartas partes del camino que mediaba entre aquel y la gruta. Vampa calculó la distancia; aquel hombre le llevaba más de doscientos pasos de delantera; era, pues, imposible alcanzarle antes de que hubiese llegado al bosque, y en el bosque lo perdería. El joven pastor se detuvo como si le hubiesen clavado en aquel lugar. Apoyó en su hombro derecho la culata de su escopeta, apuntó lentamente al raptor, le siguió un segundo en su carrera y al fin hizo

fuego.

»El raptor se detuvo, sus rodillas flaquearon y se desplomó arrastrando a Teresa en su caída. Pero esta se levantó al punto. En cuanto al fugitivo permaneció tendido, luchando con las convulsiones de la agonía. Vampa se lanzó hacia Teresa, porque a diez pasos del moribundo había caído de rodillas y el joven temía que la bala que acababa de matar a su enemigo hubiese herido a Teresa. Felizmente no sucedió así; era el terror únicamente que había paralizado sus fuerzas. Cuando Luigi se hubo asegurado de que estaba sana y salva, se volvió hacia el herido. Este acababa de expirar con los puños crispados, la boca contraída por el dolor y los cabellos erizados por el sudor de la agonía; sus ojos se habían quedado abiertos y amenazadores.

»Vampa se acercó al cadáver y reconoció a Cucumetto.

»El día en que el bandido había sido salvado por los dos jóvenes se había enamorado de Teresa y había jurado que la joven le pertenecería. La había espiado desde entonces, y aprovechándose del único momento en que su amante la dejara sola para indicar el camino al viajero, la había robado y ya la creía suya, cuando la bala de Vampa, guiada por la infalible puntería del joven pastor, le había atravesado el corazón. Vampa lo miró un momento sin que la menor emoción se pintase en su semblante, mientras que Teresa, temblorosa aún, no osaba acercarse al bandido muerto sino con lentos pasos, arrojando solo alguna que otra ojeada sobre el cadáver por encima del hombro de su amante. Al cabo de un instante, Vampa se volvió hacia su amada.

»—Bueno —dijo—, tú te has vestido ya; ahora me toca a mí.

»Teresa estaba, en efecto, vestida de pies a cabeza con el rico y lujoso traje de la hija del conde de San Felice. Vampa tomó entre sus brazos el cuerpo de Cucumetto y lo llevó a la gruta, mientras que, a su vez, Teresa permanecía fuera.

»Si un segundo viajero hubiese pasado entonces, hubiera visto una escena extraña: una pastora guardando sus ovejas con falda de cachemir, un collar de perlas, collares y alfileres de diamantes y botones de zafiro, de esmeraldas y rubíes. El viajero que hubiera visto tal cosa, no hay duda que se habría creído transportado al

tiempo de Florián, y hubiera asegurado a su vuelta a París que había encontrado la pastora de los Alpes sentada al pie de los montes Sabinos.

»Transcurrido un cuarto de hora, volvió a salir Vampa de la gruta. Su traje no era en su género menos elegante que el de Teresa.

»Vestía una almilla de terciopelo grana, con botones de oro cincelados; un chaleco de seda cuajado de bordados, una banda romana atada al cuello, un portapliegos bordado de oro y de seda encarnada y verde, calzones de terciopelo de color azul celeste atados por encima de sus rodillas con dos hebillas de diamantes, unos botines de piel de gamo bordados de mil arabescos, y un sombrero en que flotaban cintas de colores; de su cinturón colgaban dos relojes y asimismo un magnífico puñal.

»Teresa lanzó un grito de admiración. Vampa con este traje se asemejaba a una pintura de Leopoldo Robert o de Schenetz. Se había vestido el traje completo de Cucumetto. El joven reparó en el efecto que producía en su amada y una sonrisa de orgullo satisfecho asomó a sus labios.

»—Ahora —dijo a Teresa—, dime, ¿estás dispuesta a compartir mi suerte, cualquiera que sea?

»—¡Oh, sí! —exclamó la joven con entusiasmo—. Sí.

»—¿Te hallas pronta a seguirme donde yo vaya?

»—¡Aunque sea al fin del mundo!

»—Entonces, cógete de mi brazo y partamos, porque no tenemos tiempo que perder.

»La joven cogió el brazo de su amado sin preguntarle siquiera a dónde la conducía, porque en aquel momento le parecía hermoso, fiero y potente como un dios. Entonces avanzaron los dos hacia el bosque atravesando la llanura en menos de un minuto.

»Es preciso decir que ni un sendero había en la montaña que fuese desconocido a Vampa. Avanzó, pues, en el bosque sin vacilar, aunque no hubiese ningún camino, reconociendo solamente el que debía seguir por la posición de los árboles y por la maleza. Un torrente seco que conducía a una profunda garganta apareció ante sus ojos y Vampa siguió este extraño camino, que, enterrado, por decirlo así, y oscurecido por la espesa sombra de los elevados

pinos, se asemejaba a aquel sendero del Averno del cual nos habla Virgilio.

»Temerosa del aspecto de aquel lugar salvaje y desierto, Teresa se estrechaba contra su guía sin pronunciar una palabra, pero como le veía caminar siempre con un paso igual y como la más profunda tranquilidad brillaba en su semblante, encontró fuerzas bastantes en sí misma para disimular su emoción.

»De pronto, a diez pasos de donde ellos estaban, un hombre pareció destacarse de un árbol detrás del cual estaba oculto, y apuntando con un trabuco a Vampa exclamó:

»—¡Si das un paso más, eres hombre muerto!

»—¡Vaya! —dijo Vampa levantando la mano con despreciativo ademán—, ¿acaso se devoran los lobos a sí mismos?

»—¿Quién eres? —preguntó el centinela.

»—Soy Luigi Vampa, el pastor de la quinta de San Felice.

»—¿Y qué es lo que quieres?

»—Hablar a tus compañeros que están en el bosque de Roccabianca.

»—Entonces, sígueme —dijo el centinela—, o mejor, puesto que sabes el camino, marcha delante.

»Vampa sonrió con aire de desprecio de aquella precaución del bandido, pasó delante con Teresa, y continuó su camino con el mismo paso tranquilo y firme que le había conducido hasta allí.

»Transcurridos cinco minutos, el bandido les hizo señas para que se detuviesen, y ambos jóvenes obedecieron. El centinela entonces imitó por tres veces el graznido del cuervo y un murmullo de voces respondió a esta triple llamada.

»—Bueno, ahora puedes continuar tu camino —dijo el bandido.

»Ambos jóvenes se adelantaron entonces, pero a medida que avanzaban, Teresa, cada vez más trémula y sobrecogida, se iba arrimando a Luigi, porque a través de los árboles se veían aparecer hombres y relucir los cañones de sus escopetas.

»El bosque de Roccabianca se hallaba situado en la cumbre de un montecillo que antiguamente había sido un volcán, volcán extinguido antes que Rómulo y Remo hubiesen abandonado Alba para ir a fundar Roma.

»La pareja llegó a la cima y se encontraron cara a cara con veinte bandidos.
»—Aquí hay un joven que les busca —dijo el centinela.
»—¿Y qué quieres de nosotros? —preguntó el que hacía las veces de capitán en ausencia de este.
»—Quiero decirles que estoy cansado de ser pastor —replicó Vampa.
»—¡Ah! ¡Ya! —dijo el teniente—. ¿Y vienes a pedirnos que te alistemos en nuestra partida?
»—Bienvenido seas —gritaron muchos bandidos de Ferrusino, de Pampinara y de Anagui que habían reconocido a Luigi Vampa.
»—Sí, pero vengo a pedirles otra cosa más que ser su compañero.
»—¿Y qué es? —dijeron los bandidos con asombro.
»—Vengo a pedirles ser... su capitán —dijo el joven con aire resuelto.
»Una estrepitosa carcajada contestó a este rasgo de audacia.
»—¿Y qué has hecho para aspirar a tal honor? —preguntó el teniente.
»—He matado a su jefe Cucumetto, cuyos despojos están ante ustedes —dijo Luigi—, y he incendiado la quinta de San Felice para dar un traje de boda a mi novia.
»Una hora después Luigi Vampa era elegido capitán en reemplazo de Cucumetto.
—¡Y bien!, mi querido Alberto —dijo Franz, volviéndose hacia su amigo—. ¿Qué piensa ahora del ciudadano Luigi Vampa?
—Digo que eso es mitológico y que jamás ha existido.
—¿Qué significa mitológico? —preguntó maese Pastrini.
—Sería largo de explicar, querido huésped —respondió Franz—. ¿Dice, pues, que el tal Vampa ejerce en este momento su profesión en los alrededores de Roma?
—Y con tanta habilidad, que jamás ha demostrado otro bandido antes que él.
—¿Y la policía no ha intentado apresarlo?
—Ya se ve que sí, pero está de acuerdo a un tiempo con los pastores de la llanura, los pescadores del Tíber y los contrabandistas de la costa. Quiere decir que lo buscan por la

montaña y se está en el río; le persiguen por el río y se encuentra en alta mar. De pronto, cuando se le cree refugiado en la isla de El Giglio, de El Guanocetti o de Montecristo, se le ve aparecer en Albano, en Tívoli o en la Riccia.

—¿Y cuál es su proceder con respecto a los viajeros?

—¡Oh!, muy sencillo. Según la distancia en que esté de la ciudad, da de término ocho horas, doce, o un día para pagar su rescate. Transcurrido este tiempo concede todavía una hora; pasada esta, si no tiene el dinero, hace saltar de un pistoletazo la tapa de los sesos del prisionero o le hunde un puñal en el corazón, y asunto terminado.

—¡Y bien, Alberto! —preguntó Franz a su compañero—, ¿está aún dispuesto a ir al Coliseo por los paseos exteriores?

—Sin duda —dijo Alberto—. ¿No ha dicho que es el camino más pintoresco?

En aquel mismo instante dieron las nueve, la puerta se abrió y el cochero apareció en ella.

—Excelencia —dijo—, el coche lo espera.

—Bien —dijo Franz—, en este caso, al Coliseo.

—¿Por la puerta del Popolo, o por las calles, excelencia?

—Por las calles, ¡qué diablos!, por las calles —exclamó Franz.

—¡Ah, amigo mío —dijo Alberto, levantándose a su vez y encendiendo el tercer cigarro—, a decir verdad lo creía más valiente...

Dicho esto, los dos jóvenes bajaron la escalera y subieron al coche.

Capítulo doce: Apariciones

Franz encontró un término medio para que Alberto llegase al Coliseo sin pasar por delante de ninguna ruina antigua, y por consiguiente sin que las preparaciones graduales quitasen al Coliseo un solo ápice de sus gigantescas proporciones. Este

término medio consistía en seguir la Vía Sixtina, cortar el ángulo derecho delante de Santa María la Mayor, y llegar por la Vía Urbana y San Pietro in Vincoli hasta la Vía del Coliseo.

Ofrecía otra ventaja este itinerario: la de no distraer en nada a Franz de la impresión producida en él por la historia que había contado Pastrini, en la cual se hallaba mezclado su misterioso anfitrión de Montecristo. Así, pues, había vuelto a aquellos mil interrogatorios interminables que se había hecho a sí mismo, y de los cuales ni uno siquiera le había dado una respuesta satisfactoria.

Por otra parte, había otra cosa aún que le había recordado a su amigo Simbad el Marino: eran aquellas misteriosas relaciones entre los bandidos y los marineros. Lo que dijera Pastrini del refugio que encontraba Vampa en las barcas de los pescadores contrabandistas, recordaba a Franz aquellos dos bandidos corsos que había hallado cenando con la tripulación del pequeño yate que había virado de rumbo y había abordado en Porto-Vecchio, con el único fin de desembarcarlos. El nombre con que se hacía llamar su anfitrión de Montecristo, pronunciado por su huésped de la fonda de Londres, le probaba que representaba el mismo papel filantrópico en las costas de Piombino, de Civita-Vecchia, de Ostia y de Gaeta, que en las de Córcega, Toscana, España y aun en las de Túnez y Palermo, lo cual era una prueba de que abrazaba un círculo bastante extenso de relaciones.

Sin embargo, por muy fijas que estuviesen en la imaginación del joven todas aquellas reflexiones, por más preocupado que le tuviesen, se desvanecieron repentinamente cuando vio elevarse ante sí el sombrío y gigantesco espectro del Coliseo, a través de cuyas puntas y aberturas la luna proyectaba aquellos pálidos y prolongados rayos que arrojan los ojos de los fantasmas.

Se detuvo el carruaje a algunos pasos de la Meta Sudans. El cochero fue a abrir la portezuela, los dos jóvenes bajaron del carruaje y se encontraron enfrente de un cicerone que parecía haber salido de la tierra. Como también les había seguido el de la fonda, resultó que tenían dos.

Es totalmente imposible evitar en Roma este lujo de guías; además del cicerone general que se apodera de uno en el mismo instante en

que se ponen los pies en el dintel de la puerta de la fonda, y que no le abandona hasta el día en que se ponen los pies fuera de la ciudad, hay aún un cicerone especial en cada monumento. júzguese si no se debe ir acompañado de un cicerone en el Coliseo, o sea, en el monumento por excelencia, que obligó a decir a Marcial: “Cese Menfis de ponderarnos los estrepitosos milagros de sus pirámides, que no se canten más las maravillas de Babilonia, todo debe ceder ante el inmenso trabajo del anfiteatro de los Césares, y todas las voces de la fama deben reunirse para ponderar este monumento”. Franz y Alberto no trataron de sustraerse a la tiranía cicerónica, y a más esto sería tanto más difícil cuanto que solo los guías tienen derecho a recorrer el monumento con antorchas. No hicieron, pues, ninguna resistencia, y se entregaron a los guías para que los condujesen.

Franz conocía este paseo por haberlo hecho diez veces; pero como su compañero, más novicio, ponía el pie por primera vez en el monumento de Flavio Vespasiano, debo confesarlo en alabanza suya, a pesar de la ignara charlatanería de sus guías, estaba fuertemente impresionado. En efecto, no se puede formar una idea, cuando no se ha visto, de la majestad de semejante ruina, cuyas proporciones están aumentadas más y más por la misteriosa claridad de la luna meridional cuyos rayos se asemejan a un crepúsculo de Occidente.

Así pues, apenas, pensativo y cabizbajo, Franz hubo andado cien pasos bajo los pórticos interiores, que abandonando a Alberto y a sus guías, que no querían renunciar al imprescriptible derecho de hacerle ver detalladamente la Fosa de los Leones, la mansión de los Gladiadores, el Pódium de los Césares, se dirigió hacia una escalera medio en ruinas, y haciéndoles continuar en simétrico camino, fue a sentarse a la sombra de una columna enfrente de una abertura que le permitía abrazar al gigante de granito en toda su majestuosa extensión.

Estaba Franz allí hacía un cuarto de hora, perdido, como se ha dicho, en la sombra de una columna, ocupado en mirar a Alberto que en compañía de sus dos guías, con antorchas, acababa de salir de un vomitorio colocado al extremo del Coliseo, y los cuales,

semejantes a dos sombras que siguen un fuego vago, descendían de grada en grada hasta los sitios reservados a las vestales, cuando le pareció percibir el ruido de una piedra en las profundidades del monumento, desgajada de la escalera situada enfrente de la que él acababa de subir para colocarse en el lugar en que estaba sentado. Nada hay de extraño en una piedra que se desprende bajo el pie del tiempo y cae rodando a un abismo, pero a Franz le pareció que aquella piedra había cedido bajo el pie de un hombre, y que un ruido de pasos llegaba hasta él, aunque el que lo ocasionaba hiciese cuanto pudiese para apagarlo.

Efectivamente, a los pocos momentos apareció un hombre, saliendo gradualmente de la sombra a medida que subía la escalera, conforme iban bajando se confundían en las tinieblas.

Nada impedía suponer que fuese un viajero como él que se hubiese retirado, prefiriendo una meditación solitaria a la insignificante charla de sus guías, y por lo tanto su aparición no tenía nada que pudiese sorprenderlo. Pero en la indecisión con que subía los últimos escalones, en la manera con que, hubo llegado a la plataforma, se detuvo y pareció escuchar, era probable que había venido con un fin particular y que esperaba a alguien. Por un movimiento instintivo y maquinal, se escondió Franz todo lo que pudo detrás de la columna. A diez pasos del pavimento donde ambos se encontraban, la bóveda estaba un tanto derribada, y una abertura redonda, semejante a la de un pozo, permitía percibir el cielo sembrado enteramente de estrellas. Alrededor de esta abertura que casi más de cien años hacía daba paso a los débiles y pálidos rayos de la luna, habían nacido una multitud de hierbas silvestres, cuyas ramas se destacaban erguidas sobre el azul mate del firmamento, mientras que las enredaderas y la hiedra pendían de aquel terrado superior y se balanceaban bajo la bóveda, parecidas a cuerdas flotantes.

El personaje cuya misteriosa llegada había llamado la atención de Franz se hallaba situado en la penumbra, que aunque impedía examinar sus facciones, no era sin embargo lo suficiente oscura para impedir que se distinguiese su traje. Iba envuelto en una gran capa parda, cuyo embozo caído sobre el hombro izquierdo, le

ocultaba la parte inferior del rostro, mientras que su sombrero de anchas alas cubría la parte superior. Solamente el extremo de su vestimenta, que se hallaba iluminada por la luz oblicua que atravesaba la abertura, permitía distinguir un pantalón negro, cuyo botín cuadraba coquetamente una bota lustrosa. Este hombre pertenecía evidentemente, si no a la aristocracia, por lo menos a la alta sociedad.

Hacía algunos minutos que estaba allí y ya comenzaba a impacientarse, cuando un ligero ruido se dejó oír en la parte superior. Al punto, una sombra interceptó la luz. Un hombre apareció en la abertura, arrojó una ojeada penetrante por las tinieblas, y al fin distinguió al hombre de la capa. Después, cogiéndose a un puñado de aquellas enredaderas y de aquellas hiedras flotantes, se dejó deslizar, y cuando llegó a tres o cuatro pies del pavimento, se dejó caer ligeramente. Es de advertir que el nuevo personaje vestía un traje de *trastevere.*

—Discúlpeme, excelencia —dijo en dialecto romano—, si le he hecho esperar; sin embargo, no me he retrasado más que algunos minutos, porque las diez acaban de dar en San Juan de Letrán.

—Más bien soy yo quien se ha adelantado —respondió el extranjero en el más puro toscano—; así, pues, nada de cumplidos y luego, aunque hubiese tardado más, ya me habría figurado que sería por una causa ajena a su voluntad.

—Y se lo hubiera figurado con razón, excelencia. Vengo del castillo de San Angelo, y me ha costado gran trabajo el hablar a Beppo.

—¿Quién es Beppo?

—Beppo es un empleado de la cárcel al que le tengo destinada una rentita para saber todo cuanto ocurre en el interior del Castillo de Su Santidad.

—¡Ah!, ¡ah!, veo que es usted un hombre cauto, querido.

—¡Qué quiere, excelencia! Nadie sabe lo que cualquier día puede acontecer. Tal vez a mí mismo me echarán un día el guante, como ha sucedido con el pobre Pepino, y necesitaré entonces un ratón que me roa las puertas de la cárcel.

—En fin, ¿qué ha averiguado?

—El martes habrá dos ejecuciones, a las dos, como es costumbre

en Roma; un condenado será *mazzolato;* este es un miserable que ha asesinado a un sacerdote que lo educó, y que no merece ningún interés; el otro será *decapitado,* y este es el pobre Pepino.

—¡Ya ve, querido! Inspira tanto terror no solamente al gobierno pontifical, sino a los reinos vecinos, que quieren hacer un ejemplar castigo.

—Pero Pepino no forma parte de nuestra banda, es un pobre pastor que no ha cometido más crimen que el de proporcionarnos víveres.

—Pues eso basta y sobra para que se le considere como su cómplice; así pues, ya ve que le guardan algunas consideraciones. En vez de martirizarlo como harían con usted, si le llegaran a echar el guante, se contentan con guillotinarlo. Esto variará los planes del pueblo y habrá espectáculo para toda clase de gustos.

—Sin el que yo preparo y con el cual no cuentan —prosiguió el *trastevere.*

—Amigo mío, permítame decirle —prosiguió el hombre de la capa —, que me parece dispuesto a hacer alguna simpleza.

—Estoy dispuesto a todo para impedir la ejecución del pobre diablo que morirá por mi culpa; ¡por la *madonna!*, me consideraría muy cobarde si no hiciese algo por ese valiente muchacho.

—¿Y qué es lo que piensa hacer?, veamos...

—Apostaré unos veinte hombres alrededor del cadalso, y en el momento en que lo conduzcan, a una señal mía, nos lanzaremos, daga en mano, sobre la escolta, y lo libertaremos.

—Eso me parece muy peligroso, y decididamente creo que mi proyecto vale mucho más que el suyo.

—¿Y cuál es su proyecto, excelencia?

—Daré dos mil piastras a una persona que yo sé y que conseguirá que la ejecución de Pepino se dilate hasta dentro de un año; luego daré otras mil piastras a otra persona que también conozco y le haré evadir de la prisión.

—¿Está seguro de obtener buen éxito?

—*¡Diables!* —dijo en francés el hombre de la capa.

—¿Qué dice? —preguntó el *trastevere.*

—Digo, querido, que más he de hacer yo con mi oro que usted y

toda su gente con sus puñales, sus pistolas, sus carabinas y sus trabucos. Déjeme y verá.

—Perfectamente; pero, por si acaso, estaremos prestos.

—Bueno, estén prestos si así lo desean, pero estén también seguros de que he de obtener la dilación indicada.

—No olvide que el martes es pasado mañana y que por consiguiente no le queda más día que mañana.

—¡Y bien! ¿Qué? Un día está compuesto de veinticuatro horas, cada hora se compone de sesenta minutos, cada minuto de sesenta segundos, y en ochenta y seis mil cuatrocientos segundos se pueden hacer muchas cosas.

—¿Y cómo sabremos si ha obtenido éxito?

—De un modo sencillísimo. He alquilado los tres últimos balcones del café Rospoli; si he obtenido la prórroga, los dos balcones de los lados estarán colgados de damasco amarillo, y el del centro de damasco blanco, con una cruz roja.

—Magnífico. ¿Y por quién hará entregar el perdón?

—Envíeme uno de sus hombres disfrazado de penitente, y se lo daré. Gracias a su traje llegará hasta el pie del cadalso, y entregará la orden al jefe de la hermandad, que la pasará al verdugo. Mientras tanto, haga saber esta noticia a Pepino, para que no se vaya a morir de miedo o a volverse loco de desesperación, lo cual sería causa de que hubiésemos hecho un gasto inútil.

—Escuche, excelencia —dijo el aldeano—, le profeso un gran afecto, bien lo sabe, ¿no es así?

Así lo creo al menos.

—¡Pues bien! Si salva a Pepino, no será afecto lo que le profesaré, será obediencia.

—Mide lo que dices, amigo mío, porque acaso algún día lo recuerde, y ese día será el que lo necesite.

—Entonces, excelencia, me encontrará en la hora de la necesidad, como yo le he encontrado en esta misma hora y aun cuando se fuese al fin del mundo, no tendrá más que escribirme: “Haz esto”, y lo haré, a fe de...

—¡Calle! —dijo el desconocido—, oigo ruido.

—Son viajeros que visitan el Coliseo.

—Es peligroso que nos encuentren juntos. Estos demonios de guías podrían reconocernos, y por honrosa que sea su amistad, amigo mío, si llegaran a enterarse de que estábamos tan unidos como lo estamos, esta unión me haría perder un poco de mi crédito.

—¿Conque si consigue la prórroga...?

—El balcón del centro colgado de damasco blanco con una cruz roja.

—¿Y si no?

—Tres colgaduras amarillas.

—¿Y entonces...?

—Entonces, querido amigo, maneje el puñal como guste, se lo permito, y yo estaré allí para verlo maniobrar.

—Adiós, excelencia, cuento con usted; cuente usted conmigo.

Y dichas estas palabras, el transtiberino desapareció por la escalera, mientras que el desconocido, embozándose bien en su capa y ocultándose enteramente el rostro, pasó a dos pasos de Franz, y descendió al circo por las gradas exteriores. Un segundo después, Franz oyó resonar su nombre en aquellas bóvedas. Era Alberto que lo llamaba. Antes de responder, esperó a que los dos hombres se hubiesen alejado, procurando no revelarles que habían tenido un testigo que, si no había visto su rostro, no había al menos perdido una sola palabra de su conversación. No habían transcurrido aún diez minutos cuando Franz estaba ya en camino de la fonda de Londres, escuchando con una distracción impertinente el erudito discurso que Alberto hacía, según Plinio y Calparini, sobre las rejas guarnecidas de puntas de hierro que impedían a los animales feroces lanzarse sobre los espectadores. Franz lo dejaba hablar sin contradecirlo, pues deseaba hallarse solo para pensar sin distracción alguna en lo que acababa de presenciar.

De los dos hombres, uno seguramente era extranjero, y aquella era la primera vez que le veía y oía, pero no ocurría lo mismo con el otro, y aunque Franz no hubiese distinguido su rostro constantemente envuelto en la sombra y oculto en su capa, el acento de aquella voz le había llamado demasiado la atención desde la primera vez que la oyó para que pudiese resonar alguna vez en su presencia sin que la reconociese. Sobre todo, en las

entonaciones irónicas, había algo de agudo y metálico que le había hecho estremecer en las ruinas del Coliseo, lo mismo que en la gruta de Montecristo. Así, pues, estaba perfectamente convencido de que aquel hombre no podía ser otro que Simbad el Marino.

En cualquier otra circunstancia, la curiosidad que le había inspirado aquel hombre le hubiera arrastrado a darse a conocer, pero en aquel caso la conversación que acababa de oír era sumamente íntima para que no se detuviese por el temor demasiado fundado de que su aparición les causaría una sorpresa poco agradable. Lo dejó, pues, que se alejara, como hemos visto, pero prometiéndose si lo encontraba otra vez no dejar escapar la segunda ocasión como lo había hecho con la primera. Le impidió la preocupación entregarse al sueño, de modo que toda aquella noche la empleó en renovar en su imaginación todas las circunstancias que parecían hacer de aquellos dos personajes el mismo individuo; además, mientras más pensaba Franz, más se afirmaba en esta opinión. Se durmió, cerca del amanecer, lo que hizo que no despertara sino muy tarde. Alberto, como buen parisiense, había tomado ya sus precauciones para la noche: había enviado por un palco al teatro Argentino, y como Franz tenía que escribir muchas cartas para Francia, cedió el carruaje a Alberto por todo el día.

Entró Alberto a las cinco. Había entregado las cartas de recomendación, tenía billetes para todas las tertulias y había visto Roma. Le había bastado un día a Alberto para todo esto. Y todavía había tenido tiempo para informarse de la pieza que se representaba y de los actores que la ejecutaban. El título de la pieza era “Parisina” y los actores se llamaban Coselli, Moriani y la Spech.

Nuestros dos jóvenes no eran tan desgraciados como se ve, ya que iban a asistir a la representación de una de las mejores óperas del autor de *Lucia di Lammermoor,* ejecutada por tres artistas de los de más renombre en Italia. No había podido jamás acostumbrarse Alberto a los teatros ultramontanos, cuya orquesta no se puede oír, y que no tienen ni balcones ni palcos descubiertos; esto era bastante duro para un hombre que tenía su luneta en los Bouffes y su parte de palco en la ópera. No impedía, sin embargo, que Alberto se vistiese de gran etiqueta siempre que iba a la ópera con Franz.

Tiempo perdido, pues, preciso es confesarlo, para vergüenza de uno de los representantes de nuestra elegancia: después de cuatro meses que paseaba por Italia en todos los sentidos, Alberto no había tenido ni lo que se llama una sola aventura.

Y no era que no hiciese lo posible para que esta se le presentara, no, porque Alberto de Morcef era uno de los jóvenes que más fastidiados debían estar por hallarse en tal descubierto. La cosa era tanto más penosa, cuanto que según la modesta costumbre de nuestros queridos compatriotas, Alberto había salido de París con la convicción de que iba a tener los mejores lances, y que volvería a entretener a sus amigos del boulevard de Gand contándoles sus aventuras; pero, desgraciadamente, nada de esto había sucedido. Las encantadoras condesas genovesas, florentinas y napolitanas habían temido, no a sus maridos, sino a sus amantes, y Alberto había adquirido la cruel convicción de que las italianas tienen por lo menos sobre las francesas la ventaja de ser fieles a su infidelidad. Con todo, ello no quiere decir que en Italia, como en todas partes, no haya regla sin excepción.

Y con todo, Alberto era no solamente un joven muy elegante, sino un hombre de mucho talento. Era además vizconde, vizconde de moderna nobleza, es muy cierto, pero en el día que no se hacen pruebas, ¿qué importa que sea uno noble desde 1399 o desde 1815? Sobre todo esto, tenía cincuenta mil libras de renta, y siendo más de lo necesario para vivir en París a la moda, era pues algo humillante el no haberse hecho notable en ninguna de las ciudades por donde había pasado.

Sin embargo, confiaba que no sería lo mismo en Roma, mucho más siendo el carnaval, una de las épocas de más libertad y en que las más severas se dejan arrastrar a algún acto de locura. Como el carnaval empezaba al siguiente día, era muy importante que Alberto echara a volar su prospecto antes de aquella apertura.

Había alquilado, pues, con esa intención, uno de los palcos más visibles del teatro, y se había vestido con mucha elegancia. Estaba en la primera fila, que reemplaza la galería en nuestros teatros. Por otra parte, los tres primeros pisos son tan aristocráticos los unos como los otros, y por esta razón son llamados los palcos nobles.

Aquí diremos, como de paso, que aquel palco, donde podrían estar doce personas sin estrechez, había costado a los dos amigos un poco más barato que un palco de cuatro personas en el ambigú cómico.

Es preciso decir que Alberto tenía aún otra esperanza y era que si llegaba a encontrar cabida en el corazón de una bella romana, esto le conduciría naturalmente a conquistar un puesto en un carruaje, y por consiguiente, a ver el carnaval en algún balcón de príncipe.

Todas estas circunstancias unidas hacían que Alberto fuese más emprendedor de lo que nunca lo había sido. Volvía la espalda a los actores, inclinándose fuera del palco, y mirando a todas las personas con unos prismáticos de seis pulgadas de largo, lo cual no hacía que ninguna mujer recompensase, con una sola mirada, ni aun de curiosidad, todos sus estudiados ademanes y movimientos. Cada cual hablaba, en efecto, de sus asuntos, de sus amores, de sus placeres, del carnaval que comenzaba al día siguiente, de la próxima Semana Santa, sin fijar la atención ni un solo instante ni en los actores, ni en la ópera, excepto en los momentos muy destacados en que todos se volvían, sea para oír un trozo del recitado de Coselli, sea para aplaudir algún rasgo brillante de Moriani, sea en fin para gritar ¡bravo! a la Spech. Pasados estos instantes tan fugaces y momentáneos, las conversaciones particulares recobraban su objeto primordial.

Hacia el fin del primer acto, la puerta de un palco que hasta entonces había permanecido vacío se abrió y Franz vio entrar a una mujer a la cual había tenido el honor de ser presentado en París, y que creía aún en Francia. Alberto advirtió el movimiento que hizo su amigo al aparecer aquella dama, y volviéndose hacia él dijo:

—¿Conoce acaso a esa dama?

—Sí, ¿qué le parece?

—Es una rubia encantadora, querido. ¡Oh!, qué cabellos tan adorables. ¿Es francesa?

—No, veneciana.

—¿Y se llama?

—La condesa G...

—¡Oh!, la conozco de nombre —exclamó Alberto—. Aseguran que

además de ser hermosa tiene mucho talento. ¡Diablos! ¡Cuando pienso que hubiera podido ser presentado a ella en el último baile dado por la señora de Villefort, en el cual estaba, y que entonces no quise! ¿No es verdad que soy un imbécil?

—¿Quiere que repare esa falta? —preguntó Franz.

—¡Cómo! ¿La conoce tan íntimamente para conducirme a su palco?

—He tenido el honor de hablar con ella tres o cuatro veces en mi vida, pero, bien lo sabe, es lo bastante para no cometer una indiscreción.

En aquel instante, la condesa reparó en Franz y le hizo con la mano un ademán gracioso, al cual respondió él con una respetuosa inclinación de cabeza.

—¡Vaya! ¡Me parece que está en buena armonía! —dijo Alberto.

—Pues se engaña, y he aquí lo que nos hará cometer mil tonterías a nosotros los franceses en el extranjero, por someterlo todo a nuestro punto de vista parisiense. En España y en Italia, sobre todo, no juzgue jamás de la intimidad de las personas por lo expresivo de los cumplimientos. Hemos simpatizado la condesa y yo, pero eso es todo.

—¿Simpatía de alma? —preguntó con una sonrisa Alberto.

—No, de carácter —respondió gravemente Franz.

—¿Y en dónde empezó, en dónde tuvo lugar la tal simpatía?

—En un paseo que dimos por el Coliseo, parecido al que hemos dado juntos.

—¿A la luz de la luna?

—Sí.

—¿Solos?

—Casi.

—Y hablaron...

—De los muertos.

—¡Ah! —exclamó Alberto—, pues entonces la conversación no dejaría de ser agradable, y por lo mismo le prometo que si tengo la dicha de servir de acompañante a la bella condesa en un paseo semejante al suyo, no le hablaré sino de los vivos.

—Y tal vez hará más.

—Mientras tanto, va a presentarme a ella como me lo ha prometido.

—Tan pronto como se baje el telón.

—¡Cuán largo es este diablo de primer acto!

—Escuche el final, querido, porque además de ser muy bello, Coselli lo canta admirablemente.

—Sí, ¡pero qué talle...!

—La Spech está sumamente dramática.

—Sí, no lo discuto, pero ya conoce que cuando se ha oído a la Lontag y la Malibrán...

—¿No le parece excelente el método de Moriani?

—No me gustan los morenos que cantan rubio.

—Amigo mío —dijo Franz volviéndose, mientras que Alberto continuaba mirando con los anteojos—, a decir verdad está hoy muy insulso y distraído.

Al fin bajó el telón, con gran satisfacción del vizconde de Morcef, que tomó su sombrero, se arregló sus cabellos, compuso su corbata y sus puños, e hizo observar a Franz que lo esperaba. Como por su parte la condesa, a quien Franz interrogaba con la mirada, le dio a entender que sería bien recibido, no tardó este en satisfacer la impaciencia de Alberto y dirigiéndose al palco seguido de su compañero, que se aprovechaba del paseo para componer los falsos pliegues que los movimientos habían podido imprimir en el cuello de la camisa y en las solapas de su frac, llamó al palco número 4, que era el que ocupaba la condesa. Esta se levantó al punto, cediendo su lugar al recién llegado, según es costumbre en Italia y según se cede siempre cuando llega una visita.

Presentó Franz a la condesa a Alberto como uno de los jóvenes franceses más distinguidos por su posición social, por sus nada escasos conocimientos y por las muchas otras cualidades que lo adornaban, todo lo cual no dejaba de ser cierto, porque tanto en París como en cualquier parte que estuviese, se tenía a Alberto por un perfecto caballero.

Franz procuró añadir que, pesaroso su amigo de no haber sabido aprovechar la estancia de la condesa en París para hacer que le presentasen a ella, le había encargado que reparase su falta, misión

que cumplía, rogando a la condesa, a cuyo lado también él hubiera necesitado un introductor, que excusase su indiscreción. La condesa respondió con un saludo encantador a Alberto, y presentando la mano a Franz. Invitado por ella, Alberto se sentó en el lugar desocupado de la delantera, y Franz lo verificó en segunda fila, detrás de la condesa.

Alberto había hallado un excelente tema de conversación, París, y por consiguiente hablaba a la condesa de sus conocimientos comunes. Franz comprendió que se hallaba en su terreno. Le dejó, pues, y pidiéndole sus gigantescos anteojos, se puso a su vez a explorar el salón. Sentada en un sillón delantero de un palco de tercera fila enfrente de ellos, estaba una mujer de una hermosura admirable, vestida con un traje griego que llevaba con tanta gracia y soltura que era evidentemente su traje habitual. Detrás de ella, entre la sombra, se dibujaba la silueta de un hombre cuyo rostro era imposible distinguir. Franz interrumpió la conversación de Alberto y de la condesa para preguntar a esta última si conocía a la hermosa albanesa, digna de atraer no solamente la atención de los hombres, sino también de las mujeres.

—No —dijo—, todo cuanto sé es que está en Roma desde el principio de la estación, porque desde que está abierto el teatro la he visto cotidianamente en el mismo palco que hoy se encuentra, unas veces acompañada del hombre que en este momento se encuentra con ella, y otras seguida tan solo de un criado negro.

—¿Qué le parece, condesa?

—Muy bonita; Medora debió asemejarse a esa mujer.

Franz y la condesa cambiaron una sonrisa, volviendo de nuevo esta última a entablar su interrumpida conversación con Alberto y Franz a mirar a su albanesa. Se levantó entonces el telón. Era uno de esos bailes italianos puestos en escena por el famoso Henry, que se ha formado como coreógrafo una reputación tan colosal en Italia, y que el desgraciado ha venido por fin a perder en el teatro Náutico; uno de esos bailes que todo el mundo, desde el primer bailarín al último comparsa, toman una parte tan activa en la acción, que ciento cincuenta personas hacen a la vez el mismo ademán y levantan a un tiempo el mismo brazo o la misma pierna. Es llamado este baile

Dorliska.

A Franz le tenía demasiado preocupado su hermosa albanesa para ocuparse del baile por muy interesante que fuese. En cuanto a la desconocida, parecía experimentar un placer visible en aquel espectáculo, placer que formaba un notable contraste con el profundo desdén del que la acompañaba, y que mientras duró la escena coreográfica, no hizo un movimiento, pareciendo, a pesar del ruido infernal producido por las trompetas, los timbales y los chinescos de la orquesta, gustar de las celestiales dulzuras de un sueño pacífico y embelesador.

Al fin terminó el baile, y el telón volvió a caer en medio de los frenéticos aplausos de un público embriagado de entusiasmo. Gracias a esa costumbre de interpolar un bailecito en las óperas, los entreactos son muy cortos en Italia, teniendo tiempo para descansar y cambiar de traje mientras que los bailarines ejecutan sus piruetas y ensayan sus cabriolas. Unos instantes después empezó el segundo acto.

A los primeros sonidos de la orquesta, Franz vio al soñoliento desconocido, levantarse lentamente y acercarse a la griega, que se volvió para dirigirle algunas palabras, y se apoyó de nuevo sobre el antepecho del palco. La fisonomía de su interlocutor seguía oculta en la sombra, y Franz no podía distinguir ninguna de sus facciones.

Empezado ya el acto, la atención de Franz fue atraída por los actores, y sus ojos abandonaron un instante el palco de la hermosa griega para fijarlos en el escenario.

El acto comienza, como es sabido, por el dúo del sueño. Parisina, acostada, deja escapar delante de Azzo el secreto de su amor por Hugo. El esposo engañado sufre todos los furores de los celos, hasta que, convencido de que su esposa le es infiel, la despierta para darle a conocer su próxima venganza. Este dúo es uno de los más hermosos, de los más expresivos y de los más terribles que han salido de la fecunda pluma de Donizetti. Franz lo escuchaba por tercera vez, y sin embargo, produjo en él un efecto profundo. Iba, pues, a unir sus aplausos a los del salón, cuando sus manos, prontas a chocar, permanecieron separadas, y el ¡bravo! que iba a escapar de su boca expiró en sus labios.

Se había levantado el hombre del palco y acercando su cabeza hasta el punto en que le diera de lleno la luz, había permitido a Franz reconocer en él al mismo habitante de Montecristo, a aquel cuya voz y talle había creído descubrir en las ruinas del Coliseo. Ya no le cabía duda, el extraño viajero vivía en Roma.

La expresión del rostro de Franz estaba sin duda en armonía con la turbación que en él produjera semejante encuentro, porque la condesa lo miró, empezó a reír y le preguntó qué era lo que tenía.

—Señora —respondió Franz—, hace poco le he preguntado si conocía a esa mujer albanesa; ahora le pregunto si conoce a su marido.

—Menos todavía —respondió la condesa.

—¿Nunca le ha llamado la atención?

—¡He aquí una pregunta enteramente francesa! ¡Bien sabe que para nosotras, las italianas, no hay otro hombre en el mundo más que aquel a quien amamos!

—Es verdad —respondió Franz.

—Sin embargo, le diré —dijo ella acercando los gemelos de Alberto a sus ojos y dirigiéndolos hacia el palco— que debe ser algún recién desenterrado, algún muerto salido de su tumba, con el correspondiente permiso del sepulturero, se entiende, porque me parece horriblemente pálido.

—Pues siempre está lo mismo —respondió Franz.

—¿Entonces lo conoce? —preguntó la condesa—. Así, yo soy la que le preguntará quién es.

—Estoy seguro de haberlo visto antes de ahora, pero no atino ni dónde ni cuándo.

—En efecto —dijo ella haciendo un movimiento con sus hermosos hombros como si un estremecimiento circulase por sus venas—, comprendo que cuando se ha visto una vez a un hombre semejante, jamás se le puede olvidar.

El efecto que Franz había experimentado no era, pues, una impresión particular, puesto que otra persona lo sentía también.

—Y dígame —preguntó Franz a la condesa después que lo hubo observado por segunda vez—, ¿qué piensa de ese hombre?

—Que creo ver a Lord Ruthwen en persona.

Este nuevo recuerdo de Lord Byron admiró a Franz, porque, en efecto, si alguien podía hacerle creer en los vampiros, no era otro que el hombre que tenía ante sus ojos.

—Es preciso que sepa quién es —dijo Franz levantándose.

—¡Oh, no! —exclamó la condesa—, no, no me deje sola. Cuento con usted para que me acompañe, y lo quiero tener a mi lado.

—¡Cómo! —le dijo Franz al oído—, ¿tendría miedo?

—Escuche —le dijo ella—. Byron me ha jurado que creía en los vampiros e incluso que los había visto. Me ha descrito su rostro, que es absolutamente semejante al de ese hombre; esos cabellos negros, esos ojos tan grandes, en que brilla una llama extraña, esa palidez mortal; además, observe que no está con una mujer como las demás, está con una extranjera..., una griega..., una cismática..., sin duda una hechicera como él... Le ruego que no se vaya. Mañana podrá dedicarse a buscarlos, si así le parece, pero hoy le suplico que me acompañe.

Franz insistió.

—Pues bien —dijo la condesa levantándose—, me voy. No puedo quedarme hasta el fin de la función, porque tengo tertulia esta noche en mi casa..., ¿será tan poco galante que me rehúse su compañía?

Franz no tenía otra alternativa que la de tomar el sombrero, abrir la puerta y ofrecer su brazo a la condesa, y esto fue lo que hizo.

La condesa estaba efectivamente muy conmovida, y el mismo Franz no dejaba tampoco de experimentar cierto terror supersticioso, tanto más natural, cuanto que lo que era en la condesa el producto de una sensación instintiva, era en él el resultado de un recuerdo. Al subir al carruaje sintió que temblaba. La condujo hasta su casa; no había nadie, y no era esperada por nadie. Franz la reconvino.

—En verdad —dijo ella—, no me siento bien, y tengo necesidad de estar sola. La vista de ese hombre me ha conmovido.

Franz procuró reírse.

—No se ría —le dijo ella—. Prométame además una cosa.

—¿Cuál?

—Prométamela.

—Todo cuanto quiera, excepto renunciar a descubrir a ese hombre.

Tengo motivos, que me es imposible comunicarle, para desear saber quién es, de dónde viene y adónde va.

—Ignoro de dónde viene, pero dónde va puedo decírselo; va al infierno, no lo dude.

—Volvamos a la promesa que quería exigir de mí, condesa —dijo Franz.

—¡Ah!, es la siguiente: entrar directamente en su casa y no buscar esta noche a ese hombre. Hay cierta afinidad entre las personas que se separan y las que se reúnen. No sirva de intermediario entre ese hombre y yo. Mañana corra tras él cuanto quiera, pero jamás me lo presente, si no quiere hacerme morir de miedo. Así, pues, buenas noches, procure dormir, yo sé bien que no podré cerrar los ojos en toda la noche.

Con estas palabras la condesa se separó de Franz, dejándole fluctuando en la indecisión de si se había divertido a su costa, o si verdaderamente sintió el temor que había manifestado.

Al entrar en la fonda, Franz encontró a Alberto con batín y pantalón sin trabillas, voluptuosamente arrellanado en un sillón y fumando un buen tabaco.

—Ah, ¡es usted! —le dijo—. Verdaderamente no le esperaba hasta mañana.

—Querido Alberto —respondió Franz—, me felicito por tener una ocasión de decirle una vez por todas que tiene la idea más equivocada de las mujeres italianas, y no obstante, me parece que sus desdichas amorosas ya debían habérselas hecho perder.

—¿Qué quiere? ¡Esas mujeres, el diablo que las comprenda! Le dan la mano, se la estrechan, le hablan al oído, hacen que las acompañe a su casa; con la cuarta parte de ese modo de tratar a un hombre, una parisiense perdería pronto su reputación.

—Pues precisamente porque nada tienen que ocultar, porque viven con tanta libertad, es por lo que las mujeres se cuidan tan poco del público en el bello país donde resuena el sí, como decía Dante. Además, bien ha visto que la condesa tenía miedo.

—Miedo ¿de qué?, ¿de aquel honrado caballero que estaba enfrente de nosotros con aquella hermosa griega? Pues yo al salir me los encontré por el pasillo y, ¡a fe que no sé de dónde diablos le

han venido esas ideas del otro mundo! Es un hombre buen mozo y muy elegante, no parece sino que se viste en Francia en casa de Blin o de Humanes. Un poco pálido, es cierto, pero bien sabe que la palidez es un signo de distinción.

Franz sonrió; Alberto tenía también pretensiones de estar pálido.

—Sí, sí —le dijo Franz—, estoy convencido de que las ideas de la condesa acerca de ese hombre no tienen sentido común; pero, dígame, ¿ha hablado a su lado y ha podido oír algo de lo que decía?

—Ha hablado, pero en griego. He reconocido el idioma en algunas voces griegas desfiguradas. ¡Oh! ¡Me acuerdo que en el colegio el griego me hacía pasar muy malos ratos!

—¿Conque hablaba griego?

—Es probable.

—No hay duda —murmuró Franz—, es él.

—¡Cómo! ¿Qué dice...?

—Nada. ¿Qué estaba haciendo?

—Le estaba preparando una sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

—Bien sabe que es imposible encontrar un coche.

—¡Diablos!, por lo menos se ha hecho cuanto humanamente se podía hacer.

—¡Pues bien! Se me ha ocurrido una idea maravillosa.

Franz miró a Alberto como dudando del estado de su imaginación.

—Querido —dijo Alberto—, me honra con una mirada que merecería le pidiese reparación.

—Dispuesto estoy a dársela, querido amigo, si la idea es tan maravillosa como dice.

—Escuche.

—Escucho.

—¿No hay posibilidad de encontrar carruaje?

—No.

—¿Ni caballos?

—Tampoco.

—¿Pero una carreta bien se podrá encontrar?

—Quizás.

—¿Y un par de bueyes?

—También.
—Pues bien; esa es la nuestra. Mando adornar la carreta, nos vestimos de segadores napolitanos, y representamos al natural el magnífico cuadro de Leopoldo Robert. Y si la condesa quiere vestirse de campesina de Puzzole o de Sorrento, esto completará la mascarada, y seguramente la condesa es demasiado hermosa para que la tomen por el original de la mujer del niño.
—¡Diablos! —exclamó Franz—, tiene razón por esta vez, Alberto, y esa es una idea feliz.
—Y nacional. ¡Ah, señores romanos! ¿cree que se correrá a pie por sus calles como unos lazzaroni, porque no tiene calesas ni caballos? ¡Pues bien!, ya se inventarán.
—¿Y ha comunicado a alguien esa estupenda idea?
—Solo a nuestro posadero. Al entrar le hice subir y le manifesté mis deseos. Me ha asegurado que nada era más fácil. Yo quería dorar los cuernos de los bueyes, pero él ha dicho que para eso se necesitarían tres días, por lo que será preciso pasar sin ese detalle superfluo.
—¿Y dónde está?
—¿Quién?
—Nuestro posadero.
—Ha ido a buscar la carreta, porque mañana sería ya tarde.
—¿De modo que esta misma noche tendremos la contestación?
—Así lo espero.
En este momento la puerta se abrió y maese Pastrini asomó la cabeza.
—¿Se puede entrar? —dijo.
—¡Pues claro! —exclamó Franz.
—¡Y bien! —dijo Alberto—. ¿Ha encontrado la carreta y los bueyes?
—He encontrado algo mejor que eso —respondió con aire ufano.
—¡Ah!, mi querido posadero, ande con tiento en lo que dice.
—Confíe su excelencia en mí —dijo maese Pastrini.
—Pero, en fin, ¿qué hay? —exclamó Franz a su vez.
—¿Ya sabe —dijo el posadero— que el conde de Montecristo vive en este mismo piso...?

—Ya lo creo —dijo Alberto—, puesto que gracias a él no hemos podido alojarnos sino como dos estudiantes en la calle de Saint Nicolas du Charnedot.

—Y bien, está enterado del apuro en que se encuentra y le ofrece dos asientos en su carruaje y dos sitios en sus ventanas del palacio Rospoli.

Alberto y Franz se miraron.

—Pero —preguntó Alberto—, ¿debemos aceptar la oferta de ese extranjero? ¿De un hombre a quien no conocemos?

—¿Y qué clase de hombre es ese conde de Montecristo? —preguntó Franz a su posadero.

—Un gran señor siciliano o maltés, no lo sé a ciencia cierta, pero noble como un Borghese y rico como una mina de oro.

—Me parece —dijo Franz a Alberto— que si ese hombre fuese de tan buenas prendas como dice nuestro posadero, hubiera debido hacernos su invitación de otra manera, ya fuese escribiéndonos, ya...

En este momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Franz.

Un criado con una elegante librea apareció en el marco de la puerta.

—De parte del conde de Montecristo, para el señor Franz d'Epinay y para el señor vizconde Alberto de Morcef —dijo.

Y presentó al posadero dos tarjetas que este entregó a los jóvenes.

—El señor conde de Montecristo —continuó el criado— me manda pedir permiso a estos señores para presentarse mañana por la mañana en su cuarto como vecino. Tendré el honor de informarme de estos señores a qué hora estarán visibles.

—A fe mía —dijo Alberto a Franz—, que no podemos quejarnos.

—Diga al conde —respondió Franz— que nosotros tendremos el honor de anticiparnos a su visita.

El criado se retiró.

—Eso es lo que se llama un asalto de elegancia —dijo Alberto—, vamos, decididamente usted tenía razón, maese Pastrini, y el conde de Montecristo es un hombre perfecto.

—¿Luego acepte su oferta? —dijo el posadero.

—Con mucho gusto —respondió Alberto—, sin embargo, se lo confieso, siento que no se realice nuestro plan de la carreta y los segadores; y si no hubiese lo del balcón del palacio Rospoli, para compensar lo que perdemos, creo que volvería a mi primera idea, ¿qué le parece, Franz?

—Creo que también son los balcones los que me deciden —respondió Franz a Alberto.

En efecto, esta oferta de dos sitios en un balcón del palacio Rospoli, le recordó a Franz la conversación que había oído en las ruinas del Coliseo entre su desconocido y el transtiberino, conversación en la cual el hombre de la capa había prometido obtener la gracia del condenado. Ahora, pues, si el hombre de la capa era, según todo se lo probaba a Franz, el mismo cuya aparición en la sala de Argentina le había preocupado tanto, sin duda alguna lo reconocería y entonces nada le impediría satisfacer su curiosidad sobre este punto.

Franz pasó una parte de la noche pensando en sus dos apariciones y deseando que llegase el día siguiente. En efecto, el siguiente día debía aclararlo todo, y esta vez, a menos que su anfitrión de Montecristo poseyese el anillo de Gyges y merced a este anillo su facultad de hacerse invisible, era evidente que no se le escaparía. Así, pues, se despertó a las ocho, hora en que Alberto, como no tenía los mismos motivos que Franz para madrugar tanto, dormía aún apaciblemente. Franz mandó llamar a su posadero, que se presentó con sus habituales saludos.

—Maese Pastrini —le dijo—, ¿no debe haber hoy una ejecución?

—Sí, excelencia, pero si pregunta eso para tener un balcón, se acuerda de ello muy tarde.

—No —prosiguió Franz—; por otra parte, si lo hiciese únicamente para ver ese espectáculo, encontraría sitio en el monte Pincio.

—¡Oh!, yo creo que su excelencia no querría mezclarse con la canalla, cuyo anfiteatro es ese.

—Probablemente no iré —dijo Franz—, pero desearía obtener algunos detalles.

—¿Cuáles?

—Quisiera saber el número de condenados, sus nombres y el

género de sus suplicios.

—¡Oh!, no los podía pedir más oportunamente, excelencia. Ahora justamente me acaban de traer las *tavolette.*

—¿Qué es eso de las *tavolette?*

—Las *tavolette* son unas tabletas de madera que se cuelgan en todas las esquinas de las calles la víspera de las ejecuciones, y en las cuales están escritos los nombres de los condenados, la causa de su condena y la clase de suplicio. Tienen por objeto invitar a los fieles a que rueguen a Dios para que dé a los culpables un sincero arrepentimiento.

—¿Y le traen esas tabletas para que una sus súplicas a las de los fieles? —preguntó Franz irónicamente.

—No, excelencia. Yo me entiendo con el repartidor y me trae esos anuncios, como también me trae los anuncios de espectáculos de otros géneros, a fin de que si alguno de los viajeros que tengo la honra de albergar en mi casa desea asistir a la ejecución, lo sepa por anticipado.

—¡Ah!, ya comprendo, maese Pastrini —exclamó Franz—, ¡es hombre en extremo solícito y delicado, que se desvive por complacer a sus huéspedes!

—¡Oh! —dijo maese Pastrini sonriendo—, puedo vanagloriarme de hacer cuanto está en mi mano para satisfacer los deseos de los nobles extranjeros que me honran con su confianza.

—Eso es lo que veo, querido anfitrión, y lo repetiré a quien quiera oírlo, no lo dude. Mientras tanto, desearía leer una de esas *tavolette*.

—Nada más fácil —dijo el posadero abriendo la puerta—, he dado órdenes de poner una en el corredor.

Salió, descolgó la *tavolette,* y la presentó a Franz. He aquí la traducción literal del cartel patibulario:

Se hace saber a todos los que la presente vieren y entendieren, que el martes, 22 de febrero, primer día de Carnaval, y en virtud de sentencia dada por el tribunal de la Rota, serán ejecutados en la plaza del Popolo los llamados Andrés Róndolo, culpable de asesinato en la persona muy respetable y venerada de D. César Torlonia, canónigo de la iglesia de San Juan de Letrán, y el llamado Pepino, alias Rocca Priori, convicto de complicidad con el detestable

Luigi Vampa y los demás de su banda. El primero será mazzolato, y el segundo decapitado. Se ruega a las almas caritativas que pidan al Ser Supremo un sincero arrepentimiento para estos dos infelices reos.

Esto mismo era lo que Franz había oído la antevíspera en las ruinas del Coliseo, y nada habían cambiado en el programa; los nombres de los condenados, la causa de su suplicio y el género de su ejecución eran exactamente los mismos. Por consiguiente, según toda probabilidad, el transtiberino no era otro que el bandido Luigi Vampa, y el hombre de la capa, Simbad el Marino, que en Roma como en Porto-Vecchio y en Túnez continuaba con sus filantrópicas expediciones.

Entretanto, el tiempo corría; eran las nueve y Franz iba a despertar a Alberto, cuando con gran asombro de su parte, le vio salir de su cuarto vestido ya de pies a cabeza. El carnaval le había hecho despertar más de mañana de lo que su amigo esperaba.

—¡Vamos! —dijo Franz a su huésped—, ahora que ya estamos listos, ¿cree, señor Pastrini, que podremos presentarnos en la habitación del señor conde de Montecristo?

—¡Oh!, seguramente —respondió— el conde de Montecristo acostumbra a madrugar, y estoy convencido de que hace dos horas que se ha levantado.

—¿Y cree que no será indiscreción el irle a ver ahora mismo?

—En modo alguno.

—En tal caso, Alberto, si está dispuesto...

—Sí, amigo mío, sí; estoy dispuesto a todo —dijo Alberto.

—Vamos a dar gracias a nuestro vecino por su atención.

—Vamos enhorabuena.

Franz y Alberto no tenían que atravesar más que el pasillo. El posadero se adelantó y llamó; un criado salió a abrir.

—*Il signori francesi* —dijo Pastrini.

El criado se inclinó y les hizo señas de que entrasen.

Atravesaron dos piezas amuebladas con un lujo que no creían encontrar en la fonda de maese Pastrini y finalmente llegaron a un salón sumamente elegante. Cubría el pavimento una alfombra de

Turquía, y magníficas sillas de blandos almohadones y de anchos espaldares enervados hacia atrás, brindaban con un descanso tan cómodo como agradable; riquísimos cuadros pintados al óleo, retratos de diferentes personajes, trofeos de magníficas arenas, colgaban de las paredes y anchas cortinas de hermosa tapicería flotaban delante de cada puerta.

—Si sus excelencias quieren sentarse —dijo el criado—, pueden hacerlo mientras aviso al señor conde.

Y salió por una de las puertas.

Al abrirse esta puerta, el sonido de una guzla llegó a los oídos de los dos amigos, pero al punto se apagó. La puerta, cerrada casi al mismo tiempo que abierta, no había podido, por decirlo así, dejar penetrar en el salón más que un soplo de armonía. Franz y Alberto cambiaron una mirada y volvieron los ojos hacia los muebles, los cuadros y las arenas. Todo esto les pareció ahora más magnífico que al primer golpe de vista.

—¿Qué le parece? —preguntó Franz a su amigo.

—A fe mía, querido —dijo—, que es preciso que nuestro vecino sea algún agente de cambio que ha jugado a la baja sobre los fondos españoles, o algún príncipe que viaja de incógnito.

—¡Silencio! —le dijo Franz—, eso es lo que vamos a saber, puesto que ahí viene.

En efecto, el ruido de una puerta que giraba sobre sus goznes acababa de llegar a los oídos de los amigos, y casi al mismo tiempo, levantándose el cortinaje, dio paso al dueño de todas aquellas riquezas. Alberto se levantó y le salió al encuentro, pero Franz, al verlo, se quedó clavado en su sitio.

El que acababa de entrar no era otro que el hombre de la capa del Coliseo, el desconocido del palco, el misterioso anfitrión de la isla de Montecristo.

Capítulo trece: La mazzolata

—Señores —dijo al entrar el conde de Montecristo—, reciban mis excusas por haber dado lugar a que se adelantasen, pero al presentarme antes en su gabinete hubiera temido ser indiscreto. Por otra parte, me han dicho que vendrían y les he estado esperando.

—Venimos a darle un millón de gracias, Franz y yo, señor conde —dijo Alberto—, puesto que verdaderamente nos saca de un gran apuro, tanto, que ya estábamos a punto de inventar la estratagema más fantástica en el momento en que nos participaron su atenta invitación.

—¡Eh! ¡Dios mío!, señores —dijo el conde haciendo seña a los jóvenes de que se acomodasen en un diván—. Ese imbécil de Pastrini tiene la culpa de que les haya dejado tanto tiempo en esa angustia. No me había dicho una palabra de su apuro, a mí que, solo y aislado como estoy aquí, no buscaba más que una ocasión de conocer a mis vecinos. Así, pues, desde el momento en que supe que podía serles útil en algo, ya has visto con qué prisa he aprovechado la ocasión de ofrecerles mis servicios. Pero tomen asiento, señores, perdonen mi distracción.

Y el conde señaló a los dos jóvenes un precioso confidente que había junto a ellos. Ambos amigos se inclinaron. Franz no había encontrado una sola palabra que decir, aún no había tomado ninguna resolución, y como nada indicaba en el conde su voluntad de reconocerlo o su deseo de ser conocido por él, no sabía si hacer, por una palabra cualquiera, alusión a su pasado, o dejar que el porvenir les diese nuevas pruebas. Por otra parte, aun cuando estaba seguro de que la víspera era él quien estaba en el palco, no podía, sin embargo, responder tan positivamente de que fuese él quien estaba la antevíspera en el Coliseo. Resolvió, pues, dejar que las cosas siguieran su curso sin hacer ninguna pregunta directa. Además, estaba en condiciones de superioridad sobre él, era dueño de su secreto, mientras que el conde no podía tener ninguna acción sobre Franz, que nada tenía que ocultar. Esto no obstante, resolvió hacer girar la conversación sobre un punto que podía aclarar un poco sus dudas.

—Señor conde —le dijo—, ya que nos ha ofrecido dos asientos en su carruaje y dos sitios en sus ventanas del palacio Rospoli, ¿podría

indicarnos ahora de qué medios nos valdríamos para procurarnos un *posto* cualquiera, como se dice en Italia, en la Plaza del Popolo?

—¡Ah!, sí, es verdad —dijo el conde con aire distraído y mirando fijamente a Morcef—. ¿No hay en la Plaza del Popolo una... una ejecución?

—Sí —respondió Franz, viendo que por sí mismo iba donde él quería conducirlo.

—Esperen, esperen; creo haber dicho ayer a mi mayordomo que se ocupase de eso. Quizá pueda prestarles aún otro pequeño servicio.

Y tendió la mano hacia un cordón de campanilla.

Al punto vio entrar Franz a un individuo de cuarenta y cinco a cincuenta años, que se parecía, como una gota de agua se parece a otra, al contrabandista que le había introducido en la gruta, pero que no pareció reconocerlo. Sin duda estaba prevenido.

—Señor Bertuccio —dijo el conde—, ¿se ha ocupado, como le dije ayer, de procurarme una ventana en la plaza del Popolo?

—Sí, excelencia —dijo el mayordomo—, pero ya era tarde.

—¡Cómo! —dijo el conde frunciendo el entrecejo—, ¿no le dije resueltamente que quería tener una a mi disposición?

—Y su excelencia tiene una, la que estaba alquilada al príncipe Labanieff, pero me he visto obligado a pagarle en ciento...

—Basta, basta; dejémonos de cuentas, señor Bertuccio; tenemos una ventana, esto es lo principal. Dé las señas de la casa al cochero, y esté en la escalera para conducirnos. Esto basta, puede retirarse.

El mayordomo saludó e hizo ademán de retirarse.

—¡Ah! —prosiguió el conde—. Tengan la bondad de preguntar a Pastrini si ha recibido la *tavoletta* y si quiere enviarme el programa de la ejecución.

—Es inútil —dijo Franz sacando su cartera del bolsillo—. He tenido en la mano ese programa y lo he copiado. Aquí lo tiene.

—Muy bien. Entonces, señor Bertuccio, puede retirarse, ya no lo necesito. Diga que nos avisen cuando esté preparado el almuerzo. Estos señores —continuó, volviéndose hacia los dos amigos— me harán el honor de almorzar conmigo, ¿no es cierto?

—Señor conde —dijo Alberto—, eso sería abusar.

—Al contrario, me darán en ello una particular satisfacción, además de que todo esto, uno u otro de ustedes, o tal vez los dos me lo pagarán en igual moneda cuando yo vaya a París. Señor Bertuccio, hará poner tres cubiertos.

El conde de Montecristo tomó la cartera de las manos de Franz y el señor Bertuccio salió.

—De modo que decíamos —continuó con el mismo tono que si hubiera leído un anuncio de teatro—, que... “hoy, 22 de febrero, serán ejecutados en la plaza del Popolo los llamados Andrés Róndolo, culpable de asesinato en la persona muy respetable y venerada de don César Torlini, canónigo de la iglesia de San Juan de Letrán, y el llamado Pepino, alias *Rocca Priori,* convicto de complicidad con el detestable bandido Luigi Vampa y los demás de su banda”. ¡Hum! “El primero será *mazzolato*, el segundo *decapitato*”. En efecto —prosiguió el conde—, así era como debía suceder al principio, pero tengo entendido que desde ayer han surgido algunos cambios en el orden y marcha de la ceremonia.

—¡Bah! —dijo Franz.

—Sí, ayer en casa del cardenal Rospigliosi, donde estuve de tertulia, se hablaba de una prórroga concedida a uno de los condenados.

—¿Andrés Róndolo? —preguntó Franz.

—No —replicó sencillamente el conde—, al otro... —y volviendo los ojos hacia la cartera como para acordarse del nombre añadió—, a Pepino, llamado *Rocca Priori*. Esto lo priva de asistir a ver guillotinar, pero le queda la *mazzolata*, que es un suplicio muy curioso cuando se ve por primera vez, y aun por segunda, mientras que el otro, que debe ya conocer, es muy sencillo y no ofrece nada de particular. El *Mandaia* no se engaña, no tiembla, no da golpe en vano, no vuelve a herir treinta veces como el soldado que cortaba la cabeza al conde de Chalais y al cual acaso Richelieu recomendara al paciente. ¡Ah, calle! —continuó el conde con tono despectivo—. No me hable de los europeos para los suplicios; no entienden nada de eso y puede decirse que están en la infancia sobre este punto.

—En verdad, señor conde —respondió Franz—, se creería al oírle

que ha hecho un gran estudio comparando los diferentes suplicios de todas las partes del mundo.

—Pocos habrá que no haya visto —respondió fríamente el conde.

—¿Y halló algún placer asistiendo a tan horribles espectáculos?

—El primer sentimiento que experimenté fue el de la repugnancia, el segundo la indiferencia y el tercero, la curiosidad.

—¡La curiosidad! ¿Ha medido esta palabra? ¿Sabe que es terrible?

—¿Por qué? En la vida solo hay una preocupación: la de la muerte. Y qué, ¿no le parece curioso estudiar de cuántas maneras puede el alma salir del cuerpo, y cómo, según los caracteres, los temperamentos y aun las costumbres del país, sufren los individuos ese supremo traspaso del ser a la nada? En cuanto a mí, le respondo una cosa: que mientras más he visto morir, más fácil me parece. La muerte será tal vez un suplicio, pero no una expiación.

—No lo comprendo bien —dijo Franz—; explíquese, pues no sabe hasta qué punto me interesa lo que dice.

—Escuche —dijo el conde, y su rostro adquirió una expresión de odio—. Si un hombre hubiese hecho perecer por medio de un tormento atroz, un tormento terrible, un tormento sin fin, a su padre, a su madre, a su amada, a uno de esos seres, en fin que, cuando se les separa del corazón dejan en él un vacío eterno y una llaga incurable, ¿creería suficiente la reparación que le concede la sociedad porque el hierro de la guillotina ha pasado entre la base del occipital y los músculos trapecios del cuello, y porque aquel que le ha hecho sentir años de sufrimientos morales ha experimentado algunos segundos de dolores físicos...?

—Sí, ya lo sé —replicó Franz—, la justicia humana es tan insuficiente como consoladora. Puede derramar la sangre a cambio de la sangre. Es preciso preguntarle lo que puede y nada más.

—Y aún le expongo un caso material —replicó el conde—, aquel en que la sociedad, atacada por la muerte de un individuo en la base sobre la cual se asienta, venga la muerte con la muerte. Dígame, sin embargo, ¿no hay millares de dolores con los que pueden ser desgarradas las entrañas de un hombre, sin que la sociedad se ocupe de ello, sin que le ofrezca el medio insuficiente

de venganza de que hablamos hace poco? ¿No hay crímenes para los cuales el palo de los turcos, las gamellas de los persas, los nervios retorcidos de los iroqueses, serían suplicios demasiado dulces, y que, con todo, la sociedad indiferente deja sin castigo...? Responda, ¿no hay tales crímenes?

—Sí —respondió Franz—, y para castigarlos está tolerado el duelo.

—¡El duelo! ¡El duelo! —exclamó el conde—. ¡Buen modo, a fe mía de conseguir la venganza! Un hombre le ha robado a la mujer que amaba; un hombre ha deshonrado a su hija; de una existencia entera, que tenía derecho a esperar de Dios la parte de felicidad que ha prometido a todo ser humano al crearlo, ha hecho una vida de dolor, de miseria o de infamia, y se cree vengado, porque a ese hombre, que ha hecho nacer el delirio en su mente y la desesperación en su alma, se cree vengado, digo, porque le ha dado una estocada en el pecho o porque de un pistoletazo le ha hecho saltar la tapa de los sesos. ¡Oh!, y eso sin contar que es él quien con frecuencia sale victorioso de la mancha a los ojos del mundo, y en cierto modo absuelto por Dios. No, no —continuó el conde—, si alguna vez tuviera que vengarme, no me vengaría así.

—¿Conque desaprueba el duelo? ¿Conque no se batiría en duelo? —preguntó a su vez Alberto, sorprendido ante tan extraña teoría.

—Desde luego —dijo el conde—. Entendámonos. Me batiría por una fruslería, por un insulto, por una palabra, por una bofetada, y eso con tanto más desprecio cuanto que, gracias a la habilidad que he adquirido en todos los ejercicios de armas y en la costumbre que tengo del peligro, estaría casi seguro de matar a mi contrario. ¡Oh!, sí, por todo esto me batiría en duelo; pero por un dolor lento, profundo, infinito, eterno, devolvería, si era posible, un dolor semejante al que me habrían hecho: ojo por ojo, diente por diente, como dicen los orientales, nuestros maestros en todo, esos elegidos de la creación que han sabido formarse una vida de sueños y un paraíso de realidades.

—Pero —dijo Franz al conde—, con esa teoría que le constituye juez y verdugo en su propia causa, es difícil que usted mismo escape del poder de la ley. El odio y la cólera ofuscan la mente, y el que toma la venganza por su mano se expone a beber un amargo

brebaje.

—Sí, si se es pobre y torpe; no, si es millonario y hábil. Por otra parte, lo peor sería ese último suplicio de que hablábamos hace poco, el que la filantrópica revolución francesa ha sustituido al descuartizamiento y a la rueda. ¡Y bien! ¿Qué es el suplicio si se está vengado? En realidad casi lamento que ese miserable Pepino no sea decapitado, como ellos dicen; vería el tiempo que dura y si merece la pena hablar de ello. Pero, en verdad, señores, que tenemos una conversación un poco singular para un día de carnaval. ¿Cómo hemos venido a parar a este tema? ¡Ah!, ya recuerdo. Me habían pedido un sitio en mi balcón. Pues bien, lo tendrán. Pero primero sentémonos a la mesa, pues justamente nos vienen a anunciar que ya está servido el almuerzo.

En efecto, un criado abrió una de las cuatro puertas del salón y pronunció las palabras sacramentales de:

—*Al suo commodo!*

Los dos jóvenes se levantaron y pasaron al comedor. Durante el almuerzo, que era excelente, y servido con un esmero delicado, Franz buscó con los ojos las miradas de Alberto, a fin de leer en ellas la impresión que no dudaba habrían producido en él las palabras de su anfitrión, pero ya sea que en medio de su desdén habitual no les hubiese prestado gran atención, ya sea que lo que el conde de Montecristo le había dicho con relación al duelo le hubiese agradado, sea, en fin, que los antecedentes que hemos referido, conocidos solo de Franz, hubiesen aumentado para él el efecto de la teorías del conde, no se dio cuenta de que su compañero estuviese tan preocupado. Hacía los honores a la comida como hombre condenado desde cuatro a cinco años a la cocina italiana, es decir, a una de las peores del mundo. Respecto al conde, poseído de una viva preocupación que parecía inspirarle la persona de Alberto, apenas probó un bocado de cada plato; se hubiera dicho que al sentarse a la mesa con sus convidados cumplía un sencillo deber de política, y que esperaba su partida para hacerse servir algún plato extraño o particular. Esto le recordaba a Franz el terror que el conde había inspirado a la condesa G..., y la convicción en que le había dejado de que el conde, el hombre que él le mostrara

en el palco de enfrente, era un vampiro.

Terminado el almuerzo, Franz sacó su reloj.

—¡Y bien! —le dijo el conde—, ¿qué hacen?

—Discúlpenos, señor conde —respondió Franz—, pero tenemos mil cosas que hacer.

—¿De qué se trata?

—Nos hallamos sin disfraces, y hoy estos son de rigor.

—No se preocupen. Tenemos, según creo, en la plaza del Popolo, un cuarto particular; haré llevar a él los trajes que me indiquen, y nos disfrazaremos en seguida.

—¿Después de la ejecución? —exclamó Franz.

—Sin duda; después, durante o antes, como gusten.

—¿Enfrente del patíbulo?

—¿Y por qué no? El patíbulo forma parte de la fiesta.

—Pues bien, señor conde; he reflexionado —dijo Franz—, mucho le agradezco sus ofrecimientos, pero me contentaré con aceptar un asiento en su carruaje y un sitio en el palacio Rospoli, dejándole en libertad de disponer del lugar del balcón de la Piazza del Popolo.

—Pues le advierto que pierde un espectáculo curioso —respondió el conde.

—Ya me lo contará —replicó Franz—, y en su boca me impresionará tanto como si lo viese. Por otra parte, más de una vez quise asistir a una ejecución, y nunca me he podido decidir. ¿Y usted, Alberto?

—Yo —respondió el vizconde—, he visto ejecutar a Casteins, pero creo que estaba un poquitín alegre aquel día, pues era el de mi salida del colegio.

—Sin embargo —repuso el conde—, el que no haya hecho una cosa en París no es razón para que deje de hacerla en el extranjero; cuando se viaja es por instruirse, cuando se cambia de lugares es para ver. Piense qué papel haría cuando le preguntasen cómo ejecutan en Roma y que respondiese: “No lo sé”. Dicen además que el condenado es un tunante, un pícaro que ha matado a fuerza de golpes con un caballete de chimenea a un buen canónigo que le había educado como si fuese su hijo. Si viajara por España, iría a ver las corridas de toros, ¿verdad? ¡Pues bien!, suponga que vamos

a ver un combate, acuérdese de los antiguos romanos en el circo, de las cazas en que se mataban trescientos leones y un centenar de hombres. Recuerde aquellos ochenta mil espectadores que aplaudían, aquellas matronas que conducían allí a sus hijas, y aquellas vestales de blancas manos que hacían con el dedo una encantadora señal que quería decir: “¡Vamos, no haya pereza, acaben con ese hombre que ya está moribundo!”

—¿Irá, Alberto? —preguntó Franz.

—Desde luego que sí, querido. Vacilaba como usted, pero la elocuencia del conde me decide.

—Vamos, puesto que así lo quiere —dijo Franz—, pero al dirigirme a la plaza del Popolo, deseo pasar por la calle del Corso. ¿Es posible, señor conde?

—A pie, sí; en carruaje, no.

—Entonces iré a pie.

—¿Es indispensable que pase por la calle del Corso?

—Sí, tengo que ver cierta cosa.

—¡Pues bien!, pasemos por esa calle; enviaremos el coche a que nos espere en la plaza del Popolo por la entrada del Babuino; y además, ahora que recuerdo, tampoco me vendrá mal pasar por la calle del Corso para ver si han cumplido algunas órdenes que he dado.

—Excelencia —dijo el criado abriendo la puerta—, un hombre vestido de penitente pregunta si puede hablar con usted unos instantes.

—¡Ah!, sí —dijo el conde—, ya sé lo que es. Señores, si quieren pasar al salón, allí encontrarán excelentes cigarros de la Habana, y les suplico me disculpen por los breves instantes que tardaré en reunirme con ustedes.

Los dos jóvenes se levantaron y salieron por una puerta, mientras que el conde, después de haberles renovado sus excusas, salió por otra.

Alberto, que desde que estaba en Italia, se veía privado de los cigarros del Café de París, gran sacrificio para él, se aproximó a la mesa y lanzó un grito de alegría al encontrar en ella verdaderos cigarros puros.

—Querido —le preguntó Franz—, ¿qué piensa del conde de Montecristo?

—¿Qué pienso? —dijo Alberto visiblemente sorprendido de que su compañero le hiciese tal pregunta—. Pienso que es un hombre encantador, que hace los honores de su casa a las mil maravillas, que ha visto mucho, que ha estudiado mucho, reflexionado mucho, que es como Bruto de la escuela estoica, y sobre todo —añadió lanzando una bocanada de humo que subió en forma de espiral hacia el techo—, que posee excelentes cigarros.

Esta era la opinión que Alberto tenía con respecto al conde, y de consiguiente, como Franz sabía que Alberto pretendía no formar opinión de los hombres y de las cosas sino después de muchas reflexiones, no intentó cambiar en nada la suya.

—Pero —dijo—, ¿ha notado una cosa singular?

—¿Cuál?

—La atención con que ponía en usted los ojos.

—¿En mí?

—Sí, en usted.

Alberto reflexionó un instante.

—¡Ah! —dijo lanzando un suspiro—, nada tiene eso de extraño. Estoy ausente de París hace un año, y el conde, al reparar en mi traje, que no está cortado según la última moda, me habrá supuesto un provinciano; sáquele, pues, de tal error, amigo mío, y dígale, se lo ruego, en la primera ocasión que se le presente, que no hay nada de esto.

Franz sonrió. Poco después entró el conde.

—Aquí estoy, señores, a su disposición. Las órdenes están dadas para que el carruaje vaya por su lado a la plaza del Popolo; mientras, iremos nosotros, si quieren, por la calle del Corso. Tome algunos cigarros de estos, señor Morcef —añadió apoyando su acento de una manera extraña sobre este nombre que pronunciaba por vez primera.

—Acepto encantado —dijo Alberto—, porque los cigarros italianos son peores aún que los de la tercena. Cuando vaya a París le devolveré todo esto.

—No lo rehúso, pues tengo intención de ir allí algún día, y puesto

que lo permite, iré a llamar a su puerta. Vamos, señores, vamos, no tenemos tiempo que perder, son las doce y media, partamos.

Los tres bajaron la escalera. El cochero recibió entonces las órdenes de su amo y siguió la vía del Babuino mientras que los que iban a pie subían por la plaza de España y por la vía Frattina, que los conducía en derechura entre el palacio Tiano y el palacio Rospoli. Todas las miradas de Franz se dirigieron a los balcones de este último palacio. No había olvidado la señal convenida en el Coliseo entre el hombre de la capa y el transtiberino.

—¿Cuáles son sus balcones? —preguntó al conde, dando a la pregunta el tono más natural que pudo.

—Los últimos —respondió este sencillamente, pues no podía adivinar en qué sentido se le hacía aquella pregunta.

La mirada de Franz se dirigió rápidamente hacia los tres balcones. Los dos laterales estaban colgados de un damasco amarillo, y el de en medio de damasco blanco con una cruz roja. El hombre de la capa había cumplido su palabra al transtiberino, y ya no le cabía la menor duda de que el embozado del Coliseo y el conde eran una misma persona. Los tres balcones se hallaban aún vacíos. Además, por todas partes se hacían preparativos, se colocaban sillas, se levantaban tablados, se cubrían de colgaduras los balcones y las ventanas. Las máscaras no podían presentarse, y los carruajes no podían circular hasta que sonara la campana, pero se sentía la presencia de las máscaras detrás de todas las ventanas y la de los carruajes detrás de todas las puertas.

Franz, Alberto y el conde continuaron bajando por la calle del Corso. A medida que se acercaban a la plaza del Popolo, la turba era cada vez más espesa, y por encima de las cabezas de aquella multitud se veían elevarse dos cosas: el obelisco rematado por una cruz que indica el centro de la plaza, y delante del obelisco, justamente en el punto de correspondencia visual de las tres calles del Babuino, del Corso y de Ripetta, los dos terribles potros del patíbulo, entre los cuales brillaba el hierro de la *Mandaia*. Junto a la esquina, encontraron al mayordomo del conde que esperaba a su señor. El balcón, alquilado a un precio exorbitante sin duda, pertenecía al segundo piso del gran palacio situado entre la calle del

Babuino y el monte Pincio. Era una especie de gabinete de tocador que comunicaba con una alcoba, de manera que los que estuviesen en el gabinete quedaban perfectamente independientes. Sobre las sillas se habían colocado trajes de payaso, de seda blanca y azul, de los más elegantes.

—Como me dijeron que eligiera los trajes —dijo el conde a los dos amigos—, les he hecho preparar estos. En primer lugar, será lo que más se lleve este año; en segundo, son los más adecuados y cómodos para recibir las descargas de *confetti...*

Franz no oyó bien las palabras del conde, y no apreció tal vez como debía aquel nuevo servicio, pues toda su atención se concentraba en el espectáculo que presentaba la plaza del Popolo y en el instrumento terrible que entonces resultaba su principal adorno.

Aquella era la primera vez que Franz veía una guillotina, porque la *Mandaia* romana tiene casi la misma forma que nuestro instrumento de muerte. La cuchilla es un semicírculo que corta por la parte convexa, pero cae de menos altura.

Mientras tanto, dos hombres sentados sobre la plancha donde tienden al condenado, se hallaban almorzando y comían, según podía alcanzar la vista de Franz, pan y salchicha; uno de ellos levantó la plancha, sacó un frasco de vino, bebió un trago y pasó el frasco a su compañero. Estos dos hombres eran los ayudantes del verdugo. Esta sola escena bastó para que Franz se sintiera horrorizado.

Los condenados, que habían sido transportados el día antes por la noche, desde las cárceles nuevas a la reducida iglesia de Santa María del Popolo, habían pasado la noche asistidos cada uno de ellos por un sacerdote, en una capilla cerrada por una reja, delante de la cual se paseaban los centinelas, que de hora en hora se relevaban. Dos filas de carabineros colocados a cada lado de la puerta, se extendían hasta el patíbulo, a cuyo alrededor iban formando un círculo, dejando libre un camino de dos pies de ancho, y en torno a la guillotina, un espacio de cien pasos de circunferencia.

El resto de la plaza estaba abarrotado de hombres y de mujeres.

Muchas de estas sostenían a sus hijos sobre sus hombros, y estos niños que dominaban la turba, estaban admirablemente colocados.

El monte Pincio parecía un vasto anfiteatro, cuyas gradas estuviesen llenas de espectadores. Los balcones de las dos iglesias que formaban la esquina de las calles de Babuino y de Ripetta, estaban ya llenos de curiosos privilegiados. Los escalones de los peristilos semejaban una ola movible y de varios colores, que empujaba hacia el pórtico una incesante marea. Cada ángulo saliente de la pared capaz de sostener a un hombre tenía su estatua viviente. Era verdad lo que decía el conde. Lo más curioso que hay en la vida es el espectáculo de la muerte. Y sin embargo, en lugar del silencio que parecía exigir la solemnidad del espectáculo, un gran ruido reinaba en aquella turba, informe mezcolanza de risas, silbidos y gritos de gozo. Era evidente, como había dicho el conde, que aquella ejecución no significaba para todo el pueblo más que el principio del carnaval.

De pronto este ruido cesó como por encanto, la puerta de la iglesia acababa de abrirse. Apareció una cofradía de penitentes, cada miembro de la cual vestía un saco gris con dos agujeros para los ojos únicamente y con un cirio encendido en la mano. El jefe de la cofradía iba al frente de la misma. Detrás de los penitentes iba un hombre de elevada estatura. Este hombre estaba desnudo, excepto un calzón de lienzo que le cubría de medio cuerpo abajo, y unas sandalias atadas a sus piernas por unas toscas cuerdas. De su cintura colgaba un enorme cuchillo oculto en su correspondiente vaina, y su hombro derecho sostenía una pesada maza de hierro; era el verdugo.

Detrás de este, marchaban, en el orden que debían ser ejecutados, primero Pepino, en seguida Andrés, acompañado cada uno de un sacerdote. Ni uno ni otro iban con los ojos vendados. Pepino caminaba con paso firme, porque sin duda había sido prevenido de lo que debía acontecer. Andrés iba sostenido por un sacerdote, y ambos besaban de vez en cuando el crucifijo que les presentaba su confesor.

Al ver esto, Franz sintió que le flaqueaban las piernas; miró a Alberto. Estaba pálido como su camisa y con un movimiento

maquinal arrojó lejos de sí su cigarro, a pesar de no haberlo fumado más que hasta la mitad. El conde era el único que parecía impasible, antes bien, un ligero tinte sonrosado había cubierto sus mejillas de intensa palidez.

Su nariz se dilataba como la de un animal feroz que huele la sangre, y sus labios, ligeramente abiertos, dejaban ver sus dientes blancos, pequeños y agudos como los de un chacal. Y no obstante, a pesar de todo esto, su fisonomía brillaba con una expresión de dulzura que Franz no había aún advertido. Sus ojos negros tenían sobre todo una expresión de bondad indescriptible.

Los dos condenados, entretanto, continuaban andando hacia el patíbulo, y a medida que avanzaban, se podían distinguir sus facciones. Pepino era un buen mozo, de veinticuatro o veintiséis años, de tez tostada por el sol, de mirada franca y orgullosa al mismo tiempo. Andaba con la cabeza erguida, y la agitaba en diferentes direcciones, como para ver de qué lado vendría su libertador. Andrés era grueso y rechoncho, su cara, de una vileza cruel, no indicaba la edad. Sin embargo, podría tener unos treinta años. En la prisión había dejado crecer su barba. Su cabeza caía sobre uno de sus hombros, y sus piernas se doblegaban bajo su peso; todo su ser parecía obedecer a un movimiento maquinal en el cual no entraba ya para nada su voluntad.

—Si no recuerdo mal —dijo Franz al conde—, creo que me anunció que no habría más que una ejecución.

—Le he dicho la verdad —respondió el conde fríamente.

—Sin embargo, dos son los condenados.

—Sí, pero esos dos condenados, el uno pronto va a morir, y al otro le quedan todavía largos años de vida y de perdón.

—Pues me parece que si ha de venir, no tiene tiempo que perder.

—Mire, pues justamente ahí viene. Mire —dijo el conde.

En efecto, en el momento en que Pepino llegaba al pie de la *Mandaia*, un penitente que parecía haberse retardado, atravesó por entre las dos filas sin que los soldados le opusiesen ningún obstáculo, y adelantándose hacia el jefe de la cofradía, le entregó un papel plegado en cuatro dobleces. La ardiente mirada de Pepino no había perdido ninguno de estos detalles. El jefe de la cofradía

desdobló el papel, lo leyó y levantó la mano.

—El Señor sea bendecido y Su Santidad sea loada —dijo en alta e inteligible voz—; hay perdón de la vida para uno de los reos.

—¡Perdón! —exclamó el pueblo a un solo grito—. ¿Hay perdón?

Al oír la palabra de perdón, Andrés pareció saltar y levantar la cabeza.

—Perdón, ¿para quién? —gritó.

Pepino permaneció inmóvil, mudo y jadeante.

—Hay perdón de pena de muerte para Pepino, llamado *Rocca-Priori* —dijo el jefe de la cofradía, y pasó el papel al capitán que mandaba los carabineros, el cual, después de haberlo leído, se lo devolvió.

—¡Perdón para Pepino! —exclamó Andrés, saliendo del sopor en que parecía estar sumido—. ¿Por qué perdón para él y no para mí? Debíamos morir juntos, me habían prometido que moriría antes que yo, no tienen derecho a hacerme morir solo, ¡no quiero morir solo, no quiero!

Y diciendo esto se agarró a los brazos de los dos sacerdotes, retorciéndose, dando alaridos, rugiendo y haciendo esfuerzos insensatos para romper las cuerdas que le ligaban las manos. El verdugo hizo señal a sus dos ayudantes, que bajaron del cadalso y se apoderaron del reo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Franz, pues como todo esto se decía en lengua italiana, no había comprendido muy bien.

—¿No lo adivina? —dijo el conde—. Ha ocurrido que esa criatura humana que va a morir está furiosa porque su semejante no muere con ella, y que si lo dejasen lo desgarraría con sus uñas y con sus dientes más bien que dejarlo gozar de la vida de que él mismo se va a ver privada. ¡Oh, los hombres!, raza de cocodrilos, como dice Karl Moor —exclamó el conde extendiendo los puños hacia toda la turba —, ¡qué bien se les conoce en eso, y qué dignos son en todo tiempo de ustedes mismos!

Entretanto Andrés y los dos ayudantes del verdugo se revolcaban por el suelo, mientras que el condenado seguía gritando: “Debe morir, quiero que muera, no tienen derecho de matarme a mí solo”.

—Observen —continuó el conde cogiendo a cada uno de los

jóvenes por la mano—. Miren, porque a fe mía es cosa curiosa. Allí tienen un hombre que estaba resignado a su suerte, que marchaba al patíbulo, que iba a morir como un cobarde, es verdad, pero, después de todo, iba a morir sin blasfemar y sin resistirse, ¿y saben lo que le daba alguna fuerza? ¿Saben lo que lo consolaba? ¿Saben lo que lo hacía sufrir el suplicio con resignación...?, el que otro participaba de su angustia, que otro iba a morir como él, que otro iba a morir antes que él. Lleven dos carneros o dos bueyes al matadero, y hagan comprender a uno de ellos que su compañero no morirá. El carnero balará de gozo y el buey mugirá de placer. Pero el hombre, el hombre que Dios ha creado a su imagen, el hombre a quien Dios impuso por primera, por única, por suprema ley, el amor al prójimo, el hombre a quien ha dado una voz para expresar su pensamiento, ¿cuál será su primer grito al saber que su compañero se ha salvado? Una blasfemia. ¡Oh!, ¡honor al hombre, a esa obra maestra de la naturaleza, a ese rey de la creación!

Dicho esto, el conde empezó a reír, pero con una risa terrible, feroz, que indicaba haber sufrido horriblemente para conseguir reír de aquella manera.

Sin embargo, la lucha continuaba, y era algo espantoso. Los dos ayudantes llevaban a Andrés al patíbulo; todo el pueblo había tomado partido contra él y veinte mil voces gritaban a un tiempo: “¡Muera!, ¡muera!”. Franz se retiró, pero el conde le cogió por el brazo y le retuvo delante de la ventana.

—¿Qué hace? —le dijo— ¿Se compadece de él? Si oyese ladrar a un perro rabioso, tomaría su escopeta, saldría a la calle, mataría sin misericordia a boca de jarro al pobre animal, que al fin y al cabo no sería culpable más que de haber sido mordido por otro perro, y devolver lo que le habían hecho, y ahora tiene piedad de un hombre a quien ningún otro hombre ha mordido y que, no obstante, después de haber asesinado vilmente a su bienhechor, no pudiendo ya ahora matar a nadie porque tiene las manos atadas, quiere a toda fuerza ver morir a su compañero de cautiverio, ¡a su camarada de infortunio! ¡No, no, mire, mire!

Aquella recomendación era ya inútil. Franz estaba como fascinado por el horrible espectáculo. Los dos ayudantes habían llevado el

condenado al patíbulo, y allí, a pesar de sus esfuerzos, de sus mordiscos, de sus gritos, lo habían obligado a ponerse de rodillas. Durante este tiempo, el verdugo se había colocado a su lado con la maza levantada. Entonces, a una señal, los dos ayudantes se separaron. El condenado quiso volverse a levantar, pero antes que hubiese tenido tiempo para ello, se desplomó la maza sobre su sien izquierda, se oyó un ruido sordo y seco, y el paciente cayó como un buey, con el rostro contra el suelo, después se volvió de espaldas por el choque. Entonces el verdugo dejó caer su maza, sacó el cuchillo de su cinturón, le abrió la garganta de un solo tajo y subiendo en seguida sobre su vientre, se puso a patearlo con sus pies.

A cada golpe, un chorro de sangre se escapaba del cuello del condenado. Franz no pudo tenerse en pie, se retiró vacilando y fue a caer casi desmayado sobre un sillón. Alberto, con los ojos cerrados, permaneció de pie, pero asido a las cortinas del balcón, sin cuyo apoyo seguramente se habría desplomado. El conde estaba en pie y triunfante como un ángel malo.

Capítulo catorce: El carnaval en Roma

Al recobrar Franz el conocimiento encontró a Alberto bebiendo un vaso de agua, juzgando por su palidez lo conveniente de aquella acción, y al conde vistiéndose ya de payaso. Arrojó maquinalmente una mirada a la plaza. Todo había desaparecido, patíbulo, verdugos, víctimas, no quedaba más que el pueblo azorado, alegre, bullicioso. La Campana de Montecitorio, que no se tocaba más que para la muerte del Papa y la apertura de la mascarada, repicaba velozmente.

—Y bien —preguntó al conde—, ¿qué ha pasado?

—Nada, absolutamente nada —dijo—, como ve, pero el carnaval ha comenzado, vistámonos pronto.

—Es cierto —respondió Franz al conde—; solo restan de tan

horrible escena las huellas de un sueño.

—Pues no es otra cosa que un sueño lo que ha tenido.

—Sí, pero, ¿y el condenado?

—También. Pero él ha quedado dormido, al paso que usted ha despertado, y ¿quién puede decir cuál de los dos será el privilegiado?

—Pero, ¿qué ha sido de Pepino?

—Pepino es un muchacho juicioso que no tiene ningún amor propio, y que, contra la costumbre de los hombres, que se enfurecen cuando no se ocupan de ellos, se ha alegrado de que la atención general se fijase en su compañero. Por consiguiente, se ha aprovechado de esta distracción para deslizarse por entre la turba y desaparecer sin dar siquiera las gracias a los dignos sacerdotes que lo habían acompañado. Verdaderamente el hombre es un animal muy ingrato y egoísta... Pero vístase, mire cómo le da el ejemplo M... de Morcef.

En efecto, Alberto se ponía maquinalmente su pantalón de tafetán encima de su pantalón negro y de sus botas de charol.

—Y bien, Alberto —preguntó Franz—, ¿está dispuesto a cometer algunas locuras? Veamos, responda francamente.

—No —dijo—, pero le aseguro que ahora me alegro de haber visto este espectáculo, y comprendo lo que decía el señor conde, que cuando uno ha podido acostumbrarse a él, es el único que aún puede causar algunas emociones.

—Además de que en ese momento se pueden hacer estudios de los caracteres —dijo el conde—; en el primer escalón del patíbulo, la muerte arranca la máscara que se ha llevado toda la vida y aparece el verdadero rostro. Es preciso convenir que el de Andrés no estaba muy bonito... ¡Pícaro, infame...! ¡Vistámonos, señores, vistámonos! Tengo necesidad de ver máscaras de cartón para consolarme de las máscaras de carne.

Ridículo hubiera sido para Franz el aparentar aún conmoción y no seguir el ejemplo que le daban sus dos compañeros. Se puso, pues, su traje y su careta, que no era seguramente más pálida que su rostro. Después de disfrazarse, bajaron la escalera. El carruaje esperaba a la puerta, lleno de dulces y de ramilletes.

Difícil es formarse una idea de un cambio más completo que el que acababa de operarse.

En vez de aquel espectáculo de muerte, sombrío y silencioso, la plaza del Popolo presentaba el aspecto de una orgía loca y bulliciosa. Un sinnúmero de máscaras salía por todas partes, escapándose de las puertas y descendiendo por los balcones. Los carruajes desembocaban por todas las calles cargados de *pierrots*, de figuras grotescas, de dominós, de marqueses, de transtiberinos, de arlequines, de caballeros, de aldeanos; todos gritando, gesticulando, lanzando huevos llenos de harina, confites, ramilletes, atacando con palabras y proyectiles a los amigos y a los extraños, a los conocidos y desconocidos, sin que nadie tuviese derecho para enfadarse, sin que nadie hiciese otra cosa más que reír.

Franz y Alberto parecían esos hombres que, para distraerse de un violento pesar, van a una orgía, y que a medida que beben y se embriagan, sienten interponerse un denso velo entre el presente y lo pasado. Siempre veían o más bien conservaban el reflejo de lo que habían visto. Pero poco a poco los iba dominando la embriaguez general, les pareció que su razón vacilante iba a abandonarlos, sentían una extraña necesidad de tomar parte en aquel ruido, en aquel movimiento, en aquel vértigo.

Un puñado de confites dirigido a Morcef desde un carruaje próximo y que lo cubrió de polvo, así como a sus compañeros, el cuello y la parte de rostro que no estaba cubierto por la máscara, como si le hubiesen lanzado cien alfileres, acabó por impelerle a la lucha general, en la que entraban todas las máscaras que encontraban. Se puso de pie a su vez en el carruaje, agarró puñados de proyectiles de los sacos y con todo el vigor y la habilidad de que era capaz, envió a su vez huevos y yemas de dulce a sus vecinos. Desde entonces se trabó el combate.

Lo que habían visto media hora antes se borró enteramente de la imaginación de los dos jóvenes; tanto había influido en ellos aquel espectáculo movible, alegre y bullicioso que tenían a la vista. Por lo que al conde de Montecristo se refiere, nunca había parecido impresionado un solo instante. En efecto; figúrese el lector aquella grande y hermosa calle, limitada a un lado y a otro de palacios de

cuatro o cinco pisos, con todos sus balcones guarnecidos de colgaduras. En estos balcones, trescientos mil espectadores romanos, italianos, extranjeros venidos de las cuatro partes del mundo; reunidas todas las aristocracias de nacimiento, de dinero, de talento; mujeres encantadoras, que sufriendo la influencia de aquel espectáculo se inclinan sobre los balcones y fuera de las ventanas, hacen llover sobre los carruajes que pasan una granizada de confites, que se les devuelve con ramilletes; el aire se vuelve enrarecido por los dulces que descienden y las flores que suben; y sobre el pavimento de las calles una turba gozosa, incesante, loca, con trajes variados, gigantescas coliflores que se pasean, cabezas de búfalo que mugen sobre cuerpos de hombres, perros que parecen andar con las patas delanteras, en medio de todo esto una máscara que se levanta; y en esa tentación de San Antonio soñada por Callot, algún Asfarteo que ve un rostro encantador a quien quiere seguir, y del cual se ve separado por especies de demonios semejantes a los que se ven en sueños, y tendrá una débil idea de lo que es el carnaval en Roma.

A la segunda vuelta, el conde hizo detener el carruaje, y pidió a sus compañeros permiso para separarse de ellos, dejándolo a su disposición. Franz levantó los ojos; se hallaba frente al palacio Rospoli, y en el balcón de en medio, el que estaba colgado de damasco blanco con una cruz roja, había un dominó azul, bajo el que la imaginación de Franz representó sin trabajo la bella griega del teatro Argentino.

—Señores —dijo apeándose el conde—, cuando se cansen de ser actores y quieran ser espectadores, ya saben que tienen un sitio en mi balcón. Entretanto, dispongan de mi carruaje y de mis criados.

Olvidamos decir que el cochero del conde iba vestido gravemente con una piel de oso, negra del todo, y semejante a la del Odry, en *El oso y el pachá*, y que los dos lacayos iban en pie detrás del carruaje con dos vestidos de mono verde, perfectamente ceñidos a sus cuerpos, y con caretas de resorte con las que hacían gestos a los paseantes.

Franz dio gracias al conde por su delicada oferta. Alberto, por su parte, estaba coqueteando con un carruaje lleno de aldeanas

romanas detenido, como el del conde, por uno de esos descansos tan comunes en las filas y tirando ramilletes por todas partes. Desgraciadamente para él, la fila prosiguió su movimiento, y mientras él descendía hacia la plaza del Popolo, el carruaje que había llamado su atención subía hacia el palacio de Venecia.

—¡Ah! —dijo a Franz—, ¿no ha visto ese carruaje que va cargado de aldeanas romanas?

—No.

—Pues estoy seguro de que son mujeres encantadoras.

—¡Qué desgracia que vaya disfrazado, querido Alberto! —dijo Franz—. Este era el momento de desquitarse de sus desdichas amorosas.

—¡Oh! —respondió Alberto, medio risueño y medio convencido—. Espero que no pasará el carnaval sin que me acontezca alguna aventura.

Sin embargo, todo el día pasó sin otra aventura que el encuentro renovado dos o tres veces del carruaje de las aldeanas romanas. En uno de estos encuentros, sea por casualidad, sea por cálculo de Alberto, se le cayó la careta.

Entonces tomó el resto de ramilletes y lo arrojó al carruaje de las mujeres que él juzgara encantadoras. Conmovidas por esta galantería, cuando volvió a pasar el carruaje de los dos amigos, arrojaron un ramillete de violetas. Alberto se precipitó sobre el ramillete. Como Franz no tenía ningún motivo para creer que iba dirigido a su persona, dejó que Alberto recogiese el ramillete. Este lo puso victoriosamente en sus ojales, y el carruaje continuó su marcha triunfante.

—¡Y bien! —le dijo Franz—, este es un principio de aventura.

—Ríase cuanto quiera —respondió—, pero creo que sí; así pues, no me separo de este ramillete.

—¡Diablos!, bien lo creo —respondió Franz riendo—, es una señal de reconocimiento.

La broma, por otra parte, tomó un carácter de realidad, porque cuando, siempre conducidos por la fila, Franz y Alberto se cruzaron de nuevo con el carruaje de las aldeanas, la que había lanzado el ramillete comenzó a aplaudir al verlo en su ojal.

—¡Bravo!, querido, ¡bravo! —le dijo Franz—. El asunto marcha. ¿Quiere que le deje, si prefiere estar solo?

—No —dijo—, no nos arriesguemos demasiado. No quiero dejarme engañar como un tonto a la primera demostración; a una cita bajo el reloj, como decimos en el baile de la ópera. Si la bella aldeana quiere ir más allá, ya la encontraremos mañana, o ella nos encontrará; entonces me dará señales de existencia, y yo veré lo que tengo que hacer.

—Es verdad, mi querido Alberto —dijo Franz—, es sabio como Néstor y prudente como Ulises, y si su Circe llega a cambiarse en una bestia cualquiera, será preciso que sea muy diestra o muy poderosa.

Alberto tenía razón; la bella desconocida había resuelto sin duda no llevar la intriga más lejos aquel día, pues aunque los jóvenes dieron aún muchas vueltas, no volvieron a ver el carruaje que buscaban con los ojos; había desaparecido por una de las calles adyacentes.

Subieron entonces al palacio Rospoli, pero el conde también había desaparecido con el dominó azul. Los dos balcones colgados de damasco amarillo seguían, por otra parte, ocupados por personas a las que él sin duda había convidado.

En este momento, la campana que había sonado para la apertura de la mascarada, sonó para la retirada, la fila del Corso se rompió al punto, y, en el instante, todos los carruajes desaparecieron por las calles transversales.

Franz y Alberto se hallaban en aquel momento enfrente de la vía delle Maratte. El cochero arreó los caballos, y llegando a la plaza de España, se detuvo delante de la fonda.

Maese Pastrini salió a recibir a sus huéspedes al umbral de la puerta.

El primer cuidado de Franz fue informarse acerca del conde y expresar su pesar por no haberlo ido a buscar a tiempo; pero Pastrini lo tranquilizó, diciéndole que el conde de Montecristo había mandado un segundo carruaje para él y que este carruaje había ido a buscarlo a las cuatro al palacio Rospoli.

Por otra parte, tenía encargo de ofrecer a los dos amigos la nave

de su palco en el teatro Argentino.

Franz interrogó a Alberto acerca de sus intenciones, pero este tenía que poner en ejecución grandes proyectos antes de pensar en ir al teatro.

Por lo tanto, en lugar de responder, se informó de si maese Pastrini podía procurarle un sastre.

—¿Un sastre? —preguntó el huésped—, ¿y para qué?

—Para hacerme de hoy a mañana dos vestidos de aldeano romano, lo más elegante que sea posible —dijo Alberto.

Maese Pastrini movió la cabeza.

—¡Hacerse de aquí a mañana dos trajes! —exclamó—. ¡Dos trajes, cuando de aquí a ocho días no encontrará seguramente ni un sastre que consintiese coser seis botones a un chaleco, aunque le pagase a escudo el botón!

—¿Quiere decir que es preciso renunciar a procurarnos los trajes que deseo?

—No, porque tendremos esos dos trajes hechos. Deje que me ocupe de eso, y mañana encontrará al despertarse una colección de sombreros, de chaquetas y de calzones, de los cuales quedarán satisfechos.

—¡Ah!, querido —dijo Franz a Alberto—, confiemos en nuestro posadero; ya nos ha probado que era hombre de recursos. Comamos, pues, tranquilamente, y después de la comida vamos a ver *La italiana en Argel.*

—Sea por *La italiana en Argel* —dijo Alberto—, pero piense, maese Pastrini, que este caballero y yo —continuó señalando a Franz—, tenemos mucho interés en tener esos trajes mañana mismo.

El posadero repitió a sus huéspedes que no se inquietasen por nada, y que serían servidos, con lo cual Franz y Alberto subieron para quitarse sus trajes de payaso.

Alberto, al despojarse del suyo, guardó con el mayor cuidado su ramillete de violetas. Era su señal de reconocimiento para el día siguiente.

Los dos amigos se sentaron a la mesa, pero al comer, Alberto no pudo menos de advertir la diferencia notable que existía entre el cocinero de maese Pastrini y el del conde de Montecristo.

Franz tuvo que confesar, a pesar de las prevenciones que debía tener contra el conde, que la ventaja no estaba de parte de maese Pastrini.

Al servir los postres, el criado del conde, preguntó la hora en la que deseaban los jóvenes el carruaje. Alberto y Franz se miraron, temiendo ser indiscretos. El criado los comprendió.

—Su excelencia, el conde de Montecristo —les dijo—, ha dado órdenes terminantes para que el carruaje permaneciese todo el día a la disposición de sus señorías. Sus señorías pueden, pues, disponer de él con toda libertad.

Los dos jóvenes resolvieron aprovecharse de la amabilidad del conde, y mandaron enganchar los caballos, mientras que ellos sustituían por trajes de etiqueta sus trajes de calle, un tanto descompuestos por los numerosos combates a los cuales se habían entregado.

Luego se dirigieron al teatro Argentino y se instalaron en el palco del conde.

Durante el primer acto entró en el suyo la condesa G...; su primera mirada se dirigió hacia el lado en donde la víspera había visto al singular desconocido, de suerte que vio a Franz y Alberto en el palco de aquel, acerca del cual había formado una opinión tan extraña.

Sus anteojos estaban dirigidos a él con tanta insistencia que Franz creyó que sería una crueldad tardar más tiempo en satisfacer su curiosidad.

Así, pues, usando del privilegio concedido a los espectadores de los teatros italianos, que consiste en hacer de las salas de espectáculos un salón de recibo, los dos amigos salieron de su palco para ir a presentar sus respetos a la condesa. Apenas hubieron entrado en su palco, hizo una seña a Franz para que se sentase en el sitio de preferencia. Alberto se colocó detrás de ella.

—¡Y bien! —dijo a Franz, sin darle siquiera tiempo para sentarse —. No parece sino que no ha tenido nada que le urgiera tanto como conocer al nuevo lord Ruthwen, y, según veo, ya son los mejores amigos del mundo.

—Sin que hayamos progresado tanto como dice, en una intimidad

recíproca, no puedo negar, señora condesa —respondió Franz—, que hayamos abusado todo el día de su amabilidad.
—¿Cómo, todo el día?
—A fe mía, sí, señora. Esta mañana hemos aceptado su almuerzo, durante toda la mascarada hemos recorrido el Corso en su carruaje, en fin, esta noche venimos al teatro a su palco.
—¿Lo conocía?
—Sí... y no.
—¿Cómo?
—Es una larga historia.
—Razón de más.
—Espere, al menos, a que esa historia tenga un desenlace.
—Bien. Me gustan las historias completas. Mientras tanto, dígame: ¿cómo se ha puesto en contacto con él? ¿Quién lo ha presentado?
—Nadie; él es quien se ha hecho presentar a nosotros ayer noche, después de haberme separado de usted.
—¿Por qué intermediario?
—¡Oh! ¡Dios mío! Por el prosaico intermediario de nuestro posadero.
—¿Vive, pues, ese señor en la fonda de Londres, como usted?
—No solamente vive en la misma fonda, sino en el mismo piso.
—¿Cuál es su nombre? Porque sin duda lo conoce.
—Perfectamente; el conde de Montecristo.
—¿Qué nombre es ese? No será un nombre de familia.
—No; es el nombre de una isla que ha comprado.
—¿Y el conde?
—Conde toscano.
—Sufriremos al fin a ese como a los demás —respondió la condesa, que era de una de las más antiguas familias de los alrededores de Venecia—. ¿Qué clase de hombre es?
—Pregunte al vizconde de Morcef.
—Ya lo oye, caballero, me remiten a usted —dijo la condesa.
—Haríamos muy mal si no lo juzgásemos encantador, señora —respondió Alberto—. Un amigo de diez años no hubiera hecho por nosotros lo que él, y esto con una gracia, con una delicadeza, una amabilidad, que revela verdaderamente a un hombre de mundo.

—Vamos —dijo la condesa riendo—, verá cómo mi vampiro será sencillamente un millonario que quiere gastar sus millones. Y a ella, ¿la han visto?
—¿A quién? —preguntó Franz sonriendo.
—A la graciosa griega de ayer.
—No. Nos pareció, sí, haber oído el sonido de su guzla, mas ella permaneció invisible.
—Así, pues, cuando dice invisible, mi querido Franz —dijo Alberto —, es con el fin de hacerla más misteriosa. ¿Quién cree que era aquel dominó azul que estaba en el balcón colgado de damasco blanco, en el palacio de Rospoli?
—¡Pues qué! ¿El conde tenía tres balcones en el palacio Rospoli?
—¡Sí! ¿Ha pasado por la calle del Corso?
—Desde luego. ¿Quién es el que hoy no ha pasado por la calle del Corso?
—¿No vio entonces tres balcones, y uno de ellos colgado de damasco blanco, con una cruz roja? Pues esos eran los tres balcones del conde.
—¿Es que ese hombre es algún nabab? ¿Sabe lo que cuestan tres balcones como esos durante ocho días de carnaval, y en el palacio Rospoli, es decir, en el mejor sitio del Corso?
—Doscientos o trescientos escudos romanos.
—Diga más bien dos o tres mil.
—¡Diablos!
—¿Es acaso su isla la que produce tanto?
—Su isla no produce ni un solo bejuco.
—¿Por qué la ha comprado entonces?
—Por capricho.
—Es un hombre original.
—Lo cierto es —dijo Alberto—, que me ha parecido bastante excéntrico. Si habitase en París, si frecuentase nuestros teatros, le diría que es un pobre diablo a quien la literatura moderna ha trastornado la cabeza. En verdad, me ha dado dos o tres golpes dignos de Didier o de Antoni.
En este momento entró una visita, y, según la costumbre, Alberto cedió su lugar al recién llegado. Esta circunstancia, además de

mudar de lugar, hizo también que la conversación tomase otro giro. Una hora después, los dos amigos volvieron a entrar en la fonda.

Maese Pastrini estaba ya ocupado en sus disfraces para el día siguiente, y les prometió que quedarían satisfechos de su inteligente actividad.

En efecto, al día siguiente, a las nueve, entró en el cuarto de Franz, acompañado de un sastre cargado con ocho o diez clases de vestidos de aldeanos romanos.

Los dos amigos escogieron dos trajes parecidos que casi se ajustaban a su cuerpo, encargaron a su anfitrión que les pusiese unas veinte cintas en cada uno de sus sombreros y que les procurase dos de esas fajas de seda, de listas transversales y colores vivos, con la cuales los hombres del pueblo, en los días de fiesta, tienen la costumbre de ceñir su cintura.

Alberto se hallaba impaciente por ver cómo le estaría su improvisado vestido, el cual se componía de una chaqueta y unos calzones de terciopelo azul, medias con cuchillas bordadas, zapatos con hebillas y un chaleco de seda.

El joven, pues, no podía menos de ganar con ese traje tan pintoresco, y cuando su cinturón hubo oprimido su elegante talle, cuando su sombrero, ligeramente ladeado, dejó caer sobre su hombro una infinidad de cintas, Franz se vio obligado a confesar que el traje influye mucho para la superioridad física en ciertas poblaciones. Los turcos, tan pintorescos antes con sus largos trajes de vivos colores, ¿no están ahora horribles con sus levitas azules abotonadas y los gorros griegos, que parecen botellas de vino con tapón encarnado? Franz felicitó a Alberto, que, en pie delante del espejo, sonreía con aire de satisfacción, que nada tenía de equívoco. En este momento entró el conde de Montecristo.

—Señores —les dijo—, como por agradable que sea la compañía en las diversiones, la libertad lo es más aún, vengo a comunicarle que por hoy y los días siguientes dejo a su disposición el carruaje de que se han servido ayer. Nuestro huésped ha debido decirles que tenía tres o cuatro en sus cuadras. No se priven, pues, de ir en carruaje; hagan uso de él libremente para ir a divertirse o a sus asuntos. Nuestra cita, si algo tenemos que decirnos, será en el

palacio Rospoli.

Los dos jóvenes quisieron hacer algunas observaciones, pero verdaderamente no tenían motivos para rehusar una oferta que, por otra parte, les era agradable. Concluyeron por aceptar.

El conde de Montecristo permaneció un cuarto de hora con ellos, hablando de todo con una facilidad extremada. Estaba, como ya se habrá podido notar, muy al corriente de la literatura de todos los países. Una ojeada que arrojó sobre las paredes de su cuarto había probado a Franz y a Alberto que era aficionado a los cuadros. Algunas palabras que pronunció al pasar, les probó que no le eran extrañas las ciencias; sobre todo, parecía haberse ocupado particularmente de la química.

Los dos amigos no tenían la pretensión de devolver al conde el almuerzo que él les había ofrecido. Hubiera sido una necedad ofrecerle, en cambio de su excelente mesa, la comida muy mediana de maese Pastrini. Se lo dijeron francamente y él recibió sus excusas como hombre que apreciaba su delicadeza.

Alberto estaba encantado de los modales del conde, al que, sin su ciencia, hubiera tenido por un caballero. La libertad de disponer enteramente del carruaje lo llenaba, sobre todo, de alegría. Tenía ya sus miras acerca de aquellas graciosas aldeanas y como se habían presentado la víspera en un carruaje muy elegante, no le desagradaba aparecer en este punto con igualdad.

A la una y media los dos jóvenes bajaron, el cochero y los lacayos habían imaginado poner sus libreas sobre pieles de animales, lo cual les formaba un cuerpo aún más grotesco que el día anterior, y esto también les valió el que Alberto y Franz les alabasen por aquella invención.

Alberto había colocado sentimentalmente su ramillete de violetas ajadas en su ojal.

Al primer toque de la campana partieron y se precipitaron a la calle del Corso por la vía Vittoria. A la segunda vuelta, un ramillete de violetas que salió de un grupo de colombinas y que vino a caer sobre el carruaje del conde, indicó a Alberto, que como él y su amigo, las aldeanas de la víspera habían cambiado de traje y que, sea por casualidad, sea por un sentimiento semejante al que le

había hecho obrar, mientras que él había vestido elegantemente su traje, ellas, por su parte, habían vestido el suyo.

Alberto se puso el ramillete fresco en el lugar del otro, pero guardó el ajado en su mano, y cuando cruzó de nuevo el carruaje lo llevó amorosamente a sus labios, acción que pareció divertir mucho, no solamente a la que se lo había arrojado, sino a sus locas compañeras. El día fue no menos animado que el anterior; es probable que un profundo observador hubiese reconocido cierto aumento de bullicio y alegría.

Un instante vieron al conde en su balcón, pero cuando el carruaje volvió a pasar, había ya desaparecido.

Es inútil decir que el flirteo entre Alberto y la colombina de los ramilletes de violetas, duró todo el día.

Por la noche, al entrar Franz, encontró una carta de la embajada; le anunciaba que tendría el honor de ser recibido al día siguiente por Su Santidad.

En todos los viajes que antes había hecho a Roma había solicitado y obtenido el mismo favor, y tanto por religión como por reconocimiento, no había querido salir de la capital del mundo cristiano sin rendir su respetuoso homenaje a los pies de uno de los sucesores de San Pedro, que ha dado el raro ejemplo de todas las virtudes. Por consiguiente, este día no había que pensar en el carnaval, pues a pesar de la bondad con que rodea su grandeza, siempre es con un respeto lleno de profunda emoción como se dispone uno a inclinarse ante ese noble y santo anciano a quien llaman Gregorio XVI.

Al salir del Vaticano, Franz volvió directamente a la fonda, evitando el pasar por la calle del Corso. Llevaba un tesoro de piadosos sentimientos, para los cuales el contacto de los locos goces de la mascarada hubiese sido una profanación.

A las cinco y diez minutos, Alberto entró. Estaba radiante de alegría; la colombina había vuelto a ponerse su traje de aldeana, y al cruzarse con el carruaje de Alberto había levantado su máscara; era encantadora.

Franz dio a Alberto la más sincera enhorabuena, y este la recibió como hombre que la merecía.

Había conocido —decía—, por ciertos detalles inimitables de elegancia, que su bella desconocida debía pertenecer a la más alta aristocracia.

Estaba decidido a escribirle al día siguiente. Al recibir estas muestras de confianza, Franz notó que Alberto parecía tener que pedirle alguna cosa, y que, sin embargo, vacilaba en dirigirle esta demanda.

Insistió, declarando de antemano que estaba pronto a hacer por su dicha todos los sacrificios que estuviesen en su poder. Alberto se hizo rogar todo el tiempo que exigía una política amistosa, pero, al fin, confesó a Franz que le haría un gran servicio si le dejase para el día siguiente el carruaje a él solo.

Alberto atribuía a la ausencia de su amigo la extremada bondad que había tenido la bella aldeana de levantar su máscara. Es fácil comprender que Franz no era tan egoísta que detuviese a Alberto en medio de una aventura que prometía a la vez ser tan agradable para su curiosidad y tan lisonjera para su amor propio. Conocía bastante la perfecta indiscreción de su amigo, para estar seguro de que lo tendría al corriente de los menores detalles de su aventura, y como después de dos largos años que corría Italia en todos sentidos, jamás había tenido ocasión de meterse en una intriga semejante, por su cuenta, Franz no estaba disgustado de saber cómo pasarían las cosas en semejante caso.

Prometió, pues, a Alberto que se contentaría al día siguiente con mirar el espectáculo desde los balcones del palacio Rospoli. Efectivamente, al día siguiente vio pasar y volver a pasar a Alberto. Llevaba un enorme ramillete al que sin duda había encargado fuese portador de su epístola amorosa. Esta probabilidad se cambió en certidumbre, cuando Franz vio el mismo ramillete, notable por un círculo de camelias blancas, entre las manos de una encantadora colombina, vestida de satén color de rosa. Así, pues, aquella noche no era alegría, era delirio.

Alberto no dudaba de que su bella desconocida le correspondiese del mismo modo. Franz lo ayudó en sus deseos, diciéndole que todo aquel ruido le fatigaba, y que estaba decidido a emplear el día siguiente en revisar su álbum y en tomar algunas notas. Por otra

parte, Alberto no se había engañado en sus previsiones; al día siguiente, por la noche, Franz le vio entrar dando saltos en su cuarto y ostentando triunfalmente en una mano un pedazo de papel que sostenía por una de sus esquinas.
—¡Y bien! —dijo—. ¿Me había engañado?
—¡Ha respondido! —exclamó Franz.
—Lea.
Esta palabra fue pronunciada con una entonación imposible de describir.
Franz tomó la hoja y leyó:

El martes por la noche, a las siete, baje de su carruaje, enfrente de la vía Pontefici, y siga a la aldeana romana que le arranque su moccoletto.
Cuando llegue al primer escalón de la iglesia de San Giacomo, procure, para que pueda reconoceros, atar una cinta de color rosa en el hombro de su traje de payaso. Hasta entonces no me volverá a ver.
Constancia y discreción.

—¡Y bien! —dijo a Franz cuando este hubo terminado la lectura—, ¿qué piensa de esto, mi querido amigo?
—Pienso —respondió Franz— que la cosa toma el aspecto de una aventura muy agradable.
—Esa es también mi opinión —dijo Alberto—, y tengo miedo de que vaya solo al baile del duque de Bracciano.
Franz y Alberto habían recibido por la mañana, cada uno, una invitación del célebre banquero romano.
—Cuidado, mi querido Alberto —dijo Franz—, toda la aristocracia irá a casa del duque, y si su bella desconocida es verdaderamente aristocrática, no podrá dejar de ir.
—Que vaya o no, sostengo mi opinión acerca de ella —continuó Alberto—. Ha leído el mensaje, ya sabe la poca educación que reciben en Italia las mujeres del Mezzo sito (así llaman a la clase media), pues bien, vuelva a leer este mensaje, examine la letra y búsqueme una falta de idioma o de ortografía.

En efecto, la letra era preciosa y la ortografía purísima.

—Está predestinado —dijo Franz a Alberto, devolviéndole por segunda vez el mensaje.

—Ría cuanto quiera, búrlese —respondió Alberto—, estoy enamorado.

—¡Oh! ¡Dios mío! Me espanta —exclamó Franz—, y veo que no solamente iré solo al baile del duque de Bracciano, sino que podré volver solo a Florencia.

—El caso es que si mi desconocida es tan amable como bella, le declaro que me quedo en Roma por seis semanas como mínimo. Adoro Roma, y por otra parte, siempre he tenido afición a la arqueología.

—Vamos, un encuentro o dos como ese, y no desespero de verlo miembro de la Academia de las Inscripciones y de las Bellas Letras.

Sin duda Alberto iba a discutir seriamente sus derechos al sillón académico, pero vinieron a anunciar a los dos amigos que estaban servidos.

Ahora bien, el amor en Alberto no era contrario al apetito.

Se apresuró, pues, así como su amigo, a sentarse a la mesa, prometiendo proseguir la discusión después de comer.

Pero luego anunciaron al conde de Montecristo.

Hacía dos días que los jóvenes no lo habían visto. Un asunto, había dicho Pastrini, le llamó a Civita-Vecchia.

Había partido la víspera por la noche y había regresado solo hacía una hora.

El conde estuvo amabilísimo, sea que se abstuviese, sea que la ocasión no despertase en él las fibras acrimoniosas que ciertas circunstancias habían hecho resonar dos o tres veces en sus amargas palabras, estuvo casi como todo el mundo. Este hombre era para Franz un verdadero enigma.

El conde no podía ya dudar de que el joven viajero lo hubiese reconocido y, sin embargo, ni una sola palabra desde su nuevo encuentro parecía indicar que se acordase de haberlo visto en otro punto. Por su parte, por mucho que Franz deseara hacer alusión a su primera entrevista, el temor de ser desagradable a un hombre que lo había colmado, tanto a él como a su amigo, de bondades, lo

detenía.

El conde sabía que los dos amigos habían querido tomar un palco en el teatro Argentino, y que les habían respondido que todo estaba ocupado; por tanto, les llevaba la llave del suyo; por lo menos este era el motivo aparente de su visita. Franz y Alberto opusieron algunas dificultades, alegando el temor de que él se privase de asistir. Pero el conde les respondió que como iba aquella noche al teatro Vallé, su palco del teatro Argentino quedaría desocupado si ellos no lo aprovechaban. Esta razón determinó a los dos amigos a aceptar. Franz se había acostumbrado poco a poco a aquella palidez del conde, que tanto admirara la primera vez que lo vio. No podía menos de hacer justicia a la belleza de aquella cabeza severa, de la cual aquella palidez era el único defecto o tal vez la principal cualidad.

Verdadero héroe de Byron, Franz no podía, no diremos verlo, ni aun pensar en él, sin que se presentase aquel rostro sobre los hombros de Manfredo, o bajo la toga de Lara. Tenía esa arruga en la frente que indica la incesante presencia de algún amargo pensamiento; tenía esos ojos ardientes que leen en lo más profundo de las almas; tenía ese labio altanero y burlón que da a las palabras que salen por él un carácter singular que hacen se graben profundamente en la memoria de los que las escuchan.

El conde no era joven. Tendría por lo menos cuarenta años y parecía haber sido formado para ejercer siempre cierto dominio sobre los jóvenes con quienes se reuniese.

La verdad es que, por semejanza con los héroes fantásticos del poeta inglés, el conde parecía tener el don de la fascinación. Alberto no cesaba de hablar de lo afortunados que habían sido él y Franz en encontrar a semejante hombre. Franz era menos entusiasta; no obstante, sufría la influencia que ejerce todo hombre superior sobre el espíritu de los que lo rodean. Pensaba en aquel proyecto, que había manifestado varias veces el conde, de ir a París, y no dudaba que con su carácter excéntrico, su rostro caracterizado y su fortuna colosal, el conde produjese gran efecto. Sin embargo, no tenía deseos de hallarse en París cuando él fuese.

La noche pasó como pasan las noches, por lo regular, en el teatro

de Italia, no en escuchar a los cantantes, sino en hacer visitas o hablar. La condesa G... quería hacer girar la conversación acerca del conde, pero Franz le anunció que tenía que revelarle un acontecimiento muy notable, y a pesar de las demostraciones de falsa modestia a que se entregó Alberto, contó a la condesa el gran acontecimiento que hacía tres días formaba el objeto de la preocupación de los dos amigos.

Dado que estas intrigas no son raras en Italia, por lo menos, si se ha de creer a los viajeros, la condesa lo creyó y felicitó a Alberto por el principio de una aventura que prometía terminar de modo tan satisfactorio.

Se separaron prometiéndose encontrarse en el baile del duque de Bracciano, al cual Roma entera estaba invitada. Pero llegó el martes, el último y el más ruidoso de los días de carnaval.

El martes los teatros se abren a las diez de la mañana, porque pasadas las ocho de la noche entra la cuaresma. El martes todos los que por falta de tiempo, de dinero o de entusiasmo no han tomado aún parte en las fiestas precedentes, se mezclan en la bacanal, se dejan arrastrar por la orgía y unen su parte de ruido y de movimiento al movimiento y al ruido general.

Desde las dos hasta las cinco, Franz y Alberto siguieron la fila, cambiando puñados de dulces con los carruajes de la fila opuesta y los que iban a pie, que circulaban entre los caballos y las carrozas, sin que sucediese en medio de esta espantosa mezcla un solo accidente, una sola disputa, un solo reto. Los italianos son el pueblo por excelencia, y en este aspecto las fiestas son para ellos verdaderas fiestas. El autor de esta historia, que ha vivido en Italia, por espacio de cinco o seis años, no recuerda haber visto nunca una solemnidad turbada por uno solo de esos acontecimientos que sirven siempre de corolario a los nuestros.

Alberto triunfaba con su traje de payaso. Tenía sobre el hombro un lazo, de cinta de color de rosa, cuyas puntas le colgaban bastante, para que no lo confundieran con Franz. Este había conservado su traje de aldeano romano.

Mientras más avanzaba el día, mayor se hacía el tumulto. No había en todas las calles, en todos los carruajes, en todos los balcones,

una sola boca que estuviese muda, un brazo que estuviera quieto, era verdaderamente una tempestad humana compuesta de un trueno de gritos, y de una granizada de grageas, de ramilletes, de huevos, de naranjas y de flores.

A las tres, el ruido de las cajas sonando a la vez en la plaza del Popolo, y en el palacio de Venecia, atravesando aquel horrible tumulto, anunció que iban a comenzar las carreras. Las carreras, cómo los *moccoli*, son unos episodios particulares de los últimos días de Carnaval. Al ruido de aquellas cajas, los carruajes rompieron al instante las filas y se refugiaron en la calle transversal más cercana. Todas estas evoluciones se hacen, por otra parte, con una habilidad inconcebible y una rapidez maravillosa, y esto sin que la policía se ocupe de señalar a cada uno su puesto, o de trazar a cada uno su camino.

La gente que iba a pie se refugió en los portales o se arrimó a las paredes, y al punto se oyó un gran ruido de caballos y de sables.

Un escuadrón de carabineros a quince de frente, recorría al galope y en todo su ancho la calle del Corso, la cual barría para dejar sitio a los *barberi.* Cuando el escuadrón llegó al palacio de Venecia, el estrépito de nuevos disparos de cohetes anunció que la calle había quedado expedita.

Casi al mismo tiempo, en medio de un clamor inmenso, universal, inexplicable, pasaron como sombras de siete a ocho caballos excitados por los gritos de trescientas mil personas y por las bolas de hierro que les saltan sobre la espalda. Unos instantes más tarde, el cañón del castillo de San Angelo disparó tres cañonazos, para anunciar que el número tres había sido el vencedor.

Inmediatamente, sin otra señal que esta, los carruajes se volvieron a poner en movimiento, llenando de nuevo el Corso, desembocando por todas las bocacalles como torrentes contenidos al instante, y que se lanzan juntos hacia el río que alimentan, y la ola inmensa de cabezas volvió a proseguir más rápida que antes su carrera entre los dos ríos de granito. Pero un nuevo elemento de ruido y de animación se había mezclado aún a esta multitud, porque acababan de entrar en la escena los vendedores de *moccoli.*

Los *moccoli* o *moccoletti* son bujías que varían de grueso, desde el

cirio pascual hasta el cabo de la vela, y que recuerdan a los actores de esta gran escena que pone fin al carnaval romano, suscitando dos preocupaciones opuestas, primero la de conservar encendido su *moccoletto*, y después la de apagar el *moccoletto* de los demás.

Con el *moccoletto* sucede lo que con la vida. Es verdad que el hombre no ha encontrado hasta ahora más que un medio de transmitirla y este medio se lo ha dado Dios, pero, en cambio ha descubierto mil medios para quitarla, aunque también es verdad que para tal operación el diablo lo ha ayudado un poco.

El *moccoletto* se enciende acercándolo a una luz cualquiera. Pero ¿quién será capaz de describir los mil medios que para apagarlo se han inventado? ¿Quién podría describir los fuelles monstruos, los estornudos de prueba, los apagadores gigantescos, los abanicos sobrehumanos que se ponen en práctica? Cada cual se apresuró a comprar y encender *moccoletto* y lo propio hicieron Franz y Alberto.

La noche se acercaba rápidamente, y ya al grito de *¡Moccoli!* repetido por las estridentes voces de un millar de industriales, dos o tres estrellas empezaron a brillar encima de la turba. Esto fue lo suficiente para que antes de que transcurrieran diez minutos, cincuenta mil luces brillasen descendiendo del palacio de Venecia a la plaza del Popolo y volviendo a subir de la plaza del Popolo al palacio de Venecia. Se hubiera dicho que aquella era una fiesta de fuegos fatuos, y tan solo viéndolo es como uno se puede formar una idea de aquel maravilloso espectáculo.

Imaginemos que todas las estrellas se destacan del cielo y vienen a mezclarse en la tierra a un baile insensato. Todo acompañado de gritos, cual nunca oídos humanos han percibido sobre el resto de la superficie del globo.

En este momento sobre todo, es cuando desaparecen las diferencias sociales. El *facchino* se une al príncipe, el príncipe al *trasteverino*, el *trasteverino* al hombre de la clase media, cada cual soplando, apagando, encendiendo. Si el viejo Eolo apareciese en este momento sería proclamado rey de los *moccoli*, y Aquilón, heredero presunto de la corona.

Esta escena loca y bulliciosa suele durar unas dos horas; la calle del Corso estaba iluminada como si fuese de día; se distinguían las

facciones de los espectadores hasta el tercero o cuarto piso. De cinco en cinco minutos Alberto sacaba su reloj; al fin este señaló las siete. Los dos amigos se hallaban justamente a la altura de la Vía Pontifici; Alberto saltó del carruaje con su *moccoletto* en la mano.

Dos o tres máscaras quisieron acercarse a él para arrancárselo o apagárselo, pero, como un hábil luchador, Alberto las envió a rodar una tras otra a diez pasos de distancia y prosiguió su camino hacia la iglesia de San Giacomo. Las gradas estaban atestadas de curiosos y de máscaras que luchaban sobre quién se arrancaría de las manos la luz. Franz seguía con los ojos a Alberto, y le vio poner el pie sobre el primer escalón. Casi al mismo tiempo, una máscara con el traje bien conocido de la aldeana del ramillete, extendiendo el brazo, y sin que esta vez hiciese él ninguna resistencia, le arrancó el *moccoletto*.

Franz se encontraba muy lejos para escuchar las palabras que cambiaron, pero sin duda nada tuvieron de hostil, porque vio alejarse a Alberto y a la aldeana cogidos amigablemente del brazo. Por espacio de algún tiempo los siguió con la vista en medio de la multitud, pero en la Vía Macello los perdió de vista.

De pronto, el sonido de la campana que da la señal de la conclusión del carnaval sonó, y al mismo instante todos los *moccoli* se apagaron como por encanto.

Se habría dicho que un solo e inmenso soplo de viento los había aniquilado. Franz se encontró en la oscuridad más profunda.

Con el mismo toque de campana cesaron los gritos, como si el poderoso soplo que había apagado las luces hubiese apagado también el bullicio, y ya nada más se oyó que el ruido de las carrozas que conducían a las máscaras a su casa, ya nada más se vio que las escasas luces que brillaban detrás de los balcones. El carnaval había terminado.

Capítulo quince: Las catacumbas de San Sebastián

Ningún otro momento de su vida había sido para Franz tan impresionable, tan vivo, como el paso rápido que de la alegría a la tristeza sintió en aquel instante. Se hubiera dicho que Roma, bajo el soplo mágico de algún demonio nocturno, acababa de convertirse en una vasta tumba. Por una casualidad que aumentaba aún las tinieblas, la luna se encontraba en su cuarto menguante, no debía salir hasta las doce de la noche. Las calles que el joven atravesaba estaban sumergidas en la mayor oscuridad, pero como el trayecto era corto, al cabo de diez minutos su carruaje, o más bien el del conde, se detuvo delante de la fonda de Londres.

La comida estaba preparada, pero como Alberto había avisado que no lo esperasen, Franz se sentó solo a la mesa. Maese Pastrini, que acostumbraba verlos comer juntos, se informó de la causa de su ausencia, pero Franz se limitó a responder que Alberto había recibido una invitación, a la cual había acudido.

La súbita extinción de los *moccoletti*, aquella oscuridad que había reemplazado a la luz, aquel silencio que había sucedido al ruido, habían dejado en el espíritu de Franz cierta tristeza que participaba también de alguna inquietud. Comió, pues, sin decir una palabra, a pesar de la oficiosa solicitud de su posadero, que entró dos o tres veces para informarse de si tenía necesidad de algo.

Franz estaba resuelto a esperar a Alberto hasta bastante tarde. Pidió, pues, el carruaje para las once, rogando a maese Pastrini que le avisase al instante mismo en que volviese Alberto, pero transcurrieron las horas una tras otra, y al dar las once Alberto no había llegado aún. Franz se vistió y partió, avisando a su posadero de que pasaría la noche en casa del duque de Bracciano.

La casa del duque de Bracciano es una de las mejores de Roma; su esposa, una de las últimas herederas de los Colonna, hace los honores de ella de una manera perfecta, y de esto resulta que las fiestas que da tienen una celebridad europea.

Franz y Alberto habían llegado a Roma con cartas de recomendación para él; así, pues, su primera pregunta fue interrogar a Franz qué había sido de su compañero de viaje. Franz le respondió que se había separado de él en el momento de apagar los *moccoletti*, y le había perdido de vista en la Vía Macello.

—¿Entonces no habrá vuelto? —preguntó el duque.

—Hasta ahora lo he estado aguardando —respondió Franz.

—¿Y sabe adónde iba?

—No, exactamente. Sin embargo, creo que se trataba de una cita.

—¡Diablos! —dijo el duque—. Mal día es este o mala noche para tardar de ese modo, ¿verdad, señora condesa?

Estas últimas palabras se dirigían a la condesa de G..., que acababa de llegar y que se paseaba apoyada en el brazo del señor de Torlonia, hermano del duque.

—Creo, por el contrario, que es una noche encantadora —respondió la condesa—, y los que están aquí no se quejarán más que de una cosa; de que pasará demasiado pronto.

—Pero —replicó el duque, sonriendo—, yo no hablo de las personas que están aquí, porque de ellas no corren más peligro los hombres que el de enamorarse de usted, y las mujeres que el de caer enfermas de celos al contemplar su hermosura. Hablo de los que recorren las calles de Roma.

—¡Oh! —preguntó la condesa—. ¿Y quién recorre las calles de Roma a esta hora, como no sea para venir a este baile?

—Nuestro amigo, el vizconde de Morcef, señora condesa, de quien me separé dejándolo con una desconocida hacia las siete de la noche —dijo Franz—, y a quien no he visto después.

—¡Qué! ¿Y no sabe dónde está?

—Ni lo sospecho.

—¿Y tiene armas?

—¿Cómo iba a tenerlas, si estaba disfrazado?

—No debería haberlo dejado ir —dijo el duque a Franz—, usted que conoce mejor a Roma.

—Sí, sí, lo mismo hubiera adelantado que si hubiese intentado detener al número tres de los barberi que ha ganado hoy el premio de la carrera —respondió Franz—; además, ¿qué quiere que le ocurra?

—¡Quién sabe! La noche está sombría, y el Tíber está cerca de la Vía Marcello.

Franz se estremeció al ver que el duque y la condesa estaban tan acordes en sus inquietudes personales.

—También he dejado dicho en la fonda que tenía el honor de pasar la noche en su casa, señor duque —dijo Franz—, y deben venir a anunciarme su vuelta.

—Mire —dijo el duque—, creo que allí viene buscándolo uno de mis criados.

El duque no se engañaba. Al ver a Franz, el criado se acercó a él.

—Excelencia —dijo—, el dueño de la fonda de Londres le manda avisar que un hombre lo espera en su casa con una carta del vizconde de Morcef.

—¡Con una carta del vizconde! —exclamó Franz.

—Sí.

—¿Y quién es ese hombre?

—No lo sé.

—¿Por qué no ha venido a traerla aquí?

—El mensajero no ha dado ninguna explicación.

—¿Y dónde está el mensajero?

—En cuanto me vio entrar en el salón del baile para avisarle, se marchó.

—¡Oh, Dios mío! —dijo la condesa a Franz—. Vaya pronto, ¡pobre joven! Tal vez le habrá sucedido alguna desgracia.

—Voy volando —dijo Franz.

—¿Lo volveremos a ver para saber de él? —preguntó la condesa.

—Sí, si la cosa no es grave; si no, no respondo de lo que será de mí mismo.

—En todo caso, prudencia —dijo la condesa.

—Descuide.

Franz tomó el sombrero y partió inmediatamente. Había mandado venir su carruaje a las dos, pero por fortuna el palacio Bracciano, que da por un lado a la calle del Corso, y por otro a la plaza de los Santos Apóstoles, está a diez minutos de la fonda de Londres. Al acercarse a esta, Franz vio un hombre en pie en medio de la calle, y no dudó un solo instante de que era el mensajero de Alberto. Se dirigió a él, pero con gran asombro de Franz, el desconocido fue quien primero le dirigió la palabra.

—¿Qué quiere, excelencia? —dijo, dando un paso atrás como un hombre que desea estar siempre en guardia.

—¿No es usted —preguntó Franz— quien me trae una carta del vizconde de Morcef?

—¿Es su excelencia quien vive en la fonda de Pastrini?

—Sí.

—¿Es su excelencia el compañero de viaje del vizconde?

—Sí.

—¿Cómo se llama su excelencia?

—El barón Franz d'Epinay.

—Muy bien; entonces es a su excelencia a quien va dirigida esta carta.

—¿Exige respuesta? —preguntó Franz, tomándole la carta de las manos.

—Sí; al menos, su amigo la espera.

—Suba a mi habitación; allí se la daré.

—Prefiero esperar aquí —dijo riéndose el mensajero.

—¿Por qué?

—Su excelencia lo comprenderá cuando haya leído la carta.

—¿Entonces lo encontraré aquí mismo?

—Sin duda alguna.

Franz entró; en la escalera encontró a maese Pastrini.

—¡Y bien! —le preguntó.

—Y bien, ¿qué? —le respondió Franz.

—¿Viste al hombre que desea hablarle de parte de su amigo? —le preguntó a Franz.

—Sí; le vi —respondió este—, y me entregó esta carta. Haga que traigan una luz a mi cuarto.

El posadero transmitió esta orden a un criado.

El joven había encontrado a maese Pastrini muy asustado, y esto había aumentado naturalmente su deseo de leer la carta. Se acercó a la bujía, apenas estuvo encendida, y desdobló el papel. La misiva estaba escrita de mano de Alberto, firmada por él mismo, y Franz la leyó dos o tres veces una tras otra, tan lejos estaba de esperar su contenido.

He aquí lo que decía:

Querido amigo: En el mismo instante que reciba la presente, tenga

la bondad de tomar mi cartera, que hallará en el cajón cuadrado del escritorio; la letra de crédito, únala a la suya. Si ello no basta, corra a casa de Torlonia, tome inmediatamente cuatro mil piastras y entréguelas al portador. Es urgente que esta suma me sea dirigida sin tardanza. No quiero encarecerle más la puntualidad, porque cuento con su eficacia, como en caso igual podría contar con la mía.

P. D. I believe now to be in Italian banditti.

Su amigo,

ALBERTO DE MORCEF

Debajo de estos renglones había escritas, con una letra extraña, estas palabras italianas:

Se alle sei della mattina, le quattro mille piastre non sono nelle mie mani, alle sette il conte Alberto avrà cessato di vivere.

LUIGI VAMPA

Esta segunda firma fue para Franz sumamente elocuente, y entonces comprendió la repugnancia del mensajero en subir a su cuarto. La calle le parecía más segura. Alberto había caído en manos del famoso jefe de bandidos cuya existencia tan fabulosa le había parecido.

No había tiempo que perder. Corrió al escritorio, lo abrió, halló en el cajón indicado la consabida cartera, y en ella la carta de crédito que era de valor de seis mil piastras, pero a cuenta de la cual Alberto había ya tomado y gastado la mitad, es decir, tres mil. Por lo que a Franz se refiere, no tenía ninguna letra de crédito. Como vivía en Florencia y había venido a Roma para pasar en ella siete u ocho días solamente, había tomado unos cien luises, y de esos cien luises le quedaban cincuenta a lo sumo. Necesitaba, por tanto, siete u ochocientas piastras para que entre los dos pudiesen reunir la suma pedida. Es verdad que Franz podía contar en un caso semejante con la bondad del señor Torlonia. Así, pues, se disponía a volver al palacio Bracciano sin perder un instante, cuando de súbito una idea cruzó por su imaginación.

Pensó en el conde de Montecristo.

Franz iba a dar la orden de que avisasen a maese Pastrini, cuando este en persona se presentó a la puerta.

—Querido señor Pastrini —le dijo ansiosamente—, ¿cree que el conde está en su cuarto?

—Sí, excelencia, acaba de entrar.

—¿Habrá tenido tiempo de acostarse?

—Lo dudo.

—Llame entonces a su puerta, y pídale en mi nombre permiso para presentarme en su habitación.

Maese Pastrini se apresuró a seguir las instrucciones que le daban. Cinco minutos después estaba de vuelta.

—El conde está esperando a su excelencia —dijo.

Franz atravesó el corredor, y un criado lo introdujo en la habitación del conde. Se hallaba en un pequeño gabinete que Franz no había visto aún, y que estaba rodeado de divanes. El mismo conde le salió al encuentro.

—¡Oh! ¿A qué debo el honor de esta visita? —le preguntó—. ¿Vendría a cenar conmigo? Si así fuera, me complacería en extremo su franqueza.

—No; vengo a hablarle de un grave asunto.

—¡De un asunto! —dijo el conde mirando a Franz con la fijeza y atención que le eran habituales—. ¿Y de qué asunto?

—¿Estamos solos?

El conde se dirigió a la puerta y volvió.

—Completamente —dijo.

Franz le mostró la carta de Alberto.

—Lea —le dijo.

El conde leyó la carta.

—¡Ya, ya! —exclamó cuando hubo terminado la lectura.

—¿Ha leído la posdata?

—Sí, la he leído también.

Se alle sei della mattina le quattro mille piastre non sono nelle mie mani, alle sette il conte Alberto avrà cessato di vivere.

—¿Qué dice a esto? —preguntó Franz.

—¿Tiene la suma que le pide?

—Sí; menos ochocientas piastras.

El conde se dirigió a su gaveta, la abrió, y tiró de un cajón lleno de oro que se abrió por medio de un resorte.

—Espero —dijo a Franz—, que no me hará la injuria de dirigirse a otro que a mí.

—Bien ve —dijo este— que a usted me he dirigido primero que a otro.

—Lo que le agradezco mucho. Tome.

E hizo señas a Franz de que tomase del cajón cuanto necesitase.

—¿Es necesario enviar esta suma a Luigi Vampa? —preguntó el joven, mirando a su vez fijamente al conde.

—¿Que si es preciso? Júzguelo usted mismo por la postdata, que ni puede ser más concisa ni más terminante.

—Creo que usted podría hallar algún medio que simplificase mucho el negocio —dijo Franz.

—¿Y cuál? —preguntó el conde, asombrado.

—Por ejemplo, si fuésemos a ver a Luigi Vampa juntos, estoy persuadido de que no le rehusaría la libertad de Alberto.

—¿A mí? ¿Y qué influencia quiere que tenga yo sobre ese bandido?

—¿No acaba de hacerle uno de esos servicios que jamás pueden olvidarse?

—¿Cuál?

—¿No acaba de salvar la vida a Pepino?

—¡Ah, ah! —dijo el conde—. ¿Quién le ha dicho eso?

—¿Qué importa, si lo sé?

El conde permaneció un instante silencioso y con las cejas fruncidas.

—Y si yo fuese a ver a Vampa, ¿me acompañaría?

—Si no le fuese desagradable mi compañía, ¿por qué no?

—Pues bien; vámonos al instante. El tiempo es hermoso, y un paseo por el campo de Roma no puede menos de aprovecharnos.

—¿Llevaremos armas?

—¿Para qué?

—¿Dinero?

—Es en vano. ¿Dónde está el hombre que le ha traído esta carta?

—En la calle.

—¿En la calle?

—Sí.

—Voy a llamarlo, porque preciso será que averigüemos hacia dónde hemos de dirigirnos.

—Puede ahorrarse este trabajo, pues por más que se lo dije, no ha querido subir.

—Si yo lo llamo, verá como no opone dificultad.

El conde se asomó a la ventana del gabinete que caía a la calle, y emitió cierto silbido peculiar. El hombre de la capa se separó de la pared y se plantó en medio de la calle.

—*¡Salite!* —dijo el conde con el mismo tono que si hubiera dado una orden a su criado.

El mensajero obedeció sin vacilar, más bien con prisa, y subiendo la escalera, entró en la fonda; cinco minutos después estaba a la puerta del gabinete.

—¡Ah! ¿Eres tú, Pepino? —dijo el conde.

Pero Pepino, en lugar de responder, se postró de hinojos, cogió una mano del conde y la llevó a sus labios repetidas veces.

—¡Ah, ah! —dijo el conde—, ¡aún no has olvidado que te he salvado la vida! Eso es extraño, porque hace ya ocho días.

—No, excelencia, y no lo olvidaré en toda mi vida —respondió Pepino, con el acento de un profundo reconocimiento.

—¡Nunca! Eso es mucho decir, pero en fin, bueno es que así lo creas. Levántate y responde.

Pepino dirigió a Franz una mirada inquieta.

—¡Oh!, puedes hablar delante de su excelencia —dijo—, es uno de mis amigos. ¿Permite que le dé este título? —dijo en francés el conde, volviéndose hacia Franz—, es necesario, para excitar la confianza de este hombre.

—Puede hablar delante de mí —exclamó Franz, dirigiéndose al mensajero—, soy un amigo del conde.

—Enhorabuena —dijo Pepino volviéndose a su vez hacia el conde —; interrógueme su excelencia, que yo responderé.

—¿Cómo fue a parar el conde Alberto a manos de Luigi?

—Excelencia, el carruaje del francés se ha encontrado muchas veces con aquel en que iba Teresa.

—¿La querida del jefe?

—Sí, excelencia. El francés la empezó a mirar y a hacer señas; Teresa se divertía en dar a entender que no le disgustaban, el francés le arrojó unos ramilletes y ella hizo otro tanto, pero todo con el consentimiento del jefe, que iba en el coche.

—¡Cómo! —exclamó Franz—. ¿Luigi Vampa iba en el mismo carruaje de las aldeanas romanas?

—Era el que lo conducía disfrazado de cochero —respondió Pepino.

—¿Y después? —preguntó el conde.

—Luego el francés se quitó la máscara. Teresa, siempre con consentimiento del jefe, hizo otro tanto, el francés pidió una cita, Teresa concedió la cita pedida, pero en lugar de Teresa, fue Beppo quien estuvo en las gradas de San Giacomo.

—¡Cómo! —interrumpió Franz—, ¿aquella aldeana que le arrancó el *moccoletto*...?

—Era un muchacho de quince años —respondió Pepino—, pero no debe de ningún modo avergonzarse el amigo de su excelencia de haber caído en el lazo, porque no es el primero a quien Beppo ha echado el guante de este modo.

—¿Y qué hizo Beppo? ¿Le condujo fuera de la ciudad? —preguntó el conde.

—Exactamente. Un carruaje esperaba al extremo de la Vía Macello. Beppo subió invitando al francés a que subiera también, el cual no aguardó a que se lo repitiera. Beppo le anunció que iba a conducirlo a una población que estaba a una legua de Roma, y el francés dijo que estaba a punto de seguirlo al fin del mundo. El cochero se dirigió en seguida a la calle de Ripetta, llegó a la puerta de San Pablo, y a unos doscientos pasos de la misma, estando ya en el campo, como el francés redoblase sus instancias amorosas, siempre persuadido de que iba junto a una mujer, Beppo se levantó

y le puso en el pecho los cañones de dos pistolas. Al punto el cochero detuvo los caballos, se volvió sobre su asiento e hizo otro tanto. Al propio tiempo, cuatro de los nuestros que estaban ocultos en las orillas del Almo se lanzaron a las portezuelas. El francés tenía, por lo que se vio, bastantes deseos de defenderse, y aun estranguló un poquillo a Beppo, según he oído decir, pero nada podía contra cinco hombres completamente armados, y no tuvo por consiguiente más remedio que rendirse. Le hicieron bajar del carruaje, siguieron la orilla del río y lo condujeron ante Teresa y Luigi, que le esperaban en las catacumbas de San Sebastián.

—¿Qué tal? —dijo el conde dirigiéndose a Franz—. ¿Qué le parece esta historia?

—Que la encontraría muy chistosa —contestó—, si no fuese el pobre Alberto su protagonista.

—El caso es —dijo el conde— que si no llega a encontrarme en casa, hubiera sido una aventura que hubiese costado bastante cara a su amigo, pero tranquilícese, tan solo le costará el susto.

—¿Conque vamos en su busca en seguida? —preguntó Franz.

—Sí, por cierto, y tanto más cuanto que se halla en un lugar no muy pintoresco. ¿Ha visitado alguna vez las catacumbas de San Sebastián?

—No; jamás he descendido a ellas, pero me había propuesto hacerlo algún día.

—Pues he aquí que se le presenta una buena ocasión, la ocasión más oportuna que pueda desearse.

—¿Tiene a punto su coche?

—No; pero poco importa, porque es mi costumbre el tener siempre uno prevenido y enganchado noche y día.

—¿Enganchado?

—Sí; soy muy caprichoso, es preciso confesarlo; muchas veces al levantarme, al acabar de comer, a medianoche, se me ocurre ir a un punto cualquiera, y parto en seguida.

El conde tiró de la campanilla y se presentó su ayuda de cámara.

—Que saquen el coche y saque las pistolas de las bolsas. En cuanto al cochero, es inútil que se le despierte, porque Alí lo conducirá.

Al cabo de un instante se oyó el ruido del carruaje, que se detuvo delante de la puerta. El conde sacó su reloj.

—Las doce y media —dijo—; hubiéramos tenido tiempo hasta las cinco de la mañana para marchar, aún habríamos llegado a tiempo, pero tal vez esta demora hubiese hecho pasar una mala noche a su compañero. Vale más que vayamos en seguida a arrancarle del poder de los infieles. ¿Está aún decidido a acompañarme?

—Más que nunca.

—Venga, pues.

Franz y el conde salieron, seguidos de Pepino. A la puerta encontraron el carruaje. Alí estaba ya en el pescante y Franz reconoció en él al esclavo mudo de la gruta de Montecristo. Franz y el conde montaron en el carruaje, Pepino fue a sentarse al lado de Alí, y los caballos arrancaron a escape. Seguramente había recibido instrucciones de antemano, puesto que se dirigió a la calle del Corso, atravesó el campo Vacciano, subió por la Vía de San Gregorio y llegó a la Puerta de San Sebastián. Al llegar a ella el conserje quiso oponer dificultades, mas el conde de Montecristo le presentó un permiso del gobernador de Roma para entrar y salir de la ciudad a cualquier hora, así de día como de noche. Se abrió, pues, el rastrillo, recibió el conserje un luis por este trabajo, y pasaron.

El camino que siguió el coche fue la antigua Vía Appia, que ostenta una pared de tumbas a uno y otro lado. De trecho en trecho, a la luz de la luna que comenzaba a salir, le parecía a Franz ver un centinela destacarse de las ruinas, mas al punto, a una señal de Pepino, volvía a ocultarse en la sombra y desaparecía. Un poco antes de llegar al circo de Caracalla, el carruaje se paró. Pepino fue a abrir la portezuela, y el conde y Franz se apearon.

—Dentro de diez minutos —dijo el conde a su compañero— habremos llegado al término de nuestro viaje.

Llamó a Pepino aparte, le dio una orden en voz baja, y Pepino se marchó después de haberse provisto de una antorcha que sacó del cajón del coche. Transcurrieron cinco minutos, durante los cuales Franz vio al pastor entrar por un estrecho y tortuoso sendero practicado en el movedizo terreno que forma el piso de la llanura de

Roma, desapareciendo tras los gigantescos arbustos rojizos, que parecen las erizadas melenas de algún enorme león.

—Ahora —dijo el conde—, sigámoslo.

Franz y el conde avanzaron a su vez por el mismo sendero, el que, a unos cien pasos, declinando notablemente el terreno, los condujo al fondo de un pequeño valle, en el que divisaron dos hombres platicando a la sombra de los arbustos.

—¿Hemos de seguir avanzando —preguntó Franz al conde— o será preciso esperar?

—Avancemos, porque Pepino debe haber comunicado al centinela nuestra llegada.

En efecto, uno de aquellos dos hombres era Pepino, el otro un bandido que estaba de centinela. Franz y el conde se le acercaron, y el bandido los saludó.

—Excelencia —dijo Pepino dirigiéndose al conde—, si quiere seguirme, la entrada que conduce a las catacumbas está a dos pasos de aquí.

—No tengo inconveniente —contestó el conde—, marcha delante.

En efecto, detrás de un espeso matorral y en medio de unas rocas se veía una abertura por la que apenas podía pasar un hombre.

Pepino se deslizó el primero por aquella hendidura, mas apenas se internó algunos pasos, el subterráneo fue ensanchándose. Entonces se detuvo, encendió su antorcha y volvió el rostro para ver si le seguían.

El conde fue el primero que se introdujo por aquella especie de lumbrera y Franz siguió tras él. El terreno se inclinaba en una pendiente suave, y a medida que se iba uno internando, mayores dimensiones presentaba aquel conducto subterráneo, mas Franz y el conde se veían aún precisados a caminar agachados y en manera alguna podían avanzar dos personas a la vez. Anduvieron así trabajosamente como unos cincuenta pasos, cuando se vieron detenidos por un ¡quién vive!, viendo al mismo instante brillar en medio de la oscuridad sobre el cañón de una carabina el reflejo de su propia antorcha.

—¡Amigos! —dijo Pepino.

Y adelantándose solo, dijo en voz baja algunas palabras a este

segundo centinela, quien, como el primero, saludó a los nocturnos visitantes, dando a entender con un gesto que podían continuar su camino. El centinela guardaba la entrada de una escalera, que contendría unas veinte gradas, por las que bajaron el conde y Franz, hallándose en una especie de encrucijada de edificios mortuorios. Cinco caminos diferentes salían divergentes de aquel punto como los rayos de una estrella, y las paredes que los limitaban, llenas de nichos sobrepuestos y que guardaban la forma del ataúd, indicaban que habían por fin entrado en las catacumbas. En una de aquellas cavidades cuya extensión era imposible apreciar, se divisaba una luz, o por lo menos sus reflejos. El conde golpeó amigablemente con una mano el hombro de Franz.

—¿Quiere ver un campamento de bandidos? —le dijo.

—Con muchísimo gusto —contestó Franz.

—Pues bien, venga conmigo... ¡Pepino, apaga la antorcha!

Pepino obedeció y Franz y el conde se hallaron sumidos en la más profunda oscuridad; tan solo a unos cincuenta pasos de distancia continuaban reflejándose en las paredes algunos destellos rojizos, que se habían hecho más visibles cuando Pepino hubo apagado la antorcha. Avanzaron, pues, silenciosamente, guiando el conde a Franz como si hubiese tenido la singular facultad de distinguir los objetos a través de las tinieblas. Al fin, Franz empezaba a distinguir con mayor claridad los lugares por los que pasaba, a medida que se aproximaban a los reflejos que les servían de orientación.

Tres arcos, de los cuales el del centro servía de puerta de entrada, les daban paso. Estos arcos daban por un lado al corredor en que estaba Franz y el conde, y por el otro a un gran espacio cuadrado, enteramente cuajadas sus paredes de nichos semejantes a los de que ya hemos hablado. En medio de este aposento se elevaban cuatro piedras que probablemente en otro tiempo sirvieron de altar, como lo indicaba la cruz en que terminaban. Una sola lámpara colocada sobre el pedestal de una columna iluminaba con su pálida y vacilante luz la extraña escena que se ofreció a la vista de los dos visitantes ocultos en la sombra.

Un hombre estaba sentado, apoyando el codo en dicha columna, leyendo, vuelto de espaldas a los arcos, por cuya abertura lo

observaban los recién llegados. Este era el jefe de la banda, Luigi Vampa. A su alrededor, agrupados a su capricho, envueltos en sus capas o tendidos sobre una especie de banco de piedra que rodeaba todo aquel *Columbarium*, se distinguían una veintena de bandidos, todos con las armas junto a sí. En el fondo, silencioso, apenas visible, y semejante a una sombra, se paseaba un centinela por delante de una especie de agujero que apenas se distinguía, porque parecían ser en aquel punto las tinieblas mucho más densas.

Cuando el conde creyó que Franz había contemplado bastante este pintoresco cuadro, aplicó el dedo sobre sus labios para recomendarle silencio, y subiendo los tres escalones que mediaban entre el corredor y el *Columbarium*, entró en la sala por el arco del centro, dirigiéndose a Vampa, el cual estaba tan embebido en su lectura que ni tan siquiera oyó el ruido de sus pasos.

—¿Quién vive? —gritó el centinela, menos preocupado, y que distinguió a la luz de la lámpara una especie de sombra que aumentaba de tamaño a medida que se acercaba por detrás a su jefe.

A este grito, Vampa se levantó con prontitud, sacando al propio tiempo una pistola que llevaba en su cinturón. En un abrir y cerrar de ojos todos los bandidos estuvieron en pie, y veinte bocas de carabinas apuntaron al conde.

—¿Qué es eso? —dijo tranquilamente este, con voz enteramente segura y sin que se contrajese un solo músculo de su rostro—. ¿Qué es eso, mi querido Vampa? ¡Creo que mueve mucho estrépito para recibir a un amigo!

—¡Abajo las armas! —gritó el jefe, haciendo con la mano un ademán imperativo, mientras que con la otra se quitaba respetuosamente el sombrero, y luego, dirigiéndose al singular personaje que dominaba en esta escena—: Perdone, señor conde —le dijo—, pero estaba tan lejos de esperar el honor de su visita que no lo había reconocido.

—Creo, Vampa, que está falto de memoria en muchas cosas —dijo el conde—, y que no tan solo olvida las facciones de ciertos sujetos, sino también los pactos que median entre usted y ellos.

—¿Y qué pactos he olvidado, señor conde? —preguntó el bandido con un tono que demostraba estar dispuesto a reparar el error, en caso de haberlo cometido.

—¿No habíamos convenido —dijo el conde—, en que no tan solo mi persona, sino también las de mis amigos, le serían sagradas?

—¿Y en qué he faltado a tales pactos, excelencia?

—Ha hecho prisionero esta noche y transportado aquí al vizconde Alberto de Morcef —añadió el conde con un timbre tal de voz que hizo estremecer a Franz—, que es uno de *mis amigos*, vive en la misma fonda que yo, ha paseado el Corso los ocho días de carnaval en mi propio coche y, sin embargo, se lo repito, lo ha hecho prisionero, lo ha transportado aquí y —añadió el conde sacando una carta de su bolsillo— le ha puesto el precio como si fuese una persona cualquiera.

—¿Por qué no me informaron de todas estas circunstancias? —dijo el jefe dirigiéndose hacia aquellos hombres, que retrocedían ante su mirada—. ¿Por qué me han expuesto de este modo a faltar a mi palabra con un sujeto como el señor conde, que tiene nuestra vida en sus manos? ¡Por la sangre de Cristo! Si llegase a sospechar que alguno de ustedes sabía que el joven era amigo de su excelencia, yo mismo le levantaría la tapa de los sesos.

—¿Lo ve? —dijo el conde dirigiéndose a Franz—. ¿No le había dicho yo que en esto había alguna equivocación?

—¿Qué, no viene solo? —preguntó Vampa con inquietud.

—He venido con la persona a quien iba dirigida esta carta, y a quien he querido probar que Luigi Vampa es un hombre que sabe guardar su palabra. Aproxímese, excelencia —dijo a Franz—, aquí tiene a Luigi Vampa, que va a decirle lo contrariado que le tiene el error que ha cometido.

Franz se acercó, el jefe se adelantó unos pasos.

—Sea bien venido entre nosotros, excelencia —le dijo—; ya ha oído lo que acaba de decir el señor conde y lo que yo he respondido. Ahora le añadiré que desearía, aunque me costara las cuatro mil piastras en que había fijado el rescate de su amigo, que no hubiese acontecido semejante suceso.

—Pero —dijo Franz, mirando con inquietud a su alrededor—, no

veo al prisionero... ¿Dónde está?

—Supongo que no le habrá sobrevenido alguna desgracia —preguntó el conde frunciendo las cejas casi imperceptiblemente.

—El prisionero está allí —dijo Vampa señalando con la mano el agujero ante cuya entrada se paseaba el bandido de centinela—, y voy yo mismo a anunciarle que está en libertad.

El jefe se adelantó seguido del conde y de Franz hacia el sitio que había destinado como cárcel de Alberto.

—¿Qué hace el prisionero? —preguntó Vampa al centinela.

—Le juro, capitán, que no lo sé —contestó este—. Hace más de una hora que ni siquiera lo he oído moverse.

—Vengan, excelencias —dijo Vampa.

El conde y Franz subieron siete a ocho escalones, precedidos por el jefe, que descorrió un cerrojo y empujó una puerta. Entonces, a la luz de una lámpara, semejante a la que iluminaba el Columbarium, vieron a Alberto que, envuelto en una capa que le prestara uno de los bandidos, estaba tendido en un rincón gozando las dulzuras del sueño más profundo y pacífico.

—Vaya —dijo el conde sonriendo del modo que le era peculiar—, no me parece mal para un hombre que iba a ser fusilado a las siete de la mañana.

Vampa miraba al dormido joven con cierta admiración, pudiéndose deducir muy bien de su mirada que no era en verdad insensible a una prueba, si no de valor, cuando menos de serenidad.

—Tiene razón, señor conde —dijo—, este hombre debe ser uno de sus amigos.

Luego se acercó a Alberto y le tocó en un hombro.

—Excelencia —dijo—, haga el favor de despertarse, si le place.

Alberto extendió los brazos, se frotó los párpados y abrió los ojos.

—¡Ah! —dijo— ¿Es usted, capitán? Pardiez, que hubiera hecho muy bien en dejarme dormir. Tenía un sueño muy agradable y creía que bailaba un galop en casa de Torlonia con la condesa G...

Dicho esto, sacó el reloj y lo miró para saber el tiempo que había transcurrido.

—La una y media de la madrugada, ¿por qué diablos me despierta a esta hora?

—Para decirle que está en libertad, excelencia.

—Amigo mío —dijo Alberto con perfecta serenidad—, en lo sucesivo guarde bien en la memoria esta máxima del gran Napoleón: “No me despierte sino para las malas nuevas”. Si me hubiese dejado dormir, hubiera acabado mi galop y le hubiera estado reconocido toda mi vida... Pero, puesto que dice que estoy libre, quiere decir que habrán pagado mi rescate, ¿no es esto?

—No, excelencia.

—¿Pues cómo me pone en libertad?

—Un individuo al que nada puede negarse ha venido a reclamarlo.

—¿Hasta aquí?

—Hasta aquí.

—¡Oh! ¡Por Cristo, que es una tremenda galantería!

Alberto miró a su alrededor y descubrió a Franz.

—¡Cómo! —le dijo—, ¿es usted, mi querido Franz? ¿Es posible que su amistad para conmigo haya llegado a tal extremo?

—No —contestó este—; a quien se lo debe es a nuestro vecino, el conde de Montecristo.

—Pardiez, señor conde —dijo con jovialidad Alberto, ajustándose el corbatín y arreglándose el traje—, que es un hombre magnífico en todos los conceptos. Espero que me considere ligado a usted con los vínculos de una eterna gratitud, primero por la cesión de su carruaje, luego, por este suceso —y tendió al conde su mano, que este vaciló un momento en estrechar, pero se la estrechó al fin del modo más cordial.

El bandido contemplaba esta escena con aire estupefacto. Estaba acostumbrado a ver temblar en su presencia a los prisioneros, pero ahora había encontrado a uno cuyo humor festivo no sufriera la menor alteración. En cuanto a Franz, estaba altamente satisfecho y halagado al considerar que Alberto había sabido sostener el honor nacional ante toda una reunión de bandidos.

—Mi querido Alberto —le dijo—, si quiere darse prisa, todavía llegaremos a tiempo de poder acabar la noche en casa de Torlonia. Continuará su galop en el punto mismo en que lo suspendió, y de este modo no guardará rencor alguno al señor Luigi, que realmente se ha portado en este asunto con una extremada galantería.

—Tiene razón, en efecto, puesto que si nos apresuramos podemos llegar casi antes de las dos. Señor Luigi —continuó Alberto—, ¿hay que cumplir alguna otra formalidad antes de marcharse?

—Ninguna, caballero —contestó el bandido—, es tan libre como el aire.

—En este caso, que lo pase bien. Vamos, señores, vamos.

Y Alberto, seguido de Franz y del conde, bajó la escalera y atravesó la gran sala cuadrada. Todos los bandidos estaban de pie, sombrero en mano.

—Pepino —dijo el jefe—, deme la antorcha.

—¿Qué va a hacer? —inquirió Montecristo.

—Conducirle hasta fuera —dijo el capitán—, es la más pequeña prueba que puedo dar de mi adhesión a su excelencia.

Dichas estas palabras, tomando la antorcha encendida de las manos del pastor, marchó delante de sus huéspedes, no como un criado que ejecuta un acto de servidumbre, sino como un rey que precede a los embajadores. Al llegar a la puerta se inclinó.

—Ahora, señor conde —dijo—, le renuevo mis disculpas y espero que no me guarde ningún resentimiento por lo que acaba de suceder.

—No, mi querido Vampa. Por otra parte, enmienda sus errores con tanta galantería, que casi uno se ve tentado a agradecer el que los haya cometido.

—Señores —repuso el jefe, dirigiéndose a los dos jóvenes—, tal vez la oferta les parecerá poco atractiva, mas si algún día llegasen a tener deseos de hacerme una nueva visita, estén seguros de que serán bien recibidos dondequiera que me encuentre.

Franz y Alberto saludaron. El conde salió el primero, Alberto en seguida, Franz quedó el último.

—¿Su excelencia tiene algo que mandarme? —dijo Vampa sonriendo.

—Sí —contestó Franz—, deseo, quiero decir, tengo curiosidad por saber qué obra era la que leía con tanta atención cuando hemos llegado.

—*Los Comentarios de César* —dijo el bandido—, es mi libro predilecto.

—¡Qué hace! —preguntó Alberto—. ¿Nos sigue o se queda?

—Al momento, heme aquí —contestó Franz.

Y salió a su vez del pasadizo. Habrían andado ya algunos pasos, cuando Alberto les detuvo para volver atrás.

—¿Me permite, capitán?

Y encendió tranquilamente un cigarro en la antorcha de Luigi Vampa.

—Ahora, señor conde —dijo, así que hubo concluido—, apresurémonos cuanto sea posible, porque deseo con viva impaciencia terminar la noche en casa del duque Bracciano.

Hallaron el coche en el punto en que lo dejaron. El conde dijo una sola palabra en árabe a Alí y los caballos partieron a escape. Marcaba las dos en punto el reloj de Alberto cuando los dos amigos entraban en el salón de baile. Su regreso llamó altamente la atención, mas como entraron juntos, todas las inquietudes que la ausencia de Alberto motivara, cesaron en seguida.

—Señora —dijo Morcef dirigiéndose a la condesa—, ayer tuvo la bondad de prometerme un galop; cierto es que vengo algo tarde a reclamarle tan satisfactoria promesa, pero aquí está mi amigo, cuya veracidad conoce, que le dirá que la tardanza no ha sido por mi culpa.

Y como en este instante la música preludiaba un galop, Alberto ciñó con su brazo el talle de la condesa y desapareció con ella entre el torbellino de danzantes.

En todo el resto de la noche, Franz no pudo apartar de su imaginación el singular estremecimiento que recorrió todo el cuerpo del conde de Montecristo en el instante en que se vio precisado a estrechar la mano que Alberto le tendiera.

Capítulo dieciséis: La cita

Al día siguiente, las primeras palabras que pronunció Alberto fueron para proponer a Franz el ir a visitar al conde. Ya le había

dado las gracias la víspera, pero creía que por un servicio como aquel valía la pena repetírselas. Franz, a quien una atracción mezclada de terror le atraía hacia el conde de Montecristo, no quiso dejarle ir solo a casa de aquel hombre y decidió acompañarlo. Ambos fueron introducidos y cinco minutos después se presentó el conde.

—Señor conde —le dijo Alberto—, permítame que le repita hoy lo que ayer le expresé mal, y es que no olvidaré jamás en qué circunstancia me ha socorrido, y que siempre recordaré que le debo casi mi vida.

—Querido vecino —respondió el conde riendo—, exagera su agradecimiento. Me debe una pequeña economía de unos veinte mil francos en su cartera de viaje, y nada más. Bien ve que no merece la pena volver a hablar de ello, y por mi parte lo felicito cordialmente, pues ha estado admirable en valor y en sangre fría.

—¡Qué quiere, conde! —dijo Alberto—, me he figurado que había tenido una disputa, que a ella había seguido un duelo, y he querido hacer comprender una cosa a esos bandidos, que aunque en todos los países del mundo se baten, solo los franceses se baten riendo. Sin embargo, como mi agradecimiento para con usted no es menos grande, vengo a preguntarle si yo, mis amigos o mis conocidos le podrían ser útiles en algo. Mi padre, el conde de Morcef, que es de origen español, ocupa una elevada posición en Francia y en España; vengo, pues, a ponerme yo y las personas que me aprecian, a su disposición.

—Para que se dé cuenta de hasta qué punto llega mi franqueza —dijo el conde—, le confieso, señor de Morcef, que esperaba su oferta y la acepto de todo corazón. Ya había yo contado con usted para pedirle un servicio.

—¿Cuál?

—Jamás he estado en París.

—¡Cómo! —exclamó Alberto—, ¿ha podido vivir sin ver París? Parece increíble.

—Y, sin embargo, ya ve que no lo es. Pero reconozco como usted que continuar por más tiempo en la ignorancia de la capital del mundo inteligente es cosa imposible. Aún hay más; tal vez hubiera

hecho ese *indispensable* viaje hace tiempo, si hubiese conocido a alguien que pudiera introducirme en ese mundo, en el que no tengo relación ninguna.
—¡Oh! ¡Un hombre como usted! —exclamó Alberto.
—Me halaga demasiado, pero como yo no conozco en mí mismo otro mérito que el de poder competir, en cuanto a millones, con sus más ricos banqueros, y puesto que mi viaje a París no es para jugar a la bolsa, quiere decir que esto es lo único que me ha detenido. Ahora me decide su oferta. Veamos: ¿se compromete, mi querido señor de Morcef —y el conde acompañó estas palabras con una sonrisa singular—, se compromete cuando vaya a Francia, a abrirme las puertas de ese mundo, al que seré tan extraño como un hurón o conchinchino?
—¡Oh!, por lo que a eso se refiere, señor conde, con sumo gusto me tendrá a sus órdenes —respondió Alberto—, y tanto más, cuanto que por una carta que esta misma mañana he recibido, se me llama a París, donde se trata de una alianza con una de las familias de más prestigio y de mejores relaciones en el mundo parisiense.
—¿Alianza por casamiento? —dijo Franz, riendo.
—¿Y por qué no? Así, pues, cuando vaya a París, me hallará convertido en un hombre de juicio, un padre de familia. ¿No se hallará esta nueva posición social en armonía con mi natural gravedad? En todo caso, conde, se lo repito, yo y los míos estamos a su disposición.
—Acepto —dijo Montecristo—, porque le juro que solo me faltaba esta ocasión para realizar ciertos planes que proyecto hace mucho tiempo.
Franz no dudó que estos proyectos serían los mismos acerca de los cuales el conde había dejado escapar una palabra en la gruta de Montecristo, y miró al conde mientras decía estas palabras, tratando de leer en sus facciones alguna revelación de aquellos planes que lo conducían a París, pero era muy difícil penetrar en el alma de aquel hombre, sobre todo cuando encubría con una sonrisa sus sensaciones.
—Pero seamos francos, conde —dijo Alberto, cuyo amor propio no dejaba de sentirse halagado con la misión de introducir a

Montecristo en los salones de París—, seamos francos. ¿Es acaso lo que dice solo uno de esos proyectos que, edificados sobre arena, son destruidos por el primer soplo de viento?

—No, se lo aseguro —dijo el conde—; deseo ir a París, y no solo lo deseo, sino que hasta es indispensable que vaya.

—¿Y cuándo?

—¿Cuándo estará allí usted?

—¡Yo! Dentro de quince días o tres semanas a más tardar, solo el tiempo para llegar allá.

—¡Pues bien! —dijo el conde—. Le doy de término tres meses. Bien ve que no ando indeciso en señalarle el plazo que debe mediar hasta nuestra próxima entrevista.

—Y dentro de tres meses —exclamó Alberto lleno de gozo—, ¿irá a llamar a mi puerta?

—¿Quiere mejor una cita de día y hora? —dijo el conde—. Le prevengo que soy muy exacto.

—Perfectamente —respondió Alberto.

—¡Pues bien, sea!

Y tendió la mano hacia un calendario colgado junto a un espejo.

—Hoy estamos a 21 de febrero; son las diez y media de la mañana —dijo sacando el reloj—. ¿Quiere esperarme el 21 de mayo próximo a las diez y media de la mañana?

—Sí, sí —exclamó Alberto—; el almuerzo estará preparado.

—¿Dónde vive?

—Calle de Helder, número 27.

—¿Vive en su casa... solo? ¿Tendré que incomodar a alguien?

—Vivo en el palacio de mi padre, pero en un pabellón en el fondo del patio, enteramente separado del resto de la casa.

—Bien.

Montecristo sacó su cartera y escribió: “Calle Helder, número 27. 21 de mayo, a las diez y media de la mañana”.

—Y ahora —dijo el conde, guardando su cartera en el bolsillo—, pierda cuidado, porque le advierto que la aguja de su reloj no será más exacta que la del mío.

—¿Le volveré a ver antes de mi partida? —preguntó Alberto.

—Depende, ¿cuándo parte?

—Mañana, a las cinco de la tarde.

—En ese caso me despido de usted. Porque tengo que irme a Nápoles y no estaré aquí de vuelta hasta el sábado por la noche o el domingo por la mañana. Y usted —preguntó el conde a Franz—, ¿parte también, señor barón?

—Sí.

—¿Para Francia?

—No, a Venecia. Me quedo todavía un año o dos en Italia.

—¿Entonces, no nos veremos en París?

—Temo que no podré tener ese honor.

—Vamos, señores, buen viaje —dijo el conde a los dos amigos, presentándoles una mano a cada uno.

Era la primera vez que Franz tocaba la mano de aquel hombre, y al hacerlo se estremeció, porque aquella mano estaba helada como la de un muerto.

—Por última vez —dijo Alberto—, queda dicho bajo palabra de honor, ¿no es verdad? Calle de Helder, número 27, el día 21 de mayo, a las diez y media de la mañana.

—El 21 de mayo, a las diez y media de la mañana, calle de Helder, número 27 —respondió Montecristo.

Después de esto, los dos jóvenes saludaron al conde y salieron.

—¿Qué le ocurre? —dijo Alberto a Franz al entrar en su cuarto—, parece disgustado.

—Sí —dijo Franz—, se lo confieso, el conde es un hombre singular y me causa inquietud esa cita que le ha dado en París.

—Esa cita... ¡con inquietud!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!, está loco, mi querido Franz —exclamó Alberto.

—¡Qué quiere! —dijo Franz—, loco o no, tal es mi idea.

—Escuche —dijo Alberto—, y me alegro que se presente ocasión de decírselo, siempre lo he encontrado muy frío, con relación al conde, quien por su parte no puede haber estado más fino y expresivo para con nosotros. ¿Tiene algún motivo particular de resentimiento contra él?

—Quizás.

—¿Lo ha visto ya en alguna parte antes de encontrarlo aquí?

—Sí.

—¿Dónde?

—¿Me promete no decir una palabra a nadie de lo que voy a contarle?

—Prometido.

—Está bien. Escuche, pues.

Y entonces Franz contó a Alberto su excursión a la isla de Montecristo, cómo había encontrado allí una tripulación de contrabandistas, y entre ellos dos bandidos corsos. Contó la hospitalidad mágica que el conde le dio en su gruta de *Las Mil y Una Noches;* habló de la cena, no pasó por alto el *hachís,* las estatuas, la realidad y el sueño. Le dijo que al despertar, por única prueba de tan extraños acontecimientos, ya no quedaba más que aquel pequeño yate, en alta mar, muy lejos, envuelto entre la niebla que se desprende del horizonte y encaminándose a toda vela a Porto-Vecchio. Habló luego de Roma, de la noche del Coliseo, de la conversación que había oído entre él y Vampa, conversación relativa a Pepino, y en la cual el conde había prometido obtener el perdón del bandido, promesa que tan bien había cumplido, como habrán podido juzgar nuestros lectores.

Al fin llegó a la aventura de la noche precedente, al apuro en que se había encontrado al ver que le faltaban para completar la suma seis a ochocientas piastras, en fin, a la idea que se le ocurrió de dirigirse al conde, idea que había tenido a la vez un resultado tan novelesco y tan satisfactorio.

Alberto escuchó a Franz con la más profunda atención.

—¡Y bien! —le dijo cuando hubo concluido—. ¿Qué encuentra en todo eso de particular? El conde es viajero, el conde tiene un buque suyo, porque es rico. Vaya a Portsmouth y a Southampton, verá los puertos atestados de yates pertenecientes a ricos ingleses que tienen el mismo capricho. Para saber dónde hospedarse en sus excursiones, para no probar nada de esa espantosa cocina, a que estoy sujeto yo hace cuatro meses y usted hace cuatro años, para no dormir en esas detestables camas donde no puede uno cerrar los ojos, hace amueblar una habitación en Montecristo; cuando su habitación está amueblada teme que el gobierno toscano le despida y sus gastos sean perdidos; entonces compra la isla y toma el

nombre de ella. Amigo mío, busque en su memoria, y dígame, ¿cuántas personas conocidas de nosotros toman el nombre de una propiedad que jamás fue suya?

—¿Pero —dijo Franz a Alberto—, esos bandidos corsos que se hallan entre su tripulación...?

—Vuelvo a preguntarle, ¿qué ve en todo eso de particular? Sabe mejor que nadie que los bandidos corsos no son ladrones, sino pura y sencillamente fugitivos a quienes alguna *vendetta* ha proscrito de su ciudad o de su aldea; bien puede uno verlos sin comprometerse. En cuanto a mí, le aseguro que si alguna vez voy a Córcega, antes de hacerme presentar al gobernador y al prefecto, me hago presentar a los bandidos de Colomba, por lo que pueda suceder; simpatizo mucho con ellos.

—Pero Vampa y su banda —dijo Franz— son bandidos que detienen para robar, no lo negará, ya que tenemos muchas pruebas de ello; ¿qué dirá, pues, de la influencia que ejerce el conde sobre semejantes hombres?

—Diré, querido, que, como según toda probabilidad, debo la vida a esa influencia no debo juzgarla con rigidez. Así, pues, en lugar de acusarlo como usted, de un crimen capital, deberé excusarlo, si no por haberme salvado la vida, lo cual es exagerar mucho las cosas, por haberme al menos ahorrado cuatro mil piastras, que son veinticuatro mil de nuestra moneda, suma en la que seguramente no me hubieran estimado en Francia, lo cual demuestra —añadió Alberto— que nadie es profeta en su tierra.

—A propósito, dígame, ¿de qué país es el conde? ¿Cuáles son sus medios de existencia? ¿De dónde le ha venido esa inmensa fortuna? ¿Cuál ha sido esa primera parte de su vida misteriosa y desconocida? ¿Quién ha esparcido en la segunda esa tinta sombría y misantrópica? Eso es lo que quisiera saber.

—Querido Franz —dijo Alberto—, al recibir mi carta y ver que teníamos necesidad de la influencia del conde, ha ido a decirle: “Alberto de Morcef, mi amigo, corre un gran peligro, ayúdeme a sacarle de él”, ¿no es verdad?

—Sí.

—Entonces le preguntó: ¿Quién es ese Alberto de Morcef? ¿De

dónde le viene ese nombre, su fortuna? ¿Cuáles son sus medios de existencia? ¿Cuál es su país? ¿Dónde ha nacido? ¿Le ha preguntado todo eso? Diga.

—No; es cierto.

—Fue y me libró de las manos de Vampa, donde a pesar de mi apariencia desenvuelta, como dice, hacía una triste figura, lo confieso. Pues bien, querido, cuando a cambio de semejante servicio, me pide que haga por él lo que se hace todos los días por el príncipe ruso o italiano que pasa por París, es decir, presentarlo en sociedad, ¿quiere que se lo rehúse? ¡Vamos, Franz, está loco!

Es preciso decir que, contra su costumbre, la razón estaba entonces de parte de Alberto.

—En fin —repuso Franz dando un suspiro—, haga lo que le plazca, querido vizconde; todo cuanto me está diciendo es muy convincente, pero no por eso dejo de creer que el conde de Montecristo es un hombre extraño.

—El conde de Montecristo es un filántropo, ¿no le ha dicho qué objeto le guiaba a París?, pues estoy convencido de que va para concurrir al premio Montyon, y si solo necesita mi voto para obtenerlo, se lo daré. De modo que, mi querido Franz, no hablemos de esto, sentémonos a la mesa, y vamos en seguida a hacer la última visita a San Pedro.

Así lo hicieron, y al día siguiente, a las cinco de la tarde, los dos jóvenes se separaban. Alberto de Morcef para volver a París, y Franz d’Epinay para ir a pasar unos quince días en Venecia.

Sin embargo, pocos momentos antes de subir al carruaje, Alberto entregó al mozo de la fonda —tanto temía que su convidado faltase a la cita— una tarjeta para el conde de Montecristo, en la cual, bajo estas palabras: “*Vizconde Alberto de Morcef*”, había escrito con lápiz: “21 de mayo, a las diez y media de la mañana, número 27, calle de Helder”.

Capítulo diecisiete: Los invitados

En la casa de la calle de Helder, donde Alberto de Morcef había citado en Roma al conde de Montecristo, todo se preparaba para hacer honor a la palabra del joven.

Alberto de Morcef ocupaba un pabellón situado en el ángulo de un gran patio y frente a otro edificio, dos ventanas daban a la calle, las otras tres al patio y otras dos al jardín.

Entre el patio y el jardín se elevaba, construida con el mal gusto de la arquitectura imperial, la habitación vasta y cómoda del conde y la condesa de Morcef.

Toda la propiedad estaba rodeada por una gran pared con pilastras, y en ellas jarrones de flores, interrumpida en su centro por una gran reja dorada que servía para las entradas que requerían aparato; una puerta pequeña, casi pegada al cuarto del portero, daba paso a los que entraban y salían a pie.

En esta elección del pabellón destinado a la habitación de Alberto se adivinaba la delicada prevención de una madre que, sin querer separarse de su hijo, había comprendido al mismo tiempo que un joven de la edad del vizconde necesitaba de toda su libertad. Se conocía también por otro lado, preciso es decirlo, el inteligente egoísmo del joven, amante de la vida libre y ociosa, de los hijos de familia.

Por las ventanas que daban a la calle podía hacer sus reconocimientos. Las vistas al exterior son tan necesarias a los jóvenes, que quieren siempre ver al mundo atravesar por su horizonte, aunque este horizonte no sea más que la calle. Hecho un reconocimiento, si merecía examen más profundo para entregarse a sus pesquisas, podía salir por una puertecita situada frente a la que hemos mencionado, junto al cuarto del portero, y que merece una descripción particular.

Era una puertecita, al parecer olvidada de todo el mundo desde que se hizo la casa y que cualquiera supondría condenada para siempre, ¡tan sucia y cubierta de polvo estaba!, pero cuya cerradura y goznes, cuidadosamente untados en aceite, anunciaban una práctica misteriosa y continua. Esta puertecita, como hemos dicho, hacía juego con otras dos y se burlaba del portero, abriéndose como la famosa puerta de la caverna de *Las mil y una noches*, como el

Sésamo encantado de Alí-Babá, por medio de algunas palabras cabalísticas o de algunos golpecitos convenidos, pronunciadas por una dulce voz o dados por los dedos más lindos del mundo.

Al extremo de un corredor largo y pacífico, con el cual comunicaba esta puerta, y que hacía las veces de antesala, estaban a la derecha el comedor, que daba al patio, y a la izquierda el saloncito que daba al jardín. Plantas de enredaderas que crecían delante de la ventana, ocultaban al patio y al jardín el interior de estas dos piezas, únicas en el piso bajo donde pudiesen penetrar las miradas indiscretas.

En el principal, en vez de dos, las piezas eran tres: un salón, una alcoba y un gabinete.

El gabinete del principal estaba al lado de la alcoba, y por una puerta invisible comunicaba con la escalera. Como vemos, estaban bien tomadas todas las medidas de precaución.

Encima de este piso principal había un vasto taller que ampliaron echando abajo los tabiques, pandemonio en que el artista disputaba al dandi. Allí se refugiaban y confundían todos los caprichos sucesivos de Alberto; los cuernos de caza, las flautas, los violines, una orquesta completa, pues Alberto había tenido por un instante, no la afición, sino el capricho de la música; los caballetes, los pasteles, ya que al capricho de la música había seguido el de la pintura; en fin, los floretes, los guantes del pugilato, las espadas y los bastones de todas clases, porque siguiendo las tradiciones de los jóvenes a la moda de la época a que hemos llegado, Alberto de Morcef cultivaba con una perseverancia infinitamente superior a la que había tenido con la pintura y la música, las tres artes que completan la educación *leonina*: la esgrima, el pugilato y el palo, y recibía sucesivamente en esta pieza destinada a todos los ejercicios corporales, a Grisier, Coolas y Carlos Lecour.

Los otros muebles de esta pieza privilegiada eran antiguos cofres y mesas del tiempo de Francisco I, chineros llenos de porcelana, de vasos del Japón, jarrones de Lucca de la Robbia y platos de Bernard y de Palissy, antiguos sillones donde quizá se habrían sentado Enrique IV, Luis XIII o Richelieu, porque dos de ellos con un escudo esculpido, donde brillaban sobre el azul las tres flores de lis de Francia, encima de las cuales había una corona real,

forzosamente habían salido de los guardamuebles del Louvre, o de algún palacio real. Sobre estos sillones, de fondos sombríos y severos, estaban esparcidas en profusión ricas telas de vivos colores, teñidas al sol de Persia, o hechas por las mujeres de Calcuta y de Chandernagor. Se ignora lo que hacían allí estas telas; esperaban sin duda, recreando la vista, un destino desconocido a su propietario, y mientras la estancia con sus sedosos y dorados reflejos.

En un lugar preferente se elevaba un piano, construido por Roller y Blanchet, de madera de rosa, que contenía una orquesta en su estrecha y sonora cavidad, y que gemía bajo las obras de Beethoven, de Weber, de Mozart, Haydn, Gretry y Porpora.

Además, en la pared, en el techo, en las puertas, había suspendidos puñales, espadas, lanzas, corazas, hachas, armaduras completas damasquinadas, pájaros disecados abriendo para un vuelo inmóvil sus alas color de fuego y su pico que jamás se cerraba.

Faltaba decir que esta pieza era la predilecta de Alberto de Morcef.

Sin embargo, el día de la cita, el joven, vestido de media toilette, había establecido su cuartel en el saloncito del piso bajo. Allí, sobre una mesa, había todos los excelentes tabacos conocidos, desde el de Petersburgo hasta el negro de Sinaí. Al lado de estos, en cajas de maderas odoríferas, estaban dispuestos por orden de tamaños y de calidad los puros, los de regalía, los habanos, y los manileños. En fin, en un armario abierto, una colección de pipas alemanas, con boquillas de ámbar, adornadas de coral, e incrustadas de oro, con largos tubos de tafilete arrollados como serpientes aguardaban el capricho o la simpatía de los fumadores. Alberto había presidido el arreglo o más bien el desorden simétrico que gustan tanto de contemplar después del café los convidados de un almuerzo moderno, a través del vapor que se escapa de su boca, y que sube hasta el techo en largas y caprichosas volutas.

A las diez menos cuarto entró un criado.

Venía con un pequeño *groom* de quince años, que no hablaba más que inglés, y que respondía al nombre de Juan.

El criado, que se llamaba Germán, y que gozaba de la entera

confianza de su joven amo, llevaba en la mano unos periódicos, que depositó sobre la mesa, y un paquete de cartas que entregó a Alberto.

Alberto echó una mirada distraída sobre estos diferentes objetos, tomó dos cartas de papel satinado y perfumado, las abrió y leyó con cierta atención.

—¿Como han venido estas cartas? —inquirió.

—Una por el correo, la otra la ha traído el criado de madame Danglars.

—Diga a madame Danglars que acepto el lugar que me ofrece en su palco... Espere..., a eso de mediodía pasará por casa de Rosa, le dirá que iré, como me ha invitado, a cenar con ella al salir de la ópera, y le llevaré seis botellas de vinos de Chipre, de Jerez, de Málaga, y un barril de ostras de Ostende... cómprelas en casa de Borrel, y sobre todo, diga que son para mí.

—¿A qué hora quiere ser servido?

—¿Qué hora es?

—Las diez menos cuarto.

—Entonces, sírvanos para las diez y media en punto. Debray tendrá que ir a su ministerio... Y por otra parte... —Alberto miró a su cartera—. Sí, esa es la hora que indiqué al conde; el 21 de mayo, a las diez y media de la mañana, y aunque no cuente con su promesa, quiero ser puntual. A propósito, ¿sabe si se ha levantado la señora condesa?

—Si quiere el señor vizconde, puedo informarme.

—Sí, sí; le pedirá una de sus cajas de licores, la mía está incompleta, y le dirá que tendré el honor de pasar a su cuarto a eso de las tres, y que le pido permiso para presentarle una persona.

El criado salió. Alberto se echó en un diván, rasgó la faja de dos o tres periódicos, miró los teatros, hizo un gesto al ver que representaban una ópera y no un ballet, buscó en vano en los anuncios de perfumería cierta agua para los dientes de que le habían hablado, y tiró uno tras otro, los periódicos, murmurando en medio de un prolongado bostezo:

—Realmente estos periódicos son cada vez más insípidos.

En este momento un carruaje ligero se detuvo delante de la puerta,

y un instante después el criado entró para anunciar al señor Luciano Debray.

Un joven alto, rubio, de ojos grises y mirada penetrante, de labios delgados y pálidos, con un frac azul con botones de oro, corbata blanca, lente de concha, suspendido al cuello por una cinta de seda negra, y que por un esfuerzo del músculo superciliar lanzaba miradas profundas y fijas, entró sin sonreír, sin hablar, y con un aire medio oficial.

—Buenos días, Luciano —dijo Alberto—. ¡Ah!, me asombra su puntualidad! ¿Qué digo? ¡Puntualidad! ¡Yo que le esperaba el último, y llega a las diez menos cinco minutos, cuando la cita era a las diez y media! ¡Esto es milagroso! ¿Ha caído el ministerio?

—No, querido —repuso el joven incrustándose en el diván—, tranquilícese. Vacilamos siempre, pero nunca caemos, y empiezo a creer que pasamos buenamente a la inamovilidad, sin contar con que los asuntos de la Península nos van a consolidar completamente.

—¡Ah!, sí, es verdad; arroja de España a don Carlos.

—No, querido, no nos confundamos, le traemos del otro lado de la frontera de Francia, y le ofrecemos una hospitalidad real en Bourges.

—¿En Bourges?

—Sí; no tendrá motivos de queja, ¡qué demonio! Bourges es la capital de Carlos VII. ¿Cómo es que no sabía esto? Todo el mundo lo sabe desde ayer en París, y anteayer la cosa marchaba bien en la bolsa, porque el señor Danglars, no sé cómo se entera ese hombre de las noticias al mismo tiempo que nosotros, jugó a la alza y ha ganado un millón.

—Y usted una nueva cinta, según parece.

—¡Psch!, me han enviado la placa de Carlos III —respondió sencillamente Debray.

—Vamos, no se haga el indiferente y confiese que la noticia lo habrá complacido.

—Sí; a fe mía, una placa siempre cae bien sobre un frac negro abotonado, es elegante.

—Y —dijo Morcef, sonriendo— se tiene el aire de un príncipe de

Gales o de un duque de Reichstadt.

—Por eso me ve tan de mañana, querido.

—¿Porque tiene la placa de Carlos III y quiere anunciarme esta buena noticia?

—No; porque he pasado la noche redactando veinticinco despachos diplomáticos. De vuelta a mi casa quise dormir, pero me dio un fuerte dolor de cabeza y me levanté para montar una hora a caballo. En Boulogne me asaltaron de tal modo el hambre y el aburrimiento, que me acordé que hoy daba un almuerzo, y aquí me tiene; tengo hambre, deme de comer; me aburro, distráigame.

—Ese es mi deber de anfitrión, querido amigo —dijo Alberto llamando al criado, mientras Luciano hacía saltar los periódicos con el extremo de su bastón de puño de oro incrustado de turquesas—. Germán, jerez y bizcochos. Entretanto, querido Luciano, aquí tiene cigarros de contrabando, le invito a que los pruebe, y también podrá decir a su ministro que nos venda como estos en lugar de esa especie de hojas de nogal con que condena a fumar a los buenos ciudadanos.

—¡Diablos! Yo me guardaría muy bien de hacerlo. Desde el momento en que viniesen del gobierno parecerían detestables. Por lo demás, eso no corresponde al Interior, sino a Hacienda; diríjase a míster Human, corredor A., número 26.

—En verdad —dijo Alberto—, me asombra con la profusión de sus conocimientos. ¡Pero tome un cigarro!

—¡Ah, querido vizconde! —dijo Luciano encendiendo un habano en una bujía de color rosa que ardía en un candelero sobredorado y recostándose en el diván—. ¡Ah!, querido vizconde! ¡Qué feliz es al no tener nada que hacer! En verdad, no conoce su felicidad.

—¿Y qué es lo que haría, mi querido pacificador de reinos —repuso Morcef con ligera ironía—, si no hiciese nada? ¡Cómo! Secretario particular de un ministro, lanzado a la vez en el mundo europeo y en las intrigas de París, teniendo reyes, y mucho mejor aún, reinas que proteger, partidos que reunir, elecciones que dirigir, haciendo con su pluma y su telégrafo, desde su gabinete, más que Napoleón en sus campos de batalla con su espada y sus victorias, poseyendo veinticinco mil libras de renta, un caballo por el que

Château-Renaud le ha ofrecido cuatrocientos luises, un sastre que no le falta en un pantalón, teniendo asiento en la ópera, Jockey Club y el teatro de Variedades, ¿no halla con todo eso con qué distraerse? Pues bien, yo lo distraeré.

—¿Cómo?

—Haciendo que conozca a una persona.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—¡Ya conozco demasiados!

—¡Pero no conoce al hombre del que le hablo!

—¿De dónde viene? ¿Del otro extremo del mundo?

—De más lejos tal vez.

—¡Diablos! Espero que no se lleve nuestro almuerzo.

—No, nuestro almuerzo está seguro. ¿Pero tiene hambre?

—Sí; lo confieso, por humillante que sea el decirlo. Pero ayer he comido en casa del señor de Villefort, y ¿lo ha notado?, se come bastante mal en casa de todos esos magistrados; cualquiera diría que tienen remordimientos.

—¡Ah, diablos!, desprecia las comidas de los demás; en cambio se come bien en casa de sus ministros.

—Sí; pero no convidamos a ciertas personas al menos, y si no nos veríamos precisados a hacer los honores de nuestra mesa a algunos infelices que piensan, y sobre todo que votan bien, nos guardaríamos como de la peste de comer en nuestra casa, debe creerlo.

—Entonces, querido, tome otro vaso de jerez y otro bizcocho.

—Con muchísimo gusto, pues su vino de España es excelente, bien ve que hemos hecho bien en pacificar ese país.

—Sí, pero ¿y don Carlos?

—Don Carlos beberá vino de Burdeos, y dentro de diez años casaremos a su hijo con la reinecita.

—Lo cual le valdrá el Toisón de Oro, si aún está en el ministerio.

—Creo, Alberto, que esta mañana ha adoptado por sistema alimentarme con humo.

—Y eso es lo que divierte el estómago, convenga en ello; pero justamente oigo la voz de Beauchamp en la antesala; discutirá con

él y esto calmará su impaciencia.

—¿Sobre qué?

—Sobre los periódicos.

—¡Qué! ¿Acaso leo yo los periódicos? —dijo Luciano con un desprecio soberano.

—Razón de más. Discutirá mejor.

—¡Señor Beauchamp! —anunció el criado.

—¡Entre!, entre, ¡pluma terrible! —dijo Alberto saliendo al encuentro del joven—, mire, aquí tiene a Debray, que le detesta sin leerle; al menos, según él dice.

—Es cierto —dijo Beauchamp—, lo mismo que yo le critico sin saber lo que hace. Buenos días, comendador.

—¡Ah!, lo sabe ya —dijo el secretario particular cambiando con el periodista un apretón de mano y una sonrisa.

—¡Diablos! —replicó Beauchamp.

—¿Y qué se dice en el mundo?

—¿A qué mundo se refiere? Tenemos muchos mundos en el año de gracia de 1838.

—En el mundo crítico-político del que usted forma parte.

—¡Oh!, se dice que es una cosa muy justa, y que siembra bastante rojo para que nazca un pozo de azul.

—Vamos, vamos, no va mal —dijo Luciano—. ¿Por qué no es de los nuestros, querido Beauchamp? Con el talento que tiene, en tres o cuatro años hará fortuna.

—Solo espero una cosa para seguir sus consejos. Un ministerio que esté asegurado por seis meses. Ahora, una sola palabra, mi querido Alberto, porque es preciso que deje respirar a ese pobre Luciano. ¿Almorzamos o comemos? Tengo mucho trabajo. No son todo rosas, como dice, en nuestro oficio.

—Se almorzará, ya no esperamos más que a dos personas, y nos sentaremos a la mesa en cuanto hayan llegado —dijo Alberto.

Tercera Parte: Extrañas Coincidencias

Capítulo uno: El almuerzo

—¿Qué clase de personas espera? —repuso Beauchamp.

—Un hidalgo y un diplomático —repuso Alberto.

—Pues entonces esperaremos dos horas cortas al hidalgo y dos horas largas al diplomático. Volveré a la hora del postre. Guárdeme fresas, café y cigarros, comeré una tortilla en la Cámara.

—No haga eso, Beauchamp, pues aunque el hidalgo fuese un Montmorency y el diplomático un Metternich, almorzaremos a las once en punto. Mientras tanto, haga lo que Debray: pruebe mi jerez y mis bizcochos.

—Está bien, me quedo. En algo hemos de pasar la mañana.

—Bien, lo mismo que Debray. Sin embargo, yo creo que cuando el ministerio está triste, la oposición debe estar alegre.

—¡Ah! No sabe lo que me espera. Esta mañana oiré un discurso del señor Danglars en la Cámara de los Diputados y esta noche, en casa de su mujer, una tragedia de un par de Francia. Llévese el diablo al gobierno constitucional y puesto que podíamos elegir, no sé cómo hemos elegido este.

—Me hago cargo, tiene necesidad de hacer acopio de alegría.

—No hable mal de los discursos del señor Danglars —dijo Debray—, vota por usted y hace la oposición.

—Ahí está el mal. Así, pues, espero que le envíe a discurrir al Luxemburgo para reírme de mejor gana.

—Amigo mío —dijo Alberto a Beauchamp—, bien se conoce que los asuntos de España se han arreglado. Hoy está de un humor insufrible. Acuérdese de que la Crónica parisiense habla de un casamiento entre la señorita Eugenia Danglars y yo. No puedo,

pues, en conciencia, dejarle hablar mal de la elocuencia de un hombre que deberá decirme un día: “Señor vizconde, ¿sabe que doy dos millones a mi hija?”

—Creo —dijo Beauchamp— que ese casamiento no se efectuará. El rey ha podido hacerle barón, podrá hacerle par, pero no lo hará caballero, el conde de Morcef es un valiente demasiado aristocrático para consentir, mediante dos pobres millones, en una baja alianza. El vizconde de Morcef no debe casarse sino con una marquesa.

—Dos millones... no dejan de ser una bonita suma —repuso Morcef.

—Es el capital social de un teatro de boulevard o del ferrocarril del Jardín Botánico en la Rapée.

—Déjele hablar, Morcef —repuso Debray— y cásese. Es lo mejor que puede hacer.

—Sí, sí, creo que tiene razón, Luciano —respondió tristemente Alberto.

—Y además, todo millonario es noble como un bastardo, es decir, puede llegar a serlo.

—¡Calle! No diga eso, Debray —replicó Beauchamp riendo—, porque ahí tiene a Château-Renaud, que, para curarle a usted de su manía, le introducirá por el cuerpo la espada de Renaud de Montauban, su antepasado.

—Haría mal —respondió Luciano—, porque yo soy villano, y muy villano.

—¡Bueno! —exclamó Beauchamp—, aquí tenemos al ministerio cantando el Béranger; ¿dónde vamos a parar, Dios mío?

—¡El señor de Château-Renaud! ¡El señor Maximiliano Morrel! —dijo el criado, anunciando a dos nuevos invitados.

—Ya estamos todos, mas si no me equivoco, ¿no esperaban más que dos personas?

—¡Morrel! —exclamó Alberto sorprendido—, ¡Morrel! ¿Quién será ese señor?

Pero antes de que hubiese terminado de hablar, el señor de Château-Renaud estrechaba la mano a Alberto.

—Permítame, amigo mío —le dijo—, presentarle al señor capitán de *spahis,* Maximiliano Morrel, mi amigo, y además mi salvador. Por

otra parte, él se presenta bien por sí mismo; salude a mi héroe, vizconde.

Y se retiró a un lado para descubrir a aquel joven alto y de noble continente, de frente ancha, mirada penetrante, negros bigotes, a quien nuestros lectores recordarán haber visto en Marsella, en una circunstancia demasiado dramática para haberla olvidado. En su rico uniforme medio francés, medio oriental, hacía resaltar la cruz de la Legión de Honor.

El joven oficial se inclinó con elegancia; Morrel era elegante en todos sus movimientos, porque era fuerte.

—Caballero —dijo Alberto con una política afectuosa—, el señor barón de Château-Renaud sabía de antemano el placer que me causaría al presentarle. Es uno de sus amigos, caballero, séalo, pues, también nuestro.

—Muy bien —dijo el barón de Château-Renaud—, y desee, mi querido vizconde, que si llega el caso, haga por usted lo que ha hecho por mí.

—¿Y qué ha hecho? —inquirió Alberto.

—¡Oh! —dijo Morrel—, no vale la pena hablar de ello, y el señor exagera las cosas.

—¡Cómo! ¡Que no vale la pena! ¡Así que la vida no vale nada...! Bueno, que diga eso por usted, que expone su vida todos los días, pero por mí, que la expongo por casualidad...

—Lo más claro que veo en esto es que el señor capitán Morrel le ha salvado la vida...

—Sí, señor; eso es —dijo Château-Renaud.

—¿Y en qué ocasión? —preguntó Beauchamp.

—¡Beauchamp, amigo mío, ha de saber que me muero de hambre! —dijo Debray—, no empiece con sus historias.

—¡Pues bien!, yo no impido que vayamos a almorzar, yo... Château-Renaud nos lo contará en la mesa.

—Señores —dijo Morcef—, todavía no son más que las diez y cuarto, aún tenemos que esperar a otro convidado.

—¡Ah!, es verdad, un diplomático —replicó Debray.

—Un diplomático, o yo no sé lo que es. Lo que sé es que por mi cuenta le encargué de una embajada que ha terminado tan bien y

tan a mi satisfacción, que si fuese rey, le hubiese hecho al instante caballero de todas mis órdenes, incluyendo las del Toisón de Oro y de la Jarretera.

—Entonces, puesto que no nos sentamos a la mesa —dijo Debray—, sírvase una botella de jerez como hemos hecho nosotros, y cuéntenos eso, barón.

—Ya saben todos que tuve el capricho de ir a África.

—Ese es un camino que le han trazado sus antecesores, mi querido Château-Renaud —respondió con galantería Morcef.

—Sí; pero dudo que fuese, como ellos, para libertar el sepulcro de Jesucristo.

—Tiene razón, Beauchamp —repuso el joven aristócrata—; era solo para dar un golpe, como aficionado. El duelo me repugna, como sabe, desde que dos testigos, a quienes yo había elegido para arreglar cierto asunto, me obligaron a romper un brazo a uno de mis mejores amigos... ¡Diablos...!, a ese pobre Franz d'Epinay, a quien todos conocen.

—¡Ah!, sí, es verdad —dijo Debray—, se ha batido en tiempo de... ¿de qué?

—¡Que el diablo me lleve si me acuerdo! —dijo Château-Renaud—. De lo que me acuerdo bien es de que no queriendo dejar dormir mi talento, quise probar en los árabes unas pistolas nuevas que me acababan de regalar. Por tanto, me embarqué para Orán, desde Orán fui a Constantina y llegué justamente para ver levantar el sitio.

Me puse en retirada como los demás. Por espacio de cuarenta y ocho horas sufrí con bastante valor la lluvia del día y la nieve de la noche, en fin, a la tercera mañana mi caballo se murió de frío. ¡Pobre animal! ¡Acostumbrado a las mantas y a las estufas de la cuadra!, un caballo árabe que murió solo al encontrar diez grados de frío en Arabia.

—Por eso me quería comprar mi caballo inglés —dijo Debray—, supone que sufrirá mejor el frío que su árabe.

—Está en un error, porque he hecho voto de no volver más a África.

—¿Conque tanto miedo pasó? —preguntó Beauchamp.

—¡Oh!, sí, lo confieso —respondió Château-Renaud—, y había de

qué tenerlo. Mi caballo había muerto, yo me retiraba a pie, seis árabes vinieron a galope a cortarme la cabeza, maté a dos con los tiros de mi escopeta, y otros dos con mis dos pistolas, pero aún quedaban dos y estaba desarmado. El uno me agarró por los cabellos; por eso ahora los llevo cortos; nadie sabe lo que puede suceder; el otro me rodeó el cuello con su yatagán. Y ya sentía el frío agudo del hierro, cuando el señor que ve aquí cargó sobre ellos, mató al que me cogía de los cabellos de un pistoletazo y partió la cabeza al que se disponía a cortar la mía, de un sablazo. Este caballero se había propuesto salvar a un hombre aquel día, y la casualidad quiso que fuese yo. Cuando sea rico, mandaré hacer a Klayman o a Morocheti una estatua a la Casualidad.

—Sí —dijo sonriendo Morrel—, era el 5 de septiembre, es decir, el aniversario de un día en que mi padre fue milagrosamente salvado; así, pues, siempre que esté en mi mano, celebro todos los años ese día con una acción...

—Heroica, ¿no es verdad? —interrumpió Château-Renaud—. En fin, yo fui el elegido, pero aún no es eso todo. Después de salvarme del hierro me salvó del frío, dándome, no la mitad de su capa, como hizo San Martín, sino dándomela entera, y después aplacó mi hambre partiendo conmigo, ¿no adivina el qué...?

—¿Un pastel de casa de Félix? —preguntó Beauchamp.

—No; su caballo, del que cada cual comimos un pedazo con gran apetito, aunque era un poco duro...

—¿El caballo? —inquirió Morcef.

—No; el sacrificio —respondió Château-Renaud—. Pregunte a Debray si sacrificaría el suyo inglés por un extranjero.

—Por un extranjero, seguro que no —dijo Debray—; por un amigo, tal vez.

—Supuse que juzgaría como yo —dijo Morrel—, por otra parte, ya he tenido el honor de decírselo, heroísmo o no, sacrificio o no, yo bebía una ofrenda a la mala fortuna, en premio a los favores que nos había dispensado otras veces la buena.

—Esa historia a que se refiere el señor Morrel —continuó Château-Renaud— es una curiosa historia que algún día le relatará cuando haya trabado más íntimo conocimiento. Por hoy pensemos en

alimentar el estómago y no la memoria. ¿A qué hora almuerza, Alberto?

—A las diez y media.

—¿En punto? —preguntó Debray sacando su reloj.

—¡Oh!, me concederá los cinco minutos de gracia —dijo Morcef—, puesto que también yo estoy esperando a un salvador.

—¿De quién?

—De mí, ¡qué diablos! —respondió Morcef—. ¿Cree que a mí no me puedan salvar como a cualquier otro y que solo los árabes cortan la cabeza? Nuestro almuerzo es un almuerzo filantrópico, y tendremos en nuestra mesa a dos bienhechores de la humanidad.

—¿Cómo lo haremos? —dijo Debray—, solamente tenemos un premio Montyon.

—¡Pues bien!, se le dará al que nada haya hecho —dijo Beauchamp—. De este modo, en la Academia podrán salir del apuro.

—¿Y de dónde viene? —preguntó Debray—. Dispense que insista, ya ha respondido a esta pregunta, pero muy vagamente.

—En realidad —dijo Alberto—, no lo sé. Cuando le invité hace tres meses, estaba en Roma; pero después, ¿quién puede saber dónde ha ido a parar?

—¿Y lo cree capaz de ser puntual? —preguntó Debray.

—Lo creo capaz de todo —respondió Morcef.

—Cuidado, que ya no faltan más que diez minutos, contando los cinco de gracia.

—Pues bien, los aprovecharé para decirle unas palabras acerca de mi invitado.

—Perdone —dijo Beauchamp—, ¿hay materia para un folletín en lo que va a contar?

—Sí, seguramente —dijo Morcef—, y de los más curiosos.

—Entonces, ya puede hablar.

—Estaba yo en Roma en el último carnaval...

—Esto ya lo sabemos —dijo Beauchamp.

—Sí, pero lo que no sabe es que fui raptado por unos bandidos.

—¡Pero si no hay bandidos! —dijo Debray.

—Sí que los hay, y capaces de asustar a cualquiera.

—Veamos, mi querido Alberto —dijo Debray—, confiese que su cocinero tarda mucho, que las ostras aún no han llegado de Marennes o de Ostende, y que siguiendo el ejemplo de Maintenon, quiere sustituir el plato por un cuento. Dígalo, querido, tenemos franqueza para perdonarlo y paciencia para escuchar su historia, por fabulosa que parezca a primera vista.

—Y yo les digo que, por fabulosa que sea, se la cuento por verdadera desde el principio hasta el fin. Habiéndome raptado los bandidos, me condujeron a un lugar muy triste, que se llama las catacumbas de San Sebastián.

—Ya conozco el sitio —dijo Château-Renaud—; me faltó poco para coger allí la fiebre.

—Y yo —dijo Morcef— la tuve realmente. Me anunciaron que estaba prisionero y me pedían por mi rescate una miseria, cuatro mil escudos romanos, veintiséis mil libras francesas. Desgraciadamente no tenía más que mil quinientas; me hallaba al fin de mi viaje y mi crédito se había concluido. Escribí a Franz. ¡Y por Dios!, esperen, al mismo Franz pueden preguntarle si miento. Escribí a Franz que si no llegaba a las seis de la mañana con los cuatro mil escudos, a las seis y diez minutos me habría ido a reunir con los bienaventurados santos y los gloriosos mártires, en compañía de los cuales tendría el honor de encontrarme, y Luigi Vampa, este era el nombre del jefe de los bandidos, hubiera cumplido escrupulosamente su palabra.

—¿Pero llegó Franz con los cuatro mil escudos? —dijo Château-Renaud—. ¡Qué diablos!, ni Franz d'Epinay ni Alberto de Morcef pueden verse apurados por cuatro mil escudos.

—No; llegó simplemente acompañado del convidado que le anuncio y que espero presentarle.

—¡Ah!, ya. ¿Pero era ese hombre un Hércules matando a Caco, o un Perseo salvando a Andrómeda?

—No; es un poco más o menos de mi estatura.

—¿Armado hasta los dientes?

—No llevaba arma alguna.

—¿Pero trató de su rescate?

—Dijo dos palabras al oído del jefe y fui puesto en libertad.

—Le daría excusas por haberlo detenido —dijo Beauchamp.

—Exacto —respondió Morcef.
—¡Pero era Ariosto ese hombre!
—No; era el conde de Montecristo.
—¿Se llama el conde de Montecristo? —inquirió Debray.
—No creo —añadió Château-Renaud, con la sangre fría de un hombre que tiene en la punta de los dedos la nobleza europea—, que haya en parte alguna un conde de Montecristo.
—Puede ser que venga de la Tierra Santa —dijo Beauchamp—, alguno de sus ascendientes habrá poseído el Calvario, como los Montemar el Mar Muerto.
—Perdonen —dijo Maximiliano—, pero creo que voy a arrojar luz sobre el asunto. Señores, Montecristo es una pequeña isla, de que he oído hablar muchas veces a los marinos que empleaba mi padre, un grano de arena en medio del Mediterráneo, en fin, un átomo en el infinito.
—Exactamente —dijo Alberto—. ¡Pues bien! De ese grano de arena, de ese átomo, es señor y rey ese de quien le hablo; habrá comprado su título de conde en alguna parte de Toscana.
—¿Será muy rico su conde?
—¡Muchísimo!
—Se notará en el aspecto, supongo.
—Se engaña, Debray.
—No lo comprendo.
—¿Ha leído *Las Mil y una noches?*
—¡Vaya pregunta!
—Pues bien, ¿sabe si las personas que allí se ven son ricas o pobres? ¿Si sus granos de trigo no son de rubíes o de diamantes? Tienen el aire de miserables pescadores, ¿no es esto? Los trata como a tales, y de pronto, le abren alguna caverna misteriosa, en donde se encuentra un tesoro que basta para comprar la India.
—¿Y qué?
—¿Y ha visto esa caverna, Morcef? —preguntó Beauchamp.
—Yo no, Franz... Pero silencio, es preciso no decir una palabra de esto delante de él. Franz ha bajado allí con los ojos vendados, y ha sido servido por mudos y por mujeres, al lado de las cuales, a lo que parece, no hubiese sido nada Cleopatra. Por lo que se refiere a las

mujeres, no está muy seguro, puesto que no entraron hasta después que hubo tomado el hachís, de suerte que podrá suceder que lo que ha creído mujeres fuesen estatuas.

Los jóvenes miraron a Morcef, como queriendo decir:

—Querido, ¿se ha vuelto loco, o quiere burlarse de nosotros?

—En efecto —dijo Morrel pensativo—, yo he oído contar a un viejo llamado Fenelón, alguna cosa parecida a lo que ha dicho el señor de Morcef.

—¡Ah! —dijo Alberto—, me alegro de que el señor de Morrel venga en mi ayuda. Esto lo contraría, ¿verdad?, tanto mejor...

—Discúlpeme, mi querido amigo —dijo Debray—, pero nos cuenta unas cosas tan inverosímiles...

—¡Ah, es porque sus embajadores, sus cónsules no les hablan! No tienen tiempo, es preciso que incomoden a sus compatriotas que viajan.

—¡Ah! He aquí por lo que nos incomoda culpando a nuestra pobre gente. ¿Y con qué quiere que lo protejan? La Cámara les rebaja todos los días sus sueldos hasta que los deje sin nada. ¿Quiere ser embajador, Alberto? Yo lo haré nombrar en Constantinopla.

—No, porque el Sultán, a la primera demostración que hiciera en favor de Mohamed-Alí, me envía el cordón, y mis secretarios me ahorcarían.

—¿Lo ve? —dijo Debray.

—Sí; pero todo ello no es obstáculo para que exista mi conde de Montecristo.

—¡Por Dios! Todo el mundo existe: ¿Qué tiene eso de particular?

—Todo el mundo existe, sin duda, pero no en condiciones semejantes. ¡No todo el mundo tiene esclavos negros, armas a la Casauba, caballos de seis mil francos, damas griegas!

—¿Ha tenido ocasión de ver a la dama griega?

—Sí, la he visto y oído. La he visto en el teatro del Valle y la he oído un día que almorzaba en casa del conde.

—¿Come acaso ese hombre extraordinario?

—Si come, es tan poco, que no vale la pena hablar de ello.

—Ya verá como es un vampiro.

—Puede burlarse si quiere. Esta era la opinión de la condesa de

G..., que como sabe ha conocido a lord Ruthwen.

—¡Ah, muy bien! —dijo Beauchamp—. Aquí tenemos para un hombre que no es periodista, la cuestión de la famosa serpiente de mar del *Constitutionnel*; ¡un vampiro, eso es estupendo!

—Ojo de color leonado, cuya pupila disminuye y se dilata según su voluntad —dijo Debray—, aire sombrío, frente magnífica, tez lívida, barba negra, dientes largos y agudos y modales desenvueltos.

—Y bien, eso es justamente —dijo Alberto—, y las señas están trazadas perfectamente. Sí, política aguda e incisiva. Este hombre me ha dado miedo muchas veces, y un día entre otros que presenciábamos juntos una ejecución, creí que iba a ponerme malo, más bien de verlo y oírlo hablar fríamente sobre todos los suplicios de la tierra, que de ver al verdugo cumplir su oficio y oír los gritos del condenado.

—¿No lo condujo a las ruinas del Coliseo para ver correr la sangre, Morcef? —preguntó Beauchamp.

—Y después de haber deliberado, ¿no le ha hecho firmar algún pergamino de color de fuego, por el cual le ceda su alma como Esaú su derecho de primogenitura? —dijo Debray.

—¡Búrlense, búrlense lo que quieran, señores! —dijo Morcef un poco amoscado—. Cuando los miro a ustedes, bellos parisienses, habitantes del Boulevard de Gante, paseantes del bosque de Boulogne, y me acuerdo de ese hombre, me parece que no somos de la misma especie.

—¡Yo me lisonjeo de ello! —dijo Beauchamp.

—Siempre será —añadió Château-Renaud— su conde de Montecristo un hombre galante en sus ratos de ocio, prescindiendo de esos pequeños arreglos con los bandidos italianos.

—¡Ya no hay bandidos italianos! —dijo Debray.

—¡Ni vampiros! —añadió Beauchamp.

—Ni conde de Montecristo —respondió Debray—. Aguarde, querido Alberto, que son las diez y media.

—Confiese que ha tenido una pesadilla, y vamos a almorzar —dijo Beauchamp.

Pero aún no se había extinguido la vibración del reloj, cuando se abrió la puerta y Germán anunció:

—¡Su excelencia, el conde de Montecristo!

Todos los presentes, a pesar suyo, hicieron un gesto que denotaba la preocupación que la relación de Morcef había dejado en sus almas. Alberto mismo no pudo contener una emoción súbita. No se había oído ni carruaje en la calle, ni pasos en la antesala. La puerta misma se había abierto sin hacer ruido.

El conde apareció en el dintel, vestido con la mayor sencillez, pero el elegante más exquisito no hubiese encontrado nada que reprender en su traje. Todo era de un gusto delicado, todo salía de las manos de los más elegantes proveedores; vestidos, sombrero y ropa blanca.

Apenas aparentaba treinta y cinco años de edad, y lo que admiró a todos fue su extrema semejanza con el retrato que de él había trazado Debray.

El conde se adelantó sonriendo y se dirigió en derechura a Alberto, quien saliéndole al encuentro, le ofreció la mano con prontitud.

—La puntualidad —dijo el conde de Montecristo— es la política de los reyes, según ha dicho, creo, uno de sus soberanos. Pero cualquiera que sea su buena voluntad, no es siempre la de los viajeros. Sin embargo, espero, mi querido vizconde, que me disculpará en favor de mis buenos deseos, los dos o tres segundos que he tardado a la cita. Quinientas leguas no se recorren sin algún contratiempo, particularmente en Francia, donde está prohibido, según parece, dar prisa a los postillones.

—Señor conde —respondió Alberto—, estaba anunciando su visita a algunos amigos míos, que he reunido hoy contando con la promesa que tuvo a bien hacerme, y que tengo el honor de presentarle. Son los señores: Conde de Château-Renaud, cuya nobleza proviene de los Doce Pares, y cuyos antepasados ocuparon un puesto en la Mesa Redonda; el señor Luciano Debray, secretario particular del Ministro del Interior; Beauchamp, enérgico periodista, terror del gobierno francés. No habrá oído jamás hablar de él en Italia, donde no permiten la entrada de su periódico; en fin, el señor Maximiliano Morrel, capitán de *spahis.*

Al oír este nombre, el conde, que hasta entonces había saludado cortésmente, pero con una frialdad y una impasibilidad inglesa, dio,

a pesar suyo, un paso hacia adelante, y un leve tabor tiñó por breves instantes sus pálidas mejillas.

—¿El señor lleva el uniforme de los nuevos vencedores franceses? —dijo él—; es un bonito uniforme.

No habría podido decirse cuál era el sentimiento que daba a la voz del conde una vibración tan profunda, y que hacía brillar, a pesar suyo, su mirada tan expresiva cuando no había motivo para ello.

—¿No ha visto jamás a nuestros africanos, caballero? —dijo Alberto.

—Nunca —replicó el conde, repuesto ya por completo de su sorpresa.

—Pues bien, bajo ese uniforme late un corazón de los más valientes y nobles del ejército.

—¡Oh!, señor conde —interrumpió Morrel.

—Déjeme hablar, capitán... Además —continuó Alberto—, acabamos de enterarnos de una acción tan heroica que, aunque lo haya visto hoy por primera vez, reclamo de él el favor de presentárselo como amigo mío.

Aún se hubiera podido notar en estas palabras en el conde de Montecristo, esa mirada fija, ese tabor fugitivo, y el ligero temblor del párpado que denotaba la emoción que sentía.

—¡Ah!, el señor tiene un corazón noble —dijo el conde—, ¡tanto mejor!

Esta especie de exclamación, que respondía al pensamiento del conde, más bien que a lo que acababa de decir Alberto, sorprendió a todo el mundo, y sobre todo a Morrel, que miró a Montecristo con admiración. Pero al mismo tiempo, el acento era tan suave, que por extraña que fuese esta exclamación, no había medio de incomodarse por ella.

—¿Por qué había de dudar? —dijo Beauchamp a Château-Renaud.

—En verdad —respondió este, quien con su trato de mundo y su mirada aristocrática había penetrado en Montecristo todo lo que se podía penetrar en él—, en verdad, que Alberto no nos ha engañado, y que es un personaje singular el conde, ¿qué dice usted, Morrel?

—Por mi vida —dijo este—, tiene la mirada franca y la voz

simpática, de manera que me agrada a pesar de la extraña reflexión que acaba de hacerme.

—Señores —dijo Alberto—, Germán me anuncia que estamos servidos. Mi querido conde, permítame indicarle el camino.

Pasaron silenciosamente al comedor. Cada uno ocupó su sitio.

—Señores —dijo el conde sentándose—, permítame que le haga una confesión, que será mi disculpa por todas las faltas que pueda cometer: soy extranjero, pero hasta tal extremo, que es la vez primera que vengo a París. Las costumbres francesas me son particularmente desconocidas, y no he practicado bastante hasta ahora, sino las costumbres orientales, las más contrarias a las buenas tradiciones parisienses. Le suplico, pues, que me excuse si encuentra en mí algo de turco, de napolitano o de árabe. Dicho esto, señores, almorcemos.

—Por lo que ha dicho —murmuró Beauchamp—; es, desde luego, un gran señor.

—Un gran señor extranjero —añadió Debray.

—Un gran señor de todos los países, señor Debray —dijo Château-Renaud.

Como hemos dicho, el conde era un convidado bastante sobrio. Alberto se lo hizo observar, atestiguando el temor que desde el principio tuvo de que la vida parisiense no agradase al viajero en su parte más material, pero al mismo tiempo más necesaria.

—Querido conde —dijo—, temo que la cocina de la calle de Helder no le agrade tanto como la de la plaza de España. Hubiera debido preguntarle su gusto, y hacerle preparar algunos platos que le agradasen.

—Si me conociese mejor —respondió sonriéndose el conde—, no se preocuparía por un cuidado casi humillante para un viajero como yo, que ha pasado sucesivamente con los macarrones en Nápoles, la polenta en Milán, la olla podrida en Valencia, el arroz cocido en Constantinopla, el karri en la India y los nidos de golondrinas en China. No hay cocina para un cosmopolita como yo. Como de todo y en todas partes, únicamente que como poco, y hoy que se queja de mi sobriedad, estoy en uno de mis días de apetito, porque desde ayer por la mañana no había comido.

—¡Cómo! ¿Desde ayer por la mañana? —exclamaron los convidados—, ¿no ha comido desde hace veinticuatro horas?

—No —respondió Montecristo—, tuve que desviarme de mi ruta y tomar algunos informes en las cercanías de Nimes, de manera que me retrasé un poco y no he querido detenerme.

—¿Y ha comido en su carruaje? —preguntó Morcef.

—No, he dormido, como me ocurre cuando me aburro, sin valor para distraerme, o cuando siento hambre sin tener ganas de comer.

—¿Pero manda en su sueño, señor? —preguntó Morrel.

—Casi.

—¿Tiene receta para ello?

—Una receta infalible.

—He aquí lo que sería bueno para nosotros, los africanos, que no siempre tenemos qué comer y rara vez qué beber —dijo Morrel.

—Sí —dijo Montecristo—, desgraciadamente mi receta, excelente para un hombre como yo, que lleva una vida excepcional, sería muy peligrosa aplicada a un ejército que no se despertaría cuando se tuviese necesidad de él.

—¿Y se puede saber cuál es la receta? —preguntó Debray.

—¡Oh! Dios mío, sí —dijo Montecristo—, no hago secreto de ello, es una mezcla de un excelente opio que he ido a buscar yo mismo a Cantón, para estar seguro de obtenerlo puro, y del mejor hachís que se cosecha en Oriente, es decir, entre el Tigris y el Éufrates. Se reúnen estos dos ingredientes en proporciones iguales y se hace una especie de píldoras, que se tragan cuando hay necesidad. Diez minutos más tarde producen el efecto. Pregunte al barón Franz d'Epinay, pues creo que él lo ha probado un día.

—Sí —respondió Morcef—, me ha dicho algunas palabras sobre ello, y ha guardado al mismo tiempo un recuerdo muy agradable.

—Pero —dijo Beauchamp, quien en su calidad de periodista era muy incrédulo—, ¿lleva esas drogas con usted?

—Constantemente —respondió Montecristo.

—¿Sería indiscreción el pedirle ver esas preciosas píldoras? —exclamó Beauchamp, creyendo poner al conde en un aprieto.

—No, señor —respondió el conde, y sacó de su bolsillo una maravillosa cajita incrustada en una sola esmeralda, y cerrada por

una rosca de oro, que desatornillándose, daba paso a una bolita de color verdoso y del tamaño de un guisante. Esta bola tenía un color ocre y olor penetrante. Había cuatro o cinco iguales en la esmeralda, y podía contener hasta una docena.

La cajita fue pasando de mano en mano por todos los invitados, más para examinar esta admirable esmeralda que para ver o analizar las píldoras.

—¿Es su cocinero quien le prepara este manjar? —inquirió Beauchamp.

—No, no, señor —dijo Montecristo—, yo no entrego mis goces reales como este a merced de manos indignas. Soy bastante buen químico, y preparo las píldoras yo mismo.

—Es una esmeralda admirable, y la más gruesa que he visto jamás, aunque mi madre tiene algunas joyas de familia bastante notables —dijo Château-Renaud.

—Tenía tres iguales —respondió Montecristo—, he dado una al Gran Señor, que la ha hecho engarzar en su espada; otra a nuestro Santo Padre el Papa, que la hizo incrustar en su mitra, frente a otra esmeralda casi parecida, pero menos hermosa, sin embargo, que había sido regalada a su predecesor por el emperador Napoleón. He guardado la tercera para mí, y la he hecho ahuecar, lo que le ha quitado la mitad de su valor, pero es más cómoda para el uso al que he querido destinarla.

Todos contemplaban a Montecristo con admiración. Hablaba con tanta sencillez, que era evidente que decía la verdad o que estaba loco; sin embargo, la esmeralda que había quedado entre sus manos hacía que se inclinasen hacia la primera suposición.

—¿Y qué le dieron esos dos hombres a cambio de tan magnífico regalo? —preguntó Debray.

—El Gran Señor, la libertad de una mujer —respondió el conde—; nuestro Santo Padre el Papa, la vida de un hombre. De manera que, una vez en mi vida, he sido tan poderoso como si Dios me hubiese hecho nacer en las gradas de un trono.

—Y es a Pepino a quien ha libertado, ¿no es verdad? —exclamó Morcef—. ¿Es en él en quien ha hecho aplicación de su derecho de gracia?

—Tal vez —dijo Montecristo sonriendo.

—Señor conde, no puede formarse una idea del placer que experimento al oírle hablar así —dijo Morcef—. Le había anunciado a mis amigos como un hombre fabuloso, como un mago de *Las mil y una noches*, como un nigromántico de la Edad Media; pero los parisienses son tan sutiles y materiales, que toman por capricho de la imaginación las verdades más indiscutibles, cuando estas verdades no entran en todas las condiciones de su existencia cotidiana. Por ejemplo, aquí tiene a Debray y Beauchamp, que leen, todos los días, que han sorprendido y han robado en el boulevard a un miembro del Jockey Club que se retiraba tarde, que han asesinado a cuatro personas en la calle de Saint-Denis, o en el arrabal de Saint-Germain; que han apresado diez, quince o veinte ladrones, sea en un café del boulevard del Temple, o en San Julián; que disputan la existencia de los bandidos de Marennes del campo de Roma, o de las lagunas Pontinas. Dígales, pues, usted mismo, se lo suplico, señor conde, que he sido raptado por esos bandidos, y que sin su generosa intercesión esperaría hoy probablemente la resurrección eterna en las catacumbas de San Sebastián, en lugar de darles una comida en mi casita de la calle de Helder.

—¡Bah! —dijo Montecristo—, me había prometido no hablarme nunca de ese asunto.

—No soy yo, señor conde —exclamó Morcef—, es algún otro a quien ha hecho el mismo servicio que a mí y al que confundirá conmigo.

—Le ruego que hablemos de otra cosa —dijo el conde de Montecristo—, porque si continúa hablando de esta circunstancia, puede ser que me diga, no solamente un poco de lo que sé, sino algo de lo que ignoro. Pero me parece —añadió sonriendo—, que ha representado en todo este asunto un papel bastante importante para saber tan bien como yo lo que ha pasado.

—¿Quiere prometerme, si digo todo lo que sé —dijo Morcef—, decirme luego lo que usted sepa?

El conde respondió:

—De acuerdo.

—Pues bien —replicó Morcef—, aunque padezca mi amor propio,

he de decir que me creí durante tres días objeto de las atenciones de una máscara, a quien yo juzgué alguna descendiente de las Julias o de las Popeas, entretanto que era pura y sencillamente objeto de las coqueterías de una contadina, y observe que digo contadina por no decir aldeana. Lo que sé es que, como un inocente, más inocente aún que de quien yo hablaba ahora, tomé por esta aldeana a un joven bandido de quince a dieciséis años, imberbe, de talle delicado, quien en el momento en que quería propasarme hasta depositar un beso en sus castos hombros, me puso una pistola en el pecho, y con la ayuda de siete u ocho de sus compañeros, me condujeron, o mejor dicho, me arrastraron, al fondo de las catacumbas de San Sebastián, donde encontré al jefe de los bandidos, por cierto, tan instruido que leía los *Comentarios del César*, y que se dignó interrumpir su lectura para decirme, que si al día siguiente a las seis de la mañana no entregaba cuatro mil escudos, al día siguiente a las seis y cuarto habría dejado de existir. La carta obra en poder de Franz, firmada por mí, con una postdata de Luigi Vampa. Si duda de ello, escribo a Franz, el cual hará legalizar las firmas. Hasta aquí, todo lo que sé. Lo que yo no sé ahora es cómo fue, señor conde, a infundir tanto respeto a los bandidos de Roma, que respetan tan pocas cosas. Le confieso que Franz y yo nos quedamos sorprendidos.

—Es muy sencillo —respondió el conde—, yo conocía al famoso Vampa hacía más de diez años. Muy joven, cuando era pastor, un día que le di una moneda de oro por haberme enseñado mi camino, me dio, para no deberme nada, un puñal tallado por él y que habrá visto en mi colección de armas. Más tarde, sea que porque olvidó este cambio de regalos o porque no me reconoció, intentó robarme, pero fui yo, al contrario, quien le apresé a él y a una docena de los suyos. Podía entregarlo a la justicia romana, que es ejecutiva, y que lo hubiera sido aún más con ellos, pero no hice nada. Lo solté con sus compañeros.

—Pero con la condición de que no robarían ya más —dijo el periodista riendo—. Veo con placer que han cumplido escrupulosamente su palabra.

—No, señor —respondió Montecristo—, con la simple condición de

que me respetaría a mí y a los míos. Lo que voy a decirles les parecerá a ustedes, señores socialistas, progresistas, humanitaristas, y es que yo no me ocupo nunca de mi prójimo, no procuro nunca proteger a la sociedad que no me protege, y diré aún más, que no se ocupa generalmente de mí, sino para perjudicarme, y retirándoles mi estimación y guardando la neutralidad frente a ellos, es aún la sociedad y mi prójimo quienes me deben agradecimiento.

—¡Sea en buena hora! —exclamó Château-Renaud—. He aquí el primer hombre intrépido a quien he oído predicar leal y francamente el egoísmo, es hermoso esto: ¡Bravo, señor conde!

—Por lo menos es franco —dijo Morrel—, pero estoy seguro que el señor conde no se habrá arrepentido de haber faltado alguna vez a los principios que, sin embargo, acaba de exponernos de una manera tan absoluta.

—¿Cómo que he faltado a esos principios? —inquirió Montecristo, que de vez en cuando no podía dejar de mirar a Maximiliano con tanta atención que ya dos o tres veces el atrevido joven había bajado los ojos delante de la mirada fija y penetrante del conde.

—Me parece —respondió Morrel—, que libertando al señor de Morcef, a quien no conocía, servía a su prójimo y a la sociedad.

—De la cual constituye su ornato más preciado —dijo gravemente Beauchamp, vaciando de un solo sorbo un vaso de champán.

—Señor conde —exclamó Morcef—, está cogido, a pesar de ser uno de los más sólidos argumentadores que conozco, y se le va a demostrar que, lejos de ser un egoísta, es usted, al contrario, un filántropo. ¡Ah, señor conde! Usted se llama oriental, levantino, malayo, indio, chino, salvaje, se llama Montecristo por su nombre de familia, Simbad el Marino por su nombre de pila y al poner el pie en París, posee por instinto el mayor mérito o el mayor defecto de nuestros excéntricos parisienses, es decir, que usurpa los vicios que no tiene, y que oculta las virtudes que lo adornan.

—Mi querido vizconde —repuso Montecristo—, no veo en todo lo que he dicho o hecho, una sola palabra que me valga por su parte y la de estos señores el pretendido elogio que acabo de recibir. Usted no es un extraño para mí, porque lo conocía, le había cedido dos

habitaciones, dado de almorzar, prestado uno de mis carruajes, porque habíamos visto pasar las máscaras juntos en la calle del Corso, y porque habíamos presenciado desde una ventana de la plaza del Popolo aquella ejecución que le causó tan fuerte impresión. Ahora bien, pregunto a estos señores, ¿podía yo dejar a mi huésped en manos de esos infames bandidos, como usted los llama? Además, usted lo sabe, el salvador tenía una segunda intención, que era servirme de usted para introducirme en los salones de París cuando viniese a visitar Francia. Algún tiempo ha podido considerar esta resolución como un proyecto vago y fugitivo, pero hoy, bien lo ve, es una realidad, a la cual es menester someterse, so pena de faltar a su palabra.

—Y he de cumplirla —dijo Morcef—, pero temo que quede descontento, mi querido conde. Usted que está acostumbrado a los grandes parajes, a los acontecimientos pintorescos, a los horizontes fantásticos. Nosotros no conocemos el menor episodio del género de aquellos a que lo ha acostumbrado su vida aventurera. Nuestro Chimborazo es Montmartre, nuestro Himalaya es el Mont-Valerien, nuestro gran desierto es la llanura de Grenelle, en que hay algún que otro pozo para que las caravanas encuentren agua. Entre nosotros hay ladrones, pero de esos ladrones que temen más a un muchacho del pueblo que a un gran señor; en fin, Francia es un país tan prosaico, y París una ciudad tan civilizada, que no encontrará en nuestros ochenta y cinco departamentos, digo ochenta y cinco, porque exceptúo Córcega, no hallará en nuestros ochenta y cinco departamentos la menor montaña en que no haya un telégrafo y la menor gruta, por lóbrega que sea, en que un comisario de policía no haya hecho poner el gas. solo un servicio puedo prestarle, mi querido conde, y es presentarle por todas partes, o hacerle presentar por mis amigos, pero usted no tiene necesidad de nadie para eso, con su nombre, su fortuna y su talento (Montecristo se inclinó con una sonrisa ligeramente irónica), se puede presentar sin necesidad de nadie, y será bien recibido de todo el mundo. En realidad, únicamente puedo servirle en una cosa: si alguna de las costumbres de la vida Parisiense, alguna experiencia, algún conocimiento de nuestros bazares pueden recomendarme a usted,

me pongo a su disposición para buscarle una casa de las mejores. No me atrevo a proponerle que comparta conmigo mi habitación, tal como hice yo en Roma con la suya, yo que no profeso el egoísmo, pero que soy egoísta por excelencia, no podría tolerar en mi cuarto ni una sombra, a no ser la de una mujer.

—¡Ah!, esa es una reserva conyugal. En efecto, en Roma me dijo algo acerca de un casamiento..., debo felicitarlo por su próxima felicidad.

—La cosa sigue en proyecto, señor conde.

—Y quien dice proyecto —dijo Debray—, quiere decir inseguridad.

—¡No! ¡No! —dijo Morcef—, mi padre está empeñado, y yo espero antes de poco presentarle, si no a mi mujer, por lo menos a mi futura esposa, la señorita Eugenia Danglars.

—¡Eugenia Danglars! —respondió el conde de Montecristo—, aguarde, ¿no es su padre el barón Danglars?

—Sí —respondió Alberto—, pero barón de nuevo cuño.

—¡Oh, qué importa! —respondió Montecristo—, si ha prestado al Estado servicios que le hayan merecido esa distinción.

—¡Oh!, enormes —dijo Beauchamp—. Aunque liberal en el alma, completó en 1829 un empréstito de seis millones para el rey Carlos X, que le ha hecho barón y caballero de la Legión de Honor, de modo que lleva su cinta, no en el bolsillo del chaleco, como pudiera creerse, sino en el ojal del frac.

—¡Ah! —dijo Alberto riendo—, Beauchamp, Beauchamp, guarde eso para el *Corsario* y el *Charivari*, pero delante de mí, no hable así de mi futuro suegro.

Luego dijo, volviéndose hacia Montecristo.

—¡Pero hace poco ha pronunciado su nombre como si conociera al barón!

—No lo conocía —respondió el conde de Montecristo—, pero no tardaré en conocerlo, puesto que tengo un crédito abierto sobre él por la casa de Richard y Blount de Londres, Arstein y Estelus, de Viena, y Thompson y French, de Roma.

Y al pronunciar estas palabras, Montecristo miró de reojo a Maximiliano.

Si el extranjero había esperado que sus palabras produjeran algún

efecto en Maximiliano Morrel, no se había engañado. Maximiliano se estremeció como si hubiese recibido una conmoción eléctrica.
—Thompson y French —dijo—, ¿conoce esa casa, caballero?
—Son mis banqueros en la capital del mundo cristiano —respondió el conde—, ¿puedo servirle de algo respecto a esos señores?
—¡Oh!, señor conde, podría ayudarnos en unas pesquisas que hasta ahora han sido infructuosas. Esa casa prestó hace tiempo un gran servicio a la nuestra, y no sé por qué siempre negó que lo hubiera hecho.
—Estoy a sus órdenes, caballero —dijo Montecristo inclinándose.
—Pero —dijo Alberto—, nos hemos apartado de la conversación que teníamos respecto a Danglars. Se trataba de buscar una buena habitación al conde de Montecristo. Veamos, señores, pensemos, ¿dónde alojaremos a este nuevo habitante de París?
—En el barrio de Saint-Germain —dijo Château-Renaud—, este caballero encontrará allí una casa encantadora entre patio y jardín.
—¡Bah! —dijo Debray—, no conoce más que su triste barrio de Saint-Germain; no le escuche, señor conde; busque casa en la Chaussée d’Antin, este es el verdadero centro de París.
—En el Boulevard de la ópera —dijo Beauchamp—, en el piso principal, una casa con dos balcones. El señor conde hará llevar a ella almohadones de terciopelo bordados de plata, y fumando en pipa o tragando sus píldoras, verá desfilar ante sus ojos a toda la capital.
—Y usted, Morrel, ¿no tiene idea? ¿No propone nada? —dijo Château-Renaud.
—Claro que sí —dijo sonriendo el joven—, al contrario, tengo una, pero esperaba que el señor conde siguiese algunas de las brillantes proposiciones que acaban de hacerle. Ahora, como no ha respondido, creo poder ofrecerle una habitación en una casa encantadora, a la Pompadour, que mi hermana alquiló hace un año en la calle de Meslay.
—¿Tiene una hermana? —preguntó Montecristo.
—Sí, señor; una excelente hermana, por cierto.
—¿Casada?
—Pronto hará nueve años.

—¿Dichosa? —preguntó de nuevo el conde.

—Tan dichosa como puede serlo una criatura humana —respondió Maximiliano—. Se ha casado con el hombre que amaba, el cual nos ha sido fiel en nuestra mala fortuna: Manuel Merbant.

Montecristo sonrió de un modo imperceptible.

—Vivo allí mientras estoy aquí —continuó Maximiliano—, y estoy con mi cuñado Manuel a la disposición del señor conde, para todo lo que precise.

—Un momento —exclamó Alberto antes que Montecristo hubiese podido responder—, cuidado con lo que hace, señor Morrel, va a hacer entrar a un viajero, a Simbad el Marino, en la vida de familia. Va a convertir en patriarca a un hombre que ha venido para ver París.

—¡Oh!, no —respondió Morrel sonriendo—, mi hermana tiene veinticinco años, mi cuñado treinta, son jóvenes, alegres y dichosos; por otra parte, el señor conde estará en su casa y no encontrará a sus anfitriones sino cuando quiera bajar a verlos.

—Gracias, señor, muchas gracias —dijo Montecristo—. Me encantaría que me presentase a su hermana y a su cuñado, si gusta hacerme este honor; pero no he aceptado la oferta de ninguno de estos señores porque tengo ya mi habitación preparada.

—¡Cómo! —exclamó Morcef—, va a ir a una fonda, eso no sería propio de su categoría.

—¿Tan mal estaba en Roma? —preguntó Montecristo.

—Qué diablos, en Roma —dijo Morcef— gastó cincuenta mil piastras para hacerse amueblar una habitación, pero presumo que no está dispuesto a repetir todos los días un gasto semejante.

—No es eso lo que me ha detenido —respondió Montecristo—, pero estaba resuelto a tener una casa en París, una casa mía, se entiende. Envié de antemano a mi criado, y ya ha debido habérmela comprado y amueblado.

—Pero ese criado no conoce París —exclamó Beauchamp.

—Es la primera vez, como yo, que viene a Francia, caballero; es negro y no habla —dijo Montecristo.

—¿Entonces es Alí? —preguntó Alberto en medio de la sorpresa general.

—Sí, señor, es Alí, mi nubio, mi mudo, el que ha visto en Roma, según creo.
—Sí, me acuerdo perfectamente —dijo Morcef.
—¿Pero cómo ha encargado a un nubio que le comprara una casa en París, y a un mudo hacerla amueblar? Harán las cosas al revés.
—Desengáñese, estoy seguro de que todas las cosas las ha hecho a mi gusto, porque bien sabe que mi gusto no es el de todos los demás. Ha llegado hace ocho días, habrá recorrido toda la ciudad con ese instinto que podría tener un buen perro cazador. Conoce mis caprichos, mis necesidades, todo lo habrá organizado a mi placer. Sabía que yo iba a llegar hoy a las diez, me esperaba desde las nueve en la barrera de Fontainebleau, me entregó este papel. En él están escritas las señas de mi casa, mire —y Montecristo entregó un papel a Alberto.
—Campos Elíseos, número 30 —leyó Morcef.
—¡Ah! ¡Eso sí que es original! —no pudo menos de exclamar Beauchamp.
—¡Cómo! ¿Aún no sabe dónde está su casa? —preguntó Debray.
—No —dijo Montecristo—, ya le he dicho que quería llegar puntual a la cita. Me he vestido en mi carruaje y me he apeado a la puerta del vizconde.
Los jóvenes se miraron. No sabían si era una comedia representada por el conde de Montecristo, pero todo cuanto salía de su boca tenía un carácter tan original, tan sencillo, que no se podía suponer que estuviera mintiendo. ¿Y por qué había de mentir?
—Preciso será contentarnos —dijo Beauchamp— con prestar al señor conde todos los servicios que estén en nuestra mano; yo, como periodista, le ofrezco la entrada en todos los teatros de París.
—Muy agradecido, caballero —dijo sonriéndose Montecristo—, pero el caso es que mi mayordomo ha recibido ya la orden de abonarme a todos ellos.
—¿Y su mayordomo es también algún mudo? —preguntó Debray.
—No, señor, es un compatriota suyo, si es que un corso puede ser compatriota de alguien, pero usted lo conoce, señor de Morcef.
—¿Sería tal vez aquel valeroso Bertuccio, tan hábil para alquilar balcones?

—El mismo. Y le vio el día en que tuve el honor de almorzar en su compañía. Es todo un hombre, tiene un poco de soldado, de contrabandista, en fin, de todo cuanto se puede ser. Y no juraría que no haya tenido algún altercado con la policía..., una fruslería, por no sé qué cuchilladas de nada.

—¿Y ha escogido a ese honrado ciudadano para ser su mayordomo? ¿Cuánto le roba cada año?

—Menos que cualquier otro, estoy seguro —contestó el conde—; pero hace mi negocio, para él no hay nada imposible, y por eso le tengo a mi servicio.

—Entonces —dijo Château-Renaud—, ya tiene la casa puesta, posee un palacio en los Campos Elíseos, criados, mayordomo, no le falta sino una esposa.

Alberto sonrió, pensaba en la hermosa griega que había visto en el palco del conde en el teatro Valle y en el teatro Argentino.

—Tengo algo mejor —dijo Montecristo—, tengo una esclava. Ustedes alaban a sus señoras del teatro de la ópera, del Vaudeville, del de Varietés, mas yo he comprado la mía en Constantinopla, me ha costado bastante cara, pero ya no tengo necesidad de preocuparme de nada.

—Sin embargo, ¿olvida —dijo riendo Debray—, que somos, como dijo el rey Carlos, francos de nombre, francos de naturaleza, y que al poner el pie en tierra de Francia, el esclavo es ya libre?

—¿Y quién se lo ha de decir? —preguntó el conde.

—El primero que llegue.

—Solo habla romaico.

—¡Ah!, eso es otra cosa.

—¿Pero la veremos al menos? —preguntó Beauchamp—; teniendo un mudo, tendrá también eunucos.

—¡No, a fe mía! —dijo Montecristo—, no llevo el orientalismo hasta tal punto. Todos los que me rodean pueden dejarme, y no tienen necesidad de mí ni de nadie. He ahí la razón, quizá, de por qué no me abandonan.

Al cabo de mucho rato, pasado en los postres y en fumar, Debray dijo levantándose:

—Son las dos y media, su convite ha sido delicioso, mas no hay

compañía, por buena que sea, que no sea preciso dejar, y aún algunas veces, por otra peor; es necesario que vuelva a mi ministerio. Hablaré del conde al ministro, será menester que sepamos quién es.

—Ande con cuidado —dijo Morcef—, los más atrevidos han renunciado a hacerlo.

—¡Bah!, tenemos tres millones para nuestra policía. Es verdad que casi siempre se gastan antes, pero no importa. Siempre quedan unos cincuenta mil francos.

—¿Y cuando sepa quién es, me lo comunicará?

—Se lo prometo. Adiós, Alberto. Señores, su servidor.

Y al salir Debray exclamó muy alto en la antesala:

—Dese prisa.

—¡Bien! —dijo Beauchamp a Alberto—, no iré a la Cámara, pero tengo que ofrecer a mis lectores algo mejor que un discurso de Danglars.

—Hágame un favor, Beauchamp; ni una palabra, se lo suplico, no me quite el mérito de presentarle y de explicarle. ¿No es cierto que es curioso?

—Es mucho mejor que eso —respondió Château-Renaud—, es realmente uno de los hombres más extraordinarios que he visto en mi vida. ¿Viene, Morrel?

—Aguarde, voy a dar una tarjeta al conde, que me ha prometido hacerme una visita, calle Meslay, número 14.

—Esté seguro de que no faltaré —dijo el conde inclinándose.

Y Maximiliano Morrel salió con el barón de Château-Renaud, dejando solos a Montecristo y Morcef.

Capítulo dos:
La presentación

Cuando Alberto se encontró a solas y frente a frente con Montecristo, le dijo:

—Señor conde, permítame que empiece mi nuevo oficio de

cicerone haciéndole una descripción de una habitación del joven acostumbrado a los palacios de Italia; esto le servirá para saber en cuántos pies cuadrados puede vivir un joven que no pasa de ser de los más mal alojados. A medida que vayamos pasando de una pieza a otra, iremos abriendo las ventanas para que pueda respirar.

Montecristo conocía ya el comedor y el salón del piso bajo. Alberto lo condujo a su estudio, este era su cuarto predilecto.

Montecristo era digno apreciador de todas las cosas que Alberto había acumulado en esta estancia; antiguos cofres, porcelanas del Japón, alfombras de Oriente, juguetes de Venecia, armas de todos los países del mundo, todo le era familiar, y a la primera ojeada conocía el siglo, el país y el origen. Morcef había creído ser el que explicase, y él era el que estudiaba bajo la dirección del conde un curso completo de arqueología, de mineralogía y de historia natural. Alberto hizo entrar a su huésped en el salón. Las paredes estaban cubiertas de cuadros de pintores modernos, paisajes de Drupé con sus bellos arroyos, sus árboles desgajados, sus vacas paciendo y sus encantadores cielos. Tenía también jinetes árabes de Delacroix con largos albornoces blancos, cinturones brillantes y con armas damasquinas, y cuyos caballos muerden el bocado con rabia, mientras que los hombres se desgarran con mazas de hierro; las aguadas de Boulanger representando toda *Nuestra Señora de París,* con aquel vigor que hace del pintor el émulo del poeta. Telas de Díaz que hace a las flores más hermosas de lo que son en la realidad, el sol más brillante de lo que es. Dibujos de Decamps con un colorido como el de Salvatore Rosa, pero más poético; pasteles de Giraud y de Müller representando niños con cabezas de ángeles, mujeres de facciones virginales, bocetos arrancados del álbum del viaje a Oriente de Dauzats, que fueron trazados en algunos segundos sobre la silla de algún camello o sobre la cúpula de una mezquita, en fin, todo lo que el arte moderno puede dar en cambio y en indemnización del arte perdido con los siglos precedentes.

Alberto esperó mostrar por lo menos esta vez alguna cosa nueva al extraño viajero, pero con gran admiración, este, sin tener necesidad de buscar las firmas, en que algunas, por otra parte, no estaban representadas sino por iniciales, aplicó en seguida el nombre de

cada autor a su obra, de manera que era fácil ver que no solamente cada uno de estos nombres le era conocido, sino que cada uno de estos talentos habían sido apreciados y estudiados por él.

Del salón pasaron al dormitorio, que era a la vez un modelo de elegancia y de gusto severo; un solo retrato, pero firmado por Leopold Robert, resplandecía en su marco de oro mate.

Este retrato atrajo al principio las miradas del conde de Montecristo, porque dio tres pasos rápidos en la habitación, y se paró de repente delante de él.

Era el de una joven de veinticinco o veintiséis años, de tez morena, de mirada de fuego, velada bajo unos hermosos párpados. Llevaba el traje pintoresco de las pescadoras catalanas con su corpiño encarnado y negro, y sus agujas de oro enlazadas en los cabellos. Miraba al mar, y su elegante contorno se destacaba sobre el doble azul de las olas y del cielo.

La habitación estaba sumida en la penumbra, sin lo cual Alberto hubiese podido ver la lívida palidez, que se extendía sobre las mejillas del conde y sorprender el temblor nervioso que sacudió sus hombros y su pecho. Hubo un instante de silencio, durante el cual Montecristo permaneció con la mirada obstinadamente clavada en esta pintura.

—Tiene ahí una hermosa querida, vizconde —dijo Montecristo con una voz perfectamente segura—. Y ese traje de baile sin duda le sienta a las mil maravillas.

—¡Ah!, señor —dijo Alberto—, he aquí un error que no me perdonaría si al lado de este retrato hubiese visto algún otro. Usted no conoce a mi madre, caballero. Es a ella a quien ve en ese lienzo; se hizo retratar así hace seis u ocho años. Ese traje es de capricho, a lo que parece. La condesa mandó hacer este retrato durante una ausencia del conde. Sin duda quería prepararle para su vuelta una agradable sorpresa. Pero, cosa rara, ese retrato desagradó a mi padre, y el valor de la pintura, que es como ya ve una de las mejores de Leopold Robert, no pudo vencer su antipatía por el cuadro. La verdad, aquí para nosotros, mi querido conde, es que el señor Morcef es uno de los pares más asiduos de Luxemburgo, pero un amante del arte de los más medianos; en cambio, mi madre pinta

de un modo bastante notable, y estimando demasiado una obra semejante para separarse de ella, me la ha dado, para que en mi cuarto esté menos expuesta a desagradar al señor de Morcef que en el suyo, donde verá el retrato pintado por Gros. Perdóneme si le hablo de una manera tan familiar, pero como voy a tener el honor de conducirlo a la habitación del conde, le digo esto para que no se le escape elogiar este retrato delante de él. Fuera de esto, posee una funesta influencia, porque es muy raro que mi madre venga a mi cuarto sin mirarlo, y más raro aún que lo mire sin llorar. La nube que levantó la aparición de esta pintura en el palacio, es la única que ha habido entre el conde y la condesa, quienes aunque casados hace más de veinte años, están aún unidos como el primer día.

El conde lanzó una rápida mirada sobre Alberto, como para buscar una intención oculta en estas palabras, pero era evidente que el joven lo había dicho con toda la sencillez de su alma.

—Ahora —dijo Alberto—, que ha visto todas mis riquezas, señor conde, permítame ofrecérselas, por indignas que sean; considérese aquí como en su casa, y para mayor franqueza aún, dígnese acompañarme al cuarto del señor Morcef, a quien escribí desde Roma el servicio que me prestó y a quien anuncié la visita que me había prometido, y puedo decirlo, el conde y la condesa esperaban con impaciencia que les fuese permitido darle las gracias. Está un poco cansado de estas cosas, lo sé, señor conde, y las escenas de familia no tienen mucho atractivo para Simbad el Marino, ¡habrá visto muchas escenas! Sin embargo, acepte la que le propongo, como iniciativa de la vida parisiense, vida de política, de visitas y de presentaciones.

Montecristo se inclinó sin responder, aceptaba la proposición sin entusiasmo y sin pesar, como una de esas conveniencias de sociedad de que todo hombre de educación se hace un deber. Alberto llamó a su criado y le mandó que avisara a los señores de Morcef de la próxima llegada del conde de Montecristo.

Alberto lo siguió con el conde.

Al llegar a la antesala, se veía encima de la puerta que daba acceso al salón un escudo que por sus ricos adornos y su armonía indicaba la importancia que el propietario daba a aquel aposento.

Montecristo se detuvo delante del blasón, que examinó detenidamente.

—Campo azul y siete merletas de oro puestas en fila. ¿Sin duda será este el escudo de su familia, caballero? —inquirió—. Excepto el conocimiento de las piezas que me permite descifrarlo, soy un ignorante en cuanto a heráldica. Yo, conde de casualidad, fabricado por la Toscana, ayudado por una encomienda de San Esteban, y que hubiera pasado siendo gran señor, si no me hubiesen repetido que cuando se viaja mucho es totalmente imprescindible. Porque, al fin, siempre es preciso, aunque no sea más que para cuando los aduaneros lo registran, tener algo en la portezuela de su carruaje. Excúseme, pues, si le hago tal pregunta.

—De ningún modo es indiscreta —dijo Morcef con la sencillez de la convicción—, y lo ha adivinado, son nuestras armas, es decir, las de la familia de mi padre, pero como ve, están unidas a otro escudo con una torre de oro, que es de la familia de mi madre. Por parte de las mujeres soy español, pero la casa de Morcef es francesa, y según he oído decir, una de las más antiguas del Mediodía de Francia.

—Sí —repuso el conde de Montecristo—, lo indican las aves. Casi todos los peregrinos armados que intentaron o que hicieron la conquista de Tierra Santa tomaron por armas cruces, señal de la misión que iban a cumplir; o aves de paso, símbolo del largo viaje que iban a emprender, y que esperaban acabar con las alas de la fe. Uno de sus abuelos paternos debió de tomar parte en una de las cruzadas, y suponiendo que no sea más que la de San Luis, ya esto le remonta al siglo XI, lo cual no deja de ser interesante.

—Es muy posible —dijo Morcef—, mi padre tiene en el gabinete un árbol genealógico que nos explicará todo esto. Pero ahora no pensemos en ello y sin embargo le diré, señor conde, y esto entra en mis obligaciones de cicerone, que empiezan a ocuparse mucho de estas cosas en estos tiempos de gobierno popular.

—¡Pues bien!, su gobierno debió elegir algo mejor que esos dos carteles que he visto en sus monumentos, y que no tienen ningún sentido heráldico. En cuanto a usted, vizconde, es más feliz que su gobierno, porque sus armas son verdaderamente hermosas y

hablan a la fantasía. Sí, eso es, es a un tiempo de Provenza y de España, lo cual está explicado, si el retrato que me ha mostrado es semejante por su hermoso color moreno que tanto admiraba yo en el rostro de la noble catalana.

Hubiera sido preciso ser otro Edipo o la misma Esfinge para adivinar la ironía que dio el conde a estas palabras, llenas en apariencia de la mayor cortesía. Morcef le dio las gracias con una sonrisa y pasando delante del conde para mostrarle el camino, abrió la puerta que estaba debajo de sus armas, y que, como hemos dicho, comunicaba con el salón. En el lugar principal de este salón se veía asimismo un retrato, era el de un hombre de treinta y ocho años, vestido con uniforme de oficial general, con sus dos charreteras, señal de los grados superiores, la cinta de la Legión de Honor alrededor del cuello, lo cual indicaba que era comendador, y en el pecho, al lado derecho, la placa de gran oficial de la Orden del Salvador, y a la izquierda la de la gran cruz de Carlos III, lo cual indicaba que la persona representada por este retrato hizo la guerra a Grecia y a España, o lo que viene a ser lo mismo, había cumplido alguna misión diplomática en ambos países.

Montecristo se hallaba ocupado en examinar este retrato con no menos atención de la que había examinado el otro, cuando se abrió una puerta lateral y vio al conde de Morcef en persona.

Era un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, pero que aparentaba cincuenta por lo menos, cuyo bigote y cejas negras contrastaban con unos cabellos casi blancos, enteramente cortados según la moda militar. Iba vestido de paisano, y llevaba en su ojal una cinta, cuyos diferentes colores recordaban las diversas órdenes de que estaba condecorado. Este hombre entró con paso digno y presuroso. Montecristo le vio venir sin dar un paso, se hubiera dicho que sus pies estaban clavados en el suelo, como sus ojos lo estaban en el rostro del conde de Morcef.

—Padre —dijo el joven—, tengo el honor de presentarle al señor conde de Montecristo, el generoso amigo que he tenido el honor de encontrar en las difíciles circunstancias que ya conoce.

—Tengo un gran placer en ver a este caballero —dijo el conde de Morcef sonriendo—. Salvando usted la vida al único heredero, ha

prestado a nuestra casa un servicio que avivará eternamente nuestro reconocimiento.

Y al pronunciar estas palabras el conde de Morcef señalaba un sillón a Montecristo, mientras él se sentaba frente a la ventana. En cuanto a Montecristo, mientras tomaba el sillón señalado por el conde de Morcef, se colocó de modo que permaneciese oculto en las sombras de las grandes colgaduras de terciopelo y pudiera leer en las facciones del conde una historia de secretos dolorosos, escritos en cada una de sus arrugas, esculpidas antes de tiempo.

—La señora condesa —dijo Morcef— se hallaba en el tocador cuando el vizconde la mandó avisar de la visita que iba a tener el honor de recibir, va a bajar y dentro de diez minutos estará en el salón.

—Mucho honor es para mí —dijo Montecristo— el entrar, recién llegado a París, en relaciones con un hombre, cuyo nombre iguala a la reputación, y con quien la fortuna nunca se ha mostrado adversa, pero ¿no tienen todavía en las llanuras del Misisipí o en las montañas del Atlas, algún bastón de mariscal que ofrecerle?

—¡Oh! —repuso sonrojándose Morcef—, abandoné el servicio, caballero. Nombrado par en tiempos de la Restauración, estaba en la primera campaña y servía a las órdenes del mariscal Bourmont; podía, pues, aspirar a un mando superior, y quién sabe lo que habría ocurrido si la rama mayor hubiese permanecido en el trono. Pero la revolución de julio era, al parecer, demasiado gloriosa para ser ingrata, y lo fue, sin embargo, para todo servicio que no databa del periodo imperial, porque cuando como yo, se han ganado las charreteras en los campos de batalla, no se sabe maniobrar sobre el resbaladizo terreno de los salones. He abandonado la espada para entrar en la política, me dedico a la industria, estudio las artes útiles. Durante los veinte años que yo había permanecido en el servicio, lo había deseado mucho, pero me faltó tiempo.

—Tales ideas son las que conservan la superioridad de su nación sobre los otros países, caballero —respondió Montecristo—; un noble perteneciente a una gran casa, con una brillante fortuna, ha consentido en ganar los primeros grados como oscuro soldado, esto es algo rarísimo. Después general, par de Francia, comendador de

la Legión de Honor, consiente en volver a empezar una segunda carrera, sin otra esperanza que la de ser algún día útil a sus semejantes... ¡Ah, caballero, es hermoso, diré más, sublime!

Alberto miraba y escuchaba a Montecristo con asombro. No estaba acostumbrado a verlo elevarse a tales grados de entusiasmo.

—¡Ay! —continuó el extranjero, sin duda para desvanecer la imperceptible nube que estas palabras acababan de producir en la frente de Morcef—, nosotros no hacemos lo mismo en Italia, obramos según nuestra cuna y clase, y siempre que podamos obraremos así durante toda nuestra vida.

—Pero, caballero —repuso el conde Morcef—, para un hombre de su mérito, Italia no es una patria, y Francia le abre sus brazos, venga a ella. Francia no será quizás ingrata para todo el mundo, trata mal a sus hijos, pero generalmente recibe bien a los extranjeros.

—¡Ah!, padre mío —dijo Alberto sonriendo—, bien se ve que no conoce al señor conde de Montecristo. No aspira a los hombres, y solo se preocupa de lo que le puede facilitar un pasaporte.

—Esa es, en mi opinión, la expresión más exacta que jamás he oído —respondió el extranjero.

—Usted ha sido dueño de su porvenir —respondió el conde de Morcef con un suspiro—, y ha elegido el camino de las flores.

—Así es, caballero —respondió Montecristo con una de esas sonrisas que jamás podrá copiar un pintor, y en vano tratará de analizar un fisiólogo.

—Si no hubiese temido fatigar al señor conde —repuso el general, encantado de los modales de Montecristo—, le habría conducido a la Cámara; hoy hay una sesión curiosa para el que no conozca a nuestros senadores modernos.

—Le quedaré muy agradecido, caballero, si quiere renovarme esa oferta en otra ocasión, pero hoy me han lisonjeado con la esperanza de ser presentado a la señora condesa, y esperaré.

—¡Ah!, ahí está mi madre —exclamó el vizconde.

En efecto, Montecristo, volviéndose vivamente vio a la señora de Morcef en la puerta del salón opuesta a la otra por donde había entrado su marido. Pálida e inmóvil, dejó caer, cuando Montecristo

se volvió hacia ella, su brazo, que, no se sabe por qué, se había apoyado sobre el dorado quicio de la puerta; estaba allí hacía algunos segundos, y había oído las últimas palabras pronunciadas por el extranjero.

Este se levantó y saludó cortésmente a la condesa, que se inclinó a su vez, muda y ceremoniosa.

—¡Ah! ¡Dios mío!, señora —preguntó el conde—. ¿Qué le sucede? ¿Le hace mal el calor de este salón?

—¿Sufre, madre mía? —exclamó el vizconde, lanzándose al encuentro de Mercedes.

Ambos fueron recompensados con una sonrisa.

—No —dijo—, pero he experimentado alguna emoción al ver por vez primera a la persona sin cuya intervención en este momento estaríamos sumergidos en lágrimas y desesperación. Caballero —prosiguió la condesa adelantándose con la majestad de una reina—, le debo la vida de mi hijo, y por este beneficio lo bendigo. Ahora le agradezco el placer que me causa procurándome una ocasión de darle las gracias como lo he bendecido, es decir, con todo mi corazón.

El conde se inclinó de nuevo, pero más profundamente que la primera vez; estaba aún más pálido que Mercedes.

—Señora —dijo el conde—, y usted me recompensa con demasiada generosidad por una acción muy sencilla, salvar a un hombre, ahorrar tormentos a un padre y a una madre, esto no es siquiera una buena obra, es solo un acto de humanidad.

A tales palabras pronunciadas con una cortesía y una dulzura delicadas, la señora de Morcef respondió con un acento profundo:

—Mucha felicidad es para mi hijo, caballero, el tenerle por amigo, y doy gracias a Dios que lo ha dispuesto todo así.

Y Mercedes levantó al cielo sus bellos ojos con una gratitud tan infinita que el conde creyó ver temblar en ellos algunas lágrimas.

El señor Morcef se acercó a su esposa.

—Señora —dijo—, ya he dado mis excusas al señor conde por verme obligado a dejarlo, y le suplico que usted se las renueve. La sesión se abre a las dos, son las tres, y debo hablar en ella.

—Descuide, yo procuraré hacer olvidar su ausencia a nuestro

huésped —repuso la condesa—; señor conde —continuó ella, volviéndose hacia Montecristo—, ¿nos hará el honor de pasar el día con nosotros?

—Gracias, señora, y agradezco infinito su ofrecimiento, pero me he apeado esta mañana a su puerta desde el camino. Ignoro cómo estoy instalado en París. Esta es una inquietud ligera, lo sé, pero sin embargo, natural.

—¿Al menos, tendremos otra vez este placer, nos lo promete? —preguntó la condesa.

Montecristo se inclinó sin responder, aunque esta inclinación podía pasar por un asentimiento.

—Entonces no lo detengo, caballero —dijo la condesa—, porque no quiero que mi reconocimiento sea indiscreción.

—Querido conde —dijo Alberto—, si quiere, voy a pagarle en París su amable favor de Roma, y poner mi coupé a su disposición hasta que tenga tiempo de arreglar sus carruajes.

—Un millón de gracias por su bondad, vizconde —dijo Montecristo—, pero presumo que el señor Bertuccio habrá empleado las cuatro horas y media que acabo de dejarle y que hallaré en la puerta un carruaje preparado.

Alberto estaba acostumbrado a los modales del conde; sabía que iba como Nerón en busca de lo imposible y no se asombraba de nada, pero quería juzgar por sí mismo de qué modo habían sido ejecutadas las órdenes, y lo acompañó hasta la puerta de su casa.

Montecristo no se había equivocado. Apenas se presentó en la antesala, un lacayo, el mismo que en Roma fue a llevar la carta de los dos jóvenes, y a anunciarles su visita, se había lanzado fuera del peristilo, de suerte que al llegar al pie de la escalera, el ilustre viajero halló efectivamente su carruaje esperándolo.

Era un coupé, acabado de salir de los talleres de Keller, y un tiro por el que Drake había rehusado la víspera dieciocho mil reales.

—Caballero —dijo el conde a Alberto—, no le propongo que me acompañe a mi casa, pues no podría mostrarle más que una casa improvisada. Concédame un solo día, y entonces lo invitaré a ella. Estaré más seguro de no faltar a las leyes de la hospitalidad.

—Si pide un día, estoy tranquilo, no será entonces una casa la que

me muestre, será un palacio. Desde luego, tiene algún genio a su disposición.

—Créalo así —dijo Montecristo poniendo el pie en el estribo, forrado de terciopelo, de su espléndido carruaje—, esto me pondrá bien con las damas.

Y entró en su carruaje, que partió rápidamente, pero no tanto que no viera el movimiento imperceptible que hizo temblar la colgadura del salón donde había dejado a Mercedes. Cuando Alberto entró en el aposento de su madre, vio a la condesa hundida en un gran sillón de terciopelo, sumido en la penumbra todo el cuarto, apenas pudo distinguir Alberto las facciones de su madre, pero le pareció que su voz estaba alterada. También distinguió entre los perfumes de las rosas y de los heliotropos del florero, el olor acre de las sales de vinagre sobre una de las copas cinceladas de la chimenea. Efectivamente, el pomo de la condesa atrajo la inquieta atención del joven.

—¿Sufre, madre mía? —exclamó entrando—. ¿Se ha puesto mala durante mi ausencia?

—¿Yo?, no, Alberto. Pero ya comprenderá que estas rosas y estas flores exhalan durante estos primeros calores, a los cuales no estoy acostumbrada, tan intenso perfume...

—Entonces, madre mía —dijo Morcef, tirando del cordón de la campanilla—, es preciso llevarlas a su antesala. Está indispuesta; cuando entró estaba ya muy pálida.

—¿Que estaba pálida dice, Alberto?

—Con una palidez que le sienta a las mil maravillas, madre mía, pero que no por eso nos ha asustado menos a mi padre y a mí.

—¿Le ha hablado de ello su padre? —preguntó vivamente Mercedes.

—No, señora; pero a usted, recuérdelo, le hizo esta observación.

—No lo recuerdo —dijo la condesa.

Un criado entró; acudía al ruido de la campanilla.

—Lleve esas flores a la antesala o al gabinete de tocador —dijo el vizconde—, hacen mal a la señora condesa.

El criado obedeció.

Hubo un momento de silencio, que duró todo el tiempo necesario

para dar cumplimiento a esta orden.

—¿Qué nombre es ese de Montecristo? —preguntó la condesa, así que el criado hubo llevado el último vaso de flores—. ¿Es algún nombre de familia, de tierra, un simple título?

—Me parece, madre mía, que es un título y nada más. El conde ha comprado una isla en el archipiélago toscano, y ha fundado un pequeño reino, según él decía esta mañana. Ya sabe que eso se suele hacer por San Esteban de Florencia, por San Jorge Constantino de Parma y aun por la Orden de Malta. Aparte de ello, no tiene ninguna pretensión de nobleza, y se llama conde de casualidad, aunque la opinión general en Roma es que el conde es un gran señor.

—Sus maneras son excelentes —repuso la condesa—, por lo menos según lo que he podido juzgar en los breves instantes que ha permanecido aquí.

—¡Oh!, perfectas, madre mía. Tan perfectas, que sobrepujan en mucho a todo lo más aristocrático que yo he conocido en las tres noblezas principales, es decir, en la nobleza inglesa, la española y la alemana.

La condesa reflexionó un momento, después replicó:

—¿Ha visto, mi querido Alberto..., es una pregunta de madre la que le dirijo..., ha visto al señor de Montecristo en su interior? Tiene perspicacia, tiene mundo, más de lo que ordinariamente se tiene a su edad, ¿cree que el conde sea lo que aparenta en realidad?

—¿Y qué le parece?

—Usted lo ha dicho hace un instante, un gran señor.

—Le he dicho, madre mía, que lo tenía por tal.

—Pero usted, ¿qué opina, Alberto?

—Yo no tengo opinión fija acerca de él, lo creo maltés.

—No le pregunto sobre su origen, le pregunto sobre su persona.

—¡Ah!, sobre su persona, eso es otra cosa. He visto tantas cosas extrañas en él, que si quiere que le diga lo que pienso, le responderé que le miraría como a uno de los personajes de Byron, a quienes la desgracia ha marcado con un sello fatal. Algún Manfredo, algún Lara, algún Werner, como uno de esos restos, en fin, de alguna familia antigua que, desheredados de su fortuna paterna,

han encontrado una por la fuerza de su genio aventurero, que les ha hecho superiores a las leyes de la sociedad.

—¿Qué está diciendo...?

—Digo que Montecristo es una isla en medio del Mediterráneo, sin habitantes, sin guarnición, guarida de contrabandistas de todas las naciones, de piratas de todos los países. ¿Quién sabe si estos dignos industriales pagarán a su señor un derecho de asilo?

—Es posible —dijo la condesa pensativa.

—Pero no importa —replicó el joven—, contrabandista o no, convendrá, madre mía, puesto que le ha visto, en que el señor conde de Montecristo es un hombre notable, en que causará sensación en los salones de París y, escuche, esta mañana en mi cuarto inició su entrada en el mundo dejando estupefactos a todos los que allí estaban, incluso a Château-Renaud.

—¿Y qué edad podrá tener el conde? —inquirió Mercedes, dando visiblemente gran importancia a esta pregunta.

—Tiene de treinta y cinco a treinta y seis años, madre mía.

—Tan joven es imposible —dijo Mercedes, respondiendo al mismo tiempo a lo que le decía Alberto, y a lo que le decía su pensamiento.

—No obstante, es verdad, tres o cuatro veces me ha dicho, y seguramente sin premeditación, en tal época yo tenía cinco años, en otra tenía diez, en aquella doce. Yo, que por mi curiosidad estaba alerta siempre que hablaba de estos detalles, reunía las fechas, y jamás le cogí en falta. La edad de este hombre singular, que no tiene edad, es treinta y cinco años todo lo más. Recuerde, madre mía, cuán viva es su mirada, cuán negros sus cabellos, y su frente, aunque pálida, no tiene una arruga. Es una naturaleza no solamente vigorosa, sino joven.

La condesa bajó la cabeza, como agobiada por amargos pensamientos.

—¿Y ese hombre es un amigo verdadero?

—Yo así lo creo.

—¿Y usted... lo aprecia también?

—Me resulta simpático, diga lo que quiera Franz d’Epinay, que quería hacerlo pasar a mis ojos por un hombre venido del otro mundo.

La condesa hizo un movimiento de terror.

—Alberto —dijo con voz alterada—, siempre le he encargado que tenga mucho cuidado con las personas recién conocidas. Ahora es un hombre y me podría dar consejos; sin embargo, sea prudente, Alberto.

—Pero sería necesario, querida madre, para poder aprovechar el consejo, saber de qué tengo que desconfiar. El conde no juega nunca, no bebe más que agua, dorada con una gota de vino de España; el conde se ha anunciado rico y en efecto lo es, ¿qué quiere, pues, que tema del conde?

—Tiene razón —dijo la condesa—, y mis temores son infundados tratándose de un hombre que le ha salvado la vida. A propósito, ¿lo ha recibido bien su padre? Es importante que estemos más que amables con el conde. El señor de Morcef está ocupado a veces, sus negocios le disgustan y podría ser que sin querer...

—Mi padre ha estado perfecto, señora —interrumpió Alberto— diré más: ha parecido infinitamente lisonjeado por dos o tres cumplidos que le ha dirigido tan a propósito el conde, como si le hubiera conocido hace treinta años. Cada una de estas flechas lisonjeras han debido agradar a mi padre —añadió Morcef riendo—, de suerte que se han separado siendo los mejores amigos del mundo y el señor de Morcef quería llevarle a la Cámara para hacer que oyese su discurso.

La condesa no respondió. Se hallaba absorta en una meditación tan profunda que sus ojos se habían cerrado poco a poco. El joven, en pie delante de ella, la miraba con ese amor filial más tierno y afectuoso en los hijos cuyas madres son aún hermosas, y después de haber visto cerrarse sus ojos, la escuchó respirar un instante en su dulce inmovilidad, y creyéndola dormida se alejó de puntillas, abriendo sigilosamente la puerta del aposento.

—Este diablo de hombre —murmuró moviendo la cabeza—, yo ya había predicho que haría sensación en el mundo; mido su efecto por un termómetro infalible. Mi madre ha puesto mucho la atención en él, por tanto debe ser notable.

Y descendió a las caballerizas, no sin cierto despecho secreto, de que sin malicia alguna, el conde de Montecristo había logrado tener

un tiro de caballos mejor que el suyo, el cual desmerecería mucho en la opinión de los entendidos.

—Decididamente —dijo—, los hombres no son iguales, es preciso suplicar a mi padre que aclare este teorema en la Cámara Alta.

Capítulo tres: El señor Bertuccio

Entretanto, el conde había llegado a su casa. Seis minutos había tardado en ello, suficientes para que fuese visto por más de veinte jóvenes que, conociendo el precio del tiro de caballos que ellos no habían podido comprar, habían puesto sus cabalgaduras al galope para poder ver al opulento señor que usaba caballos de diez mil francos cada uno.

La casa elegida por Alí, y que debía servir de residencia a Montecristo, estaba situada a la derecha subiendo por los Campos Elíseos, colocada entre un patio y jardín; una plazoleta de árboles muy espesos que se elevaban en medio del patio, cubrían una parte de la fachada, alrededor de esta plazoleta se extendían como dos brazos, dos alamedas que conducían desde la reja a los carruajes a una doble escalera, sosteniendo en cada escalón un jarrón de porcelana lleno de flores. Esta casa aislada en mitad de un ancho espacio tenía además de la entrada principal otra entrada que caía a las calles de Pont Ruén.

Antes de que el cochero hubiese llamado al portero, la reja maciza giró sobre sus goznes. Habían visto venir al conde, y en París como en Roma, como en todas partes, se le servía con la rapidez del relámpago. El cochero entró, pues, describió el semicírculo, y la reja estaba ya cerrada cuando las ruedas rechinaban aún sobre la arena de la calle de árboles.

El carruaje se paró a la izquierda de la escalera. Dos hombres se presentaron en la portezuela, uno era Alí, que sonrió con alegría al ver a su señor, y que fue pagado con una agradecida mirada de Montecristo.

El otro saludó humildemente y presentó su brazo al conde para ayudarlo a bajar del carruaje.

—Gracias, señor Bertuccio —dijo el conde saltando ágilmente del carruaje—. ¿Y el notario?

—Está en el saloncito, excelencia —respondió Bertuccio.

—¿Y las tarjetas que le he mandado grabar en cuanto supiese el número de la casa?

—Ya está hecho, señor conde; he estado en casa del mejor grabador del Palacio Real, que grabó la plancha delante de mí. La primera que tiraron fue llevada en seguida a casa del señor barón Danglars, diputado, calle de la Chaussée d'Antin, número 7; las otras están sobre la chimenea de la alcoba de su excelencia.

—Bien, ¿qué hora es?

—Las cuatro.

Montecristo entregó sus guantes, su sombrero y su bastón al mismo lacayo francés que se había lanzado fuera de la antesala del conde de Morcef para llamar al carruaje. Luego pasó al saloncito conducido por Bertuccio, que le mostró el camino.

—Vaya una pobreza de mármoles en esta antesala; espero que los cambien inmediatamente.

Bertuccio se inclinó.

El notario esperaba en el salón, tal como había dicho el mayordomo.

Era un hombre de fisonomía honrada y pacífica.

—¿Es usted el notario encargado de vender la casa de campo que yo quiero comprar? —preguntó Montecristo.

—Sí, señor conde —respondió el notario.

—¿Está preparada el acta de venta?

—Sí, señor conde.

—¿La ha traído?

—Aquí la tiene.

—Muy bien. ¿Dónde está la casa que compro? —dijo el conde dirigiéndose a Bertuccio y al notario.

El mayordomo hizo un gesto que significaba: No sé.

El notario miró a Montecristo sorprendido.

—¡Cómo! —dijo—. ¿No sabe el señor conde dónde está la casa

que compra?

—No.

—¿No tiene el señor conde la menor idea de su situación?

—¿Y cómo había de saberlo? Acabo de llegar de Cádiz esta mañana, jamás he estado en París, esta es la primera vez que pongo el pie en Francia.

—Entonces, la cosa cambia —respondió el notario—. La casa que el señor conde compra está situada en Auteuil.

A estas palabras, Bertuccio palideció visiblemente.

—¿Y dónde está Auteuil? —preguntó Montecristo.

—A dos pasos de aquí, señor conde —respondió el notario—, un poco después de Passy, en una situación magnífica en medio del bosque de Bolonia.

—¡Tan cerca! —dijo Montecristo—. Pero eso no es campo. ¿Como diablos me ha ido a escoger una casa a las puertas de París, señor Bertuccio?

—¡Yo! —exclamó el mayordomo turbado—, no, seguramente no es a mí a quien el señor conde encargó que le eligiese una casa. Procure recordar el señor conde, busque en su memoria, reúna sus ideas.

—¡Ah!, es verdad —dijo Montecristo—, ahora recuerdo que he leído este anuncio en un periódico, y me he dejado seducir por este título: *Casa de campo.*

—Aún es tiempo —dijo vivamente Bertuccio—, y si su excelencia quiere que busque otra, la encontraré mucho mejor, en Enghien, en Fontenay-aux-Roses, o en Bellevue.

—No, no —dijo Montecristo con tono despectivo—, puesto que ya tengo esta, la conservaré.

—Y hace bien —dijo vivamente el notario, temiendo perder sus ganancias—, es una propiedad muy hermosa: aguas cristalinas y abundantes, bosques espesos, habitaciones cómodas, aunque descuidadas hace tiempo, sin contar con los muebles que, aunque un poco antiguos, tienen valor, sobre todo hoy día en que solo se buscan las cosas antiguas. Perdone, pero creo que el señor conde tendrá el gusto de la época.

—Hable, hable —dijo Montecristo—, ¿es cosa conveniente?

—¡Ah!, señor, mucho mejor: es magnífica.
—Entonces no hay que desperdiciar esta ocasión —dijo Montecristo—; el contrato, señor notario.
Y firmó rápidamente, después de haber echado una ojeada hacia el sitio donde estaban indicados los nombres de los propietarios y la situación de la casa.
—Bertuccio —dijo—, entregue cincuenta y seis mil francos a este caballero.
El mayordomo salió con paso no muy seguro, y volvió con un fajo de billetes de banco que el notario contó como un hombre poco acostumbrado a recibir el dinero con tanta puntualidad.
—Y ahora —preguntó el conde—, ¿están cumplidas todas las formalidades?
—Todas, señor conde.
—¿Tiene las llaves?
—Las tiene el portero que guarda la casa, pero aquí tiene la orden que le he dado de instalarle en su nueva propiedad.
—Muy bien.
Y Montecristo hizo al notario un movimiento que quería decir: "Ya no tengo necesidad de usted. Puede retirarse".
—Pero —exclamó el honrado notario—, el señor conde se ha engañado, me parece. Comprendido todo, no son más que cincuenta y cinco mil francos.
—¿Y sus honorarios?
—Están incluidos en esta suma, señor conde.
—¿Pero no ha venido de Auteuil aquí?
—¡Oh!, ¡claro está!
—Pues bien, es preciso pagarle su molestia —dijo el conde. Y le despidió con una mirada.
El notario salió lentamente, haciendo una reverencia hasta el suelo, a cada paso que daba. Era la primera vez, desde el día que empezó la carrera, que encontraba semejante cliente.
—Acompañe a este caballero —dijo el conde a Bertuccio.
Y el mayordomo salió detrás del notario.
Tan pronto como el conde estuvo solo, sacó de su bolsillo una cartera con cerradura, que abrió con una llavecita que llevaba al

cuello, y de la que no se separaba nunca.

Tras haber examinado un momento los papeles que contenía, su vista se detuvo en una hoja en la que había varias notas. Comparó estas con el acta de venta que había puesto sobre la mesa y se quedó reflexionando un momento.

—Auteuil, calle de La Fontaine, número 30, esto es —dijo— Ahora, ¿deberé arrancar esa confesión por el terror religioso o por el terror físico? Dentro de una hora lo sabré todo. ¡Bertuccio! —exclamó dando un golpe con una especie de martillo sobre un timbre, que produjo un sonido agudo y sonoro—. ¡Bertuccio!

El mayordomo acudió en seguida.

—Señor Bertuccio —dijo el conde—, ¿no me ha dicho otras veces que había viajado por Francia?

—Por ciertas partes de Francia, sí, excelencia.

—¿Sin duda conocerá los alrededores de París?

—No, excelencia, no —respondió el mayordomo con cierto temblor nervioso, que Montecristo, experto en cuanto a emociones, atribuyó con razón a viva inquietud.

—Siento que no haya visitado los alrededores de París —le dijo—, porque quiero visitar esta tarde mi nueva propiedad, y viniendo conmigo hubiera podido darme útiles informes.

—¡A Auteuil! —exclamó Bertuccio, cuya tez tostada se volvió casi lívida—. ¡Yo ir a Auteuil!

—¿Y qué tiene eso de particular? Cuando yo viva allí será preciso que venga conmigo, puesto que forma parte de la casa.

Bertuccio bajó la cabeza ante la imperiosa mirada de su señor, y permaneció inmóvil sin responder.

—¡Ah! ¿Qué le sucede? ¿Va a hacerme llamar por segunda vez para el carruaje? —dijo Montecristo con el tono en que Luis XIV pronunció aquella frase: “¡He tenido que esperar!”.

Bertuccio se lanzó a la antesala, y gritó con voz ronca:

—Los caballos de su excelencia.

Montecristo escribió dos o tres esquelas; cuando hubo cerrado la última, volvió a presentarse el mayordomo.

—El carruaje de su excelencia está a la puerta —dijo.

—Pues bien, tome sus guantes y su sombrero —dijo Montecristo.

—¿Pues qué? ¿Debo ir con el señor conde? —exclamó Bertuccio exasperado.

—Sin duda, es preciso que dé sus órdenes, puesto que quiero habitar aquella casa.

No era posible replicar; así, pues, el mayordomo, sin pronunciar una palabra, siguió a su señor, que subió al carruaje haciéndole seña de que lo siguiese.

El mayordomo se sentó respetuosamente sobre la banqueta delantera.

Capítulo cuatro: La casa de Auteuil

Al bajar la escalera, Montecristo había observado que Bertuccio se había persignado a la manera de los corsos, es decir, cortando el aire en forma de cruz con el pulgar, y que al tomar asiento en el carruaje había murmurado una breve oración. Cualquier otro que fuera un hombre curioso hubiese tenido compasión de la singular repugnancia manifestada por el digno intendente para el paseo premeditado extramuros por el conde, pero según parece, este era demasiado curioso para poder dispensar a Bertuccio de tal viaje.

En veinte minutos estuvieron en Auteuil. La emoción del mayordomo iba en aumento. Al entrar en el pueblo, Bertuccio, arrimado a un rincón del coche, comenzó a examinar con una emoción febril todas las casas por delante de las cuales pasaban.

—Parará en la calle de La Fontaine, número 28 —dijo el conde, fijando despiadadamente su mirada sobre el mayordomo, al cual daba esta orden.

La frente de Bertuccio estaba bañada en sudor, y sin embargo obedeció e inclinándose fuera del carruaje, gritó al cochero:

—Calle de La Fontaine, número 28.

Este número 28 estaba situado en un extremo del pueblo. Durante el viaje había ido oscureciendo, como si se hiciera de noche, o más bien una nube negra, cargada de electricidad, daba a estas tinieblas

la apariencia y solemnidad de un episodio dramático. El carruaje se detuvo, y el lacayo se precipitó a la portezuela para abrirla.
—Y bien —dijo el conde—, ¿no se baja, señor Bertuccio? ¿Se queda dentro? ¿En qué diablos piensa hoy?
Bertuccio se precipitó por la portezuela, y presentó su hombro al conde, quien se apoyó esta vez y bajó uno a uno los tres escalones del estribo.
—Vaya a llamar —dijo el conde—, y anúncieme.
Bertuccio llamó, la puerta se abrió y apareció el portero.
—¿Quién es? —preguntó.
—Es su nuevo amo —y presentó al portero el billete de reconocimiento, entregado por el notario.
—¿Luego se ha vendido la casa? —preguntó el portero—, ¿y es este caballero quien viene a habitarla?
—Sí, amigo mío —dijo el conde—, y procuraré hacer todo lo posible por que quede contento de su nuevo amo.
—¡Oh!, caballero —dijo el portero—; al otro propietario lo veíamos rara vez. Hace más de cinco años que no ha venido, y bien ha hecho en vender una casa que no le servía de nada.
—¿Y cómo se llamaba su antiguo amo? —preguntó Montecristo.
—¡El señor marqués de Saint Meran! —respondió el portero.
—¡El marqués de Saint Meran! —repitió Montecristo—. Me parece que este nombre no me es desconocido —dijo el conde—. El marqués de Saint Meran...
Y pareció reunir sus ideas.
—Un miembro de la antigua nobleza —continuó el conserje—. Un fiel servidor de los Borbones; tenía una hija única que casó con el señor de Villefort, que ha sido procurador del rey en Nimes y después en Versalles.
Montecristo dirigió una mirada a Bertuccio, al que encontró más lívido que la pared contra la cual se apoyaba para no caer.
—¿Y ese señor no ha muerto? —preguntó Montecristo—, me parece haberlo oído decir.
—Sí, señor, hace veintiún años, y desde este tiempo no hemos vuelto a ver ni tres veces al pobre marqués.
—Gracias, muchas gracias —dijo Montecristo, juzgando por la

postración del mayordomo que ya no podía tirar de aquella cuerda sin temor de romperla—. Deme una luz.

—¿Lo he de acompañar?

—No, es inútil. Bertuccio me alumbrará.

Y el conde acompañó estas palabras con el sonido de dos piezas de oro que hicieron deshacerse al conserje en bendiciones y suspiros.

—¡Ah, caballero! —dijo el conserje después de haber buscado inútilmente sobre la chimenea—, es que aquí no tengo bujías.

—Tome una de las linternas del carruaje, Bertuccio, y muéstreme las habitaciones —dijo el conde.

El mayordomo obedeció sin hacer ninguna observación, pero era fácil ver en el temblor de la mano que sostenía la linterna cuánto le costaba obedecer.

Recorrieron un piso bajo bastante grande, un piso principal compuesto de un salón, un cuarto de baño y dos alcobas. Por una de estas alcobas se iba a una escalera de caracol que conducía al jardín.

—¡Aquí hay una escalera! —dijo el conde—. Esto es bastante cómodo. Alúmbreme, señor Bertuccio, pase adelante y veamos adónde nos lleva esta escalera.

—Señor —dijo Bertuccio—, conduce al jardín.

—¿Y cómo lo sabe?

—Es decir, esto es lo que yo creo...

—Bien, vamos a cerciorarnos de ello.

Bertuccio lanzó un suspiro y pasó delante.

La escalera desembocaba efectivamente en el jardín.

En la puerta exterior se paró el mayordomo.

—Vamos, señor Bertuccio —dijo el conde.

Pero este estaba anonadado, casi sin conocimiento. Sus ojos buscaban a su alrededor como las huellas de algo terrible, y con las manos crispadas parecía apartar de su memoria recuerdos espantosos.

—¿Qué es eso? —insistió el conde.

—No, no —exclamó Bertuccio colocando la linterna en el ángulo de la pared interior—. No, señor, no iré más lejos, es imposible.

—¿Qué dice? —articuló la irresistible voz de Montecristo.
—¿Pero no ve, señor —exclamó el mayordomo—, que no es cosa normal que teniendo una casa que comprar en París, la compre justamente en Auteuil, y haya de ser el número 28 de la calle de La Fontaine? ¡Ah! ¿Por qué no se lo he contado todo, señor? Tal vez no hubiera exigido que viniese. Yo esperaba que sería otra la casa del señor conde. ¡Como si no hubiese otra casa en Auteuil que la del asesinato!
—¡Oh! ¡Oh! —exclamó Montecristo parándose de repente—. ¡Qué palabra acaba de pronunciar! ¡Diablo de hombre! ¡Corso maldecido! ¡Siempre misterios o supersticiones! Vamos, tome esa linterna y visitemos el jardín, conmigo espero que no tenga miedo.
Bertuccio recogió la linterna y obedeció. La puerta, al abrirse, descubrió un cielo opaco, en el que la luna pugnaba en vano contra un mar de nubes que la cubrían con sus olas sombrías que iluminaban un instante, y que iban a perderse en seguida, más sombrías aún, en las profundidades del firmamento.
El mayordomo Bertuccio quiso tomar un sendero de la izquierda.
—No, no, por allí no —dijo Montecristo—, ¿a qué seguir por las calles de árboles? Aquí se distingue una plazoleta, sigamos de frente.
Bertuccio se enjugó el sudor que corría por su frente, pero obedeció. Sin embargo, continuaba inclinándose a la izquierda. Montecristo seguía la derecha, y cuando hubo llegado junto a unos cuantos árboles corpulentos y añosos, se detuvo.
El mayordomo no pudo ya contenerse por más tiempo.
—Aléjese, señor —exclamó—, aléjese, se lo suplico. Está justamente en el lugar...
—¿En qué lugar?
—En el lugar donde cayó.
—Querido señor Bertuccio —dijo Montecristo riendo—, vuelva en sí, se lo ruego, aquí no estamos en Sartène o en Corte. Esto no es un bosque, sino un jardín inglés, y no sé por qué tiene tanta repugnancia en seguirlo.
—¡Señor! ¡No se quede ahí...!
—Creo que se vuelve loco, maese Bertuccio —dijo fríamente el

conde—; si es así, avíseme, porque le haré encerrar en una jaula antes de que suceda una desgracia.

—¡Ay!, excelencia —dijo Bertuccio moviendo la cabeza y cruzando las manos con una actitud que hiciera reír al conde si reflexiones de mayor importancia no le ocupasen en este momento y no le hubiesen hecho prestar atención a las menores palabras de su mayordomo—. ¡Ay, excelencia, la desgracia ha ocurrido...!

—Señor Bertuccio —dijo el conde—, me agrada el ver retorcerle los brazos y abrir unos ojos de condenado, y siempre he notado que solo hacen tantas contorsiones los que tienen algún secreto. Yo sabía que era corso, sabía que era taciturno, y algunas veces hablaba entre dientes de alguna historia de venganza, y esto ocurre solamente en Italia, porque estas cosas están de moda en aquel país, pero en Francia el asesinato es de muy mal gusto, hay gendarmes que se ocupan de él, jueces que lo condenan y cadalsos que se ocupan de vengarlo.

Bertuccio cruzó las manos, y como al ejecutar estas diferentes evoluciones no había dejado su linterna, la luz iluminó su rostro desencajado.

Montecristo lo examinó con la misma mirada con que había examinado en Roma el suplicio de Andrés; luego, con un tono que hizo estremecer al pobre mayordomo, dijo:

—Luego mintió el abate Busoni, cuando después de su viaje a Francia en 1829 le envió a mí con una carta en la que me recomendaba sus buenas prendas. ¡Y bien!, voy a escribir al abate, lo haré responsable de su protegido y sin duda sabré toda la historia de su asesinato. Solamente le advierto, señor Bertuccio, que cuando habito en un país estoy acostumbrado a conformarme con sus leyes, y que no tengo ganas de andar con problemas y enredos con la justicia de Francia.

—¡Oh!, no haga eso, excelencia; le he servido fielmente, ¿no es verdad? —exclamó Bertuccio desesperado—, siempre he sido hombre honrado, y he hecho todo el bien que he podido.

—No digo lo contrario —replicó el conde—, pero ¿por qué diablos está tan agitado? Esa es mala señal; una conciencia pura no pone las mejillas tan pálidas...

—Pero, señor conde —dijo vacilando Bertuccio—, ¿no me ha dicho usted mismo que el abate Busoni, que oyó mi confesión en las prisiones de Nimes, le había advertido al enviarme a su casa, que tenía una acción sola que reprenderme?

—Sí, pero como se dirigía a mí diciéndome que sería un mayordomo excelente, creí que su único delito había sido el robo.

—¡Oh!, señor conde —exclamó Bertuccio, con desprecio.

—Porque como era corso no pudo resistir a la tentación de *hacer una piel,* como suele decirse en nuestro país, cuando al contrario, se le deshace una.

—¡Pues bien!, sí, excelencia; sí, mi buen señor, es cierto —exclamó Bertuccio, arrojándose a los pies del conde—; sí, es una venganza, lo juro, solo una venganza.

—Comprendo, pero lo que no comprendo es que esta casa sea justamente la que le galvanice hasta tal punto.

—Pero, señor, es muy natural —replicó Bertuccio—, puesto que la venganza fue ejecutada en esta misma casa.

—¡Cómo! ¿Esta casa?

—¡Oh!, excelencia, aún no era suya...

—¿Pero de quién era? El portero nos ha dicho que del marqués de Saint Meran. ¿Pero por qué diablos tenía que vengarse del marqués de Saint Meran?

—¡Oh!, no era de él, señor, era de otro.

—Vaya un encuentro extraño —dijo Montecristo, pareciendo ceder a sus reflexiones—, que le halle por casualidad, sin preparación alguna, en una casa donde ha pasado lo que le causa tan espantosos remordimientos.

—Señor —dijo el mayordomo—, todo esto es debido a la fatalidad, estoy seguro. Primero compra una casa justamente en Auteuil, esta casa es la misma donde yo cometí el asesinato. Baja al jardín, justamente por una escalera por donde él bajó. Se detiene justamente en el lugar donde él recibió el golpe. A dos pasos, debajo de ese plátano, estaba la fosa donde acababa de enterrar al niño. Todo eso no es casualidad, esto es la Providencia.

—Pues bien. Veamos, señor corso, supongamos que sea la Providencia, yo supongo siempre lo que quiero, además, a los

espíritus débiles es preciso concederles todo lo que deseen. Vamos, reúna sus ideas y cuénteme eso.

—Solamente lo he contado una vez, señor, y fue al abate Busoni. Tales cosas —añadió Bertuccio moviendo la cabeza—, no se dicen más que bajo el sello de la confesión.

—Entonces, mi querido Bertuccio —dijo el conde—, le agradará que lo envíe a su confesor. Con él se hará cartujo o bernardo, y hablará de sus secretos. Pero yo tengo miedo de un hombre que se asusta de semejantes fantasmas, no me gusta que mis servidores tengan miedo de pasearse por la noche en mi jardín; después, lo confieso, me haría muy poca gracia la visita de algún comisario de policía, porque, sépalo, maese Bertuccio, en Italia no se paga la justicia si no se calla, pero en Francia no se la paga, al contrario, sino cuando habla. ¡Diablos!, lo creía un poco más corso, un gran contrabandista, un hábil mayordomo, pero veo que tiene otras cuerdas en su arco. ¡Señor Bertuccio, queda despedido!

—¡Oh! ¡Señor, señor! —exclamó el mayordomo aterrado ante esta amenaza—. ¡Oh!, si no se necesita más que eso para quedar a su servicio, hablaré, lo diré todo, y si me separo de usted, será para ir al cadalso!

—Eso es diferente —dijo Montecristo—, pero si quiere mentir, reflexiónelo, más vale que no me diga nada.

—¡No, señor!, se lo juro por la salvación de mi alma, se lo diré todo, porque el abate Busoni no ha sabido más que una parte de mi secreto, pero primero, se lo suplico, apártese de ese plátano; mire, la luna va a salir, y ahí colocado como está, envuelto en esa capa que me oculta su cuerpo que se asemeja al del señor Villefort...

—¡Cómo! —exclamó Montecristo—, es al señor de Villefort...

—¿Lo conocía acaso su excelencia?

—¿El antiguo procurador de Nimes?

—Sí.

—¿Que se casó con la hija del marqués de Saint Meran?

—Eso es.

—¡Y que tenía la reputación del magistrado más honrado, más severo, más rígido...!

—Pues bien, señor —exclamó Bertuccio—, ese hombre de una

reputación tan sólida e intachable...

—¡Continúe!

—¡Era un infame!

—¡Bah! —dijo Montecristo—, eso es imposible.

—Es la pura verdad.

—¿Sí...? —dijo Montecristo—, ¿y tiene pruebas de ello?

—Tenía una, por lo menos.

—¿Y la ha perdido? ¡Es bien torpe!

—Sí, pero buscándola bien, podremos encontrarla.

—¡Bien! ¡Bien!, ahora cuénteme eso, señor Bertuccio, porque le digo que realmente me va interesando todo este asunto.

Y el conde, tarareando un aria de *Lucia,* se fue a sentar en un banco, mientras que Bertuccio lo seguía, reuniendo sus ideas.

Bertuccio permaneció en pie delante del conde.

Capítulo cinco: La vendetta

—¿Por dónde quiere el señor conde que empiece a contar los sucesos? —preguntó Bertuccio.

—Por donde quiera —dijo Montecristo—, pues no sé absolutamente nada de todo ello.

—Sin embargo, yo creía que el abate Busoni se lo había contado a su excelencia.

—Sí, algunos detalles, sin duda, pero han pasado siete u ocho años y lo he olvidado todo.

—Entonces puedo, sin temor de fastidiar a su excelencia.

—Hable, señor Bertuccio, hable; de algún modo he de pasar la noche.

—Los sucesos se remontan a 1815.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo Montecristo—, no es ayer mismo, que digamos.

—No, señor, y sin embargo, los menores detalles los tengo tan presentes como si hubiesen sucedido ayer. Yo tenía una hermana y un hermano mayor, que estaba al servicio del emperador. Era

teniente de un regimiento compuesto enteramente de corsos. Este hermano era mi único amigo. Habíamos quedado huérfanos, yo a los cinco años y él a los dieciocho. Me había criado como a un hijo. En 1814, en tiempo de los borbones, se había casado. El emperador salió de la isla de Elba, y mi hermano continuó a su servicio y, herido ligeramente en Waterloo, se retiró con el ejército detrás del Loira.

—Pero esa historia de los Cien Días que me cuenta, señor Bertuccio, la he oído ya, si no me equivoco.

—Perdone, excelencia, pero estos primeros detalles son necesarios, y me ha prometido tener paciencia.

—¡Prosiga!, ¡prosiga!, cumpliré mi palabra.

—Un día recibimos una carta. Debo decirle que habitábamos en la pequeña aldea de Rogliano, en la extremidad del cabo Corso. Esta carta era de mi hermano. Nos decía que el ejército estaba licenciado, y que volvía por Chateau-Roux, Clermond-Ferrand, Le Puy y Nimes. Si tenía algún dinero me suplicaba que lo mandase a Nimes a casa de un fondista conocido nuestro, con el cual tenía yo algunas relaciones.

—De contrabando —respondió Montecristo.

—¡Pero, por Dios, señor conde! ¡Uno ha de ganarse la vida!

—Ciertamente; continúe, pues.

—Yo amaba tiernamente a mi hermano, ya se lo he dicho, excelencia; así, decidí no enviarle el dinero, sino llevárselo yo mismo. Poseía mil francos, dejé quinientos a Assunta, que era mi cuñada, tomé los quinientos restantes y me puse en camino a Nimes. Era cosa fácil, tenía mi barca un cargamento que hacer en el mar, todo secundaba mi proyecto. Pero hecho el cargamento, sopló viento contrario, de modo que estuvimos cuatro o cinco días sin poder entrar en el Ródano. Por fin lo conseguimos, llegamos hasta Arlés, dejé el barco entre Bellegarde y Beaucaire y me dirigí a Nimes.

—Y llegó, ¿no es así?

—Sí, señor, discúlpeme, pero como ve su excelencia, no digo más que las cosas absolutamente necesarias. Fuera de esto, era el momento en que tenían lugar los famosos asesinatos del Mediodía. Había allí dos o tres bandidos llamados Trestaillón, Truphemy y

Graffan, que degollaban por las calles a todos los presuntos bonapartistas. Sin duda, el señor conde habrá oído hablar de estos asesinatos.

—Vagamente, estaba muy lejos de Francia en esa época. Continúe.

—Al entrar en Nimes, se caminaba pisando sangre. A cada paso se encontraban cadáveres, los asesinos organizados por bandas. Ante esta carnicería me entró miedo, no por mí; yo, simple pescador corso, no tenía gran cosa que temer, al contrario, aquel tiempo era bueno para nosotros, los contrabandistas, pero por mi hermano, por mi hermano, que era soldado del Imperio, que volvía del ejército del Loira con su uniforme y sus charreteras, y que por consiguiente tenía que temerlo todo. Corrí a la casa de nuestro fondista; mis presentimientos no me habían engañado. Mi hermano había llegado a Nimes y a la puerta misma del que iba a pedir hospitalidad, había sido asesinado. Pregunté a todo el mundo acerca de los asesinos, pero nadie se atrevía a decirme sus nombres, tan temidos eran. Pensé entonces en la justicia francesa, de que me habían hablado tanto, que no teme nada, y me presenté en casa del procurador del rey.

—Y ese procurador del rey ¿se llamaba Villefort? —preguntó el conde de Montecristo.

—Sí, excelencia. Venía de Marsella, en donde había sido sustituto. Su celo le había valido el ascenso. Decían que fue uno de los primeros que anunció al Gobierno el desembarco en la isla de Elba.

—Pero —interrogó Montecristo—, ¿usted se presentó en su casa?

—Señor —le dije yo—, mi hermano fue asesinado ayer en las calles de Nimes, yo no sé por quién, pero es su obligación saberlo. Usted es aquí el jefe de la justicia, y a la justicia toca vengar a los que no ha sabido defender.

»—¿Y qué era su hermano? —preguntó el procurador del rey.

»—Teniente del batallón corso.

»—Entonces, un soldado del usurpador, ¿no es eso?

»—Un soldado de los ejércitos franceses.

»—¡Y bien! —replicó—, se ha servido de la espada y ha perecido por la espada.

»—Se equivoca; ha perecido por el puñal.
»—¿Qué quiere que haga? —respondió el magistrado.
»—Ya se lo he dicho, quiero que lo vengue.
»—¿Y de quién?
»—De sus asesinos.
»—¿Acaso los conozco yo?
»—Mande que los busquen.
»—¿Para qué? Su hermano habrá tenido alguna querella, y se habrá batido en duelo. Todos esos antiguos soldados cometen excesos; nuestras gentes del Mediodía no quieren ni a los soldados ni a los excesos.
»—Señor —respondí yo—, no le suplico por mí. Yo lloraría o me vengaría, eso sería todo, pero mi pobre hermano tenía una mujer, si me sucediese la misma desgracia a mí también, esta pobre criatura moriría de hambre, porque se mantenía solo con el trabajo de mi hermano. Obtenga para ella una pequeña pensión del gobierno.
»—Todas las revoluciones tienen sus catástrofes —respondió el señor de Villefort—, su hermano ha sido víctima de esta. Es una desgracia, pero el gobierno no debe nada a su familia por esto. Si tuviésemos que juzgar todas las venganzas que los partidarios del usurpador han ejercido contra los partidarios del rey, cuando a su vez disponían del poder, puede ser que su hermano hubiese sido hoy condenado a muerte. Lo que ha ocurrido es cosa muy natural, porque es la ley de las represalias.
»—¡Cómo, señor! —exclamé yo—, ¡es posible que me hable así usted, un magistrado...!
»—Todos estos corsos son unos locos —respondió el señor de Villefort—, y creen aún que su compatriota es emperador. Se engaña, amigo mío, debió decirme esto hace dos meses. Hoy es demasiado tarde. Váyase, pues, y si no quiere, yo lo haré marchar.
»Yo le miré un instante para ver si una nueva súplica podría alcanzar algo de aquel hombre, pero aquel hombre era de piedra. Me aproximé a él.
»—Y bien —le dije a media voz—, puesto que usted conoce tan bien a los corsos, debe saber cómo cumplen su palabra. Usted cree que han hecho bien en matar a mi hermano, que era bonapartista,

porque usted es realista, ¡pues bien!, yo que también soy bonapartista, le declaro una cosa, y es que lo he de matar. A contar desde este momento, le declaro la *vendetta*; así, pues, sépalo, y guárdese mejor, porque la primera vez que nos encontremos cara a cara habrá llegado su última hora.

»Y antes de que hubiese vuelto de su sorpresa, abrí la puerta y me marché.

—¡Ah, ah! —dijo Montecristo—, con su humilde figura decir esas cosas, señor Bertuccio, ¡y a un procurador del rey! ¿Y sabía él al menos lo que quiere decir esa declaración?

—Tan bien lo sabía, que desde aquel momento no salió ya solo y se encerró en su casa, haciéndome buscar por todas partes. Por fortuna, estaba tan oculto que no pudo encontrarme. Entonces se apoderó de él el temor, y tuvo miedo de permanecer en Nimes. Solicitó un cambio de residencia y como era, en efecto, un hombre influyente, fue nombrado en Versalles, pero usted lo sabe, no existen las distancias para un corso que ha jurado vengarse de su enemigo, y su carruaje, por bien conducido que fuese, no me ha llevado nunca más de media jornada de ventaja, a pesar de que lo seguía a pie.

»Lo importante no era matarlo, cien veces había encontrado ya ocasión, pero era menester matarlo, sin ser descubierto, y sobre todo sin ser detenido. Por otra parte, yo no me pertenecía a mí mismo, tenía que proteger y mantener a mi cuñada. Durante tres meses espié al señor de Villefort, durante tres meses no dio un paso, un movimiento, un paseo, que mi mirada no lo siguiese donde iba. Al fin, descubrí que venía misteriosamente a Auteuil; lo seguí aún, y lo vi penetrar en esta casa en que estamos ahora. Solamente que en lugar de entrar como todo el mundo, por la puerta de la calle, venía, unas veces a caballo, y otras en carruaje, dejaba el carruaje o el caballo en la posada, y entraba por esta puertecilla que ve allí.

Montecristo hizo con la cabeza un gesto que probaba que en medio de la oscuridad distinguía en efecto la entrada indicada por Bertuccio.

—Yo, que no tenía nada que hacer en Versalles, fijé mi residencia en Auteuil e hice mis indagaciones. Si quería, aquí es donde

infaliblemente debía encontrarlo. La casa pertenecía, como ha dicho el portero a su excelencia, al señor de Saint Meran, suegro de Villefort. El señor de Meran vivía en Marsella, por consiguiente esta casa no le servía de nada; así, pues, decían que acababa de alquilarla a una joven viuda a quien conocían bajo el nombre de la baronesa.

»En efecto, una noche, mientras yo estaba mirando por encima de la tapia, vi una mujer joven y hermosa que se paseaba sola por el jardín y miraba con frecuencia a la puertecita, y comprendí que esa noche esperaba a Villefort. Cuando estuvo bastante cerca de mí para que, a pesar de la oscuridad, pudiese distinguir sus facciones, vi a una mujer de dieciocho a diecinueve años, alta y rubia. Como solo llevaba un peinador y nada ceñía su cintura, noté que estaba encinta y que su embarazo parecía muy avanzado.

Momentos después abrieron la puertecita. Un hombre entró, la joven corrió precipitadamente a su encuentro, ambos se arrojaron en brazos uno de otro, se besaron tiernamente y entraron juntos en la casa. Este hombre era el señor de Villefort. Yo juzgué que al salir, sobre todo si salía de noche, habría de atravesar el jardín.

—Y —preguntó el conde— ¿ha sabido después el nombre de esa mujer?

—No, excelencia.

—Continúe.

—Aquella noche —replicó Bertuccio— podía muy bien matarlo si hubiera conocido mejor el jardín. Temí no herirlo bien, y no poder huir si alguien acudía a sus gritos. Lo dejé para la próxima cita, y para que no se me escapase alquilé un cuartito frente a la tapia del jardín.

»Tres días después, hacia las siete de la noche, vi salir de la casa un criado a caballo que tomó a galope el camino que conducía al de Sevres y presumí que iba a Versalles. No me engañaba. Tres horas después el hombre volvió cubierto de polvo, su misión estaba terminada. Diez minutos después, otro hombre a pie, envuelto en una capa, abría la puertecita del jardín, que se volvió a cerrar detrás de él.

»Bajé apresuradamente. Aunque no hubiese visto el rostro de

Villefort, le reconocí por los latidos de mi corazón. Atravesé la calle, me arrimé a un poste colocado junto a la tapia, y con ayuda del cual había mirado otra vez al jardín.

»Ahora no me contenté con mirar. Saqué mi cuchillo del bolsillo, me aseguré que la punta estaba bien afilada, y salté por encima de la tapia.

»Mi primer cuidado fue correr a la puerta, había dejado la llave dentro, tomando la precaución de dar dos vueltas a la cerradura.

»Nada impediría la fuga por este lado. Me puse a estudiar el lugar. El jardín formaba un cuadrilátero, un prado de fino musgo se extendía en medio. En los ángulos de este prado había algunos árboles de follaje espeso y cubierto de flores de otoño. Para dirigirse de la casa a la puertecita, el señor de Villefort tenía que pasar junto a uno de estos árboles.

»Era a fines de septiembre. El viento soplaba con fuerza, el resplandor de la pálida luna, velada a cada instante por densas nubes, iluminaba la arena de las calles de árboles que conducían a la casa, pero no podía atravesar la oscuridad de esos árboles espesos, en los que un hombre podía permanecer oculto sin terror de ser visto.

»Me oculté en uno de ellos, junto al cual debía pasar Villefort. Apenas estaba allí, cuando en medio de las ráfagas de viento que encorvaban los árboles sobre mi frente, creí percibir unos gemidos. Pero ya sabe, o más bien no sabe, señor conde, que el que espera el momento de cometer un asesinato cree siempre oír gritos en el aire. Dos horas pasaron, durante las cuales, repetidas veces creí oír los mismos gemidos.

»Al fin dieron las doce de la noche.

»Al dar la última campanada, lúgubre y retumbante, percibí un débil resplandor que iluminaba las ventanas de la escalera secreta, por la que hemos descendido hace poco.

»La puerta se abrió y el hombre de la capa volvió a aparecer.

»Era el momento terrible, pero hacía demasiado tiempo que estaba preparado, para que pudiese vacilar; así pues, saqué mi cuchillo y esperé.

»El hombre de la capa se dirigió hacia donde yo me hallaba, pero a

medida que avanzaba, creí notar que llevaba un arma en la mano derecha. Tuve miedo, no de una lucha, sino de fracasar en mi intento. Así que estuvo a solo unos pasos de mí, descubrí que lo que yo había tomado por un arma no era otra cosa que un azadón. No había tenido tiempo aún de adivinar que el objeto que tenía en la mano el señor de Villefort era un azadón, cuando se detuvo al lado del árbol echó un vistazo a su alrededor y se puso a cavar un hoyo. Entonces noté que debajo de la capa llevaba algo que colocó sobre el césped para tener mayor libertad de movimientos.

»La curiosidad me detuvo y quise ver lo que iba a hacer Villefort, y permanecí inmóvil, sin aliento, esperando el resultado.

»Luego se me ocurrió una idea, que se confirmó al ver al procurador del rey sacar de debajo de su capa un cofrecito de dos pies de largo y seis a ocho pulgadas de ancho.

»Le dejé colocar el cofre en el hoyo, sobre el cual echó tierra, después apoyó sus pies sobre esta tierra fresca para hacer desaparecer las huellas de la obra nocturna. Me lancé sobre él y le hundí mi cuchillo en el pecho, diciéndole:

»—¡Soy Juan Bertuccio!. Ya ves que mi venganza es más completa de lo que yo esperaba.

»Ignoro si oyó estas palabras, no lo creo, pues cayó sin dar un grito. Yo sentí su sangre saltar humeante y ardiente sobre mis manos y sobre mi rostro, pero estaba ebrio, deliraba. En lugar de quemarme la sangre me refrescaba. En un segundo desenterré el cofre con ayuda del azadón, y para que no viesen que lo había desenterrado, volví a llenar el agujero, arrojé el azadón por encima de la tapia y me lancé por la puerta, que cerré por fuera, llevándome la llave.

—Bueno —repuso el conde—, fue un asesinato y un robo.

—No, excelencia —respondió Bertuccio—, fue una venganza seguida de una restitución.

—¿Y la suma estaría al menos en buena moneda?

—No era dinero.

—¡Ah, sí!, recuerdo que me habló de un niño.

—Exacto, excelencia. Corrí hacia el río, me senté en la ribera, y ansiando saber lo que contenía el cofre, hice saltar la cerradura con

un cuchillo.

»Entre unos paños de finísima batista estaba envuelto un niño recién nacido. Su rostro de color de púrpura y sus manos de color de violeta, anunciaban que debió sucumbir por una asfixia producida por ligamentos naturales arrollados alrededor del cuello. No obstante, como aún no estaba frío, procuré bañarle en el agua que corría a mis pies. En efecto, poco después creí sentir un ligero latido hacia la región del corazón. Desembaracé su cuello del cordón que le rodeaba y como había sido enfermero en el hospital de Bastia, hice lo que hubiera hecho un médico en mi lugar, es decir, le introduje aire en los pulmones, y después de un cuarto de hora de inauditos esfuerzos, le vi suspirar y oí escaparse un grito de su pecho.

»Yo también lancé un grito, pero fue un grito de alegría. Dios no me maldice —dije—, puesto que permite que devuelva la vida a una criatura humana en cambio de la vida que he quitado a otra.

—¿Y qué hizo con el niño? —preguntó Montecristo—, era una carga demasiado embarazosa para un hombre que tenía que huir.

—No tuve la menor intención de conservarlo conmigo. Pero yo sabía que había en París un hospicio donde se recibía a estas pobres criaturas. Al pasar por la barrera declaré haber hallado aquel niño en el camino, y me informé. El cofre estaba allí y podía dar testimonio; los pañales de batista indicaban que el niño pertenecía a padres ricos, la sangre de que yo estaba cubierto podía pertenecer lo mismo a la criatura que a cualquiera otra persona. No pusieron ninguna dificultad, entonces me dieron las señas del hospicio, que estaba situado en la calle del Infierno. Y después de haber tomado la precaución de cortar el pañal en dos pedazos, de manera que una de las dos letras que lo marcaban envolviese el cuerpo del niño, mientras yo conservaba la otra, deposité mi carga en el torno, llamé, y empecé a correr sin descansar. Quince días después estaba de vuelta en Rogliano y decía a Assunta:

»—Consuélate, hermana mía, Israel ha muerto, pero lo he vengado.

»Entonces me pidió la explicación de estas palabras, y le conté todo lo que había pasado.

»—Juan —me dijo Assunta—, debiste traerte ese niño, le hubiésemos hecho de padres, lo hubiésemos llamado Benedetto, y en favor de esa buena acción Dios nos bendeciría seguramente.

»Por toda respuesta, le di la mitad del pañal que había conservado a fin de hacer reclamar el niño si algún día llegábamos a ser ricos.

—¿Y con qué letras estaba marcado ese pañal? —preguntó Montecristo.

—Con una H y una N debajo de una diadema de barón.

—Me parece, Dios me perdone, que se sirve de términos de blasón. ¡Señor Bertuccio! ¿Dónde diablos ha hecho sus estudios heráldicos?

—A su servicio, señor conde, donde todo se aprende.

—Prosiga. Deseo saber dos cosas.

—¿Cuáles, señor?

—¿Qué fue del niño? ¿No me ha dicho que era un niño, señor Bertuccio?

—No, excelencia, no recuerdo haberle dicho nada de eso.

—¡Ah!, creí haber oído...; bien, tal vez esté equivocado.

—No, no está equivocado, porque efectivamente era un niño, pero su excelencia desearía, según me dijo, saber dos cosas, ¿cuál es la segunda?

—La segunda es el crimen de que fue acusado cuando pidió el confesor, y el abate Busoni fue a verlo a la prisión de Nimes.

—Quizá durará mucho esta relación, excelencia.

—¿Qué importa? Apenas son las diez, bien sabe que yo no duermo, y supongo que tampoco usted tiene muchas ganas de hacerlo.

Bertuccio se inclinó y prosiguió su narración.

—Tanto para desterrar de mi mente los recuerdos que me asaltaban cuanto para ayudar a las necesidades de la pobre viuda, me dediqué con ardor al oficio de contrabandista.

»Las costas del Mediodía estaban muy mal guardadas, debido a los continuos movimientos que tenían lugar allí, ora en Avignon, ora en Nimes o en Uzés. Nos aprovechamos de esta especie de tregua que nos era concedida por el gobierno. Después del asesinato de mi hermano en las calles de Nimes, yo no había querido entrar en esta

ciudad. De aquí resultó que el posadero, con el cual efectuábamos nuestros negocios, viendo que no queríamos buscarlo, nos buscó él a nosotros, y fundó una posada en el camino de Bellegarde a Beaucaire, con el nombre de la *Posada del Puente Gard.* Así teníamos, ya sea en Aigues Mortes, ya en Martignes, o en Bonc, una docena de casas donde depositábamos nuestras mercancías, y donde, en caso de necesidad, hallábamos un refugio contra los aduaneros y los gendarmes. Este oficio de contrabandista es muy lucrativo, cuando se aplica a él cierta inteligencia secundada de algún vigor; en cuanto a mí, yo vivía en las montañas, teniendo ahora que temer con doble razón de los gendarmes y aduaneros, teniendo en cuenta que toda presentación delante de jueces podía producir una pesquisa, y esta pesquisa es siempre volver al pasado, y en mi pasado podía mostrar algo más grave que algunos cigarros entrados de contrabando, o barriles de aguardiente circulando sin pagar derechos. Así, pues, prefiriendo mil veces la muerte a un arresto, realizaba hazañas asombrosas, y que más de una vez me demostraron que el tener tanto cuidado con el cuerpo es el único obstáculo que se opone al buen éxito de aquellos proyectos nuestros que necesitan decisión rápida y ejecución vigorosa y determinada. En efecto, una vez hecho el sacrificio de la vida, ya no es uno igual a los otros hombres, o mejor dicho, los otros hombres no son nuestros iguales, y una vez tomada esta resolución, siente uno aumentarse sus fuerzas y agrandarse su horizonte.

—¡Filosofía también, señor Bertuccio! —interrumpió el conde—, pero usted de todo sabe un poco.

—¡Oh, excelencia...!

—No, no; únicamente que la filosofía a las diez y media de la noche, es un poco tarde. Pero no tengo otra observación que hacerle, ya que la encuentro exacta, lo que no se puede decir de todas las filosofías.

—Cuanto más largas eran mis correrías, mayor era el rendimiento. Assunta era el ama de casa, y nuestra pequeña fortuna iba aumentando. Un día que yo partía para una expedición, me dijo ella: “Anda, que a la vuelta le preparo una sorpresa”.

»La interrogué inútilmente. Nada quiso decirme y partí.

»La correría duró más de seis semanas. Habíamos estado en Luca cargando aceite, y en Liorna tomando algodones ingleses; nuestro desembarque se hizo sin ningún acontecimiento adverso; hicimos nuestro negocio y volvimos más contentos que nunca.

»Al entrar en la casa, la primera cosa que vi en el sitio más visible del cuarto de Assunta, en una cuna suntuosa, en comparación con el resto de la habitación, fue un niño de siete u ocho meses. Lancé un grito de alegría.

»Los únicos momentos de tristeza que había experimentado después del asesinato del procurador del rey, habían sido causados por el abandono de este niño, porque lo que es remordimiento por el asesinato no tuve ninguno.

»La pobre Assunta todo lo había adivinado, se había aprovechado de mi ausencia, y con la mitad del pañal, habiendo escrito, para no olvidarlo, el día y la hora en que fue depositado el niño en el hospicio, partió a París, y fue a reclamarlo. No le pusieron ninguna dificultad, y el niño le fue entregado. ¡Ah!, confieso, señor conde, que al ver aquella criatura durmiendo en su cuna, se me partió el corazón, y algunas lágrimas brotaron de mis ojos.

»—En verdad, Assunta —exclamé—, eres una buena mujer y la Providencia lo bendecirá.

»¡Ay, excelencia! —dijo Bertuccio—, no sospechaba yo que este niño había de ser el encargado por Dios de mi castigo. Jamás se declaró tan pronto una naturaleza más perversa, y no obstante, no se podía decir que estuviese mal educado, porque mi hermana lo trataba lo mismo que a un príncipe. Era un muchacho de rostro encantador, con unos ojos de azul claro, únicamente sus cabellos, de un rojo muy vivo, dando a este rostro un carácter extraño, aumentaban la vivacidad de su mirada y la malicia de su sonrisa. También es cierto que la dulzura de su madre animó sus primeras inclinaciones; el niño por quien mi pobre hermana iba al mercado a cuatro o cinco leguas de allí, para comprarle las primeras y mejores frutas y los bizcochos más delicados, y prefería las naranjas de Palma a las conservas de Génova, las castañas robadas a un extraño, mientras que a su disposición tenía las castañas y manzanas de nuestro jardín.

»Un día, cuando Benedetto apenas contaba cinco o seis años de edad, el vecino Basilio, que según las costumbres de nuestro país no encerraba ni su dinero ni sus joyas, porque el señor conde lo sabe tan bien como nadie, en Córcega no hay ladrones, el vecino Basilio vino a vernos y se quejó de que le había desaparecido un luis de su bolsillo. Todos creyeron que había contado mal, pero él dijo estar seguro de que le faltaba. Este día Benedetto había faltado de casa desde la mañana y estábamos muy inquietos, cuando a la noche lo vimos venir con un mono que se había encontrado, según decía, encadenado al pie de un árbol.

»Hacía un mes que ya no sabía qué pensar, no cesaba de pensar en un mono. Un batelero que había pasado por Rogliano, y que tenía muchos de esos animales, le inspiró sin duda este desgraciado capricho.

»—En nuestro bosque no hay monos —le dije yo—, y sobre todo encadenados. Confiésame de dónde ha venido eso.

»Benedetto confesó su mentira y la acompañó de detalles que hacían más honor a su imaginación que a su veracidad. Me irrité, y se echó a reír. Le amenacé y se retiró dos pasos.

»—Tú no puedes pegarme, no tienes derecho a ello, no eres mi padre.

»Siempre ignoramos quién le reveló ese fatal secreto, que con tanto cuidado le habíamos ocultado. En fin, de todos modos, esta repuesta en la cual el muchacho se rebelaba abiertamente, me espantó. Mi brazo casi levantado, volvió a caer sin tocar al culpable. El muchacho salió victorioso y esta victoria le dio tal audacia, que desde aquel momento todo el dinero de Assunta, cuyo amor hacia él parecía aumentarse a medida que era menos digno de él, se gastó en caprichos. Cuando yo estaba en Rogliano, las cosas iban bastante bien, pero apenas hube partido, Benedetto quedó dueño de la casa, y todo empezó a ir de mal en peor. Con once años escasos, todos sus camaradas los había elegido entre jóvenes de dieciocho a veinte años, lo más calaveras de Bastia; por algunos incidentes, la justicia nos había avisado repetidas veces.

»Yo estaba asustado. Cualquier informe podía tener fatales consecuencias. Precisamente pronto me iba a ver obligado a salir

de Córcega para una expedición importante. Reflexioné largo tiempo, y con el pensamiento de evitar grandes desgracias, me decidí a llevar conmigo a Benedetto. Esperaba que la vida activa y laboriosa del contrabandista, la disciplina severa del Norte, cambiarían este carácter pronto a corromperse, si es que ya no lo estaba del todo.

»Llamé, pues, aparte a Benedetto y le hice la proposición de seguirme, rodeando esta proposición de todas las promesas que pueden seducir a un niño de doce años.

»Me dejó hablar hasta el fin, y cuando hube acabado, soltó una carcajada diciendo:

»—¿Está loco, tío? —pues así me llamaba cuando estaba de buen humor—. ¿Yo cambiar la vida que llevo con la que usted lleva, mi excelente holgazanería por el horrible trabajo que usted tiene impuesto? ¿Pasar la noche al frío, el día al calor, ocultarse sin cesar, recibir tiros sin cesar y todo esto por ganar un poco de dinero? Dinero tengo yo cuanto quiero; madre Assunta me da todo lo que le pido, bien ve que sería un imbécil si aceptase lo que me propone.

»Me quedé estupefacto ante esta audacia y este razonamiento; Benedetto siguió jugando con sus camaradas, y lo vi a lo lejos señalándome a ellos como si yo fuera un idiota.

—¡Oh! ¡Niño encantador! —murmuró Montecristo.

—¡Ah!, si hubiese sido mío —respondió Bertuccio—, si hubiese sido mi hijo, o por lo menos mi sobrino, yo le hubiese corregido sus vicios, pero la idea de que había matado al padre me hacía imposible toda corrección. Di buenos consejos a mi hermana, que siempre salía en defensa del desgraciado, y como me confesó que muchas veces le habían faltado sumas considerables, le indiqué un lugar donde podría ocultar nuestro pequeño tesoro.

»En cuanto a mí, mi resolución estaba tomada. Benedetto sabía leer, escribir y contar perfectamente, porque cuando por casualidad quería dedicarse al trabajo, aprendía en un día lo que otros en una semana. Mi resolución, como digo, estaba tomada. Yo pensaba emplearlo de secretario en algún buque, y sin avisarle, hacerle venir conmigo una mañana y llevarlo a bordo; de este modo, recomendándole al capitán, todo su porvenir dependía de él.

»Una vez dispuesto este plan, partí para Francia.

»Aquella vez debían efectuarse todas estas operaciones en el golfo de Lyon, y eran cada vez más difíciles, porque estábamos en 1829. La tranquilidad reinaba por doquier, y por consiguiente el servicio de las costas era entonces más regular y más severo que nunca. Esta vigilancia estaba aún aumentada momentáneamente por la feria de Beaucaire que acababa de empezar.

»Nuestra primera expedición se efectuó sin ningún tropiezo. Amarramos nuestra barca, que tenía un doble fondo, en el que ocultábamos nuestras mercancías de contrabando, en medio de una cantidad de bateles que bordeaban ambas orillas del Ródano desde Beaucaire hasta Arlés. Llegados allí, empezamos a descargar nuestras mercancías prohibidas, y a hacerlas pasar por medio de las personas que estaban en relaciones con nosotros, o de posaderos, en casa de los cuales las íbamos depositando. Ya fuese que el buen éxito nos hubiese hecho imprudentes, ya que fuimos delatados, una tarde, a las cinco y media, cuando volvíamos a reanudar nuestro trabajo, uno de nuestros espías llegó azorado, diciendo que había visto un grupo de aduaneros dirigirse hacia este lado. No era precisamente el grupo lo que nos daba miedo. A cada instante, sobre todo a la sazón, compañías enteras rondaban por las orillas del Ródano, pero eran las precauciones que según decía el muchacho tomaban para no ser vistos. En seguida estuvimos alerta, pero era ya muy tarde. Nuestra barca era evidentemente el objeto de las pesquisas; estaba rodeada. Entre los aduaneros vi algunos gendarmes, y tan tímido a la vista de estos, como valiente era de ordinario a la vista de cualquier otro cuerpo militar, deslizándome por una tonelera, me dejé caer en el río, después nadé entre dos aguas, no respirando sino a largos intervalos, de suerte que sin ser visto llegué al canal que va de Beaucaire a Aigues Mortes. Una vez aquí, me había salvado, porque podía seguir este canal sin ser visto. No era por casualidad y sin premeditación por lo que seguí este camino. Ya he hablado a su excelencia de un posadero de Nimes que había establecido una posada en el camino de Bellegarde a Beaucaire.

—Sí —dijo Montecristo—, lo recuerdo; ese hombre era también, si no me engaño, su asociado.

—Eso es —respondió Bertuccio—, pero después de siete u ocho años había cedido su establecimiento a un antiguo sastre de Marsella, que, después de arruinarse en su oficio, quiso probar fortuna en otro. Además, las relaciones que teníamos con el primero siguieron con el segundo. A este hombre fue a quien yo iba pedir asilo.

—¿Y cómo se llamaba? —inquirió el conde, que parecía volver a tomar algún interés en la relación de Bertuccio.

—Se llamaba Gaspar Caderousse, casado con una de Carconte, y que nosotros no conocemos bajo otro nombre que el de su pueblo. Era una pobre mujer atacada de una penosa enfermedad que la iba llevando al sepulcro. En cuanto al hombre, era un sujeto robusto, de cuarenta a cuarenta y cinco años de edad, que más de una vez nos había dado pruebas, en circunstancias apuradas, de su presencia de espíritu y de su valor.

—¿Y dice —preguntó Montecristo—, que esas cosas sucedían en el año...?

—Mil ochocientos veintinueve, señor conde.

—¿En qué mes?

—En el mes de junio.

—¿Al principio o al fin?

—El día tres, por la noche.

—¡Ah! —dijo Montecristo—, el tres de junio de 1829... Bien, prosiga.

—A Caderousse, pues, era a quien tenía que pedir asilo, pero como por lo regular no entrábamos en su casa por la puerta que daba al camino, decidí no alterar las costumbres, salté el vallado del jardín, me escurrí por entre los olivos y las higueras, y entré temiendo que Caderousse tuviese algún viajero en su posada, en una especie de camaranchón, en el que más de una vez había pasado la noche tan bien como en la mejor cama. Este camaranchón no estaba separado de la sala común del piso bajo más que por un tabique de tablas un poco entreabiertas a propósito, a fin de poder avisar que estábamos allí.

»Mi intención era, si Caderousse se hallaba solo, avisarle de mi llegada, cenar con él y aprovecharme de la tempestad que se

avecinaba. Iba, para llegar a las orillas del Ródano y cerciorarme de lo que había sido de la barca y de los que iban en ella. Me deslicé, pues, en el camaranchón y me alegré de no haber dado la señal, pues en el mismo momento vi a Caderousse que entraba en su casa con un desconocido.

»Me agazapé allí y esperé, no con la intención de sorprender los secretos de mi huésped, sino porque no podía hacer otra cosa; además, diez veces había ya sucedido un caso semejante.

»El hombre que iba con Caderousse era evidentemente extranjero en el Mediodía de Francia; era uno de esos negociantes que vienen a vender joyas a la feria de Beaucaire, y que, en un mes que dura la feria, donde se reúnen mercaderes de todas partes de Europa, hacen algunas veces negocios de ciento cincuenta mil francos.

»Caderousse entró el primero.

»Al ver la sala vacía como de costumbre, guardada solo por el perro, llamó a su mujer.

»—¡Eh...! Carconte —dijo—, el buen sacerdote no nos había engañado, el diamante era bueno.

»Una exclamación de alegría se oyó, y casi al mismo tiempo la escalera crujió bajo un paso vacilante y pesado.

»—¿Qué dices? —preguntó más pálida que una muerta.

»—Digo que el diamante era bueno. Aquí tienes al señor, uno de los primeros joyeros de París, que está pronto a darnos cincuenta mil francos por él. Solamente que para estar más seguro de que el diamante es nuestro, me ha pedido que le cuentes, como ya lo he hecho yo, de qué manera vino a nuestras manos. Mientras tanto, caballero, siéntese, si gusta, y como el tiempo está algo caluroso, le voy a traer algo con qué refrescarse.

»El joyero examinó detenidamente el interior de la posada y la visible pobreza de los que iban a venderle un diamante digno de un príncipe.

»—Cuente, señora —dijo, queriendo sin duda aprovecharse de la ausencia de su marido para que ninguna señal de parte de este influyese en la mujer, y para ver si entre ambas relaciones encajaban la una con la otra.

»—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo la mujer—, es una bendición del cielo

que estábamos muy lejos de esperar. Imagínese, caballero, que mi marido tuvo relaciones en 1814 o 1815 con un marino llamado Edmundo Dantés. Este pobre muchacho, a quien Caderousse había olvidado completamente, no lo ha olvidado a él, y al fallecer le ha dejado el diamante que acaba de ver.

»—¿Pero cómo llegó a ser poseedor de ese diamante? —preguntó el joyero—. ¿Lo tenía cuando entró en la prisión?

»—No, señor; pero en la prisión trabó conocimiento con un inglés muy rico —respondió la mujer—, y como cayó enfermo su compañero de prisión y Dantés le cuidó como si hubiese sido su hermano, el inglés, al salir de la cautividad, dejó al pobre Dantés (que menos feliz que él murió en la prisión), este diamante que nos legó a su vez al morir, y que se encargó de entregarnos el digno abate que vino esta mañana a cumplir con su encargo.

»—Bien. Las dos historias concuerdan —murmuró el joyero—, y después de todo, bien puede ser verdad, aunque parezca inverosímil a primera vista. Solo resta que nos pongamos de acuerdo sobre el precio.

»—¡Cómo! —dijo Caderousse—, yo creía que habría consentido en el precio que yo pedía.

»—Es decir —replicó el joyero—, que yo he ofrecido cuarenta mil francos.

»—¡Cuarenta mil! —exclamó Carconte—, por ese precio no se lo damos. El abate nos ha dicho que valía cincuenta mil francos el diamante solo.

»—¿Y cómo se llamaba ese abate? —preguntó el infatigable joyero.

»—El abate Busoni.

»—¿Era un extranjero?

»—Creo que era un italiano de los alrededores de Mantua.

»—Muéstreme ese diamante —repuso el joyero—, que a veces juzgo mal las piedras a primera vista.

»Caderousse sacó de su bolsillo un estuchito negro, lo abrió y lo pasó al joyero. Al ver el diamante, casi tan grueso como una nuez pequeñita, recuerdo que los ojos de la Carconte brillaron de codicia.

—Y usted, señor Bertuccio, ¿qué pensaba de todo eso? —

preguntó Montecristo—, ¿creía esa fábula?

—Sí, excelencia; yo no creía que Caderousse fuese un mal hombre, y le juzgaba incapaz de haber cometido un crimen o un robo.

—Eso honra más a su corazón que a su experiencia, señor Bertuccio. ¿Había conocido a ese Edmundo Dantés de quien habla?

—No, excelencia, nunca había oído hablar de él hasta entonces y luego otra vez, al abate Busoni, cuando le vi en la cárcel de Nimes.

—Bien, continúe.

—El joyero tomó la sortija de manos de Caderousse, y sacó de su bolsillo unas pinzas de acero y unas balanzas de cobre. Después, separando el cerco de oro que sujetaba la piedra en la sortija, hizo salir el diamante de su engaste y lo pesó minuciosamente en las balanzas.

»—Daré hasta cuarenta y cinco mil francos —dijo—, pero nada más. Por otra parte, como esto es lo que valía el diamante, no he tomado más que esta suma.

»—¡Oh!, no importa —dijo Caderousse—, volveré con usted a Beaucaire por los otros cinco mil.

»—No —dijo el platero devolviendo el anillo y el diamante a Caderousse—. No, eso no vale más e incluso me arrepiento de haber ofrecido esa suma, pues la piedra tiene un defecto que yo no había visto, pero no importa, no tengo más que una palabra, he dicho cuarenta y cinco mil francos y no me desdigo.

»—Al menos vuelva a colocar el diamante en la sortija —dijo la Carconte con acritud.

»—Justo es —dijo el platero. Y volvió a engastar la piedra.

»—Bueno, bueno, bueno —dijo Caderousse, metiendo el estuche en el bolsillo—, a otro se lo venderemos.

»—Sí —repuso el platero—, pero no hará lo que yo. Otro no se contentará con los informes que me ha dado. No es natural que un hombre como usted tenga diamantes de cuarenta y cinco mil francos. Avisará a los magistrados, tendrán que buscar al abate Busoni y los abates que dan diamantes de dos mil luises son raros. Lo primero que hará la justicia será mandarlo a la cárcel, y si es reconocido inocente, si le sacan de la cárcel al cabo de tres o cuatro

meses, la sortija se habrá perdido, o bien le darán una piedra falsa que solo valdrá tres francos en lugar de un diamante que valía cincuenta mil.

»Caderousse y su mujer se interrogaron con una mirada.

»—No —dijo Caderousse—, no somos tan ricos que podamos perder cinco mil francos.

»—Como guste, amigo mío —dijo el platero—; sin embargo, como ve, había traído buena moneda.

»Y sacó de uno de sus bolsillos un puñado de oro que hizo brillar a los deslumbrados ojos del posadero, y del otro un paquete de billetes de banco. En el alma de Caderousse se estaba librando un rudo combate. Era evidente que para él aquel estuchito que daba vueltas en su mano no correspondía a la enorme suma que fascinaba sus ojos. Se volvió hacia su mujer, y le dijo en voz baja:

»—¿Tú qué dices?

»—Dáselo, dáselo —dijo ella—, si vuelve a Beaucaire sin el diamante nos denunciará, y según él dice, quién sabe si podremos encontrar al abate Busoni.

»—¡Pues bien!, sea —dijo Caderousse—. Tome el diamante por cuarenta y cinco mil francos. Pero mi mujer quiere una cadena de oro y yo un par de hebillas de plata.

»El platero sacó de su bolsillo una cajita de plata larga y chata que contenía muchos objetos de los que habían pedido.

»—Tomen —dijo—, acabemos de una vez, elijan.

»La mujer escogió una cadena de oro que podía valer cinco luises, y el marido un par de hebillas de plata que valdrían quince francos.

»—Espero que no se quejarán —dijo el platero.

»—Pero es que el abate había dicho que valía cincuenta mil francos —murmuró sordamente Caderousse.

»—¡Vamos, vamos! ¡Qué hombre este! —replicó el joyero cogiéndole el diamante de las manos—, le doy cuarenta y cinco mil francos, dos mil quinientas libras de renta, es decir, una fortuna que yo quisiera tener para mí, ¡y aún no está contento!

»—¿Y dónde están los cuarenta y cinco mil francos?

»—Aquí —dijo el platero.

»Y contó sobre la mesa quince mil francos en oro y treinta mil en

billetes de banco.

»—Aguarde a que encienda la lámpara —dijo la Carconte—, ya no se ve muy bien y nos podríamos equivocar.

»En efecto, durante esta discusión había ido oscureciendo y con la noche se acercaba rápidamente la tempestad. Se oía rugir sordamente el trueno a lo lejos, pero ni el platero, ni Caderousse, ni la Carconte, parecían ocuparse de ello, poseídos como estaban los tres de una avaricia diabólica.

»Yo mismo experimentaba una extraña fascinación a la vista de todo aquel oro y los billetes. Me parecía soñar, y como sucede en un sueño, me sentía clavado en el sitio donde estaba.

»Caderousse contó y volvió a contar el oro y los billetes, después los entregó a su mujer, la cual los contó y volvió a contar otra vez.

»Durante este tiempo el platero hacía brillar la joya a la luz de la lámpara, y el diamante arrojaba resplandores que le hacían olvidar los que, precursores de la tempestad, comenzaban a inflamar las ventanas.

»—¿Está bien la cuenta? —preguntó el joyero.

»—Sí —dijo Caderousse—, dame la cartera y busca un talego, Carconte.

»Esta se dirigió a un armario y volvió con una cartera vieja de cuero de la cual sacaron algunas cartas grasientas, en lugar de las cuales pusieron los billetes, y un talego que contenía dos o tres escudos de seis libras que, probablemente, componían toda la fortuna del miserable matrimonio.

»—¡Ea! —dijo Caderousse—, aunque nos haya dejado sin una docena de miles de francos tal vez, ¿quiere cenar con nosotros? Lo digo con buena voluntad.

»—Gracias —dijo el platero—, debe ser tarde y es preciso que vuelva a Beaucaire, pues mi mujer estaría inquieta —sacó su reloj y exclamó—: ¡Diablos!, las nueve y tardaré tres horas en ir a Beaucaire. Adiós, amigos míos, si vienen por ahí más abates Busoni, piense en mí.

»—Dentro de ocho días ya no estará en Beaucaire —dijo Caderousse—, puesto que la feria concluye la semana que viene.

»—No, pero eso no importa. Escríbame a París al señor Joannés,

Palms Royal, galería de piedra, número 45. Haré expresamente un viaje si vale la pena.

»De repente brilló un relámpago tan intenso, que casi eclipsó la claridad de la lámpara, seguido de un formidable trueno.

»—¡Oh! —dijo Caderousse—. ¿Va a partir con ese tiempo?

»—Yo no temo a los truenos —dijo el platero.

»—¿Y a los ladrones? —preguntó la Carconte—. Ahora durante la feria no está el camino muy seguro.

»—En cuanto a los ladrones —dijo Joannés—, estoy preparado contra ellos.

»Y sacó de su bolsillo un par de pistolas cargadas.

»—Veo que tiene —dijo— un par de cachorros que ladran y muerden al mismo tiempo. ¿Los destina a los dos primeros que tengan ganas de poseer su diamante?

»Caderousse y su mujer cambiaron una mirada sombría. Parecía como si al mismo tiempo hubieran tenido algún terrible pensamiento.

»—Entonces, ¡buen viaje! —dijo Caderousse.

»—Gracias —dijo el platero.

»Cogió su bastón y salió.

»En el instante en que abrió la puerta, una bocanada de viento entró por ella violentamente, y poco faltó para que apagase la lámpara.

»—Quédese —dijo Caderousse—, aquí dormirá.

»—¡Oh! —dijo—, vaya un tiempo que va a hacer, y no será nada agradable caminar ahora dos leguas en despoblado.

»—Sí, quédese —dijo la Carconte con voz trémula—, le cuidaremos mucho.

»—No, es preciso que vaya a dormir a Beaucaire. Adiós.

»Caderousse se acercó lentamente a la puerta.

»—No se ve el cielo ni la tierra —dijo el platero, ya fuera de la casa —, ¿sigo a la derecha o a la izquierda?

»—A la derecha —dijo Caderousse—, no se puede perder. El camino está bordeado de árboles por ambos lados.

»—Bueno, ya lo he encontrado —dijo la voz cuyo eco se había perdido casi a lo lejos.

»—¡Cierra la puerta! —dijo la Carconte—, no me gusta la puerta

abierta cuando truena.

»—Y cuando hay dinero en la casa, ¿no es verdad? —respondió Caderousse, dando dos vueltas a la llave.

»Entró, se dirigió al armario, sacó el talego y la cartera, y ambos volvieron a contar por tercera vez sus monedas de oro y sus billetes.

»Nunca he visto expresión semejante a la de aquellos dos rostros iluminados por la codicia. La mujer, sobre todo, estaba odiosa. El temblor febril que generalmente la animaba, había aumentado, su rostro se había vuelto lívido, sus ojos hundidos brillaban en el fondo de sus órbitas.

»—¿Por qué —preguntó ella con voz sorda— le ofreciste que se quedase a dormir?

»—¡Eh! —respondió Caderousse estremeciéndose—, para... que no tuviese la molestia de volver a Beaucaire.

»—¡Ah! —dijo la mujer con expresión imposible de describir—, yo creía que era para otra cosa.

»—¡Mujer! ¡Mujer! —exclamó Caderousse—, ¿por qué has de tener tales ideas, y por qué al tenerlas no las callas?

»—Es igual —dijo la Carconte después de un momento de silencio — tú no eres hombre.

»—¡Cómo! —exclamó Caderousse.

»—Si tú fueras hombre, ese no habría salido de aquí.

»—¡Mujer!

»—O bien, no hubiese llegado a Beaucaire.

»—¿Qué estás diciendo?

»—El camino hace un recodo, tiene que seguirlo, mientras que junto al canal hay otra senda mucho más corta.

»—Mujer, tú ofendes a Dios. Mira, escucha...

»En efecto, un relámpago azulado iluminó toda la sala, y un rayo descendió rápidamente y pareció alejarse con sentimiento de la casa maldita. En seguida se oyó un espantoso trueno.

»—¡Jesús! —dijo la Carconte, santiguándose.

»En el mismo instante, y en medio del silencio de terror que sigue a la tormenta, se oyó llamar precipitadamente a la puerta.

»Caderousse y su mujer se estremecieron y se miraron espantados.

»—¡Quién es! —exclamó Caderousse levantándose y reuniendo en un montón el oro y los billetes esparcidos sobre la mesa, cubriéndolos con ambas manos.
»—¡Yo! —dijo una voz.
»—¿Quién es usted?
»—¡Eh! ¡Qué diablos! ¡Joannés, el platero!
»—¿Qué le parece? ¿No decía —replicó la Carconte con diabólica sonrisa— que yo ofendía a Dios...? ¡Pues mira, Dios nos lo envía!
»Caderousse cayó pálido y desfallecido sobre la silla. La Carconte, al contrario, se levantó, se dirigió a la puerta con paso firme y la abrió.
»—Entre, querido señor Joannés —dijo.
»—¡A fe mía! —dijo el platero empapado de agua y sacudiéndose—, parece que el diablo no quiere que vuelva a Beaucaire esta noche. Nada, me han ofrecido hospitalidad, la acepto y he vuelto para pasar la noche en su posada.
»Caderousse murmuró algunas palabras enjugándose el sudor que inundaba su frente. La Carconte cerró cuidadosamente y con llave la puerta detrás del platero.

Capítulo seis: La lluvia de sangre

»Cuando el platero entró en la casa, echó una mirada interrogadora a su alrededor, pero nada parecía inspirarle sospechas.
»Caderousse tenía el oro y los billetes entre sus manos. La Carconte se mostraba risueña con su huésped, lo más amable que podía.
»—¡Ah!, ¡ah! —dijo el platero—, parece que temían no haber contado bien, ¿estaban repasando su tesoro después de mi partida?
»—No —dijo Caderousse—, pero el acontecimiento que nos ha hecho poseedores de él es tan inesperado, que cuando no tenemos a la vista la prueba material, creemos estar soñando.

»El platero sonrió.
»—¿Tienen viajeros en su posada? —preguntó.
»—No —respondió Caderousse—, no duerme aquí nadie; estamos muy cerca de la ciudad y nadie se detiene en la posada.
»—Entonces, voy a causarles una gran molestia.
»—¿Usted? ¡Oh!, no, de ningún modo.
»—Veamos, ¿dónde me pondrán?
»—En el cuarto de arriba.
»—¿Pero no es el suyo?
»—¡Oh!, no importa. Tenemos otra cama en la habitación que está al lado de esa —y apagó la lámpara.
»Caderousse miró asombrado a su mujer. El platero se acercó a un poco de lumbre que había encendido la Carconte en la chimenea. Durante este tiempo, colocaba sobre una esquina de la mesa donde había extendido una servilleta, los restos de una cena, lo cual acompañó de dos o tres huevos frescos. Caderousse guardó de nuevo los billetes en su cartera, el oro en un talego y todo ello en el armario. Se paseaba por la sala sombrío y pensativo, y levantando de vez en cuando la mirada sobre el platero, que estaba fumando delante del hogar, y que a medida que se secaba de un lado se volvía del otro.
»—¡Aquí! —dijo la Carconte, colocando una botella de vino sobre la mesa—, todo está listo para cenar.
»—¿Y usted? —preguntó Joannés.
»—Yo no cenaré —respondió Caderousse.
»—Es que hemos comido tarde —se apresuró a decir la Carconte.
»—Luego, ¿voy a cenar solo? —dijo el platero.
»—Nosotros le serviremos —dijo la Carconte con una amabilidad que no le era habitual ni aun con los huéspedes que pagaban. De vez en cuando, Caderousse lanzaba a su mujer una mirada rápida como un relámpago. La tempestad continuaba.
»—¿Oye, oye? —dijo la Carconte—. Bien ha hecho, a fe mía, en volver.
»—Lo cual no impide —dijo el joyero— que si durante mi cena se aplaca este temporal, me vuelva a poner en camino.
»—Este es el mistral —dijo Caderousse, dando un suspiro—, y me

parece que lo tenemos hasta mañana.

»—¡Oh!, tanto peor para los que estén fuera —dijo el platero sentándose a la mesa.

»—Sí —replicó la Carconte—, mala noche les espera.

»El platero empezó a cenar y la Carconte siguió prodigándole los cuidados más atentos. Si el platero la hubiese conocido de antemano, tal cambio lo hubiera asombrado, inspirándole algunas sospechas.

»En cuanto a Caderousse, no pronunciaba una palabra, seguía paseando y parecía no atreverse a mirar a su huésped. Cuando hubo terminado la cena, fue él mismo a abrir la puerta.

»—Creo que se calma la tempestad —dijo.

»Pero en este momento, como para desmentirle, un trueno terrible estremeció la casa y una bocanada de viento mezclada de lluvia entró y apagó la lámpara. Volvió a cerrar. La Carconte encendió un cabo de vela en la lumbre, que estaba extinguiéndose.

»—Mire —dijo al platero—, debe estar fatigado. Ya he puesto sábanas limpias en la cama, suba a acostarse y duerma bien.

»Joannés se quedó aún un instante para asegurarse de que el huracán no se calmaba, y cuando se cercioró de que los truenos y la lluvia iban en aumento, dio a sus huéspedes las buenas noches y subió la escalera. Pasaba por encima de mi cabeza, y yo sentía crujir cada escalón bajo sus pasos. La Carconte le siguió con una mirada ávida, mientras que al contrario, Caderousse le volvió la espalda sin mirarlo. Todos estos detalles que recordé después de algún tiempo, no me sorprendieron en el momento en que los presenciaba, nada era para mí más natural que lo que estaba pasando y excepto la historia del diamante, que me parecía un poco inverosímil, todo lo encontraba fundado.

»Así, pues, como me sentía extenuado de fatiga, resolví dormir algunas horas y marcharme en mitad de la noche.

»En la habitación de arriba, yo veía al platero tomar todas las disposiciones para pasar la mejor noche posible. Pronto la cama crujió bajo su cuerpo. Acababa de acostarse.

»Sentía que mis ojos se cerraban a pesar mío. Como no había concebido ninguna sospecha, no intenté luchar contra el sueño y

eché una última ojeada a la cocina. Caderousse se hallaba sentado al lado de una larga mesa, sobre uno de esos bancos de madera que en las posadas de aldea reemplazan a la sillas. Me volvía la espalda, de manera que no podía ver su fisonomía. Además, aun cuando hubiese estado en la posición contraria, me hubiera sido también imposible, porque tenía su cabeza sepultada entre sus manos.

»Su mujer lo miró algún tiempo, se encogió de hombros y fue a sentarse frente a él. En este momento la moribunda llama encendió un leño seco que antes olvidara. Un resplandor más vivo iluminó aquel sombrío interior. La Carconte tenía los ojos fijos en su marido, y como este permanecía en la misma posición, le vi extender un brazo hacia él y tocarle la frente con su descarnada mano.

»Caderousse se estremeció. Me pareció que la mujer movió los labios, pero sea que hablase bajo, o que mis sentidos estuviesen embotados por el sueño, sus palabras, si las pronunció, no llegaron a mis oídos. Todo lo veía al través de una densa niebla, y con esa duda precursora del sueño, durante la cual se cree comenzar a soñar. En fin, mis ojos se cerraron, y quedé completamente dormido.

»Me hallaba en lo más profundo de mi sueño, cuando fui despertado por un pistoletazo seguido de un terrible grito. Algunos pasos vacilantes resonaron sobre el pavimento del cuarto, y una masa inerte fue a rodar a la escalera, justamente encima de mi cabeza. Aún no era yo dueño de mí mismo. Oía gemidos, muchos gritos ahogados como los que acompañan a una lucha. Un último grito, más prolongado que los demás, y que se trocó en gemido, me sacó completamente de mi letargo. Me incorporé, abrí los ojos, que no distinguieron nada en las tinieblas, y me llevé las manos a la frente, por la cual me parecía que caía de la escalera una lluvia tibia y abundante. A este espantoso ruido había sucedido un profundo silencio. Oí los pasos de un hombre que andaba por la habitación que estaba sobre mi cabeza. Sus pies hicieron crujir la escalera, el hombre descendió a la sala inferior, se acercó a la chimenea y encendió una luz.

»Era Caderousse. Tenía el rostro pálido y la camisa ensangrentada. Tan pronto como hubo encendido el cabo de vela,

subió Caderousse rápidamente la escalera, y volví a oír sus pasos rápidos e inquietos. Al instante volvió a bajar. Llevaba en la mano el estuche, se aseguró de que el diamante estaba dentro, dudó en cuál de sus bolsillos lo guardaría, y luego, no considerando el bolsillo bastante seguro, lo lio en su pañuelo encarnado y se lo ató al cuello. Luego corrió al armario, sacó de él sus billetes y su oro, metió los unos en el bolsillo de su pantalón y el otro en los del chaquetón, tomó dos o tres camisas, y lanzándose hacia la puerta, desapareció en la oscuridad. Entonces me di cuenta de todo claramente. Me eché en cara lo que había pasado como si yo hubiese sido el verdadero culpable. Me parecía oír gemidos, el desgraciado joyero no podía haber muerto. Tal vez socorriéndole estaba en mi poder reparar una parte del mal, no que había hecho, sino que había dejado hacer. Apoyé mi espalda contra una de aquellas tablas tan mal unidas que me separaban de la sala superior. Cedieron las tablas y me encontré ya en la casa.

»Corrí a tomar la lámpara y me lancé a la escalera. Un cuerpo la atravesaba e impedía el paso. Era el cadáver de la Carconte. El pistoletazo que yo oyera había sido disparado sobre ella; tenía la garganta atravesada de parte a parte, y además de su doble herida que sangraba a borbotones, vomitaba sangre por la boca. Estaba muerta.

»Salté por encima de su cuerpo y entré en el cuarto. Este ofrecía el más espantoso desorden. Dos o tres muebles tirados por el suelo. Las sábanas a que se había agarrado el infeliz platero estaban fuera de la cama, este estaba tendido con la cabeza apoyada en la pared, nadando en un mar de sangre que salía de tres anchas heridas recibidas en el pecho. En la cuarta había quedado un largo cuchillo de cocina, del que no se veía más que el mango. Tomé la segunda pistola, que no se había disparado, sin duda porque la pólvora estaba mojada. Me acerqué al platero; efectivamente, no estaba muerto. Al ruido que hice abrió los ojos, los fijó un momento en mí, movió los labios como si quisiese hablar y expiró.

»Este espantoso espectáculo me dejó aturdido. Al ver que no podía socorrer a nadie, no experimenté más necesidad que la de huir, y me precipité a la escalera, lanzando un grito de terror. En la

sala interior había cinco o seis aduaneros y dos o tres gendarmes. Se apoderaron de mí; yo no opuse ninguna resistencia, no era dueño de mis sentidos. Procuré hablar y solo pude lanzar algunos quejidos inarticulados.

»Vi que los aduaneros y los gendarmes me señalaban con el dedo. Me miré también, y me vi cubierto de sangre. Aquella lluvia tibia y abundante que había sentido caer sobre mí al través de los escalones era la sangre de la Carconte. Yo entonces mostré con el dedo el lugar donde estaba oculto.

»—¿Qué quiere decir? —preguntó un gendarme.

»Un aduanero fue a ver lo que era.

»—Quiere decir que ha pasado por aquí —respondió.

»Y diciendo esto, señaló el agujero por donde efectivamente había yo pasado. Entonces comprendí que me tomaban por el asesino. Recobré mi voz, mis fuerzas. Me desembaracé de las manos de los dos hombres que me sujetaban, exclamando:

»—¡No he sido yo! ¡No he sido yo!

»Dos gendarmes me apuntaron con sus carabinas.

»—¡Si haces un movimiento —dijeron—, estás muerto!

»—¡Le repito que yo no he sido! —exclamé.

»—Eso lo dirás a los jueces de Nimes —respondieron—. Entretanto síguenos, y si quieres hacer caso de nuestro consejo, no pongas ninguna resistencia.

»No era esta mi intención, estaba anonadado por la sorpresa y por el terror. Me pusieron esposas, me ataron a la cola de un caballo y me condujeron a Nimes.

»Me había seguido un aduanero que me perdió de vista en los alrededores de la casa. Sospechó que pasaría allí la noche, fue a avisar a sus compañeros, y llegaron justamente en el momento en que sonó el pistoletazo para pillarme en medio de tales pruebas de culpabilidad, de modo que al punto comprendí el trabajo que me costaría hacer brillar mi inocencia.

»Por lo tanto, lo primero que pedí al juez de instrucción fue que buscase por todas partes a cierto abate Busoni, que la mañana de aquel triste día se habría detenido en la posada del puente de Gard. Si Caderousse había inventado una historia, si el abate no existía,

yo estaría seguramente perdido, a menos que Caderousse no fuese preso a su vez y lo confesase todo.

»Transcurrieron dos meses, durante los cuales, debo decirlo en alabanza de mi juez, se hicieron todas las pesquisas para hallar al abate que yo deseaba ver. Ya había perdido toda esperanza. Caderousse no había sido preso. Iba a ser juzgado en la primera sesión, cuando el ocho de septiembre, es decir, tres meses y cinco días después del acontecimiento, el abate Busoni, a quien yo ya no esperaba, se presentó en la cárcel diciendo que había sabido que un preso deseaba hablarle. Se había enterado de ello en Marsella y se apresuraba a complacerme.

»Ya comprenderá con qué ansiedad le recibí. Le conté todo lo que había presenciado. Le conté también la historia del diamante. Contra lo que yo esperaba, era verdadera. Contra lo que yo esperaba también, creyó todo lo que le dije. Fue entonces cuando, seducido por su dulce caridad, habiendo yo conocido que estaba muy enterado de las costumbres de mi país, pensando que el perdón del único crimen que había cometido podía venir tal vez de sus labios tan caritativos, le referí, bajo el secreto de la confesión, la aventura de Auteuil con todos sus detalles. Lo que yo había hecho por un arrebato, obtuvo el mismo resultado que si hubiese sido hecho por cálculo. La confesión de este primer asesinato que yo no estaba obligado a confesarle, le demostró que no había cometido el segundo, y se separó de mí encargándome que esperase, y prometiéndome hacer todo lo que estuviera en su poder para convencer a los jueces de mi inocencia. Comprendí que efectivamente se había ocupado de mí cuando vi dulcificarse gradualmente mi prisión y supe que se iba a reunir el tribunal para juzgarme.

»Durante este intervalo, la Providencia permitió que Caderousse fuese preso en el extranjero y conducido a Francia. Lo confesó todo, culpando a su mujer de haber concebido el crimen, y de haberle instigado a él.

»Fue condenado a cadena perpetua, y yo puesto en libertad.

—Y entonces —dijo Montecristo—, se presentó en mi casa con una carta del abate Busoni.

—Sí, excelencia. Tomó por mí un visible interés. “Su oficio de contrabandista lo va a perder —me dijo—; si sale de aquí, déjelo”.

»—Pero, padre mío, ¿cómo quiere que viva y mantenga a mi pobre hermana?

»—Uno de mis penitentes —me respondió— me estima sobremanera, y me ha encargado que le busque un hombre de confianza. ¿Quiere ser ese hombre? Lo enviaré a él.

»—¡Oh!, padre mío —exclamé—, ¡cuánta bondad!

»—Pero, ¿me jura que no tendré nunca que arrepentirme?

»Entonces extendí la mano, dispuesto a jurar.

»—Es inútil —dijo—, conozco y aprecio a los corsos, tome mi recomendación.

»Y escribió algunos renglones que yo entregué, y por los cuales su excelencia tuvo la bondad de tomarme a su servicio. Ahora pregunto con orgullo a su excelencia: ¿ha tenido jamás alguna queja de mí...?

—No —respondió el conde—, y lo confieso con placer, es un buen servidor, Bertuccio, aunque es poco amigo de confidencias.

—¿Yo, señor conde?

—Sí, usted. ¿Cómo es que tiene una hermana y un hijo adoptivo, y nunca me ha hablado del uno ni del otro?

—¡Ay!, excelencia, es que aún tengo que contarle la parte más triste de mi vida. Marché a Córcega. Tenía muchos deseos de ver y consolar a mi pobre hermana, pero cuando llegué a Rogliano hallé la casa vacía. Había ocurrido una escena horrible, de la cual conservan aún memoria los vecinos. Mi pobre hermana, según mis consejos, resistía las exigencias de Benedetto, que quería que le diese a cada instante el dinero que había en la casa. Una mañana la amenazó y desapareció todo el día. La pobre Assunta lloró, porque tenía para el miserable un corazón de madre. Llegó la noche, y lo esperó sin acostarse. Cuando a las once entró el muchacho con dos de sus amigotes, compañeros de todas sus locuras, entonces Assunta le tendió los brazos, pero se apoderaron de ella, y uno de los tres, creo que fue ese infernal Benedetto, dijo:

»—Señores, atormentémosla para ver si nos dice dónde tiene el dinero.

»Precisamente el vecino Basilio estaba en Bastia, y su mujer sola

en la casa. Ninguno, excepto ella, podía ver ni oír lo que le ocurría a mi hermana. Dos de los muchachos detuvieron a la pobre Assunta, que no pudiendo creer en la posibilidad de tal crimen, sonreía. El tercero fue a atrancar puertas y ventanas, después volvió, y reunidos los tres, ahogando los gritos que el terror le arrancaba ante estos preparativos más graves, acercaron los pies de Assunta al brasero para ver si de este modo lograban saber dónde tenía oculto nuestro pequeño tesoro. Pero en medio de la lucha prendió el brasero fuego a sus vestidos. Entonces soltaron a la infeliz para no quemarse ellos. Con sus vestidos inflamados corrió a la puerta, pero estaba cerrada. Se lanzó hacia la ventana, y también estaba cerrada. Entonces la vecina oyó gritos espantosos, era Assunta que pedía socorro. Pronto se ahogó su voz, los gritos se trocaron en gemidos y al día siguiente, después de una noche de terror y de angustias, cuando la mujer de Basilio se atrevió a salir de su casa, y el juez mandó abrir la puerta de la nuestra, encontraron a Assunta medio quemada, pero respirando aún. Los armarios abiertos y el dinero había desaparecido.

»En cuanto a Benedetto, salió de Rogliano para no volver jamás. Desde este día no le he vuelto a ver y tampoco he oído hablar de él.

»Tras haberme enterado de estas noticias —prosiguió Bertuccio— fue cuando me dirigí a su excelencia. No tenía que hablarle de Benedetto puesto que había desaparecido, ni de mi hermana, puesto que había muerto.

—¿Y qué ha pensado de ese suceso? —preguntó Montecristo.

—Que era castigo del crimen que había cometido —respondió Bertuccio—. ¡Ah, esos Villefort son una raza maldita!

—Eso mismo creo —murmuró el conde con acento lúgubre.

—Y ahora su excelencia comprenderá que esta casa que no he visto hace tanto tiempo, que este jardín donde me he encontrado de repente, que este sitio donde maté a un hombre, han podido causarme estas sombrías emociones, cuyo origen ha querido saber, porque al fin, yo no estoy seguro de que aquí, delante de mí, no esté enterrado el señor de Villefort en la fosa que él mismo cavó para su hijo.

—Desde luego, todo es posible —dijo Montecristo levantándose

del banco donde estaba sentado—, aun cuando —añadió más bajo —, el procurador del rey no haya muerto. El abate Busoni ha hecho bien en enviarlo a mí y usted en contarme su historia, porque ya no tendré malos pensamientos respecto a este asunto. En cuanto a ese tan mal llamado Benedetto, ¿no ha procurado saber su paradero, ni lo que ha sido de él?

—Jamás. Si yo hubiese sabido dónde estaba, en lugar de ir en su busca, hubiera huido de él como de un monstruo. No; felizmente, jamás he oído hablar de él, supongo que habrá muerto.

—No lo crea, Bertuccio —dijo el conde—, los malos no mueren así, porque Dios parece protegerlos para hacerlos instrumentos de sus venganzas.

—Es posible —dijo Bertuccio—. Pero todo lo que pido al cielo, es no volverlo a ver jamás. Ahora —continuó el mayordomo bajando la cabeza—, ya lo sabe todo, señor conde. Usted es mi juez en la tierra como Dios lo será en el cielo. ¿No me dirá alguna palabra de consuelo?

—Tiene razón, en efecto, y puedo decirle lo que le diría el abate Busoni. Ese a quien ha dado muerte, ese Villefort, merecía un castigo por lo que a usted le había hecho y tal vez por otra cosa. Benedetto, si vive, servirá, como le he dicho, para alguna venganza divina; después será castigado a su vez. En realidad, en cuanto a usted no tiene que echarse en cara más que una cosa: Acúsese de que habiendo salvado la vida a ese niño, no se lo devolviese a su madre. Ahí está el crimen, Bertuccio.

—Sí, señor; ahí está el crimen y el verdadero crimen, porque he obrado muy mal en eso. Una vez devuelta la vida al niño, no tenía más que una cosa que hacer, y era mandarlo a su madre.

Mas para eso tenía que hacer pesquisas, llamar la atención, entregarme tal vez, y yo no quería morir. Deseaba la vida por mi hermana, por mi amor propio de salir victorioso de una venganza. Y después, tal vez deseaba la vida por el mismo amor de la vida. ¡Oh! ¡Yo no soy tan valiente como mi hermano!

Bertuccio ocultó el rostro entre sus manos, y Montecristo fijó sobre él una larga e indefinible mirada, después de un instante de silencio, que la hora y el lugar hacían todavía más solemnes.

—Para terminar debidamente esta conversación, que será la última sobre tales aventuras, señor Bertuccio —dijo el conde con una acento de melancolía que no le era habitual—, recuerde bien mis palabras, varias veces las he oído pronunciar al abate Busoni. Todo mal tiene dos remedios, el tiempo y el silencio. Ahora, señor Bertuccio, déjeme pasear un instante por este jardín. Lo que tanto le afecta a usted, actor de esa terrible escena será para mí una sensación casi dulce, y que doblará el precio a esta propiedad. Los árboles, señor Bertuccio, no gustan sino porque hacen sombra, y la sombra no gusta sino porque está llena de fantasmas y visiones. Por lo tanto, he comprado un jardín creyendo comprar un simple huertecillo rodeado de cuatro tapias y nada más. De repente este huertecillo se trueca en un jardín lleno de fantasmas que no estaban en el contrato... Ahora bien, a mí me agradan los fantasmas, nunca he oído decir que los muertos hayan hecho en seis mil años tanto daño como los vivos en un solo día. Vuelva a la casa, señor Bertuccio, y duerma tranquilo. Si su confesor en la última hora es menos indulgente que lo fue el abate Busoni, mándeme llamar, si aún existo en el mundo, y le diré palabras que mecerán dulcemente su alma en el momento en que esté pronta a ponerse en camino para emprender ese penoso viaje que llaman eternidad.

Bertuccio se inclinó respetuosamente ante el conde, y se alejó dando un suspiro.

Montecristo se quedó solo, y dando cuatro pasos hacia adelante, murmuró:

—Aquí, junto a ese plátano, la fosa donde fue depositado el niño; allí abajo, la puertecita por la cual se entraba al jardín; en aquel ángulo la escalera secreta que conduce a la alcoba. No creo tener necesidad de escribir esto en mi cartera, porque aquí tengo a mi vista, a mi alrededor, a mis pies, todo el plano en relieve.

Cuando el conde hubo dado la última vuelta por el jardín, fue a buscar su carruaje. Bertuccio, que le veía pensativo, subió al pescante, al lado del cochero, sin decir una sola palabra. Tomó el camino de París.

Aquella misma noche, cuando llegó a la casa de los Campos Elíseos, el conde de Montecristo examinó toda la morada como

hubiera podido hacerlo un hombre familiarizado con ella ya muchos años. Ni una sola vez abrió una puerta por otra, y no siguió una escalera o un corredor que no le condujese donde quería ir.

Alí le acompañaba en esta revista nocturna. El conde dio a Bertuccio muchas órdenes concernientes al adorno o la nueva distribución de las habitaciones, y sacando su reloj dijo al negro:

—Son las once y media. Haydée no puede tardar en llegar. ¿Ha mandado avisar a las doncellas francesas?

Alí extendió la mano hacia la habitación destinada a la bella griega, y que estaba de tal modo aislada, que ocultando la puerta detrás de una colgadura, se podía visitar la casa sin sospechar que hubiese allí un salón y dos cuartos habitados. Alí, repetimos, extendió la mano hacia la habitación, señalando el número tres con los dedos de su mano izquierda, y sobre la palma de esta misma mano, apoyando su cabeza, cerró los puños.

—¡Ah! —dijo Montecristo, habituado a este lenguaje—, son tres y esperan en la alcoba, ¿no es verdad?

—Sí —expresó Alí bajando la escalera.

—La señora estará fatigada esta noche —continuó Montecristo—, y sin duda querrá dormir. Que no la hagan hablar; las camareras francesas no harán más que saludar a su nueva señora y retirarse. Velará por que la doncella griega no se comunique con las camareras francesas.

Alí se inclinó.

Pocos minutos después se oyeron voces como de anuncio a la reja y esta se abrió. Un carruaje rodó por la calle de árboles y se paró delante de la escalera. El conde bajó de su cuarto para recibir a la persona que salía del carruaje, y dio la mano a una joven envuelta en una especie de capuchón de seda verde, bordado de oro, que le cubría la cabeza. La joven tomó la mano que le presentaban, la besó con cierto amor, mezclado de respeto, y algunas palabras fueron cambiadas con ternura de parte de la joven y con dulce gravedad de parte del conde de Montecristo.

Entonces, precedida de Alí, que llevaba una antorcha de cera color de rosa, la joven, que no era otra que la bella griega, compañera habitual de Montecristo en Italia, fue conducida a su habitación, y

poco después el conde se retiró al pabellón que le estaba reservado.

A las doce y media de la noche todas las luces estaban apagadas en la casa, y se hubiera podido creer que todo el mundo dormía.

Al día siguiente, a las dos de la tarde, una carretela tirada por dos magníficos caballos ingleses, se paró delante de la puerta de Montecristo. Un hombre vestido de frac azul, con botones de seda del mismo color, chaleco blanco adornado por una enorme cadena de oro y pantalón color de nuez, con cabellos tan negros y que descendían tanto sobre las cejas que se hubiera podido dudar fuesen naturales, por lo poco en consonancia que estaban con las arrugas inferiores que no podían ocultar, un hombre, en fin, de cincuenta a cincuenta y cinco años, y que quería aparentar cuarenta, asomó su cabeza por la ventanilla de su carretela, sobre la portezuela de la cual se veía pintada una corona de barón, y mandó a su *groom* que preguntase al portero si estaba en casa el señor conde de Montecristo.

Mientras tanto, este hombre examinaba con una atención tan minuciosa que casi era impertinente, el exterior de la casa, lo que se podía distinguir del jardín y la librea de algunos criados que iban y venían de un lado a otro. La mirada de este hombre era viva, pero astuta.

Sus labios, tan delgados que más bien parecían entrar en su boca que salir de ella, lo prominente de los pómulos, señal infalible de astucia, su frente achatada, todo contribuía a dar un aire casi repugnante a la fisonomía de este personaje, muy recomendable a los ojos del vulgo por sus magníficos caballos, el enorme diamante que llevaba en su camisa, y la cinta encarnada que se extendía de un ojal a otro de su frac.

El *groom* llamó a los cristales del cuarto del portero y preguntó:

—¿Es aquí donde vive el señor conde de Montecristo?

—Aquí vive su excelencia —respondió el portero—, pero... —y consultó a Alí con una mirada.

Alí hizo una seña negativa.

—¿Pero qué...? —preguntó el *groom.*

—Su excelencia no está visible —respondió el portero.

—Entonces, tome la tarjeta de mi amo, el señor barón Danglars. La entregará al conde de Montecristo, y le dirá que al ir a la Cámara, mi amo se ha vuelto para tener el honor de verlo.
—Yo no hablo a su excelencia —dijo el portero—; su ayuda de cámara le pasará el recado.
El *groom* se volvió al carruaje.
—¿Qué hay? —preguntó Danglars.
El *groom*, bastante avergonzado de la lección que había recibido, llevó a su amo la respuesta que le había dado el portero.
—¡Oh!—dijo Danglars—. ¿Acaso ese caballero es algún príncipe para que le llamen excelencia y para que solo su ayuda de cámara pueda hablarle? No importa, puesto que tiene un crédito contra mí, será menester que yo lo vea cuando quiera dinero.
Y el banquero se recostó en el fondo de su carruaje gritando al cochero de modo que pudieran oírle del otro lado del camino:
—A la Cámara de los Diputados.
A través de una celosía de su pabellón, el conde de Montecristo, avisado a tiempo, había visto al barón con la ayuda de unos excelentes anteojos, con una atención no menor que la que el señor Danglars había puesto en examinar la casa, el jardín y las libreas.
—Decididamente —dijo con un gesto de disgusto, haciendo entrar los tubos de sus anteojos en sus fundas de marfil—, decididamente es una criatura fea ese hombre, ¡cómo se reconoce en él a primera vista a la serpiente de frente achatada y al buitre de cráneo redondo y prominente!
—¡Alí! —gritó, y dio un golpe sobre el timbre.
Alí acudió inmediatamente.
—Llamen a Bertuccio.
En este momento entró Bertuccio.
—¿Preguntaba por mí su excelencia? —dijo el mayordomo.
—Sí —dijo el conde—. ¿Ha visto los caballos que acaban de pasar por delante de mi puerta?
—Sí, excelencia, son hermosos.
—Entonces —dijo Montecristo frunciendo las cejas—, ¿cómo se explica que habiéndole pedido los dos caballos más hermosos de París, resulta que hay en el mismo París otros dos tan hermosos

como los míos y no están en mi cuadra?

Al fruncimiento de cejas y a la severa entonación de esta voz, Alí bajó la cabeza y palideció.

—No es culpa tuya, buen Alí —dijo en árabe el conde con una dulzura que no se hubiera creído poder encontrar ni en su voz ni en su rostro—. Tú no entiendes mucho de caballos ingleses.

Las facciones de Alí recobraron la serenidad.

—Señor conde —dijo Bertuccio—, los caballos de que me habla no estaban en venta.

Montecristo se encogió de hombros.

—Sepa, señor mayordomo —dijo—, que todo está siempre en venta para quien lo paga bien.

—El señor Danglars pagó dieciséis mil francos por ellos, señor conde.

—Pues bien, se le ofrecen treinta y dos mil, es banquero, y un banquero no desperdicia nunca una ocasión de duplicar su capital.

—¿Habla en serio el señor conde? —preguntó Bertuccio.

Montecristo miró a su mayordomo como asombrado de que se atreviese a hacerle esta pregunta.

—Esta tarde —dijo—, tengo que hacer una visita, quiero que esos dos caballos tiren de mi carruaje con arneses nuevos.

Bertuccio se retiró saludando, y al llegar a la puerta, se detuvo:

—¿A qué hora —dijo— piensa hacer esa visita su excelencia?

—A las cinco —dijo Montecristo.

—Deseo indicar a su excelencia —dijo tímidamente el mayordomo — que son las dos.

—Lo sé —se limitó a responder Montecristo, y volviéndose luego hacia Alí, le dijo:

—Haga pasar todos los caballos por delante de la señora —añadió —, que ella escoja el tiro que más le convenga, y que mande decir si quiere comer conmigo. En tal caso se servirá la comida en su habitación; ande, cuando baje me enviará el ayuda de cámara.

Apenas había desaparecido Alí, entró el ayuda de cámara.

—Señor Bautista —dijo el conde—, hace un año que esta a mi servicio, es el tiempo de prueba que yo pongo a mis criados: Me conviene.

Bautista se inclinó.

—Ahora hace falta saber si yo le convengo a usted.

—¡Oh, señor conde! —se apresuró a decir Bautista.

—Escúcheme bien —repuso el conde—. Usted ganará quinientos francos al año. Es decir, el sueldo de un oficial que todos los días arriesga su vida. Tiene una mesa como desearían muchos jefes de oficina, infinitamente mucho más atareados que usted. Criados que cuiden de su ropa y de sus efectos. Además de sus quinientos francos de sueldo, me roba con las compras de mi tocador y otras cosas..., casi otros quinientos francos al año.

—¡Oh, excelencia!

—No me quejo de ello, señor Bautista, es muy lógico; sin embargo, deseo que eso se quede así; en ninguna parte encontrará una colocación semejante a la que le ha deparado la suerte. Nunca maltrato a mis criados, no juro, no me encolerizo jamás. Perdono siempre un error, pero nunca un descuido o un olvido. Mis órdenes son generalmente cortas, pero claras y terminantes. Mejor quiero repetirlas dos veces y aun tres, que verlas mal interpretadas. Soy lo suficientemente rico para saber todo lo que quiero saber, y soy muy curioso, se lo prevengo. Si supiese que ha hablado bien o mal de mí, comentado mis acciones, procurado saber mi conducta, saldría de mi casa al instante. Jamás advierto las cosas más que una vez; ya está advertido, adiós.

—A propósito —añadió el conde—, olvidaba decirle que cada año aparto cierta suma para mis criados. Los que despido pierden este dinero, que redunda en provecho de los que se quedan, que tendrán derecho a ella después de mi muerte. Ya hace un año que está en mi casa, su fortuna ha empezado, continúela.

Estas últimas palabras, pronunciadas delante de Alí, que permaneció impasible, puesto que no comprendía una palabra de francés, produjeron en Bautista un efecto fácil de comprender para todos los que han estudiado un poco la psicología del criado francés.

—Procuraré conformarme en todo con los deseos de su excelencia —dijo—; por otra parte, tomaré por modelo al señor Alí.

—¡Oh, no, no —dijo el conde con frialdad marmórea—. Alí tiene

muchos defectos mezclados con sus cualidades. No lo tome por modelo, porque Alí es una excepción; no tiene sueldo; no es un criado, es mi esclavo, es... mi perro. Si faltase a su deber, no lo echaría de casa, lo mataría.

Bautista abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Lo duda? —dijo Montecristo.

Y repitió en árabe a Alí las mismas palabras que acababa de decir en francés a Bautista.

Alí las escuchó y sonrió. Luego se acercó a su amo, hincó una rodilla en tierra y le besó respetuosamente la mano. Esta pantomima, que sirvió de lección a Bautista, le dejó sumamente estupefacto.

El conde hizo seña de que saliera y a Alí que le siguiese. Ambos pasaron a su gabinete y allí hablaron durante un buen rato. A las cinco el conde hizo sonar tres veces el timbre. Un golpe llamaba a Alí, dos a Bautista y tres a Bertuccio. El mayordomo entró.

—Mis caballos —dijo Montecristo.

—Ya están enganchados, excelencia —respondió Bertuccio—. ¿Acompaño al señor conde?

—No. El cochero, Bautista y Alí, nada más.

El conde descendió y vio enganchados a su carruaje los caballos que había admirado por la mañana en el de Danglars.

Al pasar junto a ellos, les dirigió una ojeada.

—Son realmente hermosos —dijo—, y ha hecho bien en comprarlos, pero ha sido un poco tarde.

—Excelencia —dijo Bertuccio—, mucho trabajo me ha costado poseerlos, y me han costado muy caros.

—¿Son por eso menos bellos? —preguntó el conde, encogiéndose de hombros.

—Si su excelencia está satisfecho —dijo Bertuccio—, no hay más que decir. ¿Dónde va su excelencia?

—A la calle de la Chaussée d’Antin, a casa del barón de Danglars.

Esta conversación tenía lugar en medio de la escalera. Bertuccio dio un paso para bajar el primero.

—Espere —dijo Montecristo deteniéndole—. Necesito un terreno en la orilla del mar, en Normandía, por ejemplo, entre El Havre y

Bolonia. Le doy tiempo, como ve. Es preciso que esta propiedad tenga un pequeño puerto, una bahía, donde pueda abrigarse mi corbeta. El buque estará siempre pronto a hacerse a la mar a cualquier hora del día o de la noche que a mí me plazca dar la señal. Le informará en casa de todos los notarios acerca de una propiedad con las condiciones que le he dicho. Cuando sepa algo irá a visitarla, y si le agrada la comprará a su nombre. La corbeta debe estar en dirección a Fecamp, ¿no es así?

—La misma noche que salimos de Marsella la vi darse a la vela.

—¿Y el yate?

—Tiene orden de permanecer en las Martigues.

—¡Bien!, se corresponderá de vez en cuando con los dos patrones que la mandan, a fin de que no se duerman.

—Y en cuanto al barco de vapor...

—¿Que está en Chalons?

—Sí.

—Las mismas órdenes que para los otros dos buques.

—¡Bien!

—Tan pronto como haya comprado esa propiedad, tendré entonces postas de diez en diez leguas, en el camino del norte y en el camino del mediodía.

—Su excelencia puede contar conmigo.

El conde hizo un movimiento de satisfacción, descendió los escalones, subió a su carruaje, que arrastrado al trote del magnífico tiro, no se detuvo hasta la casa del banquero.

Danglars presidía una comisión nombrada para un ferrocarril, cuando le anunciaron la visita del conde de Montecristo. Por otra parte, la sesión estaba terminando.

Al oír el nombre del conde, se levantó.

—Señores —dijo, dirigiéndose a sus colegas, de los cuales muchos eran respetables miembros de una a otra Cámara—, perdóneme si le dejo así, pero imagínese que la casa de Thomson y French de Roma me dirige un cierto conde de Montecristo, abriéndole un crédito ilimitado en mi casa. Es la broma más chistosa que han hecho conmigo mis corresponsales del extranjero. Ya comprenderá, esto me picó la curiosidad, me pasé esta mañana por

la casa del pretendido conde, pues si lo era en efecto, ya se figurará que no sería tan rico. El señor conde no está visible, respondieron a mis criados. ¿Qué le parece? ¿No son maneras de un príncipe o de una linda señorita las del conde de Montecristo? Por otra parte, la casa situada en los Campos Elíseos me ha causado muy buena impresión. Pero, ¡vaya!, un crédito ilimitado —añadió Danglars riendo con su astuta sonrisa— hace exigente al banquero en cuya casa está abierto el crédito. Tengo deseos de ver a nuestro hombre. No saben aún con quién van a toparse.

Dichas estas palabras, con un énfasis que hinchó las narices del barón, se separó de sus colegas y pasó a un salón forrado de raso y oro, y del cual se hablaba mucho en la Chaussée d’Antin.

Aquí mandó introducir al conde a fin de deslumbrarlo al primer golpe.

El conde estaba en pie, contemplando algunas copias de Albano y del Fattore, que habían hecho pasar al banquero por originales, y que hacían muy poco juego con los adornos dorados y diferentes colores del techo y de los ángulos del salón.

Al oír los pasos de Danglars, el conde se volvió. Danglars saludó ligeramente con la cabeza, e hizo señal al conde de que se sentase en un sillón de madera dorado con forro de raso blanco bordado de oro.

El conde se acomodó en el sillón.

—¿Es al señor de Montecristo a quien tengo el honor de hablar?

—¿Y yo —replicó el conde—, al señor barón Danglars, caballero de la Legión de Honor, miembro de la Cámara de los Diputados?

Montecristo hacía la nomenclatura de todos los títulos que había leído en la tarjeta del barón.

Danglars sonrió la pulla y se mordió los labios.

—Discúlpeme, caballero —dijo—, si no le he dado el título con que me ha sido anunciado, pero, bien lo sabe, vivo en tiempo de un gobierno popular y soy un representante de los intereses del pueblo.

—Es decir —respondió Montecristo—, que conservando la costumbre de hacerse llamar barón, ha perdido la de llamar conde a los otros.

—¡Ah!, tampoco lo hago conmigo —respondió cándidamente

Danglars—, me han nombrado barón y hecho caballero de la Legión de Honor por algunos servicios, pero...

—¿Pero ha renunciado a sus títulos, como hicieron otras veces los señores de Montmorency y de Lafayette? ¡Ah!, ese es un buen ejemplo, caballero.

—No tanto —replicó Danglars desconcertado—, pero ya comprenderá, por los criados...

—Sí, sí, se llama *Monseñor* para los criados, para los periodistas *caballero*, y para los del pueblo, *ciudadano.* Son matices muy aplicables al gobierno constitucional. Lo comprendo perfectamente.

Danglars se mordió los labios, vio que no podía luchar con Montecristo en este terreno, y procuró hacer volver la cuestión al que le era más familiar.

—Señor conde —dijo el banquero inclinándose—, he recibido una carta de aviso de la casa de Thomson y French.

—¡Oh!, señor barón, permítame que le llame como lo hacen sus criados, es una mala costumbre que he adquirido en países donde hay todavía barones, precisamente porque ya no se conceden esos títulos. Me alegro mucho, así no tendré necesidad de presentarme yo mismo, lo cual siempre es embarazoso. ¿Decía que había recibido una carta de aviso?

—Sí —respondió Danglars—, pero le confieso que no he comprendido bien el significado del mismo.

—¡Bah!

—Y esperaba tener el honor de algunas explicaciones.

—Diga, señor barón, lo escucho, y estoy pronto a contestarle.

—Esta carta —repuso Danglars—, la tengo aquí según creo —y registró su bolsillo—; sí, aquí está. Esta carta abre al señor conde de Montecristo un crédito ilimitado contra mi casa.

—¡Y bien!, señor barón, ¿qué es lo que no entiende?

—Nada, caballero, pero la palabra ilimitado...

—¿Qué tiene? ¿No es francesa...?, ya comprende que son anglosajones los que la escriben.

—¡Oh!, desde luego, caballero, y en cuanto a la sintaxis no hay nada que decir, pero no sucede lo mismo en cuanto a contabilidad.

—¿Acaso la casa de Thomson y French —preguntó Montecristo

con el aire más sencillo que pudo afectar— no es completamente sólida, en su opinión, señor barón? ¡Diablos! Esto me contraría sobremanera, porque tengo algunos fondos colocados en ella.

—¡Ah...! Completamente sólida —respondió Danglars con una sonrisa burlona—, pero el sentido de la palabra ilimitado, en negocios mercantiles, es tan vago...

—Como ilimitado, ¿no es verdad? —dijo Montecristo.

—Justamente, caballero, eso quería decir. Ahora bien, lo vago es la duda, y según dice el sabio, en la duda, abstente.

—Lo cual quiere decir —replicó Montecristo— que si la casa Thomson y French está dispuesta a hacer locuras, la casa Danglars no lo está a seguir su ejemplo.

—¿Cómo, señor conde?

—Sí, sin duda alguna. Los señores Thomson y French efectúan los negocios sin cifras, pero el señor Danglars tiene un límite para los suyos, es un hombre prudente, como decía hace poco.

—Nadie ha contado aún mi caja, caballero —dijo orgullosamente el banquero.

—Entonces —dijo Montecristo con frialdad—, parece que seré yo el primero.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Las explicaciones que me pide, caballero, y que se parecen mucho a indecisiones.

Danglars se mordió los labios; era la segunda vez que le vencía aquel hombre y en un terreno que era el suyo. Su política irónica era afectada y casi rayaba en impertinencia.

Montecristo, al contrario, se sonreía con gracia, y observaba silenciosamente el despecho del banquero.

—En fin —dijo Danglars después de una pausa—, voy a ver si me hago comprender suplicándole que usted mismo fije la suma que quiera que se le entregue.

—Pero, caballero —replicó Montecristo, decidido a no perder una pulgada de terreno en la discusión—, si he pedido un crédito ilimitado contra usted es porque no sabía exactamente qué sumas necesitaba.

El banquero creyó que había llegado el momento de dar el golpe

final. Se recostó en su sillón y con una sonrisa orgullosa dijo:

—¡Oh!, no tema excederse en sus deseos. Pronto se convencerá de que el caudal de la casa de Danglars, por limitado que sea, puede satisfacer las mayores exigencias, y aunque pidiese un millón...

—¿Cómo? —preguntó Montecristo.

—Digo un millón —repitió Danglars con el aplomo que da la insensatez.

—¡Bah! ¡Bah! ¿Y qué haría yo con un millón? —dijo el conde—. ¡Diablos!, caballero, si no hubiese necesitado más, no me hubiera hecho abrir en su casa un crédito por semejante miseria. ¡Un millón! Yo siempre lo llevo en mi cartera o en mi neceser de viaje.

Y Montecristo extrajo de un tarjetero dos billetes de quinientos mil francos cada uno al portador sobre el Tesoro.

Preciso era atacar de este modo a un hombre como Danglars. El golpe hizo su efecto, el banquero se levantó estupefacto. Abrió sus ojos, cuyas pupilas se dilataron.

—Vamos, confiéseme —dijo Montecristo— que desconfía de la casa Thomson y French. ¡Oh!, ¡nada más sencillo! He previsto el caso, y aunque poco entendedor en esta clase de asuntos, tomé mis precauciones. Aquí tiene otras dos cartas parecidas a la que le está dirigida. La una es de la casa de Arestein y Eskcles, de Viena, contra el señor barón de Rothschild; la otra es de la casa de Baring, de Londres, contra el señor Laffitte. Diga una palabra, caballero, y le sacaré del cuidado presentándome en una o en otra de esas dos casas.

Ya no cabía la menor duda. Danglars estaba vencido. Abrió con un temblor visible las cartas de Alemania y Londres, que le presentaba el conde con el extremo de los dedos, y comparó las firmas con una minuciosidad impertinente.

—¡Oh!, caballero, aquí tiene tres firmas que valen bastantes millones —dijo Danglars—. ¡Tres créditos ilimitados contra nuestras tres casas! Perdóneme, señor conde, pero aunque soy desconfiado, no puedo menos de quedarme atónito.

—¡Oh!, una casa como la suya no se asombra tan fácilmente —dijo Montecristo con mucha diplomacia—; ¿no es verdad?

—Hable, señor conde, estoy a sus órdenes.

—¡Pues bien! —replicó Montecristo—, ahora que nos entendemos, porque nos entendemos, ¿no es así?

Danglars hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—¿Y ya no desconfía en absoluto? —insistió Montecristo.

—¡Oh!, señor conde —exclamó el banquero—, jamás he desconfiado.

—Deseaba una prueba, nada más. ¡Pues bien! —repitió el conde —, ahora que nos entendemos, ahora que no abriga desconfianza, fijemos, si quiere, una suma general para el primer año, por ejemplo, seis millones.

—¡Seis millones! —exclamó Danglars sofocado.

—Si necesito más —repuso Montecristo despectivamente—, le pediré más, pero no pienso permanecer más de un año en Francia, y en él no creo gastar más de lo que le he dicho... ; en fin, allá veremos... Para empezar, hágame el favor de mandarme quinientos mil francos mañana; estaré en casa hasta mediodía, y por otra parte, si no estuviese, dejaré un recibo a mi mayordomo.

—El dinero estará en su casa mañana a las diez de la mañana, señor conde —respondió Danglars—; ¿quiere oro, billetes de banco, o plata?

—Oro y billetes por mitad.

Dicho esto, el conde se levantó.

—Debo confesarle una cosa, señor conde —dijo Danglars—; creía tener noticias de todas las mejores fortunas de Europa, y, sin embargo, la suya, que me parece considerable, lo confieso, me era enteramente desconocida, ¿es reciente?

—Al contrario —respondió Montecristo—, es muy antigua, era una especie de tesoro de familia, al cual estaba prohibido tocar, y cuyos intereses acumulados triplicaron el capital. La época fijada por el testador concluyó hace algunos años solamente, y después de algunos años hice uso de ella. Respecto a este punto, es muy natural su ignorancia. Por otra parte, dentro de algún tiempo la conocerá mejor.

Y el conde acompañó estas palabras de una de aquellas sonrisas que tanto terror causaban a Franz d’Epinay.

—Con sus gustos y sus intenciones, caballero —continuó Danglars —, va a desplegar en la capital un lujo que nos va a eclipsar a nosotros, pobres millonarios. No obstante, como me parece bastante inteligente, porque cuando entré miraba mis cuadros, podré mostrarle algunas estatuas de Thorwaldsen, de Bartolini, de Canova, todos artistas extranjeros. Como ve, yo no aprecio a los artistas franceses.

—Tiene derecho para ser injusto con ellos, caballero, porque son sus compatriotas.

—Sin embargo, lo dejaremos todo eso para más tarde. Por hoy me contentaré, si lo permite, con presentarle a la señora baronesa de Danglars. Discúlpeme que me dé tanta prisa, señor conde, pero un cliente como usted debe considerarse como de la familia.

Montecristo se inclinó, dando a entender que aceptaba el honor que le hacía el banquero.

Danglars tiró del cordón de la campanilla, y se presentó un lacayo vestido con una bordada librea.

—¿Está en su cuarto la señora baronesa? —preguntó Danglars.

—Sí, señor barón —respondió el lacayo.

—¿Sola?

—No; está con una visita.

—¿No será indiscreción presentarse delante de alguien, señor conde? ¿No guarda incógnito?

—No, señor barón —dijo sonriendo Montecristo—, de ningún modo.

—¿Y quién está con la señora...? El señor Debray, ¿eh? —preguntó Danglars con un acento bondadoso que hizo sonreír al conde de Montecristo, informado ya de los secretos de familia del banquero.

—Sí, señor barón, el señor Debray —respondió el lacayo.

Danglars ordenó que saliera.

Volviéndose después hacia Montecristo, dijo:

—El señor Luciano Debray es un antiguo amigo nuestro, secretario íntimo del Ministro del Interior. En cuanto a mi mujer, es una señorita de Servières, viuda del coronel marqués de Nargonne.

—No tengo el honor de conocer a la señora baronesa de Danglars,

pero no me ocurre lo mismo con el señor Luciano Debray.

—¡Bah! —dijo Danglars—. ¿Dónde...?

—En casa del señor de Morcef.

—¡Ah! ¿Conoce al vizcondesito? —dijo Danglars.

—Estuvimos juntos en Roma durante el Carnaval.

—¡Ah, sí! —dijo Danglars—. He oído hablar de una aventura singular con bandidos en unas ruinas. Salió de ellas milagrosamente. Creo que se lo contó a mi mujer y a mi hija cuando regresó de Italia.

—La señora baronesa espera a estos señores —exclamó el lacayo asomándose a la puerta.

—Paso delante de usted para enseñárselo.

—Y yo le sigo —dijo Montecristo.

El barón, seguido del conde, atravesó un sinfín de habitaciones, notables por su pesada suntuosidad y por su fastuoso mal gusto; negó hasta una perteneciente a la señora Danglars. Esta sala octógona, forrada de raso color de rosa, con colgaduras de muselina de las Indias, los sillones de madera antigua, dorados y forrados también de telas antiguas, en fin, dos lindos pasteles en forma de medallón, en armonía con el resto de la habitación, hacían que esta fuese la única de la casa que tenía algún carácter. Es verdad que no estaba incluida en el plano general trazado por el señor Danglars y su arquitecto, una de las mejores y más eminentes celebridades del Imperio, y cuya decoración habían dispuesto la baronesa y Luciano Debray.

Así, pues, el señor Danglars, gran admirador de lo antiguo, según lo comprendía el Directorio, despreciaba mucho esta coqueta sala, donde, por otra parte, no era admitido, de no excusar su presencia introduciendo algún amigo.

La señora Danglars, cuya belleza podía aún ser citada a pesar de sus treinta y siete años, se hallaba tocando el piano, mientras Luciano Debray, sentado delante de un velador, hojeaba un álbum.

Luciano había tenido ya tiempo de contar a la baronesa cosas relativas al conde. Ya sabe el lector cuán admirados quedaron todos durante el almuerzo en casa de Alberto, y cuánta impresión dejó en el ánimo de los convidados el conde de Montecristo, pues esta

impresión aún no se había borrado de la imaginación de Debray, y los informes que había dado a la baronesa lo demostraban de un modo muy notorio. La curiosidad de la señora Danglars, excitada por los antiguos detalles dados por Alberto de Morcef, y los nuevos por Luciano, había llegado a su colmo. Así, pues, este arreglo de piano y de álbum no era más que una de esas escenas de mundo, con las cuales se cubren las más fuertes preocupaciones. La baronesa recibió al señor Danglars con una sonrisa, cosa que no solía hacer. En cuanto al conde, recibió en respuesta a su saludo una ceremoniosa, pero al mismo tiempo graciosa reverencia.

Luciano, por su parte, cambió con el conde un saludo de conocido a medias, y con Danglars un ademán de intimidad.

—Señora baronesa —dijo Danglars—, permita que le presente al señor conde de Montecristo —dijo Danglars— dirigido a mí por uno de mis corresponsales de Roma con las mayores recomendaciones. Solo una palabra tengo que decir: acaba de llegar a París con la intención de permanecer aquí un año, y de gastarse seis millones. Esto promete una serie de bailes y de comidas, en las cuales espero que el señor conde no nos olvidará, como tampoco nosotros lo olvidaremos en nuestras pequeñas fiestas.

Aunque la presentación fuese hecha con bastante grosería, es tan raro que un hombre venga a gastarse a París en un año la fortuna de un príncipe, que la señora Danglars lanzó al conde una ojeada que no dejaba de expresar cierto interés.

—¿Y ha llegado, caballero...? —preguntó la baronesa.

—Ayer por la mañana, señora.

—Y viene, según su costumbre, del fin del mundo.

—Solamente de Cádiz, señora.

—¡Oh!, viene en una estación espantosa. París está detestable en verano. No hay bailes, ni reuniones, ni fiestas. La ópera italiana está en Londres, la ópera francesa en todas partes, excepto en París, y en cuanto al teatro francés, en ninguna. No nos queda para distraernos más que algunas desgraciadas carreras en el campo de Marte y en Satory. ¿Hará correr, señor conde?

—Yo, señora —dijo el conde—, haré todo lo que se haga en París, si tengo la dicha de encontrar a alguien que me enseñe las

costumbres francesas.
—¿Le gustan los caballos, señor conde?
—He pasado una parte de mi vida en Oriente, señora, y los orientales, bien lo sabe, no aprecian más que dos cosas en el mundo: la nobleza de los caballos y la hermosura de las mujeres.
—¡Ah!, señor conde —dijo la baronesa sonriéndose—, hubiera debido anteponer las mujeres a los caballos.
—Ya ve, señora, que tenía mucha razón cuando le dije hace un momento que deseaba un preceptor, un amigo, que me pudiese instruir en las costumbres francesas.
En aquel momento entró la camarera favorita de la señora Danglars, y acercándose a su señora, le dijo algunas palabras al oído.
La señora Danglars palideció.
—¡Imposible! —dijo.
—Es la pura verdad, señora —respondió la camarera—, puede creerme con toda seguridad.
La señora Danglars se volvió hacia su marido.
—¿Es cierto, caballero? —le preguntó.
—¿Qué, señora? —preguntó Danglars, visiblemente agitado.
—Lo que me dice mi camarera...
—¿Y qué le dice?
—¿No lo sabe?
—Lo ignoro completamente.
—¡Pues bien! Dice que cuando mi cochero fue a enganchar mis caballos no los encontró en la cuadra. ¿Qué significa esto?
—Señora —dijo Danglars—, escúcheme.
—¡Oh!, ya lo escucho, caballero, porque tengo curiosidad por saber lo que va a decir. Estos señores serán testigos. Señores, el señor Danglars tiene diez caballos en las cuadras, y entre estos diez hay dos que son míos, dos caballos preciosos, los más hermosos de París, ya los conoce, señor Debray. Mis caballos tordos. Pues bien, en el momento en que la señora de Villefort me pide un carruaje, y yo se lo prometo para ir al bosque, no aparecen los caballos. El señor Danglars habrá encontrado quien le haya dado algunos miles de francos más de su precio, y los habrá vendido. ¡Ah!, infames

especuladores.

—Los caballos eran demasiado vivos, señora —respondió Danglars—, apenas tenían cuatro años, siempre estaba temiendo por usted.

—¡Eh!, caballero —dijo la baronesa—, bien sabe que hace un mes que tengo a mi servicio el mejor cochero de París, a no ser que también lo haya vendido con los caballos.

—Amiga mía, ya encontraré yo otros iguales, más hermosos aún, si los hay, pero caballos que sean mansos, tranquilos, que no me inspiren ninguna clase de temor.

La baronesa se encogió de hombros con profundo desprecio. Danglars no pareció percibir este gesto más que conyugal, y volviéndose hacia Montecristo, dijo:

—En verdad, lamento no haberle conocido antes, señor conde. ¿Está montando su casa?

—Sí —dijo el conde.

—Se los habría propuesto. Imagínese que los he dado por nada; pero como le he dicho, quería deshacerme de ellos, son caballos para un joven.

—Se lo agradezco mucho —dijo el conde—, pero esta mañana he comprado unos bastante hermosos. Mírelos, señor Debray, usted que entiende de ello.

Mientras Debray se acercaba a la ventana, Danglars se acercó a su mujer.

—Figúrese, señora —le dijo en voz baja—, que vinieron a ofrecerme por los caballos un precio exorbitante. No sé quién es el loco que quiere arruinarse y me ha enviado esta mañana un mayordomo. Pero el caso es que he ganado dieciséis mil francos; no se ponga de mal humor: le daré cuatro mil, y dos mil a Eugenia.

La señora Danglars dirigió a su marido otra mirada despectiva.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó Debray.

—¿Qué? —preguntó la baronesa.

—Si no me engaño, son sus caballos. Sus propios caballos en el carruaje del conde.

—¡Mis caballos tordos! —exclamó la señora Danglars.

Y se lanzó hacia la ventana.

—Es verdad —dijo.

Danglars estaba estupefacto.

—¿Es posible? —dijo Montecristo, fingiendo asombro.

—¡Es increíble! —murmuró el banquero.

La baronesa dijo unas palabras al oído de Debray, que se acercó a su vez a Montecristo.

—La baronesa le pregunta en cuánto le ha vendido su marido ese tiro de caballos.

—No sé —dijo el conde—, es una sorpresa que me ha dado mi mayordomo y... y que me ha costado treinta mil francos, según creo.

Debray fue a llevar esta respuesta a la baronesa.

Danglars estaba tan pálido y desconcertado, que el conde fingió tener piedad de él.

—Ya ve —le dijo— cuán ingratas son las mujeres; este obsequio de parte suya no ha conmovido a la baronesa. Ingrata, no es la palabra; loca debiera decir. Pero qué quiere, siempre se desea lo que fastidia, así, pues, lo mejor que puede hacer, señor barón, es no volver a hablar una palabra del asunto, este es mi parecer, pero puede hacer lo que le parezca.

Danglars no respondió; preveía en su próximo porvenir una escena desastrosa. Ya se habían arrugado las cejas de la señora baronesa, y cual otro Júpiter Olímpico, presagiaba una tempestad. Debray, que la oía ya empezar a rugir, dio una excusa cualquiera y se despidió.

Montecristo, que no quería incomodar de ninguna manera al enojado matrimonio, saludó a la señora Danglars y se retiró, entregando al barón a la cólera de su mujer.

—Bueno —dijo Montecristo retirándose—, he conseguido lo que quería. Tengo en mis manos la paz del matrimonio, y de un solo golpe voy a adquirir el corazón del barón y el de la baronesa. ¡Qué dicha! Mas aún no he sido presentado a la señorita Eugenia Danglars, a quien hubiera deseado conocer. Pero —añadió con aquella sonrisa que le era peculiar—, estoy en París y me queda mucho tiempo..., otro día será...

Dicho esto, el conde montó en su carruaje y volvió a su casa.

Dos horas después escribió una carta encantadora a la señora Danglars, en la que le decía que, no queriendo iniciar su entrada en

el mundo parisiense contrariando a tan hermosa dama, le suplicaba aceptase sus caballos. Tenían los mismos arneses que ella había visto por la mañana, solo que en el centro de cada roseta que llevaban sobre la oreja, el conde había hecho engastar un diamante.

Danglars recibió también una carta del conde. Le pedía permiso para ofrecer a la baronesa este pequeño capricho de millonario, rogándole que excusase las maneras orientales con que iba acompañado el regalo de los caballos.

Aquella tarde, Montecristo partió hacia Auteuil, acompañado de Alí.

Al día siguiente, a las tres, Alí, llamado por un timbrazo, entró en el gabinete del conde.

—Alí —le dijo este—, varias veces me has hablado de tu habilidad para lanzar el lazo.

Alí hizo una señal afirmativa y se irguió con orgullo.

—Bien... Así, pues, ¿podrías detener un toro?

Alí hizo otra señal afirmativa.

—¿Un tigre?

La misma respuesta por parte de Alí.

—¿Un león?

Alí hizo el ademán de un hombre que lanza el lazo, e imitó un rugido.

—¡Bien!, comprendo —dijo Montecristo—, ¿has cazado leones?

Alí hizo un orgulloso movimiento de cabeza.

—¿Pero detendrás en su carrera dos caballos desbocados?

Alí sonrió.

—¡Pues bien!, escucha —dijo el conde—, dentro de poco pasará por aquí un carruaje tirado por dos caballos tordos, los mismos que yo tenía ayer. Es preciso que a todo trance le detengas delante de mi puerta.

Alí bajó a la calle y trazó delante de la puerta una raya sobre la arena. Después volvió y mostró la raya al conde, que le había seguido con la vista.

Este le dio dos golpecitos en el hombro, era su modo de dar las gracias a Alí. Luego el negro fue a fumar en pipa a la esquina que formaba la casa, mientras que Montecristo volvía a su gabinete.

A las cinco, es decir, a la hora en que el conde esperaba el

carruaje, su rostro presentaba señales casi imperceptibles de una ligera impaciencia. Se paseaba en una sala que daba a la calle, aplicando el oído por intervalos, y acercándose de cuando en cuando a la ventana, por lo cual descubrió a Alí arrojando bocanadas de humo con una regularidad que demostraba que el negro estaba dedicado enteramente a esta importante ocupación.

De pronto se oyó un ruido lejano, pero que se acercaba con la rapidez del rayo. Después apareció una carretela, cuyo cochero quería en vano detener los caballos que avanzaban furiosos con las crines erizadas, más bien saltando con impulsos insensatos que galopando.

En la carretera, una joven y un niño de siete u ocho años, estaban abrazados. Tan aterrados estaban que habían perdido hasta las fuerzas para gritar. Hubiera bastado una piedra debajo de la rueda o un árbol en medio del camino para romper el carruaje que crujía.

Iba por medio de la calle, y se oían en esta los gritos de terror de los que le veían acercarse.

De repente, Alí tira su pipa, saca de su bolsillo el lazo, lo lanza, envuelve en una triple vuelta las manos del caballo de la izquierda, se deja arrastrar tres o cuatro pasos por la violencia del impulso, pero al cabo cae sobre la lanza, que rompe, y paraliza los esfuerzos que hace el caballo que quedó en pie para continuar su carrera. El cochero aprovecha este momento para saltar de su pescante, pero ya Alí había agarrado las narices del segundo caballo con sus dedos de hierro, y el animal, relinchando de dolor, cae convulsivamente junto a su compañero.

Esta escena transcurrió en menos tiempo del que hemos empleado en describirla. Sin embargo, bastó para que de la casa de enfrente saliese un hombre seguido de muchos criados. En el momento en que el cochero abría la portezuela, arrebató de la carretela a la dama, que con una mano se agarraba a los almohadones, mientras que con la otra estrechaba contra su pecho a su hijo desmayado. Montecristo los llevó a un salón, y los colocó sobre un canapé.

—No tema nada, señora —dijo—, está a salvo.

La mujer volvió en sí, y por respuesta le presentó su hijo con una mirada más elocuente que todas las súplicas. En efecto, el niño

estaba desmayado.

—Sí, señora, comprendo —dijo el conde examinando al niño—, pero tranquilícese, nada le ha sucedido, y solo el miedo ha embargado sus sentidos.

—¡Oh, caballero! —exclamó la madre—, ¿no dice eso para tranquilizarme? ¡Mire qué pálido está! ¡Hijo mío, Eduardo! ¿No contestas a tu madre? ¡Ah, caballero, envíe a buscar un médico! ¡Doy mi fortuna a quien me devuelva a mi hijo!

Montecristo hizo con la mano un movimiento para tranquilizar a la desolada madre, y abriendo un cofre sacó de él un frasco de cristal de bohemia que contenía un licor rojo como la sangre, y del que dejó caer una sola gota sobre los labios del niño. Este, aunque sin perder la lividez de su semblante, abrió los ojos. Al ver esto, la alegría de la madre no tuvo límites.

—¿Dónde estoy —exclamó—, y a quién debo tanta felicidad después de una prueba tan cruel?

—Está, señora —respondió Montecristo—, en casa del hombre más dichoso por haber podido evitarle un pesar.

—¡Oh, maldita curiosidad la mía! Todo París hablaba de esos magníficos caballos de la señora de Danglars, y he tenido la locura de querer probarlos.

—¡Cómo! —exclamó el conde con una sorpresa admirablemente fingida—. ¿Son esos caballos los de la baronesa?

—Sí, señor. ¿La conoce?

—Tengo el honor de conocerla y mi alegría es doble por haberla salvado del peligro que la han hecho correr, porque ese peligro es a mí a quien puede atribuir. Había comprado ayer estos caballos al barón, pero la baronesa pareció sentirlo tanto, que se los envié ayer suplicándole que los aceptase de mi mano.

—¿Entonces es usted el conde de Montecristo, de quien tanto me ha hablado Herminia?

—El mismo —dijo el conde.

—Yo, caballero, soy Eloísa de Villefort.

El conde saludó como si se pronunciara delante de él un nombre enteramente desconocido.

—¡Oh, cuán reconocido se quedará el señor de Villefort! —repuso

Eloísa—, porque en realidad, él le debe nuestras dos vidas; seguramente sin su generoso criado nuestro hijo y yo habríamos muerto.

—¡Ay, señora!, aún me estremezco al pensar en el peligro que ha corrido.

—¡Oh!, yo espero que me permitirá recompensar debidamente la acción de ese hombre.

—Señora —dijo Montecristo—, no me eche a perder a Alí, se lo ruego, ni con alabanzas ni con recompensas. Son vicios que no quiero yo que adquiera. Alí es mi esclavo; salvándole la vida me sirve, y su deber es servirme.

—¡Pero ha arriesgado su vida! —exclamó la señora de Villefort, a quien este tono de superioridad impresionó profundamente.

—Yo he salvado la suya, señora —respondió Montecristo—; por consiguiente, me pertenece.

La señora de Villefort se calló. Tal vez reflexionaba, acerca de aquel hombre que, a primera vista, causaba una impresión tan profunda en todas las personas.

El conde contempló al niño, al que su madre cubría de besos. Era flaco, blanco como los niños de pelo rojo, y, sin embargo, un bosque de cabellos cubría su frente, y cayendo sobre sus hombros adornaban su rostro y aumentaban la vivacidad de sus ojos, llenos de malicia y de juvenil maldad. Su boca, apenas sonrosada, era ancha y de delgados labios; sus facciones anunciaban doce años de edad, por lo menos. Su primer movimiento fue desembarazarse de los brazos de su madre para ir a abrir el cofre del que el conde había sacado el frasco de elixir. Después, sin pedir permiso a nadie, y como un niño acostumbrado a hacer todos sus caprichos, se puso a destapar todos los frascos.

—No toques ahí, amiguito —dijo vivamente el conde de Montecristo—, algunos de esos licores son peligrosos, no solamente al beberlos, sino al respirar su olor.

La señora de Villefort palideció y detuvo el brazo de su hijo, al que atrajo hacia sí. Pero, calmado su temor, echó sobre el cofre una rápida pero expresiva mirada, que al conde no pasó inadvertida.

En este momento entró Alí.

La señora de Villefort hizo un movimiento de alegría, y llamando al niño, le dijo:

—Eduardo, mira a este buen servidor, es un valiente, porque ha expuesto su vida por detener los caballos que nos arrastraban y el carruaje que iba a romperse. Dale las gracias, porque probablemente, a no ser por él, los dos habríamos perdido la vida.

El niño entreabrió la boca y volvió desdeñosamente la cabeza.

—Es muy feo —dijo.

El conde sonrió, como si el niño acabase de realizar una de sus esperanzas. En cuanto a la señora de Villefort, respondió a su hijo con una moderación que no hubiera sido seguramente del gusto de Juan Santiago Rousseau si el pequeño Eduardo se hubiese llamado Emilio.

—Mira —dijo en árabe el conde a Alí—, esta señora dice a su hijo que te dé las gracias por la vida que has salvado a los dos, y el niño responde que eres muy feo.

Alí volvió su inteligente cabeza un instante, y miró al niño sin expresión aparente. Pero un ligero estremecimiento de su mano demostró a Montecristo que el árabe acababa de ser herido en el corazón.

—Caballero —preguntó la señora de Villefort levantándose—, ¿es esta su morada habitual?

—No, señora —respondió el conde—. Es una especie de parador que he comprado. Vivo en los Campos Elíseos, número 30. Pero veo que está perfectamente repuesta y que desea retirarse. Acabo de mandar que enganchen esos caballos a mi carruaje, y Alí, ese muchacho tan feo —dijo al niño, sonriendo—, va a tener el honor de conducirle a su casa, mientras que su cochero se quedará aquí cuidando de la reparación del carruaje, y una vez terminada esta, uno de mis tiros de caballos lo volverá a conducir directamente a casa de la señora Danglars.

—Pero —dijo la señora de Villefort—, no me atreveré a ir con esos mismos caballos.

—¡Oh!, va a ver, señora —dijo Montecristo—, en manos de Alí se volverán tan mansos como dos corderos.

Alí se había acercado, en efecto, a los caballos, a los que habían

puesto de pie con mucho trabajo. Tenía en la mano una esponja empapada en vinagre aromático. Frotó con ella las narices y las sienes de los caballos, cubiertos de espuma y de sudor, y casi al punto empezaron a relinchar estrepitosamente y estremecerse durante algunos segundos.

Luego, en medio de una gran muchedumbre, a la que los restos del carruaje y el rumor que se había esparcido de aquel suceso, había atraído a la casa, Alí enganchó los caballos al cupé del conde, reunió en su mano las riendas, subió al pescante, y con gran asombro de los circunstantes, que habían visto a estos caballos impelidos como por un torbellino, se vio obligado a usar el látigo para hacerlos partir, y aun así no pudo obtener de los famosos tordos, ahora petrificados, casi muertos, más que un trote tan poco seguro y tan lánguido que tardaron dos horas en conducir a la señora de Villefort al barrio de Saint-Honoré, donde tenía su domicilio.

Apenas hubo llegado a ella, y aplacadas las primeras emociones, escribió la siguiente nota a la señora Danglars:

Querida Herminia:

Acabo de ser milagrosamente salvada con mi hijo por ese mismo conde de Montecristo de quien tanto hemos hablado ayer tarde, y que tan lejos estaba yo de sospechar que había de ver hoy. Ayer me habló de él con un entusiasmo que no pude menos de burlarme, creyendo que exageraba, pero hoy me he convencido de que era fundado. Sus caballos se desbocaron en Ranelagh, y seguramente íbamos a ser despedazados mi Eduardo y yo, cuando un árabe, un nubio, un hombre negro, en fin, al servicio del conde, detuvo a una señal suya el impulso de los caballos, exponiéndose a morir él mismo, y fue un milagro que no hubiera sucedido. Entonces acudió el conde, nos llevó a Eduardo y a mí a su casa, e hizo volver en sí a Eduardo. En su propio carruaje fui conducida a casa, el suyo se lo enviarán mañana. Encontrará bastante débiles a los caballos después de este incidente. Están como atontados, se diría que no podían perdonarse a sí mismos haberse dejado domar por un hombre. El conde me encarga que le diga que dos días de reposo y

por todo alimento cebada, los repondrán del todo.

¡Ah, Dios mío! No le doy las gracias por mi paseo, y cuando lo reflexiono, es una ingratitud el guardarle rencor por los caprichos de sus caballos, porque a uno de esos caprichos debo el haber visto al conde de Montecristo, y el ilustre extranjero me parece un hombre muy curioso y tan interesante que quiero estudiarlo a toda costa, aunque tuviese que dar otro paseo al bosque con sus mismos caballos.

Eduardo ha sufrido el accidente con un valor maravilloso. Se desmayó, pero sin lanzar un grito, y tampoco derramó después una lágrima. Aún me dirá que me ciega el amor materno, pero en ese cuerpo tan débil y delicado hay un alma de hierro.

Nuestra querida Valentina me da mil recuerdos para su hija Eugenia, y yo le abrazo de todo corazón.

ELOÍSA DE VILLEFORT.

P. D.: Procure que yo pueda ver en su casa de cualquier modo que sea a ese conde de Montecristo. Quiero absolutamente volverlo a ver. Por otra parte, acabo de obtener del señor de Villefort que le haga una visita; espero que se la devolverá.

Aquella noche, el suceso de Auteuil era el tema de todas las conversaciones. Alberto se lo contaba a su madre. Château-Renaud, en el Jockey Club, Debray en el salón del ministro, Beauchamp también hizo al conde la galantería de poner en su periódico un párrafo que ensalzó al conde poniéndolo a la altura de un héroe. En fin, esta acción le valió a Montecristo la admiración y el *interés* de todas las mujeres de la aristocracia.

Muchas personas fueron a inscribirse en casa de la señora de Villefort, a fin de tener derecho a renovar su visita en tiempo útil y oír entonces de su boca todos los detalles de esta pintoresca aventura.

En cambio, al señor de Villefort, como había dicho Eloísa a su amiga la señora Danglars, se puso un pantalón negro, frac de igual color, chaleco y corbata blancos, guantes amarillos y subió a su carretela, que le condujo aquella misma tarde a la puerta de la casa número 30 de los Campos Elíseos.

Capítulo siete:
Ideología

Si el conde de Montecristo hubiese vivido más tiempo en el mundo parisiense habría apreciado la visita que le hacía el señor de Villefort.

Considerado por todos como un hombre hábil, como suele considerarse a las personas que no han sufrido ningún descalabro político; aborrecido de muchos, pero protegido con ardor por algunos, sin ser por eso mejor querido de nadie, el señor de Villefort se encontraba en una alta posición en la magistratura y la mantenía como un Harley o como un Molé. A pesar de haberse regenerado sus salones, por una mujer joven y por una hija de su primer matrimonio, de edad apenas de dieciocho años, no dejaban de observarse en ellos el culto de las tradiciones y la religión de la etiqueta. La cortesía fría, la fidelidad absoluta a los principios del gobierno, un desprecio profundo de las teorías y de los teóricos, el odio a los ideólogos, tales eran los elementos de la vida interior y pública del señor de Villefort.

No era únicamente un magistrado, era casi un diplomático. Sus relaciones con la antigua corte, de la que siempre hablaba con dignidad y respeto, hacían que la moderna lo respetara, y sabía tantas cosas, que no solamente lo admiraban todos sus conocidos, sino que a veces le hacían consultas. Quizá no hubiera sucedido esto si hubiesen podido desembarazarse de él, pero al igual que los señores feudales rebeldes a su soberano, habitaba una fortaleza inexpugnable. Esta fortaleza era su cargo de procurador del rey, cuyas ventajas explotaba maravillosamente y que no hubiera abandonado sino para hacerse diputado y reemplazar así la neutralidad por la oposición.

En general, hacía o devolvía muy pocas visitas. La mujer visitaba por él, era cosa admitida en esa sociedad que siempre achacaba a sus graves y numerosas ocupaciones, lo que no eran en realidad más que un cálculo de orgullo, una quintaesencia de aristocracia, la aplicación, en fin, de este axioma: "Estímate a ti mismo, y serás

estimado de los demás”. Axioma más útil cien veces en nuestra sociedad que el de los griegos: “Conócete a ti mismo”, sustituido en nuestros días por el arte menos difícil y más ventajoso de conocer a los demás.

El señor de Villefort era un poderoso protector para sus amigos; para sus enemigos era un adversario sordo, pero encarnizado. Para los indiferentes, la estatua de la ley convertida en hombre. Fisonomía impasible, porte altanero, mirada apagada y brusca, o insolentemente penetrante y escudriñadora, tal era el hombre a quien cuatro revoluciones seguidas habían formado y después afirmado sobre su pedestal.

Se le tenía por el hombre menos curioso de Francia. Daba un baile todos los años y no se presentaba en él más que un cuarto de hora, es decir, cuarenta y cinco minutos menos que el rey en los suyos. Jamás se le veía en los teatros, en los conciertos, ni en ningún lugar público. Algunas veces jugaba una partida de whist y entonces procuraban elegirlo jugadores dignos de él: algún embajador, algún arzobispo, algún príncipe, algún presidente o, en fin, alguna duquesa viuda.

Tal era el hombre cuyo carruaje acababa de parar delante de la puerta del conde de Montecristo.

El ayuda de cámara anunció al señor de Villefort en el instante en que el conde, inclinado sobre una gran mesa, seguía el itinerario de San Petersburgo a China.

El procurador del rey entró con el mismo paso grave y acompasado que en el tribunal; era el mismo hombre, o más bien la continuación del mismo hombre a quien hemos conocido de sustituto en Marsella. La naturaleza no había alterado en nada el curso que debía seguir: de delgado que era, se había vuelto flaco; de pálido, se tornó en amarillo; sus ojos hundidos se habían profundizado más aún, y su lente de oro, al colocarla sobre la órbita, parecía formar parte del rostro. Excepto su corbata blanca, el resto del traje era completamente negro, y este fúnebre color no era interrumpido más que por su cinta encarnada, que pasaba imperceptiblemente por un ojal y que parecía una línea de sangre trazada con un pincel.

Por muy dueño de sí mismo que fuese Montecristo, examinó con visible curiosidad, devolviéndole su saludo, al magistrado, que, desconfiado de por sí y poco crédulo, particularmente en cuanto a las maravillas sociales, estaba más dispuesto a ver en el noble extranjero (así era como llamaban ya al conde de Montecristo), un caballero de industria que venía a explorar un nuevo teatro de sus acciones, que un príncipe de la Santa Sede, o un sultán de *Las mil y una noches.*

—Caballero —dijo Villefort con ese tono afectado usado por los magistrados en sus períodos oratorios, y del cual no quieren deshacerse en la conversación—, el señalado servicio que hizo ayer a mi mujer y a mi hijo me creó el deber de darle las gracias. Vengo, pues, a cumplir con él y a expresarle todo mi agradecimiento.

Y al decir estas palabras, la mirada severa del magistrado no había perdido nada de su arrogancia habitual, las había articulado de pie y erguido de cuello y hombros, lo cual le hacía parecerse, como ya hemos dicho, a la estatua de la Ley.

—Caballero —replicó el conde, a su vez con frialdad glacial—, soy muy feliz por haber podido conservar un hijo y a su madre, porque suele decirse que el sentimiento de la maternidad es el más poderoso y el más santo de todos, y esta felicidad que tengo le dispensa de cumplir un deber, cuya ejecución me honra, sin duda alguna, porque sé que el señor de Villefort no prodiga el favor que me hace, pero por lisonjero que me sea, no equivale para mí a la satisfacción interior de haber efectuado una buena obra.

Admirado Villefort de esta salida inesperada de su interlocutor, se estremeció como un soldado que siente el golpe que le dan, a pesar de la armadura de que está cubierto, y un gesto de su labio desdeñoso indicó que desde el principio no tenía al conde de Montecristo por hombre de muy finos modales.

Dirigió una mirada a su alrededor para hacer variar la conversación.

Vio el mapa que examinaba Montecristo cuando él entró, y replicó:

—¿Le interesa la geografía, caballero? Es un estudio muy bueno, para usted sobre todo, que, según aseguran, ha visto tantos países como hay en este mapa.

—Sí, señor —repuso el conde—; he querido hacer sobre la especie humana lo que usted hace sobre excepciones, es decir, un estudio fisiológico. He pensado que me sería más fácil descender de una vez del todo a la parte, que subir de la parte al todo. Es axioma algebraico que se proceda de lo conocido a lo desconocido... Mas, siéntese, caballero, se lo suplico.

Y Montecristo indicó con la mano al procurador del rey un sillón que este tuvo que tomarse la molestia de arrimar, mientras que el conde no tuvo más que dejarse caer sobre el mismo en que estaba arrodillado cuando entró Villefort. De este modo el conde se encontró enfrente de su interlocutor, con la espalda vuelta a la ventana, y el codo apoyado sobre el mapa, que era por entonces el objeto de la conversación, conversación que tomaba, cuando habló a Morcef y a Danglars, un giro análogo, si no a la situación, al menos a los personajes involucrados.

—¡Ah, caballero! —replicó Villefort después de una pausa, durante la cual, como un atleta que encuentra un rudo adversario, había hecho acopio de fuerzas—. De veras le digo que si como usted, yo no tuviese nada que hacer, buscaría una ocupación menos aburrida.

—Es verdad, caballero —replicó Montecristo—, hay en el hombre caprichos particulares, pero acaba de decir que yo no tenía nada que hacer. Veamos: ¿Se le figura a usted que tiene algo que hacer? O para hablar más claramente, ¿cree usted que lo que hace vale la pena de que se le llame trabajo?

El asombro de Villefort fue en aumento al recibir este segundo golpe tan bruscamente asestado por su extraño adversario. Mucho tiempo hacía que el magistrado no se veía así contradicho, o mejor dicho, esta era la primera vez que ello sucedía. El procurador del rey se preparó para responder.

—Caballero —dijo—, es extranjero, y usted mismo dice que ha pasado gran parte de su vida en países orientales. No sabe, pues, cuántos pasos prudentes y acompasados da entre nosotros la justicia humana tan expedita en esos países bárbaros.

—¡Oh, ya lo creo! Es el *pede claudo* antiguo, lo sé, porque de la justicia de todos los países ha sido sobre todo de lo que me he ocupado. He comparado el procedimiento criminal de todas las

naciones con la justicia natural, y debo decirle, caballero, la ley de los pueblos primitivos, la del Talión, ha sido la que he hallado más conforme a las miras de Dios.

—Si se adoptara esa ley —dijo el procurador del rey—, simplificaría mucho nuestros códigos, y entonces sí que, como decía hace poco, no tendrían que cansarse mucho los magistrados.

—Probablemente con el tiempo se adoptará —dijo Montecristo—. Bien sabe que las invenciones humanas marchan de lo compuesto a lo simple, que es siempre la perfección.

—Entretanto, caballero —dijo el magistrado—, nuestros códigos existen en sus artículos contradictorios, sacados de costumbres galas, de leyes romanas, de usos francos; ahora, pues, convendrá en que el conocimiento de todas esas leyes no se adquiere sin largos trabajos, sin largo estudio y una gran memoria para no olvidarlo una vez adquirido.

—Así lo creo, caballero. Pero todo lo que usted sabe respecto al código francés, lo sé yo, no solamente de ese, sino del de todas las naciones. Las leyes inglesas, turcas, japonesas, indias, me son tan familiares como las francesas, y hacía bien en decir que para lo que yo he hecho tiene usted poco que hacer, y para lo que yo he aprendido tiene usted que aprender aún muchas cosas.

—¿Pero con qué objeto ha aprendido todo eso? —replicó Villefort asombrado.

Montecristo sonrió.

—Bien, caballero —dijo—. Veo que a pesar de la reputación que tiene de hombre superior, mira todas las cosas desde el punto de vista mezquino y vulgar de la sociedad, empezando y acabando por el hombre, es decir, desde el punto de vista más estrecho que le está permitido abrazar a la inteligencia humana.

—Explíquese, caballero —dijo Villefort cada vez más asombrado —. No lo comprendo bien.

—Digo, que con la mirada fija en la organización social de las naciones, no ve más que los resortes de la máquina, y no el sublime obrero que la hace andar; digo que no conoce delante de usted ni a su alrededor más misiones que las anejas a nombramientos firmados por un ministro o por un rey, y que se escapan a su corta

vista los hombres que Dios ha creado superiores a los empleados de los ministros y de los monarcas, encargándoles que cumplan una misión, en vez de desempeñar un empleo. Tobías tomaba al ángel que debía devolverle la vista por un joven cualquiera. Las naciones tenían a Atila, que debía aniquilarlas, por un conquistador como todos, y fue necesario que ambos revelasen sus misiones celestiales para que se les reconociera; fue preciso que el uno dijese: “Soy el ángel del Señor”, y el otro: “Soy el azote de Dios”, para que fuese revelada la esencia divina de entrambos.

—Entonces —dijo Villefort cada vez más absorto y creyendo hablar a un loco—, ¿se considera como uno de esos seres extraordinarios que acaba de citar?

—¿Por qué no? —dijo Montecristo.

—Perdone, caballero —replicó Villefort estupefacto—, si al presentarme en su casa ignoraba que fuese un hombre cuyos conocimientos y talento sobrepujan tanto a los conocimientos ordinarios y al talento habitual de los hombres. No es costumbre en nosotros, desdichados corrompidos de la civilización, que los nobles, poseedores como usted de una fortuna inmensa, al menos según se asegura, no es costumbre, digo, que esos privilegiados de las riquezas pierdan su tiempo en especulaciones sociales, en sueños filosóficos, buenos a lo sumo para consolar a aquellos a quienes la suerte ha desheredado de los bienes de la tierra.

—¡Y qué, caballero! ¿Ha llegado usted a la situación que ocupa sin ser admitido, y aun sin haber encontrado excepciones? ¿Y no se ejercita nunca su mirada, que tanta necesidad tendría, sin embargo, de penetración y de seguridad, en adivinar a primera vista qué clase de hombre se halla bajo la influencia de ella? ¿No debería ser un magistrado, no digo el mejor aplicador de la ley, ni el intérprete más astuto, sino una sonda de acero para llegar a los corazones, una piedra de toque para probar el oro de que está hecha cada alma con mayor o menor aleación?

—Caballero, me desconcierta. Jamás había oído hablar a nadie como usted.

—Es porque ha estado constantemente encerrado en el círculo de las condiciones generales, sin remontarse a las esferas superiores

que Dios ha poblado de seres invisibles y excepcionales.

—¿Y cree que existen esas esferas, y que se encuentren entre nosotros seres excepcionales e invisibles?

—¿Por qué no? ¿Acaso no lo es el aire que respira, y sin el cual no podría vivir?

—¿Conque no vemos a esos seres de que habla?

—Claro que sí los ve, cuando Dios permite que se materialicen. Los toca, les habla y le responden.

—¡Ah! —dijo Villefort sonriéndose—, confieso que querría que me avisasen cuando uno de ellos se encuentre en contacto conmigo.

—Pues su deseo ha sido satisfecho, caballero, porque ha sido avisado hace poco, y ahora mismo se lo vuelvo a advertir.

—De modo que usted...

—Yo soy uno de esos seres excepcionales, sí señor, y creo que hasta ahora ningún hombre se ha encontrado en una posición semejante a la mía. Los reinos de los reyes están limitados, por montañas, por ríos, por cambios de costumbres, o por diversidad de lenguaje. Mi reino es grande como el mundo, porque no soy italiano, ni francés, ni indio, ni americano, ni español; soy cosmopolita. Ningún país puede decir que me ha visto nacer. Dios solo sabe qué tierra me verá morir. Asimilo todas las costumbres, hablo todas las lenguas. ¿Me cree francés porque hablo con la misma facilidad y la misma pureza que usted? ¡Pues bien! Alí, mi negro, me cree árabe; Bertuccio, mi mayordomo, me cree italiano; Haydée, mi esclava, me cree griego. Así, pues, comprende que no siendo de ningún país, no pidiendo protección a ningún gobierno, no reconociendo a ningún hombre por hermano mío, no me paralizan ni me detienen los escrúpulos que detienen a los poderosos o los obstáculos que paralizan a los débiles. solo tengo dos adversarios, y no vencedores, porque con la constancia los sujeto, y son el tiempo y el espacio. El tercero, y el más terrible, es mi condición de hombre mortal. Este es el único que puede detenerme en mi camino, y antes de que haya conseguido el objeto que deseo, todo lo demás lo tengo calculado. Lo que los hombres llaman reveses de la fortuna, es decir, la ruina, el cambio, las eventualidades, los he previsto yo, y si alguna puede ocurrirme, no por eso puede derribarme. A menos

que muera, continuaré siendo lo que soy. He aquí por qué le digo cosas que nunca ha oído, ni de boca de los reyes, porque los reyes le necesitan y los hombres le temen. Quién es el que no dice para sí en una sociedad tan ridículamente organizada como la nuestra: "¡Tal vez un día tendré que acudir al procurador del rey!".

—¿Y puede decir usted lo contrario? Desde el momento en que vive en Francia, naturalmente tiene que someterse a las leyes francesas.

—Ya lo sé, caballero —respondió Montecristo—, pero cuando quiero ir a un país, empiezo a estudiar, por medios que me son propios, a todos los hombres de quienes puedo tener algo que esperar o que temer, y llego a conocerles tanto o mejor tal vez, que ellos se conocen a sí mismos. De donde resulta que cualquier procurador del rey que se las hubiera conmigo, seguramente se vería más apurado que yo.

—Lo cual quiere decir —replicó vacilando Villefort— que siendo débil la naturaleza humana..., todo hombre, según su parecer, ha cometido... faltas.

—Faltas..., o crímenes —respondió sencillamente el conde de Montecristo.

—¿Y que solo usted, entre los hombres a quienes no reconoce por hermanos —repuso Villefort con voz alterada—, y que usted solo es perfecto?

—No, perfecto no —respondió el conde—. Pero no hablemos más de ello, caballero, si la conversación le desagrada. Que ni a mí me amenaza su justicia, ni a usted mi doble vista.

—¡No!, ¡no!, caballero —dijo vivamente Villefort, que temía sin duda parecer vencido—. ¡No! Con su brillante y casi sublime conversación, me ha elevado sobre el nivel ordinario; ya no hablamos familiarmente, estamos disertando. Ya sabe cuán crueles verdades se dicen a veces los teólogos de la Sorbona, o los filósofos en sus disputas. Supongamos que hablamos de teología social y de filosofía teológica, y le diré una de esas rudas verdades, y es, que sacrifica al orgullo, es superior a los demás, pero Dios es superior a usted.

—Superior a todos, caballero —respondió Montecristo con un

acento tan profundo, que Villefort se estremeció involuntariamente —. Yo tengo mi orgullo para los hombres, serpientes siempre prontas a erguirse contra el que las mira y no les aplasta la cabeza. Sin embargo, abandono este orgullo delante de Dios, que me ha sacado de la nada para hacerme lo que soy.

—Entonces, señor conde, lo admiro —repuso Villefort, que por primera vez en este extraño diálogo, acababa de emplear esta fórmula aristocrática para con el extranjero, a quien hasta entonces no había llamado más que caballero—. Sí, le repito, si es realmente fuerte, realmente superior, realmente santo e impenetrable, lo cual viene a ser lo mismo, según dice, sea soberbio, caballero; esa es la ley de las dominaciones. Pero, sin embargo, ¿tiene alguna ambición?

—Tuve una.

—¿Cuál?

—También yo, como le ocurre a todo hombre en la vida, fui conducido por Satanás una vez a la montaña más alta de la Tierra. Llegado allí, me mostró el mundo entero, y como había dicho otra vez a Cristo, me dijo a mí: “Veamos, hijo de los hombres, ¿qué quieres para adorarme?”. Entonces reflexioné, porque desde hacía mucho tiempo, una terrible ambición devoraba mi corazón, después le respondí: “Escucha, siempre he oído hablar de la Providencia, y, sin embargo, nunca la he visto, ni nada que se le parezca, lo cual me hace creer que no existe. Quiero ser la Providencia, porque lo más bello y grande que puede hacer un hombre es recompensar y castigar”. Pero Satanás bajó la cabeza y lanzó un suspiro. “Te engañas —dijo—, la Providencia existe, pero tú no la ves, porque, hija de Dios, es invisible como su padre. No has visto nada que se le parezca, porque procede por resortes ocultos, y marcha por caminos oscuros; todo lo que yo puedo es hacerte uno de los agentes de esa Providencia”. Se realizó el trato, tal vez en él perderé mi alma, pero no importa —repuso Montecristo—, ahora mismo lo ratificaría.

Villefort lo miraba con asombro.

—Señor conde —dijo—, ¿tiene parientes?

—No, caballero, estoy solo en el mundo.

—¡Tanto peor!
—¿Por qué? —preguntó Montecristo.
—Porque hubiera podido ver un espectáculo que destruyese su orgullo. Dice que no teme más que la muerte.
—No es que la tema, sino que solo ella puede detenerme.
—¿Y la vejez?
—Mi misión se habrá cumplido antes de que haya llegado a viejo.
—¿Y la locura?
—Poco me ha faltado para dar con ella, pero ya conoce el axioma *non bis in ídem,* es un principio de jurisprudencia criminal, y por lo tanto está en su cuerda.
—Caballero —repuso Villefort—, otra cosa hay que temer más que la muerte, la vejez o la locura. La apoplejía, por ejemplo, ese rayo que le hiere sin destruirlo, y después del cual, no obstante, todo se acabó. Vive, pero no es el mismo. Usted que como Ariel rayaba en ángel, ya no es más que una masa inerte que como Calibán, raya en bestia. Esto se llama una apoplejía. Venga, si quiere, a proseguir esta conversación a mi casa, conde, un día que desee encontrar adversario capaz de comprenderle y ansioso de contestarle, y hallará a mi padre, el señor Noirtier de Villefort, uno de los más fogosos jacobinos de la revolución francesa, es decir, la audacia más brillante puesta al servicio de la organización más poderosa, un hombre que no había visto como usted todos los reinos de la tierra, pero ayudó a derribar uno de los más poderosos. En fin, un hombre que, como usted, se creía enviado no de Dios, sino del Ser Supremo; no de la Providencia, sino de la Fatalidad. Pues bien, caballero, todo esto fue destruido no en un día, ni en una hora, sino en un segundo. El día anterior el señor Noirtier, antiguo jacobino, antiguo senador, antiguo carbonario, que se reía de la guillotina, del cañón y del puñal; el señor Noirtier, jugando con las revoluciones; el señor Noirtier, para quien Francia no era más que un vasto juego de ajedrez del cual peones, torres, caballos y reinas debían desaparecer con tal que al rey se le diera mate; el señor Noirtier, tan temido y tan terrible, era al día siguiente, ese *pobre Noirtier,* anciano paralítico, a merced del ser más débil de la casa, es decir, de su nieta Valentina; un cadáver mudo y helado, que no vive sin alegría ni

sufrimiento, sino para dar tiempo a la materia de llegar sin tropiezo a su entera descomposición.

—¡Ay!, caballero —dijo Montecristo—, tal espectáculo no es extraño a mis ojos ni a mi pensamiento. Entiendo un poco de medicina, y he buscado más de una vez el alma en la materia viva o en la materia muerta, y, como la Providencia, ha permanecido invisible a mis ojos, aunque presente en mi corazón. Cien autores, desde Sócrates hasta Séneca, hasta san Agustín, hasta Gall, hicieron, en prosa o en verso, la misma descripción que usted, pero sin embargo, comprendo que los sufrimientos de un padre puedan operar grandes cambios en el espíritu de su hijo. Iré, caballero, puesto que así lo quiere, a contemplar ese terrible espectáculo que debe entristecer su casa.

—Sin duda sucedería esto si Dios no me hubiera dado una compensación a esta desgracia. Al lado del anciano que desciende hacia esa tumba, tengo dos hijos que entran en la vida: Valentina, hija de mi primer casamiento, y Eduardo, ese a quien ha salvado la vida.

—¿Y de esa compensación qué resulta? —preguntó Montecristo.

—Resulta que mi padre, extraviado por las pasiones, ha cometido una de esas faltas que se libertan de la justicia humana, pero no de la justicia de Dios, y que Dios, no queriendo castigar más que a una persona, le ha castigado solamente a él.

Montecristo, con la sonrisa en los labios, arrojó en el fondo de su corazón un rugido que habría hecho huir a Villefort si hubiese podido oírlo.

—Adiós, caballero —repuso el magistrado, que hacía algún tiempo estaba levantado y hablaba en pie—, lo dejo, llevándome de usted un recuerdo de estimación que espero le será agradable cuando me conozca mejor. Por otra parte, ha hecho de la señora de Villefort una amiga eterna.

Montecristo saludó y se contentó con acompañar hasta la puerta de su gabinete a Villefort, el cual subió a su carruaje precedido de dos lacayos que, a una señal de su amo, se apresuraron a abrir la portezuela.

Luego, así que el procurador del rey hubo desaparecido, dijo

Montecristo, dando un profundo suspiro:

—¡Vamos, basta de veneno, y ahora que mi corazón está lleno de él, vamos a buscar el remedio!

Y haciendo sonar el timbre, dijo a Alí:

—Subo a ver a la señora; ¡que esté preparado el carruaje dentro de media hora!

Capítulo ocho: Haydée

El lector recordará seguramente cuáles eran las nuevas, o más bien, las antiguas amistades del conde de Montecristo, que vivían en la calle Meslay: Maximiliano Morrel, Julia y Manuel.

La expectativa de esta visita, de los breves momentos felices que iba a pasar, de este resplandor de paraíso que penetraba en el infierno en que voluntariamente había entrado, había esparcido desde el momento en que perdió de vista a Villefort, la serenidad más encantadora sobre el rostro del conde, y Alí, que había acudido al sonido del timbre, al ver este rostro iluminado por una alegría tan poco frecuente, se había retirado de puntillas, suspendiendo la respiración para no alterar los buenos pensamientos que creía leer en el rostro de su amo.

Eran las doce del día, el conde se había reservado una hora para subir al cuarto de Haydée. Se hubiera dicho que la alegría no podía entrar de pronto en aquella alma llagada por tanto tiempo, y que necesitaba prepararse para las emociones dulces, como las otras almas necesitan prepararse para las emociones violentas.

La joven griega estaba, como hemos dicho, en una habitación completamente separada de la del conde. Su mobiliario era oriental, es decir, los suelos estaban cubiertos de espesas alfombras de Turquía, inmensas cortinas de brocado cubrían las paredes, y en cada pieza había alrededor un ancho diván con almohadones movibles de ricas telas de Persia.

Haydée tenía a su servicio tres camareras francesas y una griega.

Las francesas estaban en la primera pieza, prontas a correr al sonido de una campanilla de oro y a obedecer a las órdenes de la esclava griega, la cual sabía bastante francés para poder transmitir las voluntades de su señora a sus camareras, a las que Montecristo había recomendado que tuviesen las mismas consideraciones con Haydée que con una reina.

La joven se hallaba en la estancia más retirada de su habitación, es decir, en una especie de saloncito redondo, iluminado por arriba, y en el que no penetraba la luz sino a través de cristales de color de rosa. Recostada sobre unos almohadones de raso azules, bordados de plata, rodeada su cabeza con su brazo derecho, en tanto que con el izquierdo ponía en sus labios el tubo de coral unido a otro flexible que no dejaba pasar el ligero vapor a su boca sino perfumado por el agua de benjuí, a través de la cual le hacía pasar su dulce aspiración. La postura, tan natural para una mujer de Oriente, para una francesa habría resultado de una coquetería algún tanto afectada.

En cuanto a su traje, era el de las mujeres del Epiro, es decir, unos calzones anchos de satén blanco, bordado de flores y que dejaban descubiertos dos pies de niña, que se hubiera creído que eran de mármol de Paros, si no se les hubiera visto mover entre dos pequeñas sandalias de punta retorcida, bordadas de oro y de perlas, una chaqueta con largas rayas azules y blancas, y anchas mangas abiertas con ojales de plata y botones de perlas. En fin, una especie de corpiño entreabierto por delante que dejaba ver el cuello y la mitad de los senos, y que se abrochaba por debajo con tres botones de diamantes. En cuanto a la cintura, desaparecía debajo de uno de esos chales de seda, con anchas franjas de vivos colores que tanto ambicionan nuestras elegantes parisienses.

Se tocaba con un casquete de oro bordado de perlas, torcido a un lado, y debajo de él resaltaba una linda rosa natural sobre unos cabellos de seda tan negros como el azabache. En cuanto a la belleza de este rostro, la griega era una mujer perfecta en su tipo, con sus grandes y hermosos ojos negros, su frente de mármol, su nariz recta, sus labios de coral y sus dientes de perlas. Y sobre este conjunto encantador, la flor de la juventud había esparcido todo su

brillo y su perfume.

Podía tener Haydée diecinueve o veinte años.

Montecristo llamó a la doncella griega y le dijo que pidiera permiso a Haydée para entrar a verla.

Por toda respuesta, hizo seña a la criada de que levantase la colgadura que había delante de la puerta.

El conde entró en la estancia.

Se incorporó ella sobre un codo, y presentando su mano al conde mientras le dirigía una sonrisa, dijo, en la sonora lengua de las hijas de Atenas:

—¿Por qué me pides permiso para entrar a verme? ¿No eres mi dueño, no soy tu esclava?

Montecristo sonrió.

—Haydée —dijo—, bien sabe...

—¿Por qué no me hablas de tú como de costumbre? —le interrumpió la joven griega—. ¿He cometido alguna falta? Si es así castígame, pero no me hables de esa manera.

—Haydée —replicó el conde—, bien sabes que estamos en Francia, y por consiguiente, que eres libre.

—Libre ¿de qué? —preguntó la joven.

—Libre de abandonarme.

—¿Abandonarte...?, ¿y por qué habría de hacerlo?

—¿Qué sé yo? Vamos, a ver el mundo.

—Yo no quiero ver a nadie.

—Y si entre los jóvenes apuestos que encuentres hubiese alguno que te gustase, no sería yo tan injusto...

—Jamás he visto hombre más apuesto que tú, y no he amado a nadie más que a mi padre y a ti.

—Pobre Haydée —dijo Montecristo—, es que nunca has hablado más que con tu padre y conmigo.

—¡Pues bien! ¿Qué necesidad tengo yo de hablar con otros? Mi padre me llamaba “su alegría”, tú me llamas “tu amor”, y ambos me llaman “su hija”.

—¿Te acuerdas de tu padre, Haydée?

La joven sonrió.

—Está aquí y aquí —dijo, mientras ponía la mano sobre sus ojos y

sobre su corazón.

—Y yo, ¿dónde estoy? —preguntó sonriéndose Montecristo.

—Tú —dijo ella—, tú estás en todas partes.

El conde tomó la mano de Haydée para besarla, pero la joven la retiró y le presentó la frente.

—Ahora, Haydée —le dijo—, ya sabes que eres libre, que eres aquí la dueña, que eres reina. Puedes conservar tu traje o dejarlo, según tu capricho. Permanecerás aquí o saldrás cuando quieras, siempre estará mi carruaje preparado para ti. Alí y Myrtho te acompañarán a todas partes y estarán a tus órdenes, pero te suplico una cosa.

—Dime.

—Guarda el secreto acerca de tu nacimiento, no digas una palabra de tu pasado. No pronuncies en ninguna ocasión el nombre de tu ilustre padre ni el de tu pobre madre.

—Ya te lo he dicho, señor, no veré a nadie.

—Escucha, Haydée, quizás esta reclusión oriental no será posible en París. Sigue aprendiendo la vida de nuestros países del norte, como has hecho en Roma, en Florencia, en Milán y en Madrid. Esto te servirá siempre, ya sigas viviendo aquí o ya te vuelvas a Oriente.

La joven dirigió al conde sus grandes ojos húmedos y repuso:

—O nos volvamos a Oriente, quieres decir, ¿no es verdad, señor?

—Sí, hija mía —dijo Montecristo—. Bien sabes que nunca seré yo quien te deje. No es el árbol el que abandona a la flor, sino la flor la que abandona al árbol.

—Nunca te abandonaré yo, señor —dijo Haydée—, porque estoy segura de que no podría vivir sin ti.

—¡Pobre niña! Dentro de diez años yo seré viejo, y dentro de diez años tú serás joven aún.

—Mi padre tenía blanca la barba, esto no impedía que yo lo amase. Mi padre tenía sesenta años y me parecía más hermoso que todos los jóvenes que miraba.

—Pero dime: ¿crees tú que te podrás acostumbrar a esta vida?

—¿Te veré?

—Todos los días.

—Pues bien: ¿Qué es lo que pides, señor?

—Temo que te aburras.

—No, señor. Por la mañana pensaré que vas a venir a verme, y por la noche me acordaré de que has venido. Por otra parte, cuando estoy sola tengo grandes recuerdos. Vuelvo a ver inmensos cuadros, grandes horizontes con el Pindo y el Olimpo a lo lejos. Además tengo en el corazón tres sentimientos con los cuales no se puede una aburrir: Tristeza, amor y agradecimiento.

—Eres digna hija del Epiro, Haydée, graciosa y poética, y se conoce que desciendes de esa familia de diosas que ha nacido en tu país. Tranquilízate, hija mía, yo haré de manera que tu juventud no se pierda, porque si me amas como a un padre, yo te amo como a una hija.

—Te equivocas, señor; yo no amaba a mi padre como te amo a ti. Mi amor hacia ti es otro amor. Mi padre ha muerto y yo no he muerto, y si tú murieras yo moriría contigo.

El conde dio su mano a la joven con una sonrisa de profunda ternura. Haydée imprimió en ella sus labios como de costumbre.

Y Montecristo, dispuesto así para la entrevista que iba a tener con Morrel y su familia, partió murmurando estos versos de Píndaro:

Es la joven una flor, cuyo fruto es el amor...
Dichoso el que la obtenga después de haberla visto madurar lentamente.

Conforme a sus órdenes, el carruaje estaba preparado. Montó en él y, como de costumbre, partió a galope.

En pocos minutos llegó a la calle Meslay, número 7.

La casa era blanca, risueña, y precedida de una patio, con dos enormes macetas que contenían hermosísimas flores.

El conde reconoció a Coclés en el portero que le abrió la puerta. Pero como este, ya recordará el lector, no tenía más que un ojo, y después de nueve años se había debilitado considerablemente, no reconoció al conde.

Para detenerse delante de la entrada, los carruajes debían dar una vuelta, a fin de evitar un surtidor de agua cristalina que salía del centro de una gran taza en forma de concha de mármol, la cual

había excitado bastantes envidias en el barrio, y era causa de que llamasen a esta casa “el pequeño Versalles”. En esa taza nadaban una multitud de peces encarnados y de diversos colores.

La casa, elevada sobre un piso de cocinas y de cuevas, tenía además del bajo otros dos. Los jóvenes la habían comprado con sus dependencias, que consistían en un inmenso taller, un jardín y dos pabellones en este. Manuel había visto, desde la primera ojeada, en esta disposición, una pequeña especulación. Se había reservado la casa, la mitad del jardín, y había trazado una línea, es decir, había construido una tapia entre él y los talleres, que alquiló con los pabellones y la otra mitad del jardín, de suerte que vivía en una casa sumamente agradable por un precio bastante módico.

El comedor era de encina, el salón de caoba y de terciopelo azul, la alcoba de nogal y de damasco verde. Además, había un gabinete de trabajo para Manuel, que no trabajaba, y un salón de música para Julia, que no estudiaba este bello arte.

El segundo piso estaba destinado a Maximiliano. Era una repetición exacta de la habitación de su hermana, pero el comedor había sido convertido en una sala de billar donde llevaba a sus amigos.

El mismo se hallaba limpiando su caballo, y fumando a la entrada del jardín, cuando se detuvo a la puerta el carruaje del conde de Montecristo.

Coclés abrió la puerta, como hemos dicho, y bajándose Bautista del pescante, preguntó si el señor y la señora Herbault y el señor Maximiliano Morrel estaban visibles para el conde de Montecristo.

—¡Para el conde de Montecristo! —exclamó Morrel arrojando su cigarro y saliendo al encuentro del conde—, ya lo creo, ya lo creo que estamos visibles para él. ¡Ah!, gracias, mil gracias, señor conde, por no haber olvidado su promesa.

Y el joven oficial estrechó con tanta cordialidad y efusión la mano del conde, que este no pudo menos de conocer por la franqueza del hijo de Morrel, que era esperado con impaciencia.

—Venga, venga, quiero servirle de introductor —dijo Maximiliano —; un hombre como usted no debe ser anunciado por un criado. Mi hermana está en su jardín, cortando las flores marchitas. Mi

hermano lee sus dos periódicos, *La Presse* y *Les Débats* a seis pasos de ella, porque dondequiera que se ve a la señora Herbault, no hay más que mirar a cuatro varas de distancia y verá al señor Manuel, y recíprocamente, como decimos en la escuela politécnica.

El ruido de los pasos hizo levantar la cabeza a una joven de veinte a veinticuatro años, vestida con una bata de seda, y que estaba cortando cuidadosamente las rosas marchitas de un soberbio rosal.

Esta mujer era nuestra antigua conocida Julia, que al poco tiempo, según se lo había predicho el mandatario de la casa de Thomson y French, se convirtió en señora de Herbault.

Dejó escapar un pequeño grito al ver al extranjero.

Maximiliano soltó una carcajada.

—No te incomodes, hermana —dijo—, el señor conde no hace más que dos o tres días que está en París. Pero sabe lo que es una apasionada a las flores, y si no lo sabe, tú se lo enseñarás.

—¡Ah, caballero —dijo Julia—, traerle así es una traición de mi hermano, que no usa de ninguna etiqueta... ¡Penelón...! ¡Penelón...!

Un anciano que regaba un plantío de rosales de Bengala, dejó su regadera en el suelo y se acercó con su gorra en la mano. Algunos mechones canos blanqueaban su cabellera aún espesa, mientras que su tez bronceada y su mirar osado y vivo recordaban al viejo marino tostado al sol del Ecuador y curtido con los vientos de las tempestades.

—Creo que me ha llamado, señorita Julia —dijo—, aquí me tiene.

Penelón había conservado la costumbre de llamar señorita Julia a la hija de su patrón, y jamás había podido acostumbrarse a lo de señora Herbault.

—Penelón —dijo Julia—, vaya a avisar al señor Manuel la visita que tenemos, mientras que Maximiliano conduce a este caballero al salón.

Volviéndose después hacia Montecristo, dijo:

—¡Me permitirá que me retire un instante!

Y sin esperar el consentimiento del conde, desapareció por una calle de árboles que conducía a la casa.

—¡Ah!, mi querido Morrel —dijo Montecristo—, observo con dolor que mi visita causa un trastorno en toda la casa.

—Mire, mire —dijo Maximiliano riendo—. ¿Ve allí al marido que también va a cambiarse el chaquetón y va a ponerse una levita? ¡Oh!, es que lo conocen en la calle de Meslay, estaba anunciado.

—Creo que es una familia dichosa, caballero —dijo el conde, respondiendo a su propio pensamiento.

—¡Oh!, sí, se lo aseguro, señor conde. ¡Qué quiere! ¡No les falta nada para ser felices! Son jóvenes, alegres, se aman, y con sus veinticinco mil libras de renta, a pesar de haber manejado tan inmensas fortunas, se imaginan poseer las riquezas del Perú.

—Sin embargo, veinticinco mil libras de renta es poco —dijo Montecristo con una dulzura que conmovió a Maximiliano, como hubiera podido hacerlo la voz de su padre—, pero no pararán ahí nuestros jóvenes, ya llegarán a su vez a ser millonarios. Su cuñado es abogado..., o médico..., o...

—Era comerciante, señor conde, y tomó a su cargo la casa de nuestro pobre padre. El señor Morrel ha muerto dejando quinientos mil francos de caudal. Yo tenía una mitad y mi hermana otra, porque no éramos más que dos. Su esposo, que se había casado con ella sin tener otro patrimonio que su noble probidad, su inteligencia de primer orden y su reputación intachable, quiso poseer tanto como su mujer, trabajó hasta que hubo reunido doscientos cincuenta mil francos. Seis años le bastaron. Era un tierno espectáculo el de estos dos jóvenes tan laboriosos, tan unidos, destinados por su capacidad a la fortuna más alta, y que, no queriendo cambiar nada de las costumbres de la casa paterna, emplearon seis años en hacer lo que otros comerciantes hubieran hecho en dos o tres. Así, pues, Marsella entera colmó de alabanzas tan laboriosa abnegación. Finalmente, un día Manuel fue a buscar a su mujer, que acababa de pagar las cuentas vencidas.

»—Julia —le dijo—, aquí está el último cartucho de cien francos que Coclés acaba de entregarme y que completa los doscientos cincuenta mil francos que hemos fijado como límite de nuestras ganancias. ¿Quedarás satisfecha con este poco, con el cual será preciso contentarnos de aquí en adelante? Escucha, la casa efectúa negocios por un millón al año, y puede producir cuarenta mil francos de beneficios. Traspasaremos la clientela, si te parece, en

trescientos mil francos en una hora, porque aquí tengo una carta del señor Delaunay que nos los ofrece a cambio de nuestros fondos, que quiere reunir al suyo. Conque, a ver, ¿qué te parece que hagamos?

»—Amigo mío —dijo mi hermana—, la casa de Morrel no puede sostenerse sino por un Morrel. Salvar para siempre de los vaivenes de la suerte el nombre de nuestro padre, ¿no vale trescientos mil francos?

»—Esta misma era mi opinión —respondió Manuel—, sin embargo, quería saber la tuya.

»—Pues bien, querido, ahí la tienes. Todas nuestras entradas están hechas. Nuestras letras pagadas, podemos trazar una raya al pie de la cuenta de esta quincena y cerrar la casa. Tracémosla y cerremos el escritorio.

»Lo cual hicimos inmediatamente. Eran las tres, a las tres y cuarto se presentó un cliente para hacer asegurar el pasaje de los dos buques; era una ganancia líquida de quince mil francos al contado.

»—Caballero —dijo Manuel—, tenga la bondad de dirigirse a nuestro compañero el señor Delaunay. En cuanto a nosotros, ya hemos dejado el negocio.

»—¿Y desde cuándo? —preguntó el cliente asombrado.

»—Desde hace un cuarto de hora.

»Y aquí ve, caballero —continuó diciendo, sonriendo, Maximiliano —, cómo mi hermana y mi cuñado no tienen más que veinticinco mil francos de renta.

Apenas Maximiliano daba fin a su narración, durante la cual el corazón del conde se había dilatado cada vez más, cuando apareció Manuel con una levita abrochada. Saludó como un hombre que conoce la importancia del personaje a quien hablaba, y después condujo al conde a la casa.

El salón estaba ya embalsamado por las perfumadas flores contenidas con gran trabajo en un inmenso vaso japonés. Julia, bien vestida y peinada con coquetería, se presentó para recibir al conde.

Se oía cantar a los pájaros del jardín, y de una pajarera próxima al salón. Las ramas de jazmines y de acacias color de rosa bordaban con sus hojas las colgaduras de terciopelo azul.

Todo en esta encantadora morada respiraba la mayor tranquilidad y el más completo sosiego, desde los gorjeos de los pájaros hasta la sonrisa de los dueños de la casa.

Desde que entró el conde se había impregnado ya de esta felicidad. Así, pues, se quedó mudo y pensativo, olvidando que lo miraban y que lo oían, para proseguir la conversación interrumpida después de los primeros cumplidos.

Dándose cuenta de este silencio, que ya resultaba poco cortés y saliendo con gran esfuerzo de su ensimismamiento, dijo:

—Señores, perdónenme una emoción que debe asombrarlos, habituados a la paz y a la felicidad que aquí encuentro, pero es para mí una cosa tan nueva la satisfacción sobre un rostro humano, que no me canso de mirarlos a usted y a su marido.

—Somos muy felices, en efecto, caballero —repuso Julia—, pero hemos sufrido mucho y pocas personas habrán comprado su felicidad tan cara como nosotros.

La curiosidad se reflejó en las facciones del conde.

—¡Oh!, es una historia de familia, como le decía el otro día Château-Renaud —replicó Maximiliano—; para usted, señor conde, avezado a ver grandes desgracias y grandes alegrías, tendría poco interés este cuadro de familia. Muchos, muchísimos dolores hemos sufrido, como le decía Julia, aunque estén encerrados en este pequeño cuadro.

—¿Y Dios les ha dado consuelos para sus sufrimientos? —inquirió Montecristo.

Julia respondió:

—Sí, señor conde, podemos decirlo, porque hizo por nosotros lo que no hace más que para los elegidos. Nos envió uno de sus ángeles.

Un intenso rubor cubrió las mejillas del conde, que tosió para disimular y se llevó el pañuelo a la boca.

—Los que han nacido en cuna de púrpura y nunca han deseado nada —dijo Manuel—, no saben lo que es la felicidad de vivir. Lo mismo que no pueden conocer el precio de un cielo puro los que no han entregado nunca su vida a merced de cuatro tablas arrojadas a un mar enfurecido.

Montecristo se levantó, y sin responder una sola palabra, porque solo en el temblor se hubiera conocido la emoción de que estaba agitado, se puso a recorrer el salón a largos pasos.

—Nuestra magnificencia le hace sonreír, señor conde —dijo Maximiliano, que le observaba atentamente.

—No, no —respondió Montecristo, muy pálido, y conteniendo con una mano los latidos de su corazón, en tanto con la otra mostraba al joven un fanal, bajo el que reposaba un bolsillo de seda sobre una almohadilla de terciopelo negro—. Estaba pensando qué significa este bolsillo, que en un lado contiene un papel, me parece, y en el otro un hermoso diamante.

Maximiliano adoptó un aire grave y respondió:

—Este bolsillo, señor conde, es el tesoro más preciado de nuestra familia.

—En efecto, este diamante es bastante hermoso —repuso el conde de Montecristo.

—¡Oh!, mi hermano no le habla del valor de la piedra, aunque está valorada en cien mil francos, señor conde. Quiere solamente decirle que los objetos que encierra ese bolsillo son las reliquias del ángel de quien hablábamos hace poco.

—No entiendo lo que dice, y sin embargo no debo preguntárselo, señora —replicó el conde de Montecristo inclinándose—; perdóneme, no he querido ser indiscreto.

—¿Indiscreto, dice? ¡Oh!, al contrario, nos hace felices con ofrecernos una ocasión de hablar de este asunto. Si ocultásemos como un secreto la acción más hermosa que recuerda ese bolsillo, no lo expondríamos de tal modo a la vista de todos.

—¡Oh!, quisiéramos poderla publicar en todo el universo para que un estremecimiento de nuestro bienhechor desconocido nos revelase su presencia.

—¡Ah! Ahora voy comprendiendo —dijo Montecristo con voz ahogada.

—Caballero —dijo Maximiliano levantando el fanal y besando religiosamente el bolsillo de seda—, esto ha tocado la mano de un hombre por el cual fue salvado mi padre de la muerte, nosotros de la ruina y nuestro nombre de la ignominia, de un hombre, gracias al

cual, nosotros, pobres muchachos entregados a la miseria o a las lágrimas, podemos oír hoy a la gente extasiarse en nuestra felicidad. Esta carta —y sacando Maximiliano una hoja del bolsillo la presentó al conde—, esta carta fue escrita por él un día en que mi padre había tomado una resolución desesperada, y este diamante fue regalado para su dote a mi hermana por el generoso desconocido.

Montecristo abrió la carta y la leyó con una inefable expresión de felicidad. Era la carta que nuestros lectores conocen, dirigido a Julia y firmado “Simbad el Marino”.

—¿Desconocido, dice? ¿Conque el hombre que les ha hecho ese servicio ha permanecido ignorado?

—Sí, señor. Nunca hemos tenido la dicha de estrechar su mano. No será por no haber pedido a Dios este favor —añadió Maximiliano —, pero ha habido en toda esta aventura un misterio que aún no hemos podido penetrar, todo ha sido conducido por una mano invisible, poderosa como la de un mago prodigioso.

—¡Oh! —dijo Julia—, aún no he perdido toda esperanza de besar un día aquella, como beso el bolsillo que ha tocado. Hace cuatro años Penelón estaba en Trieste. Penelón, señor conde, es ese valiente marino a quién ha visto con una regadera en la mano y que de contramaestre se ha hecho jardinero. Estando, pues, Penelón en Trieste, vio en el muelle un inglés que iba a embarcarse en un yate y reconoció al que fue a casa de mi padre el 5 de julio de 1829 y que me escribió la carta el 5 de septiembre. Era el mismo, según él asegura, pero no se atrevió a dirigirle la palabra.

—¡Un inglés! —exclamó Montecristo, cuya inquietud aumentaba a cada mirada de Julia—, ¿un inglés, dice?

—Sí —replicó Maximiliano—, un inglés que se presentó en nuestra casa como comisionado de la casa Thomson y French, de Roma. He aquí por qué cuando dijo el otro día en casa de Morcef que los señores Thomson y French eran sus banqueros, me estremecí involuntariamente. Caballero, esto sucedió como le hemos dicho, en 1829. ¿Ha conocido a ese inglés?

—Pero ¿no ha dicho también que la casa Thomson y French había negado siempre que le hubiese prestado ese servicio?

—Sí.

—Entonces, ese inglés, ¿no sería un hombre que, reconocido a su padre por alguna buena acción que él mismo habría olvidado, pudiera haber tomado ese pretexto para recompensársela?

—Todo es posible, caballero, en semejante circunstancia, hasta un milagro.

Montecristo preguntó:

—¿Cuál era su nombre?

—Nunca ha dejado otro —respondió Julia, mirando al conde con profunda atención— que el de la carta: Simbad el Marino.

—Que no sería su nombre verdadero.

—Es probable —dijo Julia, sin dejar de mirarlo.

El conde iba a proseguir, pero al ver que Julia lo examinaba con tanta atención, como queriendo reconocer el sonido de su voz, se detuvo para reponerse algún tanto de su emoción, y continuó alterado.

—Veamos, ¿no es un hombre de mi estatura casi, tal vez un poco más delgado, enterrado en una inmensa corbata, con una levita abrochada hasta el cuello y siempre con el lápiz en la mano?

—¡Oh!, ¿pero lo conoce? —exclamó Julia con los ojos brillantes de alegría.

—No —dijo Montecristo—, lo supongo solamente. He conocido solo a un tal... lord Wilmore, de una generosidad admirable.

—¿Sin darse a conocer?

—Era un hombre extraño, y no creía en el agradecimiento.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó Julia con un acento sublime y cruzando las manos—, pues ¿en qué creía ese desgraciado?

—Por lo menos, así le sucedía en la época en que yo lo conocí —dijo Montecristo, a quien esta voz que partía del fondo del alma le había estremecido hasta la última fibra—, pero después de este tiempo, tal vez habrá tenido alguna prueba de que la gratitud existe.

—¿Y usted conoce a ese hombre, caballero? —preguntó Manuel.

—¡Oh!, si lo conoce, caballero —exclamó Julia—, diga, diga, ¿puede llevarnos a su lado, mostrárnoslo, enseñarnos dónde está? ¡Oh!, Maximiliano, ¡oh!, Manuel, si lo encontrásemos le haríamos creer en el agradecimiento.

Montecristo sintió asomarse dos lágrimas a sus ojos, y de nuevo

empezó a pasear por el salón.

—¡En nombre del cielo, caballero —dijo Maximiliano—, si sabe alguna cosa de ese hombre, díganoslo!

—¡Ay! —dijo el conde conteniendo la emoción de su voz—, si su bienhechor es lord Wilmore, temo que no le encontremos nunca. Me separé de él en Palermo, y partía para los países más fabulosos, conque mucho dudo que vuelva.

—¡Ah!, caballero, ¡es cruel! —exclamó Julia con espanto.

Y a la joven se le saltaron las lágrimas.

—Señora —dijo gravemente Montecristo devorando con los ojos las dos perlas líquidas que rodaban por las mejillas de Julia—, si lord Wilmore hubiese visto lo que yo acabo de ver aquí, amaría aún la vida, porque las lágrimas que derrama le reconciliarían con la humanidad.

Y presentó la mano a Julia, que le dio la suya, dejándose arrastrar de la mirada y del acento del conde.

—Pero ese lord Wilmore —dijo— tenía país, familia, parientes, en fin, era conocido, ¿no podríamos...?

—¡Oh!, no insista —dijo el conde—, no procure interpretar esas palabras que se me han escapado. No, lord Wilmore no es probablemente el hombre que busca, era mi amigo, yo sabía todos sus secretos, y me hubiera contado ese.

—¿Y no le ha dicho nada? —preguntó Julia.

—Nada, en absoluto.

—¿Ni una palabra que le hiciera suponer...?

—Ni una sola palabra.

—Sin embargo, hace poco le nombró.

—¡Ah!, no era más que una suposición.

—Hermana, hermana —dijo Maximiliano, saliendo en ayuda del conde—, el señor tiene razón. Acuérdate de lo que tantas veces nos ha dicho nuestro padre, no es un inglés el que nos ha hecho tan felices.

—Su padre les decía..., ¿qué les decía, señor Morrel? —repuso vivamente.

—Mi padre, caballero, veía en esa acción un milagro. Mi padre creía en un bienhechor que había salido de su tumba para

favorecernos. ¡Oh! ¡Qué tierna superstición!, caballero, y aunque yo no la creía, estaba muy lejos de querer destruir esta creencia en su noble corazón. Así pues, ¡cuantas veces pensaba en ello, pronunciaba en voz baja un nombre que le era muy querido, un nombre de un amigo perdido! Y cuando se vio próximo a morir, cuando la inminencia de la eternidad hubo dado a su imaginación una cosa parecida a la iluminación de la tumba, este pensamiento, que hasta entonces había sido una duda, se trocó en convicción, y las últimas palabras que pronunció al morir fueron estas:

»—¡Maximiliano: era Edmundo Dantés...!

La palidez del conde, que hacía algunos segundos iba aumentando, fue espantosa cuando oyó estas palabras. Toda su sangre se agolpó a su corazón, no podía hablar, sacó su reloj como si hubiera olvidado la hora, tomó su sombrero, hizo a la señora Herbault una cortesía brusca y embarazada, y estrechando las manos de Manuel y Maximiliano, dijo:

—Señora, concédame el honor y el placer de que venga algunas veces a visitarla. Aprecio mucho su casa, y le estoy sumamente reconocido por su recibimiento, porque es la primera vez que en muchos años me he olvidado de mí mismo.

Y salió apresuradamente.

—Este conde de Montecristo es un hombre singular —dijo Manuel.

—Sí —respondió Maximiliano—, pero yo creo que tiene un corazón excelente, y estoy seguro de que nos ama.

—Y a mí —dijo Julia— me ha llegado su voz al corazón, y dos o tres veces se me ha figurado que no era la primera vez que lo veía.

Capítulo nueve: Píramo y Tisbe

Cerca del barrio de Saint-Honoré, detrás de una hermosa casa notable entre las de este suntuoso barrio, se extiende un vasto jardín, cuyos espesos castaños rebasan con mucho las grandes tapias, y dejan caer cuando llega la primavera sus flores sobre dos

enormes jarrones de mármol colocados paralelamente sobre dos pilastras cuadrangulares, en que encaja una reja de hierro de la época de Luis XIII.

Esta grandiosa entrada está condenada, a pesar de los magníficos geranios que brotan en los dos jarrones, y que mecen al viento sus hojas marmóreas y sus flores de púrpura, desde que los propietarios se contrajeron a la posesión del palacio, del patio plantado de árboles que cae a la calle principal, y del jardín que cierra esta valla que caía antes a una magnífica huerta de una fanega de tierra, perteneciente a la propiedad. Pero habiendo tirado una línea el demonio de la especulación, es decir, una calle en el extremo de esta huerta, con nombre antes de existir, merced a una placa de vidrio, pensaron poder vender esta huerta para edificar casas en la calle, y facilitar el tránsito en ese magnífico barrio de Saint-Honoré.

Pero en cuanto a especulación, el hombre propone y el dinero dispone. La calle bautizada murió en la cuna. El que adquirió la huerta, después de haberla pagado cabalmente, no pudo encontrar, al venderla, la suma que quería, y esperando una subida de precio, que no podía dejar de indemnizarle un día u otro, se contentó con alquilar la huerta a unos hortelanos por quinientos francos anuales.

No obstante, ya hemos dicho que la reja del jardín que daba a la huerta estaba condenada, y el orín roía sus goznes. Aún hay más: para que los hortelanos no curioseen con sus miradas vulgares el interior del aristocrático jardín, un tabique de tablas está unido a las barras hasta la altura de seis pies. Es verdad que las tablas no están tan bien unidas que no se pueda dirigir una mirada furtiva por entre las junturas, pero esta casa no es tan severa que tema las indiscreciones.

En esta huerta, en lugar de coliflores, lechugas, escarolas, rábanos, patatas y melones, crecen solo grandes alfalfas, único cultivo que denota que aún hay alguien que se acuerda de este lugar abandonado. Una puertecita baja, abriéndose a la calle proyectada, da acceso a este terreno cercado de tapias, que sus habitantes acaban de abandonar a causa de su esterilidad, y que después de ocho días, en lugar de producir un cincuenta por ciento, como antes, no produce absolutamente nada.

Por el lado de la casa, los castaños de que hemos hablado coronan la tapia, lo cual no impide que otros árboles verdes y en flor deslicen en los espacios que median entre unos y otros sus ramas ávidas de aire. En un ángulo en que el follaje es tan espeso que apenas deja penetrar la luz, un ancho banco de piedra y sillas de jardín indican un lugar de reunión o un retiro favorito de algún gabinete de la casa, situada a cien pasos, y que apenas se distingue a través del espeso ramaje que la envuelve. En fin, la elección de este asilo misterioso, está justificada a la vez por la ausencia del sol, por la perpetua frescura, aun durante los días más ardientes del estío, por el gorjeo de los pájaros y por el alejamiento de la casa y de la calle, es decir, de los negocios y del bullicio.

En una tarde del día más caluroso de primavera, había sobre este banco de piedra un libro, una sombrilla, un canastillo de labor y un pañuelo de batista empezado a bordar, y no lejos de este banco, junto a la reja, en pie, delante de las tablas, con los ojos aplicados a una de las aberturas, se hallaba una joven, cuyas miradas penetraban en el terreno desierto que ya conocemos.

Casi al mismo tiempo, la puertecilla de este terreno se cerraba sin ruido, y un joven alto, vigoroso, vestido con una blusa azul, una gorrilla de terciopelo, pero cuyos bigotes, barba y cabellos negros cuidadosamente peinados desentonaban de este traje popular, después de una rápida ojeada a su alrededor, para asegurarse de que nadie lo espiaba, pasando por esta puerta que cerró tras sí, se dirigió con pasos precipitados hacia la reja.

Al ver al que esperaba, pero no probablemente con aquel traje, la joven tuvo miedo y dio dos pasos hacia atrás. Y, sin embargo, ya a través de las hendiduras de la puerta, el joven, con esa mirada que solo pertenece a los amantes, había visto flotar el vestido blanco y el largo cinturón azul. Corrió hacia el tabique, y pegando su boca a una abertura, dijo:

—No tema, Valentina, soy yo.

La joven se acercó.

—¡Oh, caballero! —dijo—. ¿Por qué ha venido hoy tan tarde? ¿Sabe que pronto vamos a comer y que me he tenido que valer de mil medios para desembarazarme de mi madrastra, que me espía,

de mi camarera que me persigue, y de mi hermano que me atormenta, para venir a trabajar aquí en este bordado que temo no se acabe en mucho tiempo...? Así que después de que se excuse de su tardanza, me dirá qué significa ese nuevo traje que ha adoptado, y que casi ha sido la causa de que no le reconociera de momento.

—Querida Valentina —dijo el joven—, demasiado conoce mi amor para que le hable de él, y sin embargo, siempre que la veo tengo necesidad de decirle que la adoro, a fin de que el eco de mis propias palabras me acaricie dulcemente el corazón cuando dejo de verla. Ahora le doy mil gracias por su dulce reconvención, la cual me prueba que pensaba en mí. ¿Querías saber la causa de mi tardanza y el motivo de mi disfraz? Pues bien, voy a decírsela, y espero que me excusará. Me he establecido.

—¿Establecido...? ¿Qué quiere decir, Maximiliano? ¿Y somos bastante dichosos para que hable de lo que nos concierne con ese tono de broma?

—¡Oh! Dios me libre —dijo el joven— de bromear con lo que decidirá de mi suerte. Pero, fatigado de ser un corredor de campos, y un escalador de paredes, espantado de la idea que me hizo abrigar la otra tarde de que su progenitor me haría juzgar un día como ladrón, lo cual comprometería el honor del ejército francés, no menos espantado de la posibilidad de que se asombren de ver eternamente rondar alrededor de este terreno, donde no hay la menor ciudadela que sitiar o el más pequeño bloqueo que defender, a un capitán de spahis, me he hecho hortelano, y adoptado el traje de mi profesión.

—Bueno, ¡qué locura!

—Al contrario, es la idea más feliz que he tenido en toda mi vida, porque al menos nos deja en toda seguridad.

—Veamos, explíquese.

—Pues bien. Fui a buscar al propietario de esta huerta, el alquiler con los antiguos inquilinos había concluido, y yo se la alquilé de nuevo. Toda esta alfalfa me pertenece, Valentina. Nada me prohíbe que yo haga construir una cabaña aquí cerca, y viva de aquí en adelante a veinte pasos de usted. ¡Oh!, no puedo contener mi

alegría y mi felicidad. ¿Comprende, Valentina, que se puedan pagar estas cosas? Es imposible, ¿no es verdad? ¡Pues bien!, toda esta felicidad, toda esta dicha, toda esta alegría, por las que yo hubiera dado diez años de mi vida, me cuestan, ¿no adivina cuánto...? Así, pues, ya lo ve. De aquí en adelante no hay que temer. Estoy aquí en mi casa, puedo poner una escala apoyada contra mi tapia, y mirar por encima, y sin temor de que venga una patrulla a incomodarme, tengo derecho a decirle que la amo, mientras no se resienta su orgullo de oír salir esa palabra de la boca de un pobre jornalero con una gorra y una blusa.

Valentina dejó escapar un ligero grito de sorpresa, y luego, de repente, dijo con tristeza, y como si una nube hubiese velado el rayo de sol que iluminaba su corazón:

—¡Ay!, Maximiliano, ahora seremos demasiado libres. Nuestra felicidad nos hará tentar a Dios. Abusaremos de nuestra seguridad, y nuestra seguridad nos perderá.

—¿Puede decirme eso, amiga mía, a mí, que desde que la conozco le doy pruebas de que he subordinado mis pensamientos y mi vida a su vida y sus pensamientos? ¿Quién le ha dado confianza en mí? Mi honor, ¿no es así? Cuando me dijo que un vago instinto le aseguraba que corría algún peligro, todo mi anhelo fue servirla, sin pedir otro galardón más que la felicidad de servirla. ¿Desde este tiempo le he dado ocasión con una palabra, con una seña, de arrepentirse por haberme preferido a los que hubieran sido felices en morir por usted? Me dijiste, pobre niña, que estaba prometida al señor Franz d'Epinay, que su padre había decidido esta alianza, es decir, que era segura, porque todo lo que quiere el señor de Villefort se realiza de un modo infalible. Pues bien, he permanecido en la sombra, esperando, no de mi voluntad ni de la suya, sino de los sucesos de la providencia de Dios, y sin embargo, me amaba. Tuviste piedad de mí, Valentina, y usted misma me lo ha dicho. Gracias por esa dulce palabra, que no le pido sino que me la repita de vez en cuando, y que hará que me olvide de todo lo demás.

—Y eso es lo que le ha animado, Maximiliano, y eso mismo me proporciona una vida dulce y desgraciada hasta tal punto que me pregunto a veces qué es lo que vale más para mí, si el pesar que

me causaba antes el rigor de mi madrastra y su ciega preferencia a su hijo, o la felicidad llena de peligros que experimento al verlo.

—¡De peligros! —exclamó Maximiliano—, ¿es usted capaz de decir una palabra tan dura y tan injusta? ¿Ha visto nunca un esclavo más sumiso que yo? Me ha permitido algunas veces la palabra, Valentina, pero me ha prohibido seguirla. He obedecido. Desde que encontré un medio para penetrar en esta huerta, para hablarle a través de esta puerta, de estar, en fin, tan cerca de usted sin verla, ¿le he pedido alguna vez que me dé su mano a través de esta valla? ¿He intentado siquiera saltar esta tapia, ridículo obstáculo para mi juventud y mi fuerza? Nunca me he quejado de su rigor, nunca le he manifestado en voz alta un deseo. He sido fiel a mi palabra, como un caballero de los tiempos pasados. Confiese eso al menos para que no la crea injusta.

—Tiene razón —dijo Valentina pasando por entre dos tablas el extremo de los lindos dedos, sobre los cuales puso los labios Maximiliano—. Es verdad que es un amigo honrado. Pero, en fin, usted no ha obrado sino por su propio interés, mi querido Maximiliano. Bien sabía que el día en que el esclavo fuese exigente lo perdería todo. Me prometiste la amistad de un hermano, a mí, a quien mi padre olvida, a quien mi madrastra persigue, y que no tengo por consuelo más que un anciano, inmóvil, mudo, helado, cuya mano no puede estrechar la mía, cuya mirada sola puede hablarme, y cuyo corazón late sin duda por mí con un resto de calor. Amarga ironía de la suerte que me hace enemiga o víctima de todos los que son más fuertes que yo, y que me da un cadáver por único sostén y amigo. ¡Oh! ¡Maximiliano, Maximiliano, soy muy desgraciada, y hace bien en amarme por mí y no por usted!

—Valentina —dijo el joven profundamente conmovido—, no diré que este es el único objeto de mi cariño en el mundo, porque también amo a mi hermana y a mi cuñado, pero es con un amor dulce y tranquilo, que nada se parece al sentimiento que me inspira. Cuando pienso en usted, hierve mi sangre, mi pecho se levanta y no puedo reprimir los latidos de mi corazón. Pero esta fuerza, este ardor, este poder sobrehumano los emplearé únicamente en amarla hasta el día en que me diga que los emplee en su servicio. Dicen

que el señor Franz d’Epinay estará ausente un año todavía, y en un año, ¡cuántas vicisitudes podrán secundar nuestros proyectos! ¡Sigamos, pues, esperando, nada más grato ni más dulce que la esperanza! Pero, entretanto, usted, Valentina, usted que me echa en cara mi egoísmo, ¿qué ha sido para mí? La bella y fría estatua de la Venus púdica. En pago de mi cariño, de mi obediencia, de mi moderación, ¿qué me ha concedido?, casi nada. Me habla del señor d’Epinay, su futuro esposo, y suspira con la idea de ser suya algún día. Veamos, Valentina, ¿es eso todo lo que siente su alma? ¿Es posible que cuando yo le dedico mi vida entera, mi alma, el latido más imperceptible de mi corazón, cuando soy todo suyo, cuando siento que me moriría si la perdiera, usted permanezca tranquila y no le asuste la sola idea de pertenecer a otro? ¡Oh! Valentina, Valentina, si yo estuviera en su lugar, si yo supiera que era amado con la seguridad que usted tiene de que la amo, ya hubiera pasado cien veces mi mano por entre esas rendijas y hubiera estrechado la mano del pobre Maximiliano, diciéndole: “Sí, suya, solo suya, Maximiliano, en este mundo y en el otro.

Valentina no respondió, pero el joven la oyó suspirar y llorar.

La reacción de Maximiliano fue instantánea.

—¡Valentina! —exclamó—. ¡Valentina!, olvide mis palabras si en ellas ha habido algo que pueda ofenderla.

—No —contestó ella—, tiene razón, pero ¿no se da cuenta de que soy una infeliz criatura, abandonada en una casa extraña, porque mi padre es casi un extraño para mí, criatura cuya voluntad ha ido quebrantando día por día, hora por hora, minuto por minuto, en el espacio de diez años, la voluntad de hierro de otros superiores a quienes estoy sujeta? Nadie ve lo que yo sufro, y a nadie, sino a usted lo he confiado. En apariencia y a los ojos de todo el mundo, nada se opone a mis deseos, todos son afectuosos para mí. En realidad, todo me es hostil. El mundo dice: “El señor de Villefort es demasiado grave y severo para ser muy cariñoso con su hija. Pero esta por lo menos ha tenido la felicidad de volver a encontrar en la señora Villefort una segunda madre”. ¡Pues bien!, el mundo se equivoca, mi padre me abandona con indiferencia, y mi madrastra me odia con un encarnizamiento tanto más terrible cuanto más lo

disimula con su eterna sonrisa.

—¿Odiarla? ¿A usted, Valentina?, y ¿cómo habría alguien que pudiera odiarla?

—Por desgracia, amigo mío —dijo Valentina—, me veo obligada a confesar que ese odio contra mí proviene de un sentimiento casi natural. Ella adora a su hijo, a mi hermano Eduardo.

—¿Y qué?

—Parece extraño mezclar un asunto de dinero con lo que íbamos diciendo, pero, amigo mío, creo que este es el origen de su odio. Como ella no tiene bienes por su parte, y yo soy ya rica por los bienes de mi madre, los cuales se acrecentarán con los de los señores de Saint-Merán, que heredaré algún día, creo, ¡Dios me perdone por pensar así, yo creo que está envidiosa. Y Dios sabe si yo le daría con gusto la mitad de esta fortuna, con tal de hallarme en casa del señor de Villefort como una hija en casa de su padre; no vacilaría ni un instante.

—¡Pobre Valentina!

—Sí, me siento prisionera y al mismo tiempo tan débil, que me parece que estos lazos me sostienen y tengo miedo de romperlos. Por otra parte, mi padre no es un hombre cuyas órdenes pueda yo desobedecer impunemente. Es muy poderoso contra mí. Lo sería contra usted y contra el mismo rey, protegido como está por un pasado sin tacha y una posición casi inatacable. ¡Oh, Maximiliano!, se lo juro, no me decido a luchar porque temo que, tanto usted como yo, sucumbiríamos en la lucha.

—Pero, Valentina —repuso Maximiliano—, ¿por qué desesperar así y ver siempre el porvenir sombrío?

—Porque lo juzgo por lo pasado, amigo mío.

—Sin embargo, veamos. Si yo no soy para usted un buen partido, desde el punto de vista aristocrático, no obstante tengo una posición honrosa en la sociedad. El tiempo en que había dos Francias ya no existe. Las familias más altas de la monarquía se han fundido en las familias del Imperio, la aristocracia de la lanza se ha unido con la del cañón. Ahora bien, yo pertenezco a esta última. Yo tengo un hermoso porvenir en el ejército, gozo de una fortuna limitada, pero independiente; la memoria de mi padre es venerada en nuestro país

como la de uno de los comerciantes más honrados que han existido. Digo nuestro país, Valentina, porque se puede decir que usted también es de Marsella.

—No me hable de Marsella, Maximiliano. Ese solo nombre me recuerda a mi buena madre, aquel ángel llorado por todo el mundo, y que después de haber velado sobre su hija, mientras su corta permanencia en la tierra, vela todavía, así lo espero al menos, y velará por siempre en el cielo. ¡Oh!, si viviera mi pobre madre, Maximiliano, no tendría yo nada que temer, le diría que lo amo, y ella nos protegería.

—No obstante, Valentina —repuso Maximiliano—, si viviese, yo no la habría conocido, porque, como ha dicho, sería feliz si ella viviera, y Valentina feliz me hubiera contemplado con desdén desde lo alto de su grandeza.

—¡Ah!, amigo mío —exclamó Valentina—, ¡ahora es usted el injusto! Pero dígame...

—¿Qué quiere que le diga? —repuso Maximiliano, viendo que Valentina vacilaba.

—Dígame —continuó la joven—, ¿ha habido en otros tiempos algún motivo de disgusto entre su padre y el mío en Marsella?

—Que yo sepa, ninguno —respondió Maximiliano—, de no ser porque su padre era el más celoso partidario de los Borbones y el mío un hombre adicto al emperador. Esto, según presumo, es la única diferencia que había entre ambos. Pero ¿por qué me hace esa pregunta, Valentina?

—Voy a decírselo —repuso esta—, porque debe saberlo todo. El día que publicaron los periódicos su nombramiento de oficial de la Legión de Honor, estábamos todos en la casa de mi abuelo, señor Noirtier, donde también se encontraba el señor Danglars, ya sabe, ese banquero cuyos caballos estuvieron anteayer a punto de matar a mi madrastra y a mi hermano. Yo leía el periódico en voz alta a mi abuelo mientras los demás hablaban del casamiento probable del señor de Morcef con la señorita Danglars. Al llegar al párrafo que trataba de usted, y que ya había yo leído, porque desde la mañana anterior me había anunciado esta buena noticia, al llegar, pues, a dicho párrafo, me sentía muy feliz..., pero temerosa al mismo tiempo

de verme obligada a pronunciar en voz alta su nombre, y es seguro que lo hubiera omitido a no ser por el temor de que diesen una mala interpretación a mi silencio. Por lo tanto, reuní todas mis fuerzas y leí el párrafo.

—¡Querida Valentina!

—Escúcheme. En el momento de oír su nombre, mi padre volvió la cabeza. Estaba yo tan convencida, vea si soy loca, de que este nombre había de hacer el efecto de un rayo, que creí notar un estremecimiento en mi padre, y aun en el señor Danglars, aunque con respecto a este estoy segura de que fue una ilusión de mi parte. “Morrel —dijo mi padre—, ¡espera un poco! “Frunció las cejas y continuó: “¿Será este acaso uno de esos Morrel de Marsella? ¿De esos furiosos bonapartistas que tantos males nos causaron en 1815?

»—Sí —respondió Danglars—, y aun creo que es el hijo del antiguo naviero.

—Así es, en efecto —dijo Maximiliano—. ¿Y qué respondió su padre?, diga, Valentina.

—¡Oh!, algo terrible, que no me atrevo a repetir.

—No importa —dijo Maximiliano sonriendo—, dígalo todo.

—Su emperador —continuó, frunciendo las cejas—, sabía darles el lugar que merecían a todos esos fanáticos. Les llamaba carne para el cañón, y era el único nombre que merecían. Veo con placer que el nuevo gobierno vuelve a poner en vigor ese saludable principio, y si para ese solo objeto reservase la conquista de Argel, le felicitaría doblemente, aunque por otra parte nos costase un poco caro.

—En efecto, es una política un tanto brutal —dijo Maximiliano—, pero no sienta, querida mía, lo que ha dicho el señor de Villefort. Mi valiente padre no cedía en nada sobre ese punto, y repetía sin cesar: “¿Por qué el emperador, que tantas cosas buenas hace, no forma un regimiento de jueces y abogados y los lleva a primera línea de fuego?”. Ya ve, amiga mía, ambas opiniones se equilibran por lo pintoresco de la expresión y la dulzura del pensamiento. ¿Pero qué dijo el señor Danglars, al escuchar la salida del procurador del rey?

—¡Oh!, empezó a reírse con esa sonrisa siniestra que le es peculiar y que a mí me parece feroz. Pocos momentos después, se

levantaron ambos y se marcharon. Entonces únicamente conocí que mi abuelo estaba muy conmovido. Es preciso decirle, Maximiliano, que yo sola soy la que adivina las agitaciones de ese pobre paralítico, y creí entonces que la conversación promovida delante de él, porque nadie hace caso del pobre abuelo, le había impresionado fuertemente, en atención a que se había hablado mal de su emperador, ya que, según parece, ha sido un fanático de su causa.

—En efecto —dijo Maximiliano—, es uno de los nombres conocidos del Imperio, ha sido senador, y como sabe, o quizá no lo sepa, Valentina, estuvo implicado en todas las conspiraciones bonapartistas que se hicieron en tiempo de la Restauración.

—Sí, a veces oigo hablar en voz baja de esas cosas, que a mí se me antojan muy extrañas. El abuelo bonapartista, el hijo realista..., en fin, ¿qué quiere...? Entonces me volví hacia él, y me indicó el periódico con la mirada.

»—¿Qué le ocurre, querido papá? —le dije—, ¿está contento?

»Me hizo una señal afirmativa con la cabeza.

»—¿De lo que acaba de decir mi papá? —le pregunté.

»Me dijo por señas que no.

»—¿De lo que ha dicho el señor Danglars?

»Otra seña negativa.

»—¿Será tal vez porque al señor Morrel —no me atreví a decir Maximiliano— lo han nombrado oficial de la Legión de Honor?

»Entonces me hizo seña de que así era, en efecto.

»¿Lo creerá, Maximiliano? Estaba contento de que le hubiesen nombrado oficial de la Legión de Honor, sin conocerlo. Puede ser que fuese una locura de su parte, puesto que dicen que vuelve algunas veces a la infancia, y es por una de las cosas que lo quiero mucho.

—Es muy particular —dijo Maximiliano, reflexionando—, odiarme su padre, al contrario que su abuelo... ¡Qué cosas tan raras producen esos afectos y esos odios de partidos!

—¡Silencio! —exclamó de repente Valentina—. ¡Escóndase, huya, viene gente!

Maximiliano cogió al instante una azada y se puso a remover la tierra.

—Señorita, señorita —gritó una voz detrás de los árboles—, la señora lo busca por todas partes. ¡Hay una visita en la sala!

—¡Una visita! —exclamó Valentina agitada—, ¿y quién ha venido a visitarnos?

—Un gran señor, un príncipe, según dicen, el conde de Montecristo.

—Ya voy —dijo en voz alta Valentina.

Este nombre hizo estremecer de la otra parte de la valla al que el “ya voy” de Valentina servía de despedida al fin de cada entrevista.

—¡Qué es esto! —dijo Maximiliano apoyándose en actitud de meditación sobre la azada—, ¿cómo conoce el conde de Montecristo al señor de Villefort?

En efecto, el conde de Montecristo era quien acababa de entrar en casa del señor de Villefort, con el objeto de devolver al procurador del rey la visita que este le había hecho, y como es de suponer, toda la casa se puso en movimiento al escuchar su nombre.

La señora de Villefort, que estaba sola en el salón cuando anunciaron al conde, hizo venir al instante a su hijo, para que el niño reiterase sus gracias al conde, y Eduardo, que no había dejado de oír hablar del gran personaje durante dos días, se apresuró a presentarse, no por obedecer a su madre ni por dar las gracias a Montecristo, sino por curiosidad y para hacer alguna observación a la cual pudiera acompañar uno de los gestos que hacía decir a su madre: “¡Oh! ¡Qué muchacho tan malo; pero bien merece que lo perdonen, porque tiene tanto talento...! “

Después de los primeros saludos de rigor, preguntó el conde por el señor de Villefort.

—Mi esposo come hoy en casa del señor canciller —respondió la joven—, acaba de salir en este momento y estoy segura de que lamentará mucho no haber tenido el honor de verlo.

Otros dos personajes que habían precedido al conde en el salón y que lo devoraban con los ojos, se retiraron después del tiempo razonable exigido a la vez por la cortesía y la curiosidad.

—A propósito, ¿qué hace tu hermana Valentina? —dijo la señora de Villefort a Eduardo—; que la avisen de que quiero tener el honor de presentarla al señor conde.

—¿Tiene una hija, señora? —inquirió el conde—, será todavía una niña.

—Es la hija del señor de Villefort —replicó la señora—, hija del primer matrimonio, esbelta y hermosa figura.

—Pero melancólica —interrumpió el joven Eduardo arrancando, para adornar su sombrero, las plumas de la cola de un precioso guacamayo, que gritó de dolor en el travesaño dorado de su jaula.

La señora de Villefort se contentó con decir:

—Silencio, Eduardo.

Luego añadió:

—Este locuelo casi tiene razón, y repite lo que me ha oído decir muchas veces con amargura, porque la señorita de Villefort, a pesar de cuanto hacemos por distraerla, tiene un carácter triste y un humor taciturno que perjudica muchas veces el efecto de su belleza. Pero veo que no viene, Eduardo; ve a ver la causa de ello.

—Es que la buscan donde no está.

—¿Dónde la buscan?

—En el cuarto del abuelo Noirtier.

—¿Y tú opinas que no está allí?

—No, no, no, no, no está allí —respondió Eduardo tarareando.

—¿Y dónde está?, si lo sabes, dilo.

—Está debajo del castaño grande —continuó el travieso niño presentando, a pesar de los gritos de su madre, una porción de moscas vivas al guacamayo, que parecía muy ansioso de esta clase de caza.

La señora de Villefort alargó la mano hacia el cordón de la campanilla para indicar a su doncella el sitio donde podría encontrar a Valentina, cuando esta se presentó.

La joven parecía estar triste, y observándola detenidamente se hubiera podido descubrir en sus ojos las huellas de sus lágrimas.

Valentina, a quien, llevados por la rapidez de la narración, hemos presentado a nuestros lectores sin darla a conocer, era una alta y esbelta joven de diecinueve años, con pelo castaño claro, ojos de un azul intenso, continente lánguido, y en el cual resaltaba aquella exquisita elegancia que caracterizaba a su madre. Sus manos blancas y afiladas, su cuello nacarado, sus mejillas teñidas de un

color imperceptible, le daban a primera vista el aire de esas hermosas inglesas a quienes se ha comparado bastante poéticamente, en sus movimientos, con los cisnes.

Entró, pues, y al ver al lado de su madre al personaje de quien tanto había oído hablar, saludó sin ninguna timidez propia de su edad, y sin bajar los ojos, con una gracia tal, que redobló la atención del conde.

Este se levantó.

—La señorita de Villefort, mi hijastra —dijo la señora de Villefort a Montecristo, que se inclinó hacia adelante, presentando la mano a Valentina.

—Y el señor conde de Montecristo, rey de la China y emperador de la Cochinchina —dijo el pilluelo, dirigiendo a su hermana una mirada socarrona.

Esta vez la señora de Villefort se puso lívida y estuvo a punto de irritarse contra aquella plaga doméstica que respondía al nombre de Eduardo, pero el conde sonrió y miró al muchacho con complacencia, lo cual elevó a su madre al colmo del entusiasmo.

—Pero, señora —dijo el conde reanudando la conversación y mirando alternativamente a la madre y a la hija—, yo he tenido el honor de verla en alguna otra parte con esta señorita. Desde que entré, pensé en ello, y cuando se presentó esta señorita, su vista ha sido una nueva luz que ha venido a iluminar un porvenir confuso, dispénseme por la expresión.

—No es probable, caballero, la señorita de Villefort es poco aficionada a la sociedad, y nosotros salimos muy rara vez —dijo la joven esposa.

—Sin embargo, no es en sociedad donde he visto a esta señorita y a usted, señora, y también a este gracioso pícaro. La sociedad parisiense, por otra parte, me es absolutamente desconocida, porque creo haber tenido el honor de decirle que hace muy pocos días estoy en París. No, permítame que recuerde..., espere... —Y el conde llevó su mano a la frente como para coordinar las ideas.

»No, es en otra parte..., es en... yo no sé... —pero me parece que este recuerdo es inseparable de un sol brillante y de una especie de solemnidad religiosa... La señorita tenía flores en la mano, el niño

corría detrás de un hermoso pavo real en un jardín, y usted, señora, estaba debajo de un emparrado... Ayúdeme, señora, ¿no le recuerda nada todo lo que le digo?

—De veras que no —respondió la señora de Villefort—, y sin embargo, me parece que si le hubiese visto en alguna parte, su recuerdo estaría presente en mi memoria.

—El señor conde nos habrá visto quizás en Italia —dijo tímidamente Valentina.

—En efecto, en Italia..., es muy posible —dijo Montecristo—. ¿Ha viajado por Italia, señorita?

—La señora y yo estuvimos allí hace dos meses. Los médicos temían que enfermase del pecho, y me recomendaron los aires de Nápoles. Pasamos por Bolonia, Perusa y Roma.

—¡Ah!, es verdad, señorita —exclamó Montecristo, como si aquella simple indicación hubiese bastado para fijar todos sus recuerdos—. Fue en Perusa, el día del Corpus, en el jardín de la fonda del Correo donde la casualidad nos reunió a usted, a esta señorita, su hijo y a mí, donde recuerdo haber tenido el honor de verla.

—Yo recuerdo perfectamente a Perusa, caballero, la fonda y la fiesta de que habla —dijo la señora de Villefort—, pero por más que me esfuerzo, me avergüenzo de mi poca memoria, no recuerdo haber tenido el honor de veros.

—Es muy extraño, ni yo tampoco —dijo Valentina levantando sus hermosos ojos y mirando a Montecristo.

Eduardo dijo:

—Yo sí me acuerdo. Voy a ayudarla —dijo el conde—. El día había sido muy caluroso, se hallaban esperando y los caballos no venían a causa de la solemnidad. La señorita se internó en lo más espeso del jardín, y el niño desapareció corriendo detrás del pájaro.

—Y lo cogí, mamá, ¿no te acuerdas? —dijo Eduardo—, ¡vaya!, como que le arranqué tres plumas de la cola.

—Usted, señora, se quedó debajo de una parra. ¿No recuerda mientras estaba sentada en un banco de piedra y mientras que, como le digo, la señorita de Villefort y su hijo estaban ausentes, de haber hablado mucho tiempo con alguien?

—Desde luego —dijo la señora de Villefort poniéndose colorada—,

con un hombre envuelto en una gran capa..., con un médico, según creo.

—Justamente, señora, aquel hombre era yo. En los quince días que hacía que me alojaba en la fonda, curé a mi ayuda de cámara de calentura y al fondista de ictericia, de suerte que me tenían en el concepto de un médico famoso. Hablamos mucho tiempo de diferentes cosas, del Perugino, de Rafael, de costumbres, de modas, de aquella famosa *agua tofana*, cuyo secreto, según creo, le habían dicho varias personas que se conservaba todavía en Perusa.

—¡Ah, es verdad! —dijo vivamente la señora de Villefort con cierta inquietud—, ahora recuerdo.

—Yo no sé ya lo que usted me dijo detalladamente, señora —replicó el conde con una tranquilidad perfecta—, pero participando del error general, me consultaste sobre la salud de la señorita de Villefort.

—Como usted era médico —dijo la señora de Villefort— puesto que había curado varios enfermos...

—Molière o Beaumarchais, señora, le habrían respondido que justamente porque no lo era, no he curado a mis enfermos, sino que mis enfermos se han curado. Yo me contentaré con decirle que he estudiado bastante a fondo la química y las ciencias naturales, pero solo como aficionado..., ya comprenderá.

En este momento dieron las seis.

—Son las seis —dijo la señora de Villefort, con visibles muestras de agitación—, ¿no va a ver si come ya su abuelo, Valentina?

La joven se puso en pie y saludando al conde salió de la sala sin pronunciar una palabra.

—¡Oh! Dios mío, señora, ¿sería por mi causa por lo que despide a la señorita de Villefort? —dijo el conde, así que Valentina hubo salido.

—No lo crea —repuso vivamente la joven—, pero esta es la hora en que hacemos que den al señor Noirtier la comida que sostiene su triste existencia. Ya sabe, caballero, en qué lamentable estado se encuentra mi suegro.

—Sí, señora, el señor de Villefort me ha hablado de ello, una parálisis, según creo.

—¡Ay!, el pobre anciano está sin movimiento, solo el alma vela en esa máquina humana, pálida y temblorosa como una lámpara pronta a extinguirse. Mas perdóneme que le hable de nuestros infortunios domésticos, lo he interrumpido en el momento en que me decía que era un hábil químico.

—No he dicho yo eso, señora —respondió Montecristo sonriéndose—. He estudiado la química, porque, decidido a vivir en Oriente, he querido seguir el ejemplo del rey Mitrídates.

—*Mithridates, rex Ponticus* —dijo el niño, cortando de un magnífico álbum unos dibujos de paisaje que iba doblando y guardando en el bolsillo.

—¡Eduardo, no seas malo! —exclamó la señora de Villefort arrebatando el mutilado libro de las manos de su hijo—. Eres insoportable, nos aturdes, déjanos, ve con Valentina al cuarto del abuelito Noirtier.

—¡El álbum...! —dijo Eduardo.

—¿Qué quieres decir, el álbum?

—Sí, sí, quiero el álbum...

—¿Por qué has cortado los dibujos?

—Porque me da la gana.

—Vete, ¡vete!

—No, no, no me iré hasta que me des el álbum —dijo el niño acomodándose en un sillón, fiel siempre a su costumbre de no ceder nunca.

—Toma, y déjanos en paz —dijo la señora de Villefort; y dio el álbum a Eduardo, que salió acompañado de su madre.

El conde siguió con la vista a la señora de Villefort.

—Veamos si cierra la puerta —murmuró.

Lo hizo la señora de Villefort con mucho cuidado, al volver a entrar. El conde no pareció darse cuenta de ello.

Después dirigió una mirada a su alrededor, y volvió a sentarse en su butaca.

—Permítame que le haga observar, señora —dijo el conde con aquella bondad que ya nos es conocida—, que es muy severa con ese niño encantador.

—Es necesario, caballero —replicó la señora de Villefort, con un

verdadero aplomo de madre.

—Le ha interrumpido precisamente cuando pronunciaba una frase que prueba que su preceptor no ha perdido el tiempo con él, y que su hijo está muy adelantado para su edad.

—¡Oh!, sí. Tiene mucha facilidad y aprende todo lo que quiere. No tiene más defectos que ser muy voluntarioso, pero, a propósito de lo que decía, ¿cree usted, por ejemplo, señor conde, que Mitrídates emplease aquellas precauciones y que pudieran ser eficaces?

—Con tanta más razón, señora, cuanto que yo las he empleado para no ser envenenado en Palermo, Nápoles y Esmirna, es decir, en tres ocasiones donde, a no ser por esa precaución, hubiera perecido.

—¿Y le salió bien?

—Completamente.

—Sí, es verdad. Me acuerdo de que en Perusa me contó una cosa parecida.

—¡De veras! —exclamó el conde con una sorpresa admirablemente fingida—, pues yo no lo recuerdo.

—Le pregunté si los venenos obraban lo mismo y con la misma energía sobre los hombres del Norte que sobre los del Mediodía, y me respondió que los temperamentos fríos y linfáticos de los septentrionales no presentan la misma disposición que la enérgica naturaleza de los meridionales.

—Es cierto —dijo Montecristo—, yo he visto a rusos devorar sustancias vegetales que hubiesen matado infaliblemente a un napolitano o a un árabe.

—¿Conque usted cree que el resultado sería aún más seguro en nosotros que en los orientales y en medio de nuestras nieblas y lluvias, un hombre se acostumbraría más fácilmente que bajo un clima caliente a esa absorción progresiva del veneno?

—Seguramente. Por más que uno ha de estar preparado contra el veneno a que se haya acostumbrado.

—Sí, comprendo. ¿Y cómo se acostumbraría usted, por ejemplo, o más bien, cómo se ha acostumbrado?

—Nada más fácil. Suponga que usted sabe de antemano qué veneno deben usar contra usted..., suponga que este veneno sea...,

la brucina, por ejemplo...

—Sí, que se extrae de la falsa angustura, según creo —dijo la señora de Villefort.

—Exacto, señora —respondió Montecristo—, pero veo que me queda muy poco que enseñarle; reciba mi enhorabuena, semejantes conocimientos son muy raros en las mujeres.

—¡Oh!, lo confieso —dijo la señora de Villefort—, soy muy aficionada a las ciencias ocultas, que hablan a la imaginación como una poesía y se resuelven en cifras como una ecuación algebraica; pero continúe, se lo suplico, lo que me dice me interesa sobremanera.

—¡Pues bien! —repuso Montecristo—, suponga que este veneno sea la brucina, por ejemplo, y que toma un miligramo el primer día. Dos miligramos el segundo; pues bien, al cabo de diez días tendrá un centigramo. Al cabo de veinte días, aumentando otro miligramo el segundo, tendrá tres centigramos, es decir, una dosis que tolerará sin inconvenientes, y que sería muy peligrosa para otra persona que no hubiese tomado las mismas precauciones que usted. En fin, al cabo de un mes, bebiendo agua en la misma jarra, matará a la persona que haya bebido de aquella agua, al mismo tiempo que usted notará solo un poco de malestar, producido por una sustancia venenosa mezclada en aquella agua.

—¿No conoce otro contraveneno?

—No conozco ningún otro.

—Yo había leído varias veces esa historia de Mitrídates —dijo la señora de Villefort pensativa—, y la había tomado por una fábula.

—No, señora, como una excepción en la historia, es verdad. Pero lo que me dice, señora, lo que me pregunta, no es el resultado de una pregunta caprichosa, puesto que hace dos años me había hecho preguntas idénticas y me había dicho que esa historia de Mitrídates la tenía hacía tiempo preocupada.

—Es verdad, caballero, los dos estudios favoritos de mi juventud han sido la botánica y la mineralogía, y cuando he sabido más tarde que el uso de los simples explicaba a menudo toda la historia y toda la vida de las gentes de Oriente, como las flores explican todo su pensamiento amoroso, sentí no ser hombre para llegar a ser un

Flamel, un Fontana o un Cabanis.

—Tanto más, señora —respondió Montecristo— cuanto que los orientales no se limitan como Mitrídates, a hacer de los venenos una coraza. Hacen también de él un puñal. En sus manos la ciencia no es solo una arma defensiva, sino a veces ofensiva. La una les sirve contra sus sufrimientos, la otra contra sus enemigos. Con el opio, la belladona, el hachís, procuran en sueños la felicidad que Dios les ha negado en realidad; con la falsa angustura, el leño colubrino y el laurel, adormecen a los que quieren. No hay una sola de esas mujeres, egipcia, turca o griega, que dicen la buenaventura, que no sepa asuntos de química con que dejar estupefacto a un médico, y en materia de psicología, con que espantar a un confesor.

—¿De veras? —exclamó la señora de Villefort, cuyos ojos brillaban durante este coloquio con el conde.

—¡Oh!, sí, señora —continuó Montecristo—. Los dramas secretos de Oriente se desenvuelven de este modo, desde la planta que hace morir, desde el brebaje que abre el cielo hasta el que sumerge a un hombre en el infierno. Tienen tantas rarezas de este género como caprichos hay en la naturaleza humana, física y moral, y diré más, el arte de estos químicos sabe aplicar admirablemente el remedio y el mal a sus necesidades de amor o a sus deseos de venganza.

—Pero, caballero —repuso la joven—, esas sociedades orientales, en medio de las cuales ha pasado una parte de su vida, son fantásticas como los cuentos que hemos oído de su hermoso país. Allí se puede suprimir a un hombre impunemente, ¿conque es verdadero el Bagdad o el Bassora del señor Galland? Los sultanes y visires que gobiernan esas sociedades, y que constituyen lo que se llama en Francia el gobierno, son otros Harumal-Ratschild y Giaffar, que no solo perdonan al envenenador, sino que lo hacen primer ministro, si el crimen ha sido ingenioso, y en este caso hacen grabar la historia en letras de oro para divertirse en sus horas de tedio.

—No, señora, lo fantástico no existe ni en Oriente; allí hay también personas disfrazadas bajo otro nombre y ocultas bajo otros trajes, comisarios de policía, jueces de instrucción y procuradores del rey. Allí se ahorca, se decapita, y se empala a los criminales. Aquí un necio poseído del demonio del odio, que tiene un enemigo que

destruir o un pariente que aniquilar, se dirige a una droguería, y bajo otro nombre que el suyo propio, compra bajo el pretexto de que las ratas le impiden dormir, cinco o seis dracmas de arsénico. Si es hombre diestro, va a cinco o seis droguerías, y en cada una compra la misma cantidad. Tan pronto como tiene en sus manos el específico, administra a su enemigo, o a su pariente, una dosis que haría reventar a un elefante, y que hace dar tres o cuatro aullidos a la víctima, y todo el barrio se alarma. Entonces viene una nube de agentes de policía y de gendarmes, buscan un médico, que abre al muerto y extrae del estómago o de las vísceras el arsénico. Al día siguiente, cien periódicos cuentan el hecho con el nombre de la víctima o del asesino. Aquella misma noche los drogueros prestan su declaración y afirman: "Yo fui quien vendí a este caballero el arsénico", y en lugar de reconocer a uno solo, tienen que reconocer a veinte por habérselo vendido. Entonces el criminal es preso, interrogado, confundido, condenado y guillotinado. O si es una mujer, la encierran por toda su vida. Así es como sus septentrionales entienden la química, señora. No obstante, Desrues sabía más que todo esto, debo confesarlo.

—¿Qué quiere, caballero? —dijo riendo la joven—, cada cual hace lo que puede. No todos poseen el secreto de los Médicis o de los Borgias.

—Ahora bien —dijo el conde encogiéndose de hombros—, ¿quiere que le diga la causa de todas esas torpezas...? Que en sus teatros, según he podido juzgar yo mismo leyendo las obras que en ellos se representan, se ve siempre beber un pomo de veneno o chupar el guardapelo de una sortija, y caer al punto muertos. Cinco minutos después se baja el telón, los espectadores se dispersan. Siempre se ignoran las consecuencias del asesinato. Nunca se ve al comisario de policía con su banda, ni a un cabo con cuatro soldados, y esto autoriza a muchas pobres personas a creer que las cosas ocurren de esta manera. Pero salga de Francia, vaya, por ejemplo, a Alepo, o a El Cairo, en fin, a Nápoles o a Roma y verá pasar por las calles personas firmes, llenas de salud y vida, y si estuviese por allí algún genio fantástico, podría decirle al oído: "Ese caballero está envenenado hace tres semanas, y dentro de un mes habrá muerto

completamente”.

—Entonces —dijo la señora de Villefort—, ¿habrán encontrado la famosa agua tofana, que suponían perdida en Perusa?

—¡Oh!, señora, ¿puede perderse acaso algo entre los hombres? Las artes se siguen unas a otras, y dan la vuelta al mundo, las cosas mudan de nombre, y el vulgo es engañado, pero siempre el mismo resultado, es decir, el veneno. Cada veneno obra particularmente sobre tal o cual órgano. Uno sobre el estómago, otro sobre el cerebro, otro sobre los intestinos. ¡Pues bien!, el veneno ocasiona una tos, esta tos una fluxión de pecho a otra enfermedad, inscrita en el libro de la ciencia, lo cual no le impide ser mortal, y aunque no lo fuese, lo sería gracias a los remedios que le administran los sencillos médicos, muy malos químicos en general, y ahí tiene a un hombre muerto en toda la regla, con el cual nada tiene que ver la justicia, como decía un horrible químico amigo mío, el excelente abate Adelmonte de Taormina, en Sicilia, el cual había estudiado toda clase de fenómenos.

—Eso es espantoso, pero admirable —repuso la joven—. Yo creía, lo confieso, que todas estas historias eran invenciones medievales.

—Sí, sin duda alguna, pero que se han perfeccionado en nuestros días. ¿Para qué quiere que sirva el tiempo, las medallas, las cruces, los premios de Monthyon, si no es para hacer llegar a la sociedad a su más alto grado de perfección? Ahora, pues, el hombre no será perfecto hasta que sepa crear y destruir como Dios. Ya sabe destruir, luego tiene andado la mitad del camino.

—De manera que —replicó la señora de Villefort haciendo que la conversación recayera al objeto que ella deseaba—, los venenos de los Borgias, de los Médicis, de los René, de los Ruggieri, y probablemente más tarde del barón Trenck, de que tanto han abusado el drama moderno y las novelas...

—Eran objetos de arte, señora, nada más que eso —repuso el conde—. ¿Cree que el verdadero sabio se dirige únicamente al mismo individuo? No. La ciencia gusta de aventuras, de caprichos, si así puede decirse. Ese excelente abate Adelmonte, de quien le hablaba hace poco, había hecho sobre este punto asombrosos experimentos.

—¿De veras?

—Sí, le citaré uno solo... Poseía un hermoso huerto lleno de legumbres, de flores y de frutos; entre ellos elegía uno cualquiera, por ejemplo, una lechuga. Por espacio de tres días la regaba con una solución de arsénico, al tercero la lechuga se ponía ya amarillenta, es decir, había llegado el momento de cortarla. Para todos parecía madura y conservaba una apariencia apetitosa. Solamente para el abate Adelmonte estaba emponzoñada. Entonces la llevaba a su casa, cogía un conejo, ha de saber que el abate tenía una colección de conejos, liebres y gatos, que no desmerecía de su colección de legumbres, flores y frutas. Cogía, pues, un conejo y le hacía comer una hoja de aquella lechuga. El conejo, por supuesto, se moría. ¿Qué jueces de Instrucción, ni qué procurador del rey va ahora a averiguar la causa de la muerte de un conejo? Nadie. Conque ya tenemos al conejo muerto. Después de esto, lo hace desollar por su cocinera, y arroja los intestinos sobre un montón de estiércol. Sobre este estiércol hay una gallina, come estos intestinos, cae enferma a su vez y muere al día siguiente. En el momento en que lucha con las convulsiones de la agonía pasa por allí un buitre, que en el país de Adelmonte hay muchos, se arroja sobre el cadáver, lo conduce entre sus garras a una roca y se lo come. Al cabo de tres días, el pobre buitre, que después de esta comida se encontró algo indispuesto, siente una especie de aturdimiento, justamente cuando se hallaba entre una nube, muere allí mismo y cae en su estanque. Los sollos, las anguilas y las lampreas se lo comen ávidamente, ya sabe que todos estos pescados son muy aficionados a las carnes. Ahora bien, suponga que al día siguiente le sirven en la mesa una de esas anguilas, uno de esos sollos o de esas lampreas, envenenados hasta la cuarta generación; entonces su convidado será envenenado a la quinta, y morirá al cabo de ocho días de dolores de entrañas, de males de corazón. Muere en uno de sus accesos. Le hacen la autopsia al cadáver, y los médicos dirán:

—El pobre señor ha fallecido a causa de un tumor en el hígado, o de una fiebre tifoidea.

—Pero —dijo la señora de Villefort— todas esas circunstancias,

encadenadas unas a otras, pueden ser destruidas por el menor accidente. Puede muy bien ocurrir que el buitre no pase a tiempo o caiga a cien pasos del estanque.

—¡Ah!, justamente, en eso es en lo que consiste el arte. Para ser un gran químico en Oriente es preciso saber dirigir la casualidad, así es como se obtienen los más difíciles resultados.

La señora de Villefort permanecía pensativa y escuchaba con gran atención.

—Pero —dijo— el arsénico es indeleble. De cualquier manera que se lo tome, siempre se encuentra en el cuerpo del hombre, si es que se toma una cantidad suficiente para que pueda causar la muerte.

—¡Bien! —exclamó Montecristo—, eso fue lo que yo dije al abate Adelmonte. Reflexionó un instante y me respondió con un proverbio siciliano que, según creo, es también un proverbio francés: "Hijo mío, el mundo no se hizo en un día, sino en siete. Vuelve, pues, el domingo".

»Volví al domingo siguiente. En lugar de regar su lechuga con arsénico, la regó con una solución de sales, cuya base era de estricnina, *Strichnina colubrina,* como dicen los eruditos. Esta vez la lechuga estaba perfectamente sana a la vista. Así, pues, el conejo no sospechó nada, y a los cinco minutos estaba muerto. La gallina comió el conejo, y al día siguiente dejó de existir. Entonces nosotros hicimos las veces de buitres, cogimos la gallina y la abrimos. Ya habían desaparecido todos los síntomas particulares y no quedaban más que los síntomas generales. Ninguna indicación particular en ningún órgano, irritación del sistema nervioso y nada más. La gallina no había sido envenenada, había muerto de apoplejía. Es un caso raro en las gallinas, lo sé, pero muy común en los hombres.

La señora de Villefort parecía cada vez más pensativa.

—Es una felicidad —dijo—, que tales sustancias no puedan ser preparadas más que por químicos, si no la mitad del mundo envenenaría a la otra mitad.

—Por químicos o personas que se ocupan de la química —repuso cándidamente Montecristo.

—Y después de todo —dijo la señora de Villefort—, por bien preparado que esté, el crimen siempre es crimen. Y si se libra de la

investigación humana, no le sucede otro tanto con la mirada de Dios. Los orientales son más sabios que nosotros en cuanto a conciencia, y han suprimido prudentemente el infierno.

—¡Oh!, señora, ese es un escrúpulo que debe brotar naturalmente en un alma honrada como la suya, pero que desaparecería pronto con el raciocinio. El lado peor del pensamiento humano estará siempre resumido en esta paradoja de Juan Jacobo Rousseau, el mandarín a quien se mata a cinco mil leguas levantando el extremo del dedo. La vida del hombre transcurre haciendo estas cosas, y su inteligencia se agota en pensarlas.

»Pocas personas conocerá que vayan a clavar brutalmente un cuchillo en el corazón de su semejante, o que le administren para hacerle desaparecer de la superficie del globo, la cantidad de arsénico que decíamos hace poco. Para llegar a este punto es menester que la sangre se caliente a treinta y seis grados, que el pulso descienda a noventa pulsaciones, y que el alma salga de sus límites ordinarios. Pero si pasando de palabra al sinónimo, hace una sencilla eliminación, en lugar de cometer asesinato innoble, si aparta pura y sencillamente de su camino al que le incomode, y esto sin choque, sin violencia, sin el aparato de esos padecimientos que hacen de la víctima un mártir y del que obra un carnicero, en toda la extensión de la palabra, si no hay sangre, ni aullidos, ni contorsiones, ni sobre todo esa horrible instantaneidad del asesinato, entonces se libera de la ley humana que le dice: “¡No turbes la sociedad... !”. Este es el modo como proceden los orientales, personajes graves y flemáticos, que se inquietan muy poco por las cuestiones de tiempo en los casos de cierta importancia.

—Pero queda la conciencia —dijo la señora de Villefort con voz conmovida y un suspiro ahogado.

—Sí —dijo Montecristo—, sí, por fortuna queda la conciencia, sin la cual sería uno muy desgraciado. Después de toda acción un poco vigorosa, la conciencia es la que nos salva, porque nos provee de mil disculpas de que solo nosotros somos jueces, disculpas que, por excelentes que sean para conservar el sueño, serían mediocres ante un tribunal para conservarle la vida. Así, pues, Ricardo III, por

ejemplo, tuvo que agradecer mucho a su conciencia después de la muerte de los dos hijos de Eduardo IV. En efecto, podía decir para sí: Estos dos hijos de un rey cruel, perseguidos y que habían heredado los vicios de su padre, que yo solo he sabido reconocer en sus inclinaciones juveniles, estos dos niños me molestaban para hacer la felicidad del pueblo inglés, cuya desgracia habrían causado infaliblemente.

»Igualmente debía estar agradecida a su conciencia lady Macbeth, que quería dar un trono, no a su marido, sino a su hijo. ¡Ah!, el amor maternal es una virtud tan grande, un móvil tan poderoso que hace perdonar muchas cosas. Así, pues, muerto Duncan, lady Macbeth hubiera sido desgraciada a no ser por su conciencia.

La señora de Villefort absorbía con avidez estas espantosas palabras pronunciadas por el conde con aquella ironía sencilla que le era peculiar.

Después de una pausa, dijo:

—¿Sabe, señor conde, que es un terrible argumentista y que ve el mundo bajo un aspecto un tanto lívido? Tenía razón, es usted un gran químico, y aquel elixir que hizo tomar a mi hijo, y que tan rápidamente le devolvió la vida...

—¡Oh!, no se fíe de eso, señora —dijo Montecristo—; una gota de aquel elixir bastó para devolver la vida a aquel niño que se moría, pero tres gotas habrían hecho que la sangre se agolpara a sus pulmones y le hubieran causado un desmayo muchísimo más grave que aquel en que se hallaba; diez, en fin, lo hubieran matado en el acto. Bien vio, señora, cuán rápidamente lo aparté de aquellos frascos que tuvo la imprudencia de tocar.

—¿Acaso es algún terrible veneno?

—¡Oh, no! En primer lugar es menester que sepa que la palabra veneno no existe, puesto que en medicina se sirven de los venenos más violentos, que llegan a ser remedios saludables por la manera con que son administrados.

—¿Y entonces de qué se trataba?

—Una magnífica preparación de mi amigo, el abate Adelmonte, de la cual me enseñó a usar.

—¡Oh! —dijo la señora de Villefort—, debe ser un excelente

antiespasmódico.
—Magnífico, señora, ya lo vio —respondió el conde—, y yo hago de él un uso bastante frecuente, con toda la prudencia posible, se entiende —añadió riendo.
—Lo creo —replicó la señora de Villefort en el mismo tono—. En cuanto a mí, tan nerviosa y tan propensa a desmayarme, necesitaría de un doctor Adelmonte para que me inventase los medios de respirar libremente y me tranquilizase sobre el temor que experimento de morir un día ahogada. Entretanto, como la cosa es difícil de encontrar en Francia, y su abate no estará dispuesto a hacer por mí un viaje a París, me atengo a los antiespasmódicos del señor Blanche, y las gotas de Hoffman desempeñan un gran papel en mi organismo. Mire, aquí tiene unas pastillas que preparan para mí expresamente, tienen doble dosis.
Montecristo abrió la caja de concha que le presentaba la joven, y aspiró el olor de las pastillas como experto digno de apreciar aquella preparación.
—Son exquisitas —dijo—, pero es preciso tragarlas, cosa imposible en las personas desmayadas. Prefiero mi específico.
—¡Oh!, yo también lo preferiría, después de los efectos que he visto. Pero sin duda será un secreto, y yo no soy tan indiscreta que se lo vaya a pedir.
—Pero yo, señora —dijo Montecristo levantándose de su asiento—, soy lo suficientemente galante para ofrecérselo.
—¡Oh!, caballero.
—Acuérdese de una cosa, y es que, en pequeñas dosis, es un remedio; en grandes dosis, un veneno. Una gota devuelve la vida, como ha visto; cinco o seis matarían infaliblemente de una manera tanto más terrible que derramadas en un vaso de vino no cambiarían nada el gusto. Pero me detengo, señora, se diría que le quiero aconsejar.
Acababan de dar las diez y media y anunciaron una amiga de la señora de Villefort que venía a comer con ella.
—Si yo tuviera el honor de verlo por tercera o cuarta vez, señor conde, en vez de ser la segunda —dijo la señora de Villefort—, si tuviese el honor de ser su amiga, en lugar de ser solo su deudora,

insistiría en que se quedase a comer, y no me dejaría abatir por la primera negativa.

—Mil gracias, señora —respondió Montecristo—, tengo un compromiso al cual no puedo faltar. Prometí llevar al teatro a una princesa griega que aún no ha visto la ópera, y que cuenta conmigo para ir esta noche.

—Lo dejo ir, caballero, pero no olvide mi receta.

—¿Cómo es posible, señora? Para ello tendría que olvidar la hora de conversación que acabo de tener a su lado, lo cual es enteramente imposible.

Montecristo saludó y salió.

La señora de Villefort se quedó reflexionando.

—¡Qué hombre tan extraño! —dijo—, debiera llamarse también Adelmonte.

Para Montecristo, el resultado fue mejor de lo que él esperaba.

—Veamos —dijo, al tiempo de marcharse—, este es buen terreno. Estoy convencidísimo de que cualquier clase de grano que en él se siembre, produce inmediatamente su fruto.

Y al otro día, fiel a su promesa, envió a la señora de Villefort la receta que le había prometido.

Capítulo diez: Roberto el diablo

El pretexto de ir a la ópera fue tanto más oportuno cuanto que aquella noche había gran función en la Academia Real de Música. Levasseur, después de una larga indisposición, se presentó en el papel de Beltrán, y como de costumbre la obra del maestro a la moda atrajo al teatro la sociedad más brillante de París. Morcef, como la mayor parte de los jóvenes ricos, tenía su palco de orquesta; además el de diez personas conocidas, sin contar con aquel a que tenía derecho, es decir, al de los calaveras de buen tono.

Château-Renaud ocupaba el palco próximo al suyo. Beauchamp,

como periodista, era rey del salón, y tenía sitio en todas partes. Aquella noche Luciano Debray tenía a su disposición el palco del ministro, y lo había ofrecido al conde de Morcef, el cual, no habiendo querido ir Mercedes, lo había enviado a Danglars, mandándole decir que tal vez él iría a hacer aquella noche una visita a la baronesa y a su hija si querían aceptar el palco que les ofrecía. La señora Danglars y su hija aceptaron.

Por lo que a Danglars se refiere, había declarado que sus principios políticos y su calidad de diputado de la oposición no le permitían ir al palco del ministro. La baronesa escribió a Luciano suplicándole que fuese a buscarla, puesto que no podía ir a la ópera sola con Eugenia.

En efecto, si las dos mujeres hubiesen ido solas, habrían creído esto de mal tono, al paso que yendo la señorita Danglars con su madre y el amante de su madre, nada había ya que objetar.

Se levantó el telón, como de costumbre, ante un salón casi vacío.

También es una de las costumbres del mundo parisiense, llegar al teatro cuando la función ha empezado. De aquí resulta que el primer acto transcurre de parte de los espectadores que van llegando, no en mirar o escuchar la pieza, sino en mirar entrar a los espectadores que llegan, y no oír más que el ruido de las puertas y el de las conversaciones.

—¡Cómo! —dijo Alberto de repente, al ver abrirse un palco principal—. ¡Cómo! ¡La condesa G...!

—¿Quién es esa condesa G...? —preguntó Château-Renaud.

—¡Oh!, barón, esa es una pregunta que no le perdono. ¿Me pregunta quién es la condesa G...?

—¡Ah!, es verdad —dijo Château-Renaud—, ¿no es esa encantadora veneciana?

—Justamente.

En aquel momento la condesa G... reparó en Alberto, y cambió con él un saludo acompañado de una sonrisa.

—¿La conoce? —dijo Château-Renaud.

—Sí —exclamó Alberto—, le fui presentado en Roma por Franz.

—¿Quiere hacerme en París el mismo favor que Franz le hizo en Roma?

—Con muchísimo gusto.
—¡Silencio! —gritó el público.
Los dos jóvenes continuaron su conversación, sin hacer caso del deseo de la concurrencia de oír la música.
—Estaba en las carreras del Campo de Marte —dijo Château-Renaud.
—¿Hoy?
—Sí.
—En efecto, había carreras. ¿Estaba comprometido en ellas?
—¡Oh!, por una miseria, por cincuenta luises.
—¿Y quién ganó?
—*Nautilus*, yo apostaba por él.
—¿Pero había tres carreras?
—Sí. El premio del Jockey Club era una copa de oro. Por cierto que ocurrió algo bastante extraño.
—¿Qué?
—¡Chist...! —gritó el público, impacientándose.
—¿Qué...? —replicó Alberto.
—Un caballo y un jinete completamente desconocidos han ganado esta carrera.
—¿Cómo?
—¡Oh!, sí, nadie había fijado la atención en un caballo señalado con el nombre de Vampa, y un jinete con el nombre de Job, cuando de repente vieron avanzar un magnífico alazán y un jinete como el puño. Se vieron obligados a introducirle veinte libras de plomo en los bolsillos, lo cual no impidió que se adelantase diez varas a Ariel y Bárbaro, que corrían con él.
—¿Y no se ha sabido a quién pertenecía el caballo y el jinete?
—No.
—Dice que el caballo llevaba el nombre de...
—Vampa.
—Entonces —dijo Alberto— yo estoy más adelantado que usted, y sé a quién pertenece.
—¡Silencio...! —gritó por tercera vez el público.
Las voces fueron creciendo ahora hasta tal punto, que al fin los jóvenes notaron que el público se dirigía a ellos. Se volvieron un

momento buscando en aquella multitud un hombre que tomase a su cargo la responsabilidad de lo que miraban como una impertinencia, pero nadie reiteró la invitación, y se volvieron hacia el escenario.

En aquellos instantes se abrió el palco del ministro, y la señora Danglars, su hija y Luciano Debray tomaron sus asientos.

—¡Ahí!, ¡ahí! —dijo Château-Renaud—, ahí tiene a varias personas conocidas suyas, vizconde. ¿Qué diablos mira a la derecha? Lo están buscando.

Alberto se volvió y sus ojos se encontraron en efecto con los de la baronesa Danglars, que le hizo un saludo con su abanico. En cuanto a la señorita Eugenia, apenas se dignaron inclinarse hacia la orquesta sus grandes y hermosos ojos negros.

—En verdad, amigo mío —dijo Château-Renaud—, no comprendo qué es lo que puede tener contra la señorita Danglars, es una joven lindísima.

—No lo niego —dijo Alberto—, pero le confieso que en cuanto a belleza preferiría una cosa más dulce, más suave, en fin, más femenina.

—¡Qué jóvenes estos! —dijo Château-Renaud, que como hombre de treinta años tomaba con Morcef cierto aire paternal—, nunca están satisfechos. ¡Cómo! ¡Encuentra una novia, o más bien otra Diana cazadora y no está contento!

—Pues bien, entonces mejor hubiera yo querido otra Venus de Milo o de Capua. Esta Diana cazadora siempre en medio de sus ninfas, me espanta un poco. Temo que me trate como a otro Acteón.

En efecto, una ojeada que se hubiera dirigido sobre la joven podía explicar casi el sentimiento que acababa de confesar el joven Morcef.

Eugenia Danglars era hermosa, como había dicho Alberto, pero era una belleza un poco varonil. Sus cabellos de un negro hermoso, pero un tanto rebeldes a la mano que quería arreglarlos; sus ojos negros como sus cabellos, adornados de magníficas cejas, y que no tenían más que un defecto, el de fruncirse con demasiada frecuencia, eran notables por una expresión de firmeza que todos se maravillaban de encontrar en la mirada de una mujer. Su nariz tenía las proporciones exactas que un escultor habría dado a la diosa

Juno. Sin embargo, su boca era demasiado grande, aunque adornada de unos dientes hermosos que hacían resaltar unos labios cuyo carmín demasiado vivo se distinguía sobre la palidez de su tez; en fin, dos hoyitos más pronunciados que de costumbre en los extremos de su boca acababan de dar a su fisonomía ese carácter decidido que tanto espantaba a Morcef.

Por lo demás, el resto del cuerpo de Eugenia estaba en armonía con la cabeza que acabamos de describir. Como había dicho Chateau-Renaud, era Diana la cazadora, si bien con un aire más duro y más muscular en su belleza.

Respecto a la educación que había recibido, si había algo que reprocharle, era que, lo mismo que en su fisonomía, parecía pertenecer un poco al otro sexo. En efecto, hablaba dos o tres lenguas, dibujaba fácilmente, hacía versos y componía música. De este último arte era sobre todo muy apasionada. Lo estudiaba con una de sus amigas de colegio, joven sin fortuna, pero con todas las disposiciones posibles para llegar a ser una excelente cantante. Según decían, un gran compositor profesaba a esta un interés casi paternal y la hacía trabajar con la esperanza de que algún día encontrase una fortuna en su voz.

La posibilidad de que la señorita Luisa de Armilly (este era su nombre) entrase un día en el teatro, hacía que la señorita Danglars, aunque la recibiese en su casa, no se mostrara en público con ella.

Sin embargo, sin tener en la casa del banquero la posición independiente de una amiga, disfrutaba de mucha franqueza y confianza. Unos segundos después de la entrada de la señora Danglars en el palco, había bajado el telón, y gracias a la facultad de pasear o hacer visitas en los entreactos a causa de ser estos demasiado largos, la orquesta se había dispersado al poco rato.

Morcef y Château-Renaud habían sido de los primeros en salir; la señora Danglars creyó por un momento que aquella prisa de Alberto por salir tenía por objeto el irle a ofrecer sus respetos, y se inclinó al oído de su hija para anunciarle esta visita, pero esta se contentó con mover la cabeza sonriendo, y al mismo tiempo, como para probar cuán fundada era la incredulidad de Eugenia respecto a este punto, apareció Morcef en un palco principal. Este palco era el de la

condesa G...
—¡Hola! Al fin se le ve por alguna parte, señor viajero —dijo esta presentándole la mano con toda la cordialidad de una antigua amiga —, es usted muy amable, primero por haberme reconocido, y después por haberme dado la preferencia de su primera visita.
—Crea, señora —dijo Alberto—, que si yo hubiese sabido su llegada a París y las señas de su casa, no hubiera esperado tanto tiempo. Mas permita que le presente al barón Château-Renaud, amigo mío, uno de los pocos hidalgos que aún hay en Francia, y por el cual acabo de saber que estaba en las carreras del Campo de Marte.
Château-Renaud se inclinó.
—¡Ah! ¿Se hallaba en las carreras, caballero? —dijo vivamente la condesa.
—Sí, señora.
—¡Y bien! —repuso la señora G...—. ¿Puede decirme de quién era el caballo que ganó el premio del Jockey Club?
—No, señora —dijo Château-Renaud—, y ahora mismo hacía la propia pregunta a Alberto.
—¿Desea saberlo..., señora condesa? —preguntó Alberto.
—Con toda mi alma. Figúrese que... ¿pero lo sospecha acaso, vizconde?
—Señora, iba a contarme una historia, ha dicho: Imagínese...
—¡Pues bien! Figurase que aquel encantador caballo y aquel diminuto jinete de casaca color de rosa me inspiraron a primera vista una simpatía tan viva que yo en mi interior deseaba que ganasen, lo mismo que si hubiese apostado por ellos la mitad de mi fortuna. Así, pues, apenas los vi llegar al punto, dejando bastante retirados a los otros caballos, fue tal mi alegría que empecé a palmotear como una loca. ¡Imagine mi asombro cuando al entrar en mi casa encuentro en mi escalera al jinete de casaca color de rosa! Creí que el vencedor de la carrera vivía casualmente en la misma casa que yo, cuando lo primero que vi al abrir la puerta de mi salón fue la copa de oro, es decir, el premio ganado por el caballo y el jinete desconocido. En la copa había un papelito que decía:
“A la condesa G..., lord Ruthwen”.

—Eso es, justamente —dijo Morcef.
—¡Cómo! ¿Qué quiere decir?
—Quiero decir que es lord Ruthwen en persona.
—¿Quién es lord Ruthwen?
—El nuestro, el vampiro, el del teatro Argentino.
—¿De veras? —exclamó la condesa—. ¿Está aquí?
—Sí, señora.
—¿Y usted lo ha visto? ¿Lo recibe? ¿Frecuenta su casa?
—Es mi íntimo amigo, y el señor Château-Renaud también tiene el honor de conocerlo.
—¿Y cómo sabe que es él quien ha ganado?
—Por su caballo, que lleva el nombre de Vampa.
—¿Y qué?
—¡Cómo! ¿Es posible que no recuerde el nombre del famoso bandido que me hizo su prisionero?
—¡Ah, es cierto!
—¿Y de las manos del cual me sacó milagrosamente el conde?
—Sí, sí.
—Se llamaba. Bien ve que era él.
—¿Pero por qué me ha enviado esa copa?
—Primeramente, señora condesa, porque yo le había hablado mucho de usted. Después, porque se habrá alegrado de encontrar una compatriota y de ver el interés que se tomaba por él.
—¿Espero que no le haya contado las locuras que hemos hablado de él?
—¡Oh!, de ningún modo. Pero me extraña la manera de ofrecerle esa copa bajo el nombre de lord Ruthwen...
—¡Pero eso es espantoso, me compromete de una manera terrible!
—¿Es por ventura ese proceder el de un enemigo?
—No; lo confieso.
—Entonces...
—¿Así que está en París?
—Sí.
—¿Y qué sensación ha producido?
—¡Oh! —dijo Alberto—, se habló de él ocho días, pero después acaeció la coronación de la reina de Inglaterra y el robo de los

diamantes de la señorita Mars, y no se ha hablado más que de eso.
—Amigo mío —dijo Château-Renaud—, bien se ve que el conde es su amigo y que lo trata como tal. No crea lo que dice Alberto, señora condesa. Al contrario, no se habla más que del conde de Montecristo en París. Primeramente empezó por regalar a la señora Danglars dos caballos por valor de treinta mil francos. Después salvó la vida a la señora de Villefort. Ha ganado la carrera del jinete Club, según parece. Pues yo sostengo, diga Morcef lo que quiera, que no se ocupa la gente en este momento más que del conde de Montecristo, y que no se ocuparán sino de él por espacio de un mes, si continúa con sus excentricidades, lo cual, por otra parte, parece que es su modo habitual de vivir.
—Es posible —dijo Morcef—, ¿pero quién ha tomado el palco del embajador de Rusia?
—¿Cuál? —preguntó la condesa.
—El intercolumnio principal, me parece completamente renovado.
—En efecto —dijo Château-Renaud—, ¿había en él alguien durante el primer acto?
—¿Dónde?
—En ese palco.
—No —repuso la condesa—, no he visto a nadie. De modo que —continuó, volviendo a la primera conversación—, ¿cree que es su conde de Montecristo quien ha ganado el premio?
—Estoy seguro.
—¿Y quien me ha enviado la copa?
—Sin duda alguna.
—Pero yo no lo conozco —dijo la condesa—, y tengo ganas de devolvérsela.
—¡Oh!, no lo haga, porque entonces le enviará otra tallada en algún zafiro o en algún rubí. Son sus maneras de obrar, qué quiere, es preciso conformarse con sus manías.
En aquel instante se oyó la campanilla, que anunciaba que el segundo acto iba a empezar, y Alberto se levantó para volver a su asiento.
—¿Lo volveré a ver? —preguntó la condesa.
—En los entreactos, si lo permite. Vendré a informarme de si

puedo serle útil en algo aquí en París.

—Señores —dijo la condesa—, todos los sábados por la noche, calle de Rivoli, 22, estoy en mi casa para los amigos.

Los jóvenes saludaron y salieron del palco de la condesa.

Cuando entraron en el salón vieron a todos los espectadores de la platea en pie, con los ojos fijos en un solo punto. Sus miradas siguieron la dirección general, y se detuvieron en el antiguo palco del embajador de Rusia. Un hombre vestido de negro, de treinta y cinco a cuarenta años, acababa de entrar en él con una mujer vestida a la usanza oriental. La mujer era admirablemente hermosa y el traje de tal riqueza, que, como hemos dicho, todos los ojos se habían vuelto hacia ella.

—¡Cómo! —dijo Alberto—. Montecristo y su griega.

En efecto, eran el conde y Haydée.

Al cabo de un instante, la joven era el objeto de la atención, no solamente del público de la platea, sino de todo el teatro. Las mujeres se inclinaban fuera de los palcos para ver brillar bajo los luminosos rayos de la lucerna, aquella cascada de diamantes.

El segundo acto se desarrolló en medio del sordo rumor que indica en las grandes reuniones de personas un suceso notable. Nadie pensó en gritar que callaran. Aquella mujer tan joven, tan bella, tan deslumbrante, era el espectáculo más curioso que se hubiera podido ver.

Esta vez, una señal de la señora Danglars indicó claramente a Alberto que la baronesa deseaba que la visitase en el entreacto siguiente. Morcef era demasiado amable para hacerse esperar cuando le indicaban claramente que le estaban esperando. Concluido el acto, se apresuró a subir al palco. Saludó a las dos señoras, y presentó la mano a Debray. La baronesa le acogió con una encantadora sonrisa y Eugenia con su frialdad habitual.

—A fe mía, querido —dijo Debray—, aquí tiene a un hombre sumamente apurado, y que lo llama para que lo saque del compromiso. La señora baronesa me anonada a fuerza de preguntas respecto del conde, y quiere que yo sepa de dónde es, de dónde viene, adónde va. ¡A fe mía!, yo no soy Cagliostro, y para librarme de sus preguntas, dije: Averigüe todo eso por medio de

Morcef, conoce a Montecristo bastante a fondo, y entonces fue cuando lo llamaron.

—¿No es increíble? —dijo la baronesa— que teniendo medio millón de fondos secretos a su disposición, no esté mucho mejor instruido?

—Señora —dijo Luciano—, crea que si yo tuviese medio millón a mi disposición, lo emplearía en otra cosa que no en tomar informes sobre el señor de Montecristo, que a mis ojos no tiene otro mérito que el ser dos veces más rico que un nabab. Pero he cedido la palabra a mi amigo Morcef, arréglese con él.

—Seguramente un nabab no me habría enviado dos caballos de treinta mil francos y cuatro diamantes de cinco mil francos cada uno.

—¡Oh!, los diamantes —dijo Morcef riendo—, esa es su manía. Yo creo que, cual otro Potemkin, lleva siempre los bolsillos llenos, y los va derramando por el camino.

—Debe haber encontrado alguna mina —dijo la señora Danglars —. ¿Sabe que tiene un crédito ilimitado sobre la casa del barón?

—No, no lo sabía —respondió Alberto—, pero se comprende muy bien.

—¿Y que ha anunciado al señor Danglars que pensaba permanecer un año en París y gastar seis millones?

—Es el Sha de Persia que viaja de incógnito.

—Y esa mujer, señor Luciano —dijo Eugenia—, ¿ha reparado qué hermosa es?

—En verdad, señorita, jamás conocí a otra que supiera hacer justicia como usted.

Luciano acercó su lente a su ojo derecho.

—Encantadora —dijo.

—¿Y sabe el señor de Morcef quién es esa mujer?

—Señorita —dijo Alberto—, casi lo sé. Quiero decir, como sé todo lo que concierne al misterioso personaje del que nos ocupamos. Esa mujer es una griega.

—Eso se conoce fácilmente por su traje, y no me ha dicho sino lo que todo el salón sabe tan bien como nosotros.

—Siento —dijo Morcef— ser un cicerone tan ignorante, pero confieso que ahí acaban todos mis conocimientos. Sé, además, que

es música, porque un día que almorcé en casa del conde, oí los sonidos de una guzla que sin duda estaba tocando ella.

—¿Recibe su conde? —preguntó la señora Danglars.

—Y de una manera espléndida, se lo aseguro.

—Es preciso que me empeñe con el señor Danglars para que le ofrezca alguna comida, algún baile, a fin de que nos lo devuelva.

—¡Cómo! ¿Iría a su casa? —dijo Debray riendo.

—¿Por qué no? ¡Con mi marido!

—Pero si es soltero el misterioso conde.

—Ya ve que no lo es —dijo riendo la baronesa señalando a la bella griega.

—Esa mujer es una esclava, según él mismo me ha dicho.

—Convenga, mi querido Luciano —dijo la baronesa—, que más bien tiene aire de una princesa.

—De *Las mil y una noches.*

—De *Las mil y una noches*, no digo, ¿pero qué es lo que hace de ella una princesa? Los diamantes, y en esa no se ve otra cosa.

—Lleva demasiados —dijo Eugenia—; estaría más hermosa sin ellos, porque quedarían al descubierto su cuello y sus brazos, que son de encantadoras formas.

—¡Oh!, la artista —dijo la señora Danglars—, ¡cómo se entusiasma!

—¡Me apasiona todo lo hermoso! —dijo Eugenia.

—Pero ¿qué dice entonces del conde? —dijo Debray—. Me parece también muy buen mozo.

—¿El conde? —dijo Eugenia, como si aún no lo hubiese mirado—, el conde está demasiado pálido.

—Precisamente en esa palidez —dijo Morcef— está el secreto que buscamos. La condesa G... dice que es un vampiro.

—¿Está de vuelta la condesa G... ? —preguntó la baronesa.

—En ese palco de al lado —dijo Eugenia—, casi enfrente de nosotros, madre mía. Esa mujer de unos cabellos rubios admirables, ella es.

—¡Ah!, sí —repuso la señora Danglars—, ¿no sabe lo que debería hacer, Morcef?

—Mande, señora.

—Vaya a hacer una visita a su conde de Montecristo y tráigalo.

—¿Para qué? —dijo Eugenia.

—¡Oh!, para hablarle. ¿No tienes tú curiosidad por verlo?

—Absolutamente ninguna.

—¡Qué rara eres! —murmuró la baronesa.

—¡Oh! —dijo Morcef—, probablemente vendrá él mismo. Ya la ha visto, señora, y la saluda.

La baronesa devolvió al conde su saludo acompañado de la más encantadora sonrisa.

—Vamos —dijo Morcef—, me sacrifico. La dejo, y voy a ver si hay medio de hablarle.

—Vaya a su palco, es lo más sencillo.

—Pero aún no he sido presentado...

—¿A quién?

—A la bella griega.

—Es una esclava, según dice usted.

—Sí, pero usted dice que es una princesa... No. Espero que me vea salir, y él también saldrá.

—Es posible, vaya.

—Ahora mismo.

Morcef saludó y se fue.

Efectivamente, en el momento en que pasaba delante del palco del conde, se abrió la puerta, el conde dijo algunas palabras en árabe a Alí, que estaba en el corredor, y se cogió del brazo de Morcef.

Alí cerró la puerta de nuevo y se quedó en pie a su lado. Había en el corredor un círculo de gente que rodeaba al nubio.

—En verdad —dijo Montecristo—, su París es una ciudad extraña, y sus parisienses un pueblo singular. Se diría que es la primera vez que ven a un nubio. Mírelos estrecharse alrededor de ese pobre Alí, que no sabe qué significa eso.. Solo le digo una cosa, y es que un parisiense puede ir a Túnez, a Constantinopla, a Bagdad o al Cairo, y la gente no le rodeará como hacen aquí.

—Es que sus orientales son personas sensatas, y no miran lo que no vale la pena de mirar, pero, créame, Alí no goza de esa popularidad sino porque le pertenece, y a estas horas usted es el hombre de moda.

—¡De veras! ¿Y qué es lo que me vale ese favor?

—¡Diablos!, usted mismo. Regala caballos que valen mil luises. Salva la vida a la mujer del procurador del rey. Hace correr bajo el nombre del mayor Black caballos de raza y jinetes como un puño. En fin, gana copas de oro y las envía a una mujer bellísima, por cierto.

—¿Y quién diablos le ha contado todas esas tonterías?

—Primero, la señora Danglars, que se muere de deseos por verlo en su palco, o más bien porque lo vean en él. Después, el periódico de Beauchamp, y últimamente mi imaginación. ¿Por qué llamaba a su caballo, Vampa, si quiere guardar el incógnito?

—¡Ah! ¡Es verdad! —dijo el conde—, es una imprudencia. Pero, dígame, ¿el conde de Morcef viene algunas veces a la ópera? Le he buscado por todas partes y no lo he visto.

—Vendrá esta noche.

—¿Dónde?

—Creo que al palco de la baronesa.

—¿Esa encantadora joven que está con ella es su hija?

—Sí.

—Le doy mis parabienes.

Morcef sonrió.

—Ya hablaremos de esto más tarde y detalladamente —dijo—. ¿Qué dice de la música?

—¿De qué música?

—¿De qué ha de ser...?, de la que acabamos de oír.

—Digo que es una música muy hermosa, para ser compuesta por un compositor humano, y cantada por pájaros sin plumas, como decía Diógenes.

—¡Ah!, querido conde, ¡parece que pudiera oír cantar los siete coros del Paraíso!

—Así es, en efecto. Cuando quiero oír música admirable, vizconde, como ningún mortal la ha oído, duermo.

—Pues bien, querido conde, duerma. La ópera no se ha inventado para otra cosa.

—No, de veras. Su orquesta hace demasiado ruido. Para dormir yo con el sueño de que le hablo, necesito tranquilidad y silencio, y

además cierta preparación...
—¡Ah! ¿El famoso hachís?
—Exacto, vizconde, cuando quiera oír música, venga a cenar conmigo.
—Pero ya la oí cuando fui a almorzar a su casa —dijo Morcef.
—¿En Roma?
—Sí.
—¡Ah!, era la guzla de Haydée. Sí, la pobre desterrada se entretiene a veces en tocar algunos aires de su país.
Morcef no insistió más. Por su parte, el conde se calló también.
En este momento se oyó la campanilla.
—Discúlpeme —dijo el conde dirigiéndose hacia su palco.
—¡Cómo!
—Mil recuerdos de parte mía a la condesa G..., de parte de su vampiro.
—¿Y a la baronesa?
—Dígale que, si lo permite, iré a ofrecerle mis respetos después de que termine el acto.
El tercer acto empezó.
Durante el mismo, entró el conde de Morcef en el palco de la señora Danglars, según lo había prometido.
El conde no era uno de esos hombres que causaban impresión con su presencia. Así, pues, nadie reparó en su llegada más que las personas en cuyo palco entraba.
Montecristo le vio, sin embargo, y sonrió ligeramente.
En cuanto a Haydée, no veía nada mientras el telón estaba levantado; como todas las naturalezas primitivas, adoraba todo lo que habla al oído y a la vista.
El tercer acto transcurrió como de costumbre. La señorita Noblet, Julia y Leroux, cantaron sus respectivos papeles. El príncipe de Granada fue desafiado por Roberto Mario. En fin, este majestuoso rey dio su vuelta por el tablado para lucir su manto de terciopelo llevando a su hija de la mano. Bajó después el telón y toda la concurrencia se dispersó.
El conde salió de su palco, y poco después apareció en el de la baronesa Danglars.

Esta no pudo contener un ligero grito, mezcla de sorpresa y alegría.

—¡Ah!, venga, señor conde —exclamó—, porque, en verdad, deseaba añadir mis gracias verbales a las que ya le he dado por escrito.

—¡Oh!, señora —dijo el conde—, ¿aún se acuerda de esa bagatela? Yo ya la había olvidado.

—Sí, pero jamás se olvida que al día siguiente salvó a mi amiga, la señora de Villefort, del peligro que le hicieron correr los mismos caballos.

—Tampoco esta vez, señora, merezco sus gracias. Fue Alí, mi nubio, quien tuvo el honor de prestar a la señora de Villefort este eminente servicio.

—¿Y fue también Alí —dijo el conde de Morcef— quien sacó a mi hijo de las manos de los bandidos romanos?

—No, señor conde —dijo Montecristo, estrechando la mano que le presentaba el general—. No; ahora a quien le toca dar las gracias es a mí. Usted ya me las ha dado, yo las he recibido, y me avergüenzo de que me dé tanto las gracias. Señora baronesa, hágame el honor, se lo suplico, de presentarme a su encantadora hija.

—¡Oh!, por lo menos de nombre ya está presentado, porque hace dos o tres días que no hablamos más que de usted. Eugenia —continuó la baronesa, volviéndose hacia su hija—, el señor conde de Montecristo.

El conde se inclinó, la señorita Danglars hizo un leve movimiento de cabeza.

—Está en su palco con una mujer admirable, señor conde —dijo Eugenia—, ¿es su hija?

—No, señorita —dijo Montecristo, asombrado de aquella ingenuidad extremada o de aquel asombroso aplomo—, es una pobre griega de la que soy tutor.

—¿Y se llama...?

—Haydée —respondió Montecristo.

—¡Una griega! —murmuró el conde de Morcef.

—Sí, conde —dijo la señora Danglars—, y dígame si ha visto nunca, en la corte de Alí-Tebelín, donde ha servido tan

gloriosamente, un vestido tan precioso como el que tenemos delante.
—¡Ah! —dijo Montecristo—, ¿ha servido en Janina, señor conde?
—He sido general instructor de las tropas del bajá —respondió Morcef—, y mi poca fortuna proviene de las liberalidades del ilustre jefe albanés, no tengo reparo en decirlo.
—¡Pues véala ahí! —insistió la señora Danglars.
—¡Dónde! —balbució Morcef.
—Allí —dijo Montecristo.
Y apoyando el brazo sobre el hombro del conde, se inclinó con él fuera del palco.
En este momento, Haydée, que buscaba al conde con la vista, descubrió su cabeza pálida al lado de la de Morcef, a quien tenía abrazado.
Esta vista produjo en la joven el efecto de la cabeza de Medusa. Hizo un movimiento hacia adelante, como para devorar a los dos con sus miradas, y al mismo tiempo se retiró al fondo del palco lanzando un débil grito, que fue oído, sin embargo, por las personas que estaban próximas a ella, y por Alí, que al punto abrió la puerta.
—¿Cómo? —dijo Eugenia—. ¿Qué acaba de sucederle a su pupila, señor conde?, parece que se ha sentido indispuesta.
—Así es —dijo el conde—, pero no se asuste, señorita. Haydée es muy nerviosa, y por consiguiente muy sensible a los olores. Un perfume que le sea antipático, basta para causarle un desmayo. Pero —añadió el conde, sacando un pomo del bolsillo—, tengo aquí el remedio.
Y tras haber saludado a la baronesa y a su hija, cambió un apretón de mano con el conde y con Debray, y salió del palco de la señora Danglars.
Cuando entró en el suyo, Haydée estaba aún muy pálida. Apenas le vio, le cogió una mano. Montecristo notó que las manos de la joven estaban húmedas y heladas.
—¿Con quién hablaba, señor? —preguntó la griega.
—Con el conde de Morcef, que estuvo al servicio de tu ilustre padre, y que confiesa deberle su fortuna —respondió el conde.
—¡Ah, miserable! —exclamó Haydée—, él fue quien lo vendió a los

turcos y esa fortuna es el pago de su traición. ¿No sabía eso?

—Había oído algo de esa historia en Epiro —dijo Montecristo—, pero ignoraba los detalles. Ven, hija mía, ven y me lo contarás. Debe ser algo curioso.

—¡Oh!, sí, vamos, vamos. Me parece que me moriría, si permaneciese más tiempo viendo a ese hombre.

Y levantándose vivamente, Haydée se envolvió en su albornoz de cachemira blanco, bordado de perlas y de coral, y salió en el momento en que se levantaba el telón.

—¡En nada se parece ese hombre a los demás! —dijo la condesa G... a Alberto, que había vuelto a su lado—. Escucha religiosamente el tercer acto de *Roberto* y se marcha cuando va a empezar el cuarto.

Cuarta Parte: El Mayor Cavalcanti

Capítulo uno: El alza y la baja

Transcurridos unos días, después del encuentro referido en el capítulo anterior, Alberto de Morcef fue a hacer una visita al conde de Montecristo, a su casa de los Campos Elíseos, que había adquirido ya el aspecto de palacio que acostumbraba a dar el conde de Montecristo aun a sus moradas más provisionales. Iba a reiterarle las gracias de la señora de Danglars.

Alberto iba acompañado de Luciano Debray, el cual unió a las palabras de su amigo algunas frases corteses, que no le eran habituales, y cuyo fin no pudo penetrar el conde.

Le pareció que Luciano venía a verlo impulsado por un sentimiento de curiosidad, y que la mitad de este sentimiento emanaba de la calle de la Chaussée d'Antin. En efecto, era de suponer, sin temor de engañarse, que al no poder la señora Danglars conocer por sus propios ojos el interior de un hombre que regalaba caballos de treinta mil francos, y que iba a la ópera con una esclava griega que llevaba un millón en diamantes, había suplicado a la persona más íntima que le diese algunos informes acerca de tal interior. Mas el conde aparentó no sospechar que pudiera haber la menor relación entre la visita de Luciano y la curiosidad de la baronesa.

—¿Mantiene las relaciones casi continuas con el barón Danglars? —preguntó a Alberto de Morcef.

—¡Oh!, sí, señor conde; bien sabe lo que le he dicho.

—¿Todavía continúa eso?

—Más que nunca —dijo Luciano—, es un negocio corriente.

Y juzgando sin duda Luciano que esta palabra mezclada en la conversación le daba derecho a permanecer extraño a ella, colocó

su lente en su ojo, y mordiendo el puño de oro de su bastón, comenzó a pasear lentamente alrededor de la sala, examinando las armas y los cuadros.

—¡Ah! —dijo Montecristo—. Al oírle hablar de eso no creía, en verdad, que se hubiese tomado ya una resolución.

—¿Qué quiere? Las cosas marchan sin que nadie lo sospeche; mientras que usted no piensa en ellas, ellas piensan en usted, y cuando vuelve se queda asombrado del gran trecho que han recorrido. Mi padre y el señor Danglars han servido juntos en España, mi padre en el ejército, el señor Danglars en las provisiones. Allí fue donde mi padre, arruinado por la revolución, y el señor Danglars, que no tenía patrimonio, empezaron a hacerse ricos.

—Sí, efectivamente —dijo Montecristo—, creo que durante la visita que le he hecho, el señor Danglars me ha hablado de eso —y dirigió una mirada a Luciano, que en aquel momento estaba hojeando un álbum—. La señorita Eugenia es una joven bellísima, creo que se llama Eugenia, ¿verdad?

—Bellísima —respondió Alberto—, pero de una belleza que yo no aprecio; soy indigno de ella.

—¡Habla de su novia como si ya fuese su marido!

—¡Oh! —exclamó Alberto, mirando lo que hacía Luciano.

—¿Sabe —dijo Montecristo, bajando la voz—, que no me parece muy entusiasmado con esa boda?

—La señorita Danglars es demasiado rica para mí —dijo Morcef—, eso me asusta.

—¡Bah! —dijo Montecristo—, razón de más, ¿no es usted también rico?

—Mi padre tiene algo..., como unas cincuenta mil libras de renta, y me dará diez o doce mil cuando me case.

—Algo modesto es eso, sobre todo en París; pero no todo consiste en el dinero, algo valen un nombre esclarecido y una elevada posición social. Su nombre es célebre, su posición magnífica; y además, el conde de Morcef es un soldado, y gusta ver que se enlazan la integridad de Bayardo con la pobreza de Duguesclin; el desinterés es el rayo de sol más hermoso a que puede relucir una

noble espada. Yo encuentro esta unión muy conveniente; ¡la señorita Danglars le enriquecerá y usted la ennoblecerá!

Alberto movió la cabeza y se quedó pensativo.

—Aún hay más —dijo.

—Confieso —repuso Montecristo— que me cuesta trabajo el comprender esa repugnancia hacia una joven hermosa y rica.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Morcef—, esa repugnancia no es tan solo de mi parte.

—¿De quién más?, porque usted mismo me ha dicho que su padre deseaba ese enlace.

—De parte de mi madre; y la ojeada de mi madre es prudente y segura. ¡Pues bien!, no se sonríe al hablarle yo de esta unión, tiene yo no sé qué prevención contra los Danglars.

—¡Oh! —dijo el conde con un tono algo afectado—, eso se concibe fácilmente. La condesa de Morcef, que es la distinción, la aristocracia, la delicadeza personificada, vacila en tocar una mano basta, grosera y brutal; nada más sencillo.

—Yo no sé si es eso —dijo Alberto—; pero lo que sé es que este casamiento la hará desgraciada. Ya debían haberse reunido para hablar del asunto hace seis semanas; pero tuve tales dolores de cabeza...

—¿Verdaderos...? —dijo el conde sonriendo.

—¡Oh!, sí, sin duda el miedo..., en fin, aplazaron la cita hasta pasados dos meses. No corría prisa, como comprenderá; yo no tengo todavía más que veintiún años, y Eugenia diecisiete; pero los dos meses expiran la semana que viene. Se consumará el sacrificio; no puede comprender, conde, qué apurado me encuentro... ¡Ah!, ¡qué dichoso es al ser libre!

—¡Pues bien!, sea libre también, ¿quién se lo impide?, diga.

—¡Oh!, sería un desengaño muy grande para mi padre si no me casara con la señorita Danglars.

—Pues cásese, entonces —dijo el conde, encogiéndose de hombros.

—Sí —dijo Morcef—; mas para mi madre no sería eso desengaño, sino una pesadumbre mortal.

—Entonces no se case —exclamó el conde.

—Yo veré, lo reflexionaré, usted me dará consejos, ¿no es verdad?; y si es posible, me librará del compromiso. ¡Oh!, por no dar un disgusto a mi pobre madre, sería yo capaz de quedar reñido hasta con el conde, mi padre.

Montecristo se volvió; parecía sumamente conmovido.

—¡Vaya! —dijo a Debray, que estaba sentado en un sillón, en un extremo del salón, con un lápiz en la mano derecha y en la izquierda una cartera—, ¿hace algún croquis de uno de estos cuadros?

—¿Yo? —dijo tranquilamente—. ¡Oh!, sí, un croquis; amo demasiado la pintura para eso. No; estoy haciendo números.

—¿Números?

—Sí, calculo; esto le atañe indirectamente, vizconde; calculo lo que la casa Danglars ha debido ganar en la última alza de Haití; de 206 subieron los fondos en tres días a 409, y el prudente banquero había comprado mucho a 206. Ha debido ganar, por lo menos, 300 000 libras.

—No es esa su mejor jugada —dijo Morcef—, no ha ganado este año un millón...

—Escuche, querido —dijo Luciano—, escuche a Montecristo, que le dirá, como los italianos:

Denaro e santità
Metá della metá.

»Y es mucho todavía. Así, pues, cuando me hablan de eso me encojo de hombros.

—¿Pero no hablaba de Haití? —dijo Montecristo.

—¡Oh!, Haití; eso es otra cosa; ese *écarté* del agiotaje francés. Se puede amar el whist, el boston, y sin embargo, cansarse de todo esto; el señor Danglars vendió ayer a 409 y se embolsó 300 000 francos; si hubiese esperado a hoy, los fondos bajaban a 205, y en vez de ganar 300 000, perdía 20 o 25 000.

—¿Y por qué han bajado los fondos de 409 a 205? —preguntó Montecristo—. Perdone, soy muy ignorante en todas estas intrigas de bolsa.

—Porque —respondió Alberto— las noticias se siguen unas a otras

y no se asemejan.

—¡Ah, diablos! —dijo el conde—. ¿El señor Danglars juega a ganar o perder 300 000 francos en un día? ¡Será inmensamente rico!

—¡No es él quien juega! —exclamó vivamente Luciano—, es la señora Danglars; es una mujer verdaderamente intrépida.

—Pero usted que es razonable, Luciano, y que conoce la poca seguridad de las noticas, pues que está en la fuente, deberá impedirlo, —dijo Morcef sonriendo.

—¿Cómo es eso posible, si a su marido no le hace ningún caso? —respondió Luciano—. Usted conoce el carácter de la baronesa; nadie tiene influencia sobre ella, y no hace absolutamente sino lo que quiere.

—¡Oh, si yo estuviera en su lugar...! —dijo Alberto.

—¿Y bien?

—Yo la curaría; le haría un favor a su futuro yerno.

—¿Pues cómo?

—Nada más sencillo. Le daría una lección.

—¡Una lección!

—Sí; su posición de secretario del ministro hace que dé mucha fe a sus noticias; apenas abre la boca y al momento son taquigrafiadas sus palabras. Hágale perder unos cuantos miles de francos, y esto la volverá más prudente.

—No lo entiendo —murmuró Luciano.

—Pues bien claro me explico —respondió el joven, con una sencillez que nada tenía de afectada—; anúnciele el mejor día una noticia telegráfica que solo usted haya podido saber; por ejemplo, que a Enrique IV le vieron ayer en casa de Gabriela; esto hará subir los fondos; ella obrará inmediatamente, según la noticia que le haya dado, y seguramente perderá cuando Beauchamp escriba al día siguiente en su periódico:

Personas mal informadas han dicho que el rey Enrique IV fue visto anteayer en casa de Gabriela; esta noticia es completamente falsa; el rey Enrique IV no ha salido de Pont Neuf.

Luciano sonrió.

El conde, aunque indiferente en la apariencia, no había perdido una palabra de esta conversación, y su penetrante mirada creyó leer un secreto en la turbación del secretario del ministro.

De esta turbación de Luciano, que no fue advertida por Alberto, resultó que Debray abreviase su visita; se sentía evidentemente disgustado. El conde, al acompañarle hacia la puerta, le dijo algunas palabras en voz baja, a las cuales respondió:

—Con mucho gusto, señor conde, acepto.

Montecristo se volvió hacia Morcef.

—¿No piensa —le dijo— que ha hecho mal en hablar de su suegra delante de Debray?

—Escuche, conde —dijo Morcef—, no diga en adelante una palabra acerca de esto.

—Diga la verdad, ¿la condesa se opone a ese matrimonio?

—Rara vez viene a casa la baronesa, y mi madre creo que no ha estado dos veces en su vida en la de la señora Danglars.

—Entonces —dijo el conde— eso me alienta a hablarle con franqueza: el señor Danglars es mi banquero; el señor de Villefort me ha colmado de atenciones en agradecimiento al servicio que una dichosa casualidad me proporcionó hacerle. Bajo todo esto yo descubro una infinidad de comidas y diversiones, y además, para tener siquiera el mérito de adelantarme, si quiere, he proyectado reunir en mi casa de campo de Auteuil al señor y señora Danglars, y al señor y señora Villefort. Yo le invito a esa comida, así como al señor conde y a la señora condesa de Morcef; esto, sin que nadie sospeche que ha de ser una entrevista matrimonial; por lo menos, la señora condesa de Morcef no considerará la cosa así, sobre todo si el barón Danglars me hace el honor de no traer a su hija. De lo contrario, su madre me cobraría antipatía; de ningún modo quiero yo que suceda esto, y haré todo lo posible para que no llegue a odiarme.

—A fe mía, conde —dijo Morcef—, le doy mil gracias por esa franqueza que usa conmigo, y acepto la proposición que me hace. Dice que no quiere que mi madre le cobre antipatía, y sucede todo lo contrario.

—¿Lo cree así? —exclamó el conde con interés.

—¡Oh!, estoy seguro. Cuando se separó el otro día de nosotros estuvimos hablando una hora de usted; pero vuelvo a lo que decíamos antes. ¡Pues bien!, si mi madre pudiese saber esa atención de su parte, estoy seguro de que le quedaría sumamente reconocida; es verdad que mi padre se pondría furioso.

Montecristo soltó una carcajada.

—¡Y bien! —dijo a Morcef—, ya está prevenido. Pero ahora que me acuerdo, no solo su padre se pondrá furioso; el señor y la señora Danglars me considerarán como a un hombre de malas maneras. Saben que nos tratamos con cierta intimidad, que es mi amigo parisiense más antiguo, y si no lo encuentran en mi casa, me preguntarán por qué no lo he invitado. Al menos, busque un compromiso anterior que tenga alguna apariencia de probabilidad, y del cual me dará parte por medio de cuatro letras. Ya sabe, con los banqueros, solo los escritos son válidos.

—Yo haré otra cosa mejor, señor conde —dijo Alberto—; mi padre quiere ir a respirar el aire del mar. ¿Qué día tiene señalado para su comida?

—El sábado.

—Hoy es martes, bien; mañana por la tarde partimos, y pasado estaremos en Tréport. ¿Sabe, señor conde, que es un hombre muy complaciente en proporcionar así a todas las personas su comodidad?

—¡Yo!, en verdad que me tiene en más de lo que valgo, deseo serle útil y nada más.

—¿Qué día empezará a hacer las invitaciones?

—Hoy mismo.

—¡Pues bien!, corro a casa del señor Danglars, y le anuncio que mañana mi madre y yo saldremos de París. Yo no lo he visto; por consiguiente, no sé nada de su comida.

—¡Qué loco es! ¡Y el señor Debray, que acababa de verlo en mi casa!

—¡Ah!, es cierto.

—Al contrario, lo he visto y lo he convidado aquí sin ceremonia, y me ha respondido ingenuamente que no podía aceptar porque partía para Tréport.

—¡Pues bien!, ya está todo arreglado; pero usted vendrá a ver a mi madre entre hoy y mañana.

—Entre hoy y mañana es difícil; porque estarán ocupados con sus preparativos de viaje.

—¡Pues bien!, haga otra cosa; antes no era más que un hombre encantador; será un hombre adorable.

—¿Qué he de hacer para llegar a esa sublimidad?

—¿Qué ha de hacer?

—Sí, eso es lo que le pregunto.

—Es libre como el rey; venga a comer conmigo; seremos pocos: usted, mi madre y yo solamente. Aún no ha casi conocido a mi madre, pero la verá de cerca. Es una mujer muy notable, y no siento más que una cosa, y es no encontrar una mujer como ella con veinte años menos; pronto habría, se lo juro, una condesa y una vizcondesa de Morcef. En cuanto a mi padre, no lo encontrará en casa; está de comisión, y come en la del gran canciller. Venga, hablaremos de viajes; usted que ha visto el mundo entero, nos hablará de sus aventuras; nos contará la historia de aquella bella griega que estaba la otra noche con usted en la ópera, a la que llama su esclava, y a quien trata como a una princesa. Hablaremos italiano y español, ¿acepta?, mi madre le dará las gracias.

—También yo se las doy —dijo el conde—; el convite es de los más halagüeño, y siento vivamente no poder aceptarlo. Yo no soy libre, como piensa; y tengo, por el contrario, una cita de las más importantes.

—¡Ah!, acuérdese, conde, que me acaba de enseñar cómo se zafa uno de las cosas desagradables. Necesito una prueba. Afortunadamente, yo no soy banquero como el señor Danglars, pero le prevengo que soy tan incrédulo como él.

—Por lo mismo, voy a dársela —dijo el conde.

Y llamó.

—¡Hum! —dijo Morcef—; ya son dos veces seguidas que rehúsa comer con mi madre. ¿Ha tomado ese partido, conde?

Montecristo se estremeció.

—¡Oh!, no lo crea —dijo—; además, pronto le demostraré lo contrario.

Bautista entró y se quedó a la puerta en pie y esperando.
—Yo no estaba prevenido de su visita, ¿no es verdad?
—Es usted tan extraordinario, que no aseguraría que no lo estuviese.
—Por lo menos, ¿no podía adivinar que me invitaría a comer?
—¡Oh!, en cuanto a eso, es probable.
—Escuche, Bautista: ¿qué le dije yo esta mañana, cuando lo llamé a mi gabinete de estudio?
—Que no dejase entrar a nadie a ver al señor conde después de las cinco —respondió el criado.
—¿Y qué más?
—¡Oh!, señor conde... —dijo Alberto.
—No, no, quiero absolutamente librarme de esa reputación misteriosa que me ha adjudicado, mi querido vizconde: es muy difícil representar eternamente el Manfredo. ¿Qué más...?, continúe, Bautista.
—En seguida no recibir más que al señor mayor Bartolomé Cavalcanti y a su hijo.
—Ya lo oye, al señor mayor Bartolomé Cavalcanti, de la más antigua nobleza de Italia; además, su hijo, un apuesto joven de su misma edad, o poco más, vizconde, que lleva el mismo título que usted, y que hace su entrada en el mundo con los millones de su padre. El mayor me trae esta tarde a su hijo Andrés, el contino, como decimos en Italia. Me lo confía y yo lo protegeré si tiene algún mérito. Me ayudará, ¿no es así?
—¡Desde luego! ¿Es algún antiguo amigo suyo ese mayor Cavalcanti? —preguntó Alberto.
—No, por cierto, es un digno señor, muy modesto, discreto, como muchos de los que hay en Italia, descendiente de una de las más antiguas familias. Lo he encontrado muchas veces en Florencia, en Bolonia, en Luca, y me ha avisado de su llegada. Los conocimientos de viaje son exigentes, reclaman de usted en todas partes la amistad que se les ha manifestado una vez por casualidad. Este mayor Cavalcanti va a volver a París, que no ha visto más que de paso en tiempos del Imperio, y va a helarse a Moscú. Yo le daré una buena comida y me dejará su hijo; le prometeré vigilarlo, lo dejaré

hacer todas las locuras que quiera y estamos en paz.
—¡Estupendo! —dijo Alberto—; veo que es un excelente mentor. Adiós, pues, estaremos de vuelta el domingo. A propósito, he recibido noticias de Franz.
—¡Ah!, ¿de veras? —dijo Montecristo—; ¿sigue divirtiéndose en Italia?
—Creo que sí; no obstante, le echa mucho de menos. Dice que es el sol de Roma, y que sin usted está eclipsado. Yo no sé si aun llega a decir que llueve. Aún persiste en errores fantásticos, y he aquí por lo que le echa de menos.
—Es un muchacho muy simpático —dijo Montecristo—, y por el cual he sentido una viva simpatía la primera tarde que le vi buscando una cena cualquiera, y que tuvo a bien aceptar la mía. Creo que es hijo del general d'Epinay.
—Justamente. El mismo que fue tan vilmente asesinado en 1815.
—¿Por los bonapartistas?
—¡Cierto!
—¿No tiene él proyectos de matrimonio?
—Sí, debe casarse con la señorita de Villefort.
—¿Es eso cierto?
—Tan cierto como que yo debo casarme con la señorita Danglars —respondió Alberto riendo.
—¿Se ríe?
—Sí.
—¿Y por qué?
—Porque creo que Franz tiene tanta simpatía por su matrimonio como la hay entre la señorita Danglars y yo. Pero, en verdad, conde, que hablamos de las mujeres como las mujeres hablan de los hombres; esto es imperdonable.
Alberto se levantó.
—¿Se va?
—Me gusta la pregunta: hace dos horas que le estoy molestando y tiene la bondad de preguntarme si me voy.
—¡Oh!, de ningún modo.
—¡En verdad, conde, es el hombre más diplomático de la tierra! Y sus criados, ¡qué bien educados están! ¡Especialmente, el señor

Bautista! Jamás he podido tener uno como ese. Los míos parece que toman el ejemplo de los del teatro francés, que, precisamente porque no tienen que decir más que una palabra, siempre la dicen mal. Conque si despide alguna vez a Bautista, se lo pido para mí antes que nadie.

—Convenido —respondió Montecristo.

—No es esto todo; salude de mi parte a su discreto mayor, al señor de Cavalcanti, y si por casualidad desease establecer a su hijo, búsquele una mujer muy rica, noble, baronesa cuando menos, yo le ayudaré por mi parte.

—¡Vaya! ¿Hasta eso llegaría?

—Sí, sí.

—¡Oh!, no se puede decir de esta agua no beberé.

—¡Ah, conde! —exclamó Morcef—, qué gran favor me haría y cómo le apreciaría cien veces más si lograse dejarme soltero siquiera por diez años.

—Todo es posible —respondió gravemente Montecristo, y despidiéndose de Alberto entró en su habitación y llamó tres veces con el timbre.

Bertuccio compareció.

—Señor Bertuccio —le dijo—, ya sabe que el sábado recibo en mi casa de Auteuil.

Bertuccio se estremeció levemente.

—Bien, señor —dijo.

—Lo necesito —continuó el conde—, para que todo se prepare como sabe. Aquella casa es muy hermosa, o al menos puede llegar a serlo.

—Para eso sería preciso cambiarlo todo, señor conde; las paredes han envejecido.

—Cámbielo todo, excepto una sola habitación; la de la alcoba de damasco encarnado; la dejaré tal como está actualmente.

Bertuccio se inclinó.

—Tampoco tocará el jardín; pero del patio hará lo que mejor le parezca; me alegraría de que nadie pudiese reconocerlo.

—Haré todo lo que pueda para que el señor conde quede satisfecho; sin embargo, quedaría más tranquilo si quisiera su

excelencia darme sus instrucciones para la comida.

—En verdad, mi querido señor Bertuccio —dijo el conde—, desde que está en París, lo encuentro desconocido; ¿no se acuerda ya de mis gustos, de mis ideas?

—Pero, en fin, ¿podría decirme su excelencia quién asistirá?

—Aún no lo sé, y tampoco usted tiene necesidad de saberlo.

Bertuccio se inclinó y salió.

Acababan de dar las siete, y el mayordomo partió acto seguido para Auteuil, según la orden que acababa de recibir. En el mismo momento, un coche de alquiler se detuvo a la puerta del palacio, y pareció huir avergonzado apenas hubo dejado junto a la reja a un hombre como de cincuenta y dos años, vestido con una de esas largas levitas verdes, cuyo color es indefinible, un ancho pantalón azul, unas botas muy limpias, aunque con un barniz bastante agrietado; guantes de ante, un sombrero con la forma del de un gendarme, y una corbata negra. Tal era el pintoresco traje bajo el cual se presentó el personaje que llamó a la reja, preguntando si era allí donde vivía el conde de Montecristo, y que apenas hubo oído la respuesta afirmativa del portero, se dirigió hacia la escalera.

La cabeza pequeña y angulosa de este hombre, sus cabellos canos, su bigote espeso y gris, fueron reconocidos por Bautista, que ya tenía conocimiento del aspecto del personaje que le esperaba en el vestíbulo. Así, pues, apenas pronunció su nombre, fue introducido en uno de los salones más sencillos.

El conde lo esperaba allí y salió a su encuentro con aire risueño.

—¡Oh!, caballero, bienvenido sea. Lo esperaba.

—¡De veras! —dijo el mayor Cavalcanti—, ¿me esperaba su excelencia?

—Sí, me avisaron de su visita para hoy a las siete.

—¿De mi visita? ¿Conque estaba avisado?

—Completamente.

—¡Ah!, tanto mejor; temía, lo confieso; yo creía que habrían olvidado esta precaución.

—¿Cuál?

—La de avisarle.

—¡Oh!, ¡no!

—¿Pero está seguro de no equivocarse?
—Segurísimo.
—¿Era a mí a quien esperaba su excelencia?
—A usted, sí. Por otra parte, pronto estaremos seguros de ello.
—¡Oh!, si me esperaba —dijo el mayor—, ¡no merece la pena!
—¡Al contrario! —dijo Montecristo.
El mayor pareció ligeramente inquieto.
—Veamos —dijo Montecristo—, es el marqués Bartolomé Cavalcanti, ¿verdad?
—Bartolomé Cavalcanti —repitió el mayor—, eso es.
—¿Ex mayor al servicio de Austria?
—¡Ah!, ¿era mayor...? —preguntó tímidamente el veterano.
—Sí —dijo Montecristo—, mayor. Este nombre se da en Francia al grado que tenía en Italia.
—Bueno —dijo el mayor—, no pregunto más, ya comprende...
—Por otro lado, ¿no viene aquí por su propio interés? —repuso Montecristo.
—¡Oh!, seguramente.
—¿Viene dirigido a mí por alguna persona?
—Sí.
—¿Por el excelente abate Busoni?
—Eso es —exclamó el mayor con alegría.
—¿Y tiene una carta?
—Aquí está.
—Démela, entonces.
Y Montecristo tomó la carta que abrió y leyó.
El mayor miraba al conde con ojos asombrados, que dirigía con curiosidad a cada objeto del salón, pero que se volvían inmediatamente hacia el dueño de la casa.
—Esto es... ¡Oh!, ¡querido abate!, "el mayor Cavalcanti; un digno patricio de Luca", descendiente de los Cavalcanti de Florencia —continuó Montecristo leyendo—, que tiene medio millón de renta...
El conde levantó los ojos por encima del papel y saludó.
—Medio millón —dijo—; ¡diablos!, querido señor Cavalcanti.
—¿Dice medio millón? —preguntó el mayor.
—Con todas sus letras, y así debe ser; el abate Busoni es el

hombre que mejor conoce todos los caudales de Europa.
—¡De acuerdo con que sea medio millón! —dijo el mayor—; pero le doy mi palabra de honor de que no sabía que ascendiese a tanto.
—Porque tendrá un mayordomo que le robará; ¿qué quiere, señor Cavalcanti?, ¡es preciso pasar por todo!
—Acaba de darme una idea —dijo gravemente el mayor—; pondré al muy bribón en la calle.
Montecristo continuó:
—Y al cual no le faltaba más que una cosa para ser dichoso.
—¡Oh! ¡Dios mío, sí! una sola —dijo el mayor suspirando.
—Encontrar un hijo adorado.
—¿Un hijo adorado?
—Robado en su niñez, o por un enemigo de su noble familia, o por unas gitanas.
—¡A la edad de cinco años, caballero! —dijo el mayor con un profundo suspiro y levantando los ojos al cielo.
—¡Pobre padre! —dijo Montecristo.
El conde prosiguió:
—Le devuelvo la esperanza, la vida, señor conde, anunciándole que usted le puede hacer encontrar este hijo, a quien busca en vano hace quince años.
El mayor miró a Montecristo con una inefable expresión de inquietud.
—Yo puedo hacerlo —respondió Montecristo.
El mayor se incorporó.
—¡Ah, ah! —dijo— ¿La carta era verdadera?
—¿Lo dudaba, querido señor Bartolomé?
—¡No, jamás! ¡Como, un hombre grave, un hombre investido de un carácter religioso como el abate Busoni, no había de mentir! ¡Pero usted no lo ha leído todo, excelencia!
—¡Ah!, es verdad —dijo Montecristo—, hay una posdata.
—Sí —replicó el mayor—, sí..., hay... una... posdata.
—Para no causar al mayor Cavalcanti la molestia de sacar fondos de casa de su banquero, le envío una letra de dos mil francos para sus gastos de viaje, y el crédito contra usted de la suma de cuarenta y ocho mil francos.

El mayor seguía con la mirada esta posdata con visible ansiedad.
—¡Bueno! —dijo Montecristo.
—Ha dicho bueno —murmuró el mayor—, conque... —repuso el mismo.
—¿Conque?... —inquirió el conde.
—Conque, la posdata...
—¡Y bien!, la posdata...
—¿Es acogida por usted de un modo tan favorable como el resto de la carta?
—Claro. Ya nos entenderemos el abate Busoni y yo. Usted, según veo, ¿daba mucha importancia a esa posdata, señor Cavalcanti?
—Le confesaré —respondió el mayor—, que confiado en la carta del abate Busoni, no me había provisto de fondos; de modo que si me hubiese fallado este recurso, me habría encontrado muy mal en París.
—¿Es que un hombre como usted se puede encontrar apurado en alguna parte? —dijo Montecristo.
—¡Diablos!, no conociendo a nadie...
—¡Oh!, pero a usted lo conocen...
—Sí, me conocen; conque...
—Acabe, querido señor Cavalcanti.
—¿Conque me entregará esos cuarenta y ocho mil francos?
—Al momento.
El mayor no podía disimular su estupor.
—Pero siéntese —dijo Montecristo—, en verdad, no sé en qué estoy pensando..., hace un cuarto de hora que lo tengo ahí de pie...
—No importa, señor conde...
El mayor tomó un sillón y se sentó.
—Ahora —dijo el conde—, ¿quiere tomar alguna cosa? ¿Un vaso de jerez, de Oporto, de Alicante?
—De Alicante, puesto que tanto insiste, es mi vino predilecto.
—Lo tengo excelente; con un bizcochito, ¿verdad?
—Con un bizcochito, ya que me obliga a ello.
Montecristo llamó; se presentó Bautista, y el conde se adelantó hacia él.
—¿Qué trae? —preguntó en voz baja.

—El joven está ahí —respondió en el mismo tono el criado.
—Bien, ¿dónde le ha hecho entrar?
—En el salón azul, como había mandado su excelencia.
—Perfectamente. Trae vino de Alicante y bizcochos.
Bautista salió de la estancia.
—En verdad —dijo el mayor—, le molesto de una manera...
—¡Bah!, ¡no lo crea! —dijo Montecristo.
Bautista entró con los vasos, el vino y los bizcochos.
El conde llenó un vaso y vertió en el segundo algunas gotas del rubí líquido que contenía la botella cubierta de telas de araña y de todas las señales que indican lo añejo del vino. El mayor tomó el vaso lleno y un bizcocho.
El conde mandó a Bautista que colocase la botella junto a su huésped, que comenzó por gustar el Alicante con el extremo de sus labios, hizo un gesto de aprobación, e introdujo delicadamente el bizcocho en el vaso.
—De modo, caballero —dijo Montecristo—, ¿usted vivía en Luca, era rico, noble, gozaba de la consideración general, tenía todo cuanto puede hacer feliz a un hombre?
—Todo, excelencia —dijo el mayor, comiendo el bizcocho—, absolutamente todo.
—¿Y no faltaba más que una cosa a su felicidad?
—¡Ay!, una sola —repuso el mayor.
—¿Encontrar a su hijo?
—¡Ah! —exclamó el mayor tomando un segundo bizcocho— eso únicamente me faltaba.
El digno mayor levantó los ojos al cielo e hizo un esfuerzo para suspirar.
—Veamos ahora, señor Cavalcanti —dijo Montecristo—, ¿de dónde le vino ese hijo tan adorado? Porque a mí me habían dicho que usted había permanecido en el celibato.
—Así creía, caballero —dijo el mayor—, y yo mismo...
—Sí —repuso Montecristo—, y usted mismo había acreditado ese rumor. Un pecado de juventud que usted quería ocultar a los ojos de todos.
El mayor asumió el aire más tranquilo y más digno que pudo,

mientras bajaba modestamente los ojos, para asegurar su aplomo, o ayudar a su imaginación, mirando de reojo al conde, cuya sonrisa anunciaba siempre la más benévola curiosidad.

—Sí, señor —dijo—; falta que yo quería ocultar a los ojos de todos.

—No por usted —dijo Montecristo—, porque un hombre no se inquieta por esas cosas.

—¡Oh!, no por mí, ciertamente —dijo el mayor sonriendo maliciosamente.

—Sino por su madre —dijo el conde.

—¡Eso es! —exclamó el mayor tomando un tercer bizcocho—, ¡por su pobre madre!

—Beba, querido Cavalcanti —dijo Montecristo llenando un tercer vaso—; la emoción le embarga.

—¡Por su pobre madre! —murmuró el mayor haciendo los mayores esfuerzos por humedecer sus párpados con una falsa lágrima.

—¿Que según tengo entendido, pertenecía a las primeras familias de Italia?, según creo.

—¡Patricia de Fiesole, señor conde, Patricia de Fiesole!

—¿Y se llamaba...?

—¿Desea saber su nombre?

—Es inútil que me lo diga —dijo el conde—; lo sé yo.

—El señor conde lo sabe todo —dijo el mayor inclinándose.

—Olivia Corsinari, ¿no es verdad?

—¡Olivia Corsinari!

—¿Marquesa...?

—¡Marquesa!

—Y finalmente se casó con ella, a pesar de la oposición de la familia...

—Señor conde, al fin y al cabo me casé.

—¿Y trae en regla los papeles? —repuso Montecristo.

—¿Qué papeles? —preguntó el mayor.

—Su acta de casamiento con Olivia Corsinari y la fe de bautismo del niño. ¿No se llamaba Andrés?

—Creo que sí —dijo el mayor.

—¡Cómo!, ¿no está seguro?

—¡Diablos!, hace mucho tiempo que lo he perdido.

—Es justo —dijo Montecristo—. En fin, ¿trae todos esos papeles?
—Señor conde, con gran sentimiento de mi parte, le anuncio que no sabiendo lo necesarios que eran, se me olvidó traerlos.
—¡Diablos! —exclamó el conde.
—¿Tanto urgían?
—Como que son indispensables.
El mayor se rascó la frente.
—¡Ah!, *per Bacco* —dijo—, ¡indispensables!
—Claro está; ¿y si surgiesen aquí algunas dudas acerca de su casamiento, de la legitimidad de su hijo?
—Es verdad —dijo el mayor—; podría muy bien suceder.
—Eso sería muy triste para ese joven.
—Sería fatal.
—Pudiera hacerle perder algún magnífico casamiento.
—*O peccato!*
—En Francia, ya comprenderá, hay en este asunto mucha severidad; no basta, como en Italia, ir a buscar un sacerdote y decirle: nos amamos, échenos la bendición. Hay casamiento civil, y para casarse civilmente se necesitan papeles que hagan constar la identidad de las personas.
—Pues ahí está la desgracia; me faltan esos documentos.
—Por fortuna los tengo yo —dijo Montecristo.
—¿Usted?
—Sí.
—¿Que usted los tiene?
—Sí.
—¡Ah! —dijo el mayor—, he aquí una felicidad que yo no esperaba.
—¡Diablos!, ya lo creo; no se puede pensar en todo a la vez.
—Otro, felizmente el abate Busoni, ha pensado en ello en lugar...
—¡Oh!, el abate, ¡qué hombre tan amable!
—¡Es un hombre precavido!
—Es un hombre admirable —dijo el mayor—; ¿y se los ha enviado?
—Aquí están.
El mayor juntó las manos en señal de admiración.
—Se ha casado con Olivia Corsinari en la iglesia de San Pablo de

Monte Cattini; aquí tiene el certificado del sacerdote.
—Sí, a fe mía, este es —dijo el mayor, mirándolo estupefacto.
—Y esta es la partida de bautismo de Andrés Cavalcanti, dada por el cura de Saravezza.
—Todo está en regla —dijo el mayor.
—Tome, entonces, estos papeles, que a mí no me hacen ninguna falta; los entregará a su hijo, que los guardará cuidadosamente.
—¡Ya lo creo...! ¡Si los perdiese!
—Si los perdiese, ¿qué? —preguntó Montecristo.
—Sería muy difícil procurarse otros —repuso el mayor.
—Muy difícil, en efecto —dijo Montecristo.
—Casi imposible —respondió el mayor.
—Me alegro que comprenda el valor de esos documentos.
—Los miro como impagables.
—Ahora —dijo Montecristo—, en cuanto a la madre del joven...
—En cuanto a la madre del joven... —repitió el mayor lleno de inquietud.
—En cuanto a la marquesa Corsinari...
—¡Dios mío! —dijo el mayor, quien a cada palabra se enredaba en una nueva dificultad—; ¿tendrían acaso necesidad de ella?
—No, señor —repuso Montecristo—, por otra parte ha...
—¡Ah, sí! —dijo el mayor—, ha...
—Pagado su tributo a la naturaleza...
—¡Ah, sí! —dijo vivamente el mayor.
—Ya lo sé —repuso Montecristo—, murió hace diez años.
—Y todavía lloro yo su muerte, señor —dijo el mayor, sacando de su bolsillo un pañuelo a cuadros y enjugándose alternativamente primero el ojo izquierdo, después el derecho.
—¿Qué quiere? —dijo Montecristo—, todos somos mortales. Ahora, ya comprenderá, señor Cavalcanti, que es inútil que en Francia se sepa que está separado desde hace quince años de su hijo. Todas estas historias de gitanos que roban niños no están en toga entre nosotros. Usted le ha enviado a instruirse a un colegio de provincia, y quiere que acabe su educación en el mundo parisiense. He aquí por qué ha salido de Vía Regio, donde vivía desde la muerte de su mujer. Esto bastará.

—¿Lo cree así?
—Así lo creo.
—Pues entonces, muy bien.
—Si supiesen algo de esta separación...
—¡Ah!, sí, ¿qué decía?
—Que un preceptor infiel, vendido a los enemigos de su familia...
—¿A los Corsinari?
—En efecto..., había robado a ese niño para que se extinguiese su nombre.
—Exacto, puesto que es hijo único...
—¡Pues bien!, ahora que todo lo sabe, ¿sin duda ha adivinado que le preparaba una sorpresa?
—¿Agradable? —preguntó el mayor.
—¡Ah! —dijo Montecristo—, observo que nada se escapa a los ojos ni al corazón de un padre.
—¡Hum! —exclamó el mayor.
—¿Le han hecho alguna revelación indiscreta, o ha adivinado que estaba aquí?
—¿Quién?
—Su hijo, su Andrés.
—Lo he adivinado —respondió el mayor con la mayor flema del mundo—, ¿de modo que está aquí?
—Aquí mismo —dijo Montecristo—; al entrar hace poco el criado, me anunció su llegada.
—¡Ah!, ¡perfectamente, perfectamente! —dijo el mayor cruzando las manos y arrimándoselas al pecho a cada exclamación.
—Señor mío, comprendo su emoción —dijo Montecristo—; es preciso darle tiempo para que se reponga; quiero también preparar al joven para esta entrevista tan deseada. Porque yo presumo que no estará menos impaciente que usted.
Cavalcanti dijo:
—¡Ya lo creo!
—¡Pues bien!, dentro de un cuarto de hora estaré con usted.
—¿Me lo va a traer? ¿Llevará su amabilidad hasta el extremo de presentármelo?
—No; yo no quiero colocarme entre un padre y un hijo; estarán

solos, señor mayor; pero tranquilícese, en el caso en que no lo reconociera, le daré algunas señas: es un joven rubio, demasiado rubio, de modales desenvueltos, esto le bastará.

—A propósito —dijo el mayor—; sabe que no traje conmigo más que los dos mil francos que tuvo la bondad de darme el bueno del abate Busoni... Con esto he hecho el viaje y...

—Y necesita dinero..., es muy natural, querido señor Cavalcanti; tome, aquí tiene ocho billetes de mil francos para empezar.

Los ojos del mayor brillaron de codicia.

—Le quedo a deber cuarenta mil francos —dijo el conde.

—¿Quiere su excelencia un recibo? —dijo el mayor introduciendo los billetes en uno de los bolsillos de su chaleco, de una hechura antiquísima.

—¿Para qué?

—Para arreglar sus cuentas con el abate Busoni.

—Ya me dará un recibo global cuando tenga en su poder los cuarenta mil francos que aún no le he dado. Entre hombres honrados, siempre están de más semejantes precauciones.

—¡Ah, sí, es verdad —dijo el mayor—, entre hombres honrados!

—Escuche ahora una palabrita, marqués.

—Diga.

—¿Me permite una ligera observación?

—¡Oh, señor conde, se la suplico!

—Haría bien en quitarse ese chaleco, que más bien parece una chupa.

—¿De veras? —dijo el mayor sonriendo.

—Sí, eso aún se lleva en Vía Regio; pero en París hace mucho tiempo que ha pasado esa moda, por elegante que sea.

—¡Caramba! —dijo el mayor—. Lo haré así.

—Si quiere, ahora se puede cambiar.

—¿Pero qué quiere que me ponga?

—Lo que encuentre en sus maletas.

—¿Cómo en mis maletas?, si no he traído ninguna.

—Tratándose de usted, no lo dudo. ¿Para qué se había de incomodar? Por otra parte, un antiguo soldado gusta siempre de llevar poco equipaje.

—Esa es la verdad...
—Pero usted es hombre precavido y ha enviado antes sus maletas. Ayer llegaron a la fonda de los Príncipes, calle de Richelieu. Allí creo que es donde ha fijado su morada.
—Luego, entonces, en esas maletas...
—Supongo que su mayordomo habrá tenido la precaución de hacer encerrar en ellas todo lo que necesite: trajes de calle, uniformes. En ciertas circunstancias se vestiría de uniforme, es una costumbre establecida aquí. No olvide sus cruces. De esto se burlan bastante en Francia, pero todos los que las tienen las llevan.
—¡Bravo, bravo, bravísimo! —exclamó el mayor cada vez más sorprendido.
—Y ahora —dijo Montecristo—, ahora que su corazón está preparado para recibir una fuerte emoción, dispóngase, señor Cavalcanti, a volver a ver a su hijo Andrés.
Y haciendo una gentil inclinación al mayor, desapareció Montecristo por una puertecita oculta hasta entonces por un tapiz.
Entró en el salón próximo, que Bautista había designado con el nombre de salón azul, y donde acababa de precederle un joven de maneras desenvueltas, vestido con elegancia, y a quien un cabriolé de alquiler había dejado media hora antes a la puerta del palacio.
Bautista no tardó en reconocerlo; aquel era el joven de elevada estatura, de cabellos cortos y rubios, de barba casi roja, ojos negros y una tez blanquísima que su amo le había descrito.
Al entrar el conde en el salón, el joven estaba muellemente reclinado en un sofá, dando golpecitos por distracción sobre su bota con un junquito con puño de oro.
Al ver a Montecristo, se levantó vivamente.
—¿Es usted el conde de Montecristo? —dijo.
—El mismo —respondió este—; ¿y yo tengo el honor de hablar, según creo, al señor conde de Cavalcanti?
—El conde Andrés de Cavalcanti —repitió el joven acompañando estas palabras de un saludo lleno de petulancia.
—Debe traer una carta de recomendación, supongo —dijo Montecristo.
—No le he hablado ya de ella a causa de la firma, que me ha

parecido bastante extraña.

—Simbad el Marino, ¿no es verdad?

—Exacto, pero como yo no he conocido nunca otro Simbad el Marino que el de *Las mil y una noches...*

—¡Pues bien!, este es uno de sus descendientes, uno de mis amigos, muy rico, un inglés más que original, cuyo nombre verdadero es lord Wilmore.

—¡Ah!, eso ya va aclarando mis dudas —dijo Andrés—. Entonces ese es el mismo inglés que yo he conocido... en... sí, ¡muy bien...!

—Si es verdad lo que me está diciendo —repuso sonriendo el conde—, espero que tenga la bondad de darme algunos detalles acerca de su familia..., y de usted.

—Con mucho gusto, señor conde —repuso el joven con una volubilidad que probaba la solidez de su memoria—. Yo soy, como ha dicho, el conde Andrés Cavalcanti, hijo del mayor Bartolomé Cavalcanti, descendiente de los Cavalcanti, inscritos en el libro de oro de Florencia. Nuestra familia, aunque muy rica, puesto que mi padre posee medio millón de renta, ha sufrido bastantes desgracias, y yo fui raptado a la edad de cinco o seis años, por un ayo infiel, de suerte que hace quince que no veo al autor de mis días. Desde que entré en la edad de la razón, desde que soy libre y dueño de mi voluntad, lo busco, pero inútilmente. En fin..., esta carta de su amigo Simbad el Marino me anuncia que está en París, y me autoriza para dirigirme a usted a recibir noticias suyas.

—Desde luego, caballero, todo lo que me cuenta es muy interesante —dijo el conde, que miraba con sombría satisfacción aquel rostro atrevido, de una belleza semejante a la del ángel malo —, y ha hecho muy bien en conformarse en todo con la invitación de mi amigo Simbad, porque su padre está aquí en efecto y lo busca.

Desde que entró en el salón, el conde no había cesado de observar al joven, habiendo admirado la firmeza de su mirada y la seguridad de su voz; pero a estas palabras tan naturales: “su padre está aquí en efecto y lo busca”, el joven Andrés se estremeció y exclamó:

—¡Mi padre! ¿Mi padre, aquí?

—Sin duda —respondió Montecristo—, su padre, el mayor

Bartolomé Cavalcanti.

La expresión de terror que se pintó en las facciones del joven se borró inmediatamente.

—¡Ah!, sí, es verdad —dijo—, el mayor Bartolomé Cavalcanti. ¿Y dice, señor conde, que está aquí mi querido padre?

—Sí, señor, aún podría añadir que acabo de separarme de él; que la historia que me ha contado de su hijo perdido me ha conmovido mucho realmente; sus dolores, sus temores, sus esperanzas sobre este punto compondrían un poema sumamente tierno. En fin, un día recibió ciertas noticias que le anunciaban que los raptores de su hijo le ofrecían devolvérselo mediante una suma bastante crecida. Pero nada detuvo a este buen padre; la noticia fue enviada a la frontera del Piamonte, con un pasaporte para Italia. ¿Usted estaba en el Mediodía de Francia, según creo?

—Sí, señor —respondió Andrés con aire confuso—: sí, yo estaba en el mediodía de Francia.

—¿Lo esperaba en Niza un carruaje?

—Eso es, caballero, me llevó de Niza a Génova, de Génova a Turín, de Turín a Chambery, de Chambery a Pont de Beauvoisin, y de Pont de Beauvoisin a París.

—Exacto; esperaba hallarlo en el camino, porque era el mismo que él seguía; por lo mismo fue trazado su itinerario de esta manera.

—Pero —dijo Andrés—, en el caso de que me hubiese encontrado mi querido padre, dudo que me hubiera reconocido: desde que lo vi por última vez he cambiado bastante.

—¡Oh!, la voz de la sangre —dijo Montecristo.

—¡Oh!, sí, es verdad —repuso el joven—, no me acordaba de la voz de la sangre.

—Ahora —dijo Montecristo—, una sola cosa inquieta al marqués de Cavalcanti, desde que usted se ha alejado de él: cómo ha sido tratado por sus perseguidores; si han guardado todas las consideraciones debidas a su cuna; en fin, si no sigue sufriendo a causa de tantos pesares ese sufrimiento moral, cien veces peor que el sufrimiento físico, alguna debilidad de las facultades de que lo ha dotado la naturaleza, y si usted mismo cree poder sostener en el mundo el rango que le corresponde.

—Caballero —balbuceó el joven con turbación—, espero que ninguna calumnia...

—¡Yo...! oí hablar de usted por primera vez a mi amigo Wilmore, el filantrópico. Supe que le había conocido en una situación bastante triste, ignoro cuál, y nada le pregunté acerca de esto; no soy curioso. Sus desgracias le han interesado vivamente. Me ha dicho que quería devolverle en el mundo la posición que ha perdido, que buscaría a su padre, que lo hallaría; lo ha buscado, lo ha encontrado, en efecto, según parece, puesto que está ahí; en fin, ayer me previno su llegada, dándome algunas noticias relativas a su fortuna. Yo sé que es persona original mi amigo Wilmore, pero al mismo tiempo como es una mina de oro, y por consiguiente, puede permitirse tales originalidades sin que le arruinen, he prometido seguir sus instrucciones. Ahora, caballero, no se ofenda de una pregunta que voy a hacerle; como habré de patrocinarlo, desearía saber si las desgracias que le han acaecido independientes de su voluntad, y que de ningún modo disminuyen la consideración que yo le guardo, no le han hecho algo extraño a este mundo en que su fortuna y su nombre le llaman a figurar tanto.

—Tranquilícese, caballero —respondió el joven, recobrando su aplomo a medida que el conde hablaba—; los raptores que me alejaron de mi padre, y que sin duda se proponían venderme más tarde, como en efecto hicieron, calcularon que para sacar más partido de mí, era necesario dejarme todo mi valor personal y aumentarlo, si era posible; he recibido, pues, una buena educación, y he sido tratado por los ladrones de niños como lo eran en Asia los esclavos, a los cuales sus amos les hacían seguir las carreras de médicos, filósofos, etc., para venderlos después a un precio exorbitante.

Montecristo sonrió, satisfecho, no había esperado tanto del señor Andrés Cavalcanti.

—Por otra parte —repuso el joven—, si hallasen en mí algún defecto de educación o poco trato social, yo creo que tendrían un poco de indulgencia, en consideración a las desgracias que han acompañado a mi nacimiento y a mi juventud.

—Mire, conde —dijo Montecristo con sencillez—, usted hará lo que

quiera, porque es muy dueño de hacerlo, pero yo no diría una palabra de todas esas aventuras; su historia es una novela, y el mundo, que adora las novelas entre dos cubiertas de papel amarillo, se escama de las encuadernadas en vitela viva, aunque estén doradas, como puede estarlo usted. Esta es la dificultad que yo me adelanto a deciros, señor conde; apenas haya contado a alguien su tierna historia, correrá por el mundo completamente desnaturalizada. Entonces pasará por un expósito. Se verá obligado a imitar a Antony, y el tiempo ese de los Antony ha pasado ya. Tal vez así dará el golpe por curiosidad, pero no todos gustan de ser blanco de las habladurías y de los comentarios. Tal vez esto le fatigará.

—Me parece que tiene razón, señor conde —dijo el joven, palideciendo a su pesar, bajo las miradas inflexibles de Montecristo —, ese es un grave inconveniente.

—¡Oh!, tampoco hay que exagerar —dijo Montecristo—, porque para evitar una falta puede que rayara en la locura. No, es un simple plan de conducta que se debe tener; para un hombre inteligente como usted, este plan es tanto más fácil de adoptar cuanto que está conforme a sus intereses: será preciso combatir con honrosas amistades todo lo oscuro que haya podido haber en su pasado.

Andrés perdió visiblemente su sangre fría.

—Yo puedo responder de usted —dijo Montecristo—; sin embargo, debo advertirle que soy un poco desconfiado con mis amigos; así representaría aquí un papel fuera de mi carácter, como dicen los trágicos, y me expondría a ser silbado, lo cual no es conveniente.

—Sin embargo, señor conde —dijo Andrés—, en consideración a lord Wilmore, que me ha recomendado a usted...

—Sí, seguramente —repuso Montecristo—; pero lord Wilmore no me ha ocultado que usted había tenido una juventud algún tanto borrascosa. ¡Oh! —dijo el conde al ver el movimiento que hizo Andrés—, yo no le pido una confesión; además, para que no tenga necesidad de nada, han hecho venir de Luca al señor marqués de Cavalcanti, su padre. Va a verlo, es un poco serio, más bien brusco; pero tan pronto como se sepa que desde la edad de dieciocho años está al servicio de Austria, todo se le excusará. En fin, es un buen

padre, se lo aseguro.

—¡Ah!, me tranquiliza, caballero; estamos separados hace tanto tiempo, que ningún recuerdo tengo de él.

—Y, sobre todo, sabe muy bien que una buena fortuna lo cubre todo.

—¿Mi padre es realmente rico, caballero?

—Millonario...; quinientas mil libras de renta.

—Entonces —preguntó el joven con ansiedad—, ¿me encontraré en una posición... agradable?

—De las más agradables, caballero; le pasa cincuenta mil libras de renta al año todo el tiempo que permanezca en París.

—Entonces, permaneceré en París toda mi vida.

—¡Psch!, ¿quién puede responder de las circunstancias, caballero? El hombre propone y Dios dispone.

Andrés lanzó un suspiro.

—Pero, en fin —dijo—, todo el tiempo que yo permanezca en París..., ¿tendré ese dinero sin falta?

—¡Oh!, no tenga el menor recelo...

—¿Y será mi padre quien me lo proporcione? —preguntó Andrés con inquietud.

—Sí, pero protegido por lord Wilmore, que le ha abierto un crédito de cien mil francos al mes en casa del señor Danglars, uno de los banqueros más fuertes de París.

—¿Y piensa estar mi padre en París mucho tiempo? —volvió a preguntar Andrés con inquietud.

—Solamente algunos días —respondió Montecristo—. Su servicio no le permite ausentarse más que por dos o tres semanas.

—¡Oh! ¡Querido padre! —dijo Andrés, visiblemente encantado de esta pronta partida.

—Conque —dijo Montecristo, aparentando dejarse engañar en cuanto al significado de estas palabras—; conque no quiero retardar el momento de su encuentro. ¿Está preparado para abrazar a ese digno señor Cavalcanti?

—Supongo que no tendrá la menor duda...

—¡Pues bien!, entre en ese salón, mi querido amigo; en él encontrará a su padre, que está impaciente por verlo.

Andrés hizo un profundo saludo al conde y entró en el salón. El conde le siguió con la vista, y así que le vio desaparecer, empujó un resorte que había detrás de un cuadro, el cual, separándose, descubría un agujero perfectamente dispuesto en la pared, por el cual se veía cuanto ocurría en el salón.

Andrés cerró la puerta y se adelantó hacia el mayor, que se levantó apenas oyó el ruido de los pasos del joven conde.

—¡Padre mío! —dijo Andrés en voz bastante alta de modo que lo pudiese oír el conde a través de la puerta cerrada—; ¿es usted?

—Buenos días, mi querido hijo —dijo el mayor con voz grave.

—Después de tantos años de separación —dijo Andrés mirando hacia la puerta—, ¡qué dicha la de volvernos a ver...!

—En efecto, la separación ha sido larga.

—¿No nos abrazamos, señor? —repuso Andrés.

—Como quiera, hijo mío —dijo el mayor.

Y los dos se abrazaron como suele hacerse en el teatro, es decir, reposando la cabeza sobre el hombro y enlazando los brazos.

—¡Al fin, reunidos! —dijo Andrés.

—Así parece —dijo el mayor.

—¿Para no separarnos jamás...?

—Desde luego; yo creo, mi querido hijo, que usted mira ahora a Francia como una segunda patria.

—Seguramente sentiría mucho tener que abandonar París.

—Y yo, bien lo comprenderá, no podría vivir fuera de Luca. Volveré a Italia en cuanto pueda.

—Pero, antes de partir, querido padre, me dará los papeles, con ayuda de los cuales pueda yo fácilmente hacer constar mi nacimiento.

—Naturalmente, hijo mío; porque vengo expresamente para eso, y me ha costado demasiado trabajo el encontrarlo, a fin de entregárselos. Si tuviera que buscarlo de nuevo, esto bastaría para apresurar el fin de mi existencia.

—¿Y esos papeles?

—Aquí están.

Andrés se apoderó rápidamente del acta de casamiento de su padre, su certificado de bautismo, y después de haberlo abierto todo

con una avidez muy natural en un buen hijo, recorrió los documentos con una ansiedad que denotaba el más vivo interés.

No bien hubo concluido, una inefable expresión de alegría brilló en sus ojos, y mirando al mayor y acompañando sus palabras de una extraña sonrisa:

—¡Ah! —dijo en excelente toscano—, ¡se conoce que no hay presidios en Italia!

El mayor le miró a su vez con estupor.

—¿Y por qué? —dijo.

—Pues permiten allí fabricar impunemente tales documentos. Solo por la mitad de lo que hace, querido padre, le enviarían en Francia al presidio de Tolón.

—¿Cómo? —dijo el mayor, procurando adoptar un aire majestuoso.

—Querido señor Cavalcanti —dijo Andrés agarrando al mayor por un brazo—, ¿cuánto le dan porque sea mi padre?

El mayor quiso hablar, pero Andrés le dijo, bajando la voz:

—¡Silencio!, voy a darle ejemplo de confianza; a mí me dan cincuenta mil francos al año por ser su hijo; por consiguiente, ya comprenderá que no seré yo quien niegue que es mi padre.

El mayor miró con inquietud a su alrededor.

—¡Oh!, tranquilícese, estamos solos —dijo Andrés—; además hablamos el italiano.

—¡Pues bien!, a mí me dan cincuenta mil francos, perfectamente pagados.

—Señor Cavalcanti —dijo Andrés—, ¿usted cree en los cuentos de hadas?

—Antes, no; pero ahora es necesario que crea en ellos.

—¿Ha tenido pruebas?

El mayor sacó de su bolsillo un puñado de monedas.

—Palpables, como ve.

—¿Le parece que pueda yo contar con las promesas que me han hecho?

—Así lo creo.

—¿Y que las cumplirá ese buen conde?

—Al pie de la letra; pero ya comprenderá que para lograr ese

objeto era preciso continuar representando nuestro papel actual.

—¡Cómo...!

—Yo, de tierno padre...

—Y yo, de hijo respetuoso.

—Ya que quieren hacerle descender de mí.

—¿Quién lo quiere...?

—Diablos, yo no sé nada: los que le han escrito; ¿no ha recibido una carta?

—Sí.

—¿De quién?

—De un tal abate Busoni.

—¿A quien no conoce?

—A quien no he visto en toda mi vida.

—¿Qué le decía esa carta?

—¿No me engaña?

—Dios me libre de hacerlo; sus intereses son los míos.

—Entonces, lea.

Y el mayor entregó una carta al joven.

Es pobre, le espera una vejez desdichada. ¿Quiere hacerse, si no rico, al menos independiente?

Marche a París inmediatamente: vaya a reclamar al señor conde de Montecristo, Campos Elíseos, número 30, el hijo que ha tenido de la marquesa Corsinari, y que le fue robado a la edad de cinco años.

Este hijo se llama Andrés Cavalcanti.

Para que no dude de la intención que tiene el abajo firmante de hacerle un favor, encontrará en esta carta:

1.° Un billete de 2 400 libras toscanas, pagaderas en casa del señor Gozzi, en Florencia.

2.° Una carta de recomendación para el señor conde de Montecristo, en la cual le pido para usted la cantidad de 48 000 francos.

El 26 de mayo, a las siete de la noche, esté sin falta en casa del conde.

Firmado,

—Eso es.

—¿Cómo eso es? ¿Qué quiere decir? —preguntó el mayor.

—Quiero decir que yo he recibido una carta parecida.

—¡Usted!

—Sí, yo.

—¿Del abate Busoni?

—No.

—¿De quién, entonces?

—De un tal lord Wilmore, que ha tomado el apodo de Simbad el Marino.

—¿Y a quien tampoco conoce?

—Sí, estoy en este punto más adelantado que usted.

—¿Lo ha visto?

—Sí, una vez.

—¿Dónde?

—Eso es lo que no podré decirle, porque no lo sé.

—¿Y qué le decía esa carta?

—Lea.

Es pobre y no debe esperar más que un porvenir miserable; ¿quiere tener un nombre, ser libre, ser rico?

Tome la silla de posta que encontrará preparada y saldrá de Niza por la puerta de Génova. Pase por Turín, Chambery y Pont de Beauvoisin. Preséntese en casa del señor conde de Montecristo, Campos Elíseos, número 30, el 23 de mayo, a las siete en punto de la tarde, y pregúntele por su padre.

Es hijo del marqués Bartolomé Cavalcanti y de la marquesa Leonor Corsinari, como lo declaran los papeles que le serán entregados por el marqués, y que le permitirán presentarse bajo este nombre en el mundo parisiense.

En cuanto a su rango, una renta de 50 000 francos al año hará que lo sostenga con decoro.

Adjunto un billete de 5 000 libras, pagadero en casa del señor Ferrer, banquero de Niza, y una carta de recomendación para el señor conde de Montecristo, encargado por mí de proveer a sus

necesidades.

Simbad el Marino.

—¡Hum! —exclamó el mayor—; no puede estar mejor arreglado el asunto.

—¿Verdad que sí?

—¿Ha visto al conde?

—Acabo de separarme de él.

—¿Y lo ha aprobado...?

—Todo.

—¿Entiende algo de esto?

—Le juro que no.

—Aquí hay alguien al que quieren jugar una mala pasada.

—Caso que así fuera, yo no soy, y usted creo que tampoco.

—Creo que no.

—¡Y bien!, ¿entonces...?

—Poco nos importa lo demás.

—Exacto, eso mismo iba a decir; dejemos rodar la rueda de la fortuna.

—Encontrará en mí un hijo digno de su padre.

—No esperaba yo menos de usted.

—Es un gran honor para mí.

Montecristo eligió este momento para entrar en el salón.

Al oír el ruido de sus pasos, padre e hijo se arrojaron en los brazos uno de otro; así el conde lo encontró tiernamente abrazados.

—¡Vaya!, señor marqués —dijo Montecristo—, parece que ha encontrado un hijo a la medida de sus deseos.

—¡Ah!, ¡señor conde!, la alegría me sofoca.

—¿Y usted, joven?

—¡Ah!, ¡señor conde!, ¡es demasiada felicidad!

—¡Feliz padre!, ¡feliz hijo! —dijo el conde.

—Una sola cosa me entristece —dijo el mayor—; y es tener que marcharme tan pronto de París.

—¡Oh!, querido señor Cavalcanti —dijo Montecristo—, no partirá sin haberle presentado antes a algunos amigos.

—Estoy a las órdenes del señor conde —dijo el mayor.

—Ahora, veamos, joven, confiésese...
—¿A quién?
—A su padre; dígale algo acerca del estado de su bolsillo.
—¡Ah!, ¡diablos!, toca la cuerda sensible.
—¿Oye, mayor? —dijo Montecristo.
—Desde luego, señor.
—Sí; ¿pero comprende?
—A las mil maravillas.
—Su querido hijo dice que necesita dinero.
—¿Qué quiere que yo haga?
—Pues, sencillamente, que se lo dé.
—¿Yo?
—Usted.
Montecristo se colocó entre sus dos interlocutores.
—Tome —dijo a Andrés deslizándole en la mano un paquete de billetes de Banco.
—¿Qué es esto?
—La respuesta de su padre.
—¿De mi padre?
—Sí. ¿No decía que necesitaba dinero?
—Sí. ¿Y bien?
—¡Y bien!, me encarga le entregue esto.
—¿A cuenta de mi renta?
—No; para sus gastos de instalación.
—¡Oh, querido padre!
—Silencio —dijo Montecristo—, ya lo ve, no quiere que diga que esto viene de su mano.
—Estimo infinitamente esa delicadeza —dijo Andrés, metiendo sus billetes de Banco en el bolsillo del pantalón.
—Está bien —dijo Montecristo—, ahora puede retirarse.
—¿Y cuándo tendremos el honor de volver a ver al señor conde? —preguntó Cavalcanti.
—¡Ah, sí! —inquirió Andrés—, ¿cuándo tendremos ese honor?
—Si quiere..., el sábado, sí..., eso es..., el sábado. Doy una comida en mi casa de Auteuil, calle de la Fontaine, número 25, a muchas personas, y entre otras al señor Danglars, su banquero; le

presentaré a él, es necesario que los conozca a los dos para entregarle después el dinero...
—¿De gran etiqueta...? —preguntó a media voz el mayor.
—¡Psch...! Sí. Uniforme, cruces, calzón corto.
—¿Y yo? —preguntó Andrés.
—¡Oh!, usted, vestido con sencillez, pantalón negro, botas de charol, chaleco blanco, frac negro o azul, corbata larga; diríjase a Blin o a Veronique para vestirse. Si no sabe las señas de su casa, Bautista se las dará. Cuantas menos pretensiones afecte en su traje, siendo rico como es, mejor efecto causará. Si compra caballos, tómelos en casa de Dereux; si compra tílburi, vaya a casa de Bautista.
—¿A qué hora podremos presentarnos? —preguntó el joven.
—A eso de las seis y media.
—Está bien, no dejaremos de ir —dijo el mayor tomando su sombrero.
Los dos Cavalcanti saludaron al conde y salieron.
El conde se acercó a la ventana y los vio atravesar el patio cogidos del brazo.
—En verdad —dijo—, los dos Cavalcanti... son de los mayores miserables que he conocido... ¡Lástima que no sean padre e hijo...!
Y tras un instante de sombría reflexión, exclamó:
—Vamos a casa de Morrel. ¡Oh!, la repugnancia y el asco me afectan doblemente que el odio.

Capítulo dos:
La pradera cercada

Permítanos el lector que le conduzcamos a la pradera próxima a la casa del señor de Villefort, y detrás de la valla rodeada de castaños, encontraremos algunas personas conocidas.
Maximiliano había llegado esta vez el primero. También esta vez fue él quien se asomaba a las rendijas de las tablas, quien acechaba en lo profundo del jardín una sombra entre los árboles y el

crujir de un borceguí sobre la arena.

Por fin oyó el tan deseado crujido, y en lugar de una sombra, fueron dos las que se acercaron. La tardanza de Valentina había sido ocasionada por la señora Danglars y Eugenia, visita que se había prolongado más de la hora en que era esperada Valentina. Entonces, para no faltar a su cita, la joven propuso a la señorita Danglars un paseo por el jardín, con la intención de mostrar a Maximiliano que su tardanza no había sido culpa suya.

El joven lo comprendió todo al punto, con esa rapidez de penetración particular a los amantes, y su corazón fue aliviado de un gran peso. Por otra parte, sin acercarse mucho, Valentina dirigió su paseo de modo que Maximiliano pudiese verla pasar, una y otra vez; y cada vez que lo hacía, una mirada hacia la valla, que pasó inadvertida a su compañera, pero captada por el joven, le decía:

—Tenga un poco más de paciencia, amigo, bien ve que no es culpa mía.

Y Maximiliano, en efecto, tenía paciencia, admirando el contraste que había entre las dos jóvenes, entre aquella rubia de ojos lánguidos y de cuerpo esbelto como un hermoso sauce, y aquella morena de mirada altanera y cuerpo erguido como un álamo: además, en esta comparación entre dos naturalezas tan opuestas, toda la ventaja, en el corazón del joven por lo menos, estaba por Valentina.

Por fin, al cabo de media hora larga de paseo, las dos jóvenes se alejaron. Maximiliano comprendió que la visita de la señorita Danglars iba a terminarse.

En efecto, pocos momentos después se presentó sola Valentina, que, temiendo que la espiase alguna mirada indiscreta, andaba lentamente, y en lugar de dirigirse a la valla, fue a sentarse en un banco, después de haber mirado con naturalidad cada calle de árboles.

Tomadas estas precauciones, corrió a la valla.

—Buenos días, Valentina —dijo una voz.

—Buenos días, Maximiliano; lo he hecho esperar, ¿pero ha visto la causa?

—Sí, he reconocido a la señorita Danglars; ignoraba que estuviera

tan relacionada con esa joven.

—¿Quién le ha dicho que fuésemos muy amigas, Maximiliano?

—Nadie; pero me lo ha parecido así, por el modo con que le daba el brazo y con que hablaba; parecían dos compañeras de colegio confesándose mutuamente sus secretos.

—Es cierto, nos confesábamos nuestros secretos —dijo Valentina —; ella me decía su repugnancia por su casamiento con el señor de Morcef, y yo que miraba como una desgracia el casarme con el señor Franz d'Epinay.

—¡Querida Valentina!

—Por esto, amigo mío —continuó la joven—, ha visto esa especie de intimidad entre Eugenia y yo; porque al hablarle yo del hombre que no puedo amar, pensaba en el que amo.

—Cuán buena es en todo, y posee lo que la señorita Danglars no tendrá jamás; ese encanto indefinible que es en la mujer lo que el perfume en la flor, lo que el sabor en la fruta; porque no todo en una flor es el ser bonita, ni en una fruta el ser hermosa.

—El amor que me profesa es el que le hace ver las cosas de ese modo, Maximiliano.

—No, Valentina; se lo juro. Mire, les estaba mirando a las dos hace poco, y le juro por mi honor, que haciendo justicia también a la belleza de la señorita Danglars, no concebía cómo un hombre pudiera enamorarse de ella.

—Es que como usted decía, Maximiliano, yo estaba allí y mi presencia le hacía ser injusto.

—No; pero, dígame..., respóndame a una pregunta que proviene de ciertas ideas que yo tenía respecto a la señora Danglars.

—¡Oh!, injustas, desde luego, lo digo sin saberlo. Cuando ustedes nos juzgan a nosotras, pobres mujeres, no debemos esperar ninguna indulgencia.

—¡Como si las mujeres fuesen muy justas las unas con las otras!

—Porque casi siempre hay pasión en nuestros juicios. Pero volvamos a su pregunta.

—¿La señorita Danglars ama a otro, y por eso teme su casamiento con el señor de Morcef?

—Maximiliano, ya le he dicho que yo no era amiga de Eugenia.

—¡Oh!, pero sin ser amigas, las jóvenes se confían sus secretos, convenga en que le ha hecho algunas preguntas sobre ello! ¡Ah!, la veo sonreír.
—Si es así, Maximiliano, no vale la pena tener entre nosotros esta separación...
—Veamos, ¿qué le ha dicho?
—Me ha dicho que no amaba a nadie —dijo Valentina—; que tenía horror al matrimonio; que su mayor alegría hubiera sido llevar una vida libre e independiente, y que casi deseaba que su padre perdiese su fortuna para hacerse artista como su amiga la señorita Luisa de Armilly.
—¡Ah...!, ya comprendo.
—¡Y bien...!, ¿qué prueba esto? —inquirió Valentina.
—Nada —dijo Maximiliano sonriendo.
—Entonces —preguntó Valentina—, ¿por qué es ahora usted quien sonríe?
—¡Ah! —dijo Maximiliano—, tampoco a usted se le escapa detalle, Valentina.
—¿Quiere que me aleje?
—¡Oh!, no, no; pero volvamos a usted.
—¡Ah!, sí, es verdad, porque apenas tenemos diez minutos para pasar juntos.
—¡Dios mío! —exclamó Maximiliano consternado.
—Sí, Maximiliano, tiene razón —dijo con melancolía Valentina—; y en mí tiene una pobre amiga. ¡Qué vida le hago llevar, pobre Maximiliano, a usted, tan digno de ser feliz! Bien me lo echo en cara, créame.
—Y bien, ¿qué le importa, Valentina, si yo me considero feliz así? Si este esperar eterno me parece pagado con cinco minutos de poder verla, con dos palabras de su boca, y con esa convicción profunda, eterna, de que Dios no ha creado dos corazones tan en armonía como los nuestros, y que no los ha reunido milagrosamente, sobre todo, para separarlos.
—Bien, gracias, espere por los dos, Maximiliano, siempre es esto una felicidad.
—¿Por qué me deja hoy tan pronto, Valentina?

—No sé; la señora de Villefort me ha suplicado que vaya a su habitación para decirme algo, de lo cual depende mi suerte. ¡Oh! ¡Dios mío!, que se apoderen de mis bienes, yo soy bastante rica, y después que me dejen tranquila y libre: usted me amará también aunque sea pobre, ¿no es cierto, Morrel?

—Yo la amaré siempre, sí. ¿Qué me importa la riqueza o la pobreza, si mi Valentina no se ha de apartar de mi lado? ¿Pero no teme que vayan a comunicarle algo concerniente a su casamiento?

—No lo creo.

—Sin embargo, escúcheme, Valentina, y no se asuste, porque mientras viva no seré jamás de otra mujer.

—¿Cree que me tranquiliza diciéndome eso, Maximiliano?

—Perdone, tiene razón. ¡Pues bien!, quería decir que el otro día encontré al señor de Morcef.

—¿Y qué?

—El señor Franz es su amigo, como usted sabe.

—Sí, bien, ¿qué quiere decir con ello?

—Pues..., que ha recibido una carta de Franz en la que le anuncia su próximo regreso.

Valentina palideció, y tuvo que apoyarse en la valla.

—¡Ah! ¡Dios mío! —dijo—, ¡si así fuese!, pero no, porque entonces no sería la señorita de Villefort la que me habría avisado.

—¿Por qué?

—Porque... no sé..., pero me parece que a la señora de Villefort, sin oponerse a él francamente, no le agrada este casamiento.

—¡Oh!, voy a adorar a la señora de Villefort en lo sucesivo.

—¡Oh!, espere, Maximiliano —dijo Valentina con triste sonrisa.

—En fin, si ve con malos ojos esa boda, aunque no fuera más que por desbaratarla, admitiría tal vez alguna otra proposición.

—No lo crea, Maximiliano; no son los maridos lo que rechaza la señora de Villefort, es el casamiento.

—¡Cómo!, ¡el casamiento! Si tanto detesta el casamiento, ¿por qué se ha casado?

—No me entiende, Maximiliano; cuando hace un año hablé de retirarme a un convento, a pesar de las observaciones que me hizo antes, ella había adoptado mi proposición con gozo, mi padre

también lo hubiera consentido, estoy segura: solo mi abuelo fue el que me detuvo. No puede figurarse, Maximiliano, qué expresión hay en los ojos de ese pobre anciano, que a nadie ama en el mundo sino a mí; y que Dios me perdone, si es una blasfemia, tampoco es amado de nadie más que de mí. ¡Si viera cómo me miró cuando supo mi resolución, cuántas quejas había en aquella mirada, y cuánta desesperación en aquellas lágrimas que rodaban por sus inmóviles mejillas! ¡Ah!, Maximiliano, entonces experimenté una especie de remordimiento, me arrojé a sus pies gritando: ¡perdón, perdón, padre mío!, harán de mí lo que quieran, pero no me separaré de usted. Levantó entonces los ojos al cielo; Maximiliano, mucho puedo sufrir, pero aquella mirada de mi abuelo me ha pagado con creces por todos mis sufrimientos.

—¡Querida Valentina!, es un ángel, y en verdad, no sé cómo he merecido la confianza que me dispensa. Pero, en fin, veamos; ¿qué interés tiene la señora de Villefort en que no se case?

—¿No ha oído hace poco que le dije que yo era rica, muy rica? Tengo por mi madre 50 000 libras de renta; mi abuelo y mi abuela, el marqués y la marquesa de Saint-Merán, deben dejarme otro tanto. El señor Noirtier tiene al menos intenciones visibles de hacerme su única heredera. De esto resulta que, comparado conmigo, mi hermano Eduardo, que no espera ninguna fortuna de parte de su madre, es pobre. Ahora bien, la señora de Villefort ama a este niño con locura, y si yo me hubiese hecho religiosa, toda mi fortuna recaía en su hijo.

—¡Oh!, ¡qué extraña es esa codicia en una mujer joven y hermosa!

—Ha de darse cuenta que no es por ella, Maximiliano, sino por su hijo, y que lo que le censura como un defecto, es casi una virtud, mirado bajo el punto de vista del amor maternal.

—Pero, veamos —dijo Morrel—, ¿y si usted dejase gran parte de su fortuna a su hermano?

—¿Pero cómo se hace tal proposición, y sobre todo a una mujer que tiene sin cesar en los labios la palabra desinterés?

—Valentina, mi amor ha permanecido sagrado siempre, y como todo lo sagrado, yo te he cubierto con el velo de mi respeto, te he encerrado en mi corazón; nadie en el mundo lo sospecha, ni

siquiera mi hermana. ¿Me permite confíe a un amigo este amor que no he confiado a nadie en el mundo?

Valentina se estremeció.

—¿A un amigo? —dijo— Oh, ¡Dios mío! ¡Maximiliano, me estremezco solo de oírlo hablar así! ¡A un amigo! ¿Y quién es ese amigo?

—¿No ha experimentado alguna vez por alguna persona una de esas simpatías irresistibles, que hacen que aunque la ve por primera vez, crea conocerla después de mucho tiempo, y se pregunte a usted misma dónde y cuándo la ha visto, tanto que, no pudiendo acordarse del lugar ni del tiempo, llegue a creer que fue en un mundo anterior al nuestro, y que esta simpatía no es más que un recuerdo que se despierta?

—Sí, ¡oh!, sí.

—¡Pues bien!, eso fue lo que yo experimenté la primera vez que vi a ese hombre extraordinario.

—¿Un hombre extraordinario?

—Sí.

—¿Lo conoce desde hace mucho tiempo?

—Apenas hará unos ocho días.

—¿Y llama amigo suyo a una relación de solo ocho días? ¡Oh!, Maximiliano, lo creía más avaro de ese hermoso nombre de amigo.

—Tiene razón, Valentina; pero, diga lo que quiera, nada me hará cambiar este sentimiento instintivo. Yo creo que este hombre ha de intervenir en todo lo bueno que envuelva mi porvenir, que parece leer su mirada profunda y su poderosa mano dirigir.

—¿Es adivino, por ventura? —dijo sonriendo Valentina.

—A fe mía —dijo Maximiliano—, casi estoy tentado por creer que adivina... sobre el bien.

—¡Oh! —dijo Valentina sonriendo tristemente—, muéstreme a ese hombre, Maximiliano, sepa yo de él si seré bastante amada para cuanto he sufrido.

—¡Pobre amiga!, usted sabe quién es...

—¿Yo?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Es el mismo que ha salvado la vida a su madrastra y a su hijo.

—¡El conde de Montecristo!

—El mismo.

—¡Oh! —exclamó Valentina—, nunca será mi amigo, lo es demasiado de mi madrastra.

—¡El conde, amigo de su madrastra, Valentina! Mi instinto no puede fallar hasta este punto: estoy seguro de que se engaña.

—¡Oh!, si supiese, Maximiliano..., pero no es Eduardo quien reina en la casa, es el conde, estimado por la señora Villefort, que le considera como el compendio de los conocimientos humanos; admirado de mi padre, que, según dice, no ha oído nunca formular con más elocuencia ideas más elevadas; idolatrado de Eduardo, que, a pesar de su miedo a los grandes ojos negros del conde, corre a su encuentro apenas le ve venir, y le abre la mano, donde siempre halla algún admirable juguete: El señor de Montecristo no está aquí en casa de mi padre; el señor de Montecristo no está aquí en casa de la señora de Villefort; el señor de Montecristo está en su casa.

—Pues bien, querida Valentina, si las cosas son como dice, ya debe sentir o sentirá los efectos de su presencia. Si encuentra a Alberto de Morcef en Italia, es para librarle de las manos de los bandidos; ve a la señora Danglars, y es para hacerle un regio regalo; su madrastra y su hermano pasan por delante de la puerta de su casa, y es para que su esclavo nubio les salve la vida. Este hombre ha recibido evidentemente el poder de influir sobre los acontecimientos, sobre los hombres y sobre las cosas; jamás he visto gustos más sencillos unidos a una magnificencia tan soberana. Su sonrisa es tan dulce cuando me sonríe a mí, que olvido cuán amarga la encuentran otros. ¡Oh!, dígame, Valentina, ¿le ha sonreído a usted? ¡Oh!, si lo ha hecho así, será feliz.

—Yo —dijo la joven—, ¡oh, Dios mío!, ni siquiera me mira, Maximiliano, o más bien, si paso por casualidad por su lado, vuelve los ojos a otra parte. ¡Oh!, no es generoso, o no posee esa mirada profunda que lee en los corazones y que usted le supone; porque si la tuviese, habría visto que yo soy muy desdichada; porque si hubiera sido generoso, al verme sola y triste en medio de esta casa, me habría protegido con esa influencia que ejerce; y puesto que él

representa, según usted dice, el papel del sol, habría calentado mi corazón con uno de sus rayos. Dice que lo ama, Maximiliano, ¡oh, Dios mío!, ¿qué sabe usted? Los hombres siempre ponen rostro risueño a un oficial de cinco pies y ocho pulgadas como usted, que tiene un buen bigote y un gran sable, pero no hacen caso de una pobre mujer que no sabe más que llorar.

—¡Oh, Valentina!, se engaña, se lo juro.

—De no ser así, Maximiliano; si me tratase diplomáticamente, es decir, como un hombre que de un modo u otro quiere aclimatarse en la casa, una vez, aunque no fuese más, me hubiera honrado con esa sonrisa que tanto me pondera, pero no; me ha visto desdichada, comprende que no puedo serle útil en nada, y no fija la atención en mí. ¿Quién sabe si para hacer la corte a mi padre, a la señora de Villefort o a mi hermano, no me perseguirá siempre que pueda? Veamos, francamente, Maximiliano, yo no soy una mujer que se deba despreciar así, sin razón, usted me lo ha dicho. ¡Ah, perdón! —continuó la joven al ver la impresión que causaban en Maximiliano estas palabras—. Hago mal, muy mal en decirle acerca de ese hombre cosas que ni siquiera sospechaba tener en el corazón. Mire, no niego que exista esa influencia de que me habla, y que hasta la ejerce sobre mí; pero, si la ejerce, es de un modo pernicioso y que corrompe, como ve, los buenos pensamientos.

—Está bien, Valentina —dijo Morrel dando un suspiro—; no hablemos más de esto; no le diré nada.

—¡Ay!, amigo mío —dijo Valentina—; le aflijo mucho, ya lo veo. ¡Oh!, ¡y no poder estrechar su mano para pedirle perdón!, pero convénzame al menos, solo le pido eso; dígame: ¿qué ha hecho por usted ese conde de Montecristo?

—Confieso que me pone en un aprieto preguntándome qué es lo que el conde ha hecho por mí; nada, bien lo sé, como que mi afecto hacia él es instintivo y nada tiene de fundado. ¿Ha hecho acaso algo por mí el sol que me alumbra? No; me calienta y le estoy viendo a su luz. ¿Ha hecho algo por mí este o el otro perfume? No; su olor recrea agradablemente uno de mis sentidos; nada más tengo que decir cuando me preguntan por qué pondero este perfume; mi amistad hacía él es extraña, como la suya hacia mí. Una voz secreta

me advierte que hay más que casualidad en esta amistad recíproca e imprevista. Casi encuentro una relación en sus pequeñas acciones, en sus más secretos pensamientos, con mis acciones y mis pensamientos. Se va a reír de mí, Valentina; pero desde que conozco a ese hombre, se me ha ocurrido la idea absurda de que todo el bien que me suceda no puede proceder de nadie más que de él. Sin embargo, he vivido treinta años sin este protector, ¿no es verdad?, no importa; mire un ejemplo: él me ha convidado a comer para el sábado, ¿no es verdad?, nada más natural en el punto de amistad en que nos hallamos. Pues bien; ¿qué he sabido después? Su padre está invitado a esta comida, su madre también irá. Yo me encontraré con ellos, ¿y quién sabe lo que resultará de esta entrevista? Estas son circunstancias muy sencillas en apariencia; sin embargo, yo veo en esto una cosa que me asombra; tengo en ello una confianza extremada. Yo pienso que el conde, ese hombre singular que todo lo adivina, ha querido buscar una ocasión para presentarme a los señores de Villefort; y algunas veces, se lo juro, procuro leer en sus ojos si ha adivinado nuestro amor.

—Amigo mío —dijo Valentina—, le tomaría por visionario, y temería realmente por su razón, si no escuchase tan buenos razonamientos. ¡Cómo!, ¿cree que no es casualidad ese encuentro? En verdad, reflexiónelo bien. Mi padre, que no sale nunca, ha estado a punto de rehusar esa invitación más de diez veces; pero la señora de Villefort, que está ansiosa por ver en su casa a ese hombre extraordinario, obtuvo con mucho trabajo que la acompañase. No, no, créame, excepto a usted, Maximiliano, no tengo a nadie a quien pedir que me socorra en este mundo, más que a mi abuelo, un cadáver.

—Veo que tiene razón, Valentina, y que la lógica está en favor suyo —dijo Maximiliano—; pero su dulce voz tan poderosa siempre para mí, hoy no me convence.

—Ni la suya a mí tampoco —repuso Valentina—, y confieso que como no tenga más ejemplos que citarme...

—Uno tengo —dijo Maximiliano vacilando un poco—; pero, en verdad, Valentina, me veo obligado a confesarlo, es más absurdo que el primero.

—Tanto peor —dijo Valentina sonriendo.

—Y con todo —prosiguió Morrel—, no es menos concluyente para mí, hombre de inspiración y sentimiento que en diez años que hace que sirvo en el ejército, he debido la vida varias veces a uno de esos instintos que le dicen que haga un movimiento hacia atrás o hacia adelante para que la bala que debía matarlo pase más alta o más ladeada.

—Querido Maximiliano, ¿por qué no atribuir a mis oraciones ese alejamiento de las balas? Cuando está fuera, no es por mí por quien ruego a Dios y a mi madre, sino por usted.

—Sí, desde que la conozco —dijo Morrel sonriendo—; pero ¿para quién rezaba antes de que la conociese, Valentina?

—Veamos, puesto que nada quiere deberme, ingrato, volvamos a ese ejemplo que usted mismo confiesa que es absurdo.

—¡Pues bien!, mire por las rendijas de las tablas aquel caballo nuevo en que he venido hoy.

—¡Oh, qué hermoso animal! —exclamó Valentina—. ¿Por qué no lo ha traído junto a la valla para contemplarlo mejor?

—En efecto, como ve, es un animal de gran valor —dijo Maximiliano—. ¡Bueno! Usted sabe que mi fortuna es limitada. ¡Pues bien!, yo había visto en casa de un tratante de caballos ese magnífico Medeah. Pregunté cuánto valía, me respondieron que cuatro mil quinientos francos; como comprenderá, yo me abstuve de comprarlo por algún tiempo, y me fui, lo confieso, bastante entristecido, porque el caballo me miró con ternura, y me había acariciado con su cabeza. Aquella misma tarde se reunieron en mi casa algunos amigos, el señor de Château-Renaud, el señor Debray, y otros cinco o seis malas cabezas, que usted tiene la dicha de no conocer ni aun de nombre. Propusieron que se jugase un poco, yo no juego nunca, porque no soy rico para poder perder. Pero, en fin, estaba en mi casa, y no tuve más remedio que ceder. Cuando íbamos a empezar, llegó el conde de Montecristo, ocupó su lugar, jugaron y yo gané; apenas me atrevo a confesarlo. Valentina, gané cinco mil francos. Nos separamos a medianoche. No pude contenerme, tomé un cabriolé, e hice que me condujeran a casa de mi tratante en caballos. Me palpitaba el corazón de alegría. Llamé, me abrieron; apenas vi la puerta abierta, me lancé a la cuadra, miré

al pesebre. ¡Oh, qué suerte! Medeah estaba allí, salté sobre una silla que yo mismo le puse, le pasé la brida, prestándose a todo Medeah con la mejor voluntad del mundo. Entregando después los 4 500 francos al dueño del caballo, salgo y paso la noche dando vueltas por los Campos Elíseos. He visto luz en una ventana de la casa del conde, más aún, me pareció ver su sombra detrás de las cortinas... Ahora, Valentina, juraría que el conde ha sabido que yo deseaba poseer aquel caballo y que ha perdido expresamente para que yo pudiese comprarlo.

—Querido Maximiliano —dijo Valentina—, es demasiado fantástico... ¡Oh!, no me amará mucho tiempo..., un hombre así se cansaría pronto de una pasión monótona como la nuestra... ¡Pero, gran Dios!, ¿no oye que me llaman?

—¡Oh! ¡Valentina! —dijo Maximiliano—, no, la rendija de las tablas..., deme un dedo suyo siquiera para que lo bese.

—Maximiliano, hemos dicho que seríamos el uno para el otro; dos voces, dos sombras.

—¡Ah...!, como guste, querida Valentina.

—¿Quedará contento si hago lo que me pide?

—¡Oh!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí...!

Valentina subió sobre un banco, y pasó, no un dedo, sino toda su mano por encima de las tablas.

El joven lanzó un grito de alegría, y subiéndose a su vez sobre las tablas, se apoderó de aquella mano adorada, y estampó en ella sus labios ardientes; pero al punto la delicada mano se escabulló de entre las suyas, y el joven oyó correr a Valentina, asustada tal vez de la sensación que acababa de experimentar.

Ahora veremos lo que había pasado en casa del procurador del rey después de la partida de la señora Danglars y de su hija, y durante la conversación que acabamos de referir.

El procurador del rey había entrado en la habitación ocupada por su padre, seguido de su esposa; en cuanto a Valentina ya sabemos dónde estaba.

Después de haber saludado al anciano los dos esposos, y despedido a Barrois, antiguo criado que hacía más de veinte años que servía en la casa, tomaron asiento a su lado.

El anciano paralítico, sentado en su gran sillón con ruedas, donde le colocaron por la mañana y de donde lo sacaban por la noche delante de un espejo que reflejaba toda la habitación y le permitía ver, sin hacer un movimiento imposible en él, quién entraba en su cuarto y quién salía: El señor Noirtier, inmóvil como un cadáver, contemplaba con ojos inteligentes y vivos a sus hijos, cuya ceremoniosa reverencia le anunciaba que iban a dar algún paso oficial inesperado.

La vista y el oído eran los dos únicos sentidos que animaban aún, como dos llamas, aquella masa humana, que casi pertenecía a la rumba; mas de estos dos sentidos uno solo podía revelar la vida interior que animaba a la estatua, y la vista, que revelaba esta vida interior se asemejaba a una de esas luces lejanas que durante la noche muestran al viajero perdido en un desierto que aún hay un ser viviente que vela en aquel silencio y aquella oscuridad.

Así, pues, en aquellos ojos negros del anciano Noirtier, cuyas cejas negras contrastaban con la blancura de su larga cabellera, se habían concentrado toda la actividad, toda la vida, toda la fuerza, toda la inteligencia, que antes poseía aquel cuerpo; pero aquellos ojos suplían a todo; él mandaba con los ojos, daba gracias con los ojos también, era un cadáver con los ojos animados, y nada era más espantoso a veces que aquel rostro de mármol, cuyos ojos expresaban unas veces la cólera, otras la alegría; tres personas únicamente sabían comprender el lenguaje del pobre paralítico: Villefort, Valentina y el antiguo criado del cual hemos hablado.

Sin embargo, como Villefort no lo veía sino muy rara vez, y por decirlo así, cuando no tenía otro remedio, como cuando lo veía no procuraba complacerlo comprendiéndolo, toda la felicidad del anciano reposaba en su nieta, y Valentina había logrado, a fuerza de cariño y constancia, comprender por la mirada todos los pensamientos del anciano; a este lenguaje mudo que otro cualquiera no habría podido entender, respondía con toda su voz, toda su fisonomía, toda su alma, de suerte que se entablaban diálogos animados entre aquella joven y aquel cadáver, que era, sin embargo, un hombre de inmenso talento, de una penetración inaudita, y de una voluntad tan poderosa como puede serlo el alma

encerrada en una materia por la cual ha perdido el poder de hacerse obedecer.

Valentina había resuelto el extraño problema de comprender el pensamiento del anciano y hacerle que entendiera el suyo; y gracias a este estudio, ni siquiera una palabra dejaban de comprender tanto el uno como el otro.

Por lo que al criado se refiere, después de veinticinco años, según hemos dicho, servía a su amo, por lo cual conocía tan bien todas sus costumbres, que rara vez tenía que pedirle algo Noirtier.

De consiguiente, no necesitaba Villefort de los socorros ni de uno ni de otro para entablar con su padre la extraña conversación que venía a provocar. También él conocía el vocabulario del anciano, y si no se servía de él con más frecuencia, era por pereza o por indiferencia. Decidió, pues, que Valentina bajara al jardín, alejó a Barrois, y después de haber tomado asiento a la derecha de su padre, mientras que la señora de Villefort se sentaba a la izquierda, dijo:

—Señor, no se admire de que Valentina no haya subido con nosotros, y que yo haya mandado alejar a Barrois, porque la conversación que vamos a tener juntos es de esas que no pueden tenerse delante de una joven o de un criado; la señora de Villefort y yo tenemos que comunicarle algo importante.

El rostro de Noirtier permaneció impasible durante este preámbulo; en vano procuró Villefort penetrar los pensamientos profundos del anciano en aquel momento.

—Y estamos seguros —continuó el procurador del rey, con aquel tono que parecía no sufrir ninguna contradicción— de que le agradará.

El anciano seguía impasible, si bien no perdía una sola palabra.

—Caballero —repuso Villefort—, casamos a Valentina.

Una figura de cera no permanecería más fría que el rostro del anciano al oír esta noticia.

—La boda se efectuará dentro de tres semanas —repuso Villefort.

Los ojos del anciano siguieron tan inanimados como antes.

La señora de Villefort tomó a su vez la palabra, y se apresuró a añadir:

—Creímos que esta noticia sería de algún interés para usted, señor; por otra parte, Valentina ha parecido merecer siempre su afecto; solamente nos resta decirle el nombre del joven que le ha sido destinado. Es uno de los mejores partidos a que puede aspirar: una buena fortuna y perfectas garantías de felicidad en la conducta y los gustos del que le destinamos, y cuyo nombre no puede serle desconocido. Se trata del señor Franz de Quesnel, barón d’Epinay.

Durante estas palabras de su mujer, Villefort fijaba sobre el anciano una mirada más atenta que nunca. Cuando la señora de Villefort pronunció el nombre de Franz, los ojos de Noirtier se estremecieron, y dilatándose los párpados como hubieran podido hacerlo los labios para dejar salir una palabra, dejaron salir una chispa.

El procurador del rey que conocía las antiguas enemistades políticas que habían existido entre su padre y el padre de Franz, comprendió este fuego y esta agitación; pero, sin embargo, disimuló, y volviendo a tomar la palabra donde la había dejado su mujer:

—Señor —dijo—, es muy importante que, próxima como se encuentra Valentina a cumplir los diecinueve años, se piense en establecerla. No obstante, no le hemos olvidado en nuestras deliberaciones, y nos hemos asegurado de antemano de que el marido de Valentina aceptaría vivir, si no a nuestro lado, porque tal vez incomodaríamos a unos jóvenes esposos, al menos con usted, a quien tanto cariño profesa Valentina, cariño al que parece corresponder: es decir, que usted vivirá a su lado, de suerte que no perderá ninguna de sus costumbres, con la diferencia de que tendrá a dos hijos en vez de uno, para que lo cuiden.

Los ojos de Noirtier se inyectaron en sangre.

Algo espantoso debía pasar en el alma de aquel anciano, seguramente el grito del dolor y la cólera subía a su garganta, y no pudiendo estallar, lo ahogaba, porque su rostro enrojecía y sus labios se amorataron.

Villefort abrió tranquilamente una ventana, diciendo:

—Mucho calor hace aquí, y este calor puede hacer daño al señor de Noirtier.

Después volvió, pero ya no se sentó.

—Este casamiento —añadió la señora de Villefort— es del agrado

del señor d'Epinay y de su familia, que se compone solamente de un tío y de una tía. Su madre murió en el momento de dar a luz, y su padre fue asesinado en 1815, es decir, cuando el niño contaba dos años de edad; por lo tanto, esta boda depende de su voluntad.

—Asesinato misterioso —dijo Villefort—, y cuyos autores han permanecido desconocidos, aunque las sospechas han parecido recaer sobre muchas personas.

Noirtier hizo tal esfuerzo, que sus labios se contrajeron como para esbozar una sonrisa.

—Ahora, pues —continuó Villefort—, los verdaderos culpables, los que saben que han cometido el crimen, aquellos sobre los cuales puede recaer durante su vida la justicia de los hombres y la justicia de Dios después de su muerte, serían felices en hallarse en nuestro lugar y tener una hija que ofrecer al señor Franz d'Epinay para apagar hasta la apariencia de la sospecha.

Noirtier se había calmado con una rapidez que no era de esperar de aquella organización tan febril.

—Sí, comprendo —respondió con la mirada a Villefort, y aquella mirada expresaba el desdén profundo y la cólera inteligente.

Villefort, por su parte, respondió a esta mirada encogiéndose ligeramente de hombros.

Luego hizo señas a la señora de Villefort de que se levantase.

—Ahora, caballero —dijo la señora de Villefort—, reciba todos mis respetos. ¿Quiere que venga a presentarle los suyos Eduardo?

Se había convenido que el anciano expresase su aprobación cerrando los ojos, su negativa cerrándolos precipitadamente y repetidas veces, y cuando miraba al cielo era que tenía algún deseo que expresar.

Cuando quería llamar a Valentina cerraba solamente el ojo derecho.

Si quería llamar a Barrois, el ojo izquierdo.

A la proposición de la señora de Villefort, guiñó los ojos repetidas veces.

La señora de Villefort se mordió los labios.

—¿Quiere que le envíe a Valentina? —dijo.

—Sí —expresó el anciano al cerrar los ojos.

Los señores de Villefort saludaron y salieron, dando en seguida la orden de que llamasen a Valentina.

Transcurridos unos breves instantes, esta entró en la habitación del señor Noirtier, con las mejillas aún coloradas por la emoción. No necesitó más que una mirada para comprender cuánto sufría su abuelo, cuántas cosas tenía que decirle.

—¡Oh!, buen papá —exclamó—, ¿qué te ha pasado?, ¿te han hecho enfadar?, estás enojado, ¿verdad?

—Sí —dijo cerrando los ojos.

—¿Contra quién?, ¿contra mi padre?, no; ¿contra la señora de Villefort?, ¿contra mí?

—¡Contra mí! —exclamó Valentina asombrada.

El anciano hizo señas de que sí.

—¿Y qué te he hecho yo, querido y buen papá? —exclamó Valentina.

El anciano renovó las señas.

Ninguna respuesta; entonces continuó la joven.

—Yo no lo he visto hoy aún..., ¿te han contado algo de mí?

—Sí —dijo la mirada del anciano con viveza.

—Veamos. ¡Dios mío!, lo juro..., abuelito... ¡Ah!, los señores de Villefort acaban de salir, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y son ellos los que han dicho esas cosas que tanto lo han enojado...? ¿Qué es...? ¿Quieres que se lo vaya a preguntar?

—No, no —dijo la mirada.

—¡Oh!, me asustas. ¡Qué han podido decirte, Dios mío! —y comenzó a reflexionar.

—¡Ah!, ya caigo —dijo bajando la voz y acercándose al anciano—. ¿Han hablado tal vez de mi casamiento?

—Sí —replicó la mirada enojada.

—Comprendo; me reprochas mi silencio. ¡Oh!, mira, es porque me habían recomendado que no lo dijese nada; tampoco a mí me habían hablado de ello, y en cierto modo yo he sorprendido este secreto por indiscreción: he aquí por qué he sido tan reservada contigo. ¡Perdóname, mi buen papá Noirtier!

No obstante, la mirada parecía decir:

—No es tan solo el casamiento lo que me aflige.

—¿Pues qué es? —preguntó la joven—, ¿tú crees tal vez que yo te abandonaría, buen papá, y que mi casamiento me haría olvidadiza?

—No —dijo el anciano.

—¿Te han dicho entonces que el señor d'Epinay consentía en que permaneciésemos juntos?

—Sí.

—¿Por qué estás enojado, entonces?

Los ojos del anciano tomaron una expresión de dulzura infinita.

—Sí, comprendo —dijo Valentina—, porque me amas.

El anciano hizo señas de que sí.

—¡Y temes que sea desgraciada!

—Sí.

—¿Tú no quieres al señor Franz?

Los ojos repitieron tres o cuatro veces:

—No, no, no.

—¡Entonces debes de sufrir mucho, buen papá!

—Sí.

—¡Pues bien!, escucha —dijo Valentina, arrodillándose delante de Noirtier, y pasándole sus brazos alrededor de su cuello—, yo también tengo un gran pesar, porque tampoco amo al señor Franz d'Epinay.

Una expresión de alegría se reflejó en los ojos del anciano.

—Cuando quise retirarme al convento, recuerda que te enfadaste mucho conmigo, ¿verdad?

Los ojos del anciano se humedecieron.

—¡Pues bien! —continuó Valentina—, solo era para librarme de este casamiento, que causa mi desesperación.

Noirtier estaba cada vez más conmovido.

—¿También a ti te disgusta esta boda, abuelito? ¡Oh, Dios mío! Si tú pudieses ayudarme, abuelito, si los dos pudiésemos romper ese proyecto. Pero no puedes hacer nada contra ellos; ¡tú, que tienes un espíritu tan vivo y una voluntad tan firme!, pero cuando se trata de luchar eres tan débil y aún más débil que yo. ¡Ay!, tú hubieras sido para mí un protector muy poderoso en los días de tu fuerza y de tu salud; pero hoy no puedes hacer más que comprenderme y

regocijarte o afligirte conmigo; esta es la última felicidad que Dios se ha olvidado de arrebatarme junto con las otras.

Al oír estas palabras, hubo tal expresión de malicia y sagacidad en los ojos de Noirtier, que la joven creyó leer en ellos estas otras: “Te engañas, aún puedo hacer mucho por ti”.

—¿Puedes hacer algo por mí, abuelito? —dijo Valentina.

—Sí.

Noirtier levantó los ojos al cielo. Esta era la señal convenida entre él y Valentina cuando deseaba algo.

—¿Qué quieres, querido papá? ¡Veamos!

Valentina reflexionó un instante, y luego expresó en voz alta sus pensamientos a medida que iban acudiendo a su imaginación, y viendo que a todo respondía su abuelo ¡no!

—Pues, señor —dijo—, recurramos al gran medio, soy una torpe.

Entonces recitó una tras otra todas las letras del alfabeto, desde la A hasta la N, mientras que sus ojos interrogaban la expresión de los del paralítico: al pronunciar la N, Noirtier hizo señas afirmativas.

—¡Ah! —dijo Valentina—, lo que desea empieza por la letra N, bien. Veamos qué letra ha de seguir a la N: na, ne, ni, no...

—Sí, sí, sí —expresó el anciano.

—¡Ah!, ¿conque es no?

—Sí.

La joven fue a buscar un gran diccionario, que colocó sobre un atril delante de Noirtier; lo abrió, y cuando hubo visto fijar en las hojas la mirada del anciano, su dedo recorrió rápidamente las columnas de arriba abajo. Después de seis años que Noirtier había caído en el lastimoso estado en que se hallaba, la práctica continua le había hecho tan fácil este manejo, que adivinaba tan pronto el pensamiento del anciano como si él mismo hubiese podido buscar en el diccionario.

A la palabra notario, Noirtier le hizo señas de que se parase.

—Notario —dijo—, ¿quieres un notario, abuelito?

—Sí —exclamó el paralítico.

—¿Debe saberlo mi padre?

—Sí.

—¿Tienes prisa porque vayan en busca del notario?

—Sí.
—Pues entonces le enviaremos a llamar inmediatamente. ¿Es eso todo lo que quieres?
—Sí.
La joven corrió a la campanilla y llamó a un criado para suplicarle que hiciese venir inmediatamente a los señores de Villefort al cuarto de su padre.
—¿Estás contento? —dijo Valentina—. Sí..., lo creo, bien..., ¡no era muy fácil de adivinar eso!
Y Valentina sonrió mirando a su abuelo como lo hubiera hecho con un niño.
El señor de Villefort entró, precedido de Barrois.
—¿Qué quiere, caballero? —preguntó al paralítico.
—Señor, mi abuelo desea que se mande llamar a un notario.
Ante este deseo extraño e inesperado, el señor de Villefort cambió una mirada con el paralítico.
—Sí —dijo este último con una firmeza que indicaba que con ayuda de Valentina y de su antiguo servidor, que sabía lo que deseaba, estaba pronto a sostener la lucha.
—¿Pide un notario? —repitió Villefort—. ¿Para qué?
Noirtier no respondió.
—¿Y para qué necesita un notario? —preguntó de nuevo Villefort.
La mirada del paralítico permaneció inmóvil, y por consiguiente muda, lo cual quería decir: Persisto en mi voluntad.
—¿Para jugarnos alguna mala pasada? —dijo Villefort—; no podía saber...
—Pero, en fin —dijo Barrois, pronto a insistir con la perseverancia propia de los criados antiguos—, si el señor desea que venga un notario, será porque tiene necesidad de él. Así, pues, voy a buscarlo.
Barrois no reconocía otro amo más que Noirtier, y no permitía nunca que su voluntad fuese contrariada.
—Sí, quiero un notario —dijo el anciano, cerrando los ojos con una especie de desconfianza, y como si hubiese dicho:
—Veamos si se me niega lo que pido.
—Vendrá un notario, puesto que se empeña, pero yo me

disculparé con él, y también tendré que disculparle a usted, porque la escena va a ser muy ridícula.

—No importa —dijo Barrois—, yo voy a buscarlo; —y el antiguo criado salió triunfante.

En el instante en que salió Barrois, Noirtier miró a Valentina con aquel interés malicioso que anunciaba tantas cosas. La joven comprendió esta mirada y Villefort también, porque su frente se oscureció y sus cejas se fruncieron.

Tomó una silla y se instaló en el cuarto del paralítico. El anciano lo miraba con una perfecta indiferencia, pero había mandado a Valentina de reojo que no se inquietase y que se quedara también.

Tres cuartos de hora después entró el criado con el notario.

—Caballero —dijo Villefort, después de los primeros saludos—, le ha llamado el señor Noirtier de Villefort, a quien tiene presente; una parálisis completa le ha quitado el uso de todos los miembros y de la voz, y nosotros solos, con gran trabajo, logramos entender algunas palabras de lo que dice.

Noirtier dirigió a su nieta una mirada tan grave e imperativa, que la joven respondió al momento:

—Caballero, yo comprendo todo cuanto dice mi abuelo.

—Es cierto —añadió Barrois—, todo, absolutamente todo, como le decía cuando veníamos.

—Permita, caballero, y usted también, señorita —dijo el notario dirigiéndose a Villefort y Valentina—; es este uno de esos casos en que el oficial público no puede proceder sin contraer una responsabilidad peligrosa. Lo primero que hace falta es que el notario quede convencido de que ha interpretado fielmente la voluntad del que le dicta. Ahora, pues, yo no puedo estar seguro de la aprobación de un cliente que no habla; y como no me puede ser probado claramente el objeto de sus deseos o de sus repugnancias, mi ministerio es inútil y sería ejercido con ilegalidad.

El notario dio un paso para retirarse; una sonrisa imperceptible de triunfo se dibujó en los labios del procurador del rey.

Por su parte; Noirtier miró a su nieta con una expresión tal de dolor, que la joven detuvo al notario.

—Caballero —dijo—, la lengua que yo hablo con mi abuelo se

puede aprender fácilmente, y lo mismo que la comprendo yo, puedo enseñársela en pocos minutos. Veamos, caballero, ¿qué necesita para quedar perfectamente convencido de la voluntad de mi abuelo?

—Lo que el instrumento público requiere para ser válido —respondió el notario—; es decir, la certeza del consentimiento. Se puede estar enfermo de cuerpo, pero sano de espíritu.

—Pues bien, señor, con dos señales, tendrá la seguridad de que mi abuelo no ha gozado nunca mejor que ahora de su completa inteligencia. El señor Noirtier, privado de la voz, del movimiento, cierra los ojos cuando quiere decir que sí, y los abre muchas veces cuando quiere decir que no. Ahora ya sabe lo suficiente para entenderse con el señor Noirtier, pruebe.

La mirada que lanzó el anciano a Valentina era tan tierna y expresaba tal reconocimiento, que fue comprendida aun por el notario.

—¿Ha entendido bien lo que acaba de decir su nieta? —preguntó aquel.

Noirtier cerró poco a poco los ojos y los volvió a abrir después de un momento.

—¿Y aprueba lo que se ha dicho?, es decir, ¿que las señales indicadas por ella son las que le sirven para expresar su pensamiento?

—Sí —dijo de nuevo el paralítico.

—¿Es usted quien me ha mandado llamar?

—Sí.

—¿Para hacer su testamento?

—Sí.

—¿Y no quiere que yo me retire sin haberlo hecho?

El anciano cerró vivamente y repetidas veces los ojos.

—¡Pues bien!, caballero, ¿comprende ahora? —preguntó la joven—, ¿y descansará su conciencia?

Pero antes de que el notario pudiese responder, Villefort le llamó aparte.

—Caballero —dijo—, ¿cree que un hombre haya podido experimentar impunemente un choque físico tan terrible como el que experimentó el señor Noirtier de Villefort, sin que la parte moral haya

recibido también una grave lesión?

—No es eso precisamente lo que me inquieta, caballero —respondió el notario—; pero ¿cómo conseguiremos adivinar sus pensamientos, a fin de provocar las respuestas?

—Ya ve que ello es imposible —dijo Villefort.

Valentina y el anciano oían esta conversación. Noirtier fijó una mirada tan firme sobre Valentina, que esta mirada exigía evidentemente una respuesta.

—Caballero —dijo la joven—, no se preocupe por eso; por difícil que sea o que le parezca descubrir el pensamiento de mi abuelo, yo se lo revelaré de modo que desvanezca todas sus dudas. Ya hace seis años que estoy con el señor Noirtier, pues que le diga si durante ese tiempo ha tenido que guardar en su corazón alguno de sus deseos por no poder hacérmelo comprender.

—No —respondió el anciano.

—Probemos, pues —dijo el notario—, ¿acepta a esta señorita por intérprete?

El paralítico respondió que sí.

—Bien, veamos, caballero, ¿qué es lo que quiere de mí? ¿Qué clase de acto quiere hacer?

Valentina fue diciendo todas las letras del alfabeto hasta llegar a la t.

En esta letra la detuvo la elocuente mirada de Noirtier.

—La letra t es la que pide el señor —dijo el notario—, está claro...

—Espere —dijo Valentina, y volviéndose hacia su abuelo—, también ta, te...

El anciano la detuvo en seguida en estas sílabas.

Valentina tomó entonces el diccionario y hojeó las páginas a los ojos del notario, que atento lo observaba todo.

—Testamento —señaló su dedo, detenido por la ojeada de Noirtier.

—Testamento —exclamó el notario—, es evidente que el señor quiere testar.

—Sí —respondió el anciano.

—Esto es maravilloso, caballero —dijo el notario a Villefort.

—En efecto —replicó—, y lo sería asimismo ese testamento, porque yo no creo que los artículos se puedan redactar palabra por

palabra, a no ser por mi hija. Ahora, pues, Valentina estará tal vez interesada en este testamento, para ser intérprete de las oscuras voluntades del señor Noirtier de Villefort.

—¡No, no, no! —protestó con los ojos el señor Noirtier.

—¡Cómo! —repuso el señor de Villefort—. ¿No está Valentina interesada en su testamento?

—No.

—Caballero —dijo el notario, que maravillado de esta prueba se proponía contar a la gente los detalles de este episodio pintoresco —; caballero, nada me parece más fácil ahora que lo que hace un momento consideraba imposible, y ese testamento será un testamento místico; es decir, previsto y autorizado por la ley, con tal que sea leído delante de siete testigos, aprobado por el testador delante de ellos y cerrado por el notario, siempre delante de ellos. Por lo que al tiempo se refiere, apenas durará más que un testamento ordinario; primero están las fórmulas, que siempre son las mismas; y en cuanto a los detalles, la mayor parte serán adivinados por el estado de los asuntos del testador y por usted, que habiéndolos administrado, los conocerá. Sin embargo, por otra parte, para que esta acta permanezca inatacable, vamos a hacerlo con la formalidad más completa; uno de mis colegas me ayudará, y, contra toda costumbre, asistirá al acto. ¿Está satisfecho, caballero? —continuó el notario dirigiéndose al anciano.

—Sí —respondió Noirtier, contento, al parecer, por haber sido comprendido.

"¿Qué va a hacer?", pensó Villefort, a quien su elevada posición imponía mucha reserva, y que no podía adivinar las intenciones de su padre.

Se volvió para mandar llamar al segundo notario, pedido por el primero; pero Barrois, que todo lo había oído, y adivinado el deseo de su amo, había salido ya en su busca.

El procurador del rey envió entonces a decir a su mujer que subiese.

Al cabo de un cuarto de hora todo el mundo estaba reunido en el cuarto del paralítico, y el segundo notario había llegado.

Con pocas palabras estuvieron los dos de acuerdo. Leyeron a

Noirtier una fórmula de testamento; y para empezar, por decirlo así, el examen de su inteligencia, el primer notario, volviéndose hacia él, le dijo:

—Cuando se otorga testamento es en favor o en perjuicio de alguna persona.

—Sí —respondió Noirtier.

—¿Tiene alguna idea de la cantidad a que asciende su caudal?

—Sí.

—Iré diciéndoos algunas cantidades en orden ascendente; ¿me detendrá cuando crea que es la suya?

—Sí.

Había en este interrogatorio una especie de solemnidad; por otra parte, jamás fue tan visible la lucha de la inteligencia contra la materia; era un espectáculo curioso.

Todos formaron un círculo alrededor de Noirtier; el segundo notario estaba sentado a una mesa, dispuesto a escribir; el primero, en pie, a su lado, interrogaba al anciano.

—Su fortuna pasa de trescientos mil francos, ¿no es verdad? —preguntó.

Noirtier permaneció inmóvil.

—¿Quinientos mil?

La misma inmovilidad.

—¿Seiscientos mil...?, ¿setecientos mil...?, ochocientos mil...?, ¿novecientos mil...?

Noirtier hizo señas afirmativas.

—¿Posee novecientos mil francos?

—Sí.

—¿Inmuebles?

—No.

—¿En escrituras de renta?

Noirtier hizo señas afirmativas.

—¿Están en su poder estas inscripciones?

Una mirada dirigida a Barrois hizo salir al antiguo criado, que volvió un instante después con una cajita.

—¿Permite que se abra esta caja? —preguntó el notario.

Noirtier dijo que sí.

Abrieron la caja y encontraron novecientos mil francos en escrituras.

El primer notario pasó una tras otra cada escritura a su colega; la cuenta estaba cabalmente como había dicho Noirtier.

—Esto es —dijo—; no se puede tener la cabeza más firme y despejada. —Y volviéndose luego hacia el paralítico—: ¿Conque —le dijo— posee novecientos mil francos de capital, que, del modo que están invertidos, deberán producirle cuarenta mil francos de renta?

—Sí.

—¿A quién desea dejar esa fortuna?

—¡Oh! —dijo la señora de Villefort—, no cabe la menor duda; el señor Noirtier ama únicamente a su nieta, la señorita Valentina de Villefort; ella es quien le cuida hace seis años; ha sabido cautivar con sus cuidados asiduos el afecto de su abuelo, y casi diré su reconocimiento; justo es, pues, que recoja el precio de su cariño.

Los ojos de Noirtier lanzaron miradas irritadas a la señora de Villefort por las intenciones que le suponía.

—¿Deja, pues, a la señorita Valentina de Villefort los novecientos mil francos? —inquirió el notario persuadido de que ya no faltaba más que el asentimiento del paralítico para cerrar el acto.

Valentina se había retirado a un rincón y lloraba, el anciano la miró un instante con la expresión de la mayor ternura; volviéndose después hacia el notario, cerró los ojos muchas veces de la manera más significativa.

—¡Ah!, ¿no? —dijo el notario—; ¿conque no es a la señorita de Villefort a quien hace heredera universal?

Noirtier hizo seña negativa.

—¿No se engaña? —exclamó el notario asombrado—; ¿dice que no?

—No —repitió Noirtier—, no...

Valentina levantó la cabeza; estaba asombrada, no por haber sido desheredada, sino por haber provocado el sentimiento que dicta ordinariamente semejantes actos.

Pero Noirtier la miró con una expresión tal de ternura, que la joven exclamó:

—¡Oh!, ¡mi buen padre!, bien lo veo, solo me quita su fortuna, pero reserva para mí su corazón.

—¡Oh!, sí, seguramente —dijeron los ojos del paralítico cerrándose con una expresión ante la cual Valentina no podía engañarse.

—¡Gracias!, ¡gracias! —murmuró la joven.

Sin embargo, esta negativa había hecho nacer en el corazón de la señora de Villefort una esperanza inesperada, y se acercó al anciano.

—¿Entonces, será a su nietecito Eduardo Villefort a quien deja su fortuna, querido señor Noirtier? —inquirió la madre.

El movimiento negativo de los ojos fue terrible, casi expresaba odio.

—No —exclamó el notario—; ¿es a su señor hijo, que está presente?

—¡No! —repuso el anciano.

Los dos notarios se miraron asombrados; Villefort y su mujer se sonrojaron, el uno de vergüenza, la otra de despecho.

—Pero ¿qué le hemos hecho, padre? —dijo Valentina—, ¿no nos ama ya?

La mirada del anciano pasó rápidamente sobre su hijo y su nuera, y se fijó en Valentina con una expresión de ternura.

—¡Entonces! —dijo esta—; si me amas, veamos, padre mío, procura unir este amor a lo que haces en este momento. Tú me conoces, sabes que nunca he pensado en la fortuna. Además, aseguran que soy rica por parte de mi madre, demasiado rica tal vez; explícate, pues.

Noirtier fijó su mirada ardiente sobre la mano de Valentina.

—¿Mi mano? —dijo ella.

—Sí —dijo.

—¿Su mano? —repitieron todos los concurrentes, asombrados.

—¡Ah!, señores, bien pueden ver que todo es inútil, y que mi pobre padre está loco —dijo Villefort.

—¡Oh! —exclamó de repente Valentina—, ¡ya comprendo!, mi casamiento, ¿no es verdad, buen padre mío?

—Sí, sí, sí —repitió tres veces el anciano.

—¿No le agrada mi casamiento?, ¿es verdad?

—Sí.
—¡Pero eso es un absurdo! —dijo Villefort.
—Discúlpeme, caballero —dijo el notario—, todo esto que está ocurriendo es muy natural, y todos quedaremos perfectamente convencidos de la verdad.
—¿No quiere que me case con el señor Franz d'Epinay?
—No, no quiero —expresaron los ojos del anciano.
—¿Y desheredaría a su nieta —exclamó el notario—, por efectuar una boda contra su gusto?
—Sí —respondió Noirtier.
—¿De suerte que, a no ser por este casamiento sería su heredera?
—Sí.
Hubo entonces un silencio profundo alrededor del anciano.
Los dos notarios se consultaban; Valentina, con las manos juntas, miraba a su abuelo con singular dulzura; Villefort se mordía los labios; su mujer no podía reprimir un sentimiento de alegría que, a pesar suyo, se retrataba en su semblante.
—Pero —dijo al fin Villefort rompiendo el silencio— creo que yo solo soy dueño de la mano de mi hija, y quiero que se case con el señor Franz d'Epinay, y se casará.
Valentina cayó llorando sobre un sillón.
—Caballero —dijo el notario dirigiéndose al anciano—, ¿qué piensa hacer con su fortuna, en caso de que la señorita Valentina contraiga matrimonio con el señor Franz?
El anciano permaneció inmóvil.
—No obstante, ¿dispondrá de él?
—Sí —respondió Noirtier.
—¿En favor de alguno de su familia?
—No.
—¿En favor de los necesitados?
—Sí.
—Pero bien sabe —dijo el notario— que la ley se opone a que despoje enteramente a sus hijos.
—Sí.
—¿No dispondrá de la parte que le autoriza la ley?

Noirtier permaneció inmóvil.

—¿Continúa con la idea de querer disponer de todo?

—Sí.

—Pero después de su muerte impugnarán su testamento.

—No.

—Mi padre me conoce, caballero —dijo el señor de Villefort—, sabe que su voluntad será sagrada para mí; por otra parte, se da cuenta de que en mi posición no puedo pleitear con los pobres.

Los ojos de Noirtier expresaron triunfo.

—¿Qué dice, caballero? —preguntó el notario a Villefort.

—Nada, caballero; mi padre ha tomado esta resolución, y yo sé que no cambia nunca. Por consiguiente, debo resignarme. Estos novecientos mil francos saldrán de la familia para enriquecer los hospitales; pero jamás cederé ante un capricho de anciano, y obraré según mi voluntad.

Aquel mismo día quedó cerrado el testamento; se buscaron testigos, fue aprobado por el anciano, firmado después en su presencia y archivado más tarde en casa del señor Deschamps, notario de la familia.

Capítulo tres: El telégrafo y el jardín

Al volver a su casa el señor y la señora de Villefort supieron que el señor conde de Montecristo había ido a hacerles una visita, y les aguardaba en el salón. La señora de Villefort, demasiado conmovida para entrar de repente, pasó a su tocador, mientras que el procurador del rey, más seguro de sí mismo, se dirigió inmediatamente al salón.

Por dueño que fuese de sus sensaciones, por bien que supiera componer su rostro, el señor de Villefort no pudo apartar del todo la nube que oscurecía su semblante, y el conde de Montecristo no pudo menos de reparar en su aire sombrío y pensativo.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Montecristo después de los primeros

saludos—; ¿qué le ocurre, señor de Villefort?, ¿he llegado tal vez en el momento en que extendía alguna sentencia de muerte?

Villefort trató de sonreír.

—No, señor conde —dijo—, aquí no hay más víctima que yo; esta vez he perdido el pleito, y todo por una casualidad, una locura, una manía.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Montecristo con interés perfectamente fingido—. ¿Le ha sucedido en realidad alguna desgracia grave?

—¡Oh, señor conde! —dijo Villefort con una tranquilidad llena de amargura—, no vale la pena hablar de ello; ¡oh!, no ha sido nada, una simple pérdida de dinero.

—En efecto —respondió Montecristo—, una pérdida de dinero es poca cosa para una fortuna como la que posee, y para un talento filosófico y elevado como el suyo.

—Por consiguiente —respondió Villefort—, no es la pérdida de dinero lo que me preocupa, aunque después de todo, novecientos mil francos bien merecen ser llorados, o por lo menos causar un poco de despecho a la persona que los pierde. Pero, sobre todo, lo que más me enoja es la casualidad, la fatalidad; no sé cómo llamar al poder que dirige el golpe que me hiere y destruye mis esperanzas de fortuna tal vez, y el porvenir de mi hija por un capricho de anciano...

—¡Cómo...!, ¿qué dice? —exclamó el conde—: ¿Novecientos mil francos ha dicho? ¡Oh!, esa suma merece ser llorada incluso por un filósofo. ¿Y quién le causa ese pesar?

—Mi padre, de quien ya le he hablado.

—¡El señor Noirtier! Pero usted me había dicho, si mal no recuerdo, que tanto él como todas sus facultades estaban completamente paralizadas...

—Sí, sus facultades físicas, porque no puede moverse; no puede hablar, y sin embargo, piensa, desea, obra, como ve. Hace cinco minutos me he separado de él, y ahora mismo está ocupado en dictar su testamento a dos notarios.

—¿Pero ha hablado?

—No, pero se hace comprender.

—¿Pues cómo?
—Por medio de la mirada; sus ojos han seguido viviendo, y bien lo ve, son capaces de matar.
—Amigo mío —dijo la señora de Villefort, que acababa de entrar—, tal vez exagera la situación.
—Señora... —dijo el conde inclinándose.
La señora de Villefort saludó al conde con la más amable de sus sonrisas.
—¿Pero qué es lo que dice el señor de Villefort —preguntó Montecristo—, y qué desgracia incomprensible...?
—¡Incomprensible, esa es la palabra! —repuso el procurador del rey encogiéndose de hombros—; un capricho de anciano.
—¿No hay medio de hacerle revocar esa decisión?
—Desde luego —dijo la señora de Villefort—; y aún diré que depende de mi marido el que ese testamento, en lugar de ser hecho en favor de los pobres, lo hubiera sido en favor de Valentina.
El conde adoptó un aire distraído y miró con la más profunda atención y con la aprobación más marcada a Eduardo, que derramaba tinta en el bebedero de los pájaros.
—Querida —dijo Villefort respondiendo a su mujer—, bien sabe que a mí no me gusta dármelas de patriarca, y que jamás he creído que la suerte del universo dependiese de un movimiento de mi cabeza. Sin embargo, importa que mis decisiones sean respetadas en mi familia, y que la locura de un anciano y el capricho de una niña no destruyan un proyecto que llevo en la mente desde hace muchos años. El barón d’Epinay era mi amigo, y una alianza con su hijo sería muy conveniente.
—¿No cree —dijo la señora de Villefort— que Valentina está de acuerdo con él...?; en efecto..., siempre ha sido opuesta a ese casamiento, y no me admiraría que todo lo que acabamos de presenciar fuese un plan concertado entre ellos.
—Señora —dijo Villefort—, créame, no se renuncia tan fácilmente a una fortuna de novecientos mil francos.
—Renunciaba al mundo, caballero, puesto que hace un año quería entrar en un convento.
—No importa —repuso Villefort—, le repito que esa boda se

efectuará, señora.

—¿A pesar de la voluntad de su padre? —dijo la señora de Villefort, atacando otra cuerda—, ¡eso es muy grave!

Montecristo hacía como que no escuchaba, y sin embargo, no perdía palabra de lo que se decía.

—Señora —repuso Villefort—, puedo decir que siempre he respetado a mi padre, porque al sentimiento natural de la descendencia iba unido en mí el convencimiento de la superioridad moral, porque, después de todo, un padre es sagrado bajo dos aspectos: sagrado como nuestro creador, sagrado como nuestro dueño; pero hoy debo renunciar a reconocer inteligencia en el anciano que, por un simple recuerdo de odio contra el padre, persigue así al hijo; sería, pues, ridículo para mí conformar mi conducta a sus caprichos. Continuaré respetando al señor Noirtier. Sufriré sin quejarme el castigo pecuniario que me impone; pero permaneceré firme en mi voluntad, y el mundo apreciará de parte de quién estaba la razón. En fin, yo casaré a mi hija con el barón Franz d'Epinay, porque es, a mi juicio, bueno, y sobre todo porque esta es mi voluntad.

—¿Conque —dijo el conde, cuya aprobación había solicitado con una mirada el procurador del rey—; conque el señor Noirtier deshereda a la señorita Valentina porque se va a casar con el señor barón Franz d'Epinay?

—¡Oh!, sí, sí, señor; esa es la razón —dijo Villefort encogiéndose de hombros.

—La razón aparente, al menos —añadió la señora de Villefort.

—La razón real, señora. Créame, yo conozco a mi padre.

—¿Cómo se concibe eso? —respondió la señora—; ¿en qué puede desagradar el señor d'Epinay al señor Noirtier?

—En efecto —dijo el conde—, he conocido al señor Franz d'Epinay: el hijo del general Quesnel, ¿no es verdad que fue hecho barón d'Epinay por el rey Carlos X?

—¡Exacto! —repuso Villefort.

—¡Pues bien...!, ¡creo que es un joven muy simpático!

—¡Oh!, estoy segura de que eso no es más que un pretexto —dijo la señora de Villefort—; los ancianos son muy tercos, ¡y el señor

Noirtier no quiere que su nieta se case!
—Pero —dijo Montecristo—, ¿no sabe la causa de ese odio?
—¡Oh!, ¿quién puede saber...?
—¿Alguna antipatía política tal vez...?
—En efecto, mi padre y el señor d'Epinay han vivido en tiempos revueltos, de los cuales yo no he visto más que los últimos días —dijo Villefort.
—¿No era bonapartista su padre? —preguntó Montecristo—. Creo recordar que usted me dijo algo por el estilo.
—Mi padre ha sido jacobino ante todo —repuso Villefort—, y la túnica de senador que le puso sobre los hombros Napoleón, no hacía más que disfrazar al antiguo revolucionario, aunque sin cambiarlo. Cuando mi padre conspiraba, no era por el emperador, era contra los Borbones.
—¡Pues bien! —dijo el conde—; eso es, el señor Noirtier y el señor d'Epinay se habrán encontrado en esas trifulcas políticas. El general d'Epinay, aunque sirvió a Napoleón, tenía en el fondo del corazón sentimientos realistas, y fue asesinado una noche al salir de un club de partidarios de Napoleón, adonde le habían atraído con la esperanza de encontrar en él un hermano.
Villefort miró al conde con terror.
—¿Estoy, acaso, equivocado? —dijo Montecristo.
—No, caballero —dijo la señora de Villefort—, y esa, al contrario, es la causa por la que el señor de Villefort ha querido que se amasen dos hijos cuyos padres se habían aborrecido.
—¡Sublime idea...! —dijo Montecristo—, idea llena de caridad y que debía ser aplaudida por el mundo. En efecto, sería hermoso ver llamar a la señorita Noirtier de Villefort, señora Franz d'Epinay.
Villefort se estremeció y miró al conde como si hubiese querido leer en el fondo de su corazón la intención que había dictado las palabras que acababa de pronunciar.
Pero el conde conservó su bondadosa sonrisa en los labios, y tampoco esta vez, a pesar de la profundidad de sus miradas, pudo el procurador del rey traspasar su epidermis.
—Así, pues —repuso Villefort—, aunque sea una gran desgracia para Valentina el perder los bienes de su abuelo, no pienso que por

eso se desbarate esa boda; no lo creo, dado el carácter del señor d'Epinay: tal vez conozca el sacrificio que yo he hecho por cumplir su palabra, calculará que Valentina es rica por su madre y por el señor y la señora de Saint-Merán, sus abuelos maternos, que la aman tiernamente, amor al que mi hija, a su vez, corresponde.

—Y bien merecen ser amados —dijo la señora de Villefort—; además, van a venir a París dentro de un mes a lo sumo, y Valentina, después de tal afrenta, tendrá que refugiarse, como lo ha hecho hasta aquí, al lado del señor Noirtier.

El conde escuchaba complacido la voz contraria de estos amores propios heridos, y de estos intereses destruidos.

—Pero yo opino —dijo Montecristo tras una pausa—, y le pido perdón de antemano por lo que voy a decirle; yo opino que si el señor Noirtier deshereda a la señorita de Villefort por querer esta casarse con un joven a cuyo padre él ha detestado, no tiene que echar en cara lo mismo al pobre Eduardito.

—Tiene razón, caballero —exclamó la señora de Villefort con una entonación imposible de describir—; eso es injusto, odiosamente injusto; ese pobre Eduardo tan nieto es del señor Noirtier como Valentina, y con todo, si Valentina no se casase con el señor d'Epinay, el señor Noirtier le dejaría toda su fortuna; además, Eduardo lleva también el nombre de la familia, lo cual no impide que de todos modos Valentina sea tres veces más rica que él.

El conde seguía escuchando muy atento.

—Mire —dijo Villefort—, mire, señor conde, dejemos esas pequeñeces de familia; sí, es verdad, mi caudal aumentará la renta de los pobres, que son ahora los verdaderos ricos. Mi padre me habrá frustrado una legítima esperanza, sin razón; pero yo habré obrado como un hombre de gran corazón. El señor d'Epinay, a quien yo había prometido esta suma, la recibirá, aunque para ello tuviera que imponerme las mayores privaciones.

—No obstante —repuso la señora de Villefort volviendo a la única idea que bullía en su corazón—, tal vez sería mejor confiar este suceso al señor d'Epinay, y que volviese de su palabra.

—¡Oh!, ¡sería una gran desgracia! —exclamó Villefort.

—¡Una gran desgracia! —repitió Montecristo.

—Sin duda —repuso Villefort—; un casamiento desbaratado, y por razones pecuniarias, favorece muy poco a una joven; luego volverían a nacer antiguos rumores que yo quería apagar. Pero no, no sucederá tal cosa; el señor d'Epinay, si es honrado, se verá más comprometido que antes con motivo de la desherencia; si no, obraría como un avaro: no, ¡es imposible!

—Yo soy del mismo parecer que el señor de Villefort —dijo el señor de Montecristo fijando su mirada en la señora de Villefort—; y si fuese bastante amigo suyo para darle un consejo, le invitaría, puesto que el señor d'Epinay va a volver pronto, a anudar ese asunto de modo que fuese imposible desatarlo; le comprometería de tal manera, que no tuviese más remedio que acceder a los deseos del señor de Villefort.

Este último se levantó, transportado de una visible alegría, mientras que su mujer palidecía ligeramente.

—Bien —dijo—; eso es todo lo que yo pedía, y me alegraría infinito ser tan buen consejero como usted —dijo, presentando la mano a Montecristo—. Así, pues, que todos consideren lo que ha sucedido hoy, como si nada hubiera pasado: nada se ha modificado en nuestros proyectos.

—Caballero —dijo el conde—, el mundo, por injusto que sea, sabrá apreciar como es debido su resolución, le respondo de ello; sus amigos se enorgullecerán, y el señor d'Epinay, aunque tuviese que tomar sin dote a la señorita de Villefort, tendrá un gran placer de entrar en una familia que sabe elevarse a la altura de tales sacrificios para cumplir su palabra y su deber.

Y al acabar de pronunciar estas palabras se había levantado y se disponía a partir.

—¿Nos deja ya, señor conde? —preguntó la señora de Villefort.

—Es necesario, señora; venía solo a recordarle su promesa: hasta el sábado.

—¿Temía que la hubiese olvidado?

—Es demasiado buena, pero el señor de Villefort tiene a veces tan graves y tan urgentes ocupaciones...

—Mi marido ha dado su palabra, caballero —dijo la señora de Villefort—; bien ve que la cumple aun cuando sea en perjuicio suyo;

¿cómo no la cumpliría cuando con ello sale ganando?

—¿Y será la reunión en Campos Elíseos?

—No —dijo Montecristo—, y por eso tendrá más mérito su asistencia. Será en el campo.

—¿En el campo?

—Sí.

—¿Y dónde?, cerca de París, supongo.

—A media milla de la barrera, en Auteuil.

—¡En Auteuil! —exclamó Villefort—. ¡Ah!, ¡es verdad!, mi mujer me ha dicho que vivía allí algunas veces, puesto que tenía una preciosa casa. ¿Y en qué sitio?

—En la calle de La Fontaine.

—¿Calle de La Fontaine? —repuso el procurador del rey con voz ahogada—; ¿y en qué número?

—En el 28.

—¡Oh...! —exclamó Villefort—. ¿Entonces es a usted a quien han vendido la casa del señor de Saint-Merán?

—¿Del señor de Saint-Merán? —inquirió Montecristo—. ¿Pertenecía esa casa al señor de Saint-Merán?

—Sí —repuso la señora de Villefort—; ¿y creerá una cosa, señor conde?

—¿Qué?

—Encuentra linda esa casa, ¿no es verdad?

—Encantadora.

—Pues bien, mi marido no ha querido habitarla nunca.

—¡Oh! —repuso Montecristo—; en verdad, caballero, es una prevención cuya causa no puedo adivinar.

—No me gusta vivir en Auteuil —respondió el procurador del rey haciendo un grande esfuerzo por dominarse.

—Pero no seré tan desgraciado —dijo con inquietud Montecristo— que esa antipatía me prive de la dicha de recibirlo.

—No, señor conde..., así lo espero..., crea que haré todo cuanto pueda —murmuró Villefort.

—¡Oh! —repuso Montecristo—, no admito excusas. El sábado a las seis le espero; y si no va, creeré..., ¿qué sé yo...? Que hay acerca de esa casa inhabitada después de veinte años..., alguna

lúgubre tradición, alguna sangrienta leyenda.

Villefort dijo vivamente:

—Iré, señor conde, iré.

—Gracias —dijo Montecristo—. Ahora es preciso que me permita despedirme de usted.

—En efecto, ha dicho que era necesario que nos dejase —dijo la señora de Villefort—. Y creo que iba a decirnos la causa de su marcha repentina.

—En verdad, señora —dijo Montecristo—, no sé si me atreveré a decirle dónde voy.

—¡Bah! No tema.

—Pues voy a visitar una cosa que me ha hecho pensar horas enteras.

—¿El qué?

—Un telégrafo óptico.

—¡Un telégrafo! —repitió entre curiosa y asombrada la señora de Villefort.

—Sí, sí, un telégrafo. Varias veces he visto en un camino sobre un montón de tierra, levantarse esos brazos negros semejantes a las patas de un inmenso insecto, y nunca sin emoción, se lo juro, porque pensaba que aquellas señales extrañas hendiendo el aire con tanta precisión, y que llevaban a trescientas leguas la voluntad desconocida de un hombre sentado delante de una mesa, a otro hombre sentado en el extremo de la línea delante de otra mesa, se dibujaban sobre el gris de las nubes o el azul cielo, solo por la fuerza del capricho de aquel omnipotente jefe; entonces creía en los genios, en las sílfides, en fin, en los poderes ocultos, y me reía. Ahora bien, nunca me habían dado ganas de ver de cerca a aquellos inmensos insectos de vientres blancos, y de patas negras y delgadas, porque temía encontrar debajo de sus alas de piedra al pequeño genio humano pedante, atestado de ciencia y de magia. Pero una mañana me enteré de que el motor de cada telégrafo era un pobre diablo de empleado con mil doscientos francos al año, ocupado todo el día en mirar, no al cielo, como un astrónomo, ni al agua, como un pescador, ni al paisaje, como un cerebro vacío, sino a su correspondiente insecto, blanco también de patas negras y

delgadas, colocado a cuatro o cinco leguas de distancia. Entonces sentí mucha curiosidad por ver de cerca aquel insecto y asistir a la operación que usaba para comunicar las noticias al otro.

—¿De modo que va allá ahora?

—Sí.

—¿A qué telégrafo? ¿Al del ministerio del Interior o al del Observatorio?

—¡Oh!, no; encontraría en ellos personas que me querrían obligar a comprender cosas que yo quiero ignorar, y me explicarían a mi pesar un misterio que ellos mismos ignoran. ¡Diablos!, quiero conservar las ilusiones que tengo aún sobre los insectos; bastante es el haber perdido las que tenía sobre los hombres. No iré, pues, al telégrafo del ministerio del Interior, ni al del Observatorio. Lo que deseo ver es el telégrafo del campo, para encontrar en él a un hombre honrado petrificado en su torre.

—Usted es un personaje realmente singular —dijo Villefort.

—¿Qué línea me aconseja que estudie?

—Aquella de la que más se ocupan todos hasta ahora.

—¡Bueno!, de la de España, ¿eh?

—Exacto.

—¿Quiere una carta del ministro para que le expliquen...?

—No —dijo Montecristo—, porque le repito que no quiero comprender nada. Tan pronto como comprenda algo, ya no habrá telégrafo, no habrá más que una señal del señor Duchatel o del señor Montivalet transmitida al prefecto de Bayona en dos palabras griegas: *telégraphos.* El insecto de la palabra espantosa es lo que yo quiero conservar en toda su pureza y en toda mi veneración.

—Márchese, entonces, porque dentro de dos horas, será de noche y no verá nada.

—¡Diablos!, ¡me asusta!, ¿cuál es el más próximo?

—El del camino de Bayona.

—¡Bien, sea el del camino de Bayona!

—El de Chatillón.

—¿Y después del de Chatillón?

—El de la torre de Monthery, me parece.

—¡Gracias!, hasta la vista; el sábado le contaré mis impresiones.

A la puerta se encontró el conde con los dos notarios que acababan de desheredar a Valentina, y que se retiraban, encantados de haber extendido un acta de tal especie que no podía menos de hacerles mucho honor.

El conde de Montecristo no fue, como había dicho aquella tarde, a visitar el telégrafo; pero la mañana siguiente salió por la barrera del Infierno, tomó el camino de Orleáns, pasó el pueblo de Linas sin detenerse en el telégrafo, que precisamente en el momento en que pasaba el conde hacía mover sus largos y descarnados brazos, y llegó a la torre de Monthery, situada, como es sabido, en el punto más elevado de la llanura de este nombre.

Al pie de la colina, el conde echó pie a tierra, y por un pequeño sendero de dieciocho pulgadas de ancho, empezó a subir la montaña; así que hubo llegado a la cima, se encontró detenido por un vallado sobre el cual los frutos verdes habían sucedido a las flores sonrosadas y blancas.

Montecristo buscó la puerta del pequeño jardín, y no tardó en hallarla. Consistía esta en una especie de enrejado de madera, que rodaba sobre goznes de mimbre, y cerrada por medio de un clavo y de un bramante bastante grueso. En un instante quedó el conde enterado del mecanismo, y la puerta se abrió.

Se encontró entonces en un jardincito de veinte pies de largo por doce de ancho, limitado a un lado por la parte de cerca en la cual estaba colocada la ingeniosa máquina que hemos descrito bajo el nombre de puerta; y el otro por la antigua torre cubierta de musgo, de hiedra y de alhelíes silvestres.

Nadie hubiera creído al verla tan florecida que podría contar tantos dramas terribles, si uniese una voz a los oídos amenazadores que un antiguo proverbio atribuye a las paredes.

Se recorría este jardín siguiendo una calle de árboles cubierta de arena roja. Esta calle tenía la forma de un 8, y daba vueltas enlazándose de modo que en un jardín de veinte pies formaba un paseo de sesenta. Jamás fue honrada Flora, la risueña y fresca diosa de los jardineros latinos, con un culto tan minucioso y tan puro como lo era el que le rendían en este jardincito.

Efectivamente, de veinte rosales que brotaban en el jardín, de

cuyas hojas no había una que no llevase señal de las picaduras de los moscones, ni siquiera una planta que no estuviese dañada por los pulgones o insectos que asolan y roen las plantas que nacen sobre un terreno húmedo, no era, sin embargo, humedad lo que faltaba a este jardín; la tierra negra, el opaco follaje de los árboles lo denotaban bien; por otra parte la humedad ficticia hubiera suplido pronto a la humedad natural, gracias a un pequeño estanque redondo lleno de agua encenagada que había en uno de los ángulos del jardín, y en el cual permanecían constantemente sobre una capa de verdín, una rana y un sapo, que, sin duda por la contrariedad de humor, se volvían continuamente la espalda en los dos puntos opuestos del círculo del estanque.

Por otra parte, no se veía una hierba en la calle de árboles, ni un mal retoño parásito; y sin embargo, sería imposible cuidar aquel jardín con más esmero del que lo hacía su dueño, hasta entonces invisible.

Montecristo se detuvo, después de haber sujetado la puerta con el clavo y la cuerda, y abarcó de una mirada toda la propiedad.

De repente tropezó con un bulto oculto detrás de una especie de matorral; este bulto se levantó dejando escapar una exclamación que denotaba asombro, y Montecristo se encontró frente a un buen hombre que representaba unos cincuenta años y que recogía fresas, las cuales iba colocando sobre hojas de parra.

Tenía doce hojas de parra y casi el mismo número de fresas.

El buen hombre, al levantarse, estuvo a punto de dejar caer las fresas, las hojas y un plato que también llevaba consigo.

—¡Hola!, está recogiendo fresas, ¿eh? —dijo Montecristo sonriendo un poco.

—Perdone, caballero —respondió el buen hombre quitándose su gorra—, no estoy allá arriba, es verdad; pero ahora mismo acabo de bajar.

—Que no le incomode yo en nada, amigo mío —dijo el conde—, coja sus fresas, si aún le queda alguna por coger.

—Todavía quedan diez —dijo el hombre—, porque aquí hay once, y yo conté ayer veintiuna, cinco más que el año pasado. Pero no es extraño; la primavera ha sido este año muy calurosa, y ya sabe, que

lo que las fresas necesitan es el calor. Ahí tiene por qué en lugar de dieciséis que cogí el año pasado tengo este año, mire, once cogidas, trece..., catorce..., quince..., dieciséis..., diecisiete..., dieciocho... ¡Oh! ¡Dios mío!, me faltan tres, pues ayer estaban, caballero, ayer estaban, no me cabe duda, las conté muy bien. Nadie sino el hijo de la tía Simona puede habérmelas quitado; ¡esta mañana me pareció haberlo visto andar por aquí! ¡Robar en un jardín, no sabe él bien a lo que esto puede conducirle...!

—En efecto —dijo Montecristo—, eso es muy grave, pero usted se vengará del niño ese, no ofreciéndole ninguna fresa ni a él ni a su madre.

—Desde luego —dijo el jardinero—; sin embargo, no es por eso menos desagradable... Pero le pido perdón, de nuevo, caballero: ¿es tal vez a algún jefe a quien hago esperar?

E interrogaba con una mirada respetuosa y tímida al conde y a su frac azul.

—Tranquilícese, amigo mío —dijo el conde con aquella sonrisa que tan terrible y tan bondadosa podía ser, según su voluntad, y que esta vez no expresaba más que bondad—, no soy un jefe que vengo a inspeccionar sus acciones, sino un simple viajero conducido por la curiosidad, y que empieza a echarse en cara su visita al ver que le hace perder su tiempo.

—¡Oh!, tengo tiempo de sobra —repuso el buen hombre con una sonrisa melancólica—. Sin embargo, es el tiempo del gobierno, y yo no debiera perderlo; pero había recibido la señal que me anunciaba que podía descansar una hora —y miró hacia un cuadrante solar, porque de todo había en la torre de Monthery—, y ya ve, aún disponía de diez minutos; además, mis fresas estaban maduras y un día más... Por otra parte, ¿creerá, caballero, que los lirones me las comen?

—¡Toma...!, pues no lo hubiera creído —respondió gravemente Montecristo—, es una vecindad muy mala la de los lirones, particularmente para nosotros que no los comemos empapados en miel como hacían los romanos.

—¡Ah!, ¿los romanos los comían...? —preguntó asombrado el jardinero—, ¿se comían los lirones?

—Yo lo he leído en Petronio —dijo el conde.

—¿De veras...?, pues no deben estar buenos, aunque se diga: “gordo como un lirón”. Y no es extraño, caballero, que los lirones estén gordos, puesto que no hacen más que dormir todo el santo día, y no se despiertan sino para roer y hacer daño durante la noche. Mire, el año pasado tenía yo cuatro albaricoques, me comieron uno. Yo tenía también un abridero, uno solo, es verdad que esta es fruta rara; pues me lo devoraron..., es decir, la mitad; un abridero soberbio y que estaba excelente. ¡Nunca he comido otro igual!

—¿Pues cómo lo comió...? —preguntó Montecristo.

—Es decir, la mitad que quedaba, ya comprenderá. Estaba exquisito, caballero. ¡Ah!, ¡diablos!, esos señores no escogen los peores bocados. Lo mismo que el hijo de la tía Simona, no ha escogido las peores fresas. Pero este año —continuó el jardinero— no sucederá eso, aunque tenga que pasar la noche de centinela cuando yo vea que estén prontas a madurar.

El conde había visto ya bastante para poder juzgar. Cada hombre tiene su pasión, lo mismo que cada fruta su gusano; la del hombre del telégrafo era, como se ha visto, una extremada afición al cultivo de las flores y de las frutas.

Entonces Montecristo empezó a quitar las hojas que ocultaban a las uvas los rayos del sol, conquistando así la voluntad del jardinero, que dijo:

—¿El señor habrá venido tal vez para ver el telégrafo?

—Sí, señor, si no está prohibido por los reglamentos.

—¡Oh!, no, señor —dijo el jardinero—, puesto que no hay nada de peligroso, ya que nadie sabe ni puede saber lo que decimos.

—Me han dicho, en efecto —repuso el conde—, que repite señales que usted mismo no comprende.

—Así es, caballero, y yo estoy así más tranquilo —dijo riendo el hombre del telégrafo.

—¿Por qué?

—Porque de este modo no tengo responsabilidad. Yo soy una máquina, y con tal que funcione, no me piden más.

—¡Diablos! —se dijo Montecristo—, ¿pero habré dado por

casualidad con un hombre que no tuviese ambición...?, sería jugar con desgracia.

—Caballero —dijo el jardinero echando una ojeada hacia su cuadrante solar—, los diez minutos van a expirar, yo vuelvo a mi puesto. ¿Quiere subir conmigo?

—Ya lo sigo.

Montecristo entró en la torre, que estaba dividida en tres pisos: el bajo contenía algunos instrumentos de labranza, como azadones, picos, regaderas, apoyados contra la pared; esto era todo.

El segundo piso era la habitación ordinaria, o más bien nocturna del empleado; contenía algunos utensilios sencillos, como una cama, una mesa, dos sillas, una fuente de barro, además algunas hierbas secas colgadas del techo, y que el conde identificó como manzanas de olor y albaricoques de España, cuyas semillas conservaba el buen hombre; todo esto lo tenía tan bien guardado como hubiera podido hacerlo un maestro botánico del jardín de plantas.

—¿Hace falta mucho tiempo para aprender la telegrafía, amigo mío...? —preguntó Montecristo.

—No es tan largo el estudio como el de los supernumerarios.

—¿Y qué sueldo tiene...?

—Mil francos, caballero.

—No es mucho.

—No; dan la vivienda gratis, como ve.

Montecristo miró el cuarto.

Pasaron después al tercer piso; este era la estancia destinada al telégrafo. Montecristo miró a su vez las dos máquinas de hierro, con ayuda de las cuales hacía mover la máquina el empleado.

—Esto es muy interesante —dijo—, pero es una existencia que deberá parecerle un poco insípida.

—Sí, al principio duelen un poco los ojos a fuerza de tanto mirar, pero al cabo de uno o dos años se acostumbra uno a ello; luego, también tenemos nuestras horas de recreo y nuestros días de vacaciones.

—¿Días de vacaciones?

—Sí, señor.

—¿Cuáles?
—Los nublados.
—¡Ah!, es natural.
—Esos son mis días de fiesta; bajo al jardín estos días, planto, cavo, siembro..., y en fin..., se pasa el rato...
—¿Cuánto tiempo hace que está aquí?
—Diez años, y cinco de supernumerario..., son quince...
—Usted tiene...
—Cincuenta y cinco años...
—¿Cuánto tiempo de servicio le hace falta para obtener la pensión...?
—¡Oh!, caballero, veinticinco años.
—¿Y a cuánto asciende esa pensión...?
—A cien escudos.
—¡Pobre humanidad! —murmuró Montecristo.
—¿Qué dice...? —inquirió el empleado.
—Que eso es muy interesante...
—¿El qué...?
—Todo lo que dice..., ¿y usted no comprende nada de sus señales?
—Nada absolutamente.
—¿Ni lo ha intentado?
—Jamás: ¿de qué me serviría?
—Sin embargo, hay señales que se dirigen a usted.
—Sin duda.
—Y esas sí las comprende.
—Siempre son las mismas.
—¿Y dicen?
—Nada de nuevo..., tiene una hora..., o hasta mañana...
—Eso es muy inocente —dijo el conde—; pero, mire, ¿no ve a su telégrafo opuesto que empieza a moverse?
—Ah, es verdad; gracias, caballero.
—¿Y qué le dice?, ¿comprende algo?
—Sí, me pregunta si estoy preparado.
—¿Y le responde?
—Por la misma señal, que revela a mi correspondiente de la

derecha que le atiendo, mientras que invita al de la izquierda que se prepare a su vez.

—Eso es muy ingenioso —dijo Montecristo.

—Va a ver —repuso con orgullo el buen hombre—, dentro de cinco minutos va a hablar.

—Todavía dispongo de cinco minutos —dijo el conde—, esto es más de lo que necesito—. Amigo mío, permita que le haga una pregunta. ¿Es aficionado a los jardines?

—En extremo.

—¿Y sería feliz si en lugar de tener un jardincillo de veinte pies, tuviese una huerta y jardín de dos fanegas de tierra?

—Señor, eso sería un paraíso.

—¿Vive mal con sus mil francos?

—Bastante mal; pero vivo, después de todo.

—Sí, pero no tiene más que un miserable jardín.

—¡Ah!, es verdad, el jardín no es grande...

—Y..., pequeño como es, devorado por los lirones.

—Eso es una plaga...

—Dígame, ¿y si tuviera la desgracia de volver la cabeza cuando su correspondiente hablase...?

—No lo vería.

—Entonces, ¿qué ocurriría?

—Que no podría repetir sus señales...

—¿Y qué?

—Y no repitiéndolas, por descuido o por lo que fuese..., me exigirían el pago de la multa.

—¿A cuánto asciende esa multa?

—A cien francos.

—La décima parte de su sueldo; ¡qué bonito!

—¡Ah! —exclamó el empleado.

—¿Le ha ocurrido eso alguna vez? —dijo Montecristo.

—Una vez, caballero, una vez que estaba regando un rosal.

—Bien. ¿Y si ahora cambiase alguna señal o transmitiese otra?

—Entonces, eso es diferente, sería despedido y perdería mi pensión.

—¿Trescientos francos?

—Cien escudos, sí señor; de modo que ya puede suponer que nunca haré tal cosa.

—¿Ni por quince años de su sueldo? Mire que vale la pena que lo piense.

—¿Por quince mil francos?

—Sí.

—Caballero, me asusta.

—¡Bah!

—Caballero, usted quiere tentarme.

—¡Justamente! Quince mil francos.

—Caballero, déjeme mirar a mi correspondiente de la derecha.

—Al contrario, no lo mire y mire esto, en cambio.

—¿Qué es eso?

—¡Cómo! ¿No conoce estos papelitos?

—¿Billetes de banco?

—Exacto; quince hay.

—¿Y a quién pertenecen?

—A usted, si quiere.

—¡A mí! —exclamó el empleado, sofocado.

—¡Oh, Dios mío!, a usted, sí, a usted.

—Caballero, ya empieza a moverse mi correspondiente de la derecha.

—Déjele que se mueva...

—Caballero, me ha distraído y me van a exigir la multa.

—Eso le costará cien francos; bien ve que tiene interés en tomar mis quince billetes de banco.

—Caballero, mi correspondiente de la derecha se impacienta, redobla sus señales.

—Déjele hacer; y usted tome.

El conde puso el fajo de billetes en las manos del empleado.

—Ahora —dijo—, esto no basta; con sus quince mil francos no podrá vivir. Conservaré mi puesto.

—No; ¡lo perderá!, porque va a hacer otra señal que la de su correspondiente.

—¡Oh!, caballero, ¿qué es lo que me propone?

—Una travesura sin importancia.

—Caballero, a menos de obligarme...
—Pienso obligarle, efectivamente...
Y Montecristo sacó de su bolsillo otro paquete.
—Tome, otros diez mil francos —dijo—, con los quince que están en su bolsillo, son veinticinco mil. Con cinco mil francos comprará una bonita casa y dos fanegas de tierra; con los veinte mil podrá procurarse mil francos de renta.
—¿Un jardín de dos fanegas?
—Y mil francos de renta.
—¡Santo cielo!
—¡Tome, pues...!
Y Montecristo puso a la fuerza en la mano del empleado el otro paquete de diez mil francos.
—¿Qué debo hacer...?
—Nada que le cueste trabajo, algo muy sencillo.
—Bien, ¿pero qué...?
—Repetir las señales que le voy a dar.
Montecristo sacó de su bolsillo un papel en el que había trazadas tres señales y otras tantas cifras indicaban el orden con que debían ejecutarse.
—No será muy largo, como ve.
—Sí, pero...
—¡Por este poco trabajo tendrá albaricoques buenos...!
El empleado empezó a maniobrar; con el rostro colorado y sudando a mares, el buen hombre ejecutó una tras otra las tres señales que le dio el conde, y a pesar de las espantosas dislocaciones del correspondiente de la derecha, que no comprendiendo nada de este cambio, comenzaba a pensar que el hombre de los albaricoques se había vuelto loco.
En cuanto al correspondiente de la izquierda, repitió concienzudamente las mismas señales, que fueron aceptadas en el ministerio del Interior.
—Ahora es rico —dijo Montecristo.
—Sí —respondió el empleado—, ¿pero a qué precio?
—Escuche, amigo mío —dijo Montecristo—, no quiero que tenga remordimientos; créame, porque, se lo juro, no ha causado ningún

perjuicio a nadie, y en cambio ha hecho una buena acción.

El empleado veía los billetes de banco, los palpaba, los contaba, se ponía pálido, se ponía sofocado; al fin corrió hacia su cuarto para beber un vaso de agua; pero no tuvo tiempo para llegar hasta la fuente, y se desmayó en medio de sus albaricoques secos...

Cinco minutos después de haber llegado al ministerio la noticia telegráfica, Debray hizo enganchar los caballos a su cupé, y corrió a casa de Danglars.

—¿Tiene su marido papel del empréstito español? —dijo a la baronesa.

—¡Ya lo creo!, por lo menos, seis millones.

—Que los venda a cualquier precio.

—¿Por qué?

—Porque don Carlos ha huido de Bourges y ha entrado en España.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Diablos! ¡Como sé yo todas las noticias!

La baronesa no se lo hizo repetir, corrió a ver a su marido, el cual corrió a su vez a la casa de su agente de cambio, y le mandó que lo vendiese todo a cualquier precio.

Cuando todos vieron que Danglars vendía los fondos españoles, bajaron inmediatamente. Danglars perdió quinientos mil francos, pero se deshizo de todo el papel de interés...

Aquella noche se leía en *El Messager:*

Despacho telegráfico:

El rey don Carlos ha huido de Bourges, y ha entrado en España por la frontera de Cataluña. Barcelona se ha sublevado en favor suyo.

Toda la noche no se habló más que de la previsión de Danglars que había vendido sus créditos, y de la suerte que tuvo al no perder más que quinientos mil francos en semejante jugada.

Los que habían conservado sus vales, o los que habían comprado los de Danglars, se consideraron arruinados, y pasaron una mala noche.

Al día siguiente se leía en *El Moniteur:*

Carecía de todo fundamento la noticia del Messager de anoche que anunciaba la fuga de don Carlos y la sublevación de Barcelona.

El rey don Carlos no ha salido de Bourges, y la Península goza de la más completa tranquilidad.

Una señal telegráfica, mal interpretada a causa de la niebla, ha dado lugar a este error.

Los fondos subieron al doble de lo que habían bajado.

Esto ocasionó a Danglars la pérdida de un millón.

—¡Bueno! —dijo Montecristo a Morrel, que estaba en su casa en el momento en que le anunciaba la extraña jugada de que había sido víctima Danglars—; acabo de efectuar por veinte mil francos un descubrimiento por el que hubiera dado cien mil.

—¿Qué ha descubierto? —preguntó Maximiliano.

—Acabo de descubrir el medio de librar a un jardinero de los lirones que le comían sus albaricoques...

Capítulo cuatro: Los fantasmas

Examinada por fuera y a simple vista, la casa de Auteuil nada tenía de espléndida, nada de lo que se debía esperar de una morada destinada al conde de Montecristo; pero esta sencillez dependía de la voluntad de su dueño, que había mandado no variasen el exterior; mas apenas se abría la puerta, presentaba un espectáculo diferente.

El señor Bertuccio estuvo muy acertado en la elección y gusto de los muebles y adornos y en la rapidez de la ejecución; así como en otro tiempo el duque de Antin había hecho que derribasen en una noche una alameda que incomodaba a Luis XIV, el señor Bertuccio había hecho construir en tres días un patio completamente descubierto, y hermosos álamos y sicómoros daban sombra a la fachada principal de la casa, delante de la cual, en lugar de un enlosado medio oculto entre la hierba, se extendía una alfombra de musgo, que había sido plantado aquella misma mañana, y sobre el

cual brillaban aún las gotas de agua con que había sido regado. Por otra parte, las órdenes habían partido del conde, que entregó a Bertuccio un plano indicando el número y lugar en que los árboles debían ser plantados, la forma y el espacio de musgo que debía suceder al enlosado.

En fin, la casa estaba desconocida. El mayordomo hubiera deseado que se hicieran algunas transformaciones en el jardín, pero el conde se opuso a ello, y prohibió que se tocase siquiera una hoja. Mas Bertuccio se desquitó, llenando de flores y adornos las antesalas, las escaleras y chimeneas.

Todo anunciaba la extraordinaria habilidad del mayordomo, la profunda ciencia de su amo, el uno para servir, el otro para hacerse servir: esta casa desierta después de veinte años, tan sombría y tan triste aun dos días antes, impregnada de ese olor desagradable que se puede llamar olor de tiempo, se había transformado en un solo día. Al entrar en ella, el conde tenía al alcance de su mano sus libros y sus armas; a su vista, sus cuadros preferidos; en las antesalas, los perros, cuyas caricias le eran agradables, los pájaros que le divertían con sus cantos; toda esta casa, en fin, despertada de un largo sueño, vivía, cantaba, parecida a esas casas que hemos amado por mucho tiempo, y en las que dejamos una parte de nuestra alma si por desgracia las abandonamos.

Los criados iban y venían por el patio, todos contentos y alegres; los unos encargados de las cocinas y caminando por aquellas escaleras y corredores como si hiciese algún tiempo que los habitaban, otros se dirigían a las caballerizas, donde los caballos relinchaban respondiendo a los palafreneros, que les hablaban con más respeto del que tienen muchos criados para con sus amos.

La biblioteca estaba dispuesta en dos cuerpos, en los dos lados de la pared, y contenía dos mil volúmenes; una sección estaba destinada a las novelas modernas, y la que había acabado de publicarse el día anterior, la tenía ya en su estante encuadernada en tafilete encarnado y oro.

En otro lugar estaba el invernadero, lleno de plantas raras y flores que se abrigaban en grandes macetas del Japón, y en medio del invernadero, maravilla a la vez agradable a la vista y al olfato, un

billar que parecía haber sido abandonado dos horas antes por los jugadores.

Una sola habitación había sido respetada por el señor Bertuccio. Delante de este cuarto, situado en el ángulo izquierdo del piso principal, al cual podía subirse por la escalera principal y salir por una escalerilla falsa, los criados pasaban con curiosidad, y Bertuccio con terror.

El conde llegó a las cinco en punto, seguido de Alí, delante de la casa de Auteuil. Bertuccio esperaba esta llegada con una impaciencia mezclada de inquietud. Ansiaba alguna alabanza y temía un fruncimiento de cejas. Montecristo descendió al patio, recorrió toda la casa y dio la vuelta al jardín, silencioso y sin dar la menor señal de aprobación o de disgusto.

Pero al entrar en su alcoba, situada en el lado opuesto a la pieza cerrada, extendió la mano hacia el cajón de una preciosa mesita de madera de rosa.

—Esto no puede servir más que para guardar guantes —dijo.

—En efecto, excelencia —respondió Bertuccio encantado—, ábralo y los hallará.

En los otros muebles el conde halló lo que deseaba; frascos de todos los tamaños y con toda clase de aguas de olor, cigarros y joyas...

—¡Bien, bien...! —dijo.

Y el señor Bertuccio se retiró contentísimo de que su amo se hubiese quedado los muebles y la casa.

A las seis en punto se oyeron las pisadas de un caballo delante de la puerta principal: era nuestro capitán de spahis conducido por Medeah.

Montecristo lo esperaba en la escalera con la sonrisa en los labios.

—Estoy seguro de que soy el primero —le gritó Morrel—; lo he hecho a propósito para poder estar un momento a solas con usted antes de que llegue nadie. Julia y Manuel me han dado mil recuerdos. ¡Ah!, ¿sabe que esto es estupendo? Dígame, ¿me cuidarán bien el caballo sus criados?

—Tranquilícese, mi querido Maximiliano; entienden de eso.

—Precisa de mucho cuidado. ¡Si supiese qué paso ha traído!, ¡ni

un huracán...!

—¡Diablos!, ya lo creo, ¡un caballo de cinco mil francos! —dijo Montecristo con el mismo tono con que un padre podría hablar a su hijo.

—¿Lo siente? —dijo Morrel con su franca sonrisa.

—¡Dios me libre...! —respondió el conde—. No; sentiría que el caballo no fuese bueno.

—Es tan estupendo, mi querido conde, que el señor de Château-Renaud, el hombre más inteligente de Francia, y el señor Debray, que monta los mejores caballos, vienen corriendo en pos de mí en este momento, y han quedado un poco atrás, como ve; van acompañando a la baronesa, cuyos caballos van a un trote con el que podrían andar seis leguas en una hora...

—Entonces pronto deberán llegar —repuso Montecristo.

—Mire, ahí los tiene.

En efecto, en el mismo instante, un cupé arrastrado por dos soberbios caballos de tiro llegó delante de la reja de la casa, que se abrió al punto. El cupé describió un círculo, y se paró delante de la escalera, seguido de dos jinetes.

Debray echó pie a tierra en un segundo, y se plantó al lado de la portezuela. Ofreció su mano a la baronesa, que le hizo al bajar un gesto imperceptible para todos, excepto para Montecristo.

Pero el conde no perdía ningún detalle, y al mismo tiempo que el gesto, vio relucir un billetito blanco tan imperceptible como el gesto, y que pasó con un disimulo que indicaba la costumbre de esta maniobra, de las manos de la señora Danglars a las del secretario del ministro.

Detrás de su mujer bajó el banquero, pálido como si hubiese salido del sepulcro en lugar de salir de su carruaje.

La señora Danglars lanzó en derredor de sí una mirada rápida e investigadora que solo Montecristo pudo comprender y con la que abarcó el patio, el peristilo, la fachada de la casa; pero, conteniendo una emoción que se pintó ligeramente en su semblante, subió la escalera diciendo a Morrel:

—Caballero, si fuese del número de mis amigos, le preguntaría si vende su caballo.

Morrel sonrió, mirando al conde, como suplicándole que le sacase del apuro en que se hallaba.
Montecristo le comprendió.
—¡Ah!, señora —respondió—, ¿por qué no dirige a mí esa pregunta?
—Con usted, caballero, no se puede desear nada, porque está una segura de obtenerlo todo; por eso era al señor Morrel...
—Por desgracia —repuso el conde—, yo soy testigo de que el señor Morrel no puede ceder su caballo, pues está comprometido su honor en conservarlo.
—¿Pues cómo?
—Ha apostado que domaría a Medeah en el espacio de seis meses. Ahora, baronesa, podrá comprender que si se deshiciese de él antes del término fijado por la apuesta, no solamente la perdería, sino que se diría que tiene miedo; y un capitán de spahis, aun por complacer al capricho de una hermosa mujer, lo que en mi concepto es una de las cosas más sagradas de este mundo, no puede dejar que cunda semejante rumor.
—Ya lo ve, señora... —dijo Morrel dirigiendo a Montecristo una sonrisa de agradecimiento.
—Creo —dijo Danglars con un tono de zumba mal disimulado por su grosera sonrisa— que tiene bastantes caballos como ese.
La señora Danglars no solía dejar pasar semejantes ataques sin responder a ellos, y, sin embargo, con gran asombro de los jóvenes hizo como que no había oído, y no respondió.
Montecristo sonrió al ver este silencio que denunciaba una humildad inusitada, mostrando a la baronesa dos inmensos jarrones de porcelana de China, sobre los cuales serpenteaban vegetaciones marinas de un cuerpo y de un trabajo tales, que solo la naturaleza puede poseer estas riquezas.
La baronesa estaba asombrada.
—¡Oh!, qué hermoso es eso —dijo—; ¿y cómo se han podido conseguir tales maravillas?
—¡Ah, señora! —dijo Montecristo—, no me pregunte eso; es un trabajo de otros tiempos, es una especie de obra de los genios de la tierra y del mar.

—¿Cómo? ¿Y de qué época data eso?

—Lo ignoro: he oído decir solamente que un emperador de la China había mandado construir expresamente un horno, donde hizo cocer doce jarros semejantes a este; dos se rompieron, los otros diez los bajaron al fondo del mar. El mar, que sabía lo que querían de él, arrojó sobre ellos sus plantas, torció sus corales e incrustó sus conchas; todo quedó olvidado por espacio de doscientos años, porque una revolución acabó con el emperador que quiso hacer esta prueba, y no dejó más que el proceso verbal que hacía constar la fabricación de los jarrones y el descenso al fondo del mar. Al cabo de doscientos años encontraron este proceso verbal y se pensó en sacar los jarrones. Unos buzos, con máquinas a propósito, fueron destinados al efecto y les indicaron el sitio donde habían sido arrojados. Pero de diez que eran no se hallaron más que tres, pues los demás fueron dispersados y destruidos por las olas. Yo aprecio infinitamente estos jarrones, en el fondo de los cuales me figuro a veces que monstruos deformes, horribles, misteriosos y semejantes a los que ven los buzos, han fijado con asombro su mirada apagada y fría, y en los que han dormido los pequeños peces que se refugiaron en ellos para huir del furor de sus enemigos.

Todo este tiempo Danglars, poco amante de curiosidades, arrancaba maquinalmente, y una tras otra, las flores de un magnífico naranjo; así que hubo acabado con él se dirigió a un cactus; pero entonces el cactus, de un carácter menos dócil que el naranjo, le picó encarnizadamente.

Entonces se estremeció y se frotó los ojos como si saliese de un sueño.

—Caballero —le dijo Montecristo sonriendo—, a usted que es amante de cuadros y que tiene obras tan valiosas, no le recomiendo los míos. Sin embargo, aquí tiene dos Hobbema, un Paul Potter, un Mengs, dos Gerardo Dou, un Rafael, un Van Dyk, un Zurbarán y dos o tres Murillos dignos de serles presentados.

—¡Oh! —dijo Debray—, aquí hay un Hobbema que yo conozco.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sí, fueron a proponerlo al Museo para que lo adquiriese.

—No tiene ninguno, según creo —dijo Montecristo.

—No, y sin embargo no quiso comprar este.
—¿Por qué? —preguntó Château-Renaud.
—¿Por qué había de ser...? Porque el gobierno no es bastante rico para efectuar gastos de ese género...
—¡Ah!, perdone —dijo Château-Renaud—, siempre estoy oyendo decir eso..., y jamás he podido acostumbrarme...
—Ya se acostumbrará —dijo Debray.
—No lo creo —repuso Château-Renaud.
—El mayor Bartolomé Cavalcanti... El señor conde Andrés Cavalcanti —anunció Bautista.
Con una corbata de raso negro acabada de salir de manos del fabricante, unos bigotes canos, una mirada tranquila, un traje de mayor adornado con tres placas y con cinco cruces, en fin, con el atuendo completo de un antiguo soldado, se presentó Bartolomé Cavalcanti, el tierno padre a quien ya conocemos.
A su lado, luciendo un traje nuevo, se hallaba, con la sonrisa en los labios, el conde Andrés Cavalcanti, el respetuoso hijo que ya conocen también nuestros lectores.
Los tres jóvenes hablaban juntos; sus miradas se dirigieron del padre al hijo, y se detuvieron naturalmente más tiempo sobre este último, a quien examinaron detenidamente.
—¡Cavalcanti! —exclamó Debray.
—Bonito nombre —dijo Morrel.
—Sí —dijo Château-Renaud—, es verdad; estos italianos tienen unos nombres bellos; pero visten tan mal.
—¡Oh!, es muy severo, Château-Renaud —repuso Debray—; esos trajes están hechos por uno de los mejores sastres, y están perfectamente nuevos.
—Eso es precisamente lo que me desagrada. Este caballero parece que se viste por primera vez.
—¿Quiénes son esos señores? —preguntó Danglars al conde de Montecristo.
—Ya lo ha oído; los Cavalcanti.
—Eso no me revela más que su nombre.
—¡Ah!, es verdad, usted no está al corriente de nuestras noblezas de Italia; quien dice Cavalcanti, dice raza de príncipes.

—¿Buena fortuna? —inquirió el banquero.
—Fabulosa.
—¿Qué hacen?
—Procuran comérsela sin poder acabar con ella. Por otra parte, tienen créditos sobre usted, según me han dicho, cuando vinieron a verme anteayer. Yo mismo los invité a que fuesen a verlo. Se los presentaré.
—Creo que hablan el francés con bastante pureza —dijo Danglars.
—El hijo ha sido educado en un colegio del Mediodía, en Marsella o en sus alrededores, según creo. Lo encontrará entusiasmado...
—¿Con qué? —inquirió la baronesa.
—Con las francesas, señora. Quiere absolutamente casarse en París.
—¡Me gusta la idea! —dijo Danglars encogiéndose de hombros.
La señora Danglars miró a su marido con una expresión que, en cualquier otro momento, hubiera presagiado una tempestad; pero se calló por segunda vez.
—El barón parece hoy muy taciturno —dijo Montecristo a la señora Danglars—; ¿quieren hacerlo ministro tal vez?
—No, que yo sepa. Creo más bien que habrá jugado a la bolsa, que habrá perdido, y no sabe con quién desfogar su malhumor.
—¡Los señores de Villefort! —gritó Bautista.
Las dos personas anunciadas entraron; el señor de Villefort, a pesar de su dominio sobre sí mismo, estaba visiblemente conmovido. Al tocar su mano Montecristo notó que temblaba.
—Decididamente solo las mujeres saben disimular —dijo Montecristo mirando a la señora Danglars que dirigía una sonrisa al procurador del rey.
Tras los primeros saludos, el conde vio a Bertuccio, ocupado en arreglar los muebles de un saloncito contiguo a aquel en que se encontraban, y se dirigió a él.
—Su excelencia no me ha indicado el número de convidados.
—¡Ah!, es cierto.
—¿Cuántos cubiertos?
—Cuéntelos usted mismo.
—¿Han venido todos, excelencia?

—Sí.
Bertuccio miró a través de la puerta entreabierta.
Montecristo lo observaba atentamente.
—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó Bertuccio.
—¿Qué ocurre? —preguntó el conde.
—¡Esa mujer...!, ¡esa mujer...!
—¿Cuál?
—¡La que lleva un vestido blanco y tantos diamantes...!, ¡la rubia...!
—¿La señora Danglars?
—Ignoro cómo se llama. ¡Pero es ella...! ¡Señor, es ella...!
—¿Quién es ella...?
—¡La mujer del jardín...!, ¡la que estaba encinta...!, la que se paseaba esperando... esperando...
Bertuccio se quedó boquiabierto, pálido y con los cabellos erizados.
—Esperando, ¿a quién?
Bertuccio, sin responder, mostró a Villefort con el dedo, casi con el mismo ademán con que Macbeth mostró a Banco.
—¡Oh...!, ¡oh...! —murmuró al fin—; ¿no ve...?
—¿El qué...? ¿A quién...?
—¡A él...!
—¡A él...!, ¿al señor procurador del rey, Villefort...? Sin duda alguna lo veo.
—Pero no lo maté... ¡Dios mío!
—¡Diablos...!, yo creo que se va a volver loco, señor Bertuccio —dijo el conde.
—¡Pero no murió...!
—No murió puesto que se encuentra delante de usted; en lugar de herirle entre la sexta y la séptima costilla izquierda, como suelen hacer sus compatriotas, erró el golpe y le hirió un poco más arriba o más abajo; o no será verdad nada de lo que me ha contado; habrá sido un sueño de su imaginación; se habría quedado dormido y deliraba en aquel momento. ¡Ea!, recobre su calma y cuente: el señor y la señora de Villefort, dos; el señor y la señora Danglars, cuatro; el señor de Château-Renaud, el señor Debray y el señor Morrel, siete; el señor mayor Bartolomé Cavalcanti, ocho.

—¡Ocho...! —repitió Bertuccio con voz sorda.

—¡Espere...!, ¡espere...!, ¡qué prisa tiene por marcharse...!, ¡qué diablos...!, olvida a uno de mis convidados. Mire hacia la izquierda..., allí..., el señor Andrés Cavalcanti, aquel joven vestido de negro que mira la Virgen de Murillo, que se vuelve.

Pero esta vez, Bertuccio no pudo contenerse y empezó a articular un grito que la mirada de Montecristo apagó en sus labios.

—¡Benedetto...! —murmuró con voz sorda—; ¡fatalidad!

—Las seis y media están dando en este momento, señor Bertuccio —dijo severamente el conde—; esta es la hora en que le di la orden de sentarse a la mesa, y sabe que no me gusta esperar.

Y el conde entró en el salón donde le esperaban sus convidados, mientras que Bertuccio se dirigía hacia el comedor apoyándose en las paredes.

Cinco minutos más tarde, las dos puertas del salón se abrieron. Bertuccio se presentó en ella, y haciendo como Vatel en Chantilly el último y heroico esfuerzo:

—El señor conde está servido —dijo.

Montecristo ofreció el brazo a la señora de Villefort.

—Señor de Villefort —dijo—, conduzca a la señora Danglars al salón, se lo ruego.

Así lo hizo Villefort, y todos pasaron al salón.

Era evidente que al entrar, un mismo sentimiento animaba a todos los convidados, que se preguntaban qué extraña influencia los había conducido a aquella casa; sin embargo, a pesar de lo asombrados que estaban la mayor parte de ellos, hubieran sentido muy de veras no haber asistido a aquel banquete.

Y a pesar de que lo reciente de las relaciones, la posición excéntrica y aislada del conde, la fortuna desconocida y casi fabulosa obligaban a los caballeros a estar circunspectos, y a las damas a no entrar en aquella casa donde no había señoras para recibirlas: hombres y mujeres habían vencido los unos la circunspección, las otras las leyes de la etiqueta, y la curiosidad los impelía a todos hacia un mismo punto.

Asimismo, Cavalcanti, padre e hijo, estaban preocupados, el uno con toda su gravedad, y el otro con toda su desenvoltura.

La señora Danglars había hecho un movimiento al ver acercarse a ella al señor de Villefort, ofreciéndole el brazo; sintió turbarse su mirada bajo sus lentes de oro al apoyarse en él la baronesa.

Ninguno de estos movimientos pasó inadvertido al conde, y este simple contacto, entre los invitados, ofrecía un gran interés para el observador de esta escena.

El señor Villefort tenía a su derecha a la señora Danglars, y a Morrel a su izquierda.

El conde se hallaba sentado entre la señora de Villefort y Danglars.

Los otros espacios estaban ocupados por Debray sentado entre los Cavalcanti, y por Château-Renaud, entre la señora de Villefort y Morrel.

La comida fue magnífica; Montecristo había procurado completamente destruir la simetría parisiense y satisfacer más la curiosidad que el apetito de sus convidados.

Todas las frutas que las cuatro partes del mundo pueden derramar intactas y sabrosas en el cuerno de la abundancia de Europa estaban amontonadas en pirámides en jarros de la China y en copas del Japón.

Las aves exóticas con la parte más brillante de su plumaje, los pescados monstruosos tendidos sobre fuentes de plata; todos los vinos del Archipiélago y del Asia Menor, encerrados en botellas de formas raras, y cuya vista parecía aumentar su sabor, desfilaron, como una de aquellas revistas que Apicio pasaba con sus invitados, por delante de aquellos parisienses que comprendían que se pudiesen gastar mil luises en una comida de diez personas, si a ejemplo de Cleopatra bebían perlas disueltas, o como Lorenzo de Médici, oro derretido.

Montecristo vio el asombro general, y empezó a reír y a burlarse en voz alta.

Dijo:

—Señores, todos ustedes convendrán, sin duda, en que habiendo llegado a cierto grado de fortuna, nada es más necesario que lo superfluo, así como convendrán estas damas en que llegando a cierto grado de exaltación, ya nada hay más positivo que lo ideal. Ahora bien, prosiguiendo este raciocinio, ¿qué es la maravilla?: lo

que no comprendemos. ¿Qué es un bien verdaderamente deseado...?, el que no podemos tener. Pues ver cosas que no puedo comprender, procurarme cosas imposibles de tener, tal es el estudio de toda mi vida. Voy llegando a él por dos medios: el dinero y la voluntad. Yo me empeño en mi capricho, por ejemplo, con la misma perseverancia que usted pone, señor Danglars, en crear una línea de ferrocarril; usted, señor de Villefort, en hacer condenar a un hombre a muerte; usted, señor de Debray, en apaciguar un reino; usted, señor de Château-Renaud, en agradar a una mujer, y usted, Morrel, en domar un potro que nadie puede montar; así, pues, por ejemplo, mire estos dos pescados nacidos el uno a cincuenta leguas de San Petersburgo, y el otro a cinco leguas de Nápoles, ¿no resulta en extremo agradable el verlos reunidos aquí?

—¿Qué clase de pescados son? —preguntó Danglars.

—Aquí tiene a Château-Renaud, que ha vivido en Rusia; él le dirá el nombre de uno —respondió Montecristo—; y el mayor Cavalcanti, que es italiano, le dirá el del otro.

—Este —dijo Château-Renaud— creo que es un esturión.

—Perfectamente.

—Y este —dijo Cavalcanti— es, si no me engaño, una lamprea.

—Exacto. Ahora, señor Danglars, pregunte a esos dos señores dónde se pescan uno y otro.

—¡Oh! —dijo Château-Renaud—, los esturiones se pescan solamente en el Volga.

—¡Oh! —dijo Cavalcanti—, solo en el lago Fusaro es donde se pescan lampreas de ese tamaño.

—¡Imposible! —exclamaron a un mismo tiempo todos los invitados.

—¡Pues bien!, eso precisamente es lo que me divierte —dijo Montecristo—. Yo soy como Nerón, *cupitor impossibilium*; y por eso mismo, esta carne, que tal vez no valga la mitad que la del salmón, le parecerá ahora deliciosa, porque no podía procurársela en su imaginación, y sin embargo la tiene aquí.

—¿Pero cómo han podido transportar esos dos pescados a París?

—¡Oh! ¡Dios mío...!, nada más sencillo; los han traído cada uno en un gran tonel, rodeado uno de matorrales y algas de río, y el otro de plantas de lago; se les puso por tapadera una rejilla, y han vivido

así, el esturión doce días y la lamprea ocho, y todos vivían perfectamente cuando mi cocinero se apoderó de ellos para aderezarlos como lo ve. ¿No lo cree, señor Danglars?

—Mucho lo dudo al menos —respondió sonriéndose.

—Bautista —dijo Montecristo—, haga que traigan el otro esturión y la otra lamprea, ya sabe, los que vinieron en otros toneles y que viven aún.

Danglars se quedó admirado; todos los demás aplaudieron con frenesí.

Cuatro criados presentaron dos toneles rodeados de plantas marinas, en los cuales coleaban dos pescados parecidos a los que se habían servido en la mesa.

—¿Y por qué ha traído dos de cada especie...? —preguntó Danglars.

—Porque uno podía morirse —respondió sencillamente Montecristo.

—Es un hombre maravilloso —dijo Danglars—. Bien dicen los filósofos, no hay nada como tener una buena fortuna.

—Y sobre todo tener ideas —dijo la señora Danglars.

—¡Oh!, no me haga ese honor, señora; los romanos hacían esto con mucha frecuencia, y Plinio cuenta que enviaban de Ostia a Roma, con esclavos que los llevaban sobre sus cabezas, pescados de la especie que ellos llaman mulas, y que según la pintura que hacen de él es probablemente la dorada. También constituía un lujo tenerlos vivos, y un espectáculo muy divertido el verlos morir, porque en la agonía cambiaban tres o cuatro veces de color, y como un arco iris que se evapora, pasaban por todos los colores del prisma, después de lo cual los enviaban a las cocinas. Su agonía tenía también su mérito. Si no los veían vivos, les despreciaban muertos.

—Sí —dijo Debray—; pero de Ostia a Roma no hay más de seis a siete leguas.

—¡Ah!, ¡es cierto! —dijo Montecristo—; pero ¿en qué consistiría el mérito si mil ochocientos años después de Lúculo no se hubiera adelantado nada...?

Los dos Cavalcanti estaban estupefactos; pero no pronunciaban

una sola palabra.
—Todo es admirable —dijo Château-Renaud—; sin embargo, lo que más me admira es la prontitud con que es servido. ¿Es verdad, señor conde, que esta casa la ha comprado hace cinco días?
—A fe mía, así es —respondió Montecristo.
—¡Pues bien...!, estoy seguro de que en ocho ha experimentado una transformación completa; porque, si no me engaño, tenía otra entrada, y el patio estaba empedrado y vacío, al paso que hoy está convertido en un magnífico jardín, con árboles que parecen tener cien años al menos.
—¿Qué quiere...?, me gusta el follaje y la sombra —dijo Montecristo.
—En efecto —dijo la señora de Villefort—, antes se entraba por una puerta que daba al camino, y el día en que me liberó tan milagrosamente, me hizo entrar por ella a la casa.
—Sí, señora —dijo Montecristo—; pero después he preferido una entrada que me permitiese ver el bosque de Bolonia a través de mi reja.
—En cuatro días —dijo Morrel—, ¡qué prodigio...!
—En efecto —dijo Château-Renaud—, de una casa vieja hacer una nueva, es milagroso; porque la casa estaba muy vieja y era muy triste. Recuerdo que mi madre me encargó que la viese cuando el señor de Saint-Merán la puso en venta hará dos o tres años.
—El señor de Saint-Merán —dijo la señora de Villefort—; ¿pero esta casa pertenecía al señor de Saint-Merán antes de haberla comprado usted?
—Así parece —respondió Montecristo.
—¡Cómo que así parece...! ¿No sabe a quién ha comprado esta casa?
—No, a fe mía: mi mayordomo es quien se ocupa de todos estos pormenores.
—Al menos hace diez años que no se habitaba —dijo Château-Renaud—, y era una lástima verla con sus persianas, sus puertas cerradas, y todo el patio lleno de hierba. En verdad que si no hubiese pertenecido al suegro del procurador del rey, la hubieran podido tomar por una de esas malditas casas donde ha sido

cometido algún nefasto crimen.

Villefort, que hasta entonces no había tocado los tres o cuatro vasos llenos de vinos extraordinarios, colocados delante de él, tomó uno maquinalmente y lo apuró de una vez.

Montecristo dejó pasar un instante; después, en medio del silencio que había seguido a las palabras de Château-Renaud:

—Es extraño —dijo—, señor barón; pero la misma idea me asaltó en cuanto entré en esta casa, y me pareció tan lúgubre, que jamás la hubiera comprado si mi mayordomo no lo hubiese hecho por mí. Probablemente el pícaro habría recibido algún regalillo.

—Es probable —murmuró Villefort esforzándose en sonreír—; pero crea que yo no pienso del mismo modo que usted. El señor de Saint-Merán ha querido que se vendiese esta casa, que formaba parte de la dote de mi hija, porque si seguía tres o cuatro años más se hubiera arruinado...

Esta vez fue Morrel quien palideció.

—Había una alcoba sobre todo —prosiguió Montecristo—, ¡ah, Dios mío...!, muy sencilla en la apariencia, una alcoba como todas las demás, forrada de damasco encarnado, que me ha parecido, no sé por qué, dramática en extremo.

—¿Por qué? —preguntó Debray—, ¿por qué dice que era dramática?

—¿Puede uno acaso darse cuenta de las cosas instintivas? —dijo Montecristo—; ¿no hay sitios donde parece que se respira tristeza? ¡Por qué!, yo no sé: por una cadena de recuerdos; por un capricho del pensamiento que nos transporta a otros tiempos, a otros sitios que aquellos en que nos hallamos; en fin, esta alcoba me recordaba la de la marquesa de Gange o la de Desdémona. Pues bien, mire; puesto que hemos acabado de comer, es preciso que se la enseñe a todos: después bajaremos a tomar café al jardín; después del café, al teatro.

Montecristo hizo una señal para interrogar a sus invitados. La señora de Villefort se levantó; Montecristo hizo otro tanto; todos siguieron su ejemplo.

Villefort y la señora Danglars permanecieron un instante como clavados en su asiento; se interrogaban con los ojos y se quedaron

fríos, mudos y helados...

—¿Ha oído? —dijo al fin la señora Danglars.

—Es preciso ir, no hay medio de evadirnos —respondió Villefort, levantándose y ofreciéndole el brazo.

Todos salieron apresuradamente, porque calculaban que la visita no se limitaría a aquella alcoba, y que al mismo tiempo recorrerían el resto de aquella pobre casa, de que Montecristo había hecho un palacio. Cada cual se lanzó por diferentes habitaciones hasta que se fueron a encontrar en un saloncito, donde Montecristo los aguardaba. Cuando todos estuvieron reunidos, el conde cerró la marcha con una sonrisa que, si hubiesen podido comprenderla, habría espantado a los convidados más que la alcoba que iban a visitar.

Empezaron, en efecto, a recorrer las habitaciones amuebladas a la oriental con divanes y almohadones, camas, pipas y armas, y los salones alfombrados, los cuadros más hermosos, cuadros de los antiguos pintores; las piezas forradas de telas de la China, de caprichosos colores, de fantásticos dibujos, de maravillosos tejidos; al fin llegaron a la famosa alcoba.

Nada tenía de particular, a no ser que, aunque declinase el día, no estaba iluminada, y había permanecido intacta, cuando todas las demás habitaciones habían sido adornadas de nuevo.

Estas dos causas eran suficientes para darle un aspecto lúgubre.

—¡Oh! —exclamó la señora Villefort—, en efecto, esto es espantoso.

La señora Danglars procuró articular algunas palabras que nadie oyó.

Se hicieron muchas observaciones, cuyo resultado fue que, en efecto, la alcoba forrada de damasco encarnado tenía un aspecto siniestro.

—¡Oh!, miren —dijo Montecristo—, miren qué bien colocada está esta cama, envuelta en un tono sombrío; y esos dos retratos al pastel, cuyos colores ha apagado la humedad, ¿no parecen decir con sus labios descoloridos que vieron algo horrible?

Villefort palideció; la señora Danglars cayó sobre una silla que estaba colocada junto a la chimenea.

—¡Oh! —dijo la señora de Villefort sonriendo—, ¿tiene valor para sentarse sobre esa silla donde tal vez ha sido cometido el crimen?

La señora Danglars se levantó vivamente.

—Pues no es esto todo —dijo Montecristo.

—¿Hay más aún? —preguntó Debray, a quien la emoción de la señora Danglars no pasó inadvertida.

—¡Ah!, sí, ¿qué hay? —preguntó Danglars—; porque hasta ahora no veo nada de particular. ¿Y usted, qué piensa de esto, señor Cavalcanti?

—¡Ah! —dijo este—, nosotros tenemos en Pisa la torre de Ugolino, en Ferrara la prisión de Tasso, y en Rímini la alcoba de Francesca y de Paolo.

—Pero no tiene esa pequeña escalera —dijo Montecristo abriendo una puerta perfectamente disimulada en la pared—: mírela, y dígame, ¿qué le parece?

—¡Siniestra, en verdad! —dijo Château-Renaud riendo.

—El caso es —dijo Debray—, que yo no sé si el vino de Quios produce la melancolía, pero todo lo veo triste en esta casa.

En cuanto a Morrel, desde que se habló de la dote de Valentina, se quedó triste, pensativo, y no pronunció una palabra más.

—¿No se imaginan —dijo Montecristo— a un Otelo o a un abate de Ganges cualquiera, descendiendo a pasos lentos, en una noche sombría y tempestuosa, esta escalera con alguna lúgubre carga que trata de sustraer a las miradas de los hombres, ya que no lo pudo hacer a las de Dios?

La señora Danglars casi se desmayó en los brazos de Villefort, que también se vio obligado a apoyarse en la pared.

—¡Ah! ¡Dios mío!, señora —exclamó Debray—, ¿qué le ocurre? ¡Cuán pálida está!

—Nada más sencillo —respondió la señora de Villefort—; porque el conde nos cuenta historias espantosas con la única intención de hacernos morir de miedo.

—Sí..., sí —dijo Villefort—; en efecto, conde, asusta a estas señoras.

—¿Qué le ocurre? —dijo en voz baja Debray a la señora Danglars.

—Nada, nada —respondió esta haciendo un esfuerzo—, tengo

necesidad de aire y nada más.

—¿Quiere bajar al jardín? —preguntó Debray ofreciendo su brazo a la señora Danglars y adelantándose hacia la escalera falsa.

—No —dijo—, no; prefiero estar aquí.

—En verdad, señora —dijo Montecristo—, ¿es verdadero ese terror?

—No, señor —dijo la señora Danglars—; pero es que tiene una manera de contar las cosas, que da a la ilusión un aspecto de realidad.

—¡Oh! ¡Dios mío!, sí —dijo Montecristo—, y todo eso depende de la imaginación; y si no, ¿por qué no nos habíamos de representar esta habitación como la alcoba de una honrada madre de familia? Esta cama con sus matices de púrpura, como una casa visitada por la diosa Lucina, y esta escalera misteriosa, el camino por donde, despacio, y para no turbar el sueño reparador de la paciente, pasa el médico o la nodriza, o el mismo padre, llevando en sus brazos al niño que duerme...

Esta vez la señora Danglars, en lugar de tranquilizarse al oír esta dulce descripción, lanzó un gemido y se desmayó completamente.

—La señora Danglars está enferma... —murmuró Villefort—, tal vez será preciso transportarla a su carruaje.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Montecristo—, ¡y yo que he olvidado mi pomo!

—Yo tengo aquí el mío —dijo la señora de Villefort.

Y dio a Montecristo un pomo de un licor rojo, parecido a aquel cuya bienhechora influencia ejerció sobre Eduardo, administrado por el conde.

—¡Ah! —dijo Montecristo, recibiéndolo de las manos de la señora de Villefort.

—Sí —murmuró esta—, lo he probado siguiendo sus instrucciones.

—Perfectamente.

Transportaron a la señora Danglars a la alcoba contigua. Montecristo dejó caer sobre sus labios una gota de licor rojo, que la hizo volver en sí.

—¡Oh! —dijo—, ¡qué sueño tan horrible!

Villefort le apretó con fuerza el brazo, para hacerle comprender que

no había soñado.

Buscaron al señor Danglars, que, poco sensible a las impresiones poéticas, había bajado al jardín, y hablaba con el señor Cavalcanti padre, de un proyecto de ferrocarril de Liorna a Florencia.

Montecristo parecía desesperado; dio el brazo a la señora Danglars y la llevó al jardín, donde encontraron al señor Danglars tomando el café entre los dos Cavalcanti.

—En verdad, señora —dijo—, ¿tanto la he asustado?

—No, señor; pero sepa que las cosas nos hacen más o menos impresión, según la disposición de ánimo en que nos encontramos.

Villefort hizo un esfuerzo para sonreírse.

—Y entonces, ya comprende —dijo—; basta una suposición, una...

—Sí, sí —dijo Montecristo—, créame, si quiere, estoy persuadido de que se ha cometido un crimen en esta casa.

—Cuidado —dijo la señora de Villefort—, vea que tenemos aquí al procurador del rey.

—¡Oh! —dijo Montecristo—, tanto mejor, y me aprovecho de esta circunstancia para hacer mi declaración.

—¿Su declaración...? —dijo.

—Sí, y en presencia de testigos.

—Todo eso es muy interesante —dijo Debray—, y si hay crimen, vamos a hacer admirablemente la digestión.

—Hay crimen —dijo Montecristo—. Vengan por aquí, señores; vengan, señor de Villefort; vengan y les haré la declaración.

Montecristo se cogió del brazo de Villefort, y al mismo tiempo que estrechaba con el suyo el de la señora Danglars, condujo al procurador del rey debajo del plátano, donde la sombra era más densa.

Todos los demás convidados les siguieron.

—Mire —dijo Montecristo—, aquí, en este mismo sitio —y daba con el pie contra la tierra—, aquí, para rejuvenecer estos árboles muy viejos ya, mandé que levantasen la tierra para que echasen estiércol; mis trabajadores, mientras estaban cavando, desenterraron un cofre, o más bien los pedazos de un cofre, que contenía un niño recién nacido; yo creo que esto no es ilusión.

Montecristo sintió crisparse sobre el suyo el brazo de la señora

Danglars y estremecerse el de Villefort.
—Un niño recién nacido —repitió Debray—, ¡diablos!, eso es más serio de lo que yo creía.
—Ya ve —dijo Château-Renaud— que no me equivocaba cuando decía hace poco que las casas tenían un alma y un rostro como los hombres, y que llevan en su fisonomía un reflejo de sus entrañas. La casa estaba triste porque tenía remordimientos y tenía remordimientos porque ocultaba un crimen.
—¡Oh! ¿Quién puede asegurar que se trate de un crimen? —repuso Villefort haciendo el último esfuerzo.
—¡Cómo! ¿Un niño enterrado vivo en un jardín, no es un crimen? —exclamó Montecristo—. ¿Cómo llama a esa acción, señor procurador del rey?
—Pero ¿quién dice que haya sido enterrado vivo?
—Si estaba muerto, ¿para qué lo habían de enterrar aquí? Este jardín no ha sido nunca cementerio.
—¿Qué castigo tienen en este país los infanticidas? —preguntó el mayor Cavalcanti.
—¡Oh!, se les corta la cabeza —respondió Danglars.
—¡Ah!, se les corta la cabeza —repitió Cavalcanti.
—Ya lo creo..., ¿no es verdad, señor de Villefort? —dijo Montecristo.
—Sí, señor conde —respondió este con un acento que nada tenía de humano.
Comprendiendo Montecristo que ya habían sufrido bastante las dos personas para quienes había preparado esta escena, y no queriendo llevarla más lejos:
—¡Señores —dijo—, nos hemos olvidado de tomar el café!
Y condujo a sus invitados a una mesa colocada en medio de una alameda.
—En verdad, señor conde —dijo la señora Danglars—, me avergüenzo de confesar mi debilidad; pero todas estas espantosas historias me han trastornado mucho; dejadme sentar y descansar un momento, se lo ruego.
Y cayó sobre un asiento.
Montecristo la saludó y se aproximó a la señora de Villefort.

—Creo que la señora Danglars tiene necesidad otra vez de su pomo —dijo.

Pero antes de que la señora de Villefort se hubiese acercado a su amiga, el procurador del rey había dicho ya, al oído de la señora Danglars.

—Es necesario que le hable.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Dónde?

—En el tribunal, si quiere, que es el sitio más seguro.

—No faltaré.

En aquel instante se acercó la señora de Villefort.

—Gracias, querida amiga —dijo la señora Danglars procurando sonreír—, no es nada, y me siento mucho mejor.

Iba oscureciendo; la señora de Villefort había manifestado deseos de volver a París, lo cual no se atrevió a hacer la señora Danglars, a pesar del malestar que sufría.

Al oír el deseo de su mujer, el señor de Villefort se apresuró a dar la orden de partida; ofreció un lugar en su carretela a la señora Danglars, a fin de que la cuidase su mujer. En cuanto al señor Danglars, absorto en una conversación industrial de las más interesantes con el señor Cavalcanti, no prestaba ninguna atención a lo que pasaba.

Montecristo, al pedir el pomo a la señora de Villefort, notó que el señor de Villefort se había aproximado a la señora Danglars, y guiado por la situación, adivinó lo que había dicho, aunque Villefort habló tan bajo que apenas la señora Danglars pudo oírlo. Dejó partir a Morrel, a Debray y a Château-Renaud a caballo, y subir a las dos señoras a la carretela de Villefort; por su parte Danglars, cada vez más encantado con Cavalcanti padre, le invitó a que subiese con él en su cupé.

En cuanto al hijo Cavalcanti se acercó a su tílburi que le aguardaba delante de la puerta, y cuyo caballo tenía del bocado un *groom* levantado sobre las puntas de sus pies y que afectaba las maneras inglesas.

Durante la comida, Andrés no había hablado mucho, porque era un

joven inteligente, y había experimentado naturalmente el temor de decir alguna tontería en medio de aquellos invitados ricos y poderosos, entre los cuales sus ojos no veían con gusto a un procurador del rey.

Había simpatizado con Danglars, que después de haber lanzado una mirada escudriñadora al padre y al hijo, pensó que el padre sería algún nabab que había venido a París para perfeccionar la educación de su hijo. Había contemplado con indecible complacencia el enorme diamante que brillaba en el dedo pequeño del mayor, porque este, como hombre prudente y experimentado, temiendo que sucediese algún accidente a sus billetes de banco, los había convertido en seguida en un objeto de valor.

Después de la comida, bajo pretexto de industria y de viaje, preguntó al padre y al hijo acerca de su modo de vivir, y el padre y el hijo, prevenidos de que era en casa de Danglars donde debía serles abierto, al uno su crédito de cuarenta y ocho mil francos, y al otro su crédito anual de cincuenta mil libras, estuvieron muy amables y simpáticos con Danglars.

Había algo que de un modo especial aumentó la consideración, casi diremos la veneración de Danglars, hacia Cavalcanti. Este, fiel al principio de Horacio, *nihil admirari,* se había contentado, como se ha visto, con dar una prueba de su ciencia, diciendo en qué lago se pescaban las famosas lampreas. Había comido además su parte sin decir una sola palabra. Danglars dedujo de esto que esta especie de suntuosidades eran familiares al ilustre descendiente de los Cavalcanti, el cual se alimentaría en Luca de truchas que mandaría traer de Suiza y de langostas que le enviarían de Bretaña por medio de procedimientos semejantes a aquellos de que se había servido el conde para hacer traer lampreas del lago Fusaro, y esturiones del Volga.

Así, pues, fueron acogidas con gran satisfacción las palabras de Cavalcanti:

—Mañana, caballero, tendré el honor de hacerle una visita y hablaremos de negocios.

—Y yo, caballero —respondió Danglars—, le agradeceré sumamente esa visita.

Después de esto, propuso a Cavalcanti, si esto no le privaba del placer de estar al lado de su hijo, volverle a conducir al *Hotel des Princes.*

A lo cual Cavalcanti respondió que de algún tiempo a aquella parte su hijo llevaba la vida de joven soltero; que, por consiguiente, tenía sus caballos y su carruaje, y que no habiendo venido juntos, no veía ninguna dificultad en que se fuesen separados. El mayor subió, pues, al carruaje de Danglars, y el banquero se sentó a su lado, cada vez más encantado de las ideas de orden y de economía de aquel hombre, que destinaba sin embargo a su hijo cincuenta mil francos al año. Por lo que a Andrés se refiere, empezó a darse tono, riñendo a su *groom*, porque en lugar de venirle a buscar al pie de la escalera, lo esperaba a la puerta de entrada, lo cual le había causado la molestia de andar treinta pasos más para buscar su tilburí. El *groom* recibió el sermón con humildad, cogió, para contener el caballo que pateaba de impaciencia, el bocado con la mano izquierda, entregó con la mano derecha las riendas a Andrés, que las tomó y apoyó ligeramente su lustrosa bota sobre el estribo.

En aquel momento sintió que una mano se apoyaba sobre su hombro.

El joven se volvió, creyendo que Danglars y Montecristo se habían olvidado de decirle alguna cosa, y venían a decírselo en el momento de partir.

Sin embargo, en lugar del uno o del otro, vio un rostro extraño, tostado por el sol, rodeado de una barba espesa, ojos brillantes, y una sonrisa burlona, que movía unos labios gruesos que dejaban ver dos filas de dientes blancos, unidos y salientes como los de un lobo o un chacal.

Un pañuelo de cuadros encarnados cubría aquella cabeza de cabellos canos y crespos, un chaquetón grasiento y desgarrado cubría aquel cuerpo delgado y huesoso; en fin, la mano que se apoyó sobre el hombro de Andrés, y que fue lo primero que vio el joven, le pareció de una dimensión gigantesca.

Si reconoció el joven esta fisonomía a la luz de las farolas de su tilburí, o se admiró solamente del terrible aspecto de este interlocutor, no podemos decirlo; el caso es que se estremeció y

retrocedió vivamente.

—¿Qué quiere? —dijo.

—Disculpe, caballero —respondió el hombre llevando la mano a su pañuelo encarnado—; le incomodo tal vez, pero tengo que hablarle.

—No se pide limosna por la noche —dijo el *groom* haciendo un movimiento para desembarazar a su amo de este importuno.

—Yo no pido limosna, señorito —dijo el hombre desconocido al lacayo, fijándole una mirada tan irónica y una sonrisa tan espantosa que este se apartó—; deseo tan solo decir dos palabras a su amo, que me encargó de una comisión hace quince días.

—Veamos —dijo Andrés a su vez levantando la voz para que el lacayo no notase su turbación—; ¿qué quiere? Despache pronto.

—Quisiera... quisiera... —dijo en voz baja el hombre del pañuelo encarnado—, que me ahorrase el trabajo de tener que volver a pie a París. Estoy cansado y como no he comido tan bien como tú, apenas puedo tenerme en pie.

El joven se estremeció ante semejante familiaridad.

—Pero, en fin —dijo—, veamos, ¿qué quiere de mí?

—¡Y bien!, quiero que me dejes subir en tu lindo carruaje y que me conduzcas a París.

Andrés palideció, pero no respondió.

—¡Oh!, sí, sí —dijo el hombre del pañuelo encarnado metiendo sus manos en los bolsillos y mirando al joven con ojos provocadores—; se me ha ocurrido esta idea, ¿lo has oído, querido Benedetto?

Al oír este nombre el joven reflexionó sin duda, porque se acercó al *groom* y le dijo:

—Este hombre ha sido, en efecto, encargado por mí de una comisión cuyo resultado me tiene que contar. Vaya a pie hasta la barrera; allí tomará un cabriolé, de este modo no irá a pie hasta casa.

El lacayo se alejó sorprendido.

—Déjeme al menos acercarme a la sombra —dijo Andrés.

—¡Oh!, en cuanto a eso, yo voy a conducirte a un sitio bueno —repuso el hombre del pañuelo encarnado.

Y cogió por el bocado al caballo, conduciendo el tilburí a un sitio donde, en efecto, nadie podía presenciar el honor que le hacía

Andrés.

—¡Oh!, no vayas a creer que esto lo hago por tener la gloria de ir en un lindo carruaje, no, lo hago solamente porque estoy agobiado de fatiga, y luego, porque tengo que decirte dos palabras.

—Veamos; suba —dijo el joven.

Lástima que no fuera de día, porque hubiera sido un espectáculo curioso el ver a este pordiosero sentado sobre los almohadones del tilburí junto al joven y elegante conductor del carruaje.

Andrés llevó su caballo al trote largo hasta la última casa del pueblo sin hablar con su compañero, quien, por su parte, sonreía y guardaba silencio, como encantado de pasearse en un carruaje tan cómodo y elegante.

Una vez fuera de Auteuil, Andrés miró en derredor para asegurarse sin duda de que no podían verlos ni oírlos, y entonces, deteniendo su caballo y cruzando los brazos delante del hombre del pañuelo encarnado:

—Veamos —le dijo—, ¿por qué viene a turbarme en mi tranquilidad?

—Y tú, muchacho, ¿por qué desconfías de mí?

—¿Y por qué dice que yo desconfío de usted?

—¿Por qué...?, ¡diablos!, nos separamos en el puerto de Var, me dices que vas a viajar por el Piamonte y por la Toscana, y en vez de hacerlo así, te vienes a París.

—¿Y qué tiene que ver con eso?

—¿Yo?, nada...; al contrario, confío en que me servirá de mucho.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo Andrés—, ¿es decir, que especula o piensa especular conmigo?

—¡Bueno! ¡Así me gusta, al grano, al grano!

—Pues no lo crea, señor Caderousse, se lo advierto.

—¡Oh!, no te enfades, chiquillo, tú bien debes saber lo que es la desgracia; la desgracia hace a los hombres celosos. Yo lo creía recorriendo el Piamonte y la Toscana, obligado a servir de *facchino* o de *cicerone* para poder comer; te compadezco en el fondo de mi corazón, es decir, ¡te compadecía como lo hubiera hecho con mi hijo! Bien sabes, Benedetto, que yo te he llamado siempre mi hijo y que te he tratado como tal, y que...

—¡Adelante, adelante...!

—Paciencia, amiguito, que nadie nos persigue.

—Paciencia tengo; veamos..., acabe.

—Pues, señor, lo veo, cuando menos lo pensaba, atravesar la barrera de Bonshommes con un *groom*, con un tilburí, ¡con un traje precioso...! Dime, chico, has descubierto alguna mina o...

—En fin, como decía, confiesa que está celoso...

—No, estoy satisfecho, tan satisfecho que he querido darte mi enhorabuena, chiquillo; pero, como no estaba tan bien vestido como tú, no he querido comprometerte...

—¡Vaya manera de tomar precauciones! —dijo Andrés—, ¡se acerca a mí delante de mi criado!

—¿Y qué quieres, hijo mío? Me acerco a ti cuando puedo echarte la mano, tienes un caballo muy vivo, un tilburí muy ligero, tú eres naturalmente escurridizo como una anguila; si te me llegas a escapar esta noche, tal vez no te hubiera encontrado nunca.

—Ya ve que no trato de ocultarme...

—¡Dichoso tú! Yo quisiera decir otro tanto; yo sí me oculto, sin contar con que temía que no me conocieses; pero, felizmente, me has reconocido —añadió Caderousse con una sonrisa maligna—, ¡eres un buen muchacho!

—Veamos —dijo Andrés—, ¿qué es lo que necesita?

—¿No me tuteas ya? ¡Haces mal, Benedetto, a un antiguo camarada...!, ten cuidado, o harás que me vuelva exigente.

Esta amenaza apaciguó la cólera del joven, que, habiéndose levantado un aire violento, puso su caballo al trote.

—Haces mal, Caderousse —dijo—, en tratar así a un antiguo compañero, como decías hace poco; tú eres marsellés, yo soy...

—¿Sabes tú lo que eres...?

—No, pero he sido educado en Córcega; tú eres viejo y terco, yo soy joven y testarudo. Entre personas como nosotros, la amenaza es cosa mala, y no se debe abusar; ¿tengo yo la culpa si la fortuna que sigue siéndote adversa, me favorece a mí ahora?

—De modo que es buena tu fortuna, ¿eh? ¿Y ese no es tilburí prestado, ni tus vestidos son tampoco prestados? Bueno, ¡tanto mejor! —dijo Caderousse cuyos ojos brillaron de codicia.

—¡Oh!, bien lo ves y bien lo sabes, cuando te acercaste a mí —dijo Andrés animándose cada vez más—. Si yo llevase un pañuelo como el tuyo en mi cabeza, un chaquetón grasiento sobre mis hombros, tampoco tú me reconocerías a mí.

—Es decir, que me desprecias, y haces mal; ahora que te he encontrado, nada me impide ir bien vestido, puesto que conozco tu buen corazón; si tienes dos vestidos me darás uno; yo te daba antes mi ración de sopa y de albaricoques cuando tenías mucha hambre.

—Es cierto —dijo Andrés.

—¡Qué apetito tenías! ¿Sigues teniéndolo tan bueno?

—Sí, siempre —dijo Andrés riendo.

—¡Qué bien habrás comido en casa de este príncipe de donde sales!

—No es un príncipe, es solo conde.

—¡Un conde!, pero rico, ¿no?

—Sí, ¡pero es un hombre muy raro!

—Nada tengo yo que ver con el conde, contigo solamente es con quien yo tengo mis proyectos, y después te dejaré en paz. Pero —añadió Caderousse con aquella sonrisa maligna que ya había brillado en sus labios—, pero es menester que me des algo para eso, ya comprendes.

—Veamos: ¿cuánto te hace falta?

—Yo creo que con cien francos al mes...

—¡Y bien!

—Viviría.

—¿Con cien francos?

—Pero mal, ya me entiendes, pero con...

—¿Con...?

—Ciento cincuenta francos, sería muy feliz.

—Aquí tienes doscientos —dijo Andrés.

Y entregó a Caderousse diez luises de oro.

—Está bien —dijo Caderousse.

—Preséntate en casa del portero todos los días primeros de mes y te entregarán otro tanto.

—Bueno: ¡eso es humillarme!

—¿Cómo?

—Ya me obligas a tener que andar metido con la gente; nada, nada, yo no quiero tratar con nadie más que contigo.

—¡Pues bien!, sea así, pídemelo a mí todos los días primeros del mes; mientras tenga yo mi renta, tú tendrás la tuya.

—¡Vamos! ¡Vamos!, ya veo que no me había equivocado, eres un buen muchacho, y es una felicidad que la fortuna se muestre propicia con la gente de tu ralea, vaya, cuéntame tus aventuras.

—¿Para qué quieres saber eso? —preguntó Cavalcanti.

—¡Bueno! ¡Ya vuelves a desconfiar!

—No; ¡he encontrado a mi padre...!

—¡Un verdadero padre!

—¡Diablos!, mientras pague...

—Tú creerás y honrarás, es justo. ¿Cómo llamas a tu padre?

—El mayor Cavalcanti.

—¿Y está contento de ti?

—Hasta ahora, así parece.

—¿Y quién te ha hecho encontrar a ese padre?

—El conde de Montecristo.

—¿Es el conde en cuya casa has estado?

—Sí.

—Vamos, chico, procura colocarme en su casa, diciéndole que soy un pariente tuyo.

—Bien, le hablaré de ti; mientras tanto, ¿qué vas a hacer?

—¡Yo!

—Sí, tú.

—¡Qué bueno eres, que te preocupas por mí!

—Me parece que, puesto que tú te interesas por mí —repuso Andrés—, yo debo también tomar algunos informes.

—Es justo... Voy a alquilar un cuarto en una casa honrada, cubrirme con un traje decente, afeitarme todos los días, y después iré a leer los periódicos al café. Por la noche entraré en algún teatro y pareceré un panadero retirado, este es mi sueño.

—Vamos, no está mal. Si quieres poner en práctica ese proyecto, y obrar con prudencia, todo te saldrá bien.

—Y tú qué vas a ser..., ¿par de Francia?

—¡Oh! —dijo Andrés—, ¿quién sabe?

—El mayor Cavalcanti lo es tal vez... pero...

—Déjate de política, Caderousse... Y ahora que tienes lo que quieres y que estamos a punto de llegar, apéate y esfúmate.

—¡No, no, amigo!

—¿Cómo que no?

—Pero reflexiona, muchacho: con un pañuelo encarnado en la cabeza, casi sin zapatos, sin pasaporte y con doscientos francos en el bolsillo, me detendrían sin duda en la barrera. Entonces me vería obligado, para justificarme, a decir que tú me habías dado estos diez napoleones de oro; de aquí resultarían los informes, las pesquisas; averiguarían que me había escapado de Tolón y me llevarían de brigada en brigada a las orillas del Mediterráneo. Volvería a ser el número 106, y ¡adiós mi sueño de querer pasar por un panadero retirado! No, hijo mío, prefiero quedarme y vivir honradamente en la capital.

Andrés frunció el entrecejo; una idea sombría pasó por su mente. Se detuvo un instante, arrojó una mirada a su alrededor, y cuando su mirada acababa de describir el círculo investigador, su mano descendió inocentemente hacia su bolsillo, donde empezó a acariciar la culata de una pistola.

Pero mientras tanto Caderousse, que no perdía de vista a su compañero, llevaba sus manos detrás de su espalda y sacaba poco a poco un cuchillo que llevaba siempre consigo por lo que pudiera suceder.

Los dos amigos, como se ha visto, eran dignos de comprenderse, y se comprendieron; la mano de Andrés salió inofensiva de su bolsillo y se dirigió a su bigote, que acarició durante cierto rato.

—¡El bueno de Caderousse! —dijo—; ¿de modo que ahora vas a ser feliz?

—Haré todo lo posible —respondió el posadero del puente de Gard, introduciendo el cuchillo en su manga.

—Vamos, vamos, entremos en París. ¿Pero cómo vas a arreglártelas para pasar la barrera sin despertar sospechas? Yo creo que más lo expones yendo en carruaje que a pie.

—Espera —dijo Caderousse—, ahora verás.

Cogió el capote que el *groom* había dejado en su asiento, lo echó

sobre sus hombros, se apoderó después del sombrero de Cavalcanti y se lo puso. Entonces adoptó la postura de un lacayo cuyo amo va conduciendo el carruaje.

—Y yo —dijo Andrés— me voy a quedar con la cabeza descubierta.

—¡Psch! —dijo Caderousse—; hace tanto aire, que muy bien puede haberte llevado el sombrero.

—Vamos —dijo Andrés—, y acabemos de una vez.

—¿Qué es lo que lo detiene? No soy yo, según creo.

—¡Silencio! —dijo Cavalcanti.

Atravesaron la barrera sin incidente alguno.

En la primera travesía, Andrés detuvo su caballo, y Caderousse se bajó del tilburí.

—¡Y bien! —dijo Andrés—, ¿y el capote de mi lacayo, y mi sombrero?

—¡Ah! —respondió Caderousse—, tú no querrás que vaya a resfriarme, ¿verdad?

—¿Pero y yo?

—Tú eres joven, mientras que yo empiezo ya a envejecer; hasta la vista, Benedetto.

Dicho esto, se dirigió a una callejuela, por donde desapareció.

—¡Ay! —dijo Andrés arrojando un suspiro—, ¡no puede uno ser completamente feliz en este mundo!

En la plaza de Luis XV, los tres jóvenes se habían separado, es decir, que Morrel tomó por los bulevares; Château-Renaud, por el puente de la Revolución, y Debray siguió a lo largo del muelle.

Morrel y Château-Renaud, según toda probabilidad, se dirigieron cada cual a su casa: pero Debray no imitó su ejemplo.

Así que hubo llegado a la plaza del Louvre, echó hacia la izquierda, atravesó el Carrousel al trote largo, se metió por la calle de San Roque, desembocó en la de Michodière, y llegó a la puerta de la casa del señor Danglars, justamente en el momento en que la carretela del señor Villefort, después de haberlos dejado a él y a su mujer en el barrio de Saint-Honoré, se detenía para dejar a la baronesa en su casa.

Debray, conocido ya de la casa, entró primeramente en el patio,

entregó la brida a un criado, y volvió a la portezuela para recibir a la señora Danglars, a la cual ofreció el brazo para volver a sus habitaciones. Una vez cerrada la puerta, y la baronesa y Debray en el patio, preguntó este:

—¿Qué tiene, Herminia—, dijo Debray—, y por qué se indispuso tanto al oír aquella historia o más bien aquella fábula que contó el conde?

—Porque esta tarde ya me encontraba muy mal, amigo mío —dijo la baronesa.

—No, no, Herminia —dijo Debray—, no me hará creer eso. Estaba perfectamente cuando fue a la casa del conde. El señor Danglars era el único que estaba un poco cabizbajo, es verdad, pero yo sé el caso que usted hace de su malhumor; ¿le han hecho algo? Cuéntemelo; bien sabe que no sufriré nunca que le causen algún pesar.

—Se engaña, Luciano, se lo aseguro —repuso la señora Danglars—, y no ha habido más que lo que le he dicho; estaba de mal humor, sin saber yo siquiera la causa.

Era evidente que la señora Danglars se hallaba bajo la influencia de una de esas irritaciones nerviosas de las que apenas pueden darse cuenta a sí mismas las mujeres, o que, como había adivinado Debray, había experimentado alguna conmoción oculta que no quería confesar a nadie; como hombre acostumbrado a conocer el talante de las mujeres, no insistió más, esperando el momento oportuno, ya sea para un nuevo interrogatorio o para una confesión *motu proprio*.

La baronesa encontró en la puerta de su cuarto a Cornelia.

Cornelia era la camarera de confianza de la baronesa.

—¿Qué hace mi hija? —preguntó la señora Danglars.

—Ha estado estudiando toda la tarde —respondió Cornelia—, y luego se ha acostado.

—Creo que oigo su piano.

—Es la señorita Luisa de Armilly que está tocando, mientras que la señorita está en la cama.

—Bien —dijo la señora Danglars—; venga a desnudarme.

Entraron en la alcoba. Debray se recostó sobre un sofá, y la señora

Danglars pasó a su gabinete de tocador con Cornelia.

—Querido Luciano —dijo la señora Danglars a través de la puerta del gabinete—, ¿se sigue quejando aún de que Eugenia no le dispensa el honor de dirigirle la palabra?

—Señora —dijo Luciano jugando con el perrito americano de la baronesa, el cual, reconociéndole por amigo de la casa, le hacía mil caricias—; no soy yo el único que le da esas quejas, y creo haber oído a Morcef quejarse a usted el otro día de que no podía sacar una palabra siquiera a su futura esposa.

—Es cierto —dijo la señora Danglars—, pero yo creo que una de estas mañanas cambiará todo eso, y verá entrar en su gabinete a Eugenia.

—¿En mi gabinete?

—Es decir, en el del ministro.

—¿Para qué?

—Para pedirle que la contrate en la ópera; ¡oh!, nunca he visto tal pasión por la música, ¡es ridícula esa afición en una persona de mundo!

Debray sonrió.

—Pues bien —dijo—; que vaya con el consentimiento del barón y con el suyo, y la contrataré, aunque somos muy pobres para pagar un talento tan notable como el suyo.

—Puede marcharse, Cornelia, ya no la necesito —dijo la señora Danglars.

Cornelia desapareció y un instante después la señora Danglars salió de su gabinete con un *negligé* encantador y fue a sentarse al lado de Luciano.

Se quedó un momento pensativa, acariciando a su perrito.

Luciano la miró un instante en silencio.

—Veamos, Herminia —dijo al cabo de un rato—, responda francamente, tiene un pesar, ¿no es así?

—No, ninguno —respondió la baronesa.

Y sin embargo parecía sofocada; se levantó, procuró respirar y fue a mirarse a un espejo.

—Esta noche estoy horrible —dijo.

Debray se levantó sonriendo, para desengañar a la baronesa,

cuando de repente se abrió la puerta. Danglars entró en la habitación y Debray se volvió a sentar. Al ruido que la puerta produjo al abrirse, se volvió la señora Danglars, y miró a su marido con un asombro que no trató de disimular.

—Buenas noches, señora —dijo el banquero—; buenas noches, señor Debray.

Sin duda creyó la baronesa que esta visita imprevista significaba una especie de deseo de reparar las palabras amargas que se le escaparon al barón durante aquella tarde.

Adoptó un aire de dignidad, y volviéndose hacia Luciano, sin responder a su marido:

—Léame algo, señor Debray —le dijo.

Debray, a quien esta visita inquietara algún tanto de momento, recobró su calma al observar la de la baronesa, y extendió la mano hacía un libro abierto.

—Perdone —le dijo el banquero—, pero se va a fatigar, baronesa, velando hasta tan tarde; son las once, y el señor Debray vive bastante lejos.

Debray se quedó estupefacto, no porque el tono con que el banquero dijera estas palabras dejase de ser sumamente cortés y tranquilo, sino porque a través de esta cortesía y de esta tranquilidad, percibía un vivo deseo de parte del banquero por contrariar aquella noche la voluntad de su mujer...

La baronesa se quedó tan asombrada, y manifestó su asombro con una mirada tal, que sin duda hubiera dado que pensar a su marido si este no hubiera tenido los ojos fijos en un periódico.

Así, pues, esta mirada tan terrible fue lanzada al vacío, y quedó completamente sin efecto.

—Señor Luciano —dijo la baronesa—, debo decirle que me siento sin ganas de dormir esta noche, tengo mil cosas que contarle, y va a pasarla escuchándome, aunque para ello tuviese que dormir en pie.

—Estoy a sus órdenes, señora —respondió Luciano con flema.

—Querido señor Debray —dijo el banquero a su vez—, no se incomode en escuchar ahora las locuras de la señora Danglars, porque tendrá tiempo de escucharlas mañana; pero esta noche la consagraré yo, si así me lo permite, a hablar con mi mujer de graves

asuntos.

El golpe iba tan bien dirigido esta vez, y caía tan a plomo, que dejó aturdidos a Debray y a la señora Danglars; ambos se interrogaron con la mirada como para buscar un recurso contra aquella agresión; pero el irresistible poder del dueño de la casa triunfó, y el marido ganó la partida.

—No vaya a creer que le despido, querido señor Debray —prosiguió Danglars—; no, no; una circunstancia imprevista me obliga a desear tener esta noche una conversación con la baronesa; esto me sucede muy pocas veces, para que se me guarde rencor.

Debray balbució algunas palabras, saludó y salió.

—¡Es increíble —dijo apenas que hubo cerrado tras sí la puerta—, cuán fácilmente saben dominarnos estos maridos a quienes tan ridículos creemos...!

No bien hubo partido Luciano, cuando Danglars se acomodó en el sofá, cerró el libro abierto, y tomando una postura altamente aristocrática a su modo de ver, siguió jugando con el perrito. Pero como este no simpatizaba lo mismo con él que con Debray, intentó morderlo; entonces lo cogió por el pescuezo y lo arrojó sobre un sillón al otro lado del cuarto.

El animal lanzó un grito al atravesar el espacio; pero apenas llegó al término de su camino aéreo se ocultó detrás de un cojín, y estupefacto de aquel trato al que no estaba acostumbrado, se mantuvo silencioso y sin moverse.

—¿Sabe, caballero —dijo la baronesa, sin pestañear—, que hace progresos? Generalmente, no es más que grosero, pero esta noche está brutal.

—Es porque estoy de peor humor que otros días —respondió Danglars seriamente.

Herminia miró al banquero con desdén. Estas ojeadas exasperaban antes al orgulloso Danglars; pero ahora no pareció darse cuenta de ellas.

—¿Y qué tengo yo que ver con su malhumor? —respondió la baronesa, irritada por la impasibilidad de su marido—; ¿me importa algo? Buen provecho le hagan sus malos humores, y puesto que tiene escribientes y empleados a su disposición, desahóguese con

ellos.

—No —respondió Danglars—; desvaría en sus consejos, señora; así, pues, no los seguiré. Mis escribientes son mi Pactolo, como dice, según creo, el señor Demoustier, y yo no quiero alterar su curso ni su calma. Mis empleados son personas honradas, que me labran mi fortuna, y a quienes pago menos de lo que se merecen; no, no, me guardaré bien de encolerizarme con ellos; con los que me encolerizaré es contra las personas que se comen mi dinero, que usan mis caballos, abusando ya, y que están arruinando mi caja.

—¿Y quienes son las personas que arruinan su caja? Explíquese con más claridad, caballero.

—¡Oh!, tranquilícese, si hablo por enigmas, no tardaré en darle la solución —repuso Danglars—. Las personas que arruinan mi caja son las personas que sacan de ella la suma de setecientos mil francos.

—No lo comprendo, caballero —dijo la baronesa tratando de disimular a la vez la emoción de su voz y el carmín que iba cubriendo sus mejillas.

—Al contrario, comprende perfectamente —dijo Danglars—; pero si su mala voluntad continúa así, le diré que acabo de perder setecientos mil francos.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo la baronesa—, ¿acaso tengo yo la culpa de esa pérdida?

—¿Por qué no?

—¿Conque es culpa mía que usted haya perdido setecientos mil francos?

—Pues mía tampoco es.

—Acabemos de una vez, caballero —repuso agriamente la baronesa—, le he dicho que no me hable de caja; es una lengua que no he aprendido ni en casa de mis padres, ni en casa de mi primer marido.

—Ya lo creo, sí, ¡diablos! —dijo Danglars—, porque ni los unos ni los otros tenían un centavo.

—Razón de más para que no haya aprendido esa jerigonza del banco, que me desgarra los oídos desde la mañana hasta la noche;

ese dinero que cuentan y vuelven a contar me es odioso, y el sonido de su voz me es aún más desagradable.

—¡Qué raro es lo que dice! —dijo Danglars—, ¡qué extraño es eso! ¡Y yo que había creído que se tomaba el más vivo interés en mis operaciones!

—¡Yo! ¿Y quién le ha podido decir semejante tontería?

—¡Usted misma!

—¡Yo!

—Sin duda.

—Quisiera saber cuándo le he dicho tal cosa.

—¡Oh!, es muy fácil. En el mes de febrero último usted fue la primera que me habló de los fondos de Haití; soñó que un buque entraba en el puerto de Havre, y traía la noticia de que iba a efectuarse un pago que se creía remitido a las calendas griegas; hice comprar inmediatamente todos los vales que pude encontrar de la deuda de Haití, y gané cuatrocientos mil francos, de los cuales le fueron religiosamente entregados cien mil. Ha hecho con ellos lo que le dio la gana, eso no me interesa.

»En el mes de marzo, se trataba de una concesión de caminos de hierro. Tres sociedades se presentaban ofreciendo garantías iguales. Me dijo que su instinto, y aunque se presumía enteramente extraña a las especulaciones, yo lo creo por el contrario muy desarrollado en esta materia; me dijo que su instinto le anunciaba que se daría el privilegio a la Sociedad llamada del Mediodía. En seguida adquirí las dos terceras partes de las acciones de esta Sociedad. Se le concedió, efectivamente, el privilegio, como había previsto: las acciones triplicaron de valor, y gané un millón, del cual le fueron entregados doscientos cincuenta mil francos. ¿En qué ha empleado esta suma? Esto no me interesa.

—¿Pero adónde quiere ir a parar? —exclamó la baronesa estremeciéndose de despecho y de impaciencia.

—Paciencia, señora, tened paciencia.

—Acabe de una vez.

—En el mes de abril fue a comer a casa del ministro: hablaron de España, y oyó una conversación secreta: se trataba de la expulsión de don Carlos; compré fondos españoles, la expulsión tuvo lugar, y

gané seiscientos mil francos el día en que Carlos V pasó el Bidasoa. De estos seiscientos mil francos le fueron entregados cincuenta mil escudos, ha dispuesto de ellos a su capricho, y yo no le pido cuentas de ello, pero no por eso es menos cierto que ha recibido quinientas mil libras este año.

—¿Y qué?

—¿Y qué? ¡Pues bien!, he aquí que de pronto pierde su tino y todo se lo lleva el demonio.

—En verdad..., tiene un modo de explicarse...

—El modo que necesito para que me entiendan, nada más. Luego hará unos tres días habló de política con el señor Debray, y creyó oír en sus palabras que don Carlos había entrado en España; entonces vendo mi renta, se esparce la noticia, hay sospechas, no vendo, doy; al día siguiente se sabe que la noticia era falsa y esta falsa noticia me ha hecho perder setecientos mil francos.

—¿Y bien?

—¡Y bien!, puesto que yo le doy la cuarta parte cuando gano, usted tiene que dármela cuando pierdo. La cuarta parte de setecientos mil francos son ciento setenta y cinco mil.

—Pero esto que me dice es una extravagancia, e ignoro en realidad por qué mezcla el nombre de Debray en todo esto.

—Porque si no tiene por casualidad esos cientos setenta y cinco mil francos que reclamo, los habrá prestado a sus amigos, y el señor Debray es uno de ellos.

—¡Cómo! —exclamó la baronesa.

—¡Oh!, nada de aspavientos ni de gritos, ni de escenas dramáticas, señora, si no me obligará a decirle que el señor Debray se estará regocijando de haber recibido cerca de quinientas mil libras este año, y dirá que al fin ha encontrado lo que no han podido descubrir nunca los más hábiles jugadores, es decir, un modo de jugar en el que no se expone ningún dinero y en el que no se pierde cuando se pierde.

La baronesa no podía contener su indignación.

—¡Miserable! —dijo—, ¿se atrevería a decir que no sabía lo que se atreve a echarme en cara hoy?

—Yo no le digo si lo sabía, o si no lo sabía; solo le digo: observe mi

conducta después de cuatro años que hace que no es mi mujer y que yo no soy su marido, verá si ha sido consecuente consigo misma. Algún tiempo después de nuestra ruptura deseó estudiar la música con ese famoso barítono que se estrenó con tan feliz éxito en el teatro italiano; yo quise estudiar el baile con aquella bailarina que había adquirido tan buena reputación en Londres. Esto nos ha costado lo mismo, cien mil francos. Yo nada dije, porque en los matrimonios debe reinar una completa tranquilidad; cien mil francos porque el hombre y la mujer conozcan bien a fondo la música y el baile no es muy caro. Pronto se cansó del canto, y le da la manía por estudiar la diplomacia con un secretario del ministro; la dejo estudiar. Ya comprenderá; ¿qué me importaba mientras que usted pagase las lecciones de su bolsillo? Pero hoy me he dado cuenta de que lo saca del mío, y que su aprendizaje puede costarme setecientos mil francos al mes. Alto ahí, señora; esto no puede seguir así, o el diplomático dará sus lecciones... gratis, y entonces lo toleraré, o no volverá a poner los pies en mi casa; ¿ha oído bien, señora?

—¡Oh!, eso es ya el colmo, caballero —exclamó Herminia sofocada—, ¡y es un modo muy innoble de portarse con una señora!

—Pero —dijo Danglars— veo con placer que no ha seguido adelante, y que ha obedecido a aquel axioma del Código: “La mujer debe seguir al marido”.

—¡Injurias...!

—Tiene razón: no pasemos más allá, y razonemos fríamente. Yo nunca me mezclo en sus asuntos sino por su bien; haga usted lo mismo. ¿Mi caja no le interesa, dice? Bien; opere con la suya, pero ni llene ni vacíe la mía. Por otra parte, ¿quién sabe si todo eso no será un ardid político? ¿Si el ministro, furioso de verme en la oposición y celoso de las simpatías populares que despierto, no está de acuerdo con el señor Debray para arruinarme?

—¡Como es muy probable!

—Sin duda: ¡quién ha visto nunca... una noticia telegráfica, es decir, una cosa imposible, o lo que es lo mismo, señales enteramente diferentes dadas por los últimos telégrafos!, es decir, expresamente en perjuicio mío.

—Caballero —dijo con acento de mayor humildad la baronesa— y no ignora, me parece, que ese empleado ha sido destituido de su empleo, que se ha hablado de formarle proceso, que se dio orden de detenerle, y que esta orden hubiera sido ejecutada si no se hubiera sustraído a las primeras pesquisas por medio de una huida que demuestra su locura o su culpabilidad... Es un error.

—Sí, que hace reír a los necios, que hace pasar una mala noche al ministro, que hace emborronar unos cuantos pliegos de papel a los señores secretarios de Estado, pero que a mí me cuesta setecientos mil francos.

—Pero, caballero —dijo de pronto Herminia—, puesto que todo eso proviene del señor Debray, ¿por qué en lugar de ir a decírselo directamente a él viene a darme a mí las quejas? ¿Por qué acusa al hombre y reprende a la mujer?

—¿Conozco yo por ventura al señor Debray? —dijo Danglars—; ¿quiero acaso conocerlo? ¿Quiero saber si da o no consejos? ¿Quiero seguirlos? ¿Soy yo el que juego? No; ¡usted es la que lo hace todo, y no yo!

—Me parece que puesto que se aprovecha...

Danglars se encogió de hombros.

—¡Son, en verdad, criaturas locas las mujeres que se creen genios, porque han conducido una o dos intrigas!, pero suponga que hubiese ocultado sus desórdenes a su mismo marido, lo cual es el ABC del oficio, porque la mayor parte del tiempo los maridos no quieren ver; ¡no sería sino una débil copia de lo que hacen la mitad de sus amigas las mujeres de mundo! Pero no sucede lo mismo conmigo; todo lo he visto: en dieciséis años me habrá ocultado tal vez un pensamiento, pero no un paso, una acción, una falta. Mientras usted se felicitaba por su ingenio y habilidad y creía firmemente engañarme, ¿qué ha resultado? Que gracias a mi pretendida ignorancia, desde el señor de Villefort hasta el señor Debray, no ha habido uno solo de sus amigos que no haya temblado delante de mí. Ni uno que no me haya tratado como amo de la casa, mi único deseo respecto a usted; ni uno que se haya atrevido a decirle de mí lo que yo mismo le digo hoy; le permito que me tenga por odioso, pero le impediré tenerme por ridículo, y sobre todo, le

prohíbo que me arruine.

Hasta el momento en que pronunció el nombre de Villefort, la baronesa había manifestado algún valor contra todas aquellas quejas; pero al oír este nombre, se levantó como movida por un resorte, extendió los brazos como para conjurar una aparición, y dio tres pasos hacia su marido como para arrancarle el secreto que este no conocía, o que tal vez algún cálculo odioso, como lo eran todos los de Danglars, no quería dejar escapar enteramente.

—¡El señor de Villefort! ¿Qué significa eso? ¿Qué quiere decir?

—Quiere decir, señora, que el señor de Nargone, su primer marido, como no era filósofo ni banquero, o siendo tal vez lo uno y lo otro, y viendo que no podía sacar ningún partido del procurador del rey, murió de pesar o de cólera al encontrarla embarazada de seis meses después de una ausencia de nueve. Soy brutal, no solamente lo sé, sino que me jacto de ello; me he valido para ello de uno de mis medios en mis operaciones comerciales. ¿Por qué en lugar de matar se hizo matar él mismo? ¡Porque no tenía caja que salvar, pero yo, yo tengo que salvar mi caja! El señor Debray, mi asociado, me hace perder setecientos mil francos; que sufra su parte de la pérdida, y proseguiremos adelante con nuestros asuntos; si no, que pierda esas ciento cincuenta mil libras, y que unido a los que quiebran, que desaparezca. ¡Oh! ¡Dios mío!, es un buen muchacho, lo sé, cuando sus noticias son exactas; pero cuando no lo son, hay cincuenta en el mundo que valen más que él.

La señora Danglars estaba aterrada; sin embargo, hizo un esfuerzo sobre sí misma para responder a aquel ataque. Se dejó caer sobre un sillón, pensando en Villefort, en la escena de la comida, en aquella serie de desgracias que abrumaban una tras otra su casa, y cambiaban en escandalosas disputas la tranquilidad de aquel matrimonio.

Danglars no la miró, aunque ella hizo todo lo posible por desmayarse. Abrió de una patada la puerta de la alcoba, la volvió a cerrar sin añadir una sola palabra, y entró en su cuarto.

De suerte que al volver en sí, la señora Danglars creyó que había sido presa de una pesadilla atroz.

Al día siguiente, a la hora que Debray solía elegir para hacer una

visita a la señora Danglars, su cupé no se presentó en el patio.

A esta hora, es decir, hacia las doce y media, la señora Danglars pidió su carruaje y salió.

Danglars, detrás de una cortina, vio esta salida que esperaba. Dio la orden de que le avisasen en cuanto volviese la señora, pero a las dos aún no había vuelto.

A las dos pidió a su vez su carruaje y se dirigió a la Cámara.

Desde las doce, hasta las dos, Danglars había permanecido en su gabinete, abriendo su correspondencia, trabajando en las operaciones, y recibiendo entre otras visitas la del mayor Cavalcanti, que, siempre tan risueño y tan puntual, se presentó a la hora anunciada para terminar su negocio con el banquero.

Al salir de la Cámara, Danglars, que dio algunas muestras de agitación durante la sesión, y había hablado más que ningún otro en contra del ministerio, volvió a montar en su carruaje, y dio al cochero la orden de conducirle al número 30 de la calle de los Campos Elíseos.

Le dijeron que el señor de Montecristo estaba en casa, pero que tenía una visita, y suplicaba al señor Danglars que esperase un instante en el salón.

Mientras el banquero esperaba, la puerta se abrió, y vio entrar a un hombre vestido de abate que, en lugar de esperar como él, más familiar en su casa, lo saludó, entró en las habitaciones interiores y desapareció.

Un instante después, la puerta por donde había entrado el abate se volvió a abrir y Montecristo apareció en el salón.

—Perdone, querido barón —dijo el conde—, pero uno de mis mejores amigos, el abate Busoni, a quien han visto pasar, acaba de llegar a París; hacía mucho tiempo que estábamos separados, y no he tenido valor para dejarlo tan pronto; espero que me dispensará haberlo hecho esperar.

—¡Cómo! —dijo Danglars—; yo soy el indiscreto por haber elegido un momento tan malo, y voy a retirarme.

—Al contrario, siéntese; ¡pero Dios mío!, ¿qué tiene?, parece disgustado, me asusta; un capitalista apesadumbrado es lo mismo que los cometas, presagia siempre una desgracia más en el mundo.

—No parece sino que la rueda de la fortuna ha cesado estos días de rodar para mí —dijo Danglars—; pues he recibido una siniestra noticia.
—¡Ah! ¡Dios mío! —dijo Montecristo—, ¿ha perdido a la bolsa?
—No, ya me repondré; solo se trata de una bancarrota en Trieste.
—¿De veras? ¿Sería tal vez la víctima Jacobo Manfredi?
—¡Exacto! Figúrese, un hombre que ganaba para mí desde hace mucho tiempo unos ocho o novecientos mil francos al año. Ni siquiera dejaba nunca de pagarlo, ni siquiera un retraso; me aventuré a darle un millón..., ¡y hete aquí que al señor Manfredi se le ocurre suspender sus pagos!
—¿De veras?
—Es una fatalidad. Le mando seiscientas mil libras que no me son pagadas; además, soy portador de cuatrocientos mil francos en letras de cambio firmadas por él, y pagaderas al fin del corriente en casa de su corresponsal de París. Estamos a treinta, ¡envío a cobrar!, ¡ya!, ¡ya!, el corresponsal había desaparecido. Con un negocio de España me he fastidiado este mes totalmente.
—¿Pero ha perdido en su negocio de España?
—Ciertamente; ¿no lo sabe? Setecientos mil francos de mi caja, ¡un verdadero desastre!
—¿Y cómo diablos se ha dejado engañar, usted que es ya perro viejo?
—¡No es culpa mía! Mi mujer es la culpable, soñó que don Carlos había entrado en España; ella cree mucho en los sueños. Cuando ha soñado una cosa, según dice ella, sucede infaliblemente. Convencido yo también, la permito jugar, ella tiene su bolsillo y su agente de cambio, juega y pierde. Es verdad que no es mi dinero, sino el suyo el que ella juega. Con todo, no importa, ya comprenderá que cuando salen del bolsillo de la mujer setecientos mil francos, el marido se resiente un poco de ello. ¡Cómo! ¿No sabe nada? ¡Pues sí ha causado mucho ruido tal negocio...!
—Sí, había oído hablar de ello; pero ignoraba los detalles. Además, soy un ignorante respecto a todos los negocios de bolsa.
—¿No juega?
—¡Yo! ¿Y cómo quiere que juegue? Yo, que tanto trabajo me

cuesta arreglar mis rentas. Me vería en la precisión de tomar un agente, y un cajero además de mi mayordomo; nada, nada, no pienso en eso. Pero, a propósito de España, me parece que la baronesa no había soñado enteramente la entrada de don Carlos. Los periódicos han hablado de ello también.

—¿Usted cree en los periódicos?

—Yo no, señor; pero creía que el *Messager* estaba exceptuado de la regla, y que siempre las noticias telegráficas eran ciertas.

—¡Y bien!, lo que es inexplicable —repuso Danglars— es que esa entrada de don Carlos era en efecto una noticia telegráfica.

—¿De manera —dijo Montecristo— que este mes ha perdido cerca de un millón setecientos mil francos?

—¡No cerca, esa es exactamente mi pérdida!

—¡Diablos!, para un caudal de tercer orden —dijo Montecristo con compasión—, es un golpe bastante rudo.

—¡De tercer orden! —dijo Danglars algo amostazado—, ¿qué diablos entiende por eso?

—Sin duda —prosiguió Montecristo— yo divido los caudales en tres categorías: fortuna de primer orden a los que se componen de tesoros que se palpan con la mano, las tierras, las viñas, las rentas sobre el Estado, como Francia, Austria e Inglaterra, con tal que estos tesoros, estas minas y estas rentas formen un total de unos cien millones; considero capital de segundo orden a las explotaciones de manufacturas, las empresas por asociación, los virreinatos y principados que no pasan de un millón quinientos mil francos de renta, formando todo una suma de cuarenta millones; llamo, en fin, capital de tercer orden a los que están expuestos al azar, destruidos por una noticia telegráfica, las bandas, las especulaciones eventuales, las operaciones sometidas, en fin, a esa fatalidad que podría llamarse fuerza menor, comparándola con la fuerza mayor, que es la fuerza natural, formando todo reunido un caudal ficticio o real de unos quince millones. ¿No es esta, aproximadamente, su posición?

—Sí, sí —respondió Danglars.

—De aquí resulta que con seis meses como este —continuó Montecristo con el mismo tono imperturbable—, un capital de tercer

orden se encontrará en su hora postrera, es decir, agonizando.
—¡Oh! —dijo Danglars con sonrisa forzada—, ¡bien seguro!
—¡Pues bien!, supongamos siete meses —repuso Montecristo en el mismo tono—. Dígame, ¿pensó alguna vez que siete veces un millón y setecientos mil francos hacen cerca de doce millones...? ¿No...?, tiene razón; con tales reflexiones nadie comprometería sus capitales; nosotros tenemos nuestros hábitos más o menos suntuosos, este es nuestro crédito; pero cuando el hombre muere, no le queda más que su piel, porque las fortunas de tercer orden no representan más que la tercera o cuarta parte de su apariencia, así como la locomotora de un tren no es, en medio del humo que la envuelve, sino una máquina más o menos fuerte. ¡Pues bien!, de esos cinco o seis millones que forman su capital real, acaba de perder dos; no disminuyen, por lo tanto, su fortuna ficticia o su crédito; es decir, mi querido Danglars, que su piel acaba de ser abierta por una sangría, que reiterada cuatro veces arrastraría tras sí la muerte. Vamos, señor Danglars; ¿necesita dinero...? ¿Cuánto quiere que le preste...?
—Qué mal calculador es —exclamó Danglars llamando en su ayuda toda la filosofía y todo el disimulo de la apariencia—; a estas horas, el dinero ha entrado en mi caja por otras especulaciones que han salido bien. La sangre que salió por la sangría ha vuelto a entrar por medio de la nutrición. He perdido una batalla en España, he sido batido en Trieste; pero mi armada naval de la India habrá conquistado algunos países, mis peones de México habrán descubierto alguna mina.
—¡Muy bien!, ¡muy bien! Pero queda la cicatriz, y a la primera pérdida volverá a abrirse.
—No, porque camino sobre seguro —prosiguió el banquero con el tono y los ademanes de un charlatán que, sabiéndose vencido, quiere probar lo contrario—; para eso, sería menester que sucumbiesen tres gobiernos.
—¡Diablos!, ya se ha visto eso.
—O bien, que la tierra no diese sus frutos.
—Acuérdese de las siete vacas gordas y las siete flacas.
—O que se separen las aguas del mar como en tiempo de El

Faraón; aún quedan muchos mares, y mis buques tendrían por donde navegar.

—Tanto mejor, tanto mejor, señor Danglars —dijo Montecristo— conozco que me había engañado y que puede entrar en los capitales de segundo orden.

—Creo poder aspirar a ese honor —dijo Danglars con una de aquellas sonrisas gruesas, por decirlo así, que le eran peculiares—; pero ya que hemos empezado a hablar de negocios —añadió, satisfecho de haber hallado un motivo para variar de conversación —, dígame, ¿qué es lo que puedo yo hacer por el señor Cavalcanti?

—Entregarle dinero, si tiene un crédito sobre usted, y si este crédito le parece bueno.

—¡Magnífico!, esta mañana se presentó con un vale de cuarenta mil francos, pagadero a la vista contra usted, firmado por el abate Busoni, y endosado a mí por usted; ya comprenderá que al momento le entregué sus cuarenta billetes.

Montecristo hizo un movimiento de cabeza que indicaba su aprobación.

—Sin embargo, esto no es todo —continuó Danglars—; ha abierto a su hijo un crédito en mi casa.

—Sin indiscreción, ¿cuánto tiene señalado al joven?

—Unos cinco mil francos al mes.

—Sesenta mil al año. Ya me figuraba yo que esos Cavalcanti no habían de ser muy desprendidos. ¿Qué quiere que haga un joven con cinco mil francos al mes?

—Ya comprenderá que si precisa de algunos miles de francos...

—No haga nada de eso, el padre se lo dejará por su cuenta; no conoce a todos los millonarios ultramontanos; ¿y quién le ha abierto ese crédito?

—¡Oh!, la casa French, una de las mejores de Florencia.

—No quiero decir que vaya a perder; pero, sin embargo, no ejecute punto por punto más que lo que le diga la letra.

—¿No tiene confianza en ese Cavalcanti?

—Por su firma sola le daría yo diez millones. Esto corresponde a las fortunas de segundo orden, de que le hablaba hace poco, señor Danglars.

—Y yo le hubiera tomado por un simple mayor.

—Y le hubiera hecho mucho honor, porque razón tiene, no satisface a primera vista su aspecto. Al verlo por primera vez, me pareció algún viejo teniente; pero todos los italianos son por ese estilo, parecen viejos judíos cuando no deslumbran como magos de Oriente.

—El joven es mejor —dijo Danglars.

—Sí, un poco tímido, quizá; pero, en fin, me ha parecido bien. Yo estaba inquieto.

—¿Por qué?

—Porque lo viste por primera vez en mi casa, se puede decir acabado de entrar en el mundo, según me han dicho. Ha viajado con un preceptor muy severo, y no había venido nunca a París.

—Todos esos italianos acostumbran a casarse entre sí, ¿no es verdad? —preguntó Danglars—; les gusta asociar sus fortunas.

—Esto es lo que suelen hacer; pero Cavalcanti es muy original, y no quiere imitar a nadie. Nadie me quitará de la cabeza que ha traído a su hijo a París para buscarle una mujer.

—¿Usted lo cree así?

—Estoy seguro de ello.

—¿Y ha oído hablar de sus bienes?

—No se trata de otra cosa; pero unos pretenden que tiene millones, y otros que no tiene un cuarto.

—Y vamos a ver..., ¿cuál es su parecer...?

—¡Oh!, no se funde en lo que yo diga..., porque...

—Pero en fin...

—Mi opinión es que todos esos antiguos podestás, todos esos antiguos *condottieri*, porque esos Cavalcanti han mandado armadas, han gobernado provincias; mi opinión, repito, es que han escondido los millones en esos rincones que conocen sus antepasados, y que van revelando a sus hijos de generación en generación, y la prueba es que son amarillos y secos como sus florines de la época republicana, de los que conservan un reflejo a fuerza de mirarlos.

—Perfectamente —dijo Danglars—, y eso es tanto más cierto, cuanto que ninguno posee ni siquiera un pedazo de tierra.

—Nada; yo sé de seguro que en Luca no tienen más que un

palacio.
—¡Ah!, tienen un palacio —dijo Danglars riendo—, ya es algo.
—Sí, y se lo alquilan al ministro de Hacienda, y él vive en una casucha cualquiera. ¡Oh!, ya se lo he dicho, lo creo muy tacaño.
—Vaya, vaya, no le lisonjea, por lo visto.
—Escuche, apenas lo conozco; creo haberlo visto tres veces en mi vida; lo que sé, me lo ha dicho el abate Busoni; esta mañana me hablaba de sus proyectos acerca de su hijo, y me hacía ver que, cansado de ver dormir fondos considerables en Italia, que es un país muerto, quisiera encontrar un medio, ya sea en Francia o en Inglaterra, de emplearlos, pero ha de notar que, aunque yo tengo mucha confianza en el abate Busoni, no respondo de nada.
—No importa, no importa, yo saco mis propias deducciones con todos esos informes; dígame, sin que esta pregunta tenga ningún interés, ¿cuando esas personas casan a sus hijos, suelen darles dote?
—¡Psch!, eso según. Yo he conocido a un príncipe italiano, rico como una mina de oro, uno de los personajes principales de Toscana, que cuando sus hijos se casaban a gusto suyo, les daba millones, y cuando lo hacían a su pesar, se contentaba con darles, por ejemplo, una renta de treinta escudos al mes. Si era con la hija de un banquero, por ejemplo, probablemente tomaba algún interés en la casa del suegro de su hijo; después da media vuelta a sus cofres, y hete aquí dueño al señor Andrés de unos pocos millones.
—Luego ese muchacho encontrará una mayorazga, querrá una corona cerrada, un El Dorado atravesado por el Potosí.
—No, todos esos grandes señores se casan generalmente con simples mortales; son como Júpiter, cruzan las razas. Pero cuando me hace tantas preguntas, tal vez llevará alguna mira... ¿Quiere casar por ventura a Andrés, señor Danglars?
—Me parece —dijo Danglars—, no sería esa mala especulación, y yo soy especulador.
—¿No será con la señorita Danglars, supongo? ¿Porque no quiere que luego se ahorque Alberto de desesperación?
—Alberto —dijo el banquero encogiéndose de hombros—, ah, sí, no le importará mucho.

—¡Pero está prometido a su hija, según creo!

—Es decir, el señor de Morcef y yo hemos hablado dos o tres veces de ese casamiento, pero la señora de Morcef y Alberto...

—No vaya a decirme que no es buen partido...

—Bueno, creo que la señorita Danglars merece al señor de Morcef.

—La dote de la señorita Danglars será muy bonita, en efecto, y yo no lo dudo, sobre todo si el telégrafo no vuelve a cometer más locuras.

—¡Oh!, no es solo la dote, porque después de todo... Pero dígame...

—¿Qué?

—¿Por qué no convidó a Morcef y a su familia a su comida?

—Ya lo había hecho, pero tuvo que hacer un viaje a Dieppe con la señora de Morcef, a quien recomendaron los aires del mar.

—Sí, sí —dijo Danglars riendo—, deben de resultarle saludables.

—¿Por qué?

—Porque son los que ha respirado en su juventud.

Montecristo dejó pasar el chiste sin dar a entender que hubiera fijado la atención en él.

—Pero, en fin —dijo el conde—, si Alberto no es tan rico como la señorita Danglars, no puede negar que lleva un hermoso apellido.

—Me río yo de su apellido, que es tan bueno como el mío —dijo Danglars.

—Ciertamente, su nombre es popular, y ha adornado el título con lo que le ha parecido; pero es un hombre harto inteligente para no haber comprendido que, según ciertas preocupaciones muy arraigadas para que se puedan extinguir, una nobleza de cinco siglos vale más que una nobleza de veinte años.

—He aquí por qué —dijo Danglars con una sonrisa que procuraba hacer sardónica—, he aquí por qué preferiría yo al señor Andrés Cavalcanti a Alberto de Morcef.

—No obstante —dijo Montecristo—, yo supongo que los Morcef no le ceden en nada a los Cavalcanti.

—¡Los Morcef...! Mire, mi querido conde, ¿cree lo que voy a decirle...?

—Seguramente.

—¿Es entendido en blasones?
—Un poco.
—¡Pues bien!, mire el color del mío; más sólido es que el del conde de Morcef.
—¿Por qué?
—Porque yo, si no soy barón de nacimiento, me llamo al menos Danglars.
—¿Y qué más?
—Que él no se llama Morcef.
—¡Cómo! ¿Que no se llama Morcef?
—No, señor, no se llama así.
—No puedo creerlo.
—A mí me han hecho barón; así, pues, lo soy; él se ha apropiado del título de conde; así, pues, no lo es.
—Imposible.
—Escuche, mi querido conde —prosiguió Danglars—, el señor de Morcef es mi amigo, o más bien mi conocido, después de treinta años: yo soy franco, y no hago caso del qué dirán; no he olvidado cuál es mi primitivo origen.
—Hace bien, y yo apruebo su manera de pensar —dijo Montecristo —; pero me decía...
—¡Pues bien! ¡Cuando yo era escribiente de una oficina, Morcef era un simple pescador!
—Y entonces, ¿cómo se llamaba?
—Fernando.
—¿Fernando, y nada más?
—Fernando Mondego.
—¿Está seguro?
—¡Diablos! ¡Me ha vendido bastante pescado para que no le conozca...!
—Entonces, ¿por qué le da su hija a su hijo?
—Porque Fernando y Danglars eran dos pobretones, ennoblecidos a un mismo tiempo, y enriquecidos también; en realidad, tanto vale uno como otro, salvo ciertas cosas que han dicho de él, y no de mí.
—¿El qué?
—Nada.

—¡Ah!, sí, comprendo; lo que me dice me hace recordar el nombre de Fernando Mondego. Yo lo he oído pronunciar en Grecia, si mal no recuerdo.
—¿Respecto a Alí Bajá?
—Exacto.
—Ahí está el misterio —repuso Danglars—, y confieso que hubiera dado cualquier cosa por descubrirlo.
—No era difícil, si lo hubiese deseado.
—¿Pues cómo?
—¿Tiene acaso algún corresponsal en Grecia?
—¡Oh!
—¿En Janina?
—¡En todas partes!
—¡Pues bien!, escriba a su corresponsal de Janina, y pregunte qué papel desempeñó en el desastre de Alí-Tebelín un francés llamado Fernando.
—¡Tiene razón! —exclamó el banquero, levantándose vivamente —; ¡hoy mismo escribiré!
—Hoy, sí.
—Voy a hacerlo en seguida.
—Y si recibe alguna noticia escandalosa...
—¡Se la comunicaré!
—Me hará con ello un gran placer.
Danglars se lanzó fuera del salón, y apenas llegó a la puerta, montó de un salto en su carruaje.

Capítulo cinco: El gabinete del procurador del rey

Dejemos al banquero que se dirija apresuradamente a su casa, y sigamos a la señora Danglars en su paseo matutino.
Ya hemos dicho que a las doce y media la señora Danglars pidió sus caballos y salió en su carruaje.
Se dirigió al barrio de Saint-Germain, tomó por la calle Mazarino e

hizo parar junto al Puente Nuevo. Bajó y atravesó el puente. Iba vestida con suma sencillez, como conviene a una mujer de gusto que sale por la mañana.

En la calle de Guenegand subió a un coche de alquiler, diciendo al cochero que parase en la calle de Harlay.

No bien estuvo dentro, sacó de su bolsillo un velo muy espeso que colocó sobre su sombrero de paja; se lo puso después, y vio con placer, al mirarse en un espejito de bolsillo, que no se distinguían en absoluto sus facciones.

El coche entró por la plaza Dampline en el patio de Harlay; fue pagado el cochero al abrir la portezuela, y la señora Danglars, lanzándose hacia la escalera, que subió ligeramente, llegó sin tardanza a la sala de los Pasos Perdidos.

Debido a que por la mañana hay siempre muchos asuntos y ocupaciones en el palacio, los empleados y porteros apenas repararon en aquella mujer; la señora Danglars atravesó la sala de los Pasos Perdidos sin ser observada más que de otras diez o doce mujeres que esperaban a su abogado.

Apenas llegó a la antesala del gabinete del señor de Villefort no tuvo necesidad la señora Danglars de decir su nombre; tan pronto como la vieron, se presentó un ujier, se levantó, se dirigió a ella, le preguntó si era la persona que esperaba el señor procurador del rey, y ante su respuesta afirmativa, la condujo por un pasadizo reservado al gabinete del señor de Villefort.

El magistrado escribía sentado en un sillón, vuelto de espaldas a la puerta; oyó abrir la puerta, oyó también al ujier pronunciar estas palabras: “¡Entre, señora!”, y oyó volverse a cerrar la puerta, sin hacer un solo movimiento; pero tan pronto como sintió perderse los pasos del ujier que se alejaba, se volvió vivamente, corrió los cerrojos y las cortinillas, e inspeccionó cada rincón del gabinete.

Cuando se hubo cerciorado de que no podía ser visto ni oído, quedó al parecer tranquilo, y dijo:

—Gracias, señora, gracias, por su puntualidad.

Y le ofreció un sillón, que la señora Danglars aceptó, porque se sentía tan turbada que temía caerse.

—Mucho tiempo hace, señora, que no tengo la dicha de hablar a

solas con usted, y con gran sentimiento mío nos volvemos a encontrar para tratar de un asunto muy penoso.

—No obstante, caballero, bien ve que he acudido al punto a la cita, a pesar de que seguramente esta conversación es más penosa para mí que para usted.

Villefort sonrió amargamente.

—Verdad es, señora —dijo respondiendo más bien a su propio pensamiento que a las palabras de su interlocutora—; ¡es verdad que todas nuestras acciones dejan huellas, las unas sombrías, las otras luminosas, en nuestro pasado! ¡Es también verdad que nuestros pasos en esta vida se asemejan a la marcha del reptil sobre la arena y dejan un surco! ¡Ay!, para muchos este surco es el de sus lágrimas.

—Caballero, usted comprende mi emoción, ¿no es verdad? —dijo la señora Danglars—, ¡pues bien!, este despacho por donde han pasado tantos culpables temblorosos y avergonzados, ese sillón donde yo me siento a mi vez temblorosa y turbada... ¡Oh!, necesito de toda mi razón para no ver en mí una mujer muy culpable y en usted un juez amenazador.

Villefort dejó caer la cabeza sobre el sillón y exhaló un suspiro.

—Y yo —repuso—, yo digo que mi lugar no es el sillón del juez..., sino el del acusado.

—¿Usted? —dijo la señora Danglars asombrada.

—Sí, yo.

—Me parece que exagera la situación, caballero —dijo la señora Danglars, cuyos ojos se iluminaron por un fugitivo resplandor—. Esos surcos de que hablaba hace un instante han sido trazados por todas las juventudes ardientes. En el fondo de las pasiones, más allá del placer, hay siempre un poco de remordimiento; por esto el Evangelio, ese recurso eterno de los desgraciados, nos ha dado por sostén a nosotras, pobres mujeres, la hermosa parábola de la pecadora y de la mujer adúltera. Así, pues, se lo confieso, recordando esos delirios de mi juventud, pienso algunas veces que Dios me los perdonará, porque, si no la excusa, al menos se ha encontrado la compensación en mis sufrimientos; pero usted, ¿qué tiene que temer en todo esto, ustedes los hombres a quienes el

mundo disculpa todo, y a quienes el escándalo ennoblece?

—Señora —repuso Villefort—, usted me conoce; yo no soy hipócrita, o por lo menos no lo soy sin razón. Si mi frente es severa, es porque muchas desgracias la han oscurecido; si mi corazón se ha petrificado, es a fin de poder sobrellevar las fuertes emociones que ha recibido. No era yo así en mi juventud, no era yo así aquella noche de bodas en que todos estábamos sentados alrededor de una mesa en la calle del Cours de Marsella... Pero después todo ha cambiado en mí y a mi alrededor; mi vida ha transcurrido en perseguir cosas difíciles y en destruir en las dificultades a los que voluntaria o involuntariamente, por su libre albedrío o debido al azar, se cruzaban en mi camino. Es raro que lo que uno desea ardientemente no les esté prohibido a las personas de quienes quiere uno obtenerlo, o a quienes piensa arrancárselo. Así, pues, la mayor parte de las malas acciones de los hombres les salen al encuentro disfrazadas bajo la forma que el caso requiere; una vez cometida la mala acción en un momento de exaltación, de temor o delirio, se comprende que uno habría podido evitarla. El medio que se debiera emplear en aquel momento se presenta entonces a sus ojos fácil y sencillo, dice: ¿cómo no he hecho esto en lugar de hacer aquello? Ustedes, al contrario, rara vez son atormentadas por los remordimientos, porque rara vez son las que deciden; sus desgracias les son impuestas casi siempre; sus faltas son casi siempre la culpa de otros.

—Pero, al menos, caballero, convenga en que, si yo he cometido una falta personal, ayer recibí un severo castigo.

—¡Pobre mujer! —dijo Villefort estrechándole la mano—, muy severo para sus fuerzas, porque dos veces estuvo a punto de sucumbir, y sin embargo...

—¿Qué?

—Debo decirle..., haga acopio de ánimo y valor, señora, ¡porque aún no lo sabe todo...!

—¡Dios mío! —exclamó la señora Danglars aterrada—, ¿qué más hay?

—Usted no mira más que lo pasado, y seguramente es sombrío. ¡Pues bien!, figúrese un porvenir más sombrío aún..., espantoso...,

¡sangriento tal vez!

La baronesa conocía la serenidad de Villefort, y se asombró tanto de su exaltación, que abrió la boca para gritar, pero el grito murió en su garganta y preguntó:

—¿Cómo ha resucitado ese pasado terrible?

—¿Cómo? —exclamó Villefort—. ¡Del fondo de la tumba y del fondo de nuestros corazones, donde dormía, ha salido como un fantasma, para hacer palidecer nuestras mejillas y enrojecer nuestras frentes!

Herminia dijo:

—¡Ay!, ¡sin duda por casualidad!

—¡Por casualidad! —repuso Villefort—; ¡no, no, señora, no existe la casualidad!

—¿Pero no es una casualidad la que ha conducido esto? ¿No ha sido una casualidad que el conde de Montecristo comprase aquella casa? ¿No hizo cavar la tierra en aquel mismo sitio por casualidad? ¿No ha sido casualidad que aquel desgraciado niño fuese enterrado debajo de los árboles? ¡Pobre inocente criatura, a quien jamás he podido dar un beso y a quien tantas lágrimas he dedicado! ¡Ah!, mi corazón palpitó fuertemente cuando oí hablar al conde de aquella infeliz criatura cuyos despojos encontró debajo de las flores.

—¡Pues bien!, ahí está el error, señora.

—¡Cómo!

—Sí —respondió Villefort con voz sorda—, esto es la terrible noticia que tenía que comunicarle; no, no ha habido tales despojos debajo de las flores; no, no se le debe llorar; no, no se debe gemir, sino temblar.

—¿Qué quiere decir...? —exclamó la señora Danglars estremeciéndose convulsivamente—, ¡explíquese, por Dios!, aclare el misterio que encierran sus palabras.

—Me refiero a que el conde de Montecristo, al cavar al pie de aquellos árboles, no ha podido encontrar ni esqueleto de niño, ni cofre..., porque debajo de aquellos árboles no había una cosa ni otra.

—¡Que no había una cosa ni otra! —repitió la señora Danglars fijando en el señor de Villefort sus ojos, cuyas pupilas dilatándose

espantosamente indicaban un extraño terror—, ¡no había una cosa ni otra! —volvió a decir con el tono de una persona que procura fijar con el sonido de sus palabras y de su voz, sus ideas prontas a huir de su mente.

—¡No! —dijo Villefort dejando caer su frente sobre sus manos—; no, ¡cien veces no!

—¿Pero no fue allí donde dejó a la pobre criatura, caballero? ¿Por qué me ha engañado? ¿Con qué objeto, diga?

—Allí fue, pero escúcheme, escúcheme, señora, y me compadecerá; ¡prepárese a recibir un golpe fatal!

—¡Dios mío! ¡Me asusta!, pero no importa, hable, ya lo escucho.

—Ya sabe lo que ocurrió aquella dolorosa noche en que estaba en su cama casi expirando, en aquel cuarto forrado de damasco rojo, mientras que yo casi sufriendo tanto como usted esperaba su libertad. Recibí al niño en mis brazos sin movimiento, sin voz; lo creímos muerto.

La señora Danglars hizo un movimiento rápido, como si quisiera lanzarse fuera del sillón. Pero Villefort la detuvo cruzando las manos como para implorar su atención.

—Le creímos muerto —repitió—, lo puse en un cofre que había de hacer las veces de ataúd, bajé al jardín, cavé una fosa y lo enterré apresuradamente. Apenas acababa de cubrirlo de tierra, se extendió hacia mí el brazo del corso. Vi elevarse una sombra, vi relucir un relámpago. Sentí un dolor agudo, quise gritar, un estremecimiento helado me recorrió todo el cuerpo y se me ahogó la voz en la garganta..., caí moribundo y me creí muerto. Jamás olvidaré su sublime valor; cuando una vez vuelto en mí me arrastré expirante hasta el pie de la escalera, donde expirante usted también me salió a recibir. Era preciso guardar silencio acerca de la horrible desgracia; usted tuvo valor para volver a su casa, sostenida por su nodriza; un duelo fue el pretexto de mi herida. Contra lo que usted y yo esperábamos, el secreto permaneció oculto, me transportaron a Versalles; durante tres meses luché contra la muerte; al fin, cuando ya parecía volver a la vida, me recomendaron el sol y los aires del Mediodía.

»Cuatro hombres me llevaron de París a Chalons, andando seis

leguas al día. La señora de Villefort seguía la camilla en su carruaje; en Chalons, me pusieron en el Saona, después pasé al Ródano; con la fuerza de la corriente llegamos hasta Arlés; desde Arlés tomé mi litera y proseguí mi viaje hasta Marsella. Mi convalecencia duró diez meses; no oí pronunciar su nombre, no me atreví a informarme de lo que había sido de usted. Cuando volví a París supe que, viuda del señor Nargonne, había contraído nuevas nupcias con el señor Danglars.

»¿En qué había yo pensado desde que recobré el conocimiento? Siempre en la misma cosa, siempre en aquel cadáver del niño que en mis sueños se elevaba del seno de la tierra y se me aparecía amenazándome con su gesto y su mirada; así, pues, apenas estuve de vuelta en París me informé, la casa no había sido habitada desde que salimos de ella, pero acababa de ser alquilada por nueve años. Fui a ver al inquilino, fingí tener un gran deseo de no ver pasar a manos extrañas aquella casa que pertenecía al padre y a la madre de mi mujer; ofrecí una indemnización por que rescindiesen la escritura de arrendamiento; me pidieron seis mil francos, yo hubiera dado diez mil, veinte mil. Los tenía en mi mano; hice firmar en seguida y delante de mí el permiso, y apenas me lo entregaron, partí a galope con dirección a Auteuil. Nadie había entrado en la casa desde que yo había salido de ella.

»Eran las cinco de la tarde, subí a la alcoba de damasco encarnado, y esperé a que se hiciera de noche.

»Allí se presentó a mi imaginación todo lo que me había ocurrido.

»El mes de noviembre tocaba a su fin; todo el verdor del jardín había desaparecido.

»Los árboles se asemejaban a esqueletos con brazos descarnados, y se oía el crujir de las hojas secas a cada paso mío...

»Era tal mi espanto, que al acercarme al árbol, saqué mi pistola y la monté.

»Siempre creía ver aparecer a través de las ramas la figura amenazadora del corso...

»Dirigí la luz de mi linterna al árbol: no había nadie...

»Miré en derredor; me hallaba completamente solo...

»Ningún ruido turbaba el silencio de la noche, salvo el lúgubre

canto de la lechuza que parecía evocar los fantasmas de la noche.

»Coloqué mi linterna en el suelo, en el mismo sitio donde la colocara un año antes para cavar la fosa.

»La hierba había brotado más espesa hacia aquel punto en el otoño, y nadie se había cuidado de arrancarla. Sin embargo había un sitio en que no había casi nada: era evidente que allí fue donde lo enterré. Así pues, puse manos a la obra.

»¡Al fin había llegado aquella hora tan esperada hacía un año!

»Seguía trabajando, creyendo sentir una resistencia cada vez que dejaba caer el azadón, ¡pero nada!, y no obstante hice un hoyo dos veces mayor que el primero. Creí haberme equivocado de sitio; miré los árboles, procuré reconocer los detalles que se habían quedado grabados en mi imaginación; una brisa fría y aguda silbaba a través de las ramas despojadas de sus hojas, y, sin embargo, mi frente estaba bañada en sudor. ¡Recordé haber recibido la puñalada en el momento de estar apisonando la tierra para volver a cubrir la fosa! Haciendo esta operación, me apoyé contra un sauce; detrás de mí había una roca artificial destinada a servir de banco a los paseantes, porque al dejar caer la mano, sentí el frío de aquella piedra; a mi derecha estaba el sauce, detrás de mí, la roca. Caí aniquilado sobre la piedra, me volví a levantar, y me puse a ensanchar el agujero; nada, siempre nada; el cofre no estaba allí.

—¡No estaba el cofre! —murmuró la señora Danglars sofocada por el espanto.

—No crea que me limité a esta sola tentativa —continuó Villefort—; no: registré perfectamente todo aquel lugar; yo pensaba que el asesino, habiendo desenterrado el cofre y creyendo que era un tesoro, querría apoderarse de él y se lo llevaría; dándose cuenta después de su error, haría a su vez otro hoyo donde lo depositase, pero nada.

»Aquel corso que había jurado vengarse, que me había seguido de Nimes a París, aquel corso, que estaba escondido en el jardín, que me había herido, me había visto cavar la fosa, me había visto enterrar al niño, podía conocerla, tal vez la conocía... ¿No podía hacer pagar algún día el secreto de aquella terrible escena? ¿No sería una venganza más dulce para él, cuando se enterase de que

yo no había muerto de su puñalada? ¡Era, pues, urgente que antes de nada hiciese yo desaparecer las huellas de aquel pasado, destruyese todo vestigio material; demasiada realidad había en mi imaginación y en mis recuerdos!

»Por esto había anulado la escritura de arrendamiento, por esto había ido al jardín, por esto esperaba.

»Llegó la noche, dejé que transcurrieran varias horas; yo estaba sin luz en aquel cuarto, donde las ráfagas de viento hacían temblar las vidrieras y las puertas, detrás de las cuales creía yo ver siempre emboscado algún espía; de vez en cuando, me estremecía, me parecía oír detrás de mí sus lastimeros quejidos, y no me atrevía a volverme.

»Mi corazón latía en silencio, y yo lo sentía latir tan violentamente que temía volviese a abrirse mi herida; al fin fueron extinguiéndose, uno tras otro, todos esos diversos ruidos del campo.

»Conocí que no tenía nada que temer, que no podía ser visto ni oído, y me decidí a bajar.

»Escuche, Herminia —prosiguió Villefort—, me considero tan valiente como el que más, pero cuando saqué de mi pecho aquella llavecita de la escalera, aquella llave a la que tanto cariño profesábamos, cuando abrí la puerta, cuando a través de las ventanas vi el pálido reflejo de la luna caer sobre los escalones en espiral como una ráfaga blanca parecida a un espectro, me apoyé en la pared y estuve a punto de gritar.

»¡Creí volverme loco!

»Al fin supe dominar mis nervios.

»Bajé la escalera, escalón por escalón: lo único que no pude contener fue un extraño temblor en las rodillas. Me agarré al pasamanos, puesto que si lo suelto un instante habría rodado por la escalera.

»Llegué a la puerta que está al pie de la escalera; un azadón estaba apoyado contra la misma. Lo cogí y me adelanté hacia la alameda que está enfrente de la puerta. Yo llevaba una linterna sorda; me detuve.

»Después me ocurrió la idea de que tal vez no habría tomado tantas precauciones y lo habría arrojado a algún rincón. Así, pues,

para cerciorarme de ello, tenía que esperar a que llegase el día: volví a la alcoba y esperé.

—¡Oh! ¡Dios mío!

—Cuando amaneció, bajé de nuevo. Mi primera visita fue al árbol; esperaba encontrar en él algunas señales que me hubieran pasado inadvertidas durante la oscuridad. Yo había levantado la tierra sobre una superficie de más de veinte pies cuadrados y sobre una profundidad de más de dos pies. Apenas hubiera sido suficiente un día a un jornalero para lo que yo había hecho en una hora. Nada, no vi absolutamente nada.

»Entonces me puse a buscar el cofre por donde yo había supuesto que tal vez estaría. Por lo tanto, me dirigí al camino que conducía a la puerta de salida; pero esta nueva investigación fue tan inútil como la primera, y me volví al árbol con el corazón oprimido.

—¡Oh! —exclamó angustiada la señora Danglars—, ¡era para volverse loco...!

—Es lo que por un momento pensé que iba a ocurrirme; pero no tuve esa dicha; sin embargo, reuniendo mis fuerzas y por consiguiente mis ideas: “¿Para qué se habrá llevado ese hombre el cadáver?”, me pregunté a mí mismo.

—Usted mismo lo ha dicho —repuso la señora Danglars—; para tener una prueba.

—No, señora, no podía ser así; no se guarda un cadáver un año; se le muestra a un magistrado y se le hace una declaración. Ahora, pues, nada de esto había sucedido.

—¿Entonces...? —inquirió Herminia, anhelante.

—Entonces hay una cosa más terrible, más fatal, más espantosa para nosotros: que el niño estaba vivo tal vez y que el asesino le salvó la vida.

La señora Danglars lanzó un grito terrible, y agarrando las dos manos de Villefort:

—¡Mi hijo estaba vivo! —exclamó—; ¡enterró vivo a mi hijo, caballero! ¡No tenía seguridad de que estaba muerto, y lo ha enterrado...! ¡Ah...!

La señora Danglars se había levantado y estaba en pie delante del procurador del rey, cuyas manos estrechaba entre las suyas con

ademán amenazador.

—¿Qué sé yo? Le digo esto como podría decirle otra cosa —respondió Villefort con una mirada que indicaba que aquel hombre tan poderoso estaba rozando... los límites de la desesperación y de la locura.

—¡Ah! ¡Hijo mío! ¡Pobre hijo mío! —exclamó la baronesa, cayendo sobre su silla y ahogando en su pañuelo los sollozos.

Villefort volvió en sí, y comprendió que, para aplacar la tempestad maternal que le amenazaba, era preciso comunicar a la señora Danglars el terror que él mismo experimentaba.

—Ya puede figurarse que si es así —dijo levantándose y acercándose a la señora Danglars para hablarle en voz más baja—, estamos perdidos. Ese niño vive, alguien lo sabe, y alguien sabe nuestro secreto, y teniendo en cuenta que Montecristo habla delante de nosotros de un niño desenterrado, siendo así que este niño no estaba, él es quien posee el secreto.

—¡Dios! ¡Dios justo! ¡Dios vengador! —murmuró la baronesa.

Villefort no respondió más que con una especie de rugido.

—¿Pero ese niño, ese niño, caballero? —repuso aquella con obstinación.

—¡Oh! ¡Cuánto lo he buscado! —prosiguió Villefort retorciéndose los brazos—. ¡Cuántas veces le he llamado en mis largas noches de insomnio! ¡Cuántas veces he deseado una riqueza real para comprar un millón de secretos a un millón de hombres, y para encontrar mi secreto entre los suyos! En fin, un día que por centésima vez tomaba mi azadón, me pregunté por la centésima vez, ¿qué podía haber hecho el corso con el niño? Un recién nacido estorba mucho a un fugitivo; ¡tal vez, al reparar que estaba vivo, lo habría arrojado al río!

—¡Oh, imposible! —exclamó la señora Danglars—; se asesina a un hombre por venganza; ¡pero no se ahoga a un niño a sangre fría!

—Tal vez —continuó Villefort—, ¿lo habría puesto en el torno de la inclusa?

—¡Oh!, sí, sí —exclamó la baronesa—, ¡mi hijo está allí, caballero!

—Corrí al hospicio, y me enteré de que aquella misma noche, la del 20 de septiembre, había sido depositado un niño en el torno;

estaba envuelto en la mitad de una toalla de tela fina, cortada con intención. Esta mitad de toalla llevaba la parte de una corona de barón y la letra H.

—¡Eso es!, ¡eso es! —exclamó la señora Danglars—, toda mi ropa estaba marcada así; el señor de Nargonne era barón y yo me llamo Herminia. ¡Gracias, Dios mío! ¡Mi hijo no había muerto!

—No, no había muerto.

—¡Y me lo dice así! ¿Sin temor de matarme de alegría, caballero? ¿Dónde está, dónde está mi hijo?

Villefort se encogió de hombros.

—¿Lo sé yo acaso? —dijo—; ¿y cree que si lo supiera le haría sufrir todas estas pruebas? ¡No!, ¡ay!, no lo sé. Me informaron de que una mujer fue a reclamarlo hacía seis meses con la otra mitad de la toalla, y habiendo presentado todas las garantías que exige la ley, se lo entregaron.

—Pero usted debía haberse informado de aquella mujer, debía haberla descubierto.

—¿Y qué es lo que cree que hice, señora? Fingí una instrucción criminal, y empleé todos los medios de la policía para descubrirla. Siguieron sus huellas hasta Chalons, en donde las perdieron.

—¿Las perdieron?

—Sí, las perdieron para siempre.

La señora Danglars había escuchado esta relación sin proferir un grito, sin derramar una lágrima, pero al llegar a este punto no pudo contenerse y rompió en amargo llanto.

—¿Y no ha hecho más? —dijo— ¿Se ha limitado únicamente a eso...?

—¡Oh!, no —dijo Villefort—, jamás he cesado de averiguar, de buscar, de informarme. Sin embargo, hacía unos cuantos años que habían cesado mis pesquisas. Pero hoy voy a volver a empezar con más perseverancia y encarnizamiento que nunca, y triunfaré, porque no es solo la conciencia la que me remuerde y la que me impele, es el miedo.

—Pero el conde de Montecristo —replicó la señora Danglars— no sabe nada; si así no fuera, no obraría como lo hace, es decir, que haría su declaración.

—¡Oh!, ¡la maldad de los hombres es muy profunda! —dijo Villefort —, puesto que es más profunda que la bondad de Dios. ¿Ha notado las miradas de aquel hombre mientras nos hablaba?

—No.

—¿Pero le ha examinado detenidamente?

—Sin duda es extraño, pero nada más; una cosa me ha admirado notablemente, y es que de toda aquella exquisita comida que nos ofreció, él no probó ningún plato.

—Sí, sí —dijo Villefort—, también yo lo he notado. Si yo hubiera sabido lo que sé ahora, no hubiera probado tampoco ningún plato; hubiera creído que nos había querido envenenar.

—Y se hubiera engañado, como ve.

—Sí, sin duda; pero, créame, ese hombre lleva otras intenciones; por esto he querido verla, por esto le he pedido una conferencia, por esto he querido prevenirla contra todo el mundo, pero contra él sobre todo. Dígame —continuó Villefort, fijando más profundamente sus ojos en la baronesa—; ¿no ha hablado a nadie de nuestras relaciones?

—Jamás, a nadie.

—Me comprende —replicó afectuosamente Villefort—, cuando digo a nadie, perdóneme esta insistencia, a nadie en el mundo, ¿no es verdad?

—¡Oh!, sí, sí, comprendo muy bien —dijo la baronesa sonrojándose—; nunca, se lo juro.

—¿No acostumbra escribir por la noche lo que hace durante el día? ¿No escribe su diario?

—¡No!, mi vida es arrastrada por la frivolidad; yo misma me olvido luego de lo que hago.

—¿No sueña en voz alta, al menos, que sepa?

—Tengo un sueño de niño..., ¿no se acuerda?

Se sonrojó la baronesa, y el rostro de Villefort se cubrió de una viva palidez.

—Es verdad —dijo en voz tan baja que apenas se oyó.

La baronesa inquirió:

—¿Y bien?

—¡Y bien!, comprendo lo que tengo que hacer —respondió el

procurador del rey—; antes de ocho días sabré quién es el conde de Montecristo, de dónde viene, adónde va, y por qué habla delante de nosotros de niños desenterrados en su jardín.

Villefort dijo estas palabras con un acento que hubiera hecho estremecer al conde si hubiera podido oírlas.

Estrechó después la mano, que la baronesa vacilaba en darle, y la condujo con respeto hasta la puerta.

La señora Danglars tomó otro coche de alquiler que la llevó al Puente Nuevo, cerca del cual encontró su carruaje y su cochero, que la esperaba durmiendo apaciblemente sobre el pescante.

El mismo día, a la hora en que la señora Danglars acudía a la cita que hemos referido en el despacho del señor de Villefort, un coche de viaje, entrando por la calle Helder, atravesaba la puerta de la casa número 27, y se detenía en el patio.

Un instante después se abrió la portezuela y la señora de Morcef bajó apoyada en el brazo de su hijo.

Apenas hubo conducido Alberto a su madre a su habitación, mandando que diesen un baño a sus caballos, y después de cambiar de vestido, se hizo conducir a los Campos Elíseos, a casa del conde de Montecristo.

Le recibió este con su sonrisa habitual. Era una cosa extraña; nunca se podía adelantar un paso en el corazón o en el espíritu de aquel hombre. Los que intentaban, por decirlo así, atravesar la barrera de su intimidad, tropezaban con un muro.

Morcef, que corría a su encuentro con los brazos abiertos, los dejó caer al verlo, a pesar de su sonrisa amistosa, y se atrevió todo lo más a darle la mano.

Montecristo, por su parte, tocó como siempre aquella mano, pero sin estrecharla.

—¡Y bien!, aquí me tiene, querido conde —dijo.

—Muy bien venido sea.

—He llegado hace cosa de una hora.

—¿De Dieppe?

—De Treport.

—¡Ah!, ¡es verdad!

—Y mi primera visita es para usted.

—Es muy amable —dijo Montecristo con indiferencia.
—Y bien, veamos, ¿qué noticias hay?
—¡Noticias! ¿Me las pide a mí, a un extranjero?
—Yo me entiendo; cuando le pregunto si hay noticias, pregunto si ha hecho algo por mí.
—¿Pues qué? ¿Me había encargado alguna comisión? —dijo Montecristo fingiendo sorpresa.
—¡Vamos, vamos —dijo Alberto—, no se haga el indiferente! Dicen que hay avisos simpáticos que atraviesan la distancia; pues bien, en Treport he recibido una sacudida eléctrica; usted ha, si no trabajado, al menos pensado en mí.
—Es muy posible —dijo Montecristo—. En efecto he pensado en usted; pero la corriente magnética de que yo era conductor reconozco que obraba independientemente de mi voluntad.
—¡De veras! ¡Cuénteme eso, se lo suplico...!
—Nada más fácil; el señor Danglars ha comido en mi casa.
—¡Eso ya lo sé, puesto que mi madre y yo nos marchamos huyendo de su presencia!
—Pero ha comido con el señor Andrés Cavalcanti.
—¿Su príncipe italiano?
—No exageremos. El señor Andrés se da solo el título de conde.
—¿Se da, dice?
—Se da, es lo que digo.
—¿Acaso no lo es?
—¡Eh!, qué sé yo, él se da el título de conde; yo se lo doy, todos se lo dan; ¿no es lo mismo que si lo tuviera?
—Qué hombre tan extraño es usted, ¿y bien?
—¡Y bien...!, ¿qué quiere decir?
—¿Ha comido aquí el señor Danglars?
—Sí.
—¿Con su conde Andrés Cavalcanti?
—Con el conde Andrés, con el marqués su padre, con el señor Danglars, los señores de Villefort, el señor Debray, Maximiliano Morrel, ¿y quién más...?, espere... ¡Ah!, ¡ya...!, el señor de Château-Renaud.
—¿Hablaron de mí?

—Ni una palabra siquiera.
—Tanto peor.
—¿Por qué? Yo creo que si le han olvidado no han hecho sino lo que usted deseaba.
—Si no hablaban de mí es porque pensaban mucho, querido conde, y por eso estoy desesperado.
—¿Qué le importa, puesto que la señora Danglars no era del número de los que pensaban así? ¡Ah!, es verdad que podía pensar en su casa.
—¡Oh!, en cuanto a eso no, estoy seguro, o si pensaba, seguramente era del mismo modo que yo.
—¡Oh!, ¡tierna simpatía...! —dijo el conde—. ¿De modo que tanto se detesta?
—Escuche —dijo Morcef—, si la señorita Danglars se apiadase del martirio que yo no sufro por ella, y me recompensase sin casarse conmigo, me vendría a las mil maravillas; para abreviar, yo creo que la señorita Danglars sería como amante, encantadora; ¡pero como mujer...!, ¡diablos!
—¡Vaya! —dijo Montecristo—, ¿es ese el modo de pensar de usted respecto a su futura?
—¡Oh!, sí, esto es una barbaridad, pero es exacto. Mas como no se puede hacer de este sueño una realidad, como para alcanzar cierto objeto... es preciso que la señorita Danglars sea mi mujer, es decir, que viva conmigo, que piense a mi lado, que haga versos y componga música también a mi lado, y durante toda mi vida, esto me espanta; a una querida se la puede dejar cuando uno quiere; ¡pero a una esposa, demonios!, eso es otra cosa: es preciso quedarse con ella eternamente, teniéndola cerca o lejos, y sería horrible tener que quedarse con la señorita Danglars siempre, aunque fuese de lejos.
—Es muy infeliz, vizconde.
—Sí, porque no dejo de pensar en una cosa irrealizable.
—¿Cuál?
—El encontrar una mujer como mi padre ha encontrado para él.
Montecristo palideció y miró a Alberto, mientras jugaba con unas pistolas magníficas, cuyos gatillos montaba y desmontaba

rápidamente.

—¿De modo que su padre ha sido muy feliz? —dijo.

—Ya sabe mi opinión acerca de mi madre, señor conde; un ángel del cielo; ahí la tiene hermosa aún, siempre espiritual, más buena que nunca. Acabo de llegar de Treport; para otro hijo cualquiera acompañar a su madre habría sido una condescendencia o una gabela; pues bien, yo he pasado cuatro días en conversación con ella, más satisfecho, más contento, más poético que si hubiera llevado conmigo a Treport a la reina Mak o a Tirania.

—¡Esa es una perfección y una cualidad bellísima! Y hace entrar a los que le escuchan en deseos de permanecer en el celibato.

—Exacto —dijo Morcef—; porque sé que existe en el mundo una mujer perfecta, no tengo ganas de casarme con la señorita Danglars. ¿No ha notado algunas veces cómo siembra nuestro egoísmo de colores brillantes todo lo que nos pertenece? El diamante que poseían Marlé o Fossin es mucho más hermoso desde que es nuestro; pero si la evidencia le enseña que existe un brillo más puro, y usted se ve obligado a llevar eternamente el inferior al otro, ¿comprende lo que se debe sufrir?

—¡Mundano! —murmuró el conde.

—Por eso mismo saltaré de alegría el día en que la señorita Eugenia se dé cuenta de que yo no soy tan rico como ella, y de que apenas tengo tantos cientos de miles de francos como ella millones.

Montecristo sonrió.

—Yo había pensado en una cosa —continuó Alberto—; Franz ama todo lo excéntrico; yo he querido hacer que se enamorase de la señorita Danglars, pero a pesar de cuatro cartas que he escrito en el estilo más entusiasta y ponderativo, Franz me ha respondido imperturbablemente: "Es verdad que soy excéntrico, pero mi excentricidad no se extiende hasta retirar mi palabra cuando ya la he dado".

—Eso es lo que se llama un sacrificio de amistad; endosar a otro la mujer que uno no desea sino para querida.

Alberto sonrió.

—A propósito —prosiguió—, dentro de pocos días llega ese querido Franz, pero a usted le importa poco, no lo quiere, según

creo.

—¡Yo! —dijo Montecristo—, querido vizconde, ¿quién le ha contado que yo no lo quiero? Yo quiero a todo el mundo.

—Y a mí me engloba en todo el mundo... Gracias.

—¡Oh!, no nos confundamos —dijo Montecristo—; yo amo a todo el mundo como Dios manda que amemos al prójimo, cristianamente, pero no aborrezco más que a ciertas personas. Volvamos al señor Franz d'Epinay. Dice que va a llegar.

—Sí, mandado llamar por el señor de Villefort, que tiene tanta impaciencia por casar a la señorita Valentina, como el señor Danglars por casar a la señorita Eugenia. Decididamente, no parece sino que es un oficio muy fatigoso el de padre de hijas casaderas. Creen que no pueden vivir hasta verlas casadas, y que su pulso late noventa veces por minuto hasta verse libres de tal carga.

—Pero el señor Franz no se parece a usted; yo creo que lleva su mal con paciencia.

—Mejor todavía, él lo toma por lo grave; se pone corbata blanca y habla ya de su familia. Además, tiene en gran estima a todos los Villefort.

—Estima merecida, ¿no es cierto?

—Ya lo creo; el señor de Villefort ha pasado siempre por un hombre severo, pero justo.

—Enhorabuena —dijo Montecristo—, al fin encontré a uno al que no trata como a ese pobre señor Danglars.

—Eso consistirá quizás en que no tengo que casarme con su hija —respondió Alberto riendo.

—Es cierto, amigo mío —dijo Montecristo—, es un inocente.

—¡Yo!

—Sí, usted. Tome un cigarro.

—Con mucho gusto. ¿Y por qué dice que soy un inocente?

—Porque no hace más que defenderse y hacer por evitar el casamiento con la señorita Danglars. ¡Oh! ¡Dios mío!, deje marchar las cosas, y probablemente no será usted quien retire primero su palabra.

—¡Bah! —exclamó Alberto estremeciéndose de gozo.

—Sin duda, querido vizconde, no le harán casarse a la fuerza, ¡qué

diablos!, pero hablando en serio, ¿tiene ganas de una ruptura?

—Daría por ello cien mil francos.

—¡Pues bien!, alégrese: el señor Danglars está pronto a dar el doble por el mismo deseo.

—¿Será verdad? —dijo Alberto, que no pudo, sin embargo, al decir esto, impedir que pasase por su frente una nube imperceptible—. Pero mi querido conde, ¿tiene el señor Danglars razones para ello?

—¡Ah! ¡Ya lo encontré, naturaleza orgullosa y egoísta! Enhorabuena, tengo delante al hombre que quiere agujerear el amor propio de otro a fuerza de hachazos, y que gime y grita cuando intentan hacer lo mismo al suyo con una aguja.

—No, no, pero me parece que el señor Danglars...

—¿Debía estar encantado de usted, no es verdad? Pues bien, el señor Danglars es un hombre de mal gusto, está más encantado de otro...

—¿De quién?

—Lo ignoro; estudie, mire, coja al paso las alusiones, y aprovéchese de ellas.

—Bueno, comprendo; escuche, mi madre..., no; mi madre no, me engaño; a mi padre se le ha ocurrido la idea de dar un baile.

—¡Un baile en este tiempo!

—Los bailes en verano están de moda.

—Aunque así no fuera, si la condesa quisiera, se pondrían de moda.

—Gracias; son bailes puramente parisienses; los que se quedan en París en el mes de julio son verdaderos parisienses. ¿Quiere encargarse de invitar a los señores Cavalcanti?

—¿Cuándo será el baile?

—El sábado.

—Quizá se haya marchado el señor Cavalcanti padre.

—Pero se queda aquí su hijo. ¿Quiere encargarse de llevar al señor Andrés Cavalcanti?

—Escuche, vizconde, yo no le conozco.

—¿Dice que no lo conoce?

—No; lo he visto por primera vez hará tres o cuatro días, y no respondo de nada.

—¿Pero lo recibe?

—Eso es otra cosa; me fue recomendado por un buen abate que también pudo haberse engañado. Invitarlo indirectamente, bien; pero no me diga que lo presente; si fuese luego a casarse con la señorita Danglars, me acusaría de entrometido, y querría romperle la cabeza conmigo; por otra parte yo tampoco sé si iré.

—¿Adónde?

—A su baile.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, porque aún no me ha invitado.

—Pues precisamente he venido a invitarlo.

—¡Oh!, es muy amable; pero puedo estar ocupado.

—Cuando le haya dicho una cosa, creo que será tan amable que asista.

—Diga.

—Mi madre se lo suplica.

—¿La señora condesa de Morcef? —repuso Montecristo estremeciéndose.

—¡Ah, conde! —dijo Alberto—, le advierto que la señora de Morcef habla libremente conmigo; y si usted no ha sentido latir en su cuerpo las fibras simpáticas de que le hablaba yo hace poco, es porque no tiene esas fibras, porque hace cuatro días que no hablamos más que de usted.

—¡De mí!, en verdad que me hace demasiado honor...

—Nada de eso, escuche: ese es el privilegio de su empleo, ¡como usted es un problema viviente...!

—¡Ah! ¿También soy un problema para su madre? ¡Oh!, yo no la creía tan falta de juicio que fuese a creer tamaños desvaríos.

—Problema, mi querido conde, problema para todos, lo mismo para mi madre que para los demás, problema aceptado, pero no adivinado; sigue siendo un enigma, y mi madre no hace más que preguntar cómo es tan joven. Yo creo que en el fondo, mientras que la condesa G... le toma por lord Ruthwen, mi madre le toma por Cagliostro o el conde San Germán. La primera vez que vaya a ver a la señora de Morcef, confírmela en esta opinión; no le será difícil, posee la fisonomía del uno y el talento del otro.

—Gracias por habérmelo advertido —dijo el conde sonriendo—, procuraré hacer lo posible para confirmarlo, como dice, en su opinión.
—¿De modo que irá el sábado?
—Puesto que la señora de Morcef me lo suplica...
—Es usted muy galante.
—¿Y el señor Danglars?
—¡Oh!, ya habrá recibido su invitación; mi padre se encargó de ello. Procuraremos también que vaya el señor de Villefort, pero no lo esperamos.
—No hay que desesperar de nada, dice el proverbio.
—¿Baila, querido conde?
—¿Yo?
—Sí, usted. ¿Qué tiene eso de extraño?
—¡Ah!, en efecto, cuando todavía no se ha llegado a los cuarenta... No, no bailo, pero me gusta ver bailar. ¿Y la señora de Morcef, baila?
—Nunca; hablará, tanto mejor; ¡tiene tantos deseos de hablar con usted!
—¿De veras?
—Palabra de honor. Y le declaro que usted es el primer hombre por quien haya manifestado curiosidad mi madre.
Alberto tomó su sombrero y se levantó; el conde lo condujo hasta la puerta.
—Una cosa me estoy reprochando —dijo, deteniéndolo en medio de la escalera.
—¿Cuál?
—He sido indiscreto; no debía hablarle del señor Danglars.
—Al contrario, hábleme, hábleme de él siempre; pero del mismo modo que lo ha hecho.
—Bien; me tranquiliza. A propósito, ¿cuándo llega el señor d'Epinay?
—¡Psch!, dentro de cinco o seis días a más tardar.
—¿Y cuándo se casa?
—En cuanto lleguen el señor y la señora de Saint-Merán.
—Tráigamelo en cuanto esté en París. Aunque diga que no le

quiero, tendré sumo gusto en verlo.

—Sus órdenes serán cumplidas.

—Hasta la vista.

—Si no lo veo antes, hasta el sábado, ¿no es cierto?

—¡Oh!, sí, sí; he dado mi palabra.

El conde siguió con la vista a Alberto, saludándolo con la mano.

Así que subió en su tilburí, se volvió y vio detrás de él a Bertuccio.

—¿Y bien? —inquirió.

—Ha ido al palacio —respondió el mayordomo.

—¿Ha permanecido allí mucho tiempo?

—Hora y media.

—¿Y ha vuelto a su casa?

—Directamente.

—Pues bien, mi querido Bertuccio —dijo el conde—, si quiere seguir mi consejo, creo que debería ir a Normandía, a ver si encuentra aquel terreno de que ya le he hablado.

Bertuccio saludó, y como sus deseos estaban en perfecta armonía con la orden que había recibido, partió aquella misma noche.

El señor de Villefort cumplió la palabra dada a Danglars, procurando averiguar de qué modo había podido saber Montecristo la historia de la casa de Auteuil.

Aquel mismo día escribió a un tal señor Boville, que, después de haber sido inspector de prisiones, adquirió un grado superior en la Policía de Seguridad, para tener los informes que deseaba, y este pidió dos días de plazo para saber de seguro los informes que pudiera obtener.

Expirado el plazo, el señor de Villefort recibió la nota siguiente:

La persona llamada el conde de Montecristo es conocido muy particularmente de Lord Wilmore, rico extranjero que viene a París algunas veces, y que está en él hace algunos meses; es también conocido del abate Busoni, sacerdote siciliano de gran reputación en Oriente, y he aquí los informes que recibió:

El abate, que no se encontraba en París más que por un mes, vivía detrás de San Sulpicio, en una casita compuesta de un solo piso y unos bajos; cuatro piezas, dos arriba y dos abajo, formaban toda la

morada, de la que él era el único inquilino.

Las dos piezas bajas constaban de un comedor con mesas, sillas y un bufete de nogal, y un salón blanqueado, sin adornos, sin tapices y sin reloj. Se conocía que el abate no se servía sino de los objetos que le eran más necesarios.

Es cierto que el abate habitaba con preferencia el salón del piso principal. Este salón, en el que abundaban los libros de teología y los pergaminos, en medio de los cuales se lo veía enterrarse, según decía su criado, meses enteros, era en realidad, más una biblioteca que un salón.

Este criado miraba a través de un ventanillo a las personas que iban a visitar a su señor, y cuando su fisonomía le era desconocida, o no le agradaba, respondía que el señor abate no estaba en París, con lo cual muchos quedaban satisfechos, pues sabían que viajaba a menudo y permanecía largo tiempo de viaje.

Además, ora estuviese en su casa o no estuviese, ora se hallase en París o en El Cairo, el abate daba siempre, por el ventanillo que servía de torno, limosnas que el criado repartía en nombre de su amo.

El otro aposento, situado junto a la biblioteca, era una alcoba. Una cama sin cortinas, cuatro sillones y un sofá de terciopelo de Utrecht amarillo eran, junto con un reclinatorio, todos los muebles de la pieza.

En cuanto a lord Wilmore, vivía en la calle de Fontaine Saint Georges. Era uno de esos ingleses ambulantes que gastan toda su fortuna en viajes.

Tenía alquilada la habitación a la cual iba a pasar dos o tres horas al día, y donde rara vez dormía.

Una de sus manías era la de no querer absolutamente hablar la lengua francesa, que, sin embargo, escribía con extraordinaria perfección.

Al día siguiente en que fueron entregados estos informes al procurador del rey, un hombre que se apeaba de un coche de alquiler en la esquina de la calle de Feron, detrás de San Sulpicio, fue a llamar a una puerta pintada de verde, y preguntó por el abate

Busoni.

—Ya le he dicho que no está —repitió el criado.

—Entonces, cuando vuelva, dele esta carta y este papel. ¿Estará el señor abate esta tarde a las ocho?

—¡Oh!, sin falta, caballero, a no ser que esté trabajando, y entonces es lo mismo que si hubiese salido.

—Volveré esta noche a la hora convenida —repuso el desconocido.

Y se retiró.

En efecto, a la hora indicada, el mismo hombre volvió en otro coche, que en vez de pararse esta vez en la esquina de la calle de Feron, se detuvo delante de la puerta verde.

Llamó, le abrieron y entró.

En las señales de respeto que prodigó el criado al desconocido conoció este que su carta había hecho el efecto deseado.

—¿Está en casa el señor abate? —inquirió.

—Sí; trabaja en su biblioteca, pero lo espera —respondió el criado.

El desconocido subió una escalera bastante angosta, y delante de una mesa cuya superficie estaba iluminada por la luz que despedía una gran lámpara, mientras que el resto de la habitación se hallaba sumergida en la sombra, vio al abate con traje eclesiástico y cubierta la cabeza con un sombrero negro de anchas alas.

—¿Es al señor Busoni a quien tengo el honor de hablar? —preguntó el desconocido.

—Sí, señor —respondió el abate—; ¿y usted es la persona que el señor de Boville me envía de parte del señor prefecto de policía?

—Exacto, caballero.

—¡Uno de los agentes de Seguridad de París!

—Sí, señor —respondió el desconocido con cierta indecisión y sonrojándose.

El abate se puso sus anteojos, que no solo cubrían los ojos, sino las sienes, y volviéndose a sentar, hizo señas de que se sentase el agente.

—Lo escucho, caballero —dijo el abate con un pronunciado acento italiano.

—El encargo que me han hecho, señor abate, se reduce a saber

de parte del señor prefecto de policía, como magistrado que es, una cosa que interesa a la seguridad pública, en nombre de la cual vengo a informarme. Confiamos, pues, que no habrá lazos de amistad, ni consideración humana, que puedan inducirle a ocultar la verdad a la justicia.

—Con tal que las cosas que quiera saber no perjudiquen a los escrúpulos de la conciencia. Soy sacerdote, y los secretos de la confesión deben permanecer callados, como fácilmente concebirá.

—¡Oh!, tranquilícese, señor abate —dijo el desconocido—; en todo caso, pondremos a cubierto su conciencia.

A estas palabras el abate acercó hacia sí la pantalla, la levantó del lado opuesto, de manera que, iluminando de lleno el rostro del desconocido, el suyo permanecía siempre en la sombra.

—Discúlpeme, señor abate —dijo el enviado del prefecto—; pero esta luz me fatiga horriblemente la vista.

El abate bajó la pantalla verde.

—Ahora, caballero, le escucho, hable.

—¿Conoce al señor conde de Montecristo?

—¿Supongo que quiere hablar del señor de Zaccone?

—¡Zaccone...! ¿No se llama Montecristo?

—Montecristo es un nombre de tierra, o más bien un nombre de roca, y no un nombre de familia.

—Pues bien, sea; no discutamos más, y puesto que el señor de Montecristo y el señor Zaccone son el mismo hombre...

—El mismo, absolutamente.

—Hablemos del señor de Zaccone.

—Bien.

—Le preguntaba si lo conocía.

—Mucho.

—¿Qué es?

—Es hijo de un rico naviero de Malta.

—Sí, ya lo sé; eso se dice, pero ya comprenderá que la policía no se puede contentar con un “se dice”.

—No obstante —repuso el abate con una sonrisa afable—, cuando ese se dice es la verdad, es preciso que todo el mundo se contente, y que la policía haga lo mismo que todo el mundo.

—¿Pero está seguro de lo que dice?
—¡Cómo que si estoy seguro!
—Caballero, le repito, que yo no sospecho de su buena fe y le digo: ¿está seguro?
—Escuche, yo he conocido al señor Zaccone padre.
—¡Ah!, ¡ah...!
—Sí, cuando era niño he jugado muchas veces con su hijo.
—No obstante, ¿ese título de conde...?
—Ya sabe que se compra...
—¿En Italia...?
—En todas partes.
—Pero según todo el mundo asegura, sus riquezas son inmensas.
—Inmensas, sí, esa es la palabra.
—¿Cuánto cree que poseerá, usted que lo conoce?
—¡Oh! Tendrá de ciento cincuenta a doscientas mil libras de renta.
—¡Ah!, eso es algo —dijo el agente—; ¡pero decían que de tres a cuatro millones...!
—Doscientas mil libras de renta, caballero, son cuatro millones justos de capital.
—Pero aseguraban que de tres a cuatro millones de renta.
—¡Oh!, eso no es creíble.
—¿Y conoce su isla de Montecristo?
—Seguramente; todo el que haya venido de Palermo, de Nápoles o de Roma a Francia por mar, la conoce, puesto que tiene que pasar junto a ella.
—¿Es una morada encantadora, según se dice?
—Es una roca.
—¿Y por qué ha comprado el conde una roca?
—Precisamente para poder ser conde. En Italia, para ser conde, se necesita un condado.
—¿Sin duda ha oído hablar de las aventuras del señor Zaccone?
—¿El padre?
—No, el hijo.
—¡Ah!, aquí empiezan mis incertidumbres, porque aquí he perdido de vista a mi joven camarada.
—¿Ha sido militar?

—Creo que sí.
—¿En qué cuerpo?
—En el de marina.
—Veamos: ¿no es su confesor?
—No señor: me parece que es luterano.
—¿Cómo, luterano?
—Digo que creo; no lo afirmo. Por otra parte, yo creía restablecida en Francia la libertad de cultos.
—Sin duda; pero no nos ocupamos de sus creencias, sino de sus acciones; en nombre del señor prefecto de policía, dígame todo lo que sepa.
—Se dice que es un hombre muy caritativo. Nuestro Santo Padre el Papa le ha hecho Caballero de Cristo, favor que no concede más que a los príncipes, por los servicios eminentes que ha hecho a los cristianos de Oriente; tiene cinco o seis cordones conquistados por los servicios hechos a los príncipes o a los Estados.
—¿Y los lleva?
—No, pero se siente muy orgulloso de ellos; dice que quiere mejor las recompensas concedidas a los bienhechores de la humanidad que las que se conceden a los destructores de los hombres.
—¿Ese hombre es algún cuáquero?
—Una cosa por el estilo.
—¿Sabe si tiene algunos amigos?
—Para él todos los que conoce son amigos suyos.
—Pero, en fin, ¿tiene algún enemigo?
—Uno solo.
—¿Cuál es su nombre?
—Lord Wilmore.
—¿Dónde está?
—En París en este momento.
—¿Y puede darme informes...?
—Preciosos. Estaba en la India al mismo tiempo que el señor Zaccone.
—¿Conoce sus señas?
—En la Chaussée d’Antin; pero ignoro la calle y el número.
—¿No se lleva bien con ese inglés?

—Lo aprecio y lo detesto: nos tratamos con mucha frialdad.

—Señor abate, ¿cree que haya venido otra vez a Francia Montecristo antes de ahora?

—¡Ah!, en cuanto a eso puedo responderle positivamente. No, señor, no ha venido nunca, puesto que se dirigió a mí hace seis meses para adquirir las noticias que deseaba. Pero como yo ignoraba en qué época estaría yo en París a punto fijo, le dirigí al señor Cavalcanti.

—¿Andrés?

—No, Bartolomé, el padre.

—Muy bien, señor abate; no me resta ahora preguntarle más que una cosa, y le suplico en nombre del honor de la humanidad y de la religión, que me responda pronto.

—Hable, caballero.

—¿Sabe por qué ha comprado el señor de Montecristo una casa en Auteuil?

—Cierto que sí, pues me ha hablado de ello.

—¿Con qué objeto?

—Con el de hacer un hospital de locos semejante al que ha fundado el barón de Pisani en Palermo. ¿Conoce ese hospital?

—He oído hablar de él, señor abate.

—Es una institución magnífica.

Y dichas estas palabras, el abate saludó al desconocido como con deseo de que le dejase proseguir su interrumpido trabajo. El agente, ya sea que hubiera comprendido los deseos del abate, ya que hubiese acabado su interrogatorio, se levantó. El abate lo condujo hasta la puerta.

—Da limosnas a menudo, y limosnas bastante crecidas —dijo el agente—, y aunque sea rico, me atreveré a ofrecerle algo para sus pobres; ¿tendrá a bien aceptar mi oferta?

—No, gracias, caballero, pues deseo que todo el bien que haga provenga de mí.

—Sin embargo...

—Nada, es una resolución invariable. Además, caballero, busque; ¡ay!, ¡habrá tantos por el camino que tengan necesidad de su socorro!

El abate saludó por última vez abriendo la puerta; el desconocido respondió a su saludo y salió.

El carruaje lo condujo a casa del señor de Villefort.

Una hora después, el carruaje salió de nuevo, y esta vez se dirigió a la calle de Fontaine Saint Georges. Se detuvo en el número 5.

Aquí vivía lord Wilmore.

El desconocido había escrito a lord Wilmore para pedirle una cita, que este fijó a las diez. Así, pues, como el enviado del prefecto de policía llegó a las diez menos diez minutos, le respondieron que lord Wilmore, que era sumamente puntual no había vuelto todavía, pero que volvería a las diez en punto.

El desconocido aguardó en el salón.

Este salón nada tenía de notable, y era como todos los salones de las fondas.

Una chimenea con dos jarrones de Sèvres modernos, un reloj con un cupido extendiendo su arco, un espejo roto en dos pedazos; a cada lado de este espejo dos grabados representando el uno a Homero con su guía, el otro a Belisario pidiendo limosna; un papel gris; sillería de paño en encarnado labrado de negro; tal era el salón de lord Wilmore.

Estaba iluminado por globos de cristal deslustrado que esparcían un débil reflejo muy a propósito para la fatigada vista del enviado del prefecto de policía.

Después de esperar diez minutos, el reloj dio las diez, a la quinta campanada se abrió la puerta y apareció lord Wilmore.

Era este un hombre más alto que bajo, con unas patillas pequeñas y rojas, la tez blanca, y los cabellos también rojos. Vestía con toda la excentricidad inglesa; es decir, que llevaba un frac azul con botones de oro y un cuello sumamente alto, un chaleco de casimir blanco y un pantalón de nankin, cuatro pulgadas más corto de lo regular, pero al que unas trabillas de la misma tela impedían que llegase a la rodilla.

Las primeras palabras que pronunció al entrar fueron estas:

—Ya sabe, caballero, que yo no hablo francés.

—Sé al menos que no le gusta nuestro idioma —respondió el enviado del prefecto de policía.

—Pero usted puede expresarse en esa lengua —repuso lord Wilmore—, porque si yo no la hablo, la comprendo.

—Y yo —respondió el enviado del prefecto cambiando de idioma— hablo el inglés con bastante soltura para sostener la conversación en esta lengua. No se incomode, pues, caballero.

—*¡Hallo!* —exclamó lord Wilmore con esa entonación que no pertenece más que a los naturales de la Gran Bretaña.

El desconocido presentó a lord Wilmore su carta de introducción. Este la leyó con esa flema particular de los ingleses, y así que hubo terminado su lectura:

—Comprendo —dijo el inglés—, comprendo perfectamente.

Entonces empezaron las interrogaciones.

Fueron poco más o menos las mismas que las que había dirigido al abate Busoni. Pero como lord Wilmore, en su calidad de enemigo del conde de Montecristo, no tenía tanta reserva, fueron más extensas; contó la juventud de Montecristo, que había entrado a la edad de diez años al servicio de uno de esos pequeños soberanos de la India que hacen la guerra a los ingleses; allí se encontraron y combatieron uno contra otro; en aquella guerra Zaccone fue hecho prisionero, enviado a Inglaterra y arrojado a presidio, de donde se escapó a nado. Luego empezaron sus viajes, sus duelos, sus pasiones; entonces aconteció la insurrección de Grecia, y sirvió en las filas de los griegos. Mientras estaba a su servicio, descubrió una mina de plata en las montañas de Tesalia, pero se guardó muy bien de hablar a nadie de tal descubrimiento.

Después de Navarino, y así que hubo consolidado el gobierno griego, pidió al rey Otón un privilegio para explotar aquella mina, el cual se lo concedió. De aquí provenía aquella inmensa fortuna, que según lord Wilmore, podría ascender a uno o dos millones de renta, fortuna que podía agotarse de repente, si la mina dejaba de producir.

—Pero —preguntó el desconocido— ¿para qué ha venido a Francia?

—Ha venido a especular en los caminos de hierro —dijo lord Wilmore—; y después, como es hábil químico y físico no menos distinguido, ha descubierto un nuevo telégrafo cuya aplicación

prosigue.

—¿Cuánto gastará al año? —preguntó el enviado.

—¡Oh!, quinientos o seiscientos mil francos a lo sumo —dijo lord Wilmore—; es avaro.

Era evidente que el odio hacía hablar al inglés, y no teniendo nada que achacar al conde, le acusaba de avaro.

—¿Sabe algo de su casa de Auteuil?

—Sí, señor.

—¡Y bien! ¿Qué sabe? ¿Quiere decirme con qué objeto la ha comprado?

—El conde es un especulador que seguramente se va a arruinar en pruebas y descubrimientos; ha creído que hay en Auteuil, en los alrededores de la casa que acaba de adquirir, una corriente de agua mineral que puede rivalizar con las de Bagnéres, de Luchón y de Cauterest. Quiere hacer de su adquisición un bauhaus, como dicen los alemanes. Varias veces ha mandado ya remover la tierra de su jardín para encontrar la famosa corriente de agua, y como no la ha descubierto, no tardará en comprar las casas de los alrededores. Ahora, pues, como yo lo detesto y ando buscando una ocasión de burlarme de él, lo observo para ver si se acaba de arruinar un día u otro con ese descubrimiento y otras especulaciones, lo cual tiene que suceder de todos modos.

—¿Y por qué lo detesta? —preguntó el desconocido.

—Porque... porque al pasar por Inglaterra sedujo a la mujer de uno de mis amigos.

—¿Y por qué no se venga...?

—Ya me he batido tres veces con él —dijo el inglés—: la primera vez a pistola, la segunda a espada y la tercera a sable.

—Y el resultado de esos duelos ha sido...

—Que la primera vez me rompió un brazo, la segunda estuvo a punto de atravesarme el pulmón, y la tercera me hizo esta herida.

El inglés bajó el cuello de su camisa, que le llegaba a las orejas, y mostró una cicatriz, cuyo color rojo indicaba que no había sido hecha hacía mucho tiempo.

—De suerte que lo detesto hasta más no poder —repitió el inglés —, y seguramente morirá a mis manos.

—Pues según veo no lleva el mejor camino —dijo el enviado del prefecto.

—*¡Hallo!* —dijo el inglés—, cada día voy al tiro, y cada dos días viene a mi casa Grisier.

Esto era cuanto quería saber el desconocido, o más bien lo que parecía saber el inglés. El agente se levantó, y se retiró después de haber saludado a lord Wilmore, que por su parte le respondió con la gravedad y cortesía que son peculiares de los habitantes de su país.

Lord Wilmore, después de haber oído cerrar la puerta de la calle habiendo dado paso al agente, entró en su gabinete donde en menos de dos minutos desaparecieron sus cabellos rubios, sus patillas rajas y su cicatriz, para dar lugar a los cabellos negros, a la blanca tez y los dientes de perla del conde de Montecristo. Verdad es que tampoco fue el enviado del prefecto de policía quien entró en casa de Villefort, sino el señor de Villefort en persona. El procurador del rey quedó algo tranquilizado con esta doble visita que nada le había revelado de seguro, pero que, sin embargo, le hizo dormir con algún sosiego después de la comida de Auteuil.

Capítulo seis:
El baile

El verano había llegado a su punto más caluroso cuando llegó el sábado designado para el baile del señor de Morcef.

Eran las diez de la noche: los corpulentos árboles del jardín de la casa del conde se destacaban vivamente sobre un cielo en que se deslizaban, mostrando un inmenso manto azul sembrado de estrellas doradas de oro, los últimos vapores de una tempestad que había rugido amenazadora durante todo el día.

En los salones del piso bajo se oía una música estrepitosa; se sucedían los valses a los galopes, mientras numerosas y deslumbradoras ráfagas de luz penetraban en el jardín a través de las persianas.

En este momento, el jardín estaba a merced de una docena de

criados, a los que la dueña de la casa, tranquilizada en cuanto al tiempo, cada vez más sereno, había dado orden de disponer la mesa para la cena.

Hasta entonces se dudaba entre cenar en el comedor o debajo de una larga tienda de cutí que se había erigido en una verdadera alameda. Aquel hermoso cielo sembrado de estrellas acababa de decidir el pleito en favor de la tienda y de la alameda.

Las calles del jardín se habían iluminado con faroles de colores, como se acostumbra en Italia, y estaban cargando de bujías y de flores la mesa, como se hace en todos los países donde se comprende un poco este lujo de mesa, el más raro de todos cuando se lo quiere completo.

Cuando la condesa de Morcef entró en los salones, después de dar sus últimas órdenes, empezaban estos a llenarse de convidados atraídos más por la encantadora hospitalidad de la condesa de Morcef, que por la posición distinguida del conde; porque todos estaban seguros de antemano de que aquella fiesta ofrecería algunos detalles dignos de ser contados.

La señora Danglars, a quien los sucesos de que hemos hablado habían inspirado profundas inquietudes, vacilaba en ir a casa de la señora de Morcef, cuando se encontró por la mañana su carruaje con el del señor de Villefort. Villefort le hizo una seña, los dos carruajes se habían acercado, y a través de las portezuelas entablaron el siguiente diálogo:

—Va a casa de la señora de Morcef, ¿no es verdad? —preguntó el procurador del rey.

—No —respondió la señora Danglars—, me encuentro aún muy afectada.

—Hace mal —repuso Villefort con una mirada significativa—, sería importante que la viesen en ella.

—¡Ah! ¿Lo cree así? —preguntó la baronesa.

—Sí.

—En tal caso, iré.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que esto marcha muy bien —repuso el vizconde riendo—, y que ya me han preguntado diecisiete veces por él;

¡diablos con el conde...!, ya le daré mi parabién.

—¿Y a todo el mundo responde lo mismo que a mí?

—¡Ah!, tiene razón, aún no le he respondido, tranquilícese, señora; tendremos aquí esta noche al hombre de moda, somos de sus privilegiados.

—¿Estaba usted ayer en la ópera?

—No.

—Pues él estaba.

—Sí..., el excéntrico conde hizo alguna de sus originalidades.

—¿Puede acaso prescindir de ellas? Essler bailaba en “El Diablo enamorado”; la princesa griega estaba deslumbrante. Después de la Cachucha, ató una magnífica sortija a un ramillete, y lo arrojó a la encantadora bailarina, que en el tercer acto se presentó para darle las gracias con su sortija en un dedo. ¿Y vendrá también su princesa griega?

—No, no vendrá; su posición en casa del conde no se conoce aún a punto fijo.

—Mire, déjeme; vaya a saludar a la señora de Villefort —dijo la baronesa—; veo que está deseando hablarle.

Alberto saludó a la señora de Danglars, se dirigió a la de Villefort, que abrió la boca a medida que se acercaba.

—Apostaría —dijo Alberto interrumpiéndola— a que sé lo que me va a preguntar.

—Me parece que no —dijo la señora de Villefort.

—¿Me lo confesará si lo adivino?

—Sí.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Iba a preguntarme si había entrado el conde de Montecristo, o si vendría.

—No era eso. No me ocupo de él en este momento. Le iba a preguntar si había recibido noticias del señor Franz.

—Sí, ayer.

—¿Qué le decía?

—Que salía para París al mismo tiempo que su carta.

—Dígame, pues, ahora, ¿y el conde?

—El conde vendrá, tranquilícese.
—¿Sabe que tiene otro nombre, además de Montecristo?
—Lo ignoraba.
—Montecristo es un nombre de isla, y él tiene un nombre de familia.
—No lo he oído pronunciar.
—¡Pues bien! Yo estoy más enterada que usted; se llama Zaccone.
—Es posible.
—Es maltés.
—Muy posible también.
—Hijo de un armador.
—¡Oh!, le aseguro que debía referir esas cosas en voz alta, tendría el éxito más feliz.
—Ha servido en la India, explota en la Tesalia una mina de plata, y viene a París para abrir en Auteuil un establecimiento de aguas minerales.
—¡Bien!, enhorabuena —dijo Morcef—, buenas noticias; ¿me permite que las repita por ahí?
—Sí, pero poco a poco, una a una, sin decir que yo se las he contado.
—¿Por qué?
—Porque es un secreto.
—¿De quién?
—De la policía.
—Entonces esas noticias corrían...
—Ayer noche, en casa del prefecto. Todo París se había conmovido, como sabe, a la vista de ese lujo inusitado, y la policía obtuvo informes...
—¡Bien...!, solo les falta prender al conde como un vagabundo, so pretexto de que es demasiado rico.
—A fe mía, le aseguro que eso le habría podido suceder, si los informes no hubieran sido tan favorables.
—¡Pobre conde! ¿Y sospecha el peligro que ha corrido?
—Creo que no.
—Entonces es una caridad advertírselo. En cuanto llegue, no dejaré de hacerlo.

En este momento, un gallardo joven de ojos negros y vivos, de cabellos negros, de negro y lustroso bigote, fue a saludar respetuosamente a la señora de Villefort. Alberto le estrechó una mano.

—Señora —dijo Alberto—, tengo el honor de presentarle al señor Maximiliano Morrel, capitán de spahis, uno de nuestros mejores y más distinguidos oficiales.

—Ya he tenido el gusto de encontrar a este caballero en Auteuil en casa del conde de Montecristo —respondió la señora de Villefort, volviéndose con marcada frialdad.

Esta respuesta, y sobre todo, el tono con que fue pronunciada, dejaron helado a Morrel; pero le estaba preparada una compensación; al volverse vio en el quicio de la puerta un hermoso y blanco rostro, cuyos ojos azules, dilatados y sin expresión aparente, se fijaban en él mientras el ramillete de jazmines subía lentamente a sus labios.

Fue tan bien comprendido este saludo, que Morrel, con la misma expresión de mirada, acercó a su vez su pañuelo a la boca, y las dos estatuas vivas, cuyo corazón latía con tanta violencia bajo el mármol de su rostro, separadas por toda la longitud de la sala, se olvidaron un instante o más bien olvidaron el mundo en aquella muda contemplación.

Habrían podido permanecer más tiempo de este modo, perdidas una en otra, sin que nadie notase su olvido de cuanto los rodeaba, pues... el conde de Montecristo acababa de entrar.

Como hemos dicho anteriormente, el conde, fuese prestigio ficticio, fuese prestigio natural, llamaba la atención en todas partes donde se hallaba; no era su frac negro, sencillo y sin condecoraciones; no era su chaleco blanco sin ningún bordado; no era su pantalón, de cuyo botín salía un pie de la forma más delicada, los que llamaban la atención; eran, sí, su blanca tez, sus cabellos negros y rizados ligeramente, su rostro sereno y puro, sus ojos profundos y melancólicos, en fin, su boca dibujada con una delicadeza maravillosa, y que sabía tomar tan fácilmente la expresión del mayor desdén, lo que hacía fijar en él todas las miradas.

Podía haber hombres más apuestos; pero seguramente no los

habría más significativos (permítasenos esta expresión); todo en el conde quería decir algo y tenía su valor; porque la costumbre del pensamiento útil había dado a sus facciones, a la expresión de su rostro, y a sus gestos insignificantes, una flexibilidad y una firmeza incomparables.

Y además, el mundo parisiense es tan raro, que no hubiera dado a esto ninguna importancia, si no hubiese habido debajo de todo ello una historia dorada por una inmensa fortuna.

Finalmente, el conde se adelantó bajo el peso de las miradas y a través de los saludos, hasta la señora de Morcef, que estaba en pie delante de una chimenea; le había visto en un espejo que estaba frente de la puerta y se preparó a recibirlo.

Se volvió hacia él con una sonrisa encantadora, y en el momento en que se inclinaba delante de ella.

Sin duda creyó que el conde le iba a hablar; sin duda el conde por su parte creyó que iba a dirigirle la palabra; pero ambos permanecieron mudos, y después de saludarse mutuamente, el conde de Montecristo se dirigió hacia Alberto, que corría hacia él con la mano abierta.

—¿Ha visto a mi madre? —preguntó Alberto.

—Acabo de tener el honor de saludarla —dijo el conde—, pero no he visto a su padre.

—Mírelo, allí está hablando, en aquel grupo de grandes celebridades.

—¡Ah! —dijo Montecristo—, ¿aquellos señores que hay allí son celebridades? No sabía nada. ¿Y de qué género? Hay celebridades de toda clase, como sabe.

—Allí tiene primeramente un gran sabio, aquel señor alto y flaco; ha descubierto en la campiña de Roma una especie de lagarto que tiene una vértebra más que los otros, y ha venido a participar este descubrimiento al Instituto. Al principio hubo sus disputas. La vértebra causó mucha sensación en el mundo erudito; el señor alto y flaco no era más que caballero de la Legión de Honor y le nombraron oficial.

—¡Enhorabuena! —dijo Montecristo—, esa es una cruz perfectamente merecida; entonces, si encuentra una segunda

vértebra ¿le harán comendador?
—Es probable —dijo Morcef.
—¿Y aquel otro que ha tenido la feliz ocurrencia de ponerse un frac azul bordado de verde, quién podrá ser?
—La ocurrencia no fue de él, sino de la República, la cual, como sabe, era tan poco artista que, queriendo dar un uniforme a los académicos, suplicó a David que les dibujase un traje.
—¡Ah, ya! —dijo Montecristo—. ¿Conque ese caballero es un académico?
—Hace ocho días que forma parte de la docta corporación.
—¿Y cuál es su mérito, su especialidad?
—¿Su especialidad? Yo creo que introduce alfileres en la cabeza de los conejos, que hace comer rubia a las gallinas y yo no sé cuántos otros méritos.
—¿Y por eso ha de pertenecer a la Academia de Ciencias?
—No, a la Academia Francesa...
—Pero ¿qué tiene que ver con eso la Academia Francesa?
—Voy a decirle, parece...
—Que sus experimentos han fomentado sin duda el progreso de la ciencia.
—No, pero escribe en muy buen estilo.
—¡Oh! —dijo Montecristo—, eso debe lisonjear soberanamente el amor propio de los conejos en cuyas cabezas introduce alfileres, a las gallinas cuyos huevos tiñe de encarnado, y, etc...
Alberto soltó una carcajada.
—¿Y aquel otro? —inquirió el conde.
—¿Aquel otro?
—Sí, el tercero.
—¡Ah!, el del frac azul.
—Eso es.
—Ese es un colega del conde, el que tan encarnizadamente se opuso a que la cámara de los Pares tenga uniforme; ha tenido un gran éxito de tribuna respecto a este punto: se dice que le van a nombrar embajador.
—¿Y cuáles son sus méritos?
—Ha escrito dos o tres óperas bufas; ha adquirido cuatro o cinco

acciones en el Siècle, y ha votado cinco o seis veces con el ministerio.

—¡Bravo!, vizconde —dijo Montecristo riendo—, es un cicerone encantador: ahora me hará un favor, ¿no es cierto?

—¿Cuál?

—No me presentará a esos señores, y si se lo piden, me avisará.

En este momento el vizconde sintió que alguien apoyaba la mano en su brazo, se volvió y vio a Danglars.

—¡Ah! ¡Es usted, barón! —dijo.

—¿Por qué me llama barón? —dijo Danglars—; bien sabe que no uso mi título. No soy como usted, vizconde, usted lo usa, ¿no es verdad?

—Desde luego —respondió Alberto—, porque si no fuese vizconde no sería nada, mientras que usted, aunque sacrifique su título de barón, siempre quedará millonario.

—Ese título me parece el más hermoso, en estos tiempos por lo menos —dijo Danglars.

—Por desgracia —dijo Montecristo— no dura tanto ese título como el de barón, el de par de Francia o el de académico; que lo digan si no los millonarios de Franck y Polmaun, de Fráncfort, que acaban de quebrar.

—¿Cómo? —dijo Danglars palideciendo.

—Esta tarde he recibido la noticia; yo tendría aproximadamente un millón en su casa; pero, habiendo sido avisado a tiempo, exigí el reembolso hará un mes.

—¡Ah! ¡Dios mío! —dijo Danglars—, por lo menos me hacen perder doscientos mil francos.

—Pero ya está avisado, su firma vale un cinco por ciento.

—Sí, pero avisado demasiado tarde —dijo Danglars—, he hecho honor a su firma.

—¡Bueno! —dijo Montecristo—, juntando esos doscientos mil francos con...

—¡Chist!, ¡silencio! —dijo Danglars—, no hable de esas cosas —y acercándose a Montecristo...—, sobre todo delante de Cavalcanti hijo —añadió el banquero, que al pronunciar estas palabras se volvió sonriendo hacia el joven.

Morcef se separó del conde para ir a hablar con su madre.
Danglars le dejó también para ir a saludar a Cavalcanti hijo.
Montecristo se quedó solo un instante.
El calor era excesivo. Los criados circulaban por los salones con bandejas cargadas de dulces, frutas y helados.
Montecristo se enjugó con su pañuelo el rostro bañado en sudor; pero se retiró cuando el criado le presentó una bandeja y no tomó nada para refrescarse.
La señora de Morcef no perdía de vista a Montecristo. Vio pasar la bandeja sin que tomase nada de ella; también observó el movimiento que hizo cuando el criado le presentó la bandeja.
—Alberto —dijo—, ¿no ha reparado en una cosa?
—¿En qué, madre mía?
—Que el conde no acepta la comida en casa del señor de Morcef.
—Sí, pero aceptó el almuerzo en mi casa, puesto que por ese almuerzo hizo su entrada en el mundo.
—Su casa no es la del conde —murmuró Mercedes—, y desde que está aquí, no le pierdo de vista.
—¿Y qué?
—Que no ha tomado nada.
—El conde es muy sobrio.
Mercedes sonrió tristemente.
—Acérquese a él, y a la primera bandeja que pase, insista.
—¿Por qué motivo, madre mía?
—Hágame ese favor, Alberto —dijo Mercedes.
Alberto besó la mano de su madre y fue a colocarse junto al conde.
Pasó otra bandeja cargada como las precedentes: Alberto insistió aún, tomó un helado y se lo presentó, pero rehusó obstinadamente.
Alberto volvió al lado de su madre; la condesa estaba muy pálida.
—¡Y bien! —dijo—, ya ve como no ha querido tomar nada.
—Sí, ¿pero por qué le preocupa esto tanto?
—Bien lo sabe, Alberto; las mujeres somos muy singulares. Hubiera visto con placer tomar al conde algo en mi casa, aunque no fuese más que un grano de granada. Quizá no esté al corriente de las costumbres francesas, tal vez tiene preferencia por alguna cosa.
—¡Oh!, no, no, yo le he visto en Italia comer de todo; sin duda está

indispuesto esta noche.

—¡Oh!, tal vez —dijo la condesa—, como ha habitado siempre climas ardientes, es menos sensible que cualquier otro al calor.

—No lo creo así, porque se quejaba de que se ahogaba de calor, y preguntaba por qué no han abierto las celosías, puesto que han abierto las ventanas.

—En efecto —dijo Mercedes—, ese es un medio de asegurarme si esa abstinencia es algo premeditado o no.

Y salió del salón.

Un instante después, las persianas se abrieron y a través de los jazmines que rodeaban las ventanas, pudo verse todo el jardín iluminado con linternas, y la cena servida debajo de una tienda.

Los bailadores y los jugadores lanzaron un grito de alegría; todos aquellos pulmones medio sofocados aspiraban con delicia el aire que entraba en abundancia.

Al momento volvió a entrar Mercedes más pálida que había salido, pero con la seriedad que era de notar en ella en ciertas circunstancias. Se dirigió al grupo en medio del cual se hallaba su marido.

—No encadene a estos señores, señor conde —dijo—; preferirán tal vez respirar el aire del jardín a ahogarse aquí.

—¡Ah!, señora —dijo un viejo general muy galante—, no creo que iremos solos al jardín.

—Bien —dijo Mercedes—, yo voy a darle el ejemplo.

Y dirigiéndose a Montecristo:

—Señor conde —dijo—, hágame el honor de ofrecerme su brazo.

El conde vaciló al oír estas sencillas palabras; después miró a Mercedes un momento, rápido como el relámpago, y sin embargo, este momento fue un siglo para la condesa, tantos pensamientos reflejaba aquella mirada.

Ofreció su brazo a la condesa; ella apoyó ligeramente en él su pequeña mano, y los dos bajaron una de las escaleras limitada a un lado y a otro por heliotropos y camelias.

Detrás de ellos y por otra escalera, se lanzaron al jardín, con estrepitosas exclamaciones de alegría, unos veinte convidados.

La señora de Morcef entró con su compañero debajo de una

bóveda de follaje; era un paseo de tilos en dirección a un invernadero.

—Hacía mucho calor en el salón, ¿no es verdad, señor conde? —dijo.

—Sí, señora, y su idea de abrir las puertas y las ventanas ha sido excelente.

Al decir estas palabras, el conde notó que la mano de Mercedes temblaba.

—Pero usted —dijo—, con ese vestido tan ligero y con el cuello al aire, tendrá frío, sin duda.

—¿Sabe adónde lo llevo? —dijo la condesa, sin responder a la pregunta de Montecristo.

—No, señora —dijo este—, pero ya ve que no hago ninguna resistencia.

—Al invernadero, que está al final del paseo que seguimos.

El conde miró a Mercedes como para interrogarla; pero ella siguió su camino sin decir nada, y Montecristo permaneció callado. Llegaron al lugar indicado, lleno de flores y frutas magníficas, que desde el principio de julio llegaban a su madurez bajo aquella temperatura calculada siempre para reemplazar el calor del sol. La condesa soltó el brazo de Montecristo y fue a coger de una parra un racimo de uva moscatel.

—Tome, señor conde —dijo con una triste sonrisa, tan triste que casi asomaron dos lágrimas a sus párpados—; tome, ya sé que nuestros racimos de Francia no son comparables a los de Sicilia o a los de Chipre, más espero que será indulgente con nuestro pobre sol del Norte.

El conde se inclinó y dio un paso atrás.

—¿Me desprecia? —dijo Mercedes con voz temblorosa.

—Señora —dijo Montecristo—, le suplico que me disculpe, pero no como nunca moscatel.

Mercedes dejó caer el racimo, suspirando. Un precioso albaricoque colgaba de un árbol próximo, calentado lo mismo que la parra, por aquel calor artificial del invernadero. Mercedes se acercó a la fruta y la cogió.

—Tome entonces ese albaricoque —dijo.

Pero el conde hizo el mismo ademán negativo.
—¡Oh!, ¡tampoco! —dijo con un acento tan doloroso que evidentemente ahogaba un gemido—; en verdad tengo desgracia.
Un largo silencio siguió a esta escena; el albaricoque, lo mismo que el racimo de uvas, rodó por la arena.
—Señor conde —repuso Mercedes mirando a Montecristo con ojos suplicantes—, hay una tierna costumbre árabe que hace eternamente amigos a los que han comido el pan y la sal juntos bajo el mismo techo.
—Lo sé, señora —respondió el conde—; pero estamos en Francia y no en Arabia, y en Francia ni se parten el pan y la sal, ni hay amistades eternas.
—Pero, en fin —dijo la condesa, palpitante, y con los ojos fijos en el conde de Montecristo, cuyo brazo estrechó convulsivamente entre sus manos—; somos amigos, ¿no es verdad?
Toda la sangre se agolpó al corazón del conde, que se quedó pálido como la muerte, subiendo después del corazón a la garganta, invadió sus mejillas y sus ojos se abrieron desorbitadamente durante algunos segundos.
—Claro que somos amigos, señora —replicó—; ¿por qué no habíamos de serlo?
Este tono estaba tan lejos de ser el que deseaba la señora de Morcef que se volvió para dejar escapar un suspiro que más bien parecía un gemido.
—Gracias —dijo.
Y empezó a andar.
Dieron una vuelta al jardín sin pronunciar una palabra.
—Caballero —exclamó de repente la condesa después de diez minutos de paseo silencioso—, ¿es verdad que ha visto y viajado tanto, que tanto ha sufrido?
—Es verdad, señora, he sufrido mucho —respondió Montecristo.
—¿Es feliz ahora?
—Sin duda —respondió el conde—, puesto que nadie me oye quejarme.
—¿Y le dulcifica el alma su felicidad presente?
—Mi felicidad presente iguala a mi miseria pasada —dijo el conde.

—¿No está casado? —inquirió la condesa.

—¡Yo casado! —respondió Montecristo estremeciéndose—, ¿quién ha podido decirle tal cosa?

—No me lo han dicho, pero muchas veces le han visto conducir a la ópera a una hermosísima joven.

—Es una esclava que he comprado en Constantinopla, señora; una hija de príncipe a quien miro como hija mía, porque no me liga al mundo ningún otro vínculo.

—¿De modo que vive solo?

—Solo.

—¿No tiene hermana..., hijo..., padre?

—No tengo a nadie en el mundo.

—¿Cómo puede vivir así, sin nada que le haga apreciar la vida?

—No es culpa mía, señora. En Malta amé a una joven; estaba a punto de casarme cuando vino la guerra, y me arrastró lejos de ella como un torbellino. Yo había creído que me amaría bastante para esperarme, para serme fiel aun después de la muerte. Cuando volví, estaba casada. Esta es la historia de todo hombre que ha pasado por la edad de veinte años. Quizá tenía yo el corazón más débil que otro cualquiera, y he sufrido más que otros en mi lugar.

La condesa se detuvo un momento, como si hubiese tenido necesidad de ello para respirar.

—Sí —dijo—, y le ha quedado en el corazón ese amor..., no se ama verdaderamente más que una vez..., ¿y ha vuelto a ver a esa mujer?

—Nunca.

—¡Nunca!

—No he vuelto al país donde ella vivía.

—¿A Malta?

—Sí, a Malta.

—¿De modo que está en Malta?

—Creo que sí.

—¿Y le ha perdonado lo que le ha hecho sufrir?

—A ella sí.

—Pero a ella solamente; ¿sigue odiando a los que le alejaron de su lado?

—Yo no: ¿por qué había de odiarlos?

La condesa se colocó frente a Montecristo y volvió a ofrecerle otro racimo de uvas.

—Tome —dijo.

—No como nunca moscatel, señora —respondió Montecristo, como si fuera la primera vez que la condesa le hacía aquel ofrecimiento.

La condesa arrojó las uvas contra la arena con un ademán lleno de desesperación.

—¡Es usted inflexible! —murmuró.

Montecristo permaneció tan impasible como si aquella queja no hubiera sido dirigida a él.

En este momento Alberto corría hacia ellos.

—¡Oh!, ¡madre mía! —dijo—, una gran desgracia.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la condesa como si después de un sueño se despertase y conociese la realidad—; ¡una desgracia!, en efecto, ¡muchas desgracias deben suceder!

—Está aquí el señor de Villefort.

—¿Y bien?

—Viene a buscar a su mujer y a su hija.

—¿Por qué?

—Porque la señora marquesa de Saint-Merán ha llegado a París, ha traído la noticia de que el señor de Saint-Merán ha muerto al salir de Marsella, en la primera parada. La señora de Villefort, que estaba muy alegre, no quería comprender ni dar crédito a aquella desgracia, aunque su padre tomó algunas precauciones, todo lo adivinó; este golpe la aterró como si la hubiese herido un rayo, y cayó desmayada.

—Y el señor de Saint-Merán, ¿qué es de la señorita de Villefort? —preguntó el conde.

—Su abuelo materno. Venía para acelerar el casamiento de Franz y de su nieta.

—¡Ah!, ya...

—He aquí aplazada la boda. ¡Qué lástima que el señor de Saint-Merán no fuese también abuelo de la señorita Danglars!

—¡Alberto! ¡Alberto! —dijo la señora de Morcef con un tono de

dulce reproche—, ¿qué dice? ¡Ah!, señor conde, usted, a quien él tiene tanta consideración, dígale que eso está mal.

Y dio unos pasos hacia adelante.

Montecristo la miró de un modo tan extraño y con una expresión tan pensativa y llena de una admiración tan afectuosa, que Mercedes se volvió.

Le cogió entonces una mano mientras estrechaba la de su hijo, y mirándolo exclamó:

—Somos amigos, ¿no es verdad?

—¡Oh!, su amigo, señora; no aspiro a tanto; pero, en todo caso, soy su más respetuoso servidor.

La condesa se separó de ellos con el corazón tan lastimado y tan conmovido, que antes de haber andado diez pasos, el conde la vio acercarse su pañuelo a los ojos.

—¿Cómo? ¿Se ha disgustado con mi madre? —preguntó Alberto asombrado.

El conde respondió:

—Al contrario, puesto que acaba de decirme delante de usted que éramos amigos.

Y volvieron al salón, del cual acababan de salir Valentina y el señor y la señora de Villefort.

Excusado es decir que Morrel salió detrás de ellos.

En efecto, tal como había dicho Alberto, acababa de desarrollarse en la casa de Villefort una lúgubre escena.

Después de la partida de las dos mujeres para el baile, adonde por más que insistió la señora de Villefort, no pudo hacer que su marido la acompañase, el procurador del rey se había encerrado, como acostumbraba, en su despacho, adornado de estantes de libros que hubieran espantado a cualquier otro, pero que en sus tiempos apenas bastaban para satisfacer su apetito de hombre estudioso.

Pero esta vez los libros eran inútiles, pues Villefort no se encerraba para estudiar, sino para reflexionar; y una vez cerrada la puerta y dada la orden de que no le incomodasen sino para asuntos de importancia, se sentó en un sillón y empezó a repasar otra vez en su memoria todo lo que, después de siete a ocho días, hacía derramarse la copa de sus sombríos pesares y de sus amargos

recuerdos.
Entonces, en vez de atacar a los libros amontonados en derredor suyo, abrió un cajón de su bufete, tocó un resorte y sacó una infinidad de cuadernos con sus notas personales, manuscritos preciosos, entre los cuales había clasificado y anotado con cifras, conocidas de él solo, los nombres de todos los que en su carrera política, en sus asuntos de intereses, en sus persecuciones o en sus misteriosos amores se habían hecho enemigos suyos.
El número era formidable, y, sin embargo, todos aquellos hombres, por poderosos y terribles que fuesen, le habían hecho sonreír más de una vez, como sonríe el viajero que desde la elevada cumbre de la montaña mira a sus pies los agudos picachos, los caminos impracticables y los bordes de los precipicios, junto a los cuales ha tenido que caminar largo tiempo para llegar a ella.
Cuando hubo repasado en su memorial todos estos nombres, cuando los hubo leído y vuelto a leer, estudiado y comentado, movió la cabeza a un lado y a otro.
—No —murmuró—, ninguno de estos enemigos hubiera esperado con paciencia hasta este día para aniquilarme con su secreto. Algunas veces, como dice Hamlet, el ruido de las cosas más fuertemente escondidas sale de la tierra, y, como los fuegos fosforescentes, corren por el aire; pero son llamas que iluminan un instante. La historia habrá sido contada por el corso a algún sacerdote, que la habrá divulgado a su vez. El señor de Montecristo la habrá sabido, y para enterarse...
—¿Y para qué quería enterarse? —prosiguió el procurador del rey después de un instante de reflexión—; ¿qué interés puede tener el señor de Montecristo, señor Zaccone, hijo de un naviero de Malta, explotador de una mina de plata en Tesalia, que viene a Francia por primera vez, al conocer un hecho sombrío, misterioso e inútil para él? De los informes incoherentes que me han proporcionado el abate Busoni y lord Wilmore, aquel amigo y este enemigo, una sola cosa resulta a mis ojos clara, precisa, patente, y es que en ningún tiempo, en ningún caso, en ninguna circunstancia, ha podido haber el menor punto de contacto entre él y yo.
Sin embargo, Villefort decía estas palabras sin creer él mismo lo

que decía. Lo más terrible para él no era la revelación, porque podía negar o responder; le inquietaba poco aquel Mané, Thécel, Pharés, que aparecía de repente en letras de sangre en la pared; lo que le inquietaba era conocer el cuerpo a que pertenecía la mano que los había trazado.

En el momento en que trataba de calmarse, y en que en lugar de aquel porvenir político que había visto algunas veces en sus sueños de ambición, se proponía un porvenir limitado al hogar doméstico, el ruido de un carruaje resonó en el patio; después oyó en la escalera los pasos de una persona de edad, y después gemidos y ayes que tan bien saben fingir los criados cuando quieren aparentar que participan del dolor de sus amos.

Se apresuró a descorrer el cerrojo de su despacho, y al poco rato, sin anunciarse, una señora anciana entró en el mismo con su chal en el brazo y su sombrero en la mano. Sus cabellos canos descubrían una frente mate como el amarillento marfil, y sus ojos, cuyos ángulos había surcado de arrugas la edad, desaparecían casi bajo las lágrimas.

—¡Oh, caballero! —dijo—; ¡ah, qué desgracia!, yo también me moriré; ¡oh, sí, estoy segura de que voy a morirme!

Y cayendo sobre el sillón más próximo a la puerta rompió de nuevo a llorar.

Los criados, en pie en el cancel, y no atreviéndose a ir más lejos, miraban al antiguo criado de Noirtier, que, habiendo oído ruido en la habitación de su señor, se mantenía detrás de los demás.

Villefort se levantó y corrió hacia su suegra, pues era ella.

—¡Oh, Dios mío!, señora —preguntó—, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué está tan desazonada? ¿Y por qué no le acompaña el señor de Saint-Merán?

—El señor de Saint-Merán ha muerto —dijo la anciana marquesa sin preámbulos, y con una especie de estupor.

Villefort dio un paso atrás, y dando una palmada:

—¡Muerto! —murmuró—, ¡muerto..., así..., súbitamente!

—Hace ocho días —continuó la señora de Saint-Merán—, subimos juntos al carruaje después de comer. El señor Saint-Merán padecía muchísimo desde hacía algunos días; sin embargo, la idea de ver a

mi querida Valentina lo animaba, y a pesar de sus dolores quiso partir, cuando a seis leguas de Marsella se apoderó de él, después de haber tomado sus pastillas habituales, un sueño tan profundo que no me parecía natural; sin embargo, yo no quería despertarlo, cuando me pareció que su rostro se amorataba, que las venas de sus sienes latían con más violencia que de costumbre. Como había anochecido, yo no veía casi nada y le dejé dormir; al poco rato lanzó un grito sordo y desgarrador, como el de un hombre que sufre en sueños, y dejó caer bruscamente su cabeza hacia atrás. Llamé al camarero, hice parar al postillón, llamé al señor de Saint-Merán, le hice respirar mi frasco de esencias; todo había acabado, estaba muerto, y al lado de su cadáver llegué a Aix.

Villefort quedó estupefacto.

—¿Y llamó a un médico, seguramente?

—En seguida; pero como le he dicho, era demasiado tarde.

—Sin duda; pero, al menos, podía conocer de qué enfermedad había muerto.

—¡Oh!, sí, señor, me lo dijo; según parece fue una apoplejía fulminante.

—¿Y entonces, qué hizo?

—El señor de Saint-Merán había dicho siempre que si moría lejos de París, deseaba que su cuerpo fuese conducido al panteón de la familia. Yo hice que le colocaran en un ataúd de plomo y le precedo solo algunos días.

—¡Oh! Dios mío, ¡pobre madre! —dijo Villefort—; ¡semejantes preocupaciones después de tal golpe..., y a su edad!

—Dios me dio fuerzas hasta el fin; por otra parte él hubiera hecho por mí lo que yo hago por él. Es verdad que desde que lo dejé, creo que estoy loca. No puedo llorar, ¿dónde está Valentina, caballero? Por ella es por quien veníamos. Quiero verla.

Villefort pensó que sería espantoso responder que la joven se encontraba en un baile; dijo solamente a la marquesa que su nieta había salido con su madrastra, y que la avisarían en seguida.

—Al instante, caballero, al instante, se lo suplico —dijo la anciana.

Villefort tomó del brazo a la señora de Saint-Merán y la condujo a su habitación.

—Descanse —dijo—, madre mía.

La marquesa levantó la cabeza al oír esta palabra, y al ver a aquel hombre que le recordaba a su tan llorada hija, rompió a llorar de nuevo y cayó de rodillas en un sillón, donde sepultó su venerable cabeza.

Villefort la recomendó a los cuidados de las doncellas, mientras el viejo Barrois subía asustado al cuarto de su amo, porque nada intimida tanto a los ancianos como la muerte, que se aparta un instante de su lado para herir a otro anciano.

Mientras la señora de Saint-Merán, todavía arrodillada, oraba en el fondo de su corazón, Villefort envió a buscar un coche de alquiler, y fue él mismo a casa de la señora de Morcef a recoger a su mujer y a su hija para traerlas a casa.

Tan pálido estaba cuando se presentó en la puerta del salón, que Valentina corrió hacia él, exclamando:

—¡Oh!, padre mío, ¿ha sucedido alguna desgracia?

—Acaba de llegar tu abuela, Valentina —dijo el señor de Villefort.

—¿Y mi abuelo? —preguntó la joven temblando.

El señor de Villefort no respondió sino ofreciendo el brazo a su hija.

Lo hizo a tiempo, pues Valentina, sobrecogida de vértigo, vaciló y estuvo a punto de caerse; la señora de Villefort se apresuró a sostenerla, y ayudó a su marido a conducirla a su carruaje, diciendo:

—¡Qué extraño es eso! ¿Quién lo hubiera sospechado? ¡Oh!, sí, sí; es muy extraño.

Y toda esta desolada familia desapareció así, comunicando la tristeza como un velo negro al resto de los convidados.

Al pie de la escalera, Valentina encontró a Barrois esperándola.

—El señor Noirtier desea verla esta noche —dijo en voz baja.

—Dígale que iré en cuanto salga del cuarto de mi abuelita —dijo Valentina.

Con la delicadeza de su alma, la joven había comprendido que quien tenía necesidad de ella entonces era la señora de Saint-Merán.

Halló acostada a su abuela; mudas caricias, gemidos, suspiros ahogados, lágrimas ardientes, tales fueron los detalles que se pueden contar de esta entrevista a la que asistía del brazo de su

marido la señora de Villefort, llena de respeto, en la apariencia, hacia la pobre viuda.

Al cabo de un instante, se inclinó hacia su marido y le dijo al oído:

—Con su permiso, es mejor que yo me retire, porque mi presencia parece afligir aún más a su suegra.

La señora de Saint-Merán la oyó.

—Sí, sí —dijo a Valentina también al oído— que se vaya, pero quédate tú; sí, quédate.

Salió la señora de Villefort y Valentina se quedó sola junto a la cama de su abuela, porque el procurador del rey, consternado con aquella muerte imprevista, siguió a su mujer.

Entretanto, Barrois había subido por primera vez al cuarto de Noirtier; este había oído todo el ruido que había en la casa, y envió a su criado a que se informase.

A su vez, aquellos ojos tan vivos y sobre todo tan inteligentes, interrogaron al mensajero.

—¡Ay!, señor —dijo Barrois—, acaba de ocurrir una tremenda desgracia. La señora de Saint-Merán ha llegado y su marido ha muerto.

El señor de Saint-Merán y Noirtier no habían estado nunca unidos por los lazos de una gran amistad; no obstante, ya se sabe el efecto que produce siempre en un anciano el anuncio de la muerte de otro.

Noirtier dejó caer la cabeza sobre el pecho como un hombre abatido o pensativo, y después cerró un ojo solo.

—¿La señorita Valentina? —dijo Barrois.

Noirtier hizo señas afirmativas.

—Está en el baile, el señor lo sabe bien, puesto que vino a despedirse de usted con su precioso vestido.

Noirtier cerró de nuevo el ojo izquierdo.

—Sí, ¿quiere verla?

El anciano hizo ver que esto era lo que deseaba.

—Entonces, voy a buscarla, estará sin duda en casa del señor de Morcef; la esperaré hasta que salga, le diré que quiere hablarle, ¿no es esto?

—Sí —respondió el paralítico.

Barrois esperó que volviese Valentina, y como hemos visto, le

comunicó el deseo de su abuelo.

Valentina subió, pues, al cuarto de Noirtier cuando salió de las habitaciones de la señora de Saint-Merán, que aún muy agitada, sucumbió a la fatiga y se quedó dormida con un sueño febril.

Habían acercado al alcance de su brazo una mesita, sobre la que había un gran jarro de naranjada y un vaso.

Como hemos dicho, la joven subió al cuarto del señor Noirtier tan pronto como abandonó la estancia de la marquesa.

Valentina abrazó al anciano, que la miró con tanta ternura, que la joven sintió de nuevo anegarse sus ojos en lágrimas.

El anciano insistía con su mirada.

—Sí, sí —dijo Valentina—, tú quieres decir que todavía me queda un abuelo, ¿no es verdad?

El anciano respondió que esto era justamente lo que quería decir.

—¡Ay! —repuso Valentina—, de no ser así, ¿qué sería de mí?

Era la una de la madrugada. Barrois, que deseaba acostarse, hizo observar que después de una noche tan dolorosa, todo el mundo tenía necesidad de reposo. El anciano no quiso decir que el reposo suyo era ver a su nieta. Despidió a Valentina a quien efectivamente el dolor y la fatiga daban un aire de sufrimiento.

Al día siguiente, al entrar a ver a su abuela, encontró a esta en la cama; la fiebre no se había calmado; al contrario, un fuego sombrío brillaba en los ojos de la anciana marquesa, y parecía poseída de una violenta irritación nerviosa.

—¡Oh, Dios mío!, mamá, ¿sufre mucho? —exclamó Valentina percibiendo todos estos síntomas de agitación.

—No, hija mía, no —dijo la señora de Saint-Merán—; pero esperaba con impaciencia que hubieses llegado para mandar llamar a tu padre.

—¿A mi padre? —preguntó Valentina con inquietud.

—Sí, quiero hablarle.

Valentina no se atrevió a oponerse al deseo de su abuela, cuya causa ignoraba, y un instante después entró Villefort.

—Caballero —dijo la señora de Saint-Merán, sin más preámbulos, y como si temiese que le había de faltar tiempo—, ¿se trata, me ha dicho, de casar a mi nieta?

—Sí, señora —respondió Villefort—, es más que un proyecto, es ya una cosa formal.
—¿Su yerno es el señor Franz d'Epinay?
—Sí, señora.
—¿Es hijo del general Epinay, que era de los nuestros, y que fue asesinado algunos días antes de que el usurpador volviese de la isla de Elba?
—Ese mismo.
—¿No le repugna esa alianza con la nieta de un jacobino?
—Nuestras discrepancias civiles se han desvanecido felizmente, madre —dijo Villefort—; el señor d'Epinay era muy niño cuando murió su padre, conoce muy poco al señor Noirtier, y le verá, si no con placer, con indiferencia al menos.
—¿Es un buen partido?
—Bajo todos los conceptos.
—¿El joven...?
—Goza de general consideración.
—¿Es decoroso?
—Es uno de los hombres más distinguidos que conozco.
Durante esta conversación Valentina había permanecido silenciosa.
—¡Y bien!, caballero —dijo tras unos minutos de reflexión la señora de Saint-Merán—, es preciso que se dé prisa, porque me quedan pocos momentos de vida.
—¡A usted!, ¡señora!; ¡a usted!, ¡mamá! —exclamaron a un tiempo Villefort y Valentina.
—Yo sé lo que me digo —repuso la marquesa—; es preciso que se dé prisa, a fin de que, no teniendo madre, tenga al menos a su abuela para bendecir su unión. Yo soy la única que le queda por parte de mi pobre Renata, a quien tan pronto ha olvidado.
—¡Ah!, señora —dijo Villefort—, ¿no sabe que era preciso dar una madre a esta pobre niña, que había perdido a la suya?
—Una madrastra no es una madre, caballero. Pero no se trata ahora de esto, se trata de Valentina; dejemos en paz a los muertos.
Todo esto había sido dicho con tal acento, que había algo que se asemejaba a los síntomas de un delirio.

—Se hará como desea, señora —dijo Villefort—, y tanto más, cuanto que su deseo está de acuerdo con el mío; y en cuanto llegue el señor d’Epinay a París...

—Mamá —dijo Valentina—, las murmuraciones, el luto reciente..., ¿quiere, en fin, celebrar una boda bajo tan tristes auspicios?

—Hija mía —interrumpió vivamente la abuela—, no me des esas razones que impiden a los espíritus débiles tener un porvenir feliz. Yo también he sido casada en el lecho de la muerte de mi madre, y no he sido desgraciada por eso.

—¡Siempre esa idea de muerte!, señora —replicó Villefort.

—¡Siempre...! Le digo que voy a morir, ¿me escucha? ¡Pues bien! ¡Antes de morir quiero haber visto a mi yerno; quiero mandarle que haga feliz a mi nieta; quiero ver en sus ojos si piensa obedecerme; quiero conocerlo, en fin, sí! —prosiguió la anciana con una expresión espantosa—, para venir a buscarlo desde el fondo de mi tumba si no hace lo que debe.

—Señora —dijo Villefort—, es preciso que aleje esas ideas exaltadas que casi rayan en locura. Los muertos, una vez colocados en su tumba, duermen sin despertarse jamás.

—¡Oh, sí, sí, mamá, cálmate! —dijo Valentina.

—Y yo, caballero, le digo que no es como usted cree. Esta noche he dormido y he tenido un sueño terrible, porque dormía como si mi alma hubiese salido ya del cuerpo, mis ojos, que me esforzaba por abrir, se cerraban a mi pesar, y no obstante yo sé bien que esto le parecerá imposible, a usted sobre todo; pues bien, con mis ojos cerrados he visto en el mismo sitio en que está y viniendo del ángulo donde hay una puerta que comunica con el gabinete tocador de la señora de Villefort, he visto entrar sin ruido una forma blanca.

Valentina lanzó un grito.

—Era la fiebre que la agitaba —dijo Villefort.

—Dude cuanto quiera, pero yo estoy segura de lo que digo; he visto una forma blanca; y como si Dios hubiese temido que no la percibiese bien, he oído mover mi vaso, mire, ese mismo que está aquí sobre la mesa.

—¡Oh, abuelita, era un sueño!

—No era un sueño, no; porque extendí la mano hacia la

campanilla, y al ver este movimiento, la sombra desapareció. La camarera entró con una luz.

—¿Pero no viste a nadie?

—Los fantasmas no se muestran sino a los que deben: era el alma de mi marido. Pues bien, si el alma de mi marido vuelve a llamarme, ¿por qué mi alma no había de venir para defender a mi nieta?

—¡Oh, señora! —dijo Villefort aterrado—, no dé crédito a esas lúgubres ideas; vivirá con nosotros, vivirá mucho tiempo feliz, querida, honrada, y lo haremos olvidar...

—¡Jamás, jamás, jamás! —dijo la marquesa—. ¿Cuándo vuelve el señor d’Epinay?

—Lo estamos esperando de un momento a otro.

—Está bien, en cuanto llegue, avíseme. Apresurémonos, apresurémonos. Además, quisiera que viniese un notario para asegurarme de que todos nuestros bienes irán a parar a Valentina.

—¡Oh, madre mía! —murmuró Valentina, apoyando sus labios sobre la abrasada frente de su abuela—; ¿quiere que muera? ¡Dios mío!, tiene fiebre. ¡No es un notario el que se debe llamar, es un médico!

—¡Un médico! —dijo la abuela encogiéndose de hombros—, no sufro; tengo sed.

—¿Qué bebe, abuelita?

—Como siempre, ya sabes, mi naranjada. Mi vaso está ahí sobre la mesa; dámelo, Valentina.

Esta llenó un vaso de naranjada de la jarra, y lo tomó con cierto espanto porque era el mismo que suponía ella que había tocado la sombra.

La marquesa se bebió la naranjada.

En seguida se volvió sobre su almohada, exclamando:

—¡Un notario! ¡Un notario!

El señor de Villefort salió; Valentina se sentó al lado de la cama. La desgraciada joven parecía tener necesidad de aquel médico que había recomendado a su abuela. Un vivo carmín semejante a una llama abrasaba sus mejillas, su respiración era entrecortada y fatigosa, y el pulso le latía como si tuviese fiebre.

La joven pensaba en la desesperación de Maximiliano cuando

supiese que la señora de Saint-Merán, en lugar de ser una aliada, obraba sin saberlo, como si hubiese sido una enemiga.

Más de una vez Valentina había pensado decírselo todo a su abuela, y no hubiera vacilado un instante si Morrel se hubiera llamado Alberto de Morcef, o Raúl de Château-Renaud; pero Morrel era de origen plebeyo, y Valentina sabía cuán grande era el desprecio de la señora de Saint-Merán para con todos los que no pertenecían a su nobleza. Cada vez que iba a revelar su secreto, se detenía, porque poseía la triste certeza de que iba a descubrirse inútilmente, y entonces todo se habría perdido.

Así transcurrieron dos horas. La señora de Saint-Merán dormía con un sueño agitado y febril.

En este momento anunciaron al notario.

Aunque este anuncio hubiese sido hecho en voz muy baja, la señora de Saint-Merán se incorporó en la cama.

—¡El notario! —dijo—, ¡que venga! ¡Venga!

El notario se hallaba junto a la puerta y penetró en la estancia.

—Vete, Valentina —dijo la señora de Saint-Merán—, y déjame con el señor.

—Pero, madre mía...

—Anda, anda.

La joven besó a su abuela en la frente y salió con el pañuelo sobre los ojos.

En la puerta se encontró con el criado, que le dijo que el médico esperaba en el salón.

Valentina bajó rápidamente. El médico era un amigo de la familia, y al mismo tiempo uno de los hombres más hábiles de la época; amaba mucho a Valentina, a quien casi había visto nacer. Tenía una hija de la edad de la señorita de Villefort, pero su madre padecía del pecho y se temía continuamente por la vida de su hija.

—¡Oh! —dijo Valentina—, querido señor de Avrigny, le esperábamos con impaciencia. Pero, antes de todo, ¿cómo siguen Magdalena y Luisa?

Magdalena era la hija del señor de Avrigny; Luisa, su sobrina.

El señor de Avrigny sonrió tristemente.

—Luisa, muy bien —dijo—; Magdalena, la pobre, bastante bien.

Pero me ha mandado llamar, según creo —dijo—. No será su padre ni la señora de Villefort, supongo. En cuanto a usted, no podemos quitarle el mal de los nervios; pero le recomiendo muy particularmente que no entregue con demasía su imaginación a los placeres del campo.

Valentina se puso colorada como la grana, el señor de Avrigny llevaba la ciencia de adivinar casi hasta hacer milagros, porque era uno de esos médicos que tratan lo físico por lo moral.

—No —dijo—, es para mi abuela. Sabrá seguramente la desgracia que ha sucedido.

—No sé nada —respondió el señor Avrigny.

—¡Ay! —dijo Valentina esforzándose por contener las lágrimas—, ¡mi abuelo ha muerto!

—¿El señor de Saint-Merán?

—Sí.

—¿De repente?

—De un ataque de apoplejía fulminante.

—¿De una apoplejía? —repitió el médico.

—Sí; de manera que mi pobre abuela está tan desconsolada que no piensa más que en ir a reunirse con él. ¡Oh!, señor de Avrigny, le recomiendo a mi pobre abuelita.

—¿Dónde está?

—En su cuarto, con el notario.

—¿Y el señor Noirtier?

—Como siempre, con una perfecta lucidez mental, pero la misma inmovilidad, el mismo silencio.

—Y el mismo amor hacia usted, ¿no es cierto, hija mía?

—Sí —dijo Valentina suspirando—, él me ama mucho.

—¿Quién no la amaría?

Valentina sonrió tristemente.

—¿Y qué le ocurre a su abuela?

—Una singular excitación nerviosa, un sueño agitado y extraño; esta mañana decía que durante su sueño había visto entrar un fantasma en su cuarto, y haber oído el ruido que hizo al tocar su vaso.

—Es singular —dijo el doctor—, yo no sabía que la señora de

Saint-Merán estuviera sujeta a esas alucinaciones.

—Es la primera vez que la he visto así —dijo Valentina—, y esta mañana me dio un gran susto, la creí loca, y mi padre también parecía fuertemente afectado.

—Vamos a ver —dijo el señor de Avrigny—, me parece muy extraño todo lo que me está diciendo.

El notario bajaba, y avisaron a Valentina de que su abuela estaba sola.

—Suba —dijo al doctor.

—¿Y usted?

—¡Oh!, yo no me atrevo, me había prohibido que le mandase llamar, y como dice, yo misma estoy fatigada, febril, indispuesta, voy a dar una vuelta por el jardín.

El doctor estrechó la mano de Valentina, y mientras él subía al cuarto de la anciana, la joven bajó la escalera que conducía al jardín.

No tenemos necesidad de decir qué parte del jardín era el paseo favorito de Valentina. Después de haber dado dos o tres vueltas por el parterre que rodeaba la casa, cogió una rosa para ponerla en su cintura o en sus cabellos y se dirigió a la umbrosa alameda que conducía al banco, y del banco a la reja.

Valentina dio esta vez, según su costumbre, dos o tres vueltas en medio de sus flores, pero sin coger ninguna; su corazón dolorido, que aún no había tenido tiempo de desahogarse con nadie, repelía este sencillo adorno; después se encaminó hacia la alameda. A medida que avanzaba, le parecía oír una voz que pronunciaba su nombre y se detuvo asombrada.

Entonces esta voz llegó más claramente a sus oídos, y reconoció la voz de Maximiliano.

Capítulo siete: La promesa

Era Morrel, en efecto, que, desde la víspera, no vivía ya; con ese

instinto particular de los amantes y de las madres, había adivinado que, a consecuencia de la vuelta de la señora de Saint-Merán y de la muerte del marqués, iba a ocurrir algo en casa de Villefort que afectaría a su amor.

Como se verá, sus presentimientos se habían realizado, y ya no era una simple inquietud lo que lo llevó tan preocupado y tembloroso a la valla.

Pero Valentina no estaba prevenida de la visita de Morrel; no era aquella la hora en que solía venir, y fue una pura casualidad, o si se quiere mejor, una feliz simpatía la que la condujo al jardín.

En cuanto se presentó en él, Morrel la llamó; ella corrió a la valla.

—¿Usted a esta hora? —dijo.

—Sí, pobre amiga mía —respondió Morrel—; vengo a traer y a buscar malas noticias.

—¡Esta es la casa de la desgracia! —dijo Valentina—; hable, Maximiliano; pero le aseguro que la cantidad de dolores es bastante crecida.

—Escúcheme, querida Valentina —dijo Morrel procurando contener su emoción para poderse explicar—, se lo suplico, porque todo lo que voy a decir es solemne: ¿cuándo piensan casarla?

—Escuche —dijo a su vez Valentina—, no quiero ocultarle nada, Maximiliano. Esta mañana se ha hablado de mi boda, y mi abuela, con la que contaba yo como un poderoso aliado, no solamente se ha declarado a su favor, sino que la desea hasta tal punto, que en cuanto llegue el señor d'Epinay será firmado el contrato.

Un suspiro ahogado se exhaló del pecho del joven, y la miró tristemente.

—¡Ay! —dijo en voz baja—, es terrible oír decir tranquilamente a la mujer que se ama que el momento de su suplicio está fijado y será dentro de algunas horas. Pero no importa, es menester que sea así, y por mi parte no pondré la menor resistencia. ¡Pues bien!, puesto que, según dice, no se espera más que al señor d'Epinay para firmar el contrato, puesto que va a ser suya al otro día de su llegada, mañana lo será, porque ha llegado a París esta mañana.

Valentina lanzó un grito.

—Me hallaba yo en casa de Montecristo hace una hora —dijo

Morrel—; hablábamos, él del dolor de su casa, y yo del suyo, cuando de repente paró un carruaje en el patio. Escuche: hasta entonces no creía yo en los presentimientos, Valentina; mas ahora conviene que crea en ellos; al ruido del carruaje me estremecí; pronto se oyeron pasos en la escalera; los retumbantes pasos de la estatua del comendador no asustaron tanto a don Juan como me aterraron a mí estos. Al fin se abrió la puerta, y Alberto de Morcef entró primero, y ya iba yo a dudar de mí mismo, iba a creer que me había equivocado, cuando entró detrás de él un joven, a quien el conde saludó, exclamando:

—¡Ah, señor Franz d’Epinay!

Reuní todas mis fuerzas y todo mi valor para contenerme. Me puse pálido, encarnado; pero seguramente me quedé con la sonrisa en los labios; cinco minutos después salí sin haber oído una palabra de lo que había pasado; ¡estaba loco!

Valentina murmuró:

—¡Pobre Maximiliano!

—Veamos, Valentina. Ahora, respóndeme como a un hombre al que van a sentenciar a vida o a muerte: ¿qué piensa hacer?

Valentina bajó la cabeza, estaba anonadada.

—Escuche —dijo Morrel—, no es la primera vez que piensa en la situación a que hemos llegado; es grave, es perentoria, es suprema, no creo que sea el momento de abandonarse a un dolor estéril; esto es bueno para los que se avienen a sufrir fácilmente y a beber sus lágrimas en silencio. Hay personas así, y sin duda Dios les recompensará en el cielo su resignación en la tierra; pero el que se siente con voluntad de luchar, no pierde un tiempo precioso, y devuelve inmediatamente a la suerte el golpe que ella le ha dado. ¿Está decidida a luchar contra la suerte, Valentina? Responda, porque eso es lo que vengo a preguntarle.

Valentina se estremeció, y miró a Morrel con asombro.

La idea de luchar contra su padre, contra su abuela, contra toda la familia, no se había presentado a su imaginación.

—¿Qué me dice, Maximiliano? —preguntó Valentina—, ¿y a qué llama una lucha? ¡Oh!, diga más bien sacrilegio. ¡Cómo! ¿Habría de luchar yo contra la orden de mi padre, contra los deseos de mi

abuela moribunda? ¡Es imposible!

Morrel hizo un movimiento. Valentina añadió:

—Tiene un corazón demasiado noble para que no me comprenda, y me comprende tan bien, querido Maximiliano, que por eso lo veo tan callado. ¡Luchar yo! ¡Dios me libre! No, no; guardo toda mi fuerza para luchar contra mí misma, y para beber mis lágrimas, como usted dice. En cuanto a afligir a mi padre, en cuanto a turbar los últimos momentos de mi pobrecita abuela, ¡jamás!

—Tiene razón —dijo Morrel con una calma irónica.

—¡Qué modo tiene de decirme eso, Dios mío! —exclamó Valentina ofendida.

—Se lo digo como un hombre que la admira, señorita —repuso Maximiliano.

—¡Señorita! —exclamó Valentina—; ¡señorita! ¡Oh!, ¡qué egoísta!, me ve desesperada y finge que no me entiende.

—Se equivoca, y al contrario, la entiendo perfectamente. No quiere contrariar al señor de Villefort, no quiere desobedecer a la marquesa y mañana firmará el contrato que debe enlazarla con el señor d'Epinay.

—¡Pero, Dios mío! ¿Puedo yo hacer otra cosa?

—No me pregunte, señorita, porque yo soy muy mal juez en esta causa y mi egoísmo me cegaría —respondió Morrel, cuya voz sorda y puños apretados anunciaban una creciente exasperación.

—¿Qué me hubiera propuesto, Morrel, si me hallase dispuesta a hacer lo que quisiera? Vamos, responda. No se trata de decir: hace mal; es preciso que me dé un consejo.

—¿Me habla en serio, Valentina, y debo darle ese consejo?

—Seguramente, querido Maximiliano, porque si es bueno, lo seguiré sin vacilar.

—Valentina —dijo Morrel rompiendo una tabla ya desunida—, deme su mano en prueba de que me perdona la cólera; ¡oh!, tengo la cabeza trastornada, y hace una hora que pasan por mi imaginación las ideas más insensatas. ¡Oh!, en el caso en que rehúse mi consejo...

—Vamos, dígame cuál es.

—Escuche, Valentina.

La joven alzó los ojos y arrojó un suspiro.

—Soy libre —repuso Maximiliano—, soy bastante rico para los dos; le juro ante Dios que será mi mujer antes de que mis labios hayan tocado su frente.

Valentina dijo:

—¡Me hace temblar!

—Sígame —continuó Morrel—; la conduzco a casa de mi hermana, que es digna de serlo suya: nos embarcaremos para Argel, para Inglaterra o para América, o si prefiere nos retiraremos juntos a alguna provincia, o esperaremos a que nuestros amigos hayan vencido la resistencia de su familia para volver a París.

Valentina movió melancólicamente la cabeza.

—Ya lo esperaba, Maximiliano —dijo—; es un consejo de insensato; y yo lo sería más que usted, si no lo detuviese con estas palabras: ¡Imposible, Morrel, imposible!

—¿De modo que seguirá su suerte, sin tratar de modificarla? —dijo Morrel.

—¡Sí, aunque luego hubiera de morirme!

—¡Bien, Valentina! —repuso Maximiliano—, le repetiré que tiene razón. En efecto, yo soy un loco, y usted me prueba que la pasión ciega los entendimientos más claros: se lo agradezco a usted, que obra sin pasión. ¡Bien, es cosa decidida! Mañana será irrevocablemente la esposa del señor Franz d’Epinay, no por esa formalidad de teatro inventada para el desenlace de las comedias, sino por su propia voluntad.

—¡Por Dios!, no me desespere, Maximiliano —dijo Valentina—, ¿qué haría, diga, si su hermana escuchase un consejo como el que me da?

—Señorita —repuso Morrel con una amarga sonrisa—, yo soy un egoísta, usted lo ha dicho, y como tal no me ocupo de lo que harían otros en mi lugar, sino de lo que he de hacer yo. Pienso que la conozco hace un año, que desde que la conocí, todas mis esperanzas de felicidad las cifré en su amor; llegó un día en que me dijo que me amaba; desde entonces no deseé más que poseerla; era mi anhelo, mi vida; ahora ya no tengo deseo alguno; solamente digo que la desgracia me persigue, que había creído ganar el cielo y

lo he perdido. Eso está sucediendo todos los días; un jugador pierde, no tan solo lo que tiene, sino lo que no tiene.

Morrel pronunció estas palabras con una calma perfecta; Valentina le miró un instante con sus ojos grandes y escudriñadores, procurando no dejar entrever la turbación que iba sintiendo en el fondo de su pecho.

—Pero, en fin, ¿qué va a hacer? —preguntó.

—Voy a tener el honor de despedirme de usted, señorita, poniendo a Dios, que oye mis palabras, por testigo, que le deseo una vida tan sosegada y feliz, que no dé cabida en su pecho a un recuerdo mío.

—¡Oh! —murmuró Valentina.

—¡Adiós, Valentina, adiós! —dijo Morrel inclinándose.

—¿Adónde va? —gritó la joven sacando la mano por la hendidura y agarrando el brazo de Morrel, pues sospechaba que aquella calma de su amado no podía ser real—, ¿adónde va?

—Voy a tratar de no causar un nuevo trastorno a su familia, y a dar un ejemplo que podrán seguir todos los hombres honrados que se encuentren en mi situación.

—Antes de separarse de mí, dígame lo que va a hacer, Maximiliano.

El joven sonrió tristemente.

—¡Oh!, ¡hable! —dijo Valentina—, ¡por favor!

—¿Ha cambiado de resolución, Valentina?

—¡No puedo cambiar! ¡Desdichado! ¡Bien lo sabe! —exclamó la joven.

—¡Entonces adiós, Valentina!

Valentina golpeó la valla con una fuerza de la que nadie la hubiera creído capaz, y cuando Morrel se alejaba, pasó sus dos manos a través de la misma y cruzándolas, exclamó:

—¿Qué va a hacer? Yo quiero saberlo; ¿adónde va?

—¡Oh!, tranquilícese —dijo Maximiliano deteniéndose a tres pasos de la puerta—; no tengo la intención de hacer a nadie responsable de los rigores a que la suerte me destina. Otro la amenazaría con ir a buscar al señor Franz, provocarlo, batirse con él; esto sería una locura. ¿Qué tiene que ver el señor Franz con todo esto? Me ha visto esta mañana por primera vez; ni siquiera sabía que yo existía

cuando sus familias decidieron que serían la una para la otra. ¡No tengo por qué buscar al señor Franz, y se lo juro, no lo buscaré!

—Pero con quién va a desfogar su cólera? ¿Conmigo?

—¡Con usted, Valentina! ¡Dios me libre! La mujer es sagrada y la que se ama es santa.

—¡Será entonces con usted, Maximiliano, con usted mismo!

—¿No soy yo el culpable, diga? —dijo Morrel.

—Maximiliano —dijo Valentina—, Maximiliano, ¡venga aquí, lo exijo!

Maximiliano se acercó con su dulce sonrisa en los labios; y a no ser por su palidez hubiera podido creerse que estaba en su estado normal.

—Escúcheme, adorada Valentina —dijo con su voz melodiosa y grave—: las personas como nosotros, que jamás han debido reprocharse una mala acción ni un mal pensamiento; las personas como nosotros pueden leer uno en el corazón del otro con la mayor claridad. No, nunca me he considerado un romántico, no soy un héroe melancólico, no soy un Manfredo ni un Antony; pero sin palabras, sin protestas, sin juramentos, he puesto en usted mi vida, usted me falta, y obra con mucha razón, se lo he dicho y se lo repito, pero en fin, me falta y mi vida se pierde. Desde el instante en que se aleje de mí, Valentina, quedo solo en el mundo. Mi hermana es feliz con su marido; su marido es solo mi cuñado, es decir, un hombre emparentado conmigo por las leyes sociales; nadie tiene necesidad de mi existencia. He aquí lo que voy a hacer: esperaré hasta el último segundo a que esté casada, porque no quiero perder la sombra de una de esas casualidades imprevistas que pueden suceder; el señor Franz puede morir de aquí a entonces; puede caer un rayo en el altar en el momento en que usted se acerque, todo parece creíble al condenado a muerte, y para él no son imposibles los milagros si se trata de la salvación de su vida. Aguardaré, pues, hasta el último instante, y cuando sea cierta mi desgracia, sin remedio, sin esperanza, escribiré una carta confidencial a mi cuñado, otra al prefecto de policía para darles parte de mi designio; y en lo más escondido de un bosque, a la orilla de algún foso me saltaré la tapa de los sesos, tan cierto como que soy hijo del hombre

más honrado que ha vivido en Francia.

Un temblor convulsivo agitó los miembros de Valentina; sus brazos cayeron a ambos lados de su cuerpo, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

El joven permaneció delante de ella, sombrío y resuelto.

—¡Oh!, por piedad, por piedad —dijo—, vivirá, ¿no es verdad?

—No, por mi honor —dijo Maximiliano—; ¿pero qué le importa? Usted hará su deber y no le remorderá la conciencia.

Valentina cayó de rodillas oprimiéndose el corazón, que parecía querer salírsele del pecho.

—Maximiliano —dijo—, Maximiliano, mi amigo, mi hermano sobre la tierra, mi verdadero esposo en el cielo, lo suplico, imítame, vive con el sufrimiento, tal vez llegará un día en que nos veamos reunidos.

—Adiós, Valentina —repitió Morrel.

—Dios mío —dijo Valentina levantando sus dos manos al cielo con expresión sublime—; ya ve que he hecho cuanto he podido por permanecer siempre hija sumisa; no ha escuchado mis súplicas, mis ruegos, mis lágrimas. ¡Pues bien! —continuó enjugándose las lágrimas y recobrando su firmeza—, ¡pues bien!, no quiero morir de remordimiento, quiero morir de vergüenza! Vivirá, Maximiliano, y no seré de nadie sino de usted. ¿A qué hora? ¿Cuándo? ¿En este momento? Hable, mande, estoy pronta.

Morrel, que había dado de nuevo algunos pasos para alejarse, volvió, y pálido de alegría, el corazón palpitante de gozo, extendiendo al través de la valla sus dos manos hacia la joven:

—Valentina —dijo—, querida amiga, no me ha de hablar así, o si no déjeme morir. ¿Por qué le he de deber a la violencia, si me ama como yo la amo? Me obliga a vivir por humanidad, eso es todo lo que hace; en tal caso prefiero morir.

—Después de todo —murmuró Valentina—, ¿quién me ama en el mundo? ¿Quién me ha consolado de todos mis dolores? ¿En quién reposan mis esperanzas? ¿En quién se fija mi extraviada vista? ¿Con quién se desahoga mi afligido corazón? En él, él, él, siempre él. Tienes razón, Maximiliano, lo seguiré; huiré de la casa paterna. ¡Oh, qué ingrata soy! —exclamó Valentina sollozando—. ¡Me

olvidaba de mi abuelo Noirtier!

—No —dijo Maximiliano—, no lo abandonarás; el señor de Noirtier ha parecido experimentar alguna simpatía hacia mí; y antes de huir se lo dirás todo; su consentimiento te servirá de escudo, y una vez casados vendrá a vivir con nosotros: en lugar de un hijo tendrá dos. Tú me has dicho el modo como se hablan, pues yo aprenderé pronto el tierno lenguaje de los signos, sí, Valentina. ¡Oh!, te lo juro, en lugar de la desesperación que nos aguarda, te prometo la felicidad.

—¡Oh!, mira, Maximiliano, mira si es grande el poder que ejerces sobre mí, que me haces casi creer en lo que dices, a pesar de que es insensato, porque mi padre me maldecirá; lo conozco bien, y sé que es inflexible, nunca me perdonará. Así, pues, escúchame, Maximiliano: si por artificio, por súplicas, por un accidente, ¿qué sé yo?, en fin, si por un medio cualquiera puedo retrasar el casamiento, esperarás, ¿no es verdad?

—Sí, lo juro, como jura tú también que ese espantoso casamiento no se efectuará, y aunque te arrastren delante del magistrado, delante del sacerdote, dirás que no.

—Te lo juro, Maximiliano; por lo más sagrado que hay para mí, por mi madre.

—Esperemos, pues —dijo Morrel.

—Sí, esperemos —dijo Valentina, que al oír esta palabra dio un suspiro de alivio—; ¡hay tantas cosas que pueden salvar a unos desgraciados como nosotros!

—En ti confío, Valentina —dijo Morrel—; todo lo que hagas estará bien; pero si son desgraciadas tus súplicas, si tu padre, si la señora de Saint-Merán exigen que el señor d’Epinay sea llamado mañana para firmar el contrato...

—Tienes mi palabra, Morrel.

—En lugar de firmar...

—Vendré a buscarte y huiremos; pero desde ahora hasta entonces no tentemos a Dios, Morrel; no nos veamos, ha sido un milagro que hasta ahora no nos hayan visto; si nos sorprendiesen, si supieran cómo nos vemos, no tendríamos ningún recurso.

—Es verdad, Valentina, ¿pero cómo sabré...?

—Por el notario señor Deschamps.
—Lo conozco.
—Y por mí misma. Yo le escribiré, créeme. ¡Dios mío! Bien sabes cuán odiosa me es a mí también esa boda.
—¡Bien!, ¡bien!, ¡gracias, mi adorada Valentina! —replicó Morrel—. Entonces ya está todo dicho; vengo aquí, subes a la valla y yo te ayudo a saltar, un carruaje nos esperará a la puerta del cercado, subimos a él, te llevo a casa de mi hermana; allí, desconocidos de todos o como quieras, tendremos valor, resistiremos, y no nos dejaremos degollar como el cordero que no se defiende sino con sus gemidos.
—Bien —dijo Valentina—; yo también te diré, Maximiliano, que cuanto hagas está bien hecho.
—¡Oh!
—Pues bien, ¿estás contento de tu mujer? —dijo tristemente la joven.
—¡Mi querida Valentina, es tan poco decir que sí!
—Pues dilo siempre.
Valentina se había acercado, o más bien había acercado sus labios a la valla, y sus palabras y su perfumado aliento llegaban hasta los labios de Morrel, que iba acercando su boca al frío e inflexible cercado.
—Hasta la vista —dijo Valentina—, hasta la vista.
—Me escribirás, ¿no es verdad?
—Sí.
—¡Gracias, gracias, hasta la vista!
Se oyó el ruido de un inocente beso y Valentina desapareció bajo los tilos.
Morrel escuchó un instante el crujido de su vestido y el rumor de sus pies en la arena; levantó los ojos al cielo con una expresión inefable de felicidad, como para dar gracias al divino Creador, que permitía fuese amado de aquella manera, y desapareció a su vez.
Entró en su casa y esperó toda la tarde y todo el día siguiente sin recibir nada. A las dos, y cuando se dirigía a casa del señor Deschamps, notario, recibió por fin por la estafeta una carta que sin duda era de Valentina, aunque nunca había visto su letra.

Estaba concebida en estos términos:

Lágrimas, súplicas, ruegos, todo inútil. Ayer, por espacio de dos horas estuve en la iglesia de San Felipe de Roule, y por espacio de dos horas recé con toda mi alma; Dios es insensible como los hombres, y el contrato se firma esta noche a las nueve.

No tengo más que una palabra, como no tengo más que un corazón, Morrel; le he dado esa palabra y el corazón es suyo.

Esta noche, a las nueve menos cuarto, en la valla.

Su mujer,

VALENTINA DE VILLEFORT

P. D.: Mi pobre abuela se encuentra cada vez peor; ayer tuvo un fuerte delirio; hoy no ha sido delirio, sino locura.

Me amará mucho, ¿no es verdad, Morrel? Mucho..., para hacerme olvidar que la he abandonado en este estado.

Creo que ocultan a papá Noirtier que el contrato se firma esta noche a las nueve.

Morrel no se limitó a los informes que le diera Valentina, fue a casa del notario, que le aseguró la noticia de que el contrato se firmaba aquella noche a las nueve.

Luego pasó a ver a Montecristo; allí supo más detalles: Franz había ido a anunciarle aquella solemnidad; la señora de Villefort había escrito al conde para suplicarle que la disculpase si no lo invitaba; pero la muerte del señor de Saint-Merán, y el estado en que se hallaba su viuda esparcía sobre aquella reunión un velo de tristeza con el que no quería oscurecer la frente del conde, al cual deseaba toda clase de felicidad.

Franz había sido presentado el día anterior a la señora de Saint Merán, que se levantó para esta presentación, volviendo a acostarse en seguida.

Morrel se hallaba presa de una agitación que no podía escapar a una mirada tan penetrante como la del conde; así, pues, Montecristo se mostró con él más afectuoso que nunca; tanto que dos o tres veces estuvo Maximiliano a punto de decírselo todo. Pero se acordó de la promesa formal dada a Valentina, y su secreto no salió de su

corazón.

El joven volvió a leer veinte veces la misiva. Era la primera vez que le escribía, ¡y en qué ocasión! Cada vez que la leía, juraba veinte veces hacer feliz a Valentina. En efecto, ¡qué autoridad tiene la joven que toma una resolución tan peligrosa! ¡Qué abnegación no merece de parte de aquel a quien todo se ha sacrificado! ¡Cuán digna es del culto de su amante! ¡Es la reina y la mujer, y no se tiene bastante con un alma para darle gracias y adorarla...!

Morrel pensaba con una inexplicable agitación en aquel momento en que Valentina llegara diciendo:

—Aquí estoy, Maximiliano, ayúdeme a subir a la tapia.

Todo estaba preparado para la fuga; dos escalas habían sido guardadas en la choza de la huerta; un cabriolé, que debía conducir a Maximiliano, esperaba; ni criados, ni luz; al doblar la primera esquina, se encenderían las linternas, porque podían muy bien caer en manos de la policía.

De vez en cuando se estremecía; pensaba en el momento en que, al lado de aquella cerca, protegería la bajada de Valentina, y sentiría, temblorosa y abandonada en sus brazos, a aquella de quien aún no había estrechado más que una mano.

Pero al llegar la tarde, cuando vio acercarse la hora, sintió una gran necesidad de estar solo; su sangre le hervía en las venas, las simples preguntas, la sola voz de un amigo le habrían irritado; se encerró en su cuarto procurando leer, pero su mirada se deslizaba sobre las páginas sin comprender nada, y acabó por tirar el libro contra el suelo, para dibujar por segunda vez su piano, sus escalas y su huerta. Al fin se acercó la hora. Morrel pensó entonces que ya era tiempo de partir, pues eran las siete y media, y aunque el contrato se firmaba a las nueve, era probable que Valentina no esperaría; de consiguiente, después de haber salido a las siete y media en su reloj, de la calle de Meslay, entraba en la huerta cuando daban las ocho en San Felipe de Roule.

El caballo y el cabriolé fueron ocultados detrás de una cabaña arruinada en la que Morrel solía esconderse. Poco a poco el día fue declinando, y los árboles desapareciendo entre las sombras.

Entonces salió de su escondite, y con el corazón palpitante fue a

mirar por la tapia: aún no había nadie.

Las ocho y media dieron.

Estuvo esperando una media hora; se paseaba de un lado a otro, y de vez en cuando iba a mirar por la rendija de las tablas.

El jardín se iba oscureciendo más y más, y en vano buscaba en la oscuridad el vestido blanco, en vano procuraba oír en medio del silencio el ruido de los pasos.

La casa que se vislumbraba a través de los árboles permanecía oscura, y no presentaba ninguno de los aspectos que acompañan a un acontecimiento tan importante como el de firmar un contrato de matrimonio.

Consultó su reloj, que señalaba las diez menos cuarto; pero pronto conoció su error, cuando el reloj de la iglesia dio las nueve y media.

Ya era media hora más del término fijado: Valentina le había dicho que a las nueve menos cuarto.

Este fue el momento más terrible para el corazón del joven, para el cual cada segundo que transcurría era un nuevo tormento.

El más débil ruido de las hojas, el menor silbido del viento, le hacían sudar y estremecerse; entonces, con mano convulsiva agarraba la escala, y para no perder tiempo, ponía el pie en el primer escalón.

En medio de estos temblores, en medio de estas crueles alternativas de temor y de esperanza..., dieron las diez en el reloj de San Felipe de Roule.

—¡Oh! —murmuró Maximiliano con terror—; es imposible que dure tanto firmar el contrato, a menos que haya habido algún suceso imprevisto; ya he calculado el tiempo que duran todas las formalidades, algo ha ocurrido.

Y unas veces se paseaba con agitación por delante de la cerca, otras iba a apoyar su ardorosa frente sobre el hierro helado. ¿Se habría desmayado Valentina durante o después del contrato? ¿O habría sido detenida en su fuga? Estas eran las dos hipótesis que bullían sin cesar en el cerebro del joven.

La idea que al fin llegó a obsesionarle fue la de que a la joven, en medio de su fuga, le habían faltado las fuerzas y había caído desmayada en una de las alamedas del jardín.

—¡Oh!, si así fuera —exclamó lanzándose sobre la escala—, ¡la perdería y sería por mi culpa!

El demonio que le había soplado al oído este pensamiento no le abandonó, y siguió atormentándole con esa tenacidad que hace que ciertas dudas, al cabo de un instante y a fuerza de pensar en ellas, se conviertan en certeza. Sus ojos, que procuraban penetrar la oscuridad creciente, creían ver bajo los sombríos árboles una forma humana.

Morrel se atrevió a llamar, le pareció escuchar un quejido inarticulado.

Dieron las diez y media. Era imposible esperar más tiempo; las sienes de Maximiliano latían violentamente; espesas nubes pasaban por sus ojos; al fin trepó por la escalera, subió a la cerca y de un salto estuvo en el jardín.

Estaba en casa de Villefort, acababa de entrar en ella por escalamiento; pensó un instante en las consecuencias que podría tener una acción semejante, pero no había tiempo para retroceder.

Anduvo unos diez pasos hasta internarse en una alameda.

En un minuto se plantó al extremo de ella. Desde allí se descubría la casa.

Se aseguró entonces de una cosa que había ya sospechado, y es que en lugar de las luces que creía ver brillar en cada ventana, como es natural en los días de ceremonia, no vio más que la masa gris y velada aún por una gran cortina sombría que proyectaba una nube inmensa que se había interpuesto delante de la luna.

Una luz pasaba de vez en cuando como perdida, y lo hacía por delante de tres ventanas del piso principal, que eran de las habitaciones de la señora de Saint-Merán.

Otra luz permanecía inmóvil detrás de unas cortinas encarnadas que eran de la alcoba de la señora de Villefort.

Morrel adivinó todo esto. Mil veces, para seguir a Valentina en su pensamiento a cualquier hora del día, mil veces, repetimos, había hecho que esta última le describiera minuciosamente la casa; de modo que sin haberla visto casi podría asegurarse que la conocía como su dueño.

El joven se asustó todavía más de aquella oscuridad y del silencio,

que de la ausencia de Valentina.

Despavorido, loco de dolor, decidido a arrostrarlo todo por volver a ver a Valentina y asegurarse de la desgracia que presagiaba, cualquiera que fuese, llegó a una plazoleta, la que conducía a la alameda, y se disponía a atravesar con toda rapidez posible el parterre, completamente descubierto, cuando un rumor de voces bastante lejano aún, pero aproximado por el viento, llegó a sus oídos.

Al oírlo dio un paso atrás; había salido fuera de las ramas y de los árboles; pero se volvió a internar en ellos, y permaneció oculto en la oscuridad, inmóvil y mudo.

Había abrazado una resolución: si era Valentina sola, la avisaría con una palabra; si venía acompañada, la vería al menos y se aseguraría de que no le había sucedido desgracia alguna; escucharía algunas palabras de su conversación, y al fin podría comprender aquel misterio incomprensible hasta entonces.

Al fin la luna se desembarazó de la nube que la cubría, y vio aparecer en la puerta de la escalinata a Villefort seguido de un hombre vestido de negro. Bajaron los escalones y se adelantaron hacia la plazoleta. Aún no había andado cuatro pasos y ya Morrel había reconocido al doctor de Avrigny en el hombre vestido de negro.

Al verlos dirigirse hacia donde él estaba, el joven retrocedió maquinalmente hasta que encontró el tronco de un sicómoro, detrás del cual se ocultó.

A los pocos momentos cesó el rumor que en la arena producían los pasos del procurador del rey y del doctor de Avrigny.

—¡Ah!, querido doctor —dijo Villefort—, el cielo se declara contra nuestra casa. ¡Qué muerte tan horrible! No trate de consolarme; ¡ay!, no hay consuelo para semejante desgracia; la llaga es demasiado viva y demasiado profunda, ¡muerta!, ¡muerta está!

Un sudor frío heló la frente del joven, cuyos dientes chocaron unos con otros. ¿Quién había muerto en aquella casa que el mismo Villefort maldecía?

—Querido señor de Villefort —respondió el facultativo con un acento que aumentó el terror del joven—, yo no lo he conducido

aquí para consolarlo, al contrario.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el procurador del rey asombrado.

—Quiero decir que además de la desgracia que le acaba de suceder, hay otra aún más terrible quizá.

—¡Oh! ¡Dios mío! —murmuró Villefort cruzando las manos—; ¿qué es lo que va a decirme?

—¿Estamos solos, amigo mío?

—¡Oh!, sí, solos. Pero ¿qué significan todas esas precauciones?

—Significan que tengo que hacerle una confidencia —dijo el doctor —; sentémonos.

Villefort cayó sobre el banco. El doctor permaneció en pie frente a él con una mano apoyada sobre un hombro.

Horrorizado, Morrel sostenía su frente con una mano, y con la otra contenía su corazón cuyos latidos temía que fuesen oídos.

“¡Muerta! ¡Muerta!”, repetía su pensamiento.

Y él mismo se sentía morir.

—Diga, doctor; ya escucho —dijo Villefort—, hiera; estoy preparado para todo.

—La señora de Saint-Merán era sin duda de bastante edad, pero gozaba de una salud excelente.

Morrel respiró por primera vez después de diez minutos de agonía.

—La pena la ha matado —dijo Villefort—; ¡sí, el pesar, doctor! Aquella costumbre que tenía de vivir al lado del marqués hacía más de cuarenta años...

—No, no es la pena, mi querido Villefort —dijo el doctor—. El pesar puede matar, aunque son muy raros estos casos; pero no mata en un día, no mata en una hora, no mata en diez minutos.

Villefort no respondió nada, pero levantó la cabeza que hasta entonces había tenido inclinada y miró al doctor con asombro.

—¿Estuvo junto a ella durante su agonía? —preguntó el señor de Avrigny.

—Sin duda —respondió el procurador del rey—; usted me dijo que no me alejase.

—¿Ha notado los síntomas del mal a que ha sucumbido la señora de Saint-Merán?

—Desde luego, ha tenido tres accesos consecutivos, y cada vez

más graves... Cuando usted llegó, hacía algunos minutos que apenas podía respirar; entonces tuvo una crisis que yo tomé por un simple ataque de nervios; pero no empecé a espantarme sino cuando la vi incorporarse sobre el lecho, con los miembros y el cuello crispados. Entonces lo miré, y en su rostro conocí que la cosa era más grave de lo que yo pensaba. Pasada la crisis busqué sus ojos, ¡pero no los encontré!, le tomaba el pulso, contaba sus latidos, y empezó la segunda crisis, que fue más nerviosa, y sus labios se amorataron y se contrajo su boca. A la tercera expiró. Desde que vi el fin de la primera reconocí que era el tétanos: usted me confirmó en esta opinión.

—Sí, delante de todo el mundo —repuso el doctor—; pero ahora estamos solos.

—¿Qué va a decirme, Dios mío?

—Que los síntomas del tétanos y del envenenamiento por sustancias vegetales son absolutamente los mismos.

El señor de Villefort se levantó, y después de un instante de inmovilidad y de silencio, volvió a caer sobre el banco.

—¡Oh, Dios mío!, señor doctor —dijo—, ¿se da cuenta de lo que me está diciendo?

Morrel no sabía si soñaba o estaba despierto.

—Escuche —dijo el doctor—, conozco la importancia de mi declaración y el carácter del hombre a quien se la hago.

—¿Está hablando al amigo... o al magistrado? —preguntó Villefort.

—Al amigo, al amigo en este momento; la relación que existe entre los síntomas del tétanos y los síntomas del envenenamiento por las sustancias vegetales es tan parecido, que si fuera preciso firmarlo no vacilaría. Le repito, pues, no es al magistrado, sino al amigo, a quien advierto que tres cuartos de hora he estudiado la agonía, las convulsiones, la muerte de la señora de Saint-Merán, y no solamente me atrevo a decir que ha muerto envenenada, sino que aseguraría qué veneno la ha matado.

—¡Doctor, doctor!

—Como ha visto, todo ha sido una serie de soñolencias interrumpidas por crisis nerviosas, excitaciones cerebrales... La señora de Saint-Merán ha sucumbido a causa de una dosis violenta

de brucina o de estricnina que le han administrado por casualidad o por error sin duda.

Villefort cogió una mano del doctor.

—¡Oh, es imposible! —dijo—, ¡yo sueño, Dios mío! ¿Estoy soñando! ¡Es muy cruel oír decir semejantes cosas a un hombre como usted! En nombre del cielo, se lo suplico, querido doctor, dígame que puede equivocarse.

—Sin duda, puede ser así..., pero...

—¿Pero?

—Yo no lo creo.

—Doctor, apiádese de mí; desde hace algunos días me están sucediendo cosas tan inauditas, que creo que voy a volverme loco.

—¿Ha visto alguien más que nosotros a la señora de Saint-Merán?

—No, nadie más.

—¿Han ido a buscar a la botica alguna medicina que no fuese recetada por mí?

—Ninguna.

—¿Tenía enemigos la señora de Saint-Merán?

—Que yo sepa, no.

—¿Tenía alguien interés en su muerte?

—¡No, Dios mío, no! Mi hija es su única heredera... Valentina... ¡Oh!, si llegase a concebir tal pensamiento me daría de puñaladas para castigar a mi corazón por haber podido abrigarlo.

—¡Oh! —exclamó a su vez el señor de Avrigny—, querido amigo, no quiera Dios que yo pueda acusar a nadie: no hablo más que de un accidente, ¿comprende? ¡De un error! Pero accidente o error, el caso es que mi conciencia me remordía y necesitaba comunicarle lo que pasaba. Ahora es a usted a quien corresponde informarse.

—¿A quién? ¿Cómo? ¿De qué?

—Veamos. ¿No ha podido equivocarse Barrois y haberle dado alguna poción preparada para su amo?

—¿Para mi padre?

—Sí.

—Pero ¿cómo podía envenenar a la señora de Saint-Merán una poción preparada para mi padre? Le habría envenenado a él también.

—No, señor, nada más sencillo; bien sabe que en ciertas enfermedades los venenos son un remedio; la parálisis es una de estas. Hará unos tres meses que, después de haber hecho todo cuanto podía para devolver el movimiento y la palabra al señor Noirtier, me decidí a intentar el último medio; hará unos tres meses, repito, lo trato con brucina; así, pues, en la última bebida que le mandé entraban seis centigramos, que no tienen acción sobre los órganos paralizados del señor Noirtier, y a los cuales se ha acostumbrado además por medio de dosis consecutivas; pero que son suficientes para matar a cualquier otro que no sea él.

—Mi querido doctor, no hay ninguna comunicación entre el cuarto del señor Noirtier y el de la señora de Saint-Merán, y Barrois nunca entraba en el de mi suegra. En fin, doctor, le diré que aunque sepa que es el hombre más concienzudo, el más hábil, aunque siempre sus palabras sean para mí una antorcha que me guíe por la oscuridad, a pesar de todo, tengo necesidad de apoyarme en este axioma: *errare humanum est*.

—Escuche, Villefort —dijo el galeno—; ¿hay alguno de mis colegas en quien tenga tanta confianza como en mí?

—¿Por qué me dice eso? ¿Adónde va a parar?

—Llámele, le diré todo lo que he visto, lo que he notado, y haremos la autopsia.

—¿Y encontrará señales del veneno?

—¡Veneno!, yo no he dicho eso; pero estudiaremos la exasperación del sistema, reconoceremos la asfixia patente, incontestable, y le diremos, querido Villefort, si ha sido por descuido, vigile a sus criados; si ha sido por odio, vigile a sus enemigos.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué es lo que me propone, señor de Avrigny? —respondió Villefort abatido—; desde el momento en que otro que usted posea el secreto, será necesario un proceso, ¡y un proceso en el que yo esté interesado es imposible! Sin embargo, si quiere, si lo exige, haré lo que dice. En efecto, tal vez deba yo seguir este asunto; mi carácter me lo ordena. Pero, doctor, desde ahora me ve aterrado; ¡introducir en mi casa tal escándalo después de tantas desgracias! ¡Oh!, ¡mi mujer y mi hija morirían! Y yo, yo, doctor, bien lo sabe, no llega un hombre a ser lo que yo soy, no llega un hombre

a ser procurador del rey veinticinco años sin haberse acarreado enemigos; los míos son numerosos... Este acontecimiento los hará saltar de alegría, y a mí me cubrirá de oprobio; doctor, perdóneme estas ideas mundanas. Si fuese sacerdote, no me atrevería a decírselo; pero es hombre, conoce a los demás; doctor, doctor, no me ha dicho nada, ¿no es verdad?

—Querido señor de Villefort —respondió el doctor conmovido—, mi primer deber es la humanidad. Yo habría salvado la vida a la señora de Saint-Merán si la ciencia hubiera podido hacerlo; pero una vez muerta, me consagro a los vivos. Sepultemos en lo más profundo de nuestros corazones este terrible secreto. Si los ojos de algunos llegan a sospechar, permitiré que la muerte se achaque a mi ignorancia; pero guardaré fielmente el secreto. Sin embargo, caballero, no deje de indagar, porque probablemente esto no quedará así... Y cuando haya descubierto al culpable, si llega a descubrirlo, yo seré el primero que le diga: “Es magistrado, obre como mejor le parezca”.

—¡Oh!, gracias, ¡gracias, doctor! —dijo Villefort con indescriptible alegría—, jamás había tenido mejor amigo que usted.

Y como si hubiese temido que el doctor Avrigny se retractase de su determinación, se levantó y lo condujo hacia su casa.

Los dos hombres se alejaron, y Morrel, que necesitaba respirar, sacó la cabeza del enramado, y la luna iluminó aquel rostro tan pálido, que más bien parecía el de un fantasma.

—Dios me proteja —dijo—. ¡Pero Valentina! ¡Valentina!, ¡pobre amiga! ¿Resistirá tantos dolores?

Al decir estas palabras, miraba alternativamente a la ventana de cortinas encarnadas y a las tres de cortinas blancas.

La luz había desaparecido completamente de la ventana de cortinas encarnadas. La señora de Villefort acababa sin duda de apagar la lámpara, y solo la lamparilla era la que esparcía un reflejo débil, casi imperceptible.

Al extremo del edificio vio abrirse una de las ventanas de cortinas blancas. Una bujía, colocada sobre la chimenea, arrojó fuera del balcón algunos rayos de su pálida luz, y una sombra se apoyó en la balaustrada.

Morrel se estremeció; le parecía haber oído un gemido.

No era extraño que aquella alma tan intrépida y fuerte, turbada ahora y exaltada por las dos pasiones humanas más fuertes, el amor y el miedo, se hubiese debilitado hasta el punto de sufrir exaltaciones supersticiosas.

Por más que resultaba imposible que la mirada de Valentina le distinguiese, oculto como estaba, creyó oírse llamar por la sombra de la ventana, su espíritu turbado se lo decía, repitiéndoselo su corazón abrasado. Este doble error era para él una certidumbre, y por uno de esos incomprensibles impulsos juveniles salió de su escondite, y en dos saltos, a riesgo de ser visto, de asustar a Valentina, de alarmar a todos los de la casa con algún grito involuntario que pudiera proferir la joven, atravesó aquel parterre que la luna iluminaba en aquel instante de lleno, y habiendo llegado a la calle de naranjos que se extendía delante de la casa, divisó la escalinata, que subió rápidamente, y empujó la puerta, que se abrió sin resistencia.

Valentina no lo había visto; sus ojos, levantados hasta el cielo, seguían una nube de plata que se deslizaba sobre el azul, y cuya forma se asemejaba a la de una sombra que sube al cielo; su imaginación poética y exaltada le decía que era el alma de su madre.

Morrel había atravesado la antesala y llegó al pie de la escalera. Alfombras extendidas sobre los escalones apagaron sus pasos. Por otra parte, Morrel había llegado a un punto tal de exaltación, que la presencia de Villefort no le habría extrañado si este hubiese aparecido ante sus ojos. Su resolución estaba tomada. Se acercaba a él y se lo confesaba todo, rogándole que lo escuchase, y aprobase aquel amor que lo unía a su hija... Morrel estaba loco.

Afortunadamente no vio a nadie.

Entonces fue cuando le sirvieron de mucho las descripciones que del interior de la casa le había hecho Valentina. Llegó sin accidente alguno al final de la escalera y cuando iba a buscar la habitación, un gemido, cuya expresión reconoció, le indicó el camino que debía seguir. Se volvió. Una puerta entreabierta dejaba salir el reflejo de una luz y el sonido de la voz que antes había exhalado aquel

gemido.

Abrió esta puerta y entró en la estancia.

Al fondo de una alcoba, bajo el sudario blanco que cubría su cabeza y dibujaba su forma, yacía la muerta, más espantosa a los ojos de Morrel desde la revelación de aquel secreto del que la casualidad le había hecho poseedor.

Al lado de la cama, de rodillas, con la cabeza sepultada entre unos almohadones, Valentina, estremeciéndose a cada instante, a cada gemido, extendía sobre su cabeza, cuyo rostro no se distinguía, sus dos manos cruzadas y crispadas.

Se había separado del balcón, que había quedado abierto, y rezaba en voz alta con un acento que hubiera conmovido al corazón más insensible.

Las palabras se escapaban de sus labios rápidas, incoherentes, ininteligibles.

La claridad de la luna, que penetraba por el balcón, hacía palidecer el resplandor de la bujía, y azulaba con sus fúnebres tintas este cuadro desolador.

Morrel no pudo resistir esta escena. No era hombre, en verdad, de una piedad ejemplar, no era fácil de conmover, pero ver llorar a Valentina y retorcerse los brazos, era más de lo que podía sufrir en silencio. Arrojó un suspiro, murmuró un nombre, y una cabeza anegada en lágrimas, una cabeza de Magdalena de Correggio se levantó volviéndose hacia él.

Valentina lo vio y no manifestó el menor asombro. No existen emociones intermedias en un corazón ulcerado por una desesperación suprema.

Morrel extendió la mano a su amiga. Valentina, por toda excusa de no haber acudido a la cita, le mostró el cadáver cubierto por el fúnebre sudario, y volvió a sollozar.

Ni uno ni otro se atrevían a hablar en aquel cuarto. Los dos vacilaban en romper aquel silencio que parecía ordenado por la muerte, que se hallaba en algún rincón, con el dedo índice puesto sobre los labios.

Al fin Valentina se atrevió a hablar.

—Si esta emoción hubiera debido recibir al momento su castigo, es

que esa pobre abuela, al morir, dejó dispuesto que terminasen mi boda lo más pronto posible; ¡también ella, Dios mío! ¡Creyendo protegerme, obraba contra mí!

—¡Escuche! —dijo Morrel.

Los dos jóvenes guardaron silencio.

Se oyó abrir una puerta y unos pasos resonaron en el corredor dirigiéndose a la escalera.

—Es mi padre, que sale de su despacho —dijo Valentina.

—Y que acompaña al doctor —añadió Morrel.

—¿Cómo sabe que es el doctor? —preguntó Valentina asombrada.

—Lo supongo —dijo Morrel.

Valentina miró al joven.

Se oyó cerrar la puerta de la calle.

El señor de Villefort cerró con llave la del jardín y en seguida volvió a subir la escalera.

Cuando hubo llegado a la antesala, se detuvo un instante como si vacilase en entrar en el cuarto de la señora de Saint-Merán. Morrel se escondió detrás de un biombo. Valentina no hizo el menor movimiento. Se hubiera dicho que un dolor supremo la hacía superior.

—Amigo —dijo—, ¿cómo es que está aquí? ¡Ay!, yo le diría de buena gana bienvenido sea, si no fuera la muerte la que le ha abierto la puerta de esta casa.

—Valentina —dijo Morrel con voz trémula y las manos cruzadas—, yo esperaba desde las ocho y media. No la veía venir, me inquieté, salté la cerca, penetré en el jardín, entonces oí unas voces que hablaban del fatal accidente.

—¿Qué voces? —preguntó Valentina.

Morrel se estremeció, porque toda la conversación del doctor y del señor de Villefort siguió hacia su habitación. El señor de Villefort se representó en su imaginación, y creía ver a través del paño mortuorio aquellos brazos crispados, aquel cuerpo rígido, aquellos labios amoratados.

—Las voces de sus criados me lo han revelado todo.

—Pero venir hasta aquí era perdernos, amigo mío —dijo Valentina, sin espanto ni enojo.

—Perdóneme —respondió Morrel con el mismo tono—, voy a retirarme.

—No —dijo Valentina—, sería visto, quédese.

—Pero si viniesen...

La joven movió la cabeza con melancolía.

—Nadie vendrá —dijo—. Tranquilícese, esta es nuestra salvación.

Y le señaló el cadáver cubierto con el paño.

—¿Pero qué ha sido del señor d'Epinay? Dígame, se lo suplico —replicó Morrel.

—El señor Franz vino para firmar el contrato en el momento en que mi abuela exhalaba el último suspiro.

—¡Ah! —dijo Morrel con alegría egoísta, porque pensaba que aquella muerte retardaba indudablemente el matrimonio de Valentina.

—Ahora —dijo Valentina—, no hay más que una salida permitida y segura, y es la habitación de mi abuelo.

Y se levantó.

—Venga —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Maximiliano.

—A la habitación de mi abuelo.

—¡Yo al cuarto del señor Noirtier!

—Sí.

—¡Qué dice, Valentina!

—Bien sé lo que digo, y hace tiempo que lo he pensado. No tengo más amigo que este en el mundo y los dos necesitamos de él... Venga.

—Cuidado, Valentina —dijo Morrel vacilando—, cuidado, la venda ha caído de mis ojos. Al venir estaba demente. ¿Conserva íntegra su razón, querida amiga?

—Sí —dijo Valentina—, y no siento más que un escrúpulo, y es el dejar solos los restos de mi pobre abuela, que yo me encargué de velar.

—Valentina —dijo Morrel—, la muerte es sagrada.

—Sí —respondió la joven—. Pronto acabaremos, venga.

Valentina atravesó la estancia y bajó por una escalerilla que conducía a la habitación de Noirtier. Morrel la seguía de puntillas.

Cuando llegaron a la meseta en que estaba la puerta, encontraron al antiguo criado.

—Barrois —dijo Valentina—, cierre la puerta y no deje entrar a nadie.

Valentina pasó primero.

Noirtier, sentado aún en su sillón, atento al menor ruido, informado por su criado de todo lo que sucedía, clavaba ansiosas miradas en la puerta del cuarto. Vio a Valentina y sus ojos brillaron.

Había en el andar y en la actitud de la joven cierta gravedad solemne que admiró al anciano. Así, pues, sus brillantes ojos interrogaron vivamente a la joven.

—Escúcheme bien, abuelito —le dijo—, ya sabes que mi buena mamá Saint-Merán ha muerto hace una hora, y que ya, excepto a ti, no tengo a nadie que me ame en el mundo.

Una expresión de infinita ternura brilló en los ojos del señor Noirtier.

—¡A ti solo, pues, debo confesar mis pesares o mis esperanzas!

El paralítico respondió que sí.

Valentina fue a buscar a Maximiliano y le tomó una mano.

—Entonces —dijo Valentina—, mire a este caballero.

El anciano fijó en Morrel sus ojos escudriñadores y ligeramente asombrados.

—Es el señor Maximiliano Morrel —dijo ella—, hijo de ese honrado comerciante de Marsella, de quien sin duda habrá oído hablar.

—Sí —respondió el anciano.

—Es un nombre que Maximiliano hará sin duda glorioso, pues a los veintiocho años es capitán de *spahis* y oficial de la Legión de Honor.

El anciano hizo señas de que se acordaba.

—¡Y bien!, abuelito —dijo Valentina hincándose de rodillas delante del anciano, y mostrándole a Maximiliano con una mano—, lo amo, y no seré de nadie sino de él. Si me obligan a casarme con otro, me moriré o me mataré.

Sus ojos de paralítico expresaban un sinfín de pensamientos tumultuosos.

—Tú aprecias al señor Maximiliano Morrel, ¿no es verdad, abuelo? —preguntó la joven.

—Sí —respondió el anciano.

—¿Y quieres protegernos a nosotros, que también somos tus hijos, contra la voluntad de mi padre?

Noirtier fijó su inteligente mirada en Morrel, como diciéndole: “Depende”.

Maximiliano comprendió.

—Señorita —dijo—, usted tiene que cumplir con un deber sagrado en el cuarto de su abuela; ¿quiere permitirme que tenga el honor de hablar un momento con el señor Noirtier?

—Sí, sí, eso es —expresó el anciano, y después miró a Valentina con inquietud.

—¿Cómo hará para comprenderte, quieres decir, abuelo?

—Sí.

—¡Oh!, tranquilízate. Hemos hablado tan a menudo de ti, que conoce bien la forma en que nos entendemos.

Y volviéndose a Maximiliano con una adorable sonrisa, aunque velada por una tristeza profunda, dijo:

—Sabe todo lo que yo sé.

Valentina se levantó, acercó una silla para Morrel, recomendó a Barrois que no dejase entrar a nadie, y después de haber abrazado tiernamente a su abuelo, y haberse despedido con tristeza de Morrel, salió.

Entonces este, para probar a Noirtier que poseía la confianza de Valentina, y sabía todos sus secretos, tomó el diccionario, la pluma y el papel, y todo lo colocó sobre una mesa donde había una lámpara.

—En primer lugar —dijo Morrel—, permítame que le cuente quién soy yo, cómo amo a Valentina, y cuáles son mis intenciones respecto a esto último.

—Escucho —dijo Noirtier.

Era un espectáculo imponente el ver a este anciano, inútil en apariencia, y que era el único protector, el único apoyo, el único juez de los dos amantes jóvenes, hermosos, fuertes y que empezaban a conocer el mundo.

Su fisonomía, que expresaba una nobleza y una austeridad notables, impresionaba en extremo a Morrel, que empezó a contar su historia temblando.

Entonces refirió cómo había conocido y amado a Valentina, y cómo esta, en su aislamiento y en su desgracia, había acogido su cariño.

Le habló de su nacimiento, de su posición, de su fortuna y más de una vez, al interrogar la mirada del paralítico, vio que esta le respondía:

—Está bien, continúe.

—Ahora —dijo Morrel apenas hubo acabado la primera parte de su historia—, ahora que le he contado también mi amor y mis esperanzas, ¿debo contarle mis proyectos?

—Sí.

—¡Pues bien! Escuche lo que habíamos decidido.

Y entonces manifestó a Noirtier que un cabriolé esperaba en la huerta, que pensaba raptar a Valentina, llevarla a la casa de su hermana, casarse, y esperar respetuosamente el perdón del señor de Villefort.

—No —dijo Noirtier.

—¿No? —repuso Morrel—, ¿no debemos obrar así?

—No.

—¿De modo que este proyecto no tiene su consentimiento?

—No.

—¡Pues bien!, hay otro medio —dijo Morrel.

La mirada interrogadora del anciano preguntó: “¿Cuál?”

—Buscaré —continuó Maximiliano— al señor Franz d’Epinay, me alegro de poderle decir esto en ausencia de la señorita de Villefort, y me conduciré de modo que no tenga más remedio que acceder a mis proposiciones.

La mirada de Noirtier siguió interrogándole.

—¿Quiere que le diga lo que pienso hacer?

—Sí.

—Escuche. Lo buscaré, como le decía, le diré los lazos que me unen a la señorita de Villefort. Si es un hombre delicado, probará su delicadeza renunciando a la mano de su prometida, y desde entonces puede contar hasta la muerte con mi amistad y mi cariño. Si rehúsa, ya porque lo obligue su interés personal, o porque un ridículo orgullo le haga persistir, después de probarle que Valentina me ama y no puede amar a ningún otro más que a mí, me batiré con

él, dándole las ventajas que quiera, y lo mataré o él me matará. Si yo le mato, no se casará con Valentina. Si él me mata, estoy seguro de que Valentina no se casará con él.

Noirtier contemplaba con un placer inefable aquella noble y sincera fisonomía en que estaban retratados todos los sentimientos que expresaban sus labios.

Cuando Morrel terminó de hablar, Noirtier cerró los ojos repetidas veces, lo cual quería decir que no.

—¿No? —dijo Morrel—. ¿Conque desaprueba este segundo proyecto lo mismo que el primero?

—Sí —indicó el anciano.

—¿Qué tenemos que hacer, caballero? —preguntó Morrel—. Las últimas palabras de la señora de Saint-Merán han sido que el casamiento de su nieta se hiciese al punto. ¿Debo dejar marchar las cosas?

Noirtier permaneció inmóvil.

—Sí, comprendo —dijo Morrel—, debo esperar.

—Sí.

—Pero, señor, una dilación nos perdería —repuso el joven—. Hallándose sola Valentina y sin fuerzas, la obligarán como a un chiquillo. He entrado aquí milagrosamente para saber lo que pasaba. Le he sido presentado milagrosamente y no debo esperar que se renueven tales milagros. Créame, no hay más que uno de los dos partidos que le he propuesto. Discúlpele a mi juventud esta vanidad, dígame cuál es el mejor, ¿autoriza a la señorita Valentina a confiarse a mi honor?

—No.

—¿Prefiere que yo vaya a buscar al señor Franz d’Epinay?

—No.

—¡Dios mío! ¿De quién nos vendrá el socorro que esperamos del cielo?

El anciano sonrió con los ojos, como solía cuando le hablaban del cielo. Siempre habían quedado algunos residuos de ateísmo en las ideas del antiguo jacobino.

—¿De la casualidad? —repuso Morrel.

—No.

—¿De usted?
—Sí.
—¿De usted?
—Sí —repitió el anciano.
—Comprende lo que le pregunto, caballero, disculpe mi terquedad, porque mi vida depende de su respuesta: ¿Nos vendrá de usted nuestra salvación?
—Sí.
—¿Está seguro de ello?
—Sí.
—¿Nos da su palabra?
—Sí.
Y había en la mirada que daba esta respuesta una firmeza tal, que no había medio de dudar de la voluntad, sino del poder.
—¡Oh!, gracias, caballero, ¡un millón de gracias! Pero, a menos que un milagro del Señor le devuelva la palabra y el movimiento, encadenado en este sillón, mudo e inmóvil, ¿cómo podrá oponerse a ese casamiento?
Una sonrisa iluminó el rostro del anciano, sonrisa extraña, como es la de los ojos de un rostro inmóvil.
—¿De modo que debo esperar? —preguntó el joven.
—Sí.
—¿Pero el contrato?
La misma sonrisa de antes brilló en el rostro de Noirtier.
—¿Quiere decirme que no será firmado?
—Sí —dijo Noirtier.
—¿De modo que el contrato no será firmado? —exclamó Morrel—. ¡Oh!, ¡perdone, caballero! Cuando se recibe una gran noticia, es lícito dudar un poco. ¿El contrato no será firmado?
—No —dijo el paralítico.
A pesar de esta seguridad, Morrel vacilaba en creerlo.
Era tan extraña esta promesa de un anciano impotente, que en lugar de provenir de una fuerza de voluntad, podía provenir de una debilidad de los órganos. Nada más natural que el insensato que ignora su locura pretenda realizar cosas superiores a su poder. El débil habla de los grandes pesos que levanta; el tímido, de los

gigantes que ha vencido; el pobre, de los tesoros que maneja; el más humilde campesino se llama Júpiter.

Sea que Noirtier hubiese comprendido la indecisión del joven, sea que no diese fe a la docilidad que había mostrado, le miró fijamente.

—¿Qué quiere, caballero? —preguntó Morrel—. ¿Que le reitere mi promesa de no hacer nada?

La mirada de Noirtier permaneció fija y firme como para indicar que no bastaba una promesa. Después pasó del rostro a la mano.

—¿Quiere que lo jure? —preguntó Maximiliano.

—Sí —dio a entender el paralítico con la misma solemnidad—, lo quiero así.

Morrel comprendió que el anciano daba una gran importancia a este juramento.

Y extendió la mano.

—Le juro por mi honor —dijo— esperar a que haya decidido lo que tengo que hacer.

—Bien —expresaron los ojos del anciano.

—Ahora, caballero —preguntó Morrel—, ¿quiere que me retire?

—Sí.

—¿Sin volver a ver a Valentina?

—Sí.

Morrel dijo que estaba dispuesto a salir.

—¿Y permite —continuó— que su hijo le abrace como lo acaba de hacer su hija?

No había la menor duda en cuanto a lo que querían expresar los ojos de Noirtier.

El joven aplicó sus labios sobre la frente del anciano en el mismo sitio en que la joven había puesto los suyos, y saludando al señor Noirtier por segunda vez, salió.

En la pieza contigua encontró al antiguo criado prevenido por Valentina. Este esperaba a Morrel, y lo guio por las revueltas de un corredor sombrío que conducía a una puerta que daba al jardín.

Una vez allí, se dirigió al cercado en un instante, subió al tejadillo de la tapia y por medio de su escala bajó a la huerta, encaminándose a la choza, al lado de la cual le esperaba su cabriolé.

Subió en él, y agobiado por tantas emociones, pero con el corazón más libre, entró a medianoche en la calle de Meslay, se arrojó sobre su cama y durmió como si hubiera estado sumergido en una profunda embriaguez.

A los dos días de ocurridas estas escenas, una multitud considerable se hallaba reunida, a las diez de la mañana, a la puerta de la casa del señor de Villefort, y ya se había visto pasar una larga hilera de carruajes de luto y particulares por todo el barrio de Saint-Honoré y de la calle de la Pepinière.

Entre ellos había uno de forma singular, y que parecía haber sido hecho para un largo viaje. Era una especie de carro pintado de negro, y que había acudido uno de los primeros a la cita.

Entonces se informaron y supieron que, por una extraña coincidencia, este carruaje encerraba el cuerpo del marqués de Saint-Merán, y que los que habían venido para un solo entierro acompañarían dos cadáveres.

El número de las personas era grande. El marqués de Saint-Merán, uno de los dignatarios más celosos y fieles del rey Luis XVII y del rey Carlos X, había conservado gran número de amigos que, unidos a las personas relacionadas con el señor de Villefort, formaban un considerable cortejo.

Mandaron avisar a las autoridades, y obtuvieron el permiso para que aquellos dos entierros se hicieran al mismo tiempo. Un segundo carruaje, adornado con la misma pompa mortuoria, fue conducido delante de la puerta del señor de Villefort, y el ataúd fue también transportado del carro a la carroza fúnebre.

Los dos cadáveres debían ser sepultados en el cementerio del Padre Lachaise, donde hacía ya mucho tiempo el señor de Villefort había hecho edificar el panteón destinado para toda su familia. En él había sido enterrada ya la pobre Renata, con quien su padre y su madre iban a reunirse después de diez años de separación.

París, siempre curioso, siempre conmovido ante las pompas fúnebres, vio pasar con un silencio religioso el espléndido cortejo que acompañaba a su última mansión a dos de los nombres de aquella aristocracia, los más célebres por el espíritu tradicional y por la fidelidad a sus principios.

En el mismo carruaje de luto, Beauchamp y Château-Renaud hablaban de aquellas muertes casi repentinas.

—Vi a la señora de Saint-Merán el año pasado en Marsella —decía Château-Renaud—, yo volvía de Argel. Parecía destinada a vivir cien años, gracias a su perfecta salud, a su mente tan clara y despierta y a su prodigiosa actividad. ¿Qué edad tenía?

—Setenta años —respondió Alberto—. Al menos así me han asegurado. Pero no es la edad la que le ha causado su muerte. Al parecer, la pena causada por la del marqués la había trastornado completamente, no estaba en sus cabales.

—Pero, en fin, ¿de qué ha muerto? —preguntó Debray.

—De una congestión cerebral, según se dice, o de una apoplejía fulminante. ¿No viene a ser lo mismo?

—¡Psch...!, poco más o menos...

—De apoplejía —dijo Beauchamp— es difícil de creer. La señora de Saint-Merán, a quien he visto una o dos veces en mi vida, era alta, delgada y de una constitución más bien nerviosa que sanguínea. Son muy raras las apoplejías producidas por la pena en una constitución física como la de la señora de Saint-Merán.

—En todo caso —dijo Alberto—, sea cual fuere la enfermedad que la ha llevado al sepulcro, he aquí que el señor de Villefort, o más bien Valentina, o nuestro amigo Franz, entran en posesión de una pingüe herencia, ochenta mil libras de renta, según creo.

—Herencia que será duplicada a la muerte de ese viejo jacobino de Noirtier.

—Vaya un abuelo tenaz —dijo Beauchamp—: *Tenacem praepositi virum*. Ha apostado con la Muerte, según creo, a que enterraría a todos sus herederos. A fe mía, que se saldrá con la suya. Lo mismo que aquel viejo soldado del 93, que decía a Napoleón en 1814: “Decae porque su Imperio es lo mismo que una espiga joven fatigada de crecer tanto. Tome por tutora a la República, volvamos con una buena Constitución a los campos de batalla y yo le prometo quinientos mil soldados, otro Marengo y un segundo Austerlitz. Las ideas no mueren, señor, se adormecen de vez en cuando, pero despiertan más fuertes que antes”.

—Parece —dijo Alberto— que para él los hombres son como las

ideas, pero una sola cosa me inquieta, y es saber cómo se las arreglará Franz d'Epinay con un abuelo que no puede pasar sin su nieta; ¿pero dónde está Franz?

—Va en el primer carruaje con el señor de Villefort, que le considera ya como de la familia.

La conversación de todos los que seguían a las carrozas fúnebres era poco más o menos la misma. Se admiraban de aquellas dos muertes seguidas la una a la otra con tanta rapidez, pero nadie sospechaba el terrible secreto que la noche anterior había revelado el señor de Avrigny al señor de Villefort en el jardín.

Después de una hora de marcha, llegaron a la puerta del cementerio. El tiempo estaba tranquilo, pero sombrío, y por consiguiente bastante en armonía con la fúnebre ceremonia que tenía lugar. Entre los grupos que se dirigieron al panteón de la familia, Château-Renaud reconoció a Morrel, que solo y en cabriolé, iba también muy pálido por la calle de los cipreses.

—¿Usted aquí? —dijo Château-Renaud cogiendo del brazo al joven capitán—. ¿Conoce al señor de Villefort? ¿Cómo es que nunca le he visto en su casa?

—No es al señor de Villefort a quien conozco —respondió Morrel—, a quien conocía es a la señora de Saint-Merán.

En este momento Alberto se acercó a ellos acompañado de Franz.

—El momento no es muy adecuado para una presentación —dijo Alberto—, pero no importa, no somos supersticiosos. Señor Morrel, permita que le presente al señor Franz d'Epinay, mi querido compañero de viaje por Italia. Mi querido Franz, el señor Maximiliano Morrel, un excelente amigo que he adquirido en tu ausencia, y cuyo nombre oirás en mis labios, siempre que tenga que hablar acerca de los buenos sentimientos, del talento y de la amabilidad.

Morrel se quedó un instante indeciso. Dijo para sí que era una infame hipocresía aquel saludo casi amistoso dirigido al hombre que detestaba interiormente, pero recordó su juramento y la gravedad de las circunstancias, se esforzó por que su rostro no expresase ningún sentimiento de odio, y saludó a Franz disimulando lo que sentía.

—La señorita de Villefort estará muy triste, ¿no es verdad? —dijo

Debray a Franz.

—¡Oh!, caballero —respondió Franz—, sumamente triste. Esta mañana estaba tan pálida y tan demudada que apenas la conocí.

Estas palabras, en apariencia tan sencillas, desgarraron el corazón de Morrel. Aquel hombre había visto ya a Valentina, había hablado con ella.

Entonces fue cuando el joven oficial necesitó de toda su fuerza para resistir al vehemente deseo de violar su juramento.

Cogió el brazo de Château-Renaud y le arrastró consigo rápidamente hacia el panteón, delante del cual los empleados de las pompas fúnebres acababan de depositar dos ataúdes.

—Magnífica habitación —dijo Beauchamp dirigiendo una mirada al mausoleo—, palacio de verano y de invierno. Usted lo habitará también algún día, mi querido Epinay, porque pronto será de la familia. Yo, en mi calidad de filósofo, quiero una casita de campo, una fosa debajo de árboles sombríos, y nada de piedras sobre mi cuerpo. Al morir, diré a los que me rodean lo que Voltaire escribía a Pirón: *Eo rus* y punto concluido... ¡Vamos, qué diablos! ¡Valor, su mujer hereda, después de todo!

—En verdad, Beauchamp —dijo Franz—, es usted insufrible. Los asuntos políticos lo han acostumbrado a reírse de todo y a no creer en nada. Pero, en fin, Beauchamp, cuando tenga el honor de presentarse delante de hombres ordinarios, y la felicidad de dejar por un momento la política, trate de no dejarse olvidado el corazón en la Cámara de los diputados o en la de los pares.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Beauchamp—, ¿qué es la vida? Una espera en la antesala de la muerte.

—Deje a Beauchamp con sus ideas —dijo Alberto.

Y se retiró con Franz, abandonando a Beauchamp a sus discusiones filosóficas con Debray.

El panteón de la familia de Villefort formaba un cuadro de piedras blancas de una altura de veinte pies. Una separación interior dividía en dos departamentos a la familia de Saint-Merán y a la de Villefort, y cada una tenía su puerta. No se veía, como en las otras tumbas, esos innobles cajones superpuestos en los que una económica distribución encierra a los muertos con una inscripción que parece

un rótulo. Todo lo que se veía por la puerta de bronce era una antesala sombría y severa, separada de la verdadera tumba por una pared.

En medio de esta pared estaban las dos puertas de las que hablábamos hace poco, y que comunicaban con las sepulturas de Villefort y Saint-Merán.

Allí podían exhalarse en libertad los gemidos y los ayes doloridos, sin que los transeúntes, que hacen de una visita al Padre Lachaise, una partida de campo o una cita de amor, pudiesen turbar con su canto, con sus gritos o con sus carreras la muda contemplación o las oraciones bañadas de lágrimas del que visitaba la tumba.

Ambos ataúdes fueron colocados en el panteón de la derecha. Este era el de la familia de Saint-Merán, sobre unos pequeños sepulcros preparados ya, y que esperaban su depósito mortal. Solamente Villefort, Franz y algunos parientes cercanos penetraron en el santuario.

Como las ceremonias religiosas habían sido efectuadas a la puerta, y no había ya que pronunciar ningún discurso, los amigos se separaron al punto. Château-Renaud, Alberto y Morrel se retiraron, y Debray y Beauchamp hicieron lo mismo.

Franz permaneció con el señor de Villefort a la puerta del cementerio. Morrel se detuvo bajo un pretexto cualquiera. Vio salir a Franz y al señor de Villefort en un carruaje de luto, y concibió un mal presagio de esta unión. Volvió a París, y aunque iba en el mismo carruaje que Château-Renaud y Alberto, no oyó una palabra de lo que dijeron los dos jóvenes.

En efecto. Cuando Franz iba a separarse del señor de Villefort, dijo:

—Señor barón, ¿cuándo volveré a verlo?

—Cuando guste, caballero —respondió Franz.

—Lo más pronto posible.

—Estoy a sus órdenes, caballero. ¿Quiere que volvamos juntos?

—¡Si esto no le causa molestia...!

—En absoluto.

Dicho esto, el futuro suegro y el futuro yerno subieron al mismo carruaje, y Morrel al verlos pasar concibió con razón graves

inquietudes.

Villefort y Franz volvieron al arrabal Saint-Honoré.

El procurador del rey, sin entrar en el cuarto de nadie, sin hablar a su mujer ni a su hija, hizo pasar al joven a su despacho, e indicándole una silla, le dijo:

—Señor d'Epinay, como la obediencia a los muertos es la primera ofrenda que se debe depositar sobre su ataúd, debo recordarle el deseo que expresó anteayer la señora de Saint-Merán en su lecho de agonía, a saber: que el casamiento de Valentina se efectuara sin tardanza. Usted sabe que los asuntos de la difunta estaban muy en regla, que su testamento asegura a Valentina toda la fortuna de los Saint-Merán. El notario me mostró ayer las actas que permiten que se firme definitivamente el contrato de matrimonio. Puede verlo de mi parte y hacer que se los comuniquen. El notario es el señor Deschamps, plaza de Beauveau, barrio de Saint-Honoré.

—Caballero —respondió Franz—, no es este el momento más oportuno para la señorita Valentina, abismada como está en su dolor, para pensar en la boda. En verdad, yo temería...

—Valentina —interrumpió el señor de Villefort— no tendrá otro deseo más vivo que el de cumplir la última voluntad de su abuela; así, pues, los obstáculos no están de su parte, le respondo de ello.

—En ese caso, caballero —dijo Franz—, como tampoco lo están de la mía, puede obrar como y cuando mejor le parezca. Está empeñada mi palabra, y la cumpliré, no solo con placer, sino con felicidad.

—Entonces —dijo Villefort—, nada nos detiene. El contrato debía ser firmado dentro de tres días; todo lo encontraremos preparado, podemos firmarlo hoy mismo.

—Pero ¿y el luto? —dijo Franz vacilando.

—Tranquilícese, caballero, no es en mi casa donde se hará caso de tales cosas. La señorita de Villefort podrá retirarse durante los tres meses primeros a su posesión de Saint-Merán. Digo su posesión, porque desde hoy suya es esa propiedad. Allí, dentro de ocho días, si quiere, sin ruido, sin esplendor, sin fausto, se celebrará el casamiento civil. Era un deseo de la señora de Saint-Merán que su nieta se casase en esa finca. Después, usted podrá volver a

París, mientras que su mujer pasará el tiempo del luto con su madrastra.

—Como guste, caballero —dijo Franz.

—Entonces —repuso el señor de Villefort—, tómese el trabajo de aguardar media hora. Valentina va a bajar al salón.

—Yo mandaré llamar al señor Deschamps, leeremos y firmaremos el contrato inmediatamente y esta misma noche la señora de Villefort conducirá a Valentina a su propiedad, donde iremos nosotros dentro de ocho días.

—Caballero —dijo Franz—, tengo que pedirle un favor.

—¿Cuál?

—Deseo que Alberto de Morcef y Raúl de Château-Renaud estén presentes al acto de firmar el contrato. Bien sabe que son mis testigos.

—Media hora es suficiente para avisarles. ¿Quiere ir a buscarlos usted mismo? ¿Quiere que se los mande llamar?

—Prefiero ir yo mismo, caballero.

—Lo esperaré dentro de media hora, barón, y dentro de media hora Valentina estará dispuesta.

Franz saludó al señor de Villefort y salió.

Apenas se hubo cerrado la puerta de la calle detrás del joven, Villefort ordenó que avisasen a Valentina que bajase al salón dentro de media hora, porque se esperaba al notario y a los testigos del señor d'Epinay.

Esta noticia inesperada produjo una gran impresión en la casa. La señora de Villefort no quería creerlo y Valentina se quedó más aterrada que si hubiese sido fulminada por un rayo.

Miró a su alrededor como para buscar a quien pedir socorro.

Quiso subir a ver a su abuelo, pero en la escalera encontró al señor de Villefort, que la cogió del brazo y la condujo al salón.

Valentina encontró en la antesala a Barrois y dirigió al antiguo criado una mirada desesperada.

Un instante después de Valentina, la señora de Villefort entró en el salón con Eduardo. Era evidente que la mujer había tenido su parte en los pesares de la familia. Estaba pálida y parecía horriblemente cansada.

Se sentó, colocó a Eduardo sobre sus rodillas y de vez en cuando estrechaba con movimientos casi convulsivos contra su pecho a aquel niño en el cual parecía concentrarse toda su vida.

Al poco rato se oyó el ruido de dos carruajes que entraban en el patio. Uno era el del notario; el otro, de Franz y sus amigos. Todos estuvieron reunidos en seguida en el salón.

Valentina estaba tan pálida que veían dibujarse las azuladas venas de sus sienes alrededor de sus ojos y de sus mejillas. Franz experimentaba también una viva emoción.

Château-Renaud y Alberto se miraron con asombro. La ceremonia que se había concluido poco antes les parecía menos triste que la que iba a empezar.

La señora de Villefort se había colocado en la sombra, detrás de una cortina de terciopelo, y como estaba siempre inclinada hacia su hijo, era difícil leer en su rostro lo que sentía en su corazón.

El señor de Villefort estaba, como siempre, impasible.

El notario, después de colocar los papeles sobre la mesa, tomó asiento en el sillón, se puso los anteojos y se volvió hacia Franz.

—¿Usted es —dijo— el señor Franz de Quesnel, barón d'Epinay? —preguntó, aunque lo sabía perfectamente.

—Sí, señor —respondió Franz.

El notario se inclinó.

—Debo prevenirle, caballero —dijo—, y esto de parte del señor de Villefort, que su casamiento proyectado con la señorita de Villefort ha cambiado las disposiciones del señor Noirtier respecto a su nieta y que la desposee de la fortuna que antes pensaba dejarle, pero es de advertir —continuó el notario— que no teniendo el testador derecho a separar más que una parte de su fortuna, y habiéndolo separado todo, el testamento no resistirá el ataque, pues será declarado nulo, y como si no hubiese sido hecho.

—Sí —dijo Villefort—, pero prevengo de antemano al señor d'Epinay que mientras yo viva no será impugnado el testamento de mi padre; pues mi posición no me permite que se arme semejante escándalo.

—Caballero —dijo Franz—, me disgusta en extremo que se haya promovido semejante cuestión delante de la señorita Valentina. Yo

nunca me he informado de su caudal, que, por reducido que sea, será más considerable que el mío. Lo que mi familia ha buscado en la alianza de la señorita de Villefort conmigo es la consideración social; lo que yo busco es la felicidad.

Valentina hizo un gesto imperceptible de agradecimiento, mientras que dos lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas.

—Por otra parte, caballero —dijo Villefort dirigiéndose a su futuro yerno—, además de la frustración de una gran parte de sus esperanzas, este testamento inesperado no tiene nada que deba herirlo personalmente. Todo se explica con la debilidad de espíritu del señor Noirtier. Lo que desagrada a mi padre no es que la señorita de Villefort se case con usted, sino que la señorita de Villefort se case. Una unión con otro cualquiera le hubiera causado la misma impresión. La vejez es muy egoísta, y la señorita de Villefort le servía de compañera fiel, lo cual no podrá hacer siendo ya baronesa d'Epinay. El lamentable estado en que se encuentra mi padre hace que se le hable muy pocas veces de asuntos graves que la debilidad de su cerebro no podría seguir, y yo estoy perfectamente convencido de que ahora, conservando el recuerdo de que su hija se casa, el señor Noirtier ha olvidado hasta el nombre del que va a casarse con su nieta.

No bien acababa Villefort de pronunciar estas palabras, a las que Franz respondía por medio de una cortesía, cuando se abrió la puerta del salón y Barrois entró en él.

—Señores —dijo con una voz muy firme para un criado que habla a sus amos en una circunstancia tan solemne—, señores, el señor Noirtier de Villefort desea hablar inmediatamente al señor Franz de Quesnel, barón d'Epinay.

También el criado, al igual que el notario, daba todos sus títulos al prometido, a fin de que no pudiese haber un error de personas.

Villefort se estremeció y la señora de Villefort soltó a su hijo, a quien tenía sobre sus rodillas, y Valentina se levantó pálida y muda como una estatua.

Alberto y Château-Renaud cambiaron una segunda mirada más sorprendidos que antes.

El notario miró a Villefort.

—Es imposible —dijo el procurador del rey—. Por otra parte, el señor d'Epinay no puede salir del salón en este momento.

—Precisamente ahora es cuando el señor Noirtier, mi amo, desea hablar al señor Franz d'Epinay de asuntos muy importantes —repuso el criado con la misma firmeza.

—¡Pues qué! ¿Habla ya papá Noirtier? —preguntó Eduardo con su impertinencia habitual.

Pero esta salida no hizo sonreír ni siquiera a la señora de Villefort, tan preocupados estaban los ánimos y tan grave era la situación.

—Diga al señor Noirtier —repuso Villefort— que no se puede acceder a lo que pide.

—En ese caso, el señor Noirtier me encarga que prevenga a estos señores que va a hacerse conducir aquí.

El asombro llegó a su colmo. En el rostro de la señorita de Villefort se dibujó una especie de sonrisa. Valentina, como a pesar suyo, levantó los ojos hacia el cielo como para darle gracias.

—Valentina —dijo el señor de Villefort—, le suplico que vaya a saber qué significa ese nuevo capricho de su abuelo.

Valentina dio algunos pasos para salir, pero luego el mismo señor de Villefort la detuvo.

—Espere —dijo—, ¡yo la acompañaré!

—Perdonad, caballero —dijo Franz a su vez—, me parece que, puesto que por mí es por quien pregunta el señor Noirtier, yo soy quien debo acudir a su habitación; por otra parte, me aprovecharé de esta ocasión para presentarle mis respetos, no habiendo tenido ocasión de solicitar este honor.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Villefort con visible inquietud—. No se incomode.

—Discúlpeme, caballero —dijo Franz con el tono de un hombre que ha tomado una resolución—. Deseo no desperdiciar esta ocasión de probar al señor Noirtier que no ha tenido razón en concebir contra mí una aversión que estoy decidido a vencer con mi cariño.

Y sin dejarse detener más por Villefort, Franz se levantó a su vez y siguió a Valentina, que bajaba ya la escalera con la alegría de un náufrago que logra al fin asirse a una roca.

El señor de Villefort los siguió.

Château-Renaud y Alberto de Morcef cambiaron una tercera mirada, más llena de asombro aún que las dos primeras.

Capítulo ocho: Las actas del club

El señor Noirtier esperaba vestido completamente de negro, instalado en un sillón.

Cuando hubieron entrado las tres personas a las que deseaba ver, miró a la puerta, que al punto cerró su criado.

—Cuidado —dijo Villefort en voz baja a Valentina, que no podía disimular su alegría—, cuidado, pues si el señor Noirtier quiere comunicarle algo que impida su casamiento, debe hacer como si no le comprendiera.

Valentina se sonrojó, pero no respondió.

Villefort se acercó a Noirtier.

—Aquí tiene al señor Franz d'Epinay —le dijo—. Le ha llamado, y al punto acude a su llamada. Sin duda todos nosotros deseábamos esta entrevista hace mucho tiempo, y me alegraré de que le demuestre cuán poco fundada era su oposición al casamiento de Valentina.

Noirtier no respondió sino por una mirada que hizo estremecer a Villefort.

Y con sus ojos hizo seña a Valentina de que se acercase.

En un momento, gracias a los medios de que se solía servir en las conversaciones con su abuelo, encontró la palabra llave.

Consultó entonces la mirada del paralítico, que estaba fija en el cajón de una cómoda colocada entre los dos balcones. Abrió el cajón y efectivamente encontró una llave.

Así que el anciano le hizo seña de que era lo que él pedía, los ojos del paralítico se dirigieron hacia un viejo buró, olvidado hacía muchos años, y que según todos creían no encerraba más que papeles inútiles.

—¿Quiere que abra el buró? —preguntó Valentina.
—Sí —dijo el anciano.
—Bien. Ahora, ¿abro los cajones?
—Sí.
—¿Los de ambos lados?
—No.
—¿El del medio?
—Sí.
Valentina lo abrió y sacó un legajo de papeles.
—¿Es esto, abuelo, lo que quiere? —dijo.
—No.
Sacó nuevamente todos los demás papeles, hasta que no quedó uno solo en el cajón.
—¡Pero el cajón está vacío ya! —dijo la joven.
Los ojos de Noirtier se fijaron en el diccionario.
—Sí, abuelo, lo comprendo —dijo la joven.
Y fue repitiendo una tras otra todas las letras del alfabeto hasta llegar a la S. En esta letra la detuvo Noirtier.
Abrió el diccionario y buscó hasta la palabra secreto.
—¡Ah! ¿Conque tiene un secreto? —dijo Valentina.
—Sí.
—¿Y quién lo conoce?
Noirtier miró a la puerta por donde había salido el criado.
—¿Barrois? —dijo Valentina.
—Sí —respondió Noirtier.
—¿Quiere que lo llame?
—Sí.
La joven se dirigió a la puerta y llamó a Barrois.
Durante todo este tiempo, el sudor de la impaciencia bañaba la frente de Villefort, y Franz estaba estupefacto.
El antiguo criado entró en el aposento.
—Barrois —dijo Valentina—, mi abuelo me ha mandado que tome la llave que estaba en esta cómoda, que abriese con ella este secreter, y luego sacase este cajón. Ahora, pues, este cajón tiene un secreto, dice que usted lo conoce; ábralo.
Barrois miró al anciano.

—Obedezca —dijo la inteligente mirada del anciano.

Barrois obedeció. Abrió un doble cajón que dejó al descubierto un paquete de papeles atado con una cinta negra.

—¿Es esto lo que desea, señor? —preguntó Barrois.

—Sí —respondió Noirtier.

—¿A quién he de entregar estos papeles? ¿Al señor de Villefort?

—No.

—¿A la señorita Valentina?

—No.

—¿Al señor Franz d'Epinay?

—Sí.

Franz, asombrado, se adelantó un paso.

—¿A mí, caballero? —dijo.

—Sí.

Franz recibió los papeles de manos de Barrois, y echando una mirada sobre la cubierta, leyó:

Para que se deposite después de mi muerte en casa de mi amigo el general Durand; quiero al morir legar estos papeles a su hijo, recomendándole que los conserve, pues son de la mayor importancia.

—¡Y bien! —dijo Franz—. ¿Qué quiere que haga yo con estos papeles, caballero?

—¡Que los conserve cerrados como están! —respondió el procurador del rey.

—No, no —respondió vivamente Noirtier.

—¿Tal vez desea que el señor los lea? —preguntó Valentina.

—Sí —respondió el anciano.

—Ya lo oye, señor barón; mi abuelo le ruega que los lea —repuso Valentina.

—Entonces, sentémonos —dijo Villefort con impaciencia—, porque esto durará cierto tiempo.

—Siéntese —dijo el anciano.

Lo hizo así Villefort, pero Valentina permaneció en pie al lado de su abuelo, apoyada en su sillón, y Franz en pie delante de él.

Tenía en la mano el misterioso papel.
—Lea —dijeron los ojos del anciano.
Franz quitó la cinta y rompió el sobre. Un profundo silencio reinaba en la estancia. En medio de este silencio, leyó:

Extracto de las actas de una reunión del club bonapartista de la calle de Saint-Jacques, efectuada el 5 de febrero de 1815.

Franz se detuvo.
—¡El 5 de febrero de 1815 —dijo— fue el día que asesinaron a mi padre!
Valentina y Villefort permanecieron silenciosos, mas los ojos del anciano dijeron claramente:
—Continúe.
—¡Al salir de ese club fue asesinado mi padre...!
La mirada de Noirtier continuaba diciendo: Lea.
Y Franz prosiguió en estos términos:

Los abajo firmantes, Luis Santiago Beaurepaire, teniente coronel de artillería; Esteban Duchampy, general de brigada, y Claudio Lecharpal, director de las aguas y de los bosques:
Declaran que el 4 de febrero de 1815 llegó una carta de la isla de Elba recomendando a la bondad y a la confianza de los miembros del club bonapartista, al general Flavio de Quesnel, el cual, habiendo servido al emperador desde 1804 hasta 1814, debía ser adicto a la dinastía Bonapartista, a pesar del título de barón que Luis XVIII acababa de agregar a sus tierras de Epinay.
De consiguiente, se dirigió una carta al general de Quesnel, en que se rogaba que asistiese a la reunión del 5.
La carta no indicaba la calle ni el número de la casa donde se debía celebrar la reunión. No llevaba firma alguna, pero anunciaba al general que si quería, le irían a buscar a las nueve de la noche.
Las reuniones tenían lugar de nueve a doce de la noche.
A las nueve, el presidente del club se presentó en casa del general, que estaba pronto. El presidente le dijo que una de las condiciones de su entrada era que ignoraría el lugar de la reunión, y que se dejaría vendar los ojos, jurando que no procuraría quitarse la

venda.

El general Quesnel aceptó la condición, y prometió por su parte que no trataría de ver adónde lo conducían.

El general había hecho preparar su carruaje, pero el presidente le dijo que era imposible ir en él, ya que no servía de nada que le vendasen los ojos al amo, si el cochero permanecía con los ojos abiertos y reconocía las calles por donde iban a pasar...

—¿Cómo haremos entonces? —inquirió el general.

—Yo tengo mi carruaje —contestó el presidente.

—¿Está seguro de su cochero... para confiarle un secreto que juzga imprudente decir al amigo?

—Nuestro cochero es un miembro del club —dijo el presidente—, seremos conducidos por un consejero de Estado.

—Entonces, ¿corremos peligro de volcar? —dijo el general riendo.

Consignamos esta broma para probar que el general no fue obligado a asistir a la reunión, sino que fue por su voluntad.

Así que hubieron subido al carruaje, el presidente recordó al general la promesa que había hecho de dejarse vendar los ojos. El general no opuso ninguna resistencia. Un pañuelo negro y espeso, preparado ya en el carruaje, sirvió para ello.

En el camino, el presidente creyó notar que el general procuraba mirar por debajo de su venda. Le recordó su juramento y el general respondió:

—¡Ah, es cierto!

El carruaje se detuvo delante de la calle de Saint-Jacques. El general bajó, apoyándose en el brazo del presidente, cuya dignidad ignoraba y a quien tomaba por un miembro del club. Atravesaron la calle, subieron un escalón y entraron en la sala de las deliberaciones.

La sesión había empezado. Los miembros del club, prevenidos de la especie de presentación que debía tener lugar aquella noche se habían reunido todos. Así que llegó en medio de la sala, dijeron al general que podía quitarse la venda. Accedió a esta invitación, y pareció muy asombrado de encontrar un número tan crecido de fisonomías conocidas en una sociedad cuya existencia ignoraba hasta entonces.

Le preguntaron acerca de sus sentimientos, pero se limitó a responder que las cartas de la isla de Elba los habrían enterado ya de...

Franz se interrumpió en la lectura.

—Mi padre era realista —dijo— No tenían necesidad de preguntarle sobre sus sentimientos, harto conocidos eran.

—Y de allí —dijo Villefort— provenía mi estrecha alianza con su padre, mi querido Franz. Fácilmente se forman íntimas amistades, cuando se profesan las mismas ideas.

—Lea —dijo el anciano con la mirada.

Franz continuó:

El presidente tomó entonces la palabra para decirle al general que se explicase con más claridad, pero el señor de Quesnel respondió que, ante todo, deseaba saber qué era lo que querían de él.

Entonces le hablaron de aquella misma carta de la isla de Elba que le recomendaba al club como hombre con quien podían contar. Un párrafo entero explicaba la vuelta probable de la isla de Elba, y prometía una nueva carta y detalles más amplios a la llegada de El Faraón, buque perteneciente al naviero Morrel de Marsella, y cuyo capitán pertenecía en cuerpo y alma al emperador.

Mientras duró esta lectura, el general, con quien habían creído contar como un hermano, dio señales visibles de disgusto y repugnancia.

Terminada la lectura, se quedó silencioso y frunció las cejas.

—¡Y bien! —preguntó el presidente—, ¿qué dice de esta carta, señor general?

—Digo que hace muy poco tiempo que se ha prestado juramento al rey Luis XVIII para violarlo ya en beneficio del ex emperador.

Esta vez era demasiado clara la respuesta para poder dudar de sus sentimientos.

—General —dijo el presidente—, para nosotros no hay rey Luis XVIII ni ex emperador. No hay más que la Majestad.

El emperador y rey, alejado después de seis meses de Francia por la violencia y la traición.

—Perdone, señores —dijo el general—, puede ser muy bien que para ustedes no haya rey Luis XVIII, mas para mí lo hay, puesto que me ha hecho barón y mariscal de campo, y que nunca olvidaré que esos títulos los debo a su regreso a Francia.

—¡Caballero! —dijo el presidente con tono grave y poniéndose en pie—, mire lo que dice; sus palabras nos demuestran que se equivocan respecto a usted en la isla de Elba, y que nos han engañado. La comunicación que él le ha hecho se basa en la confianza que se tenía de usted, y por consiguiente sobre un sentimiento que le honra. Ahora veo que padecemos un error, un título y un grado le hacen que sea adicto al nuevo gobierno que todos queremos derribar. No lo obligaremos a que nos preste su ayuda. No obligamos a nadie contra su voluntad, pero le obligaremos a obrar como caballero, aunque a ello no esté dispuesto.

—¡Usted llama ser caballero a conocer su conspiración y no revelarla!, pues yo llamo a eso ser su cómplice. Ya ve que soy mucho más franco que ustedes...

—¡Ah!, ¡padre mío! —dijo Franz interrumpiéndose—, ahora comprendo por qué lo asesinaron.

Valentina no pudo menos de arrojar una mirada a Franz. El joven estaba realmente hermoso y arrogante en su entusiasmo filial.

Villefort se paseaba de un lado a otro detrás de él.

Noirtier seguía con los ojos la expresión de cada uno de los hombres y conservaba su actitud digna y severa.

Franz volvió al manuscrito y continuó:

—Caballero —dijo el presidente—, se le dijo que fuera al seno de la asamblea, no se le obligó por la fuerza, se le propuso que se vendara los ojos, usted aceptó. Cuando accedió a esta doble demanda, sabía perfectamente que no nos ocupábamos de asegurar el trono de Luis XVIII, pues a ser así no habríamos tomado tantas precauciones para ocultarnos a los ojos de la policía. Ahora ya comprende que nada es más fácil que cubrirse de una máscara, con ayuda de la cual se sorprenden los secretos de las personas, y

quitársela después para perder a los que se han fiado de usted. No, no; va a contestar francamente si está por el rey que actualmente reina o por Su Majestad el emperador.

—Yo soy realista —respondió el general—, he prestado juramento a Luis XVIII y lo cumpliré.

A estas palabras siguió un murmullo general, y en las miradas de la mayor parte de los miembros del club era fácil conocer que todos tenían vivos deseos de hacer que el señor d'Epinay se arrepintiera de sus imprudentes palabras.

El presidente se levantó de nuevo e impuso silencio.

—Caballero —le dijo—, es hombre demasiado grave y sensato para no comprender las consecuencias de la situación en que nos hallamos los unos respecto a los otros y su misma franqueza nos dicta las condiciones que hemos de imponer. Va a jurar por su honor no revelar nada de lo que ha oído.

El general llevó la mano a la espalda y exclamó:

—Si habla de honor, empiece por conocer sus leyes y no imponga nada por la violencia.

—Y usted, caballero —continuó el presidente con una calma más terrible que la cólera del general—, no lleve la mano a su espada. Es un consejo que quiero darle.

El general dirigió a su alrededor unas miradas que demostraban cierta inquietud.

Sin embargo, no dio su brazo a torcer, al contrario, reuniendo toda su fuerza, dijo:

—No juraré.

—Entonces morirá, caballero —respondió tranquilamente el presidente.

El señor d'Epinay palideció. Miró por segunda vez a su alrededor. La mayor parte de los miembros cuchicheaban y buscaban armas bajo sus capas.

—General —dijo el presidente—, sosiéguese, está entre personas de honor, que procurarán por todos los medios convencerle antes de recurrir al último extremo, pero también usted lo ha dicho, está entre conspiradores, sabe nuestro secreto y es preciso que nos lo devuelva.

Un silencio significativo siguió a estas palabras, y en vista de que el general no respondía, dijo el presidente a los porteros:

—Cierre esas puertas.

El mismo silencio de muerte sucedió a estas palabras.

Entonces el general se adelantó y haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, dijo:

—Tengo un hijo, y no puedo menos de pensar en él al hallarme entre asesinos.

—General —dijo con nobleza el jefe de la asamblea—, un hombre solo tiene siempre derecho a insultar a cincuenta, tal es el privilegio de la debilidad. Pero hace mal en hacer uso de ese derecho. Créame, general, jure y no nos insulte.

El general, dominado por aquella superioridad del jefe de la asamblea, vaciló un instante, pero al fin, adelantándose hacia la mesa del presidente, preguntó:

—¿Cuál es la fórmula?

—Esta es:

Juro por mi honor no revelar jamás a nadie en el mundo, lo que he visto y oído el cinco de febrero de mil ochocientos quince, entre nueve y diez de la noche, y declaro merecer la muerte si violo mi juramento.

El general pareció sufrir una convulsión nerviosa que le impidió responder durante algunos segundos. Al fin, con repugnancia manifiesta, pronunció el juramento exigido, pero con una voz tan baja que apenas se oyó, así que muchos miembros exigieron que lo repitiese en voz más alta y más clara. Él lo hizo así.

—Ahora deseo retirarme —dijo el general—. ¿Estoy ya libre?

El presidente se levantó y designó a tres miembros de la asamblea para que lo acompañasen, y subió al carruaje con el general, después de haberle vendado los ojos.

En el número de estos tres miembros figuraba el cochero que los había conducido.

Los otros miembros del club se separaron en silencio.

—¿Dónde quiere que lo llevemos? —preguntó el presidente.

—A cualquier parte, con tal que me vea libre de su presencia —fue la respuesta de d'Epinay.

—Caballero —repuso entonces el presidente—, le advierto que ahora no estamos en la asamblea, y que está frente a hombres solos. No los insulte si no quiere tenerles que dar una satisfacción del insulto.

Pero en lugar de comprender este lenguaje, el señor d'Epinay respondió:

—Son tan valientes en su carruaje como en el club, por la sencilla razón de que cuatro hombres son más fuertes que uno solo.

El presidente mandó que se detuviese el carruaje.

En aquel momento, estaban junto al muelle de Ormes, frente a la escalera que conduce al río.

—¿Por qué manda detener aquí? —preguntó el general d'Epinay.

—Porque ha insultado a un hombre —dijo el presidente—, y este hombre no quiere dar un paso sin pedirle lealmente una reparación.

—¡Otro modo de asesinar! —dijo el general encogiéndose de hombros.

—Nada de miedo, caballero —contestó el presidente—, si no quiere que lo mire como a uno de esos hombres que designaba hace poco, es decir, como a un cobarde que toma por escudo su debilidad. Está solo, un hombre solo le responderá. Tiene una espada al lado, y yo tengo una en este bastón. No tiene testigo, uno de estos señores lo será de usted. Ahora, si quiere, puede quitarse la venda.

El general arrancó en seguida el pañuelo que le cubría los ojos.

—Al fin —dijo—, voy a conocer a mi antagonista.

Abrieron la portezuela. Los cuatro hombres bajaron...

Franz se interrumpió de nuevo. Se enjugó un sudor frío que corría por su frente. Era, en efecto, espantoso ver a aquel hijo tembloroso y pálido, leer en alta voz los detalles ignorados hasta entonces de la muerte de su padre. Valentina cruzó las manos como si orase interiormente. Noirtier miraba a Villefort con una expresión casi sublime de desprecio y de orgullo.

Franz prosiguió:

Era, como hemos dicho, el cinco de febrero. Hacía tres días que

había helado a cinco o seis grados. La escalera estaba enteramente cubierta de hielo. El general era grueso y alto, el presidente le ofreció el lado del pasamanos para bajar.

Los dos testigos los seguían.

Hacía una noche muy oscura, el terreno de la escalera estaba húmedo y resbaladizo por el hielo. Se detuvieron en la mitad de la escalera, en una grande superficie cubierta enteramente de nieve no derretida.

Uno de los testigos fue a buscar una linterna a una barca de carbón, y al resplandor de esta linterna examinaron las armas.

La espada del presidente era cinco pulgadas más corta que la de su adversario y no tenía guarnición.

El general d'Epinay propuso que echaran suertes sobre las dos espadas, pero el presidente respondió que él era quien había provocado, y que al provocarles dijo que cada cual se sirviera de sus armas.

Los testigos insistieron. El presidente les impuso silencio.

Pusieron en el suelo la linterna. Los dos adversarios se colocaron uno a cada lado... y el combate empezó.

La luz hacía brillar siniestramente las dos espadas; en cuanto a los hombres, apenas se les veía, tan densa era la oscuridad.

El general d'Epinay pasaba por uno de los mejores espadachines del Ejército. Pero se vio tan vivamente atacado a los primeros golpes, que retrocedió y al hacerlo cayó.

Los testigos lo creyeron muerto, pero su adversario, que sabía que no le había tocado, le ofreció la mano para ayudarle a levantarse. Esta circunstancia, en lugar de calmarlo, irritó al general, que atacó a su adversario con una furia terrible.

Pero su adversario no retrocedió siquiera un paso. Lo recibió con un quite que hizo retroceder al general, pues se vio comprometido. Dos veces volvió a la carga y a la tercera cayó de nuevo.

Los testigos creyeron que había resbalado como la primera vez; sin embargo, como no se levantaba, se acercaron a él y procuraron ponerlo en pie, pero el que lo había cogido por la cintura para levantarlo sintió bajo su mano un calor húmedo. Era sangre.

El general, que estaba medio desvanecido, recobró sus sentidos.

—¡Ah! —dijo—, me han enviado algún espadachín, algún profesor de regimiento.
El presidente, sin responder, se acercó al testigo que sostenía la linterna, y levantando su manga mostró su brazo atravesado por dos heridas, y desabrochando su levita y su chaleco, mostró el pecho cubierto de sangre por una tercera herida.
Y sin embargo, no había arrojado ni tan siquiera un ligero suspiro.
El general d'Epinay, tras una agonía que duró un cuarto de hora, expiró...".

Franz leyó estas últimas palabras con una voz tan ahogada, que ,apenas pudieron oírlas, y después de haberlas leído, se detuvo, pasando una mano por sus ojos, como para disimular una nube.
Pero, después de una pausa, prosiguió:

—El presidente subió la escalera, después de haber introducido su espada en su bastón. Un reguero de sangre iba señalando su camino sobre la nieve. Aún no había subido toda la escalera, cuando oyó un ruido sordo en el agua. Era el cuerpo del general que los testigos acababan de precipitar al río, tras haberse cerciorado de que estaba muerto.
El general ha sucumbido, pues, en un duelo leal, y no en una emboscada, como después habría de sospecharse.
En fe de lo cual hemos firmado el presente documento para establecer la verdad de los hechos, temiendo que llegue un momento en que alguno de los actores de esta escena terrible sea acusado de asesinato con premeditación, o de haberse salido de las leyes del honor.
Firmado,
BEAUREPAIRE, DUCHAMPY, LECHARPAL.

Cuando Franz hubo terminado esta lectura tan terrible para un hijo, y Valentina, pálida de emoción, se enjugó una lágrima; cuando Villefort, temblando en un rincón, hubo tratado de conjurar la tempestad por medio de miradas suplicantes dirigidas al implacable anciano, dijo Franz a Noirtier:
—Caballero, puesto que usted sabe esa terrible historia con todos

sus detalles, puesto que la ha hecho atestiguar por firmas honrosas, puesto que, en fin, parece interesarse por mí, no me rehúse una gracia: dígame el nombre del presidente del club, conozca yo al que mató a mi pobre padre.

Villefort buscó maquinalmente el pestillo de la puerta. Valentina, que había comprendido antes que nadie la respuesta del anciano, y que varias veces había visto en su brazo dos cicatrices, retrocedió horrorizada.

—¡En nombre del cielo, señorita —dijo Franz dirigiéndose a su prometida—, una sus ruegos a los míos, para que yo sepa el nombre del que me dejó huérfano a los dos años de edad!

Valentina permaneció inmóvil y silenciosa.

—Mire, caballero —dijo Villefort—, créame, no prolongue esta terrible escena. Los nombres han sido ocultados a propósito. Mi padre no conoce tampoco a ese presidente, y si lo conoce, no lo podría decir, pues los nombres propios no están en ese diccionario.

—¡Oh, desgraciado! —exclamó Franz—, la única esperanza que me ha sostenido durante toda esta lectura, y que me ha dado fuerzas para llegar hasta el fin, era saber el nombre del que mató a mi padre. ¡Señor, señor! —exclamó volviéndose hacia Noirtier—, ¡en nombre del cielo!, haga lo que puede..., intente indicarme el nombre de...

—Sí —dijo Noirtier.

—¡Oh, señorita, señorita! —exclamó Franz—, su abuelo ha hecho señas de que podía indicarme... ese nombre... Ayúdeme... Usted lo comprende..., présteme su auxilio...

Noirtier miró al diccionario.

Franz pronunció temblando las letras del alfabeto.

Noirtier le detuvo con una mirada significativa en la Y griega.

—¿La Y griega? —preguntó Franz.

Aproximó el diccionario, y el dedo del joven iba apuntando todas las palabras que empezaban con Y griega.

Valentina ocultaba la cabeza entre sus manos.

Aquí Franz llegó a la palabra... Yo...

—¡Sí, eso es! —afirmó el anciano con una mirada llena de nobleza.

—¿Usted, usted...? —exclamó Franz, cuyos cabellos se erizaron

de horror—. ¿Usted, señor Noirtier, usted es quien mató a mi padre..., usted...?
—Sí —repuso Noirtier, fijando en el joven una segunda y majestuosa mirada.
Franz cayó anonadado sobre un sillón.
Villefort abrió la puerta y salió por ella rápidamente, porque no deseaba arrancar aquel resto de existencia que quedaba aún en el corazón del terrible anciano.

Capítulo nueve: Los progresos del señor Cavalcanti hijo

Entretanto, el señor Cavalcanti padre, había partido para volver a su servicio, mas no al ejército de su majestad el emperador de Austria, sino a su pueblo de Luca, de donde era uno de los más asiduos cortesanos.
No olvidemos decir que había llevado consigo hasta el último franco de la suma que le fue entregada para su viaje, y en recompensa al modo majestuoso y solemne con que supo representar su papel de padre.
Andrés había heredado en esta partida todos los papeles que atestiguaban que tenía el honor de ser hijo del señor Bartolomé Cavalcanti y de la marquesa Leonor Corsinari.
Ya había sido introducido en una sociedad parisiense, tan fácil en recibir a los extranjeros, y en tratarlos, no como lo que son, sino como lo que quieren ser.
Por otra parte, ¿qué es lo que exigen en París a un joven? Que hable su lengua, que vaya vestido con elegancia, que sea buen jugador y que pague en oro.
Añadamos que tratan con más indulgencia a un extranjero que a un parisiense nativo.
Andrés había, pues, adquirido en quince días una buena posición. Le llamaban señor conde, se decía que tenía cincuenta mil libras de renta, y ya se hablaba de tesoros inmensos de su señor padre,

enterrados en Saravezza.

Un sabio, delante del cual hablaron de estos tesoros, dijo que cuando hizo su viaje a Italia pasó por Saravezza, lo cual bastó para que todo el mundo creyese en la existencia de los tesoros.

Un día fue Montecristo a hacer una visita al señor Danglars. Este había salido, pero propusieron al conde si quería entrar a ver a la baronesa, que estaba visible. Montecristo aceptó.

Después de la comida de Auteuil, la señora Danglars se estremecía cada vez que oía pronunciar el nombre de Montecristo. Si la presencia del conde no seguía a su nombre, la sensación dolorosa era más intensa. Si, por el contrario, se presentaba, su fisonomía franca, sus ojos brillantes, su galantería para con ella, disipaba al momento de su mente el menor recelo. Parecía imposible a la baronesa que un hombre tan encantador pudiese abrigar malos designios contra ellos.

Por otra parte, los corazones más corrompidos no pueden creer en el daño sino apoyándolo en un interés cualquiera. El mal inútil y sin causa repugna como una anomalía. Cuando Montecristo entró en el gabinete donde ya hemos introducido a nuestros lectores, y donde la baronesa seguía con miradas inquietas unos dibujos que le presentaba su hija, después de haberlos mirado el señor Cavalcanti hijo, su presencia produjo un efecto ordinario, y después de haberse trastornado un poco al oír su nombre, trató de sonreír y saludó al conde. Este, por su parte, abarcó toda la escena de una ojeada.

Al lado de la baronesa estaba Eugenia sentada sobre una butaca, y Cavalcanti, en pie, a su lado. Andrés, vestido de negro como un héroe de Goethe, con zapatos bajos de charol y medias de seda blanca, pasaba una mano bastante blanca y cuidada por sus rubios cabellos, en medio de los cuales brillaba un diamante, que a pesar de los consejos del conde de Montecristo, el vanidoso joven no había podido resistir al deseo de poner en su dedo meñique. Este movimiento iba acompañado de miradas asesinas lanzadas a la señorita Danglars, y suspiros enviados en la misma dirección que las miradas.

La señorita Danglars continuaba siendo la misma, es decir, hermosa, fría e irónica. Ni siquiera una de las miradas, uno de los

suspiros del joven Andrés pasaron inadvertidos para ella, pero se hubiera dicho que resbalaban sobre la coraza de Minerva, coraza con que algunos filósofos cubren el pecho de Safo.

Eugenia saludó al conde con frialdad, y se aprovechó de las primeras preocupaciones de la conversación para retirarse a su gabinete de estudio, donde pronto se oyeron dos voces alegres y ruidosas, mezcladas a los primeros acordes de un piano. Montecristo comprendió que la señorita Danglars prefería a la suya y a la del señor Cavalcanti, la compañía de la señorita Luisa de Armilly, su maestra de canto.

Entonces fue cuando, mientras hablaba con la señora Danglars, notó el conde la solicitud del señor Andrés Cavalcanti, cómo iba a escuchar la música a la puerta, que no se atrevía a abrir, y su manera de expresar su éxtasis y admiración.

Al cabo de un rato entró el banquero; su primera mirada fue para Montecristo, más la segunda para Andrés. En cuanto a su mujer, saludó esta a su marido, como solía hacerlo, con una frialdad y una ceremonia poco adecuada a un matrimonio de veinte años.

—¡Cómo! ¿No le han invitado esas señoritas a cantar con ellas? —preguntó Danglars a Andrés.

—¡Ah!, no señor —respondió este, lanzando otro suspiro.

Danglars se adelantó hacia la puerta y la abrió.

Entonces se pudo ver a las dos jóvenes sentadas en el mismo sillón delante del mismo piano. Cada una acompañaba con una mano, ejercicio al cual se habían acostumbrado por capricho, y en el que habían adquirido una facilidad admirable.

La señorita de Armilly, que entonces pudo verse, gracias a la puerta, formando con Eugenia un cuadro encantador, era también de una belleza notable o más bien de una dulzura y una gratis simpatía.

Era delgada y rubia como un hada, con unos rizos largos que caían sobre su esbelto cuello, como suele pintar Perugino para sus vírgenes, y unos ojos grandes, rasgados y velados por la fatiga. Decían que tenía la voz un poco débil, y que, como Antonia, del Violín de Cremona, moriría un día cantando.

El conde de Montecristo dirigió a aquel grupo una mirada rápida y

curiosa; era la primera vez que veía a la señorita de Armilly, de quien tanto había oído hablar en la casa.

—¡Y bien! —preguntó el banquero a su hija—, nos ha excluido, ¿verdad?

Condujo entonces al joven al saloncito, y fuese por casualidad o por astucia, detrás de Andrés se entornó la puerta, de modo que desde el sitio en que estaban Montecristo y la baronesa, no pudiesen ver nada. Pero como el banquero siguió a Andrés, la señora Danglars no pareció notar esta circunstancia.

Unos momentos más tarde, el conde oyó la voz de Andrés unida a los acordes del piano, acompañando una canción corsa.

Mientras el conde escuchaba sonriendo esta canción que le hacía olvidar a Andrés, para atraerle a la memoria Benedetto, la señora Danglars alababa a Montecristo la serenidad de su marido, que había perdido aquella misma mañana tres o cuatrocientos mil francos.

Y en verdad, el elogio era merecido, porque si el conde no lo hubiera sabido por la baronesa, o tal vez por uno de los medios que tenía de saberlo todo, la fisonomía del banquero no le habría revelado nada.

—¡Bueno! —dijo para sí Montecristo—, ya oculta lo que pierde; hace un mes se vanagloriaba de ello.

Luego dijo en voz alta:

—¡Oh!, señora, el señor Danglars conoce tan bien la Bolsa que siempre recobrará el doble de lo que ha perdido.

—Veo que participa del error común —dijo la baronesa Danglars.

—¿Y qué error es ese? —dijo Montecristo.

—Que el señor Danglars no juega nunca.

—¡Ah!, sí, es verdad, señora; recuerdo que el señor Debray me dijo... a propósito, ¿qué ha sido de él...?, hace tres o cuatro días que no lo veo.

—Yo tampoco —dijo la señora Danglars con un aplomo milagroso —. Pero comenzó una frase que no ha acabado.

—¿Cuál?

—Que el señor Debray le había dicho...

—¡Ah!, es verdad. Me ha dicho que sacrificaba al demonio del

juego.

—He tenido afición durante algún tiempo, lo confieso —dijo la señora de Danglars—, pero ya no juego nunca.

—Y hace mal, señora. ¡Oh!, las casualidades, hijas de la fortuna, son precarias, y si yo fuese mujer, y mujer de un banquero, por mucha confianza que tuviese en la buena suerte de mi marido, porque en cuanto a especulación todo es gracia y desgracia, pues bien, por mucha confianza que tuviese en la buena suerte de mi marido, comenzaría por asegurarme una fortuna independiente, aunque tuviese que adquirirla poniendo mis intereses en manos que le fuesen desconocidas.

La señora Danglars se sonrojó.

—Mire —dijo Montecristo, como si no hubiese visto nada—, se habla mucho de una jugada muy buena sobre los intereses de Nápoles.

—Bien, bien, no quiero pensar en ello —dijo vivamente la baronesa —. Pero verdaderamente, señor conde, ya hablamos demasiado de Bolsa. Parecemos dos agentes de cambio. Hablemos un poco de esos pobres Villefort, tan atormentados en este momento por la fatalidad.

»¡Oh!, ya lo sabe. Después de haber perdido al señor de Saint-Merán tres o cuatro días después de su partida, acaban de perder a la marquesa, tres o cuatro días después de su llegada.

—¡Ah!, es verdad —dijo Montecristo—, ya me he enterado, pero como dice Claudio en Hamlet, es una ley de la naturaleza. Sus padres habían muerto antes que ellos, y los habrán llorado. Ellos morirán antes que sus hijos y sus hijos los llorarán.

—Pero aún no es eso todo.

—¿Qué quiere decir?

—Usted sabe que iban a casar a su hija...

—Con el señor Franz d’Epinay... ¿Se ha desbaratado tal vez el casamiento?

—Ayer por la mañana, según parece, Franz les ha devuelto su palabra.

—¡Ah, de veras...! ¿Y se conocen las causas de esa ruptura?

—No.

—¿Qué me dice, señora...? Y el señor de Villefort, ¿cómo acepta esa desgracia?

—Como siempre, con filosofía.

En este momento entró Danglars solo.

—¡Y bien! —dijo la baronesa—. ¿Deja al señor Cavalcanti solo con su hija?

—Y la señorita de Armilly —dijo el banquero—, ¿es que no es nadie?

Se volvió en seguida a Montecristo, diciendo:

—Qué joven tan encantador, el príncipe Cavalcanti, ¿no es verdad...?; pero, dígame, ¿sabe que es príncipe?

—No respondo de ello —dijo Montecristo—. Me presentaron a su padre como marqués. Sería conde, pero yo creo que él no hace mucho caso de ese título.

—¿Por qué? —dijo el banquero—, si es príncipe, hace mal en no vanagloriarse de ello. Cada cual en su derecho. No me gusta que reniegue de su origen.

—¡Oh!, es usted un auténtico demócrata —dijo Montecristo sonriendo.

—Pero mire a lo que se expone —dijo la baronesa—. Si el señor de Morcef viniese por casualidad, encontraría al señor Cavalcanti en un cuarto, donde el prometido de Eugenia no ha podido nunca entrar.

—Hace bien en decir por casualidad —repuso el banquero—, porque se diría que era la casualidad la que le traía, puesto que se le ve en tan contadas ocasiones.

—En fin, si viniese y encontrase aquí a este joven al lado de su hija, podría disgustarse.

—¡él! ¡Oh, Dios mío! Se equivoca. El señor Alberto no nos hace el honor de estar celoso de su prometida, no la ama tanto para eso. Por otra parte, ¿qué me importa que se disguste o no?

—No obstante, en el estado en que nos hallamos...

—Sí, el estado en que nos hallamos, ¿quiere saberlo? Que en el baile de su madre no ha bailado más que una vez con mi hija, que el señor Cavalcanti ha bailado tres veces con ella, y ni siquiera se ha enterado.

Un criado anunció:
—¡El señor vizconde de Morcef!
La baronesa se levantó vivamente. Iba a pasar al salón de estudio para prevenir a su hija, cuando Danglars la detuvo.
—Déjela —dijo.
Ella lo miró asombrada.
Montecristo fingió no haber observado esta escena.
Alberto entró. Estaba alegre y satisfecho. Saludó a la baronesa con gracia, a Danglars con familiaridad, a Montecristo con afecto, y volviéndose hacia la baronesa, dijo:
—Señora, ¿me permite que le pregunte por la señorita Danglars?
—Muy bien, caballero —respondió vivamente el banquero—. En este momento está cantando en su salón de estudio con el señor Cavalcanti.
Alberto conservó su sire tranquilo e indiferente. Tal vez sufría algún despecho interior, pero observó la mirada de Montecristo clavada en la suya.
—El señor Cavalcanti tiene una hermosa voz de tenor —dijo—, y la señorita Eugenia es una magnífica soprano, sin contar con que toca el piano cual otro Thalberg. Debe ser un concierto encantador.
—El caso es —dijo Danglars— que concuerdan perfectamente.
Alberto pareció no haber notado este equívoco tan grosero, que hizo sonrojar a la señora Danglars.
—Yo también canto —continuó el joven—. Canto, según dicen mis maestros al menos; pues bien, ¡cosa extraña!, nunca he podido arreglar mi voz a ninguna otra, ni a las de soprano. ¡Es particular!
Danglars sonrió de un modo significativo y exclamó:
—Enfádese, enhorabuena. En cambio, mi hija y el príncipe —prosiguió, esperando sin duda conseguir el objeto deseado— han excitado la admiración general. ¿No se encontraba allí, señor de Morcef?
—¿Qué príncipe? —preguntó Alberto.
—El príncipe Cavalcanti —repuso Danglars, que siempre se obstinaba en dar este título al joven.
—¡Ah!, ¡perdone! —dijo Alberto—. Yo ignoraba que lo fuese. ¡Ah!, ¡el príncipe Cavalcanti cantó ayer con la señorita Eugenia! Estaría

encantador, y siento vivamente no haberme hallado presente. Pero no pude asistir, porque tuve que acompañar a la señora de Morcef a casa de la baronesa de Château-Renaud, donde cantaban los alemanes.

Tras un momento de silencio, y como si nada hubiera ocurrido, repitió Morcef:

—¿Me será permitido saludar a la señorita Danglars?

—¡Oh!, aguarde, aguarde —dijo el banquero deteniendo al joven —. ¿Oye esa deliciosa cavatina...? Ta, ta, ra, ra, ti, ta, ti, ta... eso es magnífico, ahora va a concluir..., dentro de un segundo. ¡Perfectamente! ¡Bravo, bravísimo, bravo!

Y el banquero empezó a aplaudir frenéticamente.

—En efecto —dijo Alberto—, eso es magnífico, y es imposible comprender mejor la música de su país que como lo hace Cavalcanti. Ha dicho que es príncipe, ¿no es verdad?, ¡pues bien!, si no lo es, lo harán, en Italia eso es muy fácil. Mas volviendo a nuestros adorables cantantes, debería hacernos un favor, señor Danglars; sin decir que hay un extraño, debería suplicar a la señorita Danglars y al señor Cavalcanti que cantasen un poco. ¡Es tan hermoso gozar de la música a cierta distancia y sin ver a los músicos, a fin de que ellos puedan entregarse a todo el entusiasmo de su corazón!

Esta vez Danglars se desconcertó al ver la irónica calma del joven. Llamando a Montecristo aparte le dijo:

—¡Y bien! ¿Qué le parece nuestro amante?

—¡Diablos! ¡Me parece frío, sin duda, pero qué quiere, está comprometido!

—Sin duda, estoy comprometido. Pero a dar a mi hija a un hombre que la ame, y no a uno que no la ame. Ahí tiene a ese amante frío como un mármol, orgulloso, como su padre. Si fuese rico, si poseyese la fortuna de los Cavalcanti, podría perdonársele. Todavía no he consultado a mi hija, pero si tuviese buen gusto...

—¡Oh! —dijo Montecristo—, no sé si me cegará mi amistad hacia él, pero le aseguro que el señor de Morcef es un joven muy simpático que hará feliz a su hija, y que tarde o temprano llegará a ser algo, porque, en fin, la posición de su padre es excelente.

—¡Hum!, ¡hum! —exclamó Danglars.
—¿Por qué duda?
—Siempre queda el pasado..., ese pasado oscuro...
—Pero el pasado del padre nada tiene que ver con el hijo.
—¡No diga eso!
—Veamos, no se acalore. Hace un mes encontraba ese casamiento bajo todos conceptos excelente..., ya comprenderá, yo estoy desesperado, en mi casa es donde ha visto a ese joven Cavalcanti, a quien yo no conozco, se lo repito.
—Pues yo sí lo conozco —dijo Danglars—, y esto me basta.
—¿Usted lo conoce? ¿Ha pedido informes? —preguntó Montecristo.
—¿Hay acaso necesidad de ello? ¿No se conocen a primera vista todas las ventajas de una persona? En primer lugar, es rico.
—Yo no lo aseguro.
—Sin embargo, ¿responde de él?
—De cincuenta mil libras, una miseria.
—Tiene una educación esmerada.
—¡Hum! —exclamó Montecristo a su vez.
—Es músico.
—Como todos los italianos.
—Vamos, conde. Es usted injusto con ese joven.
—¡Pues bien!, sí, lo confieso, veo con disgusto que, conociendo sus compromisos con los Morcef, venga a interponerse y a dar al traste con el casamiento.
Danglars soltó una carcajada.
—¡Oh, es usted un puritano! —dijo—, pero eso sucede todos los días en el mundo.
—Sin embargo, no puede romper así como así, querido señor Danglars. Los Morcef cuentan con la boda.
—¿De veras?
—Desde luego.
—Entonces que se expliquen ellos. Usted debería decir dos palabritas al padre respecto a este asunto, conde, usted que lo trata tan íntimamente.
—¡Yo! ¿De dónde ha sacado eso?

—En un baile. ¡Cómo!, la condesa, la orgullosa Mercedes, la desdeñosa catalana, que apenas se digna abrir la boca para saludar a sus antiguos conocidos, le cogió del brazo, salió con usted al jardín, se fue por una de las alamedas y no volvió sino media hora después.

—¡Ah!, barón, barón —dijo Alberto—, nos impide que oigamos, ¡eso es una tiranía!

—Está bien, está bien, señor burlón —dijo Danglars. Y volviéndose hacia Montecristo añadió—: ¿Se encarga de decir esto al conde?

—Con mucho gusto, si así lo desea.

—Mas, por esta vez, que lo haga de manera más explícita y definitiva. Sobre todo, que me pida a mi hija, que fije una época, que declare sus condiciones pecuniarias, a fin de que todos nos entendamos; pero no más dilaciones.

—¡Pues bien!, daremos ese paso.

—No le diré que lo espero con placer, pero en fin, lo espero. Un banquero debe ser esclavo de su palabra.

Y Danglars arrojó uno de esos suspiros que momentos antes arrojaba Cavalcanti.

—¡Bravo, bravo! —exclamó Morcef, aplaudiendo el final de un dúo.

Danglars empezaba a mirar a Alberto de reojo, cuando vinieron a decirle unas palabras al oído.

—Vuelvo al momento —dijo el banquero a Montecristo—, espéreme, tal vez tenga algo que decirle.

Y salió. La baronesa se aprovechó de la ausencia de su marido para abrir la puerta del salón de estudio de su hija, y Andrés se puso en pie rápidamente, pues estaba sentado delante del piano, al lado de Eugenia.

Alberto saludó sonriendo a la señorita Danglars, que sin manifestar la menor turbación, le devolvió un saludo con su frialdad habitual.

Cavalcanti pareció evidentemente turbado. Saludó a Morcef, que le devolvió el saludo con la mayor impertinencia del mundo.

Entonces Alberto empezó a hacer mil elogios sobre la voz de la señorita Danglars, y sobre el sentimiento que experimentaba, por no haber asistido el día anterior a la *soirée.*

Cavalcanti empezó a hablar con Montecristo.

—Basta de música y de cumplidos. —dijo la señora Danglars—, vengan a tomar el té.

—Ven, Luisa —dijo la señorita Danglars a su amiga.

Pasaron al salón próximo, donde en efecto, estaba preparado el té. En el momento en que empezaba a dejar, a la inglesa, las cucharillas en las tazas, se abrió la puerta y Danglars se presentó, visiblemente agitado.

Montecristo observó al punto esta agitación e interrogó al banquero con una mirada.

—¡Y bien! —dijo Danglars—, acabo de recibir un correo de Grecia.

—¡Ah, ah! —exclamó el conde—, ¿para eso lo llamaron?

—Sí.

—¿Cómo está el rey Otón? —preguntó Alberto con tono jovial.

Danglars lo miró de reojo sin responderle, y Montecristo se volvió para ocultar la expresión de lástima que apareció en su rostro, pero que se borró instantáneamente.

—Nos marcharemos juntos, ¿verdad?

—Como quiera —dijo Alberto al conde.

Alberto no podía comprender aquella mirada del banquero. Así, pues, volviéndose hacia Montecristo, que le había comprendido muy bien, dijo:

—¿Ha visto cómo me ha mirado?

—Sí —respondió el conde—, pero ¿halla algo de particular en su mirada?

—Sí, pero ¿qué quiere decir con sus noticias de Grecia?

—¿Cómo quiere que yo lo sepa...?

—Porque supongo que usted tiene relaciones en ese país.

Montecristo sonrió como persona que trata de eludir una respuesta.

—Mire —dijo Alberto—, ahora se acerca a usted, y yo voy a hablar un poco a la señorita Danglars. Mientras tanto el padre tendrá tiempo de decirle algo.

—Si le habla, háblele de su voz, por lo menos —dijo Montecristo.

—No; eso lo haría todo el mundo.

—Mi querido vizconde —dijo Montecristo— a veces es un hombre muy raro.

Alberto se dirigió a Eugenia con la sonrisa en los labios.
Durante este tiempo Danglars se inclinó al oído del conde.
—Me ha dado un excelente consejo —dijo—, estas dos palabras encierran toda una historia: Fernando y Janina.
—¡Ah, ah! —exclamó Montecristo.
—Sí. Ya se lo contaré. Pero llévese al joven. solo de verlo me turbo, a pesar mío.
—Eso es lo que hago. Va a acompañarme. Ahora, dígame, ¿persiste en que le envíe el padre?
—Más que nunca.
—Bien.
El conde hizo una seña a Alberto.
Los dos saludaron a las señoras y salieron. Alberto, con un aire indiferente a los desdenes de la señorita Danglars. Montecristo, repitiendo a la señora Danglars los consejos acerca de la prudencia que debe tener la mujer de un banquero en asegurarse su porvenir.
El señor Cavalcanti quedó dueño del campo de batalla.
Apenas los caballos del conde doblaron la esquina del bulevar, cuando Alberto se volvió hacia el conde, soltando una carcajada demasiado fuerte para no ser un poco forzada.
—¡Y bien —le dijo—. Yo le preguntaré lo que el rey Carlos IX preguntaba a Catalina de Médici después de la noche de San Bartolomé: ¿Qué tal he desempeñado mi papel?
—¿Cuándo y sobre qué? —preguntó Montecristo.
—Sobre la instalación de mi rival en casa del señor Danglars...
—¿Qué rival?
—¿Quién ha de ser? Su protegido, el señor Andrés Cavalcanti.
—¡Oh!, dejémonos de bromas, vizconde. Yo no protejo al señor Cavalcanti, al menos en casa del señor Danglars...
—Y yo no me quejaría si lo hiciese. Pero, felizmente, puede pasar sin su protección.
—¡Cómo! ¿Cree que hace la corte... ?
—Se lo aseguro. ¿No se ha dado cuenta de sus miradas, sus suspiros, las modulaciones de sus sonidos armoniosos...? ¡Nada!, aspira a la mano de la orgullosa Eugenia. Palabra de honor, lo repito, aspira a la mano de la orgullosa Eugenia.

—¿Y eso qué importa, si no piensa más que en usted?
—No diga eso, mi querido conde, ¿no ve la amabilidad con que me han tratado?
—¡Cómo! ¿Quién...?
—Sin duda, la señorita Eugenia apenas me ha respondido, y la señorita de Armilly, su confidente, no me ha contestado en absoluto.
—Sí, pero el padre lo adora —dijo Montecristo.
—¿El padre? Al contrario, me ha hundido mil puñales en el corazón. Puñales que solo se introducen en la ropa, es verdad; puñales de tragedia, pero no era esa su intención.
—Los celos indican que hay cariño.
—Sí, pero yo no estoy celoso.
—¡Él sí lo está!
—¿De quién? ¿De Debray?
—No, de usted.
—¿De mí? Apuesto a que antes de ocho días me da con la puerta en las narices.
—Se equivoca, mi querido vizconde.
—¿Una prueba?
—¿La quiere?
—Sí.
—Estoy encargado de indicar al señor conde de Morcef que dé un paso definitivo sobre el casamiento.
—¿Quién se lo ha encargado?
—El propio barón.
—¡Oh! —dijo Alberto con tono suplicante—. No hará eso, ¿verdad, señor conde?
—Se equivoca, Alberto, lo haré, pues lo tengo prometido.
—Vamos —dijo Alberto—, ¡qué empeño tiene también usted en casarme!
—Quiero estar bien con todo el mundo. Pero, a propósito de Debray, ya no lo veo en casa de la baronesa.
—Está enfadado.
—¿Con ella?
—No, con él.
—¿Se ha dado cuenta de algo?

—Vaya con lo que sale usted ahora.
—Pues qué, ¿sospechaba antes...? —dijo Montecristo con una sencillez encantadora.
—¡Ah! ¡Diablos! ¿De dónde viene, mi querido conde?
—Del Congo, si quiere.
—Pues no está muy lejos.
—¿Conozco por ventura a sus maridos parisienses...?
—¡Ah!, mi querido conde, los maridos son iguales en todas partes. Desde el momento en que estudie al individuo en un país cualquiera, conoce la raza.
—Entonces, ¿qué causa ha podido indisponer a Danglars con Debray? Parecían tan amigos... —añadió Montecristo con mayor sencillez aún.
—¡Ah!, atañe ya a los misterios de familia. Cuando el señor Cavalcanti se case, se lo puede preguntar.
El carruaje se detuvo.
—Ya hemos llegado —dijo Montecristo—. No son más que las diez y media, suba.
—Con mucho gusto.
—Mi carruaje lo llevará.
—No, gracias; mi cabriolé ha debido seguirnos.
—Ahí viene, en efecto —dijo Montecristo, bajando de su carruaje.
Entraron en la casa y luego en el salón, que estaba iluminado.
—Diga que nos hagan té, Bautista —dijo Montecristo.
Bautista salió sin hablar una palabra. Dos segundos después volvió con una bandeja con el servicio del té, como si hubiera surgido de debajo de la tierra.
—En verdad —dijo Morcef—, lo que admiro en usted, mi querido conde, no es su riqueza, otros habrá más ricos que usted. No es su talento, Beaumarchais no tendría más, pero sí tanto como usted. Es su modo de ser servido, sin que nadie le responda una palabra, al minuto, al segundo, como si adivinasen en la manera con que llama lo que desea, y como si todo lo que desea estuviese preparado.
—Lo que dice no deja de tener fundamento. Ya conocen mis costumbres. Por ejemplo, ahora verá. ¿No desea hacer algo después de beber el té?

—¡Diablos!, deseo fumar.

Montecristo se acercó al timbre y llamó una vez.

Al instante se abrió una puerta particular y Alí se presentó con dos pipas llenas de excelente latakia.

—Eso es maravilloso —dijo Morcef.

—No —repuso Montecristo—, es muy sencillo. Alí sabe que cuando se toma café o té, se fuma generalmente. Sabe que he pedido té, sabe que he entrado con usted, oye que le llamo, sospecha la causa y como es de un país donde se ejerce la hospitalidad, con la pipa sobre todo, en lugar de una, trae dos.

—Seguramente esa es una explicación como otra cualquiera, pero no es menos cierto que solo usted..., ¿pero qué es lo que oigo...?

Y Morcef se inclinó hacia la puerta, por la que, en efecto, entraban sonidos parecidos a los de un arpa.

—A fe mía, mi querido vizconde, esta noche la música le persigue. Acaba de oír el piano de la señorita Danglars, para oír luego la guzla de Haydée.

—Haydée, ¡oh, qué nombre tan adorable! ¿Puede haber mujeres que se llamen Haydée, además de las que así se llaman en los poemas de Byron?

—Desde luego. Haydée es un nombre muy raro en Francia, pero muy común en Albania y en Epiro. Es lo mismo que si dijese castidad, pudor, inocencia.

—¡Oh! ¡Eso es encantador! —dijo Alberto—. ¡Cómo me gustaría el que se llamasen nuestras francesas señorita Bondad, señorita Silencio, señorita Caridad Cristiana! Dígame, si la señorita Danglars, en lugar de llamarse Clara María Eugenia, como la llaman, se llamase señorita Castidad Pudor Inocencia Danglars, ¡diablos! ¿No sería mucho más hermoso?

—¡Loco! —dijo el conde—. No hable tan alto, podría oírle Haydée.

—¿Y se enojaría, tal vez?

—No —dijo el conde con aire altanero.

—¿Es amable? —preguntó Alberto.

—No es bondad, es deber; una esclava no se enfada nunca contra su amo.

—¡Vamos!, no se burle. ¿Hay todavía esclavos?

—Sin duda, puesto que Haydée lo es mía.

—En efecto, usted no hace ni tiene nada semejante a los demás. Esclava del señor conde de Montecristo es una posición en Francia. A juzgar por el modo con que emplea su dinero, ¿es un destino que le valdrá cien mil escudos al año?

—¡Cien mil escudos! La pobre ha poseído mucho más. Ha venido al mundo sobre tesoros, al lado de los cuales no son nada los de *Las mil y una noches.*

—¿Es una princesa?

—Usted lo ha dicho, y una de las principales de su país.

—Ya lo sospechaba. ¿Pero cómo siendo princesa ha podido llegar a ser esclava?

—¿Y cómo llegó a ser Dionisio el Tirano, maestro de escuela? El azar de la guerra, mi querido vizconde, el capricho de la fortuna.

—¿Y su nombre es un secreto?

—Para todo el mundo, sí. No para usted, mi querido vizconde, que es uno de mis amigos, y que lo guardará, ¿no es verdad que guardará el secreto?

—¡Oh, palabra de honor!

—¿Sabe la historia del bajá de Janina?

—¿De Alí-Tebelín?; sin duda, puesto que a su servicio fue donde adquirió mi padre su fortuna.

—Es verdad, lo había olvidado.

—¡Y bien! ¿Qué tiene que ver Alí-Tebelín con Haydée?

—Es su hija.

—¡Cómo! ¿Hija de Alí Pachá?

—Y de la hermosa Basiliki.

—¿Y es esclava suya?

—¡Oh, Dios mío, sí!

—¿Pues cómo?

—¡Diablos!, un día que pasaba yo por el mercado de Constantinopla, la compré.

—¡Eso es magnífico!, con usted, señor conde, no se vive, se sueña. Ahora, escuche, voy a pedirle una cosa, seré discreto.

—Hable.

—Pero puesto que sale con ella, puesto que la lleva a la ópera...

—¿Y qué más?
—Bien puedo pedirle esto.
—Puede pedir lo que quiera.
—Entonces, mi querido conde, le pido que me presente a su princesa.
—Con mucho gusto, pero bajo dos condiciones.
—Las acepto antes de conocerlas.
—La primera, que no confiará a nadie esta presentación.
—¡Muy bien, lo juro! —dijo Morcef extendiendo la mano.
—La segunda, que no le dirá que su padre ha servido al de ella.
—Lo juro también.
—Muy bien, vizconde, tendrá presentes estos dos juramentos, ¿no es verdad?
—¡Oh! —exclamó Morcef.
—Perfectamente. Sé que cumplirá su palabra.
El conde volvió a llamar con el timbre.
Alí se presentó.
—Es preciso que avises a Haydée —le dijo—, de que voy a tomar café con ella, y hazle comprender que le pido permiso para presentarle uno de mis amigos.
Alí se inclinó y salió.
—De modo que es cosa convenida. Cuidado con las preguntas directas, querido vizconde. Si desea saber algo, pregúntemelo a mí y yo se lo preguntaré a ella.
—Convenido.
Alí compareció por tercera vez, y tuvo levantado el tapiz para indicar a su amo y a Alberto que podían pasar.
Montecristo dijo:
—Entremos.
Alberto pasó una mano por sus cabellos y se retorció el bigote. El conde tomó su sombrero, se puso los guantes y precedió a Alberto a la estancia guardada por Alí en la antesala, y defendida por las tres camareras mandadas por Myrtho.
Haydée esperaba en la primera pieza, que era el salón, con sus ojos un tanto dilatados por la sorpresa, porque era la primera vez que otro, además de Montecristo, penetraba hasta sus aposentos.

Estaba sentada sobre un sofá, en un ángulo, con las piernas cruzadas a lo oriental, y había hecho, por decirlo así, un nido en las ricas telas de seda rayadas y bordadas, las más hermosas de Oriente. Junto a ella estaba el instrumento cuyos sonidos la habían descubierto. Estaba encantadora.

Al ver a Montecristo se levantó con aquella su peculiar sonrisa, que expresaba a la par los sentimientos de hija y de enamorada. Montecristo se dirigió hacia donde ella estaba, y le presentó su mano, sobre la cual, como siempre, imprimió sus labios.

Alberto se había quedado junto a la puerta, subyugado por aquella belleza extraña que veía por primera vez, y de la que nadie podía formarse una idea en Francia.

—¿A quién me traes? —preguntó en griego la joven a Montecristo —. ¿A un hermano, a un amigo, a un simple conocido o a un enemigo?

—A un amigo —dijo Montecristo en la misma lengua.

—¿Su nombre?

—El conde Alberto, es el mismo a quien yo libré de las manos de los bandidos en Roma.

—¿En qué lengua quieres que le hable?

Montecristo se volvió a Alberto y le preguntó:

—¿Sabe el griego moderno?

—¡Ah! —dijo Alberto—, ni el moderno, ni el antiguo, mi querido conde. Ni Homero ni Platón han tenido nunca un discípulo más pobre y, casi me atrevo a decir, más desdeñoso.

—Entonces —dijo Haydée, probando por la pregunta que hacía, que había entendido la de Montecristo, y la respuesta de Alberto—, hablaré en francés o italiano, si mi señor lo permite.

Montecristo reflexionó un instante.

—Hablarás en italiano —dijo.

Y volviéndose a Alberto:

—Lástima que no sepa el griego moderno o el griego antiguo, pues Haydée los habla admirablemente. La pobre tendrá que hablarle en italiano, lo cual le dará una idea falsa de ella.

E hizo una seña a Haydée.

—Bien venido seas, amigo, que vienes con mi señor y amo —dijo

la joven en excelente toscano y con su dulce acento romano que hace la lengua de Dante tan sonora como la de Homero—. Alí, café y pipas.

Y Haydée manifestó a Alberto que se aproximase mientras que Alí se retiraba para ejecutar las órdenes de su señora. Montecristo mostró a Alberto dos almohadones, y cada cual fue a buscar el suyo para acercarse a un magnífico velador cargado de flores naturales, dibujos y libros de música.

Entró Alí, trayendo el café y las pipas. En cuanto a Bautista, la entrada a aquella parte de la casa le estaba prohibida. Alberto rehusó la pipa que le presentaba el nubio.

—¡Oh!, tome, tome —dijo Montecristo—. Haydée está casi tan civilizada como una parisiense. Le desagrada el habano porque no le gustan los malos olores, pero el tabaco de Oriente es un perfume, bien lo sabe.

Alí salió.

Las tazas estaban preparadas, pero habían añadido un azucarero para Alberto. Montecristo y Haydée tomaban el licor árabe a la usanza de los árabes, es decir, sin azúcar.

La joven extendió la mano y tomó con el extremo de sus afilados dedos la taza de porcelana del Japón, que llevó a sus labios con el sencillo placer de un niño que bebe o come una cosa que ama con pasión.

Al mismo tiempo entraron dos mujeres con dos bandejas cargadas de helados y sorbetes que colocaron sobre dos mesitas destinadas a tal efecto.

—Mi querido huésped, y usted, *signora* —dijo Alberto, en italiano —, disculpe mi estupor. Estoy aturdido, y es natural. Me encuentro en Oriente, en el verdadero Oriente, no como yo lo he visto, sino como lo he soñado. En el seno de París, hace poco oía rodar los ómnibus y sonar las campanillas de los vendedores de limonada. ¡Oh!, *signora*, ¡que no sepa yo hablar griego!, entonces su conversación, unida a este conjunto mágico, me haría recordar esta noche, como la noche más deliciosa de toda mi vida.

—Hablo bastante bien el italiano para dialogar con usted, caballero —dijo tranquilamente Haydée—, y haré todo lo posible, si le gusta el

Oriente, para que lo encuentra aquí.

—¿De qué le he de hablar? —preguntó en voz baja Alberto a Montecristo.

—De lo que quiera. De su juventud, de sus recuerdos, y si quiere, de Roma, de Nápoles o de Florencia.

—¡Oh! —dijo Alberto—, no vale la pena teniendo una griega delante, hablarle de todo lo que debía de hablarse a una francesa. Déjeme que le hable de Oriente.

—Como gusta, querido Alberto. Por otra parte, es la conversación que más le agrada.

Alberto se volvió hacia Haydée.

—¿A qué edad salió de Grecia? —preguntó.

—A los cinco años —respondió Haydée.

—¿Y se acuerda de su patria? —preguntó Alberto.

—Cuando cierro los ojos, veo todo lo que he visto. Hay dos miradas: La mirada del cuerpo puede olvidar a veces, pero la del alma recuerda siempre.

—¿Y cuál es la época más remota de que tiene memoria?

—Apenas andaba. Mi madre, a quien llaman Basiliki, Basiliki quiere decir real —añadió la joven levantando la cabeza— mi madre me cogía de la mano y cubiertas las dos con un velo, después de haber puesto en el fondo de la bolsa todo el oro que poseíamos, íbamos a pedir limosna para los prisioneros, diciendo:

—El que da a los pobres presta al Eterno. Luego, cuando estaba llena la bolsa, volvíamos al palacio, y sin decir nada a mi padre, enviábamos este dinero que nos habían dado, tomándonos por unas mendigas, a un convento que lo repartía entre los prisioneros.

—Y en esa época, ¿qué edad tenía?

—Tres años —dijo Haydée.

—Entonces se acuerda de todo lo que le ha ocurrido desde aquel tiempo.

—De todo.

—Conde —dijo en voz baja Morcef a Montecristo—, debiera permitir a la *signora* que nos contase algo de su historia. Me ha prohibido que le hable de mi padre, pero tal vez ella me hablará de él, y no sabe cuánto gusto tendré en oír pronunciar mi nombre por

una boca tan hermosa.

Montecristo se volvió hacia Haydée, y con una seña que indicaba prestase la mayor atención a la recomendación que iba a hacerle, le dijo en griego:

—*Patros men aten, ma de onoma prodotu kai prodosiam, eipe emin.*

Haydée lanzó un suspiro y una nube sombría pasó por su frente tan pura.

—¿Qué le dice? —preguntó en voz baja Morcef.

—Le repito que es usted mi amigo y no tiene por qué ocultarse delante de usted.

—Así, pues —dijo Alberto—, aquella piadosa cuestación para los prisioneros es su primer recuerdo, ¿cuál es el otro?

—¿El otro...? Me veo bajo la sombra de los sicómoros, junto a un lago cuyas aguas temblorosas percibo a través de las hojas de los árboles. Contra el más viejo y el más frondoso estaba mi padre sentado sobre almohadones, y yo, débil niña, mientras mi madre estaba recostada a sus pies, jugaba con su larga barba blanca, que le llegaba hasta el pecho, y con el alfanje de puño de diamantes que de su cintura pendía. Luego, veo cuando se le acerca un albanés que le decía algunas palabras a las cuales daba muy poca importancia y respondía con el mismo tono de voz: Mátele o ¡perdónele!

—Es extraño —dijo Alberto— oír tales cosas de boca de una joven, fuera del teatro y pudiendo decir: Esto no es ficción, no es mentira. ¡Ah! —añadió—. ¿Cómo halla Francia después de haber visto aquel Oriente tan poético, aquellos paisajes tan maravillosos?

—Creo que es un hermoso país —dijo Haydée—, pero yo veo a Francia tal cual es, porque la miro con ojos de mujer. Mientras que, al contrario, mi país que solo he visto con mis ojos infantiles, está siempre envuelto en la niebla luminosa o sombría, según mis recuerdos hacen de ella una hermosa patria o un lugar de amargos sufrimientos.

—Tan joven, *signora* —dijo Alberto, cediendo a pesar suyo a un sentimiento de compasión—, ¿cómo ha podido sufrir?

Haydée se volvió hacia Montecristo, que murmuró haciéndole una

seña imperceptible.

—¡Eipe!

—Nada hay que forme el fondo del alma como los primeros recuerdos, y excepto los dos que acabo de citarle, todos los demás de mi juventud son tristes.

—Hable, hable, signora —dijo Alberto—, sepa que la escucho con un gozo inexplicable.

Haydée sonrió con tristeza.

—¿Quiere que pase a mis otros recuerdos?

—Se lo suplico —exclamó Alberto.

—¡Pues bien!, tenía yo cuatro años, cuando un día fui despertada por mi madre. Estábamos en el palacio de Janina, me tomó en sus brazos, y al abrir los ojos vi los suyos llenos de lágrimas.

»Sin pronunciar una palabra me llevó consigo violentamente. Al ver que lloraba, yo también iba a llorar.

»—¡Silencio, niña! —me dijo.

»Generalmente, a pesar de los consuelos o de las amenazas maternas, caprichosa como todos los niños, seguía yo llorando, pero esta vez había en la voz de mi madre una entonación tal de terror, que al punto me callé.

»Seguía caminando rápidamente.

»Entonces vi que descendíamos por una escalera muy ancha. Delante de nosotros todas las servidoras de mi madre llevando cofres, cajas, objetos preciosos, adornos, joyas, bolsas llenas de oro, descendían la misma escalera, o más bien se precipitaban por ella.

»Detrás de las mujeres venía una guardia de veinte hombres armados con largos fusiles y pistolas, y vestidos con ese traje que conoce en Francia desde que Grecia llegó a ser nación.

»—Algo de siniestro había, créame —añadió Haydée moviendo la cabeza y palideciendo solo al recordar este incidente—, en aquella larga fila de esclavos y de mujeres, adormecidas aún, o al menos así lo creía, porque yo lo estaba.

»En la escalera veía sombras gigantescas que las antorchas hacían temblar en las bóvedas.

»—¡Pronto, pronto! ¡No hay un instante que perder! —dijo una voz

en el fondo de la galería.

»Esta voz hizo inclinarse a todo el mundo, a la manera que el viento inclina con una de sus bocanadas un campo sembrado de espigas.

»A mí también me hizo estremecer. Era la de mi padre. Iba el último, cubierto con un magnífico traje, y llevaba en la mano su carabina, que le había regalado su emperador, y apoyado sobre su favorito Selim, nos conducía delante de sí, como conduce un pastor su rebaño de ovejas.

»Mi padre —dijo Haydée— era un hombre ilustre, conocido en toda Europa bajo el nombre de Alí-Tebelín, bajá de Janina y delante del cual ha temblado Turquía.

Alberto, sin saber por qué, se estremeció al oír estas palabras, pronunciadas con un acento indefectible de altanería y dignidad. Le pareció ver brillar algo de sombrío y espantoso en los ojos de la joven, cuando, semejante a una pitonisa que evoca un espectro, despertó el recuerdo de aquella sangrienta figura, a quien su muerte hizo aparecer gigantesca a los ojos de Europa.

—Pronto —prosiguió Haydée— se detuvo la comitiva al pie de la escalera y a orillas de un lago. Mi madre me estrechaba contra su palpitante pecho y a dos pasos de donde yo estaba vi a mi padre que dirigía miradas inquietas a todos lados.

»Delante de nosotros se extendían cuatro escalones de mármol, y junto al último se mecía blandamente una barca.

»Todos bajamos a ella. Todavía recuerdo que los remos no hacían ningún ruido al tocar el agua. Me incliné para mirarlos y vi que estaban envueltos en ceñidores de nuestros soldados griegos, o palicarios.

»Después de los barqueros, no había en la barca más que mujeres, mi padre, mi madre, Selim y yo.

»Los palicarios se habían quedado a orillas del lago, prontos a sostener la retirada, arrodillados en el último escalón, y dispuestos a hacer con sus cuerpos un muro en el caso de que hubiesen sido perseguidos.

»Nuestra barca se deslizaba sobre las aguas, veloz como el viento.

»—¿Por qué va tan de prisa la barca? —pregunté a mi madre.

»—¡Calla, hija mía! —dijo—, es porque huimos.

»No comprendí por qué huía mi padre, mi padre, tan poderoso, delante del cual huían siempre los demás, y que había tomado por divisa: “¡Me odian, luego me temen!”

»En efecto, aquello era una fuga. Después me dijeron que la guarnición del castillo de Janina, fatigada de un largo servicio...”.

Aquí Haydée fijó su mirada en Montecristo, cuyos ojos no se apartaban de los suyos.

La joven continuó, pues, lentamente, como si suprimiera o inventara.

—Signora, decía —dijo Alberto, que prestaba la mayor atención a este relato— que la guarnición de Janina, fatigada por un largo servicio...

—Había tratado con el seraskier Kourdhid, enviado por el sultán para apoderarse de mi padre, que tomó entonces la resolución de retirarse, después de haber enviado al sultán un oficial francés, en el cual tenía mucha confianza, al asilo que él mismo se había preparado mucho tiempo antes, y que llamaba Kasaphygion, es decir, refugio.

—¿Y se acuerda del nombre de ese oficial, señora? —preguntó Alberto.

Montecristo cambió con la joven una mirada rápida como un relámpago, que pasó inadvertida de Morcef.

—No —dijo ella—; no me acuerdo, pero tal vez más tarde lo recuerde, y lo diré.

Alberto iba a pronunciar el nombre de su padre, cuando Montecristo levantó suavemente el dedo en señal de silencio. El joven recordó su juramento y se calló.

—Bogábamos hacia un quiosco.

»Un piso bajo, adornado de arabescos que bajaban hasta el agua, y un piso principal, cuyos balcones caían al lago, he aquí lo único visible que este palacio ofrecía a la vista. Sin embargo, debajo del quiosco, internándose en la isla, había un subterráneo, vasta caverna donde nos condujeron a mi madre, a mí y a nuestras mujeres, y donde habían depositado, formando dos montones, sesenta mil bolsas y doscientos toneles. En estas bolsas había

veinticinco millones de oro, y en los barriles mil libras de pólvora. Junto a estos barriles estaba Selim, el favorito de mi padre, del cual le he hablado ya. Velaba día y noche con una lama, en el extremo de la cual ardía una mecha encendida constantemente. Tenía orden de hacerlo volar todo, quiosco, guardias, bajá, mujeres y oro, a la primera señal de mi padre.

»Recuerdo que nuestras esclavas, sabiendo los proyectiles que las rodeaban, pasaban día y noche orando, llorando y gimiendo.

»En cuanto a mí, siempre veo al joven soldado de pálida tez y brillantes ojos, y cuando el ángel de la muerte descienda hasta mí, estoy segura de que reconoceré a Selim.

»No sabría decir cuántos días estuvimos así. Aún ignoraba yo lo que era el tiempo en aquella época. Algunas veces mi padre nos mandaba llamar a mi madre y a mí a la azotea del palacio. Estas eran mis horas de fiesta, pues en el subterráneo no veía nunca más que sombras gimientes y doloridas, y la encendida mecha de Selim. Mi padre, sentado delante de una gran abertura, fijaba una mirada sombría en las profundidades del horizonte, interrogando cada punto negro que aparecía en el lago. Mientras mi madre, medio recostada a su lado, apoyaba su cabeza sobre su hombro, jugaba yo a sus pies, admirando con ese asombro de la infancia que hace que los objetos sean mayores de lo que son, las escarpadas montañas que se elevan en el horizonte, los castillos de Janina, que surgían blancos y angulosos del fondo de las aguas del lago, los inmensos árboles que nacen en la montaña y que de lejos parecen otras tantas manchas negras.

»Una mañana nos mandó llamar mi padre. Mi madre había llorado toda la noche. Le encontramos bastante tranquilo, pero más pálido que de costumbre.

»—Ten paciencia, Basiliki —dijo—. Hoy se acabará todo. Hoy llega el permiso del señor y mi suerte quedará decidida. Si la gracia es entera, volveremos triunfantes a Janina. Si la nueva es mala, huiremos esta noche.

»—Pero ¿y si no nos dejan huir? —dijo mi madre.

»—¡Oh!, tranquilízate —respondió Alí sonriendo—. Selim y su lanza me responden de ellos. Quisieran verme muerto, mas no bajo

la condición de morir junto conmigo.
»Mi madre no respondía sino con suspiros a estos consuelos que no salían en verdad del corazón de mi padre.
»Le preparó agua helada, que bebía a cada instante, porque después de su retirada al quiosco se hallaba consumido por una fiebre ardiente. Perfumó su blanca barba y encendió su pipa, en la que a veces durante horas enteras seguía distraído con los ojos el humo que se dispersaba en el aire.
»De repente hizo un movimiento tan brusco que yo me sobrecogí de miedo. Y sin apartar la vista del punto que reclamaba su atención, pidió su anteojo.
»Mi madre se lo entregó, más blanca que el estuco contra el que se apoyaba. Yo vi temblar a mi madre.
»—¡Una barca...!, ¡dos...!, tres... —murmuró mi padre—, ¡cuatro!
»Y se levantó cogiendo sus armas, llenando de pólvora, me acuerdo, la cazoleta de sus pistolas.
»—Basiliki —dijo a mi madre con un visible estremecimiento—, este es el instante que se va a decidir sobre nosotros. Dentro de media hora sabremos la respuesta del sublime emperador. Retírate al subterráneo con Haydée.
»—No quiero separarme de usted —dijo Basiliki—, si muere, señor, con usted quiero morir también.
»—¡Vaya al lado de Selim! —gritó mi padre.
»—¡Adiós, señor! —murmuró mi madre, obediente a las órdenes de mi padre.
»—¡Acompañe a Basiliki! —gritó mi padre a sus palicarios.
»Pero a mí me habían olvidado. Me precipité hacia él y extendí mis manos. Me vio, e inclinándose hacia mí, puso sus abrasados labios sobre mi frente. ¡Oh!, ¡este beso! Este beso fue el último y aún lo siento sobre mi frente.
»Al bajar distinguíamos a través de las ventanas las barcas, cuyo tamaño aumentaba sobre la superficie de las ondas, y que, semejantes a puntos negros, parecían ahora aves marinas deslizándose sobre el agua.
»Durante este tiempo, veinte palicarios sentados a los pies de mi padre, y ocultos por los pedestales, esperaban con ojos inyectados

en sangre la llegada de las barcas, y tenían preparados sus largos fusiles incrustados de nácar y de plata. Cartuchos en gran número estaban esparcidos sobre el pavimento. Mi padre miraba su reloj y se paseaba con angustia.

»Fue lo que más me sorprendió cuando me separé de mi padre después de recibir de él su último beso.

»Mi madre y yo atravesamos el subterráneo. Selim continuaba en su puesto. Al vernos sonrió tristemente. Fuimos a buscar unos almohadones a la parte opuesta de la caverna, y nos sentamos al lado de Selim; en los grandes peligros se siente una impresión inexplicable y aunque yo era muy niña, conocía que pesaba sobre nuestras cabezas un grave desastre.

Alberto había oído contar, no a su padre, que jamás hablaba de ello, sino a sus conocidos, los últimos momentos del visir de Janina; había leído varios párrafos que los periódicos dedicaron a describir su muerte. Pero aquella historia, contada por la hija del bajá, y aquel tierno acento, le infundían a la vez un encanto y un horror inexplicables.

En cuanto a Haydée, entregada a aquellos terribles recuerdos, había hecho una pausa. Su frente, como una flor que se dobla en un día de tempestad, descansaba sobre su mano, y sus ojos, perdidos vagamente, parecían ver en el horizonte las montañas y las aguas azules del lago de Janina, espejo mágico que reflejaba el sombrío cuadro que describía.

Montecristo la miraba con una inefable expresión de interés y de piedad.

—Continúa, hija mía —le dijo en griego.

Haydée levantó su frente, como si las sonoras palabras que acababa de pronunciar Montecristo la hubiesen sacado de un sueño, y replicó:

—Eran las cuatro de la tarde. Pero, aunque el día estaba diáfano y brillante, nos hallábamos sumergidos en la sombra del subterráneo.

»Un solo resplandor brillaba en la caverna, semejante a una estrella en el fondo de un cielo negro. Era la mecha de Selim.

»Mi madre era cristiana, y rezaba.

»Selim repetía de cuando en cuando estas palabras: —¡Dios es

grande!

»Sin embargo, mi madre tenía alguna desconfianza.

»Al bajar había creído reconocer al francés que había sido enviado a Constantinopla, y en el cual mi padre tenía toda su confianza, porque sabía que los soldados del suelo francés son por lo general nobles y generosos.

»Avanzó hacia la escalera y se puso a escuchar.

»—Se acercan —dijo—, ¡con tal que traigan la paz y la vida!

»—¿Qué temes, Basiliki? —respondió Selim con su voz suave y fiera a la vez—. Si no traen la vida, les daremos la muerte.

»Y atizaba la llama de su lanza con un ademán que le hacía asemejarse al Dionisos de la antigua Creta.

»Pero yo, que no era más que una pobre niña, tenía miedo de aquel valor, que me parecía feroz e insensato, y me asustaba aquella muerte espantosa en el aire y en las llamas.

»Mi madre sufría las mismas impresiones, porque la veía estremecerse.

»—¡Dios mío! ¡Dios mío!, mamá —exclamé—. ¿Vamos a morir?

»Y al oír esto, el llanto y los lamentos de las esclavas subieron de punto.

»—Hija mía —dijo Basiliki—. ¡Dios te preserve de llegar a desear esta muerte que tanto temes hoy!

»Y después dijo en voz baja:

»—Selim, ¿cuál es la orden de tu señor?

»—Si me manda su puñal, es que el Sultán se niega a perdonarlo, y prendo fuego. Si me manda su anillo, es que el Sultán lo perdona, y apago la mecha.

»—Amigo —le dijo mi madre—, cuando llegue la orden de tu amo, si te envía el puñal, en lugar de matarnos a las dos con esa muerte que nos espanta, te presentaremos el cuello y nos matarás antes con el mismo puñal.

»—Está bien, Basiliki —respondió tranquilamente Selim.

»De repente oímos unos fuertes gritos. Escuchamos. Eran gritos de alegría. El nombre del francés que había sido enviado a Constantinopla resonaba repetido por nuestros palicarios. Era evidente que traía la respuesta del sublime emperador y que esta

respuesta era favorable.

—¿Y no se acuerda de ese nombre? —dijo Morcef pronto a ayudar a la narradora.

Montecristo le hizo una seña.

—No, no me acuerdo —respondió Haydée—. El ruido aumentaba. y se oyeron pasos más cerca de nosotros. Bajaban la escalera del subterráneo. Selim preparó su lanza. Pronto apareció una sombra en el crepúsculo azulado que formaban los rayos de luz al penetrar hasta la puerta de la cueva.

»—¿Quién eres? —gritó Selim—. Pero quienquiera que seas, no des un paso más.

»—¡Gloria al Sultán! —dijo la sombra—. Se le ha concedido el perdón al visir Alí, y no solo puede vivir, sino que hay que devolverle su fortuna y sus bienes.

»Mi madre profirió un grito de alegría y me estrechó contra su corazón.

»—¡Detente! —le dijo Selim al ver que se lanzaba ya para salir—. ¡Sabes que necesito el anillo!

»—Es verdad —dijo mi madre, y cayó de rodillas, levantándome hacia el cielo, como si al mismo tiempo que rogaba a Dios por mí, quisiera levantarme hacia Él.

Haydée se detuvo por segunda vez, vencida por una emoción tal, que su frente pálida estaba bañada por el sudor, y su fatigada voz parecía incapaz de salir de su garganta.

El conde de Montecristo llenó un vaso de agua helada y se lo presentó, diciendo con una dulzura que dejaba traslucir una gran ternura:

—Valor, hija mía.

Haydée enjugó sus ojos y su frente, y prosiguió:

»—Durante este tiempo nuestros ojos, acostumbrados a la oscuridad, habían reconocido al enviado del bajá. Era un amigo.

»Selim lo había reconocido, pero el valeroso joven no sabía más que una cosa: ¡Obedecer!

»—¿En nombre de quién vienes? —dijo.

»—Vengo en nombre de su señor Alí-Tebelín.

»—¿Sabes lo que debes entregarme, si vienes en nombre de Alí?

»—Sí —dijo el enviado—, le traigo su anillo.

»Al mismo tiempo levantó su mano sobre su cabeza, pero estábamos demasiado lejos para conocer qué era lo que en ella tenía.

»—No veo lo que tienes ahí —dijo Selim.

»—Acércate —dijo el mensajero—, o me acercaré yo.

»—Ni uno ni otro —respondió el joven soldado—, deja en el sitio donde estás el objeto que me muestras y retírate hasta que lo haya visto.

»—De acuerdo —dijo el mensajero.

»Y después de haber colocado la señal de reconocimiento en el sitio indicado, se retiró.

»Nuestro corazón palpitaba fuertemente, porque, en efecto, el objeto parecía ser un anillo. Pero... ¿sería el de mi padre?

»Selim, siempre con su lanza en la mano y la mecha encendida, se dirigió a la abertura, se inclinó radiante hacia el rayo de luz y recogió la señal.

»—¡El anillo del visir! —dijo besándolo—. ¡Dios es grande!

»Y agarró la mecha, la tiró contra el suelo y allí la apagó con el pie.

»El mensajero lanzó un grito de alegría y dio tres palmadas. Al oír esta señal, cuatro soldados del seraskier Kourdhid aparecieron en la puerta y Selim cayó atravesado de cinco puñaladas. Cada cual había dado la suya.

»Y, en seguida, ebrios de codicia, aunque pálidos de miedo, se precipitaron en el subterráneo, buscando por todos los rincones y recogiendo sacos de oro.

»Entretanto, mi madre me cogió en sus brazos, y con toda la agilidad de que era capaz, se precipitó hacia unas sinuosidades, llegó a una escalerilla falsa, en la cual reinaba un tumulto espantoso.

»Las salas bajas estaban pobladas enteramente por los tehodoars de Kourdhid, es decir, por nuestros enemigos.

»Cuando mi madre iba a empujar la puertecita, oímos la terrible y amenazadora voz de mi padre.

»Mi madre se asomó a las hendiduras de las planchas. Una abertura había también delante de mis ojos y miré.

»—¿Qué quiere? —decía mi padre a unos hombres que tenían en la mano un papel con caracteres dorados.

»—Queremos —respondió uno de ellos— comunicarte las órdenes de Su Alteza ¿Ves esta firma?

»—La veo —dijo mi padre.

»—Pues bien, lee. Pide tu cabeza.

»Mi padre arrojó una carcajada más espantosa que una amenaza, y aún no había cesado, cuando disparó dos pistoletazos matando a dos hombres.

»Los palicarios que se hallaban escondidos alrededor de mi padre se levantaron e hicieron fuego. La sala se llenó de ruido, llamas y humo.

»Al momento empezó el fuego en la parte opuesta y las balas agujerearon los tabiques alrededor de nosotras.

»Oh! ¡Cuán bello y majestuoso estaba el visir Alí-Tebelín, mi padre, en medio de las balas, con la cimitarra empuñada, y el rostro ennegrecido por la pólvora! ¡Cómo huían sus enemigos!

»—¡Selim! ¡Selim!, guardián del fuego, ¡cumple con tu deber!

»—¡Selim ha muerto! —respondió una voz sorda que parecía salir de las profundidades del quiosco—, y tú, Alí, estás perdido.

»Al mismo tiempo se oyó una detonación sorda, y un tabique voló en mil pedazos alrededor de mi padre.

»Sin embargo, no estaba herido.

»Los tehodoars tiraban por las aberturas de los tabiques. Tres o cuatro palicarios cayeron mortalmente heridos.

»Mi padre rugía como un león. Introdujo sus dedos por los agujeros de las balas y arrancó una tabla entera, dejando un hueco bastante grande para poder huir, como pensaba.

»Sin embargo, al mismo tiempo, estallaron veinte tiros por esta abertura, y las llamas, que salían como de un volcán, llegaron hasta los arabescos del techo.

»En medio de todo este espantoso tumulto, en medio de estos gritos terribles, dos de ellos más fuertes que los demás, dos de ellos más desgarradores que todos, me helaron de espanto.

»Aquella última explosión hirió mortalmente a mi padre y él fue quien lanzó los dos gritos.

»No obstante, había permanecido de pie y había cogido una ventana. Mi madre sacudía la puerta para ir a morir con él, pero la puerta estaba cerrada por dentro.

»A su alrededor los palicarios luchaban con las convulsiones de la agonía. Dos o tres que no estaban heridos se lanzaron por las ventanas.

»Al mismo tiempo, el pavimento se estremeció, mi padre cayó sobre una rodilla. Al punto se extendieron hacia él veinte brazos, armados de sables, pistolas y puñales, e hirieron a la vez a un solo hombre, y mi padre desapareció en un torbellino de fuego, atizado por aquellos demonios rugientes, como si el infierno se hubiera abierto a sus pies.

»Yo caí al suelo. Mi madre también se había desmayado.

Haydée dejó caer sus brazos, lanzando un gemido y mirando al conde como para preguntarle si estaba satisfecho de su obediencia.

El conde se levantó, se dirigió a ella, le cogió una mano y le dijo en griego:

—Descansa, hija mía, y recobra un poco de valor pensando que hay un Dios que castiga a los traidores.

—Es una historia espantosa, conde —repuso Alberto asustado de la palidez de Haydée—, y ahora me echo en cara el haber sido tan cruelmente indiscreto.

—Eso no es nada —respondió Montecristo, y poniendo su mano sobre la cabeza de la joven, continuó—, Haydée es una valerosa mujer; algunas veces ha encontrado alivio a sus males hablando de sus dolores.

—Porque mis dolores me recuerdan tus beneficios, señor —dijo vivamente la joven.

Alberto le dirigió una mirada de curiosidad, porque aún no le había contado lo que deseaba saber, es decir, cómo había llegado a ser esclava del conde.

Haydée vio expresado el mismo deseo en las miradas del conde y en las de Alberto y continuó:

—Al recobrar mi madre los sentidos, nos hallábamos delante del seraskier.

»—Máteme —dijo—, pero respete el honor de la viuda de Alí-

Tebelín.
»—No es a mí a quien tienes que dirigirte —dijo Kourdhid.
»—¿A quién, pues?
»—A tu nuevo amo.
»—¿Quién es?
»—Mírale ahí.
»Y Kourdhid nos mostró uno de los que habían contribuido más a la muerte de mi padre —continuó la joven con cólera sombría.
—Luego —preguntó Alberto—, ¿fueron esclavas de aquel hombre?
—No —respondió Haydée—, no se atrevió a quedarse con nosotras, nos vendió a unos mercaderes de esclavos que iban a Constantinopla. Atravesamos Grecia y llegamos moribundas a la Puerta Imperial, atestada de curiosos que se hacían a un lado para dejarnos pasar, cuando de repente mi madre siguió con la vista la dirección de sus miradas, lanzó un grito y cayó, mostrándome una cabeza que había encima de la Puerta. Debajo de esta cabeza estaban escritas estas palabras:
»Esta es la cabeza de Alí-Tebelín, bajá de Janina.
»Yo me eché a llorar, procuré levantar a mi madre, pero estaba muerta.
»Me condujeron al bazar. Un armenio rico me compró, me instruyó, me dio maestros, y cuando tuve trece años me vendió al sultán Mahmud.
—Al cual —dijo Montecristo— yo la compré, como le he dicho, Alberto, por la esmeralda compañera de la que me sirve para guardar mis pastillas de hachís.
—¡Oh! ¡Tú eres bueno! ¡Tú eres grande!, señor —dijo Haydée besando la mano de Montecristo—, y yo soy feliz al pertenecerte.
Alberto estaba absorto. Apenas podía dar crédito a lo que acababa de oír.
—Acabe su taza de té —le dijo el conde—, pues la historia ha concluido.
Retrocedamos un poco.
Franz había salido del cuarto de Noirtier tan aterrado, que la misma Valentina tuvo piedad de él.
Villefort, que solo había articulado algunas palabras incoherentes y

que había salido de su despacho, recibió dos horas después la siguiente carta.

Después de las revelaciones de esta mañana, no podrá suponer el señor Noirtier de Villefort que sea posible una alianza entre su familia y la del señor Franz d'Epinay, que se horroriza al pensar que el señor de Villefort, que parecía conocer los acontecimientos contados esta mañana, no le haya avisado antes.

El que hubiese visto en este momento al procurador, abatido por el golpe, no hubiese pensado lo que preveía. En efecto, nunca hubiera creído que su padre llevaría la franqueza, más bien la rudeza, hasta contar semejante historia. Es cierto que el señor Noirtier nunca se había ocupado de aclarar este hecho a los ojos de su hijo, y este había creído siempre que el general Quesnel, o el barón d'Epinay, había muerto asesinado y no en un duelo leal como se le había demostrado.

Esta carta tan dura de un joven hasta entonces tan respetuoso era mortal para el orgullo de un hombre como Villefort.

Apenas acababa de entrar en su despacho cuando entró en él también su mujer.

La salida de Franz, llamado por el señor Noirtier, había asombrado de tal modo a todo el mundo, que la posición de la señora de Villefort, que se quedó sola con el notario y los testigos, era cada vez más embarazosa. Entonces la señora de Villefort tomó un partido y salió anunciando que iba a ver lo que ocurría.

El señor de Villefort se contentó con decirle que, a consecuencia de una discusión entre él, el señor Noirtier y el señor d'Epinay, el casamiento de Valentina con Franz se había desbaratado.

Difícil era comunicar esto a los que esperaban. Así, pues, la señora de Villefort, al entrar, se contentó con decir que el señor Noirtier tuvo al comienzo de la conversación un ataque apopléjico, y que por esta razón el contrato se dilataba, naturalmente, para después de algunos días.

Esta noticia, aunque era falsa, causó tal extrañeza después de las dos desgracias del mismo género, que los testigos se miraron

asombrados y se retiraron sin decir una palabra.

Entretanto, Valentina, feliz y espantada a la vez, después de haber abrazado y dado gracias al débil anciano que acababa de romper de un solo golpe una cadena que ella veía como indisoluble, pidió que la dejasen retirarse a su cuarto, y Noirtier le concedió permiso para ello.

Pero, en lugar de subir a su cuarto, Valentina entró en el corredor, y saliendo por la puertecita, se lanzó hacia el jardín. En medio de todos los acontecimientos que acababan de sucederse unos a otros, un terror sordo había oprimido constantemente su corazón. Esperaba de un momento a otro ver aparecer a Morrel pálido y amenazador como el aire de Ravenswood en el contrato de Lucía de Lammermoor.

En efecto, era tiempo de que llegase a la reja Maximiliano, que había sospechado lo que iba a ocurrir al ver a Franz salir del cementerio con el señor de Villefort. Lo había seguido, después de haberlo visto salir y entrar de nuevo con Alberto y Château-Renaud. Para él ya no había duda. Se dirigió a su huerta preparado a cualquier evento, y seguro de que en su primer momento de libertad, Valentina correría en su busca.

No se había engañado Morrel. Con los ojos arrimados a las tablas de la valla, vio aparecer, en efecto, a la joven que, sin tomar ninguna de las acostumbradas precauciones, corría hacia donde él se encontraba.

A la primera ojeada que le dirigió Maximiliano se tranquilizó. A la primera palabra que pronunció ella, saltó de alegría.

—¡Salvados! —dijo Valentina.

—¡Salvados! —repitió Morrel, no pudiendo creer en semejante felicidad—. ¿Salvados, por quién?

—Por mi abuelo. ¡Oh! ¡Ámelo mucho, Morrel!

Morrel juró amar al anciano con toda su alma, y este juramento lo pronunciaba con un placer tanto mayor, cuanto que desde aquel instante no solo lo amaba como a su amigo, sino que lo adoraba como a un dios.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó Morrel—. ¿De qué medios se ha valido?

Valentina iba a abrir la boca para contárselo todo, pero se acordó de que había en el fondo de todo aquello un terrible secreto que no pertenecía solo a su abuelo.

—Más tarde —dijo— se lo contaré todo.

—¿Pero cuándo?

—Cuando sea su mujer.

Esto era poner la conversación en un estado en que Morrel accedía gustoso a todo cuanto le pedía Valentina. Dijo para sí que bastante era para un día lo que acababa de saber, pero no consintió en retirarse sino después de haber exigido la promesa de que vería a Valentina al día siguiente por la noche.

Esta prometió hacer lo que él quisiera.

Todo había cambiado a sus ojos, y seguramente le era menos difícil creer ahora que se casaría con Maximiliano, que convencerse una hora antes que no se casaría con Franz...

Durante este tiempo, la señora de Villefort había subido al cuarto del señor Noirtier, que la miró con aquellos ojos sombríos y severos con que acostumbraba hacerlo.

—Caballero —le dijo ella—, no necesito comunicarle que el casamiento de Valentina se ha desbaratado, puesto que aquí es donde ha tenido lugar este acto.

Noirtier permaneció inmóvil.

—Pero —continuó la señora de Villefort— lo que usted no sabe es que yo siempre me había opuesto a tal enlace y que este se iba a celebrar a pesar mío.

Noirtier miró a su nuera como pidiéndole una explicación.

—Ahora que se ha deshecho ese matrimonio, por el cual yo sabía la repugnancia que sentía usted, voy a dar un paso que no podrían dar el señor de Villefort ni su hija.

Los ojos de Noirtier preguntaron qué pasó era este.

—Vengo a suplicarle —continuó la señora de Villefort—, como la única que tiene derecho a hacerlo, porque no reportaré utilidad alguna de ello. Vengo a suplicarle que por favor devuelva la herencia a su nieta.

Los ojos de Noirtier permanecieron un instante inciertos. Evidentemente buscaba los motivos de este paso y no podía

hallarlos.

—¿Puedo esperar, caballero, que sus intenciones estén en armonía con la súplica que vengo a hacerle?

—Sí —indicó Noirtier.

—Entonces me retiro feliz y llena de reconocimiento hacia usted.

Y saludando al señor Noirtier se retiró.

En efecto, al día siguiente mandó Noirtier llamar a un notario. Se rompió el primer testamento y se redactó otro nuevo, en el que dejó todos sus bienes a Valentina, bajo las condiciones de que no la separarían de él.

Algunas personas calcularon entonces que la señorita de Villefort, heredera del marqués y de la marquesa de Saint-Merán, y amada de su abuelo, tendría algún día trescientas mil libras de renta.

Mientras en casa de los Villefort se rompía este casamiento, el conde de Morcef recibió la visita del de Montecristo, y para mostrar sus deseos de complacer a Danglars, se vistió su uniforme de gala de teniente coronel con todas sus cruces, y pidió sus mejores caballos.

Luego se dirigió a la calle de Chaussée d'Antin y se hizo anunciar a Danglars, que en aquel momento estaba efectuando sus pagos de fin de mes. No era este el momento más a propósito para encontrar a Danglars en su mejor humor.

Así, pues, al ver a su antiguo amigo, Danglars tomó su aire majestuoso y se repantigó en su sillón.

Morcef, tan grave por lo general, había afectado al contrario un aire risueño y afable. Por lo tanto, seguro como estaba de que su primera frase produciría una buena acogida, no hizo más cumplidos, y fue derecho al asunto.

—Barón —dijo—, aquí me tiene. Hace mucho tiempo que no hemos hablado acerca de la palabra que mutuamente nos dimos...

Morcef esperaba que se alegrase la fisonomía del banquero al oír estas palabras, pero, al contrario, se volvió casi más impasible y frío que antes.

Por esto Morcef se detuvo en medio de su frase.

—¿Qué palabra, señor conde? —preguntó el banquero, como si buscase en su imaginación la explicación de lo que el general quería

decir.

—¡Oh! —dijo el conde—, usted es formalista, señor mío, y me recuerda que el ceremonial debe hacerse en toda regla. Discúlpeme, ¡qué diablos! Perdóneme, como no tengo más que un hijo, y es la primera vez que pienso casarlo, estoy aún en el aprendizaje. Vaya..., veamos ahora.

Y Morcef, con una sonrisa forzada, se levantó, hizo una profunda reverencia a Danglars, y le dijo:

—Tengo el honor, señor barón, de pedirle la mano de la señorita Danglars, su hija, para mi hijo, el vizconde Alberto de Morcef.

Pero Danglars, en vez de acoger estas palabras como un favor que Morcef podía esperar de él, frunció las cejas y sin invitar al conde a volverse a sentar, repuso:

—Señor conde, antes de responderle, tengo necesidad de reflexionar.

—¡De reflexionar! —repuso Morcef cada vez más asombrado—. ¿No ha tenido tiempo todavía de reflexionar después de ocho años que hablamos de ese casamiento por vez primera?

—Señor conde, todos los días están sucediendo cosas que hacen que se renueven las reflexiones.

—¿Pues cómo? —preguntó Morcef—, no lo comprendo, barón.

—Me refiero, caballero, a que hace quince días, nuevas circunstancias...

—Permita —dijo Morcef—, ¿es eso una comedia o no lo es?, quisiera saberlo.

—¿Cómo, una comedia?

—Sí, pongamos las cartas boca arriba.

—No le pido otra cosa.

—¿Ha visto a Montecristo?

—Lo veo muy a menudo —dijo Danglars con petulancia—. Es uno de mis amigos.

—¡Pues bien! Una de las últimas veces que lo ha visto, le dijo que yo era un olvidadizo, y que no acababa de tomar una resolución respecto a la boda.

—Es cierto.

—¡Pues bien! Yo no soy olvidadizo ni me falta resolución, bien lo

ve, puesto que vengo a recordarle su promesa.

Danglars no respondió.

—¿Ha mudado tan pronto de parecer? —añadió Morcef—. ¿O no ha provocado esta demanda sino por el placer de humillarme?

Danglars comprendió que si continuaba la conversación en el tono en que la había emprendido, la cosa no sería muy provechosa para él.

—Señor conde —dijo—, debe estar sorprendido de mi reserva. Lo comprendo, yo soy el primero en lamentarlo, pero crea que no puedo menos de obrar así, porque circunstancias imperiosas me lo ordenan.

—Esas son disculpas, mi querido amigo —dijo el conde—, con las que se podría contentar un cualquiera, pero el conde de Morcef no es un cualquiera. Y cuando un hombre como él viene a buscar a otro hombre, le recuerda la palabra dada, y cuando este hombre falta a su palabra, tiene derecho a exigir que le den otra razón más convincente.

Danglars era cobarde, pero no quería aparentarlo. Afectó picarse del tono que tomaba Morcef y dijo:

—No me faltan razones de peso.

—¿Qué va a decirme?

—Que tengo una razón que le convencería, pero es difícil decirla.

—Sin embargo, usted conoce —dijo Morcef— que yo no puedo contentarme con sus razones y lo único que veo más claro en todo esto es que rechaza mi alianza.

—No, señor —dijo Danglars—; suspendo mi resolución, que es diferente.

—¡Pero no creo que supondrá que yo me he de someter a sus caprichos, hasta el punto de esperar tranquila y humildemente que a usted le dé la gana decidirse!

—Entonces, señor conde, si no puede esperar, consideremos nuestros proyectos como nulos.

El conde se mordió los labios hasta saltársele la sangre, y sufría al no poder dar rienda suelta a su furor. No obstante, comprendiendo que en tales circunstancias el ridículo estaría de su parte, ya había empezado a acercarse a la puerta del salón, cuando reflexionando,

volvió sobre sus pasos.

Por su frente acababa de cruzar una nube, dejando en lugar del orgullo ofendido, las huellas de una vaga inquietud.

—Veamos —dijo—, mi querido Danglars, nosotros nos conocemos desde hace muchos años y por lo tanto debemos tener algunas consideraciones uno con otro. Usted me debe una explicación, y quiero saber al menos la causa de esta ruptura entre nosotros. ¿Sería mi hijo el que...?

—No se trata de una cuestión personal del vizconde, esto es cuanto puedo decirle, caballero —respondió Danglars con más ironía cada vez.

—¿Y de quién es personal entonces? —preguntó con voz alterada Morcef, cuya frente se cubría de palidez.

Danglars, que espiaba todos sus movimientos, no dejó de notar estos síntomas y clavó en él una mirada más tranquila y penetrante que las demás.

—Deme gracia porque no soy más explícito —dijo.

Un temblor nervioso, que sin duda provenía de una cólera contenida, agitaba a Morcef.

—Tengo derecho —respondió, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo— a exigir que se explique. ¿Tiene algo contra la señora de Morcef? ¿Es acaso porque mi fortuna no es tan considerable como la suya? ¿Es porque mis opiniones son contrarias a las suyas...?

—Nada de eso, caballero —dijo Danglars—, ello sería imperdonable, porque yo me comprometí sabiendo todo eso. No; no trate de indagar, me avergüenzo yo mismo de lo que está ocurriendo. Nada, tomemos el término medio de la dilación, que no es ni un rompimiento ni un compromiso. No hay tanta prisa, ¡qué demonios! Mi hija tiene diecisiete años, y su hijo veintiuno. Durante el plazo, el tiempo mismo le dirá las razones que me impulsan a obrar así. Las cosas que un día le parecen a uno oscuras, al siguiente están claras como el agua. Hay veces en que las calumnias...

—¿Calumnias ha dicho, caballero? —exclamó Morcef poniéndose lívido—. ¿Me han calumniado a mí?

—Señor conde, no entremos en explicaciones, se lo suplico.

—De modo, caballero, que debo aguantar tranquilamente esa negativa...

—Penosa para mí sobre todo, caballero, sí, más penosa que para usted, porque yo contaba con el honor de su alianza, y un casamiento desbaratado causa siempre más perjuicio a ella que a él.

—Está bien, caballero, no hablemos más —dijo Morcef.

Y arrojando sus guantes con rabia salió de la habitación.

Danglars recordó que aquella era la primera vez que retiraba su palabra, sobre todo, habiéndosela dado a Morcef.

Aquella noche hubo una larga conferencia con muchos amigos, y el señor Cavalcanti, que había estado constantemente en el saloncito de las señoras, salió el último de casa del banquero.

Al despertarse al día siguiente, Danglars pidió los periódicos. Al punto se los trajeron. Separó tres o cuatro y tomó *El Imparcial*.

Este era el periódico del que Beauchamp era el redactor principal.

Rompió rápidamente la cubierta, lo abrió con una precipitación nerviosa, pasó desdeñosamente la vista por el artículo de fondo, y habiendo llegado a las noticias varias, se detuvo con una sonrisa diabólica en un párrafo que comenzaba de esta suerte:

“Nos escriben de Janina...”.

—Bien, bien —dijo después de haberlo leído—, aquí tengo un parrafito acerca del coronel Fernando, que según toda probabilidad me ahorrará el tener que dar explicaciones al señor conde de Morcef.

Casi al mismo tiempo que ocurría esta escena, es decir, hacia las diez de la mañana, Alberto de Morcef, vestido de negro, con su frac abrochado hasta el cuello, el paso agitado y grave el semblante, se presentaba en la casa de los Campos Elíseos.

—El señor conde acaba de salir hace media hora —dijo el portero.

—¿Le ha acompañado Bautista? —preguntó Morcef.

—No, señor vizconde.

—Llámele, pues quiero hablarle.

El portero fue a buscar al ayuda de cámara y al instante volvió con él.

—Amigo mío, le pido perdón por mi indiscreción —dijo Alberto—,

pero he querido preguntarle a usted mismo si era cierto que su amo había salido.
—Sí, señor —respondió Bautista.
—¿Para mí también?
—Yo sé cuánto le gusta mi amo recibirlo, y me guardaría muy bien de incluirlo en una medida general, pero ha salido.
—Tienes razón, porque tenía que hablarle de un asunto grave. ¿Crees tú que tardará mucho en volver?
—No, porque ha dicho que tenga preparado su almuerzo para las diez.
—Bien, voy a dar una vuelta por los Campos Elíseos y a las diez estaré aquí. Si el señor conde vuelve antes, suplícale que me espere.
—Puede estar seguro, descuide.
Alberto dejó a la puerta del conde el cabriolé de alquiler en que había venido.
Al pasar por delante del Paseo de las Viudas creyó reconocer los caballos del conde esperando a la puerta de tiro de Gosset. Se acercó y después de haber reconocido los caballos, reconoció al cochero.
—¡Hola! ¿Está en el tiro el señor conde? —preguntó Morcef a aquel.
—Sí, señor —respondió el cochero.
En efecto, ya había oído Alberto muchos tiros regulares desde que se iba aproximando a aquel sitio.
Entró. En el jardín se encontraba el mozo.
—Perdone —dijo—, pero el señor vizconde tendrá la bondad de esperar un instante.
—¿Por qué, Felipe? —preguntó Alberto, que, a fuerza de parroquiano de aquel tiro, se admiraba de que no lo dejasen entrar.
—Porque la persona que se ejercita en este momento toma el tiro para él solo y nunca tira delante de nadie.
—¿Ni siquiera delante de usted, Felipe?
—Bien ve, caballero, que estoy a la puerta de mi morada.
—¿Y quién le carga las pistolas?
—Su criado.

—¿Un nubio?
—Un negro.
—Eso es.
—¿Conoce a ese señor?
—Vengo a buscarlo; es amigo mío.
—¡Oh!, entonces eso es otra cosa, voy a pasarle recado.
Y Felipe, llevado también de su curiosidad, entró en el tiro.
Un segundo después apareció Montecristo junto a la puerta por donde salió Felipe.
—Perdone que le haya perseguido hasta aquí, mi querido conde —dijo Alberto—, pero empiezo por decirle que nadie más que yo tiene la culpa. Me presenté en su casa, me dijeron que había salido, pero que volvería a las diez para almorzar. Yo me paseé a mi vez esperando que fuesen las diez, y mientras estaba paseando vi sus caballos y su carruaje.
—Eso me hace creer que almorzaremos juntos.
—Muchas gracias, no se trata de almorzar ahora. Tal vez almorzaremos más tarde, pero en mala compañía, ¡voto a...!
—¿Qué diablos me está contando?
—Querido, me bato hoy mismo.
—¡Usted! ¿Qué me dice?
—¡Que voy a batirme en duelo!
—Sí, lo entiendo. ¿Pero por qué? Uno se bate por mil cosas, ya comprenderá.
—Por el honor.
—¡Ah!, eso es más grave de lo que imaginaba.
—Tan grave que vengo a pedirle un favor.
—¿Cuál?
—El de que sea mi padrino.
—Entonces, eso es todavía más grave. No hablemos más de esto y volvamos a casa. Dame agua, Alí.
El conde se subió las mangas de su camisa, y pasó al vestíbulo que precede a los tiros y donde los tiradores solían lavarse las manos.
—Entre, señor vizconde —dijo Felipe en voz baja—. Verá algo bueno.

Morcef entró. En lugar de hitos, la tabla estaba llena de cartas.
De lejos, Morcef creyó que era un juego completo. Había desde el as hasta el diez.
—¡Ah!, ¡ah! —dijo Alberto—. ¿A qué juega?
—¡Psch! —dijo el conde—, estaba terminando una jugada.
—¿Cómo?
—Sí, como ve no había más que ases y doses, pero mis balas han hechos treses, cincos, sietes, ochos, nueves y dieces.
Alberto se acercó.
En efecto, las balas, con líneas perfectamente exactas y distancias iguales, habían reemplazado los signos ausentes, agujereando el cartón en el sitio en que debiera estar pintado.
Al dirigirse a la plancha, Morcef recogió también dos o tres golondrinas que habían tenido la imprudencia de pasar por delante del conde y que este mató implacablemente.
—¡Diablos! —exclamó Morcef.
—¿Qué quiere?, mi querido vizconde —dijo Montecristo enjugándose las manos en una finísima toalla que le trajo Alí—, en algo he de consumir mis ratos de ocio. Pero vámonos, lo espero.
Ambos subieron al carruaje de Montecristo, que los condujo en pocos instantes a la casa número 30.
Montecristo condujo a Morcef a su gabinete, y le mostró un sillón. Ambos se sentaron.
—Ahora hablemos con toda calma y sosiego —dijo el conde.
—Bien puede ver que estoy perfectamente tranquilo.
—¿Con quién va a batirse?
—Con Beauchamp.
—¿Uno de sus amigos?
—Con los amigos es con los que se bate uno siempre.
—Deme al menos una razón.
—Tengo una.
—¿Qué le ha hecho?
—En su periódico de ayer hay... pero no, lea usted.
Alberto mostró a Montecristo un periódico en que se leían estas palabras:

Nos escriben de Janina:

Hemos llegado a conocer un hecho importante ignorado hasta ahora, o al menos inédito. Los castillos que defendían la ciudad fueron entregados a los turcos por un oficial francés, en quien el visir Alí Tebelín había depositado toda su confianza. Este oficial se llamaba Fernando.

—Y bien —preguntó Montecristo—, ¿qué es lo que le sorprende en ese párrafo?

—¿Qué es lo que me sorprende?

—Sí. ¿Qué le importa que los castillos de Janina hayan sido entregados por un oficial llamado Fernando?

—Me importa, puesto que mi padre, el conde de Morcef, se llama Fernando.

—¿Y su padre servía a Alí Bajá?

—Es decir, combatía por la independencia de los griegos. Esa es precisamente la calumnia.

—¡Ah, vizconde, hablemos razonablemente!

—No es otro mi deseo.

—Dígame: ¿Quién diablos sabe en Francia que el oficial Fernando es el mismo conde de Morcef, y quién se ocupa ahora de Janina, que fue tomada en 1822 o en 1823, según creo?

—Ahí está precisamente la perfidia. Han dejado pasar tiempo para salir ahora con un escándalo que pudiera empañar una elevada posición. Pues bien, yo, heredero del nombre de mi padre, no quiero que sobre él haya ni aun la sombra de una duda. Voy a mandar a Beauchamp, cuyo periódico ha publicado esta nota, dos testigos, y la retractará.

—Beauchamp no la retractará.

—Entonces nos batiremos.

—No, no se batirá, porque le responderá que tal vez había en el ejército griego cincuenta oficiales que se llamasen Fernando.

—A pesar de esa respuesta, nos batiremos. ¡Oh, quiero que esto desaparezca! Mi padre, un soldado tan noble..., una carrera tan ilustre...

—O bien pondrá: “estamos seguros de que este Fernando nada

tiene que ver con el conde de Morcef, cuyo nombre de pila es también Fernando”.

—Quiero que se retracte de una manera más completa. No me contentaré con eso.

—¿Y va a enviarle sus padrinos?

—Sí.

—Hará mal.

—Lo cual quiere decir que me niega el favor que venía a pedirle.

—¡Ah!, ya sabe mi teoría respecto al duelo; creo habérselo dicho en Roma, ¿no se acuerda?

—Esta mañana, hace un momento, le encontré en una ocupación que está poco en consonancia con esa teoría.

—Porque, amigo mío, usted comprenderá que algunas veces es menester salir de sus casillas. Cuando se vive con locos, es preciso también aprender a ser insensato. De un momento a otro, algún calavera, aunque no tenga más motivo para buscar camorra que el que tiene usted para buscársela a Beauchamp, puede venirme con cualquier necedad, enviarme sus testigos o insultarme en público. Pues bien, tengo que matar a ese calavera.

—¡Ah! Luego, ¿también usted se batiría?

—Naturalmente.

—¡Pues bien! Entonces, ¿por qué quiere que yo no me bata?

—No digo que no se bata, sino que un duelo es cosa muy grave y de reflexionar.

—¿Y él ha reflexionado para insultar a mi padre?

—Si no ha reflexionado, y se lo confiesa, no debe atentar contra él.

—¡Oh!, mi querido conde, es demasiado indulgente.

—Y usted, demasiado riguroso. Veamos, yo supongo..., escuche con atención. Yo supongo..., ¡no se vaya a enojar por lo que voy a decirle!

—Escucho.

—Supongo que el hecho sea cierto...

—Un hijo no debe nunca admitir semejantes suposiciones sobre el honor de su padre.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estamos en una época en que se admiten tantas cosas!

—Ese es precisamente el defecto de la época.
—¿Y pretende reformarla?
—Sí; por lo que a mí respecta.
—¡Oh! ¡Dios mío!, buen reformista haría, amigo mío.
—No lo puedo remediar.
—Es usted inaccesible a los consejos que le dan de buena fe.
—No cuando proceden de un amigo.
—¿Cree que yo lo sea suyo?
—Sí.
—¡Pues bien!, antes de enviar a Beauchamp sus padrinos, infórmese.
—¿De quién?
—¡Oh...! De Haydée, por ejemplo.
—Mezclar en todo esto a una mujer, ¿y qué podrá hacer?
—Decir que su padre no tiene nada que ver con la derrota o con la muerte del suyo, o decirle la verdad, si por casualidad su padre hubiese tenido la desgracia...
—Ya le he dicho, mi querido conde, que no podía admitir esa suposición.
—Entonces, ¿rehúsa ese medio?
—Lo rehúso.
—¿Absolutamente?
—Absolutamente.
—Escuche, entonces, mi último consejo.
—Bien, pero que sea el último.
—¿No quiere escucharlo?
—Al contrario, se lo pido.
—No envíe sus padrinos a Beauchamp.
—¿Cómo?
—Vaya usted mismo a buscarlo.
—Eso va contra la costumbre.
—Ese duelo nada tiene que ver con los comunes, veamos.
—¿Y por qué debo ir yo mismo?
—Porque de ese modo el asunto quedará entre ustedes dos.
—Explíquese.
—Si Beauchamp está dispuesto a retractarse, preciso es dejarle el

mérito de la buena voluntad; no por eso dejará de hacer lo que le parezca. Si por el contrario, entonces será tiempo de revelar el secreto a los dos extraños.

—No serán dos extraños, serán dos amigos.

—Los amigos de hoy son enemigos mañana.

—¡Oh! ¡Cómo...!

—Dígalo Beauchamp.

—Así, pues...

—Así, pues, le recomiendo prudencia.

—¿Y me aconseja que vaya yo mismo a buscar a Beauchamp?

—Sí.

—¿Solo?

—Solo. Cuando se quiere obtener algo del amor propio de un hombre, es preciso salvar a ese amor propio hasta la apariencia del sufrimiento.

—Me parece que tiene razón.

—¡Gracias a Dios!

—Iré solo.

—Escuche. Creo que mejor haría en no ir ni solo ni acompañado.

—Pero eso es imposible.

—Haga lo que le digo, le tendrá más cuenta.

—Pero en este caso, veamos: si a pesar de todas mis preocupaciones, llega a efectuarse el desafío, ¿me servirá de testigo?

—Mi querido vizconde —dijo Montecristo con una gravedad extremada—, ya conocerá que en todo estoy pronto a servirle. Pero lo que me pide sale ya del círculo de lo que puedo hacer por usted.

—¿Por qué?

—Quizás un día lo sabré.

—Pero mientras tanto...

—Discúlpeme, es un secreto.

—Está bien. Elegiré a Franz y Château-Renaud.

—Perfectamente. ¡Franz y Château-Renaud son muy a propósito para el caso!

—Pero, en fin, si me bato, ¿me dará una leccioncita de espada o de pistola?

—No; eso también es imposible.
—¡Oh! ¡Qué singular es! ¿Conque en nada quiere mezclarse?
—En nada absolutamente.
—No hablemos entonces más de ello. Adiós, conde.
—Adiós, vizconde.
Morcef tomó su sombrero y salió.
A la puerta encontró su cabriolé, y conteniendo cuanto pudo su cólera, se hizo conducir a casa de Beauchamp, que estaba en la redacción.
Entonces Alberto se hizo conducir allí.
Beauchamp estaba en un salón sombrío y oscuro como suelen ser las redacciones de periódicos.
Le anunciaron a Alberto de Morcef. Dos veces se hizo repetir el anuncio, y mal convencido aún, gritó:
—Entre.
Alberto entró. Beauchamp lanzó una exclamación de sorpresa al ver a su amigo atravesar por entre los papeles y pisotear con la torpeza hija de la poca costumbre que tenía, los periódicos de todos tamaños que cubrían, no el pavimento, sino la mesa en que estaba escribiendo.
—¡Por aquí, por aquí, mi querido Alberto! —dijo, presentando al joven—. ¿Qué es lo que lo trae por acá? ¿Viene a almorzar conmigo? Veamos, busque una silla. Mire, allí hay una junto a aquel geranio, que es lo único que recuerda que haya hojas en el mundo además de las de papel.
—Beauchamp —dijo Alberto—, vengo a hablarle de su periódico.
—¡Usted, Morcef! ¿Qué desea?
—Deseo una rectificación.
—¡Una rectificación! ¿Respecto a qué, Alberto? Pero siéntese.
—Gracias —respondió Alberto por segunda vez y con un ligero movimiento de cabeza.
—Vamos, explíquese.
—Una rectificación sobre un hecho que ataca el honor de mi familia.
—¡Vamos! —dijo Beauchamp sorprendido—. ¿Qué hecho? Me parece que no se podrá...

—Lo que le han escrito de Janina.
—¿De Janina?
—Sí, de Janina. No se haga el ignorante.
—¡Palabra de honor que nada sé...! ¡Bautista, un número de ayer! —gritó Beauchamp.
—Es inútil. Traigo el mío en el bolsillo.
Beauchamp leyó:
“Nos escriben de Janina..., etc.”.
—Ya puede ver que el hecho es grave —dijo Morcef, apenas Beauchamp hubo leído.
—¿Ese oficial es su pariente? —preguntó el periodista.
—Sí —dijo Alberto sonrojándose.
—Pues bien, ¿qué quiere que haga por serviros? —dijo Beauchamp con dulzura.
—Quisiera que retractase este hecho, mi querido Beauchamp.
Beauchamp miró a Alberto con una atención que anunciaba seguramente mucha bondad.
—Veamos —dijo—, es cosa de tomarlo despacio, porque una retractación es siempre asunto de gravedad. Sentaos. Voy a leer otra vez estas tres o cuatro líneas.
Alberto se sentó y Beauchamp volvió a leer las líneas acriminadas por su amigo, con más cuidado que antes.
—Ya lo ve —dijo Alberto con firmeza y hasta con sequedad—, en su periódico se ha insultado a un miembro de mi familia, y exijo una retractación.
—Exigís...
—Sí, exijo una retractación.
—Permítame que le diga, mi querido vizconde, que su lenguaje no es parlamentario.
—No trato de que lo sea —replicó el joven levantándose—, quiero la retractación de un hecho que ha anunciado ayer, y la obtendré. Es usted bastante amigo —prosiguió Alberto, apretando los dientes, viendo que Beauchamp empezaba a levantar la cabeza con aire desdeñoso—, es bastante amigo, y por lo mismo supongo que me conoce suficientemente para comprender mi tenacidad en semejante caso.

—Con palabras como las que acaba de decir, Morcef, conseguirá hacerme olvidar que soy amigo suyo, como dice. Pero, veamos, no nos enfademos o dejémoslo para más adelante... ¡Sepamos quién es ese pariente que se llama Fernando!

—Es mi padre, nada menos —dijo Alberto—, el señor Fernando Mondego, conde de Morcef, un veterano que ha visto veinte campos de batalla y cuyas cicatrices se trata de cubrir con fango impuro.

—¡De su padre! —replicó Beauchamp—, la cosa ya cambia.

»Ahora comprendo su incomodidad, querido Alberto. Volvamos a leer.

Y leyó otra vez la nota, deteniéndose a cada palabra.

—Pero ¿en dónde vio —preguntó Beauchamp— que el Fernando del periódico sea su padre?

—En ninguna parte. Pero lo verán otros, y por eso quiero que se desmienta el hecho.

Al oír la palabra *quiero*, Beauchamp levantó la vista para mirar a Morcef, pero bajándola al instante se quedó un momento pensativo.

—Desmentirá este hecho, ¿no es verdad? —repitió Morcef con una cólera que iba en aumento y que procuraba reprimir.

—Sí —respondió Beauchamp.

—¡Está bien! —dijo Alberto.

—Pero después que me haya cerciorado de que es falso.

—¡Cómo!

—Sí; la cosa merece la pena de que se aclare, y yo la aclararé.

—Y qué tiene que aclarar —dijo Alberto fuera de sí—. Si cree que no es mi padre, dígalo sin rodeos, y si, por el contrario, cree que es de él de quien se trata, explíqueme los motivos que para ello tiene.

Beauchamp miró a Alberto con esa sonrisa que le era peculiar y que sabía adaptarse a todas las pasiones.

—Caballero —repuso—, puesto que ya debemos tratarnos así, si ha venido a exigirme una satisfacción, debía haberlo hecho desde el principio, y no haberme hablado de amistad y de otras cosas ociosas como las que tengo la paciencia de oír hace media hora. Sepamos, ¿es por este terreno por el que debemos marchar en lo sucesivo?

—Sí; en el caso de que no retracte la infame calumnia.

—Entendámonos y dejemos a un lado las amenazas, señor Alberto Mondego, vizconde de Morcef. No acostumbro sufrirlas de mis enemigos, y con mucho más motivo de mis amigos. Es decir, que tiene formal empeño en que desmienta el hecho acerca del general Fernando, hecho en que, bajo mi palabra de honor, aseguro no haber tenido parte.

—¡Sí, lo quiero! —dijo Alberto, cuya mente empezaba a extraviarse.

—¿Sin lo cual nos batiremos? —continuó Beauchamp con la misma calma.

—Sí —replicó Alberto levantando la voz.

—Pues bien —dijo Beauchamp—. Ahí va mi contestación. Yo no he insertado ese hecho ni lo conozco, pero con su conducta me ha llamado la atención acerca de él. Subsistirá, pues, hasta que sea desmentido o confirmado por quien corresponda.

—¡Caballero! —dijo Alberto levantándose—. Tendré el honor de enviar mis padrinos. Discutirá con ellos el sitio y las armas.

—Está bien.

—Y esta tarde, si le parece, o mañana, a más tardar, nos veremos.

—¡No, no! Estaré en el campo cuando deba estar, y me parece estoy en mi derecho, toda vez que soy el provocado, y me parece, digo, que todavía no ha llegado la hora. Sé que es buen espadachín, mientras que yo manejo medianamente la espada; de seis blancos, suele quitar tres, poco más o menos me sucede a mí. Sé que un desafío entre nosotros sería un desafío formal, porque usted es valiente, y yo... lo soy también. No quiero, pues, exponerme a matarlo o a que me mate sin fundado motivo. Ahora voy a preguntarle a usted categóricamente: ¿Insiste en conseguir esa retractación hasta el extremo de matarme si no la hago, a pesar de haberle dicho, a pesar de repetirle y asegurarle bajo mi palabra de honor que no conocía el hecho, y a pesar, en fin, de declararle que nadie que no sea un visionario como usted, puede reconocer al señor conde de Morcef bajo ese nombre de Fernando?

—Este es mi empeño.

—Pues bien, señor mío, consiento en darme de estocadas con usted. Pero quiero tres semanas. Dentro de tres semanas me

encontrará para deciros: “Sí, el hecho es falso, y lo retracto, o bien: “Sí, el hecho es cierto”, y desenvaino la espada, o saco las pistolas de la caja. Lo que usted elija.

—Tres semanas —exclamó Alberto—, pero tres semanas son tres siglos, durante los cuales estaré deshonrado.

—Si hubiese seguido siendo mi amigo, le habría dicho: Paciencia, amigo mío; pero se ha hecho mi enemigo, y le digo: ¿Qué me importa?

—¡Está bien! ¡Dentro de tres semanas! —dijo Morcef—. Pero, expirado ese plazo, no habrá dilación ni subterfugio que pueda dispensarle...

—Caballero Alberto de Morcef —repuso Beauchamp levantando—, no puedo arrojarle por la ventana hasta tres semanas, es decir, en veinticuatro días, y hasta esta época no tiene derecho para insultarme. Estamos a 29 de agosto, hasta el 21 de septiembre. Hasta entonces, créame, y es un consejo de caballero el que voy a darle, excusemos los ladridos de dos perros encadenados a larga distancia uno de otro.

Y saludando con gravedad al joven, Beauchamp le volvió la espalda y entró en la imprenta.

Alberto se vengó en un montón de periódicos que dispersó a latigazos, después de lo cual se marchó, no sin haberse encaminado antes dos o tres veces hacia la puerta de la imprenta.

Mientras Alberto fustigaba el caballo de su cabriolé, vio al atravesar el bulevar a Morrel, que con la cabeza erguida pasaba por delante de los baños chinescos, viniendo por la puerta de San Martín y encaminándose hacia la Magdalena.

—¡Ah! —dijo suspirando—. ¡He ahí un hombre feliz!

Casualmente Alberto no se equivocaba.

Efectivamente Morrel era feliz.

El señor Noirtier le había mandado llamar y tenía tanta ansiedad por saber la razón de ello, que no tomó un carruaje, fiándose más de sus dos piernas que de las cuatro de un caballo de alquiler. Partió, pues, ligero como un rayo, y se dirigió por la calle Meslay al arrabal de Saint-Honoré.

Caminaba con paso gimnástico, y el pobre Barrois apenas podía

seguirlo. En algo había de verse que Morrel tenía treinta y un años y Barrois sesenta. El primero estaba ebrio de amor, y el segundo sofocado por el gran calor. Estos dos hombres de intereses y de edad tan diversos, semejaban las dos líneas que forman el triángulo, que separadas de su base se reúnen en el vértice.

El vértice era el señor Noirtier, que envió a buscar a Morrel, recomendándole la prontitud, recomendación que, con gran disgusto de Barrois, seguía al pie de la letra.

Al llegar, Morrel no estaba cansado. El amor confiere alas; pero Barrois, que hacía mucho tiempo que no amaba, apenas podía moverse.

El viejo servidor hizo entrar a Morrel por la puerta secreta, cerró la del despacho y no tardó mucho en oírse el rumor de un vestido cuyos bordes rozaban el suelo y anunciaba la visita de Valentina. Estaba encantadora con el traje de luto.

Noirtier acogió benévolamente al joven, y recibió con agrado las muestras de gratitud que este le daba, por la maravillosa intervención que había salvado a Valentina y a él de la desesperación. Su mirada se dirigió en seguida a la joven, que sentada a cierta distancia, esperaba que se la invitase a hablar, y aquella mirada era toda una pregunta.

Noirtier la miró también a su vez.

—¿Digo lo que me ha encargado? —preguntó ella.

—Sí —respondió Noirtier.

—Señor Morrel —añadió entonces Valentina al joven que la miraba absorto—, mi abuelo tenía mil cosas que decirle; hace tres días que me las ha confiado, y le ha enviado a buscar hoy para que yo se las repita. Lo haré, ya que me ha escogido como su intérprete, sin cambiar una sílaba ni separarme en lo más mínimo de sus intenciones.

—¡Ah!, la escucho, espero con impaciencia. Hable, hable.

Valentina bajó los ojos, lo que pareció de buen agüero a Morrel, porque ella era débil en los momentos en que se sentía dichosa.

—Mi padre quiere dejar esta casa —dijo—, Barrois se ha encargado de buscar una que nos convenga.

—Pero, señorita, usted a quien el señor Noirtier quiere y necesita...

—dijo Morrel.

—Yo —dijo la joven— no dejaré a mi abuelo. Estamos ya de acuerdo en esto. Mi habitación será contigua a la suya. O el señor de Villefort me dará su consentimiento para vivir junto a mi abuelo, o me lo rehusará. En el primer caso, parto ahora mismo; en el segundo, esperaré a ser mayor, lo que solo tardará diez meses, y entonces, libre, independiente, con una buena fortuna, y...

—¿Y...? —preguntó Morrel.

—Y con la autorización de mi abuelo, le cumpliré la promesa que le he hecho.

Pronunció Valentina estas palabras con una voz tan débil que Morrel no las hubiera comprendido sin el grande interés que en ello tenía.

—¿He expresado bien sus intenciones, mi querido abuelo? —añadió Valentina dirigiéndose al señor Noirtier.

—Sí —respondió el anciano.

—Establecida en casa de mi abuelo, el señor Morrel podrá venir a verme en casa de este bueno y digno protector, y si el lazo que nuestros corazones ignorantes o caprichosos han empezado a formar, parece suave, y presenta garantías de una dicha futura, ¡ay!, según dicen, los corazones inflamados por los obstáculos se enfrían fácilmente al cesar estos, entonces el señor Morrel me pedirá a mí misma y yo le atenderé.

—¡Oh! —dijo Morrel, queriendo arrodillarse ante el anciano, como ante un dios, y ante Valentina como ante un ángel—. ¡Oh! ¡Qué he hecho yo en toda mi vida para merecer tanta ventura!

—Hasta entonces —continuó la joven con su voz pura y severa—, es necesario respetar las conveniencias, la voluntad de nuestros padres, con tal que no signifique separarnos para siempre. En una palabra, y la repito porque ella lo dice todo: Esperaremos.

—Y los sacrificios que esta palabra impone —dijo Morrel—, le juro que sabré cumplirlos con resignación y con honor.

—Así, pues —continuó Valentina dirigiendo una dulce mirada, que penetró hasta el corazón de Maximiliano—, no más imprudencias, amigo mío, no comprometa a la que de hoy en adelante se considera destinada a llevar pura y dignamente su nombre.

Morrel puso la mano sobre su corazón.

Noirtier los contemplaba con la mayor ternura. Barrois, que había permanecido en el fondo del gabinete, como persona para quien nada hay oculto, sonreía, enjugando las gotas de sudor que se desprendían de su calva frente.

—¡Ay, Dios mío!, qué calor tiene este buen Barrois —dijo Valentina.

—¡Ah!, es que he corrido mucho, señorita, pero debo hacer justicia al señor Morrel, corría más que yo.

Noirtier indicó con los ojos una salvilla en que había una botella de limonada y un vaso. La limonada que faltaba la había tomado poco antes el señor Noirtier.

—Toma, buen Barrois, toma, porque veo que diriges una mirada codiciosa a la limonada.

—Es cierto —dijo Barrois— que me muero de sed, y que bebería de buena gana un vaso de limonada a su salud.

—Bebe, pues —le dijo Valentina—, y vuelve en seguida.

Barrois se llevó la salvilla, y apenas había llegado al corredor, cuando por entre la puerta que dejó medio abierta le vieron echar atrás la cabeza para apurar el vaso que había llenado Valentina.

Se despidió esta de Morrel en presencia de su abuelo, cuando se oyó resonar en la escalera la campanilla del señor de Villefort. Ello era señal de que llegaba alguna visita, y Valentina miró al reloj.

—Son las doce —dijo—, hoy es sábado, querido abuelo, es sin duda el médico.

Noirtier hizo una señal afirmativa.

—Va a venir aquí, es necesario que el señor Morrel se retire. ¿No es verdad, abuelo?

—Sí —respondió este.

—Barrois —gritó Valentina—. Barrois, ven.

Se oyó la voz del criado que respondía.

—Voy, señorita.

—Barrois va a acompañarle hasta la puerta, y ahora acuérdese de una cosa, y es que mi abuelo le encarga que no dé ningún paso que pueda comprometer nuestra dicha.

En este momento entró Barrois.

—¿Quién ha llamado? —preguntó Valentina.

—El doctor d’Avrigny —dijo Barrois, que no podía mantenerse en pie.

—¿Qué le ocurre, Barrois? —le preguntó Valentina.

El anciano no respondió, miraba a su amo con ojos desencajados, y con las manos agarrotadas buscaba apoyo para poder sostenerse.

—Pero va a caer —gritó Morrel.

En efecto, el temblor que se había apoderado de Barrois aumentaba gradualmente, y sus facciones, alteradas por los movimientos convulsivos de los músculos de la cara, anunciaban un ataque nervioso de los más intensos.

Las miradas de Noirtier, al ver así a Barrois, dejaban traslucir todas las emociones capaces de agitar el corazón de un hombre.

Barrois dio algunos pasos para acercarse a su amo.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Señor! —dijo—, pero qué tengo yo para... padezco mucho..., no veo... Mil puntas aceradas me atraviesan el cráneo. ¡Oh! ¡No me toque, no me toque!

Tenía los ojos completamente fuera de las órbitas, la cabeza caída hacia atrás y el cuerpo frío y rígido.

Valentina, espantada, lanzó un grito. Morrel la tomó en sus brazos, como queriéndola defender de un peligro desconocido.

—¡Señor d’Avrigny, señor d’Avrigny! —gritó Valentina con voz apagada—. ¡Venga, ayúdenos!

Barrois dio una vuelta sobre sí mismo, retrocedió cuatro o cinco pasos atrás, tropezó y fue a caer a los pies del señor Noirtier, sobre cuya rodilla apoyó una mano gritando:

—¡Amo mío, mi buen amo!

En aquel instante el señor Villefort, atraído por los gritos, se presentó a la puerta del cuarto.

Morrel abandonó a Valentina, medio desmayada, y se retiró, escondiéndose en un ángulo de la sala, detrás de una cortina.

Pálido, cual si una venenosa serpiente hubiera aparecido a sus ojos, dejó caer una mirada helada sobre el desgraciado que agonizaba.

Noirtier estaba impaciente y aterrorizado. Su alma volaba al socorro del pobre anciano, su amigo, más que su criado. Se veía en su frente el terrible combate entre la vida y la muerte, sus venas

estaban hinchadas y sus músculos contraídos.

Barrois, con la faz fatigada, los ojos sanguinolentos y el cuello caído, yacía en tierra, dando golpes en el suelo con las manos, mientras que sus piernas, tiesas y endurecidas, no podían doblarse. Una ligera espuma cubría sus labios y apenas respiraba.

Villefort permaneció un instante espantado, fijos los ojos en este cuadro que se le ofreció a sus ojos al entrar en el cuarto, y sin haber visto a Morrel.

—¡Doctor, doctor! —gritó, dirigiéndose a la puerta—, ¡venga, venga pronto!

—¡Señora, señora! —gritaba Valentina llamando a su madrastra, y sosteniéndose en la pared de la escalera—, venga, venga pronto, y traiga su frasco de sales.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz metálica la señora de Villefort.

—¡Oh, venga, venga!

—¿Pero dónde está el médico? —gritaba Villefort.

La señora de Villefort bajó lentamente, se oían resonar sus pisadas. En una mano traía un pañuelo con el que enjugaba su frente. En la otra, un frasco de sales inglesas. Su primera mirada al llegar a la puerta fue para el señor Noirtier, cuya cara, aparte de la emoción, anunciaba una salud perfecta. La segunda fue al moribundo; palideció y sus ojos se apartaron del criado para fijarse en el amo.

—Pero, en nombre del cielo, señora, ¿dónde está el médico? Entró en su cuarto. Esto es una apoplejía fulminante, y con una sangría se le salvará.

—¿Hace mucho rato que ha comido? —preguntó la señora de Villefort, eludiendo la cuestión.

—Señora —dijo Valentina—, aún no se ha desayunado, pero esta mañana ha andado mucho para cumplir ciertas diligencias que le encargó mi abuelo, y a su vuelta ha tomado solamente un vaso de limonada.

—¡Ah! —dijo la señora de Villefort—, ¿por qué no lo tomó de vino? La limonada es muy mala.

—La limonada estaba ahí, en la botella de mi abuelo, el pobre Barrois tenía sed, y ha bebido lo que encontró.

La señora de Villefort se estremeció. Noirtier le dirigió una profunda mirada.

—Señora —dijo Villefort—, le he preguntado dónde está el señor d'Avrigny, responda, en nombre del cielo.

—Está en el cuarto de Eduardo, que se halla algo indispuesto —contestó, no pudiendo eludir por más tiempo su respuesta.

Villefort se encaminó hacia la escalera para ir a buscarlo en persona.

—Espere —dijo su mujer, dando su frasco a Valentina—, van a sangrarlo sin duda. Me vuelvo a mi cuarto, porque no puedo soportar la vista de la sangre —y siguió a su marido.

Morrel salió del ángulo sombrío en que se había ocultado; nadie había reparado en él, tanta era la confusión que reinaba en la casa.

—Márchese en seguida, Maximiliano —le dijo Valentina—, y espere a que le avise antes de volver. Parta.

Morrel consultó con un gesto al señor Noirtier, que había conservado su sangre fría y que le respondió afirmativamente con otro. Apretó contra su corazón la mano de Valentina y salió por el pasadizo secreto, al mismo tiempo que el señor de Villefort y el doctor entraban por la puerta del lado opuesto.

Barrois empezaba a volver en sí, la crisis había pasado, y el infeliz quería hincarse de rodillas. El señor d'Avrigny y Villefort le llevaron a un sillón.

—¿Qué ordena, doctor? —preguntó Villefort.

—Que me traigan agua y éter. ¿Tiene en casa?

—Sí.

—Que vayan inmediatamente a buscar aceite de terebinto y un emético.

—Vaya —dijo el señor de Villefort.

—Y ahora, que todos se retiren.

—¿Yo también? —preguntó tímidamente Valentina.

—Sí, señorita —dijo el doctor—, usted antes que todos.

Valentina miró con asombro al señor d'Avrigny, abrazó al señor Noirtier y salió. En seguida, el doctor cerró la puerta con un aire sombrío.

—Mire, mire, doctor, vuelve en sí, era un ligero ataque.

El señor d’Avrigny sonrió con tristeza.
—¿Cómo se siente, Barrois? —preguntó al enfermo.
—Algo mejor, señor.
—¿Podrá beber este vaso de agua con éter?
—Lo intentaré, pero no me toque.
—¿Por qué?
—Porque me parece que si me toca, aun cuando sea con la punta de un dedo, me volverá a dar el accidente.
—Beba.
Barrois tomó el vaso, lo llevó a sus labios amoratados y bebió casi la mitad.
—¿Qué es lo que le duele? —preguntó el facultativo.
—Todo el cuerpo, siento calambres espantosos.
—¿Tiene mareos?
—Sí.
—¿Le zumban los oídos?
—Muchísimo.
—¿Cuándo le ha atacado el mal?
—Hace un momento.
—¿Así, de repente?
—Como el rayo.
—¿No ha sentido nada ayer ni anteayer?
—Nada.
—¿Ni sueño, ni pesadez?
—No.
—¿Qué ha comido hoy?
—Nada, únicamente he bebido un vaso de la limonada del amo.
Y Barrois hizo un movimiento con la cabeza para indicar al señor Noirtier, que inmóvil en su sillón no perdía un solo movimiento, una sola palabra, contemplando horrorizado esta terrible escena.
—¿Dónde está esta limonada? —preguntó repentinamente el doctor.
—Abajo, en una botella.
—¿Pero dónde abajo?
—En la cocina.
—¿Quiere que vaya por ella, doctor? —preguntó Villefort.

—No; permanezca aquí, y procure que el enfermo beba el resto de este vaso de agua.

—Pero esa limonada...

—Yo mismo iré a buscarla.

El señor d'Avrigny se levantó, abrió la puerta, bajó precipitadamente la escalera interior, y por poco echa a rodar a la señora de Villefort, que bajaba también a la cocina. Esta dio un grito, d'Avrigny no hizo caso, y dominado fuertemente por una idea, saltaba los escalones de cuatro en cuatro. Entró precipitadamente en la cocina y vio la botella vacía al menos en tres cuartas partes. Se lanzó sobre ella como un águila sobre su presa, volvió a subir y entró en la sala.

La señora de Villefort tomó lentamente el camino de su cuarto.

—¿Es esta la botella que estaba aquí? —preguntó d'Avrigny.

—Sí, señor doctor.

—¿Esta limonada es la que ha bebido?

—Así lo creo.

—¿Qué sabor le ha encontrado?

—Un sabor amargo.

El doctor vertió unas cuantas gotas de limonada en la palma de la mano, las aspiró con los labios, y después de enjuagarse con ellas la boca, como se hace cuando se quiere tomar el gusto al vino, arrojó el líquido a la chimenea.

—Es la misma —dijo— ¿Y usted también ha bebido de ella, señor Noirtier?

—Sí —dijo el anciano.

—¿Y le ha encontrado el sabor amargo?

—Sí.

—¡Ah, doctor! —gritó Barrois—, ¡otra vez el ataque! ¡Dios mío! ¡Señor, tenga piedad de mí!

El facultativo se acercó al enfermo.

—El emético, señor; vea si lo han traído.

Nadie respondía. En la casa reinaba el terror más profundo.

—Si hubiese un medio para introducirle el aire en los pulmones —dijo d'Avrigny, mirando por todas partes—, quizá podría contener la asfixia. ¡Pero no! ¡Nada, nada!

—¡Ay, señor!, ¡me deja morir sin prestarme auxilio! —gritaba Barrois—. ¡Ay, Dios mío! ¡Me muero! ¡Me muero!

—Una pluma, una pluma —decía el facultativo, y vio una sobre una mesa. Procuró introducirla en la boca del enfermo, que atacado de violentas convulsiones, hacía esfuerzos inútiles para vomitar, pero tenía tan apretados los dientes, que fue imposible hacer pasar la pluma. Había caído del sillón al suelo, y se revolcaba en él. El facultativo lo dejó, no pudiendo aliviarlo, y se dirigió al señor Noirtier.

—¿Cómo se siente? —le dijo rápidamente y en voz baja—, ¿bien?

—Sí.

—¿Con el estómago ligero o pesado?

—Ligero.

—¿Como cuando toma la píldora que le doy los domingos?

—Sí.

—¿Ha sido Barrois quien ha probado su limonada?

—Sí.

—¿Es usted el que le ha hecho beber?

—No.

—¿Fue el señor de Villefort?

—No.

—¿Su esposa?

—Tampoco.

—¿Valentina?

—Sí.

Un suspiro de Barrois llamó la atención de d’Avrigny, el cual dejó a Noirtier y se acercó al enfermo.

—Barrois, ¿puede hablar?

Este balbució algunas palabras ininteligibles.

—Haga un esfuerzo, amigo mío.

Barrois abrió sus ojos, inyectados en sangre.

—¿Quién preparó la limonada?

—Yo.

—¿La ha traído en seguida a su amo?

—No.

—¿Dónde la dejó?

—En la repostería, porque me llamaban.

—¿Quién la trajo?
—La señorita Valentina.
D'Avrigny se dio una palmada en la frente.
—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo a media voz.
—Doctor, doctor —gritó Barrois, que presentía el tercer acceso.
—Pero ¿no llega el vomitivo? —gritó el facultativo.
—Aquí está —dijo Villefort, presentando un vaso.
—¿Quién lo ha traído?
—El dependiente del boticario que ha venido conmigo.
—Beba.
—No puedo, doctor, ya es tarde, la garganta se me aprieta, me ahogo. ¡Oh! ¡Mi corazón...!, mi corazón... ¡Qué infierno...! ¿Sufriré de este modo mucho tiempo?
—No, no, amigo mío. Dentro de poco ya no sufrirá.
—¡Ah!, lo comprendo —gritó el desgraciado—. ¡Dios mío!, ¡tenga piedad de mí! —y profiriendo un agudo grito, cayó de espaldas, como herido por un rayo. D'Avrigny le puso una mano sobre el corazón y acercó un espejo a sus labios.
—¿Y bien? —preguntó Villefort.
—Baje a la cocina y diga que me traigan al instante el jarabe de violetas.
Villefort fue en seguida.
—No se asuste, señor Noirtier —dijo d'Avrigny—, me llevo al enfermo a otro cuarto para sangrarlo. Ciertamente estos ataques son espantosos —y tomando a Barrois por debajo de los brazos, lo llevó casi arrastrando a la habitación próxima, volviendo inmediatamente por la botella de limonada.
Noirtier cerraba el ojo derecho.
—¿Quiere que venga Valentina, es verdad? Voy a decírselo al momento.
Villefort subía, y d'Avrigny le encontró en el corredor.
—¿Y bien? —le dijo.
—Venga —respondió el facultativo, y lo condujo al cuarto.
—¿No ha vuelto en sí? —preguntó el procurador del rey.
—Está muerto.
Villefort dio tres pasos atrás, se puso las manos en la cabeza, y

exclamó con un acento de conmiseración inequívoca, mirando el cadáver:

—¡Muerto! ¡Y tan pronto...!

—¡Oh!, sí, muy pronto —dijo d'Avrigny—, pero eso no debe admirarle. El señor y la señora de Saint-Merán murieron también de repente. ¡Ah! ¡Y se tarda poco en morir en su casa, señor de Villefort!

—¿Qué? —gritó el procurador del rey con un acento de horror y desesperación—. ¿Vuelve a esa terrible idea?

—Sí, siempre, siempre la he tenido, y para que se convenza de que esta vez no me engaño, escuche, señor de Villefort.

Este temblaba convulsivamente.

—Hay un veneno que mata sin dejar rastro ni señal. Lo conozco, y he estudiado sus accidentes, todos los fenómenos que produce, lo he reconocido en el pobre Barrois, como lo reconocí en el señor y la señora de Saint-Merán. Es fácil de observar. Este veneno da un color azul al papel tornasolado, enrojecido por un ácido, y tiñe de verde el jarabe de violetas. No tenemos papel tornasolado, pero he aquí que me traen el jarabe de violetas que había pedido.

Efectivamente se oían pasos en el corredor. El doctor entreabrió la puerta, tomó de manos de la criada un vaso en el que había dos o tres cucharadas de jarabe, y volvió a cerrar.

—Mire —dijo al procurador del rey—, ve aquí el jarabe y en esa botella el resto de la limonada que han bebido el señor Noirtier y Barrois. Si la limonada está pura, el jarabe no cambiará su color. Si, por el contrario, está envenenada, el jarabe se pondrá verde. Mire.

El doctor vertió algunas gotas de limonada en el vaso, y al instante una especie de nube se formó en el fondo, tomó al principio un color azulado, después el de zafiro opaco, y finalmente, verde esmeralda. Al llegar a este color se fijó, por decirlo así, en él para no variar. El experimento no dejaba duda alguna.

—El desdichado Barrois ha sido envenenado con la nuez de San Ignacio —dijo d'Avrigny—, y lo afirmaré así ante Dios y ante los hombres.

Villefort no respondió, levantó los brazos al cielo, abrió sus espantados ojos y cayó sobre un sillón, como si lo hubiese herido un

rayo.

Quinta Parte:
La Mano de Dios

Capítulo uno:
La acusación

El señor d'Avrigny hizo que el magistrado, que parecía cadáver, recobrara en seguida el conocimiento.

—¡Ah! ¡La muerte se ha apoderado de mi casa! —dijo el señor de Villefort.

—Diga más bien el crimen —respondió el doctor.

—¡Señor d'Avrigny! —gritó Villefort—, no puedo expresar lo que pasa por mí en este instante, no sé si es miedo, pesar o locura.

—Sí, lo creo —respondió d'Avrigny con calma—, pero me parece que es tiempo de obrar, es tiempo de que opongamos un dique a ese torrente de mortalidad. En cuanto a mí, me siento incapaz de guardar por más tiempo este secreto, si no es con la esperanza de vengar muy pronto a la sociedad y a las víctimas.

Villefort lanzó en derredor suyo una mirada sombría y murmuró:

—En mi casa —murmuró—, en mi casa.

—Vamos, magistrado —dijo d'Avrigny—, sea hombre. Intérprete de la ley, hónrese a usted mismo por medio de una inmolación completa.

—¡Me hace estremecer, doctor! ¿Una inmolación?

—Ya lo he dicho.

—¿Sospeche, pues, que alguien...?

—No sospecho de nadie. La muerte llama a su puerta y va, no ciega, sino inteligente, de cuarto en cuarto, escogiendo sus víctimas. Y bien, sigo sus pasos, adopto la prudencia de los antiguos. Busco por todas partes, porque mi cariño para usted y el respeto a su familia es una doble venda que cubre mis ojos...

—¡Oh!, hable, hable, doctor, tendré valor...

—Pues bien, señor, tiene en su casa, tal vez en el seno de su familia, uno de esos fenómenos espantosos que aparecen una vez cada siglo. Locusta y Agripina, viviendo al mismo tiempo, son una excepción, que prueba el furor con que la Providencia quiso perder de una vez al Imperio romano, manchado con tantos crímenes. Brunequilda y Fredegunda son los resultados del trabajo de una civilización complicada, en la que el hombre aprende a dominar al espíritu por medio del enviado de las tinieblas. Todas estas mujeres habían sido o eran aún hermosas. En su frente había florecido o florecía aún aquella inocencia que se percibe también en la culpable que tiene en su casa.

Villefort lanzó un agudo grito, juntó sus manos y miró al doctor con ademán suplicante. Este prosiguió:

—Indaga a quién aprovecha el crimen, dice un axioma de jurisprudencia.

—¡Doctor! ¡Desdichado doctor! —exclamó Villefort—. ¡Cuántas veces la justicia de los hombres se ha equivocado debido a esas funestas palabras! Lo ignoro, pero creo que este crimen...

—¡Ah! ¿Confiesa que el crimen existe?

—Sí. Lo reconozco, es preciso. Pero déjeme continuar. Me parece que este crimen recae sobre mí y no sobre las víctimas. Sospecho algún desastre para mí en medio de todo esto.

—¡Oh, hombre! —murmuró d’Avrigny—, el más egoísta de todos los animales, la más personal de todas las criaturas, que crees siempre que la tierra se mueve, que el sol brilla y que la muerte siega solamente para ti. Hormiga maldiciendo a Dios desde el tallo de una hierbecilla. Y los que han perdido la vida, ¿nada perdieron? El señor y la señora de Saint-Merán, el señor Noirtier...

—¿Cómo el señor Noirtier?

—Sí. ¿Cree por ventura que fue al desgraciado criado al que quisieron envenenar? No, no; como el Polonio de Shakespeare, ha muerto por otro. El señor Noirtier debía beber la limonada y la bebió según el orden lógico de las cosas. El otro solo la tomó por casualidad y aunque Barrois es el muerto, el señor Noirtier era el que debía morir.

—Pero ¿cómo no ha sucumbido mi padre?

—Ya se lo dije una tarde en el jardín después de la muerte de la señora de Saint-Merán, porque su cuerpo está acostumbrado a ese veneno. Porque la dosis insignificante para él, es mortal para cualquier otro. En fin, porque nadie sabe, ni aun el asesino, que desde hace un año estoy combatiendo con la nuez de San Ignacio la parálisis del señor Noirtier, mientras que el asesino no ignora que es un veneno sumamente activo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Villefort.

—Siga los pasos del criminal. Este mata al señor de Saint-Merán.

—¡Oh! ¡Doctor!

—Lo juraría. Lo que se me ha dicho sobre los síntomas está de acuerdo con lo que yo he visto.

Villefort dejó de contradecir y lanzó un gemido sordo.

—Mata al señor de Saint Merán —repitió el doctor—, asesina también a la señora de Saint-Merán. El fruto debe ser una herencia doble.

Villefort enjuga el copioso sudor de su frente.

—Escuche atentamente.

—¡Desdichado de mí! No pierdo una sola palabra.

—El señor Noirtier —siguió con su tono despiadado— había intentado, antes de ahora, perjudicarle tanto a usted como a su familia, dejando sus bienes a los pobres. Nada se espera de él, y esto le salva. Pero no bien ha destruido su principal testamento, no bien ha hecho el segundo, cuando por el miedo de que haga un tercero, se le mata. Su testamento es de anteayer, creo; ve que no han perdido el tiempo.

—¡Oh, piedad, señor d’Avrigny!

—Nada de piedad, señor. El médico tiene una misión sagrada sobre la tierra, y para cumplirla debidamente es preciso que se remonte hasta el principio de la vida y baje hasta las tenebrosas regiones de la muerte. Cuando se ha cometido un crimen, y Dios espantado sin duda aparta su vista del criminal, el médico debe decir: ¡Véalo ahí!

—¡Gracia para mi hija! —dijo el señor de Villefort.

—¡Ve bien que usted, su padre mismo, la nombra!

—¡Gracia por Valentina! Escuche, es imposible. Mejor querría

acusarme a mí mismo. Valentina, un corazón tan puro, una azucena en la inocencia...

—No hay gracia, señor procurador del rey. El delito es evidente y manifiesto, la señorita de Villefort ha empaquetado las medicinas que se enviaron al señor de Saint-Merán, y él ha muerto. La señorita de Villefort preparó las tisanas que se administraron a la señora de Saint-Merán, y ella murió. Recibió de las manos de Barrois la botella de limonada que su abuelo toma todas las mañanas, y este anciano ha escapado milagrosamente. Es culpable. Es una envenenadora. Señor procurador del rey, cumplía con su deber, yo la denuncio a la señorita de Villefort.

—Doctor, no lo resisto más; no me defiendo, pero por piedad, compadézcase de mi vida, de mi honor.

—Hay circunstancias, señor de Villefort —respondió el médico—, en que yo traspaso los límites de la imbécil circunspección humana. Si su hija hubiese cometido el primer crimen, y la viese prepararse para cometer el segundo, le diría: adviértala, castíguela y que pase el resto de sus días en un convento, entre la oración y las lágrimas. Si fuera su segundo crimen, le diría: señor de Villefort, he aquí un veneno que no conoce la envenenadora. Un veneno para el que no hay antídoto, pronto como el pensamiento, rápido como el relámpago, mortal como el rayo. Déselo, encomiende su alma a Dios. Salve de este modo su honor y su vida, porque se atenta contra ella y me parece verla ya acercarse a su cabecera con su hipócrita sonrisa y dulces exhortaciones. ¡Desgraciado si no hiere el primero! He aquí lo que le diría, si solamente hubiese asesinado a dos personas.

Pero ha presenciado tres agonías, ha contemplado tres moribundos, se ha arrodillado junto a tres cadáveres. Al verdugo la envenenadora, al verdugo. Me habla de su honor, y yo le digo que la inmortalidad le espera.

Villefort cayó de rodillas.

—Escuche —dijo—, no tengo esa fuerza de ánimo que manifiesta y que quizá no tendría si se tratara de su hija Magdalena.

El médico palideció.

—Doctor, todo hombre nacido de mujer ha venido al mundo para

sufrir y morir. Sufriré y esperaré la muerte.

—Cuidado —dijo d'Avrigny—, quizá sería lenta esa muerte..., la vería acercarse poco a poco, después de haberse llevado a su padre, a su mujer, a su hijo.

Villefort, casi sin conocimiento, apretó el brazo del doctor.

—Escúcheme —le dijo—, compadézcame y socórrame... Preséntese ante un tribunal... No, mi hija no es culpable, le diría siempre... No es culpable, no hay crimen en mi familia... No quiero..., ¿lo oye...?, no quiero que haya un crimen en ella, porque el crimen es como la muerte, jamás viene solo. ¿Qué le importa que muera asesinado? ¿Es usted mi amigo? ¿Es hombre? ¿Tiene valor...? ¡No; usted es médico...! Pues bien, le aseguro que no seré yo el que entregue a mi hija a manos del verdugo. ¡Ah!, ¡vea una idea que me devora, que cual un insensato me impele a desgarrar con mis uñas mi pecho...! ¡Y si se engañase, doctor, si otro que mi hija...! Si un día me presentase pálido como un espectro a decirle... ¡Asesino! ¡Tú has matado a mi hija...! Si esto sucediese, soy cristiano, señor d'Avrigny, y sin embargo, lo mataría.

—Bien —dijo el doctor, tras un silencio—, esperaré.

Villefort lo miró como si dudase aún de sus palabras.

—Solo que —continuó d'Avrigny, con voz lenta y solemne—, si cualquier miembro de su familia cae enfermo, si se siente usted mismo atacado, no me llame, porque no vendré. Quiero compartir con usted este secreto terrible, pero no quiero la vergüenza y el remordimiento que destrozarían mi conciencia, porque estoy seguro de que el crimen y la desgracia fructificarán en su casa.

—¡Es decir, que me abandona, doctor!

—Sí, porque no puedo seguirlo más lejos y me detengo al pie del cadalso. Llegará el momento en que alguna otra revelación terrible ponga fin a ese espantoso secreto. Adiós.

—Doctor, le ruego...

—Los horrores que manchan su casa la hacen odiosa y fatal. Adiós.

—Una palabra, una sola palabra aún, doctor, me deja en una situación espantosa que ha aumentado con sus revelaciones. ¿Qué se dirá de la muerte de este antiguo criado?

—Es verdad —dijo el doctor—, acompáñeme.

Salió el primero y lo siguió el señor de Villefort. Los demás criados, impacientes, se hallaban en los corredores y escalera por donde debía pasar el doctor.

—Señor —dijo d'Avrigny a Villefort, hablando recio, para que todos lo oyesen—, el pobre Barrois llevaba una vida sedentaria hace algunos años, después de estar acostumbrado a correr a caballo o en coche con su amo por las cuatro partes de Europa, y el servicio monótono, junto a un sillón, ha concluido con su existencia. La sangre ha aumentado, había plétora, le atacó un apoplejía fulminante y me avisaron muy tarde. ¡Ah! —añadió—, tenga cuidado de echar al sumidero el vaso de violetas.

Y sin dar la mano a Villefort, sin hablar más, salió acompañado de las lágrimas y lamentos de todas las personas de la casa.

Aquella misma noche todos los criados de Villefort se reunieron en la cocina, hablaron detenidamente, resolvieron presentarse a la señora de Villefort y pedirle permiso para abandonar su servicio. Nada les detuvo, ni aumento de salario, ni nada, nada; a todo respondían:

—Queremos irnos, porque la muerte está rondando esta casa.

Se marcharon, pues, a pesar de los ruegos que les hicieron, no sin dar a conocer con todo el sentimiento el dolor que les causaba dejar a tan buenos amos, y sobre todo a la señorita Valentina, tan buena, tan bienhechora y tan dulce.

A estas palabras Villefort miró fijamente a Valentina. Lloraba esta, y, ¡cosa extraña!, en medio de la emoción que le causaron estas lágrimas, al mirar a la señora de Villefort, vio agitarse en sus labios una sonrisa fría y siniestra, que pasó por sus delgados labios, como uno de esos meteoros siniestros que corren entre dos nubes en una atmósfera tempestuosa.

La misma tarde del día en que el conde de Morcef salió de casa de Danglars con la vergüenza y la cólera que dejan adivinar la negativa del banquero, el *signor* Andrés Cavalcanti, con el cabello rizado y lustroso, bigotes retorcidos y guantes blancos, entró casi de pie en su faetón, en el zaguán del banquero, calle de Chaussée d'Antin.

A los diez minutos de su llegada al salón, halló el medio de

retirarse con Danglars al hueco de una ventana, y allí, después de un preámbulo sumamente diestro, le expuso los tormentos que sufría desde el viaje que emprendió su noble padre. Desde aquel momento, decía, había hallado en la familia del banquero, que le recibiera como a un hijo, toda la dicha que un hombre debe buscar antes que la efímera satisfacción de un capricho, y en cuanto a la pasión, había tenido la felicidad de leerla en los ojos de la señorita de Danglars. Lo escuchaba este con la mayor atención. Hacía dos o tres días que esperaba esta declaración, y al oírla se dilataron sus órbitas, que habían estado cubiertas y sombrías mientras escuchaba a Morcef. Sin embargo, no dejó de hacer algunas concienzudas observaciones al joven antes de acoger su proposición.

—Señor Cavalcanti —le dijo—, usted es muy joven para pensar en casarse.

—¡Bah!, no, señor; al menos, a mí no me lo parece. En Italia los grandes señores se casan generalmente muy jóvenes. Es una costumbre lógica. La vida es tan incierta, que la felicidad debe aprovecharse en el momento en que se presenta.

—Y bien, señor —replicó Danglars—, admitiendo que sus proposiciones, que me honran ciertamente, gustasen del mismo modo a mi mujer y a mi hija, ¿con quién trataríamos la cuestión de intereses? Me parece es una cuestión importante, y que tan solo los padres saben tratar de un modo conveniente para la dicha de sus hijos.

—Señor —respondió—, mi padre es un hombre de talento, lleno de prudencia y moderación. Ha previsto el caso probable de que desease establecerme en Francia, y me ha dejado al marchar, con los papeles que aseguran mi identidad, una carta en la que me asegura, en el caso de que escoja una mujer que no tenga motivo para que le disguste, ciento cincuenta mil libras de renta desde el día de mi matrimonio. Lo que vendrá a ser, según el cálculo, la cuarta parte de las suyas.

—Yo —dijo Danglars— he tenido siempre intención de dar a mi hija quinientos mil francos de dote. Además, es mi única heredera.

—Ya ve, pues —dijo Cavalcanti—, que todo está arreglado.

Suponiendo que mi petición no sea desechada por la señora baronesa de Danglars, ni por la señorita Eugenia, henos, pues, con ciento sesenta y cinco mil libras de renta. Supongamos una cosa: que obtengo del marqués que en lugar de pagarme la renta me dé el capital; esto no será fácil, desde luego, pero puede suceder; usted haría producir estos dos o tres millones, y dos o tres millones en manos hábiles pueden dar el diez por ciento.

—Nunca tomo capitales más que al cuatro —dijo el banquero—, y algunas veces al tres y medio, pero a mi yerno lo haré al cinco y partiremos los beneficios.

—Perfectamente, querido suegro —dijo Cavalcanti, sin poder ocultar las maneras algo vulgares que de vez en cuando se manifestaban, a pesar de sus esfuerzos, y del barniz aristocrático con que procuraba encubrirlas. Pero volviendo de pronto sobre sí, dijo—: Perdone, señor; ve que solamente la esperanza me vuelve loco. ¿Qué será la realidad?

—Pero —dijo Danglars, que por su parte no advirtió que esta conversación, tan distinta en su principio, había tomado ya el cariz de un asunto de intereses—, su padre no le puede denegar una parte de su fortuna.

—¿Cuál? —preguntó el joven.

—La que procede de su madre.

—Es verdad, la que procede de mi madre, Leonor Corsinari.

—¿Y a cuánto podrá ascender?

—Por vida mía —dijo Andrés—, le aseguro que nunca me he ocupado en averiguarlo, pero creo que serán dos millones por lo menos.

Danglars experimentó aquella especie de sofocación causada por el placer y que sienten el avaro, que encuentra un tesoro perdido, o el hombre que está para ahogarse y halla bajo sus pies la tierra firme en lugar de la profundidad en que creía iba a sumergirse.

—Y bien, señor —dijo Andrés, saludando afectuosamente al banquero—, puedo esperar...

—Señor Andrés —respondió este—, espere, y crea que si no hay algún obstáculo por parte suyo que retarde la ejecución, es ya un negocio concluido.

—¡Ah! ¡Me llena de alegría! —dijo Andrés.

—¡Pero...! ¿Cómo es que el conde de Montecristo, su padrino en este mundo parisiense, no ha venido con usted al dar este paso?

Cavalcanti se sonrojó imperceptiblemente.

—Vengo de su casa —respondió—, es un hombre muy simpático, pero de una originalidad inconcebible. Ha aprobado mi resolución, me ha dicho que no dudaba un instante que mi padre me daría el capital en vez de la renta, pero me ha dicho formalmente que no daría un paso en persona, y que no echaría sobre sí la responsabilidad de hacer una petición matrimonial, añadiéndome que si alguna vez había sentido tener esta repugnancia, era ahora que se trataba de mí y cuando creía este matrimonio conveniente en todos conceptos. Por lo demás, no quiere hacer nada oficialmente y se reserva responderle cuando le hable.

—¡Ah!, ¡ah!, está bien.

—Ahora —repuso Andrés con una sonrisa encantadora— he concluido de hablar al suegro y me dirijo al banquero.

—¿Qué quiere de él? Veamos —dijo a su vez sonriendo Danglars.

—Pasado mañana he de cobrar unos cuatro mil francos en su caja, pero el conde ha conocido que el mes que va a empezar me traerá quizá gastos para los que no es bastante mi presupuesto de soltero, y he aquí un pagaré de veinte mil francos, no diré que me ha dado, pero que me ha ofrecido. Está, como ve, firmado por él. ¿Le conviene tomarlo?

—Tráigame valor de un millón como este y todos se los tomaré —dijo Danglars metiendo en su bolsillo el pagaré—; dígame a qué hora quiere que vaya mañana mi criado a su casa con veinticuatro mil francos.

—A las diez, si quiere, lo más temprano, porque pienso ir al campo.

—Sea en buena hora. A las diez, fonda del Príncipe, ¿no es eso?

—Sí.

Al día siguiente, a las diez, los veinticuatro mil francos estaban en poder del joven, puntualidad que hace honor al banquero. Andrés salió en seguida, dejando doscientos francos para Caderousse. Su salida tenía por objeto el evitar encontrarse con su peligroso amigo.

Así que por la noche volvió muy tarde, pero no bien puso el pie en la fonda cuando se le presentó el portero, que le esperaba con la gorra en la mano.

—Señor —le dijo—, aquel hombre ha venido.

—¿Qué hombre? —preguntó con indiferencia Andrés, como si hubiese olvidado a aquel a quien tenía demasiado presente.

—Aquel hombre a quien su excelencia da esa pequeña renta.

—¡Ah!, sí, el antiguo criado de mi padre. Y bien, ¿le ha entregado los doscientos francos que dejé para él?

—Sí, excelencia —respondió, pues Andrés se hacía dar este tratamiento—. Pero —continuó el portero— no ha querido tomarlos.

Cavalcanti palideció. Gracias a la oscuridad de la noche nadie se dio cuenta de ello.

—¿Cómo? —dijo—, ¿no ha querido recibirlos?

Su voz estaba alterada.

—No. Quería hablar con su excelencia. Le dije que usted había salido, insistió, pero finalmente se convenció y me entregó esta carta, que traía preparada.

—Veamos —dijo Andrés, y leyó a la luz de la linterna de su faetón:

Sabes dónde vivo. Te espero en mi casa mañana a las nueve.

Andrés examinó el sello por si había sido abierta, y algún indiscreto había visto el contenido de la carta. Pero la había cerrado de tal modo, y con tales pliegues y dobleces, que para leerla hubiera sido necesario romper el sello y este estaba intacto.

—Muy bien —dijo—, pobrecito. Es un buen hombre.

Dejando al portero edificado con estas palabras, y sin saber a quién admirar más, si al joven amo o al viejo criado.

—Desengancha y sube —dijo Andrés a su jinete.

El joven subió en dos saltos a su cuarto, quemó la carta de Caderousse y echó al aire las cenizas. Al acabar esta operación entró el criado.

—Tienes mi estatura, ¿verdad, Pedro?

—Tengo esa honra.

—Debes tener una librea nueva que te trajeron ayer.

—Sí, señor.

—Tengo que ver a una muchacha, a una modistilla, a quien no quiero dar a conocer ni título ni clase. Tráeme tu librea y dame tus papeles, por si es necesario dormir en alguna posada.

Pedro obedeció.

Cinco minutos después Andrés, completamente disfrazado, salió de su casa sin que nadie lo conociera, tomó su cabriolé y se dirigió a la posada del Caballo Rojo, en Picpus. Al día siguiente salió de esta, del mismo modo que había salido de la fonda del Príncipe, esto es, sin que nadie lo conociera. Bajó por el arrabal de San Antonio, tomó el arrabal hasta la calle de Menilmontant, se detuvo a la puerta de la tercera casa de la izquierda buscando a quien preguntar en ausencia del portero.

—¿A quién busca, joven? —le preguntó la frutera de enfrente.

—Al señor Pailletin, señora —respondió Andrés.

—¿Un antiguo panadero? —preguntó la frutera.

—Eso es.

—Al final del patio, al tercer piso a la izquierda.

Andrés tomó el camino que le indicaban, llegó al tercer piso y con una mezcla de impaciencia y malhumor, agitó la campanilla. Al momento la figura de Caderousse apareció en el ventanillo de la puerta.

—¡Ah!, eres puntual —dijo, y descorrió el cerrojo.

—¡Vive Dios! —dijo Andrés al entrar.

Arrojó al suelo la gorra, que rodó por el mismo.

—Vaya, vaya —dijo Caderousse—, no te enfades, chico. He pensado en ti, te he preparado un buen desayuno, todo aquello que más te gusta.

Andrés percibió, en efecto, un olor a cocina, cuyos groseros aromas no dejaban de tener atractivo para un estómago hambriento. Se componía de una mezcla de grasa fresca y ajo, que indicaba los guisados favoritos del populacho provenzal. Además, el de pescado frito, y sobre todo sobresalía la nuez moscada y el clavo. Se veía en la habitación inmediata una mesa con dos cubiertos, dos botellas de vino lacradas, una porción de aguardiente en otra botella y una macedonia de frutas colocada con maestría en un plato de

porcelana.

—¿Qué te parece, chico? —dijo Caderousse—. ¡Eh! ¡Qué bien huele! ¡Por vida de Baco! Era yo muy buen cocinero allá abajo, ¿te acuerdas? Se lamían los dedos tras mis guisotes, y tú, tú, que has probado mis salsas, no las despreciarás.

Dicho esto, Caderousse se puso a mondar una cebolla.

—Bien, bien —dijo Andrés con muy malhumor—. Si me has incomodado solamente para que almuerce contigo, te lleve mil veces el diablo.

—Pero, muchacho —dijo con gravedad Caderousse—, comiendo se habla y además, ingrato, ¿no te gusta pasar un rato con tu amigo? ¡Ah! Yo estoy llorando de alegría.

Caderousse lloraba en efecto, solo que hubiera sido difícil averiguar si era de alegría o porque el jugo de la cebolla había llegado hasta sus ojos.

—¡Calla, hipócrita! —le dijo Andrés—. ¿Tú me amas?

—Sí, te amo. Lléveme el diablo, es una debilidad —dijo Caderousse—, lo sé, pero no puedo remediarlo.

—Pero ese cariño no lo ha impedido el hacerme venir aquí para alguna bribonada de las tuyas.

—Vamos, vamos —dijo Caderousse limpiando el cuchillo de cocina en su delantal—, si no te amase, ¿soportaría esta miserable existencia? Mira, tú traes puesto el vestido de tu criado, cosa que yo no tengo, y me veo obligado a servirme a mí mismo. Haces ascos a mis guisos, porque comes en la mesa redonda de la fonda del Príncipe o en el café de París. Pues bien, yo también podría tener un criado, comer donde se me antojase y me privo de todo, ¿por qué? Por no dar un disgusto a mi Benedetto. Vaya, confiesa que podría hacerlo, ¿verdad? —y una significativa mirada terminó la frase.

—Anda, quiero creer que me amas, pero si es así, ¿por qué me obligas a venir a almorzar contigo?

—Para verte, muchacho.

—Para verme. ¿Y qué necesidad tenías de ello? ¿No tenemos ya arregladas las condiciones de nuestro trato?

—¡Eh!, querido amigo —dijo Caderousse—, hay testamentos que

tienen codicilos, pero has venido para almorzar, siéntate y empecemos por hacer los honores a estas sardinas y la manteca fresca. ¡Ah!, miras mi cuarto, mis cuatro sillas de paja y mis grabados a tres francos el cuadro, qué quieres, esta no es la fonda del Príncipe.

—Vamos, ahora estás disgustado, ya no eres feliz, cuando hace un momento que te contentabas con parecer un panadero que ha dejado el oficio.

Caderousse dio un suspiro.

—Vamos, amigo mío, ¿qué tienes que decir? Has visto realizado tu sueño.

—Lo que tengo que decir, que es un sueño. Un panadero que deja el oficio, mi buen Benedetto, suele ser rico y tener rentas.

—¿Tú también tienes rentas?

—¿Yo?

—Sí. ¿Acaso no te traigo tus doscientos francos?

Caderousse se encogió de hombros.

—Es humillante —dijo—, tener que recibir un dinero que se da de mala gana, un dinero efímero que puede faltarme de hoy a mañana. Bien conoces que tengo que hacer economías para el caso en que tu prosperidad viniese a menos. ¡Ay, amigo mío!, la fortuna es muy veleidosa, como decía el capellán del... regimiento. Yo no ignoro que la tuya es inmensa, buena pieza, puesto que vas a casarte con la hija de Danglars.

—¿Qué es eso de Danglars?

—Lo que oyes, ¡de Danglars! Me parece que no es cosa de que yo diga del barón Danglars. Sería lo mismo que si dijera del conde Benedetto. Danglars era un amigo, y si no tuviera tan mala memoria, debería convidarme a la boda, porque asistió a la mía... ¡Sí, sí, sí, a la mía! ¡Diablos! Entonces no gastaba tantos humos, era dependiente de la casa del señor Morrel. He comido muchos días con él y con el conde de Morcef... Ya ves que tengo buenas relaciones, y que si quisiera cultivarlas nos encontraríamos en los mismos salones.

—Vaya, vaya, los celos te hacen ver visiones, Caderousse.

—Lo que tú quieras, Benedetto mío, pero yo bien sé lo que me

digo. Tal vez vendrá día en que yo me ponga también los trapitos de cristianar y llame a la puerta de la casa de algún amigo. Mientras tanto, siéntate y comamos.

Caderousse dio el ejemplo y se puso a almorzar con buen apetito, y haciendo el elogio de todos los platos que servía a su huésped. Este se resignó al parecer. Destapó con mucho desenfado las botellas y dio un avance a un guisado de pescado y al bacalao asado con alioli.

—Compadre —dijo Caderousse—, creo que haces buenas migas con tu antiguo cocinero.

—Ya lo creo —dijo Andrés, en quien, como joven y vigoroso, podía más que nada el apetito.

—¿Y te gusta eso, buena pieza?

—Me gusta tanto que no puedo alcanzar cómo un hombre que guisa y come tan buenas cosas puede quejarse de la vida.

—Ello es debido —dijo Caderousse— a que una sola idea amarga todos mis goces.

—¿Y qué idea es esa?

—La de que estoy viviendo a expensas de un amigo, cuando siempre me he ganado la vida por mí mismo.

—¡Bah, no te preocupes! —dijo Andrés—, tengo bastante para dos, no te apures.

—No. Puede que no me creas, pero al fin de cada mes tengo remordimientos.

—¡Buen Caderousse!

—Y esto es tan cierto como que ayer no quise tomar los doscientos francos.

—Sí, ya sé que querías hablarme. Pero, seamos francos, ¿eran efectivamente los remordimientos?

—No lo dudes. Además, se me había ocurrido una idea.

Andrés se estremeció. Siempre le hacían estremecer las ideas de Caderousse.

—Mira, es tan mezquino —continuó— tener que estar siempre esperando los fines de mes.

—¡Bah! —dijo filosóficamente Andrés, decidido a ver venir a su compañero—. ¿No se pasa la vida esperando? Yo, por ejemplo,

¿qué hago más que esperar? Tengo paciencia, y Cristo con todos.

—Sí, porque en vez de esperar doscientos francos miserables, esperas cinco o seis mil, tal vez diez, y quién sabe si hasta doce mil, porque eres un carcelero. Cuando íbamos juntos no te faltaba tu hucha, que tratabas de ocultar al pobre amigo Caderousse. Afortunadamente tenía buen olfato el amigo Caderousse, ya sabes.

—Ya vuelves a divagar —dijo Andrés—, siempre estás hablando del pasado. ¿A qué viene eso?

—¡Ah!, tú tienes veintiún años, y puedes olvidar el pasado, yo cuento cincuenta y tengo necesidad de recordarlo. Pero no importa, volvamos a los negocios.

—Sí.

—Quería decir que si yo estuviera en tu lugar...

—¿Qué harías?

—Realizaría...

—¡Cómo!, realizarías...

—Sí; pediría un semestre adelantado, pretextando que quería comprar una hacienda, y después pondría los pies en polvorosa, llevándome el dinero del semestre.

—¡Vaya! ¡Vaya! —dijo Andrés—. ¡Tal vez no está tan mal pensado!

—Querido amigo —dijo Caderousse—, come de mi cocina y sigue mis consejos, y no te irá mal física ni moralmente.

—¡Está bien! Pero dime, ¿por qué no sigues tú el consejo que me das? ¿Por qué no me pides un semestre, o un año, y te retiras a Bruselas? En vez de parecer un panadero retirado, parecerías un comerciante arruinado en el ejercicio de sus funciones.

—¿Pero cómo quieres que me retire con mil doscientos francos?

—¡Ah! ¡Te vuelves muy exigente! Ya no te acuerdas de que hace dos meses estabas muriéndote de hambre.

—El apetito viene comiendo —dijo Caderousse enseñándole los dientes como un mono que ríe, o como un tigre que ruge. Y partiendo con aquellos mismos dientes tan blancos y tan agudos a pesar de la edad, un enorme pedazo de pan, añadió—: Tengo un plan.

Los planes de Caderousse asustaban a Andrés mucho más todavía que sus ideas. Las ideas no eran más que el germen. El

plan era la realización.

—Veamos ese plan —dijo—. ¡Debe ser magnífico!

—¿Y por qué no? El plan por medio del cual dejamos el establecimiento del señor Chose, ¿a quién se debe, eh? ¡Me parece que a mí...! Y no sería tan malo, cuando nos encontramos en este sitio.

—No digo eso —contestó Andrés—. Algunas veces aciertas, pero en fin, sepamos tu plan.

—Veamos —prosiguió Caderousse—, ¿eres capaz, sin desembolsar un cuarto, de hacerme obtener quince mil francos...? No, quince mil francos no son bastante, necesito treinta mil para ser hombre honrado.

—No —respondió secamente Andrés—, no puedo.

—Creo que no me has comprendido —respondió Caderousse fríamente—. Te he dicho que sin desembolsar tú un cuarto.

—¿Quieres ahora que yo robe, para que nos perdamos y vuelvan a llevarnos allá abajo...?

—¡Oh!, a mí me importa poco —dijo Caderousse—; tengo una condición sumamente original. jamás me fastidian mis antiguos camaradas. No soy como tú, que no tienes corazón y no deseas volver a verlos.

Esta vez Andrés palideció.

—Vaya, Caderousse, no digas tonterías.

—¡Qué! No; vive tranquilo, mi buen Benedetto, pero indícame un medio para ganar estos treinta mil francos, sin mezclarte tú en nada. Déjame obrar a mí, ¡he aquí todo!

—Pues bien, lo intentaré —dijo Andrés.

—Pero, entretanto elevarás mi renta a quinientos francos, ¿no es verdad, chico? Tengo una manía, quiero tomar una criada.

—Bien. Tendrás quinientos francos, pero la carga es mucha, Caderousse, y tú abusas...

—¡Bah! —dijo este—, puesto que los sacas de unos cofres que no tienen fondo.

Se habría dicho que Andrés esperaba en aquel punto a su compañero. Sus ojos brillaron de pronto, pero volviendo a su calma habitual, dijo:

—Sí, es verdad, mi protector es excelente para mí.

—¡Querido protector! —repuso Caderousse—. ¿Cuánto te da al mes?

—Cinco mil francos —respondió Andrés.

—Tantos miles, como tú me das cientos. En verdad que no hay nadie tan dichoso como un bastardo. Cinco mil francos todos los meses. ¿Qué haces con tanto dinero?

—En seguida se gasta. Siempre estoy sin dinero, y por eso desearía, como tú, tener un capital.

—Un capital..., sí..., comprendo..., todo el mundo tendría ganas de poseer un capital.

—Pues yo tendré uno.

—Y quién lo dará, ¿tu príncipe?

—Sí, mi príncipe; pero por desgracia tengo que esperar.

—¿Esperar qué? —preguntó Caderousse.

—Su muerte.

—¿La muerte de tu príncipe?

—Sí.

—¿Cómo es eso?

—Porque soy heredero testamentario.

—¿De veras?

—Palabra de honor.

—¿Y cuánto te deja?

—Quinientos mil francos.

—Solamente eso. Gracias por la friolera.

—Es como te digo.

—Eso es imposible.

—Caderousse, ¿eres mi amigo?

—Ya lo sabes, hasta la muerte.

—Pues bien. Voy a confiarte un secreto.

—Di.

—Pero escucha.

—Mudo como una estatua.

—Pues bien, creo... —y Andrés se detuvo para echar una mirada a su alrededor.

—¿Crees...? No tengas miedo. Estamos solos.

—Creo que he encontrado a mi padre.
—¿A tu verdadero padre?
—¿No a Cavalcanti?
—No, puesto que este se ha marchado.
—¿Y tu padre es...?
—Creo, Caderousse, que es el conde de Montecristo.
—¡Bah!
—Sí. Te lo explicaré y lo comprenderás. Esto lo explica todo. Él no puede reconocerme públicamente, pero hace que me reconozca el señor Cavalcanti y por esto le da cincuenta mil francos.
—¿Cincuenta mil francos por confesar que era tu padre? Yo lo hubiera hecho por la mitad del precio, por veinte mil, por quince mil. ¿Cómo no pensaste en mí, ingrato?
—¿Y sabía yo nada de esto? Todo se hizo mientras estábamos allá abajo.
—¡Ah!, es verdad. Y dices que en su testamento...
—Me deja quinientos mil francos.
—¿Estás seguro de ello? ¿Hay un codicilo, como decía yo hace poco?
—Quizá.
—Y en ese codicilo...
—Me reconoce.
—¡Ah! ¡Qué buen padre! ¡Qué honrado padre! ¡Qué hombre de bien! —dijo Caderousse haciendo el molinete con el plato que tenía en la mano.
—He aquí todo. Ve aún diciendo que tengo secretos para ti.
—No, y tu confianza te honra a mis ojos. ¿Y el príncipe, tu padre, es rico, riquísimo?
—Creo que él mismo no sabe lo que tiene.
—¿Es posible?
—Así lo creo. Y tengo motivos para ello. A todas horas entro en su casa, y he visto el otro día a un mozo del banco que le traía cincuenta mil francos en billetes en una cartera que abultaba tanto como tu servilleta. Ayer mismo vi que su banquero le llevaba cinco mil francos en oro.
Caderousse estaba absorto. Le parecía que las palabras del joven

tenían el sonido del metal y que oía rodar los montones de luises.

—¿Y tú vas a esa casa? —dijo con sencillez.

—Cuando quiero.

Caderousse se quedó reflexionando un buen rato. Era fácil ver que le ocupaba algún pensamiento profundo.

—Desearía ver todo eso —dijo—. ¡Cuán hermoso debe ser!

—Desde luego —respondió Cavalcanti—. Es magnífico.

—¿Y no vive a la entrada de los Campos Elíseos?

—Número 30.

—¡Ah! —dijo Caderousse—, ¿número 30?

—Sí; una hermosa casa, con jardín a la entrada, tú la conoces.

—Es posible, pero no me ocupo del exterior, sino del interior. ¡Qué hermosos muebles debe haber en ella! ¿Eh?

—¿Has visto las Tullerías?

—No.

—Pues aún son más hermosos.

—Dime, Andrés, debe ser algo estupendo bajarse para recoger la bolsa de ese Montecristo, cuando la deje caer.

—¡Qué! No es necesario esperar ese momento —dijo Andrés—. El dinero rueda en aquella casa como las frutas en un jardín.

—Escucha. Deberías llevarme un día contigo.

—¡Es imposible! ¿Y con qué pretexto?

—Es verdad, pero has excitado mi curiosidad, y es absolutamente necesario que yo vea todo eso.

—No hagas una barbaridad, Caderousse.

—Me presentaré como un criado para encerar las habitaciones.

—Están todas alfombradas.

—¡Qué lástima! Será menester que me conforme con verlo solo en mi imaginación.

—Es lo mejor que puedes hacer, créeme.

—Procura al menos darme una idea de cómo está aquello.

—¿Y cómo?

—Es facilísimo. ¿Es grande?

—Ni grande ni pequeño.

—Pero ¿cómo está distribuido?

—Necesitaría tintero y papel para trazar el plano.

—Ahí lo tienes —dijo prontamente Caderousse, sacando de un armario antiguo papel blanco, tinta y pluma—. Toma, trázame el plano.

Andrés tomó la pluma con una imperceptible sonrisa y empezó a explicarle:

—La casa, como te he dicho, tiene la entrada por el jardín —y la dibujó.

—¿Paredes altas?

—No, ocho o diez pies a lo sumo.

—No es prudente —dijo Caderousse.

—A la entrada, varios naranjos y flores.

—¿Y no hay trampas para los lobos?

—No.

—¿Las cuadras?

—A los dos lados de la verja que ahí ves —y Andrés continuó dibujando su plano.

—Veamos el piso bajo —dijo Caderousse.

—Un comedor, dos salones, un billar, la escalera en el vestíbulo y una escalera secreta.

—¿Y ventanas?

—Ventanas magníficas, y tan anchas que un hombre como tú podría pasar a través del espacio correspondiente a un vidrio.

—¿Y para qué sirven las escaleras con semejantes ventanas?

—Qué quieres, el lujo. Tienen puertas, pero para nada sirven. El conde de Montecristo es un original que le gusta ver el cielo de noche.

—¿Y los criados duermen cerca?

—Tienen habitaciones aparte. Imagínate una pequeña casa al entrar. La parte baja sirve para guardar varias cosas, y encima los cuartos de los criados con campanillas que corresponden al principal.

—¡Ah! ¿Con campanillas?

—¿Qué decías?

—Nada. Digo que cuesta muy caro poner esas campanillas, y que no sirven para nada.

—Antes había un perro, que soltaban por la noche, pero lo han

llevado a Auteuil, a la casa que tú conoces.
—¿Sí?
—Es una imprudencia, le decía yo, señor conde, porque cuando usted va a Auteuil y se lleva todos sus criados, la casa queda abandonada.
»—Y bien —me preguntó—, ¿y qué?
»—Pues que cualquier día le roban.
—¿Y qué te contestó?
—¿Qué me contestó?
—Sí.
—Bien, ¿qué me importa que me roben?
—Andrés, ¿sabes si tiene algún secreter con máquina?
—¿Cómo?
—Sí, de estas que sujetan al ladrón, y suena en seguida una pieza de música. Me han dicho que había una últimamente en la exposición.
—Tiene un secreter corriente, de caoba, y siempre está la llave puesta.
—¿Y no lo roban?
—No, todos sus criados son fieles.
—Mucho dinero debe tener en ese secreter.
—Tendrá quizá... Es imposible saber lo que tiene.
—¿Y dónde está?
—En el primer piso.
—Dibuja el plano, como has hecho con la planta baja.
—Es fácil —y Andrés tomó de nuevo la pluma.
—Aquí, una antecámara y salón. A la derecha del salón, biblioteca y gabinete de trabajo; a la izquierda, otro salón, el cuarto en que duerme y el gabinete en que se viste. En este tiene el secreter.
—¿Y tiene ventana ese gabinete?
—Dos, aquí y aquí —y Andrés trazó las dos ventanas, que figuraban en el plano formando ángulo y como una prolongación del dormitorio.
Caderousse estaba pensativo.
—¿Va con frecuencia a Auteuil? —preguntó.
—Dos o tres veces por semana. Mañana debe ir y dormirá allí.

—¿Estás seguro?
—Me ha invitado a comer.
—¡Qué vida! —dijo Caderousse—. Cama en París y casa en el campo.
—Son las ventajas de ser rico.
—¿Irás a comer?
—Probablemente.
—¿Cuando vas, pasas allá la noche?
—Si quiero. En casa del conde estoy como en mi propia casa.
Caderousse miró atentamente al joven, queriendo leer en sus ojos la verdad de sus palabras, pero Andrés sacó la petaca, cogió un habano, lo encendió tranquilamente y se puso a fumar sin afectación.
—¿Cuándo quieres tus quinientos francos? —preguntó a Caderousse.
—Si los tienes, ahora mismo.
Andrés sacó veinticinco luises.
—Amarillo —dijo Caderousse—, no, no, gracias.
—¡Y bien! ¿Los desprecias?
—Te lo agradezco, pero no lo quiero.
—Ganarás en el cambio, imbécil; el oro vale cinco sueldos más.
—Ya. Y luego el que me los cambie hará que sigan al amigo Caderousse, y me echarán el guante, y después será preciso que diga quiénes son los arrendadores que le pagan en oro las rentas. Nada de tonterías, hijo. Venga el dinero en monedas sencillas con el busto de cualquier rey. Una moneda de cinco francos puede tenerla cualquiera.
—Pero ya sabes que yo no puedo tener aquí quinientos francos en esa moneda, porque habría tenido que traer conmigo uno que los llevase.
—Pues bien. Déjaselos a tu portero, que es un buen hombre, y yo los recogeré.
—¿Hoy mismo?
—No, mañana; hoy no tendré tiempo.
—Está bien, mañana te los dejaré, antes de salir para Auteuil.
—¿Puedo contar con ellos?

—Con toda seguridad.
—Es que voy a tomar en seguida una criada.
—Bien. Pero no volverás a molestarme, ¿estamos?
—No temas.
Caderousse se había puesto tan sombrío, que Andrés temió verse obligado a manifestar que notaba esta mudanza. Así fue que redobló su frívola algazara.
—¡Qué alegre estás y qué bullicioso!, no parece sino que has atrapado la herencia.
—Todavía no, por desgracia, pero el día que la atrape...
—¡Qué!
—¿Qué? Que nos acordaremos de los amigos, no digo más.
—Ya se ve, como tienes tan buena memoria...
—¿Qué quieres? Creí que lo que querías era despojarme de todo.
—¿Quién, yo? Ah, ¡qué idea! Por el contrario. Voy a darte un consejo de amigo.
—¿Cuál?
—Que te dejes aquí ese diamante que traes en el dedo. ¿Quieres que nos detengan? ¿Quieres perdernos con semejante descuido?
—¿Por qué dices eso?
—¿Por qué? ¿Pues no te pones una librea, te disfrazas de lacayo y te dejas en el dedo un diamante que valdrá cuatro o cinco mil francos?
—Caramba..., acertaste el precio..., ¿por qué no te dedicas a joyero?
—Es que yo entiendo de diamantes. He tenido uno.
—Y puedes vanagloriarte de ello —dijo Andrés, que sin incomodarse, como temía Caderousse, le entregó el diamante sin disgusto.
Caderousse se puso a examinarlo tan de cerca que Andrés conoció que examinaba si los rayos de la piedra brillaban bastante.
—Este diamante es falso —dijo Caderousse.
—¿Te burlas? —respondió Andrés.
—No te incomodes, ahora lo veremos.
Caderousse se dirigió a la ventana, y aplicando y pasando el diamante por los vidrios, estos crujieron al momento.

—*Laus Deo!,* es verdad —dijo Caderousse, colocándose el anillo en el dedo meñique—, me equivoqué, pero esos ladrones de diamantistas imitan de tal manera las piedras preciosas, que ya es inútil el ir a robar nada de sus almacenes. Esta industria se ha perdido.

—¿Ya hemos acabado? —dijo Andrés—. ¿Tienes alguna otra cosa que pedirme, quieres mi vestido? ¿Quieres mi gorra? Vamos, no tengas reparo en pedir.

—No; en el fondo eres un buen camarada. Anda ya con Dios. Haré lo posible por curarme de mi ambición.

—Pero ten cuidado que al vender el diamante no le suceda lo que temías que te sucediera por las monedas de oro.

—No lo venderé. No temas.

—Hoy o mañana, a más tardar —dijo el joven para sí.

—Tunantuelo afortunado —añadió Caderousse—, ¿ahora vas a buscar tus lacayos, tus caballos, tu carruaje y tu novia?

—Sí —dijo Andrés.

—Mira, espero que el día que te cases con la hija de mi amigo Danglars me harás un buen regalo.

—Ya te dije que eso es un capricho...

—¿Qué dote tiene?

—Ya le digo...

—¿Un millón?

Andrés se encogió de hombros.

—Vamos, sea un millón. Nunca tendrás tanto como yo te deseo.

—Gracias.

—Lo digo de corazón —añadió Caderousse riendo fuertemente—. Espera, te acompañaré.

—No te molestes.

—Es preciso.

—¿Por qué?

—¡Oh!, porque la puerta tiene un pequeño secreto. Una medida de precaución, que me ha parecido conveniente adoptar. Una cerradura de Huret y Fichet, revisada y añadida por Gaspar Caderousse. Cuando seas capitalista, te haré otra igual.

—Gracias —dijo Andrés—. Te lo avisaré con ocho días de

anticipación.

Y se separaron. Caderousse permaneció en la escalera, hasta que vio a Andrés bajar todos los pisos y atravesar el patio. Entonces entró precipitadamente, cerró la puerta, y se puso a estudiar como un concienzudo arquitecto el plano que había trazado Andrés.

—Me parece —dijo— que mi querido Benedetto desea cobrar cuanto antes su herencia y que no será mal amigo suyo el que le anticipe el día de entrar en posesión de sus quinientos mil francos...

Capítulo dos:
La fractura

Al día siguiente, el conde de Montecristo marchó efectivamente a Auteuil con Alí, con muchos criados y con los caballos que quería probar. La llegada de Bertuccio, que volvía de Normandía, con noticias de la casa y de la corbeta, determinó este viaje, en el que el conde no pensaba la víspera.

La casa estaba dispuesta y la corbeta hacía ocho días que se hallaba al ancla en una rada pequeña después de haber cumplido con las formalidades exigidas, y pronta a darse de nuevo a la vela. El conde alabó el celo de Bertuccio. Le dijo que se preparase a partir pronto, pues su permanencia en Francia podría durar un mes.

—Ahora —le dijo— puede que me sea necesario ir en una noche desde París a Treport; quiero ocho relevos de caballos en el camino, para poder recorrer las cincuenta millas en diez horas.

—Su excelencia me había manifestado ya este deseo —respondió Bertuccio—, y los caballos están dispuestos, los he comprado yo mismo, y los he colocado en los sitios más cómodos, es decir, en pueblecitos retirados, donde generalmente no pasa nadie.

—Está bien —dijo Montecristo—, quédate aquí un día o dos.

Cuando Bertuccio iba a salir para dar las órdenes correspondientes a consecuencia de la conversación que había tenido con su amo, Bautista abrió la puerta y se presentó con una carta en la mano.

—¿Qué trae? —le preguntó el conde, al verlo llegar cubierto de

polvo—. No lo he llamado, según creo.

Bautista, sin responder, se acercó al conde y le entregó la carta.

—Importante y urgente —dijo.

El conde la abrió y leyó lo siguiente:

Señor de Montecristo: Debe saber que esta misma noche se introducirá furtivamente un hombre en su casa de los Campos Elíseos para sustraer varios documentos que cree están encerrados en el secreter que se halla en el gabinete de vestir. Se sabe que el señor de Montecristo tiene bastante corazón para no recurrir a la intervención de la policía, lo que podría comprometer grandemente a la persona que le da este aviso. El señor conde puede tomar sus precauciones, esconderse en el gabinete y hacerse justicia por su propia mano. Precauciones ostensibles o un aumento de criados, alejarían ciertamente al malhechor, y harían perder al señor de Montecristo la ocasión de conocer un enemigo que la casualidad ha hecho descubrir a la persona que le da este aviso, el cual ya no tendría ocasión de renovar, en el caso de que, saliendo con éxito el malhechor de esta primera tentativa, intentase otra.

El primer impulso del conde fue creer que se trataba de un burdo lazo tendido por los ladrones, que señalaban un mediano peligro para exponerle a otro mucho mayor. Lo primero que pensó fue enviar la carta a un comisario de policía, a pesar de la recomendación, y quizás a causa de ella misma, cuando de repente se le presentó la idea de que podría ser un enemigo particular a quien solo él conociese, y en este caso nadie más que él podía sacar partido de esto, como había hecho Fieschi con el moro que quiso asesinarlo.

Ya conocen al conde nuestros lectores y es inútil decirles que las dificultades no lo abatían y la vida que había vivido y su resolución de no retroceder ante el peligro le habían dado ocasión de saborear los goces desconocidos a los demás hombres, goces que encontraba en la lucha que muchas veces sostenía contra la naturaleza, que es Dios, y contra el mundo, que puede muy bien llamarse el diablo.

—No quieren robarme mis papeles —pensó Montecristo—, quieren matarme. No son ladrones, son asesinos. No quiero que el prefecto de policía se mezcle en mis asuntos particulares. Soy bastante rico para poder excusarme de ser gravoso en esto a su presupuesto.

El conde llamó a Bautista, que había salido después de entregarle la carta.

—Ahora mismo va a París, y hará venir a todos mis criados, les necesito en Auteuil.

—¿Y no queda ninguno en la casa, señor conde? —preguntó Bautista.

—Sí, el portero.

—Reflexione, señor conde, que hay mucha distancia desde la portería a la casa.

—¡Y bien!

—Que podrían robarlo todo sin que el portero oyese el menor ruido.

—¿Y quién?

—¿Quién? Los ladrones.

—Es usted un tonto, señor Bautista. Si me robasen cuanto hay en casa me importaría menos que si me faltase lo más mínimo en mi servicio tal cual lo quiero.

Bautista hizo un profundo saludo.

—¿Me ha comprendido? Que todos sus compañeros vengan con usted. Lo dejará todo como de costumbre y únicamente tendrá cuidado de cerrar las ventanas del piso bajo.

—¿Y las del primero?

—Sabe que nunca se cierran; ahora puede marchar.

El conde advirtió que comería solo, y que no quería le sirviera la comida otro criado más que Alí.

Comió con la tranquilidad acostumbrada y cuando terminó, hizo seña a Alí de que le siguiese. Salió por una puerta pequeña que daba al bosque de Bolonia y como si fuese a dar un paseo, tomó sencillamente el camino de París. Al anochecer se hallaba frente a su casa de los Campos Elíseos.

Todo se hallaba sumido en la oscuridad, salvo el cuarto del portero, donde se veía el débil reflejo de una vela.

Montecristo se arrimó a un árbol, y con aquella mirada penetrante que todo lo descubría, examinó los árboles, las entradas y aun las calles próximas, hasta que se convenció de que no había nadie emboscado.

Se dirigió en seguida a la puerta secreta, entró apresuradamente con Alí, subió por la escalera excusada, cuya llave tenía, entró en su dormitorio sin descorrer ni una cortina, y sin que el portero pudiera pensar que había alguien en la casa que él creía vacía en aquel momento.

Llegados al dormitorio, el conde hizo señas a Alí de que se detuviese. Pasó en seguida al gabinete, que examinó con cuidado, todo estaba como de costumbre. El secreter en su sitio y la llave puesta. Dio dos vueltas a esta. Volvió al dormitorio, quitó las anillas dobles del cerrojo, y entró de nuevo.

Entretanto, Alí ponía sobre la mesa las armas que el conde le había pedido, una carabina corta y un par de pistolas de dos cañones, seguras como pistolas de tiro. Armado de este modo, el conde tenía en sus manos la vida de cinco hombres.

Serían las nueve poco más o menos, cuando el conde y Alí tomaron un poco de pan y un vaso de vino generoso. Aquel levantó una puerta secreta, que le permitía ver lo que pasaba en ambas habitaciones; había traído sus armas, y Alí, en pie junto a él, tenía en la mano un hacha de abordaje, arábiga, como las que usaban los turcos en tiempos de las Cruzadas. Por la ventana de enfrente, que estaba en el dormitorio, el conde podía ver lo que sucedía en la calle.

Así transcurrieron dos horas. La oscuridad era completa, y con todo, Alí, gracias a su naturaleza casi salvaje, y el conde a una cualidad adquirida, distinguían en medio de aquella oscuridad tan profunda las menores oscilaciones de los árboles del jardín. Hacía ya mucho tiempo que no se percibía luz en el cuarto del portero.

Era de presumir que si se efectuaba el ataque proyectado sería por la escalera, y no por una de las ventanas. Según las ideas de Montecristo, los malhechores querían su vida y no su dinero. Pensaba, pues, que se dirigirían al dormitorio, por la escalera o por la ventana del despacho.

Las once y tres cuartos sonaron en un reloj de los Inválidos. Un viento húmedo del Oeste trajo el sonido de los tres golpes. Al concluir el tercero, el conde creyó oír un ruido casi imperceptible hacia el despacho. A este ligero rumor siguieron otros dos. Otro después, y ya el conde estaba seguro de lo que era, cuando una mano firme y ejercitada se había ocupado en cortar los cuatro lados de uno de los cristales con un diamante.

Montecristo sintió latir con más violencia su corazón. Por acostumbrados que estén los hombres al peligro, y por prevenidos que se hallen, conocen, sin embargo, en el momento supremo la diferencia que existe entre el sueño y la realidad, entre el proyecto y la ejecución.

El conde hizo una seña a Alí. Este comprendió que el peligro estaba por la parte del despacho, y dio un paso para acercarse a su amo. Este deseaba con impaciencia saber cuántos eran sus enemigos.

La ventana en que estos trabajaban se hallaba situada frente al sitio desde donde el conde observaba el despacho. Sus ojos se fijaron, pues en ella. Vio dibujarse una sombra en la oscuridad. En seguida, uno de los cristales se oscureció, como si sobre él hubiesen puesto un papel. Crujió, pero sin caer al suelo. Un brazo pasó por la abertura buscando el pestillo y un minuto después se abrió la ventana, entrando por ella un hombre. Estaba solo.

—He aquí un pillo muy atrevido —pensó Montecristo.

Entonces sintió que Alí le tocaba suavemente en el hombro. Se volvió, y este le indicó la ventana de enfrente, que daba a la calle.

Montecristo dio tres pasos hacia la ventana, conocía la fina sensibilidad de su servidor, y efectivamente, vio otro hombre que se separaba de una puerta, subía sobre un poste y procuraba ver lo que sucedía en el interior de la casa.

—Bien —dijo—, son dos. El uno trabaja y el otro le guarda las espaldas.

Hizo una señal a Alí para que no perdiese de vista al hombre de la calle, mientras él volvía al del despacho. El ladrón había entrado y procuraba reconocer el terreno, extendiendo hacia adelante sus brazos. Finalmente, después de orientarse, corrió los cerrojos de las

dos puertas que había en el despacho. Al acercarse a la del dormitorio, Montecristo creyó que iba a entrar, y preparó una de sus pistolas, pero pronto se convenció de lo contrario por el ruido de los cerrojos. Era una medida de precaución únicamente. El visitante nocturno, que ignoraba que el conde había quitado los aros, podía creerse en toda seguridad y obrar tranquilamente.

El hombre sacó de su bolsillo un objeto que el conde no pudo distinguir. Lo puso sobre la mesa y se dirigió en seguida al secreter. Palpó el lugar de la cerradura y vio que estaba cerrada. Pero venía prevenido. Pronto oyó el conde el ruido que produce un hierro contra otro, y que provenía de un manojo de ganzúas con las que los cerrajeros suelen abrir puertas, y a las que los ladrones han dado el nombre de ruiseñores, sin duda por el placer que les causa el chirrido producido por ellas.

—¡Ah, ah! —se dijo a sí mismo Montecristo—, no es más que un ladrón.

Pero el hombre, que en la oscuridad no podía encontrar el instrumento que necesitaba, recurrió al objeto que había puesto sobre la mesa. Tocó un resorte y en seguida una luz pálida, pero bastante viva, iluminó la habitación.

—¡Cómo...! —dijo Montecristo retrocediendo con un movimiento de sorpresa—. Es...

Alí levantó el hacha.

—No te muevas —le dijo Montecristo muy bajo—, deja el hacha, no tenemos necesidad de armas.

Añadió algunas otras palabras, bajando más la voz, porque, aun cuando imperceptible, bastó la exclamación que le arrancara su sorpresa para hacer que el hombre se quedara inmóvil como una estatua.

El conde debió dar alguna orden a Alí, porque este se retiró de puntillas, descolgó de la pared de la alcoba un vestido negro y un sombrero triangular. Entretanto, Montecristo se quitó la levita, la corbata y dobló el cuello de su camisa. En seguida se le vio con una sotana, y sus cabellos ocultos por una peluca tonsurada, el sombrero triangular le acabó de disfrazar completamente, cambiándole en un abate.

El hombre, que no había vuelto a oír nada, se había levantado, y mientras el conde concluía su metamorfosis, se había acercado al secreter, haciendo esfuerzos por abrirlo con la ganzúa.

—Trabaja, que para rato tienes —dijo el conde para sí, pues la cerradura no era de las comunes, y el ladrón no conocía el secreto. Se dirigió a la ventana.

El hombre que había visto subido en el poste había vuelto a bajar y se paseaba inquieto por la calle. Cosa extraña, en lugar de observar si venía alguien bien por la entrada de los Campos Elíseos, bien por el arrabal de Saint-Honoré, parecía que solamente se ocupaba de lo que pasaba en casa del conde. Montecristo llevó la mano a la frente y una sonrisa se escapó de sus labios entreabiertos, y acercándose a Alí le dijo:

—Quédate aquí, oculto en la oscuridad, y oigas lo que oigas no salgas, si no te llamo por tu nombre.

Alí hizo con la cabeza señal de que había comprendido y que obedecería.

Montecristo sacó entonces de un armario una vela encendida, y en el momento en que el ladrón estaba más atareado con la cerradura, abrió la puerta sin hacer ruido, cuidando de que la luz que tenía en la mano diese toda de lleno en la cara del ladrón. La puerta se había abierto tan sigilosamente, que este no se dio cuenta, y con admiración suya vio iluminarse de pronto el cuarto. Se volvió de repente.

—Buenas noches, querido señor Caderousse —dijo Montecristo—, ¿qué viene a buscar aquí a esta hora?

—¡El abate Busoni...! —gritó Caderousse.

Y no sabiendo cómo aquella extraña aparición se había efectuado, pues él había cerrado las puertas, dejó caer de la mano las ganzúas y permaneció inmóvil, como herido por un rayo.

El conde se colocó entre Caderousse y la ventana, cortando de este modo al ladrón aterrado su única retirada.

—¡El abate Busoni! —exclamó de nuevo Caderousse clavando en el conde sus espantados ojos.

—¡Y bien! Sin duda: el abate Busoni —respondió Montecristo—, el mismo en persona, y tengo un placer en que me haya reconocido,

mi querido señor Caderousse; eso prueba que tiene buena memoria, porque si no me equivoco, hace diez años que no nos vemos.

Aquella calma, aquel poder, aquella fuerza hirieron el ánimo de Caderousse de un terror espantoso.

—¡El abate! ¡El abate! —murmuró, con los dedos crispados y dando diente con diente.

—¿Queremos, pues, robar al conde de Montecristo? —continuó el fingido abate.

—Señor abate —decía Caderousse, procurando acercarse a la ventana que le interceptaba el conde—, le ruego que crea..., le juro...

—Un cristal cortado —dijo el conde—, una linterna sorda, un manojo de llaves falsas, secreter medio forzado, claro está...

Caderousse se ahogaba, buscaba un sitio donde ocultarse, un agujero por donde escapar.

—Vaya, veo que es siempre el mismo, señor asesino.

—Señor abate, puesto que lo sabe todo, no ignora que no fui yo, sino Carconte, así se reconoció por los jueces, y por eso me condenaron solamente a galeras.

—Ha concluido su condena y le hallo en camino para volver a ellas.

—No, señor abate, hubo uno que me libertó.

—Ese tal hizo un buen servicio a la sociedad.

—¡Ah!, yo había prometido...

—¿Es usted un evadido de presidio? —interrumpió Montecristo.

—¡Desdichado de mí! Sí, señor —dijo Caderousse inquieto.

—Mala broma... Esta le conducirá, si no me engaño, a la plaza de Grève. Tanto peor, tanto peor, *diabolo*, como dicen en mi país.

—Señor abate, he cedido a un mal pensamiento.

—Todos los criminales dicen lo mismo.

—La necesidad...

—Déjeme —dijo desdeñosamente Busoni—. La necesidad puede conducirle a pedir limosna, a robar un pan a un panadero. Pero no a venir a forzar un secreter en una casa que se cree deshabitada y cuando el joyero Joannés acababa de contarle cuarenta y cinco mil

francos por el diamante que le di y lo asesinó para quedarse con el diamante y el dinero. ¿Era también la necesidad?

—Perdón, señor abate —dijo Caderousse—, ya me ha salvado la vida una vez; sálvemela otra.

—Esto me anima.

—¿Está solo, señor abate —preguntó Caderousse—, o tiene cerca a los gendarmes para prenderme?

—Estoy solo —dijo el abate—, y todavía me compadecería de usted y le dejaría ir, a pesar de las nuevas desgracias que puede producir mi debilidad, si me dijese la verdad.

—¡Ah, señor abate! —exclamó Caderousse, juntando las manos y dando un paso hacia el conde—, puedo llamarlo mi salvador.

—¿Dice que lo libertaron de presidio?

—Sí, a fe de Caderousse, señor abate.

—¿Y quién fue?

—Un inglés.

—¿Cuál era su nombre?

—Lord Wilmore.

—Lo conozco y sabré si dice la verdad.

—Señor abate, la he dicho.

—¿Este inglés es, pues, su protector?

—No, pero lo es de un joven corso, mi compañero en la cadena.

—¿Cómo se llama ese corso?

—Benedetto.

—¿Ese será su nombre de pila?

—No tenía otro, era un expósito.

—¿Y ese joven se fugó con usted? ¿Y cómo?

—Trabajamos en San Mandrier, cerca de Tolón. ¿Conoce San Mandrier?

—Sí.

—Pues bien, mientras estaban durmiendo de las doce a la una...

—¡Forzados que duermen la siesta, compadézcalos! —dijo el abate.

—¡Cómo! —dijo Caderousse—, no se puede trabajar, no somos perros.

—Más valen los perros —dijo Montecristo.

—Mientras los otros dormían la siesta nos alejamos un poco, limamos nuestras cadenas con una lima que nos dio el inglés, y escapamos nadando.

—¿Y qué ha sido de Benedetto?

—No lo sé.

—Debes saberlo.

—No, en verdad, no lo sé. Nos separamos en Hyéres.

Y como para dar mayor peso a su afirmación, Caderousse dio un paso hacia el abate, que permaneció inmóvil, siempre tranquilo e interrogador.

—Mientes —dijo Busoni con terrible acento.

—Señor abate...

—¡Mientes! Ese hombre es aún tu amigo, y quizá te sirvas de él como de un cómplice.

—¡Oh, señor abate...!

—¿Cómo has vivido desde que saliste de Tolón? Responde.

—Como he podido.

—¡Mientes! —dijo por tercera vez el abate con acento aún más imperativo.

Caderousse miró al conde aterrado.

—Has vivido —prosiguió este— con el dinero que aquel hombre te ha dado.

—Y bien, es verdad. Benedetto ha sido reconocido como el hijo de un gran señor.

—¿Cómo puede ser hijo de un gran señor?

—Hijo natural.

—¿Y quién es ese gran señor?

—El conde de Montecristo, en cuya casa estamos.

—¿Benedetto, hijo del conde? —respondió Montecristo sorprendido a su vez.

—Es necesario creerlo, puesto que el conde le ha hallado un padre ficticio. Le da cuatro mil francos todos los meses y le deja quinientos mil en su testamento.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo el falso abate, que empezaba a comprender—. ¿Y cómo se llama ahora ese joven?

—Se llama Cavalcanti.

—¡Ah! ¿Es el joven que mi amigo el conde de Montecristo recibe a menudo en su casa y va a unirse en matrimonio con la señorita Danglars?
—Exacto.
—¿Y puede consentir eso, miserable, usted que lo conoce?
—¿Y por qué quiere que impida a un camarada el hacer fortuna? —dijo Caderousse.
—Es justo; a mí me toca advertírselo.
—No haga eso, señor abate.
—¿Por qué?
—Porque nos haría perder nuestra suerte.
—¿Y cree que para conservársela a unos miserables como ustedes me haría cómplice de sus engaños y sus crímenes?
—Señor abate... —dijo Caderousse, aproximándose todavía más.
—Lo diré todo.
—¿A quién?
—Al señor Danglars.
—¡Trueno de Dios! —exclamó Caderousse sacando de debajo del chaleco un cuchillo y dando en medio del pecho del conde—. ¡Nada dirás, abate!
Con gran admiración de Caderousse, el puñal retrocedió con la punta rota en lugar de penetrar en el pecho del conde; ignoraba que este llevaba puesta una cota de malla.
Al mismo tiempo el fingido abate agarró con la mano izquierda la del asesino por la muñeca y le torció el brazo con una fuerza tal que sus dedos se abrieron y el puñal cayó al suelo. Caderousse profirió un agudo grito arrancado por el dolor, pero el conde, sin hacer caso, continuó torciendo el brazo del bandido, hasta que se lo dislocó. Cayó primero de rodillas, y después con la cara contra el suelo. El conde puso el pie sobre la cabeza y dijo:
—No sé lo que me detiene, y por qué no te salto los sesos.
—¡Ay!, perdón, perdón —gritó Caderousse.
El conde retiró el pie y dijo:
—¡Levántate!
Caderousse se levantó.
—¡Vive Dios, y qué puños tiene, señor abate! —dijo Caderousse

tocando su lastimado brazo—, ¡qué puños!

—¡Silencio! Dios me ha dado la fuerza necesaria para domar a una fiera. He obrado en nombre de Dios. ¡Acuérdate de esto, miserable, y perdonarte en este momento es servir aún los designios de Dios!

—¡Uf! —hizo Caderousse, con el brazo dolorido.

—Toma esa pluma y papel, y escribe lo que voy a dictarte.

—No sé escribir, señor abate.

—Mientes. Toma esa pluma y escribe.

Caderousse, dominado por aquel poder superior, se sentó y escribió:

Señor: El hombre que recibe en su casa y a quien destina por marido de su hija, es un antiguo forado que se escapó del baño de Tolón. Tenía el número 59 y yo el 58. Se llama Benedetto, pero ignora él mismo su verdadero nombre, porque nunca ha conocido a sus padres.

—Ahora firma —continuó el conde.

—¿Pero es que quiere perderme?

—¡Majadero! Si quisiera perderte te llevaría al primer cuerpo de guardia y además es probable que cuando se entregue la carta ya nada tengas que temer. Firma, pues.

Caderousse firmó.

—El sobre: *Al señor barón Danglars, banquero, calle de la Chaussée d'Antin.*

Caderousse escribió el sobre, y el abate tomó la carta.

—Está bien —dijo— Ahora vete.

—Por dónde.

—Por donde has venido.

—¿Quiere que salte por la ventana?

—Por ella entraste.

—¿Medita alguna cosa contra mí, señor abate?

—Imbécil, ¿qué quieres que medite?

—¿Por qué no me abre la puerta?

—¿Y para qué despertar al portero?

—Dígame que no quiere matarme.

—Quiero lo que Dios quiere.
—Pero júreme que no me herirá mientras bajo.
—Eres infame y cobarde.
—¿Qué quiere hacer de mí?
—Eso mismo es lo que yo te pregunto: Quise hacer de ti un hombre honrado y dichoso, y solo he hecho un asesino.
—Señor abate —dijo Caderousse—, haga la última prueba.
—Sea —dijo el conde—, sabes que soy hombre de palabra.
—Sí —dijo Caderousse.
—Si vuelves a tu casa sano y salvo...
—¿A quién tengo yo que temer, si no es a usted?
—Si vuelves a tu casa sano y salvo, márchate de París, márchate de Francia, y en cualquier parte adonde fueses, si te conduces con honradez, te haré pasar una pensión para que puedas vivir, porque si llegas a tu casa sano y salvo...
—¡Y bien! —preguntó Caderousse estremeciéndose.
—Creeré que Dios te ha perdonado y te perdonaré también.
—Como soy cristiano —balbuceó Caderousse retrocediendo—, que me hace morir de miedo.
—Anda, vete —dijo el conde señalándole la ventana.
Caderousse, no muy tranquilo, a pesar de las promesas del conde, subió a la ventana, y puso el pie en la escala. Se detuvo temblando.
—Ahora baja —dijo el abate cruzándose de brazos.
Caderousse comprendió que nada había que temer, y bajó. El conde acercó la luz de modo que podía distinguirse desde los Campos Elíseos al hombre que bajaba por la ventana y al que le alumbraba.
—¡Qué hace, señor abate! ¿Y si pasase una patrulla?
—Apago la vela.
Caderousse continuó bajando, pero hasta que sintió la tierra bajo sus pies no se creyó completamente seguro.
Montecristo volvió a su dormitorio, y echando una rápida mirada al jardín y a la calle, vio primero a Caderousse, que después de haber bajado daba la vuelta por el jardín y plantaba su escala a la extremidad del muro para salir por distinta parte de la que entró. Entonces observó la presencia de un hombre que parecía esperar a

alguien y corrió paralelamente la calle, viniendo a colocarse en el ángulo mismo por el que Caderousse iba a bajar.

Este subió lentamente la escala, y llegado a los últimos tramos asomó la cabeza por encima del muro para cerciorarse de que la calle estaba desierta. No se veía a nadie, ni se percibía el menor ruido.

La una en el reloj de los Inválidos. Caderousse se colocó a horcajadas sobre el muro, pasó la escala al otro lado y se preparó para bajar, o mejor diremos, para dejarse resbalar por las cuerdas laterales de la escala, maniobra que ejecutó con una destreza que demostraba su costumbre en tales ejercicios. Pero una vez lanzado, le era imposible detenerse. En vano vio acercarse a un hombre, cuando estaba a la mitad de la bajada; en vano vio levantar su brazo en el momento en que sus pies tocaban el suelo. Antes de que hubiese podido defenderse, aquel brazo le descargó tan fuerte puñalada en la espalda, que abandonó la escala gritando:

—¡Socorro!

Le dio una segunda puñalada en el costado y cayó al suelo gritando:

—¡Al asesino!

Se revolcaba en tierra, y cogiéndole su asesino por los cabellos le asestó un tercer golpe en el pecho. Quiso gritar y su esfuerzo produjo solamente un gemido sordo, saliendo por sus tres heridas un torrente de sangre.

Viendo el asesino que no gritaba, le cogió de nuevo por los cabellos, le levantó la cabeza, tenía los ojos cerrados y la boca torcida. Le creyó muerto, dejó caer la cabeza y desapareció.

Caderousse le sintió alejarse, se levantó inmediatamente, se apoyó sobre el codo y con voz moribunda y haciendo el último esfuerzo, gritó:

—¡Al asesino! ¡Me muero! ¡Ayúdeme! ¡Señor abate, ayúdeme!

La lúgubre voz atravesó las sombras de la noche, llegando hasta el conde. Se abrió la puerta de la escalera secreta, en seguida la pequeña del jardín, y Alí y su amo corrieron trayendo luces al sitio donde se hallaba el herido.

Caderousse continuaba gritando con triste voz:

—Señor abate, ¡socorro!, ¡socorro!
—¿Qué ocurre? —preguntó Montecristo.
—¡Socorro! —repetía Caderousse—, ¡me han asesinado!
—Aquí estamos, ¡valor!
—¡Ah! ¡No hay remedio! Ha llegado muy tarde, solamente para verme morir. ¡Qué heridas! ¡Qué de sangre!
Y se desmayó.
Alí y su amo cogieron en brazos al herido, y lo trasladaron a una habitación. Montecristo hizo seña a Alí de que le desnudase y reconoció las tres terribles heridas que le habían infligido.
—¡Dios mío! —dijo— Su venganza se retrasa algunas veces, pero entonces parece que baja del cielo más completa.
Alí miró a su amo como preguntándole lo que debía hacer.
—Ve a buscar al procurador del rey, señor de Villefort, que vive en el arrabal de Saint-Honoré, y ruégale de mi parte venga al instante. De paso despertarás al portero y le dirás que vaya inmediatamente a buscar un facultativo.
Alí obedeció y dejó al abate a solas con Caderousse, que continuaba desmayado. Cuando abrió los ojos, el conde, sentado a corta distancia, le miraba con una tierna expresión de piedad, y según el movimiento de sus labios, parecía rezar algunas oraciones.
—Un cirujano, señor abate, un cirujano —dijo Caderousse.
—Ya han ido a buscar uno.
—Bien sé que es inútil, las heridas son mortales, pero podrá prolongar mi existencia y darme tiempo para declarar.
—¿Sobre qué?
—Sobre mi asesino.
—Entonces, ¿lo conoce?
—¡Sí que le conozco!, sí. Es Benedetto.
—¿El joven corso?
—El mismo.
—¿Su compañero?
—Sí; después de haberme dado el plano de la casa del conde, creyendo sin duda que yo lo mataría, y así sería más pronto su heredero, o que el conde me mataría, y así se libraría más pronto de mí, me ha esperado en la calle y me ha asesinado.

—He enviado también a buscar al procurador del rey.
—Llegarán demasiado tarde. Siento que toda mi sangre se pierde.
—Espere —dijo Montecristo.
Salió y entró a los cinco minutos con un frasco.
Los ojos del moribundo permanecían fijos en aquella puerta por la que adivinaba que debía llegarle algún socorro.
—Pronto, señor abate, ¡pronto!, voy a desmayarme de nuevo.
Montecristo se acercó. Vertió tres o cuatro gotas del licor entre los labios amoratados del herido. Este dio un suspiro.
—¡Ah! —dijo—. Me ha dado la vida, aún... aún...
—Dos gotas más de este licor lo matarían —respondió el abate.
—¡Oh!, que venga, pues, cualquiera a quien yo pueda denunciar a ese miserable.
—¿Quiere que escriba su declaración y usted la firmará?
—Sí, sí —dijo Caderousse, cuyos ojos brillaron con la esperanza de una venganza póstuma. Y Montecristo escribió:

Muero asesinado por el corso Benedetto, mi compañero de cadena en Tolón con el número 59.

—Dese prisa —dijo Caderousse—; si no, no podré firmar.
Montecristo presentó una pluma a Caderousse, el cual firmó, y se dejó caer de nuevo sobre la cama, diciendo:
—Contará lo demás, señor abate; dirá que se hace llamar Cavalcanti, que vive en la fonda del Príncipe, y que... ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Me muero...!
Caderousse volvió a desmayarse. El abate le hizo aspirar el espíritu del licor contenido en el frasco, y el herido abrió los ojos.
Sus deseos de venganza no le habían abandonado durante su desmayo.
—¡Ah! Lo dirá todo. ¿Verdad, señor abate?
—Todo, sí, y otras muchas cosas.
—¿Qué dirá?
—Diré que seguramente le dio el plano de esta casa con la esperanza de que el conde lo mataría. Que previno al conde por medio de una carta, que hallándose ausente la recibí yo, y que he

velado esperándolo.

—Y lo guillotinarán, ¿no es verdad? —dijo Caderousse—, le guillotinarán, ¿me lo promete? Muero con esa esperanza, y ella me ayuda a morir.

—Diré —continuó el conde— que llegó detrás de usted, que le esperó, y que cuando lo vio salir corrió a la esquina del muro, desde el sitio en que se había ocultado.

—¿Ha visto todo eso?

—Recuerde mis palabras: "Si entras en tu casa sano y salvo, creeré que Dios te ha perdonado, y te perdonaré".

—¡Y no me ha advertido! —exclamó Caderousse procurando incorporarse sobre el codo—. ¿Sabía que iban a asesinarme al salir de aquí y no me ha advertido?

—No; porque en la mano de Benedetto veía el brazo de Dios, y hubiera creído cometer un sacrilegio oponiéndome a las intenciones de la Providencia.

—La justicia de Dios..., no me hable de ella, señor abate. Si existiese la justicia de Dios, hay muchos que merecen ser castigados, y no lo son.

—¡Paciencia! —dijo el abate con un tono que hizo estremecer al herido—, ¡paciencia!

Caderousse lo miró espantado.

—Además, Dios es misericordioso para con todos —dijo el abate—, como lo ha sido contigo. Es padre antes de ser juez.

—¡Ah! —dijo Caderousse—. ¿Cree en Dios?

—Si hubiese tenido la desgracia de no creer en Él hasta el presente —dijo Montecristo—, creería ahora, al verte a ti.

Caderousse levantó los puños cerrados, amenazando al Cielo.

—Escucha —dijo el abate, extendiendo la mano sobre el herido como para comunicarle su fe—. He aquí lo que ha hecho por ti ese Dios que rehúsas reconocer en tus últimos momentos. Te había dado salud, fuerzas y ocupación, amigos, y en fin, la vida se te presentaba tal cual puede desearla el hombre cuya conciencia está tranquila. En lugar de aprovechar estos dones que el Señor rara vez concede con toda su plenitud, he aquí lo que has hecho. Te has entregado a la pereza, a la borrachera y has vendido a uno de tus

mejores amigos.

—¡Auxilio! —gritó Caderousse—. No necesito un sacerdote, sino un cirujano. Puede que no esté herido de muerte, que no vaya a morir aún, y pueda salvarme.

—Tus heridas son mortales y de tal naturaleza, que sin las tres gotas de licor que te he dado hace un momento ya habrías expirado. Escucha, pues.

—¡Ah! —murmuró Caderousse—, pues es buen sacerdote; desespera a los moribundos en vez de consolarlos.

—Óyeme bien —continuó el abate—. Cuando vendiste a tu amigo, empezó Dios, no por castigarte, sino por advertirte. Caíste en la miseria y tuviste hambre, pasaste la mitad de tu vida codiciando lo que hubieras podido adquirir, y ya pensabas en el crimen, dándote a ti mismo la disculpa de la necesidad, cuando Dios obró un milagro, cuando Dios te envió por mi mano, cuando más miserable estabas, una fortuna inmensa para ti, que nada habías poseído. Pero esta fortuna inesperada e inaudita te parece insuficiente desde el momento en que empiezas a poseerla. Quieres doblarla. ¿Y por qué medio? Por el del asesinato. La doblas, pero Dios te la arranca, conduciéndote ante la justicia humana.

—No soy yo —dijo Caderousse— quien quiso asesinar al judío, fue la Carconte.

—Sí —dijo Montecristo—; Dios, siempre misericordioso, permitió que los jueces se apiadasen de ti y no te quitasen la vida.

—Para enviarme a presidio por toda la vida. ¡Vaya una gracia...!

—¡Por tal la tuviste, miserable! Tu corazón cobarde, que temblaba ante la muerte, saltó de alegría cuando supiste que estabas condenado a perpetua afrenta, porque dijiste, como todos los presidiarios: “El presidio tiene puertas, pero la tumba no”. Y tenías razón, porque las puertas del presidio se abrieron para ti de un modo inesperado. Un inglés llega a Tolón, había hecho voto de librar a dos hombres de la ignominia. Tú y tu compañero fueron los elegidos. Otra fortuna cae como llovida del cielo para ti. Encuentras dinero y tranquilidad al mismo tiempo. Puedes empezar a vivir otra vez como los demás hombres, cuando estabas condenado a arrastrar la penosa existencia de los presidiarios. Pero por tercera

vez, miserable, te pones a tentar a Dios. No tengo bastante —dijiste —, cuando nunca habías poseído tanto, y cometes otro crimen sin motivo, y que no tiene disculpa. Dios se ha cansado. Dios te ha castigado.

Caderousse se iba debilitando por momentos.

—¡Quiero beber! —dijo—, tengo sed..., me abraso.

Montecristo le dio un vaso de agua.

—¡Infame Benedetto! —dijo Caderousse devolviendo el vaso—. ¿Y él escapará?

—Nadie escapará, Caderousse. Yo te lo prometo. También Benedetto será castigado.

—Entonces —dijo Caderousse— también usted será castigado. Porque no ha cumplido con los deberes que su ministerio le impone..., debía haber impedido que Benedetto me asesinase.

—¡Yo! —dijo el conde con una sonrisa que heló de espanto al moribundo—. ¿Cómo querías que impidiese que Benedetto te matara, cuando acababas de romper tu puñal contra la cota de malla que resguardaba mi pecho? Quizá te hubiera evitado si lo hubiese encontrado humilde y arrepentido. Pero te encontré orgulloso y sanguinario, y dejé que se cumpliese la voluntad de Dios.

—¡No creo en Dios! —aulló Caderousse—, y tú tampoco crees en Él... ¡Mientes, mientes!

—Calla —dijo el abate—, porque obligas a salir de tu cuerpo las últimas gotas de sangre que te quedan. ¡Ah!, no crees en Dios, y mueres herido por Dios. ¡Ah!, no crees en Dios, y Dios, que solo exige una súplica, una palabra, una lágrima para perdonar... Dios, que podía dirigir el puñal del asesino de modo que expirases en el acto..., lo concedió un cuarto de hora para arrepentirte... ¡Vuelve en ti, desventurado, y arrepiéntete!

—No —dijo Caderousse—, no me arrepiento; no hay Dios, no hay Providencia, no hay más que casualidad.

—Hay una Providencia, hay un Dios —dijo Montecristo—, y la prueba la tienes en que estás tú ahí, tirado, desesperado y renegando de Dios, cuando me ves a mí rico, feliz, sano y salvo, y rogando a ese mismo Dios en quien tú tratas de no creer, y en

quien, no obstante, crees en el fondo de tu corazón.

—Pues entonces, ¿quién es usted? —preguntó Caderousse clavando sus moribundos ojos en el conde.

—¡Mírame bien! —dijo Montecristo cogiendo la bujía y acercándosela a la cara.

—El abate..., el abate Busoni...

Montecristo se quitó la peluca que le desfiguraba y dejó caer los hermosos cabellos que enmarcaban su pálido rostro.

—¡Oh! —exclamó Caderousse aterrado—, si no fuese por esos cabellos negros, diría que es el inglés, diría que es lord Wilmore.

—No soy ni el abate Busoni, ni lord Wilmore —dijo Montecristo—. Mírame con mayor atención, mira más lejos, mira en tus primeros recuerdos.

Tenían estas palabras del conde tal majestuosa entonación, que por última vez reanimaron los apagados sentidos de Caderousse.

—¡Oh!, en efecto —dijo—, me parece que lo he visto, que lo he conocido en otro tiempo.

—Sí, Caderousse, sí; me has visto. Sí; me has conocido.

—Entonces, ¿quién es?, y si me ha visto, si me ha conocido, ¿por qué me deja morir?

—Porque nada puede salvarte, Caderousse. Porque tus heridas son mortales. Si hubiera sido posible salvarte, yo habría visto en ello otra misericordia del Señor, y por la tumba de mi padre te juro que hubiera tratado de volverte a la vida y al arrepentimiento.

—¡Por la tumba de tu padre! —dijo Caderousse reanimado sobrenaturalmente e incorporándose para ver más de cerca al que acababa de proferir ese juramento sagrado para todos los hombres —. ¡Ah! ¿Y quién eres? ¿Quién eres?

—Soy... —le dijo al oído—, soy...

Y sus labios, apenas entreabiertos, emitieron una palabra pronunciada tan quedo, que parecía que el mismo conde temía oírla.

Caderousse, que se había incorporado, extendió los brazos, hizo un esfuerzo para retroceder, y luego juntando las manos y levantándose, haciendo un esfuerzo supremo, dijo:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!, perdóname si existes, y es el padre

de los hombres en el cielo y su juez en la tierra. ¡Dios mío, Señor, por largo tiempo lo he conocido! ¡Perdóname, Señor! ¡Recibe mi alma en tu regazo!

Y cerrando los ojos, Caderousse cayó de espaldas, exhalando el último suspiro.

La sangre se heló en la abertura de sus heridas. Había muerto.

—¡Uno! —dijo misteriosamente el conde, con los ojos clavados en el cadáver, ya desfigurado por una muerte tan horrible.

Diez minutos después llegaron el médico y el procurador del rey, conducidos, uno por el conserje y el otro por Alí. Fueron recibidos por el abate Busoni, que estaba orando al lado del muerto.

Durante quince días, el tema predilecto de las conversaciones de París, fue la tentativa de robo tan audaz hecha en casa del conde; el moribundo había firmado una declaración en la que señalaba a Benedetto como su asesino. La policía se encargó de la persecución del matador y lanzó contra él todos sus agentes.

El cuchillo de Caderousse, la linterna sorda, el manojo de ganzúas y los vestidos, menos el chaleco, que no pudo hallarse, fueron depositados en la comisaría. El cadáver se transportó a la Morgue.

El conde decía a todos que esta aventura había sucedido mientras él estaba en su casa de campo de Auteuil, y que solamente sabía lo que le había contado el abate Busoni, que aquella noche, por una feliz coyuntura, le había pedido permiso para pasarla en su biblioteca, buscando varios libros raros que tenía en ella. Bertuccio palidecía cada vez que se nombraba en su presencia a Benedetto, pero nadie tenía motivo para sospechar de su palidez.

Villefort, llamado para verificar la existencia del crimen, se había encargado del asunto y proseguía la instrucción con la celeridad y el empeño que tenía en todas las causas criminales. Más de tres semanas habían transcurrido sin que las diligencias más activas produjesen resultados y empezaba ya a olvidarse la tentativa de robo y el asesinato del ladrón por su cómplice, para ocuparse del próximo enlace de la señorita Danglars con el conde Cavalcanti. El joven era ya recibido en casa del banquero como su futuro yerno.

Se había escrito al señor Cavalcanti padre, que contestó aprobando este matrimonio, y diciendo sentía infinito que su servicio

le impidiese ausentarse de Parma, por lo que se vería precisado a privarse del placer de asistir al acto de su celebración. Al mismo tiempo declaraba estar dispuesto a entregar el capital de los ciento cincuenta mil francos de renta.

Se había convenido ya en que los tres millones se colocasen en casa del señor Danglars, el cual los haría producir. Varias personas procuraron infundir sospechas en el joven, sobre la sólida posición de su futuro suegro que había sufrido en la bolsa pérdidas de consideración, pero con un desinterés y confianza sublimes, desdeñó los avisos, teniendo la delicadeza de no decir una palabra sobre ellos al señor Danglars. Así es que el barón adoraba al conde Cavalcanti.

No le sucedía lo mismo a la señorita Eugenia Danglars. Su aborrecimiento instintivo al matrimonio le hizo acoger a Andrés como un medio para alejar a Morcef, y ahora que Andrés se formalizaba, sentía hacia él una visible repugnancia. Quizás el barón se dio cuenta de ello, pero no pudiendo atribuirlo más que a un capricho, hizo como si no lo conociese.

Con todo, el retraso pedido por Beauchamp, había tocado casi a su término. Morcef, por su parte, podía apreciar lo que valían los consejos de Montecristo. Cuando este le dijo que dejase que las cosas marcharan por sí mismas, nadie había sospechado todavía del general, nadie había reconocido en el oficial que entregó el castillo de Janina, al noble conde que se sentaba en la Cámara de los Pares.

Alberto no por esto se creía menos insultado, porque la intención de la ofensa existía ciertamente en las pocas líneas que le habían herido. Además, el modo con que Beauchamp había puesto fin a su entrevista, había dejado un recuerdo muy amargo en su corazón. Acariciaba, pues, con toda su voluntad, la idea de un duelo, del que pensaba, si Beauchamp consentía, ocultar la causa aun a sus testigos.

No se había vuelto a ver a Beauchamp desde el día de la visita que le hizo Alberto, y a cuantos preguntaban por él se les respondía que estaba ausente por unos días. ¿Dónde había ido? Nadie lo sabía.

Una mañana, Alberto vio entrar a su ayuda de cámara, que le

anunció a Beauchamp. Estaba aún medio dormido, se frotó los ojos, dio orden para que introdujesen a Beauchamp en el salón del piso bajo, rogándole esperase un momento. Se vistió de prisa y bajó.

Lo halló paseando de un lado a otro del salón, pero al ver a Alberto se detuvo.

—El paso que da presentándose en mi casa, sin esperar a que hubiese ido a la suya, como me proponía hacerlo hoy, me parece de buen agüero —dijo Alberto—. Veamos, dígame pronto, ¿debo alargarle la mano diciéndole: Beauchamp, confiese su falta y seamos amigos? ¿O debo preguntarle cuáles son las armas que ha escogido?

—Alberto —respondió este con una tristeza que llenó de asombro al joven—, sentémonos y hablemos.

—Creo, caballero, que antes de sentarse debe responderme.

—Alberto —dijo el periodista—, hay circunstancias en que la dificultad consiste cabalmente en la respuesta.

—Yo le haré que sea fácil, repitiéndole la pregunta: ¿Quiere retractarse? Sí o no.

—Morcef, no puede uno contentarse con responder sí o no a las preguntas que interesan al honor, la posición social y la vida de un hombre como el señor teniente general conde de Morcef, par de Francia.

—¿Qué es entonces lo que se dice?

—Lo que yo voy a decir, Alberto, se dice: el dinero, el tiempo y la fatiga son nada, cuando se trata de la reputación e intereses de una familia. Se dice: es necesario más que probabilidades, es menester certezas, para aceptar un duelo a muerte con un amigo. Se dice: si cruzo la espada, o disparo una pistola sobre un hombre a quien durante tres años he apretado la mano como a un amigo, es necesario al menos que sepa por qué lo hago, para poder llegar sobre el terreno con el corazón en reposo, y la tranquilidad de conciencia que el hombre necesita cuando su brazo debe salvar su vida.

—¡Y bien! ¡Y bien! ¿A qué viene todo eso?

—Eso quiere decir que acabo de llegar de Janina.

—¿De Janina, usted?

—Sí, yo.
—Imposible.
—Mi querido Alberto, aquí tiene mi pasaporte, vea los refrendos, Génova, Milán, Venecia, Trieste, Delvino, Janina: ¿Creerá a la policía de una república, un reino y un imperio?
Alberto bajó los ojos sobre el pasaporte y los levantó sorprendido sobre Beauchamp.
—¿Ha estado en Janina? —dijo.
—Alberto, si hubiese sido un extranjero, un desconocido, un simple lord como aquel inglés que vino a exigirme una satisfacción hace tres o cuatro meses, y a quien maté para desembarazarme de él, no me hubiese tomado, como conoce, tanto trabajo, pero he creído que le debía esta consideración. He empleado ocho días en ir, ocho en volver, cuatro de cuarentena y cuarenta y ocho horas que he permanecido en Janina. Llegué anoche y aquí me tiene ahora.
—¡Dios mío! ¡Dios mío!, cuántos circunloquios, Beauchamp, y cuánto tarda en decirme lo que espero de usted.
—Es que, en verdad, Alberto...
—Diría que titubea.
—Sí, tengo miedo.
—¿Teme confesar que su corresponsal lo engañó? ¡Oh!, deje el amor propio, Beauchamp, confiéselo, nadie puede dudar de su valor.
—¡Oh!, no es eso —dijo el periodista—, al contrario...
Alberto palideció horriblemente, procuró hablar, pero la palabra expiró en sus labios.
—Amigo mío —dijo Beauchamp con el tono más afectuoso—, crea que me consideraría dichoso al presentarle mis excusas, y que lo haría de todo corazón, pero desgraciadamente...
—¿Pero qué?
—La nota tenía razón, amigo mío.
—¡Cómo! ¿Ese oficial francés...?
—Sí.
—Ese Fernando...
—Sí.
—El traidor que entregó las fortalezas del hombre a quien servía...

—Perdóneme si le digo lo mismo que usted dice: ¡Ese hombre... es su padre!

Furioso, hizo Alberto un movimiento para lanzarse contra Beauchamp, pero este lo contuvo, más con su dulce sonrisa, que con el brazo que extendió hacia él.

—Tome, amigo mío —dijo—, vea ahí la prueba.

Y le entregó un papel que había sacado de su bolsillo.

Alberto lo abrió. Era una declaración de cuatro habitantes de los más notables de Janina, asegurando que el coronel Fernando Mondego, coronel instructor al servicio del visir Alí-Tebelín, había entregado el castillo de Janina por la cantidad de dos mil bolsas. Las firmas estaban legalizadas por el cónsul.

Alberto cayó aterrado sobre un sillón. Esta vez no le cabía la menor duda, su apellido se hallaba escrito con todas sus letras. Así es que después de un momento de doloroso silencio, su corazón se oprimió, las venas de su cuello se hincharon extraordinariamente, y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

Beauchamp, que había mirado con profunda compasión al joven, se acercó a él y cediendo al dolor, le dijo:

—Alberto, me comprende ahora, ¿no es verdad? He querido verlo todo y juzgar por mí mismo, esperando que la explicación sería favorable a su padre, y que yo podría hacerle justicia. Pero, por el contrario, todos los que me han informado aseguran que ese oficial instructor, ese Fernando Mondego, elevado por Alí Bajá al título de general gobernador, es el mismo que hoy se llama el conde Fernando de Morcef. Entonces he corrido a usted, recordando que hace tres años me dispensó el honor de llamarme su amigo.

Alberto, hundido en un sillón, ocultaba sus ojos con las manos, como si quisiese impedir que penetrase hasta ellos la claridad del día.

—He corrido a usted —continuó Beauchamp— para decirle: Alberto, las faltas de nuestros padres en estos tiempos de acción y de reacción, no pueden llegar hasta sus hijos; pocos han atravesado la revolución, en medio de la cual hemos nacido, sin que su uniforme de soldado o su toga de juez hayan sido manchados de lodo o sangre. Alberto, ahora que tengo todas las pruebas, ahora

que soy dueño de su secreto, nadie en el mundo puede obligarme a un combate que estoy seguro que su conciencia le echaría en cara como un crimen, pero lo que puede exigir de mí, vengo a ofrecérselo. ¿Quiere que desaparezcan estas pruebas, estas revelaciones, estas declaraciones que yo solo poseo? ¿Este espantoso secreto, quiere que permanezca oculto entre los dos? Confíe en mi palabra de honor. Nunca saldrá de mis labios. Diga, Alberto, ¿lo quiere? Diga, ¿lo quiere, amigo mío?

—¡Ah! ¡Noble corazón! —exclamó Alberto, dando un abrazo a Beauchamp.

—Tome —dijo Beauchamp presentando los papeles a Alberto—. Vamos —continuó, cogiéndole ambas manos—. Anima, amigo mío.

—¿Pero de dónde salió esa primera nota inserta en su periódico? —dijo Alberto—. Hay en todo esto un odio secreto, un enemigo invisible.

—Y bien —dijo Beauchamp—, razón de más. Alberto, que desaparezcan de su rostro todas las señales de conmoción. Lleve este dolor dentro de usted, como la nube lleva en su seno la desolación y la muerte. Secreto fatal que solo se conoce cuando se desencadena la tempestad. Reserve sus fuerzas, amigo mío, para aquel momento, si llegase.

—¿Pero cree que no hemos concluido aún? —dijo Alberto.

—Yo nada creo, amigo mío, pero al fin todo es posible.

Este los recibió con mano convulsiva, los apretó, los iba a romper, pero temiendo que el viento se llevase la más pequeña partícula, y esta viniese un día a darle en la frente, se fue a la bujía que ardía y quemó hasta el último fragmento.

—¿Qué? —preguntó Alberto, viendo que Beauchamp titubeaba—. ¡Querido amigo! ¡Excelente amigo! —exclamaba Alberto.

—¿Piensa todavía casarse con la señorita de Danglars?

—¿Por qué me hace esta pregunta en este momento, Beauchamp?

—Porque creo que la consumación de este matrimonio tiene relación con el objeto que nos ocupa en este instante.

—No —dijo Alberto—, mi matrimonio se ha deshecho.

—Y bien —dijo Beauchamp—, ¿qué más hay aún?

—Hay —respondió Alberto— una cosa que ha destrozado mi corazón. Escúcheme, Beauchamp, no se separa uno así, en un momento, de aquella confianza, de aquel orgullo que inspira a un hijo el nombre sin mancha de su padre. ¡Ay, Beauchamp, Beauchamp! ¿Cómo me acercaré yo ahora al mío? ¿Retiraré mi frente cuando acerque a ella sus labios, mi mano cuando la suya vaya a tocarla? Créame, soy el más desgraciado de los hombres. ¡Ah, mi madre, mi pobre madre! —dijo Alberto fijando sus ojos llenos de lágrimas en el retrato de su madre.

—Alberto —le dijo—, si quiere seguir mi consejo, vamos a salir. Un paseo al bosque de Bolonia en faetón o a caballo le distraerá, almorzaremos juntos en cualquier parte, y se marchará después a sus asuntos y yo a los míos.

—Con mucho gusto —dijo Alberto—, pero salgamos a pie, me parece que el cansancio me hará bien.

—Sea —dijo Beauchamp. Y los dos amigos salieron a pie siguiendo el boulevard hasta llegar a la Magdalena.

—Ya que estamos en camino —dijo Beauchamp—, vamos a visitar a Montecristo. Él le distraerá, es un hombre admirable para serenar los espíritus. Jamás pregunta, y según mi modo de pensar, las personas que jamás preguntan son las que con más habilidad consuelan.

—De acuerdo —respondió Alberto—, vamos a su casa. Ya sabe que lo aprecio.

Capítulo tres: El viaje

El conde de Montecristo lanzó un grito de alegría al ver llegar juntos a los jóvenes.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo—, muy bien, espero que todo ha podido al fin arreglarse.

—Sí —dijo Beauchamp—, noticias absurdas que han caído en descrédito por sí mismas, y que si se renovasen me tendrían hoy

por su primer antagonista: así, pues, no hablemos más del asunto.

—Alberto le dirá el consejo que le había dado. Me encuentran, amigos, acabando de pasar la mañana peor de mi vida.

—¿Qué hace? —dijo Alberto—, me parece que arregla sus papeles.

—Mis papeles, a Dios gracias, no; hay siempre en ellos un orden maravilloso, ya que jamás conservo ninguno; pero pongo en orden los del señor Cavalcanti.

—¿Del señor Cavalcanti? —preguntó Beauchamp.

—¡Oh, sí! ¿No sabe que es un joven a quien el conde ha lanzado al gran mundo? —dijo Morcef.

—No, no —respondió Montecristo—; entendámonos, yo no lanzo a nadie, y menos al señor Cavalcanti que a otro cualquiera.

—Y que contrae matrimonio con la señorita de Danglars —continuó Alberto procurando sonreír—, y lo puede conocer, mi querido Beauchamp, pues que esto me afecta cruelmente.

—¡Cómo! ¿Cavalcanti se casa con la señorita de Danglars? —preguntó Beauchamp.

—¿Pero es que llega del fin del mundo? —dijo Montecristo—; usted, periodista, el favorito de la Fama: todo París habla de eso.

—¿Y es usted, conde, el que ha arreglado ese matrimonio?

—¡Yo! Silencio, señor noticiero, no diga semejante cosa: ¡yo! ¡Dios me libre de arreglar matrimonios! No; usted no me conoce; por el contrario, me he opuesto cuanto he podido, y he rehusado pedir a su padre la mano de la joven.

—¡Ah! lo comprendo —dijo Beauchamp—; ¿por causa de nuestro amigo Alberto?

—¿Por mi causa? —dijo el joven—, ¡oh!, no: el conde me hará justicia en atestiguar que le he rogado que desbaratase mi proyectado matrimonio y que afortunadamente lo ha conseguido: el conde dice que no ha sido él, y que no debo darle las gracias; sea, edificaré como los antiguos un altar *Deo ignoto.*

—Escuche —dijo Montecristo—, no soy yo, puesto que mi amistad con el futuro suegro se ha enfriado mucho, lo mismo que con el joven; solamente Eugenia me ha conservado su afecto, porque no teniendo ella gran vocación al matrimonio, ha visto cuán poco

dispuesto estaba yo a contribuir a que ella perdiera su libertad.

—¿Y dice que ese matrimonio está casi hecho?

—¡Oh! ¡Dios mío! Sí, a pesar de cuanto yo he dicho; conozco muy poco al joven, pretenden que es rico y de buena familia; pero para mí esto no pasa de dicen que dicen: bastantes veces se lo he dicho a Danglars, pero está encaprichado con su Luques. He llegado incluso a hacerle sabedor de una circunstancia sumamente grave: el joven lo cambiaron mientras estaba criándolo el ama, robado por unos gitanos, o perdido por su preceptor, en lo que no estoy muy cierto; pero sí sé que su padre le ha perdido de vista por más de diez años, y solo Dios sabe lo que habrá estado haciendo durante estos diez años de vida errante; pues bien, nada de esto ha sido bastante, me han encargado que escribiese al mayor pidiendo sus papeles; aquí están, voy a enviárselos, pero, como Pilatos, me lavo las manos.

—Y la señorita de Armilly, ¿qué cara le pone al ver que le quita su discípula?

—¡Diablos!, no sé, pero parece que se marcha a Italia; la señora de Danglars me ha hablado de ella, y me ha pedido cartas de recomendación para los empresarios y le he dado una para el director de teatros Valle, que me debe algunos favores. Pero ¿qué le pasa, Alberto? Está triste. ¿A que sin saberlo está enamorado de la señorita de Danglars?

—No —dijo Alberto sonriendo tristemente. Beauchamp se puso a mirar los cuadros.

—Pero, en fin —continuó Montecristo—, no está usted en su estado normal. ¿Qué le ocurre? Dígamelo.

—Tengo jaqueca —dijo Alberto.

—Pues bien, mi querido vizconde —dijo Montecristo—, tengo entonces un remedio infalible que proponerle, y que me ha salido bien siempre que he sufrido algún contratiempo.

—¿Cuál? —preguntó el joven.

—Un viaje.

—¿De veras? —dijo Alberto.

—Sí, y en este momento, que estoy sumamente contrariado, me marcho. ¿Quiere venir conmigo?

—¿Usted contrariado, conde? —dijo Beauchamp—, ¿y por qué?

—Vive Dios, quisiera verlo con la instrucción de un proceso criminal en casa.

—¡Una instrucción...! ¿Qué instrucción?

—¡Eh!, la que el señor Villefort dirige contra mi amable asesino, una especie de bandolero escapado del presidio de Tolón, según parece.

—¡Ah!, es verdad —dijo Beauchamp—, he leído el hecho en los periódicos. ¿Y quién era ese Caderousse?

—Parece que es un provenzal: el señor de Villefort ha oído hablar de él cuando estaba en Marsella, y el señor Danglars se acuerda de haberlo visto; el resultado es que el señor procurador del rey se ha encargado con mucho interés del asunto, según parece, y ha interesado hasta el más alto grado al prefecto de policía; gracias a este interés, al que les estoy sumamente reconocido, hace quince días que me envían a cuantos ladrones pueden coger en París y sus cercanías, bajo el pretexto de que son los asesinos del señor Caderousse, y el resultado será, si esto continúa, que dentro de tres meses no habrá en el bello reino de Francia un ladrón o asesino que no tenga en la uña el plano de mi casa; tomo, pues, el partido de abandonársela toda, y me voy tan lejos como me alcance la tierra. Venga conmigo, vizconde, lo llevo de buena gana.

—Con mucho gusto.

—¿Entonces es cosa hecha?

—Sí; pero ¿adónde vamos?

—Ya se lo he dicho, donde el aire es puro, donde el ruido adormece, donde por orgulloso que el hombre sea, se siente humillado y pequeño; amo estas impresiones, yo, a quien llaman el dueño del mundo como a Augusto.

—Pero ¿adónde va?

—Al mar, vizconde, al mar. Soy un marino; siendo niño me he mecido en los brazos del viejo Océano, y me he reposado en el seno de la bella Anfitrite; he jugado con la verde capa del uno y con el azulado vestido de la otra. Amo al mar como se ama a una mujer, y no puedo estar separado mucho tiempo de él.

—Vamos, conde, vamos.

—¿Al mar?
—Sí.
—¿Acepta?
—Desde luego, acepto.
—Pues bien, vizconde, esta tarde estará en mi patio una silla de posta, en la que puede uno recostarse como en su cama. Esta silla de posta será conducida por cuatro caballos. Señor Beauchamp, caben cuatro cómodamente. ¿Quiere venir con nosotros?, le llevo también.
—Gracias, vengo del mar.
—¡Cómo! ¿Que viene del mar?
—Sí, he hecho una pequeña excursión a las islas Borromeas.
—¡Qué importa!, venga —dijo Alberto.
—No, mi querido Morcef, debe conocer que cuando rehúso es porque me es imposible. Además —añadió bajando la voz—, conviene que permanezca en París, aunque no sea más que para cuidar de las comunicaciones que puedan hacerse al periódico.
—¡Ah!, es usted un excelente amigo —dijo Alberto—; vigile, mi querido Beauchamp, y procure descubrir al enemigo a quien debemos esta fatal revelación.
Alberto y Beauchamp se separaron y estrechándose la mano, se dijeron cuanto delante de un extraño no podían pronunciar sus labios.
—Excelente joven es este Beauchamp —dijo Montecristo después que se marchó el periodista—. ¿Verdad, Alberto?
—¡Ah!, sí; un hombre singular, se lo aseguro, lo quiero con toda mi alma; pero ya que estamos solos, aunque me es indiferente, le preguntaré ¿adónde vamos?
—A Normandía, si le parece.
—¿Estaremos completamente en el campo, sin sociedad, sin vecinos?
—Sí; no tendremos más que caballos para correr, perros para cazar y una barca para pescar; he aquí todo.
—Es cuanto necesito; voy a prevenir a mi madre, y estoy a sus órdenes.
—Pero —dijo Montecristo—, ¿le permitirán venir?

—¿Cómo?
—Venir a Normandía.
—¡A mí! Soy completamente libre.
—Para ir donde le parezca, solo, sí, lo sé, pues le he encontrado en Italia.
—¡Y bien!
—¡Pero viajar con el hombre misterioso, a quien llaman el conde de Montecristo...!
—Poca memoria tiene, conde.
—¿Por qué?
—Porque ha olvidado el gran afecto y simpatía que le he dicho que mi madre le profesa.
—Muchas veces la mujer varía, ha dicho Francisco I; la mujer es como la onda, dijo Shakespeare; el uno era un gran rey, el otro un gran poeta, y ambos debían conocer bien a la mujer.
—Sí, la mujer; pero mi madre no es la mujer, es una mujer...
—Permita a un extranjero ignorar la fuerza de las expresiones de su idioma.
—Quiero decir que mi madre es poco pródiga en sus afectos, pero una vez que los concede, son para siempre.
—¡Ah! —dijo suspirando Montecristo—, ¿y cree que me haga el honor de dispensarme algún afecto particular y no la más pura indiferencia?
—Óigame bien —respondió Morcef—, se lo he dicho y se lo repito: es preciso que sea un hombre muy superior.
—¡Oh!
—Sí; porque mi madre ha sido subyugada por usted, le inspira un gran interés, y cuando estamos solos no hace sino hablarme de usted.
—¿Le dice que desconfíe de Manfredo?
—Al contrario, me dice: “Morcef, creo al conde noble y generoso, procura que lo quiera”.
Montecristo volvió la vista y lanzó un suspiro.
—¡Ah!, verdaderamente —dijo.
—De suerte que —continuó Alberto—, conocerá que lejos de oponerse a mi viaje, lo aprobará, puesto que entra en las

recomendaciones que me hace diariamente.
—Vaya, pues —dijo Montecristo—, y hasta la tarde: esté aquí a las cinco, llegaremos allá a las doce o a la una, a más tardar.
—¡Cómo! ¿A Treport?
—A Treport o a sus cercanías.
—¿No necesita más que ocho horas para andar cuarenta y ocho leguas?
—Y aún es mucho —dijo Montecristo.
—Desde luego. Es el hombre de los prodigios, y conseguirá no solo ir más veloz que los vagones de los trenes, lo que en Francia no es muy difícil, sino que sobrepujará en velocidad al telégrafo.
—Con todo, vizconde, como necesitamos siete u ocho horas para llegar allá, sea puntual.
—Descuide, no tengo hasta esa hora ninguna otra cosa más que hacer que preparar mi viaje.
—Hasta las cinco, pues.
—Hasta las cinco.
Alberto salió. Montecristo, después de saludarlo sonriendo, permaneció un instante pensativo y como absorto en una profunda meditación; finalmente, pasando la mano por su frente, como para apartar una molesta idea, se levantó, se acercó a un timbre y llamó dos veces.
Entró Bertuccio.
—Señor Bertuccio —le dijo—, no es ya mañana o pasado mañana, como había pensado antes, sino esta tarde mismo, cuando quiero salir para Normandía; desde ahora hasta las cinco tiene tiempo sobrado; haga que estén prevenidos los palafreneros del primer relevo; el señor de Morcef me acompaña, vaya pues.
Bertuccio obedeció; un postillón salió a escape a Poutoise para decir que a las seis en punto pasaría la silla de posta; desde Poutoise transmitió el aviso al relevo siguiente, y así continuó de relevo en relevo, de manera que seis horas después todos estaban advertidos y prontos.
Antes de salir, el conde subió a ver a Haydée, le anunció su viaje y puso toda la casa a su disposición. Alberto fue puntual; el viaje, triste al principio, se modificó poco a poco. Morcef no tenía idea de

un modo de viajar tan acelerado y al mismo tiempo cómodo; lo manifestó así al conde, y este le dijo:

—Es cierto, no puede tener idea de este modo de viajar con sus postas, que corren solamente dos leguas por hora, y mucho menos con la estúpida ley que prohíbe que ningún viajero pase antes que otro, de modo que un enfermo o majadero detiene y encadena, por decirlo así, tras él a los demás, aunque estos, sanos y alegres, quieran correr doble; para evitar estos inconvenientes viajo siempre con postillones y caballos míos. ¿No es así, Alí?

Y el conde, asomando la cabeza por la portezuela, dio una especie de chillido para excitar a los caballos; parecía como si les hubieran nacido alas.

El coche corría veloz como el rayo, y todos volvían la cabeza al verlo pasar. Alí sonreía mostrando sus blancos dientes; repetía este chillido, y llevando apretadas las riendas, excitaba a los caballos, cuyas bellas crines flotaban con el viento: Alí, el hijo del desierto, se encontraba en su elemento, y con su cara negra, sus ardientes ojos y su turbante blanco parecía, en medio del torbellino de polvo que levantaban los caballos, el genio del simún o el dios del huracán.

—He aquí un placer que no conocía —dijo Morcef, y desaparecieron de su frente las últimas señales de tristeza—. ¿Pero dónde ha encontrado semejantes caballos? —preguntó al conde—, ¿los ha criado ex profeso?

—Adivinó. Hace seis años que hallé en Hungría un caballo semental, famoso por la ligereza: lo compré, no me acuerdo en cuánto. Bertuccio lo pagó. En aquel año tuvo treinta y dos hijos; vamos a pasar revista a toda esa prole. Son todos iguales, negros, sin una mancha, excepto una estrella blanca en la frente, porque tuve cuidado de que se le escogiesen yeguas excelentes, como el sultán escoge favoritas.

—¡Es admirable...! Pero dígame, conde, ¿qué ha hecho con todos esos caballos?

—Ya lo ve, viajo con ellos. Cuando no los necesite, Bertuccio los venderá. Dice que ganará treinta o cuarenta mil francos en ellos.

—Pero no habrá rey en Europa bastante rico para comprarlos todos.

—Los venderá a algún visir del Oriente, que dejará vacío su tesoro para pagarlos y que lo volverá a llenar administrando a sus súbditos la bastonada en la planta de los pies.

—¿Quiere, conde, que le participe una idea que se me acaba de ocurrir?

—Dígamela.

—Que, después de usted, Bertuccio debe ser el simple particular más rico de Europa.

—Pues bien, se engaña, vizconde, estoy seguro de que no tiene dos reales.

—¿Es posible? —preguntó el joven—. Ese Bertuccio es un fenómeno; mi querido conde, me cuenta cosas maravillosas, casi increíbles.

—Nada hay de maravilloso, Alberto: los números y la razón se lo probarán; escuche pues: cuando un mayordomo roba, ¿por qué lo hace?

—Porque tal es la condición de todos ellos, según creo —dijo Alberto.

—Se equivoca. Roba porque tiene mujer, hijos y deseos ambiciosos para él y su familia; roba principalmente porque no tiene la certeza de permanecer siempre con su amo, y quiere asegurar su porvenir. Ahora bien, Bertuccio es solo, no tiene pariente alguno, toma de mi dinero lo que necesita sin tener que darme cuenta, y está seguro de que no se separará nunca de mí.

—¿Por qué?

—Porque no encontraré otro tan bueno.

—No sale de un círculo vicioso, cual es el de las probabilidades.

—¡Oh!, no; estoy en lo cierto: el buen criado para mí es aquel sobre quien tengo derecho de vida y muerte.

—¿Y lo tiene sobre Bertuccio?

—Sí —respondió con frialdad el conde.

Hay palabras que ponen fin para siempre a una conversación; el sí del conde era una de ellas. El viaje continuó con la misma velocidad; los treinta y dos caballos, divididos en ocho relevos corrieron las cuarenta y ocho leguas en ocho horas.

Llegaron a medianoche a la puerta de un hermoso parque; el

conserje tenía la reja abierta, y de pie junto a ella parecía esperar a su amo; le había advertido de su llegada el postillón del último relevo.

A las dos y media de la mañana llevaron a Morcef a su cuarto, halló un baño y la cena preparada; el criado que venía durante el camino sentado detrás estaba a sus órdenes. Bautista, que había venido en la delantera, servía al conde.

Alberto tomó un baño, cenó y se acostó; le adormeció el ruido de las alas, melancólico y triste; al levantarse se fue derecho a la ventana, la abrió y se encontró en una azotea, desde la que veía perfectamente el mar, es decir, la inmensidad, y por la espalda, el hermoso parque y un bosque.

En una rada inmediata se mecía una ligera corbeta, estrecha en la carena, elegante en su armadura, y que llevaba en el árbol mayor un pabellón con las armas de Montecristo, que era un monte de oro, con una cruz sobre un mar azul, lo que podía muy bien ser una alusión a su título, recordando el Calvario, que la pasión de Nuestro Señor convirtió en una montaña más preciosa que el oro, y la cruz, infame antes, que su pasión divina hizo santa, o también alguna alusión personal al sufrimiento y regeneración que se ocultaba en los antecedentes, ignorados de todos, de aquel hombre misterioso.

En torno a la goleta había un grupo de barcas de pescadores de los lugarcillos inmediatos, que parecían súbditos esperando la orden de su reina. Allí, como en cualquier otra parte en que Montecristo se detenía, se encontraban todas las comodidades de la vida tan perfectamente metodizadas, que con facilidad se acostumbraba cualquiera a ellas.

Alberto encontró en su antecámara dos escopetas y todos los utensilios necesarios a un cazador; una pieza situada en el piso bajo estaba destinada a guardar todas las ingeniosas máquinas que los ingleses, grandes pescadores, porque son muy cachazudos y ociosos, no han podido aún hacer adoptar a los rutinarios franceses.

Se pasó el día en estos ejercicios, en los que Montecristo era sobresaliente; mataron una docena de faisanes en el parque, pescaron infinidad de truchas, y tomaron el té en la biblioteca.

Al tercer día por la tarde Alberto, fatigado de una vida tan activa, y

que parecía un juego para Montecristo, dormía en un sillón inmediato a la ventana, y el conde trazaba con su arquitecto el plan de un invernadero que quería construir en su jardín, cuando el galope de un caballo despertó al joven; miró por la ventana, y con desagradable sorpresa vio a su camarero, a quien no había querido traer consigo, por no causar tantas molestias a Montecristo.

—¡Florentín, aquí! —gritó levantándose apresurado—. ¿Está mala mi madre?

Y salió con precipitación. Montecristo le siguió con la vista, lo vio, se acercó al criado, y este, sin poder respirar aún, sacó del bolsillo un paquete cerrado y sellado, y se lo entregó: contenía una carta y un periódico.

—¿De quién es esa carta? —inquirió Alberto.

—Del señor Beauchamp —respondió Florentín.

—¿Es Beauchamp el que lo ha enviado?

—Sí, señor; me llamó a su casa, me dio el dinero necesario para el viaje, hizo que me entregasen un caballo de posta, y que le prometiera no pararme hasta llegar a verlo; he corrido quince horas seguidas.

Alberto abrió la carta conmovido; apenas leyó los primeros renglones, lanzó un grito y cogió el periódico con manos trémulas. De repente se oscureció su vista, flaquearon sus piernas, y viendo que iba a caerse se apoyó en el brazo que Florentín le presentaba.

—Pobre joven —dijo Montecristo, pero tan bajo que nadie pudo oír aquellas palabras de compasión—. Está escrito que las faltas de los padres recaerán sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación.

Alberto había ido entretanto recobrando sus fuerzas; continuó leyendo, separando con la mano los cabellos que cayeron sobre su frente bañada de sudor, y arrugó entre sus manos la carta y el periódico.

—Florentín —dijo—, ¿su caballo está en disposición de tomar el camino de París?

—Es un mal jaco de posta y está desherrado.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Y cómo estaban en casa cuando salió?

—Bastante tranquilos; pero cuando volví de casa del señor Beauchamp encontré a la señora llorando, me llamó para que la

informase de cuándo volvería; le dije que iba a buscarlo de parte del señor Beauchamp, hizo un movimiento como para detenerme, mas luego reflexionó un instante y me dijo:

—Vaya, Florentín, y que vuelva pronto.

—Sí, madre mía, sí —dijo Alberto—, volveré; ¡ah!, tranquilícese, ¡y ay del infame...! Pero lo primero es pensar en volver —y se dirigió al cuarto en que había dejado a Montecristo.

No era ya el mismo hombre; cinco minutos habían sido suficientes para producir una triste metamorfosis en Alberto; había salido del cuarto en estado normal; volvió a entrar con la voz alterada, la cara enrojecida, los ojos centelleantes y el modo de andar incierto de un hombre ebrio.

—Conde —dijo—, le doy las gracias por su generosa hospitalidad, hubiera deseado disfrutar de ella más tiempo, pero me es preciso volver a París.

—¿Pues qué ha ocurrido?

—Una gran desgracia; mas permítame que me vaya: se trata de una cosa que es mil veces más preciosa que la vida; no me pregunte, conde, se lo suplico; mande, eso sí, que me den un caballo.

—Todos los míos están a su disposición, vizconde, pero va a destrozarles corriendo la posta a caballo; tome mi silla, o si no un cabriolé.

—No; tardaría más, y además, ese mismo cansancio me hará bien, no tema.

Dio una vuelta alrededor, como un hombre herido por una bala, y fue a caer en un sillón junto a la puerta. Montecristo no vio este segundo momento de debilidad porque estaba asomado a la ventana, gritando:

—Alí, un caballo para el señor de Morcef; pronto, que lleva prisa.

Estas palabras volvieron la vida a Alberto, se lanzó fuera del cuarto y el conde lo siguió.

—Gracias —dijo el joven montando a caballo—, venga tras de mí, lo más pronto que pueda, Florentín. ¿Qué debo decir para que continúen dándome caballos?

—Nada, basta que vean el que monta para que le ensillen

inmediatamente otro.

Alberto iba a partir, pero se detuvo.

—Pensará que mi viaje es extraño —dijo el joven—, no comprenderá cómo algunas líneas escritas en un periódico han podido reducir a un hombre a la desesperación. Pues bien —añadió dándole el periódico—, lea eso, pero solamente cuando yo me haya marchado, a fin de que no vea mi confusión.

Y mientras el conde recibía el periódico, hincó las espuelas al caballo, que admirado de que hubiese jinete que pudiese creer que las necesitaba, partió a escape, veloz como una flecha.

Lo siguió el conde con la vista, y su mirada expresaba un sentimiento de compasión indefinible, y cuando desapareció leyó lo siguiente en el periódico:

El oficial francés al servicio de Alí Bajá, de Janina, de que hablaba hace tres semanas El Imparcial, y que no solamente vendió el castillo de Janina, sino que entregó a los turcos a su bienhechor, se llamaba, efectivamente, Fernando en aquella época, como dijo nuestro honorable colega, pero después agregó a su nombre un título de nobleza y el de una de sus tierras.

Actualmente se llama el conde de Morcef, y es miembro de la Cámara de los Pares.

Por consiguiente, aquel terrible secreto que Beauchamp había ocultado tan generosamente aparecía como un fantasma armado; y otro periódico cruelmente informado había publicado al día siguiente de la salida de Alberto para Normandía, aquellos pocos renglones que casi volvieron loco al joven.

Capítulo cuatro: El juicio

Serían las ocho de la mañana cuando cayó Alberto como un rayo en casa de Beauchamp. El ayuda de cámara estaba avisado, e introdujo a Morcef en el cuarto de su amo, que acababa de entrar en

el baño.

—¡Y bien! —le dijo Alberto.

—Lo estaba esperando, amigo mío —contestó Beauchamp.

—Aquí me tiene. No le diré, Beauchamp, que le creo demasiado honrado y demasiado noble para sospechar que ha hablado a nadie de nuestro asunto; no, amigo mío. Además, el mensaje que me ha enviado es una garantía del aprecio que le merezco. Por consiguiente, no perdamos tiempo en preámbulos, ¿tiene alguna idea de quién puede venir el golpe?

—Le diré lo que sé.

—Sí; pero antes, amigo mío, debe referirme la historia de esta abominable traición con todos sus pormenores.

Y Beauchamp refirió al joven, abrumado de vergüenza y dolor, los hechos que vamos a referir con toda su sencillez.

La mañana de la antevíspera, el artículo había aparecido en *El Imparcial* y en otro periódico, y lo que es más todavía, en un periódico muy conocido por pertenecer al gobierno. Beauchamp se hallaba almorzando cuando leyó el artículo; envió inmediatamente a buscar un cabriolé, y sin acabar de almorzar marchó a la redacción del diario ministerial.

Aunque de ideas políticas enteramente opuestas a las del director del periódico acusador, Beauchamp, como sucede algunas veces, y aun diremos siempre, era íntimo amigo suyo.

Halló al director, que tenía en la mano su propio periódico, y parecía que estaba leyendo con la mayor complacencia su articulito sobre el azúcar de remolacha, que probablemente sería de su cosecha.

—¡Ah! —dijo Beauchamp—, puesto que tiene en la mano su periódico, querido, excuso decirle a qué vengo.

—¿Es usted acaso partidario de la caña de azúcar? —preguntó el director del periódico ministerial.

—No —contestó Beauchamp—, y hasta hoy soy extraño a la cuestión; vengo por otro asunto.

—¿Cuál?

—Por el artículo acerca de Morcef.

—¡Ah!, ya: ¿no es verdad que es bastante curioso?

—Tan curioso que creo que se expone a verse complicado en una causa de dudoso resultado.

—No, por cierto, hemos recibido con la nota todos los documentos justificativos, y estamos perfectamente convencidos de que el señor de Morcef no dará ningún paso; por otra parte, es hacer un bien al país al denunciarle a los miserables, indignos del honor que se les hace.

Beauchamp quedó desconcertado.

—¿Pero quién le ha dado tan completos pormenores? —preguntó—, porque mi periódico, que fue el primero que habló del particular, tuvo que abstenerse por falta de pruebas, y sin embargo, estamos más interesados que usted en arrancar la máscara al señor Morcef, puesto que es par de Francia, y nosotros representamos la oposición.

—¡Oh!, nada más sencillo; no hemos corrido detrás del escándalo, ha venido él a buscarnos. Un hombre que acaba de llegar de Janina nos trajo ayer todos esos documentos, y como manifestásemos algún reparo en insertar la acusación, nos dijo que si nos negábamos se publicaría el artículo en otro periódico. Nadie sabe mejor que usted cuánto vale una noticia interesante; no quisimos desperdiciarla. El golpe está bien dado; es terrible y resonará en toda Europa.

Beauchamp conoció que no había más remedio que bajar la cabeza, y salió a la desesperada para enviar un correo a Morcef.

Pero lo que no había podido escribir a Alberto, porque lo que vamos a referir fue posterior a la salida del correo, es que el mismo día, en la Cámara de los Pares, se había notado una extraordinaria agitación. Los pares iban llegando antes de la hora y hablaban del siniestro acontecimiento que iba a ocupar la atención pública y a fijarla en uno de los miembros más conocidos del ilustre Cuerpo.

Se leía el artículo en voz baja, se hacían comentarios, y los recuerdos que se suscitaban iban precisando cada vez más los hechos. El conde de Morcef no era querido de sus colegas. Como todos los que han salido de la nada, para conservarse a la altura de la clase, tenía que observar un exceso de altivez. Los grandes aristócratas se reían de él; los talentos lo repudiaban y las glorias

puras lo despreciaban instintivamente. A este fatal extremo de la víctima expiatoria había llegado el conde. Una vez designada por el dedo del Señor para el fatal sacrificio, todos se preparaban para gritar: ¡Justicia!

El conde de Morcef era el único que lo ignoraba todo. No recibía el periódico que publicaba la noticia, y había pasado la mañana en escribir cartas y probar su caballo.

Llegó, pues a la hora de costumbre, con la cabeza erguida, mirada orgullosa y andar insolente; se apeó del coche, atravesó los pasillos y entró en la sala, sin notar las vacilaciones de los ujieres, ni la frialdad de sus colegas al saludarlo.

Cuando Morcef entró hacía ya media hora que había empezado la sesión. A pesar de que el conde, ignorante, como hemos dicho, de cuanto había ocurrido, no había alterado en lo más mínimo su aire, ni sus ademanes, su presencia en esta ocasión pareció de tal suerte agresiva a esta asamblea celosa de su honor, que todos vieron en ello una inconveniencia, muchos una bravata y algunos un insulto. Era evidente que la Cámara entera deseaba entablar el debate.

Se veía el periódico acusador en manos de todos los pares; pero, como siempre, nadie quería cargar con la responsabilidad del ataque. Finalmente, uno de los honorables pares, enemigo declarado del conde de Morcef, subió a la tribuna con una solemnidad que anunció que había llegado el momento esperado.

Se guardó un silencio sepulcral. solo Morcef ignoraba la causa de la atención profunda que se prestaba a un orador a quien no se acostumbra a oír con tanta complacencia.

El conde dejó pasar tranquilamente el preámbulo, en que el orador establecía que iba a hablar de una cosa tan grave, tan sagrada y tan vital para la Cámara, que reclamaba toda la atención de sus colegas.

A las primeras palabras de Janina y del coronel Fernando, el conde de Morcef se puso intensamente pálido, lo que causó un estremecimiento general en la asamblea, y todas las miradas se fijaron en él.

Las heridas mortales tienen de particular que se ocultan, pero no se cierran, siempre dolorosas, permanecen vivas y abiertas en el

corazón.

Terminó la lectura del artículo en medio del mismo silencio, turbado entonces por un rumor que cesó tan pronto como el orador volvió a tomar la palabra. El orador expuso sus escrúpulos, y manifestó cuán difícil era su posición: era el honor del señor de Morcef, el honor de toda la Cámara lo que pretendía defender, provocando un debate en que se iba a entrar en esas cuestiones personales que siempre resultan odiosas. Concluyó pidiendo que se procediese a una investigación bastante rápida para confundir, antes de que tomase cuerpo, la calumnia, y para restablecer al señor de Morcef en la posición en que la opinión pública lo había colocado.

Morcef se hallaba tan abatido, que apenas pudo pronunciar algunas palabras ante sus colegas para justificarse, aquella conmoción, que podía atribuirse lo mismo al asombro del inocente que a la vergüenza del culpable, le atrajo algunas simpatías. Los hombres generosos son siempre compasivos, cuando la desgracia de su adversario es mayor que su odio.

El presidente puso a votación la sumaria, y esta dio por resultado que había méritos para formarla.

Preguntaron al conde cuánto tiempo necesitaba para preparar su justificación. Morcef se había reanimado, sintiendo aún algún vigor después de aquel terrible suceso, y respondió:

—Señores, no es con tomarse tiempo con lo que se rechaza un ataque, como el que contra mí dirigen enemigos solapados, y que sin duda permanecerán escondidos en las sombras del incógnito; en el momento, y como un rayo, es preciso que yo responda a las inculpaciones que contra mí se han hecho. ¡Ah!, ¡ojalá, en lugar de semejante justificación, me fuese permitido derramar toda mi sangre, para probar a mis nobles compañeros que soy digno de sentarme a su lado!

Tales palabras produjeron en el auditorio una impresión favorable para el acusado.

—Pido —dijo— que la sumaria información se forme lo más pronto posible, y yo exhibiré ante la Cámara los documentos necesarios.

—¿Qué día señala para eso? —preguntó el presidente.

—Desde este momento estoy a la disposición de la Cámara.

El presidente tocó la campanilla.
—¿La Cámara —prosiguió— quiere que esta sumaria información se efectúe hoy mismo?
—Sí —fue la unánime respuesta de la asamblea.
Se nombró una comisión integrada por doce miembros para examinar los documentos que debía presentar Morcef; se señaló la hora en que debía celebrarse la primera sesión, y se fijó la de las ocho de la noche, en la sala de comisiones de la Cámara, y se determinó que si fuesen necesarias más sesiones, se celebrasen a la misma hora.
Tomada esta resolución, Morcef pidió permiso para retirarse; debía coordinar los documentos que, para hacer frente a esta tempestad, había guardado durante tanto tiempo; pues su genio cauteloso y previsor la esperaba siempre.
Beauchamp contó al joven cuanto acabamos de referir; solo que su relato tuvo de ventaja sobre el nuestro la animación producida en él por la amistad.
Alberto le escuchó temblando, tan pronto de esperanza como de cólera, y algunas veces de vergüenza; pero Beauchamp sabía que su padre era culpable, y se preguntaba cómo siéndolo podría llegar a probar su inocencia.
—¿Y después? —preguntó Alberto.
—¿Después? —dijo Beauchamp.
—Sí.
—Amigo mío, eso sí me pone en un terrible compromiso. ¿Quiere saber lo que sucedió?
—Es preciso; prefiero que sea usted el que me lo cuente, a saberlo por cualquier otro conducto.
—Bien —dijo Beauchamp—, prepárese, Alberto; jamás ha tenido tanta necesidad como ahora de demostrar su valor.
Alberto pasó la mano por su frente, para asegurarse de su propia fuerza, como el hombre que se prepara para defender su vida, prueba su corazón y la hoja de su espada. Se sintió fuerte, porque tomaba por energía lo que no era más que un estado febril.
—Continúe —dijo.
—Llegó la noche —siguió diciendo Beauchamp—, todo París

esperaba el resultado.

»Muchos había que decían que su padre no necesitaba más que presentarse para echar por tierra la acusación; otros decían que el conde no se presentaría, y otros aseguraban por último haberle visto partir para Bruselas; algunos hubo que fueron a la policía a preguntar si era verdad que el conde había sacado su pasaporte.

»Debo confesarle que hice cuanto pude para obtener de uno de los miembros de la Cámara, joven par, amigo mío, que me permitiesen entrar en una tribuna reservada; a las siete vino a buscarme, y antes que nadie llegase, me recomendó a un ujier, el cual me encerró en una especie de palco: me ocultaba una columna, y estaba como perdido en la oscuridad; esperaba así ver y oír hasta el fin la terrible escena que iba a presentarse a mis ojos.

»A las ocho en punto todo el mundo había llegado.

»El señor de Morcef entró al sonar la última campanada, traía en la mano algunos papeles y su aspecto era tranquilo; contra su costumbre, su aire era sencillo y su traje austero: llevaba un frac abotonado como suelen usar los militares antiguos. Su presencia produjo el mejor efecto, la comisión le era favorable en general, y muchos de sus miembros se acercaron al conde y le dieron la mano.

El corazón de Alberto se desgarraba al oír estos detalles; pero en medio de su dolor, dejó entrever un sentimiento de gratitud; hubiera querido poder abrazar a los que dieron a su padre aquella señal de amistad en medio del horrible compromiso en que se hallaba su honor.

»En aquel instante se presentó un ujier y entregó una carta al presidente.

»—Señor de Morcef, tiene la palabra —dijo este, abriendo la carta.

»El conde empezó su apología, y le aseguro, Alberto, que estuvo hábil y elocuente: presentó los documentos que probaban que el visir de Janina lo había honrado hasta el último momento con toda su confianza, puesto que le había encargado una negociación de vida o muerte para con el emperador mismo. Mostró el anillo, signo de amistad, y con el cual Alí Bajá sellaba ordinariamente sus cartas, y que le había entregado, para que pudiese, a su vuelta, penetrar hasta su habitación, a cualquier hora del día o de la noche, y

aunque estuviese en su harén. Desgraciadamente —dijo—, la negociación salió mal, y cuando volvió para defender a su bienhechor, este había fallecido ya; pero —añadió el conde— al morir Alí Bajá, era tal su confianza, que me mandó entregar su favorita y su hija.

Alberto tembló, porque a medida que Beauchamp hablaba, acudían a su imaginación las palabras de Haydée, y recordaba que la hermosa griega le había contado algo de aquella negociación, de aquel anillo, y del modo en que fue vendida como esclava.

—¿Y qué efecto produjo el discurso del conde? —preguntó con ansiedad Alberto.

—Confieso que me conmovió, y lo mismo a toda la comisión —dijo Beauchamp.

»Mientras tanto, el presidente pasó ligeramente los ojos por una carta que acababan de traerle; mas a las primeras líneas se despertó su atención, y después de leerla y releerla, fijó los ojos en Morcef, y dijo:

»—Señor conde, ¿ha dicho que el visir de Janina le había confiado su mujer y su hija?

»—Sí, señor —respondió Morcef—, pero la desgracia me ha perseguido en esto como en todo. A mi vuelta, Basiliki y su hija Haydée habían desaparecido.

»—¿Las conocía usted?

»—Pude verlas más de veinte veces, debido a mi intimidad con el bajá, y la gran confianza que en mi lealtad tenía.

»—¿Y tiene alguna idea de la suerte que les ha cabido después?

»—Sí. He oído decir que habían sucumbido a su dolor, y tal vez a su miseria. Yo no era rico; mi vida corría grandes peligros y, con gran pesar mío, no pude consagrarme a buscarlas.

»El presidente frunció imperceptiblemente el ceño.

»—Señores —dijo entonces—. Han oído las explicaciones del conde de Morcef. Señor conde, para apoyar su declaración, ¿pueden presentar algún testigo?

»—¡Ay!, no —respondió el conde—, todos cuantos rodeaban al visir, y que me conocieron en su corte, han muerto, o desaparecido; únicamente yo, según creo, únicamente yo, al menos entre mis

compatriotas, he sobrevivido a guerra tan cruel; no conservo más que las cartas de Alí-Tebelín, y las he presentado; no me queda más que el anillo que me dio en prenda de su voluntad; aquí está; pero tengo la prueba más convincente que se puede suministrar contra un ataque anónimo, es decir, la ausencia de toda clase de testimonio contra mi palabra de hombre honrado, y la pureza de toda mi vida militar.

»Un murmullo de aprobación circuló por la asamblea; en este momento, Alberto, si no hubiera sobrevenido ningún accidente, la causa de su padre habría vencido.

»Ya no faltaba más que proceder a la votación, cuando el presidente tomó la palabra.

»—Señores —dijo—, y usted, señor conde, presumo no llevará a mal oír un testigo muy importante, según asegura, y que viene a ofrecerse de *motu propio*; este testigo, según lo que acaba de decirnos el señor conde, no dudo que es llamado a probar la total inocencia de nuestro colega. Esta es la carta que acabo de recibir acerca del particular: ¿desea que se lea, o decide que se haga caso omiso de este incidente?

»El señor de Morcef se puso pálido, y estrujó los papeles que tenía en las manos.

»La comisión acordó que se leyera: en cuanto al conde, estaba pensativo y mudo.

»El presidente leyó la siguiente misiva:

Señor presidente:

Puedo dar datos positivos a la comisión encargada de examinar la conducta que el teniente general, conde de Morcef, observó en Epiro y Macedonia.

»El presidente hizo una breve pausa.

»El conde de Morcef palideció; el presidente interrogó con la vista al auditorio.

—Continúe —dijeron todos a una voz.

Asistí a los últimos momentos de Alí Bajá; sé cuál fue la suerte de Basiliki y Haydée; estoy a las órdenes de la comisión, y reclamo el

honor de que se me oiga. Estaré en el vestíbulo de la Cámara en el momento en que le entreguen esta carta.

»—¿Y quién es ese testigo, o por mejor decir, ese enemigo? —inquirió el conde con voz profundamente alterada.

»—Vamos a saberlo —contestó el presidente—. ¿Quiere oír la comisión a ese testigo?

»—¡Sí, sí! —contestaron todos a una.

»El presidente llamó al ujier y le preguntó si había alguna persona esperando en el vestíbulo.

»—Sí, señor presidente.

»—¿Quién es esa persona?

»—Una señora con un criado.

»Y todos lo miraron.

»Cinco minutos después volvió a entrar el ujier; todas las miradas se dirigían a la puerta, y yo mismo —dijo Beauchamp— participaba de la ansiedad general.

»Detrás del ujier entró una mujer cubierta con un gran velo negro. Fácilmente se adivinaba, por las formas y por los perfumes que exhalaba, que era una mujer joven y elegante.

—¡Ah! —dijo Morcef—, era ella.

—¿Cómo, ella?

—Sí: Haydée.

—¿Quién se lo ha dicho?

—¡Ah!, lo adivino. Pero continúe, Beauchamp, continúe. Ya ve que estoy tranquilo y resignado, y sin embargo, nos vamos acercando al desenlace.

—El señor de Morcef —continuó Beauchamp— contemplaba a aquella mujer con sorpresa y espanto. Para él era la vida o la muerte lo que de aquella encantadora boca iba a salir; para los demás era una aventura tan extraña y tan llena de curiosidad, que la salvación o la pérdida del señor de Morcef no entraba ya en tan extraordinario suceso más que como un elemento secundario.

»El presidente indicó a la joven con la mano que tomase asiento, y ella contestó con la cabeza que permanecería de pie.

»El conde estaba sentado en el sillón, y es bien seguro que no

hubieran podido sostenerle las piernas.

»—Señora —dijo el presidente—, ha escrito a la comisión para darle datos acerca del asunto de Janina, diciendo que había sido testigo ocular de los acontecimientos.

»—Y lo fui efectivamente —contestó la desconocida con una voz llena de encantadora tristeza, y con aquel eco sonoro, peculiar de las voces orientales.

»—Con todo —replicó el presidente—, permítame le diga que entonces era muy joven.

»—Tenía cuatro años; pero como aquellos hechos eran para mí de la mayor importancia, están grabados en mi corazón todos sus pormenores.

»—¿Pero qué importancia tenían para usted esos acontecimientos, y quién es usted para que esa gran desgracia le haya causado tan profunda impresión?

»—Se trataba de la vida o de la muerte de mi padre —contestó la joven—, y me llamo Haydée, hija de Alí-Tebelín, bajá de Janina, y de Basiliki, su muy amada esposa.

»El carmín de modestia, y al mismo tiempo de orgullo, que coloreó las mejillas de la joven, el fuego de su mirada y la majestad de su presencia, produjeron en la asamblea un efecto imposible de describir.

»En cuanto al conde, no hubiera quedado más aterrado si un rayo hubiera abierto un abismo a sus pies.

»—Señora —dijo el presidente, después de saludarla respetuosamente—, permítame una simple pregunta, que no es una duda, y esta pregunta será la última: ¿puede justificar la autenticidad de lo que dice?

»—Puedo justificarla —contestó Haydée, sacando de debajo del velo una bolsa de raso—, porque aquí está la partida de mi nacimiento, redactada por mi padre y firmada por sus oficiales superiores; aquí está la de mi bautismo, pues mi padre consintió que fuese educada en la religión de mi madre, acta que el primado de Macedonia y Epiro autorizó con su sello; y finalmente aquí está, y este es sin duda el documento más importante, el acta de venta que se verificó de mi persona y de la de mi madre al mercader armenio

El Kobbir por el oficial franco que en el infame convenio con la Puerta, se había reservado por su parte de botín a la hija y a la mujer de su bienhechor, a quienes vendió por la cantidad de mil bolsas, es decir, por unos cuatrocientos mil francos.

»Una intensa palidez cubrió las mejillas del conde, y sus ojos se inyectaron de sangre al oír esas terribles imputaciones que fueron acogidas por la asamblea con lúgubre silencio.

»Haydée, sin perder su aparente calma, alargó el acta de venta, redactada en lengua árabe.

»Como se había creído que algunos de los documentos aducidos estarían redactados en árabe o turco, se había avisado al intérprete, de la Cámara; se le llamó.

»Uno de los nobles pares, a quien era familiar la lengua árabe, que había tenido oportunidad de aprender durante la campaña de Egipto, iba siguiendo con la vista en el acta la lectura que el traductor dio en alta voz.

Yo, El Kobbir, mercader de esclavas y abastecedor del harén de su alteza, reconozco haber recibido para entregarla al sublime emperador, del señor Conde de Montecristo, una esmeralda, tasada en dos mil bolsas, a cambio de una esclava cristiana, de once años de edad, llamada Haydée, e hija del difunto señor Alí-Tebelín, bajá de Janina, y de Basiliki, su favorita; la cual me había sido vendida hace siete años junto con su madre, que murió al llegar a Constantinopla, por un coronel, al servicio del visir Alí-Tebelín, llamado Fernando Mondego.

La susodicha venta se me hizo por cuenta de su alteza, mediante la cantidad de dos mil bolsas.

Firmado en Constantinopla, con autorización de su alteza, el año de mil doscientos cuarenta y siete de la Hégira.

EL KOBBIR.

»Para que esta acta tenga la necesaria fe, crédito y autenticidad será revestida con el sello imperial, de lo cual se encarga el vendedor.

»Al lado de la firma del vendedor se veía efectivamente el sello de

la Sublime Puerta.

»Un profundo silencio siguió a esta lectura. El conde no hacía más que mirar a Haydée, y sus miradas parecían de fuego.

»—Señora —dijo el presidente—, ¿no se puede interrogar al conde de Montecristo, que, según tengo entendido, se halla en París a su lado?

»—El conde de Montecristo, mi segundo padre —contestó Haydée —, hace tres días se marchó a Normandía.

»—Pues entonces —dijo el presidente—, ¿quién le ha aconsejado el paso que acaba de dar, paso que la comisión agradece, y que además es muy natural si se tiene en cuenta su nacimiento y sus desgracias?

»—Este paso —contestó Haydée— me lo han aconsejado mi respeto y mi dolor. A pesar de ser cristiana, ¡Dios me perdone!, siempre he pensado en vengar a mi ilustre padre. Cuando puse el pie en Francia, y supe que el traidor vivía en París, mis ojos y mis oídos estuvieron constantemente abiertos. Vivo retirada en la casa de mi noble protector; pero vivo así porque me gusta la soledad y el silencio que me permiten entregarme enteramente a mis pensamientos. Pero el señor conde de Montecristo me rodea de atenciones paternales, y no desconozco nada de cuanto constituye la vida de la sociedad. Leo, pues, todos los periódicos, de la misma manera que me envían todos los álbumes, del mismo modo que recibo todas las melodías; y siguiendo la vida de los demás, sin acostumbrarme a ella, es como he sabido lo que había sucedido esta mañana en la Cámara de los pares, y lo que debía ocurrir esta noche... Entonces he escrito la carta que le han entregado.

—Según eso —dijo el presidente—, ¿el conde de Montecristo no tiene la menor parte en el paso que acaba de dar?

»—Lo ignora totalmente, y temo que lo desapruebe cuando lo sepa; sin embargo, es para mí un hermoso día este en que encuentro ocasión de vengar a mi padre —dijo la joven levantando al cielo una ardiente mirada.

»Durante este tiempo el conde no había pronunciado una sola palabra; sus colegas lo miraban, y sin duda se compadecían de esa fortuna destruida bajo el perfumado aliento de una mujer; su

desgracia se escribía con caracteres siniestros en su rostro.

»—Conde de Morcef —dijo el presidente—, ¿reconoce a la señora por la hija de Alí-Tebelín, bajá de Janina?

»—No —dijo Morcef, haciendo un esfuerzo para levantarse—, es una trama urdida por mis enemigos.

»Haydée, que estaba mirando a la puerta, como si esperase a alguna persona, se volvió bruscamente, y viendo al conde en pie profirió un terrible grito.

»—No me reconoces —dijo—; ¡pues yo sí lo reconozco afortunadamente! Tú eres Fernando Mondego, el oficial que instruía las tropas de mi noble padre. ¡Tú eres quien entregó los castillos de Janina! Tú eres quien, enviado por él a Constantinopla para tratar directamente con el emperador de la vida o muerte de tu bienhechor, trajiste un firmán falso que concedía perdón! ¡Tú eres quien con este truhan llegaste a obtener el anillo del bajá que debía hacerte obedecer por Selim, el guarda del fuego! ¡Tú asesinaste a Selim! ¡Tú, quien nos vendiste a mi madre y a mí al mercader El Kobbir! ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!, todavía tienes en la frente sangre de tu amo, mírenlo.

»Tal fuerza había en aquellas palabras, y fueron pronunciadas con un acento de verdad tal, que los ojos de todos se fijaron en la frente del conde, y él mismo llevó la mano a ella, como si hubiese sentido caliente aún la sangre de Alí.

»—¿Identifica, pues, positivamente al señor de Morcef como el mismo oficial Fernando Mondego?

»—¡Sí; es el mismo! —dijo Haydée—. ¡Oh, madre mía! Tú me dijiste: “Eras libre, tenías un padre a quien amabas, estabas destinada a ser casi una reina; mira bien ese hombre, él es quien te ha hecho esclava, quien clavó en una pica la cabeza de tu padre; quien nos vendió y nos entregó traidoramente; mira bien su mano derecha, en ella tiene una gran cicatriz; si olvidas sus facciones, le reconocerás por esa señal; por esa mano, en la que cayeron una a una las monedas de oro del mercader El-Kobbir!”. ¡Sí, le conozco! ¡Oh! ¡Que diga él mismo si me conoce!

»Cada palabra hacía perder al señor Morcef parte de su energía; a las últimas palabras ocultó vivamente y sin reflexionar la mano

mutilada por una herida, metiéndola en el pecho por entre los botones del frac que tenía abiertos; cayó en su sillón, abrumado bajo el peso de la desesperación.

»Esta escena había conmovido a la asamblea, se oía un murmullo igual al de las hojas de los árboles, movidas por el viento.

»—Señor conde de Morcef —dijo el presidente—, no se deje abatir; responded: la justicia de la corte es suprema e igual para todos, como la de Dios; ella no permitirá que lo confundan sus enemigos, sin darle todos los medios para combatirlos. ¿Quiere una nueva información? ¿Quiere que mande que vayan a Janina dos miembros de la Cámara? Hable.

»Morcef no respondió.

»Los miembros de la comisión se miraron unos a otros, aterrados. Conocían el carácter enérgico y violento del conde, y era necesario fuese mucha su postración para aniquilar las fuerzas de aquel hombre; era necesario que aquel silencio, que parecía un sueño, fuese al despertar una cosa que semejase al rayo.

»—Y bien, ¿qué dice? —le preguntó el presidente.

»—Nada —dijo el conde con voz ronca.

»—¿La hija de Alí-Tebelín —dijo el presidente— ha declarado realmente la verdad? ¿Es el testigo terrible al cual jamás se atreve a responder el culpable? ¿No? ¿Ha hecho las cosas de las que lo acusa?

»El conde echó en torno una mirada cuya expresión desesperada hubiera conmovido a los tigres; pero no podía desarmar a los jueces, levantó en seguida los ojos a la bóveda, pero los bajó temiendo que aquella se abriese y dejase ver aquel otro tribunal que se llama el cielo, y a aquel otro juez que se llama Dios.

»Se desabrochó bruscamente el frac que le ahogaba y salió de la sala como un demente; durante un momento se oyeron sus pasos bajo la bóveda sonora, y en seguida el ruido del coche que se alejaba a galope del palacio Florentino.

»—Señores —dijo el presidente cuando se restableció el silencio —, ¿el conde de Morcef está acusado de felonía, traición e indignidad?

»—Sí —respondieron a una todos los miembros de la comisión.

»Haydée había asistido hasta el fin de la sesión; oyó pronunciar la sentencia del conde sin que sus facciones expresasen alegría ni piedad; echándose entonces su velo, saludó majestuosamente a la asamblea, y salió con aquel paso con que Virgilio veía marchar a las diosas.

—Entonces —continuó diciendo Beauchamp—, me aproveché del silencio y de la oscuridad de la sala para salir sin ser visto; el ujier que me había introducido me esperaba a la puerta; me llevó a través de los corredores hasta una salida secreta que da a la calle de Vaugirard; salí con el alma entristecida y gozosa a la vez; entristecida por usted, mi querido Alberto, gozosa al ver la nobleza de aquella joven persiguiendo, hasta lograr vengarse, al enemigo de su padre. Le juro, Alberto, que venga de donde se quiera esta revelación, no puede ser sino de un enemigo; pero este no es más que un agente de la Providencia.

Alberto tenía la cara oculta entre sus manos; levantó la cabeza mostrando su rostro sonrojado y bañado de lágrimas, y cogiendo del brazo a Beauchamp le dijo:

—Amigo, mi vida ha concluido, únicamente me falta no decir como usted que la Providencia me ha herido, sino buscar al hombre que me persigue con su enemistad; cuando lo encuentre lo mataré o me matará; confío en su amistad, Beauchamp, si ya no es que el desprecio la haya sustituido en su corazón.

—El desprecio no, amigo mío, ¿qué parte tiene usted en esta desgracia? Afortunadamente vivimos en un tiempo en que se tienen conocimientos superiores a los antiguos, y en que no se hace a los hijos responsables de las faltas de los padres. Examine toda su vida, Alberto; data de ayer, es cierto, pero jamás aurora de más hermoso día fue más pura. No, Alberto: créame, usted es joven y rico, salga de Francia; todo se olvida pronto en esta gran Babilonia, donde la vida es tan agitada y los gustos cambian con tanta facilidad; dentro de tres o cuatro años regresará casado con alguna princesa rusa, y nadie pensará en lo que pasó ayer, y con mucha menos razón en lo que sucedió hace dieciséis años.

—Gracias, mi querido Beauchamp, gracias por la excelente intención que dictan sus palabras; pero eso no puede ser; le he

hecho conocer mi deseo, mi voluntad. Bien conoce que siendo interesado en este asunto no puedo verlo como usted; lo que le parece que trae su origen del cielo, lo creo yo de un origen menos puro; no pienso que la Providencia tenga nada que ver en todo esto, afortunadamente para mí, porque en lugar del mensajero invisible e incorpóreo, encontré un ente palpable y visible, del que me vengaré; ¡oh!, sí; me vengaré de cuanto sufro de un mes a esta parte, ahora se lo repito: si es mi amigo, como usted dice, ayúdeme a buscar la mano de donde ha partido este golpe.

—Sea —dijo Beauchamp—, si quiere que baje a la tierra de nuevo, bajaré; si quiere buscar a un enemigo, lo buscaré con usted, y lo hallaré, porque tengo tanto interés en ello como usted, porque mi honor exige también que lo hallemos.

—Pues bien, Beauchamp, ya ve que no debemos perder tiempo: empecemos nuestras indagaciones; el delator no ha sido aún castigado, y esperará probablemente quedar impune, y por mi honor, si así lo cree, se engaña.

—Entonces, escúcheme, Morcef.

—¡Ah!, Beauchamp, veo que sabe algo, y ello me da la vida.

—No le diré que sea la realidad, pero al menos es una luz en medio de tantas tinieblas, y siguiéndola llegaremos hasta el fin.

—Hable, ya ve mi impaciencia.

—Voy a contarle lo que le oculté a mi vuelta de Janina.

—Hable, entonces.

—He aquí lo que pasó, Alberto; fui naturalmente a casa del primer banquero de la ciudad para tomar informes; apenas pronuncié las primeras palabras, y aun antes de nombrar a su padre:

»—¡Ah! —me dijo—, adivino lo que lo ha traído aquí.

»—¿Cómo y por qué?

»—Porque hace apenas quince días que he sido interrogado sobre el mismo punto.

»—¿Por quién?

»—Por un banquero de París, mi corresponsal.

»—¿Y se llama?

»—Señor Danglars.

—¡Él! —exclamó Alberto—, en efecto, él es quien hace mucho

tiempo persigue con su odio a mi pobre padre; él, el hombre que pretende ser popular y que no perdona al conde de Morcef el haber llegado a ser par de Francia; y... sí, el haber dado al traste con la boda sin decir por qué, sí, sí, él es.

—Infórmese, Alberto, pero no se deje arrebatar por la cólera antes de tiempo; infórmese, digo, y si es cierto...

—¡Oh!, sí, es cierto; me pagará cuanto he sufrido.

—Tenga presente, Morcef, que es un anciano.

—Respetaré su edad como él ha respetado el honor de mi familia; si a quien quería perder era a mi padre, ¿por qué no lo buscó? ¡Oh!, no, él ha tenido miedo de verse cara a cara con un hombre.

—No le diré que no, Alberto; lo que exijo es que se contenga y obre con prudencia.

—Descuide, además me acompañará, Beauchamp; las cosas interesantes y solemnes deben tratarse ante testigos; antes que pase el día si el señor Danglars es culpable, habrá dejado de existir o yo habré muerto. Por vida de Dios, Beauchamp, quiero hacer magníficos funerales a mi honor.

—Alberto, cuando se toman semejantes resoluciones es preciso ponerlas en práctica en seguida; ¿quiere ir a casa del señor Danglars...? Pues salgamos.

Enviaron a buscar un coche de alquiler, y al entrar en casa del banquero vieron allí el faetón y el criado del señor Cavalcanti a la puerta.

—¡Ah, ah! —dijo con voz sombría Alberto—, esto va bien; si el señor Danglars no quiere batirse, mataré a su yerno: ¡este sí se batirá...! un Cavalcanti.

Anunciaron el joven al banquero, que al nombre de Alberto, y sabiendo lo que había ocurrido el día antes, prohibió que le dejasen entrar; pero era ya tarde. Alberto había seguido al lacayo, oyó la orden, forzó la puerta, y penetró, seguido de Beauchamp, en el despacho del banquero.

—Pero, caballero —le dijo este—, ¿no es uno dueño ya de recibir o no en su casa a las personas que quiere? Me parece que se conduce de un modo muy extraño.

—No, señor —dijo fríamente Alberto—, hay circunstancias, y se

halla en una de ellas, en que, salvo ser un cobarde, le ofrezco ese refugio, es preciso estar visible, al menos para ciertas personas.

—¿Qué quiere de mí?

—Quiero —dijo Morcef, acercándose sin hacer caso, al parecer, de Cavalcanti, que estaba junto a la chimenea— proponerle una cita en un lugar retirado y donde nadie nos interrumpa durante diez minutos; de los dos solamente volverá uno.

Danglars palideció; Cavalcanti hizo un movimiento y Alberto se volvió súbitamente.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—, acérquese; venga si gusta, señor conde; tiene derecho para ser de la partida, yo doy esta clase de citas a cuantos quieren aceptarlas.

Cavalcanti miró estupefacto a Danglars, el cual, haciendo un esfuerzo se levantó y vino a colocarse entre los dos jóvenes; el ataque de Alberto a Andrés le hizo creer que su visita tenía otra causa distinta de la que creyó en un principio.

—¡Ah!, si viene a buscar querellas con el señor, porque lo he preferido a usted, le prevengo que haré un asunto grave de este insulto, y daré parte al procurador del rey.

—Se engaña —dijo Morcef con sombría sonrisa—, no hablo con relación al matrimonio, y si me he dirigido al señor Cavalcanti, ha sido porque he creído ver en él la intención de intervenir en nuestra discusión, y tiene razón, hoy estoy con ganas de buscar disputa, pero tranquilícese, señor Danglars, la preferencia es suya.

—Caballero —respondió Danglars, pálido de cólera y de miedo—, le advierto que cuando tengo la desgracia de encontrarme con un dogo rabioso, lo mato, y lejos de creerme culpable, pienso que he hecho un servicio a la sociedad; así, le prevengo que si está rabioso, lo mataré sin piedad. ¿Tengo yo la culpa de que su padre esté deshonrado?

—Sí, miserable, la culpa es tuya —gritó Morcef.

Danglars dio un paso atrás.

—¡La culpa mía! —dijo—, ¿está loco? ¿Sé yo la historia griega? ¿He viajado por aquel país? ¿He aconsejado a su padre que vendiese el castillo de Janina y que hiciese traición...?

—¡Silencio! —dijo Alberto—, no es usted el que directamente ha

causado este escándalo; pero lo ha provocado hipócritamente.
—Sí. ¿Y de dónde procede la revelación?
—Me parece que el periódico ha dicho de Janina.
—¿Quién ha escrito a Janina?
—¿A Janina?
—Sí, ¿quién ha escrito pidiendo informes sobre mi padre?
—Me parece que todo el mundo puede escribir a Janina.
—Una sola persona ha sido quien lo ha hecho.
—¿Una sola?
—Sí, y esa es usted.
—He escrito sin duda; me parece que cuando un padre va a casar a una hija, tiene derecho a tomar informes sobre la familia del joven a quien va a unirla, y esto no solo es un derecho, sino un deber.
—Ha escrito —dijo Alberto— sabiendo muy bien la respuesta que le darían.
—¡Yo!, ¡ah!, le juro —dijo Danglars con una confianza y una seguridad hijas, menos quizá de su miedo, que de la compasión que sentía por el desgraciado joven—, le juro que jamás habría pensado en escribir a Janina. ¿Conocía por ventura la catástrofe de Alí Bajá?
—Entonces alguien le incitó para ello.
—Desde luego.
—¿Le han incitado?
—Sí.
—¿Y quién...? acabe...
—Es muy sencillo: hablaba de los antecedentes de su padre; decía que el origen de su fortuna había permanecido siempre ignorado, la persona me preguntó dónde había adquirido su padre la fortuna y respondí que en Grecia; ¡pues bien! —me dijo—, escribid a Janina.
—¿Y quién le dio ese consejo?
—El conde de Montecristo, su amigo.
—¿El conde de Montecristo le dijo que escribiese a Janina?
—Sí, y así lo hice. Si quiere ver mi correspondencia, se la enseñaré.
Alberto y Beauchamp cambiaron una mirada.
—Caballero —dijo Beauchamp, que hasta entonces no había tomado la palabra—, parece que acusa al conde, que se halla

ausente de París, y que en este momento no puede justificarse.

—No acuso a nadie; digo la verdad, y repetiré delante del conde de Montecristo cuanto acabo de decirle ahora.

—¿Y el conde conoce la respuesta que usted recibió?

—Se la enseñé.

—¿Sabía que el nombre de pila de mi padre era Fernando y su apellido Mondego?

—Sí, se lo había dicho yo hace tiempo; por lo demás, no he hecho más que lo que haría cualquier otro en mi lugar, y aun quizá menos. Cuando al día siguiente de recibida esta respuesta, su padre, incitado por Montecristo, vino a pedirme mi hija como se acostumbra, se la negué, es verdad, y se la negué sin darle motivos, sin explicaciones, sin ruido; ¿y qué necesidad tenía yo de un escándalo? ¿Qué me importaba a mí el honor o el deshonor del señor de Morcef? Esto no haría alzar ni bajar la renta.

Alberto sintió que el rubor encendía sus mejillas; no había duda, Danglars se defendía con bajeza, pero con la seguridad de un hombre que dice si no toda la verdad, gran parte de ella, no por conciencia, sino por miedo; y además, ¿qué era lo que buscaba Morcef? No la mayor o menor culpabilidad de Danglars o Montecristo, sino un hombre que le respondiese de la ofensa, que se batiese, y claro era ya que Danglars no se batiría.

Ahora se acordaba de cosas que había olvidado o que habían pasado inadvertidas. Montecristo lo sabía todo, puesto que había comprado la hija de Alí Bajá, y había, no obstante, aconsejado a Danglars que escribiese a Janina; conociendo la respuesta, había accedido al deseo manifestado por Alberto de ser presentado a Haydée; una vez ante ella, hizo recaer la conversación sobre la muerte de Alí; pero habiendo dicho algunas palabras en griego a la joven, que no permitieron que este conociese por la relación de la muerte de Alí, a su padre. ¿No había rogado a Morcef que no pronunciase el nombre de su padre delante de Haydée? En fin, se llevó a Alberto a Normandía en el momento en que el gran escándalo iba a producirse. Ya no podía dudar, todo había sido calculado, y sin duda Montecristo estaba de acuerdo con los enemigos de su padre.

Alberto llamó aparte a Beauchamp y le comunicó todas estas reflexiones.
—Es verdad —le dijo—, el señor Danglars no tiene en esto más que una parte material, a Montecristo es a quien debe pedir una explicación.
Alberto se volvió.
—Caballero —dijo a Danglars—, comprende que no me despido aún definitivamente de usted; me queda todavía por averiguar si sus inculpaciones son justas: voy a asegurarme de ello en casa del conde de Montecristo.
Y saludando al banquero salió sin hacer caso de Cavalcanti. Danglars lo acompañó hasta la puerta y allí aseguró de nuevo a Alberto que ningún motivo de enemistad personal tenía con el conde de Morcef.

Capítulo cinco: El insulto

Beauchamp detuvo a Morcef a la puerta de la casa del banquero.
—Escuche —le dijo—, hace poco que ha oído en casa de Danglars que al conde de Montecristo debe pedirle una explicación.
—Sí; ahora mismo vamos a su casa.
—Un momento, Morcef; antes de presentarnos en ella, reflexione.
—¿Qué quiere que reflexione?
—La gravedad del paso que vas a dar.
—¿Es más que haber venido a ver a Danglars?
—Sí. Danglars es un hombre de dinero, y estos saben demasiado bien el capital que arriesgan batiéndose; el otro, por el contrario, es un noble, al menos en la apariencia, ¿y no teme encontrar bajo el noble al hombre intrépido y valeroso?
—Lo único que temo encontrar es un hombre que no quiera batirse.
—¡Oh!, puede estar tranquilo, este se batirá; lo único que temo es que lo haga demasiado bien, tenga cuidado.

—Amigo —dijo Morcef sonriéndose—, es cuanto puedo apetecer, nada puede sucederme que sea para mí más dichoso que morir por mi padre: esto nos salvará a todos.

—Su madre se moriría.

—¡Pobre madre! —dijo Alberto, pasando la mano por sus ojos—, bien lo sé; pero es preferible que muera de esto que de vergüenza.

—¿Está bien decidido, Alberto?

—Vamos.

—Creo, sin embargo, que no lo encontraremos.

—Debía salir para París hace pocas horas ya habrá llegado.

Subieron al carruaje, que les condujo a la entrada de los Campos Elíseos, número 30. Beauchamp quería bajar solo; pero Alberto le hizo observar que, saliendo este asunto de las reglas ordinarias, le era permitido separarse de las reglas de etiqueta del duelo.

Era tan sagrada la causa que hacía obrar al joven, que Beauchamp no sabía oponerse a sus deseos; cedió, y se contentó con seguirlo.

De un salto se plantó Alberto del cuarto del portero a la escalera; le abrió Bautista. El conde acababa de llegar, estaba en el baño, y había dicho que no recibiese a nadie.

—¿Y después del baño? —preguntó Morcef.

—El señor conde comerá.

—¿Y después de comer?

—Dormirá por espacio de una hora.

—¿Y a continuación?

—Irá a la ópera.

—¿Está seguro?

—Sí, señor; ha mandado que el carruaje esté listo a las ocho en punto.

—Muy bien —dijo Alberto—, es cuanto deseaba saber.

Y volviéndose en seguida a Beauchamp:

—Si tiene algo que hacer, querido mío, despache sus diligencias en seguida; si tiene alguna cita para esta noche, aplácela hasta mañana. Cuento con que me acompañará esta noche a la ópera, y que si puede hará que venga con usted Château-Renaud.

Beauchamp aprovechó el permiso, y se despidió de Alberto, ofreciéndole que iría a buscarle a las ocho menos cuarto.

Alberto volvió a su casa, y avisó a Franz y a Debray que deseaba verles por la noche en la ópera.

Fue en seguida a ver a su madre, que desde el acontecimiento del día anterior no salía de su cuarto ni permitía entrar a nadie. La halló en cama, abismada por el dolor de aquella pública humillación.

La vista de Alberto produjo en Mercedes el efecto que debía esperarse; apretó la mano de su hijo, y prorrumpió en copioso llanto. Las lágrimas la aliviaron.

Alberto permaneció un momento en pie y sin proferir una palabra junto a la cama de su madre. Se veía en su pálida cara y sus fruncidas cejas que el deseo de venganza se arraigaba cada vez más en su corazón.

—Madre mía —dijo Alberto—, ¿conoce algún enemigo del señor Morcef?

Mercedes se estremeció al notar que el joven no había dicho "mi padre".

—Hijo mío —le dijo—, las personas de la posición del conde tienen muchos enemigos a quienes no conocen, y estos, como sabe, son los más temibles.

—Lo sé, y por eso recurro a su perspicacia; es usted, madre mía, una mujer tan superior, que nada se le oculta.

—¿Por qué me dice eso?

—Supongo que observaste que la noche del baile, el señor de Montecristo no se permitió tomar nada en casa.

Mercedes, incorporándose sobre el brazo, y con ardiente fiebre, le dijo:

—¡El señor de Montecristo! ¿Y qué tiene que ver eso con la pregunta que me hace?

—Sabe, madre mía, que Montecristo es casi un oriental, y los orientales, para conservar toda su libertad en su venganza, no comen ni beben jamás en casa de sus enemigos.

—¿El señor de Montecristo nuestro enemigo, dice, Alberto? —respondió Mercedes poniéndose pálida como una muerta—. ¿Quién se lo ha dicho? ¿Y por qué? ¿Está loco, Alberto? Montecristo nos ha manifestado siempre la mayor amistad, le ha salvado la vida, y usted mismo nos lo presentó; ¡oh, hijo mío!, si tiene semejante idea,

deséchela; y si puedo recomendarle, o mejor diré rogarle, una cosa, es que esté bien con él.

—Madre mía, ¿tiene sin duda algún motivo personal para recomendarme tanto a ese hombre?

—¡Yo! —replicó Mercedes poniéndose colorada con la misma rapidez con que antes había palidecido, y volviendo de nuevo a su palidez.

—Sí, sin duda, y esa razón no es —dijo Alberto— la de que ese hombre no puede hacernos mal.

—Me habla de un modo extraño, Alberto, y me hace singulares prevenciones. ¿Qué le ha hecho el conde? Hace tres días que estaba con él en Normandía, y le miraba como a su mejor amigo.

Una sonrisa irónica se asomó a los labios de Alberto; Mercedes la vio, y con el instinto de mujer y de madre lo adivinó todo; pero prudente y valerosa, ocultó su turbación y su miedo.

Alberto permaneció silencioso, y la condesa al poco rato reanudó la conversación.

—¿Venía a preguntarme cómo estaba? Le responderé francamente, hijo mío, que no me siento bien; debe quedarse aquí, Alberto; me acompañará, necesito no estar sola.

—Con mucho gusto, madre mía. Sabe que es mi mayor dicha, pero un asunto urgente e importante me impide hacerle compañía esta noche.

—¡Ah!, muy bien, Alberto; no quiero que sea esclavo de su piedad filial.

Alberto hizo como que no oía, saludó a su madre y salió.

Apenas hubo cerrado la puerta, cuando Mercedes mandó llamar a un criado de confianza, le ordenó que siguiese a Alberto a todas partes y viniese a darle cuenta de todo.

En seguida, entró su doncella, y aunque muy débil, se vistió para estar dispuesta a lo que pudiera presentarse.

La comisión dada al lacayo no era difícil de ejecutar. Alberto entró en su cuarto y se vistió con suma elegancia; a las ocho menos diez minutos llegó Beauchamp; había visto a Château-Renaud, el que le había ofrecido encontrarse en la orquesta al levantarse el telón.

Ambos subieron en el coche de Alberto, que no teniendo motivo

para ocultar adónde iba, dijo:

—A la ópera.

Tal era su impaciencia que llegó mucho antes de que se alzara el telón.

Château-Renaud se hallaba sentado en su butaca, prevenido de todo por Beauchamp, y así Alberto no tuvo necesidad de decirle nada; la conducta de este hijo, que procuraba vengar a su padre, era tan natural, que Château-Renaud no pensó en disuadirle, y se contentó con renovarle la promesa de que estaba a su disposición.

Debray no había llegado aún; pero Alberto sabía que rara vez faltaba a la ópera; se paseó de un lado a otro hasta que se levantó el telón. Esperaba encontrar a Montecristo en los corredores o en la escalera. Empezó la ópera, y fue a ocupar su asiento entre Château-Renaud y Beauchamp.

Pero su vista no se apartaba de aquel palco entre columnas, que durante todo el primer acto permaneció cerrado.

Finalmente, al mirar Alberto su reloj por centésima vez, al principio del segundo acto, la puerta se abrió, y Montecristo, vestido de negro, entró y se apoyó sobre la baranda para mirar a la sala; Morrel le seguía, buscando con la vista a su hermana y a su cuñado; les divisó en un palco segundo, y les saludó.

Al mirar el conde a la sala, vio sin duda un rostro pálido y dos ojos centelleantes que ávidamente lo buscaban: reconoció a Alberto; pero la expresión que notó en aquella fisonomía tan trastornada, le aconsejó sin duda que fingiese no fijarse, cual si no lo hubiese distinguido; sin dar, pues, lugar a que pudiese conocerse su pensamiento, se acomodó en su asiento, sacó su lente, y se puso a mirar con la mayor indiferencia a uno y otro lado.

Pero aunque aparentaba no hacer caso de Alberto, no le perdía de vista, y al caer el telón, concluido el segundo acto, su mirada infalible siguió al joven, que salía acompañado de sus dos amigos; al poco tiempo vio aparecer aquella misma cabeza por entre los cristales de un palco frente al suyo; comprendió que la tempestad se avecinaba, y aun cuando hablaba a Morrel con un semblante el más risueño, se había preparado a todo antes que oyese a la llave dar vuelta en la cerradura de su puerta; se abrió este, y Montecristo se

volvió y se encontró con Alberto, lívido y temblando; tras él entraron Beauchamp y Château-Renaud.

—¡Hola! —exclamó con aquella exquisita finura que le distinguía—, he aquí un caballero que ha llegado al fin. Buenas noches, señor de Morcef.

Y el rostro de aquel hombre tan admirablemente dueño de sí mismo manifestaba la más perfecta cordialidad.

Morrel se acordó entonces de la carta que había recibido del vizconde, y en la que sin más explicación le rogaba asistiese a la ópera, y conoció que iba a suceder una terrible escena.

—No venimos aquí para cambiar frases hipócritas o falsas muestras de amistad —dijo el joven—, venimos a pedirle una explicación, señor conde.

Su voz era lúgubre, y apenas se dejaba oír por entre sus dientes, fuertemente apretados.

—¿Una explicación en la ópera? —dijo el conde, con aquel tono tranquilo y aquella mirada penetrante en que se distinguía al hombre enteramente dueño de sí mismo—. Por poco versado que esté en las costumbres de París, no me parece, caballero, que sea este el lugar adecuado para pedir explicaciones.

—Cuando las personas se ocultan, cuando es imposible llegar hasta ellas, porque se excusan con que están en el baño, en la mesa o en la cama, es preciso dirigirse a ellas donde se las encuentra.

—No es difícil hallarme —dijo Montecristo—, porque, si mal no recuerdo, ayer mismo estaba en mi casa.

—Ayer —dijo el joven, que se iba acalorando— estaba en su casa porque ignoraba quién erais.

Y al decir estas palabras, Alberto levantó la voz de modo que pudiesen oírlas las personas de los palcos inmediatos y las que pasaban por los corredores. Las unas volvieron la vista hacia el conde y las otras se detuvieron a la puerta detrás de Beauchamp y Château-Renaud, al ruido de aquel altercado.

—¿De dónde viene? —preguntó Montecristo—, me parece que ha perdido la cabeza. —Y su semblante no dejó traslucir la menor emoción.

—Con tal que comprenda sus perfidias y llegue a vengarme de ellas, tendré toda mi razón —dijo Alberto, furioso.

—No lo comprendo —replicó Montecristo—, y aun cuando lo comprendiera, no hablaría más alto. Estoy aquí en mi casa, y solamente yo tengo el derecho de levantar la voz sobre los demás. Salga, caballero.

Y mostró la puerta a Alberto con un admirable ademán imperativo.

—¡Ah!, yo soy el que haré que salga usted de aquí —respondió Alberto, apretando entre sus manos convulsivas su guante, que el conde no perdía de vista.

—¡Bien! ¡Bien! —dijo flemáticamente Montecristo—, busca una querella, caballero, lo veo; pero un consejo, vizconde, y conservadlo bien en la memoria: es muy mala costumbre meter ruido al provocar. No a todos conviene el ruido, señor de Morcef.

Al oír aquel nombre, un murmullo sordo se dejó oír entre los asistentes extraños a esta escena. Todos hablaban de Morcef desde la víspera.

Alberto, mejor que todos, y el primero, comprendió la alusión e hizo la demostración como de ir a tirar el guante al rostro del conde, pero Morrel lo sujetó por la muñeca, mientras Beauchamp y Château-Renaud lo detenían por detrás, temiendo que la escena rebasara los límites de una provocación.

Montecristo, sin levantarse, inclinando su silla solamente, alargó la mano, y cogiendo el guante húmedo y arrugado que el joven tenía en las suyas, le dijo con terrible acento:

—Caballero, tengo por arrojado su guante, y se lo enviaré envuelto con una bala; ahora ya, salsa de aquí o llamo a mis criados y lo hago poner en la puerta.

Ebrio, trastornado e inyectándosele los ojos en sangre, Alberto dio dos pasos atrás. Morrel aprovechó el momento para cerrar la puerta.

Montecristo volvió a tomar su lente, y se puso a mirar de un lado a otro, como si nada de particular hubiese sucedido.

—¿Qué le ha hecho? —dijo Morrel.

—Yo, nada, personalmente al menos.

—Sin embargo, esta extraña escena debe tener una causa.

—La aventura del conde de Morcef exaspera al desgraciado joven.

—¿Tiene alguna parte en ella?
—Haydée es la que ha instruido a la Cámara de los Pares de la traición de su padre.
—Me habían dicho, efectivamente, aunque no quise creerlo, que la esclava griega que he visto con usted en este mismo palco es la hija de Alí Bajá; pero repito que no quise creerlo.
—Pues es verdad.
—¡Ay, Dios mío!, ahora lo comprendo todo, y esta escena ha sido premeditada.
—¿Cómo es eso?
—Alberto me escribió que no dejase de venir esta noche a la ópera, y fue sin duda para que presenciase el insulto de que quería hacerle objeto.
—Probablemente —dijo Montecristo con su imperturbable tranquilidad.
—¿Y qué hará con él?
—¿Con quién?
—Con Alberto.
—¿Con Alberto? ¿Qué es lo que yo haré, Maximiliano? —respondió el conde en el mismo tono—, tan cierto como está aquí y aprieto su mano, lo mataré mañana antes de las diez; he aquí lo que haré.
Morrel estrechó la mano de Montecristo entre las suyas, y tembló al sentir aquella mano fría y aquella pulsación tranquila: admirado, soltó la mano de Montecristo.
—¡Conde! ¡Conde! —dijo.
—Querido Maximiliano —le interrumpió Montecristo—, escuche qué bien canta Duprez esta frase: “¡Oh! Matilde, ídolo de mi alma”. Puede creerme. Yo he sido el primero que adivinó el gran mérito de Duprez, en Nápoles, y el primero que le aplaudió.
Morrel conoció que era inútil hablar más y aguardó.
Concluyó el acto, cayó el telón, y al poco rato llamaron a la puerta.
—Entre —respondió Montecristo, sin que su voz mostrase alteración.
Se presentó Beauchamp.
—Buenas noches, señor Beauchamp —dijo Montecristo como si

viese al periodista por primera vez en aquella noche—, siéntese.
Beauchamp saludó y se sentó.
—Caballero —dijo a Montecristo—, acompañaba hace un momento, como pudo ver, al señor de Morcef.
—Lo cual significa que vendrían de comer juntos —respondió Montecristo riéndose—, me alegro de ver que ha sido más sobrio que él.
—Convengo en que Alberto no ha tenido razón para arrebatarse de aquel modo, y yo por mi parte vengo a presentarle mis excusas: ahora que están hechas las mías, oíd, señor conde, le diré que le supongo demasiado galante para rehusar el dar alguna explicación de sus relaciones con la gente de Janina; y después añadiré dos palabras sobre esa joven griega.
Montecristo le hizo seña de que bastaba.
—Vamos —dijo riéndose—, he aquí todas mis esperanzas destruidas.
—¿Por qué? —preguntó Beauchamp.
—Claro, me ha creado una reputación de excentricidad; soy, según usted, un Lara, un Manfredo, un lord Ruthwen; y después de pasar por excéntrico, echa a perder su tipo, y quiere hacerme un hombre cualquiera, común, vulgar: me pide explicaciones, en fin. Vamos, señor Beauchamp, quiere reírse.
—Sin embargo, hay ocasiones —respondió Beauchamp con altanería—, en que el honor manda...
—Señor de Beauchamp —lo interrumpió aquel hombre extraño—, quien manda al conde de Montecristo es el conde de Montecristo; así, pues, no hablemos más de eso, si quiere; hago lo que quiero, y créame, siempre está bien hecho.
—Caballero, no se paga a hombres de honor con esa moneda, y este exige garantías.
—Yo soy una garantía viva —respondió Montecristo, impasible; pero sus ojos centelleaban amenazadores—. Los dos tenemos en nuestras venas sangre que deseamos derramar; he aquí nuestra mutua garantía; lleve esta respuesta al vizconde, y dígale que mañana antes de las diez habré visto correr la suya.
—Solo me resta, pues —dijo Beauchamp—, fijar las condiciones

del combate.

—Me son del todo indiferentes —dijo el conde—, y era inútil venir a distraerme durante el espectáculo por tan poca cosa. En Francia se baten con espada o pistola, en las colonias con carabina y en Arabia con puñal. Diga a su ahijado que aunque insultado, para ser excéntrico hasta el fin, le dejo el derecho de escoger las armas, y que aceptaré cualquiera sin distinción, cualquiera, entiende bien, todo, todo; hasta el combate por suerte, que es lo más estúpido; pero yo estoy seguro de una cosa, y es que ganaré.

—Está seguro de ganar —dijo Beauchamp, mirando espantado al conde.

—¡Eh!, ciertamente —dijo Montecristo, alzando ligeramente los hombros—, sin eso no me batiría con el señor de Morcef. Lo mataré, es preciso, y sucederá. Le suplico tan solo que me envíe esta noche dos líneas, indicándome las armas y la hora, pues no me gusta que me esperen.

—La pistola; a las ocho de la mañana en el bosque de Bolonia —dijo Beauchamp sin saber si tenía que habérselas con un fanfarrón charlatán o con un ser sobrenatural.

—Bien —dijo Montecristo—, ahora que todo está arreglado, déjeme oír la ópera, y diga a su amigo Alberto que no vuelva por aquí esta noche con sus brutalidades de mal género, que se retire a su casa y se acueste.

Beauchamp se retiró admirado.

—Ahora cuento con usted, ¿no es cierto? —dijo Montecristo volviéndose hacia Morrel.

—Ciertamente, y puede disponer de mí, conde; sin embargo...

—¿Qué?

—Sería importante conocer la verdadera causa...

—¿Luego, rehúsa?

—No.

—¿La verdadera causa, Morrel? —dijo el conde—, ese joven marcha a ciegas y no la conoce él mismo: la verdadera causa la sabemos Dios y yo; pero le doy mi palabra de honor que Dios que la conoce estará por nosotros.

—Eso me basta, conde —respondió Morrel.

—¿Quién es su segundo testigo?

—No conozco a nadie en París, a quien yo quiera hacer este honor más que a usted y a su cuñado Manuel. ¿Cree que rehusará este servicio?

—Le respondo de él como de mí.

—Bien; es cuanto necesito; por la mañana, a las siete y media, en mi casa. ¿No es eso?

—Allí estaremos.

—¡Chist!, he aquí que se levanta el telón: escuchemos; tengo por costumbre no perder una nota en esta ópera; ¡es tan hermosa la música del *Guillermo Tell!*

Montecristo esperó, según su costumbre, a que Duprez hubiese cantado su famosa *Sígueme*, y entonces se levantó y salió.

A la puerta se separó de él Morrel, renovándole la promesa de ir a su casa con Manuel al día siguiente a las siete de la mañana en punto. Subió en seguida a su coche tranquilo y risueño; a los cinco minutos estaba en su casa; solamente el que no conociese al conde podría dejarse engañar al ver el modo con que al entrar dijo a Alí:

—Alí, mis pistolas con culata de marfil.

Le trajo la caja, la abrió, y el conde se puso a examinarlas con aquella atención propia del hombre que va a confiar su vida a un poco de hierro y plomo.

Eran pistolas no comunes, que Montecristo había mandado hacer para tirar al blanco dentro de su habitación; una cápsula sola bastaba para hacer salir la bala; el ruido era casi imperceptible, tanto que en la habitación inmediata ninguno hubiera podido dudar de que el conde, como se dice en términos de tiro, se ocupaba en ejercitar su pulso.

Apenas había cogido la pistola, y se preparaba a buscar el blanco en una plancha de plomo que le servía para tal efecto, cuando se abrió la puerta del despacho y entró Bautista.

Pero antes de que este hablase, el conde vio en la pieza inmediata a una mujer cubierta con un velo, que había seguido al criado; ella, que vio también al conde con la pistola en la mano y dos floretes de combate sobre la mesa, entró inmediatamente en la habitación.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó el conde a la mujer

cubierta aún con el velo.

La desconocida miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solos, e inclinándose después como si hubiese querido arrodillarse, juntando las manos y con el acento de la desesperación:

—¡Edmundo —dijo—, no mate a mi hijo!

El conde retrocedió; un grito se escapó de sus labios, y dejó caer el arma que tenía en la mano.

—¿Qué nombre acaba de pronunciar, señora de Morcef? —dijo.

—El suyo —respondió levantando su velo—, el suyo, que solamente yo no he olvidado. Edmundo, no es la señora de Morcef la que viene a verlo; es Mercedes.

—Mercedes murió, señora, y no conozco ya a ninguna de ese nombre.

—Mercedes vive, y Mercedes se acuerda de usted; no solo lo conoció al verlo, sino aun antes, al sonido de su voz; desde entonces lo sigue paso a paso, vela sobre usted y le teme; ella no ha tenido necesidad de adivinar de dónde salió el golpe que ha herido al señor de Morcef.

—Fernando, quiere decir, señora —prosiguió Montecristo con amarga ironía—, puesto que recordamos nuestros nombres propios, recordémoslos todos.

Y Montecristo pronunció aquel Fernando con tal expresión de odio, que Mercedes sintió un frío temblor que se apoderaba de todo su cuerpo.

—Bien ve, Edmundo, que no me había engañado y que con razón le decía: ¡no mate a mi hijo!

—¿Y quién le ha dicho, señora, que yo quiero hacer algún daño a su hijo?

—¡Nadie, Dios mío!, pero una madre está dotada de doble vista: todo lo he adivinado, lo he seguido esta noche a la ópera, y oculta en un palmera, lo he visto todo.

—Así, pues, ya que lo ha visto todo, ¿habrá visto también que el hijo de Fernando me ha insultado públicamente? —dijo Montecristo con una calma terrible.

—¡Oh! ¡Por piedad!

—Ya ha visto que me habría arrojado el guante a la cara si uno de mis amigos, el señor Morrel, no le hubiese detenido el brazo.

—Escúcheme: mi hijo todo lo ha adivinado, y lo atribuye las desgracias de su padre.

—Señora —dijo Montecristo—, se engaña, no son desgracias, es un castigo; no he sido yo, ha sido la Providencia la que ha castigado al señor de Morcef.

—¿Y por qué sustituye usted a la Providencia? —exclamó Mercedes—. ¿Por qué se acuerda, cuando ella olvida? ¿Qué le importan a usted, Edmundo, Janina y su visir? ¿Qué mal le hizo Fernando Mondego al hacer traición a Alí-Tebelín?

—Pero eso, señora, es un asunto que concierne al capitán franco y a la hija de Basiliki. Nada tengo que ver con eso; dice muy bien, y por eso si he jurado vengarme, no es ni del capitán franco, ni del conde de Morcef, sino del pescador Fernando, marido de la catalana Mercedes.

—¡Ah! —dijo la condesa—, ¡qué terrible venganza, por una falta que la fatalidad me hizo cometer!, porque la culpable soy yo, Edmundo, y si quiere vengarse debió ser de mí, que no tuve fuerza para resistir su ausencia y mi soledad.

—Pero ¿por qué estaba yo ausente y usted sola?

—Porque estaba detenido, Edmundo, porque estaba preso.

—¿Y por qué estaba yo preso?

—No lo sé —dijo Mercedes.

—No lo sabe, señora, así lo creo; pero voy a decírselo; me prendieron, porque la víspera misma del día en que iba a casarme con usted, en una glorieta de la Reserva, un hombre llamado Danglars escribió esta carta que el pescador Fernando se encargó de poner en el correo.

Y dirigiéndose hacia un escritorio, abrió Montecristo un cajón y sacó un papel, cuya tinta se había ya enrojecido, poniendo a la vista de Mercedes la carta de Danglars al procurador del rey, que el día en que había pagado los doscientos mil francos al señor Boville, el conde, nombrándose agente de la casa de Thompson y French, había sustraído del proceso de Edmundo Dantés.

Mercedes leyó temblando lo siguiente:

Se advierte al señor procurador del rey, por un amigo del trono y de la religión, que el llamado Edmundo Dantés, segundo del navío El Faraón, llegado esta mañana de Esmirna, después de haber tocado en Nápoles y Porto-Ferrajo, ha sido encargado por Murat de una carta para el usurpador, y por este de otra para el comité bonapartista de París.

La prueba de este crimen se adquirirá prendiéndole, pues se le encontrará la carta encima, o en casa de su padre, o en su camarote a bordo.

—Ay, ¡Dios mío! —dijo Mercedes pasando la mano por su frente, inundada en sudor—, y esta carta...

—Doscientos mil francos me ha costado el poseerla, señora, pero es barata aún, puesto que me permite hoy disculparme a sus ojos.

—¿Y el resultado de esta carta?

—Ya lo sabe, señora, fue mi prisión; pero ignora el tiempo que duró, ignora que permanecí catorce años a un cuarto de legua de usted en un calabozo en el castillo de If; lo que no sabe es que cada día durante estos catorce años he renovado el juramento de venganza que había hecho el primero de ellos, y sin embargo ignoraba que se hubiese casado con Fernando, mi delator, y que mi padre había muerto... ¡de hambre!

—¡Santo cielo! —exclamó Mercedes.

—Pero lo supe al salir de mi prisión; y por Mercedes viva y por mi padre muerto, juré vengarme de Fernando, y me vengo.

—¿Y está seguro de que el desgraciado Fernando hizo eso?

—Por mi alma, señora, lo ha hecho como se lo digo; y además ¿no es mucho más odioso el haberse pasado a los ingleses siendo francés por adopción; siendo español de nacimiento haber hecho la guerra a los españoles; estipendiario de Alí, venderlo traidoramente y asesinarlo? Ante tales hechos, ¿qué es la carta? Una mixtificación galante que debe perdonar, lo reconozco y lo confieso, la mujer que se ha casado con ese hombre, pero que no perdona el amante que debió casarse con ella. Ahora bien, los franceses no se han vengado nunca del traidor; los españoles no lo han fusilado. Alí desde su tumba ve sin castigo al asesino; pero yo, engañado,

asesinado, enterrado vivo en una tumba, he salido de ella, gracias a Dios, y a Dios debo la venganza; me envía para eso y aquí estoy.

La pobre mujer inclinó la cabeza, se doblaron sus piernas y cayó de rodillas.

—Perdone, Edmundo, perdone por Mercedes que lo ama aún.

La dignidad de la esposa detuvo el ímpetu de la amante y de la madre.

Su frente se inclinó casi hasta tocar la alfombra.

El conde se acercó a ella y la levantó.

Sentada en un sillón, pudo en medio de sus lágrimas ver el rostro varonil de Montecristo en el que el dolor y el odio se pintaban de un modo amenazador.

—¡Que no haya yo de extirpar esa raza maldita...! ¡Que desobedezca a Dios que me ha sostenido para su castigo...! Imposible, señora, imposible...

—Edmundo —dijo la pobre madre tocando todos los resortes—, Edmundo cuando le llamo por su nombre, ¿por qué no me responde Mercedes?

—¡Mercedes! —repitió el conde—, ¡Mercedes! Sí, tiene razón, aún es grato para mí ese nombre, y he aquí la primera vez hace mucho tiempo que resuena tan claro en mis oídos al salir de mis labios. ¡Oh, Mercedes!, he pronunciado su nombre con los suspiros de la melancolía, con los quejidos del dolor, con el furor de la desesperación; lo he pronunciado helado por el frío, hundido entre la paja de mi calabozo, devorado por el calor, revolcándome en las losas de mi mazmorra. Mercedes, es preciso que me vengue, porque durante catorce años he padecido, he llorado, maldecido; ahora, se lo repito, Mercedes, es preciso que me vengue.

Y temiendo ceder a los ruegos de la que tanto había amado, Edmundo llamaba en su socorro a todos los recuerdos de su odio.

—Vénguese, Edmundo —gritó la pobre madre—, vénguese sobre los culpables, sobre él, sobre mí, pero no sobre mi hijo.

—Está escrito en libro santo —respondió Montecristo—. “Las faltas de los padres caerán sobre sus hijos, hasta la tercera y cuarta generación”. Puesto que Dios ha dictado estas palabras a su profeta, ¿por qué seré yo mejor que Dios?

—Porque Dios es dueño del tiempo y de la eternidad, y estas dos cosas escapan a los hombres.

Montecristo dio un suspiro que parecía un rugido, y se mesó los cabellos con desesperación.

—Edmundo —continuó Mercedes—. Edmundo, desde que lo conozco he adorado su nombre, he respetado su memoria. Amigo mío, no endurezca la imagen noble y pura que guardo en mi corazón. ¡Si supiese los fervientes ruegos que he dirigido a Dios mientras lo creí vivo y después muerto! Sí, muerto; me parecía ver su cadáver sepultado en lo más hondo de una sombría torre, creía ver su cuerpo precipitado en uno de aquellos abismos en que los carceleros arrojan a los prisioneros muertos, ¡y lloraba...! ¿Qué otra cosa podía yo hacer, Edmundo, sino llorar y orar? Escúcheme: durante diez años he tenido todas las noches el mismo sueño: dijeron que había querido evadirse, que tomó el puesto de uno de los presos que murió, y que arrojaron al vivo desde lo alto de la fortaleza de If; y que el grito que dio al hacerse pedazos contra las rocas lo descubrió todo. Pues bien, le juro, Edmundo, por la vida del hijo por quien le imploro, que durante diez años esa escena se ha presentado a mi imaginación todas las noches, y he oído ese grito terrible que me hacía despertar temblando, despavorida; ¡y yo también, Edmundo, créame, yo también, por criminal que sea, yo también he sufrido mucho...!

—¿Ha perdido a su padre estando ausente? —preguntó Montecristo—, ¿ha visto a la mujer que amaba dar su mano a su rival mientras se hallaba en un lóbrego calabozo?

—No —interrumpió Mercedes—, no; pero he visto al hombre que amaba, dispuesto a ser el matador de mi hijo.

Mercedes pronunció estas palabras con un dolor tan intenso y un acento tan desesperado, que un suspiro desgarrador brotó de la garganta del conde.

El león estaba amansado; el vengador, vencido.

—¿Qué me pide, que su hijo viva? Pues bien, vivirá.

Mercedes profirió un grito que hizo saltar dos lágrimas de los párpados del conde, pero aquellas dos lágrimas desaparecieron muy pronto, porque sin duda Dios había enviado un ángel para

recogerlas, siendo mucho más preciosas a los ojos del Señor que las más hermosas perlas de Guzarate y de Ofir.

—¡Ah! —dijo Mercedes tomando la mano de Montecristo y llevándola a sus labios—, ¡ah!, gracias, gracias, Edmundo, lo veo como siempre lo he visto, como siempre lo he amado: sí, ahora puedo decírtelo.

—Sobre todo, porque el pobre Edmundo no tendrá ya mucho tiempo que hacerse amar por usted.

—¿Qué dice, Edmundo?

—Digo que, puesto que lo ordena, es preciso morir.

—¡Morir! ¿Y quién dice eso? ¿Quién habla de morir? ¿De dónde vienen esas ideas de muerte?

No supondrá que ultrajado públicamente, en presencia de una sala entera, en presencia de sus amigos y de los de su hijo, provocado por un niño, que se enorgullecerá de un perdón como de una victoria; no supondrá, digo, que me queda un solo instante el deseo de vivir. Después de usted, Mercedes, lo que más he amado es a mí mismo, quiero decir, mi dignidad; esta fuerza que me hace superior a los demás hombres, esta fuerza es mi vida. En una palabra, usted la destruye; yo muero.

—Pero este duelo no se efectuará, Edmundo, puesto que me perdona.

—Se efectuará, señora —dijo solemnemente Montecristo—; solo que en lugar de la sangre de su hijo que debía beber la tierra, será la mía la que correrá.

Mercedes dio un gran grito, se acercó a Montecristo, pero de repente se detuvo.

—Edmundo —dijo—, hay un Dios sobre nosotros; puesto que vive y que le he vuelto a ver, a él me confío de todo corazón; esperando su apoyo, descanso en su palabra; ha dicho que mi hijo vivirá. Y vivirá, ¿es verdad?

—Vivirá, sí, señora —dijo Montecristo, sorprendido de que sin otra exclamación, sin otra sorpresa, Mercedes hubiese aceptado el sacrificio que le hacía.

Mercedes dio su mano al conde.

—Edmundo —le dijo con los ojos arrasados de lágrimas—, ¡qué

hermosa, qué grande es la acción que acaba de hacer! Es sublime haber tenido piedad de una pobre mujer que se presentaba a usted con todas las probabilidades contrarias a sus esperanzas. ¡Desdichada!, he envejecido más a causa de los disgustos que por la edad, y ni siquiera puedo recordar a mi Edmundo con una sonrisa, con una mirada; aquella Mercedes que otras veces ha pasado tantas horas contemplándole. Créame, le he declarado que yo también había sufrido mucho, y se lo repito, es muy triste pasar la vida sin un solo goce, sin conservar una sola esperanza; pero eso prueba que todo no ha concluido aún sobre la tierra. No, todo no ha terminado, y me lo demuestra lo que me queda aún en el corazón; se lo repito, Edmundo, es hermoso, grande, sublime, perdonar como lo ha hecho ahora.

—Dice eso, Mercedes, ¿y qué diría si conociese la extensión del sacrificio que le hago? Imagine que el Hacedor Supremo, después de haber creado el mundo y fertilizado el caos, se hubiese detenido en la tercera parte de la creación, para ahorrar a un ángel las lágrimas que nuestros crímenes debían hacer correr un día de sus ojos inmortales; suponga que después de prepararlo y fecundizarlo todo, en el instante de admirar su obra, Dios hubiese apagado el sol, y rechazado con el pie el mundo en la noche eterna; entonces podrá tener una idea o mejor, no, no, ni aun así puede tenerla, de lo que yo pierdo, perdiendo la vida en este momento.

Mercedes miró al conde con un aire que revelaba su admiración y su gratitud. El conde apoyó su frente sobre sus manos, como si no pudiese soportar el peso de sus ideas.

—Edmundo —dijo Mercedes—, solo me resta una palabra que decirle.

Montecristo sonrió con tristeza.

—Edmundo —continuó ella—, verá que si mi frente ha palidecido, si el brillo de mis ojos se ha apagado, si mi hermosura se ha marchitado, que si Mercedes, en fin, no se parece a ella, más que en los rasgos de su fisonomía, verá que su corazón es siempre el mismo... Adiós, pues, Edmundo; nada tengo ya que pedir al cielo... Le he vuelto a ver, y le hallo tan noble y grande como otras veces. ¡Adiós, Edmundo, adiós y gracias!

Montecristo no respondió.

Mercedes abrió la puerta del despacho y había desaparecido antes que él volviese del profundo letargo en que su malograda venganza le había sumido.

Daba la una en el reloj de los Inválidos, cuando el ruido del coche que se llevaba a la señora de Morcef hizo levantar la cabeza al conde de Montecristo.

—Fui un insensato —dijo— en no haberme arrancado el corazón el día que juré vengarme.

Capítulo seis:
El desafío

Cuando Mercedes hubo salido, todo quedó en silencio en casa de Montecristo; su espíritu enérgico se adormeció, como el cuerpo después de una gran fatiga.

—¡Qué! —dijo entre sí, mientras la lámpara y las bujías se consumían, y sus criados esperaban impacientes en la antecámara—, ¡qué!, ¡el edificio preparado con tanto trabajo, edificado con tanto cuidado, se ha venido a tierra de un solo golpe, con una sola mirada, con una palabra! ¡Y qué! Era yo quien me creía algo, quien estaba tan confiado en mí mismo, quien viéndome tan poca cosa en la prisión de If, y quien habiendo sabido llegar a ser tan grande, ¡habré trabajado para ser mañana un poco de polvo! No siendo la muerte del cuerpo, esta destrucción del principio vital ¿no es el reposo al cual todos los desgraciados aspiran? Esa tranquilidad de la materia tras la que he suspirado tanto tiempo y a la que me encaminaba por medio del hambre, cuando Faria se presentó en mi calabozo. ¿Qué es la muerte para mí? Uno o dos grados más en el silencio. No, no es la existencia la que lamento perder, es la ruina de mis proyectos combinados con tanto trabajo, llevados a cabo con tanta constancia. La Providencia que yo creía que los favorecía, les es contraria; Dios no quiere que se cumplan.

»El peso inmenso que sobre mí echara, inmenso como el mundo y

que creí poder llevar hasta el fin era según mi voluntad y no según mis fuerzas, y me será preciso abandonarlo a la mitad de mi carrera. ¡Ah!, ¡me convertiré en fatalista cuando catorce años de desesperación y diez de confianza me habían hecho providencial!

»Y todo esto, Dios mío, porque mi corazón, que yo creía muerto, estaba solamente amortiguado, porque se ha despertado y ha latido, porque ha cedido al dolor y la impresión que ha causado en mi pecho la voz de una mujer.

»No obstante —continuó el conde, abismándose cada vez más en la idea del terrible día siguiente que había aceptado Mercedes—, es imposible que esa mujer cuyo corazón es tan noble, haya obrado así por egoísmo, y consentido en que me deje matar yo, lleno de vida y fuerza; es imposible que lleve hasta este punto el amor o delirio maternal; hay virtudes cuya exageración sería un crimen. No, habrá ideado alguna escena patética, vendrá a ponerse entre las dos espadas, y eso será ridículo sobre el terreno, como ha sido sublime aquí.

El tinte de orgullo se dejó ver en la frente del conde.

—¡Ridículo!, y recaería sobre mí... ¡Yo...!, ridículo. Vamos, prefiero morir.

Y a fuerza de exagerarse así la acción del día siguiente, llegó a decidir:

—¡Qué tontería! ¡Dárselas de generoso colocándose como un poste a la boca de la pistola que tendrá en la mano aquel joven! Jamás creerá que mi muerte ha sido un suicidio, y con todo, importa por el honor de mi memoria... no es vanidad, Dios mío, sino un justo orgullo; importa que el mundo sepa que he consentido yo, por mi voluntad, por mi libre albedrío en detener mi brazo. Es preciso, y lo haré.

Y tomando una pluma, sacó un papel de uno de los cajones del secreter, y trazó al final de este papel, que era su testamento, hecho desde su llegada a París una especie de codicilo, en el que hacía comprender su muerte aun a los menos avisados.

—Hago esto, Dios mío —dijo con los ojos levantados al cielo—, tanto por honor suyo como por el mío; me he considerado durante diez años como el enviado por su venganza, y es preciso que ese

miserable Morcef, y un Danglars y un Villefort no se figuren que la casualidad los ha libertado de su enemigo. Sepan que la Providencia, que había ya decretado su castigo, ha variado, pero que los espera en el otro mundo, y solamente han cambiado el tiempo por la eternidad.

Mientras se hallaba vacilante entre estas terribles incertidumbres, verdaderos sueños del hombre despierto por el dolor, el día que entraba por los cristales vino a iluminar sus manos pálidas, ahogadas aún en el azulado papel en que acababa de trazar aquella sublime justificación de la Providencia.

Eran las cinco de la mañana.

De pronto llegó a su oído un pequeño ruido, creyó haber oído un suspiro; volvió la cabeza, miró alrededor y no vio a nadie; el ruido sí, se repitió bastante claro para que la certidumbre sucediese a la duda.

Se levantó de su asiento, abrió con cuidado la puerta del salón, y vio sentada en un sillón, con los brazos caídos y su hermosa cabeza inclinada atrás, a la bella Haydée, que se había sentado frente a la puerta, a fin de que no pudiese salir sin verla; pero que el desvelo y el cansancio la habían rendido; el ruido que hizo el conde al abrir la puerta no la despertó.

El conde fijó en ella una mirada llena de dulzura.

—Ella se ha acordado —dijo— de que tenía un hijo, y yo he olvidado que tenía una hija —y moviendo la cabeza añadió: Ha querido verme, ¡pobre Haydée!, ha querido hablarme; teme o adivina lo que ha sucedido... No, yo no puedo irme sin decirle adiós, no puedo morir sin confiarla a alguien.

Volvió a entrar en la estancia, y sentándose de nuevo agregó estas líneas:

Lego a Maximiliano Morrel, capitán de spahis, e hijo de mi antiguo patrón Pedro Morrel, armador de Marsella, veinte millones, de los que dará una parte a su hermana y a su cuñado Manuel, en el caso que no crea que un aumento de fortuna puede perturbar su felicidad; estos veinte millones están enterrados en mi gruta de Montecristo. Bertuccio conoce el secreto.

Si su corazón está libre, y quiere casarse con Haydée, hija de Alí, bajá de Janina, a la que he educado con el amor de un padre, y que me ha profesado la ternura de una hija, llenará, no diré mi última voluntad, pero sí mi última esperanza.

El presente testamento ha hecho ya a Haydée heredera del resto de mi fortuna, consistente en tierras, rentas en Inglaterra, Austria y Holanda, muebles de mis diferentes palacios y casas, y que fuera de los legados hechos, asciende aún a más de sesenta millones.

Apenas había terminado de escribir esta última línea, cuando un grito que resonó a su espalda hizo que se le cayese la pluma de la mano.

—Haydée —dijo—, ¿ha leído?

En efecto, la joven, a quien hizo despertar la luz del día que hería sus párpados, se había levantado, y acercándose al conde sin que se percibiesen sus ligeros pasos sobre la alfombra:

—¡Oh, mi señor! —dijo juntando las manos—, ¿por qué escribe a estas horas? ¿Por qué me lega toda su fortuna? ¿Se va a separar de mí?

—Tengo que hacer un viaje —dijo Montecristo con una expresión de inefable ternura—, y si me sucediese una desgracia...

El conde se detuvo.

—¿Y bien? —preguntó la joven con un tono de autoridad que el conde no le conocía aún.

—¡Y bien!, si me sucede una desgracia, quiero que mi hija sea dichosa.

Haydée sonrió con tristeza.

—Pues bien, si muere —dijo—, legue su fortuna a otros, porque si muere no tengo necesidad de nada.

Y tomando el papel lo hizo pedazos y lo arrojó en medio del salón; pero aquel esfuerzo la debilitó totalmente y cayó desmayada.

Montecristo la levantó en los brazos, y viendo sus bellos ojos cerrados y su hermoso semblante inanimado, se le ocurrió por primera vez la idea de que quizá la amaba de otro modo distinto al de una hija.

—¡Ay! —murmuró—, aún hubiera podido ser dichoso.

Llevó a Haydée hasta su cuarto, y desmayada aún la entregó a sus criadas; volvió a su gabinete, y cerrando la puerta volvió a escribir el testamento.

Al terminar, oyó el ruido de un coche que entraba; se acercó a la ventana y vio bajar a Maximiliano y Manuel.

—¡Bueno! —dijo—, ya era tiempo —y cerró su testamento, poniéndole tres sellos. Un momento después se oyó ruido en el salón, y fue él mismo a abrir la puerta; se presentó Morrel, que se había adelantado veinte minutos a la hora de la cita.

—Quizá vengo muy temprano, señor conde —dijo—, pero le confesaré francamente que no he podido dormir un minuto, y lo mismo ha sucedido a todos los de casa. Tenía necesidad de verlo tranquilo y animado tan valiente como siempre, para volver conmigo.

Montecristo no pudo resistir a esta prueba de afecto, y no fue la mano la que alargó al joven, sino los brazos los que abrió.

—Morrel —le dijo emocionado—, es un hermoso día para mí, en que me veo amado de este modo por un hombre como usted. Buenos días, Manuel. ¿Conque viene conmigo, Maximiliano?

—¡Vive Dios! —dijo el capitán—. ¿Lo había dudado?

—Pero si yo no tuviese razón...

—Escuche: ayer lo estuve observando durante toda la escena de la provocación; he pensado toda la noche en su serenidad, y he concluido o que la justicia está de su parte, o que mentirá siempre el exterior de los hombres.

—Sin embargo, Morrel, Alberto es su amigo.

—Un simple conocido, conde.

—Lo viste por primera vez el mismo día que a mí.

—Sí, es verdad, pero ¿qué quiere? Es preciso que me lo recuerde para que lo tenga presente.

—Gracias, Morrel.

Dio en seguida un golpe en el timbre.

—Toma —dijo a Alí, que se presentó inmediatamente—, lleva eso a casa de mi notario. Es mi testamento. Morrel, si muero, irá a enterarse de él.

—¡Cómo! —exclamó Morrel—, ¿morir usted?

—¿Y qué, no es necesario preverlo todo? ¿Pero qué hizo ayer

después que nos separamos, amigo querido?

—Fui a casa de Tortoni, adonde encontré a Beauchamp y Château-Renaud, y le confieso que les buscaba.

—¿Para qué, puesto que estábamos de acuerdo en todo?

—Escuche, conde; el asunto es grave, inevitable.

—¿Lo dudaba?

—No. La ofensa fue pública, y todo el mundo habla de ella.

—Y bien, ¿qué?

—Esperaba hacer cambiar las armas, empleando la espada en vez de la pistola; la pistola es ciega.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó vivamente Montecristo, que entreveía alguna esperanza.

—No, porque saben lo bien que tira usted el florete.

—¡Bah! ¿Y quién lo ha descubierto?

—Los maestros de armas con quienes se ha batido.

—¿Y no ha logrado al fin nada?

—Han rehusado decididamente.

—Morrel —dijo el conde—, ¿me ha visto tirar a la pistola?

—No.

—Pues bien, tenemos tiempo; mire.

El conde tomó las pistolas que tenía cuando Mercedes entró, y pegando una estrella de papel, más pequeña que un franco contra la placa, de cuatro tiros le quitó seguidos cuatro picos.

A cada tiro, Morrel palidecía. Examinó las balas con que Montecristo ejecutaba aquel admirable juego, y vio que eran balines.

—Es espantoso; vea, Manuel —y volviéndose en seguida a Montecristo—: No mate a Alberto, conde —le dijo—, tiene una madre.

—Es justo —dijo Montecristo—, y yo no tengo...

Pronunció estas palabras con un tono que hizo estremecer a Morrel.

—Usted es el ofendido, conde.

—Sin duda, ¿y qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que usted dispara el primero.

—¿Yo disparo el primero?

—¡Oh!, eso es lo que yo le he exigido, pues demasiadas

concesiones les hemos hecho ya para poder exigir esto.
—¿Y a cuántos pasos?
—A veinte.
Una espantosa sonrisa se asomó a los labios del conde.
—Morrel —le dijo—, no olvide lo que acaba de ver.
—Por eso solo cuento con sus sentimientos para salvar a Alberto.
—¿Mis sentimientos? —dijo Montecristo.
—O su generosidad, amigo mío; seguro, como está, de su golpe, le diría una cosa que sería ridícula si la dijese a otro.
—¿Cuál?
—Rómpale un brazo, hiéralo, pero no lo mate.
—Morrel, escuche aún —dijo el conde—: no tengo necesidad de que intercedan por el señor de Morcef; el señor de Morcef, se lo prevengo, volverá tranquilo con sus dos amigos, mientras que yo...
—¿Y bien, usted?
—A mí me traerán.
—¡Vamos, pues! —gritó Maximiliano exasperado.
—Como se lo digo, mi querido Morrel, el señor de Morcef me matará.
Morrel miró al conde como un hombre a quien no se comprende.
—¿Qué le ha sucedido de ayer tarde acá, conde?
—Lo que a Bruto la víspera de la batalla de Filipos: he visto un fantasma.
—¿Y ese fantasma?
—Ese fantasma, Morrel, me ha dicho que ya he vivido bastante.
Maximiliano y Manuel se miraron; Montecristo sacó el reloj.
—Vámonos —dijo—, son las siete y cinco minutos, y la cita es a las ocho en punto.
Le esperaba un coche. Montecristo subió a él con sus dos testigos. Al atravesar el corredor, el conde se detuvo a escuchar junto a una puerta, y Maximiliano y Manuel, que, por discreción, siguieron andando, creyeron oírle suspirar.
A las ocho en punto llegaron al lugar de la cita.
—Aquí estamos —dijo Morrel, asomándose por la ventanilla del coche—, y somos los primeros.
—El señor me perdonará —dijo Bautista, que había seguido a su

amo con un terror indecible—, pero me parece que hay allí un coche entre los árboles.

Montecristo saltó al suelo con ligereza y dio la mano a Manuel y Maximiliano para ayudarlos a bajar. Maximiliano retuvo entre las suyas la mano del conde.

—He aquí —dijo—, una mano como me gusta ver en un hombre que confía en la bondad de su causa.

—En efecto —dijo Manuel—, creo que allí hay dos jóvenes que esperan.

Montecristo, sin llamar aparte a Morrel, se separó dos o tres pasos de su cuñado.

—Maximiliano —le preguntó—, ¿tiene el corazón libre?

Morrel miró a Montecristo con admiración.

—No exijo de usted una confesión, mi querido amigo, le hago solamente una sencilla pregunta.

—Amo a una joven, conde.

—¿Mucho?

—Más que a mi propia vida.

—Vamos —dijo Montecristo—, he aquí una esperanza perdida —y añadió suspirando—: ¡Pobre Haydée...!

—En verdad, conde, que si no supiese lo valiente que es usted, dudaría.

—¡Porque pienso en alguien que voy a dejar y porque suspiro! Morrel, un soldado debe tener más conocimientos en cuanto a valor. ¿Cree que siento perder la vida? ¿Qué me importa morir o vivir cuando he pasado veinte años entre la vida y la muerte? Además, está tranquilo, Morrel; esta debilidad, si lo es, es solo para usted. Sé que el mundo es un gran salón del que es necesario salir con cortesía, saludando y pagando sus deudas de juego.

—Sea enhorabuena, eso se llama hablar razonablemente —le dijo Morrel—; a propósito, ¿ha traído sus armas?

—¡Yo! ¿Para qué? Espero que esos señores traerán las suyas.

—Voy a informarme —dijo Morrel.

—Sí; pero nada de negociaciones, ¿entiende?

—Sí; descuide.

Morrel se dirigió hacia Beauchamp y Château-Renaud; estos, al

ver el movimiento de Maximiliano, se adelantaron a su encuentro; se saludaron los tres jóvenes, si no con afabilidad, al menos con cortesía.

—Perdón, señores —dijo Morrel—, pero no veo al señor Morcef.

—Esta mañana nos ha avisado que vendría a reunirse con nosotros sobre el terreno.

—¡Ah! —dijo Morrel.

—Son las ocho y cinco minutos; todavía no hay tiempo perdido, señor de Morrel —dijo Beauchamp.

—¡Oh! —dijo Maximiliano—, no lo he dicho con esa intención.

—Además —añadió Château-Renaud—, he allí un carruaje.

Efectivamente, venía un carruaje al gran trote hacia el sitio en que ellos estaban.

—Señores —dijo Morrel—, sin duda habrán traído sus pistolas. El señor de Montecristo dice que renuncia al derecho que tiene de servirse de las suyas.

—Habíamos previsto que el conde tendría esta delicadeza, señor de Morrel —dijo Beauchamp—; he traído armas que compré hace ocho días, creyendo las necesitaría para un asunto como este. Son nuevas, y no han servido aún. ¿Quiere examinarlas?

—¡Oh!, señor Beauchamp —dijo Morrel—, me asegura que el señor de Morcef no conoce esas armas y puede creer que su palabra me basta.

—Señores —dijo Château-Renaud—, no era Morcef el que llegaba en aquel coche: son Franz y Debray.

En efecto, se acercaban los dos hombres acabados de nombrar.

—Ustedes aquí, caballeros —les dijo Château-Renaud—, ¿y por qué casualidad?

—Porque Alberto nos ha rogado que esta mañana nos encontrásemos aquí.

Beauchamp y Château-Renaud se miraron asombrados.

—Señores —dijo Morrel—, me parece que lo comprendo.

—Veamos.

—Ayer a mediodía recibí una carta del señor de Morcef, en la que me rogaba no faltase al teatro.

—Y yo también —dijo Debray.

—Y yo —exclamó Franz.

—Y también nosotros —dijeron Beauchamp y Château-Renaud.

—Sí, eso es —dijeron los jóvenes—; Maximiliano, según todas las probabilidades, ha acertado.

—Sin embargo, Alberto no llega, y ya se retrasa de diez minutos —dijo Château-Renaud.

—Allí viene —dijo Beauchamp—, y a caballo; miren, corre a escape, y lo sigue su criado.

—¡Qué imprudencia, venir a caballo para batirse a pistola, y yo que le he enseñado lo que debía hacer!

—Y además —añadió Beauchamp—, con el cuello por encima de la corbata, frac abierto y chaleco blanco; ¿por qué no se ha hecho pintar un blanco en el estómago, y hubiera sido mucho más rápido concluir con él?

Mientras hacían estos comentarios, Alberto había llegado a diez pasos del grupo que formaban los cinco jóvenes, paró el caballo, se apeó, y alargó la brida a su criado.

Se acercó, estaba pálido, sus ojos enrojecidos e hinchados; se conocía que no había dormido un minuto en toda la noche.

—Gracias, señores —les dijo—, porque han tenido la bondad de estar aquí como les había rogado: les estoy infinitamente reconocido por esta prueba de amistad.

Al acercarse Morcef, Morrel se había retirado diez o doce pasos, y permanecía aparte.

—Y a usted también le debo gracias, Morrel —dijo Alberto—, acérquese, pues no está de más.

—¿Ignora quizá —dijo Maximiliano—, que soy testigo de Montecristo?

—No estaba seguro, pero lo sospechaba; tanto mejor; mientras más hombres de honor haya aquí, más satisfecho estaré.

—Señor Morrel —dijo Château-Renaud—, puede anunciar al conde de Montecristo que el señor de Morcef ha llegado, y estamos a su disposición.

Morrel hizo un movimiento como para ir a cumplir su encargo. Al mismo tiempo Beauchamp fue a sacar del coche la caja de las pistolas.

—Esperen, señores —dijo Alberto—, tengo que decir dos palabras al conde de Montecristo.

—¿En particular? —preguntó Morrel.

—No; delante de todos.

Los testigos de Alberto se miraron sorprendidos, Franz y Debray se dijeron algunas palabras en voz baja; Morrel, contento con este incidente inesperado, fue a buscar al conde, que se paseaba por una cercana alameda, hablando con Manuel.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Montecristo.

—Lo ignoro, pero quiere hablarle.

—¡Oh! —dijo Montecristo—, que no tiente a Dios con un nuevo ultraje.

—No creo que sea esa su intención —dijo Morrel.

El conde avanzó acompañado de Maximiliano y de Manuel; su rostro tranquilo y sereno formaba un extraño contraste con la cara descompuesta de Alberto, quien por su parte se acercaba también, seguido de sus cuatro jóvenes amigos; a tres pasos el uno del otro, ambos se detuvieron.

—Señores —dijo Alberto—, aproxímense: deseo no pierdan una palabra de las que tendré el honor de decir al señor conde de Montecristo, porque deberán repetirlas a todo el mundo, por extrañas que les parezcan.

—Espero, caballero... —dijo el conde.

—Caballero —dijo Alberto, cuya voz conmovida al principio se serenó poco a poco—. Le provoqué porque divulgó la conducta del señor de Morcef en Epiro; porque por culpable que fuese el conde de Morcef, no creía que fuese usted quien tuviese el derecho de castigarlo; pero hoy sé que ese derecho le pertenece. No es la traición de Fernando Mondego con Alí Bajá lo que me hace excusarle; es, sí, la traición del pescador Fernando con usted y las desgracias nunca oídas que produjo; por esto lo digo y lo proclamo. Tiene razón para vengarse de mi padre, y yo su hijo le doy gracias porque no ha hecho más.

El rayo que hubiese caído en medio de los que presenciaban aquella inesperada escena los hubiera admirado menos que la declaración de Alberto.

El conde de Montecristo había levantado lentamente los ojos al cielo con una expresión indecible de reconocimiento; no sabía admirar bastante esta acción conociendo el carácter fogoso y el valor de Alberto a quien había visto inerme en medio de los bandidos italianos. No se cansaba de pensar cómo se había humillado hasta aquel extremo. Reconoció la influencia de Mercedes y comprendió por qué aquel noble corazón no se había opuesto a un sacrificio que sabía era inútil.

—Si cree ahora, caballero —dijo Alberto—, que las excusas que acabo de hacerle son suficientes, deme su mano, se lo ruego. Después del mérito de la infalibilidad, que parece ser el suyo, el mayor es saber reconocer una sinrazón, pero esta confesión me corresponde a mí únicamente. Yo obraba bien según los hombres, pero usted obraba bien según Dios. Un ángel solo podía salvar a uno de los dos de la muerte, y el ángel ha bajado del cielo, si no para hacer de nosotros dos amigos, porque la fatalidad lo hace imposible, al menos dos hombres que se estiman.

El conde de Montecristo, con los ojos humedecidos, el pecho palpitante y la boca entreabierta, alargó a Alberto una mano, que este tomó y apretó con un sentimiento de religioso respeto.

—Caballeros —dijo—, el conde de Montecristo acepta mis excusas; obré con precipitación con respecto a él; ya está reparada mi falta, espero que el mundo no me tendrá por un cobarde por haber hecho lo que me mandaba la conciencia, pero en todo caso, si se engañasen —añadió el joven levantando su cabeza con fiereza, y como si dirigiese un mentís a amigos y enemigos—, procuraré rectificar su opinión.

—¿Qué sucedió anoche? —preguntó Beauchamp a Château-Renaud—, me parece, en todo caso, que hacemos aquí un papel bien triste.

—En efecto, lo que Alberto acaba de hacer es muy bajo o muy sublime —dijo el barón.

—¡Ah!, veamos —preguntó Debray a Franz—. ¿Qué significa eso? ¡Cómo! ¡El conde de Montecristo deshonra al señor de Morcef, y tiene razón a los ojos de su hijo! Aunque tuviese yo diez Janinas en mi familia, no me creería obligado más que a una cosa, a batirme

diez veces.

Con la cabeza inclinada, los brazos caídos, aterrado con el peso de veinticuatro años de recuerdos, Montecristo no pensaba ni en Alberto, ni en Beauchamp, ni en Château-Renaud, ni en ninguna de las personas que lo rodeaban: pensaba solo en aquella mujer que había ido a pedirle la vida de su hijo, a la que había ofrecido la suya, y que acababa de libertarla por la confesión de un secreto de familia, capaz de extinguir para siempre en el corazón de aquel joven el sentimiento de piedad filial.

—Siempre la Providencia —murmuró—, ¡ah!, ¡desde hoy sí que estoy persuadido de que soy el enviado de Dios!

Capítulo siete:
La madre y el hijo

Montecristo saludó a los cinco jóvenes con una sonrisa llena de melancolía y dignidad, y montó en su coche con Maximiliano y Manuel.

Alberto, Beauchamp y Château-Renaud quedaron solos en el campo.

El joven dirigió a sus dos testigos una tímida mirada, que parecía pedirles su parecer sobre lo que acababa de ocurrir.

—Por vida mía, mi querido amigo —dijo Beauchamp el primero, sea que tuviese más sensibilidad o menos disimulo—, permítame que lo felicite; he aquí un magnífico fin para una desagradable aventura.

Alberto permaneció silencioso, y como concentrado en su pensamiento. Château-Renaud se contentó con dar en su bota con su flexible bastón.

—¿No nos vamos? —dijo después de un instante de silencio.

—Cuando guste —dijo Beauchamp—, déjeme solamente el tiempo necesario para cumplimentar al señor de Morcef, que ha dado pruebas hoy de una generosidad tan rara.

—¡Oh!, sí —dijo Château-Renaud.

—Es magnífico —continuó Beauchamp— poder conservar sobre sí mismo tanto dominio.

—Seguramente; en cuanto a mí, habría sido incapaz de ello —dijo Château-Renaud con una frialdad de las más significativas.

—Señores —interrumpió Alberto—, creo que no han comprendido que entre el conde de Montecristo y yo ha ocurrido algo muy grave.

—Sí, sí —dijo al instante Beauchamp—; pero hay muchos majaderos que no están en el caso de comprender su heroísmo, y tarde o temprano se verá forzado a explicárselo de un modo no muy conveniente a la salud de su cuerpo y a la duración de su vida. ¿Quiere que le dé un consejo de amigo? Parta para Nápoles, La Haya o San Petersburgo, países tranquilos, y donde son más inteligentes en cuanto al honor que nuestros anticuados parisienses. Una vez allí, entreténgase en tirar mucho a la pistola y al florete, y hágase olvidar para volver a Francia dentro de algunos años, tranquilo o bastante ejercitado en las armas para hacerse respetar y conquistar su tranquilidad. ¿Es verdad que tengo razón, Château-Renaud?

—Soy de su mismo parecer; nada llama tanto los duelos serios como uno sin resultado.

—Gracias, señores; seguiré su consejo —dijo Alberto con una fría sonrisa—, no porque me lo dan, sino porque mi intención era salir de Francia; se las doy asimismo por el servicio que me han prestado sirviéndome de testigos; está profundamente grabado en mí.

—¿Por qué?, puesto que después de las palabras que acabo de oír solo me acuerdo de él.

Château-Renaud y Beauchamp se miraron; la impresión era igual en ambos; el acento con que Morcef había pronunciado aquellas palabras era de una resolución tal, que la posición de todos habría sido muy embarazosa si la conversación se hubiera prolongado.

—Adiós, Alberto —dijo de repente Beauchamp, alargando negligentemente la mano al joven, sin que este saliese por ello de su letargo, y en efecto, no respondió al ofrecimiento de la mano.

—Adiós —dijo Château-Renaud, saludándole con la mano derecha.

Los labios de Alberto apenas murmuraron adiós; su mirada era

más explícita, se encerraba en ella todo un poema de ira concentrada, fiero desdén y generosa indignación.

Cuando sus dos testigos hubieron montado en el carruaje, permaneció inmóvil por algún tiempo; pidió en seguida su caballo; saltó ligero sobre la silla y tomó a galope el camino de París, y al cuarto de hora entraba en el palacio de la calle de Helder.

Al apearse, le pareció ver tras las cortinas del dormitorio del conde el pálido rostro de su padre. Alberto volvió la cabeza a otra parte; al llegar dio una última mirada a todas aquellas riquezas que le habían hecho tan agradable la vida; fijó los ojos por última vez en aquellas cuyas imágenes parecían sonreírse y cuyos paisajes parecían animarse.

En seguida abrió el medallón que contenía el retrato de su madre, sacó este dejando vacío el cerco de oro y la cadena de oro también con que lo suspendía; puso en orden sus armas turcas, sus escopetas inglesas, sus porcelanas del Japón y sus juguetes de bronce hechos por los mejores artistas; examinó los armarios y colocó las llaves en los cajones, echó en uno, que dejó abierto, todo el dinero que tenía, y además todas sus joyas, hizo un inventario exacto de todo, y lo puso en el sitio más visible, sobre su mesa, de la que quitó los muchos libros y papeles que la ocupaban. Al empezar a ejecutar estas operaciones entró su criado, a pesar de la orden formal que para lo contrario le había dado.

—¿Qué quiere? ¿No recuerda mis órdenes? —le preguntó Alberto, más triste que enojado.

—Discúlpeme, señor; es cierto que me ordenó que no entrara, pero el señor conde de Morcef me ha llamado.

—¿Y bien? —preguntó Alberto.

—Y si me pregunta qué ha ocurrido allá abajo, ¿qué debo responder?

—La verdad.

—Entonces diré que el duelo no se ha efectuado.

—Dirá que he dado una satisfacción al conde de Montecristo.

Al concluir de arreglar sus cosas, llamó la atención de Alberto el ruido de los caballos en el peristilo; se asomó y vio a su padre que subía en el carruaje, y salió.

Tan pronto como se cerró la puerta del palacio, Alberto se dirigió a la habitación de su madre, y como no había criado alguno que le anunciase, llegó hasta su dormitorio y con el corazón oprimido por lo que veía y por lo que adivinaba, se detuvo a la puerta.

Todo estaba en orden; los encajes, los adornos, las joyas, el dinero se encontraban colocados en sus respectivos cajones, cuyas llaves juntó con cuidado la condesa.

Alberto vio todos estos preparativos, comprendió lo que significaban y entró exclamando:

—¡Madre mía! —arrojándose en los brazos de Mercedes.

El pintor capaz de plasmar la expresión de aquellas dos caras, hubiese pintado un magnífico cuadro.

En efecto, aquella resolución enérgica que no había atemorizado a Alberto por sí, le espantaba por su madre.

—¿Qué hace, pues? —inquirió.

—¿Qué hacía usted? —respondió ella.

—¡Oh, madre mía! —dijo Alberto, tan conmovido que apenas podía hablar—; hay gran diferencia de usted a mí; no puede haber resuelto lo que yo he determinado, porque vengo a decirle que voy a dar el último adiós a esta casa..., y a usted.

—Yo también, Alberto —respondió Mercedes—, yo también parto; había contado con que mi hijo me acompañaría. ¿Me he equivocado?

—Madre mía— respondió Alberto con firmeza— no puedo hacerle participar del destino a que yo mismo me he condenado; es preciso que viva desde ahora sin nombre y sin fortuna; es necesario que para empezar esta penosa existencia pida a un amigo el pan que comeré de aquí a que lo gane. Así, pues, mi buena madre, voy ahora mismo a casa de Franz a rogarle me preste la cantidad que he calculado.

—¡Tú, sufrir hambre! ¡Tú, padecer miseria! ¡Oh, no digas eso, mi pobre hijo! Cambiarías todas mis resoluciones.

—Pero no las mías —respondió Alberto—. Soy joven, soy robusto, creo que soy valiente, y desde ayer creo que he aprendido lo que vale una firme voluntad. ¡Madre mía! ¡Son tantos los que han sufrido, y no solamente no han muerto, sino que han amasado una

nueva fortuna sobre las ruinas de sus anteriores esperanzas! Yo lo sé, madre mía; he visto esos hombres que desde el fondo del abismo donde les había sepultado su enemigo, se han levantado con tanto vigor y gloria, que han dominado a su antiguo vencedor, precipitándolo a su vez. No, madre mía, no; he renunciado a contar desde hoy con lo pasado, y no acepto nada, ni siquiera mi nombre, porque usted comprende, madre mía, que su hijo no puede llevar un nombre del que deba abochornarse ante otro hombre.

—Hijo mío, Alberto —dijo Mercedes—, si hubiese tenido un corazón más fuerte, ese sería el consejo que te hubiera dado; tu conciencia ha hablado al callar mi voz; escúchala, hijo mío; tenías amigos, Alberto; rompe de momento con ellos, pero no desesperes, no; tu madre te ruega. La vida es aún hermosa a tu edad, mi querido Alberto, porque apenas tienes veintidós años, y como a un corazón tan puro como el tuyo le es preciso un nombre sin tacha, toma el de mi padre; se llamaba Herrera. Te conozco, Alberto mío; sea cualquiera la carrera que sigas, pronto, pronto darás lustre a este nombre. Preséntate entonces en el mundo, más brillante aún con el lustre de tus desgracias pasadas, y si así no debiese ser a pesar de mis previsiones, déjame al menos esta esperanza, déjamela a mí, que no tendré más que esta sola idea, este solo porvenir, y para quien el sepulcro empieza a la puerta de esta casa.

—Haré como desea, madre —respondió el joven—; sí, mis esperanzas son iguales a las suyas; la cólera del cielo no perseguirá a usted tan pura, a mí tan inocente; mas ya que estamos resueltos, obremos rápidamente. El señor de Morcef ha salido hace media hora, poco más o menos; la ocasión, como ve, es favorable para evitar el ruido y una explicación.

—Lo espero, hijo mío —dijo Mercedes.

Alberto corrió en seguida al paraje más inmediato y tomó un carruaje de alquiler que debía conducirlos fuera del palacio; se acordaban de una casa amueblada en la calle de Santos Padres, donde su madre hallaría un alojamiento modesto, pero decente, y volvió a buscar a la condesa.

Al parar el carruaje ante la casa, en el momento en que Alberto se apeaba, un hombre se acercó y le entregó una carta.

Alberto reconoció al intendente.

—Del conde —dijo Bertuccio.

Alberto tomó la carta, la abrió y leyó; concluida, buscó con los ojos a Bertuccio, pero mientras leía, el hombre había desaparecido.

Con los ojos llenos de lágrimas entró en la habitación de Mercedes, y sin pronunciar una palabra le presentó la carta.

Mercedes leyó:

Alberto:

Al hacerle ver que he penetrado su proyecto, creo revelarle que comprendo su delicadeza. Es libre, va a abandonar la casa del conde y retirarse con su madre libre como usted; pero reflexione, Alberto, que le debe más de lo que puede pagarle con su noble y pobre corazón. Guarde para usted la lucha, reclame para usted los padecimientos, pero evítele la primera miseria que acompañará sin duda a sus primeros esfuerzos; porque no merece ni aun la sombra de la desgracia que hoy la persigue, y la Providencia no quiere que pague el inocente por el culpable.

Sé que van a dejar los dos la casa de la calle de Helder sin llevarse nada: el cómo, no trate de averiguarlo; lo sé y basta.

Escuche, Alberto.

Veinticuatro años atrás volvía yo contento y alegre a mi patria; tenía una prometida, Alberto, una joven santa a la que adoraba, y le traía ciento cincuenta luises que había juntado penosamente con un trabajo sin descanso; este dinero era para ella, se lo había destinado y conociendo cuán pérfido es el mar, enterré nuestro tesoro en el jardín de la casa que mi padre habitaba en Marsella, en la alameda de Meillán.

Su madre, Alberto, conoce bien aquella humilde y querida casa. Últimamente, al venir de París, he pasado por Marsella, he ido a ver aquella casa de tan dolorosos recuerdos, y por la noche, con un azadón en la mano, he cavado en el rincón en que había escondido mi tesoro. La caja de hierro se encontraba todavía en el mismo sitio; nadie había tocado en el ángulo que cubre con su sombra una hermosa higuera plantada por mi padre el día de mi nacimiento.

Pues bien, Alberto, ese dinero que en otra ocasión debió servir

para ayudar a la vida y tranquilidad de aquella mujer a quien yo adoraba, hoy por un azar desgraciado encuentra igual empleo. ¡Oh!, comprenda bien mi idea; y que podía ofrecer millones a esa mujer, y solo le devuelvo el pedazo de pan negro, olvidado bajo mi pobre techo, desde el día en que me separé de ella para siempre.

Es un hombre generoso, Alberto; pero es posible que le ciegue el orgullo o el resentimiento; si rehúsa, si pide a otro lo que yo tengo derecho a ofrecerle diré que es poco generoso rehusar la vida de su madre, ofrecida por un hombre a quien su padre hizo morir al suyo entre los horrores del hambre y de la desesperación.

Terminada esta lectura, Alberto permaneció pálido e inmóvil, esperando la decisión de su madre.

Mercedes levantó los ojos al cielo con una expresión inefable.

—Acepto —dijo—, tiene el derecho de pagar el dote que llevaré a un convento.

Y poniendo la carta sobre el corazón, tomó el brazo de su hijo, y con un paso más firme de lo que creía se dirigió a la escalera.

Montecristo también había vuelto a la ciudad con Manuel y Maximiliano.

El regreso fue alegre. Manuel no disimulaba su alegría al ver suceder la paz a la guerra, y confesaba altamente sus gustos filantrópicos. Morrel en un rincón del carruaje dejaba que la alegría de su cuñado se manifestase en sus brillantes palabras, y conservaba para sí una alegría más pura, pero que solo se traslucía en sus miradas.

En la barrera del Troue se encontró a Bertuccio, que le estaba aguardando allí, inmóvil como un centinela en su puesto.

Montecristo sacó la cabeza por la portezuela, le dijo algunas palabras en voz baja, y el intendente desapareció.

—Señor conde —dijo Manuel al llegar a la plaza Real—, le agradezco que me deje a la puerta de casa, para que mi mujer no tenga un momento de inquietud, ni por usted ni por mí.

—Si no fuese ridículo vanagloriarse de su triunfo, rogaría al conde que entrase en casa; pero él también tendrá corazones a quienes tranquilizar. Hemos llegado, Manuel. Saludemos a nuestro amigo, y

bajemos.
—Un momento —dijo Montecristo—, me priva de una vez de mis dos compañeros; entre a ver a su encantadora mujer, a la que le ruego presente mis respetos, y luego acompáñeme usted hasta los Campos Elíseos.
—Con mucho gusto —dijo Maximiliano—, tanto más cuanto que tengo que hacer en su barrio, conde.
—¿Esperamos para almorzar? —preguntó Manuel.
—No —dijo el joven.
La puerta del coche se cerró, y este continuó su camino.
—Ve como le he traído la dicha —dijo Morrel cuando se quedó solo con el conde—, ¿no ha pensado en ello?
—Sí —respondió el conde—, y por eso quisiera tenerle siempre cerca de mí.
—¡Es milagroso! —continuó Maximiliano Morrel, respondiéndose a sí mismo.
—¿El qué? —dijo Montecristo.
—Lo que acaba de suceder.
—Sí —respondió el conde sonriendo—, dice bien, Morrel, es milagroso.
—Porque, después de todo —respondió este—, Alberto es valiente.
—Muy valiente —respondió el conde—, le he visto dormir tranquilo con el puñal suspendido sobre su cabeza.
—Y yo sé que se ha batido dos veces muy bien; compare eso con lo de esta mañana.
—Siempre su influencia —repitió sonriéndose Montecristo.
—Es una dicha para Alberto no ser militar.
—¿Por qué?
—¡Excusas sobre el terreno! ¡Bah! —dijo el joven capitán moviendo la cabeza.
—Vamos, no incurra en los prejuicios de los hombres vulgares, Morrel; convendrá en que, puesto que Alberto es valiente, no puede ser cobarde, que debe haber habido alguna razón que le haya movido a obrar como lo ha hecho esta mañana, y por lo tanto su conducta es más heroica que otra cosa.

—Sin duda, sin duda —repuso Morrel—, pero diría como el español: “Ha sido hoy menos valiente que ayer”.
—¿Almuerza conmigo? —dijo el conde para cortar la conversación.
—No; lo dejo a las diez.
—¿Su cita era, pues, para almorzar?
Morrel sonrió y movió la cabeza.
—Pero, después de todo, es preciso que almuerce en alguna parte.
—¿Y si no tengo hambre? —dijo el joven.
—Solo conozco dos sentimientos que quiten el apetito: el dolor, y dichosamente le veo muy alegre, y el amor; ahora bien: según lo que me dijo de su corazón, me es permitido creer...
—No digo que no, conde.
—¿Y no me cuenta eso, Maximiliano? —replicó el conde con un tono tan vivo que revelaba todo el interés que tenía en conocer aquel secreto.
—Ya le he hecho ver esta mañana que tengo un corazón. ¿No es verdad, conde?
Por respuesta, Montecristo alargó la mano al joven.
—Entonces, ya que este corazón no está con usted en el bosque de Vincennes, está en otra parte, y voy a buscarlo.
—Vaya —dijo el conde—, vaya, amigo querido; pero si encuentra algún obstáculo, acuérdese que puedo hacer algo en este mundo, y que sería dichoso si pudiese ser útil a las personas que amo como a usted, Morrel.
—De acuerdo, me acordaré como los niños egoístas se acuerdan de sus padres cuando los necesitan; cuando lo necesite, me acordaré de usted, conde.
—Bien, acepto su palabra.
—Hasta la vista, conde.
Habían llegado a la puerta de la casa de los Campos Elíseos; Montecristo y Morrel se apearon. Bertuccio los esperaba a la puerta.
Morrel desapareció por el lado de Marigny, y Montecristo se dirigió hacia Bertuccio.
—¿Y bien? —le preguntó.
—Ella va a abandonar la casa.

—¿Y su hijo?

—Florentín, su criado, piensa que va a hacer otro tanto.

—Venga.

Montecristo llevó a Bertuccio a su despacho, escribió la carta que ya conocemos, y la entregó a su intendente.

—Vaya, y despache pronto; a propósito; haga que avisen a Haydée de mi regreso.

—Aquí estoy —dijo la joven, que había bajado al oír el ruido del coche, y cuya cara rebosaba alegría al ver al conde sano y salvo.

Bertuccio salió.

Todos los transportes de una hija que vuelve a ver a su padre querido, los delirios de una amante que vuelve a ver a su amado, Haydée los sintió en los primeros momentos de aquella vuelta que esperaba con tanta ansiedad.

La alegría de Montecristo no era tan expansiva, pero no por eso no era ciertamente menos grande; el gozo para los corazones que han sufrido mucho tiempo es lo que el rocío para las tierras abrasadas por los ardores del sol; corazones y tierra absorben aquella lluvia bienhechora que cae sobre ellos y no se pierde una gota.

Hacía algunos días que Montecristo conocía lo que no se atrevía a creer hacía mucho tiempo, es decir, que había aún dos Mercedes en el mundo, y que podía aún ser dichoso.

Sus ojos, en los que se traslucía la dicha, buscaban ávidamente las miradas humedecidas de Haydée, cuando de pronto se abrió la puerta.

El conde se incomodó.

—El señor de Morcef —dijo Bautista, como si aquella sola palabra envolviese su disculpa.

En efecto, la cara del conde se serenó.

—¿Cuál? —preguntó—, ¿el conde o el vizconde?

—El conde.

—¡Dios mío! —dijo Haydée—, ¿no ha terminado aún?

—No sé si ha terminado, querida hija —dijo Montecristo tomando las manos de la joven—, pero sé que nada tienes que temer.

—¡Sin embargo, es el miserable...!

—Ese hombre no tiene poder sobre mí, Haydée; cuando tenía que

habérmelas con su hijo, era otra cosa.

—Y tampoco sabrás tú jamás lo que he sufrido, mi señor.

Montecristo sonrió.

—¡Por la tumba de mi padre! —dijo Montecristo poniendo las manos sobre la cabeza de la joven—, lo juro, Haydée, que si sucediese una desgracia no será a mí.

—Te creo como si fuera Dios quien me estuviese hablando —dijo la joven presentando su frente al conde.

Montecristo imprimió en aquella frente pura y hermosa un beso que hizo latir dos corazones a la vez; el uno con violencia, y el otro sordamente.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró el conde—, ¡permitirías aún que yo pudiese amar! Haga entrar al señor conde de Morcef en el salón —dijo a Bautista, acompañando a la hermosa griega hacia una escalera secreta.

Permítasenos unas palabras para explicar esta visita que Montecristo esperaba quizá, pero inesperada para nuestros lectores.

Mientras Mercedes, como hemos dicho, hacía la misma especie de inventario que había hecho Alberto, colocaba sus alhajas, cerraba sus cajones, y reunía las llaves para dejarlo todo en un orden perfecto, no reparó en que un rostro pálido y siniestro había aparecido a la vidriera de su cuarto, desde la que se podía ver y oír. El que así miraba, sin ser visto, vio y oyó cuanto ocurría y se hablaba en el cuarto de Mercedes.

Desde aquella puerta, el hombre pálido se dirigió al dormitorio del conde de Morcef, levantó las cortinas y vio lo que sucedía en el patio de entrada, permaneció allí diez minutos inmóvil, mudo, y escuchando los latidos de su corazón; entonces fue cuando Alberto, que volvía de su cita, vio a su padre tras los cortinajes y volvió la cabeza a otro lado.

Las pupilas del conde se dilataron; sabía que el insulto de Alberto a Montecristo había sido terrible, y que en todos los países del mundo era consiguiente un duelo a muerte. Alberto volvió sano y salvo; el conde, pues, estaba vengado.

Un rayo de indecible alegría iluminó aquella lúgubre cara, como el último rayo del sol al acostarse en las nubes que más parecen su

tumba que su lecho.

Pero ya hemos dicho que en vano estuvo esperando que su hijo se presentase a darle cuenta de su triunfo; que este antes del combate no hubiese querido ver al padre cuyo honor iba a vengar, se comprende; pero vengado el honor del padre, ¿por qué el hijo no iba a arrojarse en sus brazos?

Entonces el conde, no pudiendo ver a Alberto, mandó llamar a su criado, y ya saben nuestros lectores que este le autorizó para contar la verdad.

Diez minutos después, el conde de Morcef estaba en el peristilo, vestido con una levita negra, corbatín militar, pantalón y guantes negros.

Según parece, había dado sus órdenes con anterioridad, porque apenas bajaba el último escalón cuando llegó el coche para recibirlo; su criado puso en el coche un gabán militar, en el que iban envueltas dos espadas, cerró la puerta y fue a sentarse al lado del cochero.

Este se inclinó para recibir la orden.

—A los Campos Elíseos —dijo el general—, a casa del conde de Montecristo. ¡Pronto!

Los caballos salieron a escape, y cinco minutos después se detuvieron a la puerta del palacio del conde.

El señor de Morcef abrió él mismo la portezuela, saltó al suelo con la agilidad de un joven, llamó y entró seguido de un criado.

Un segundo después Bautista anunciaba al señor de Montecristo al conde de Morcef, y este, acompañando a Haydée a la escalera, daba orden para que se le hiciera pasar al salón.

El general daba la tercera vuelta por la sala, cuando vio a Montecristo en pie a la puerta.

—¡Ah, es el señor de Morcef...! Creí haber entendido mal.

—Sí, yo soy —dijo el conde con una espantosa contracción en los labios que le impedía articular claramente.

—Lo único que me falta saber es lo que me proporciona ver al señor de Morcef tan temprano.

—¿Ha tenido esta mañana un lance con mi hijo, caballero? —dijo el general.

—¿Se ha enterado? —respondió el conde.

—Y sé que mi hijo tenía excelentes razones para desear batirse con usted, y hacer cuanto pudiera para matarlo.

—En efecto, las tenía —dijo el conde—, pero ve que a pesar de ellas no solo no me ha matado, sino que ni aun se ha batido.

—Y, con todo, lo creía la causa de la deshonra de su padre, y de las desgracias que en este momento abruman su casa.

—Es verdad —dijo Montecristo con su inalterable tranquilidad—, causa secundaria y no principal.

—Seguramente le ha dado alguna excusa o explicación.

—No le he dado ninguna explicación, y él es el que me ha presentado sus excusas.

—¿Pero a qué atribuir esta conducta?

—A la convicción de que había en esto un hombre más culpable que yo.

—¿Y quién es ese hombre?

—Su propio padre.

—Sea —dijo el conde palideciendo—, pero sabe que aun el más culpable no gusta de verse convencido de culpabilidad.

—Lo sé, y por eso esperaba lo que sucede en este momento.

—¡Esperaba que mi hijo fuera un cobarde...! —gritó el conde.

—Alberto de Morcef no es ningún cobarde —dijo Montecristo.

—Un hombre que tiene una espada en la mano y a su punta ve a un enemigo y no se bate, es un cobarde. ¡Ah! ¿Por qué no está aquí para poder decírselo?

—Caballero —dijo Montecristo—, no pienso que haya venido a contarme sus asuntos familiares; vaya a decir esto a Alberto, él sabrá qué decir.

—¡Oh!, no, no —replicó el general con una sonrisa que en seguida se desvaneció—, tiene razón, no he venido para eso, y sí para decirle que yo también lo veo como a mi enemigo, que lo odio por instinto, que me parece que lo he conocido siempre y siempre lo he aborrecido, y que en fin, puesto que los jóvenes de este siglo no se baten, debemos batirnos nosotros... ¿Es de mi opinión?

—Completamente; por eso cuando le dije que había previsto lo que sucedería, quería hablar del honor de su visita.

—Mejor. ¿Entonces tendrá hechos sus preparativos?
—Lo están siempre.
—¿Sabe que nos batiremos a muerte? —preguntó el general apretando los dientes de rabia.
—Hasta que muera uno de los dos —dijo Montecristo mirando de pies a cabeza al señor de Morcef.
—Partamos, no necesitamos testigos.
—En efecto es inútil; nos conocemos muy bien.
—Al contrario —dijo Morcef— no lo conozco.
—¡Bah! —dijo Montecristo con aquella flema desesperadora—. ¿No es usted el soldado Fernando que desertó la víspera de la batalla de Waterloo? ¿El teniente Fernando que sirvió de guía y espía al ejército francés en España? ¿No es el capitán Fernando que traicionó y asesinó a su bienhechor Alí? ¿Y todos esos Fernandos reunidos no son el teniente general conde de Morcef, par de Francia?
—¡Oh! —dijo el general herido por estas palabras como por un hierro candente—, ¡oh!, miserable, que me echas en cara mis faltas en el instante en que quizá vas a matarme; no, no he dicho que te era desconocido; has penetrado en la noche de tu pasado, y tú has leído a la luz de una lámpara que ignoro, cada página de mi vida; pero tal vez hay más honor en mí, en medio de mi oprobio, que en ti bajo ese aspecto pomposo; tú me conoces, lo sé, pero yo no lo conozco, aventurero lleno de oro y pedrerías. Tú que te haces llamar en París el conde de Montecristo, en Italia Simbad el Marino, y en Malta qué sé yo, ya lo he olvidado. Tu nombre es lo que te pido, tu verdadero nombre, quiero saber, en medio de tus cien nombres, con objeto de pronunciarlo sobre el terreno del combate en el momento en que mi espada parta en dos tu corazón.
Montecristo palideció terriblemente; sus ojos parecían de fuego; de un salto entró en el despacho inmediato al salón, y en menos de un segundo, quitándose la corbata, levita y chaleco, se vistió una chaqueta y se puso un sombrero de marino, bajo el cual se dejaban ver sus negros cabellos.
Salió así, implacable y avanzando con los brazos cruzados ante el general, que le esperaba y que retrocedió espantado hasta

encontrar una mesa, en la que se apoyó.

—Fernando —le dijo—, de mis cien nombres basta uno solo para herirte como un rayo, pero este lo adivinas o por lo menos te acuerdas de él, porque a pesar de mis penas, de mis martirios, puedo hoy mostrarte un rostro que la dicha de la venganza rejuvenece, que muchas veces debes haber visto en sueños después de tu matrimonio... con Mercedes, que era mi novia.

El general, con la cabeza caída hacia atrás, las manos extendidas y la vista fija, devoraba en silencio este terrible espectáculo; buscando en seguida la pared para apoyarse en ella, se dejó ir hasta la puerta, por la que salió andando de espaldas, pronunciando con acento lúgubre:

—¡Edmundo Dantés!

Luego, con unos suspiros que nada tenían de humanos, bajó hasta el peristilo de la casa, llegó a la entrada y cayó en brazos de su criado, pronunciando con voz muy débil:

—A casa, a casa.

Por el camino, el aire fresco y la vergüenza de que sus criados vieran el estado en que se hallaba, le permitieron coordinar sus ideas; pero el camino era corto, y al llegar a su casa, todos sus dolores se renovaron.

Antes de llegar hizo parar el carruaje y bajó.

La puerta estaba abierta; un coche de alquiler, que el conde miró con espanto, estaba esperando. No quiso preguntar a nadie y se dirigió a su habitación.

En aquel instante, Mercedes, apoyada en el brazo de su hijo, salía de su casa.

Pasaron a un palmo del desgraciado, que detrás de una mampara de damasco sintió el roce del vestido de seda de Mercedes, y oyó estas palabras pronunciadas por su hijo:

—¡Valor, madre mía! Venga, venga, no estamos ya en nuestra casa.

El general, sosteniéndose en la puerta, ahogó el más triste suspiro que jamás haya salido del pecho de un padre abandonado a la vez por su mujer e hijo.

Al poco rato, oyó la voz del cochero y el ruido del pesado carruaje;

entró en su cuarto para mirar por última vez cuanto más había amado en el mundo, pero el coche salió sin que la cabeza de Mercedes o la de Alberto se asomasen a la portezuela para dar la última mirada al padre, al esposo abandonado, para otorgarle el perdón.

En el momento en que pasaron las ruedas por la puerta, y el ruido del coche resonó en la calle, se oyó un tiro: una espesa humareda salió por uno de los cristales del dormitorio del conde, que se rompió por efecto de la explosión.

Capítulo ocho: Valentina

El lector habrá adivinado seguramente dónde tenía Morrel quehacer y en dónde lo esperaban; así es que al dejar a Montecristo se encaminó lentamente a casa de Villefort.

Cuando decimos lentamente es porque Morrel tenía media hora aún para andar quinientos pasos, y sin embargo, se había separado de Montecristo para poder pensar con libertad.

Bien sabía a la hora que podía hallar a Valentina, que era cuando esta hacía compañía al señor Noirtier, mientras este estaba desayunando. El anciano y la joven le habían permitido que viniese dos veces a la semana.

Llegó; Valentina lo esperaba inquieta; casi fuera de sí, lo cogió por la mano y lo llevó delante de su abuelo.

Aquella inquietud extremada provenía del ruido que la aventura de Morcef había hecho en el mundo elegante; nadie dudaba que un duelo se produciría, y Valentina, con el instinto de la mujer, había adivinado que Morrel sería el testigo del conde de Montecristo; conociendo además el valor del joven y su gran amistad con el conde, temía que no se contentase con la parte pasiva que le correspondía. Cuando le vio fueron infinitas las preguntas, innumerables los detalles dados, y Morrel pudo leer una indecible alegría en los ojos de su amada, cuando supo que el lance había

terminado de un modo no menos dichoso que inesperado.

—Ahora —dijo Valentina, haciendo señas a Morrel para que se sentase al lado del anciano, y colocándose ella en el taburete en que este apoyaba sus pies— hablemos algo de nuestros asuntos. ¿Sabe, Morrel, que mi abuelo quiso dejar esta casa para que fuésemos a vivir separados del señor Villefort?

—Sí, ciertamente, me acuerdo de aquel proyecto, y lo celebré grandemente.

—Pues bien —dijo Valentina—, celébrelo de nuevo, Maximiliano, porque hemos vuelto a pensar en ello.

—¡Bravo! —exclamó Maximiliano.

—¿Y sabe la razón que da para salir de casa?

Noirtier miró a su hija para imponerle silencio, pero esta no lo advirtió, porque sus ojos, sus miradas, sonrisas, todo, todo era para Morrel.

—¡Oh!, cualquiera que sea la razón que dé el señor Noirtier —dijo Morrel—, creo que ha de ser muy buena.

—Excelente: pretende que el aire del arrabal San Honoré no es bueno para mí.

—Y tiene razón, Valentina —dijo Morrel—, hace quince días que su salud se ha alterado.

—Sí, un poco, es verdad —respondió Valentina—; por eso mi abuelo se ha constituido en mi médico, y como sabe de todo, tengo gran confianza en él.

—Pero, en fin, ¿es verdad que sufre, Valentina? —preguntó vivamente Morrel.

—¡Oh, Dios mío!, no puede llamarse sufrir; experimento un malestar general, eso es todo; he perdido el apetito y me parece que mi estómago sostiene una lucha como para acostumbrarse a alguna cosa.

Noirtier no perdía una palabra de cuanto decía Valentina.

—¿Y qué método sigue para esa enfermedad desconocida?

—Es muy sencillo —dijo Valentina—, todas las mañanas tomo una cucharada de la poción que traen para mi abuelo; cuando digo una cucharada quiero decir que he empezado por una; ahora ya tomo hasta cuatro.

Valentina sonrió, pero había algo de tristeza y sufrimiento en aquella sonrisa.

Ebrio de amor, Maximiliano la miraba en silencio; era muy hermosa, pero su palidez había aumentado, sus ojos brillaban con un fuego más ardiente que de costumbre, y sus manos, blancas como el nácar, parecían de cera que una tinta pajiza se apodera de ella con el tiempo.

El joven apartó sus ojos de Valentina y los fijó en el señor Noirtier. Este, con su extraña y profunda inteligencia, contemplaba a la joven absorta en su amor; pero al igual que Morrel, seguía la huella de un sufrimiento secreto y tan poco visible que solo se revelaba a los ojos del padre y del amante.

—Pero —dijo Morrel—, esa poción de la que ha llegado a tomar cuatro cucharadas, la creo preparada para el señor Noirtier.

—Sé que es muy amarga; tanto, que cuanto bebo después me parece que tiene el mismo gusto.

Noirtier miró a su nieta con ojos interrogadores.

—Sí, abuelo —dijo Valentina—, así es; hace un instante, antes de bajar a su cuarto, bebí un vaso de agua con azúcar; pues bien tuve que dejar la mitad, tan amarga me pareció.

Noirtier palideció, e hizo señas de que quería hablar.

Valentina se levantó para ir a buscar el diccionario: Noirtier la seguía con la vista con una angustia indecible.

En efecto, la sangre subía a la cabeza de la joven. Sus mejillas se enrojecieron.

—Es singular —dijo—, me mareo, parece que el sol ha herido mis ojos.

Y se apoyó en la ventana.

—No hay sol —dijo Morrel, más inquieto aún por la expresiva cara de Noirtier que por la indisposición de Valentina, y corrió hacia ella.

Valentina sonrió.

—¡Tranquilízate, abuelo mío! —dijo a Noirtier—. No se inquiete, Maximiliano, no es nada, ya pasó; pero escuche..., ¿no oye el ruido de un carruaje en el patio de entrada?

Abrió la puerta del cuarto de Noirtier, se asomó a la ventana del corredor y regresó precipitadamente.

—Sí —dijo—, la señora Danglars y su hija que vienen a visitarnos; adiós, me marcho, porque vendrían a buscarme aquí, o mejor dicho, hasta la vuelta; permanezca aquí, Maximiliano, le prometo no tardar.

Maximiliano la siguió con la vista, la observó mientras cerraba la puerta, y la oyó subir por la escalera que conducía al mismo tiempo al cuarto de la señora de Villefort y al suyo.

Cuando la joven hubo salido, Noirtier hizo señas a Morrel de que tomase el diccionario.

Morrel obedeció; guiado por Valentina se había acostumbrado a comprender las señas del anciano, mas como era preciso recorrer las letras del alfabeto y buscar palabra por palabra en el diccionario, solo al cabo de diez minutos pudo traducir el pensamiento de Noirtier.

—Vayan a buscar el vaso de agua y la botella que están en el cuarto de Valentina.

Morrel tiró de la campanilla y se presentó el criado que había sustituido a Barrois, al que dio esta orden en nombre de Noirtier.

El criado volvió al instante; la botella y el vaso estaban vacíos. Noirtier hizo señal de que quería hablar.

—¿Por qué el vaso y la botella están vacíos? —preguntó—. Valentina dijo que no había bebido más que la mitad del vaso.

—No sé —respondió el criado—, pero la camarera está en el cuarto de la señorita Valentina, y ella quizá los habrá vaciado.

—Pregúntele —dijo Morrel, adivinando esta vez el pensamiento del señor Noirtier por su mirada.

El criado salió y volvió en seguida.

—La señorita Valentina ha pasado por su cuarto para ir al de la señora de Villefort —dijo—, y teniendo sed bebió lo que quedaba del vaso; la botella la vació el señorito Eduardo para hacer un estanque para sus pájaros.

Noirtier levantó los ojos al cielo, como hace el jugador que aventura a un solo golpe toda su fortuna.

A partir de aquel momento, los ojos del anciano se fijaron en la puerta y no se apartaron de aquella dirección.

Eran la señora Danglars y su hija las que vio Valentina; las hicieron pasar a la habitación de la señora de Villefort, que dijo recibiría en

ella y he aquí por qué Valentina había pasado por su cuarto que comunicaba con el de Eduardo y el de la señora de Villefort.

Las dos mujeres penetraron en el salón con aquella seria frialdad que anunciaba una comunicación oficial.

Entre las personas del gran mundo, pronto se conoce y se adopta un sistema: la señora de Villefort tomó una actitud igual a la de sus visitas; Valentina se presentó en aquel momento y empezaron de nuevos los cumplidos.

—Querida amiga —dijo la baronesa, mientras las jóvenes se daban las manos—, vengo con Eugenia a anunciarle su próximo enlace con el príncipe Cavalcanti.

Danglars daba siempre a este el título de príncipe; al banquero le parecía que sonaba mejor que el de conde.

—Permítame, pues, que le dé mis sinceros parabienes —respondió la señora de Villefort—. El príncipe Cavalcanti parece un joven dotado de excelentes cualidades.

—Si hablamos como dos amigas —dijo sonriendo la baronesa—, debo decirle que el príncipe no es aún lo que será; hay todavía en él algunas de aquellas rarezas que hacen que los franceses reconozcamos a primera vista al gentilhombre italiano o alemán. Parece, con todo, que tiene muy buen corazón, bastante talento, y en cuanto a lo demás, dice Danglars, que su fortuna es majestuosa; estas son sus palabras.

—Y además —añadió Eugenia, pasando las hojas del álbum de la señora de Villefort—, añada, señora, que tiene una inclinación particular a ese joven.

—Y —dijo la señora de Villefort— considero inútil preguntarle si participa de esa inclinación.

—¡Yo! —respondió Eugenia con serenidad imperturbable—, ¡oh!, nada de eso, señora, mi vocación no es la de encadenarme, sujetándome a los cuidados de una casa y a los caprichos de un hombre, sea el que quiera; mi vocación es la de artista, y tengo siempre libre el corazón, mi persona y mi pensamiento.

Eugenia dijo estas palabras con un tono tan enérgico y resuelto que Valentina se sonrojó; la tímida joven no podía comprender aquella naturaleza vigorosa que parecía no participar en nada de la

timidez de la mujer.

—Por lo demás —continuó—, puesto que estoy destinada al matrimonio, debo dar gracias a la Providencia, que me ha procurado los desdenes del señor Alberto de Morcef, porque sin eso me vería hoy convertida en la esposa de un hombre perdido.

—Es cierto —dijo la baronesa, con aquella extraña sencillez que se encuentra a veces en las señoras, y que el trato con personas de otra esfera no les hace perder— A no ser por las dudas de Morcef, mi hija se casaba con Alberto; el general tenía mucho empeño en ello, y había venido expresamente a ver a Danglars para que consintiese; de buena nos hemos librado.

—Pero —observó Valentina—, ¿la deshonra del padre recae sobre el hijo? Alberto me parece muy inocente de la traición del general.

—Escúcheme, mi buena amiga —dijo la implacable Eugenia—. Alberto recibirá y merece su parte; después de haber provocado ayer en la ópera al conde de Montecristo, hoy le ha presentado sus excusas sobre el terreno.

—¡Eso es imposible! —dijo la señora de Villefort.

—¡Ay!, amiga mía —dijo la señora Danglars, con aquella sencillez que ya hemos visto en ella—, es cierto, lo sé por Debray que se halló presente.

Valentina también sabía la verdad, pero guardó silencio. Aquella conversación llevó su pensamiento a la habitación de Noirtier, adonde la esperaba Morrel.

Absorta en estas ideas hacía ya un momento que no tomaba parte en la conversación, y aun le hubiera sido imposible el decir de lo que hablaban hacía rato, cuando de pronto la mano de la señora de Danglars, que se apoyaba en su brazo, la sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué hay, señora? —dijo Valentina, como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

—Hay, mi querida Valentina —dijo la baronesa—, que sufre sin duda alguna.

—¿Yo? —dijo la joven pasando la mano sobre su frente, que ardía.

—Sí; mírese en ese espejo. Se ha puesto encarnada y pálida dos veces en menos de un minuto.

—Realmente, está muy pálida —dijo Eugenia.

Por poco que lo estuviese, aprovechó la ocasión para retirarse; además, la señora de Villefort vino en su ayuda.

—Retírese, Valentina —dijo—, sufre realmente, y estas señoras tendrán la bondad de excusarla; tome un vaso de agua pura, que le hará bien.

Valentina abrazó a Eugenia, saludó a la señora de Danglars, que estaba ya en pie para retirarse, y salió.

—Esta pobre niña me tiene preocupada y no me sorprendería que le sucediese algún accidente —dijo la señora de Villefort.

Entretanto Valentina, con una especie de exaltación desconocida para ella, sin responder a unas palabras que le dijo el niño, salió a la escalera. Bajó todos los escalones, menos los tres últimos; oyó la voz de Morrel, cuando de repente perdió la vista, su pie perdió el escalón, sus manos no tuvieron fuerza para sujetarse al pasamano y rodó por la escalera.

Morrel abrió la puerta, dio un salto y halló a Valentina en el suelo; esta abrió los ojos.

—¡Oh! ¡Qué torpe soy! —dijo—, ya no sé andar, ¡había olvidado que aún me faltaban tres escalones!

—¿Se ha lastimado, Valentina? —exclamó Maximiliano—, ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—No, no; le digo que todo ha pasado, no ha sido nada; ahora déjeme que le diga una cosa: dentro de tres días hay un banquete, una comida de boda; todos estamos invitados, mi padre, la señora de Villefort y yo, según he oído.

—¿Cuándo nos ocuparemos nosotros de esos preparativos? ¡Oh! ¡Valentina! Usted que tanto ascendiente tiene sobre su abuelo, procure que diga: “muy pronto”.

—Entonces, ¿cuenta conmigo para estimular la lentitud y avivar la memoria de mi abuelo?

—Sí, pero haga que sea pronto; hasta que no sea mía, Valentina, tengo miedo de perderla.

—¡Oh! —respondió Valentina con un movimiento convulsivo—. ¡Oh!, de veras, Maximiliano, resulta muy miedoso para ser oficial; usted de quien se dice que jamás conoció el miedo. ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!

Y prorrumpió en una risa dolorosa, sus brazos se enderezaron retorciéndose, su cabeza cayó sobre el sillón y quedó sin movimiento. El grito de terror que Dios había quitado de los labios del anciano salió de su mirada.

Morrel comprendió que se trataba de llamar para que la socorriesen.

El joven tiró con fuerza del cordón de la campanilla. La camarera en el cuarto de Valentina y el criado que reemplazó a Barrois acudieron al mismo tiempo.

Valentina estaba tan pálida, fría e inmóvil, que sin escuchar lo que les decían, salieron por el corredor, pidiendo socorro; tal era el miedo que reinaba en aquella casa maldita.

La señora de Danglars y Eugenia, que salían, pudieron enterarse de la causa de aquel rumor.

—Ya se lo había dicho —dijo la señora de Villefort—, ¡pobre criatura!

En el mismo instante, se oyó la voz del señor de Villefort, que gritaba desde su despacho:

—¿Qué ocurre?

Morrel consultó con una mirada a Noirtier, que había recobrado su serenidad, y con la vista le indicó el despacho en el que otra vez, en circunstancia semejante, se había refugiado. Apenas tuvo tiempo para coger el sombrero y entrar en el despacho, ya se oían los pasos del procurador del rey en el pasillo.

Villefort entró precipitadamente en la estancia, corrió hacia Valentina y la tomó en sus brazos.

—¡Un médico! ¡Un médico!, el señor d'Avrigny... Pero será mejor que vaya yo mismo —y salió del cuarto.

Morrel salió por la otra puerta.

Su corazón acababa de ser herido por un recuerdo terrible. Aquella conversación que oyó entre el doctor y Villefort, la noche en que falleció la señora de Saint-Merán, acudió a su imaginación. Aquellos síntomas, aunque en un grado más espantoso, eran también los que precedieron a la muerte de Barrois.

Al mismo tiempo, le pareció que resonaba en su oído la voz de Montecristo que le había dicho no hacía aún dos horas:

—Cualquier cosa que necesite, Morrel, acuda a mí, puesto que yo puedo hacer mucho.

Más veloz que el pensamiento, corrió desde el arrabal San Honoré a la calle de Matignón, y desde allí a la entrada de los Campos Elíseos.

Al mismo tiempo, el señor de Villefort llegaba en un carruaje de alquiler a la puerta de la casa del doctor d'Avrigny. Llamó con tanta energía que el portero salió asustado; subió la escalera sin fuerzas para hablar; el portero, que lo conocía, le dejó pasar gritándole solamente:

—En su despacho, señor procurador del rey, en su despacho.

Villefort empujaba ya, o más bien forzaba la puerta.

—¡Ah! —dijo el doctor—. ¿Es usted?

—Sí —dijo Villefort, cerrando la puerta—; sí, doctor, soy yo, que vengo a preguntarle a mi vez si estamos solos. Doctor, mi casa es una casa maldita.

—¿Qué ocurre? —dijo este fríamente en apariencia, pero con grande conmoción interior—. ¿Tiene algún enfermo?

—Sí, doctor —gritó Villefort mesándose los cabellos con mano convulsiva—; sí, doctor.

La mirada de d'Avrigny significaba:

—Se lo había predicho.

En seguida sus labios pronunciaron lentamente estas palabras:

—¿Quién va a morir? ¿Qué nueva víctima va a acusarle ante Dios de su debilidad?

Un suspiro doloroso salió del corazón de Villefort. Se acercó al médico y lo agarró por un brazo.

—¡Valentina! —dijo—. ¡Ha tocado el turno a Valentina!

—¡Su hija! —exclamó d'Avrigny lleno de dolor y de sorpresa.

—¿Ve como estaba equivocado? —dijo el magistrado—, venga a verla, y junto a su lecho de dolor pídale perdón por haber sospechado de ella.

—Cada vez que me ha avisado ha sido ya tarde —dijo el doctor—; no importa, voy, pero démonos prisa, no puede perderse tiempo con los enemigos que atacan su casa.

—¡Oh!, esta vez no me echará en cara mi debilidad. Esta vez

conoceré al asesino y lo castigaré.

—Tratemos de salvar la vida a la víctima antes de pensar en vengar su muerte. Vamos.

Y el carruaje en que había ido Villefort lo condujo de nuevo rápidamente acompañado de d’Avrigny, al mismo tiempo en que por su parte Morrel llamaba a la puerta de Montecristo.

El conde se hallaba en su despacho, y pensativo leía dos renglones que Bertuccio acababa de escribirle.

Al oír anunciar a Morrel, del que no hacía dos horas que se había separado, el conde levantó la cabeza.

Para él como para el conde, habían ocurrido muchas cosas durante aquellas dos horas, porque el joven que lo dejó con la risa en los labios, se presentaba con la fisonomía alterada. El conde se levantó y salió al encuentro de Morrel.

—¿Qué ocurre, Maximiliano? Está pálido y con la frente bañada en sudor.

Morrel cayó en un sillón.

—Sí —dijo—; he venido corriendo, tenía necesidad de hablarle.

—¿Todos están bien en su casa? —preguntó el conde con un tono tan afectuoso que nadie podía dudar de su sinceridad.

—Gracias, conde, gracias —dijo el joven visiblemente perplejo sobre el modo de iniciar la conversación—. Sí, mi familia está bien.

—Tanto mejor. ¿Y sin embargo, tiene algo que decirme? —le dijo el conde cada vez más inquieto.

—Sí —dijo Morrel—, acabo de salir de una casa en que la muerte ha entrado, para correr a usted.

—¿Viene de casa de Morcef? —dijo Montecristo.

—No —dijo Morrel—; ¿es que ha muerto alguien en casa de Morcef?

—El general se ha saltado la tapa de los sesos —respondió fríamente Montecristo.

—¡Pobre condesa! —dijo Maximiliano—, es a ellos a quien compadezco.

—Compadezca también a Alberto, Maximiliano; porque, créame, es un hijo digno de la condesa. Sin embargo, volvamos a usted: ¿venía para decirme algo? ¿Tendría la dicha de que me necesitase?

—Sí; le necesito. Es decir, he creído como un insensato que podría socorrerme en unas circunstancias en que solo Dios puede hacerlo.

—Hable —respondió Montecristo.

—¡Oh! —dijo Morrel—, no sé si me será permitido revelar semejante secreto a oídos humanos, pero la fatalidad me conduce y la necesidad me obliga a ello, conde...

Morrel se detuvo vacilante.

—¿Cree que lo quiero? —le preguntó Montecristo, cogiéndole cariñosamente la mano.

—Usted me anima, y además hay algo aquí —y puso la mano sobre el corazón— que me dice que no debo tener secretos para usted...

—Tiene razón, Morrel; Dios habla por su corazón, siga sus impulsos.

—Conde, ¿me permite que mande a Bautista a preguntar de su parte por una persona a quien conoce?

—Me he puesto completamente a su disposición, y con mucha mayor razón mis criados.

—¡Ah!, es que no puedo vivir hasta que no sepa que está mejor.

—¿Quiere que llame a Bautista?

—No; voy a hablarle yo mismo.

Morrel salió, llamó a Bautista, le dijo en secreto algunas palabras, y el criado salió corriendo.

—Y bien, ¿lo ha enviado ya? —preguntó Montecristo, viendo entrar a Morrel.

—Sí; y voy a estar algo más tranquilo.

—Sabe que estoy esperando —dijo Montecristo sonriéndose.

—Sí, y yo hablo: escuche. Una tarde que estaba en un jardín oculto entre las flores, y que nadie podía pensar que yo me hallaba allí, pasaron dos personas tan cerca, permita que calle por ahora sus nombres, que pude oír toda su conversación, sin perder una palabra, aunque hablaban en voz baja.

—Me va a contar algo terrible, a juzgar por su palidez y su temblor.

—¡Oh!, sí, muy terrible, amigo mío; acababa de morir uno en la casa del amo del jardín en que yo me hallaba; una de las dos personas cuya conversación oía era el amo del jardín, la otra el

médico: el primero confiaba al segundo sus temores y sus penas, porque era la segunda vez en un mes que la muerte, rápida e inesperada, se presentaba en aquella casa que se creería designada por algún ángel exterminador, a la cólera del Señor.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo Montecristo mirando fijamente al joven y volviéndose en su sillón, de modo que su cara quedó en la sombra, mientras la de Morrel quedaba de lleno inundada por la luz.

—Sí —continuó este—, la muerte había entrado dos veces en esta casa en un mes.

—¿Y qué respondía el doctor? —inquirió Montecristo.

—Respondía... que aquella muerte no era natural, y debía atribuirse...

—¿A qué?

—Al veneno.

—¿De veras? —dijo Montecristo, con aquella tos ligera que en los momentos de gran emoción le servía para disimular, ya sea lo sonrosado o pálido de su rostro, ya la atención misma con que escuchaba—, ¿de veras, Maximiliano, ha oído todas esas cosas?

—Sí, querido conde, las he oído, y el doctor añadió que si un suceso como este se repetía, se creería obligado a dar parte a la justicia.

Montecristo escuchaba o parecía escuchar con la mayor calma y serenidad.

—Y bien, la muerte se ha presentado por tercera vez —dijo Maximiliano—, y ni el amo de la casa, ni el doctor han hecho nada. La muerte va a asestar su cuarto golpe, conde, ¿a qué cree que me obliga el conocimiento de este secreto?

—Querido amigo —le respondió Montecristo—, me parece que cuenta una aventura que todos conocemos. La casa en que ha oído eso yo la conozco, o al menos una igual, en que hay jardín, padre de familia, doctor y tres muertes extrañas e inesperadas; pues bien, yo que no he interceptado secretos, pero lo sabía como usted, ¿tengo escrúpulos de conciencia? No, nada tengo que ver en todo ello. Dice que un ángel exterminador parece que ha señalado esa casa a la cólera del Señor; ¿y quién le dice que su suposición no es una realidad? No vea las cosas que no ven los que tienen un interés

en ello. Si es la justicia y no la cólera de Dios, la que está en esa casa, Maximiliano, vuelva la cabeza y deje paso a la justicia de Dios.

Morrel tembló; había un no sé qué de terrible, lúgubre y solemne en las palabras de conde.

—Además —continuó con un cambio de voz tan marcado que se habría dicho que aquellas palabras no salían de la boca del mismo hombre—, ¿quién le ha dicho que volverá a empezar?

—Empieza de nuevo, conde, y he aquí por qué he venido a buscarlo.

—Y bien, ¿qué quiere que haga, Morrel? ¿Quisierais, por casualidad que avisara al procurador del rey?

Montecristo articuló estas últimas palabras con tanta claridad y una acentuación tan marcada, que Morrel se levantó gritando:

—¡Conde!, ¡conde! sabe de quién quiero hablar, ¿no es verdad?

—Desde luego, mi buen amigo, y voy a probárselo indicándole las personas; se paseó una tarde, en el jardín del señor de Villefort, y según lo que me ha dicho, presumo que fue la tarde de la muerte de la señora de Saint-Merán; ha oído a Villefort hablar con d'Avrigny, de la muerte del señor de Saint-Merán y de la no menos espantosa de la baronesa. El doctor decía que creía ver en aquello un envenenamiento, y he aquí usted, hombre de bien por excelencia, hace dos meses ocupado en sondear su corazón para saber si debe revelar este secreto o callarlo. No nos encontramos en la Edad Media, amigo querido, y no hay Santa Vehma, ni jueces francos: ¿qué diablos quiere con esa gente? Conciencia, ¿qué me quieres?, como dice Sterne. ¡Eh!, querido mío, déjeles dormir, si duermen; déjeles palidecer en sus insomnios, si tienen insomnios, y por el amor de Dios, duerma usted, que no tiene remordimientos que le impidan hacerlo.

Un dolor espantoso se reflejó en el rostro de Morrel; cogió la mano de Montecristo.

—¡Pero empieza de nuevo, le he dicho!

—¡Y bien! —dijo el conde, admirado de aquella tenacidad que no comprendía, y mirando con atención a Maximiliano—, deje que empiece: es una familia de Atridas. Dios les ha condenado, y sufrirán su sentencia. Todos desaparecerán, como frailes que los

niños hacen con las cartas, y que caen con un soplo aunque sean doscientos. Hace tres meses fue el señor de Saint-Merán; poco después, su mujer. Hace pocos días, Barrois; hoy será el viejo Noirtier o la joven Valentina.

—¡Usted lo sabía! —exclamó Morrel con un terror tal, que el propio Montecristo, que si hubiese visto hundirse el cielo hubiera permanecido impávido, tuvo que estremecerse y temblar—. ¿Lo sabía, y nada me ha dicho?

—¿Y qué importa? —respondió Montecristo—, ¿conozco yo acaso a esa gente? ¿Y es preciso que pierda a uno por salvar a otro? Por vida mía que entre el culpable y la víctima no sé a quién dar la preferencia.

—¡Pero yo! ¡Yo! —gritó Morrel fuera de sí—. ¡Yo la amo!

—¿Usted ama? ¿A quién? —dijo Montecristo, cogiendo las dos manos que Morrel elevaba hacia el cielo.

—Amo como un insensato, locamente, como un hombre que daría toda su sangre por evitar que derramase una lágrima; amo a Valentina de Villefort, a quien asesinan en este instante. ¿Lo oye?, la amo, y pido a Dios y a usted que me ayuden a salvarla.

Montecristo dio un grito parecido al rugido del salvaje, y exclamó:

—¡Desdichado! ¡Amas a Valentina! ¡A esa hija de una raza maldita!

Jamás había visto Morrel semejante expresión. Jamás mirada tan terrible se había presentado ante sus ojos; ni el genio del terror, que tantas veces apareciera en los campos de batalla y en las noches homicidas de Argelia, se le había presentado con fulgor más siniestro. Se quedó aterrado.

Montecristo, después de pronunciar aquellas palabras, cerró un momento los ojos, como alucinado por una revelación interior; durante un instante permaneció recogido en sí, con tal poder que poco a poco se vio sosegarse su alterado pecho; aquel silencio, aquella lucha duraron unos veinte segundos.

En seguida, el conde, levantando su pálida frente, dijo:

—Ya ve, querido amigo, cómo Dios sabe castigar a los hombres más fanfarrones, a los más indiferentes con los terribles espectáculos que presenta a su vida; yo, que miraba, espectador impasible y curioso, el desenlace de esa lúgubre tragedia; yo, que

parecido al ángel malo, reía del mal que hacen los hombres al abrigo del secreto, y el secreto es fácil para los ricos y poderosos, he aquí que a mi vez me siento mordido por la serpiente, cuya tortuosa marcha observaba, y mordido en el mismo corazón.

Morrel dio un suspiro.

—Vamos, vamos —continuó el conde—, basta de quejas. Sea hombre, sea fuerte y espere, porque estoy yo aquí y velo por usted.

Morrel meneó tristemente la cabeza.

—Le digo que espere, ¿comprende? Tiene que saber que jamás miento y nunca me engaño. Son las doce, querido amigo; dé gracias al cielo que ha venido a esta hora, en lugar de esta tarde o de mañana por la mañana. Preste atención a lo que voy a decirle, Morrel: si Valentina no ha muerto todavía, no morirá.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Morrel—, ¡yo que la dejé expirando!

El conde puso una mano sobre su frente. ¿Qué ocurriría dentro de aquella cabeza llena de tan espantosos secretos? ¿Qué dijo a aquel espíritu implacable y humano a la vez el ángel de la luz o el de las tinieblas? Dios solo lo sabe. Montecristo levantó la cabeza, y su fisonomía estaba tranquila como el niño que se despierta.

—Maximiliano —dijo—. Regrese tranquilamente a su casa; le recomiendo que no dé un paso, que nada intente, que no deje ver en su semblante la más pequeña sombra de precaución; yo le daré noticias, vaya.

—¡Dios mío! —dijo Morrel—, me asusta, conde, con su sangre fría. ¿Puede algo contra la muerte? ¿Es algo más que un hombre? ¿Es un ángel o un dios?

Y el joven, a quien ningún peligro había hecho dar un paso atrás, retrocedió ante el conde, lleno de terror indecible.

—Puedo bastante, amigo mío —respondió el conde—; vaya, necesito estar solo.

El pobre joven, fascinado por el ascendiente que el conde ejercía sobre cuantos le rodeaban, no procuró sustraerse a él. Le estrechó la mano y salió.

Se detuvo a la puerta, esperando a Bautista, al que vio venir corriendo por la calle de Matignón.

Entretanto Villefort y d’Avrigny, que habían llegado, encontraron a Valentina desmayada aún; el médico examinó a la enferma con el cuidado que reclamaban las circunstancias y con la profundidad que le daba el conocimiento del secreto. Villefort, pendiente de sus miradas y de sus labios, esperaba el resultado de aquel examen; Noirtier, más pálido que la joven y más ansioso de una solución que el mismo Villefort, esperaba también, y todo era en él impaciencia y ansiedad.

Al fin, d’Avrigny dijo lentamente estas palabras.

—Aún vive.

—¡Aún! —dijo Villefort—, ¡oh!, doctor, ¡qué palabras tan dulces acaba de pronunciar!

—Sí —dijo el médico—; repito mi frase; aún vive, y me sorprende mucho.

—¿Pero se salvará? —preguntó el padre.

—Sí, puesto que vive aún.

En aquel momento, la mirada de d’Avrigny se encontró con la de Noirtier; sus ojos brillaban con una alegría extraordinaria; se leía en su vista un pensamiento tan profundo que llamó la atención del facultativo.

Dejó caer de nuevo en el sillón a la joven, cuyos blanquecinos labios apenas se distinguían de su rostro, y permaneció inmóvil, mirando a Noirtier, por el que todos los movimientos del médico eran comentados y comprendidos.

—Caballero —dijo d’Avrigny a Villefort—, llame a la doncella de Valentina, se lo ruego.

Villefort dejó la cabeza de su hija que sostenía en sus manos, y fue él mismo a llamar a la doncella. En el momento se cerró la puerta; d’Avrigny se acercó a Noirtier.

—¿Quiere decirme algo? —le preguntó.

El anciano cerró y abrió prontamente los ojos; era la única señal afirmativa que podía hacer.

—¿A mí solo?

—Sí —dijo Noirtier.

—Bien, entonces me quedaré con usted.

Villefort entró seguido de la doncella, y tras esta, la señora de

Villefort.

—¿Pero qué le ocurre a esta niña querida? —dijo—, salió de mi cuarto, se quejaba, decía que estaba indispuesta, pero nunca creí que fuese cosa tan seria.

Y con los ojos llenos de lágrimas y con todas las señales de amor de una verdadera madre, se acercó a la joven, cuyas manos cogió.

El médico continuaba mirando a Noirtier. Vio los ojos del anciano dilatarse, abrirse redondos, sus mejillas ponerse cárdenas y temblar, y el sudor inundar su frente.

—¡Ah! —exclamó involuntariamente, siguiendo la dirección de la mirada de Noirtier, es decir, fijando sus ojos en la señora de Villefort, que repetía:

—¡Pobre niña! Mejor estará en su cama; venga, Fanny, la acostaremos.

D'Avrigny, que vio en aquella proposición un medio de quedarse a solas con Noirtier, hizo señal con la cabeza de que efectivamente era lo mejor que podía hacerse, pero prohibió expresamente que tomase nada sin que él lo mandase.

Se llevaron a Valentina, que había vuelto en sí, pero que no podía moverse ni casi hablar, tal era el estado en que la había dejado aquel ataque.

Saludó con la vista a su abuelo, al que parecía que le arrancaban el alma al verla salir.

D'Avrigny siguió a la enferma, terminó sus recetas, mandó a Villefort que tomase un coche, y fuese en persona a la botica e hiciese preparar a su vista los medicamentos recetados, que los trajese él mismo, y le esperase en el cuarto de su hija. Y renovando la prohibición de darle nada, bajó al cuarto de Noirtier, cerró la puerta, y después de asegurarse de que no podía ser oído por nadie de fuera, le dijo:

—Veamos, ¿sabe algo de la enfermedad de su nieta?

—Sí —hizo el anciano.

—Escuche, no podemos perder tiempo; voy a preguntarle, usted me responderá.

Noirtier hizo señal de que estaba pronto a responder.

—¿Había previsto el accidente que ha sucedido hoy a Valentina?

—Sí.

El doctor reflexionó un instante, y luego se acercó a Noirtier.

—Perdone lo que voy a decirle, pero en las terribles circunstancias en que estamos, no debe descuidarse el menor indicio. ¿Vio morir al pobre Barrois?

Noirtier levantó los ojos al cielo.

—¿Sabe de qué murió? —preguntó d'Avrigny, apoyando una mano sobre el hombro de Noirtier.

—Sí —respondió el anciano.

—¿Piensa que su muerte fue natural?

Algo parecido a una sonrisa quiso asomarse a los inertes labios de Noirtier.

—¿Entonces ha creído que Barrois fue envenenado?

—Sí.

—¿Cree que el veneno de que fue víctima se había preparado para él?

—No.

—¿Cree que sea la misma mano que envenenó a Barrois, queriendo hacerlo con otro, la que ha envenenado a Valentina?

—Sí.

—¿Entonces va a sucumbir? —preguntó d'Avrigny, fijando en Noirtier una profunda mirada y esperando el efecto que producirían en él estas palabras.

—¡No! —respondió con un aire de triunfo que hubiese bastado a desbaratar las conjeturas del más hábil adivino.

—¿Espera? —dijo sorprendido d'Avrigny.

—Sí.

—¿Qué es lo que espera?

El anciano dio a entender con los ojos que no podía responder.

—¡Ah!, sí; es verdad —dijo d'Avrigny, y volviéndose a Noirtier, dijo —; ¿Espera que el asesino se canse?

—No.

—¿Espera que el veneno resulte ineficaz para Valentina?

—Sí.

—No creo enseñarle nada de nuevo, si le digo que han tratado de envenenarla, ¿verdad? —añadió d'Avrigny.

El anciano le hizo seña de que no le quedaba duda de ello.

—¿Cómo espera entonces que Valentina se libre de la muerte?

Noirtier mantuvo los ojos obstinadamente fijos en el mismo sitio. D'Avrigny siguió la dirección de los ojos del anciano, y vio que se dirigían a una botella que contenía la poción que tomaba todas las mañanas.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo d'Avrigny iluminado por aquella señal—, ¿ha tenido la idea...?

Noirtier no le permitió acabar la frase.

—Sí —expresó con la mirada.

—De precaverla contra el veneno.

—Sí.

—¿Acostumbrándola paulatinamente?

—Sí, sí, sí —hizo Noirtier con los ojos, encantado de que le comprendiesen.

—En efecto, ¿me ha oído decir que entraba en la composición de las pociones que le daba?

—Sí.

—Y acostumbrándola a ese veneno, ¿ha querido neutralizar los efectos de otro semejante?

La misma alegría del triunfo se dejó ver en el semblante de Noirtier.

—Y lo ha conseguido —dijo el doctor—; sin esa precaución, Valentina moriría hoy, sin remedio. El ataque ha sido terrible, pero al menos de este golpe Valentina no morirá.

Una alegría sobrenatural brillaba en los ojos del anciano, levantados al cielo con una indecible expresión de reconocimiento.

En aquel momento entró Villefort.

D'Avrigny tomó la botella, vertió algunas gotas del contenido en su mano, y las bebió.

—Bien, subamos al cuarto de Valentina —dijo—; daré mis instrucciones a todo el mundo, y cuide usted mismo, señor de Villefort, de que nadie se aparte de ellas.

En el instante en que d'Avrigny entraba en el cuarto de Valentina acompañado de Villefort, un sacerdote italiano, con su aire severo, palabras dulces y tranquilas, alquilaba para habitarla la casa inmediata a la de Villefort.

Se ignoraba en virtud de qué transacción se mudaron a las dos horas los tres inquilinos que la ocupaban, pero se dijo en el barrio que la casa no estaba segura y amenazaba ruina, lo cual no fue obstáculo para que el nuevo arrendatario se estableciese en ella la misma noche con sus modestos muebles.

El arrendamiento fue por tres, seis o nueve años, que según la costumbre establecida por los propietarios, pagó seis meses adelantados el nuevo arrendatario, que se llamaba Giacomo Busoni.

En seguida llamaron a unos obreros, y en la misma noche los que se acostaron tarde vieron a los carpinteros empezando las reparaciones necesarias.

Capítulo nueve: El padre y la hija

Ya vimos en capítulos anteriores que la señora de Danglars fue a anunciar oficialmente a la de Villefort el próximo enlace matrimonial de Eugenia con Cavalcanti.

Este anuncio, que indicaba o parecía indicar que se trataba de una decisión tomada por todos los interesados, había sido precedido de una escena de la que vamos a dar cuenta a nuestros lectores.

Y retrocediendo un poco, volvamos a la mañana misma de aquel día de grandes desastres, al hermoso salón dorado que ya conocemos y que era el orgullo de su propietario, el barón Danglars.

En aquel salón, hacia las diez de la mañana, se paseaba el banquero, pensativo y visiblemente inquieto, mirando a todas las puertas y deteniéndose al menor ruido; apurada ya la paciencia, llamó a un criado.

—Esteban —le dijo—, vea por qué la señorita Eugenia me ha rogado la espere en el salón y cuál es la causa de su tardanza.

Con esto se mitigó un poco su malhumor y recobró en parte su tranquilidad.

Al despertarse, la señorita Danglars había hecho pedir a su padre una entrevista, para lo cual había señalado el salón dorado. La

singularidad de aquel paso y su carácter oficial sobre todo habían sorprendido al banquero, que desde luego accedió a los deseos de su hija, y llegó el primero al salón.

Esteban volvió de cumplir su encargo.

—La doncella de la señorita —dijo— me ha encargado diga al señor que la señorita está en el tocador y no tardará en venir.

Danglars hizo una señal con la cabeza, que indicaba que estaba satisfecho. Para con el mundo y aun con sus criados, Danglars afectaba ser el buen hombre y el padre débil; era un papel que representaba en la comedia de su popularidad, una fisonomía que había adoptado por conveniencia.

Es preciso decir que en la intimidad de la familia, el hombre débil desaparecía, para dar lugar al marido brutal y al padre absoluto.

—¿Por qué diablos esa loca que quiere hablarme, según dice —murmuraba Danglars—, no viene a mi despacho, y sobre todo, por qué quiere hablarme?

Por vigésima vez se presentaba a su imaginación aquella idea, cuando se abrió la puerta y apareció Eugenia, con un traje de raso negro, sin adornos en la cabeza y con los guantes puestos, como si tratase de ir a sentarse en una butaca del teatro Italiano.

—Y bien, Eugenia, ¿qué hay? —dijo el padre—, ¿y por qué esta entrevista en el salón cuando podríamos hablar en mi despacho?

—Tiene razón, señor —respondió Eugenia haciendo señal a su padre de que podía sentarse—, y acaba de hacerme dos preguntas, que resumen toda la conversación que vamos a tener; voy a contestar a las dos, y contra la costumbre, antes a la segunda como a la menos compleja. He elegido este salón a fin de evitar las impresiones desagradables y las influencias del despacho de un banquero: aquellos libros de caja, por dorados que sean; aquellos cajones cerrados, como puertas de fortalezas; aquellos billetes de banco que vienen, ignoro de dónde, la multitud de cartas de Inglaterra, Holanda, España, las Indias, la China y el Perú, ejercen un extraordinario influjo en el ánimo de un padre y le hacen olvidar que hay en el mundo un interés mayor y más sagrado que la posición social y la opinión de sus comitentes; he elegido este salón que ve tan alegre, con sus magníficos cuadros, su retrato, el mío, el

de mi madre y toda clase de paisajes. Tengo mucha confianza en el poder de las impresiones externas; tal vez me equivoque con respecto a usted, pero ¿qué quiere?, no sería artista si no tuviese ilusiones.

—Muy bien —respondió Danglars, que había escuchado aquella relación con una imperturbable sangre fría, pero sin comprender una palabra, absorto en sí mismo, como todo hombre lleno de pensamientos serios, y buscando el hilo de su propia idea en la de su interlocutor.

—Ahí tiene explicado el segundo punto —dijo Eugenia sin turbarse y con aquella serenidad masculina que la caracterizaba—, me parece que está satisfecho con esta explicación. Ahora volvamos al primer punto: me pregunta por qué le he pedido esta audiencia: se lo diré en dos palabras. No quiero casarme con el conde Cavalcanti.

Danglars dio un respingo en el sillón y levantó los ojos y los brazos al cielo.

—¡Oh! ¡Dios mío! Sí, señor —continuó Eugenia con la misma calma—, se admira, bien lo veo, porque desde que se planeó este asunto no he manifestado la más pequeña oposición, porque estaba determinada, al llegar la hora, a oponer francamente a las personas que no me han consultado y a las cosas que me desagradan una voluntad firme y absoluta. Esta vez la tranquilidad, la posibilidad, como dicen los filósofos, tenía otro origen; hija sumisa y obediente... —y una ligera sonrisa asomó a los sonrosados labios de la joven—, quería acostumbrarme a la obediencia.

—¿Y bien? —preguntó Danglars.

—Lo he intentado con todas mis fuerzas —respondió Eugenia—, y ahora que ha llegado el momento, a pesar de los esfuerzos que he hecho sobre mí misma, me siento incapaz de obedecer.

—Pero, en fin —dijo Danglars, que con un talento mediocre parecía abrumado bajo el peso de aquella implacable lógica, cuya calma reflejaba tanta premeditación y firmeza de voluntad—, ¿la razón de su negativa, Eugenia?

—La razón —replicó la joven— no es que ese hombre sea más feo, tonto o desagradable que otro cualquiera, no. El señor conde Cavalcanti puede pasar entre los que miran a los hombres por la

cara y el talle por un buen modelo. No es porque mi corazón esté menos interesado por ese que por otro. Ese sería motivo digno de una chiquilla, que considero como indigno de mí. No amo a nadie, lo sabe, ¿no es cierto? No veo por qué sin una necesidad absoluta iré a obstaculizar mi vida con un compañero eterno. ¿No dice el sabio: “nada de más”, y en otra parte: “llevadlo todo con usted mismo”? Me enseñaron estos dos aforismos en latín y en griego, el uno creo es de Fedro y el otro de Bías. Pues bien, mi querido padre, en el naufragio de la vida, porque no es otra cosa el naufragio eterno de nuestras esperanzas, arrojo al mar el bajel inútil, me quedo con mi voluntad, dispuesta a vivir perfectamente sola, y por lo tanto, completamente libre.

—¡Desgraciada! —dijo Danglars palideciendo, porque conocía por experiencia la fuerza del obstáculo que encontraba.

—¿Desgraciada dice, señor? —repitió Eugenia—, al contrario, y la exclamación me parece teatral y afectada. Más bien dichosa, porque le pregunto, ¿qué me falta? El mundo me encuentra bella, y esto basta para que me acoja favorablemente; me gusta que me reciban bien, eso hace tomar cierta expansión a las fisonomías, y los que me rodean me parecen entonces menos feos. Tengo algo de talento y cierta sensibilidad relativa, que me permite aproveche lo que considero bueno de la existencia general, para hacerlo entrar en la mía como el mono cuando rompe una nuez para sacar lo que contiene. Soy rica, porque posee una de las mayores fortunas de Francia, y soy su única hija, y no es usted tenaz hasta el punto en que lo son los padres de la Puerta de San Martín y de la Gaité, que desheredan a sus hijas porque no quieren darles nietos. Además, la previsora ley le ha quitado el derecho de desheredarme, al menos del todo, como le ha arrebatado la facultad de obligarme a casarme con este o con el otro. Así, pues, bella, espiritual, dotada de algún talento, como dicen en las óperas cómicas, y rica, siendo esto la dicha, ¿por que me llama desgraciada, señor?

Viendo Danglars a su hija risueña y altanera hasta la insolencia, no pudo contener un movimiento de brutalidad, que se manifestó con un grito, pero fue el único. Bajo el poder de la inquisitiva mirada de su hija, y ante sus hermosas cejas negras un poco fruncidas, se

volvió con prudencia y se calmó, domado por la mano de hierro de la circunspección.

—En efecto, hija mía, es usted todo lo que acaba de decir excepto una cosa; no quiero decirle bruscamente cuál, prefiero que la adivine.

Eugenia miró a su padre, sorprendida de que quisiese quitarle una flor de las de la corona de orgullo que acababa de poner sobre su cabeza.

—Hija mía —continuó el banquero—, me ha explicado muy bien cuáles son los sentimientos que presiden a las descripciones de una joven como usted, cuando ha decidido que no se casará. Ahora voy a decirle los motivos que tiene un padre como yo para decidir que su hija se case.

Eugenia se inclinó, no como hija sumisa, sino como adversario dispuesto a discutir y que se mantiene a la expectativa.

—Hija mía —continuó Danglars—, cuando un padre pide a su hija que se case, siempre tiene alguna razón para desear su matrimonio. Los unos tienen la manía que decía hace un momento, verse renacer en sus nietos. Empezaré por decirle que no tengo esa debilidad, los goces de familia me son casi indiferentes. Puedo confesarlo así a una hija bastante filósofa para comprender esta indiferencia, sin reprocharme por ello como si se tratara de un crimen.

—Sea en buena hora —dijo Eugenia—, hablemos francamente, así me gusta.

—¡Oh!, ve que sin participar en tesis general de su simpatía por la franqueza, me someto a ella como creo que las circunstancias lo requieren. Proseguiré, entonces. Le he propuesto un marido, no por usted, porque en verdad era lo que menos —pensaba en aquel momento. Ama la franqueza, pues ya ve. Se lo propuse, porque tengo necesidad de que tome ese esposo, lo más pronto posible, para ciertas combinaciones comerciales que pienso efectuar en estos momentos.

Eugenia hizo un movimiento.

—Como se lo digo, hija mía, y no debe tomarlo a mal, porque usted misma me obliga a ello. Es bien a pesar mío que entro en estas

explicaciones aritméticas con una artista como usted, que teme penetrar en el despacho de un banquero, por no recibir impresiones desagradables o antipoéticas; pero en aquel despacho de banquero donde entró anteayer para pedirme los mil francos que le entrego mensualmente para sus caprichos, sepa, mi querida, que se aprenden muchas cosas útiles, hasta las jóvenes que no quieren casarse. Se aprende, por ejemplo, y se lo diré en este salón por miedo de sus nervios, se aprende que el crédito de un banquero es su vida moral y física; que ese crédito sostiene al hombre como el alma anima al cuerpo, y el señor de Montecristo me hizo ayer un discurso que no olvidaré jamás. Se aprende que, a medida que el crédito se retira, el cuerpo llega a ser un cadáver, y eso le sucederá dentro de poco al banquero que se precia de ser padre de una hija de tan buena lógica.

Eugenia alzó la cabeza con orgullo.

—¡Arruinado! —dijo.

—Usted dice la expresión exacta —dijo Danglars metiendo la mano por entre el chaleco, conservando, sin embargo, en su ruda fisonomía la sonrisa de un hombre sin corazón, pero que no carecía de talento—. Arruinado; sí, eso es.

—¡Ah! —dijo Eugenia.

—Sí, arruinado; y bien: he aquí conocido ese secreto lleno de horror, como dice el poeta trágico. Ahora escuche cómo esta desgracia puede no ser tan grande, no diré para mí, sino para usted.

—¡Oh! —repuso Eugenia—, es muy mal fisonomista, si se figura que siento por mí el desastre que acaba de contarme. Arruinada yo, ¿y qué me importa? ¿No me queda mi talento? ¿No puedo, como la Pasta, la Malibrán y la Grisi, adquirir lo que usted jamás podría darme, fuese cual fuese su fortuna? Ciento o ciento cincuenta mil libras de renta, que deberé únicamente a mis propios esfuerzos, y que en lugar de llegar a mis manos como esos miserables doce mil francos que me da, reprochándome mi prodigalidad, llegarán acompañados de aclamaciones, aplausos y flores. Y aun cuando no tuviese ese talento, del que duda, según su sonrisa, ¿no me quedará aún ese furioso amor de independencia, que vale para mí más que todas las riquezas, y que domina en mí hasta el instinto de

conservación? No, no lo siento por mí; sabré siempre salir del paso; mis libros, mis pinceles y mi piano, cosas que no cuestan caras, y que podré comprar siempre, me bastan. Pensará quizá que me aflijo por la señora Danglars: desengáñese; o estoy muy equivocada, o mi madre ha tomado sus precauciones contra el desastre que le amenaza y que pasará sin alcanzarla; se ha puesto al abrigo, y sus cuidados no le han impedido el pensar seriamente en su fortuna; a mí me ha dejado toda mi independencia, bajo el pretexto de mi amor a la libertad; muchas cosas he visto desde que era niña, y todas las he comprendido; la desgracia no hará en mí más impresión que la que merece; desde que nací no he conocido que me amase nadie, y así a nadie amo; he aquí mi profesión de fe.

—Conque, entonces, señorita, ¿se empeña en querer consumar mi ruina? —dijo Danglars, pálido de una cólera, que no provenía de la autoridad paterna ofendida.

—¿Consumar su ruina? ¿Yo...? —dijo Eugenia—, no lo entiendo.

—Tanto mejor; eso me da alguna esperanza. Escuche.

—Lo escucho —dijo Eugenia, mirando tan fijamente a su padre, que fue necesario que este hiciese un esfuerzo para no bajar los ojos ante la poderosa mirada de la joven.

—El señor de Cavalcanti se casa con usted, y al casarse le trae tres millones que coloca en mi banco.

—¡Ah!, muy bien —dijo Eugenia con olímpico desdén, jugando con sus dedos, y alisando uno contra otro sus guantes.

—¿Piensa que le haré un mal si tomo esos tres millones? No; están destinados a producir más de diez; he obtenido con otro banquero, un compañero y amigo, la concesión de un ferrocarril, única industria cuyos resultados son fabulosos hoy día; dentro de ocho días debo depositar cuatro millones, y, se lo repito, me producirán diez o doce.

—Pero durante la visita que le hice anteayer, y de la que tengo la bondad de acordarle —dijo Eugenia—, lo vi poner en caja cinco millones y medio en dos bonos del Tesoro; y por cierto, se admiraba de que no me llamase la atención un papel que tanto valía.

—Sí, pero esos cinco millones y medio no son míos únicamente, y sí una prueba de confianza que se tiene en mí; mi título de banquero

popular me ha valido la de los hospitales, y a ellos pertenecen los cinco millones y medio; en otro tiempo no hubiera titubeado en emplearlos, pero hoy se saben las grandes pérdidas que he sufrido; y, como le he dicho, el crédito empieza a alejarse de mí. De un momento a otro puede la administración reclamar este depósito, y si lo he empleado, me veo en el caso de hacer una bancarrota vergonzosa. Yo desprecio las bancarrotas, créalo; pero no las que enriquecen, sino las que arruinan. Si se casa con Cavalcanti y tomo los tres millones de dote, o si al menos se cree que voy a tomarlos, mi crédito se restablecerá, y mi fortuna, que desde hace uno o dos meses se hunde en un abismo abierto bajo mis pies, por una fatalidad inconcebible, vuelve a consolidarse. ¿Me entiende?

—Perfectamente: ¿me empeña por tres millones?

—Cuanto mayor sea la suma, más lisonjero debe ser ello para usted, pues da una idea de su valor.

—Gracias. Una palabra aún: ¿me promete servirse de la dote que debe llevar Cavalcanti, pero sin tocar la cantidad? No lo hago por egoísmo, sino por delicadeza. Lo ayudaré a reedificar su fortuna, pero no quiero ser cómplice en la ruina de otros.

—Pero si le digo que esos tres millones...

—¿Cree salir adelante solo con el crédito, y sin tocar a esos tres millones?

—Así lo espero, pero con la condición de que el matrimonio habrá de consolidar mi crédito.

—¿Puede pagar a Cavalcanti los quinientos mil francos que me da por mi dote?

—Al volver de la municipalidad los tomará.

—Bien.

—¿Qué quiere decir con ese “bien”?

—Que al pedirme mi firma me deja dueña absoluta de mi persona. ¿No es eso?

—Exacto.

—Entonces, bien, como le decía, estoy dispuesta a casarme con Cavalcanti.

—¿Pero cuáles son sus proyectos?

—¡Ah!, es mi secreto: ¿cómo podría mantenerme en superioridad

sobre usted si conociendo el suyo le revelase el mío?

Danglars se mordió los labios.

—Así, pues —dijo—, haga las visitas oficiales que son absolutamente indispensables: ¿Está dispuesta?

—Sí.

—Ahora me toca decirle: ¡Bien!

Y Danglars tomó la mano de su hija, que apretó entre las suyas; pero ni el padre osó decir “gracias, hija mía”, ni la hija tuvo una sonrisa para su padre.

—¿La entrevista ha terminado? —preguntó Eugenia levantándose.

Danglars indicó con la cabeza que no tenía más que decir.

Cinco minutos después el piano sonaba bajo los dedos de la señorita de Armilly, y Eugenia entonaba *La maldición de Brabancio a Desdémona*.

Al final entró Esteban, y anunció que los caballos estaban enganchados y la baronesa esperaba.

Hemos visto a las dos ir a casa de Villefort, de donde salieron a proseguir sus visitas.

Tres días después de la escena que acabamos de referir, es decir, hacia las cinco de la tarde del día fijado para firmar el contrato de la señorita Eugenia Danglars y el conde Cavalcanti, que el banquero se empeñaba en llamar príncipe, una fresca brisa hacía mover las hojas de los árboles del jardín que daba acceso a la casa del conde de Montecristo, y cuando este se disponía a salir, y sus caballos lo esperaban piafando, refrenados por el cochero, sentado hacía ya un cuarto de hora en su sitio, el elegante faetón, que ya conocen nuestros lectores, arrojó, más bien que dejó bajar, al conde de Cavalcanti, tan dorado y pagado de sí mismo como si fuese a casarse con una princesa.

Preguntó por la salud del conde con aquella franqueza que le era habitual, y subiendo en seguida al primer piso, se encontró con él al fin de la escalera.

Al ver al joven, se detuvo Montecristo, pero Cavalcanti estaba llamando, y ya nada lo detenía.

—¡Eh!, buenos días, mi querido señor de Montecristo— dijo al conde.

—¡Ah! —exclamó este con su voz medio burlona—, señor mío, ¿cómo está?

—Perfectamente, ya lo ve: vengo a hablarle de mil cosas; pero, ante todo, ¿salía o entraba?

—Salía.

—Entonces, para no detenerle o subiré en su carruaje, y Tom nos seguirá conduciendo el mío.

—No —dijo con una leve sonrisa de desprecio el conde, a quien no gustaba sin duda que el joven lo acompañara—, no; prefiero darle audiencia aquí: se habla mejor en un cuarto, y no hay cochero que sorprenda sus palabras.

El conde entró en uno de los salones del primer piso, se sentó y, cruzando sus piernas, hizo señas a Cavalcanti para que acercase un sillón. El joven asumió un aire risueño.

—¿Sabe, querido conde —dijo—, que la ceremonia se celebra esta noche? A las nueve se firma el contrato en casa del futuro suegro.

—¡Ah! ¿De veras? —dijo Montecristo.

—¡Cómo! ¿No lo sabía, no lo ha prevenido el señor Danglars?

—Sí; recibí ayer una carta, pero me parece que no indica la hora.

—Es posible que se le haya olvidado.

—Y bien —dijo el conde—, ya es usted dichoso, señor Cavalcanti; es una de las mejores alianzas, y además, la señorita de Danglars es bonita.

—Sí —respondió Cavalcanti con modestia.

—Y, sobre todo, es muy rica; al menos, según creo.

—¡Muy rica! ¿Usted lo cree? —repitió el joven.

—Sin duda; se dice que el señor Danglars oculta por lo menos la mitad de su fortuna.

—Y confiesa que posee de quince a veinte millones —dijo Cavalcanti, en cuyos ojos brillaba la alegría.

—Sin contar —añadió Montecristo— que está en vísperas de entrar en una negociación, ya muy usada en los Estados Unidos y en Inglaterra, pero que en Francia es completamente nueva.

—Sí, sí; sé de lo que quiere hablar, del camino de hierro, cuya adjudicación acaba de obtener, ¿no es eso?

—Exacto. Ganará en ella por lo menos diez millones.

—¡Diez millones!, es magnífico —decía Cavalcanti, a quien embriagaban las doradas palabras del conde.
—Aparte de que toda esa fortuna será suya un día, y que es justo, pues la señorita de Danglars es hija única: su fortuna, al menos su padre me lo ha dicho, es casi igual a la de su futura; pero dejemos por un momento las cuestiones de dinero; ¿sabe, señor Cavalcanti, que ha conducido admirablemente este asunto?
—Sí, no muy mal —respondió el joven—; yo había nacido para ser diplomático.
—Pues bien, entró en la diplomacia. Ya sabe que no es cosa que se aprenda, es instintiva... ¿Tiene entregado el corazón?
—En verdad, lo temo —respondió el joven con tono teatral.
—¿Y lo ama?
—Es preciso que me ame un poco cuando se casa; sin embargo, no olvidemos una cosa esencial.
—¿Cuál?
—Que me han ayudado eficazmente en ese asunto.
—¡Bah!
—De veras lo digo.
—¿Las circunstancias?
—No; usted mismo.
—¡Yo! Déjeme en paz, príncipe —dijo Montecristo recalcando singularmente el título—. ¿Qué he hecho yo por usted? ¿Su nombre y su posición social no bastan?
—No —dijo el joven—; no, y por más que diga, señor conde, yo sostendré que la posición de un hombre como usted ha hecho más que mi nombre, mi posición social y mi mérito.
—Se equivoca —dijo con frialdad Montecristo, que conocía la perfidia del joven, y adónde iban a parar sus palabras— mi protección la ha adquirido merced al nombre de la influencia y fortuna de su padre; jamás le había visto, ni a usted ni a él, y mis dos buenos amigos, lord Wilmore y el abate Busoni, fueron los que me procuraron su conocimiento, que me ha animado, no a servirle de garantía, pero sí a patrocinarlo, y el nombre de su padre, tan conocido y respetado en Italia; por lo demás, yo personalmente no lo conozco.

Aquella calma, aquella libertad tan completa, hicieron comprender a Cavalcanti que estaba cogido por una mano fuerte y no era fácil quebrar el lazo.

—¿Pero mi padre es dueño en realidad de esa gran fortuna, señor conde?

—Así parece —respondió Montecristo.

—¿Sabe si ha llegado la dote que me ha prometido?

—He recibido carta de aviso.

—¿Pero los tres millones?

—Los tres millones están en camino, con toda probabilidad.

—¿Pero los recibiré efectivamente?

—Me parece que hasta el presente el dinero no le ha faltado.

Cavalcanti se sorprendió tanto que permaneció un momento pensativo; luego dijo:

—Me falta solamente pedirle una cosa, y esa la comprenderá aun cuando deba no serle agradable.

—Hable —dijo Montecristo.

—Gracias a mi posición, estoy en relaciones con muchas personas de distinción, y en la actualidad tengo una porción de amigos; pero al casarme, como lo hago ante toda la sociedad parisiense, debo ser sostenido por un hombre ilustre, y a falta de mi padre, una mano poderosa debe conducirme al altar; mi padre no vendrá a París, ¿verdad?

—Es viejo, está cubierto de llagas, y sufre una agonía en un viaje.

—Lo comprendo; y ¡bien!, vengo a pedirle una cosa.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

—¿Y cuál? ¡Dios mío!

—Que lo sustituya.

—¡Ah!, mi querido joven; ¿después de las muchas conversaciones que he tenido la dicha de tener con usted, me conoce tan mal que me pide semejante cosa? Dígame que le preste medio millón, y aunque sea un préstamo raro, se lo daré. Sepa, y me parece que ya se lo he dicho, que el conde de Montecristo no ha dejado de tener jamás escrúpulos; mejor, las supersticiones de un hombre de Oriente en todas las cosas de este mundo; ahora bien, yo que tengo

un serrallo en El Cairo, otro en Constantinopla y otro en Esmirna, ¿que presida un matrimonio?; eso no, jamás.
—¿De modo que rehúsa?
—Claro, y aunque fuese mi hijo, aunque fuese mi hermano, rehusaría lo mismo.
—¡Ah! ¡Dios mío! —dijo Cavalcanti desorientado—, ¿cómo haré entonces?
—Tiene cien amigos, usted mismo lo ha dicho.
—Sí; pero el que me presentó en casa de Danglars, fue usted.
—Nada de eso; rectifiquemos los hechos: le hice comer en mi casa un día en que él comió también en Auteuil, y después se presentó solo; es muy diferente.
—Sí; pero ha contribuido a mi matrimonio.
—¡Yo!, en nada, créalo, y acuérdese de lo que le respondí cuando vino a rogarme que pidiese a la joven para usted; jamás contribuyo a ningún matrimonio; es un principio del que nunca me aparto.
Cavalcanti se mordió los labios.
—Pero, al fin —dijo—, ¿estará presente al menos?
—¿Todo París estará?
—Desde luego.
—Pues estaré como todo París —dijo el conde.
—¿Firmará el contrato?
—No veo ningún inconveniente; no llegan a tanto mis escrúpulos.
—En fin, puesto que no quiere concederme más, me será preciso contentarme; pero una palabra aún, conde.
—¿Qué más?
—Un consejo.
—Cuidado, un consejo es más que un favor.
—¡Oh!, este puede dármelo sin comprometerse.
—Hable.
—¿El dote de mi mujer es de quinientos mil francos?
—Eso es lo que me dijo el propio Danglars.
—¿Debo recibirlo o dejarlo en las manos del notario?
—Le diré lo que sucede generalmente cuando esas cosas se hacen con delicadeza. Los dos notarios quedan citados el día del contrato para el siguiente; en él cambian las dotes y se entregan

mutuamente recibo; después de celebrado el matrimonio los ponen a su disposición, como jefe de la comunidad.

—Es que yo —dijo el joven con cierta inquietud mal disimulada he oído decir a mi suegro que tenía intención de colocar nuestros fondos en ese famoso negocio del camino de hierro de que me hablaba hace poco.

—Y bien —repuso el conde—, según asegura todo el mundo, es un medio de que sus capitales se tripliquen en un año. El barón Danglars es buen padre y sabe contar.

—Vamos, pues, todo va bien, excepto su negativa, que me parte el corazón.

—Atribúyela solamente a mis escrúpulos, muy naturales en estas circunstancias.

—Vaya —dijo Cavalcanti—, de todos modos, sea como usted quiere, hasta esta noche a las nueve.

—Hasta luego.

Y a pesar de una ligera resistencia de Montecristo, cuyos labios palidecieron, pero que conservó su sonrisa, el joven cogió una de sus manos, la apretó, montó en su faetón y desapareció.

Las cuatro o cinco horas que faltaban hasta las nueve, las dedicó Cavalcanti a visitar a sus numerosos amigos, invitándolos a que se hallasen presentes en la ceremonia, y tratando de deslumbrarles con la promesa de acciones, que volvieron locos después a tantos, y cuya iniciativa pertenecía a Danglars.

En efecto, a las ocho y media de la noche, el gran salón de Danglars, las galerías y tres salones más estaban llenos de una multitud perfumada, a la que no atraía la simpatía, sino la irresistible necesidad de la novedad.

No hace falta decir que los salones resplandecían con la claridad de mil bujías y dejaban ver aquel lujo de mal gusto que solo tenía en su favor la riqueza.

Eugenia Danglars estaba vestida con la sencillez más elegante: un vestido de seda blanco, una rosa blanca medio perdida entre sus cabellos más negros que el ébano, componían todo su adorno, sin que la más pequeña joya hubiese tenido entrada en él. En sus ojos un mentís dado a cuanto podía tener de virginal y sencillo aquel

cándido vestido.
La señora de Danglars, a treinta pasos de su hija, hablaba con Debray, Beauchamp y Château-Renaud. Debray había vuelto a entrar en la casa para aquella solemnidad, pero como otro cualquiera y sin ningún privilegio especial.
Cavalcanti, del brazo de uno de los más elegantes dandis de la ópera, le explicaba impertinentemente, en atención a que era necesario ser bien atrevido para hacerlo, sus futuros proyectos y el progreso de lujo que pensaba hacer con sus ciento setenta y cinco mil libras de renta.
La multitud se movía en aquellos salones como un flujo y reflujo de turquesas, rubíes y esmeraldas; como sucede siempre, las más viejas eran las más adornadas, y las más feas las que se exhibían con más obstinación. Si había algún blanco lirio o alguna rosa suave y perfumada, era preciso buscarlas en un rincón apartado, custodiadas por una vigilante madre o tía.
A cada instante, en medio de un tumulto y risas se oía la voz de un servidor, que anunciaba un nombre conocido en la Hacienda, respetado en el Ejército o ilustre en las Letras. Se veía entonces un ligero movimiento en los grupos; pero para uno que fijase la atención, cuántos pasaban inadvertidos o burlados.
En el momento en que la aguja del macizo reloj de bronce, que representaba a Endimión dormido, señalaba las nueve, y la campana daba aquella hora, el nombre del conde de Montecristo resonó también, y como impelida por un rayo eléctrico, toda la concurrencia se volvió hacia la puerta.
El conde venía vestido de negro, con su sencillez habitual; su chaleco blanco destacaba perfectamente las formas de su hermoso y noble pecho, su corbata negra hacía resaltar la palidez de su rostro; llevaba sobre el chaleco una cadena de oro sumamente fina.
Se formó inmediatamente un círculo alrededor de la puerta. De una ojeada divisó el conde a la señora de Danglars en un lado del salón, a Danglars en el opuesto, y delante de él a Eugenia.
Se acercó a la baronesa, que hablaba con la señora de Villefort, que había venido sola, porque Valentina aún no se hallaba restablecida; y sin variar de camino, porque todos le abrían paso, se

dirigió de la baronesa a Eugenia, a quien cumplimentó en términos tan rápidos y reservados, que llamaron la atención de la orgullosa artista. Se encontraba a su lado Luisa de Armilly, que dio gracias al conde por las cartas de recomendación que había tenido la bondad de darle para Italia, y de las que pensaba muy pronto hacer uso. Al separarse de aquellas señoras, se encontró con Danglars, que se había acercado para darle la mano.

Cumplidos aquellos tres deberes de sociedad, se detuvo Montecristo, paseando a su alrededor aquella mirada propia de la gente del gran mundo y que parece decir a los demás: “he hecho lo que debía; ahora, que los demás hagan lo que deben”.

Cavalcanti, que se hallaba en un salón contiguo, oyó el murmullo que la presencia de Montecristo había suscitado, y vino a saludar al conde. Lo halló rodeado por la muchedumbre, que se disputaba sus palabras, como sucede siempre con aquellos que hablan poco y jamás dicen una palabra en vano.

En aquel momento entraron los notarios, y fueron a situarse junto a la dorada mesa cubierta de terciopelo, preparada para firmar el contrato. Se sentó uno de ellos y permaneció el otro a su lado en pie.

Iban a leer el contrato que la mitad de París presente a aquella solemnidad debía firmar, cada uno ocupó su lugar. Las señoras formaron un círculo alrededor de la mesa, mientras los hombres, más indiferentes al estilo enérgico, como dice Boileau, hacían sus comentarios sobre la agitación febril de Cavalcanti, la atención de Danglars, la impasibilidad de Eugenia, y la manera frívola y alegre con que la baronesa trataba aquel importante asunto.

Se leyó el contrato en medio del silencio más profundo, pero concluida la lectura empezó de nuevo el murmullo, doble de lo que antes era. Aquellas inmensas sumas, aquellos millones, que venían a completar los regalos de la esposa y las joyas exhibidas en una sala destinada a aquel objeto, habían doblado la hermosura de Eugenia a los ojos de los jóvenes, y el sol se oscurecía entonces ante ella.

Las mujeres, codiciando aquellos millones, consideraban, con todo, que no tenían necesidad de ellos para ser bellas.

Cavalcanti, rodeado de sus amigos, agasajado, adulado, empezaba a creer en la realidad del sueño que se había forjado; poco le faltaba para perder el juicio.

El notario tomó solemnemente la pluma, se levantó y dijo:

—Señores, va a firmarse el contrato.

El barón debía firmar el primero, en seguida el apoderado del señor Cavalcanti padre, la baronesa, los futuros esposos, como se dice en ese lenguaje que es corriente en el papel sellado.

El barón tomó la pluma y firmó. En seguida lo hizo el apoderado de Cavalcanti padre.

La baronesa se asió del brazo de la señora de Villefort.

—Amigo mío —dijo tomando la pluma—, ¿no es algo muy triste que un incidente imprevisto ocurrido en la causa de asesinato y robo de que faltó poco fuese víctima el señor de Montecristo, nos prive del placer de ver al señor de Villefort?

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Danglars, de un modo que equivalía a decir: “me es absolutamente indiferente”.

—Tengo motivos —dijo Montecristo acercándose— para temer que soy la causa involuntaria de esta ausencia.

—¡Cómo! ¿Usted, conde? —dijo la señora Danglars firmando—, cuidado, que si es así no lo perdonaré.

Cavalcanti tenía el oído listo y atento.

—No será mía la culpa —dijo el conde—, y por esto quiero manifestarla.

Escuchaban ávidamente a Montecristo, cuyos labios raras veces se desplegaban.

—¿Recuerda —dijo el conde en medio del más profundo silencio— que el desgraciado que había venido a robarme y murió en mi casa fue asesinado al salir de ella por su cómplice, según creo?

—Sí —dijo Danglars.

—Pues bien, al querer auxiliarle, le desnudaron y arrojaron sus vestidos no sé dónde; la justicia los recogió; pero al tomar la chaqueta y el pantalón, olvidó el chaleco.

Cavalcanti palideció visiblemente; veía formarse una nube en el horizonte, le parecía que la tempestad que en ella se escondía iba a descargar sobre él.

—Pues bien, aquel chaleco se ha encontrado hoy, todo lleno de sangre y agujereado en el lado del corazón.

Las señoras dieron un grito; dos o tres se dispusieron a desmayarse.

—Me lo trajeron, nadie podía adivinar de dónde provenía aquel harapo; solamente yo pensé que sería probablemente el chaleco de la víctima. De repente, registrando mi camarero con repugnancia y precaución aquella fúnebre reliquia, encontró un papel en el bolsillo y lo sacó; era una carta dirigida a usted, barón.

—¿A mí? —dijo Danglars.

—¡Oh!, a usted; llegué a leer su nombre, a pesar de las manchas de sangre que tenía el papel —respondió Montecristo, en medio de la general sorpresa.

—Pero —preguntó la señora Danglars mirando a su marido—, cómo impide eso al señor de Villefort...

—Es muy sencillo, señora —respondió Montecristo—; el chaleco y la carta constituyen lo que se llama piezas de convicción, y los he enviado al procurador del rey. Bien conoce, mi querido barón, que en materias criminales, las vías legales son las seguras. Quizá sería alguna trama urdida contra usted.

Cavalcanti miró fijamente a Montecristo y pasó al segundo salón.

—Es posible —dijo Danglars—; ¿el hombre asesinado, no era un antiguo presidiario?

—Sí —respondió el conde—, un antiguo presidiario llamado Caderousse.

Danglars palideció levemente. Cavalcanti salió del segundo salón, y fue a la antecámara.

—Pero firme, firme —dijo Montecristo—. Veo que mis palabras han conmovido a todo el mundo; le pido perdón, señora baronesa, y a usted, señorita Danglars.

La baronesa, que acababa de estampar su firma, entregó la pluma al notario.

—El señor príncipe de Cavalcanti —dijo el Tabelión—. Señor príncipe de Cavalcanti, ¿dónde está?

—¡Cavalcanti! ¡Cavalcanti! —repitieron los jóvenes, que habían llegado a tal intimidad con el italiano, que lo llamaban por el apellido

sin nombrarle por su título.

—Llame, pues, al príncipe, adviértele que le toca firmar —dijo Danglars a un criado.

Pero, en aquel momento, la multitud de amigos retrocedió espantada hacia el salón principal, como si un espantoso monstruo hubiese invadido la habitación. Había motivo para huir, espantarse y gritar.

Un oficial de gendarmería colocaba a la puerta dos gendarmes, y se dirigía a Danglars precedido de un comisario de policía con su faja puesta.

La señora Danglars lanzó un grito y se desmayó.

Danglars, que se creía amenazado, porque ciertas conciencias jamás están tranquilas, ofreció a la vista de sus convidados un rostro descompuesto por el terror.

—¿Qué ocurre, caballero? —preguntó Montecristo dirigiéndose al comisario.

—¿Cuál de ustedes, señores —preguntó el magistrado sin responder al conde—, se llama Andrés Cavalcanti?

Un grito de estupor se dejó oír por doquier.

Buscaron, preguntaron.

—¿Pero quién es ese Cavalcanti? —inquirió Danglars casi fuera de sí.

—Un presidiario escapado de Tolón.

—¿Y qué crimen ha cometido?

—Se le acusa —dijo el comisario con su voz impasible— de haber asesinado al llamado Caderousse, su antiguo compañero de presidio, en el instante en que salía de robar en casa del señor conde de Montecristo.

El conde dio una rápida ojeada alrededor.

Cavalcanti había desaparecido.

Unos instantes después de la escena de confusión producida en los salones del señor Danglars por la inesperada aparición del oficial de gendarmería y por la revelación que había seguido, el inmenso palacio se había ido quedando vacío con la misma rapidez que habría ocasionado el anuncio de un caso de peste o de cólera, morbo que se hubiera producido entre los invitados. En algunos

minutos, por todas las puertas, por todas las escaleras, por todas las salidas, se apresuraron todos a retirarse o, mejor dicho, a huir; porque esa era una de aquellas circunstancias en que incluso están de más aquellas palabras de consuelo que tan importunos hacen hasta a los mejores amigos en las grandes desgracias.

En la casa del banquero no había quedado más que el propio Danglars, encerrado en su despacho y prestando su declaración entre las manos del oficial de gendarmería. La señora de Danglars, aterrada en el tocador que ya conocemos, y Eugenia, que con la mirada altanera se había retirado a su cuarto, con su inseparable compañera, la señorita Luisa de Armilly.

En cuanto a los numerosos criados, todavía más numerosos en esta noche que de costumbre, porque se les había agregado con motivo de la fiesta los encargados de los helados, los cocineros y los reposteros del café de París, formaban corros en las cocinas y en sus cuartos, acusando a sus amos de lo que ellos llamaban su afrenta, cuidándose muy poco del servicio, que por otra parte se encontraba naturalmente interrumpido.

En medio de todas las personas a quienes hacían estremecer distintos intereses, únicamente dos merecen que nos ocupemos de ellas: Eugenia Danglars y Luisa de Armilly.

Como hemos dicho, Eugenia se retiró con aire altanero, y con el paso de una reina ultrajada, seguida de su compañera, más pálida y más conmovida que ella. Al llegar a su cuarto, cerró la puerta por dentro, mientras Luisa cayó en su silla.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué horror! —dijo la joven filarmónica—. ¿Quién lo habría imaginado? El señor Cavalcanti..., un asesino.... un desertor de presidio..., un presidiario...

Una sonrisa irónica contrajo los labios de Eugenia.

—Estaba predestinada —dijo— ¡Me escapo de un Morcef para caer en manos de un Cavalcanti!

—¡Oh!, no confundas a uno con el otro, Eugenia.

—Calla, todos los hombres son unos niños, y me alegro de tener motivo para hacer algo más que aborrecerlos, ahora los desprecio.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Luisa.

—¿Qué vamos a hacer?

—Sí.
—Lo que teníamos que hacer dentro de tres días..., marchar.
—¡Cómo!, a pesar de que no te casas, ¿quieres...?
—Escucha, Luisa: detesto esta vida ordenada, acompasada y sujeta a reglas como nuestro papel de música. Lo que siempre he deseado, querido y ambicionado, es la vida de artista, la vida libre, independiente, en que una no depende más que de sí misma, y en que a nadie debe dar cuenta de sus actos. ¿Para qué me he de quedar? ¿Para qué tratar de nuevo de aquí a un mes de casarme? ¿Y con quién? ¿Con el señor Debray, quizá, como ya se pensó en ello? No, Luisa, no; la aventura de esta noche me servirá de pretexto.
—Qué fuerte y animosa eres —dijo la rubia y delicada joven a su morena compañera.
—¿No me conocías aún? Vamos. Veamos, Luisa, hablemos de todos nuestros asuntos. La silla de posta...
—Por suerte, hace tres días que se ha comprado.
—¿La has hecho llevar al sitio donde debemos tomarla?
—Sí.
—¿Nuestro pasaporte?
—Aquí está.
Y Eugenia, con su natural aplomo, desdobló un papel impreso y leyó:

El señor León de Armilly, edad veinte años; profesión artista, pelo negro, ojos negros, viaja con su hermana.

—¡Magnífico! ¿Quién te ha facilitado ese pasaporte?
—Cuando fui a pedir al conde de Montecristo cartas para los directores de los teatros de Roma y Nápoles, le manifesté mis temores de viajar en calidad de mujer. El conde los comprendió perfectamente, y se puso a mi disposición, para facilitarme un pasaporte de hombre, y dos días más tarde recibí este, en el que he añadido de mi letra: *viaja con su hermana.*
—¡Bravo! —dijo Eugenia alegremente—, ya solo se trata de hacer nuestras maletas.

—Piénsalo bien, Eugenia.
—¡Oh!, todo está reflexionado. Estoy cansada de oír hablar de fines de mes, de alza, de baja, de fondos españoles, de cuentas, etcétera. En lugar de todo eso, Luisa, el aire, la libertad, el canto de los pájaros, las llanuras de Lombardía, los canales de Venecia, los palacios de Roma y la playa de Nápoles. ¿Cuánto tenemos?
Luisa sacó de su bolsillo una cartera, que abrió, y que contenía veintitrés billetes de banco.
—¿Veintitrés mil francos? —dijo.
—Y por lo menos otro tanto en perlas, diamantes y alhajas —añadió Eugenia—. Somos ricas. Con cuarenta y cinco mil francos tenemos para vivir por espacio de dos años como princesas, o discretamente por espacio de cuatro. Pero antes de medio año habremos doblado nuestro capital, tú con lo música y yo con mi voz. Vamos, encárgate del dinero, yo me encargo de las alhajas. De modo que si una de las dos tuviese la desgracia de perder su tesoro, la otra conservaría el suyo. Ahora las maletas, sin pérdida de tiempo.
—Aguarda —dijo Luisa, yendo a escuchar a la puerta de la señora de Danglars.
—¿Qué es lo que temes?
—Que nos sorprendan.
—La puerta está cerrada.
—Que nos manden abrirla.
—Que lo manden. No obedeceremos.
—Eres una verdadera amazona, Eugenia.
Y las dos jóvenes se pusieron con una prodigiosa actividad a colocar en una maleta todos los objetos que creían necesitar.
—Cierra tú la maleta mientras yo me cambio de vestido —dijo Eugenia.
Luisa apoyó sus pequeñas y hermosas manos sobre la tapa de la maleta.
—No puedo —dijo—, no tengo bastante fuerza; ciérrala tú.
—¡Ah!, verdad —dijo riendo Eugenia—, olvidaba que yo soy Hércules y que tú eres la pálida Ónfala.
Y la joven Eugenia, apoyando la rodilla sobre la maleta, engarrotó

sus blancos y musculosos brazos hasta que juntó las dos divisiones de la maleta y la señorita de Armilly echó el candado a la cadena.

Concluida esta operación, Eugenia abrió una cómoda, cuya llave llevaba siempre consigo, sacó una mantilla de viaje de seda color violeta y dijo:

—Toma, con esto no tendrás frío. Ya ves que he pensado en todo.

—Pero ¿y tú?

—¡Yo! jamás tengo frío, bien lo sabes, y luego con mis vestidos de hombre...

—¿Vas a vestirte aquí?

—Desde luego.

—¿Tendrás tiempo?

—No temas, cobarde. Todos están ocupados del ruidoso suceso. Además, ¿es extraño que permanezca encerrada, cuando deben suponerme en un estado fatal?

—Tienes razón, con ello me tranquilizas.

—Ven, ayúdame.

Y del mismo cajón de donde sacó la mantilla que acababa de dar a la señorita de Armilly, y que esta tenía ya puesta, sacó un vestido completo de hombre, desde las botas hasta la levita, con provisión de ropa blanca, y si bien no se veía nada superfluo, tampoco se echaba de menos lo necesario.

Con una rapidez que indicaba que no era la primera vez que por broma se había puesto los vestidos del sexo contrario, Eugenia se calzó las botas, se puso un pantalón, anudó la corbata, abrochó hasta arriba su chaleco y se puso una levita que dejaba ver su fino talle.

—Estás muy bien, de veras, muy bien —dijo Luisa contemplándola con admiración—, pero y esos hermosos cabellos negros, y esas trenzas magníficas que hacen respirar de envidia a todas las mujeres, ¿se disimularán en un sombrero de hombre como el que veo allí?

—Voy a comprobarlo —respondió Eugenia.

Y cogiendo con la mano izquierda la espesa trenza que no cabía entre sus dedos, tomó con la derecha unas largas tijeras. Pronto rechinó el acero entre aquella hermosa cabellera, que cayó a los

pies de la joven.

Cortada la trenza superior, pasó a las de las sienes, que cortó sucesivamente sin la menor señal de pesar. Sus ojos, por el contrario, brillaron con más alegría que de costumbre, bajo sus negras pestañas.

—¡Oh! ¡Qué lástima de cabellos tan hermosos! —dijo Luisa.

—¿Y qué, no estoy cien veces mejor así? —dijo Eugenia alisando sus bucles—, ¿no me encuentras más bonita?

—Siempre lo eres —respondió Luisa—. ¿Ahora, adónde vamos?

—A Bruselas, si te parece. Es la frontera más próxima. De allí iremos a Lieja, a Aquisgrán, subiremos al Rin hasta Estrasburgo, y atravesando Suiza bajaremos a Italia por San Gotardo. ¿Te parece bien así?

—Sí.

—¿Qué miras?

—Te miro; estás adorable así. Se diría que me estás raptando.

—Y, por Dios, tienes razón.

—¡Oh! Creo que has jurado, Eugenia.

Y las dos jóvenes, a las que creían anegadas en llanto, la una por sí misma y la otra por amor a su amiga, prorrumpieron en una risa estrepitosa, al mismo tiempo que hacían desaparecer las señales más visibles del desorden que naturalmente había acompañado a sus preparativos de fuga.

Después apagaron las luces, y con el ojo alerta y el oído atento, las dos fugitivas abrieron la puerta del tocador, que daba a una escalera interior y conducía hasta el patio de entrada. Eugenia iba delante, sosteniendo con una mano la maleta que por el asa opuesta Luisa apenas podía sostener con las dos.

Estaban dando las doce, y el gran patio estaba solitario. El portero velaba aún, o por lo menos estaba levantado.

Eugenia se acercó poco a poco y vio al suizo que dormía en su cuarto, tendido en un sillón. Se volvió a Luisa, tomó el pequeño baúl que habían dejado un instante en el suelo, y las dos siguieron la sombra del muro y se dirigieron al arco de entrada.

Eugenia hizo ocultar a Luisa en el ángulo de la puerta, de modo que el conserje, si se despertaba no viese más que una persona.

Luego, colocándose ella en el sitio que daba de lleno el farol que alumbraba la entrada:

—La puerta —dijo con su bella voz de contralto, tocando al vidrio.

El conserje se levantó y dio algunos pasos para reconocer al que salía, como Eugenia había previsto, y viendo un joven que golpeaba impaciente su pantalón con el bastón, abrió al momento.

Luisa se escabulló como una culebra por la puerta entreabierta y saltó fuera. Luego salió Eugenia, tranquila en apariencia, aunque es probable que su corazón latiese con más violencia que de costumbre.

Pasaba un mandadero y lo cargaron con el baúl, le indicaron el sitio adonde debía dirigirse, calle de la Victoria, número 3, y marcharon tras aquel hombre cuya compañía daba ánimo a Luisa. Eugenia era tan fuerte como Judit o Dalila.

Llegaron al número indicado y Eugenia dio orden al mandadero de que dejase el baúl en el suelo. Le pagó, se retiró aquel, y entonces llamó a una ventanilla. Vivía en el cuarto una costurera que estaba avisada de antemano y no se había acostado todavía.

—Señorita —dijo Eugenia—, haga sacar por el portero mi silla de posta y envíelo a buscar caballos. Dele esos cinco francos por su trabajo.

—De veras te admiro y te respeto —dijo Luisa.

La costurera miraba asombrada, pero como le dieron veinte luises no hizo observación alguna.

Al cuarto de hora volvió el conserje con el postillón y los caballos, que este enganchó, mientras aquel colocaba el baúl en la parte trasera.

—Aquí está el pasaporte —dijo el postillón—, ¿qué camino tomamos, mi joven señor?

—El de Fontainebleau —respondió Eugenia con una voz casi masculina.

—¿Qué dices? —preguntó Luisa.

—Le doy unas señas falsas —respondió Eugenia—. Esa mujer a quien damos veinte luises puede vendernos por cuarenta. Al llegar al Boulevard, tomaremos otra dirección.

Y la joven subió al carruaje casi sin tocar el estribo.

—Siempre tienes razón —dijo la maestra de canto, colocándose junto a su amiga.

Al cuarto de hora, el postillón, puesto ya en el camino que debían seguir, pasaba la barrera de San Martín, haciendo resbalar su látigo.

—¡Ah! —dijo Luisa respirando—, ya estamos fuera de París.

—Sí, querida mía, el rapto es bello y bien consumado —respondió Eugenia.

—Sí, pero sin violencia.

—Lo haré valer como circunstancia atenuante.

Estás palabras se perdieron en medio del estrépito de las ruedas sobre el camino de La Villete.

—El barón Danglars ya no tenía hija —dijo Luisa—, y casi diría que me inspiras.

Capítulo diez: La fonda de la Campana y la Botella

Dejemos de momento a la señorita de Danglars y su amiga, camino de Bruselas, y volvamos al pobre Cavalcanti, tan desgraciadamente detenido al empezar su fortuna.

A pesar de sus pocos años, era un joven listo e inteligente, y así es que a los primeros rumores que penetraron en el salón, lo vimos ir ganando gradualmente la puerta. Olvidamos una circunstancia que no debe omitirse, y es que en uno de los salones que atravesó Cavalcanti estaban los regalos de la novia: diamantes, chales de Cachemira, encajes de Valenciennes, velos ingleses, y en fin, todos aquellos objetos que solo el nombrarlos basta para hacer saltar de alegría a una joven.

Ahora bien, al pasar por aquel cuarto, y esto prueba que Cavalcanti era no solamente un joven diestro e inteligente, sino también previsor, se apoderó del mejor aderezo. Reconfortado con aquel viático, se sintió la mitad más ligero para saltar por una ventana y escaparse de entre las manos, de los gendarmes.

Alto, bien formado como un gladiador antiguo, y musculoso como

un espartano, Cavalcanti corrió un cuarto de hora sin saber adónde iba, y con el solo fin de alejarse del sitio en que faltó muy poco para que lo detuviesen. Salió de la calle de Mont Blanc, y por el instinto que los ladrones tienen a las barreras, como la liebre a su madriguera, se halló sin saber cómo al extremo de la calle de Lafayette.

Allí se detuvo jadeante. Estaba completamente solo, tenía a su izquierda el campanario de San Lázaro y a su derecha París en toda su profundidad.

—¿Estoy perdido? —se preguntó a sí mismo—. No, si mi actividad es superior a la de mis enemigos.

Vio que subía por el arrabal Poissonnière un cabriolé de alquiler, cuyo cochero, fumando su pipa, parecía querer ganar la extremidad del arrabal San Dionisio, donde debía sin duda parar ordinariamente.

—¡Eh! ¡Amigo! —le gritó Benedetto.

—¿Qué hay, señor? —preguntó el cochero.

—¿Su caballo está muy cansado?

—¿Cansado? ¡Bah! Si no ha hecho nada en todo el santo día. Cuatro miserables viajes, y un franco para beber, siete francos en total, y debo llevar diez al patrón.

—¿Quiere agregar a esos siete francos otros veinte que ve aquí?

—Con mucho gusto. Veinte francos no son de despreciar; ¿qué he de hacer para ello? Veamos.

—Una cosa muy fácil, si su caballo no está cansado.

—Le aseguro que irá como el viento; basta que me diga por dónde debo marchar.

—Por el camino de Louvres.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Se consigue buena ratafía por allá!

—Exacto. Se trata solamente de alcanzar a uno de mis amigos, con el que debo cazar mañana en la Chapelle-en-Serval; debía esperarme aquí a las once y media con su cabriolé. Son las doce, se habrá marchado solo, cansado de esperar.

—Es probable.

—Y bien, ¿quiere ver si lo alcanzamos?

—¿Cómo no?

—Pero si no lo alcanzamos hasta Bourget, le daré veinte francos; si tiene que ir a Louvres, treinta.

—¿Y si lo alcanzamos?

—Cuarenta —dijo Cavalcanti, que había reflexionado un instante y comprendió que con prometer no arriesgaba nada.

—Está bien —dijo el cochero—, suba y adelante. Porrrrruuuu...

Cavalcanti montó en el cabriolé, atravesaron a la carrera el arrabal San Dionisio, costearon el de San Martín, pasaron la barrera y tomaron el camino de la interminable Villete.

No se preocupaba de alcanzar al quimérico amigo, pero, con todo, Cavalcanti se informaba al paso ya de los viajeros, ya de las ventas que estaban aún abiertas; preguntaba por un cabriolé verde tirado por un caballo castaño oscuro, y como en el camino de los Países Bajos circulaban siempre millares de cabriolés y las nueve décimas partes son verdes, llovían señales a cada paso. Acababan de verlo pasar, solo llevaría de ventaja quinientos pasos, doscientos, ciento solamente. Finalmente, lo alcanzaban, pasaban delante, y veían que no era él.

Una vez le tocó también que pasaran delante de él, pero fue una magnífica silla de posta tirada por cuatro caballos a galope.

—¡Ah! —dijo entre sí Cavalcanti—, ¡si yo tuviera esa silla, sus buenos caballos, y sobre todo, el pasaporte que ha sido preciso sacar para viajar de ese modo! —y lanzó un profundo suspiro.

En ella iban las señoritas Danglars y Armilly.

—Vamos, vamos —dijo Cavalcanti—, no podemos tardar en alcanzarle.

Y el pobre caballo volvió a emprender el trote veloz que había traído desde la barrera y llegó a Louvres lleno de espuma.

—Está visto —dijo Cavalcanti— que no alcanzaré a mi amigo y mataré su caballo. Así, es mejor que me detenga aquí. Ahí tiene sus treinta francos, yo me voy a acostar a la fonda del Caballo Rojo, y en la primera diligencia en que halle un asiento lo tomaré. Buenas noches, amigo mío.

Y poniendo seis piezas de cinco francos en la mano del cochero saltó con presteza del carruaje.

El auriga metió su dinero en el bolsillo y tomó alegremente, al

paso, el camino de París.

Cavalcanti hizo como que iba a la fonda del Caballo Rojo. Se paró un instante a la puerta, y cuando ya el ruido del carruaje no se oía emprendió el camino, y con paso bastante acelerado anduvo aún dos leguas. Se paró al fin y calculó que debía estar ya muy cerca de la Chapelle-en-Serval, adonde había dicho que iba...

No se detuvo por cansancio, sino porque convenía tomar una resolución, adoptar un plan. Subir en diligencia era imposible; tomar la posta, todavía más. Para viajar, de uno u otro modo, es preciso un pasaporte. Tampoco era posible quedarse en el departamento del Oise, es decir, en uno de los más descubiertos y vigilados de Francia, sobre todo a un hombre como Cavalcanti, tan experimentado en materia criminal.

Se sentó al borde de una cuneta, dejó caer la cabeza entre sus manos y reflexionó; a los diez minutos se levantó: había tomado ya su resolución.

Llenó de polvo un lado de su gabán, que tuvo tiempo de descolgar de la antecámara, y abotonárselo por encima de su traje de baile, y entrando en la Chapelle-en-Serval, fue a llamar resueltamente a la puerta de la única posada que hay en la región. Le abrió el posadero.

—Amigo —dijo Cavalcanti—, iba de Morfontaine a Sculis, y mi caballo, que es asombradizo, emprendió la fuga, arrojándome a diez pasos; necesito llegar esta noche a Compiègne, por no causar grave disgusto a mi familia; ¿tiene un caballo que alquilarme?

Bueno o malo, un posadero dispone siempre de un caballo. El de la Chapelle-en-Serval llamó al mozo de cuadra, y le dijo que ensillara el Blanco; despertó a su hijo, chico de siete años, que debía montar en grupa y volver a traer al cuadrúpedo.

Cavalcanti dio veinte francos al posadero, y al sacarlos del bolsillo dejó caer una tarjeta; era la de uno de sus amigos del café de París, de modo que el posadero, cuando Cavalcanti se marchó y recogió la tarjeta que vio en el suelo, se convenció de que había alquilado su caballo al señor conde de Mauleón, calle de Santo Domingo, 25. Era el nombre que había visto en la tarjeta.

Blanco no iba ligero, pero llevaba un paso igual y constante. En

tres horas y media anduvo Cavalcanti las nueve leguas que lo separaban de Compiègne. Daban las cuatro en el reloj del Ayuntamiento cuando llegó a la plaza donde paran las diligencias.

Hay en Compiègne una fonda excelente que no olvidan los que en ella se han alojado una vez. Cavalcanti, que había hecho alto allí en una de sus correrías por los alrededores de París, se acordó de la fonda de la Campana y la Botella. Se orientó y vio a la luz de un reverbero la muestra indicadora, y habiendo despedido al chico, al que dio cuanta moneda menuda tenía, llamó a la puerta, pensando con razón que aún disponía de tres o cuatro horas, y que lo mejor que podía hacer era prepararse con un buen sueño y una buena cena para las fatigas del viaje.

Le abrió un camarero.

—Amigo —le dijo Cavalcanti—, vengo de Saint-Jean-du-Bois, donde he comido. Creía tomar la diligencia que pasa a medianoche, me he desorientado como un tonto, y hace cuatro horas que me paseo a la ventura. Deme uno de esos lindos cuartos que dan al patio y súbame un pollo frito y una botella de Burdeos.

El camarero no sospechó nada. Cavalcanti hablaba con la mayor tranquilidad. Tenía el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos del gabán. Su vestido era elegante y calzaba botas de charol. Parecía un vecino que llegaba un poco tarde.

Mientras el mozo preparaba el cuarto, se levantó el ama. El joven la recibió con su más lisonjera sonrisa, y le preguntó si no podría darle el número tres, que había ocupado ya otra vez en su último viaje a Compiègne. Desgraciadamente el número tres lo ocupaba un joven que viajaba con su hermana.

Cavalcanti pareció desesperado, pero se consoló cuando el ama le dijo que el número siete, que le preparaban, tenía absolutamente las mismas condiciones que el número tres, y calentándose los pies y hablando de las últimas carreras de caballos de Chantilly, esperó a que le avisasen que el cuarto estaba preparado.

No sin razón había hablado Cavalcanti de los lindos cuartos que daban al patio de entrada. Este, con su triple orden de galerías, que le hacen parecer un teatro, con sus jazmines y sus clemátides, que suben enredadas en las delgadas columnas como una decoración

natural, es una de las entradas de fonda más encantadoras que existen en el mundo.

El pollo estaba tierno, el vino era añejo, y en la chimenea ardía un buen fuego. Cavalcanti se quedó sorprendido al ver que cenaba con tan buen apetito, como si nada le hubiese sucedido. Se acostó inmediatamente, y se durmió con aquel sueño que el hombre tiene siempre a los veinte años, aun cuando tenga remordimientos.

Nos vemos precisados a confesar que Cavalcanti podía haber tenido remordimientos, pero no los tenía. He aquí el plan que le había dado la mayor parte de su seguridad.

Levantarse tan pronto como amaneciese. Salir de la fonda después de haber pagado rigurosamente su cuenta, internarse en el bosque; comprar, bajo el pretexto de hacer estudios de pintura, la hospitalidad de un campesino, procurarse un traje de leñador y un hacha, despojarse del traje del elegante para vestir el del obrero; luego, con las manos llenas de tierra, oscurecidos los cabellos con un peine de plomo, y ennegrecido el rostro con una receta que le habían dado sus compañeros, ir de bosque en bosque hasta la frontera más cercana, caminando de noche y durmiendo de día, sin acercarse a lugares habitados más que de vez en cuando para comprar un pan.

Cuando hubiere pasado la frontera, reduciría a dinero sus diamantes, y juntando su importe a unos diez billetes de banco que llevaba siempre consigo para caso de apuro, se hallaba aún con cincuenta mil libras, lo que según su filosofía, no era malo del todo.

Contaba además con el interés que Danglars tenía en echar tierra a aquel asunto. Por estas razones y por el cansancio, Cavalcanti se durmió en un momento.

Para despertarse temprano, dejó abierta la ventana, pasó el cerrojo de la puerta y dejó abierto sobre la mesa de noche un cuchillo de aguda punta y excelente temple que llevaba siempre consigo.

Serían las siete cuando un brillante rayo de sol hirió su rostro, despertándose al mismo tiempo.

En todo cerebro bien organizado, la idea dominante, y siempre hay una, es la primera que se presenta al despertarse, como es también la última que se tiene al dormirse. Cavalcanti no había aún abierto

bien los ojos cuando ya conoció que había dormido más tiempo del que debía. Saltó de la cama y se dirigió a la ventana.

Un gendarme cruzaba por el patio.

El gendarme es el objeto que más llama la atención hasta del hombre que no tiene que temer, pero para una conciencia intranquila, y con motivo para estarlo, el pajizo, azul y blanco de que se compone su uniforme, toman unas tintas espantosas.

—¿Por qué un gendarme? —se preguntó Cavalcanti.

En seguida se respondió a sí mismo con aquella lógica que el lector ha debido ya observar en él:

—Un gendarme nada tiene que deba espantar en una fonda. No nos espantemos, pues, pero vistámonos.

Y el joven se vistió con una rapidez que no había perdido con la costumbre de servirse del ayuda de cámara, durante el tiempo que como un gran señor vivía en París.

—Bueno —dijo Cavalcanti vistiéndose—, esperaré, y cuando se marche me iré.

Diciendo estas palabras, acababa de vestirse, se acercó a la ventana y levantó la cortina de muselina.

No solo no se había marchado el primer gendarme, sino que el joven vio un segundo uniforme azul, pajizo y blanco, al pie de la escalera, única por donde él podía bajar, mientras que otro tercero, a caballo y con la carabina en la mano, estaba de centinela en la puerta de entrada, única por la que podía salir.

Este tercer gendarme era muy significativo, pues delante de él había formado un semicírculo por una turba de curiosos que sitiaban la puerta de la fonda.

“Me buscan a mí”, pensó Cavalcanti, “¡diablos!”.

La palidez se apoderó de su frente, miró a su alrededor con ansiedad. Su cuarto, como todos los de aquel piso, no tenía más salida que la galería exterior, que estaba precisamente a la vista de todos.

“Estoy perdido”, fue su segundo pensamiento.

Efectivamente, para un hombre en la situación de Cavalcanti, la prisión significa el jurado, el juicio, la muerte; pero la muerte sin misericordia y sin dilación.

Durante un momento oprimió su cabeza entre sus manos, y poco le faltó para enloquecer de miedo; pero en seguida, en medio de aquella multitud de ideas contrarias, se dejó ver una, llena de esperanza.

Se dejó ver una triste sonrisa sobre sus cárdenos labios. Miró nuevamente a su alrededor, y vio sobre una mesa los objetos que necesitaba, pluma, tinta y papel.

Con mano bastante segura trazó las siguientes líneas:

No tengo dinero para pagar, pero soy hombre de bien, y dejo empeñado mi alfiler, que vale diez veces más que el gasto que he hecho. He salido al ser de día, porque me daba vergüenza hacer esta declaración personalmente al ama.

Se quitó el alfiler de la corbata y lo puso sobre el papel. Luego, en lugar de dejar corridos los cerrojos, los abrió, y aun dejó la puerta entornada como si hubiese salido del cuarto olvidándose de cerrar. Se encaramó a la chimenea como hombre acostumbrado a esta clase de acrobacias, borró las pisadas con anticipación y se preparó a escalar el cañón que le ofrecía el único medio de salvación en que esperaba.

Tuvo el tiempo preciso para esconderse, pues el primer gendarme subía la escalera, acompañado del comisario de policía, sostenido por el segundo, que estaba al pie de ella, al que a su vez sostenía el colocado en tercera línea a la puerta de la fonda.

Veamos ahora a qué circunstancia debía Cavalcanti aquella visita que con tanto trabajo trataba de evitar.

Al despuntar el día el telégrafo había empezado a funcionar en todas direcciones, y cada localidad, prevenida instantáneamente, había despertado a las autoridades y lanzado la fuerza pública en busca del asesino de Caderousse.

Compiègne, residencia real, pueblo de caza, ciudad de guarnición, está ampliamente provista de autoridades y gendarmes. Las visitas habían empezado tan pronto como llegó la orden telegráfica, y siendo la fonda de la Campana y la Botella la primera de la ciudad, naturalmente fue la primera que visitaron. Además, según el parte

dado por el centinela que había estado de guardia en la casa del Ayuntamiento, que está junto a la fonda, constaba que muchos viajeros habían llegado durante la noche.

El centinela que había sido relevado a las seis de la mañana recordaba que en el momento en que acababan de dejarle en su puesto, es decir a las cuatro y algunos minutos, había visto un hombre montado en un caballo blanco, con un chico a la grupa, que se apeó en la plaza, despachó al chico y llamó a la fonda de la Campana, en la que se quedó. Sospechaban, pues, de aquel joven que llegó tan tarde, y este era precisamente Cavalcanti.

Con tales antecedentes, el comisario de policía y el gendarme, que era un sargento, se dirigieron al cuarto de Cavalcanti. La puerta estaba entreabierta.

—¡Vaya! —dijo el sargento, perro viejo y acostumbrado a los ardides del oficio—, mal indicio da una puerta abierta. Hubiera preferido verla con tres cerrojos.

En efecto, el alfiler y la carta, dejados por Cavalcanti encima de la mesa, confirmaron, o mejor dicho, apoyaron esta triste verdad. El sujeto había huido.

Gracias a las precauciones que tomó, no se conocían sus pisadas en las cenizas, pero como era una salida, en aquellas circunstancias debía ser objeto de una seria investigación.

El sargento hizo traer un manojo de sarmientos y paja, llenó la chimenea y la encendió. El fuego hizo crujir los ladrillos, una espesa columna de humo se levantó hacia el cielo, igual a la que sale de un volcán, pero no vio caer al que buscaba, contrariamente a lo que había pensado.

Es que Cavalcanti, que desde su infancia había estado en lucha con la sociedad, valía tanto como un gendarme, aunque este hubiese llegado al respetable grado de sargento. Y previendo lo que había de suceder, había salido al tejado y se escondió junto al cañón.

Durante un instante conservó la esperanza de escapar, porque oyó al sargento llamar a los gendarmes y gritarles: “No está”. Pero estirando un poco el cuello vio que los gendarmes en lugar de retirarse como era natural a semejante anuncio, vio, que por el

contrario redoblaban su atención.

Miró a su alrededor, vio a su derecha la casa del Ayuntamiento, edificio colosal, desde cuyas claraboyas se distinguía perfectamente el tejado, como desde una elevada montaña se divisa el valle.

Comprendió que muy pronto iba a ver asomarse por alguna de las claraboyas la cabeza del sargento. Si le descubrían, estaba perdido; una caza sobre el tejado no le ofrecía favorables perspectivas. Resolvió, pues, bajar, no por el mismo camino por el que había venido, sino por otro parecido.

Buscó una chimenea que no humease, se dirigió a ella andando a gatas, y se deslizó por ella sin haber sido visto por nadie.

En el mismo instante, una ventanilla de la casa del Ayuntamiento se abría, y por ella asomaba la cabeza del sargento de gendarmería. Permaneció inmóvil un momento como uno de los relieves de piedra que adornan el edificio, y dando en seguida un gran suspiro, desapareció.

—¿Y bien? —le preguntaron los dos gendarmes.

—Hijos míos —respondió el sargento—, es preciso que el tunante se haya marchado esta mañana muy temprano. Vamos a enviar al camino de Villers-Coterete y de Nogon para registrar el bosque, y lo hallaremos indudablemente.

Apenas había pronunciado aquellas palabras el honrado funcionario, cuando un grito, acompañado del agudo sonido de una campanilla tirada con fuerza, se dejó oír en el patio de la fonda.

—¡Oh!, ¡oh! ¿Qué es eso? —preguntó el sargento.

—He ahí un viajero que lleva mucha prisa —añadió el amo—. ¿En qué número llaman?

—En el tres.

—Corre, muchacho, pronto.

En aquel momento, los gritos y los campanillazos redoblaron, y el mozo echó a correr.

—No —dijo el sargento deteniendo al criado—, el que llama necesita sin duda algo más que un criado. Vamos a mandarle un gendarme. ¿Quién se aloja en el número tres?

—Un joven que llegó anoche con su hermana en una silla de posta y pidió un cuarto con dos camas.

La campanilla resonó por tercera vez, como si la agitase una persona llena de angustia.

—Venga conmigo, señor comisario —gritó el sargento—, sígame, y acelere el paso.

—Un momento —dijo el amo—, en el cuarto número tres hay dos escaleras, una interior y otra exterior.

—Bueno —dijo el sargento—, yo tomaré la interior, es mi departamento. ¿Están cargadas las carabinas?

—Sí, sargento.

—Pues bien, vigilen ustedes el exterior, y si quiere huir, hagan fuego. Es un gran criminal, según dice el telégrafo.

El sargento, seguido del comisario, desapareció por la escalera interior, acompañado del rumor que sus revelaciones sobre Cavalcanti habían hecho nacer en la multitud de ociosos que presenciaban aquella escena.

He aquí lo que había sucedido:

Cavalcanti había bajado diestramente hasta dos tercios de la chimenea; pero al llegar allí le falló un pie, y a pesar del apoyo de sus manos, bajó más rápido, y sobre todo con más ruido del que hubiera querido; nada hubiese importado esto si el cuarto no estuviera ocupado como estaba.

Dos mujeres dormían en una cama, y el ruido las despertó. Sus miradas se fijaron en el sitio en que habían oído el ruido, y por el hueco de la chimenea vieron aparecer un hombre.

Una de las dos, la rubia fue la que dio aquel terrible grito que se oyó en toda la casa; mientras que la otra, que era pelinegra, corrió al cordón de la campanilla, y dio la alarma tirando de ella con toda su fuerza.

Cavalcanti jugaba la partida con desgracia.

—¡Por piedad! —decía pálido, fuera de sí, sin ver a las personas a las que estaba hablando—, ¡por piedad! ¡No llame! ¡Sálvenme!, no quiero hacerles daño.

—¡Cavalcanti, el asesino! —gritó una de las dos mujeres.

—¡Eugenia, señorita Danglars! —dijo Cavalcanti, pasando del miedo al estupor.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba la señorita de Armilly, cogiendo el

cordón de la campanilla de manos de Eugenia, y tirando con más fuerza que antes.

—¡Sálvenme, me persiguen! ¡Por piedad! ¡No me entreguen!

—Es tarde, ya suben —respondió Eugenia.

—Pues bien, ocúltenme en cualquier parte. Dirán que tuvieron miedo sin motivo. Harán desaparecer las sospechas, y me salvarás la vida.

Las dos jóvenes, arrimadas la una a la otra y tapándose completamente con las colchas, permanecieron mudas ante aquella voz que les suplicaba. Mil ideas contrarias y la mayor repugnancia se leía en sus ojos.

—Pues bien, sea —dijo Eugenia—, tome el camino por el cual ha venido, y nada diremos. ¡Márchese, desgraciado!

—¡Aquí está! ¡Aquí está! —gritó una voz casi ya junto a la puerta —, ¡aquí está!, ya lo veo.

En efecto, mirando el sargento por el ojo de la cerradura, había visto a Cavalcanti en pie y suplicando.

Un fuerte culatazo hizo saltar la cerradura; otros dos los cerrojos, y cayó la puerta al suelo.

Cavalcanti corrió a la otra puerta que daba a la galería, y la abrió para precipitarse por ella. Los dos gendarmes que estaban allí se prepararon para hacer fuego.

Cavalcanti se detuvo, en pie, pálido, con el cuerpo un poco echado hacia atrás, y con su inútil cuchillo en la mano.

—Huya —le dijo la señorita de Armilly, en cuyo corazón empezaba a entrar la piedad en lugar del miedo—. Huya, pues, si puede.

—¡Oh!, mátese —dijo Eugenia con un tono semejante al que usaban las vestales al mandar en el circo al gladiador que concluyese con su enemigo vencido.

Cavalcanti tembló, miró a la joven con una sonrisa de desprecio, que demostraba que su corrupción le impedía conocer la sublime ferocidad del honor.

—¿Matarme? —dijo, arrojando su cuchillo—, ¿y por qué?

—¿Pues no ha dicho —le replicó Eugenia— que lo condenarán a muerte y que lo ejecutarán inmediatamente como al último de los criminales?

—¡Bah! —respondió Cavalcanti cruzando los brazos—, de algo servirán los amigos.

El sargento se dirigió a él sable en mano.

—Vamos, vamos —dijo Cavalcanti—, guarde ese sable, buen hombre, no hay necesidad de tanto ruido; me rindo.

Y alargó las manos a las esposas.

Las jóvenes miraban con terror aquella espantosa metamorfosis que se efectuaba ante su vista. El hombre de mundo, despojándose de su traje y volviendo a ser el hombre de presidio.

Cavalcanti se volvió hacia ellas y con la sonrisa de la imprudencia les dijo:

—¿Quiere algo para su padre, señorita Eugenia? Porque según todas las probabilidades vuelvo a París.

Eugenia ocultó su rostro entre sus manos.

—¡Oh! ¡Oh!, no hay por qué avergonzarse. No tiene nada de particular que haya tomado la posta para correr tras de mí. ¿No era yo casi su marido?

Después de su burla, Cavalcanti salió, dejando a las dos fugitivas entregadas a la vergüenza y a los chismes de la gente.

Una hora después, vestidas ambas con su traje de señora, subían a la silla de posta.

Habían cerrado la puerta de la fonda para librarlas de las primeras miradas, pero con todo fue necesario pasar por medio de dos hileras de curiosos que murmuraban.

—¡Oh! ¿Por qué el mundo no es un desierto? —dijo Eugenia bajando las persianas de la silla para que no la viesen.

Al día siguiente se apeaban en la fonda de Flandes, en Bruselas.

Desde el día anterior, Cavalcanti se hallaba en la cárcel de la Conserjería.

Hemos visto la tranquilidad con que las señoritas de Danglars y de Armilly habían hecho su transformación y emprendido su fuga. Debieron esta tranquilidad a que cada cual estaba bastante ocupado en sus asuntos para no mezclarse en los de los demás.

Dejaremos al banquero, con la frente bañada de sudor, alinear, a la vista de la bancarrota, las inmensas columnas de su pasivo, y seguiremos a la baronesa, que después de haber permanecido un

instante aterrada con la violencia del golpe que la hiriera, había ido en busca de su consejero ordinario, Luciano Debray.

Contaba la baronesa con que aquel matrimonio la libraría de una tutela que con una muchacha del carácter de Eugenia no dejaba de ser incómoda, porque en la especie de contrato tácito que sostiene los lazos de la jerarquía social, la madre no es verdaderamente dueña de su hija, sino con la condición de ser continuamente para ella un ejemplo de moralidad y un tipo de perfección.

Ahora bien, la señora Danglars temía la perspicacia de Eugenia y los consejos de Luisa de Armilly. Había observado ciertas miradas desdeñosas lanzadas por su hija a Debray, las que parecían significar que su hija conocía todo el misterio de sus relaciones amorosas y pecuniarias con el secretario íntimo, mientras que una interpretación más sagaz y más profunda hubiese, por el contrario, demostrado a la baronesa que Eugenia la detestaba, no porque era la piedra de escándalo de la casa paterna, sino porque la colocaba en la categoría de los bípedos que Platón no llama hombres, y Diógenes designa con la denominación de animales de dos pies y sin plumas.

La señora Danglars, a su modo de ver, y desgraciadamente todos en el mundo tenemos nuestro modo de ver que nos impide conocer el de los demás, la señora Danglars, decimos, lamentaba infinitamente que el matrimonio de Eugenia se hubiese desbaratado; no porque fuese o dejase de ser conveniente, sino porque la privaba de su entera libertad.

Corrió, pues, como hemos dicho, a casa de Debray, que después de haber asistido como todo París a la firma del contrato y al escándalo que hubo en ella, se retiró a su club, donde con algunos amigos hablaba del suceso que era tema de todas las conversaciones en las tres cuartas partes de la ciudad eminentemente chismosa, llamada la capital del mundo.

Cuando la señora Danglars, vestida de negro y cubierta con un velo, subía la escalera que conducía a la habitación de Debray, a pesar de haberle dicho el conserje que no estaba, se ocupaba él en rechazar las insinuaciones de un amigo que procuraba demostrarle que después del suceso escandaloso que se había producido, era

su deber, como amigo íntimo de la casa, casarse con Eugenia y sus dos millones.

Debray se defendía como hombre que quiere ser vencido, porque aquella idea se había presentado muchas veces a su imaginación. Mas como conocía a Eugenia, y sabía su carácter independiente y altanero, tomaba de vez en cuando una actitud defensiva diciendo que aquella unión era imposible, dejándose con todo dominar interiormente por aquella mala idea que, según todos los moralistas, preocupa incesantemente al hombre más puro y honrado, velando en el fondo de su alma cual tras la cruz el diablo.

El té, el juego y la conversación, interesante como se ve, pues se discutían graves intereses, duraron hasta la una de la madrugada.

Entretanto, la señora Danglars, introducida por el criado de Luciano en su habitación, esperaba con el velo echado sobre el rostro y con el corazón palpitante, en el pequeño salón verde, entre dos grandes floreros que ella misma le envió por la mañana, y que Debray había arreglado tan cuidadosamente que hizo que la pobre mujer le perdonara su ausencia.

A las once y cuarenta minutos la señora Danglars, cansada de esperar inútilmente, montó en un carruaje y se hizo conducir a su casa. Las mujeres de cierto rango tienen de común con las grisetas, que no vuelven jamás después de medianoche, cuando van a alguna aventura. La baronesa entró en su casa con la misma precaución con que Eugenia había salido de ella. Subió pronto, y con el corazón oprimido, la escalera de su cuarto, contiguo, como se sabe, al de Eugenia. Temía dar lugar a comentarios, y creía firmemente la pobre mujer, respetable al menos en este punto, en la inocencia de su hija y en su fidelidad al hogar paterno.

Cuando llegó a su cuarto, escuchó a la puerta de Eugenia, y no oyendo ruido, quiso entrar, pero estaba corrido el pestillo. Creyó que Eugenia, fatigada de las terribles emociones de la tarde, se había acostado y dormía. Llamó a la camarera y le preguntó:

—La señorita —respondió esta— ha entrado en su cuarto con la señorita Luisa, han tomado el té juntas, y me han despedido en seguida, diciéndome que no me necesitaban.

La camarera había estado desde entonces en la repostería, y creía

a las dos jóvenes acostadas.

La señora Danglars se retiró sin la menor sospecha, pero tranquila en cuanto a las personas, su espíritu se fijó en el hecho mismo. A medida que sus ideas eran más claras, las proporciones de la escena del contrato se engrandecían. Era ya algo más que un escándalo, era no una vergüenza, y sí una ignominia.

A pesar suyo, la baronesa recordó que no había tenido piedad de la pobre Mercedes, que tanto sufrió con lo ocurrido a su marido y a su hijo.

—Eugenia —dijo— está perdida y nosotros también. El suceso, tal cual va a contarse, nos cubre de oprobio, porque en una sociedad como la nuestra ciertos ridículos son llagas vivas, sangrantes e incurables. ¡Qué dicha que Dios haya dado a Eugenia ese carácter extravagante que tantas veces me ha hecho temblar!

Y elevó al cielo una mirada de gratitud hacia aquella Providencia misteriosa que lo dispone todo, según los sucesos que deben tener lugar, y hace que un defecto o un vicio sirvan a veces para nuestra dicha.

Luego, su imaginación tomó un rápido vuelo, y se detuvo en Cavalcanti.

Ese era un miserable, un ladrón, un asesino, y con todo, sus maneras indicaban una mediana educación, si no completa. Cavalcanti había hecho su aparición en el mundo con las apariencias de una gran fortuna y el apoyo de hombres ilustres.

¿Cómo orientarse en aquel inmenso dédalo? ¿A quién dirigirse para salir de aquella situación?

Debray, a quien había ido a buscar en el primer impulso de la mujer que ama y quiere ser socorrida y ayudada por el hombre a quien dio su corazón y muchas veces le pierde, Debray no podía darle más que un consejo; debía, pues, dirigirse a persona más poderosa.

Pensó en Villefort. Este era quien había hecho prender a Cavalcanti y quien sin piedad había venido a turbar la paz en el seno de su familia como si hubiera sido una familia extraña.

Mas, pensándolo bien, no era un hombre sin piedad el procurador del rey; era un magistrado esclavo de sus deberes, un amigo leal y

firme, que brutalmente, pero con mano segura, había dado el golpe de escalpelo en la parte enferma; no era un verdugo, era un cirujano que había visto perder ante el mundo el honor de los Danglars por la ignominia del joven que había presentado al mundo como su yerno.

Puesto que Villefort, amigo de la familia Danglars, obraba así, era de suponer que el banquero nada sabía de antemano, y era inocente, no teniendo participación alguna en los manejos de Cavalcanti. Reflexionándolo bien, la conducta del procurador del rey se explicaba ventajosamente.

Pero hasta allí debía llegar su inflexibilidad. Se propuso ir a verlo al día siguiente y obtener de él, si no que faltase a sus deberes de magistrado, al menos que tuviera la mayor indulgencia posible.

La baronesa invocaría el tiempo pasado, rejuvenecería sus recuerdos; suplicaría en nombre de un tiempo culpable, pero dichoso. El señor de Villefort atajaría el asunto, o por lo menos, y para eso le bastaba volver los ojos a otra parte, dejaría escapar a Cavalcanti, y no perseguiría al criminal sino en contumacia. Entonces se durmió más tranquilizada.

El día siguiente a las nueve se levantó, y sin llamar a su camarera, y sin dar señal de que existía en el mundo, se vistió con la misma sencillez que el día anterior, bajó la escalera, salió de casa, marchó hasta la calle de Provenza, tomó allí un carruaje de alquiler y se dirigió a casa de Villefort.

Desde hacía un mes, aquella casa maldita presentaba el aspecto lúgubre de un lazareto, en el que se hubiese declarado la peste. Una parte de las habitaciones estaban cerradas por dentro y por fuera, las ventanas encajadas de continuo, solo se abrían para dejar entrar un poco el aire. Se veía entonces asomarse a ellas la figura de un lacayo, y en seguida se cerraban como la losa que cae sobre el sepulcro. Los vecinos se preguntaban: ¿Veremos salir hoy otro cadáver de la casa del procurador del rey?

Un temblor se apoderó de la señora Danglars al contemplar aquella casa desolada. Bajó del coche, se acercó a la puerta, que estaba cerrada, y llamó.

Cuando con lúgubre sonido resonó la campanilla por tres veces, apareció el conserje, entreabriendo la puerta lo suficiente solo para

ver quién llamaba.

Vio una señora elegantemente vestida, perteneciente, por lo visto, a la alta sociedad, y sin embargo, la puerta permaneció cerrada.

—Abra —dijo la baronesa.

—Ante todo, señora, ¿quién es usted? —inquirió el conserje.

—¿Quién soy? Bien me conoce.

—No conocemos ya a nadie, señora.

—Pero ¿está loco? —dijo la baronesa.

—¿De parte de quién viene?

—¡Oh!, eso ya es demasiado.

—Señora, es orden expresa, excúseme. ¿Su nombre?

—La baronesa de Danglars, a quien ha visto veinte veces.

—¡Es posible, señora! Ahora, ¿qué quiere?

—¡Oh! ¡Qué cosa tan rara!, me quejaré al señor de Villefort de la impertinencia de sus criados.

—Señora, no es impertinencia, es precaución. Nadie entrará aquí sin una orden del doctor d'Avrigny, o sin haber hablado al señor de Villefort.

—Pues bien, precisamente quiero ver para un asunto al procurador del rey.

—¿Es urgente?

—Bien debe conocerlo, cuando no he vuelto a tomar el coche, pero concluyamos; he aquí una tarjeta, llévesela a su amo.

—La señora aguardará mi vuelta.

—Sí, vaya.

El portero cerró, dejando a la señora Danglars en la calle.

Verdad es que no esperó mucho tiempo; un momento después se abrió la puerta lo suficiente solamente para que entrase la baronesa, cerrándose inmediatamente.

Una vez hubieron llegado al patio, el conserje, sin perder de vista la puerta un momento, sacó del bolsillo un pito y lo tocó.

Se presentó a la entrada el ayuda de cámara del señor Villefort.

—La señora excusará a ese buen hombre —dijo presentándose a la baronesa—, pero sus órdenes son categóricas, y el señor de Villefort me encarga decir a la señora que le ha sido imposible obrar de otro modo.

Había en el patio un proveedor introducido del mismo modo, y cuyas mercancías examinaban.

La baronesa subió. Se sentía profundamente impresionada al ver aquella tristeza, y conducida por el ayuda de cámara llegó al despacho del magistrado sin que su guía la perdiese de vista un solo instante.

Por mucho que preocupase a la señora Danglars el motivo que la conducía, empezó por quejarse de la recepción que le hacían los criados, pero Villefort levantó su cabeza inclinada por el dolor, con tan triste sonrisa, que las quejas expiraron en los labios de la baronesa.

—Excuse a mis criados de un terror que no puede constituir delito; de sospechosos, se han vuelto suspicaces.

La señora Danglars había oído hablar varias veces del terror que causaba el magistrado; pero si no lo hubiese visto, jamás hubiera podido creer que llegase hasta aquel extremo.

—¿Usted también —le dijo— es desgraciado?

—Sí —respondió el magistrado.

—¿Me compadecerá, entonces?

—Sí, señora, sinceramente.

—¿Y comprende el motivo de mi visita?

—¿Va a hablarme de lo que le ha sucedido?

—Sí; una gran desgracia.

—Es decir, un desengaño.

—¡Un desengaño! —exclamó la baronesa.

—Desgraciadamente, señora, he llegado a no llamar desgracias más que a las irreparables.

—¿Y cree que se olvidará?

—Todo se olvida —respondió Villefort—; mañana se casará su hija; dentro de ocho días, si no mañana. Y en cuanto al futuro que ha perdido Eugenia, no creo que lo eche mucho de menos.

Admirada de aquella calma casi burlona, la señora Danglars miró a Villefort.

—¿He venido a ver a un amigo? —le preguntó con un tono lleno de dolorosa dignidad.

—Sabe que sí —respondió Villefort, cuyas pálidas mejillas se

cubrieron de un vivo rubor al dar aquella seguridad que hacía alusión a otros sucesos muy distintos de los que los ocupaban en el momento.

—Pues bien, entonces sea más afectuoso, mi querido Villefort, y al verme tan desdichada, no me diga que debo estar contenta.

Villefort se inclinó.

—Cuando oigo hablar de desgracias, señora, hace tres meses que he adquirido el vicio, si quiere, de hacer una comparación egoísta con las mías, y al lado de ellas la suya no es nada. Ahí tiene por qué su posición me parece envidiable. ¿Decía, señora?

—Venía a saber de usted, amigo mío, ¿en qué estado se halla el asunto de ese impostor?

—¡Impostor! —repitió Villefort—, está resuelta a disminuir ciertas cosas y exagerar otras. ¡Impostor el señor Cavalcanti, o mejor Benedetto! Se engaña, señora, el señor Benedetto es un hermoso ejemplar de asesino.

—No niego la rectitud de su enmienda, pero mientras más severo sea con ese desgraciado, más hará contra nosotros. Olvídele un momento, y en lugar de seguirlo, déjelo huir.

—Llega tarde, señora, ya están dadas las órdenes.

—Y si lo detienen... ¿Cree que lo detendrán?

—Así lo espero.

—Si lo detienen, considerar esto, entonces: siempre he oído decir que las prisiones no se desocupan; pues bien, déjelo en ella.

El procurador del rey hizo un signo negativo.

—Por lo menos, hasta que esté casada mi hija —añadió la baronesa.

—Imposible, señora, la justicia tiene sus trámites.

—¿Los tiene también para mí? —dijo la baronesa medio seria, medio risueña.

—Para todos —respondió Villefort—, y para mí como para los demás.

—¡Ah! —exclamó la baronesa, sin añadir con palabras el pensamiento que encerraba esta exclamación.

Villefort se puso a contemplarla con aquella mirada con que solía sondear el pensamiento de sus interlocutores.

—Ya; comprendo lo que quiere decir —le dijo—, alude a esos terribles rumores esparcidos por ahí, de que todas esas muertes que hace tres meses me visten de negro, que esa muerte de que Valentina ha escapado como por milagro, no son naturales, ¿no es eso lo que quiere decir?

—No pensaba en eso —dijo vivamente la señora Danglars.

—¡Sí!, pensaba, señora, y con razón, porque no podía ser de otra manera, y decía para usted misma: "Tú, que persigues el crimen, responde: ¿por qué hay a tu alrededor crímenes que permanecen impunes?". Eso es lo que le decía, ¿no es así, señora?

—Es verdad, lo confieso.

—Ahora voy a contestarle.

Villefort acercó su sillón a la silla de la señora Danglars, y luego, apoyando ambas manos en su pupitre, y tomando una entonación más sorda que de costumbre, añadió:

—Hay crímenes que quedan impunes, porque se desconoce a los criminales, y porque se teme herir en una cabeza inocente, en vez de herir en una cabeza culpable; pero cuando sean conocidos esos criminales —Villefort extendió la mano hacia un crucifijo de gran tamaño colocado delante del pupitre—, cuando esos criminales sean conocidos —repitió—, por Dios vivo, señora, morirán, sean quienes fueren. Ahora, pues, después del juramento que acabo de hacer, y que cumpliré, ¡atrévase, señora, a pedirme gracia para ese miserable!

—¿Y está seguro de que sea tan culpable como se dice? —preguntó la señora Danglars.

—Escuche, escuche su registro. Benedetto, condenado primero a cinco años de presidio por falsificador a la edad de dieciséis años; el mozo prometía, según ve. Luego prófugo, después asesino.

—Pero ¿quién es ese desgraciado?

—¿Quién lo sabe? Un vagabundo, un corso.

—¿Y nadie se ha presentado a reclamar por él?

—Nadie, no se conoce a sus padres.

—Pero ¿ese hombre que había venido de Luques?

—Otro tal; su cómplice quizá.

La baronesa cruzó las manos.

—¡Villefort! —exclamó con el tono más dulce y cariñoso.

—¡Por Dios, señora! —respondió el procurador del rey con una firmeza que no carecía de sequedad—, ¡por Dios! jamás me pida gracia para un criminal. ¿Qué soy yo?: la ley. ¿Y tiene ojos la ley para ver su tristeza? ¿Tiene oídos la ley para oír su dulce voz? ¿Tiene memoria la ley para comprender con delicadeza su pensamiento? No, señora, la ley manda, y cuando manda la ley, hiere en seguida. Me dirá que yo soy un ser viviente, y no un código, un hombre, y no un libro; pero míreme, mire, señora, a mi alrededor: ¿me han tratado a mí los hombres como hermano? ¿Me han tenido consideración? ¿Me han perdonado? ¿Ha pedido nadie gracia para Villefort, ni se le ha concedido a nadie esa gracia? No, no; lastimado, siempre lastimado. Todavía insiste usted, que es ahora una sirena más bien que una mujer, en mirarme con esa mirada encantadora y expresiva que me recuerda que debo avergonzarme. Entonces, sea; sí, ¡avergonzarme de lo que usted sabe, y tal vez de otra cosa más! Pero al fin, después de que yo he sido culpable, y acaso más culpable que otros, desde que yo he sacudido los vestidos del prójimo para buscar detrás de ellos la llaga, y siempre he encontrado, siempre con gozo, con alegría, ese sello de la debilidad o de la perversidad humana. ¡Cada hombre culpable que hallaba y cada criminal que yo castigaba, me parecía una demostración viva, una nueva prueba de que no era yo una repugnante excepción! ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡todo el mundo es malo, señora; demuéstremelo, y castiguemos al malo!

Villefort dijo estas últimas palabras con una rabia nerviosa que confería a su lenguaje una feroz elocuencia.

—¿Pero dice —continuó la señora Danglars intentando el último esfuerzo—, dice que ese joven es vagabundo, huérfano y desamparado?

—Sí, y tanto peor, o mejor dicho, tanto mejor; la Providencia lo ha permitido así para que nadie llore por él.

—Es encarnizarse contra el débil, señor procurador del rey.

—El débil que asesina.

—Su deshonor repercute sobre mi casa.

—¿No tengo yo la muerte en la mía?

—¡Oh! —dijo la baronesa—, no tiene piedad para los demás; pues bien, no la tendrán de usted.

—¡Así sea! —dijo Villefort levantando al cielo su rostro amenazador.

—Deje la causa de ese desgraciado para los jurados venideros; eso nos dará seis meses para que lo olviden.

—No —dijo Villefort—; todavía me quedan cinco días; la instrucción está terminada; me sobra tiempo. Además, conoce, señora, que yo también necesito olvidar; pues bien, cuando trabajo noche y día, hay momentos en que nada recuerdo, y soy dichoso como los muertos, pero aún vale más esto que sufrir.

—Si se ha fugado, déjelo huir; la inercia es una clemencia fácil.

—Le he dicho que era demasiado tarde, que al ser de día funcionó el telégrafo, y...

—Señor —dijo el ayuda de cámara entrando—, un soldado trae esta carta del ministro del Interior.

Villefort tomó la carta y la abrió.

—Preso, lo han apresado en Compiègne. Esto ha terminado.

—Adiós —dijo la señora Danglars levantándose.

—Adiós, señora —respondió el procurador del rey, acompañándola hasta la puerta.

Luego, volviendo a su despacho, añadió:

—Vamos; tenía un delito de falsificación, tres robos, dos incendios; me faltaba un asesinato, y aquí está; la sesión será interesante.

Como había dicho el procurador del rey a la señora Danglars, Valentina no estaba aún restablecida; quebrantada por la fatiga, se hallaba en cama, y en ella, y por la señora de Villefort, supo los sucesos que acabamos de contar, es decir, la huida de Eugenia y la prisión de Cavalcanti o Benedetto y la acusación de asesinato intentada contra él. Pero Valentina se hallaba en un estado tan débil, que no le causó aquella noticia el efecto que hubiera producido en ella en su estado habitual. En efecto, algunas ideas vagas, algunos fantasmas fugitivos se presentaron al cerebro de la enferma, o pasaron ante su vista, pero bien pronto se borraron, dejando tomar toda su fuerza a las sensaciones personales.

Durante el día, Valentina se mantenía en la realidad por la

presencia del señor Noirtier que se hacía conducir al cuarto de su nieta, y permanecía en él protegiendo a Valentina con su paternal mirada. Después, cuando regresaba del tribunal, era Villefort quien pasaba una hora entre su padre y su hija. A las seis se retiraba el señor de Villefort a su despacho, a las ocho llegaba el señor d'Avrigny, quien preparaba por sí mismo la poción nocturna para la joven. En seguida se llevaban a Noirtier. Una enfermera escogida por el médico reemplazaba a los demás, y no se retiraba hasta las diez o las once, hora en que Valentina quedaba ya dormida. Al bajar, daba las llaves del cuarto al señor Villefort, de forma que no podía nadie entrar en la habitación de la enferma sin atravesar por la habitación de la señora de Villefort y por el cuarto del pequeño Eduardo.

Todas las mañanas iba Morrel a la habitación de Noirtier para saber de Valentina, y, ¡cosa extraordinaria!, cada día parecía menos inquieto. Primeramente, porque Valentina, aunque en medio de una grande exaltación, estaba cada día mejor; y después, ¿no le había dicho Montecristo cuando fue a verlo que si dentro de dos horas Valentina no había muerto, se salvaría? Valentina vivía, y ya habían transcurrido cuatro días.

La exaltación nerviosa a que hemos hecho alusión perseguía a Valentina hasta durante el sueño, o más bien en el estado de somnolencia que sucedía a la vigilia. Entonces, en medio del silencio de la noche, y a la débil luz de la lámpara de alabastro puesta sobre la chimenea, veía pasar esas sombras que pueblan el cuarto de los enfermos y que sacude con sus alas la fiebre. Tan pronto se le aparecía su madrastra que la amenazaba, como Morrel que le tendía sus brazos. Veía otras veces extraños a su vida habitual, como el conde de Montecristo. Hasta los muebles parecían animados y errantes; duraba aquel estado hasta las dos o las tres de la madrugada, y entonces un sueño de plomo se apoderaba de la joven y duraba hasta que era de día.

La noche del día en que conoció Valentina la fuga de Eugenia y la prisión de Benedetto, y en que después de mezclarse a las sensaciones de su existencia, empezaban a borrarse de su imaginación aquellos sucesos, retirados ya Villefort, Noirtier y

d’Avrigny, dando las once en San Felipe de Roul, y que habiendo colocado la enfermera cerca de la cama la poción preparada por el doctor y cerrado la puerta, se retiró a la antecámara, a juzgar por los lúgubres comentarios que en ella se oían desde hacía tres meses, una escena inesperada tenía lugar en aquella habitación tan cuidadosamente cerrada.

Hacía diez minutos poco más o menos que se había retirado la enfermera. Valentina, atacada de aquella fiebre que se presentaba todas las noches, dejaba que su imaginación, que no podía dominar, continuase aquel trabajo monótono, ímprobo e implacable de un cerebro que reproduce incesantemente los mismos pensamientos o crea las mismas imágenes. Mil y mil rayos de luz, todos llenos de significaciones extrañas, se escapaban de la lámpara, cuando de repente a su reflejo incierto, creyó ver Valentina que su biblioteca, colocada al lado de la chimenea en un rincón de la pared, se abría poco a poco sin que los goznes hiciesen el menor ruido.

En cualquier otra ocasión Valentina hubiese tirado de la campanilla, pidiendo ayuda, pero de nada se admiraba en su actual situación. Sabía que todas aquellas visiones que la rodeaban eran producto de su delirio, y esta convicción se afianzó en ella, porque por la mañana no se veía traza alguna de aquellos fantasmas de la noche que desaparecían con la aurora.

Detrás de la puerta apareció una figura humana.

Valentina, merced a su fiebre, estaba demasiado familiarizada con aquellos fantasmas para espantarse de ellos; abrió solamente los ojos esperando ver a Morrel.

La figura continuó avanzando hacia su cama, se detuvo, y pareció escuchar con una atención profunda.

Un rayo de luz dio entonces de lleno en el rostro de la nocturna visita.

—No es él —dijo Valentina.

Esperaba, convencida de que soñaba, que aquel hombre, como sucede en los sueños, desapareciese o se cambiase en otro.

Solamente tocó su pulso, y sintiéndolo latir con violencia, recordó que el mejor medio para hacer desaparecer aquellas visiones importunas era beber: la frescura de la bebida, compuesta con el fin

de calmar las agitaciones de Valentina, que se había quejado de ellas al doctor, haciendo disminuir la calentura, renovaba las sensaciones del cerebro, y después de haber bebido se sentía durante un rato más sosegada.

Extendió el brazo con el fin de coger el vaso que estaba junto a la cama, y en aquel instante y con bastante viveza la aparición dio dos pasos hacia la cama, y llegó tan cerca de la joven, que le pareció oír su respiración, y creyó sentir la presión de su mano.

Esta vez la ilusión, o mejor dicho la realidad, sobrepujaba a cuanto Valentina había experimentado hasta entonces. Sintió que estaba despierta y viva, vio que gozaba de toda su razón y se echó a temblar.

La presión que Valentina había sentido tenía por objeto detenerle el brazo, y ella lo retiró lentamente.

Entonces aquella figura, de la que no podía apartar su vista, y que más bien parecía protegerla que amenazarla, tomó el vaso, se acercó a la lámpara y examinó el contenido, como si hubiese querido juzgar su colorido y transparencia.

Pero aquella primera prueba no fue suficiente. Aquel hombre o fantasma, porque caminaba de un modo que sus pasos no resonaban en la alfombra, tomó una cucharada de la poción y la tragó.

Valentina contemplaba lo que ocurría ante sus ojos con una sensación indefinible. Creía que todo aquello iba a desaparecer para dar lugar a otra escena, pero el hombre, en lugar de desvanecerse como una sombra, se acercó a ella y alargándole la mano con el vaso le dijo con una voz en la que vibraba la emoción:

—Ahora, beba.

Valentina tembló. Era la primera vez que una de sus visiones le hablaba de aquel modo. Abrió la boca para dar un grito. El hombre puso un dedo sobre sus labios.

—¡El conde de Montecristo! —murmuró Valentina.

Al miedo que se pintó en los ojos de la joven, al temblor de sus manos y al movimiento que hizo para ocultarse entre las sábanas, se reconocía la última lucha de la duda contra la convicción. Con todo, la presencia de Montecristo en su cuarto a semejante hora, su

entrada misteriosa, fantasmagórica e inexplicable, a través de un muro, parecía imposible a la quebrantada razón de Valentina.

—No llame a nadie, ni se espante —le dijo el conde—, no tenga el menor recelo ni la más pequeña inquietud en el fondo de su corazón. El hombre que ve delante de usted, porque esta vez tiene razón, Valentina, y no es una ilusión, es el padre más tierno y el más respetuoso amigo que pueda desear.

Valentina no respondió. Tenía un miedo tan grande a aquella voz que le revelaba la presencia real del que hablaba, que temió asociar a ella la suya, pero su mirada espantada quería decir: "Si sus intenciones son puras, ¿por qué está aquí?".

El conde, con su maravillosa sagacidad, comprendió cuanto sucedía en el corazón de la joven.

—Escúcheme —le dijo—, o mejor, míreme: ¿ve mis ojos enrojecidos y mi cara más pálida aún que de costumbre? Es porque desde hace cuatro noches no he podido dormir un instante. Hace cuatro noches que velo por usted, que la protejo y la conservo a nuestro amigo Maximiliano.

La sangre coloreó rápidamente las mejillas de la enferma, porque el nombre que acababa de pronunciar el conde desvanecía el resto de desconfianza que le había inspirado.

—¡Maximiliano...! —repitió Valentina; tan dulce le era pronunciar aquel nombre—. ¡Maximiliano! ¿Se lo ha contado todo?

—Todo: me ha dicho que su vida era la suya, y le he prometido que usted viviría.

—¿Le ha prometido que viviría?

—Sí.

—En efecto, señor, acaba de hablar de vigilancia y protección. ¿Es médico, acaso?

—Sí, y el mejor que el cielo pudiera enviarle en este momento, créame.

—¿Dice que ha velado? —preguntó Valentina, inquieta—. ¿Adónde? Yo no lo he visto.

Montecristo señaló la biblioteca.

—He estado escondido tras esa puerta que da a la casa inmediata que he alquilado.

Valentina, por un movimiento de púdico orgullo, apartó sus ojos con terror.

—Caballero —dijo—, lo que ha hecho es de una demencia sin ejemplo, y la protección que me concede se asemeja mucho a un insulto.

—Valentina —dijo—, durante esta larga vigilia, esto es lo único que he visto: qué personas venían a su cuarto, qué alimentos le preparaban, qué bebidas le han dado, y cuando estas me parecían peligrosas, entraba, como acabo de entrar, vaciaba su vaso, y sustituía el veneno por una poción bienhechora, que en lugar de la muerte que le habían preparado, hacía circular la vida en sus venas.

—¡El veneno! ¡La muerte! —dijo Valentina, creyéndose de nuevo bajo el poder de alguna fiebre alucinadora—. ¿Qué está diciendo, caballero?

—Silencio, hija mía —dijo Montecristo, volviendo a poner un dedo sobre sus labios—; he dicho el veneno, sí, he dicho la muerte, y repito, la muerte; pero ante todo, beba esto —y el conde sacó de su bolsillo un frasco de cristal que contenía un licor rojo, del que vertió algunas gotas en el vaso—, y cuando haya bebido esto no tome nada más en toda la noche.

La joven alargó la mano; pero apenas tocó el vaso, cuando volvió a retirar la mano llena de miedo.

Montecristo tomó el vaso, bebió un poco y lo presentó a Valentina, que tragó sonriendo el licor que contenía.

—¡Oh!, sí —dijo—; reconozco el gusto de mis bebidas nocturnas, de aquella agua que refrescaba un poco mi pecho y calmaba mi cerebro. Gracias, señor, gracias.

—Considere cómo ha vivido hace cuatro noches, Valentina —dijo el conde—. Yo, en cambio, ¿cómo vivía? ¡Ah!, ¡qué horas tan crueles me ha hecho pasar! ¡Qué tormentos no he sufrido al ver verter en su vaso el mortífero veneno, temblando siempre de que tuviese tiempo para beberlo antes que yo pudiese derramarlo en la chimenea!

—Dice, señor —respondió Valentina en el colmo del terror—, ¿que ha sufrido mil martirios viendo derramar en mi vaso un mortífero veneno? Pero si lo ha visto, ¿también debió ver quién lo

derramaba?

—Sí.

Valentina se incorporó en la cama, y echando sobre su pálido pecho la batista bordada, mojada aún con el sudor del delirio, al que se mezclaba ahora el del terror, repitió:

—¿Lo ha visto?

—Sí —repitió el conde.

—Lo que me dice, señor, es horroroso; quiere hacerme creer en algo infernal. ¡Cómo! ¡En la casa de mi padre! ¡En mi cuarto! ¡En el lecho del dolor continúan asesinándome! ¡Oh!, retírese, tienta mi conciencia; blasfema de la bondad divina. Es imposible, no puede ser.

—¿Es la primera a quien ha herido esa mano, Valentina? ¿No ha visto caer junto a usted al señor y la señora de Saint-Merán y a Barrois? ¿No hubiera sucedido lo mismo al señor Noirtier sin el método que sigue hace tres años? En él la costumbre del veneno le ha protegido contra el veneno.

—¡Ay! ¡Dios mío! —dijo Valentina—, ahora comprendo por qué mi abuelo exigía de mí hace un mes que tomase de todas sus bebidas.

—Y tenían un sabor amargo como el de la cáscara de naranja medio seca, ¿es verdad?

—Sí, Dios mío, sí.

—¡Oh!, todo lo explica eso —dijo Montecristo—, él sabe que aquí envenenan y quizá quién; ha querido preservarla a usted, su hija amada, contra la mortal sustancia, y esta ha venido a estrellarse contra ese principio de costumbre. Vea por lo que vive aún, cosa que me admiraba habiéndola envenenado hace cuatro días con un veneno que por lo general no tiene remedio.

—Pero ¿quién es el asesino?

—Déjeme que le pregunte: ¿No ha visto entrar a nadie de noche en su cuarto?

—Sí; muchas veces he creído ver pasar como unas sombras, acercarse, retirarse, y finalmente desaparecer; pero creía que eran visiones de mi calentura, y hace un instante, cuando entró, creía estar soñando o delirando.

—Así, ¿no conoce a la persona que atenta contra su vida?

—No. ¿Por qué desea mi muerte?

—Va a conocerla entonces —dijo Montecristo aplicando el oído.

—¿Cómo? —preguntó Valentina, mirando con terror a su alrededor.

—Porque esta noche no tiene fiebre ni delirio, está bien despierta, son las doce, y es la hora de los asesinos.

—¡Dios mío! —dijo Valentina enjugando el sudor que cubría su frente.

En efecto, las doce daban lenta y tristemente. Podía decirse que cada golpe del martinete sobre el bronce daba en el corazón de la joven.

—Valentina —continuó el conde—, llame todas sus fuerzas en su socorro, comprima su corazón en su pecho, detenga su voz en su garganta, finja que duerme, y verá.

Valentina tomó la mano del conde.

—Me parece que oigo ruido —le dijo—, retírese.

—Adiós. Hasta más ver —le dijo el conde.

Luego, con una sonrisa tan triste y paternal que llenó de gratitud el corazón de la joven, se dirigió el conde a la puerta de la biblioteca; pero volviéndose antes de cerrarla, dijo:

—No haga un gesto, no diga una palabra, que la crea dormida; si no, la mataría antes que tuviese tiempo para socorrerla.

El conde desapareció en seguida, cerrando la puerta tras de sí.

Valentina se quedó sola. Otros dos relojes más atrasados que el de San Felipe de Roul dieron aún las doce a repetidos intervalos, y aparte el lejano ruido de tal o cual carruaje, todo quedó de nuevo sumido en silencio.

Toda la atención de Valentina se fijó en el reloj de su cuarto, cuya aguja marcaba hasta los segundos. Empezó a contarlos, y notó que eran dobles, doblemente más lentos que los latidos de su corazón.

Y con todo, dudaba aún. La inocente no podía figurarse que nadie desease su muerte. ¿Por qué? ¿Con qué fin? ¿Qué mal había hecho que pudiese suscitarle un enemigo?

No había que temer que se durmiese. Una sola idea, una idea terrible la tenía despierta. Existía una persona en el mundo que había intentado asesinarla y lo intentaría aún. Si esta vez aquella

persona, cansada de ver la ineficacia del veneno, recurría, como lo había insinuado Montecristo, al puñal: ¡si había llegado su última hora!, ¡si no volvía a ver más a Morrel!

Ante aquella idea, que la cubrió a la vez de una palidez lívida y de un sudor helado, le faltó poco para coger el cordón de la campanilla y pedir socorro. Pero le pareció que por entre la cerradura de la biblioteca veía el ojo del conde, que velaba sobre su porvenir, y que cuando pensaba en ello le causaba tal vergüenza, que se preguntaba a sí misma si su gratitud llegaría a borrar el penoso efecto que producía la indiscreta amistad del conde.

Veinte minutos, veinte eternidades pasaron de este modo, y otros diez en seguida; finalmente, el reloj dio las doce y media. En aquel momento, un ruido casi imperceptible de la uña que rascaba la puerta de la biblioteca, le dio a entender que el conde velaba, y le recomendaba que velase.

En efecto, por la parte opuesta, es decir, hacia el cuarto de Eduardo, le pareció que oía pisadas; prestó oído atento reteniendo su respiración. Se levantó el pestillo y se abrió la puerta.

Valentina, que se había incorporado sobre el corazón, apenas tuvo tiempo para volverse a acostar y ocultar sus brazos.

Temblando, agitada y con el corazón oprimido, esperó.

Se acercó una persona a la cama y entreabrió las cortinas.

Valentina hizo un esfuerzo, y dejó oír el murmullo acompasado de la respiración que anuncia un sueño tranquilo.

—Valentina —dijo muy bajo una voz.

La joven tembló hasta el fondo de su corazón, pero no respondió.

—Valentina —repitió la misma voz.

El mismo silencio. Valentina había prometido no despertarse.

Todo volvió a quedar inmóvil. Solamente Valentina oyó el ruido casi imperceptible de un licor que caía en el vaso que acababan de vaciar.

Se atrevió entonces a entreabrir sus párpados, poniendo sobre ellos su brazo. Vio a una mujer con un peinador blanco que vaciaba en su vaso un licor preparado de antemano que tenía en un frasco.

Durante aquel breve instante, Valentina detuvo su respiración e hizo algún pequeño movimiento, porque la mujer se detuvo inquieta,

y se puso de bruces sobre su lecho para ver si dormía. Era la esposa del procurador del rey.

Valentina, al reconocer a su madrastra, tembló de tal modo que debió comunicar algún movimiento a su cama. La señora de Villefort desapareció en seguida a lo largo de la pared, y allí, escondida en la colgadura de la cama, muda y atenta, espiaba el menor movimiento de Valentina.

Esta se acordó de las terribles palabras de Montecristo. Le pareció que en una mano tenía el frasco y en la otra un largo y afilado cuchillo.

Haciendo entonces un gran esfuerzo, Valentina procuró cerrar los ojos, pero aquella operación tan sencilla del más temeroso de nuestros sentidos, aquella operación tan común, era en aquel momento imposible. Tales eran los esfuerzos de la ávida curiosidad para rechazar aquellos párpados y observar lo que ocurría en realidad.

Sin embargo, asegurada por el ruido acompasado de la respiración de Valentina, de que esta dormía, la señora de Villefort extendió de nuevo el brazo, y medio oculta por las cortinas, acabó de vaciar el contenido del frasco en el vaso de la enferma.

Se retiró en seguida, sin que el menor ruido advirtiese a esta de que se había marchado. Vio desaparecer el brazo, nada más, aquel brazo fresco y torneado de una mujer de veinticinco años, joven y bella, y que derramaba la muerte.

Es imposible describir lo que Valentina sufrió durante el minuto y medio que permaneció en su cuarto la señora de Villefort.

El ruido de la uña que rascaba a la puerta sacó a la joven de aquel estado de abatimiento. Levantó con trabajo la cabeza; la puerta siempre silenciosa se abrió de nuevo, y apareció por segunda vez el conde de Montecristo.

—¿Y bien? —preguntó el conde—, ¿todavía duda?

—¡Oh! ¡Dios mío! —murmuró la joven.

—¿La ha visto?

—¡Desdichada!

—¿La ha conocido?

Valentina lanzó un gemido.

—Sí —dijo—, pero no puedo creerlo.
—¿Entonces, prefiere morir y hacer que muera también Maximiliano... ?
—¡Dios mío! ¡Dios mío! —repitió la joven fuera de sí—, ¿pero no podría yo salir de casa? ¿Salvarme?
—Valentina, la mano que la persigue la alcanzará en todas partes, a fuerza de oro seducirán a sus criados, y la muerte se le aparecerá disfrazada bajo todos aspectos. En el agua que bebas, en la fuente y en la fruta que cojas del árbol.
—Sin embargo, ¿no me ha dicho que la precaución de mi abuelo me preservó del veneno?
—Contra un veneno, y no empleado en fuerte dosis. Cambiarán de veneno o aumentarán la dosis.
Tomó el vaso y lo acercó a sus labios.
—Mire —dijo—, ya lo han hecho: ya no es la brucina: es con un simple narcótico con lo que la envenenan. Reconozco el sabor del alcohol en que lo han disuelto. Si hubiese bebido lo que la señora de Villefort ha echado en su vaso, Valentina, ¡estaba perdida!
—¡Pero Dios mío! —dijo la joven—, ¿por qué me persigue así?
—¡Cómo! ¿Es tan ingenua, tan dulce, tan buena, cree tan poco en el mal, que no lo ha comprendido, Valentina?
—No —dijo la joven—, jamás he hecho mal a nadie.
—Pero es rica, Valentina, tiene doscientas mil libras de renta, y se las quita al hijo de esa mujer.
—¿Y cómo es eso? Mi fortuna no es la suya, proviene de mis abuelos.
—Sin duda, y he ahí por qué el señor y la señora de Saint-Merán han muerto; para que los heredase usted; he ahí por qué el día que el señor de Noirtier la constituyó su heredera, fue condenado a muerte: vea por qué usted debe morir, Valentina, para que su padre herede de usted, y su hermano, siendo hijo único, herede a su padre.
—¡Eduardo!, pobre niño. ¿Y por él se cometen tantos crímenes?
—¡Ah!, veo que comprende al fin.
—¡Ay! ¡Dios mío!, con tal que todo esto no caiga sobre él.
—Es un ángel, Valentina.

—¿Pero han renunciado a matar a mi abuelo?

—Han pensado que muerta usted, si no invalidan el testamento, la fortuna era de su hermano; y han reflexionado que el crimen al fin era inútil y doblemente peligroso al cometerlo.

—¡Y de la cabeza de una mujer ha salido semejante combinación! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Se acuerda de Perusa, de la fonda de postas, del hombre con capa oscura a quien su madrastra preguntaba sobre el agua tofana? Pues desde entonces meditaba este infernal proyecto.

—¡Oh!, señor —dijo la joven—, veo bien que si es así, estoy condenada a morir.

—No, Valentina, no, porque he previsto todos los complots; porque nuestra enemiga está vencida, puesto que se la conoce. No, Valentina, vivirá para amar y ser amada; vivirá para ser feliz y para hacer feliz a un noble corazón, pero para vivir, Valentina, es preciso que tenga en mí ilimitada confianza.

—Mande, señor, ¿qué debo hacer?

—Es necesario que tome ciegamente lo que yo le dé.

—¡Oh!, Dios es testigo —dijo Valentina—, de que si estuviese sola preferiría dejarme morir.

—No se confiará a nadie, ni aun a su padre. No, y sin embargo, su padre, hombre acostumbrado a las acusaciones criminales, debe sospechar que todas estas muertes no son naturales. Él era el que debía velar sobre usted y encontrarse en el sitio que yo estoy ocupando. Él debía haber vaciado ya ese vaso y levantándose contra el asesino. Espectro contra espectro —añadió muy bajo.

—Señor —dijo Valentina—, haré cuanto sea preciso para vivir, porque hay dos seres en el mundo que me aman más que la vida, y morirían si yo muriese: ¡mi abuelo, y Maximiliano!

—Velaré sobre ellos como sobre usted.

—Pues bien, señor, disponga de mí —dijo Valentina, y añadió muy bajo—: ¡Dios mío! ¿Qué va a sucederme?

—Suceda lo que suceda, Valentina, no tenga miedo. Si sufre, si pierde la vista, el oído, el tacto, no tema. Si se despierta sin saber donde está, no tenga miedo, aunque se halle en un sepulcro o encerrada en una caja mortuoria. Recuerde en seguida y diga: En

este instante, un amigo, un padre, un hombre que quiere mi felicidad y la de Maximiliano, vela sobre mí.

—¡Desdichada! ¡A qué terrible extremo es preciso llegar!

—¡Valentina! ¿Prefiere denunciar a su madrastra?

—Preferiría morir cien veces, ¡oh!, sí, morir.

—No; no morirá, y sea lo que quiera lo que le suceda, no se quejará, esperará: ¿me lo promete, Valentina?

—Pensaré en Maximiliano.

—Es usted mi hija querida, Valentina; solamente yo puedo salvarla, y la salvaré.

En el colmo del terror, Valentina juntó las manos, porque conoció que había llegado el momento de pedir a Dios valor. Se incorporó para orar, pronunciando palabras inconexas, y olvidándose de que su larga espalda no tenía más velo que sus largos cabellos y que se veía latir su corazón bajo el delicado encaje de su bata de noche.

El conde apoyó ligeramente su mano en el brazo de la joven, estiró hasta taparle el cuello la colcha de terciopelo, y con una sonrisa paternal le dijo:

—Hija mía, crea en mis promesas y en mi afecto, como cree en Dios, en su bondad y en el amor de Maximiliano.

Valentina fijó en él una mirada de gratitud, y se prestó a todo, dócil como una niña.

El conde sacó del bolsillo del chaleco una cajita de esmeralda, levantó la tapa de oro, y puso en la mano de Valentina una pastilla del tamaño de un garbanzo.

La joven la tomó con la otra mano, y miró atentamente al conde.

Había en la fisonomía de aquel intrépido protector un reflejo de la majestad y el poder divino. Era evidente que Valentina le estaba interrogando con su mirada.

—Sí —dijo él.

Valentina llevó la pastilla a sus labios y la tragó.

—Y ahora, hasta que nos veamos, hija mía. Voy a descansar, porque ya la he salvado.

—Vaya —dijo Valentina—, ocurra lo que ocurra, le prometo no tener miedo.

Montecristo tuvo sus ojos fijos en la joven, que se dormía poco a

poco, vencida por el poder del narcótico que el conde acababa de darle.

Tomó entonces el vaso, vació las tres cuartas partes en la chimenea, para que creyesen que la enferma había bebido lo que faltaba, volvió a ponerlo sobre la mesa de noche, y se dirigió a la puerta de la biblioteca, no sin antes dar una mirada a Valentina, que se dormía con la confianza y el candor de un ángel acostado a los pies del Señor.

La lámpara continuaba ardiendo sobre la chimenea del cuarto, apurando las últimas gotas de aceite que flotaban aún sobre el agua; ya un círculo rojo coloreaba el alabastro del globo y ya la llama más viva dejaba escapar aquellos últimos reflejos que en los seres inanimados son las últimas convulsiones de la agonía, que tantas veces se han comparado a las de las pobres criaturas humanas; una claridad siniestra teñía con un triste reflejo opaco la colgadura blanca y las sábanas de la cama de la joven.

El ruido de la calle había cesado, y el silencio interior de la casa era completo.

Se abrió la puerta del cuarto de Eduardo y apareció una cabeza que ya conocemos y que se reflejó en el espejo de enfrente. Era la señora de Villefort que volvía para ver el efecto de la bebida.

Se detuvo a la entrada, y escuchó el chisporroteo de la lámpara que se apagaba, ruido solo perceptible en aquella estancia que se hubiera creído desierta; avanzó después poco a poco hasta la mesa de noche para ver si el vaso de Valentina estaba vacío; estaba aún con la cuarta parte de la bebida, como hemos dicho.

Lo tomó y fue a vaciarlo en las cenizas, que procuró remover bien para facilitar la absorción del licor; limpió en seguida cuidadosamente el cristal y lo enjugó con su mismo pañuelo, colocándolo sobre la mesa de noche.

Cualquiera que hubiese podido observar el interior de la cámara, habría visto las dudas que tenía la señora de Villefort para fijar su vista en la enferma y acercarse a la cama.

La enferma no respiraba ya; sus dientes entreabiertos no dejaban escapar el pequeño átomo que revela la vida. Todo movimiento había cesado en sus blanquecinos labios. Sus ojos, anegados en un

vapor violeta que parecía haber penetrado bajo la piel, presentaban como un punto blanco en el sitio en que el glóbulo hacía resaltar el párpado, y sus largas cejas negras parecían puestas sobre una figura de cera.

La señora de Villefort contempló aquel rostro tan elocuente en su inmovilidad. Más animada entonces, levantó la colcha y puso la mano sobre el corazón de la joven. No latía, y el movimiento que sentía bajo su mano era la circulación de la propia sangre; retiró la mano con un ligero temblor.

El brazo de Valentina pendía fuera de su lecho. De una perfección completa, aquel brazo se veía un poco crispado, como igualmente los dedos que se apoyaban sobre la caoba; las uñas estaban azuladas hacia su nacimiento.

La envenenadora, que nada tenía ya que hacer en aquella habitación, se retiró con tanta precaución que se veía claramente que temía que el ruido de sus pasos se dejara sentir sobre la alfombra; pero retirándose tenía aún la colgadura levantada en aquel espectáculo de la muerte, que tiene una irresistible atracción mientras la muerte es la inmovilidad y no la corrupción.

Los minutos pasaban, y la señora de Villefort no podía, al parecer, dejar aquella colgadura que tenía suspendida como una mortaja. Sobre la cabeza de Valentina pagaba su tributo a la meditación; la meditación del crimen debe ser el remordimiento.

En aquel instante aumentaron los chisporroteos de la lámpara.

La señora de Villefort al oír aquel ruido tembló y dejó caer la colgadura. Se apagó la lámpara y quedó la habitación en la oscuridad más profunda. En medio de ella dio el reloj las cuatro y media.

La envenenadora, espantada, buscó a tientas la puerta y entró en su cuarto con el sudor y la angustia en la frente.

La oscuridad continuó aún durante dos horas.

Poco a poco fue penetrando la claridad en la habitación, pero sin que pudiera permitir aún reconocer los objetos; aumentó y les dio entonces forma sensible.

En la escalera resonó la tos de la enfermera, que entró en el cuarto de Valentina con una taza en la mano.

La primera mirada de un padre o de un amante hubiera sido decisiva. Valentina había muerto. Para aquella mercenaria, Valentina dormía.

—Bueno —dijo acercándose a la mesa de noche—, ha bebido una parte de la poción, el vaso está vacío en sus dos terceras partes.

Fue a la chimenea, encendió fuego, se instaló en un sillón, y aunque salía del lecho, se aprovechó del sueño de Valentina para dormir otras dos horas.

El reloj, que daba las ocho, la despertó.

Extrañada del obstinado sueño en que permanecía la joven, espantada de aquel brazo que colgaba fuera de la cama y que permanecía siempre en la misma postura, se acercó a la cama, y entonces notó que sus labios estaban fríos y helado su pecho.

Trató de levantar el brazo y ponerlo junto al cuerpo, pero el brazo no obedeció; tan tieso estaba ya que no le quedó duda a la enfermera. Dio un espantoso grito y corrió a la puerta.

—¡Auxilio! —gritaba—. ¡Auxilio!

—¡Cómo! ¿Auxilio? —respondió desde abajo la voz de d’Avrigny.

Era la hora en que el doctor tenía costumbre de venir.

—¡Cómo! ¿Auxilio? —gritaba Villefort saliendo precipitadamente de su despacho—. Doctor, ¿ha oído gritos de socorro?

—Sí, sí, subamos —dijo d’Avrigny—; es en el cuarto de Valentina.

Pero antes de que el padre y el doctor llegasen, los criados que estaban en el mismo piso, en los corredores o aposentos inmediatos, entraron todos, y viendo a Valentina pálida e inmóvil sobre su lecho, levantaron sus manos al cielo y temblaron como azogados.

—Llame a la señora de Villefort, despiértela —gritaba el procurador del rey desde la puerta, sin atreverse a entrar.

Pero los criados, en lugar de responder, miraban al doctor, que había entrado y corrido hacia Valentina, a la que sostenía en sus brazos.

—¡Aun esta! —murmuró, dejándola caer—. ¡Dios mío! ¡Dios mío...! ¿Cuándo se dará por satisfecho?

Villefort entró en el cuarto.

—¡Qué dice! ¡Dios mío! —dijo, levantando las manos al cielo—.

¡Doctor!, ¡doctor!

—Digo que su hija ha muerto —repuso el médico con voz solemne y terrible en su solemnidad.

El procurador del rey cayó cual si le hubiesen quebrado las piernas y su cabeza se posó sobre el lecho de Valentina.

A las palabras del doctor, al grito del padre, los criados huyeron despavoridos, profiriendo sordas imprecaciones. Se oyeron en las escaleras y corredores sus precipitados pasos. En seguida un gran movimiento en el patio se extinguió al poco tiempo. Todos habían abandonado la casa maldita.

En aquel instante, la señora de Villefort, salió con un peinador a medio poner y sin hacer ningún sonido. Vaciló y se sostuvo contra la puerta. Señaló en seguida a la puerta.

—Sí, sí —continuó el anciano.

Maximiliano se lanzó a la escalera, cuyos escalones subió de dos en dos, mientras le parecía que el anciano le decía con los ojos:

—Más de prisa, más de prisa.

Un minuto le bastó para atravesar varias habitaciones solitarias como el resto de la casa, y llegar hasta la de Valentina.

No tuvo necesidad de abrir la puerta, pues estaba abierta de par en par.

Un suspiro fue lo primero que oyó. Vio una figura arrodillada y medio oculta entre la blanca colgadura. El temor y el espanto le clavaron junto a la puerta.

Entonces fue cuando oyó una voz que decía: ¡Valentina ha muerto!, y otra que repetía como un eco:

—¡Muerta! ¡Muerta!

El señor de Villefort se levantó casi avergonzado de haber sido sorprendido en aquel exceso de dolor. La terrible posición que ocupaba hacía veinticinco años había llegado a hacer de él más o menos un hombre. Su mirada, un instante incierta, se fijó en Morrel.

—¿Quién es usted —le dijo—, que olvida que no se entra así en una casa en que habita la muerte? ¡Salga, caballero, salga!

Pero Morrel permaneció inmóvil, incapaz de apartar los ojos del espantoso espectáculo que presentaba aquella cama en desorden y de la pálida mujer que estaba acostada en ella.

—¡Salga! ¿No oye? —gritaba Villefort, mientras d'Avrigny se adelantaba por su parte para hacer que Morrel se marchase.

Este miraba con aire espantado aquel cadáver, aquellos dos hombres y toda la habitación. Pareció titubear un instante, abrió la boca, y finalmente, no hallando qué responder, a pesar de la multitud de ideas que se agolpaban en su cerebro, volvió atrás cogiéndose los cabellos de tal manera que Villefort y d'Avrigny, distraídos un momento de su preocupación, le siguieron con la vista y se miraron el uno al otro como diciendo:

—¡Está loco!

Pero no habían transcurrido aún cinco minutos cuando oyeron ruido en la escalera, y vieron a Morrel, que con fuerza sobrenatural traía en brazos el sillón de Noirtier avanzando hacia la cama de Valentina. El rostro de aquel anciano, en el que la inteligencia desplegaba todos sus recursos, cuyos ojos reunían todo el poder del alma para suplir a las demás facultades; la aparición de aquel pálido semblante y de aquella ardiente mirada fue aterradora para Villefort.

—¡Mire lo que han hecho! —gritó Morrel teniendo aún una mano apoyada en el respaldo del sillón que acababa de aproximar al lecho, y la otra extendida hacia la cama de Valentina—. ¡Mire, padre mío, mire!

Villefort retrocedió espantado y miró a aquel joven que le era casi desconocido y que llamaba padre a Noirtier.

En aquel momento, el alma del anciano pasó toda a sus ojos, que inmediatamente se llenaron del rojo de la sangre. Después se le hincharon las venas del cuello, una tinta azulada como la que invade la piel del epiléptico cubrió sus mejillas y sus sienes.

A aquella violenta explosión interior de todo su ser solo le faltaba un grito.

Este salió, por decirlo así, de todos los poros, horrible en su mutismo, desgarrador en su silencio.

D'Avrigny se precipitó hacia el anciano y le hizo aspirar un violento revulsivo.

—¡Señor! —dijo entonces Morrel tomando la mano inerte del paralítico—, me preguntan quién soy y con qué derecho estoy aquí. ¡Oh!, dígalo, usted, que lo sabe —y los sollozos ahogaron la voz del

joven.

La respiración intensa y jadeante del anciano levantaba su pecho. Al verle parecía sufrir una de aquellas convulsiones que preceden a la agonía.

Al fin, sus ojos se llenaron de lágrimas, más feliz en esto que el joven, que sollozaba sin poder llorar. No pudiendo inclinar la cabeza, cerró los ojos.

—Diga —continuó Morrel con voz ahogada—, ¡diga que yo era su prometido! ¡Diga que ella era mi noble amiga! ¡Mi único amor sobre la tierra! ¡Diga, diga, diga... que ese cadáver me pertenece!

Y el joven, dando el terrible espectáculo de una gran energía que de pronto se desploma, cayó pesadamente de rodillas ante aquel lecho que sus crispados dedos apretaron con fuerza.

Aquel dolor era tan agudo que d’Avrigny se volvió para ocultar su emoción, y Villefort, sin pedir ninguna explicación, atraído por el magnetismo que nos impele hacia aquellos que aman a los que lloramos, alargó la mano al joven.

Pero Morrel nada veía. Había cogido la helada mano de Valentina, y no pudiendo llorar mordía la colcha dando rugidos.

Durante algún tiempo no se oyeron en aquella habitación más que suspiros, lágrimas, imprecaciones y oraciones.

Y sin embargo, un ruido dominaba a los demás. El de la tarda y ronca respiración de Noirtier, en quien cada aspiración parecía que iba a romper dentro de su pecho los resortes de la vida.

En fin, Villefort, más dueño de sí que los demás, después de haber cedido durante algún tiempo su lugar a Maximiliano, tomó la palabra.

—Caballero —le dijo—, ¿amaba a Valentina, dice? ¿Era su prometido? Ignoraba este amor, no tenía noticia de semejante compromiso, y con todo, yo, su padre, se lo perdono, porque veo que su dolor es grande, real y verdadero. Además, el mío es muy grande para que quede en mi corazón lugar para otro sentimiento. Sin embargo, como ve, el ángel que esperaba ha abandonado la tierra, y nada tiene que hacer ya de las adoraciones de los hombres, la que a esta hora adora ella misma al Señor. Diga, pues, adiós a esos tristes restos. Tome por última vez esa mano que esperaba, y

sepárese de ella para siempre. Valentina solo necesita ya al sacerdote que la ha de bendecir.

—Se equivoca, señor —dijo Morrel, quedándose con una rodilla en tierra, y atravesado el corazón con un dolor más agudo que cuantos había sentido—, se equivoca. Valentina, muerta como ha muerto, necesita no solo el sacerdote que la bendiga, sino también un vengador. Envíe a buscar al sacerdote, el vengador seré yo.

—¿Qué quiere decir, caballero? —murmuró Villefort, temblando ante esta nueva inspiración del delirio de Morrel.

—Quiero decir —prosiguió Maximiliano— que hay dos hombres en usted, señor. El padre ha llorado bastante; que el procurador del rey empiece a cumplir su deber.

Los ojos de Noirtier se animaron y d'Avrigny se acercó.

—Señor —prosiguió el joven, recorriendo de una mirada los sentimientos que se retrataban en los semblantes de todos—, sé lo que digo, y sabe tan bien como yo lo que quiero decir. ¡Valentina ha muerto asesinada!

Villefort bajó la cabeza. D'Avrigny avanzó un paso. Noirtier hizo sí con los ojos.

—Ahora bien —dijo Morrel—, en nuestros días, una criatura aunque no fuese joven, bella, adorable, como era Valentina, no desaparece violentamente del mundo sin que se pida cuenta de su desaparición. ¡Vamos!, señor procurador del rey —añadió Morrel con una vehemencia que cada vez iba en aumento—, ¡no haya piedad! Le denuncio el crimen. Busque al asesino.

Y sus ojos implacables interrogaban a Villefort, quien a su vez solicitaba con sus miradas tan pronto a d'Avrigny como a Noirtier, pero en lugar de hallar socorro en las miradas de su padre o del doctor, Villefort encontró en ellos la misma inflexibilidad que en Maximiliano.

—Sí —expresó el anciano con los ojos.

—Cierto —dijo el doctor.

—Caballero —repuso Villefort, procurando luchar aún contra aquella triple voluntad y hasta contra su propia emoción—, se engaña. No se cometen crímenes en mi casa. La fatalidad me persigue. Dios me prueba, ¡es horroroso pensarlo!, pero no se

asesina a nadie.

Los ojos de Noirtier relampaguearon. D’Avrigny abrió la boca para hablar, pero Morrel, extendiendo el brazo, hizo señal de que callasen todos.

—Y yo afirmo que aquí se asesina —gritó Morrel, cuya voz bajó sin perder nada de su vibración acostumbrada—. Le digo: ¡vea aquí la cuarta víctima en cuatro meses! Afirmo que intentaron hace cuatro días envenenar a Valentina, y que no lo consiguieron, gracias a las precauciones que tomó el señor Noirtier.

»Afirmo que esta vez han doblado la dosis o cambiado el veneno, y han conseguido su objetivo. Añadiré en fin, que sabe esto tan bien como yo, pues el señor le ha prevenido como médico y como amigo.

—¡Oh!, delira, caballero —dijo Villefort, procurando evadirse del círculo en que se encontraba encerrado.

—¡Que estoy delirando! —gritó Morrel—. Apelo al señor d’Avrigny. Pregúntele si se acuerda de las palabras que pronunció en su jardín la noche de la muerte de la señora de Saint-Merán, cuando los dos, creyéndose solos, se ocupaba de ella, y en la que esa fatalidad de quien habla, y Dios, a quien acusa injustamente, no tuvieron más parte que haber criado al asesino de Valentina.

Villefort y d’Avrigny se miraron.

—Sí, sí —dijo Morrel—. Recuérdelo, porque aquellas palabras que creía pronunciadas en el silencio de la soledad, cayeron en mis oídos. Ciertamente, al ver aquella noche la culpable condescendencia del señor de Villefort para con los suyos, debía haberlo puesto todo en conocimiento de la autoridad, y no sería cómplice como lo soy en este momento de tu muerte, Valentina, ¡mi Valentina querida! Pero el cómplice será el vengador, porque esta cuarta muerte es *in fraganti*, visible a los ojos de todos, y si tu padre te abandona, ¡oh, mi Valentina!, te juro, yo perseguiré a tu asesino.

Y esta vez, como si la naturaleza se apiadase de aquel vigoroso organismo próximo a destrozarse por su excesiva fuerza, las últimas palabras de Morrel expiraron en sus labios, mil suspiros lanzó su pecho, y sus lágrimas, tanto tiempo rebeldes, corrieron en abundancia. Cayó de nuevo, llorando amargamente cerca del lecho de Valentina.

Entonces tomó la palabra d’Avrigny.

—Y yo también —dijo con voz fuerte—, yo también me uno al señor Morrel para pedir justicia contra el crimen, porque mi corazón se levanta contra mí, a la sola idea de que mi cobarde complacencia ha alentado al asesino.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró Villefort aterrado.

Morrel levantó la cabeza, leyendo en los ojos del anciano que lanzaban chispas.

—Mire, mire —dijo—, el señor Noirtier quiere decirnos algo.

—Sí —hizo Noirtier con una expresión tanto más terrible, cuanto que todas las facultades de aquel pobre anciano impotente se concentraban en su mirada.

—¿Conoce al asesino? —dijo Morrel.

—Sí.

—¿Y va a guiarnos? —dijo—; escuchemos, señor d’Avrigny, escuchemos.

Noirtier miró a Morrel con una melancólica sonrisa, una de aquellas que tantas veces habían hecho feliz a Valentina, y fijó con esto sus ojos.

Después, mirando fijamente a su interlocutor, señaló hacia la puerta.

—¿Quiere que salga? —dijo dolorosamente Morrel.

—Sí —hizo Noirtier.

—No me mande eso, ¡tenga piedad de mí!

Los ojos del anciano permanecieron fijos en la puerta.

—¿Podré volver, al menos? —preguntó Morrel.

—Sí.

—¿Debo irme solo?

—No.

—¿Quién ha de venir conmigo, el procurador del rey?

—No.

—¿El doctor?

—Sí.

—¿Quiere quedarse a solas con el señor de Villefort?

—Sí.

—¿Podrá entenderlo?

—Sí.
—¡Oh! —dijo Villefort casi contento, porque la conversación iba a tener lugar entre los dos—, tranquilo, comprendo muy bien a mi padre.
Y al hablar con esta expresión de alegría, sus dientes daban unos contra otros.
D'Avrigny tomó del brazo a Morrel y salieron juntos.
Un silencio más profundo que el de la muerte reinaba entonces en aquella casa. Al cabo de un cuarto de hora se oyeron pasos, y Villefort apareció a la puerta del salón donde se encontraban Maximiliano y d'Avrigny, absorto este, sofocado aquel.
—Venga —les dijo.
Y les llevó junto al sillón de Noirtier.
Morrel miró atentamente a Villefort.
La cara del procurador del rey estaba lívida. Varias manchas azules se veían en su frente. Tenía en la mano una pluma, que torcida en mil sentidos diferentes, chillaba al hacerse pedazos.
—Señores —dijo con voz ahogada al médico y a Morrel—, señores, ¿me dan su palabra de honor de que este secreto permanecerá sepultado entre nosotros?
Los dos hicieron un movimiento.
—Se lo suplico... —continuó Villefort.
—Pero... —dijo Morrel—, el culpable..., el matador..., el asesino...
—Tranquilícese, caballero, se hará justicia —dijo Villefort—, mi padre me ha revelado el nombre del culpable, mi padre tiene sed de venganza como usted, y sin embargo, mi padre le conjura también a que guarde el secreto del crimen. ¿No es cierto, padre?
—Sí —hizo Noirtier.
Morrel dejó escapar un movimiento de horror y de incredulidad.
—¡Oh! —dijo Villefort, deteniendo a Maximiliano por el brazo—, si mi padre, hombre inflexible como conoce, se lo pide, es porque sabe que Valentina será terriblemente vengada. ¿Es verdad, padre?
—Sí —dijo Noirtier.
Villefort prosiguió:
—Él me conoce, y le he dado mi palabra. ¡Tranquilícense, señores, solo tres días! ¡Les pido tres días!, es menos de lo que pediría la

justicia, y la venganza que tome de la muerte de mi hija hará temblar hasta lo íntimo del corazón al más indiferente de los hombres. ¿No es verdad, padre mío?

Al decir estas palabras rechinaba los dientes, y sacudió con fuerza la muerta mano del anciano.

—¿Cumplirá todas sus promesas el señor de Villefort? —preguntó Morrel, mientras d'Avrigny le interrogaba con su mirada.

—Sí —dijo Noirtier con una mirada de siniestra alegría.

—¿Juran, pues, caballeros —dijo Villefort juntando las manos de d'Avrigny y de Morrel—, juran apiadarse del honor de mi casa, y que me dejarán el cuidado de vengarlo?

D'Avrigny se volvió, y pronunció un sí muy débil; pero Morrel arrancó sus manos de las del magistrado, se precipitó hacia la cama, imprimió un beso en los helados labios de Valentina y huyó con el profundo gemido de un alma consumida por la desesperación.

Hemos dicho que todos los criados habían desaparecido. El señor de Villefort se vio obligado a rogar a d'Avrigny que se encargase de las numerosas y delicadas comisiones que acarrea la muerte en nuestras grandes poblaciones, sobre todo cuando acompañan a la muerte circunstancias tan sospechosas.

Era terrible ver aquel dolor sin movimiento de Noirtier, aquella desesperación sin gestos y aquellas lágrimas sin voz.

Villefort entró en su despacho. D'Avrigny fue a buscar al médico de la ciudad, que desempeñaba las funciones de inspector de muertos, y a quien con bastante razón llaman el médico de los muertos.

Noirtier no quiso apartarse de su nieta.

A la media hora, d'Avrigny volvió con su compañero. Habían cerrado la puerta de la calle, y como el portero había desaparecido con los demás criados, Villefort fue a abrir, pero se detuvo después en la escalera. Le faltaba valor para entrar en el cuarto mortuorio.

Los dos doctores llegaron solos hasta Valentina.

Noirtier permanecía junto a la cama, inmóvil como la muerte, pálido y mudo como ella.

El médico de los muertos se acercó con la indiferencia del hombre que pasa la mitad de su vida con los cadáveres, levantó la sábana

que cubría a la joven y le entreabrió los labios.
—¡Oh! —dijo d'Avrigny—, ¡pobre joven!, está bien muerta.
—Sí —dijo lacónicamente el médico, dejando caer las sábanas.
Noirtier respiró intensamente, se volvió d'Avrigny y vio que los ojos del anciano estaban encendidos y fijos en la cama. El buen doctor comprendió que Noirtier quería ver a su nieta. Le acercó a la cama, y mientras el otro médico mojaba en agua clorurada los dedos que habían tocado los labios de la joven muerta, descubrió aquel tranquilo y pálido rostro que parecía el de un ángel dormido.
Una lágrima que se asomó a los ojos del anciano fueron las gracias que recibió el doctor.
El médico extendió el acta en la misma habitación de Valentina, y cumplida aquella formalidad se retiró acompañado de d'Avrigny.
Villefort los oyó bajar, se asomó a la puerta de su despacho, dio las gracias al médico en pocas palabras, y dirigiéndose a d'Avrigny le dijo:
—¿Y ahora, el sacerdote?
—¿Conoce a algún eclesiástico a quien quiera encargar con preferencia que vele cerca de Valentina? —preguntó el doctor.
—No —dijo Villefort—, vaya al más próximo.
—El más próximo —dijo el doctor— es un buen abate italiano que ha venido a vivir a la casa inmediata a la suya. ¿Quiere que le avise al pasar?
—D'Avrigny —dijo Villefort—, le ruego que acompañe a este caballero. Aquí tiene la llave para que pueda entrar y salir. Traerá al sacerdote, y se encargará de instalarlo en el cuarto de mi pobre hija.
—¿Desea hablarle, amigo mío?
—Deseo estar solo. Me disculpará, ¿verdad? Un sacerdote debe comprender todos los dolores, hasta el de un padre.
Y Villefort dio una llave a d'Avrigny, saludó al otro médico y entró en su despacho, poniéndose en seguida a trabajar.
Para ciertos organismos, el trabajo es el remedio de todos los males. Al bajar a la calle vieron un hombre con sotana que estaba a la puerta de la casa inmediata.
—Vea al eclesiástico de que le he hablado —dijo el médico de los muertos a d'Avrigny.

Este se acercó al sacerdote.

—Caballero —le dijo—, ¿está dispuesto a hacer un gran favor a un desgraciado padre que acaba de perder a su hija, al señor procurador del rey, Villefort?

—¡Ah! —respondió el eclesiástico con un acento italiano sumamente marcado—, sí; lo sé, la muerte está en esa casa.

—Entonces no tengo necesidad de decirle qué clase de favor se espera de usted.

—Iba a ofrecerme, caballero; nuestra misión es ir al encuentro de nuestros deberes.

—Es una joven.

—Sí, lo sé; lo he oído decir a los criados que huían de la casa. Se llamaba Valentina, y ya he rogado a Dios por ella.

—Gracias, gracias —respondió d'Avrigny—, y puesto que ha empezado a ejercer su santo ministerio, dígnese continuarlo. Venga a sentarse junto a la difunta, y toda una familia sumida en el dolor le estará agradecida.

—Voy en seguida, caballero, y me atrevo a decir que jamás votos más fervientes subieron al trono del Altísimo.

D'Avrigny tomó por la mano al abate, y sin encontrar a Villefort, que permanecía encerrado en su despacho, lo condujo hasta el cuarto de Valentina, de la que los sepultureros no debían encargarse hasta la noche siguiente. Al penetrar en el despacho, la mirada de Noirtier se encontró con la del abate, y sin duda creyó leer algo de particular en ella, porque no se separó de él. D'Avrigny le recomendó no solamente la muerta, sino también el vivo. El sacerdote ofreció rogar por la una y cuidar al otro. Se comprometió solemnemente a hacerlo, y sin duda para que no le estorbasen en el momento en que d'Avrigny salió, corrió el cerrojo de la puerta por la que se marchó el doctor, y el de la que daba a la habitación de la señora de Villefort.

Capítulo once: La firma de Danglars

La mañana siguiente se presentó triste y nebulosa. Durante la noche los sepultureros habían cumplido su fúnebre oficio. Habían cosido el cuerpo de la joven en el sudario que envuelve a los que dejaron de existir, dándoles lo que se llama la igualdad ante la muerte. Aquel sudario no era otra cosa más que una pieza de batista que la joven había comprado quince días antes.

Al comenzar la noche, hombres llamados al efecto, llevaron a Noirtier del cuarto de Valentina al suyo, y contra lo que era de esperar, el anciano no opuso resistencia al alejarlo del cadáver de su nieta querida.

El abate Busoni, que había velado hasta el amanecer, se retiró sin llamar a nadie. A las ocho de la mañana regresó el médico, y encontró a Villefort que pasaba al cuarto de Noirtier, y lo acompañó para saber cómo había pasado la noche el anciano. Lo hallaron en el gran sillón que le servía de cama, durmiendo con un sueño tranquilo y casi sonriendo. Se detuvieron los dos admirados.

—Mire —dijo d'Avrigny a Villefort, que observaba a su padre dormido—, mire cómo la naturaleza sabe calmar los más agudos dolores, y ciertamente nadie podía afirmar que el señor Noirtier no amaba a su nieta, y sin embargo duerme.

—Tiene razón —respondió Villefort con sorpresa—, duerme, y es muy extraño, porque la menor contrariedad le hace pasar en vela noches enteras.

—El dolor le ha rendido —replicó d'Avrigny.

Y ambos volvieron pensativos al despacho del magistrado.

—Vea, doctor, yo no he dormido —dijo Villefort mostrando a d'Avrigny su lecho intacto—. El dolor no me rinde a mí. Hace dos noches que no me he acostado, pero en cambio mire mi mesa. He escrito, ¡Dios mío!, durante dos días y dos noches..., ¡he anotado esa causa, he preparado el acta de acusación del asesino Benedetto...! ¡Oh!, trabajo, trabajo, mi pasión, mi alegría, mi furor, tú sí, ¡me haces sobrellevar todas las penas!

Y apretó la mano del doctor convulsivamente.

—¿Tiene necesidad de mí? —le preguntó este.

—No; solamente le ruego que vuelva a las once, a mediodía es cuando... se la llevarán... ¡Dios mío! ¡Mi pobre hija! ¡Mi pobre hija!

Y el procurador del rey, volviendo por un instante a ser humano, levantó los ojos al cielo y dio un suspiro.

—¿Estará en el salón de recepción?

—No; tengo un primo que se encarga de ese triste honor; yo trabajaré, doctor; cuando trabajo, todo desaparece.

En efecto, antes que el doctor llegase a la puerta, el procurador del rey se había puesto a trabajar.

Al salir, d'Avrigny encontró a aquel pariente del que le había hablado Villefort, personaje tan insignificante en esta historia como en su familia. Uno de aquellos seres destinados desde su nacimiento a representar el papel de útiles en el mundo.

Había sido puntual. Iba vestido de negro, y llevaba un lazo de crespón en el brazo. Pasó a la casa de su primo, habiendo estudiado primero la fisonomía que debía tener mientras fuese necesario, bien resuelto a dejarla en seguida.

A las once se oyó en el patio de entrada el ruido del coche fúnebre. La calle del arrabal Saint-Honoré se llenó de gente, ávida de las alegrías y de los duelos de los ricos, de aquella gente que corre con igual prisa a un entierro suntuoso que al matrimonio de una duquesa.

Poco a poco fue llenándose la casa mortuoria, y llegaron al principio parte de nuestros antiguos conocidos, es decir, Debray, Château-Renaud, Beauchamp. Después todas las notabilidades de la curia, de la literatura y del ejército, porque el señor de Villefort ocupaba, menos aún por su posición social que por su mérito personal, uno de los primeros puestos en el mundo parisiense.

El primo se había apostado a la puerta del salón, y hacía entrar a todo el mundo, y era un gran alivio para los invitados ver allí una figura indiferente que no exigía de ellos una fisonomía engañosa o falsas lágrimas, como hubiese sucedido siendo un padre, un hermano o un esposo.

Los que se conocían se llamaban con la vista y formaban grupos. Uno de estos se componía de Debray, Château-Renaud y Beauchamp.

—¡Pobre joven! —dijo Debray, pagando como cada cual su tributo a aquel doloroso suceso—, ¡pobre joven!, ¡tan bella y tan rica!

¿Habría pensado en esto, Château-Renaud, cuando nos vimos...? ¿Cuánto hará? ¿Tres semanas o un mes a lo sumo, para firmar el contrato, que no se firmó?

—Yo no —dijo Château-Renaud.

—¿La conocía?

—Había hablado una o dos veces con ella en el baile de la señora de Morcef. Me pareció encantadora, aunque de carácter un poco melancólico. ¿Y su madrastra, dónde está? ¿Lo sabe?

—Ha ido a pasar el día con la mujer de ese digno caballero que nos atiende.

—¿Quién es ese?

—¿Quién?

—El caballero que nos recibe, ¿es un diputado?

—No —dijo Beauchamp—; estoy condenado a ver a los miembros de la cámara todos los días, y este gesto me es enteramente desconocido.

—¿Ha comentado esta muerte en su periódico?

—El artículo no es mío, pero se ha hablado, y dudo mucho que sea agradable al señor de Villefort. Se dice, según creo, que si hubiesen ocurrido cuatro muertes sucesivas en cualquiera otra parte que en casa del procurador del rey, ciertamente hubiera llamado algo la atención de este magistrado.

—Además —dijo Château-Renaud—, el doctor d'Avrigny, que es el médico de mi madre, dice que su dolor es inmenso. ¿Pero a quién busca, Debray?

—Busco a Montecristo —respondió el joven.

—Lo he encontrado en el boulevard, viniendo yo hacia aquí. Creo que estará de viaje, porque iba a casa de su banquero —dijo Beauchamp.

—¿A casa de su banquero? ¿Su banquero no es Danglars? —preguntó Château-Renaud a Debray.

—Creo que sí —respondió el secretario íntimo con alguna turbación—. Pero el conde de Montecristo no es solo el que falta aquí. Tampoco veo a Morrel.

—¡Morrel! ¿Acaso la conocía? —preguntó Château-Renaud.

—Había sido presentado a la señora de Villefort solamente.

—No importa, hubiera debido venir —dijo Debray—. ¿De qué hablaré esta noche? Este entierro es la noticia del día. ¡Pero chitón!, déjenos, he ahí el ministro de justicia y de cultos, va a creerse obligado a hacer su discurso al lagrimoso y triste primo.

Y los tres jóvenes se aproximaron a la puerta para oír el discurso del ministro de justicia y de cultos.

Beauchamp había dicho la verdad. Al venir él al entierro había encontrado a Montecristo que se dirigía a casa de Danglars, calle de la Chaussée d'Antin.

Desde su ventana el banquero vio el carruaje del conde que entraba en el patio, y le salió al encuentro con una fisonomía triste, pero afable.

—Y bien, conde —le dijo alargándole la mano—, ¿viene a condolerse conmigo? En verdad que la desgracia está en mi casa a tal punto, que cuando entró me preguntaba a mí mismo si no habría yo deseado mal a esos pobres Morcef, lo que hubiera justificado el proverbio: "Al que desea mal a otro, a ese le sucede". Era un poco orgulloso para un hombre salido de la nada como yo, pero jamás le deseé mal alguno, y después de todo, todo lo debía a su trabajo, lo mismo que yo, pero todos tenemos nuestros defectos. ¡Ah!, conde, las personas de nuestra generación... Pero no, usted no es de la nuestra; es joven aún... Las personas de mi tiempo no son felices este año; testigo de ello es nuestro puritano procurador del rey, el señor de Villefort, que acaba de perder a su hija. Recapitulemos: Villefort perdiendo toda su familia de un modo extraño. Morcef, deshonrado y muerto; yo, cubierto de ridículo por la iniquidad de Benedetto, y después...

—¿Después, qué? —preguntó el conde.

—¡Cómo! ¿No lo sabe todavía?

—¿Alguna nueva desgracia?

—Mi hija...

—¿La señorita Danglars?

—Eugenia nos abandona.

—¡Oh!, Dios mío, ¿qué dice?

—La verdad, mi querido conde. ¡Cuán dichoso es usted, que no tiene mujer ni hijos!

—¿Lo cree?
—¡Ah! ¡Dios mío!
—Y decía que la señorita Danglars...
—No ha podido soportar la afrenta que nos ha hecho ese miserable, y me ha pedido permiso para viajar.
—¿Y se marchó?
—La otra noche.
—¿Con la señora Danglars?
—No, con una parienta... Pero no por eso dejamos de perder a mi querida Eugenia, porque yo que conozco su carácter, dudo que quiera regresar a Francia.
—¡Qué quiere, mi querido barón! Disgustos de familia que serían fatales para otro cualquier pobre diablo, cuya fortuna fuese solamente su hija, pero soportables para un millonario. Por más que sobre esto digan los filósofos, los hombres prácticos les demostrarán en cuanto a eso que no tienen razón. El dinero consuela de muchas cosas, y usted debe consolarse más pronto que otro cualquiera si admite la virtud de este bálsamo soberano, usted, el rey de la hacienda, el punto de intersección de todos los poderes.
Danglars lanzó una mirada oblicua al conde para ver si se burlaba o hablaba en serio.
—Sí —dijo—, es cierto que si la fortuna consuela, debo consolarme, porque soy rico.
—Tan rico, mi querido barón, que su fortuna es semejante a las Pirámides. Quisieran demolerlas, pero no se atreven; si se atreviesen, no podrían.
Danglars sonrió ante la confiada honradez del conde.
—Eso me hace recordar que cuando entró estaba haciendo cinco bonos, tenía ya firmados dos, ¿me permite que concluya los otros tres?
—Concluya, mi querido barón, concluya.
Hubo un instante de silencio, durante el cual solo se oyó la pluma del banquero, y mientras tanto Montecristo miraba las doradas molduras del techo.
—¿Son bonos de España, de Haití o de Nápoles? —dijo el conde.

—No —respondió Danglars sonriendo—; son bonos al portador sobre el Banco de Francia. Mire, señor conde, usted que es el emperador de la hacienda, como yo soy el rey, ¿ha visto pedazos de papel de este tamaño y que valga cada uno un millón?

Montecristo tomó en la mano, como para sopesarlos, los cinco pedazos de papel que le presentaba orgullosamente el banquero, y leyó:

El señor regente del Banco de Francia hará pagar a mi orden y sobre los fondos por mí depositados, la cantidad de un millón de francos, valor en cuenta.

Barón Danglars.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco —dijo Montecristo—, ¡cinco millones! ¡Demonios! ¡Y cómo va, señor Creso!

—Vea de qué modo hago yo mis negocios —dijo Danglars.

—Es maravilloso, y sobre todo si, como no dudo, esa suma se gaga al contado.

—Se pagará —dijo Danglars.

—Es algo magnífico tener semejante crédito. En verdad, solo en Francia se ven estas cosas, cinco miserables pedazos de papel valen cinco millones, es preciso verlo para creerlo.

—¿Duda?

—No.

—Es que dice eso con un acento... Haga una cosa, dese el placer de acompañar a mi dependiente al banco, y lo verá salir con bonos sobre el tesoro por igual cantidad.

—No —dijo Montecristo doblando los cinco billetes—, el asunto es demasiado curioso, y quiero hacer yo mismo la experiencia. Mi crédito en su casa era de seis millones. He tomado novecientos mil francos. Tomo sus cinco billetes, que creo pagables solamente con la vista de su firma, y he aquí un recibo general de seis millones que regulariza su cuenta. Lo había preparado de antemano, porque es preciso decirle que tengo hoy gran necesidad de dinero.

Y con una mano metió los billetes en su bolsillo y con la otra alargó su recibo al banquero.

Un rayo que hubiese caído a los pies de Danglars no le hubiera causado mayor espanto.

—¡Qué! —balbució—, señor conde, ¿toma ese dinero? Pero dispense, es dinero que debo a los hospicios, y he ofrecido pagarlo hoy por la mañana.

—¡Ah! —dijo Montecristo—, no importa. No tengo empeño precisamente en que me pague con esos billetes, deme otros valores. Solamente por curiosidad tomé estos, para poder decir en el mundo que sin aviso alguno, sin pedirme cinco minutos de tiempo, la casa Danglars me había pagado cinco millones al contado. ¡Habría algo notable! Pero tome sus valores, deme otros.

Y presentó los cinco billetes a Danglars, que, lívido, alargó el brazo para recogerlos, como el buitre alarga la garra por entre los hierros de la jaula para detener la carne que le quitan. De repente mudó de modo de pensar, hizo un esfuerzo violento y se contuvo.

En seguida la sonrisa se dibujó poco a poco en sus labios.

—Después de todo —dijo—, su recibo es dinero.

—¡Oh!, Dios mío. ¡Sí!, y si estuviese en Roma, la casa de Thomson y French no le pondría la menor dificultad en pagarle con un recibo mío.

—Perdone, señor conde, perdone.

—¿Puedo, pues, guardar este dinero?

—Sí, guárdelo —dijo Danglars enjugando el sudor de su frente.

—Bien; pero reflexione. Si se arrepiente, todavía está a tiempo.

—No —dijo Danglars—; guarde mis firmas, pero, como sabe, nadie es tan amigo de formalidades como el hombre de negocios. Destinaba esa suma a los hospicios, y hubiera creído robarles no dándoles precisamente esa. ¡Como si un escudo no valiese tanto como otro! ¡Discúlpeme!

Y empezó a reír estrepitosamente.

—Ya está dispensado —respondió amablemente el conde de Montecristo.

Y colocó los billetes en su cartera.

—Pero —dijo Danglars—, tenemos aún una cantidad de cien mil francos.

—¡Oh!, bagatelas —dijo Montecristo—. El corretaje debe ascender

poco más o menos a esa suma. Guárdela y estamos en paz.

—Conde —dijo Danglars—, ¿habla en serio?

—Jamás bromeo con los banqueros —dijo el conde con una seriedad que rayaba en impertinencia.

Y se dirigió a la puerta en el momento en que el ayuda de cámara anunciaba:

—El señor de Boville, receptor general de hospitales.

—¡Por mi vida! —dijo Montecristo—, parece que llegué a tiempo para gozar de sus firmas. Se las disputan.

Danglars palideció otra vez y se dio prisa a separarse de Montecristo.

El conde saludó muy cortésmente al señor de Boville, que aguardaba en el salón y fue introducido inmediatamente en el despacho del banquero.

El rostro grave del conde se iluminó con una rápida sonrisa al ver la cartera que tenía en la mano el receptor de hospitales. Encontró en la puerta su carruaje y se hizo conducir inmediatamente al banco.

Danglars, entretanto, reprimiendo su emoción, salió al encuentro del receptor general.

No es necesario decir que lo recibió con la sonrisa en los labios y un semblante halagüeño.

—Buenos días —dijo—, mi querido acreedor, porque creo que tal es el que ahora se presenta.

—Ha adivinado, señor barón —dijo el señor de Boville—, los hospitales acuden a verle en mi persona. Las viudas y los huérfanos vienen por mis manos a pedirle una limosna de cinco millones.

—¡Y dicen que los huérfanos son dignos de lástima! —respondió Danglars, prolongando la broma—, ¡pobres niños!

—Pues heme aquí en su nombre —dijo Boville—. ¿Recibió mi carta de ayer?

—Sí.

—Pues aquí tiene mi recibo.

—Mi querido Boville —dijo el banquero—, sus viudas y sus huérfanos tendrán, si quiere, la bondad de aguardar veinticuatro horas, porque el señor de Montecristo, que ha visto salir de aquí ahora..., ¿le ha visto?

—Sí, ¿y qué?
—El señor de Montecristo se lleva sus cinco millones.
—¿Cómo es eso?
—Es que el conde tenía un crédito ilimitado sobre mí. Crédito abierto por la casa de Thomson y French, de Roma. Ha venido a pedirme cinco millones de un golpe, y le he dado un bono sobre el banco, donde tengo depositados mis fondos, y comprenderá que temo, retirando de las manos del regente diez millones en el mismo día, que le pareciese una cosa extraordinaria. En dos días —añadió Danglars sonriéndose— no digo lo contrario.
—Vamos, pues —exclamó el señor de Boville con el tono de la más perfecta incredulidad—, ¡cinco millones a aquel caballero que acaba de salir ahora y que me saludó sin conocerme!
—Tal vez lo conoce sin que usted lo conozca. El conde de Montecristo conoce a todo el mundo.
—¡Cinco millones!
—Vea aquí su recibo. Haga como santo Tomás: vea y toque.
El señor de Boville tomó el papel que le presentaba Danglars, y leyó:

Recibidos del señor barón Danglars cinco millones cien mil francos, que se reembolsará a su voluntad sobre la casa de Thomson y French de Roma.

—¡Luego es cierto! —exclamó.
—¿Conoce la casa Thomson y French de Roma?
—Sí —dijo el señor de Boville—, hice una vez un negocio de doscientos mil francos en ella, pero no la había vuelto a oír nombrar.
—Es una de las mejores casas de Europa —dijo Danglars, poniendo sobre su mesa el recibo que acababa de tomar de manos del señor Boville.
—¿Y tenía nada menos que un crédito de cinco millones sobre usted? ¿Pues sabe que es un nabab el tal conde de Montecristo?
—No sé lo que es, pero tiene tres créditos ilimitados, uno sobre mí, otro sobre Rothschild y otro sobre Laffitte, y como ve me ha dado la preferencia, dejándome cien mil francos por el corretaje.

El señor de Boville dio todas las muestras de una gran admiración.

—Será preciso que vaya a visitarlo y que obtenga alguna piadosa fundación para nosotros.

—¡Oh!, es como si la tuviese. Solamente sus limosnas ascienden a más de veinte mil francos todos los meses.

—Es magnífico. Además le citaré el ejemplo de la señora de Morcef y su hijo.

—¿Qué ejemplo?

—Han dado toda su fortuna a los hospicios.

—¿Qué fortuna?

—La suya, la del difunto general Morcef.

—¿Y con qué razón?

—Porque dicen que no quieren bienes adquiridos tan miserablemente.

—¿Y de qué van a vivir?

—La madre se ha retirado a una provincia, y el hijo ha entrado en el servicio.

—¡Toma!, ¡toma! —dijo Danglars—, eso sí que son escrúpulos.

—Ayer hice registrar el acta de donación.

—¿Y cuánto poseían?

—No mucho, un millón doscientos o trescientos mil francos. Pero volvamos a nuestros millones.

—Con mucho gusto —dijo el banquero con la mayor naturalidad—. ¿Ese dinero le urge mucho?

—Sí, el arqueo se efectúa mañana.

—Mañana, ¿y por qué no me lo dijo antes? ¿Y a qué hora es ese arqueo?

—A las dos.

—Venga a las doce —dijo Danglars con amable sonrisa.

El señor de Boville apenas respondía. Decía que sí con la cabeza y daba vueltas a la cartera.

—Pero, ahora que recuerdo, haga más.

—¿Qué quiere que haga?

—El recibo del señor de Montecristo es dinero contante. Páselo a Rothschild o Laffitte y se lo tomarán al instante.

—¡Cómo! ¿Pagadero en Roma?

—Desde luego, le costará solo un descuento de cinco o seis mil francos a lo sumo.

El receptor dio un salto atrás.

—¡Por mi vida! Prefiero esperar a mañana. ¿Cómo va a...?

—He creído por un momento, perdonadme —dijo el banquero con una imprudencia sin igual—, he creído que tendría algún pequeño déficit que llenar.

—¡Ah! —dijo Boville.

—Escuche. No sería la primera vez que tal cosa ocurriera, y en ese caso se hace un sacrificio.

—Gracias a Dios, no.

—Entonces, hasta mañana, ¿no es verdad, mi querido receptor?

—Sí; hasta mañana, pero sin falta.

—¡Qué! ¿Se burla? Venga a mediodía, y el banco estará ya avisado.

—Vendré yo mismo.

—Mejor aún, porque eso me proporcionará el placer de volver a verlo.

Y se estrecharon la mano.

—A propósito. ¿No ha ido al entierro de esa pobre señorita de Villefort, que en este momento tiene lugar?

—No —dijo el banquero—, pesa sobre mí el ridículo del suceso de Benedetto, y no salgo.

—¡Bah!, no tiene razón. ¿Qué culpa tiene de ello?

—Amigo mío, cuando se lleva un nombre sin tacha como el mío, se es muy susceptible.

—Todo el mundo lo compadece, créalo, y más aún, a la señorita, su hija.

—¡Pobre Eugenia! —dijo el banquero, dando un profundo suspiro —. ¿Sabe que ingresa en un convento?

—No.

—Pues desgraciadamente es así. Al día siguiente se decidió a partir con una amiga suya, religiosa ya, y va a buscar un convento severo en Italia o España.

—¡Oh! Es terrible.

Y el señor de Boville se retiró al hacer esta exclamación,

cumplimentando al barón.

Mas apenas hubo salido, cuando Danglars, con un gesto enérgico, que comprenderán solamente los que hayan visto a Frederick representar el Robert Hacaire, exclamó:

—¡Imbécil!

Y guardando el recibo del conde en su cartera, añadió:

—Ven a mediodía, que yo estaré ya lejos.

Se encerró, vació todos los cajones de su caja, reunió unos cincuenta mil francos en billetes de banco, quemó diferentes papeles, puso otros a la vista, y escribió una carta que cerró y cuyo sobre dirigió:

A la señora baronesa de Danglars.

—Esta noche —murmuró— yo mismo la colocaré en su tocador.

Sacando en seguida un pasaporte de otro cajón, dijo:

—Bueno, aún puede servir dos meses.

Capítulo doce: El cementerio del Padre Lachaise

El señor de Boville había encontrado en efecto el fúnebre cortejo que conducía a Valentina a la mansión de los muertos.

El tiempo estaba sombrío y nebuloso, un viento cálido aún, pero mortal para las hojas ya secas, las arrancaba, arrojándolas sobre la muchedumbre que ocupaba el boulevard, dejando desnudas las ramas.

El señor de Villefort, parisiense genuino, consideraba el cementerio del Padre Lachaise como el único digno de recibir los restos mortales de una familia de París. Los demás le parecían cementerios rurales, indignos de recibir los restos mortales de una familia parisiense.

Había comprado cierta porción de terreno, en el que erigió un magnífico monumento que se llenó en poco tiempo con los miembros de la primera familia. Se leía en el frontispicio del mausoleo: “Familias Saint-Merán y Villefort”. Porque tal fue el último

voto de la pobre Renata, madre de Valentina.

Hacia el cementerio del Padre Lachaise, pues, se encaminaba el pomposo entierro que salió del arrabal Saint-Honoré, atravesó todo París por el arrabal del Temple, pasó en seguida al boulevard exterior, y de allí al cementerio. Más de cincuenta coches de particulares seguían a otros veinte de duelo, y más de quinientas personas componían el acompañamiento.

Eran todos jóvenes, para quienes la muerte de Valentina representaba una gran desgracia, y que a pesar del vapor glacial del siglo y el prosaísmo de la época, sentían vivamente la pérdida de aquella hermosa, casta y adorable joven, muerta en la primavera de su vida.

Al salir de París vieron llegar un carruaje tirado por cuatro fogosos caballos que pasó a la cola. Era el coche de Montecristo, que se apeó y fue a mezclarse con los demás que seguían el coche fúnebre.

Château-Renaud y Beauchamp que lo vieron llegar se acercaron a él inmediatamente.

El conde miraba con atención a todas partes. Buscaba con mucho interés a alguien. Finalmente, no pudo aguantar más.

—¿Dónde está Morrel? —preguntó—. ¿Alguien lo sabe?

—Ya nos hemos hecho esa pregunta en la casa mortuoria —contestó Château-Renaud—, porque nadie lo ha visto.

El conde calló, pero continuó observando a su alrededor. Llegaron por fin al cementerio; la penetrante mirada de Montecristo registró de un golpe el bosque de sauces llorones y pinos que rodean las rumbas, y perdió toda inquietud. Una sombra atravesó los árboles, y el conde reconoció al que buscaba.

Todos saben a lo que se reduce un entierro en aquel magnífico palacio de la muerte. Un silencio profundo, el ruido de una rama que se desgaja de los árboles, el triste canto de los sacerdotes y algún suspiro que se escapa de entre un bosquecillo de flores que cubren una tumba, junto a la cual se ve una mujer arrodillada y con las manos juntas. La sombra que había visto Montecristo cruzó rápidamente por detrás del sepulcro de Abelardo y Eloísa, y fue a colocarse junto a los caballos del coche fúnebre, llegando así hasta

el sitio destinado para la sepultura. Montecristo no perdía de vista aquella sombra en la que los demás apenas habían reparado. Dos veces se separó Montecristo del acompañamiento para observar si las manos de aquel hombre buscaban algún arma oculta bajo su ropa.

Cuando el acompañamiento se detuvo, se vio que aquella sombra era Morrel, que con su levita abotonada hasta arriba, la frente lívida, los pómulos salientes y el sombrero estropeado por sus manos convulsas, se había arrimado a un árbol colocado en un alto desde donde dominaba el mausoleo, de modo que no le estorbaba ver hasta la más pequeña ceremonia del fúnebre suceso que iba a consumarse.

Todo sucedió como de costumbre. Algunos hombres, y como siempre los menos impresionados, pronunciaron discursos. Los unos compadeciendo aquella muerte prematura, los otros extendiéndose sobre el dolor de su padre, y los hubo tan ingeniosos que incluso averiguaron que aquella infortunada joven había solicitado del señor de Villefort en varias ocasiones un poco de misericordia para los culpables, sobre cuya cabeza estaba suspendida la espada de la justicia. Apuraron las metáforas y períodos sentimentales, comentando de mil maneras a Malherbe y Dupérier.

El conde nada escuchaba, nada veía, o mejor dicho, solamente veía a Morrel, cuya tranquilidad e inmovilidad formaban un espectáculo espantoso para el que podía leer lo que sucedía en el fondo del corazón del joven.

—Mire —dijo Beauchamp a Debray—, mire a Morrel. ¿Por qué se habrá metido allí?

Y se lo hicieron observar a Château-Renaud.

—¡Qué pálido está! —dijo aquel, estremeciéndose.

—Tendrá frío —replicó Debray.

—No; yo creo que está conmovido. Es un joven muy impresionable.

—¡Bah!, apenas conocía a Valentina, según usted mismo ha dicho.

—Es cierto. No obstante, recuerdo que en el baile de la señora de Morcef bailó tres o cuatro veces con ella. Usted lo sabe, conde.

Aquel baile en el que tanto efecto causó.

—No lo sé —respondió Montecristo, sin saber a lo que respondía, pues solo se ocupaba de Morrel, a quien observaba atentamente y cuyas mejillas se colorearon como les sucede a los que comprimen y retienen la respiración.

—Los discursos han terminado. Adiós, señores —dijo bruscamente el conde.

Y dio la señal de marcha, desapareciendo sin que se supiese por dónde había ido. Terminado todo, los asistentes tomaron el camino de París.

Solo Château-Renaud buscó un instante a Morrel, pero mientras había seguido al conde con la vista, Maximiliano había dejado su sitio, y no encontrándolo, se unió a Beauchamp y Debray. El conde se había ocultado detrás de un mausoleo y espiaba hasta el menor movimiento de Morrel, que poco a poco se había acercado a la tumba, abandonada primero por los curiosos, después por los operarios.

Morrel miró alrededor lenta y vagamente, y aprovechando el momento en que su vista se dirigía a la parte opuesta, el conde se acercó a unos diez pasos sin que lo notara.

El joven se arrodilló.

El conde, alargando el cuello, con la vista fija y dilatada, y dispuesto a lanzarse a la primera señal, continuaba acercándose a Morrel.

Este inclinó su frente hasta tocar la fría losa, y cogiéndola con ambas manos, exclamó:

—¡Oh! ¡Valentina!

Aquellas dos palabras destrozaron el corazón del conde, dio un paso más y tocando a Morrel en el hombro, le dijo:

—Lo buscaba, mi querido amigo.

El conde esperaba un escándalo, reconvenciones, quejas, en fin, cuanto debía presumirse, y se engañó.

Morrel se volvió hacia él, y tranquilo en apariencia, le dijo:

—Ya ve que estaba rezando.

La mirada penetrante del conde examinó al joven de pies a cabeza, y concluida aquella observación quedó más tranquilo.

—¿Quiere que lo conduzca a París en el carruaje?
—No, gracias.
—¿Desea alguna cosa?
—Déjeme rezar.
El conde se alejó sin hacer ninguna observación, pero fue para colocarse en otro sitio, desde donde veía hasta el menor movimiento de Morrel. Se levantó este al poco rato, limpió las rodillas de su pantalón y tomó el camino de París sin volver atrás la cabeza.
Descendió lentamente por la calle de la Roquette.
El conde mandó retirar su carruaje y le siguió a unos cien pasos de distancia.
Maximiliano atravesó el canal y entró en la calle de Meslay por el boulevard.
Cinco minutos después de haberse cerrado la puerta para Morrel, se abrió para Montecristo.
Julia estaba sentada a la entrada del jardín, adonde miraba trabajar a Penelón, que tomando en serio su profesión de jardinero se entretenía arreglando unos rosales de Bengala.
—¡Ah!, señor conde de Montecristo —exclamó con aquella alegría que solía manifestar cuando el conde hacía una visita a la calle de Meslay.
—Maximiliano acaba de entrar, ¿es verdad, señora? —preguntó el conde.
—Creo que lo he visto pasar, sí —respondió la joven—, pero llame a Manuel, por favor.
—Perdone, señora, es preciso que suba al cuarto de Maximiliano al instante, tengo que decirle una cosa de la mayor importancia.
—Vaya, pues —le dijo, acompañándole con una dulce sonrisa hasta dejarlo en la escalera.
Montecristo subió rápidamente al segundo piso, llegó al cuarto de Maximiliano, escuchó, pero no se percibía ningún ruido.
Como la mayor parte de las casas habitadas por una sola familia, el cuarto tenía solamente una puerta de cristales, y esa carecía de llave. Maximiliano estaba encerrado por dentro, y las cortinas de seda encarnada no dejaban ver lo que hacía. La ansiedad del conde se dejaba ver en el color sonrosado de sus mejillas, síntoma de

emoción poco común en aquel hombre impasible.

—¿Qué haré? —dijo, y reflexionó un instante.

»¿Llamar? ¡Oh!, ¡no!, muchas veces el ruido de una campanilla, es decir, el anuncio de una visita, acelera la resolución de los que se encuentran en el caso de Maximiliano; y entonces al ruido de la campanilla responde otro ruido.

El conde tembló de pies a cabeza, y como sus decisiones tenían la rapidez del relámpago, dio con el codo a uno de los cristales, que se hizo pedazos, y levantando la cortina vio a Morrel que, sentado ante la mesa y escribiendo, acababa de dar una media vuelta al ruido del cristal roto.

—No es nada —dijo Montecristo—, mi querido amigo; resbalé y di con el codo en la puerta, y puesto que está roto, voy a aprovecharme para abrir sin que tenga necesidad de incomodarse. —Y pasando el brazo, el conde abrió la puerta.

Morrel se levantó visiblemente contrariado, y fue al encuentro del conde, menos para recibirlo que para impedir que pasara más adelante.

—La culpa es de sus criados —dijo el conde—, tienen el suelo tan lustroso como un espejo.

—¿Se ha lastimado, señor? —preguntó fríamente Morrel.

—No sé. ¿Pero qué hacía? ¿Estaba escribiendo?

—¿Yo?

—Sí. Tiene los dedos manchados de tinta.

—Es verdad. Me ocurre algunas veces al escribir mucho; es cosa que me gusta, a pesar de que soy militar.

Montecristo dio algunos pasos por el cuarto, y Maximiliano se vio obligado a dejarlo pasar, pero lo siguió.

—¿Escribía? —repitió Montecristo mirándolo fijamente.

—Creo que ya he tenido el honor de decirle que sí.

El conde miró a su alrededor.

—¿Sus pistolas al lado de la escribanía? —dijo, señalando a Morrel—. ¿Las armas puestas sobre la mesa?

—Voy de viaje —respondió con despecho Maximiliano.

—¡Amigo mío! —le dijo el conde de Montecristo con una dulzura infinita.

—¿Señor?

—Amigo mío, mi querido Maximiliano, nada de decisiones extremadas, se lo ruego.

—¡Yo! —respondió Morrel encogiéndose de hombros—, pues qué, ¿mi viaje es una resolución extremada?

—Maximiliano, dejemos a un lado la máscara que llevamos, no me engaña con su fingida calma, como tampoco le engaño yo con mi frívola solicitud. Bien conoce que para haber roto los cristales y violado el secreto de su cuarto, conoce, digo, que es necesario tenga una inquietud verdadera o mejor una convicción terrible. Morrel, ¿usted quiere suicidarse?

—¡Bueno! —dijo Morrel—. ¿Qué idea es la suya?

—Le digo que quiere matarse —continuó el conde con la misma voz—, y he aquí la prueba —y acercándose a la mesa levantó un pliego blanco que el joven había puesto sobre lo que escribía, y tomó la carta empezada.

Morrel se abalanzó hacia él para arrancársela de las manos, pero Montecristo, adivinando el movimiento, cogió el brazo de Maximiliano y le detuvo con mano de hierro.

—Bien ve que quería matarse, Morrel, ¡está escrito!

—¡Y bien! —dijo Morrel pasando de repente de la apariencia de la tranquilidad a la expresión de violencia—, ¡y bien!, aun cuando así fuera, aun cuando volviese contra mí el cañón de una pistola, ¿quién me lo impediría? ¿Quién tendría valor para impedírmelo? Cuando diga: todas mis esperanzas se han concluido, mi corazón está muerto, aborrezco la vida, no hay más que duelos y disgustos alrededor de mí, la tierra se ha convertido en cenizas, una voz humana es cosa que desgarra mi alma. Al decir: es piedad dejarme morir, porque si no perderé la razón, me volveré loco; dígame, cuando diga esto y vean que lo digo con las angustias y lágrimas del corazón, me responderán: no tiene razón, ¿o me impedirán el dejar de ser desgraciado? Dígame, ¿tendría valor para ello?

—Sí, Morrel —dijo Montecristo, cuya voz sosegada formaba un singular contraste con la exaltación del joven.

—Usted —dijo Morrel con una expresión infinita de cólera—, usted que ha alimentado en mí una esperanza absurda, que me ha

alentado con sus vanas promesas, cuando por algún golpe o una resolución violenta yo hubiera podido salvarla, o al menos verla morir en mis brazos. Usted que afecta poseer todos los recursos de la inteligencia, todo el poder de la materia, que pretende desempeñar en la tierra el papel de la Providencia, y que no ha podido dar un contraveneno a la infeliz...

—¡Ah!, en verdad que me da lástima, ¡me causa horror! Morrel...

—Sí; me dijo que me quitase la máscara, pues bien, me la quito: cuando me siguió al cementerio y me habló le respondí, porque mi corazón es bueno; cuando entró le dejé llegar hasta aquí. Sin embargo, puesto que abusa, que viene a desafiarme hasta en este cuarto adonde me había retirado como en la tumba, puesto que me da un nuevo tormento cuando creí haberlos apurado todos, ¡conde de Montecristo, mi pretendido bienhechor, el salvador universal, esté satisfecho, va a ver morir a su amigo...!

Y con la risa del delirio, Morrel se lanzó por segunda vez sobre las pistolas. Montecristo, pálido como un espectro, con los ojos despidiendo relámpagos y alargando las manos a las pistolas, dijo:

—Y yo le repito que no se matará.

—Impídamelo, pues —replicó Morrel, haciendo el último esfuerzo, que vino a estrellarse contra el brazo de acero del conde.

—Se lo impediré.

—¿Pero quién es usted, en fin, para arrogarse ese derecho tiránico sobre criaturas libres e independientes?

—¿Quién soy? —repitió Montecristo—, soy el único en el mundo que tiene derecho para decirte: Morrel, no quiero que el hijo de tu padre muera hoy.

Montecristo, transfigurado, sublime y cruzando los brazos, se adelantó hacia el joven, que palpitante y vencido a su pesar por la majestuosa divinidad de aquel hombre, dio un paso atrás.

—¿Por qué me habla de mi padre? —balbució—. ¿Por qué mezcla su recuerdo a lo que hoy me sucede?

—Porque yo soy el que salvé la vida a tu padre un día que quería matarse como tú lo quieres hoy, porque soy el hombre que envió la bolsa a tu joven hermana y El Faraón al anciano Morrel. ¡Porque soy, en fin, Edmundo Dantés, que cuando niño te hacía jugar sobre

sus rodillas!

Morrel dio un paso atrás, vacilante, sofocado, aterrado. Sus fuerzas le abandonaron y cayó prosternado a los pies de Montecristo. En seguida hubo un movimiento de regeneración en su hermosa naturaleza; se levantó, dio un salto, y se precipitó a la escalera gritando fuertemente:

—¡Julia! ¡Julia! ¡Manuel! ¡Manuel!

Montecristo quiso salir, pero hubiera sido más fácil matar a Maximiliano que hacerle abandonar la puerta que tenía entreabierta para no dejar salir al conde.

Julia, Manuel, Penelón y algunos criados acudieron asustados al oír los gritos de Maximiliano.

—¡De rodillas! —gritó con una voz ahogada por los sollozos—, ¡de rodillas!, es el bienhechor, el salvador de nuestro padre; es...

Iba a decir Edmundo Dantés, pero el conde le detuvo agarrándole por un brazo.

Julia se arrojó sobre la mano del conde. Manuel lo abrazaba como a un dios tutelar; Morrel cayó por segunda vez en tierra, arrodillado ante el conde.

Aquel hombre de bronce sintió que el corazón se dilataba en su pecho. Una llama abrasadora subió a su garganta y a sus ojos, inclinó la cabeza y lloró.

Apenas se hubo recobrado Julia de la fuerte emoción que acababa de sufrir, cuando salió precipitadamente del cuarto, bajó al primer piso, corrió al salón con una alegría infantil, y alzó el globo de cristal que protegía la bolsa dada por el desconocido de las alamedas de Meillán.

Entretanto, Manuel decía al conde con una voz sofocada por los sollozos:

—¡Oh!, señor conde, cómo oyéndonos hablar tantas veces del bienhechor desconocido, cómo viéndonos acatar su memoria con tanto reconocimiento y adoración, ¿cómo ha esperado hasta hoy para darse a conocer?

—Escúcheme, amigo —dijo el conde—, y puedo llamarlo así, porque sin que lo supiese, es mi amigo hace ya once años. El descubrimiento de este secreto lo ha producido un gran suceso que

debe ignorar. Dios me es testigo de que deseaba sepultarlo en lo más recóndito de mi alma durante toda mi vida. Su hermano Maximiliano me lo ha arrancado con violencias, de las que estoy seguro se arrepiente.

En seguida, viendo que Maximiliano, permaneciendo aún de rodillas, se había recostado sobre un sillón:

—Vele sobre él —añadió, apretando la mano de Manuel de un modo significativo.

—¿Por qué? —preguntó admirado el joven.

—No puedo decírselo. Mas vigile, cuide de él.

Manuel miró por todas partes, y vio las pistolas de Morrel sobre la mesa. Sus ojos se fijaron espantados en aquellas armas que señaló a Montecristo levantando el dedo hasta la altura de la mesa.

Montecristo bajó la cabeza.

Manuel hizo un movimiento hacia las pistolas.

—Deje —dijo el conde.

En seguida, acercándose a Morrel, le tomó la mano. Los movimientos tumultuosos que agitaron el corazón del joven habían cedido el lugar al desaliento.

Julia subió trayendo en la mano la bolsa de seda, y dos lágrimas brillantes y alegres caían por sus mejillas como dos gotas de rocío matinal.

—He aquí la reliquia —dijo—, no piense que me es menos querida después que he conocido al salvador.

—Hija mía —dijo el conde sonrojándose—, permítame que vuelva a recoger esa bolsa, pues que ya me conoce, no quiero estar presente a su recuerdo más que por el cariño que le suplico me conceda.

—¡Oh! —dijo Julia poniendo la bolsa sobre su corazón—, no, no, se lo ruego, porque un día podría dejarnos, un día desgraciadamente se separará de nosotros, ¿no es verdad?

—Ha adivinado —dijo Montecristo sonriéndose—, dentro de ocho días abandonaré este país, en el que tantas personas que merecían la venganza del cielo vivían contentas y dichosas, mientras mi padre expiraba de hambre y de dolor.

En el instante de anunciar su próximo viaje, Montecristo fijó sus

ojos en Morrel, y notó que las palabras “ya habré dejado este país”, no lo habían sacado de su letargo. Conoció que necesitaba aún la última lucha con el dolor de su amigo, y tomando por la mano a Julia y a Manuel, les dijo con la autoridad de un padre.

—Mis buenos amigos, les ruego que me dejen a solas con Maximiliano.

Era el momento favorable para que se llevase Julia la reliquia, como ella la llamaba, y de la que se había olvidado el conde.

—Dejémoslo —dijo, y salió precipitadamente con su marido.

Montecristo se quedó inmóvil con Morrel.

—Vamos —dijo el conde, tocándolo en un hombro con su dedo de fuego—, ¿vuelves a ser hombre, Maximiliano?

—Sí, porque empiezo a sufrir otra vez.

La frente del conde se contrajo. Parecía entregado a una profunda meditación.

—¡Maximiliano, Maximiliano! —le dijo—, ¡las ideas que lo embargan son indignas de un cristiano!

—¡Oh!, tranquilícese, amigo —dijo Morrel levantando la cabeza, y mostrando al conde una sonrisa de inefable tristeza—, ya no seré yo el que busque la muerte.

—Así —dijo Montecristo—, nada de armas, nada de desesperación.

—No, porque tengo algo que vale más que el cañón de una pistola o la punta de un puñal.

—¡Pobre loco! ¿Qué es, pues, lo que tiene? —preguntó el conde con tristeza.

—El dolor, que concluirá con mi existencia.

—Amigo —dijo Montecristo, con una melancolía igual a la suya—, escúcheme. Un día, y en un momento de desesperación igual al tuyo, puesto que me conducía a una idéntica resolución, yo quise matarme. Un día tu padre, desesperado, lo quiso también. Si hubiesen dicho a tu padre en el momento en que apoyaba contra su frente el cañón de una pistola, si me hubiesen dicho a mí cuando separaba de mi cama el pan del prisionero, al que no había tocado en tres días, si a los dos nos hubieran dicho en aquel momento supremo: “¡vivan!, llegará el día en que sean dichosos y bendigan la

vida", fuera quien fuera el que nos lo hubiera dicho, su dicho lo hubiéramos recibido con la sonrisa de la duda o la angustia de la incredulidad, y sin embargo, ¡cuántas veces tu padre, abrazándote, bendijo la vida! ¡Cuántas veces he hecho yo lo mismo!

—¡Ah! —dijo Morrel, interrumpiendo al conde—, usted había perdido solamente la libertad, y mi padre su fortuna, ¡pero yo he perdido a Valentina!

—Mírame, Morrel —dijo el conde con aquella solemnidad que en ciertas ocasiones lo hacía tan grande y tan persuasivo—, mírame. Yo no tengo lágrimas en los ojos, ni fiebre en las venas, ni palpitaciones fúnebres en el corazón. No obstante, te veo sufrir, Maximiliano, a ti, ¡a quien amo como amaría a mi hijo! Pues bien, ¿esto no lo dice, Morrel, que el dolor es como la vida, que hay algo después de ella? Ahora bien, si yo te ruego, si te mando que vivas, es porque tengo la convicción de que un día me darás las gracias por haberte conservado la vida.

—¡Dios mío! ¿Qué me dice, conde? Pensadlo, quizá nunca ha amado.

—Niño —repuso Montecristo.

—De amor —replicó Morrel—, yo me entiendo. Soy soldado desde que fui hombre, y he llegado a veintinueve años sin amar porque ninguna de las pasiones que he sentido antes merece este nombre. Pues bien, a los veintinueve años vi a Valentina, y hace dos años que la amo, que he podido leer en su corazón las virtudes de la joven y de la mujer escritas por la mano del Señor, en aquel corazón abierto para mí como un libro. Conde, mi felicidad con Valentina era infinita, inmensa, desconocida. Demasiado completa, demasiado grande, demasiado divina para este mundo, puesto que este mundo no me la ha dado. Esto es decirle, conde, que sin Valentina no hay para mí en la tierra más que tristeza y desesperación.

—Le he dicho que espere, Morrel —dijo el conde.

—Cuidado, repetiré yo —dijo Morrel—, porque si quiere persuadirme, si lo consigue creeré que puedo volver a ver a Valentina.

Montecristo sonrió.

—Amigo mío, padre mío —exclamó Morrel exaltado—, cuidado. Le

repetiré por tercera vez: el ascendiente que toma sobre mí me espanta. Cuidado con el sentido de sus palabras, porque vea que mis ojos se reaniman, mi corazón renace a la esperanza, y en él late la vida, porque me haría creer en cosas sobrenaturales. Obedeceré si me manda que levante la losa que cubre a la hija de Jairo. Caminaré sobre las ondas como el apóstol, si me hace señal con la mano de caminar sobre ellas, obedeceré en todo...

—Espera, amigo —dijo el conde.

—¡Ah! —dijo Morrel, pasando del extremo de la exaltación al abismo de la tristeza—, ¡ah!, me engaña. Hace como aquellas madres que calman con palabras dulces a los chicos, cuyos gritos les incomodan. No, amigo mío. Enterraré mi dolor en lo más hondo de mi pecho, lo ocultaré tanto que no me verá sufrir. Adiós, amigo mío, adiós.

—Al contrario —dijo el conde—, desde ahora, Maximiliano, vivirás conmigo, no te apartarás de mí un solo instante, y dentro de ocho días saldremos de Francia.

—¿Y me dice aún que espere?

—Te lo digo, porque conozco un medio para curarte.

—Conde, me entristece más, ve solamente en mi dolor un dolor vulgar, y quiere curarme con un remedio igual, el de hacerme viajar.

Y Morrel movió la cabeza con desdeñosa incertidumbre.

—¿Qué quieres que le diga? Tengo confianza en mis promesas, déjame hacer el experimento.

—Conde, prolonga mi agonía, y he aquí todo.

—Así —dijo el conde—, tu débil corazón no quiere conceder unos días a un amigo para la prueba que intenta hacer. ¿Sabes tú de lo que el conde de Montecristo es capaz? ¿Sabes que da órdenes a muchos poderosos de la tierra? ¿Sabes que tiene confianza en Dios para obtener un milagro de aquel que ha dicho que con la fe puede el hombre mover una montaña? Pues bien, ese milagro, yo lo espero, o si no...

—Si no —repitió Morrel.

—Cuidado, Morrel, te llamaría ingrato.

—Tenga piedad de mí, conde.

—Escúchame, Maximiliano. Tengo tanta, que si no lo curo dentro

de un mes, día por día, hora por hora, yo mismo lo colocaré delante de dos pistolas cargadas y de una copa del más sutil veneno de Italia, de un veneno, créeme, más pronto y más seguro que del que ha muerto a Valentina.

—¿Me lo promete?

—Sí, porque soy hombre, porque he sufrido, y porque, como lo he dicho también, he querido morir, y muchas veces, después que el infortunio se ha alejado de mí, he soñado con las delicias del sueño eterno.

—¡Oh!, ¿me promete esto ciertamente, conde?

—Te lo prometo y lo juro —dijo Montecristo alargando el brazo.

—Dentro de un mes, si no me he consolado, ¿me deja en libertad para disponer de mi vida, y haga lo que hiciere, no me llamará ingrato?

—En un mes, día por día, hora por hora, y la fecha es sagrada, Maximiliano, no sé si has pensado en ello, pero estamos en 5 de septiembre, y hace diez años que salvé a tu padre, que también quería morir.

Morrel cogió las manos del conde y las besó. Este le dejó hacer como si comprendiese que aquella muestra de adoración se le debía.

—Dentro de un mes tendrás en una mesa, a la que estaremos sentados los dos, buenas armas y una muerte dulce, pero hasta entonces prométeme esperar y vivir.

—¡Oh! —dijo Morrel—, se lo juro.

Montecristo atrajo al joven sobre su pecho y lo estrechó contra su corazón.

—Desde ahora —le dijo— vienes a vivir conmigo, ocuparás la habitación de Haydée, mi hijo reemplazará a mi hija.

—Haydée —dijo Morrel—, ¿pues qué es de ella?

—Ha partido esta noche.

—¿Para separarse de usted?

—Para esperarme... Prepárate a venir a la casa de los Campos Elíseos, y haz que yo salga de aquí sin que me vean.

Maximiliano bajó la cabeza y obedeció como un niño o como un apóstol.

Capítulo trece:
La partición

En la casa de la calle de San Germán de los Prados, que había escogido para su madre y para sí Alberto de Morcef, el primer piso estaba alquilado a un personaje misterioso.

Era un hombre a quien el conserje no había podido nunca ver la cara, entrase o saliese, porque en el invierno la cubría con una bufanda encarnada, como los cocheros de casas grandes que esperan a sus amos a la salida del espectáculo, y en verano se sonaba siempre en el momento de pasar por delante de la portería.

Es preciso decir que contra las costumbres establecidas, nadie espiaba a aquel vecino, y que la noticia de que era un gran personaje poderoso e influyente había hecho respetar su incógnito y sus misteriosas apariciones.

Sus visitas eran ordinariamente fijas, aunque algunas veces se adelantaban o retrasaban, pero casi siempre, lo mismo en invierno que en verano, a las cuatro de la tarde, tomaba posesión de su cuarto y jamás pasaba en él la noche.

La discreta criada, a la que estaba confiado el cuidado de la habitación, encendía la chimenea en el invierno a las tres y media, y a la misma hora en verano subía helados y refrescos.

Como hemos dicho, a las cuatro llegaba el misterioso personaje.

Veinte minutos más tarde un coche se detenía a la puerta de la casa, y una mujer vestida de negro o de azul muy oscuro, pero cubierta siempre con un espeso velo, se apeaba, pasaba como un relámpago por delante de la portería y subía sin que se sintiesen en la escalera sus ligeras pisadas.

Sus facciones, como las del caballero, eran completamente desconocidas a los guardianes de la puerta, conserjes modelos, solos quizás en la inmensa cofradía de porteros de la capital, capaces de semejante discreción.

Inútil es decir que jamás pasaba del primer piso, llamaba a la puerta de un modo particular, se abría esta, se cerraba en seguida herméticamente, y he aquí todo.

Para salir tomaban las mismas precauciones que para entrar.

Primero salía la desconocida, cubierta siempre con el velo, y tomaba el coche, que desaparecía tan pronto por un lado de la calle como por el otro. A los veinte minutos bajaba el desconocido cubierto con su bufanda o tapándose con el pañuelo.

Al día siguiente a aquel en que el conde de Montecristo hizo la visita a Danglars y tuvo lugar el entierro de Valentina, el misterioso inquilino entró hacia las diez de la mañana en lugar de las cuatro de la tarde.

Casi inmediatamente y sin aguardar el intervalo ordinario, llegó un coche de alquiler, y la señora cubierta con el velo subió rápidamente la escalera.

La puerta se abrió y se cerró, pero antes que estuviese del todo cerrada, la señora había exclamado:

—¡Oh! ¡Luciano! ¡Oh!, ¡amigo mío!

De modo que el conserje, que sin quererlo había oído aquella exclamación, supo por primera vez que su inquilino se llamaba Luciano; pero como era un portero modelo, se propuso no decirlo ni aun a su mujer.

—Y bien, ¿qué hay, amiga querida? —respondió este, pues la turbación y prisa de la señora le habían hecho conocer quién era—, hable, diga.

—¿Puedo contar con usted?

—Desde luego, ya lo sabe. Pero ¿qué ocurre? Su carta de esta mañana me ha producido una terrible preocupación. La precipitación, el desorden de su carta, vamos, tranquilícese, o acabe de espantarme de una vez. ¿Qué hay?

—¡Luciano, un gran acontecimiento! —dijo la señora, fijando en él una mirada investigadora—, el señor Danglars se ha fugado la pasada noche.

—¡Danglars! ¿Y adónde ha ido?

—Lo ignoro.

—¡Cómo! ¿Lo ignora? ¿De modo que es para no volver más?

—¡Sin duda! A las diez su carruaje lo condujo a la barrera de Charentón. Allí encontró una silla de posta, subió con su ayuda de cámara, diciendo a su cochero que iba a Fontainebleau.

—Entonces, ¿qué dice?
—Espere, amigo mío. Me había dejado una carta.
—¿Una carta?
—Sí; lea.
Y la baronesa sacó del bolsillo una carta abierta que presentó a Debray.
Se detuvo un momento antes de leerla, como si hubiese querido adivinar el contenido, o más bien, como si hubiera ya tomado un partido decisivo, cualquiera que fuese el contenido. Firme en su resolución sin duda, empezó a leer al cabo de algunos segundos. He aquí lo que contenía la carta que tal turbación produjera en el ánimo de la señora Danglars.

Señora y muy cara esposa.

Sin pensar en lo que hacía, Debray miró fijamente a la baronesa, y esta se puso encendida.
—Lea —le dijo.
Debray prosiguió:

Cuando reciba esta carta, ya no tendrá marido. ¡Oh!, no se alarme, no tendrá marido, como no tiene hija; es decir, que estaré en uno de los treinta o cuarenta caminos que conducen a la frontera de Francia.
Le debo algunas explicaciones, y como es mujer que las comprende perfectamente, voy a dárselas.
Escuche, pues:
Esta mañana tuve que rembolsar cinco millones y los he pagado; casi inmediatamente he debido pagar igual suma. La he aplazado para mañana, y me marcho hoy para evitar ese mañana, que me sería, créamelo, muy desagradable.
Comprende perfectamente, ¿no es cierto, señora y muy querida esposa?
Digo que comprende, porque conoce tan bien como yo el estado de mis negocios, y aun mejor que yo, puesto que si debiese decir dónde ha ido a parar una gran parte de mi fortuna, antes tan bella, no sería capaz de hacerlo, mientras que usted, por el contrario, lo

sabe perfectamente.

Porque las mujeres tienen un instinto infalible, y explican por un álgebra de su invención hasta lo maravilloso. Yo, que no conozco más que mis números, nada sé desde el día en que ellos me engañaron.

¿Ha admirado alguna vez la prontitud de mi caída, señora? ¿No le ha llamado la atención la pronta fusión de mis barras? Yo solamente he visto el fuego, será preciso que haya encontrado algún oro entre las cenizas.

Me alejo de usted, señora y prudente esposa, con esta consoladora esperanza, sin tener remordimiento de conciencia al abandonarla. Le quedan amigos, las cenizas en cuestión, y para colmo de dicha, la libertad que me apresuro a devolverle.

Con todo, señora, ha llegado el momento de colocar en este párrafo una palabra de explicación íntima. Mientras creí que trabajaba por el bienestar de nuestra casa y la felicidad de nuestra hija, he cerrado filosóficamente los ojos, pero como ha hecho de la casa una vasta ruina, no quiero servir de fundamento a la fortuna de otro. Le he tomado por mujer rica, mas no por mujer honrada. Discúlpeme si le hablo con esa franqueza, pero como creo no hablar más que para los dos, no veo que nada me obligue a disimular mis palabras. He aumentado nuestra fortuna, que durante quince años ha ido siempre creciendo hasta el momento en que catástrofes desconocidas e ininteligibles hasta para mí han venido a destrozarla, sin culpa de mi parte.

Usted, señora, ha trabajado para aumentar la suya, y estoy moralmente convencido de que lo ha conseguido. Le dejo, pues, como la tomé, rica, pero con poca honra.

Adiós, me marcho, y desde hoy trabajaré por mi cuenta. Crea en mi eterno agradecimiento por el ejemplo que me ha dado y que voy a seguir.

Su afectísimo marido,

BARÓN DANGLARS.

La baronesa seguía con la vista a Debray durante aquella larga y

penosa lectura, y vio que el joven, a pesar de su conocido dominio sobre sí, mudó de color dos o tres veces.

Cuando concluyó, cerró lentamente la carta y volvió a su estado pensativo.

—¿Y bien? —le preguntó la señora Danglars con una ansiedad fácil de comprender.

—¡Y bien!, señora —repitió maquinalmente Debray.

—¿Qué idea le inspira esa carta?

Una idea muy sencilla, señora. Me inspira la idea de que el señor Danglars ha partido con sospechas.

—Sin duda, ¿pero es eso cuanto tiene que decirme?

—No comprendo —dijo Debray con una frialdad glacial.

—¡Se ha marchado!, sí, para no volver más.

—¡Oh! —dijo Debray—, no crea nada de eso, baronesa.

—Le digo que no volverá, es un hombre de resoluciones invariables y que solo mira su interés. Si me hubiese juzgado útil para alguna cosa me hubiera llevado consigo. Me deja en París porque nuestra separación puede servir para sus proyectos. Es, pues, irrevocable y está perfectamente libre para siempre —añadió la señora Danglars con el mismo acento de súplica.

Pero en lugar de responder, Debray la dejó en aquella penosa ansiedad producida por una interrogación entre la mirada y el pensamiento.

—¡Qué! —dijo al fin—, ¿no me responde, caballero?

—Solo tengo una cosa que preguntarle. ¿Qué piensa hacer?

—Eso mismo iba a preguntarle —respondió la baronesa, cuyo corazón palpitaba aceleradamente.

—¡Ah! —dijo Debray—, ¿me pide un consejo?

—Sí, se lo pido —dijo la baronesa con el corazón oprimido.

—Pues entonces —respondió el joven con frialdad—, le aconsejo que viaje.

—¿Que viaje? —murmuró la señora Danglars.

—Eso es. Es cierto, como ha dicho Danglars, que es usted rica y perfectamente libre, una ausencia de París le es necesaria, según creo, después del doble escándalo del frustrado matrimonio de Eugenia y la fuga de Danglars. Lo que importa es que todo el mundo

sepa que la han abandonado y la crean pobre, porque difícilmente se perdonaría a la mujer del bancarrotero la opulencia y el gran tren de vida. Para lo primero basta que permanezca quince días en París, repitiendo a todos que la han abandonado, contando el cómo a sus mejores amigas, que lo repetirán en todas partes. En seguida dejará su casa, abandonará alhajas, dinero, muebles, cuanto haya en ella, y todos alabarán su desinterés y generosidad. Todos la creerán entonces abandonada y pobre, menos yo, que conozco su posición, y que estoy pronto a presentarle mis cuentas como un socio leal.

La baronesa, pálida y aterrada, había escuchado aquel discurso con tanto espanto y desesperación, como con calma e indiferencia lo había dicho Debray.

—¡Abandonada...! ¡Oh!, sí, tiene razón, Luciano, y bien abandonada.

Tales fueron las únicas palabras que aquella mujer altiva y tan perdidamente enamorada pudo responder a Debray.

—Pero rica y muy rica —prosiguió él sacando una cartera y extendiendo sobre la mesa los papeles que contenía.

La señora Danglars le dejó hacer, sin ocuparse más que de ahogar sus suspiros y retener sus lágrimas, que a pesar suyo se asomaban a sus ojos.

Sin embargo, al fin pudo más en ella el sentimiento de su dignidad, y si no logró sofocar su corazón, logró al menos contener sus lágrimas.

—Señora —dijo Debray—, hará seis meses o poco más que nos asociamos. Ha puesto un capital de treinta mil francos. En el mes de abril de este año empezó precisamente nuestra asociación. En mayo hicimos las primeras operaciones. En el mismo mes ganamos cuatrocientos mil francos. En junio el beneficio subió a novecientos mil. En julio agregamos un millón setecientos mil francos. Usted lo sabe, el mes de los bonos en España. En el mes de agosto perdimos al principio del mes trescientos mil francos, pero al quince los habíamos vuelto a ganar. Ayer ajusté nuestras cuentas desde el día de nuestra asociación, y me dan un activo de dos millones cuatrocientos mil francos, es decir un millón doscientos mil francos

para cada uno.

—¿Pero qué quieren decir esos intereses, si jamás ha hecho valer ese dinero?

—Está en un error —dijo fríamente Debray—, tenía sus poderes y he usado de ellos. Tenemos, pues, cuarenta mil francos de intereses por su parte, más cien mil francos de la primera remesa de fondos, es decir, su parte asciende a un millón trescientos mil francos.

»Ahora bien, anteayer tuve la precaución de movilizar su dinero. No hace mucho tiempo, como ve, y se diría que adivinaba lo que iba a suceder. Su dinero está aquí: la mitad en billetes de banco, la otra mitad en bonos al portador. Cuando digo aquí es porque es verdad, pues no creyendo mi casa bastante segura, y rehuyendo la indiscreción de los notarios, lo he guardado en un cofre sellado, oculto en aquel armario.

»Ahora —dijo Debray, abriendo el armario y sacando un cofrecito pequeño—, he aquí ochocientos billetes de banco de mil francos, un cupón de rentas de veinticinco mil francos y un bono a la vista de ciento diez mil francos, sobre mi banquero, y como este no es el señor Danglars, puede estar segura de que se pagará a su presentación.

La señora Danglars tomó maquinalmente el bono, el cupón de ventas y los billetes de banco. Aquella enorme fortuna parecía bien poca cosa puesta sobre la mesa. La señora Danglars, con los ojos secos, pero con el pecho oprimido por mil suspiros, encerró en su bolso los billetes de banco, puso en su cartera el bono y el cupón de rentas, y en pie, pálida e inmóvil, esperó una palabra de amor que la consolase de ser tan rica.

Pero la esperó en vano.

—Ahora tiene una existencia magnífica —dijo Debray—, sesenta mil libras de renta, suma enorme para una mujer que no podrá tener casa abierta hasta dentro de un año por lo menos. Está en el caso de poder contentar todos sus caprichos, sin contar con que si su parte le parece insuficiente, puede tomar de la mía cuanto quiera, pues estoy pronto a ofrecerle, a título de préstamo, se entiende, todo lo que poseo, es decir, un millón sesenta mil francos.

—Gracias, caballero, me da mucho más de lo que necesita una

mujer que está resuelta a no presentarse en el mundo, al menos en muchos años.

Debray se admiró por un momento, mas volviendo en sí rápidamente, hizo un gesto que podría traducirse por...

—Como guste.

La señora Danglars había esperado hasta entonces, pero al ver la acción de Debray, la mirada oblicua que la acompañó, la reverencia profunda y el silencio significativo que se siguió, levantó la cabeza, abrió la puerta, y sin cólera, sin odio, pero con decisión, se encaminó a la escalera sin dignarse saludar por última vez al que así la dejaba marchar.

—¡Bah! —dijo Debray—, proyectos y nada más. Permanecerá en su casa, leerá novelas y jugará al whist, ya que no puede jugar a la bolsa.

Tomó su cartera, y señaló con cuidado las cantidades que acababa de pagar.

—Me quedan un millón sesenta mil francos —dijo—, ¡lástima que la señorita de Villefort haya muerto! Esa mujer en todos sentidos me convenía y me hubiera casado con ella.

Y flemáticamente, según su costumbre, esperó que transcurrieran veinte minutos después de la salida de la señora Danglars para marcharse.

Los empleó en hacer números con el reloj sobre la mesa.

Aquel personaje diabólico que cualquier imaginación aventurera hubiera creado si Lesage no se hubiera adelantado a ello, Asmodeo, que levanta los tejados de las casas para ver lo que pasa en el interior, gozaría siquiera de un singular espectáculo, si levantase en el momento a que nos referimos, y en el cual Debray hacía sus cuentas, el techo de la casa de la calle de San Germán de los Prados.

Encima del cuarto en que Debray acababa de partir con la señora Danglars dos millones y medio, había otra habitación ocupada por personas que ya conocemos, las cuales han representado un papel demasiado importante en los sucesos que hemos contado, para que no las veamos de nuevo con interés.

En aquella habitación estaban Mercedes y Alberto.

Mercedes había cambiado mucho en pocos días, no porque en los tiempos de su mayor auge hubiese ostentado el fausto orgulloso que separa todas las condiciones y hace que no se reconozca la misma mujer cuando se presenta más sencillamente vestida, ni tampoco porque hubiese llegado a aquel estado en el que es preciso volver a vestir la librea de la miseria, no; Mercedes había cambiado, porque el brillo de sus ojos se había amortiguado, y se había desvanecido su sonrisa, porque, en fin, una perpetua cortedad de ánimo retenía en sus labios aquella palabra rápida que lanzaba otras veces una imaginación siempre pronta y activa.

La pobreza no había marchitado la imaginación de Mercedes, tampoco la falta de valor le hacía insoportable su pobreza; habiendo bajado de la altura en que vivía, y perdida en la nueva esfera que había escogido, su vida era cual el estado de aquellas personas que salen de un salón brillantemente iluminado para pasar a una habitación completamente oscura; parecía una reina que salía de su palacio para entrar en una cabaña, y que reducida a lo estrictamente necesario, no se la reconocía ni en la vajilla ordinaria que ella misma colocaba sobre su mesa, ni en el catre que sustituyera a su magnífico lecho.

En efecto, la bella catalana, o la noble condesa, no tenía ni su mirada altiva ni su encantadora sonrisa, porque al fijar sus ojos sobre cuanto la rodeaba, solo veía objetos de tristeza: un cuarto tapizado con papel sobre fondo gris, que los propietarios económicos buscan con preferencia como más duradero; el suelo sin alfombra y los muebles todos llamaban la atención y obligaban a fijarse en la pobreza de un falso lujo, cosas todas que rompían la armonía tan necesaria a las personas acostumbradas a un conjunto elegante.

La señora de Morcef vivía allí desde que había abandonado su palacio. Le trastornaba la cabeza aquel silencio monótono, cual a un viajero al llegar al borde de un horrendo precipicio, y viendo que Alberto la miraba disimuladamente a cada momento para sondear el estado de su corazón, se esforzaba en sonreír con los labios, ya que le faltaba el dulce fuego de la sonrisa en los ojos, sonrisa que causa el mismo efecto que la reverberación de la luz, es decir, la claridad

sin calor.

Alberto, por su parte, estaba preocupado, se hallaba impedido por un resto de lujo que no le permitía presentarse según su condición actual. Quería salir sin guantes, y hallaba sus manos demasiado blancas para caminar a pie por toda la ciudad, y sus botas eran de charol y demasiado lujosas.

Con todo, aquellas dos criaturas, tan nobles e inteligentes, reunidas indisolublemente con los lazos del amor maternal y filial, habían llegado a comprenderse sin hablar y a ahorrarse todos los preámbulos que se deben entre amigos para establecer la verdad material de que depende la vida.

Alberto, en fin, había podido decir a su madre sin hacerla palidecer:

—Madre mía, no tenemos dinero.

Jamás Mercedes había conocido la miseria, muchas veces en su juventud había hablado ella misma de pobreza, pero no es lo mismo necesidad y pobreza; son dos sinónimos, entre los cuales media todo un mundo. Entre los catalanes, Mercedes tenía necesidad de mil cosas, pero nunca le faltaban otras mil, mientras las redes cogían bastante pescado y este se vendía. Y después, sin amigas, con solo un amor que no tenía relación alguna con los detalles materiales de la situación, no pensaba más que en sí, y Mercedes, con lo poco que poseía, era aún generosa cuanto podía. Hoy debía pensar en dos y sin poseer nada.

Se acercaba el invierno. En aquel cuarto ya frío, Mercedes no tenía fuego, cuando un calorífero del que salían mil ramales calentaba otras veces su casa desde la antecámara al tocador; no tenía ni aun una flor, cuando su habitación estaba antes llena de ellas a peso de oro. ¡Pero tenía a su hijo!

La exaltación de un deber quizás exagerado les había sostenido hasta entonces en las esferas superiores. La exaltación se aproxima mucho al entusiasmo y el entusiasmo nos hace insensibles a las cosas de la tierra. Era preciso al fin hablar de lo positivo después de haber apurado todo lo ideal.

—Madre mía —decía Alberto en el momento en que la señora Danglars bajaba la escalera—, contemos un poco nuestras riquezas. Tengo necesidad de un total para trazar bien mis planes.

—Total, nada —dijo Mercedes con dolorosa sonrisa.
—Sí, madre mía; total, primero tres mil francos. Pretendo que con esos tres mil francos pasemos los dos una vida envidiable.
—¡Niño! —respondió Mercedes suspirando.
—Sí, mi buena madre; le he gastado, por desgracia, mucho dinero, y conozco ya su valor: es enorme. Con esos tres mil francos he edificado un porvenir milagroso y de eterna seguridad.
Mercedes dijo ruborizándose:
—¿Piensas eso, hijo mío? ¿Pero ante todo aceptaremos esos tres mil francos?
—Es cosa convenida, me parece —dijo Alberto con un tono firme —, los aceptaremos, tanto más, cuanto no los tenemos, pues se encuentran, como sabe, enterrados en el jardín de la pequeña casa de la alameda de Meillán en Marsella. Con doscientos francos, iremos ambos a Marsella.
—¡Con doscientos francos! —dijo Mercedes—. ¿Piensa lo que dices, Alberto?
—¡Oh!, en cuanto a eso estoy perfectamente informado por las diligencias y los vapores, y mis cálculos están ya hechos. Tome su asiento para Chalons, treinta y cinco francos.
Alberto tomó la pluma y escribió:

Berlina, 35 francos
De Chalons a Lyon va por el vapor, 6 francos
De Lyon a Avignon, lo mismo, 16 francos
De Avignon a Marsella, ídem, 7 francos
Gastos durante el viaje, 50 francos
Total 114 francos

—Pongamos ciento veinte. Ve que soy generoso, ¿verdad, madre mía? —añadió sonriéndose.
—¿Pero y tú, mi pobre hijo?
—¡Yo!, no se preocupe. Me reservo ochenta francos. Un joven, madre mía, no tiene necesidad de tantas comodidades, y además sé lo que es viajar.
—Sí, con tu silla de posta y tu ayuda de cámara.

—No importa, madre mía.
—Pues bien, sea —dijo Mercedes—, ¿pero y esos doscientos francos?
—Aquí están, y otros doscientos más. He vendido mi reloj y mis sellos en cuatrocientos francos. Somos ricos, pues en lugar de ciento catorce francos que necesita para su viaje, tiene doscientos cincuenta.
—¿Pero debemos algo en esta casa?
—Treinta francos, que voy a pagar de mis ciento cincuenta, y puesto que solo necesito ochenta para el camino, ve que estoy nadando en la abundancia.
Y Alberto sacó una pequeña cartera con broches de oro, restos de su anterior opulencia, o quizá tierno recuerdo de una de aquellas mujeres misteriosas, que cubiertas con un velo llamaban a la puerta escondidas. La abrió y mostró un billete de mil francos.
—¿Qué es eso? —inquirió Mercedes.
—Mil francos, madre mía. ¡Oh!, es muy bueno.
—Pero ¿de dónde tienes tú mil francos?
—Escuche y no se conmueva.
Alberto se levantó, besó a su madre en ambas mejillas, y se puso a mirarla fijamente.
—No tiene idea, madre mía, de cuán hermosa la encuentro —dijo el joven con un profundo sentimiento de amor filial—, es la más bella, como la más noble de cuantas mujeres he conocido.
—¡Hijo querido! —dijo Mercedes, procurando retener una lágrima que asomaba a sus ojos.
—En verdad, solo le faltaba ser desgraciada para cambiar mi amor en adoración.
—No soy desgraciada, puesto que tengo a mi hijo —dijo Mercedes —, y no lo seré mientras siga teniéndolo.
—¡Ah!, precisamente, vea donde empieza la prueba, ¡madre mía!, sabe que es cosa convenida.
—¿Hemos convenido algo? —preguntó Mercedes.
—Sí; en que vivirá en Marsella, y yo iré a África, donde en lugar del nombre que he dejado, me crearé uno, honrando, el que he escogido.

Mercedes exhaló un suspiro.
—Pues bien, querida madre, desde ayer que estoy enganchado en los *spahis* —añadió el joven bajando los ojos con cierta vergüenza, porque ignoraba cuán sublime era rebajándose—, o más bien he creído que mi cuerpo era mío y que podía venderlo. Desde ayer reemplazo a uno. Me he vendido, como dicen, más caro de lo que yo creía valer —añadió procurando sonreír—, es decir, por dos mil francos.
—¿Así esos mil francos...? —dijo temblando Mercedes.
—Constituyen la mitad de la suma; la otra la entregarán dentro de un año.
Mercedes levantó los ojos al cielo con una expresión que nadie sería capaz de pintar, y las dos lágrimas que hacía rato estaban detenidas en sus párpados, corrieron por sus mejillas.
—¡El precio de su sangre! —murmuró.
—Sí, si me matan —dijo sonriendo Morcef—; pero le aseguro, mi buena madre, que por el contrario, tengo intención de defender encarnizadamente mi existencia. Jamás he tenido tantas ganas de vivir como ahora.
—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo Mercedes.
—Además, ¿por qué cree que he de morir? ¿La Moricière, ese Rey del Mediodía, ha muerto? Changarnier, Bèdau, Morrel, a quienes conocemos, ¿no viven? Piense, madre mía, ¡cuál será su alegría cuando me vea volver con mi uniforme bordado! Le confieso que creo estar muy bien, y he escogido ese regimiento por coquetería.
Mercedes suspiró, procurando sonreír. Aquella santa madre comprendió que no debía permitir que su hijo sufriese solo todo el peso del sacrificio.
—Pues bien —replicó Alberto—, ¡me comprende, madre mía!, tiene ya cuatro mil francos; con ellos vivirá bien dos años.
—¿Lo crees? —dijo Mercedes.
A la condesa se le escaparon estas dos palabras con un dolor tan verdadero que no se lo ocultó a Alberto; se le oprimió el corazón, y tomando la mano de su madre la apretó entre las suyas.
—Sí, vivirá —dijo.
—Viviré, sí, pero tú no partirás, ¿verdad, hijo mío?

—Madre mía, partiré —dijo Alberto con voz tranquila y firme—, me ama demasiado para dejar que permanezca ocioso e inútil, y además he firmado.

—Obrarás según lo voluntad, hijo mío, pero yo obraré según la de Dios.

—No según mi voluntad, madre mía, sino según la razón y la necesidad. Somos dos criaturas sin nada, ¿es verdad? ¿Qué es la vida para usted hoy?, nada. ¿Qué es para mí?, poca cosa sin usted, madre mía. Créame, bien poca cosa, porque sin usted hubiera cesado desde el día en que dudé de mi padre y rechacé su nombre. En fin, viviré si me promete esperar aún, si me confía el cuidado de su dicha futura, duplica mis fuerzas. Luego iré a ver al gobernador de Argelia, cuyo corazón es leal y enteramente de soldado; le contaré mi lúgubre historia y le rogaré vuelva de vez en cuando la vista hacia mí, y si me cumple su palabra, y si observa mis acciones, antes de seis meses seré oficial o habré muerto. Si soy oficial, tendré su suerte asegurada, madre mía, porque tendré dinero para usted y para mí, y además un nuevo nombre que ambos llevaremos con orgullo porque será el suyo. ¡Si muero...!, bien, entonces muera si quiere, y sus desgracias tendrán un término en su exceso mismo.

—Bien —respondió Mercedes con noble y elocuente mirada—, tienes razón, hijo mío, probemos a ciertas personas que nos observan y esperan nuestros actos para juzgarnos. Probémosles que somos dignos de compasión.

—Pero nada de ideas tristes, querida madre —dijo el joven—, le juro que somos dichosos en lo que cabe. Es una persona de talento y resignación. Yo he simplificado mis gustos y no tengo necesidades; una vez en el servicio, ya soy rico. Cuando haya llegado a casa del señor Dantés, estará tranquila. ¡Probemos! ¡Se lo ruego, madre mía! ¡Probemos!

—Sí, hijo mío, porque tú debes vivir para ser aún dichoso —respondió Mercedes.

—Así, he aquí nuestras particiones hechas —dijo el joven afectando gran serenidad—. Podemos partir hoy mismo. Retengo, como he dicho, su asiento.

—Pero ¿y el tuyo, hijo mío?

—Debo permanecer dos o tres días aquí, madre mía. Esto será un principio de separación, y debemos acostumbrarnos a ella. Preciso de algunas recomendaciones y adquirir ciertas noticias sobre África. Nos veremos en Marsella.

—Pues bien, sea —dijo Mercedes poniéndose un chal, único que había traído y que por casualidad era un cachemira negro de gran precio—, partamos.

Alberto recogió sus papeles, llamó para pagar los treinta francos que debía al amo de la casa, y ofreciendo el brazo a su madre bajó la escalera.

Alguien bajaba delante de ellos, y esa persona, al oír el crujido de un vestido de seda, volvió la cabeza.

—¡Debray! —murmuró Alberto.

—Usted, Alberto —respondió el secretario del ministro deteniéndose en el escalón en que estaba.

Pudo más en él la curiosidad que el deseo de guardar el incógnito, sin contar que ya le habían conocido.

Parecía curioso, en efecto, encontrar en aquella casa ignorada al joven cuya aventura había hecho tanto ruido en París.

—Morcef —repitió Debray.

Y viendo en la oscuridad el talle, joven aún, y el velo negro de la señora de Morcef:

—¡Oh!, discúlpeme —añadió—, le dejo, Alberto.

Este conoció la idea.

—¡Madre mía! —dijo volviéndose a Mercedes—, es el señor Debray, secretario del ministro del Interior y mi antiguo amigo.

—¡Cómo! —balbució Debray—, ¿qué quiere decir con eso?

—Digo esto porque hoy ya no tengo amigos y no debo tenerlos; le doy gracias por haber tenido la bondad de reconocerme, caballero.

Debray subió dos escalones y fue a dar con afecto la mano a su interlocutor.

—Créame, mi querido Alberto —dijo con toda la emoción de que era capaz—, créame, he sentido mucho sus desgracias, y en todo y por todo estoy a su disposición.

—Gracias —dijo Alberto sonriéndose—, pero en medio de todas nuestras desgracias somos aún bastante ricos para no tener

necesidad de incomodar a nadie. Salimos de París, tenemos nuestro viaje pagado, y aún nos quedan cinco mil francos.

Debray, que llevaba un millón en el bolsillo, se sonrojó, y por poco práctico que fuese no pudo menos de reflexionar que la misma casa contenía hacía poco dos mujeres: una, justamente deshonrada, se iba pobre con un millón y quinientos mil francos bajo su capa, y la otra, injustamente perseguida, pero sublime en su desgracia, salía rica con poco dinero.

Tales comparaciones echaron por tierra sus combinaciones políticas. La filosofía del ejemplo le aterró, balbució algunas palabras de urbanidad general y bajó rápidamente.

Aquel día, los empleados del ministerio, sus subordinados, tuvieron que sufrir su malhumor.

Por la tarde compró una hermosa casa en el boulevard de la Magdalena, que le producía de renta cincuenta mil libras.

Al día siguiente y a la hora en que Debray firmaba el contrato, es decir, sobre las cinco de la tarde, la señora Morcef, después de haber abrazado tiernamente a su hijo y recibido los abrazos de este, montaba en una berlina de la diligencia.

En las mensajerías Laffitte, un hombre estaba oculto tras una ventana del entresuelo que hay encima del despacho. Vio subir a Mercedes, salir la diligencia y alejarse a Alberto.

Pasó la mano por su frente y murmuró:

—¡Cómo haré para devolver a dos inocentes la dicha que les he privado! Dios me ayudará.

Capítulo catorce: El foso de los leones

Una de las divisiones de la cárcel de la Fuerza, en donde se custodian los presos más peligrosos, lleva el nombre de patio de San Bernardo.

En su lenguaje enérgico, los presos le han dado el sobrenombre de Foso de los Leones, probablemente porque los cautivos muerden

frecuentemente los hierros y muchas veces a los guardianes.

Es una prisión dentro de otra. Los muros tienen doble espesor que los demás de la cárcel. Todos los días un guardián registra cuidadosamente las rejas, y es fácil conocer, al observar su estatura hercúlea y sus miradas frías e inquisidoras, que los alcaides han sido escogidos para reinar sobre su pueblo por el terror y la actividad de la inteligencia.

El patio de aquella división está rodeado de muros enormes sobre los que resbala oblicuamente el sol cuando se decide a penetrar en aquel abismo de fealdades morales y físicas. En aquel patio, desde la hora de levantarse, vagan pensativos, espantados y pálidos como espectros, aquellos hombres que la justicia tiene bajo el peso de su aguda cuchilla.

Se les ve arrimarse, formar grupos a lo largo de la pared que recibe y conserva mayor parte de calor. Permanecen allí hablando dos a dos, la mayoría de las veces solos, con la vista fija en la puerta, que se abre para llamar a alguno de los habitantes de aquella lúgubre mansión, para vomitar en aquel golfo una acerba escoria expulsada del seno de la sociedad.

El patio de San Bernardo posee su locutorio particular, un cuadrilongo dividido en dos partes por dos rejas de hierro colocadas a distancia de tres pies la una de la otra, de manera que el que visita aquel local no puede dar la mano al preso. Aquel locutorio es sombrío, húmedo y horroroso, sobre todo cuando se tienen en cuenta las espantosas confidencias de que han sido testigos aquellas enmohecidas rejas.

Sin embargo, por espantoso que sea aquel sitio, es el paraíso donde vienen a gozar de una sociedad esperada con impaciencia aquellos hombres cuyos días están contados, pues rara vez sale uno del Foso de los Leones que no vaya a la barrera de Santiago o a presidio perpetuamente.

En el patio que acabamos de describir, y que estaba sumamente húmedo, se paseaba con las manos en los bolsillos del frac un joven a quien examinaban con curiosidad los habitantes de la Fuerza.

Habría podido pasar por hombre elegante, gracias a sus ropas, si estas no hubiesen estado hechas pedazos. Con todo, no eran

viejas. El paño fino y sedoso en los sitios intactos, recobraba fácilmente su brillo al pasarle la mano el joven, que procuraba rehacer su frac.

Con el mismo cuidado, se dedicaba a abrocharse una camisa de batista, que había cambiado considerablemente de color desde su entrada en la cárcel, y pasaba sobre sus botas barnizadas un pañuelo de Holanda, en cuyos picos estaban bordadas unas iniciales y encima una corona heráldica.

Algunos de los pupilos del Foso de los Leones contemplaban con un interés particular los manejos del preso.

—¡Toma!, mira, mira cómo se compone el príncipe —dijo uno de los ladrones.

—Tiene un aire muy distinguido —respondió otro—, y seguro que si tuviese un peine y pomada, eclipsaría a todos los elegantes de guante blanco.

—Su frac no es aún viejo, y sus botas relucen lindamente. Es muy lisonjero para nosotros tener compañeros de buen tono, y esos tunos de gendarmes son muy villanos. ¡Los envidiosos! ¡Pues no han destrozado tan hermoso traje!

—Parece que es un sujeto famoso —dijo otro—, ha hecho de todo... y en gran estilo..., ¡viene de allá abajo tan joven! ¡Oh! ¡Eso es magnífico...!

Y el que era objeto de aquella vergonzosa admiración parecía saborear los elogios o los vapores de los elogios, porque no oía las palabras.

Cuando hubo dado fin a su aseo, se acercó a la reja de la cantina, contra la que estaba recostado el guardián.

—Veamos —le dijo—, présteme solo veinte francos, que pronto se los devolveré. Conmigo no arriesga nada. Piense que tengo parientes que poseen más millones que cuantos tiene usted. Pronto, présteme esos veinte francos, necesito comprar algunas cosas, padezco horriblemente de verme todo el día con frac y botas... ¡Qué frac para un príncipe Cavalcanti!

El guardián le volvió la espalda y se encogió de hombros. No se rio de aquellas palabras, que habrían hecho gracia a otro cualquiera porque aquel hombre había oído muchas semejantes, o mejor dicho,

siempre oía las mismas cosas.

—Váyase de aquí —dijo Cavalcanti—, es un hombre de cruel corazón y le haré perder su destino.

Aquellas palabras hicieron volver la cara al guardián, que soltó una carcajada.

Los presos se acercaron y formaron un corro.

—Le aseguro que con esa pequeña cantidad podría comprar una bata y obtener un cuarto particular para recibir dignamente la ilustre visita que espero de un día a otro.

—¡Tiene razón! ¡Tiene razón! —exclamaron los demás presos—, bien se ve que es hombre de importancia.

—Préstele, entonces, los veinte francos —dijo el guardián apoyándose contra la reja—. ¿Por ventura no debe hacer ese favor a un camarada?

—Yo no soy camarada de esa gente —dijo con altivez el joven—, no me insulte, porque no tiene ese derecho.

—¿Lo oye? —dijo el guardián con una maligna sonrisa—, lo trata bien, préstele los veinte francos..., ¿eh?

Los presos se miraron con un murmullo sordo, y una tempestad levantada por la provocación del guardián más aún que por las palabras de Cavalcanti empezó a formarse contra el preso aristócrata.

El guardián, seguro de poder hacer el *quos ego*, cuando las olas fuesen demasiado fuertes, las dejó crecer poco a poco, representando el papel del pretendiente importuno para divertirse luego un buen rato.

Los ladrones se acercaban ya a Cavalcanti, y los unos decían:

—¡El zapato!, ¡el zapato!

Cruel operación, que consiste en azotar, no con una chinela, sino con un zapato lleno de clavos, al que cae en desgracia.

Otros eran de opinión que sufriese “la anguila”, género de diversión que consiste en llenar de arena, de chinas y monedas, cuando las tienen, un pañuelo, torcerlo, y descargar golpes en la cabeza y en las espaldas de la víctima.

—Azotemos al hermoso caballero —dijeron otros—, ¡al hombre de bien!

Pero Cavalcanti se volvió hacia ellos, guiñó los ojos, infló la mejilla con la lengua, e hizo oír un sonido con los labios, que equivalió a mil signos de inteligencia entre los bandidos y los obligó a callarse.

Aquel signo masónico lo aprendió de Caderousse.

Reconocieron en seguida a uno de los suyos.

En seguida estuvieron todos a favor del preso. Se oyeron algunas voces que decían: ¡tiene razón!, ¡puede ser hombre de bien a su modo!, y los presos querían dar el ejemplo de la libertad de conciencia.

La tempestad se apaciguó. El guardián, atónito, tomó las manos de Cavalcanti, las sujetó y empezó a registrarlo, atribuyendo aquel repentino cambio de los habitantes del Foso de los Leones a alguna otra señal mucho más significativa.

Cavalcanti lo dejó hacer, aunque protestando.

De pronto se oyó una voz en la reja.

—¡Benedetto! —gritaba un inspector.

El guardián lo dejó.

—¡Al locutorio! —dijo la voz.

—Ya lo ven, vienen a visitarme... ¡Ah!, pronto verán si se puede tratar a Cavalcanti como a un hombre cualquiera.

Y Cavalcanti salió del patio como una sombra negra, se precipitó por la reja entreabierta, dejando admirados a sus compañeros y hasta al guardián. Lo llamaban al locutorio, y no debemos admirarnos menos que él, porque el tuno, desde su entrada en la cárcel, en vez de escribir para hacerse reclamar como otros, había guardado el más obstinado silencio.

“Estoy protegido por algún poderoso —pensaba—; todo me lo prueba. Mi improvisada fortuna, la facilidad con que he allanado todos los obstáculos, una familia improvisada, un nombre ilustre, magníficas alianzas prometidas a mi ambición, todo, todo está en mi favor. Una mala hora en mi suerte, la ausencia de mi protector quizá, me ha perdido, pero no del todo y para siempre. La mano se ha retirado por un momento, pero pronto llegará de nuevo hasta mí, y me salvará cuando ya me crea yo hundido en el abismo.

»¿Por qué arriesgaré un paso imprudente? Tal vez perdería con ello la confianza de mi protector. Hay dos medios para salir

adelante: la evasión misteriosa comprada a peso de oro, o comprometer a los jueces en términos que obtenga la absolución. Esperemos para hablar y para obrar a estar seguro de que me han abandonado, y entonces...”.

Cavalcanti había edificado un plan que podría calificarse de hábil. El miserable era fuerte en el ataque y obstinado en la defensa.

Había soportado las privaciones y escasez de la prisión común, y sin embargo, la costumbre le hacían insoportable el verse mal vestido, sucio y hambriento. El tiempo le parecía eterno.

En aquellos instantes insoportables fue cuando la voz del inspector le llamó al locutorio.

El corazón de Cavalcanti saltó de alegría. No podía ser la visita del juez de Instrucción, ni tampoco podían llamarle el director de Prisiones o el médico. Por consiguiente, solo podía ser la esperada visita.

A través de la reja del locutorio en que fue introducido, distinguió Cavalcanti la cara sombría e inteligente de Bertuccio, que le miraba con dolorosa admiración, observando cuidadosamente las rejas, las puertas y el triste sitio en que lo encontraba.

—¡Ah! —dijo Cavalcanti con el corazón oprimido.

—Buenos días, Benedetto —dijo Bertuccio con voz profunda y sonora.

—¡Usted!... ¡Usted!... —continuó el joven mirando espantado alrededor.

—¿Me conoces? —dijo Bertuccio—, ¡joven desgraciado!

—¡Silencio!, ¡silencio! —respondió Cavalcanti, que sabía cuán fino era el oído de aquellas paredes—. ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡no hable tan alto!

—Tú desearías hablar conmigo a solas, ¿no es cierto? —dijo Bertuccio.

—Sí, sí —respondió Cavalcanti.

—Está bien.

Y Bertuccio metiendo la mano en el bolsillo, hizo señas al guardián, que se veía a través de la reja.

—Lea —le dijo.

—¿Qué es eso? —preguntó Cavalcanti.

—La orden de ponerte en un cuarto solo y dejarte comunicar conmigo.

—¡Oh! —dijo Cavalcanti rebosando alegría, y volviendo sobre sí, pensó: “El protector misterioso no me olvida, el secreto es lo que ante todo se han propuesto obtener, puesto que quieren hable en un cuarto solo..., mi protector es el que ha enviado a Bertuccio”.

El guardián habló un momento con el superior, abrió las dos rejas, y condujo al preso a un cuarto del primer piso, que daba al patio. La alegría de Cavalcanti era indescriptible.

La habitación estaba blanqueada según es costumbre en las cárceles. Su aspecto pareció muy alegre al preso; una estufa, una cama, una silla y una mesa; estaba amueblada con lujo.

Bertuccio se sentó en la silla, Cavalcanti se echó sobre la cama y el guardián se retiró.

—Veamos —dijo el intendente del conde— lo que tienes que decirme.

—¿Y usted? —respondió Cavalcanti.

—Pero habla tú primero.

—¡Oh, no; a usted corresponde, puesto que viene a visitarme.

—Pues bien, sea. Has continuado el curso de tus crímenes. Has robado y asesinado.

—Bueno; si me ha mandado poner en un cuarto aparte únicamente para decirme esto, tanto valía que no se hubiese molestado. Esas cosas ya me las sé; hay otras que ignoro. Hablemos de ellas, si gusta. ¿Quién lo ha enviado?

—¡Oh! ¡Oh! Muy ligero anda, Benedetto.

—No es verdad; solamente voy derecho al fin. Pero excusémonos palabras inútiles. ¿Quién lo envía?

—Nadie.

—¿Cómo supo que estaba preso?

—Hace mucho que lo he reconocido en el elegante insolente que paseaba a caballo por los Campos Elíseos.

—¡Los Campos Elíseos...!, los Campos Elíseos... No nos apartemos de lo principal. Hablemos de mi padre, ¿quiere?

—¡Qué soy yo, a fin de cuentas!

—Usted, buen hombre, usted es mi padre adoptivo, pero no pienso

que sea usted quien ha dispuesto en mi favor cien mil francos, que he devorado en cuatro o cinco meses. No es usted el que me ha forjado un padre italiano y noble, ni el que me ha presentado en el mundo y convidado a cierta comida en Auteuil, en la que se hallaba reunida la mejor sociedad de París y cierto procurador del Rey, cuya amistad he hecho mal en no cultivar, pues me sería muy útil en este momento. No es usted, finalmente, el que respondió de dos millones cuando me ocurrió el accidente fatal de la descubierta. Vamos, hable, estimable corso, hable...

—¿Qué quiere que diga?

—Yo lo ayudaré.

»Hablaba de los Campos Elíseos hace un instante, mi digno padre postizo.

—¡Y bien!

—En los Campos Elíseos hay un caballero muy rico, muy rico.

—En cuya casa has robado y asesinado, ¿verdad?

—Me parece que sí.

—El señor conde de Montecristo.

—Usted le ha nombrado, como dice Racine... Pues bien, debo arrojarme en sus brazos, estrecharle contra mi corazón, y exclamar: ¡padre mío!, como dice el señor Pixérécourt.

—Dejemos a un lado las chanzas —respondió gravemente Bertuccio—, y que semejante nombre no se pronuncie jamás como se ha atrevido a hacerlo.

—¡Bah! —dijo Cavalcanti, algo desconcertado por la solemnidad de Bertuccio—, ¿por qué no?

—Porque el que lleva ese nombre es demasiado favorecido del cielo para ser padre de un miserable como usted.

—¡Bah!, ¡tonterías!

—Le aconsejo que ande con cuidado.

—¡Amenazas...!, no las temo, diré...

—¿Cree que trata con pigmeos de su especie? —dijo Bertuccio con un tono tan tranquilo y firme que removió hasta las entrañas del joven—. ¿Cree que trata con sus malvados compañeros de presidio o con sus imbéciles del gran mundo? Benedetto, está bajo un poder terrible. Una mano protectora tiene a bien llegar hasta usted,

aprovéchese de la ayuda que le ofrece. No juegue con el rayo, que deja por un instante, pero que volverá a tronar si hace la menor demostración para detener su noble curso.

—Mi padre..., yo quiero saber quién es mi padre..., pereceré si es necesario, pero lo sabré. ¿Qué me importa a mí el escándalo? Bienes..., “reclamaciones”, como dice el señor de Beauchamp, el periodista. Pero ustedes, los del gran mundo, siempre tienes algo que perder con el escándalo, a pesar de sus millones y sus escudos de armas... ¿Quién es mi padre?

—He venido para decírtelo.

—¡Ah! —dijo Benedetto rebosando alegría.

En aquel instante, se abrió la puerta, se presentó el carcelero, y dirigiéndose a Bertuccio, le dijo:

—Escúcheme, caballero. El juez de Instrucción espera al reo.

—Es el final de mi interrogatorio —dijo Benedetto—. Llévese el diablo al importuno.

—Volveré mañana —le dijo Bertuccio.

—¡Bien! —repuso el joven—. Señores gendarmes, estoy a su disposición. ¡Ah!, mi estimable señor, deje algún dinero en la escribanía para que me den lo que me haga falta.

—Lo haré —dijo Bertuccio.

Benedetto le alargó la mano, Bertuccio metió la suya en el bolsillo e hizo sonar dinero.

—Eso es lo que quería decir —dijo el reo tratando de esbozar una sonrisa; pero subyugado por la extraña impasibilidad de Bertuccio—: ¿Me habré equivocado? —se dijo al subir en el carruaje que debía conducirle al gabinete del juez—. Hasta mañana, pues —añadió volviéndose a Bertuccio.

—Hasta mañana —respondió este.

Capítulo quince: El juez

Seguramente recordará el lector que el abate Busoni había

quedado solo con Noirtier en el cuarto mortuorio, y que el anciano y el sacerdote se encargaron de velar el cuerpo de Valentina.

Acaso las exhortaciones cristianas del abate, su dulce caridad, su palabra persuasiva, devolvieron el valor al anciano, porque desde el momento en que pudo entrar en relación con el sacerdote, en vez de la desesperación que se había apoderado de él, todo en Noirtier anunciaba una gran resignación, una calma bien sorprendente para todos los que recordaban la afección profunda que profesaba a Valentina.

El señor de Villefort no había vuelto a ver al anciano desde la mañana en que murió su hija. Toda la casa se había renovado. Se tomó otro criado para él, otro para Noirtier. Entraron dos mujeres al servicio de la señora de Villefort. Todos, hasta el mayordomo, el cochero, ofrecían un aspecto distinto entre los diferentes señores de esta casa maldita, interponiéndose entre las frías relaciones que entre ellos existían. Por otra parte, el jurado se abría dentro de dos o tres días, y Villefort, encerrado en su gabinete, trabajaba febrilmente en los procedimientos contra el asesino de Caderousse. Este asunto, como aquellos en que el conde de Montecristo se hallaba envuelto, había promovido gran ruido en el mundo parisiense. Las pruebas no eran convincentes, puesto que se basaban en algunas palabras escritas por un presidiario moribundo, antiguo compañero de reclusión de un hombre a quien podía acusar por odio o por venganza. El convencimiento solo existía en la conciencia del magistrado. El señor de Villefort había acabado por adquirir la terrible convicción de que Benedetto era culpable, y debía sacar de esta difícil victoria una de las satisfacciones de amor propio, únicas que conmovían un poco las fibras de su helado corazón.

Se instruía, pues, el proceso, gracias al trabajo incesante de Villefort, que quería inaugurar el próximo jurado. Se veía precisado a ocultarse para evitar el responder al prodigioso número de demandas de billetes de audiencia que se le hacían.

Hacía poco tiempo que la pobre Valentina había sido depositada en el sepulcro, estaba aún tan reciente el dolor de la casa, que nadie se admiraba de ver al padre tan sumamente absorbido por sus deberes, es decir, en la única distracción que podía hallar a sus

pesares.

Una sola vez, la víspera del día en que Benedetto recibió la segunda visita de Bertuccio, en que este debía haber dado el nombre de su padre, la víspera de este día, que era domingo, una sola vez, decimos, Villefort había visto a su padre. Era un momento en que el magistrado, rendido por el cansancio, había bajado al jardín de su casa, y sombrío, encorvado bajo el peso de un tenaz pensamiento, parecido a Tarquino dando con su vara en las cabezas de las adormideras más altas, el señor de Villefort daba con su bastón en los largos y macilentos tallos de las enredaderas que se enlazaban por los pilares como los espectros de estas flores tan brillantes en la estación que conducía. Más de una vez había llegado al fondo del jardín, es decir, a la famosa valla que daba al huerto abandonado, volviendo siempre por el mismo punto, y emprendiendo su paseo del propio modo y con igual semblante, cuando sus ojos se dirigieron maquinalmente hacia la casa, en la cual oía jugar alegremente a su hijo, que había vuelto del colegio para pasar el domingo y el lunes cerca de su madre.

A este movimiento, vio en una de las ventanas abiertas al señor Noirtier, que se había hecho arrastrar en su silla de mano hasta ella, para gozar de los últimos rayos del sol, aún tibio, que venían a saludar las flores mustias de las enredaderas y las hojas de las parras que tapizaban el edificio. Los ojos del paralítico estaban clavados, por decirlo así, sobre un punto que Villefort distinguía imperfectamente. Esa mirada de Noirtier era tan repugnante, tan salvaje, tan ardiente de impaciencia, que el procurador del rey, hábil en aprovechar todas las impresiones de un rostro que tan bien conocía, dirigió a otro punto la vista por si distinguía la casa o persona a que aquella se dirigía.

Entonces vio bajo un bosque de tilos, cuyas ramas estaban ya casi sin hojas, a la señora de Villefort, que sentada y con un libro en la mano interrumpía de vez en cuando su lectura para sonreír a su hijo y devolverle una pelota de goma que lanzaba obstinadamente desde el salón al jardín.

Villefort palideció, porque comprendió lo que quería decir el anciano con su mirada. Noirtier tenía los ojos fijos en el mismo

objeto, pero de pronto separó la vista de la mujer para fijarla en el marido, y Villefort tuvo que sufrir el ataque de aquellos ojos aterradores, que al cambiar de objeto habían también cambiado de lenguaje, sin perder nada de su expresión amenazadora.

La señora de Villefort, ignorante de la tempestad que se formaba sobre su cabeza, retenía en aquel momento la pelota del niño y le hizo señas de que viniese a buscarla con un beso, pero Eduardo se hizo rogar por mucho tiempo. La caricia maternal no le parecía suficiente recompensa para el trabajo que iba a tomarse. Finalmente se decidió, saltó por la ventana y corrió hacia su madre con la frente cubierta de sudor. Se la enjugó esta, puso en ella sus labios y le dejó ir con la pelota en una mano y en la otra un puñado de caramelos.

Villefort, atraído como el pájaro por la serpiente, se acercó a la casa, y a medida que se acercaba a ella, la mirada del anciano descendía, siguiéndole de tal modo que le penetraba hasta lo más recóndito del corazón. Aquella mirada era un sangriento vituperio al mismo tiempo que una terrible amenaza. Los ojos de Noirtier se levantaron al cielo como recordando a su hijo el olvido de su juramento.

—Está bien, señor, está bien. Tenga paciencia siquiera un día; lo dicho, dicho.

Pareció como si aquellas palabras hubieran tranquilizado a Noirtier, cuya mirada se volvió con indiferencia a otra parte.

La noche fue como de costumbre, todos se acostaron y durmieron. solo Villefort no lo hizo, y trabajó hasta las cinco de la mañana, revisando los interrogatorios hechos la víspera por los magistrados instructores y compulsando las declaraciones de los testigos que debían esclarecer una de las actas de acusación más difíciles y bien combinadas que hubiese hecho jamás.

Al día siguiente, lunes, debía celebrarse la primera sesión de los jurados. Villefort vio amanecer aquel día nublado y siniestro. Su azulada luz se reflejó sobre el papel y las líneas que en él trazara con tinta roja. El magistrado se había dormido por un instante, y le despertó el ruido que hacía su lámpara chisporroteando al apagarse. Sus dedos llenos de tinta encarnada parecían mojados en

sangre.
Abrió del todo la ventana, una faja anaranjada dividía el horizonte. Un ruiseñor dejaba oír su canto matinal. El aire húmedo de la mañana refrescó la cabeza del magistrado.
—En el día de hoy —dijo con esfuerzo—, el hombre que tiene la espada de la justicia la hará caer en todas partes sobre los culpables.
Sus ojos buscaron ávidamente la ventana en que viera a Noirtier el día antes.
La cortina estaba corrida.
Y sin embargo, tenía tan presente la imagen de su padre, que sus ojos se dirigieron a aquella ventana cerrada como si estuviera abierta, y viese en ella la imagen amenazadora del anciano.
—Sí —murmuró—; sí, vive tranquilo.
Dejó caer la cabeza sobre el pecho y dio unas cuantas vueltas por el despacho. Finalmente, se arrojó vestido sobre un sofá, menos para dormir que para que descansasen sus fatigados miembros.
Poco a poco se despertaron todos. Villefort oyó desde su despacho los diferentes ruidos que constituyen, por decirlo así, la vida de una casa, las puertas, puestas en movimiento, y el sonido de la campanilla de la señora de Villefort, que llamaba a su doncella, y los primeros gritos del niño, que se levantaba alegre, como sucede siempre a su edad.
Villefort tiró de su campanilla. Su nuevo ayuda de cámara entró y le trajo los periódicos.
Al mismo tiempo, le presentó también una taza de chocolate.
—¿Qué me traes ahí? —preguntó Villefort.
—Una taza de chocolate.
—No la he pedido. ¿Quién se ha ocupado de mí?
—Ha dicho la señora que el señor debería hablar mucho hoy ante el jurado, y que necesitaba tomar fuerzas.
Y puso sobre una mesa que había junto al sofá, llena de papeles como todas las demás, la taza de plata.
Villefort contempló un momento la taza con aire sombrío, la tomó en seguida con un movimiento nervioso, y bebió de una sola vez su contenido. Se hubiera dicho que esperaba contuviese el mortal

veneno, que llamando a la muerte, le libertara de cumplir con un deber más penoso aún que morir. Se levantó en seguida, y empezó a pasear por el despacho con una sonrisa que hubiera espantado al que lo hubiera estado contemplando.

El chocolate era inofensivo, y el señor Villefort nada sintió.

Llegó la hora del almuerzo, y el señor Villefort no se presentó a la mesa.

El ayuda de cámara entró en el despacho.

—La señora dice que son las once, y la audiencia empieza a mediodía.

—Y bien —dijo Villefort—, ¿y luego?

—La señora está vestida, y pregunta si acompañará al señor.

—¿Adónde?

—Al Palacio de Justicia.

—¿Para qué?

—Dice la señora que desea asistir a esta sesión.

—¡Ah! —dijo Villefort con un acento espantoso—, ¿lo desea?

El criado dio un paso atrás y dijo:

—Si el señor quiere salir solo, iré a decirlo a la señora.

Villefort permaneció un instante silencioso; con sus uñas rascaba su pálida mejilla y retorcía su barba de ébano.

—Diga a la señora que deseo hablarle, y que le ruego me espere en su cuarto.

—Sí, señor.

—Después volverá para afeitarme y vestirme.

—Al instante.

El ayuda de cámara fue a cumplir su encargo, y volvió al momento, afeitó a Villefort, y le vistió completamente de negro.

Cuando concluyó le dijo:

—La señora ha dicho que esperaba.

—Voy.

Villefort, con los extractos bajo el brazo y el sombrero en la mano, se dirigió a la habitación de su mujer.

La señora de Villefort se hallaba sentada en una otomana, hojeando con impaciencia los periódicos y folletos que Eduardo se entretenía en hacer pedazos antes de que su madre hubiese

acabado su lectura.

Estaba completamente vestida para salir. Tenía el sombrero sobre una silla y puestos los guantes.

—¡Ah!, ¿está aquí? —dijo con una voz natural y tranquila—. ¡Dios mío!, ¡está muy pálido! ¿Ha trabajado toda la noche? ¿Por qué no ha venido a almorzar con nosotros? ¡Y bien!, ¿voy con usted, o sola con Eduardo?

La señora de Villefort había multiplicado las preguntas para obtener una respuesta, pero el señor de Villefort estaba mudo y frío como una estatua.

—Eduardo —dijo Villefort fijando en el niño una mirada imperiosa —, ve a jugar al salón, amigo mío, es preciso que hable a tu madre.

La señora de Villefort, viendo aquella frialdad y tono resuelto, tembló sin saber la causa de aquellos preámbulos.

Eduardo levantó la cabeza, miró a su madre, y viendo que no confirmaba la orden de Villefort, volvió a jugar con sus soldados de plomo.

—Eduardo —dijo el señor de Villefort tan ásperamente que el chico saltó sobre la silla—, ¿me oyes?, ve.

El niño, que no estaba acostumbrado a que le tratasen con tanta severidad, se levantó pálido, no sabríamos decir si de cólera o de miedo.

Su padre se acercó a él, le tomó por un brazo y le dio un beso en la frente.

—Vete, hijo mío —dijo—, vete.

Eduardo salió de la estancia.

El señor de Villefort se dirigió a la puerta y pasó el cerrojo.

—¡Oh, Dios mío! —dijo la joven mirando a su marido, y procurando esbozar una sonrisa que heló sobre sus labios la impasibilidad de Villefort—. ¿Qué ocurre?

—Señora, ¿dónde guarda el veneno de que se sirve comúnmente? —dijo claramente y sin preámbulos el magistrado, colocándose entre su mujer y la puerta.

La señora de Villefort sintió lo que una tórtola a la que un milano hinca las garras en la cabeza.

De su pecho brotó un sonido ronco, que no era ni grito ni suspiro, y

palideció hasta ponerse lívida.
—Señor —dijo—, yo... no lo comprendo.
Y como herida por un accidente mortal, se dejó caer sobre el sofá.
—Le pregunto —repitió Villefort con una voz completamente tranquila—, en qué sitio oculta el veneno con el que ha matado a mi suegro, el señor de Saint-Merán, a mi suegra, a Barrois y a mi hija Valentina.
—¡Ah!, señor —dijo la señora de Villefort—, ¿qué dice?
—No le corresponde preguntar, sino responder.
—¿Al juez o al marido? —balbució la señora de Villefort.
—¡Al juez!, señora, ¡al juez!
Espantosa era la palidez de aquella mujer, la angustia de su mirada y el temblor de todo su cuerpo.
—¡Ah!, ¡señor! —dijo—, ¡señor! —y no pudo continuar.
—¿No responde? —prosiguió el terrible inquisidor, y añadió en seguida con una risa más espantosa aún que su cólera—: ¿es verdad que no niega?
Ella hizo un movimiento.
—Y no podría negar —añadió Villefort extendiendo el brazo como para cogerla en nombre de la justicia—, consumó estos crímenes con impúdica desvergüenza, pero no han podido engañar más que a las personas cuyo afecto hacia usted las cegaba. Desde la muerte de la señora de Saint-Merán, he sabido que existía en mi casa un envenenador; después de la de Barrois, Dios me perdone, mis sospechas recayeron sobre un ángel. Mis sospechas, que aun sin necesidad de crimen están siempre despiertas en el fondo de mi alma; pero después de la muerte de Valentina ya no hay duda para mí, señora, y no solamente para mí, sino ni aun para otros. Así, su crimen, conocido de dos personas y sospechado por muchas, va a hacerse público, y como le dije hace un momento, no habla, señora, al marido, sino al juez.
La mujer escondió el rostro entre las manos.
—¡Oh!, señor —dijo—, le suplico..., no crea en apariencias.
—¡Sería tan cobarde! —gritó Villefort con tono de desprecio—. En efecto, he notado siempre que los envenenadores son cobardes. ¿Será cobarde usted, que ha tenido valor para ver expirar a dos

ancianos y una joven asesinados por usted?

—¡Señor! ¡Señor!

—¿Será tan cobarde, usted que ha contado uno a uno los minutos de cuatro agonías? —continuó Villefort con una exaltación que aumentaba a cada instante—. ¿Usted, que ha combinado sus planes infernales y preparado sus bebidas con una precisión y habilidad milagrosas? Usted, que todo lo ha calculado tan bien, ha olvidado una cosa, es decir, adónde podía conducirla el descubrimiento de sus crímenes. ¡Oh!, esto es imposible, sin duda ha reservado algún veneno más dulce, más sutil y más mortífero que los demás para escapar al castigo que merece... Lo ha hecho, al menos yo así lo espero.

La señora de Villefort se retorció las manos y cayó de rodillas.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —dijo el magistrado—, confiesa; pero la confesión hecha a los jueces, la confesión en el último trance, cuando ya es imposible negar, no disminuye el castigo.

—¡El castigo!, ¡el castigo!, ¡señor!, ¡es la segunda vez que pronuncia esa palabra!

—Sin duda. ¿Creía escapar porque ha sido cuatro veces culpable? ¿O porque es la esposa del que pide la aplicación de la pena, pensó sustraerse a ella? No, señora, no. Sea cual fuere la envenenadora, el cadalso la espera, si, como se lo decía hace un momento, no ha tenido cuidado de conservar para ella algunas gotas de su veneno, el más activo.

La señora de Villefort lanzó un grito horrible, un terror espantoso se dejó ver en sus desencajadas facciones.

—¡Oh!, no tema el cadalso. No quiero deshonrarla, porque sería deshonrarme. Al contrario, si me ha entendido, debe comprender que no está destinada a morir en el patíbulo.

—No le comprendo, ¿qué quiere decir? —balbució la desgraciada mujer, completamente aterrada.

—Quiero decir que la mujer del primer magistrado de la capital no cubrirá de oprobio un nombre sin mancilla, y no deshonrará a la vez a su marido y a su hijo.

—¡No!, ¡oh!, ¡no!

—Pues bien, hará una buena acción, y le doy por ello las gracias.

—Me da las gracias, ¿de qué?
—De lo que ha dicho.
—¿Y qué he dicho? Yo me vuelvo loca. No comprendo nada. ¡Dios mío! ¡Dios mío!
Y se levantó con el cabello suelto y los labios llenos de espuma.
—¿Ha respondido, señora, a la pregunta que le hice al entrar aquí, dónde está el veneno de que se sirve corrientemente?
La señora de Villefort levantó los brazos al cielo y juntó convulsivamente las manos.
—No —vociferó—, no quiere eso...
—Lo que no quiero, señora, es que acabe en el cadalso, ¿me oye?
—¡Oh!, señor, piedad.
—Lo que quiero es que se haga justicia. Estoy en el mundo para castigar, señora —añadió con una mirada encendida—. A cualquier otra mujer, aunque fuese una reina, la enviaría al verdugo. Pero con usted quiero ser misericordioso, y le digo, señora, ha guardado algunas gotas del veneno más seguro?
—¡Oh!, perdóneme, déjeme vivir.
—¡Cobarde! —dijo Villefort.
—Piense que soy su esposa.
—¡Es una envenenadora!
—En nombre del cielo!
—¡No!
—¡Por el amor que me ha profesado siempre!
—¡No!, ¡no!
—¡Por mi hijo, por nuestro hijo, déjeme vivir!
—No, no, no, le digo; si la dejase vivir lo envenenaría algún día como a los demás.
—¡Yo! ¡Matar a mi hijo! —gritó aquella madre salvaje arrojándose sobre Villefort—, ¡matar a mi Eduardo! ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!
Una sonrisa infernal, de demonio, de demente, terminó la frase y se perdió en un ronco suspiro.
La señora de Villefort cayó a los pies de su marido.
Escuchaba temblando, aterrada. solo había vida en sus ojos, y estos ocultaban un fuego terrible.
—Piensa en ello, le digo. Si a mi vuelta no lo ha hecho, la denuncio

con mis propios labios, la detengo con mis propias manos.

Villefort se acercó aún más a ella.

—¿Me entiende? —le dijo—, voy allá abajo a pedir la pena de muerte contra un asesino... Si la encuentro viva a la vuelta, dormirá esta noche en la Conserjería.

La señora de Villefort lanzó un suspiro. Sus nervios se crisparon y cayó sobre la alfombra.

El procurador del rey sintió un instante de piedad, la miró menos severamente, e inclinándose un poco ante ella:

—Adiós, señora —dijo lentamente—, ¡adiós!

Aquel adiós cayó sobre ella como la mortífera cuchilla.

Cayó al suelo sin sentido.

El señor de Villefort salió y cerró la puerta dando doble vuelta a la llave.

El caso Benedetto, como se decía entonces en el Palacio de Justicia y en la sociedad, había producido una enorme sensación. Parroquiano del café de París, del boulevard de Gante y del bosque de Bolonia, el falso Cavalcanti había hecho una porción de amistades y relaciones durante los tres meses de esplendor que había vivido en París. Los diarios habían contado las diversas vicisitudes del acusado, tanto durante su vida elegante, como la de presidiario. Aquello suscitó una curiosidad muy viva. Sobre todo entre los que habían conocido al príncipe Cavalcanti personalmente, y estos estaban decididos a no perdonar medio para ir a ver en el banquillo de los acusados a Benedetto, asesino de su compañero de cadena.

A los ojos de muchas personas, Benedetto no era una víctima, sino una equivocación de la justicia. Habían visto al señor Cavalcanti padre, en París, y esperaban verlo aparecer de nuevo para reclamar a su ilustre descendiente. Los que no habían oído hablar jamás de la famosa polaca, con la que llegó a casa de Montecristo, se hallaban prevenidos a su favor por el aire de dignidad, nobleza y conocimiento del mundo del anciano patricio, el que, es preciso decirlo, parecía completamente un gran señor cuando no hablaba o se ocupaba de aritmética.

En cuanto al acusado, muchos recordaban haberlo visto tan

amable, apuesto y liberal, que preferían creer que se había urdido contra él alguna trama por parte de alguno de aquellos enemigos que encuentran en el mundo las personas extraordinariamente ricas, y que poseen los medios de hacer el bien o el mal de un modo maravilloso.

Todo el mundo se apresuró a asistir a la sesión del tribunal del Jurado, unos para divertirse con el espectáculo, otros para comentarlo. Desde las siete de la mañana acudió gente a la reja, y la sala de las sesiones estaba ya llena de privilegiados.

En los días de los procesos famosos, antes de que se constituya el tribunal, y muchas veces aun después, la sala de Audiencia se parece a un salón particular, en el que muchas personas se reconocen, se juntan unas con otras cuando están cerca y se hablan por señas, temiendo perder su sitio, cuando están separadas por el pueblo, los abogados y los gendarmes.

Hacía uno de aquellos magníficos días de otoño que varias veces vienen a consolarnos de la ausencia del estío. Las nubes que el señor de Villefort viera al despuntar la aurora, se disiparon como por arte de magia al rayar el sol, y dejaron lucir con toda su brillantez uno de los días más hermosos de septiembre.

Beauchamp, uno de los magnates de la prensa diaria, tenía su sitio seguro en el tribunal, como en todas partes, lo había ocupado y miraba con sus gemelos a derecha a izquierda. Vio a Château-Renaud y a Debray, que habían merecido las consideraciones de un guardia municipal, el cual les cedió su sitio, colocándose detrás para no impedirles la vista. El digno agente había conocido al millonario y secretario del ministro, y se mostró muy cortés con sus nobles vecinos, permitiéndoles acercarse a Beauchamp, y prometiéndoles guardarles sus sitios.

—Y bien —dijo Beauchamp—, ¿venimos a ver a nuestro amigo?

—Sí, ¡Dios mío!, sí, ¡al digno príncipe! Llévese el diablo a todos los príncipes italianos, ¡bah...!

—Un hombre que tenía a Dante por genealogista, y cuyo origen se remontaba hasta la *Divina Comedia.*

—Nobleza de cuerda —dijo con sorna Château-Renaud.

—Será condenado, ¿no es cierto? —preguntó Debray a

Beauchamp.

—¡Eh!, querido mío, no es usted el que debe preguntarnos eso. ¿Ayer vio al presidente a la salida del baile del ministro?

—Sí.

—¿Y qué le dijo?

—Una cosa que le dejará maravillado.

—¡Ah!, entonces hable pronto, mi querido amigo. Hace mucho tiempo que no me sucede tal cosa.

—Pues bien, me ha dicho que Benedetto, al que suele considerarse como un fénix de sutileza y astucia, es un pillo de orden muy subalterno, e indigno de los experimentos frenológicos que se harán con su cabeza después de guillotinado.

—¡Bah! —dijo Beauchamp—, no representaba del todo mal el papel de príncipe.

—Para usted, Beauchamp, que detesta a los príncipes, y que está encantado cuando les halla maneras poco finas, pero para mí, que a la legua descubro el noble, y deduzco el origen de una familia aristocrática, en seguida lo conocí.

—¿Así, jamás creyó en su principado?

—Creí en que era principal, sí; príncipe, no.

—No está mal —dijo Debray—, pero para cualquier otro podría pasar por tal, yo lo he visto en casa de los ministros.

—¡Ah!, sí —dijo Château-Renaud—, ¡como si sus ministros conociesen a los verdaderos nobles!

—Hay mucho de verdad en lo que acaba de decir, Château-Renaud —respondió Beauchamp echándose a reír—; la frase es corta, pero agradable. Le pido permiso para usar de ella cuando dé cuenta a mis lectores de lo que ha sucedido.

—Como guste, Beauchamp —dijo Château-Renaud—, le doy mi frase por lo que vale.

—Pero —dijo Debray a Beauchamp—, si yo he hablado al presidente, usted debe haber hablado al procurador del rey.

—Imposible. Hace ocho días que el señor de Villefort se oculta, y es muy natural. Tantas desgracias domésticas, coronadas por la extraña muerte de su hija...

—¡La extraña muerte! ¿Qué dice?

—¡Ah!, sí; hágase el ignorante bajo el pretexto de que eso sucede en casa de la nobleza de toga —dijo Beauchamp llevando su lente a los ojos.

—Permítame, amigo mío, que le diga que para los gemelos no vale tanto como Debray. Y usted, Debray, dé una lección al señor Beauchamp.

—Toma —dijo Beauchamp—, no me equivoco.

—¿Qué es, pues?

—Es ella.

—¿Quién?

—Decían que se había marchado.

—¿La señorita Eugenia? —preguntó Château-Renaud—, ¿habrá regresado ya?

—No, pero su madre...

—¿La señora Danglars?

—¡Cómo! —dijo Château-Renaud—, ¡es terrible, diez días después de haberse fugado su hija, y tres después de la quiebra de su marido!

Debray se sonrojó un poco y miró hacia el sitio que señalaba su amigo Beauchamp.

—Vaya, pues. Es una mujer cubierta con un velo, una desconocida, quizá la madre del príncipe Cavalcanti. ¿Pero decía o iba a decir cosas muy interesantes, Beauchamp?

—¿Yo?

—Sí; hablaba de la extraña muerte de Valentina.

—¡Ah!, sí; es verdad. Pero ¿por qué la señora de Villefort no está presente?

—¡Pobre mujer! —dijo Debray—, estará ocupada en destilar agua de melisa para los hospitales, o en preparar cosméticos para ella y sus amigas. ¿Sabe que gasta en esa diversión dos o tres mil escudos al año? Y en efecto, tiene razón. ¿Por qué no está aquí la señora del procurador del rey? La habría visto con gran placer. Me gusta mucho esa mujer.

—Y yo la detesto —dijo Château-Renaud.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Por qué amamos? ¿Por qué aborrecemos? La

detesto por antipatía.
—O, al menos, por instinto.
—No lo creo... pero volvamos a lo que decía, Beauchamp.
—¡Y bien! —respondió este—, ¿tiene curiosidad por saber cómo hay con frecuencia tantos muertos en casa de Villefort?
—Con frecuencia, esta es justamente la expresión exacta —dijo Château-Renaud.
—Querido, es la que usa San Simón.
—Y la muerte en casa del señor de Villefort es donde se la encuentra. Volvamos, pues, a ella.
—¡Por mi vida!, confieso que hace tres meses tengo fija mi atención en esa casa, y precisamente anteayer la señora me hablaba de ella con motivo de la muerte de Valentina.
—¿Y quién es la señora? —preguntó Château-Renaud.
—La mujer del ministro.
—¡Ah!, disculpe mi ignorancia, yo no frecuento las casas de los ministros. Eso queda para los príncipes.
—Era magnífico y se vuelve divino, barón. Tenga piedad de nosotros. Sus palabras van a abrasarnos como los rayos de Júpiter.
—No volveré a decir nada. ¡Pero que el diablo tenga piedad de mí! ¡No me dé lugar para replicar!
—Vamos, ¿podremos llegar al fin de nuestro diálogo, Beauchamp? Le decía que la señora me preguntaba anteayer sobre las muertes de Villefort; infórmeme, y podré satisfacerla.
—Pues bien, señores, en casa de Villefort hay un asesino.
Ambos jóvenes temblaron, porque más de una vez se les había ocurrido la misma idea.
—¿Y quién es el asesino? —preguntaron a una.
—El pequeño Eduardo.
Una risotada de los jóvenes no fue bastante para turbar al orador, que prosiguió:
—Sí, señores; un niño que es un fenómeno, y que mata ya como padre y madre.
—¿Es una broma?
—No. Ayer recibí un criado que sale de casa de Villefort, y ahora escuche con atención.

—Escuchemos.
—Mañana voy a despedirlo, porque come enormemente para reponerse de los ayunos que se había impuesto voluntariamente en aquella casa. Pues bien. Parece que el niño se sirve de vez en cuando de un frasco de drogas contra los que le desagradan. Primero la tomó con el señor y la señora de Saint-Merán, y les dio tres gotas de su elixir. Después a Barrois, el criado de Noirtier, que le regañó en varias ocasiones, le suministró otras tres gotas, y últimamente, a Valentina, a la que tenía envidia, le suministró también la dosis, y la suerte de ella fue la misma de los demás.
—¿Pero qué diablos nos cuenta? —dijo Château-Renaud.
—¡Bah!, les cuento una cosa del otro mundo, ¿verdad?
—Eso es absurdo —dijo Debray.
—¡Ah! —dijo Beauchamp—, buscan medios dilatorios. Pregunten a mi criado qué era lo que se decía en la casa.
—¿Pero ese elixir dónde está? ¿Qué cosa es?
—El chico lo oculta.
—¿De dónde lo ha cogido?
—Del laboratorio de su madre.
—Su madre, pues, ¿tiene venenos en su laboratorio?
—¡Qué sé yo!, me están interrogando como si fuesen procuradores del rey. Les repito lo que me han dicho, y he aquí todo. Les cito al autor, no puedo hacer más. Lo cierto es que el pobre diablo no comía de miedo.
—¡Parece increíble!
—Pero no, querido, nada tiene de increíble. Ya vio el año pasado a un niño de la calle de Richelieu que se entretenía en matar a sus hermanos, introduciéndoles mientras dormían un alfiler en los oídos. ¡Querido, la generación que va a reemplazarnos es muy precoz!
—¡Apuesto a que no cree una palabra de cuanto dice, pero no veo al conde de Montecristo. ¿Cómo es que no ha venido?
—Tendrá vergüenza de presentarse ante el público, habiendo sido el juguete de los Cavalcanti, que se lo presentaron, según parece, con cartas de recomendación que eran falsas, y que hoy tienen unos cien mil francos hipotecados sobre el principado.
—A propósito, Château-Renaud, ¿cómo se encuentra Morrel? —

preguntó Beauchamp.

—Tres veces he estado en su casa y no he podido verlo. Su hermana me ha dicho, sin embargo, que estaba bien.

—¡Ah!, ahora que recuerdo. ¡Montecristo no puede presentarse en la sala! —dijo Beauchamp.

—¿Por qué?

—Porque es actor en el drama.

—¡Cómo! ¿Ha asesinado a alguien? —dijo Debray.

—No, al contrario, querían asesinarlo. Sabe que al salir de su casa fue cuando Benedetto asesinó a su amigo Caderousse; en ella se encontró el famoso chaleco que vino a turbar el contrato, y que está allí sobre la mesa, como una pieza de convicción.

—¡Ah!, ¡es verdad!

—Silencio, señores, he aquí la sala. Cada uno a su lugar.

En efecto, se oía gran ruido en el pretorio. El agente llamó a sus protegidos y un ujier gritó desde la puerta con aquella entonación que tenían ya en tiempo de Beaumarchais:

—¡Señores, la sala!

Los jueces entraron en sesión en medio del más profundo silencio. Los jurados ocuparon sus asientos. El señor de Villefort, objeto de la atención general, y aun mejor diremos de la admiración, ocupó su sillón, manteniéndose cubierto, y dejó correr una mirada tranquila a su alrededor. Todos contemplaban con admiración aquella cara grave y severa, sobre cuya impasibilidad no tenían dominio los disgustos personales. Consideraban con una especie de terror a aquel hombre tan insensible a las conmociones de la humanidad.

—Gendarmes, traigan al acusado —dijo el presidente.

Al oír aquellas palabras creció la atención del público, y todos los ojos se fijaron en la puerta por donde debía entrar Benedetto. Se abrió esta poco después y apareció el acusado. La impresión fue igual en todos los asistentes, y ninguno se engañó en la expresión de su fisonomía.

Su fisonomía no presentaba las señales de emoción profunda que detiene la circulación de la sangre y hace palidecer. Llevaba el sombrero en una mano y metida la otra graciosamente en el chaleco, que era de piqué blanco. Sus ojos estaban serenos y hasta

brillantes. Tan pronto como entró en la sala, paseó la vista por todas las filas de los jueces y de los asistentes, y se detuvo en el presidente, y muy particularmente en el procurador del rey.

Al lado de Benedetto se colocó el abogado, nombrado de oficio, porque él no había querido ocuparse de aquellos detalles a los cuales parecía no dar importancia. Aquel era joven, rubio, y su fisonomía parecía estar mucho más conmovida que la del acusado.

El presidente ordenó la lectura del acta de acusación, redactada como se sabe, por la pluma hábil e implacable del señor Villefort. Durante la lectura, que fue larga y para cualquier otro hubiera sido aterradora, la atención pública permaneció fija en Benedetto, quien sostuvo aquella prueba con la serenidad de un espartano.

Jamás había estado Villefort tan elocuente. Presentaba el crimen con los colores más vivos. Los antecedentes del acusado, su transfiguración, la reseña de sus acciones desde su primera edad, se pintaban con el talento que la práctica de la vida y el conocimiento del corazón humano daban a un hombre de tan buena imaginación como el procurador del rey.

Con solo aquel preámbulo, Benedetto estaba perdido para siempre en la opinión pública, en tanto que se acercaba el castigo más material aún que la ley.

Cavalcanti no prestó la menor atención a los cargos sucesivos que contra él se elevaban. El señor de Villefort, que lo examinaba cuidadosamente, y que sin duda proseguía en él los estudios psicológicos que había empezado a la vista de otros acusados, no pudo hacerle bajar los ojos una sola vez, por más que fijase en él su profunda mirada.

Se terminó la lectura.

—Acusado —dijo el presidente—, ¿su nombre y apellido?

Cavalcanti se puso en pie.

—Discúlpeme, señor presidente —dijo el reo, cuyo timbre de voz vibraba perfectamente puro—, pero veo que va a empezar el interrogatorio de un modo que no puedo seguirle. Tengo la pretensión, que justificaré a su tiempo, de que no soy un acusado ordinario. Tenga la bondad, se lo ruego, de permitirme responder siguiendo un orden distinto, sin que por esto deje de contestar a

todo.

El presidente, sorprendido, miró a los jurados, y estos al procurador del rey.

Un gran asombro se manifestó en toda la asamblea, pero Cavalcanti no se conmovió.

—¿Su edad? —dijo el presidente—, ¿responderá a esta pregunta?

—A esa, como a las demás, responderé, señor presidente, pero cuando llegue el caso.

—¿Su edad? —repitió el magistrado.

—Tengo veintiún años, o más bien los cumpliré dentro de algunos días, pues nací en la noche del 27 al 28 de septiembre de 1817.

El señor de Villefort, que estaba escribiendo una nota, levantó la cabeza al oír aquella fecha.

—¿Dónde nació? —continuó el presidente.

—En Auteuil, cerca de París.

El señor de Villefort levantó por segunda vez la cabeza, miró a Benedetto como si hubiese mirado la cabeza de Medusa y se puso lívido.

Benedetto pasó por sus labios la punta de un fino pañuelo de batista bordado.

—¿Su profesión? —preguntó el presidente.

—Primero he sido falsario —dijo Cavalcanti con la mayor tranquilidad del mundo—, después ascendí a ladrón, y recientemente he sido asesino.

Un murmullo, o por mejor dicho, una tempestad de indignación y de sorpresa estalló en la sala. Los jueces se miraron asombrados, los jurados expresaron el disgusto que les causaba un cinismo que no esperaban en un hombre elegante.

El señor de Villefort apoyó una mano sobre su frente, pálida al principio, encarnada y abrasadora en seguida. Se levantó de pronto, y miró alrededor como un hombre espantado. Parecía que le faltaba el aliento.

—¿Busca algo, señor procurador del rey? —preguntó Benedetto con una graciosa sonrisa.

El señor de Villefort no respondió, se sentó, o mejor dicho, se dejó caer sobre su sillón.

—¿Consiente ahora, acusado, en decir su nombre? —preguntó el presidente—. La afectación brutal que ha puesto en enumerar sus crímenes, que califica de profesión, la especie de importancia que da a esas acciones, que en nombre de la moral y de la humanidad el tribunal debe reprenderle severamente, he ahí la causa quizá que ha hecho retarde el nombrarle. Quiere enaltecer su hombre con los títulos que le preceden.

—Señor presidente —dijo Benedetto con el tono de voz más gracioso y con las maneras más distinguidas—, parece increíble el modo con que ha leído en el fondo de mi corazón. En efecto, por eso le he rogado que invirtiese el orden de las preguntas.

El estupor había llegado a su colmo. No había en las palabras del acusado ni altanería, ni cinismo, y se presentía algún terrible rayo en el fondo de aquella oscura nube.

—¡Y bien! —dijo el presidente—, ¿su nombre?

—No puedo decirle mi hombre, porque no lo sé. En cambio conozco el de mi padre, pero no puedo decirlo.

Una alucinación dolorosa cegó a Villefort. Se vieron caer de sus mejillas varias gotas de sudor que borraban sus papeles, que revolvió con mano convulsa.

—Díganos el hombre de su padre —dijo entonces el presidente.

Ni una respiración fuerte, ni el menor aliento turbaba el silencio de aquella asamblea. Todos esperaban.

—Mi padre es procurador del rey —respondió con calma imperturbable Cavalcanti.

—¡Procurador del rey! —dijo estupefacto el presidente sin notar el trastorno que aquellas palabras causaron al señor de Villefort—, ¡procurador del rey!

—Sí, y ya que me pregunta su hombre, se lo diré: se llama Villefort.

La explosión, tanto tiempo contenida por respeto a la justicia, estalló como un trueno del pecho de todos los asistentes. El tribunal mismo no pensó en reprimir aquel simultáneo movimiento. Las exclamaciones, las injurias dirigidas a Benedetto, que permanecía impasible, los gestos enérgicos, el movimiento de los gendarmes, las rechiflas de la parte del pueblo bajo que hay en toda reunión pública, y que sale a la luz en los momentos de tumulto y escándalo,

duraron cinco minutos, antes que los magistrados y los ujieres lograsen restablecer el orden y el silencio.

En medio de aquella confusión se oía la voz del presidente que gritaba:

—¿Quiere jugar con la justicia, acusado? ¿Se atreve a dar a sus conciudadanos el espectáculo de una corrupción que no tiene igual ni siquiera en una época tan relajada como la presente?

Diez personas se apresuraron a acercarse al procurador del rey, que medio aterrado permanecía en su asiento; ofreciéndole consuelos, procuraron animarlo, y le hicieron protestas de celo y simpatía.

Decían que una mujer se había desmayado, la hicieron respirar varias sales, y se repuso.

Durante el tumulto, Benedetto había vuelto la cara sonriendo hacia la asamblea, y apoyando en seguida una mano en el respaldo de su banco y en la postura más graciosa:

—Señores —dijo—, no permita Dios que procure insultar al tribunal, y dar un escándalo inútil en presencia de tan honorable reunión. Me han preguntado qué edad tengo, he respondido. No puedo decir de dónde soy ni cuál es mi apellido, porque mis padres me abandonaron. Sin embargo, puedo muy bien, sin decir mi nombre, puesto que no lo tengo, decir el de mi padre, y lo repito, mi padre se llama el señor Villefort, y estoy pronto a probarlo.

Tanta verdad, tanta convicción y energía había en el acento del joven que redujo el tumulto al silencio. Las miradas se dirigieron todas en el momento al procurador del rey, que conservaba en su asiento la inmovilidad de un hombre que el rayo acaba de convertir en cadáver.

—Señores —continuó Benedetto exigiendo el silencio con el gesto y con la voz—, le debo la prueba y la explicación de mis palabras.

—¡Pero... —dijo el presidente, irritado—, en la instrucción dijo que le llamaban Benedetto, ha dicho que era huérfano y natural de Córcega!

—En la instrucción dije lo que me convenía decir, porque no quería que se debilitase o detuviese, lo que no podía menos de suceder, el eco solemne que quería dar a mis palabras. Le repito ahora que

nací en Auteuil, en la noche del 27 al 28 de septiembre de 1817, y que soy hijo de Villefort, procurador del rey. ¿Quiere saber más detalles? Se los contaré. Vine al mundo en el primer piso de la casa número 28, de la calle de la Fontaine, en una habitación tapizada de damasco encarnado. Mi padre me tomó en los brazos diciendo a mi madre que estaba muerto. Me envolvió en un paño, marcado H. N., y me llevó al jardín, donde me enterró vivo.

Los presentes temblaron cuando vieron crecer la seguridad del acusado con el espanto del señor de Villefort.

—¿Pero cómo conoce esos detalles? —preguntó el presidente.

—Voy a decírselo, señor presidente. En el jardín en que mi padre acababa de sepultarme se había introducido aquella noche un hombre que lo odiaba mortalmente, y quería vengarse del modo que lo hace un corso. El hombre que estaba oculto vio a mi padre enterrar algo, y le asestó una puñalada por la espalda cuando estaba a la mitad de su operación; creyendo en seguida que lo que había ocultado era un tesoro, abrió la fosa y me halló vivo aún. Ese hombre me llevó al hospicio de los expósitos, donde me inscribieron con el número treinta y siete. Tres meses más tarde, su mujer hizo el viaje de Rogliano a París para venir a buscarme. Me reclamó como hijo suyo, y me llevó consigo.

»He aquí por qué, aunque nacido en Auteuil, me crie en Córcega.

Hubo un instante de silencio, pero tan profundo, que se hubiera creído que la sala estaba desierta.

—Continúe —dijo la voz del presidente.

—En verdad —continuó Benedetto—, hubiera podido ser dichoso en casa de aquella buena gente que me adoraba, pero mi natural perverso pudo más que todas las virtudes que procuraba infundir en mi corazón mi madre adoptiva. Fui creciendo en el mal, y he llegado hasta el crimen. Finalmente, un día que maldecía a Dios por haberme hecho tan malo y dado tan odioso destino, mi padre adoptivo se acercó a mí y me dijo:

“¡No blasfemes, desgraciado!, porque Dios te ha dado la vida sin cólera. El crimen es de tu padre, y no tuyo; de tu padre, que te entregaba al infierno si hubieses muerto, a la miseria, si un milagro te volvía a la vida”.

»A partir de aquel instante, cesé de blasfemar a Dios, pero he maldecido a mi padre, y he aquí por qué he pronunciado las palabras que me ha reprochado, señor presidente. He aquí por qué he causado el escándalo que aún hace temblar a todos. Si es un crimen más, castígueme, pero si le he convencido de que desde el día de mi nacimiento mi destino era fatal, doloroso, amargo, lamentable, tenga entonces compasión de mí.

—¿Pero su madre? —preguntó el presidente.

—Mi madre me creía muerto, y no era culpable; no he querido saber el nombre de mi madre, no la conozco.

En aquel momento un grito agudo que terminó en un suspiro salió del grupo que, como hemos dicho, rodeaba a una mujer.

Se desplomó con un violento ataque de nervios, y tuvieron que sacarla del pretorio; se separó el velo que ocultaba su rostro: era la señora Danglars.

A pesar de su postración, del rumor que había en sus oídos y la especie de locura que trastornaba su cerebro, Villefort la reconoció y se levantó.

—¡Las pruebas! ¡Las pruebas! —dijo el presidente—, recuerde, acusado, que ese tejido de horrores necesita apoyarse en las pruebas más evidentes.

—¿Las pruebas? ¿Quiere las pruebas? —dijo Benedetto riéndose—, va a verlas.

—Sí.

—Pues bien, mire al señor de Villefort, y pídame aún las pruebas.

Todos volvieron los ojos hacia el procurador del rey, que bajo el peso de aquellas mil miradas avanzó hacia el medio del tribunal, vacilante, con los cabellos desordenados y la cara sanguinolenta por la presión de sus uñas. Se oyó un murmullo de admiración.

—Me piden las pruebas, padre mío —dijo Benedetto—, ¿quiere que las dé?

—No, no —balbució el procurador del rey con voz ahogada—, no; es inútil.

—¡Cómo! ¿Inútil? —inquirió el presidente—. ¿Pero qué quiere decir?

—Quiero decir que en vano intentaría sustraerme al golpe mortal

que me aterra, señores. Conozco que estoy entre las manos de un Dios vengador. Nada de pruebas, no hay necesidad; todo lo que ese joven ha dicho es verdad.

Un silencio análogo al que precede a las grandes catástrofes de la naturaleza se apoderó de los asistentes, sus cabellos se erizaron.

—¿Y qué?, señor de Villefort —dijo el presidente—, ¿no cede a una alucinación? ¡Cómo! ¿Goza de la plenitud de sus facultades intelectuales? ¿Se concebiría que una acusación tan extraordinaria, tan imprevista y terrible le hubiese turbado la razón? ¡Vamos, serénese!

El procurador del rey movió la cabeza, sus dientes daban uno contra otro como los de un hombre devorado por la fiebre, y su palidez era mortal.

—Estoy en pleno uso de todas mis facultades —dijo—; solamente mi cuerpo es el que sufre, y esto se concibe. Me reconozco culpable de todo lo que ese joven acaba de decir contra mí, y me pongo desde ahora a la disposición del señor procurador del rey, mi sucesor.

Dichas estas palabras con una voz ronca y casi sofocada, el señor de Villefort se dirigió vacilante a la puerta, que le abrió maquinalmente el ujier de servicio.

La asamblea entera permaneció silenciosa y consternada con aquella revelación que tan terrible desenlace daba a las peripecias que durante quince días habían ocupado a la alta sociedad de París.

—¡Y bien! —dijo Beauchamp—. ¡Que vengan luego a decirnos que el drama no existe en la naturaleza!

—¡Por mi vida! —dijo Château-Renaud—, mejor quisiera concluir como el señor de Morcef; un tiro es dulce en comparación con semejante catástrofe.

—Y luego mata —dijo Beauchamp.

—Y yo que había pensado en casarme con su hija —dijo Debray —, ¡bien ha hecho en morirse! ¡Dios mío! ¡Pobre muchacha!

—Se levanta la sesión, señores —dijo el presidente—; la causa queda para la sesión próxima, pues debe empezarse de nuevo la instrucción y confiarla a otro magistrado.

Cavalcanti, siempre sereno y mucho más interesante, salió de la

sala escoltado por los gendarmes, que voluntariamente le manifestaban cierta consideración.

—¡Y bien! ¿Qué piensa de esto, buen hombre? —preguntó Debray al guardia municipal poniéndole un luis en la mano.

—Que habrá circunstancias atenuantes —respondió este.

El señor de Villefort vio abrirse ante él las filas de la multitud, aunque muy compactas. Los grandes dolores son de tal modo venerables que no hay ejemplo ni aun en los tiempos más desgraciados, de que el primer movimiento de la multitud reunida no haya sido un movimiento de simpatía hacia una gran desgracia. Mucha gente odiada ha sido asesinada en un tumulto. Raras veces un desgraciado, aunque fuese criminal, ha sido insultado por los que asisten a su proceso de muerte.

Villefort atravesó, pues, las filas de los espectadores, de los guardias, de los agentes de policía, y se alejó, confesado culpable por sí mismo, pero protegido por su valor.

Existen en la vida situaciones que los hombres comprenden por instinto, pero que no pueden desentrañar con la reflexión. El mayor poeta en este caso es el que sabe expresar la queja más vehemente y más natural. La multitud toma este grito por una relación entera, y hace bien en contentarse con él, y mejor aún, en encontrarlo sublime si es verdadero.

Por lo demás, sería difícil decir el estado de estupor en que Villefort se hallaba al salir del palacio, pintar la fiebre que estremecía sus arterias, que helaba sus fibras, que hinchaba hasta reventar sus venas y aniquilaba cada punto de su cuerpo mortal con millares de sufrimientos.

Villefort se dirigía a lo largo de los pasillos, guiado solamente por la costumbre. Se quitó la toga magistral, no por conveniencia, sino porque era para él una carga insoportable, una túnica de Nesso, fecunda en torturas.

Llegó vacilante al patio Dauphine, vio su carruaje, despertó al cochero abriendo él mismo, y se dejó caer sobre los cojines señalando con el dedo la dirección del barrio de San Honorato.

El cochero partió.

Todo el peso de su fortuna fracasada acababa de desplomarse

sobre su cabeza; este peso lo abrumaba, no sabía sus consecuencias, no las había calculado y las sentía; no razonaba su código como el frío asesino que comenta un artículo conocido. Tenía a Dios en el fondo del corazón.

—¡Dios! —murmuraba sin saber lo que decía—. ¡Dios! ¡Dios!

No veía más que a Dios en medio del trastorno que por él pasaba.

El carruaje corrió precipitado. Villefort, agitándose sobre los cojines, sentía algo que le molestaba.

Llevó la mano al objeto. Era un abanico olvidado por la señora de Villefort entre el cojín y el respaldo del carruaje. Este abanico despertó un recuerdo, y este recuerdo fue como un rayo en las tinieblas de la noche.

Villefort pensó en su esposa.

—¡Oh! —exclamó, como si un hierro ardiendo le perforase el corazón.

En efecto, hacía una hora que no tenía a la vista más que un lado de su miseria, y he aquí que de repente se ofrecía otra a su espíritu, y otra no menos terrible.

¡Esa mujer! Acababa de portarse con ella como un juez severo e inexorable, la había condenado a muerte, y ella, ella, aterrorizada, llena de remordimientos, abismada con el oprobio que acababa de causarle con la elocuencia de su intachable virtud, pobre mujer débil e indefensa contra un poder absoluto y supremo, se preparaba acaso a morir en aquellos instantes.

Había transcurrido una hora desde su condenación. Tal vez entonces repasaba en su memoria todos sus crímenes, pedía perdón a Dios, escribía una carta para implorar de rodillas el perdón de su virtuoso esposo, perdón que compraba con la muerte.

Villefort lanzó otro quejido de dolor y de rabia.

—¡Ah! —exclamó agitándose sobre el raso del carruaje—, ¡esa mujer no es criminal más que por haberme tocado! ¡Yo soy el crimen, yo! ¡Y ha adquirido el crimen como se adquiere el tifus, como se adquiere el cólera, como se adquiere la peste, y yo la castigo! ¡Oh!, no!, ¡no!, vivirá..., me seguirá... Huiremos, abandonaremos Francia, correremos por la tierra mientras nos sostenga. ¡Le hablaba de cadalso...! ¡Gran Dios! ¡Cómo osé

pronunciar esta palabra! ¡Y a mí también me espera el cadalso...! Huiremos... Sí, me confesaré a ella, sí; todos los días le diré humillándome que yo también he cometido un crimen... ¡Oh! ¡Alianza del tigre y de la serpiente! ¡Oh! ¡Digna esposa de un marido como yo...! ¡Es preciso que viva, es necesario que mi infamia haga palidecer la suya!

Y Villefort hundió, más que bajó, el vidrio del coche.

—¡Más aprisa! —exclamó con una voz que hizo estremecer al cochero en su asiento.

Los caballos, avivados por el miedo, volaron hasta llegar a la casa.

—¡Sí!, ¡sí! —repetía Villefort a medida que se acercaba—, sí; es preciso que esta mujer viva, es preciso que se arrepienta y que eduque a mi hijo, mi pobre hijo, único que con el indestructible anciano sobrevive a la ruina de la familia. Lo amaba, por él lo ha hecho todo. No hay que desesperar jamás del corazón de una madre que ama a su hijo. Se arrepentirá. Nadie sabrá que ha sido culpable; los crímenes cometidos en mi casa y de que el mundo se entera ya, serán olvidados con el tiempo, y si algunos enemigos se acuerdan, les anotaré en la lista de mis crímenes. Uno, dos o tres más, ¡qué importa! Mi mujer se salvará llevando el oro, y sobre todo llevando su hijo, lejos del abismo en donde me parece ver caer el mundo conmigo. Vivirá, aún será dichosa, puesto que todo su amor está en su hijo, y su hijo no la abandonará. Habré hecho una buena acción.

Y el señor de Villefort respiró más libremente de lo que lo había hecho en mucho tiempo.

El carruaje se detuvo en el patio de la casa.

El procurador del rey se lanzó del estribo y halló a los criados sorprendidos de verlo volver tan pronto. No leyó otra cosa en su fisonomía. Nadie le dirigió la palabra. Se pararon ante él como de costumbre, para dejarle paso. Esto fue todo.

Pasó por la cámara de Noirtier, y por la puerta entreabierta percibió como dos sombras, pero no se preocupó de la persona que estaba con su padre. Su inquietud lo trastornaba.

—Vamos —dijo subiendo la escalerilla que conducía al descansillo, donde estaba la habitación de su mujer y la cámara vacía de

Valentina—, vamos, nada ha cambiado aquí.

Antes de todo, cerró la puerta del descansillo.

—Es conveniente que nadie nos interrumpa —dijo Villefort—, conviene que pueda hablarle libremente, acusarme a ella, decírselo todo.

Se acercó a la puerta, puso la mano en el botón de cristal, y cedió.

—¡Paso libre! ¡Oh!, ¡bien, muy bien! —murmuró.

Y entró en el pequeño salón en donde todas las noches se ponía el lecho de Eduardo, porque aunque en pensión, Eduardo venía todas las noches. Su madre no había querido nunca separarse de él.

Recorrió con una mirada todo el salón.

—Nadie —dijo—, está en su alcoba, sin duda.

Y se dirigió a la puerta.

El cerrojo estaba corrido.

Se detuvo estremecido.

—¡Eloísa! —exclamó.

Le pareció oír mover un mueble.

—Eloísa —repitió.

—¿Quién es? —preguntó la voz de la que llamaba.

Le pareció que esta voz era más débil que otras veces.

—¡Abra! ¡Abra! —exclamó Villefort—, ¡soy yo!

Sin embargo, a pesar de esta orden, a pesar del tono angustiado con que era proferida, no abrieron.

Villefort abrió la puerta de una patada.

A la entrada de su dormitorio, la señora de Villefort estaba en pie, pálida, con las facciones contraídas, mirándole con ojos de una inmovilidad espantosa.

—¡Eloísa! ¡Eloísa! —dijo—, ¿qué le ocurre? ¡Habla!

La joven extendió hacía él su mano crispada y lívida.

—Esto se ha acabado, señor —dijo con un quejido que parecía desgarrar su garganta—, ¿qué más quiere?

Y cayó sobre la alfombra. Villefort corrió a ella y la cogió de la mano. Esta mano oprimía convulsivamente un frasco de cristal con tapón de oro. La señora de Villefort estaba muerta. El procurador del rey, sobrecogido de horror, retrocedió hasta la puerta, mirando el cadáver.

—¡Hijo mío! —exclamó de repente—, ¿dónde está mi hijo? ¡Eduardo! ¡Eduardo!

Y se precipitó fuera de la habitación, gritando:

—¡Eduardo! ¡Eduardo!

Con tal acento de angustia era pronunciado este nombre, que acudieron los criados.

—¡Hijo mío! ¿Dónde está mi hijo? —preguntó Villefort—. Que le saquen de casa, que no la vea.

—El señorito Eduardo no está abajo —respondió un criado.

—Jugará sin duda en el jardín. Mire si está allí. ¡Búsquenlo!

—No, señor. La señora llamó a su hijo hará media hora aproximadamente. El señorito Eduardo entró con la señora, y no ha vuelto a bajar.

Un sudor helado inundó la frente de Villefort, sus pies vacilaron sobre las baldosas, sus ideas comenzaron a trastornar su cabeza como las ruedas desordenadas de un reloj que se rompe.

—¡Con la señora! —murmuró—, ¡con la señora! —Y volvió lentamente sobre sus pasos, enjugándose la frente con una mano y apoyándose con la otra en las paredes.

Al volver a entrar en la estancia, era preciso ver de nuevo a aquella desgraciada.

Para llamar a Eduardo, era preciso despertar el eco del aposento convertido en féretro mortuorio. Hablar, era violar el silencio de la tumba.

Villefort sintió su lengua paralizada en la garganta.

—¡Eduardo! ¡Eduardo! —balbució.

El niño no contestó. ¿Dónde estaba el niño que, al decir de los criados, había entrado con su madre, sin volver a salir?

Villefort dio un paso adelante.

El cuerpo exánime de la señora de Villefort estaba tendido a través de la puerta del salón en donde se hallaba necesariamente Eduardo. Este cadáver parecía velar sobre el umbral con ojos fijos y abiertos, con una espantosa y misteriosa sonrisa irónica en los labios.

Alrededor del cadáver, la mampara dejaba ver una parte del salón, un piano y el extremo de un diván de raso azul.

Villefort avanzó tres o cuatro pasos y vio a su hijo acostado en el sofá.

El niño dormía, sin duda.

El infeliz tuvo un rapto de alegría, un rayo de luz pura bajó al infierno en el cual estaba luchando.

Se trataba de pasar por encima del cadáver, de entrar en el salón, de tomar el niño en los brazos y de huir con él lejos, ¡muy lejos!

Villefort no era el hombre cuya refinada corrupción le hacía el tipo de hombre civilizado; era un tigre herido de muerte que deja los dientes rotos en su última herida.

No temía las preocupaciones, sino los fantasmas. Tomó aliento y saltó por encima del cadáver como si se hubiera tratado de saltar por un brasero encendido. Tomó al niño en sus brazos, estrechándolo, sacudiéndolo, llamándolo. El niño no le respondió. Unió sus ávidos labios a sus mejillas, a sus mejillas lívidas y heladas, palpó sus miembros ateridos, apoyó la mano en su corazón; su corazón no palpitaba. El niño estaba muerto. Un papel doblado en cuatro pliegues cayó del pecho de Eduardo. Como herido de un rayo, Villefort se dejó caer sobre las rodillas. El niño se escapó de sus brazos inertes y rodó al lado de su madre. Villefort cogió el papel, conoció la letra de su mujer y lo leyó ávidamente. He aquí su contenido:

¡Usted sabe si yo era buena madre, puesto que por mi hijo me hice criminal! ¡Una buena madre no parte sin su hijo!

Villefort no podía dar crédito a sus ojos. No podía creer a su razón. Se arrastró hacia el cuerpo de Eduardo, que examinó una vez todavía con la atención minuciosa de la leona que mira a su cachorro muerto. Después brotó un grito desgarrador de su pecho.

—¡Dios! —murmuró—. ¡Siempre Dios!

Estas dos víctimas le espantaban, sentía en sí el horror de aquella soledad solamente ocupada por dos cadáveres.

De pronto se veía sostenido por la rabia, por la inmensa facultad de los hombres fuertes, por la desesperación, por la virtud suprema de la agonía que impulsó a los Titanes a escalar el cielo, a Áyax a

amenazar a los dioses.
Villefort dobló la cabeza bajo el peso de los dolores, se levantó sobre las rodillas, sacudió los cabellos húmedos de sudor, erizados de espanto, y el que jamás había tenido piedad de nadie, se fue a encontrar a su anciano padre para tener en su debilidad alguien a quien contar su desgracia, alguien con quien llorar.
Bajó la escalera que ya conocemos, y entró en la habitación de Noirtier.
Este parecía escucharle atentamente, tan afectuosamente como lo permitía su inmovilidad. El abate Busoni estaba allí con la calma y frialdad de costumbre.
Al ver al abate, Villefort llevó la mano a la frente. El pasado vino a él como una de esas olas, en las cuales se levanta doble espuma que en las demás.
Recordó la visita que le hiciera el abate dos días antes de la comida de Auteuil, y de la visita que le había hecho el mismo abate el día de la muerte de Valentina.
—¡Usted aquí, señor! —dijo—, ¿pero usted no aparece jamás sino para escoltar la muerte?
Busoni se levantó. Viendo la alteración del rostro del magistrado, el brillo feroz de sus ojos, comprendió o debió comprender que la escena de los jurados había concluido. Ignoraba el resto.
—Vine para orar sobre el cuerpo de su hija —respondió Busoni.
—Y hoy, ¿qué viene a hacer?
—Vengo a decirle que me ha pagado suficientemente su deuda, y que desde este momento voy a rogar a Dios que se contente como yo.
—¡Dios mío! —dijo Villefort retrocediendo asustado—, ¡esta voz no es la del abate Busoni!
—No.
El abate arrancó su falsa tonsura, sacudió la cabeza, y sus largos cabellos negros, sueltos ya, cayeron sobre sus espaldas rodeando su varonil semblante.
—Es el rostro del conde de Montecristo —exclamó Villefort con los ojos inciertos.
—No es esto todo, señor procurador del rey, mire mejor y más

lejos.
—¡Esta voz!, ¡esta voz! ¿Dónde la oí por primera vez?
—La oyó por primera vez en Marsella, hace veintitrés años, el día de su matrimonio con la señorita de Saint-Merán. Busque en sus papeles.
—¿No es usted Busoni? ¿No es usted Montecristo? ¡Dios mío, es el enemigo oculto, implacable, mortal! ¿Hice algo contra usted en Marsella? ¡Oh, desgraciado de mí!
—Sí, tienes razón, es bien cierto —dijo el conde cruzando los brazos sobre el pecho—, ¡busca!, ¡busca!
—Mas, ¿qué te he hecho? —exclamó Villefort, cuyo espíritu luchaba ya en el límite donde se confunden la razón y la demencia en aquellos momentos en que no puede decirse que dormimos ni que estamos despiertos—. ¿Qué te he hecho? ¡Di, habla!
—Me condenó a una muerte lenta y horrorosa, mató a mi padre, me robó el amor con la libertad, y la fortuna con el amor.
—¿Quién es? ¿Quién es? ¡Dios mío!
—Soy el espectro de un desgraciado al que sepultó en las mazmorras del castillo de If; a este espectro, salido entonces de la tumba, Dios ha puesto la máscara del conde de Montecristo, y le ha cubierto de diamantes y oro para que no le reconozca hoy.
—¡Ah, lo reconozco, lo reconozco! —dijo el procurador del rey—, tú eres...
—¡Soy Edmundo Dantés!
—¡Tú, Edmundo Dantés! —exclamó el señor de Villefort, asiendo al conde por el puño—, ¡entonces ven!
Y lo llevó por la escalera, en donde Montecristo lo seguía asombrado, ignorando a qué parte lo conducía el procurador del rey, y presintiendo algún desastre.
—¡Espera!, Edmundo Dantés —dijo mostrando al conde los cadáveres de su esposa y de su hijo—, ¡atiende, mira! ¿Está bien vengado?
Montecristo palideció ante tan espantoso espectáculo. Comprendió que acababa de traspasar los derechos de la venganza, que no podía decir más que:
—Dios está por mí y conmigo.

Se arrojó con angustia inexplicable sobre el cuerpo del niño, abrió sus ojos, tocó su pulso, y pasó con él al cuarto de Valentina, que cerró con doble llave.

—¡Hijo mío! —exclamó Villefort—, ¡se lleva el cadáver de mi hijo! ¡Oh!, ¡maldición!, ¡desgracia!, ¡muerte para mí!

Y quiso lanzarse en pos de Montecristo, pero como por un sueño, sintió clavarse sus pies, dilatarse sus ojos hasta salir de las órbitas, encorvarse sus dedos contra la carne del pecho, y hundirse en él gradualmente, hasta que la sangre enrojeció sus uñas. Sintió las venas de las sienes llenarse de espíritus ardientes que pasando hasta la estrecha bóveda del cráneo inundaron su cerebro de un diluvio de fuego.

Tal situación duró algunos minutos, hasta que se completó un trastorno espantoso en su razón.

Entonces profirió un grito seguido de una prolongada carcajada, y se precipitó por las escaleras.

Un cuarto de hora después se abrió la habitación de Valentina y volvió a presentarse el conde de Montecristo.

Pálido, los ojos apagados, el pecho oprimido, todos los rasgos de esta figura extraordinariamente reposada y noble, estaban trastornados por el dolor. Tenía en sus brazos el niño, al cual ningún socorro había bastado para devolverle la vida. Puso una rodilla en tierra y le depositó religiosamente cerca de su madre, con la cabeza colocada sobre su pecho. Luego, levantándose, salió, y se halló con un criado en la escalera.

—¿Dónde está el señor de Villefort? —inquirió.

El criado, sin responder, extendió la mano hacia el jardín.

Montecristo bajó la escalera, se dirigió al sitio designado y vio en medio de sus criados que formaban corro a su alrededor, a Villefort, con una azada en la mano, cavando la tierra con una especie de furor.

—¡No está aquí! —decía—, ¡no está aquí!

Y volvía a cavar en otra parte.

Montecristo se acercó a él, y muy bajo, y con un tono casi humilde le dijo:

—Ha perdido un hijo, pero...

Villefort le interrumpió; ni le había escuchado, ni comprendido.
—¡Oh!, le encontraré —dijo—, ¿están seguros de que no está aquí? Le encontraré, aunque hubiera de buscarle hasta el día del juicio.
Montecristo se retiró horrorizado.
—¡Oh! —dijo—, está loco.
Y como si hubiera creído que las paredes de la casa maldita se desplomaran sobré él, se lanzó a la calle, dudando por primera vez del derecho que pudiera tener para hacer lo que había hecho.
—¡Oh!, basta, basta con esto —dijo—, salvemos lo que queda.
Y entrando en su casa, Montecristo encontró a Morrel, que andaba por la fonda de los Campos Elíseos silencioso como una sombra que espera el momento señalado por Dios para entrar en la tumba.
—Prepárese, Maximiliano —le dijo sonriendo—, mañana saldremos de París.
—¿No tiene nada que hacer? —preguntó Morrel.
—No —respondió Montecristo—, y Dios quiera que no haya hecho demasiado.
Al día siguiente, en efecto, partieron, acompañados de Bautista por toda comitiva. Haydée había llevado a Alí, y Bertuccio quedó con Noirtier.

Capítulo dieciséis:
La partida

Los sucesos que acababan de ocurrir preocupaban a todo París. Manuel y su esposa hablaban de ellos con una sorpresa bien natural en el salón de la calle de Meslay. Enlazaban entre sí las tres catástrofes, tan repentinas como inesperadas, de Morcef, de Danglars y de Villefort.
Maximiliano, que había venido a visitarlos, los escuchaba, o más bien asistía a su conversación, sumido en su acostumbrada insensibilidad.
—En verdad —decía Julia— que podría creerse, Manuel, que toda

esa gente tan rica, tan dichosa ayer, había olvidado en el cálculo sobre el que establecieron su fortuna, su ventura y su consideración, la parte del genio malo, y que este, como las hadas malditas de los cuentos de Perrault, a quienes se deja de convidar a alguna boda o algún bautizo, se ha aparecido de repente para vengarse de un fatal olvido.

—¡Cuántos desastres! —decía Manuel, pensando en Morcef y en Danglars.

—¡Cuántos sufrimientos! —decía Julia, recordando a Valentina, a quien por un instinto de su sexo, no quería mentar delante de su hermano.

—Si es Dios quien les ha castigado —decía Manuel—, es porque Dios, bondad suprema, no ha hallado nada en el pasado de esta gente que merezca la atenuación de la pena, es porque esa gente estaba maldita.

—¿No eres muy temerario en tus juicios, Manuel? —dijo Julia—. Cuando mi padre, con la pistola en la mano, estaba dispuesto a saltarse la tapa de los sesos, si alguien hubiese dicho como tú ahora: “Este hombre ha merecido su pena”, ¿no se habría equivocado?

—Sí; pero Dios no ha permitido que nuestro padre sucumbiera, como no permitió que Abraham sacrificase a su hijo. Al Patriarca, como a nosotros, envió un ángel que cortase en la mitad del camino las alas de la muerte.

No bien acababa de pronunciar estas palabras cuando se oyó el sonido de la campana. Era la señal dada por el conserje de que llegaba una visita. Casi al mismo tiempo se abrió la puerta del salón, y el conde de Montecristo apareció en el umbral. Dos gritos de alegría salieron al mismo tiempo de los dos jóvenes. Maximiliano levantó la cabeza y la dejó caer abatida sobre el pecho.

—Maximiliano —dijo el conde, sin parecer notar las diferentes impresiones que su presencia causaba en los huéspedes—, vengo a buscarlo.

—¿A buscarme? —dijo Morrel, como saliendo de un sueño.

—Sí —dijo Montecristo—; ¿no habíamos convenido en que lo llevaría conmigo, y no le previne ayer que estuviese preparado?

—Aquí estoy —dijo Maximiliano—, había venido a decirles adiós.
—Y ¿dónde va, señor conde? —dijo Julia.
—A Marsella, primero, señora.
—¿A Marsella? —repitieron a la vez ambos jóvenes.
—Sí, y me llevo a su hermano.
—¡Ay!, señor conde —dijo Julia—, devuélvanoslo ya restablecido.
Morrel se volvió para ocultar una viva turbación.
—¿Estaba advertida de que se hallaba malo? —dijo el conde.
—Sí —respondió la joven—, y temo se enoje con nosotros.
—Lo distraeré —siguió el conde.
—Estoy dispuesto —dijo Maximiliano—. ¡Adiós, mis buenos amigos; adiós, Manuel, adiós, Julia!
—¿Cómo, adiós? —exclamó Julia—, ¿se marcha así, de repente, sin preparativos, sin pasaporte?
—Esas son las dilaciones que aumentan el pesar de las separaciones —dijo el conde—, y Maximiliano estoy seguro de que ha debido prevenirse de todo, ya se lo había encargado.
—Tengo mi pasaporte y están hechas las maletas —dijo Morrel con su monótona calma.
—Muy bien —dijo Montecristo sonriéndose—; con esto ha de conocerse la exactitud de un buen soldado.
—¿Y nos deja ahora? —dijo Julia—, ¿al instante?, ¿sin darnos un día?, ¿una hora siquiera?
—Mi carruaje está a la puerta, señora. Es necesario que me halle en Roma dentro de cinco días.
—¡Pero Maximiliano no va a Roma! —dijo Manuel.
—Voy donde quiera el conde llevarme —dijo Morrel con triste sonrisa—, le pertenezco todavía un mes.
—¡Oh, Dios mío!, ¿qué significa eso, señor conde?
—Maximiliano me acompaña —dijo el conde con su persuasiva afabilidad—, tranquilícese sobre su hermano.
—¡Adiós, hermana! —dijo Morrel—, ¡adiós, Manuel!
—Siento una angustia... —dijo Julia—; ¡oh, Maximiliano, Maximiliano!, ¡tú nos ocultas algo!
—¿Vamos? —dijo Montecristo—; lo verá volver alegre, risueño, gozoso.

Maximiliano lanzó a Montecristo una mirada casi desdeñosa, casi irritada.

—¡Partamos! —dijo el conde.

—Antes de que parta, señor conde —dijo Julia—, permítanos decirle todo lo que el otro día...

—Señora —replicó el conde, tomándole ambas manos—, todo lo que me pudiera decir no equivaldría nunca a lo que leo en sus ojos, lo que su corazón ha pensado, lo que el mío ha comprendido. Como los bienhechores de novela, debería haber partido sin volver a verla, pero esta virtud superaba todas mis fuerzas, porque soy hombre débil y vanidoso, porque la mirada húmeda, alegre y tierna de mis semejantes me produce un bien. Ahora parto, y llevo mi egoísmo hasta decirles: No me olviden, amigos míos, porque no me volverán a ver.

—¿No volverlo a ver? —exclamó Manuel, mientras rodaban dos gruesas lágrimas por las mejillas de Julia—. ¡No volver a verlo! ¡Pero no es un hombre, es un dios quien nos deja, y este dios va a subir al cielo después de haberse presentado en la tierra para hacer el bien!

—No digan eso —repuso con vehemencia Montecristo—, no digan eso, amigos míos. Los dioses no hacen jamás el mal. Los dioses se detienen donde quieren detenerse, la casualidad no es más fuerte que ellos, y ellos son por el contrario los que sujetan la suerte. No, yo soy un hombre, Manuel, y su admiración es tan injusta como sus palabras son sacrílegas.

Apretando contra sus labios la mano de Julia, que se precipitó en sus brazos, tendió la otra mano a Manuel. Después, arrancándose de esta casa, dulce nido cuyo huésped era la felicidad, llevó tras sí, con una señal, a Maximiliano, pasivo, insensible y consternado, como lo estaba desde la muerte de Valentina.

—¡Devuelva la alegría a mi hermano! —dijo Julia al oído de Montecristo.

Montecristo le estrechó la mano como lo había hecho once años antes en la escalera que conducía al despacho de Morrel.

—¿Confía siempre en Simbad el Marino? —preguntó sonriendo.

—¡Sí!, ¡sí!

—Pues bien, descanse en la paz y confianza del Señor.

Como hemos dicho, esperaba la silla de posta. Cuatro caballos vigorosos erizaban las crines y golpeaban con impaciencia el pavimento.

Alí estaba esperando abajo con el rostro reluciente de sudor. Parecía llegar de una larga carrera.

—¡Y bien! —le preguntó el conde en árabe—, ¿estuvo en casa del anciano?

Alí hizo señal afirmativa.

—¿Y desplegaste la carta a sus ojos tal como te dije?

—Sí —dijo respetuosamente el esclavo.

—¿Y qué ha dicho, o mejor dicho, qué ha hecho?

Alí se puso a la luz de modo que su señor pudiera verlo, e imitando con su delicada inteligencia la fisonomía del anciano, cerró los ojos como hacía Noirtier cuando quería decir: ¡sí!

—¡Bien!, es que acepta —dijo Montecristo—, ¡partamos!

Apenas había pronunciado esta palabra, cuando ya el carruaje corría y los caballos hacían estremecer el empedrado despidiendo multitud de chispas.

Maximiliano se acomodó en su rincón sin decir una palabra.

Transcurrió media hora. Se detuvo el carruaje repentinamente. El conde acababa de tirar del cordón de seda que estaba sujeto a un dedo de Alí. El nubio bajó y abrió la portezuela.

La noche estaba hermoseada por millares de estrellas. Estaban en lo alto del monte de Villejuif, sobre el plano donde París, como una mar sombrío, agita los millares de luces que parecen olas fosforescentes, olas en efecto, olas más bulliciosas, más apasionadas, más movibles, más furiosas, más áridas que las del océano irritado, olas que no conocen la calma como las del vasto mar, olas que chocan siempre, que espumean siempre, que sepultan siempre...

El conde quedó solo y a una señal de su amo, el carruaje avanzó un trecho.

Entonces estuvo un rato con los brazos cruzados, contemplando la fragua en donde se funden, retuercen y modelan todas las ideas que se lanzan como desde un centro hirviente para correr a agitar el

mundo. Después de posar su mirada sobre aquella Babilonia de poetas religiosos y de fríos materialistas:

—¡Gran ciudad! —exclamó inclinando la cabeza y juntando las manos como para orar—, no hace seis meses que crucé tus umbrales. Creo que el espíritu de Dios me había traído, y que me vuelve triunfante. El secreto de mi presencia en tus muros se lo he confiado al Dios que solamente puede leer en mi corazón. Él solo conoce que me alejo de aquí sin odio ni orgullo, pero no sin recuerdos, solo Él sabe que no he hecho uso ni por mí ni por vanas causas del poder que me había confiado. ¡Oh, gran ciudad!, ¡en su seno palpitante he hallado lo que buscaba; minero incansable, he removido tus entrañas para extraer de ellas el mal; al presente mi obra está cumplida, mi misión terminada; al presente no puedes ofrecerme alegrías ni dolores! ¡Adiós, París, adiós!

Sus ojos se extendieron aún por la vasta llanura como la mirada de un genio nocturno. Después, pasando la mano por la frente, subió al carruaje, que se cerró tras él, y que desapareció bien pronto por el otro lado de la pendiente entre un torbellino de polvo y ruido.

Anduvieron diez leguas sin pronunciar una sola palabra. Morrel dormía, Montecristo lo miraba dormir.

—Morrel —le dijo el conde—, ¿se arrepiente de haberme seguido?

—No, señor conde, pero dejar París... En París es donde Valentina reposa, y perder París es perderla por segunda vez.

—Los amigos que perdemos no reposan en la tierra, Maximiliano —dijo el conde—, están sepultados en nuestro corazón, y es Dios quien lo ha querido así para que siempre nos acompañen. Yo tengo dos amigos que me acompañan siempre también. El uno es el que me ha dado la vida, el otro es el que me ha dado la inteligencia. El espíritu de los dos vive en mí. Les consulto en mis dudas, y si hago algún bien, a sus consejos lo debo. Consulte la voz de su corazón, Morrel, e inquiera de ella si debe continuar poniendo tan mal semblante.

—La voz de mi corazón es muy triste, amigo mío —dijo Maximiliano—, y no me anuncia más que desgracias.

—Es propio de los espíritus débiles el ver todas las cosas a través de un velo. El alma se forma a sí misma sus horizontes. Su alma es

sombría, y le presenta un cielo borrascoso.

—Quizás esto sea cierto —dijo Maximiliano.

Y cayó de nuevo en su estupor.

El viaje se hizo con aquella maravillosa rapidez, que era una de las propensiones del conde. Las ciudades se presentaban como sombras en su camino. Los árboles, sacudidos por los primeros vientos de otoño, parecían ir delante de ellos como gigantes desgreñados, y huían rápidamente cuando eran alcanzados. A la mañana siguiente llegaron a Chalons, donde les esperaba el vapor del conde. Sin perder un instante, el carruaje fue transportado a bordo. Los dos viajeros quedaron embarcados.

El buque estaba cortado de tal modo que parecía una piragua India. Sus dos ruedas parecían dos alas, con las cuales cortaba el agua como un ave viajera. Morrel mismo sentía una especie de desvanecimiento con la celeridad, y a veces el viento, que hacía flotar sus cabellos, parecía disipar por un momento las nubes de su frente.

En cuanto al conde, a medida que se alejaba de París, parecía rodearse como de una aureola con una serenidad casi sobrehumana. Se le hubiera tenido por un desterrado que regresaba a su patria.

Bien pronto Marsella, blanca, erguida, airosa. Marsella, la hermana menor de Tiro y de Cartago, y que las sucedió en el imperio del Mediterráneo. Marsella, más joven cuanto más envejece, se presentó ante sus ojos. Eran para ambos aspectos fecundos en recuerdos, la torre redonda, el fuerte de San Nicolás, la fonda de la ciudad de Puget, el puerto del muelle de ladrillo en donde los dos habían jugado en la niñez.

Así, de común acuerdo, se detuvieron ambos sobre la Cannebière.

Un navío partía para Argel. Los fardos, los pasajeros agolpados sobre el puente, la multitud de parientes, de amigos que se decían adiós, que gritaban y lloraban, espectáculo siempre conmovedor, aun para los que asisten diariamente a él. Este movimiento no pudo distraer a Maximiliano de una idea que se había apoderado de él, desde el instante en que puso el pie sobre el muelle.

—Mire —dijo, tomando por el brazo a Montecristo—, he aquí el

punto donde se detuvo mi padre cuando El Faraón entró en el puerto. Aquí el bravo, a quien salvó de la muerte y del deshonor, se arrojó a mis brazos; siento aún la impresión de sus lágrimas sobre mi rostro, y no lloraba solo, mucha gente lloraba al vernos.

Montecristo sonrió.

—Allí estaba yo —dijo, mostrando a Morrel el ángulo de una calle.

Al decir esto, y en la dirección que indicaba el conde, se oyó un gemido doloroso, y se vio a una mujer que hacía una señal a un pasajero del navío que partía. Esta mujer estaba cubierta con un velo. Montecristo la siguió con los ojos con tal emoción que Morrel habría visto fácilmente si no hubiese tenido los ojos fijos sobre el navío, en dirección opuesta a aquella en que miraba el conde.

—¡Oh!, ¡Dios mío! —exclamó Morrel—; no me equivoco, ese joven que saluda con el sombrero, ese joven de uniforme, con una charretera de subteniente, ¡es Alberto de Morcef!

—Sí —dijo Montecristo—; lo había conocido.

—¿Cómo?, ¡si mira al lado opuesto!

El conde sonrió, como hacía cuando no quería responder. Y sus ojos se dirigieron a la mujer embozada, que desapareció a la vuelta de la calle. Entonces se volvió.

—Querido amigo —dijo Montecristo—, ¿no tiene nada que hacer en este lugar?

—Tengo que llorar sobre la tumba.

—Está bien. Vaya y espéreme allá abajo, me reuniré con usted.

—¿Me deja?

—Sí..., tengo también una piadosa visita que hacer.

Morrel dejó caer la mano sobre la que le tendía el conde. Después, con un movimiento de cabeza, cuya melancolía sería imposible describir, lo dejó y se dirigió al Este de la ciudad.

El conde dejó alejarse a Maximiliano, permaneciendo en el mismo sitio hasta que desapareció. Se dirigió luego hacia las alamedas de Meillán, a fin de hallar la casita que al principio de esta historia ha debido hacerse familiar a nuestros lectores.

Se levanta aún a la sombra de la gran alameda de tilos, que sirve de paseo a los marselleses ociosos, tapizada de extensos vástagos de parra que crecen sobre la piedra amarilla por el ardiente sol del

mediodía, con sus brazos ennegrecidos y descarnados por la edad. Dos filas de piedras gastadas por el roce de los pies conducían a la puerta de entrada, puerta formada de tres planchas, que nunca, a pesar de su separación anual, habían reconocido pintura alguna, y esperaban pacientemente que la humedad las reuniese.

Esta casa, encantadora a pesar de su vejez, risueña, a pesar de su mísera apariencia, era la misma que habitaba en otro tiempo el padre de Dantés. El anciano habitaba solo el piso superior, y el conde había puesto toda la casa a disposición de Mercedes.

Allí entró la mujer de largo velo que Montecristo había visto alejarse del navío que zarpaba, cerrando la puerta en el momento mismo en que él doblaba la esquina, de manera que la vio desaparecer en el momento de encontrarla. Para él todos los pasos eran desde antiguo conocidos. Sabía mejor que nadie abrir aquella puerta, cuyo pestillo interior se levantaba con un clavo largo. Así entró, sin llamar, sin el menor aviso, como un amigo, como un huésped. Al fin de un sendero enladrillado se veía, rico de luz y de colores, un pequeño jardín, el mismo donde, en el plazo designado, Mercedes había hallado la suma, cuyo depósito el conde con su delicadeza le había hecho creer que estaba enterrada hacía veinticuatro años. Desde el umbral de la puerta de la calle se distinguían los primeros árboles del jardín.

Al entrar el conde de Montecristo percibió un suspiro parecido a una queja. Este suspiro atrajo su mirada, y sobre un banco coronado de jazmines de Virginia de follaje espeso y de largas flores purpúreas, vio sentada a Mercedes inclinada y llorando.

Había levantado su velo, y la faz del cielo, el rostro oculto entre las manos, dando curso a sus suspiros y sollozos, por tanto tiempo contenidos en presencia de su hijo. El conde avanzó unos pasos, y pudieron oírse sus pisadas. Mercedes levantó la cabeza y lanzó un grito de espanto al ver a un hombre ante sí.

—Señora —dijo Montecristo—, no está en mí poder traerle la ventura, pero le ofrezco un consuelo. ¿Se dignará aceptarlo como de un amigo?

—Soy, en efecto, muy desventurada —respondió Mercedes—, sola en el mundo..., no tenía más que un hijo y me ha dejado.

—Ha hecho bien, señora —replicó el conde—, y tiene un noble corazón. Ha comprendido que todo hombre debe un tributo a la patria. Unos su talento, otros su industria, estos sus vigilias, aquellos su sangre. Permaneciendo a su lado, habría consumido una vida inútil. No habría podido acostumbrarse a sus dolores. Se hubiera hecho ocioso por indolencia. Se hará grande y fuerte luchando contra su adversidad, que cambiará en fortuna. Déjele reconstituir su porvenir para los dos, señora. Me atrevo a asegurar que está en manos seguras.

—¡Oh! —dijo la mujer, moviendo tristemente la cabeza—, esta fortuna de la que me habla, y que ruego a Dios le conceda desde el fondo de mi alma, no la gozaré yo. Han fracasado tantas cosas en mí y a mi alrededor, que me siento cerca de la tumba. Ha hecho bien, señor conde, en traerme al punto donde era dichosa; donde una ha sido dichosa debe morir.

—¡Ay! —dijo el conde—, todas sus palabras, señora, caen amargas y abrasadoras sobre mi corazón, tanto más amargas y abrasadoras cuanto que usted tiene razón para odiarme. He causado todos sus males, no me llore en vez de acusarme. Me haría aún más desdichado.

—¿Odiarlo, acusarlo a usted, Edmundo? ¿Odiar, acusar al hombre que salvó la vida de mi hijo, porque era su intención fatal y sangrienta, no es verdad? ¿Matar al señor de Morcef, el hijo de que estaba tan orgullosa? ¡Oh!, míreme, y verá si hay en mí la apariencia de una reconvención.

El conde levantó la mirada y la posó en Mercedes, que medio en pie, extendía sus dos manos hacia él.

—¡Oh!, míreme —continuó, con un sentimiento de profunda melancolía—, puede resistirse hoy el brillo de mis ojos; no es este el tiempo en que yo venía a sonreír a Edmundo Dantés, que me esperaba allá arriba, en la ventana del tejado, bajo la cual habitaba su anciano padre... Desde entonces, cuántos días dolorosos han pasado abriendo un abismo de pesares entre él y yo. ¡Acusarlo, Edmundo, odiarlo, amigo mío, no! A mí es a quien acuso y odio. ¡Oh!, ¡miserable de mí! —exclamó juntando las manos y levantando los ojos al cielo—. He sido castigada... Tenía religión, inocencia,

amor, estas tres venturas de los ángeles, y, miserable de mí, dudo de Dios.

Montecristo dio un paso hacia ella, y le tendió la mano en silencio.

—No —dijo ella, retirando suavemente la suya—, no, amigo mío, no me toque. Me ha perdonado, y sin embargo, de todos aquellos a quienes ha herido, yo era la más culpable. Todos los demás han obrado por odio, por codicia, por egoísmo; yo, por maldad. Ellos deseaban, yo he tenido miedo. No, no estreche mi mano, Edmundo; medita alguna palabra afectuosa, lo siento, no la diga, guárdela para otra, ¡yo no soy digna, yo...! Mire —descubrió de repente su rostro —, vea, la desgracia ha puesto mis cabellos grises. Mis ojos han vertido tantas lágrimas que están rodeados de venas violáceas, mi frente se arruga. Usted, por el contrario, Edmundo, usted es siempre joven, siempre hermoso, siempre altivo. Es que ha tenido fe, es que ha tenido fuerza, es que ha descansado en Dios, y Dios lo ha sostenido. Yo he sido malvada; he renegado, Dios me ha abandonado y aquí ve el resultado.

Mercedes rompió en lágrimas. El corazón de la mujer se despedazaba al choque de los recuerdos. Montecristo asió su mano, y la besó respetuosamente, pero Mercedes notó que este beso carecía de ardor, como el que el conde pudiera haber estampado en la mano de mármol de la estatua de una santa.

—Hay —continuó— existencias predestinadas, cuya primera falta destroza todo su porvenir. Lo creía muerto, ¡y debería haber muerto yo también!, porque ¿para qué ha servido que yo llevase eternamente su duelo en mi corazón?, para convertir a una mujer de treinta y nueve años en una mujer de cincuenta. He aquí todo. ¿De qué sirve que sola entre todos, habiéndolo reconocido, haya salvado únicamente a mi hijo? ¿No debía también salvar al hombre, por culpable que fuese, a quien había aceptado por esposo? No obstante, lo he dejado morir, ¿qué digo? ¡Dios mío! ¡He contribuido a su muerte con mi torpe insensibilidad, con mi desprecio, no recordando, no queriendo recordar que por mí se hizo traidor y perjuro! ¿De qué sirve en fin que haya acompañado a mi hijo hasta aquí, cuando aquí lo abandono, cuando aquí lo dejo partir solo, cuando lo entrego a la devoradora tierra de África? ¡Oh!, he sido

malvada, ¡se lo aseguro!, he renegado de mi amor, y como los renegados, comunico la desgracia a cuanto me rodea.

—No, Mercedes —dijo Montecristo—, no; tenga mejor opinión de usted misma. No, usted es una noble y santa mujer, y me había desarmado con su dolor; pero tras de mí, invisible, desconocido, irritado, estaba Dios, de quien yo no era más que mandatario, y que no ha querido contener el rayo que yo mismo había arrojado. ¡Oh!, juro ante el Dios a cuyos pies hace diez años me prosterno diariamente, juro a Dios que le había hecho el sacrificio de mi vida, y con mi vida, de los proyectos a ella encadenados. Pero lo digo con orgullo, Mercedes, Dios tenía necesidad de mí, y he vivido. Examine el pasado y el presente, trate de adivinar el porvenir, y vea que soy el instrumento del Señor. Las más terribles desventuras, los más crueles sufrimientos, el abandono de todos los que me amaban, la persecución de los que no me conocen, he aquí la primera parte de mi vida. Luego, inmediatamente después, el cautiverio, la soledad, la miseria. Después el aire, la libertad, una fortuna tan brillante, tan fastuosa, tan desmesurada, que a no ser ciego he debido pensar que Dios me la enviaba en sus grandes designios. Tal fortuna me pareció un sacerdocio, y no hubo un pensamiento en mí para esta vida, de que usted, pobre mujer, usted ha acaso saboreado la dulzura; ni una hora de calma, ni una sola, me sentía lanzado como la nube de fuego, pasando desde el cielo a abrasar las ciudades malditas. Como los aventureros capitanes que se embarcan para un viaje peligroso, para una osada expedición, preparé víveres, cargué las armas, reuní los medios de ataque y defensa, habituando mi cuerpo a los ejercicios más violentos, mi alma a las cosas más rudas, ejercitando mi brazo en dar muerte, mis ojos en ver sufrir, mis labios a la sonrisa ante los aspectos más terribles. De bueno, confiado y olvidadizo que era, me hice vengativo, disimulado, perverso, o más bien impasible como la sorda y ciega fatalidad. Entonces me arrojé por el sendero que me estaba abierto, franqueé el espacio, llegué al término. ¡Horror para los que he hallado en mi camino!

—¡Basta! —dijo Mercedes—, ¡basta, Edmundo! Crea que la única que ha podido reconocerlo, solo ella ha podido también

comprenderlo. ¡Oh, Edmundo!, ¡la que ha sabido reconocerlo, la que ha podido comprenderlo, esta, aunque la hubiese encontrado en su camino y la hubiese estrellado como un vaso, esta ha debido admirarlo, Edmundo! Como hay un abismo entre mí y el pasado, hay un abismo entre usted y los demás hombres; y mi más dolorosa tortura, se lo digo, es la de comparar, porque no hay nada en el mundo que equivalga a usted, que a usted se asemeje. Ahora dígame adiós, y separémonos, Edmundo.

—Antes de que la deje, ¿qué es lo que desea, Mercedes? —inquirió Montecristo.

—No deseo más que una cosa, Edmundo: que mi hijo sea dichoso.

—Ruegue al Señor, que tiene la existencia de los hombres entre sus manos, que aleje de él la muerte, yo me encargo de lo demás.

—Gracias, Edmundo.

—¿Pero usted, Mercedes?

—¡Yo! No tengo necesidad de nada, vivo entre dos tumbas: una de Edmundo Dantés, muerto hace bastante tiempo; ¡lo amaba! Esta palabra no sienta bien a mi labio helado, pero mi corazón recuerda constantemente, y por nada del mundo querría borrar de él este recuerdo. La otra es la de un hombre muerto por Edmundo Dantés. Aplaudo al matador, pero debo rogar por el muerto.

—Su hijo será dichoso, señora —repitió el conde.

—Entonces seré tan dichosa como puedo llegar a ser —aseguró Mercedes.

—Pero..., en fin..., ¿qué hará?

Mercedes sonrió tristemente.

—Decirle que viviré en este país como la Mercedes de otro tiempo, es decir, trabajando, no lo creerá. No sé más que orar, pero no necesito trabajar. El pequeño tesoro por usted escondido ha sido hallado en el lugar que designó. Se indagará quién soy, se preguntará qué hago, se indagará cómo vivo. ¿Qué importa?? Es un asunto guardado entre Dios, usted y yo.

—Mercedes —dijo el conde—, no le hago una reconvención, pero ha exagerado el sacrificio abandonando la fortuna acumulada por el señor Morcef, y cuya mitad correspondía de derecho a su economía y desvelos.

—Comprendo lo que va a proponerme, pero no puedo aceptar, Edmundo; mi hijo me lo prohibiría.

—Así me guardaré bien de hacer nada por usted que no merezca la aprobación del señor Alberto de Morcef. Sabré sus intenciones y me someteré a ellas. Pero si acepta lo que deseo hacer, ¿le imitará sin repugnancia?

—Ya sabe, Edmundo, que no soy una criatura pensadora. Resolución no la hay en mí más que para no determinarme nunca. Dios me ha atormentado tanto en sus borrascas, que he perdido la voluntad. Me hallo entre sus manos como una avecilla en las garras del águila. No quiere que muera, puesto que vivo. Si me envía auxilio, es porque querrá, y yo lo recibiré.

—¡Piense, señora —dijo Montecristo—, que no es así como se adora a Dios! Dios quiere que se le comprenda y que se le discuta su poder. Por esto nos ha dado el libre albedrío.

—¡Desventurado! —exclamó Mercedes—, no me hable así. Si yo creyese que Dios me ha dado el libre albedrío, ¿qué me quedaba para librarme de la desesperación?

El conde palideció ligeramente, y bajó la cabeza, agobiado por la vehemencia de este dolor.

—¿No quiere decirme hasta la vuelta? —exclamó, tendiéndole la mano.

—Sí, Edmundo, le digo hasta la vuelta —replicó Mercedes señalando hacia el cielo con ademán solemne—; esto es probarle que espero todavía.

Y después de tocar la mano del conde con la suya temblorosa, Mercedes descendió apresuradamente la escalera, y desapareció a los ojos de Edmundo.

Montecristo salió entonces lentamente de la casa y tomó el camino del puerto. Pero Mercedes no le vio alejarse, aunque se hallaba ante la ventana de la habitación del padre de Dantés. Sus ojos buscaban a lo lejos el buque que llevaba a su hijo por los vastos mares. Verdad es, sin embargo, que su voz, a pesar suyo, murmuró muy quedo:

—¡Edmundo! ¡Edmundo! ¡Edmundo!

Capítulo diecisiete:
Lo pasado

Edmundo salió con el alma acongojada de aquella casa, en la que dejaba a Mercedes para no volverla a ver jamás, según todas las probabilidades.

Desde la muerte del pequeño Eduardo, se había operado una gran transformación en el conde de Montecristo. Llegado a la cima de su venganza por la pendiente lenta y tortuosa que había seguido, se encontraba al otro lado de la montaña con el abismo de la duda.

Había más. La conversación que acababa de tener con Mercedes había despertado tantos recuerdos en su corazón, que en sí mismos necesitaban ser combatidos.

Un hombre del temple del conde de Montecristo no podía estar mucho tiempo sumergido en la melancolía que suele reinar en las almas vulgares, dándoles una originalidad aparente, pero que aniquila las almas superiores. El conde se decía que para que llegase a vituperarse él mismo era bastante el que se introdujese un error en sus cálculos.

—Miro mal lo pasado —dijo—, y no puedo haberme equivocado así. ¡Cómo! —continuó—, ¡el objeto que me había propuesto sería un objeto insensato! ¡Cómo!, ¡habría andado un camino equivocado por espacio de diez años! ¡Cómo!, ¡una hora bastaría para probar al arquitecto que la obra de todas sus esperanzas era, si no imposible, al menos sacrílega!

»No quiero habituarme a esta idea, me volvería loco. Lo que falta a mis razonamientos de hoy es la apreciación exacta de lo pasado, porque veo este pasado del otro lado del horizonte. En efecto, a medida que se avanza, lo pasado, parecido al paisaje a cuyo través se marcha, se borra a medida que nos alejamos. Me ocurre lo que a los que se hieren durmiendo, ven y sienten la herida, y no recuerdan haberla recibido.

»¡Ea, pues, hombre degenerado! ¡Ea, rico extravagante! ¡Ea, usted que duerme despierto! ¡Ea, visionario omnipotente! ¡Ea, millonario invencible!, recuerda por un instante la funesta perspectiva de tu

vida miserable y hambrienta. Repasa los caminos por donde la fatalidad te ha lanzado, o la desgracia te ha conducido, o la desesperación te ha recibido. Bastantes diamantes, oro y ventura brillan hoy en los cristales del espejo en donde Montecristo mira a Dantés. Oculta esos diamantes, pisa ese oro, borra esos rayos. Rico, vuelve a hallar al pobre; libre, vuelve a encontrar al preso; resucitado, vuelve a reconocer al cadáver.

Y diciéndose a sí mismo todas estas cosas, Montecristo seguía por la calle de la Caissierie. Era la misma por donde hacía veinticuatro años había sido llevado por una guardia silenciosa y nocturna; sus casas, de un aspecto risueño, estaban aquella noche sombrías, silenciosas y cerradas.

—No obstante, son las mismas —murmuró Montecristo—, solo que entonces era de noche; hoy es de día, el sol lo alumbra todo y llena de alegría.

Descendió al muelle por la calle de Saint Laurent, y avanzó hacia la Consigna, punto del puerto en donde había embarcado. Distinguió un barco de paseo, y Montecristo llamó al patrón, quien se dirigió al punto hacia él.

El tiempo era magnífico, el viaje fue una fiesta. El sol descendía hacia el horizonte, rojo y resplandeciente, y se dibujaba entre las olas. La mar, tersa como un espejo, se rizaba a veces con el movimiento de los peces, que perseguidos por algún enemigo oculto, salían fuera del agua en busca de otro elemento. En fin, por el horizonte se veían pasar blancas y graciosas, como mudas viajeras, las barcas de los pescadores que van a las Martigues, o los buques mercantes cargados para Córcega o para España.

A pesar de tan hermoso cielo, de las barcas de graciosos contornos, de los dorados rayos que inundaban el paisaje, el conde, envuelto en su capa, recordaba uno por uno todos los pormenores del terrible viaje. La luz única y aislada que alumbraba a los Catalanes, la vista del castillo de If, que le reveló dónde se le llevaba; la lucha con los gendarmes cuando quiso arrojarse al mar, su desesperación cuando se sintió vencido, y la fría sensación de la boca del cañón de la carabina, apoyada sobre su sien como un anillo de hierro. Y poco a poco, como las fuentes secadas por el

estío, cuando se amontonan las nubes del otoño, que se humedecen paulatinamente y comienzan a caer gota a gota, el conde de Montecristo sintió igualmente caer sobre su pecho la antigua hiel extravasada que había otras veces inundado el corazón de Edmundo Dantés.

Para él no hubo desde entonces nada de bello cielo, de barcas graciosas, de luz ardiente. El cielo se cubrió de un fúnebre crespón, y la aparición de la negra y gigantesca mole del castillo de If le hizo estremecerse, como si se le hubiese aparecido de repente el fantasma de un enemigo mortal.

Llegaron. Instintivamente el conde retrocedió hasta la extremidad de la barca. El patrón creyó deber decirle con la voz más cariñosa:

—Hemos llegado, señor.

Montecristo recordó que en aquel mismo punto, sobre la misma roca, había sido violentamente arrastrado por sus guardias, y que se le había obligado a subir aquella pendiente con la punta de una bayoneta.

El camino le había parecido en otro tiempo muy largo a Dantés. Montecristo lo encontraba muy corto. Cada golpe de remo le había hecho brotar, con la húmeda espuma del mar, un millar de pensamientos y recuerdos. Desde la revolución de julio no había prisioneros en el castillo de If. Un puesto destinado a impedir el contrabando ocupaba solo sus cuerpos de guardia. A la puerta del castillo se hallaba un conserje aguardando a los curiosos para mostrarles aquel monumento de terror, convertido en un monumento de curiosidad. Y no obstante, aunque enterado de todos esos pormenores, cuando entró bajo su bóveda, cuando bajó la negra escalera, cuando fue conducido a los calabozos que deseaba ver, una palidez mortal cubrió su frente, y un sudor helado refluyó hasta su corazón.

El conde preguntó si quedaba algún antiguo carcelero del tiempo de la Restauración. Todos habían sido despedidos, o habían pasado a ocupar otros puestos.

El conserje que le guiaba estaba solo desde 1830. Fue conducido a su propio calabozo.

Vio la luz opaca del día entrar por el estrecho ventanuco. El sitio

donde estaba su lecho, sacado después, y detrás, aunque cerrada, visible aún por su piedra más nueva, la abertura hecha por el abate Faria.

Montecristo sintió debilitarse sus piernas. Tomó un asiento de madera y se sentó.

—¿Se refieren algunas historias de este castillo, a más de la prisión de Mirabeau? —preguntó el conde—, ¿hay alguna tradición en esta mansión lúgubre que haga creer que los hombres han encerrado en ella algún viviente?

—Sí, señor —dijo el conserje—, y de este mismo calabozo me ha transmitido una el carcelero Antonio.

El conde se estremeció. Ese carcelero Antonio era el suyo. Había casi olvidado su nombre y su fisonomía. Pero al oírle nombrar, le recordó tal cual era, con su poblada barba, su ropa parda y su manojo de llaves, de las que le parecía oír aún el ruido.

Montecristo se volvió y creyó verlo en la sombra del corredor, muy oscuro a pesar de la luz de la antorcha que ardía en las manos del conserje.

—¿Quiere que se la cuente? —preguntó el conserje.

—Sí —contestó el conde—, empiece.

Y puso la mano sobre su corazón, para comprimir un violento latido y conmovido al oír contar su propia historia.

—Diga —repitió.

—Este calabozo —repuso el conserje— estaba ocupado hace mucho tiempo por un prisionero, hombre muy peligroso, a lo que parece, y tanto más cuanto que era industrioso e inteligente. Otro ocupaba este castillo al mismo tiempo que él. Este no era malvado, era un pobre sacerdote loco.

—¡Ah!, sí, loco —repitió el conde—, ¿y cuál fue su locura?

—Ofrecía millones a cambio de la libertad.

Montecristo levantó los ojos al cielo, pero no lo veía. Existía una barrera impenetrable entre él y el firmamento. Pensó en que había mediado otra no menos espesa entre los ojos de aquellos a quienes había ofrecido el abate Faria sus tesoros, y entre estos mismos tesoros ofrecidos.

—¿Podían verse unos a otros? —preguntó Montecristo.

—¡Oh!, no, señor; estaba rigurosamente prohibido. Pero burlaron esta prohibición abriendo una galería de un calabozo a otro.

—¿Y quién de los dos abrió esa galería?

—¡Oh!, fue ciertamente el joven —dijo el conserje—, el joven era diestro y fuerte, mientras el abate era viejo y débil, y su inteligencia era además demasiado vacilante para seguir una idea.

—¡Ciegos! —murmuró Montecristo.

—El joven abrió, pues, la galería. ¿Con qué?, se ignora, pero la abrió, y la prueba es que pueden observarse aún las señales. Mire, ¿lo ve?

Y acercó la antorcha a la muralla.

—¡Ah!, sí, ciertamente —dijo el conde con una voz fuertemente conmovida.

—Resulta que los presos se comunicaron. ¿Cuánto duró esta comunicación? No se sabe. Un día, el preso viejo cayó enfermo y murió. Adivine lo que hizo el joven —dijo el conserje interrumpiéndose.

—Diga.

—Cogió el cadáver, y lo puso encima de su propio lecho, la nariz hacia la muralla. Después volvió al calabozo vacío, abrió el agujero, y se metió en el saco mortuorio. ¿Ha visto nunca una idea semejante?

Montecristo cerró los ojos, y se sintió agitado por todas las impresiones que había experimentado, cuando la tela grosera del frío cadáver le tocó y le rozó con su semblante.

El carcelero prosiguió:

—Vea, vea aquí su proyecto. Creía que se enterraban los cadáveres en el castillo de If, y como dudaba mucho de que se hicieran gastos de funeral para los presos, contó con levantar la tierra con sus espaldas, pero había por desgracia una costumbre que frustró su intento. No se enterraba a los muertos, se les ataba una piedra a los pies y se les arrojaba al mar, y esto es lo que se hizo. Nuestro hombre fue lanzado al agua desde lo alto de la galería. Al día siguiente se halló el verdadero cadáver en su lecho, y se descubrió todo, porque los sepultureros dijeron entonces lo que antes no habían osado decir. Que en el momento de lanzar el

cuerpo oyeron un grito terrible, ahogado en el instante mismo por el agua en la cual fue a desaparecer.

Montecristo respiraba fatigosamente. El sudor cubría su rostro. La angustia oprimía su corazón.

—¡No! —murmuró—, ¡no!, la duda que he experimentado era un principio de olvido, pero el corazón se abre de nuevo, y vuelve a estar sediento de venganza.

—¿Y el preso? —preguntó ansioso—. ¿Se ha vuelto a oír hablar de él?

—Jamás. Se cree una de dos cosas, o que murió en el acto, o que se ahogó en el mar.

—Dice que se le ató una bala a los pies. Caería derecho.

—Caería tal vez así —repuso el conserje—, y el peso de la bala le llevaría al fondo, en donde debió de quedar el pobre hombre.

—¿Le llora?

—Por mi vida que sí, aunque estuviese así en su elemento.

—¿Qué quiere decir?

—Que por aquel entonces se decía que aquel desgraciado había sido en su tiempo oficial de marina detenido por bonapartista.

—¡Cierto! —murmuró Montecristo—. Dios lo ha hecho para sobrenadar en las aguas y en las llamas.

Así el pobre marino vio en sus recuerdos algunos contornos de la historia que se refería sin duda en el hogar doméstico, estremeciéndose tal vez con la consideración de que había hendido el espacio para sepultarse en lo profundo de los mares.

—¿No se supo nunca su nombre? —preguntó el conde en voz alta.

—¡Oh!, no —dijo el conserje—. No era conocido más que por el número treinta y cuatro.

—¡Villefort! ¡Villefort! —murmuró Montecristo—, he aquí lo que hartas veces has debido decirte cuando mi espectro causaba tus insomnios.

—¿Quiere continuar la visita? —preguntó el conserje.

—Sí; sobre todo, si tiene la bondad de mostrarme la morada del pobre abate.

—¡Ah! El número veintisiete.

—Sí, veintisiete —repitió Montecristo.

Y le parecía oír aún la voz del abate Faria, cuando le pedía su nombre, diciéndole aquel número a través de la muralla.

—Venga.

—Espere —dijo Montecristo— que eche la mirada sobre todas los rincones de este calabozo.

—Bueno —dijo el guía—, ahora resulta que he olvidado la llave del otro.

—Vaya a buscarla.

—Le dejo la antorcha.

—No; llévesela.

—Pero se va a quedar a oscuras.

—Es que puedo ver en medio de la oscuridad.

—¡Lo mismo que él!

—¿Que quién?

—El número treinta y cuatro. Se dice que estaba tan habituado a la oscuridad, que hubiera distinguido una espina en lo más oscuro del calabozo.

—Necesitó diez años para llegar a tal estado —murmuró el conde.

El guía se alejó, llevándose la antorcha.

El conde había dicho la verdad. Apenas estuvo algunos segundos en la oscuridad, cuando ya lo distinguía todo como en medio del día. Entonces miró a su alrededor y reconoció palpablemente su calabozo.

—Sí —dijo—, ¡he aquí la piedra donde me sentaba, he aquí señaladas mis espaldas en el muro! ¡He aquí el rastro de la sangre que corrió de mi frente el día que quise romperla contra la pared! ¡Oh!, estos caracteres..., los recuerdo..., los escribí un día que calculaba la edad de mi padre para ver si lo volvería a encontrar vivo, y la edad de Mercedes para ver si la encontraría libre... Tuve un momento de esperanza después de efectuar el cálculo... ¡No tenía en cuenta el hambre y la infidelidad!

Y una amarga sonrisa se escapó de la boca del conde. Acababa de ver, como en un sueño, a su padre llevado a la tumba... ¡A Mercedes caminando hacia el altar!

En la otra pared atrajo su mirada una inscripción. Se veía aún, en el verdoso muro.

—DIOS MÍO —leyó Montecristo—, ¡CONSÉRVAME LA MEMORIA!

“¡Oh!, sí —exclamó—; he ahí la última plegaria de mis últimos tiempos. No pedía la libertad, pedía la memoria, temiendo volverme loco y olvidar. Dios mío, me has conservado la memoria, y todo lo recuerdo ahora, ¡gracias, gracias, Dios mío!”.

En este momento la luz de la antorcha reflejó en el muro. Era el guía que bajaba.

El conde salió a su encuentro.

—Sígame —dijo, y sin necesidad de la luz del día, le hizo seguir un corredor subterráneo que conducía a otra entrada.

Aún allí fue asaltado Montecristo por un torbellino de pensamientos.

Lo primero que vio fue el meridiano trazado en la muralla, con cuyo auxilio sabía las horas el abate Faria. Luego, los restos del lecho en que murió el pobre preso.

Al verlo, en vez de la angustia que el conde había experimentado en el calabozo, abrió su corazón a un sentimiento dulce y tierno, un sentimiento de gratitud, y las lágrimas saltaron de sus ojos.

—Aquí es —dijo el guía— donde estaba el abate loco, por allí venía a encontrarlo el joven —y señaló a Montecristo la abertura de la galería aún no cerrada—. Por el color de la piedra —prosiguió— ha reconocido un sabio que debía de hacer diez años poco más o menos que los dos presos se comunicaban en estos sitios. ¡Pobre gente, cuánto debieron de aburrirse en diez años!

Dantés sacó algunos luises de su bolsillo y tendió la mano hacia el hombre que por segunda vez le compadecía sin conocerlo.

El conserje los recibió, creyendo que eran algunas monedas de poco valor, pero a la luz de la antorcha, se dio cuenta de la suma que se le entregaba.

—Señor —le dijo—, se ha equivocado.

—¿En qué?

—Es oro lo que me da.

—Ya lo sé.

—¡Cómo! ¿Lo sabe?

—Sí.

—¿Tenía la intención de darme este oro?

—Sí.
—¿Y puedo guardármelo sin recelo alguno?
El conserje contempló lleno de admiración a Montecristo.
—¡Y honrosamente! —dijo el conde, como Hamlet.
—Señor —repuso el conserje, no atreviéndose a creer en su suerte —, señor, no comprendo su generosidad.
—Es fácil de comprender sin embargo —dijo el conde—. He sido marino, y su historia me ha conmovido extraordinariamente.
—Entonces, señor —dijo el guía—, puesto que es tan generoso, merece que le ofrezca yo alguna cosa.
—¿Qué tiene que ofrecerme, amigo mío? ¿Conchas, obras de paja?, gracias.
—No, señor, no. Alguna cosa que se refiere a la historia presente.
—¿De veras? —exclamó el conde—, ¿y qué es ello?
—Escuche —dijo el conserje—, he aquí lo que pasó. Dije para mí, siempre se descubre algo en una morada ocupada diez años por un preso, y me puse a registrarlo todo; observé que sonaba a hueco debajo del lecho y en el hogar de la chimenea.
—Sí —dijo el conde—, sí.
—Levanté las piedras, y hallé...
—Una escala de cuerda, herramientas —exclamó el conde Montecristo.
—¿Cómo sabe eso? —preguntó el conserje, sorprendido.
—No lo sé, lo adivino —dijo el conde—, son cosas que se hallan ordinariamente en los escondrijos de los presos.
—Sí, señor, sí —dijo el guía—, una escala de cuerda y herramientas.
—¿Y las tiene aún? —exclamó Montecristo.
—No, señor; vendí estos diferentes objetos, que eran muy curiosos a los visitantes, pero me queda otra cosa.
—¿Qué? —preguntó el conde con impaciencia.
—Me queda una especie de libro escrito sobre tiras de tela.
—¡Oh! —exclamó el conde—, ¿conserva ese libro?
—No sé si es un libro —dijo el conserje—, pero me queda lo que le digo.
—Ve a buscármelo, amigo mío, ve —dijo Montecristo—, y si es lo

que presumo, estate tranquilo.

—Voy, señor.

Y el guía salió.

Edmundo fue a arrodillarse piadosamente ante los restos del lecho que la muerte había convertido para él en altar.

—¡Oh!, mi segundo padre —dijo—, tú que me diste libertad, ciencia, riqueza; tú, que parecido a las criaturas de una especie superior a la nuestra, tenías la ciencia del bien y del mal, si en el fondo de la tumba queda de nosotros alguna cosa que se levante a la voz de los que moran sobre la tierra, si en la transformación que sufre el cadáver alguna cosa animada flota en los lugares en donde hemos amado o sufrido mucho, noble corazón, espíritu supremo, alma profunda, con una palabra, con un signo, con una revelación cualquiera, líbrame, lo ruego, en nombre del amor paternal que me dispensabas, y del respeto filial que te profesé, del resto de duda, que vendrá a ser un remordimiento si no se cambia en mí en convicción.

Montecristo bajó la cabeza y juntó las manos.

—Vea, señor —le dijo una voz a sus espaldas.

El conde tembló y se volvió.

El conserje le entregó las tiras de tela en donde el abate Faria había depositado todos los tesoros de su ciencia. Este manuscrito era la gran obra del abate Faria sobre el reino de Italia.

El conde se apoderó de él con presteza, y sus ojos, mirando el epígrafe, leyeron:

“Arrancarás los dientes al dragón, y pisotearás los leones, ha dicho el Señor”.

—¡Ah! —exclamó—, ¡he aquí la respuesta! ¡Gracias, padre mío, gracias!

Y sacando del bolsillo una cartera que contenía diez billetes de banco de mil francos cada uno:

—Tómala —dijo al conserje.

—¿Me la da?

—Sí, pero a condición de que no la mirarás hasta que yo haya partido.

Y guardando en el pecho la reliquia que acababa de encontrar, y

que para él equivalía al más preciado tesoro, salió del subterráneo y subió a la barca.

—¡A Marsella! —dijo.

Luego, alejándose, con los ojos fijos en la sombría prisión:

—¡Horror! —dijo—, ¡para los que me encerraron en ella, y para los que han olvidado que en ella estuve!

Al pasar otra vez por los Catalanes, el conde se volvió, y envolviendo la cabeza en la capa, murmuró el nombre de una mujer.

La victoria era completa. Montecristo había vencido la duda por dos veces.

Ese nombre, que pronunció con una expresión de ternura que era casi amor, era el nombre de Haydée.

Al poner el pie en tierra, el conde se dirigió al cementerio, seguro de encontrar a Morrel.

También él, diez años antes, había buscado piadosamente una tumba en el cementerio, y la había buscado inútilmente. Volviendo a Francia con millones, no había podido encontrar la tumba de su padre, muerto de hambre. Morrel mandó poner en ella una cruz, pero esta cruz se cayó y el enterrador la quemó, como hacen todos ellos, encendiendo lumbre en el cementerio. El honrado naviero había sido más afortunado. Muerto en brazos de sus hijos, fue llevado por ellos a enterrar cerca de su mujer, dos años antes entrada en la eternidad. Dos largas losas de mármol, con sus nombres inscritos en ellas, estaban extendidas, una al lado de otra, en un pequeño recinto, rodeado por una balaustrada de hierro, y sombreado por cuatro cipreses.

Maximiliano se apoyaba en uno de estos árboles, y tenía clavados sus ojos inciertos sobre las dos tumbas.

Su dolor era profundo, casi lo trastornaba.

—Maximiliano —le dijo el conde—, no es ahí donde se debe mirar, sino allí.

Y le señaló el cielo.

—Los muertos se encuentran en todas partes —dijo Morrel—, ¿no me lo dijo al hacerme abandonar París?

—Maximiliano —dijo el conde—, me pidió durante el viaje detenerlo algunos días en Marsella. ¿Es este aún su deseo?

—No tengo deseos, conde. Aunque creo que esperaré menos penosamente en Marsella que otras veces.

—Tanto mejor, Maximiliano, porque lo dejo, llevándome su palabra, ¿no es verdad?

—¡Ah!, lo olvidaré, conde —dijo Morrel—, lo olvidaré.

—No, no lo olvidará, porque es hombre de honor antes que todo, Morrel, porque lo ha jurado, porque va a jurarlo de nuevo.

—¡Oh!, conde, ¡tenga piedad de mí!, conde, ¡soy tan desgraciado!

—Conocí a un hombre más desgraciado que usted, Morrel.

—Es imposible.

—¡Ah! —dijo Montecristo—, es uno de los orgullos de nuestra pobre humanidad el creerse cada hombre más desgraciado que cualquier otro que gime y llora a su lado.

—¿Qué mayor desgracia que la del que pierde el único bien que amaba y deseaba en el mundo?

—Escuche, Morrel —dijo el conde—, y fije un momento su espíritu en lo que voy a decirle. He conocido un hombre que, como usted, había depositado todas sus esperanzas de ventura en una mujer. Ese hombre era joven, tenía un padre anciano al que amaba, una mujer que pronto iba a ser su esposa, y a la cual idolatraba. Iba a casarse, cuando de repente, uno de esos caprichos de la suerte que haría dudar de la bondad de Dios, si Dios no se revelase al cabo, mostrando que todo es para Él un medio de guiar a su unidad infinita, cuando de repente un capricho de la suerte le robó la libertad, la novia, el porvenir que entreveía y que creía cierto, porque, ciego como estaba, no podía leer más que en lo presente, para sumergirle en la lobreguez de un calabozo.

—¡Ah! —dijo Morrel—, ¡se sale de un calabozo al cabo de ocho días, de un mes, de un año!

—Estuvo en él catorce años, Morrel —dijo el conde poniendo la mano en el hombro del joven.

Maximiliano se estremeció.

—¡Catorce años! —murmuró.

—¡Catorce años! —repitió el conde—, y también durante ellos tuvo muchos momentos de desesperación. También, como usted, Morrel, creyéndose el más desdichado de los hombres, pensó en

suicidarse.

—¿Y bien? —preguntó Morrel.

—¡Y bien!, en el momento supremo, Dios se reveló a él por un medio humano, porque Dios hace milagros. Acaso en el primer momento, es preciso tiempo para que los ojos anegados en lágrimas vean claro, no comprendió la misericordia infinita del Señor, pero al fin, tuvo paciencia y esperó. Un día salió milagrosamente de la tumba, transformado, rico, poderoso, casi un dios; su primer grito fue para su padre; su padre había muerto.

—Y también el mío —dijo Morrel.

—Sí, pero su padre murió en sus brazos, dichoso, honrado, rico, lleno de ilusiones. El otro murió pobre, desesperado, dudando de Dios, y cuando, diez años después, el hijo buscaba su tumba, esta había desaparecido, y nadie ha podido decirle: "Aquí descansa en Dios el corazón que tanto lo ha amado".

—¡Oh! —dijo Morrel.

—Era, pues, más desventurado que usted, porque no sabía dónde hallar la tumba de su padre.

—Pero —dijo Morrel— le restaba al menos la mujer amada.

—Se engaña, Morrel; esa mujer...

—¿Había muerto? —exclamó Maximiliano.

—Peor aún. Era infiel, se había casado con uno de los perseguidores de su amante. Bien ve, Morrel, que era más desgraciado amante que usted.

—¿Y ha enviado Dios —preguntó Morrel— consuelos a ese hombre?

—Le ha dado la calma, al menos.

—¿Y ese hombre podrá ser dichoso algún día?

—Lo espera, Maximiliano.

El joven dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Ya tiene mi promesa —dijo, tras un momento de silencio, y tendiendo la mano a Montecristo—, recuerde únicamente...

—El 5 de octubre, Morrel, lo espero en la isla de Montecristo. El 4 hallará una embarcación en el puerto de Bastia, llamada el *Eurus.* Dará el nombre al patrón, que lo conducirá cerca de mí. ¿De acuerdo, Maximiliano?

—De acuerdo, conde; así lo haré. Pero recuerde que el 5 de octubre...

—Es usted un niño que no sabe aún lo que vale la promesa de un hombre... Le he dicho veinte veces que ese día, si aún quiere morir, le ayudaré a ello, Morrel. Adiós.

—¿Me deja?

—Sí; tengo quehacer en Italia. Le dejo solo, solo en lucha con la desgracia, solo con el águila de poderosas alas que el Señor envía a sus elegidos para transportarlos a sus plantas. La historia de Ganimedes no es una fábula, es una alegoría, Maximiliano.

—¿Cuándo parte?

—En seguida, el vapor me espera, dentro de una hora estaré lejos de usted, ¿me acompañará al puerto, Morrel?

—Soy todo suyo, conde.

—Deme un abrazo.

Morrel acompañó al conde hasta el puerto. Ya el humo salía como un inmenso penacho del negro tubo que lo lanzaba hasta el cielo. Pronto partió el buque, y una hora después, como había dicho Montecristo, esta misma cola de humo blanquecino cortaba apenas visible el horizonte oriental, sombreado por las primeras brumas de la noche.

Capítulo dieciocho: Pepino

En el preciso instante en que el vapor del conde desaparecía detrás del cabo Morgion, un hombre que viajaba en posta por el camino de Florencia a Roma, se presentaba en la villa de Aquapendente. Seguía precipitadamente su camino para ganar tiempo sin hacerse sospechoso.

Vestido con una levita o más bien un sobretodo, sumamente deteriorado por el viaje, pero que dejaba ver brillante y nueva aún una cinta de la Legión de Honor cosida al pecho. Este hombre, no solamente por su aspecto, sino también por el acento con que

hablaba a su postillón, debía ser tenido por francés. Una prueba más de que había nacido en el país de la lengua universal, es que no sabía otras palabras italianas que las músicas, que pueden, como el *goddan* de Fígaro, reemplazar todos los modismos de una lengua particular.

—*Allegro!* —decía a los postillones a cada subida.

—*Moderato!* —a cada bajada.

¡Y Dios sabe si hay subidas y bajadas yendo de Florencia a Roma por el camino de Aquapendente!

Estas dos palabras, por otra parte, provocaban grandes risas en las gentes a quienes se dirigían.

A la vista de la Ciudad Eterna, es decir, al llegar a la Storta, punto desde donde se divisa Roma, el viajero no experimentó el sentimiento de curiosidad entusiasta que lleva a cada extranjero a elevarse desde el fondo del asiento para tratar de distinguir la famosa cúpula de San Pedro, que se remonta sobre todos los demás objetos que la rodean.

No. Sacó una cartera del bolsillo, y de ella un papel plegado en cuatro dobleces, que desdobló y dobló con una atención parecida a respeto, contentándose con decir:

—¡Bueno!, no me abandones.

El carruaje atravesó la puerta del Popolo, giró a la izquierda y se detuvo ante la fonda de España.

Nuestro antiguo conocido, el señor Pastrini, recibió al viajero en la puerta y con el sombrero en la mano.

El viajero bajó, encargó una buena comida, y tomó las señas de la casa Thomson y French, que le fue indicada en el instante mismo, y era una de las más conocidas de Roma, situada en la calle del Banchi, cerca de San Pedro.

En Roma, como en todas partes, la llegada de una silla de posta constituye un acontecimiento. Diez jóvenes, descendientes de Mario y de los Gracos, con los pies desnudos, los codos rotos, un puño sobre la cadera, y el otro brazo pintorescamente encorvado alrededor de la cabeza, miraban al viajero, la silla de posta y los caballos. A estos bodoques de la ciudad por excelencia, se habían juntado unos cincuenta papamoscas de los Estados del Papa, de los

que forman corrillos escupiendo en el Tíber desde el puente de Sant Angelo, cuando el Tíber lleva agua.

Además, como los bodoques y los papamoscas de Roma, más dichosos que los de París, entienden todas las lenguas, y sobre todo la lengua francesa, oyeron al viajero pedir una habitación y comida, y las señas de la casa de Thomson y French.

Resultó de esto que cuando el nuevo viajero salió de la fonda con el cicerone de rigor, un hombre se separó del grupo de los curiosos, y sin parecer ser notado por el guía, marchó a poca distancia del extranjero, siguiéndole con tanta cautela como hubiera podido emplear un agente de la policía parisiense.

El francés estaba tan impaciente por efectuar su visita a la casa Thomson y French, que no había tenido tiempo de esperar que fuesen enganchados los caballos. El carruaje debía encontrarlo en el camino, o esperarlo a la puerta del banquero. Llegó sin que el carruaje lo alcanzase.

El francés entró, dejando en la antecámara su guía, que inmediatamente trabó conversación con dos o tres de esos industriales sin industria, o más bien de cien industrias, que ocupan en Roma las puertas de los banqueros, de las iglesias, de las ruinas, de los museos y de los teatros. Al propio tiempo que el francés, entró el hombre que se había separado del grupo de curiosos. El francés abrió la puerta y entró en la primera pieza. Su sombra hizo lo mismo.

—¿Los señores Thomson y French? —preguntó el extranjero.

Una especie de lacayo se levantó a la señal de un encargado de confianza, guarda solemne de la primera mesa.

—¿A quién anunciaré? —preguntó el lacayo preparándose a preceder al extranjero.

El viajero respondió:

—Al barón Danglars.

—Pase —dijo el lacayo.

Se abrió una puerta. El lacayo y el barón entraron por ella.

El hombre que había seguido a Danglars se sentó a esperar en un banco.

El que le había recibido primero continuó escribiendo por espacio

de cinco minutos aproximadamente, durante los cuales el hombre sentado guardó profundo silencio y la más completa inmovilidad.

Luego, la pluma del primero dejó de chillar sobre el papel. Levantó la cabeza, miró atentamente a su alrededor, y bien asegurado:

—¡Ah!, ¡ah! —dijo—, ¡tú aquí, Pepino!

—¡Sí! —respondió lacónicamente.

—¿Tú has olfateado algo de bueno en la cara de ese hombre gordo?

—No hay gran mérito en esto. Estamos prevenidos.

—¿Sabes lo que viene a hacer aquí, curioso?

—Pardiez, viene a tocar, aunque falta saber qué suma.

—En seguida lo sabrás, amigo.

—Muy bien, pero no vayas, como el otro día, a darme noticias falsas.

—¿Qué quieres decir? ¿Te refieres a aquel inglés que sacó de aquí tres mil escudos el otro día?

—No; ese tenía en efecto los tres mil escudos y nosotros los hemos hallado. Hablo del príncipe ruso.

—¿Y bien?

—¡Y bien! Nos habías dicho treinta mil libras, y no hemos hallado más que veintidós.

—Las habrán buscado mal.

—Luigi Vampa es el que hizo el registro en persona.

—En tal caso, tendría deudas y las pagaría.

—¿Un ruso?

—O gastaría su dinero.

—Después de todo, es posible.

—Es seguro, pero déjame ir a mi observatorio, el francés puede efectuar su negocio sin que yo sepa la cantidad exacta.

Pepino hizo una señal afirmativa, y sacando un rosario del bolsillo se puso a rezar algunas oraciones, mientras el empleado desapareció por la misma puerta que había dado paso al otro empleado y al barón. Al cabo de unos diez minutos, el empleado apareció gozoso.

—¿Y bien? —preguntó Pepino a su amigo.

—¡Alerta! ¡Alerta! —respondió—, la suma es respetable.

—Cinco o seis millones, ¿no es verdad?
—Sí; ¿cómo lo sabes?
—Por un recibo de su excelencia el conde de Montecristo.
—¿Conoces al conde?
—Se le acredita sobre Roma, Venecia y Viena.
—¿Es posible? —exclamó—, ¿cómo lo has informado tan bien?
—Te he dicho que se nos había avisado de antemano.
—Entonces, ¿por qué lo diriges a mí?
—Para estar seguro de que es el hombre a quien buscábamos.
—Ese es..., cinco millones. Una hermosa suma. ¿Eh, Pepino?
—Sí.
—No volveremos a ver otra parecida.
—Al menos —respondió filosóficamente Pepino—, recogeremos alguna tajada.
—¡Silencio! Ahí viene nuestro hombre.
El empleado tomó la pluma, y Pepino el rosario. El uno escribía, el otro oraba cuando volvió a abrirse la puerta.
Danglars apareció radiante de satisfacción, acompañado del banquero, que le guio hasta la puerta.
Detrás de Danglars salió Pepino.
Según lo convenido, el carruaje que debía ir a buscar a Danglars esperaba delante de la casa Thomson y French. El cicerone tenía la portezuela abierta. El cicerone es un ser muy complaciente y que puede destinarse a cualquier cosa.
Danglars montó en el carruaje, ligero como un joven de veinte años.
El cicerone cerró la portezuela y subió con el cochero.
Pepino se acomodó detrás.
—¿Quiere su excelencia ver San Pedro? —preguntó el cicerone.
—¿Para qué? —repuso el barón.
—Pues... para ver.
—No he venido a Roma para ver —dijo en voz alta Danglars; después añadió en voz baja con una sonrisa codiciosa—: he venido para tocar.
Y tocó en efecto su cartera, en la cual acababa de guardar una letra.

—Entonces, ¿su excelencia va...?

—A la fonda.

—A casa de Pastrini —dijo al cochero el cicerone.

Y el carruaje partió rápido, como carruaje de gran señor.

Diez minutos más tarde, el barón había entrado en su aposento, y Pepino se instalaba en un banco situado delante de la fonda, después de pronunciar unas palabras al oído de uno de aquellos descendientes de Mario y de los Gracos que hemos designado al principio de este capítulo, mozo que tomó a todo correr el camino del Capitolio.

Danglars estaba cansado, satisfecho, y tenía sueño. Se acostó, colocó su cartera bajo la almohada y se quedó dormido.

Pepino que tenía tiempo de más jugó a la morra con los faquines, perdió tres escudos, y para consolarse se bebió una botella de vino de Orvieto.

Al día siguiente, el banquero se levantó tarde, aunque se había acostado temprano. Hacía cinco o seis noches que dormía muy mal, cuando dormía. Almorzó mucho, y poco deseoso, como había dicho, de ver las bellezas de la Ciudad Eterna, pidió los caballos de posta para el mediodía.

Pero Danglars no había contado con las formalidades de la policía y con la pereza del maestro de postas. Los caballos tardaron dos horas en estar enganchados, y el cicerone no trajo el pasaporte visado hasta después de las tres. Todos estos preparativos atrajeron a la puerta del señor Pastrini a buen número de curiosos. Tampoco faltaron los descendientes de los Gracos y de Mario.

El barón atravesó triunfalmente estos grupos, que lo llamaban excelencia para obtener un bayoco.

Como Danglars, hombre muy popular, como sabemos, se había contentado con el dictado de barón hasta entonces, sin ser tratado de excelencia, este título lo lisonjeó, y distribuyó una docena de monedas a toda aquella canalla, dispuesta por otras doce a tratarlo de alteza.

—¿Adónde? —inquirió el postillón en italiano.

—Camino de Ancona —respondió el barón. El señor Pastrini tradujo la pregunta y la respuesta, y el carruaje partió al galope.

Danglars quería, en efecto, trasladarse a Venecia a recoger una parte de su fortuna, y después a Viena a realizar el resto.

Su intención era fijarse en esta última ciudad, que le habían asegurado ser el vergel de los placeres.

Apenas anduvo tres leguas por las campiñas de Roma, cuando empezó a anochecer. Danglars no creía haber salido tan tarde; de otro modo se habría quedado. Así preguntó al postillón cuánto faltaba para llegar a la población cercana.

—*Non capisco* —respondió el postillón.

Danglars hizo un movimiento de cabeza que quería decir ¡muy bien!

El carruaje prosiguió la marcha.

—En la primera parada —dijo para sí Danglars— me detendré.

Danglars experimentó aún un resto de bienestar que había gozado la víspera, y que le proporcionó tan buena noche. Estaba muellemente extendido en una buena calesa inglesa de dos resortes, y se sentía llevado al galope por dos buenos caballos. La parada era de siete leguas, lo sabía. ¿Qué hacer cuando se es banquero, y se ha hecho con fortuna bancarrota?

Dedicó diez minutos a pensar en su mujer, que quedaba en París, otros diez en su hija, que recorría el mundo en compañía de la señorita de Armilly. Otros diez minutos en sus acreedores y en la manera como emplearía el dinero. Después, no teniendo en qué pensar, cerró los ojos y se quedó dormido.

Sin embargo, sacudido por un movimiento fuerte del carruaje, Danglars abrió un momento los ojos. Entonces se sintió llevado con la misma celeridad a través de la misma campiña de Roma, toda sembrada de acueductos rotos, que parecían gigantes de granito petrificados. Pero en una noche fría, sombría, lluviosa, era mejor para un hombre medio dormido permanecer en el fondo de la silla con los ojos cerrados, que asomar la cabeza a la ventanilla para preguntar dónde estaba a un postillón que no sabía responder otra cosa que: *non capisco!*

Danglars continuó durmiendo, pensando que ya tendría tiempo de levantarse al llegar a la parada.

El carruaje se detuvo. Danglars pensó que llegaba por fin al

término deseado. Abrió los ojos, miró a través del vidrio, creyendo hallarse en medio de alguna ciudad, o por lo menos aldea, pero no vio más que una casucha aislada y tres o cuatro hombres yendo y viniendo como sombras.

El banquero esperó un momento a que el postillón, que había acabado su parada, viniese a reclamarle el coste de la posta. Creía poder aprovechar esta ocasión para pedir algunas noticias a su nuevo conductor, pero se cambiaron los tiros sin que nadie pidiese nada al viajero. Danglars quedó asombrado, abrió la portezuela, pero le rechazó bien pronto una mano vigorosa y la silla empezó a rodar.

El barón se levantó estupefacto.

—¡Eh! —dijo al postillón—. ¡eh!, *mio caro!*

Palabras italianas de una romanza que Danglars había retenido cuando su hija cantaba dúos con el príncipe Cavalcanti.

Pero *mio caro* no respondió.

Danglars se contentó entonces con bajar el cristal.

—¡Eh!, amigo ¿dónde vamos? —dijo sacando la cabeza.

—*Dentro la testa!* —exclamó una voz grave e imperiosa, acompañada de un grito de amenaza.

Danglars comprendió que *dentro la testa* quería decir: meta la cabeza. Hacía, como puede verse, rápidos progresos en el italiano.

Obedeció, no sin inquietud, y como esta inquietud subía de punto a cada minuto que transcurría, al cabo de algunos instantes su espíritu, en lugar del vacío que dijimos cuando se puso en camino, y que le produjo el sueño, tenía pensamientos más propios unos y otros para despertar el interés del viajero, y sobre todo de un viajero en la situación de Danglars. Sus ojos adquirieron en las tinieblas el brillo que les confieren en el primer momento las emociones fuertes, y que se apaga al fin por haberse excitado demasiado. Antes de tener miedo se ve claro. Mientras se tiene, se ve doble, después de haberle tenido se ve turbio.

Danglars vio un hombre envuelto en una capa que galopaba junto a la portezuela de la derecha.

—Algún gendarme —dijo—. ¿Habré sido denunciado por los telégrafos franceses a las autoridades pontificias?

Resolvió salir de esta ansiedad.

—¿Adónde me lleva? —dijo.

—*Dentro la testa!* —repitió la misma voz con el propio acento de amenaza.

Danglars se volvió a la portezuela de la izquierda. Otro hombre a caballo galopaba al mismo lado.

—Evidentemente —se dijo Danglars con el sudor en el rostro—, he caído en una trampa.

Y se arrojó al fondo de la calesa, esta vez no para dormir, sino para soñar.

Poco después apareció la luna en el cielo.

Desde el fondo de la calesa echó una ojeada a la campiña. Volvió a ver entonces los grandes acueductos, fantasmas de piedra que había notado al pasar, solamente que en vez de verlos a la derecha, los tenía ahora a la izquierda. Creyó que habían dado media vuelta al carruaje, y que se le llevaba a Roma.

—¡Oh, desdichado de mí! —exclamó—, se habrá conseguido mi extradición.

El carruaje continuó corriendo con admirable velocidad. Pasó una hora terrible, porque a cada nuevo indicio que se le ofrecía al paso, el fugitivo reconocía, a no dudarlo, que se le volvía atrás. En fin, no volvió a ver la masa sombría contra la cual le pareció que el carruaje iba a estrellarse. Pero el carruaje se ladeó, bordeando la masa sombría, que no era otra cosa que la cintura de muralla que envuelve a Roma.

—¡Oh!, ¡oh! —murmuró Danglars—, no entramos en la ciudad. Luego no es la justicia la que me detiene. ¡Gran Dios!, otra idea, será posible...

Sus cabellos se erizaron. Se acordó entonces de las interesantes historias de los bandidos romanos, tan poco creídas en París, y que Alberto de Morcef contaba a la señora Danglars y a Eugenia, cuando se trataba de que el joven vizconde fuera yerno de una y marido de otra.

—¡Ladrones tal vez! —murmuró.

De repente, el carruaje rodó sobre alguna cosa más dura que el suelo de un camino enarenado. Danglars aventuró una mirada a los

dos lados del camino. Distinguió unos monumentos de una forma extraña, y su pensamiento preocupado con la relación de Morcef, que al presente se le representaba en todos sus pormenores, este pensamiento le dijo que debía estar sobre la vía Apia.

A la izquierda del carruaje, en un espacio del valle, se distinguían unas ruinas de forma circular. Eran las termas de Caracalla.

A una palabra del hombre que galopaba a la derecha del carruaje, este se detuvo. Al mismo tiempo se abrió la portezuela de la izquierda.

—*¡Scendi!* —dijo una voz.

Danglars se apeó inmediatamente. No hablaba todavía el italiano, pero lo entendía ya. Más muerto que vivo, el barón miró a su alrededor. Cuatro hombres le rodeaban, sin contar el postillón.

—*Di quá* —dijo uno de ellos bajando por un pequeño sendero que conducía de la vía Apia al medio de las anfractuosidades de la campiña de Roma.

Danglars siguió a su guía, sin oponer resistencia, y no tuvo necesidad de volverse para saber que era seguido por otros tres hombres. Sin embargo, le pareció que estos se quedaban como de centinela a distancias iguales.

Después de diez minutos de marcha aproximadamente, durante los cuales Danglars no cambió una sola palabra con su guía, se halló entre un cerro y un matorral. Tres hombres en pie y mudos formaban un triángulo de que él era el centro.

Quiso hablar. Su lengua se le trabó.

—*Avanti* —dijo la misma voz con acento breve e imperativo.

Esta vez el banquero comprendió de dos modos, por la palabra y por el gesto, porque el hombre que marchaba detrás lo empujó tan rudamente hacia adelante que casi tropezó con su guía.

Este guía era nuestro amigo Pepino, que se deslizó por los matorrales en medio de una sinuosidad que solo los lagartos podían tener por un camino expedito.

Pepino se detuvo ante una roca coronada de una espesa mata. Esta roca, entreabierta, abrió paso al joven, que desapareció como desaparece el diablo en algunos de nuestros sortilegios. La voz y el gesto del que siguió a Danglars obligaron al banquero a hacer otro

tanto. No cabía la menor duda. El quebrado banquero francés tenía que vérselas con bandidos romanos.

Danglars obró como un hombre colocado entre dos males terribles y cuyo valor es excitado por el mismo miedo. A pesar de su vientre, que le dificultaba el atravesar las anfractuosidades de la campiña de Roma, se colocó tras de Pepino, y dejándose resbalar con los ojos cerrados, cayó a sus pies. Al tocar la tierra volvió a abrir los ojos. El camino era largo, pero oscuro. Pepino, poco cuidadoso de ocultarse, estando ahora en su casa, hizo lumbre y encendió una luz. Otros dos hombres bajaron tras de Danglars, formando la retaguardia, y empujando al banquero cuando este se detenía casualmente, le hicieron tomar una pendiente suave por medio de una encrucijada de siniestra apariencia.

En efecto, las paredes de murallas, formando nichos sobrepuestos unos a otros, parecían, en medio de piedras blancas, abrir los ojos negros y profundos que se observan en las calaveras. Un centinela hizo sonar con su mano los arreos de su carabina.

—¿Quién vive? —dijo.

—¡Amigos! ¡Amigos! —contestó Pepino—. ¿Dónde está el capitán?

—Allí —dijo el centinela, señalando por detrás de su espalda una gran cavidad abierta en la roca y cuya luz se reflejaba en la entrada por sus ovaladas aberturas.

—Buena presa, capitán, buena presa —dijo Pepino en italiano.

Y cogiendo a Danglars por el cuello de la levita lo condujo hacia una entrada, semejante a una puerta, y por la cual se penetraba al punto donde el capitán parecía haber hecho su alojamiento.

—¿Es este el hombre? —inquirió el capitán mientras leía con la mayor atención la *Vida de Alejandro*, por Plutarco.

—El mismo, capitán, el mismo.

—Muy bien, muéstremelo.

A esta orden imperativa, Pepino acercó tan bruscamente la luz al rostro de Danglars, que este retrocedió vivamente para no quemarse las cejas.

Su rostro trastornado ofrecía todos los síntomas de un terror indescriptible.

—Este hombre está cansado —dijo el capitán—, llevadlo a la cama.

—¡Oh! —murmuró el banquero—, esa cama es probablemente uno de los nichos de la muralla, ese sueño es la muerte que va a darme uno de los puñales que veo resplandecer.

En efecto, en las profundidades lóbregas de aquella cavidad inmensa se veían agitarse sobre hierbas secas y pieles de lobo, los compañeros del hombre a quien Alberto de Morcef había hallado leyendo los *Comentarios de César*, y a quien Danglars encontraba leyendo la *Vida de Alejandro.*

El banquero lanzó un sordo gemido y siguió a su guía. No profirió súplica ni queja alguna. No tenía fuerza, ni voluntad, ni poder, ni sentimiento; se dejaba llevar.

Emprendió la marcha, y comprendiendo que tenía una escalera ante sí, levantó maquinalmente los pies cuatro o cinco veces. Entonces se abrió ante él una puerta baja. Se inclinó instintivamente para no romperse la frente, y se halló en una cavidad abierta en la roca viva.

Era regularmente formada, aunque sin muebles. Seca, aunque situada bajo la tierra, a una profundidad inconmensurable.

Una cama de hierba seca, cubierta de pieles de cabra, estaba no hecha, sino tendida en un rincón del cuarto.

Danglars, al verla, creyó hallar un símbolo inequívoco de su salvación.

—¡Oh! Dios sea loado —murmuró—, es una cama verdadera.

Por segunda vez en el término de una hora invocaba el nombre de Dios. No le había sucedido otro tanto en diez años.

—*Ecco* —dijo el guía.

Y metiendo a Danglars en el cuarto, cerró la puerta tras de sí. Sonó un cerrojo; el banquero se hallaba prisionero. Además, aunque no hubiera habido cerrojo, solo san Pedro y teniendo por guía un ángel del cielo, pudiera pasar por medio de la guarnición que ocupaba las catacumbas de San Sebastián, y que acampaba con un jefe en quien nuestros lectores habrán desde luego reconocido al famoso Luigi Vampa.

Danglars había también reconocido al bandido cuya existencia no

quiso creer cuando Morcef trató de naturalizarlo en Francia. No solo le había reconocido a él, sino también la celda en donde Morcef estuvo encerrado, y que según todas las probabilidades era el alojamiento de los extranjeros.

Estos recuerdos, campo de cierto deleite en medio de todo para Danglars, le devolvieron la tranquilidad. No habiéndole dado muerte en el primer momento los bandidos, no deberían tener intención de matarlo.

Lo había detenido para robarlo, y como no tenía más que unos luises, se le pediría rescate.

Se acordó de que Morcef había tenido que entregar unos cuatro mil escudos, y como él mismo se creía de una apariencia de mayor importancia que Morcef, calculó que se le exigiría doble suma.

Ocho mil escudos equivalían a cuarenta y ocho mil libras. Le quedarían aún unos cinco millones cincuenta mil francos. Con esto se salía del paso en cualquier parte.

Así, pues, quedó casi seguro de salir del paso, teniendo en cuenta que no había ejemplo de que se hubiese tasado nunca un hombre en cinco millones cincuenta mil libras. Danglars se echó en la cama, en donde después de dar algunas vueltas a un lado y a otro, se durmió con la tranquilidad del héroe cuya historia Luigi Vampa estaba leyendo. De todo sueño, si no es del que temía Danglars, se despierta. Danglars se despertó. Para un parisiense habituado a cortinajes de seda, a paredes adamascadas, al perfume que sale de las maderas delicadas de la chimenea y se extiende y baja de los techos de raso, despertar en una gruta de piedra debe de ser un momento poco apacible. Al tocar las cortinas de piel de cabra, Danglars debía creer que se hallaba entre lapones o cosa parecida. En tales circunstancias, un segundo basta para convertir la mayor de las dudas en palpable certeza.

—Sí —murmuró—; estoy en poder de los bandidos de que habló Alberto de Morcef.

Su primer movimiento fue respirar para asegurarse de que no estaba herido. Era un medio que había aprendido en *Don Quijote*, único libro no que había leído, sino que conservaba alguna cosa en la memoria.

—No —dijo—, no me han matado ni herido, pero ¿me habrán robado acaso?

Y metió la mano en los bolsillos. Estaban intactos. Los cien luises que se había reservado para hacer el viaje de Roma a Venecia se hallaban en el bolsillo de su pantalón, y la cartera con la letra de cinco millones cincuenta mil francos estaba en el bolsillo de la levita.

—¡Qué bandidos tan raros —se dijo—, que me han dejado mi bolsa y mi cartera! Como pensé ayer al acostarme, van a ponerme a rescate. ¡Veamos!, ¡conservo también el reloj! Veamos la hora que es.

El reloj de Danglars, obra de Breguet, al que había cuidado de dar cuerda la víspera de su viaje, señalaba las cinco y media de la mañana. Sin él, Danglars hubiera ignorado completamente la hora que era, penetrando ya la luz del día en el aposento.

¿Sería preciso exigir una explicación de los bandidos? ¿Convendría esperar pacientemente a que se la diesen? En tal alternativa, lo último era más prudente. Danglars esperó. Esperó hasta el mediodía. Durante todo este tiempo un centinela había velado a su puerta. A las ocho de la mañana fue relevado.

Se apoderó de Danglars el deseo de ver quién lo custodiaba.

Había notado que los rayos, no del día, sino de una lámpara, se filtraban por las hendiduras mal unidas de la puerta. Se acercó a una de ellas en el momento mismo en que el bandido echaba algunos tragos de aguardiente, los cuales, debido al pellejo que lo contenía, esparcían un olor repugnante para Danglars.

—¡Puf! —exclamó retrocediendo hasta el fondo de la habitación.

A mediodía, el hombre del aguardiente fue reemplazado por otro funcionario. Danglars tuvo la curiosidad de ver a su nuevo guardián, y se acercó otra vez a la hendidura. Era un bandido de complexión atlética, un Goliat de grandes ojos, labios gruesos, nariz aplastada. Su cabellera roja pendía por las espaldas en mechas retorcidas, como culebras.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo Danglars—, este parece más bien un ogro que una criatura humana. En todo caso soy perro viejo, soy duro de mascar.

Como se ve, Danglars no había perdido todavía el buen humor. En

el mismo instante, como para probarle que no era un ogro, su guardián se sentó frente a la puerta del cuarto, y sacó de su zurrón pan negro, cebolla y queso, y se puso *in continenti* a devorarlos.

—¡Que me lleve el diablo! —dijo Danglars, echando a través de las hendiduras de la puerta una mirada a la comida del bandido—, el diablo me lleve si comprendo cómo pueden comerse semejantes porquerías.

Y fue a sentarse sobre las pieles, recordando en ellas el olor de aguardiente del primer centinela. Sin embargo, la situación de Danglars era crítica, y los secretos de la naturaleza son incomprensibles. Hay en ellos harta elocuencia en ciertas invitaciones materiales que dirigen las más groseras sustancias a los estómagos vacíos.

Danglars sintió de pronto que el suyo lo estaba en este momento, y así vio al hombre menos feo, al pan menos duro, al queso más fresco. En fin, las cebollas crudas, sucia alimentación del salvaje, le recordaron ciertas salsas Robert, y cierta ropa vieja que su cocinero preparaba de una manera superior cuando Danglars le decía: “Señor Deniseau, hágame para hoy un buen plato de ropavieja”.

Se levantó y fue a llamar a la puerta. El bandido levantó la cabeza. Al ver Danglars que lo había oído, volvió a llamar.

—*Che cosa?* —preguntó el bandido.

—¡Hola, amigo! —dijo Danglars, dando con los dedos contra la puerta—, ¡me parece que será tiempo que se piense en darme de comer también a mí!

Pero sea que no comprendiese, sea que no tuviese órdenes relativas a la comida de Danglars, el gigante continuó comiendo. Danglars sintió humillado su orgullo, y no queriendo meterse con semejante bruto, se echó sobre las pieles sin decir nada más.

Transcurrieron cuatro horas. El gigante fue reemplazado por otro bandido. Danglars, que sentía fuertes movimientos de estómago, se levantó despacio, aplicó en seguida el ojo a las hendiduras de la puerta y reconoció la figura inteligente de su guía. Era, efectivamente, Pepino, que se preparaba a entrar de guardia del mejor modo posible, sentándose frente a la puerta, y colocando entre ambas piernas una cazuela que contenía, calientes y olorosos

guisantes fritos con tocino. Cerca de estos guisantes, Pepino colocó un canastillo de racimos de Velletri, y una botella de vino de Orvieto. Seguramente Pepino era inteligente. Viendo estos preparativos gastronómicos, el hambre atormentaba a Danglars.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo—, veamos si este es más tratable que el otro. —Y tocó pausadamente la puerta.

—Allá van —dijo en mal francés el bandido, que, frecuentando la casa del señor Pastrini, había acabado por aprender aquella lengua hasta en sus modismos.

Y abrió en efecto.

Danglars le reconoció por el que le había gritado de una manera harto furiosa: “Meta la cabeza”. Pero no era aquella hora para recriminaciones, y adoptó, por el contrario, el ademán más agradable, y con graciosa sonrisa:

—Perdone —le dijo—, pero ¿no se me dará de comer a mí también?

—¡Cómo, pues! —exclamó Pepino—. ¿Su excelencia tendrá hambre acaso?

—¡Acaso! ¡Es magnífico! —murmuró Danglars—, hace veinticuatro horas justas que no como. Sí, señor —añadió, levantando la voz—, tengo hambre, sobrada hambre.

—¿Y su excelencia quiere comer?

—Al instante, si es posible.

—Nada más fácil —dijo Pepino—, aquí se proporciona todo, pagando, por supuesto, como se hace entre buenos cristianos.

—¡Ni que decir tiene! —exclamó Danglars—, aunque en realidad, las gentes que detienen y aprisionan deberían al menos alimentar a los prisioneros.

—¡Ah!, excelencia —repuso Pepino—, eso ya no se estila.

—No es mala la razón —siguió Danglars, contando ganar a su guardián con su amabilidad—, yo me satisfago con ella. Veamos qué es lo que se me sirve de comer.

—En seguida, excelencia, ¿qué desea?

Y Pepino puso su escudilla en el suelo, de tal manera que el vapor subía directamente a las narices del banquero.

—Mándeme —dijo.

—¿Hay cocina aquí? —preguntó Danglars.

—¿Que si hay cocina? ¡Cocina perfecta!

—¿Y cocineros?

—¡Excelentes!

—¡Y bien!, un pollo, un pescado, un ave, cualquier cosa, con tal que yo coma.

—Como desee su excelencia. Pediremos un pollo, ¿no es verdad?

—Sí, un pollo.

Pepino, levantándose y asomándose a la puerta, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Un pollo para su excelencia!

La voz de Pepino resonaba aún por las bóvedas, cuando se presentó un joven, hermoso, esbelto, y medio desnudo como los antiguos pescadores, llevando en un plato de plata un pollo delicadamente colocado.

—Se creería uno en el Café de París —murmuró Danglars.

—¡Aquí está, excelencia! —dijo Pepino, cogiendo el pollo de manos del joven bandido, y colocándolo en una mesa carcomida, que con un asiento y la cama de pieles, formaba todo el ajuar de la celda.

Danglars pidió un cuchillo y un tenedor.

—¡Aquí está, excelencia! —dijo Pepino, ofreciéndole un cuchillo pequeño de punta roma y un tenedor de madera. Danglars tomó el cuchillo en una mano y el tenedor en la otra, y se puso a trinchar el ave.

—Dispense, excelencia —dijo Pepino, pasando una mano por la espalda del banquero—, aquí se paga antes de comer, para el caso de quedar luego descontentos.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo para sí Danglars—, esto no es como en París. Me van a desollar probablemente, pero hagamos las cosas en grande, veamos, he oído hablar del buen trato de la vida de Italia; un pollo debe de valer doce sueldos en Roma. Tenga —dijo en voz alta, y dio un luis a Pepino.

—Un momento, su excelencia —dijo Pepino levantándose—, un momento, su excelencia me queda a deber aún alguna cosa.

—¡Cuando yo decía que iban a saquearme! —murmuró Danglars.

Luego, resuelto a sacar partido de todo añadió—: Veamos lo que se le debe por esa ave hética —prosiguió.

—Su excelencia ha dado un luis a cuenta.

—¿Un luis a cuenta de un pollo?

—Claro está, a cuenta.

—Bien..., ¡veamos!, ¡veamos!

—No son más que cuatro mil novecientos noventa y nueve luises lo que me debe su excelencia.

Danglars abrió espantado los ojos al oír tan pesada broma.

—¡Ah, bribón! —murmuró—, ¡bribón, por mi vida!

Y quiso ponerse a trinchar el pollo, pero Pepino le detuvo la mano derecha con la izquierda, y extendió además la otra mano, diciendo:

—¡Vamos!

—¿Qué? ¿No se ríe? —dijo Danglars.

—Aquí no reímos nunca, excelencia —contestó Pepino, serio como un cuáquero.

—¿Cien mil francos este pollo?

—Excelencia, es increíble el trabajo que cuesta criar aves en estas malditas grutas.

—¡Vamos!, ¡vamos! —dijo Danglars—, encuentro esto muy chistoso, muy divertido en verdad. Pero como tengo hambre, déjeme comer. Tome, he aquí otro luis para usted, amigo mío.

—Entonces no faltan más que cuatro mil novecientos noventa y ocho luises —dijo Pepino conservando la misma sangre fría—, con paciencia todo se consigue.

—¡Oh!, lo que es eso —dijo Danglars, indignado de semejante burla—, lo que es eso, jamás. Váyase al diablo, usted no sabe quién soy yo.

Pepino hizo una señal, el criado echó las dos manos y se llevó en seguida el pollo. Danglars se tendió en la cama de piel de lobo, Pepino cerró la puerta y se puso a comer los guisantes con tocino.

Danglars no podía ver lo que hacía Pepino, pero el ruido de sus dientes no debía dejarle duda acerca de lo que estaba haciendo. Era evidente que comía, y que comía toscamente como un hombre mal criado.

—¡Avestruz! —dijo Danglars.

Pepino hizo que no oía nada, y sin volver la cabeza continuó comiendo con admirable calma. El estómago de Danglars se encontraba en tal estado que no creía él mismo poder llegar a llenarlo nunca. Sin embargo, tuvo paciencia por espacio de hora y media, que en realidad se le antojó un siglo. Se levantó y fue de nuevo a la puerta.

—Vamos —siguió—, no me hagan desfallecer más tiempo, y díganme al fin qué es lo que quieren de mí.

—Diga más bien, excelencia, lo que quiere de nosotros... Dé sus órdenes y las ejecutaremos.

—Ábrame primero.

Pepino abrió.

—¡Yo quiero —dijo Danglars—, por Dios! ¡Quiero comer!

—¿Tiene hambre?

—De sobra lo sabe.

—¿Qué quiere comer su excelencia?

—Un pedazo de pan seco, puesto que los pollos están a tal precio en estas malditas cuevas.

—¡Pan!, sea —dijo Pepino—. ¡Eh!, pan —gritó.

El criado trajo un pedazo de pan.

—¡Aquí está! —dijo Pepino.

—¿Qué vale? —preguntó Danglars.

—Cuatro mil novecientos noventa y ocho luises, estando ya otros dos pagados por anticipado.

—¡Cómo! ¡Un pan cien mil francos!

—Cien mil francos —dijo Pepino.

—¡Y no me pedía más que cien mil francos por un pollo!

—No servimos por lista, sino a precio fijo. Coma poco o mucho, se pidan diez platos o uno solo, el coste es absolutamente el mismo.

—¡Una nueva burla! Querido amigo, le declaro que esto es absurdo, que esto es estúpido. Diga más bien que al fin quiere que me muera de hambre, y es más sencillo.

—No, excelencia, usted es quien quiere suicidarse. Pague y coma, créame.

—¿Conque he de pagar tres veces, bruto? —dijo Danglars exasperado—. ¿Crees que se llevan así cien mil francos?

—Tiene cinco millones cincuenta mil francos en su bolsillo, excelencia —dijo Pepino—, que equivalen a cincuenta pollos y medio.

Danglars se estremeció. Le cayó la venda de los ojos. Continuaba la misma broma, pero por fin acababa de comprenderla. Es fácil conocer que no la encontraba tan sencilla como antes.

—Veamos —dijo—, veamos. ¿Dando esos cien mil francos, quedará satisfecho al menos, y podré comer a mi placer?

—Sin duda —dijo Pepino.

—Pero ¿cómo darlos? —dijo el banquero respirando más libremente.

—Nada más fácil. Tiene un crédito abierto en casa de Thomson y French, calle de Banchi, en Roma. Dadme un bono de cuatro mil novecientos noventa y ocho luises contra estos señores. Nuestro banquero los recogerá.

Danglars quiso al menos asumir el aire de generoso. Tomó la pluma y el papel que le presentaba Pepino, escribió la letra y firmó.

—Tome —dijo—, su bono al portador.

—Y usted, el pollo.

Danglars trinchó el ave suspirando. Le parecía flaca para una suma tan crecida.

En cuanto a Pepino, leyó atentamente el papel, lo metió en el bolsillo y prosiguió comiendo sus guisantes con tocino.

Al día siguiente Danglars volvió a tener hambre. El aire de aquella caverna despertaba a más no poder el apetito. El prisionero creyó que en todo aquel día no tendría que hacer nuevos gastos. Como hombre económico había ocultado la mitad del pollo y un pedazo de pan en un rincón del cuarto. Pero después de comer tuvo sed. No había contado con ello. Luchó contra la sed hasta el momento en que sintió la lengua reseca pegársele al paladar. Entonces llamó, no pudiendo resistir más tiempo el fuego que le consumía. El centinela abrió la puerta; era una cara distinta. Pensó que mejor le sería entenderse con su antiguo conocido y llamó a Pepino.

—Aquí me tiene, excelencia —dijo el bandido presentándose con tal presteza que le pareció de buen agüero a Danglars—, ¿qué quiere?

—Beber —contestó el prisionero.
—Excelencia —dijo Pepino—, ya sabe que el vino no tiene precio en las cercanías de Roma.
—Deme agua entonces —dijo Danglars, pensando salir del paso.
—¡Oh!, excelencia, el agua escasea aún más que el vino. ¡Hay tanta sequía!
—Vamos —dijo Danglars—, ¡vuelve a empezar, a lo que parece!
Y sonriéndose como en aire de broma, el desgraciado sentía humedecidas las sienes con el sudor.
—Vamos, vamos, amigo —dijo Danglars viendo que Pepino permanecía impasible—, le pido un vaso de vino, ¿me lo negará?
—Le he dicho, excelencia —respondió gravemente Pepino—, que no vendemos al por menor.
—¡Y bien!, entonces deme una botella.
—¿De cuál?
—Del menos caro.
—Todos son del mismo precio.
—¿Y cuál es?
—Veinticinco mil francos la botella.
—Diga —exclamó Danglars, con indescriptible amargura—, diga que quiere robarme y es más sencillo que hacerlo así paso a paso.
—Es posible —dijo Pepino— que tal sea la intención del señor.
—¿Qué señor?
—Aquel a quien se le presentó anteayer.
—¿Dónde está?
—Aquí.
—Haga que lo vea.
—Es fácil.
Poco después, Luigi Vampa se hallaba ante Danglars.
—¿Me llama? —preguntó al prisionero.
—¿Es el jefe de los que me han traído aquí?
—Sí, excelencia, ¿y qué?
—¿Qué quiere de mí por rescate? Diga.
—Nada más que los cinco millones que va encima.
El banquero sintió oprimido el corazón con un pasmo terrible.
—No tengo más que eso en el mundo, resto de una inmensa

fortuna. Si me lo quita, quíteme la vida.
—Tenemos prohibido derramar su sangre, excelencia.
—¿Y quién se lo ha prohibido?
—El que manda en nosotros.
—¿Obedece a alguien?
—Sí, a un jefe.
—Creía que el jefe era usted.
—Soy jefe de estos hombres, pero otro lo es mío.
—¿Y ese jefe obedece a alguien?
—Sí.
—¿A quién?
—A Dios.
Danglars permaneció un momento pensativo.
—No lo comprendo —dijo.
—Es posible.
—¿Y es ese jefe el que le ha dicho que me trate de tal modo?
—Sí.
—¿Con qué objeto?
—Lo ignoro.
—Pero ¿desaparecerá mi bolsa?
—Es probable.
—Vamos —dijo Danglars—, ¿quiere un millón?
—No.
—¿Dos millones?
—No.
—¿Tres millones...?, ¿cuatro...?, veamos, ¿cuatro? Se lo doy a condición de que me ponga en libertad.
—¿Por qué nos ofrece cuatro millones por lo que vale cinco? —dijo Vampa—, eso es una usura, señor banquero, o no entiendo una palabra.
—¡Tómelo todo! ¡Tómelo todo!, le digo —exclamó Danglars—, o máteme.
—Vamos, vamos, cálmese, excelencia, se va a alterar la sangre, y eso le dará apetito para comer un millón por día, ¡sea más económico, demonio!
—¿Y cuando no tenga más dinero que darle? —exclamó Danglars

exasperado.

—Entonces tendrá hambre.

—¿Tendré hambre? —dijo Danglars palideciendo.

—Probablemente —respondió Vampa con sorna.

—¿Dicen que no quiere matarme?

—No.

—¿Y quieren dejarme morir de hambre?

—Sí, que no es lo mismo.

—¡Y bien, miserables! —exclamó Danglars—, haré fracasar sus infames planes. Morir por morir prefiero acabar de una vez. Hágame sufrir, tortúrenme, mátenme, pero no conseguirán mi firma.

—Como quiera, excelencia —dijo Vampa. Y salió.

Danglars se arrojó rabiando sobre las pieles de lobo.

¿Quiénes eran esos hombres? ¿Quién era ese jefe visible? ¿Quién era el jefe invisible? ¿Qué proyectos los animaban contra él?, y cuando todo el mundo podía rescatarse, ¿por qué no podía él hacerlo?

¡Oh!, seguramente que la muerte, una muerte pronta y violenta, era un buen medio de burlar a los enemigos encarnizados que parecían perseguir contra él una incomprensible venganza.

—¡Sí, pero morir!

Acaso por primera vez en su larga carrera, Danglars pensaba en la muerte con el deseo y el temor a la vez de morir, pero había llegado el momento para él de detener la vista en el espectro implacable que va en pos de toda criatura, y a cada pulsación del corazón le dice: ¡Morirás!

Danglars parecía una bestia feroz, acosada por la montería, desesperada después, y que a fuerza de su desesperación, consigue finalmente evadirse. Pensó en la fuga, pero los muros eran la roca viva, y a la única salida de la cueva se hallaba un hombre leyendo, por detrás del cual se veían pasar y repasar sombras armadas de fusiles.

Le duró dos días la resolución de no firmar, después de los cuales pidió de comer y ofreció un millón. Se lo tomaron y le sirvieron una suculenta comida.

Desde entonces la vida del desgraciado prisionero fue una tortura

perpetua. Había sufrido tanto que no quería exponerse a sufrir más, y cedía a todas las exigencias. Al cabo de cuatro días, una tarde que había comido como en los tiempos de su mejor fortuna, echó sus cuentas y notó que era tanto lo gastado que no le restaban más que cincuenta mil francos.

Entonces sufrió una reacción extraña. Acabando de perder cinco millones, trató de salvar los cincuenta mil francos que le quedaban; antes que entregarlos, se propuso una vida de privaciones y llegó a entrever momentos de esperanza que rayaban en locura. Teniendo olvidado a Dios después de mucho tiempo, comenzó a creer que había obrado milagros, que la caverna podía hundirse, que los carabineros pontificios podían descubrir aquel odioso encierro y salvarlo. Pensó en los cincuenta mil francos que le restaban, que eran una suma suficiente para preservarle del hambre, y rogó a Dios se los conservara, y orando lloró.

Tres días transcurrieron de este modo, durante los cuales el nombre de Dios estuvo constantemente, si no en su corazón, en sus labios. A intervalos tenía instantes de delirio, durante los cuales creía ver desde las ventanas en una pobre choza un anciano agonizando en el lecho. Este viejo también moría de hambre.

El cuarto día no era un hombre, era casi un cadáver. Había recogido hasta las últimas migajas de sus comidas, y comenzaba a devorar la estera que cubría el piso de la cueva.

Suplicó entonces a Pepino, como a un ángel guardián, le diese algún alimento, y le ofreció mil francos por un pedazo de pan. Pepino no contestó.

El quinto día se arrastró hasta la entrada de la celda.

—¿No es cristiano? —dijo incorporándose sobre las rodillas—, ¿quiere asesinar a un hombre que es hermano suyo ante Dios? ¡Oh!, ¡mis amigos de otro tiempo, mis amigos de otro tiempo! —murmuraba. Y cayó con la frente en el suelo.

Luego, levantándose, gritó con una especie de desesperación:

—¡El jefe!, ¡el jefe!

—Aquí estoy —dijo Vampa, apareciendo de repente—, ¿qué quiere otra vez?

—Tome el oro que me queda —balbució Danglars entregándole la

cartera—, y déjeme vivir aquí, en esta caverna. No pido la libertad, solo pido la vida.

—¿Entonces, sufre mucho? —preguntó Vampa.

—¡Oh!, sí; sufro, sufro cruelmente.

—Hay, sin embargo, hombres que han sufrido más que usted.

—No lo creo.

—Sí; ¡por mi vida!, murieron de hambre.

El banquero se acordó entonces del anciano que, durante sus horas de alucinamiento, veía a través de las ventanas de la pobre cabaña llorar en el lecho. Se golpeó la frente contra el suelo, dando un gemido.

—Sí —dijo—, es verdad. Hay quienes han sufrido más que yo, pero al menos eran mártires.

—¿Es que al fin se arrepiente? —dijo una voz sombría y solemne, que hizo erizarse los cabellos en la cabeza de Danglars.

Su mirada débil trató de distinguir los objetos, y vio detrás del bandido un hombre envuelto en una capa, y oculto tras una pilastra de piedra.

—¿De qué tengo que arrepentirme? —balbució Danglars.

—Del mal que me ha hecho —dijo la misma voz.

—¡Oh, sí; me arrepiento, me arrepiento! —exclamó el banquero. Y se golpeó el pecho con el puño desfallecido.

—Entonces lo perdono —dijo el hombre soltando la capa y dando algunos pasos para colocarse ante la luz.

—¡El conde de Montecristo! —dijo Danglars, más pálido de terror, que lo que estaba un momento antes de hambre y de miseria.

—Se equivoca, no soy el conde de Montecristo.

—¿Quién es, entonces?

—Soy el que ha vendido, entregado, deshonrado, cuya mujer amada ha prostituido, al que ha pisoteado para poder encumbrarse y alzarse con una gran fortuna, cuyo padre ha hecho morir de hambre, a quien condenó a morir del mismo modo, y que, sin embargo, lo perdona, porque tiene asimismo necesidad de ser perdonado: soy ¡Edmundo Dantés!

Danglars lanzó un grito y cayó de rodillas.

—¡Levántese! —dijo el conde—, tiene salvada la vida. No han

tenido igual suerte sus dos cómplices. Uno está loco, otro muerto. Quédese con los cincuenta mil francos que le restan, se los doy. En cuanto a los cinco millones robados a los hospicios, les han sido ya restituidos por una mano desconocida. Ahora coma y beba. Esta noche le doy hospedaje.

Después, el conde se volvió y dijo:

—Vampa, cuando ese hombre esté satisfecho, que se vaya libremente.

Danglars permaneció prosternado mientras el conde se alejaba; cuando levantó la cabeza, solamente vio una especie de sombra que desapareció por el corredor y ante la cual se inclinaban los bandidos.

Según había dispuesto el conde, Danglars se vio servido por Vampa, quien mandó traerle el mejor vino y los más exquisitos manjares de Italia, y después, haciéndole montar en su silla de posta, le dejó en el camino, arrimado a un árbol. Así permaneció sin saber dónde se hallaba. Entonces vio que estaba cerca de un arroyo, y como tenía sed, se arrastró hasta él. Al bajarse para beber, vio en el espejo de las aguas que sus cabellos se habían vuelto blancos.

Capítulo diecinueve:
El 5 de octubre

Serían las seis de la tarde. Un horizonte de color de ópalo, matizado con los dorados rayos de un hermoso sol de otoño, se destacaba sobre la mar azulada.

El calor del día había ido atenuándose poco a poco, y empezaba a sentirse la ligera brisa que parece la respiración de la naturaleza exhalándose después de la abrasadora siesta del mediodía; soplo delicioso que refresca las costas del Mediterráneo y lleva de ribera en ribera el perfume de los árboles, mezclado con el acre olor del mar.

Sobre la superficie del lago que se extiende desde Gibraltar a los

Dardanelos, y de Túnez a Venecia, una embarcación ligera, de forma elegante, se deslizaba a través de los primeros vapores de la noche. Su movimiento era el del cisne que abre sus alas al viento surcando las aguas. Avanzaba rápido y gracioso a la vez, dejando en pos de sí un surco fosforescente.

Lentamente, el sol, cuyos últimos rayos hemos saludado, desapareció por el horizonte occidental, pero como para secundar los sueños brillantes de la mitología, sus fuegos indecisos, reapareciendo en la cima de cada ola, parecían revelar que el dios de la luz acababa de ocultarse en el seno de Anfitrite, quien procuraba en vano guardar a su amante entre los pliegues de su azulado manto.

El barco avanzaba velozmente, aunque al parecer, apenas hacía viento para sacudir los rizados bucles de una joven. En pie sobre la proa, un hombre alto, de tez bronceada, ojos dilatados, veía acercarse hacia él la tierra bajo la forma de una masa sombría en forma de cono, y saliendo del medio de las olas como un ancho sombrero catalán.

—¿Está ahí la isla de Montecristo? —preguntó con una voz grave, impregnada de profunda tristeza, el viajero a cuyas órdenes parecía estar en aquel momento la embarcación.

—Sí, excelencia —respondió el patrón—; ya llegamos.

—¡Llegamos! —murmuró el viajero con un acento indefinible de melancolía.

Luego añadió en voz baja:

—Sí; este será el puerto.

Y se sumergió en sus meditaciones, que se revelaban con una sonrisa más triste aún que lo hubiesen sido las mismas lágrimas.

Unos minutos más tarde se distinguió en tierra una llama, que se apagó al instante, y el estampido de un arma de fuego llegó hasta el barco.

—Excelencia —dijo el patrón—, he ahí la señal, ¿quiere responder usted mismo?

—¿Qué señal? —preguntó.

El patrón extendió la mano hacia la isla, desde cuyas orillas ascendía una larga y blanquecina columna de humo, que se iba

extendiendo sensiblemente en la atmósfera.
—¡Ah!, sí —dijo, como saliendo de un sueño—, deme...
El patrón le entregó una carabina cargada. El viajero la tomó, apuntó hacia arriba y la disparó al aire.
Diez minutos después se amainaba la vela, y se echaba el ancla a quinientos pasos del puerto.
El bote estaba ya en el mar con cuatro remeros y el piloto. El viajero bajó, y en vez de sentarse en la popa guarnecida para él de un tapiz azul, se mantuvo en pie con los brazos cruzados.
Los remeros esperaban con los remos medio levantados, como aves que ponen a secar las alas.
—¡Avante! —dijo el viajero.
Los ocho remos cayeron al mar de un solo golpe, y sin hacer saltar una chispa de agua. Después la barca, cediendo al impulso, se deslizó rápidamente.
En seguida entró en una pequeña ensenada, formada por una abertura natural. La barca tocó en un fondo de arena fina.
—Excelencia —dijo el piloto—, suba a espaldas de dos de nuestros hombres, que le llevarán a tierra.
El joven respondió a esta invitación con un gesto de completa indiferencia. Sacó las piernas de la barca y se dejó deslizar en el agua, que le llegó hasta la cintura.
—¡Ah, excelencia! —murmuró el piloto—, ha hecho mal, y el señor lo censurará por ello.
El joven continuó marchando hacia la ribera, detrás de dos marineros que habían encontrado el mejor fondo.
A los treinta pasos llegaron a tierra. El joven sacudió los pies y comenzó a buscar el camino que se le indicaba en medio de las tinieblas de la noche. En el momento en que volvía la cabeza, sintió una mano sobre el hombro y una voz que le hizo estremecer.
—Buenas noches, Maximiliano —le dijo la voz—, veo que es puntual, gracias.
—¡Usted, conde! —exclamó el joven con un movimiento, expresión más que de otra cosa de alegría, y estrechando entre sus dos manos la de Montecristo.
—Sí, ya lo ve, tan puntual como usted, pero está no sé cómo,

querido amigo. Es preciso transformarlo, como diría Calipso a Telémaco. Venga, pues. Hay por aquí una habitación preparada para usted, y en la cual olvidará las fatigas y el frío.

Montecristo vio que Morrel se volvía, y esperó.

El joven, en efecto, veía con sorpresa que ni una sola palabra le habían dicho sus conductores, a los cuales no había pagado, y sin embargo, partían. Se oían ya los movimientos de los remos del bote que volvía hacia la embarcación.

—¡Ah, sí! —dijo el conde—, ¿busca a sus marineros?

—Sin duda, nada les he dado y no obstante han partido.

—No piense en eso, Maximiliano —dijo sonriéndose Montecristo—, tengo un contrato con la marina para que el acceso de mi isla quede libre de todo gasto de viaje. Soy su abonado, como se dice en los países civilizados.

Morrel miró al conde con admiración.

—Conde —le dijo—, no es el mismo aquí que en París.

—¿Cómo es eso?

—Sí; aquí se ríe.

La frente de Montecristo se ensombreció.

—Tiene razón en recordármelo, Maximiliano —dijo—, volverle a ver es una ventura para mí, y olvidaba que toda ventura es pasajera.

—¡Oh!, no, no, conde —exclamó Morrel volviendo a asir las manos de su amigo—, ría, por el contrario; sea dichoso y pruébame con su indiferencia que la vida no es mala sino para los que sufren. ¡Oh!, es benéfico, bueno, grande, amigo mío, y para darme valor afecta esa alegría.

—Se equivoca, Morrel —dijo el conde—, es que en efecto soy feliz.

—Vamos, se olvida de mí, ¡tanto mejor!

—¿Cómo?

—Sí, porque ya lo sabe amigo. Como el gladiador cuando entraba en el circo decía al emperador, le digo: “El que va a morir lo saluda”.

—¿No está consolado? —preguntó Montecristo, con una expresión particular.

—¡Oh! —dijo Morrel, con una mirada llena de amargura—, ¿supone acaso que puedo estarlo?

—Escuche —prosiguió el conde—, comprende bien el sentido de

mis palabras, ¿no es verdad, Maximiliano? No me tiene por un hombre vulgar, por una urraca que pronuncia frases vagas y vacías de sentido. Al preguntarle si está consolado, le hablo como hombre para quien el corazón humano no tiene secretos. Y bien, Morrel, vayamos juntos al fondo de su corazón y sondeémoslo. ¿Siente aún la fogosa impaciencia del dolor que hace estremecer el cuerpo, como se estremece el león picado por el mosquito? ¿O sufre esa sed devoradora que no se acaba hasta el sepulcro? ¿O la idealidad del recuerdo ya irrealizable que lanza al vivo en pos de la muerte? ¿O tan solo la postración del valor agotado, el tedio que apaga los rayos de esperanza que quisieran lucir de nuevo? ¿O la pérdida de la memoria junto con la impotencia para el llanto? ¡Oh!, querido amigo, si esto es así, si no puede llorar, si cree muerto su corazón embotado, si no encuentra fuerza más que en Dios, miradas más que para el cielo, amigo, dejemos a un lado las palabras harto mezquinas para la comprensión de nuestra alma. Maximiliano, está consolado, deje, pues de lamentarse.

—Conde —dijo Morrel con una voz dulce y firme al mismo tiempo—, conde, escúcheme, como se escucha al hombre que habla con el dedo extendido hacia la tierra, con los ojos levantados al cielo. He venido cerca de usted para expirar en brazos de un amigo. Hay, es cierto, personas a quienes amo. Amo a mi hermana Julia, a su esposo Manuel, mas necesito que se abran unos brazos fuertes y se me estreche en ellos en mis últimos instantes. Mi hermana se desharía en lágrimas y se acongojaría. La vería sufrir, y ¡he sufrido yo tanto! Manuel me arrancaría el arma de las manos y atronaría la casa con sus destemplados gritos. Usted, conde, cuya palabra me esclaviza, que es más que hombre, a quien llamaría dios si no fuese mortal. Usted, usted me conducirá dulcemente y con ternura, ¿no es verdad?, hasta las puertas de la muerte.

—Amigo —repuso el conde—, me queda aún una duda: ¿tendrá tan poca fuerza que empeñe su orgullo en exhalar su dolor?

—No; mire, soy sincero —dijo Morrel tendiendo la mano al conde—, y mi pulso no late más ni menos débil que de costumbre. No; me siento al término del camino. No, no procederé más allá. Me ha hablado de aguardar, de esperar, ¿sabe lo que ha hecho,

desventurado sabio? ¡He esperado un mes, es decir, que he sufrido un mes! He esperado, ¡el hombre es pobre y miserable criatura! He esperado, ¿y qué? No lo sé, ¡algo desconocido, absurdo, insensato!, un milagro..., ¿cuál? Dios solo puede decirlo, que ha envuelto nuestra razón con la locura que se llama esperanza. Sí; he estado esperando. Sí; he esperado, conde, y en un cuarto de hora que hace que hablamos esta vez, me ha, sin saber, partido, torturado el corazón cien veces, porque cada una de sus palabras me prueban que no hay esperanza para mí. ¡Oh, conde, cuán dulce y voluptuoso sería el descanso de la muerte!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por Morrel con una explosión de alegría que hizo estremecer al conde.

—Amigo mío —continuó Morrel, viendo que el conde callaba—, me designó el 5 de octubre como término del plazo definitivamente convenido...; amigo mío, hoy es el 5 de octubre...

Y sacó el reloj.

—Son las nueve; todavía me quedan tres horas de vida.

—Sea —respondió el conde—, venga.

Morrel siguió maquinalmente al conde, y estaban ya en la gruta, sin que Maximiliano se hubiese dado cuenta de ello. Vio alfombras bajo sus pies, y abierta una puerta de donde se exhalaban delicados perfumes. Una luz resplandeciente hirió sus ojos. Morrel se detuvo dudoso sin seguir adelante. Desconfiaba de las delicias mágicas que le rodeaban. Montecristo lo atrajo dulcemente.

—¿Será preciso —dijo—, que empleemos las tres horas que nos restan, como los antiguos romanos, que, condenados por Nerón, su emperador y heredero, se sentaban a la mesa coronados de flores y aspiraban la muerte con el perfume de los heliotropos y de las rosas?

—Como guste —respondió Morrel—, la muerte es siempre la muerte, es decir, el reposo, es decir, la ausencia de la vida, y por consiguiente del dolor.

Se sentó, y Montecristo enfrente de él.

Estaban en el maravilloso comedor que hemos descrito, y en donde estatuas de mármol sostenían en la cabeza canastillos siempre llenos de flores y de frutas. Morrel lo había mirado todo

vagamente, probablemente sin ver nada.

—Hablemos —dijo, mirando finalmente al conde.

—¡Hable! —le respondió este.

—Conde —repuso Morrel—, es el compendio de todos los conocimientos humanos, y me parece bajado de un mundo más adelantado y sabio que el nuestro.

—Hay algo de cierto en eso —dijo el conde, con la sonrisa melancólica que confería a su rostro destellos de inefable bondad—, he bajado de un planeta que llaman el dolor.

—Creo todo lo que me dice, sin tratar de investigar su sentido, conde; y la causa de ello es porque me ha dicho que viva y he vivido, porque me ha dicho que espere y he esperado. Osaré preguntarle como si hubiese muerto alguna vez: ¿Conde, es eso un mal?

Montecristo miraba a Morrel con una inefable expresión de ternura.

—Sí —dijo—, sí, sin duda; eso es un mal si rompe brutalmente la capa mortal que le reclama obstinadamente la vida. Si desgarra su carne con la imperceptible punta de un puñal, si abre con una bala siempre insegura su cabeza, sensible al más leve dolor, ciertamente que sufrirá, y dejará odiosamente la vida, hallándola en medio de una agonía desesperada, mejor que un reposo a tanta costa comprado.

—Sí, lo comprendo —dijo Morrel—; la muerte, como la vida, tiene secretos de dolor y de voluptuosidad. Todo estriba en conocerlos.

—Exacto, Maximiliano. Acaba de decir una gran verdad. La muerte es según el cuidado que tomamos de ponernos bien o mal con ella: o una amiga que nos mece dulcemente como una nodriza, o una enemiga que nos arranca con violencia el alma del cuerpo. Un día, cuando el mundo haya vivido un millar de años más, y se haya hecho dueño de todas las fuerzas destructoras de la naturaleza para aprovecharlas en el bienestar general de la humanidad, cuando el hombre conozca, como decía no hace mucho, los secretos de la muerte, será esta tan dulce y voluptuosa como el sueño en los brazos de la mujer querida.

—Y si quisiera morir, conde, ¿sabría hacerlo de ese modo?

—Sí.

Morrel le tendió la mano.
—Comprendo ahora —dijo— por qué me ha citado aquí, en esta isla perdida en medio del Océano, en este palacio subterráneo, sepulcro que envidiaría El Faraón. Es porque me quiere, ¿no es así, conde?, ¿es que me quiere lo suficiente, para procurarme una de esas muertes de que me habla, una muerte sin agonía, una muerte que me permita desahogarme pronunciando el nombre de Valentina, y estrechándole la mano?
—Sí; ha adivinado, Morrel —dijo el conde con sencillez—, y así es como lo comprendo.
—Gracias, la idea de que mañana no sufriré más resulta consoladora para mi angustiado corazón.
—¿No deja a nadie? —preguntó Montecristo.
—¡No! —respondió Morrel.
—¿Ni siquiera a mí? —repuso el conde con emoción profunda.
Morrel quedó suspenso. Sus claros ojos se nublaron de pronto, y brillaron luego con vívida llama, brotando de ellos una lágrima que rodó abriendo un surco plateado en su mejilla.
—¡Cómo! —dijo el conde—, ¡le queda un recuerdo en la tierra y muere...!
—¡Oh!, por favor —exclamó Morrel con voz apagada—, ¡ni una palabra más, conde, no prolongue mi suplicio!
Montecristo creyó que Morrel iba a entrar en delirio.
Esta creencia de un instante resucitó en él la horrible duda sepultada ya una vez en el castillo de If.
Pensó devolver este hombre a la ventura, mirando tal restitución como un peso echado en la balanza para compensación del mal que pudiera haber derramado.
“Ahora”, pensó el conde, “si yo me equivocase, si este hombre no fuera tan desgraciado que mereciese la ventura, ¡ay!, ¡qué sería de mí que no puedo olvidar el mal sino representándome el bien!”.
—Escuche, Morrel —dijo—, su dolor es inmenso, me doy cuenta, pero, sin embargo, cree en Dios, y no querrá arriesgar la salvación del alma.
Morrel sonrió con tristeza.
—Conde —dijo—, sabe que no entro fríamente en los espacios de

la poesía; pero, se lo juro, mi alma no es mía.

—Escuche, Morrel —dijo el conde—, no tengo pariente alguno en el mundo, ya lo sabe. Me he acostumbrado a mirarlo como hijo, ¡y bien!, por salvar a mi hijo, sacrificaría mi vida, cuanto más mi fortuna.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, Morrel, que atenta a su vida porque no conoce todos los goces que ofrece una gran fortuna. Morrel, poseo cerca de cien millones, se los doy. Con tal fortuna puede esperar todo lo que se proponga. ¿Es ambicioso?, todas las carreras le serán abiertas. Revuelva el mundo, cambie su faz, entréguese a prácticas insensatas, sea criminal si es preciso, pero viva.

—Conde, cuento con su palabra —respondió fríamente Morrel, y añadió, sacando el reloj—, son las nueve y media.

—¡Morrel! ¿Insiste?, ¿a mi vista?, ¿en mi casa?

—Déjeme marchar, entonces —dijo Maximiliano, profundamente sombrío—, o creeré que no me ama sino por usted.

Y se puso en pie.

—Está bien —dijo el conde, cuyo rostro pareció iluminarse—, lo quiere, Morrel, y es inflexible. ¡Sí!, es profundamente desgraciado, y lo ha dicho, solo puede remediarlo un milagro. Siéntese y espere, Morrel.

Morrel obedeció. Montecristo se levantó a su vez y fue a buscar a un armario cuidadosamente cerrado, y cuya llave llevaba suspendida de una cadena de oro, un cofrecito de plata primorosamente cincelado, cuyos ángulos representaban cuatro figuras combadas, parecidas a esas cariátides de formas ideales, figuras de mujer, símbolos de ángeles que aspiran al cielo. Colocó el cofre encima de la mesa. Luego, abriéndolo, sacó una cajita de oro, cuya tapa se levantaba apretando un resorte secreto.

Esta caja contenía una sustancia untuosa medio sólida, cuyo color era indefinible, a causa del reflejo del oro bruñido, de los zafiros, rubíes y esmeraldas que la guarnecían, mezcla de azul, de púrpura y oro. El conde tomó entonces una pequeña cantidad de esta sustancia con una cuchara de plata sobredorada, y la ofreció a Morrel, mirándole fijamente largo tiempo. Pudo verse entonces que

esta sustancia era de un color verdoso.

—He aquí lo que me ha pedido —dijo—. He aquí lo que le he prometido.

—Viviendo aún —dijo el joven, al tomar la cuchara de manos del conde—, le doy las gracias desde el fondo de mi corazón.

El conde cogió otra cuchara y la metió también en la caja de oro.

—¿Qué va a hacer, amigo? —inquirió Morrel, deteniéndole la mano.

—A fe mía, Morrel —le dijo sonriéndose—, creo, y Dios me lo perdone, que estoy tan cansado de la vida como usted, y puesto que la ocasión se presenta...

—¡Alto! —exclamó el joven—. ¡Usted que ama, que es amado, que tiene fe y esperanza! ¡Oh, no haga lo que yo voy a hacer! ¡En usted sería un crimen! ¡Adiós, mi noble y generoso amigo, adiós! Voy a decir a Valentina todo lo que ha hecho por mí.

Y lentamente, sin otro movimiento que el de una contracción de la mano izquierda que tendía a Montecristo, Morrel tomó o más bien saboreó la misteriosa sustancia que le había ofrecido el conde.

En este momento quedaron ambos silenciosos. Alí, también callado y atento, les dio tabaco, sirvió el café y desapareció.

Poco a poco, las lámparas palidecieron en las manos de las estatuas de mármol que las sostenían, y el perfume de los pebeteros pareció menos penetrante a Morrel. Sentado frente a él, el conde lo miraba desde el fondo de la sombra, y Morrel no veía brillar más que los ojos de Montecristo.

Se apoderó del joven un dolor inmenso. Sentía caerse el servicio de café de las manos. Los objetos iban perdiendo insensiblemente su forma y sus colores. Sus ojos turbados veían abrirse como puertas y cortinas en las paredes.

—Amigo —dijo—, conozco que me muero. Gracias.

Realizó un esfuerzo por tenderle por segunda vez la mano, pero sin fuerza se dejó caer sobre él.

Entonces le pareció que Montecristo sonreía, no con la risa extraña e impresionante que le había dejado entrever muchas veces los misterios de su alma profunda, sino con la compasiva bondad que tienen los padres para con sus hijos extraviados. Al mismo tiempo el

conde crecía a sus ojos. Su estatura, casi doble, se dibujaba sobre las pinturas rojas; había echado hacia atrás sus negros cabellos y se presentaba alto e imponente como uno de esos ángeles que amenazarán a los pecadores el día del juicio eterno.

Morrel, abatido, desconcertado, se tendió en un sofá. Se advertía entorpecimiento en la circulación de la sangre, ya algo azulada. Su cabeza experimentaba un trastorno en las ideas.

Tendido, enervado, anhelante, Morrel no sentía en sí nada de vivo más que un sueño. Parecía entrar decididamente en el vago delirio que precede al estado desconocido que llamamos muerte. Trató de tender nuevamente al conde la mano, pero carecía ya de movimiento. Quería decirle ya un adiós supremo, y su lengua se agitó sordamente en su garganta, como la losa al cerrar el sepulcro.

Sus ojos, llenos de languidez, se cerraron a pesar suyo; sin embargo, alrededor de sus párpados se agitaba una imagen que reconoció a pesar de la oscuridad en que se creía envuelto. Era el conde que acababa de abrir una puerta. De pronto, una claridad inmensa resplandeció en la cámara contigua, o más bien en un palacio encantado, inundando la sala donde Morrel se abandonaba a una dulce agonía.

Entonces vio aparecer a la puerta de la cámara, en el límite de ambas estancias, una mujer de maravillosa belleza. Pálida y sonriendo dulcemente, parecía un ángel de misericordia, conjurando al ángel de las venganzas.

“¿Será el cielo que se abre para mí?”, pensó el moribundo; “este ángel se parece al que he perdido”.

Montecristo señaló con el dedo a la joven el sofá donde estaba Morrel. La joven se dirigió hacia él con las manos juntas y la sonrisa en los labios.

—¡Valentina! ¡Valentina! —exclamó Morrel desde el fondo de su alma.

Pero su boca no articuló sonido alguno, y como si todas sus fuerzas se concentrasen en esta emoción interior, dio un suspiro y cerró los ojos. Valentina se precipitó sobre él. Los labios de Morrel hicieron todavía un movimiento.

—Le llama —dijo el conde— desde el fondo de su sueño aquel a

quien había confiado su destino y la muerte ha querido separarle. Pero esto ha sido por su bien. Yo he vencido la muerte. Valentina, en lo sucesivo no deben separarse más sobre la tierra, puesto que para encontrarla se precipitaba en el sepulcro. Sin mí morirían los dos. Les devuelvo el uno al otro. ¡Así Dios me tenga en cuenta las dos existencias que ahora salvo!

Valentina asió la mano de Montecristo y en un irresistible impulso de alegría la llevó a sus labios.

—¡Oh, perdóneme! —dijo el conde—. ¡Oh, repítame, sin cansarse de repetírmelo! ¡Repítame que la he hecho dichosa! No sabe cuánta necesidad tengo de la seguridad de sus palabras.

—¡Oh, sí, sí, se lo agradezco con toda mi alma! —dijo Valentina—, y si duda de mis palabras, ¡ay!, pregúnteselo a Haydée, a mi querida hermana Haydée, que después de nuestra partida de Francia me ha hecho esperar resignada, hablándome de usted, el venturoso día que hoy luce para mí.

—¿Conque ama a Haydée? —preguntó Montecristo con una emoción que en vano se esforzaba en disimular.

—¡Oh!, con toda mi alma.

—Escuche entonces, Valentina —dijo el conde—; tengo una gracia que pedirle.

—¡A mí, gran Dios! ¿Seré tan dichosa?

—Sí; ha llamado a Haydée su hermana; séalo en efecto. Valentina, dele todo lo que crea deberme a mí. Protéjanla, Morrel y usted, porque —la voz del conde pareció ahogarse en su garganta— en adelante quedará sola en el mundo...

—¡Sola en el mundo! —repitió una voz detrás del conde—, ¿y por qué?

Montecristo se volvió.

Haydée estaba en pie, pálida y helada, mirando al conde con expresión de profundo estupor.

—Porque mañana, hija mía, estarás libre —respondió el conde—, porque recobrarás en el mundo el puesto que te es debido, porque no quiero que mi destino oscurezca el tuyo. ¡Hija de príncipe, te devuelvo las riquezas y el nombre de tu padre!

Haydée palideció, abrió las manos diáfanas como hace la virgen

que se encomienda a Dios y con una voz trémula por las lágrimas:

—¿Veo, señor, que me abandonas? —dijo.

—¡Haydée! Haydée! Eres joven, eres bella, olvídate hasta de mi nombre y sé dichosa.

—Perfectamente —dijo Haydée—; tus órdenes serán cumplidas. Olvidaré hasta tu nombre y seré dichosa.

Y dio un paso atrás para retirarse.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Valentina, sosteniendo con su espalda la cabeza inmóvil de Morrel—, ¿no ve su palidez, no comprende lo que sufre?

Haydée le dijo con una expresión desgarradora:

—¿Por qué quieres, hermana mía, que me comprenda? Es mi señor, soy su esclava; tiene derecho a no ver, a no comprender nada.

El conde tembló a los acentos de esta voz que hizo vibrar hasta las fibras más secretes de su corazón. Sus ojos se encontraron con los de la joven y no pudieron resistir su resplandor.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo—, ¿será verdad lo que me había dejado sospechar? Haydée, ¿serás dichosa en no abandonarme?

—Soy joven —respondió con dulzura—; amo la vida que me ha hecho siempre tan venturosa, y sentiría morir.

—Lo cual quiere decir que si yo te dejo, Haydée...

—¡Moriré, señor, sí!

—¿Conque me amas?

—¡Oh, Valentina, pregunta si lo amo! ¡Valentina, dile tú si amas a Maximiliano!

Montecristo sintió desahogado el pecho y dilatado el corazón. Abrió los brazos: Haydée se lanzó en ellos dando un grito.

—¡Oh, sí, te amo! —dijo—, te amo como se ama a un padre, a un hermano, a un esposo! ¡Te amo como se ama a Dios, porque eres para mí el más bello, el mejor y el más grande de los seres creados!

—¡Sea como tú quieres, ángel querido! —dijo el conde—, Dios, que me levantó contra enemigos y me dio la victoria; Dios, te veo bien, no quiere que sea el arrepentimiento el término de mis triunfos. Yo quería castigarme; Dios quiere perdonarme. Ama, pues, ¡Haydée! ¿Quién sabe? Tu amor acaso logre hacerme olvidar lo que

es necesario que olvide.
—¿Y qué dices tú, señor? —preguntó la joven.
—Digo que una palabra tuya, Haydée, me ha enseñado más que veinte años de lenta experiencia. ¡No te tengo más que a ti en el mundo, Haydée; por ti vuelvo a la vida; por ti puedo sufrir, por ti puedo ser dichoso!
—¿Lo oyes, Valentina? —exclamó Haydée—; dice que por mí puede sufrir, ¡por mí, que por él daría la vida!
El conde quedó un instante pensativo.
—¿Habré entrevisto la verdad? —dijo—. ¡Oh! ¡Dios mío! No importa: recompensa o castigo, acepto este destino. Ven, Haydée, ven...
Y estrechando con su brazo el talle de la joven, apretó la mano a Valentina, y desapareció.
Transcurrió aproximadamente una hora, durante la cual, muda, anhelante, con los ojos fijos, permaneció Valentina al lado de Morrel. Al cabo sintió que palpitaba su corazón; que un soplo imperceptible abrió sus labios y advirtió el estremecimiento que anunciaba la vuelta a la vida en todo el cuerpo del joven. Al fin, se abrieron sus ojos, pero fijos primero, recobró luego la vista clara, real y, con la vista, la sensibilidad; con la sensibilidad el dolor.
—¡Oh! —exclamó con el acento de la desesperación—, vivo aún; ¡el conde me ha engañado!
Y su mano se tendió sobre la mesa y cogió un cuchillo.
—Amigo —dijo Valentina con su adorable sonrisa—, despierta ya y mira hacia mí.
Morrel dio un gran grito, y delirante, lleno de dudas, desvanecido como por una visión celeste, cayó sobre las rodillas.
Al día siguiente, al despuntar la aurora, Morrel y Valentina se paseaban por la costa cogidos del brazo. La joven le contaba cómo Montecristo se había presentado en su cámara, revelándoselo todo, cómo le había hecho comprender el crimen y, finalmente, la salvó milagrosamente del sepulcro, al propio tiempo que la hacía creer que estaba muerta.
Hallando abierta la puerta de la gruta, salieron a dar un paseo. Lucían aún en el cielo las últimas estrellas de la noche. Morrel

percibió entre las sombras de un grupo de rocas un hombre que esperaba una señal para acercarse a ellos y se lo mostró a Valentina.

—¡Es Jacobo —dijo—, el capitán!

Y le llamó con una seña.

—¿Tiene algo que decirnos? —le preguntó Morrel.

—Tengo que entregarles esta carta de parte del conde.

—¡Del conde! —murmuraron a la vez los dos jóvenes.

—Sí, lea.

Morrel la abrió y leyó:

Mi querido Maximiliano: Hay una falúa anclada para usted. Jacobo le llevará a Uorna, donde el señor Noirtier espera a su hija para bendecirla antes de que le acompañe al altar. Todo cuanto hay en esta gruta, amigo mío, mi casa de los Campos Elíseos y mi castillo de Treport, son el regalo de boda que hace Edmundo Dantés al hijo de su patrón Morrel. La señorita de Villefort aceptará la mitad, pues le suplico dé a los pobres de París toda la fortuna que adquiera de su padre, loco, y de su hermano, fallecido en septiembre último con su madrastra.

Diga al ángel que va a velar por su vida, Morrel, que ruegue alguna vez por un hombre que, semejante a Satanás, se creyó un instante igual a Dios, y ha reconocido con toda la humildad de un cristiano, que solo en manos de la Providencia está el poder supremo y la sabiduría infinita. Sus oraciones endulzarán quizás el remordimiento que lleva en el fondo de su corazón.

En cuanto a usted, Morrel, he aquí el secreto de mi conducta. No hay ventura ni desgracia en el mundo, sino la comparación de un estado con otro, he ahí todo.

Solo el que ha experimentado el colmo del infortunio puede sentir la felicidad suprema. Es preciso haber querido morir, amigo mío, para saber cuán buena y hermosa es la vida.

Viva, pues, y sean dichosos, hijos queridos de mi corazón, y no olviden nunca que hasta el día en que Dios se digne descifrar el porvenir al hombre, toda la sabiduría humana estará resumida en dos palabras: ¡Confiar y esperar!

Su amigo,

EDMUNDO DANTÉS, CONDE DE MONTECRISTO.

Durante la lectura de esta carta, que le revelaba la locura de su padre y la muerte de su hermano, Valentina palideció; un suspiro doloroso se exhaló de su pecho y lágrimas que no eran menos amargas por ser silenciosas, rodaron de sus mejillas. Su felicidad le costaba bien cara.

Morrel miró a su alrededor con inquietud.

—Pero —dijo— el conde exagera ciertamente su generosidad. Valentina se contentará con mi modesta fortuna. ¿Dónde está el conde, amigo? Condúzcame a él.

Jacobo extendió la mano y señaló en dirección al horizonte.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir? —preguntó Valentina—. ¿Dónde está el conde? ¿Dónde está Haydée?

—Mire —dijo Jacobo.

Los ojos de los dos jóvenes se fijaron en la línea indicada por el marino, y sobre ella, en el horizonte que separa el cielo del mar, distinguieron una vela blanca, grande como el ala de la gaviota.

—¡Se marchó! —exclamó Morrel—, ¡se marchó! ¡Adiós, amigo mío! ¡Adiós, padre mío!

—¡Se marchó! —murmuró Valentina—. ¡Adiós, amiga mía! ¡Adiós, hermana mía!

—¡Quién sabe si algún día lo volveremos a ver! —dijo Morrel, enjugándose una lágrima.

—Cariño —repuso Valentina—, ¿no acaba de decirnos que la sabiduría humana se encierra toda ella en estas dos palabras?: “¡Confiar y esperar!”.

Índice

QUINTA PARTE: LA MANO DE DIOS